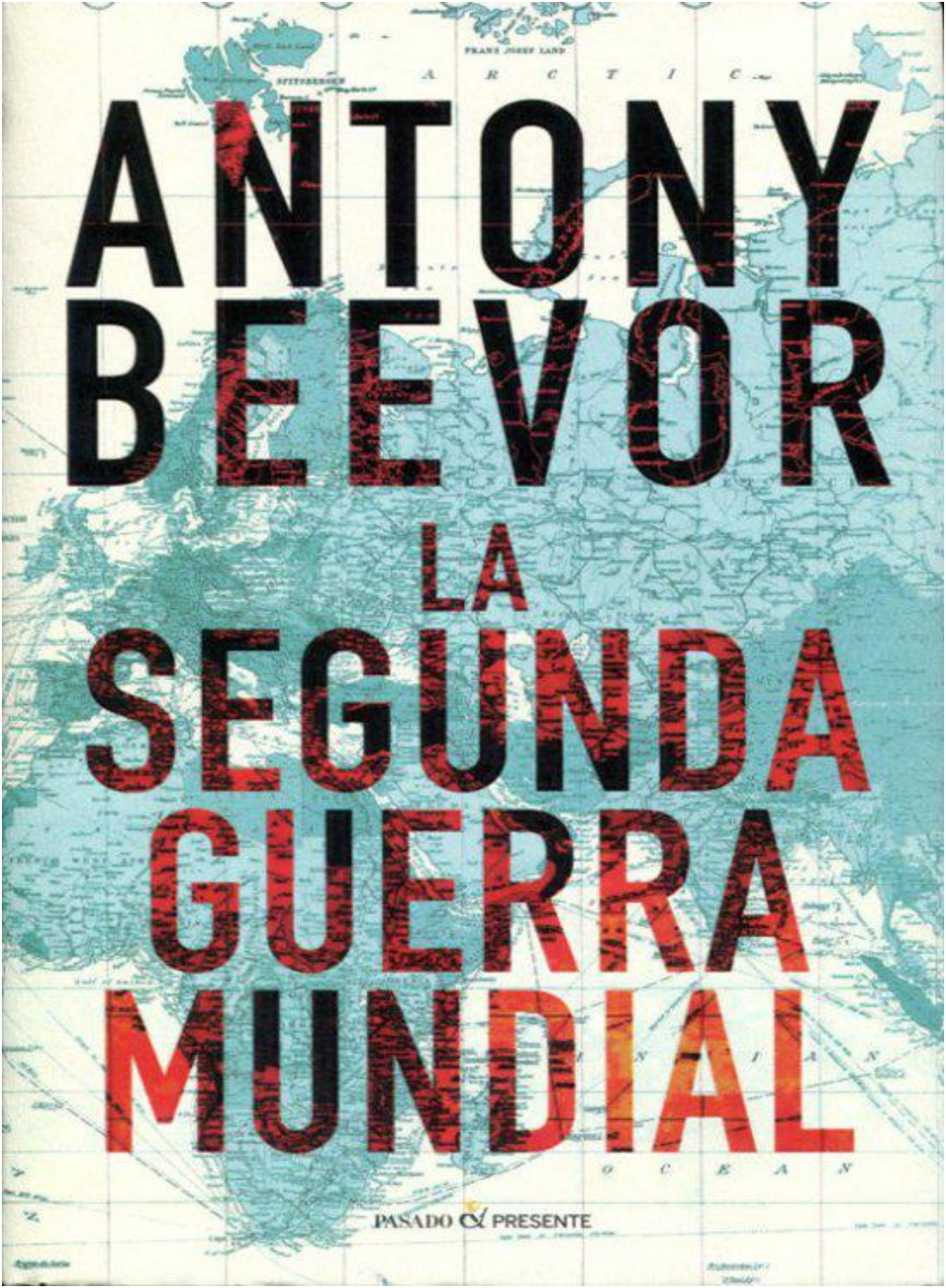
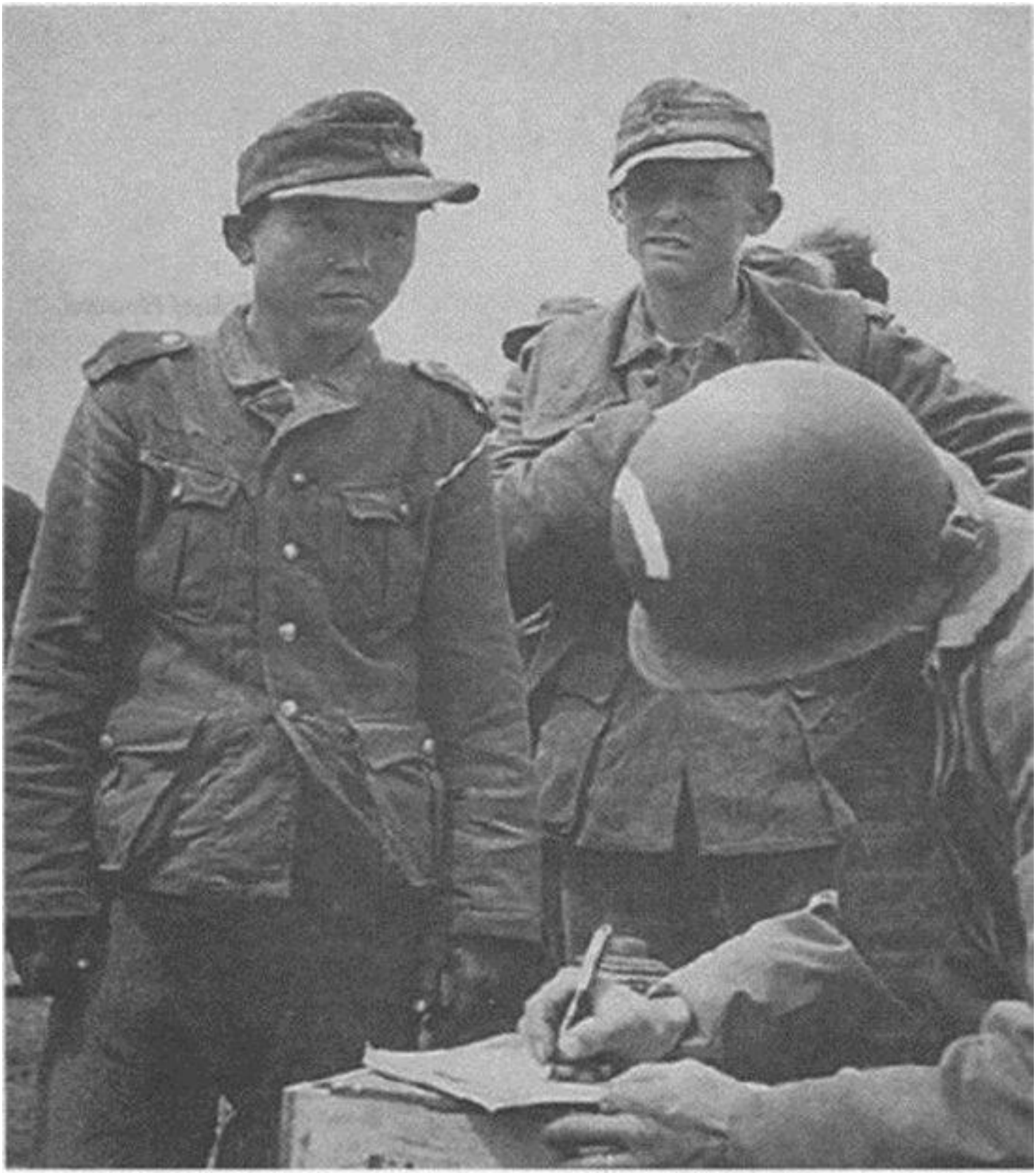

ANTONY
BEEVOR
LA
SEGUNDA
GUERRA
MUNDIAL
PASADO & PRESENTE

LA SEGUNDA GUERRA MUNDIAL

— oOo —

Título Original: *The Second World War*
Traducción: Teófilo de Lozoya y Juan Rabaseda
© Antony Beevor, 2012
Ediciones de Pasado y Presente, S.L., 2012
ISBN: 978-84-939863-3-9

Para Michael Howard



El ciudadano coreano Yang Kyoungjong, que había sido reclutado sucesivamente por el Ejército Imperial de Japón, el Ejército Rojo de la Unión Soviética y la Wehrmacht alemana, fue capturado por los americanos en Normandía en junio de 1944.

INTRODUCCIÓN

En junio de 1944 un joven soldado asiático se rindió a un grupo de paracaidistas americanos durante la invasión aliada de Normandía. En un primer momento, sus captores pensaron que era un japonés, pero en realidad se trataba de un coreano. Se llamaba Yang Kyoungjong.

En 1938, a los dieciocho años, Yang Kyoungjong había sido reclutado a la fuerza por los japoneses para integrarse en su ejército de Kwantung en Manchuria. Un año más tarde, fue hecho prisionero por el Ejército Rojo en la batalla de Khalkhin-Gol y enviado a un campo de trabajos forzados. Las autoridades militares soviéticas, durante un período de crisis en 1942, lo obligaron, junto con otros varios miles de prisioneros, a integrarse en sus fuerzas. Posteriormente, a comienzos de 1943, fue hecho prisionero durante la batalla de Kharkov, en Ucrania, por las tropas nazis. En 1944, vistiendo uniforme alemán, fue enviado a Francia para servir en un *Ostbataillon* que supuestamente reforzaba el Muro Atlántico desde la península de Cotentin, en la zona del interior próxima a la Playa de Utah. Tras pasar una temporada en un campo de prisioneros en Gran Bretaña, se trasladó a los Estados Unidos, donde no diría nada de su pasado. Se estableció en este país y falleció en Illinois en 1992.

En una guerra que acabó con la vida de más de sesenta millones de personas y cuyo alcance fue mundial, Yang Kyoungjong, veterano a su pesar de los ejércitos japonés, soviético y alemán, fue, comparativamente, afortunado. No obstante, el relato de su vida tal vez siga ofreciéndonos el ejemplo más sorprendente de lo que fue la indefensión de la mayoría de la gente corriente ante las que serían unas fuerzas abrumadoras desde el punto de vista histórico.

Europa no estalló en guerra el 1 de septiembre de 1939. Algunos historiadores hablan de una «guerra de treinta años», de 1914 a 1945, en la que «la catástrofe original» fue la Primera Guerra Mundial.[1] Otros sostienen que la «larga guerra», que empezó con el golpe de estado bolchevique de 1917, se prolongó como una especie de «guerra civil europea»[2] hasta 1945, e incluso algunos indican que esta no llegó a su fin hasta la caída del comunismo en 1989.

La historia, sin embargo, nunca es una sucesión de hechos inapelables y sistemáticos. Sir Michael Howard sostiene convincentemente que el ataque de Hitler a Francia y a Gran Bretaña por el oeste de Europa en 1940 fue, en muchos sentidos, una extensión de la Primera Guerra Mundial. Gerhard Weinberg hace también hincapié

en que la guerra que empezó con la invasión de Polonia en 1939 fue el primer paso dado por Hitler para poder cumplir su primer objetivo, el *Lebensraum*, esto es, conseguir «espacio vital», en el este. Ni que decir tiene que está en lo cierto, pero las revoluciones y las guerras civiles que estallaron entre 1917 y 1939 introducen diversos factores que complican el panorama. Por ejemplo, la izquierda ha creído siempre firmemente que la Guerra Civil Española marcó el comienzo de la Segunda Guerra Mundial, mientras que la derecha afirma que representó el primer enfrentamiento de una Tercera Guerra Mundial entre el comunismo y la «civilización occidental». Del mismo modo, los historiadores occidentales han solido pasar por alto la guerra chino-japonesa de 1937-1945 y la manera en la que esta quedó incluida en el marco de una guerra mundial. Por otro lado, diversos historiadores asiáticos sostienen que la Segunda Guerra Mundial comenzó en 1931 con la invasión de Manchuria por parte de los japoneses.[3]

Podemos dar vueltas y vueltas alrededor de todos estos argumentos, pero lo cierto es que la Segunda Guerra Mundial fue claramente una amalgama de conflictos. En su mayoría fueron conflictos entre naciones, pero la guerra civil internacional existente entre la izquierda y la derecha influyó en muchos de ellos e incluso fue su factor dominante. Por lo tanto, es sumamente importante que,

desde la retrospectiva, observemos algunas de las circunstancias que desencadenaron el conflicto más cruel y destructivo que haya conocido la humanidad.

Fueron tan horribles las consecuencias de la Primera Guerra Mundial que, al finalizar el conflicto, Francia y Gran Bretaña, sus principales vencedoras en Europa, se encontraban completamente exhaustas y tenían la firme determinación de no repetir, costara lo que costara, aquella terrible experiencia. Los estadounidenses, tras su contribución vital a la derrota de la Alemania imperial, querían desentenderse de lo que consideraban un Viejo Mundo corrupto y depravado. Europa central, fragmentada por las nuevas fronteras acordadas en Versalles, tenía que afrontar la humillación y la penuria de la derrota. Con su orgullo herido, los oficiales del ejército austrohúngaro *Kaiserlich und Königlich* vivieron una especie de cuento de la Cenicienta, pero sin final feliz: sus uniformes de cuento de hadas fueron sustituidos por ropas raídas propias de un desempleado. La amargura de tantos oficiales y soldados alemanes ante la derrota se intensificaba aún más al pensar que hasta julio de 1918 sus ejércitos no habían sido derrotados, lo que hacía parecer el repentino colapso de la nación totalmente inexplicable y siniestro. En su

opinión, todos los amotinamientos y revueltas vividos en Alemania durante el otoño de 1918 que precipitaron la abdicación del kaiser habían sido provocados por bolcheviques judíos exclusivamente. Los agitadores de la izquierda habían desempeñado ciertamente un papel en todo ello, y en 1918-1919 los líderes revolucionarios alemanes más destacados habían sido judíos, pero las causas principales del descontento habían sido el agotamiento causado por la guerra y el hambre. La perniciosa teoría de la conspiración impulsada por la derecha alemana —la «leyenda de la puñalada por la espalda»— formaba parte de su tendencia inherente e irracional a confundir causa y efecto.

La gran inflación de 1923-1924 vino a socavar la seguridad y la rectitud de la burguesía germánica. La amargura provocada por un sentimiento de vergüenza nacional y personal dio paso a una ira irracional. Los nacionalistas alemanes soñaban con que llegara el día en el que poder vengar la humillación del *Diktat* de Versalles. El nivel de vida fue mejorando en Alemania durante la segunda mitad de los años veinte, principalmente gracias a los cuantiosos préstamos realizados por los norteamericanos. Pero la depresión que azotó al mundo tras el hundimiento de la Bolsa de Wall Street en 1929 supuso para Alemania un golpe aún más duro cuando Gran Bretaña y otros países abandonaron el patrón oro en septiembre de 1931. El

temor a una nueva etapa de enorme inflación impulsó al gobierno del canciller Brüning a seguir vinculando el valor del marco alemán al precio del oro, lo que provocó una sobrevaloración de esta moneda. Los Estados Unidos habían cerrado el grifo del crédito, y la política de proteccionismo cerró los mercados a las exportaciones alemanas. Todo ello dio lugar a un desempleo masivo, lo cual no hizo más que favorecer espectacularmente las promesas demagógicas que apostaban por soluciones radicales.

La crisis del capitalismo había acelerado la crisis de la democracia liberal, que acabó perdiendo toda su efectividad en muchos países europeos debido a la fragmentación de la representación proporcional. Incapaz de solucionar los grandes desórdenes civiles, la mayoría de los sistemas parlamentarios, creados tras la caída de tres imperios continentales en 1918, se vio engullida por esta espiral. Y las minorías étnicas, que habían vivido relativamente en paz con los antiguos regímenes imperiales, comenzaron a verse amenazadas por doctrinas que hablaban de pureza nacional.

El recuerdo reciente de la Revolución Rusa y de la violenta destrucción provocada por otras guerras civiles en Hungría, Finlandia, el litoral báltico y, de hecho, la propia Alemania, favoreció enormemente el proceso de polarización política. Con aquel ciclo de miedo y

hostilidad se corría el peligro de convertir la retórica incendiaria en una profecía autorrealizada, como no tardarían en demostrar los acontecimientos en España. Cualquier alternativa maniquea apuesta por romper un centrismo democrático basado en el compromiso. Y en esa nueva época colectivista, las soluciones violentas parecían sumamente heroicas a ojos de numerosos intelectuales, tanto de la izquierda como de la derecha, y de los resentidos veteranos de la Primera Guerra Mundial. Ante aquel desastre financiero, el corporativismo estatal se convirtió de repente en el orden moderno natural de buena parte de Europa y en una respuesta al caos provocado por las luchas de facciones.

En septiembre de 1930, el Partido Nacional Socialista pasó del 2,5 por ciento de los votos a obtener el 18,3 por ciento. La derecha conservadora de Alemania, con su poco respeto por la democracia, acabó destruyendo la República de Weimar, abriéndole a Hitler así las puertas de par en par. Subestimando peligrosamente la implacabilidad de Hitler, pensó poderlo utilizar como una marioneta populista para defender su idea de Alemania. Pero, a diferencia de la derecha alemana, el futuro dictador sabía perfectamente lo que quería. El 30 de enero de 1933, Hitler fue nombrado canciller e inmediatamente se puso manos a la obra para acabar con cualquier oposición potencial.

Para las futuras víctimas de Alemania, la tragedia fue

que una parte importantísima de la población del país, harta de tanto desorden y tanta desconsideración, estaba dispuesta a seguir ciegamente al criminal más temerario que haya conocido el mundo. Hitler consiguió despertar sus peores instintos: el resentimiento, la intolerancia, la arrogancia y el más peligroso de todos, el sentimiento de superioridad racial. Independientemente de la poca o mucha que quedara, la confianza en el *Rechtsstaat*, esto es, en el estado de derecho, se vino abajo ante la insistencia de Hitler en que el sistema judicial tenía que estar al servicio del nuevo orden.[4] Las instituciones públicas —los tribunales, las universidades, el estado mayor y la prensa— se sometieron a los dictados del nuevo régimen. Los opositores se vieron irremediablemente aislados, y fueron acusados de traicionar el nuevo concepto de Patria, no solo por el propio régimen, sino también por todos aquellos que le daban su apoyo. Sorprendentemente, a diferencia del NKVD de Stalin, la efectividad de la Gestapo era escasa. Casi todas sus detenciones respondían simplemente a las denuncias de unos ciudadanos alemanes por otros.

El cuerpo de oficiales del ejército, que se había jactado siempre de su tradición apolítica, también se dejó seducir por la promesa de reforzar las fuerzas militares y de un rearmamento a gran escala, aunque sintiera un profundo desprecio por un pretendiente tan vulgar y desaliñado. El oportunismo se alió con la cobardía ante la

amenaza de la nueva autoridad. En cierta ocasión, el mismísimo Otto von Bismarck declaró que la valentía moral era una virtud muy rara en Alemania, que cualquier alemán perdía inmediatamente en el instante que se vestía de uniforme.[5] Como no es de extrañar, los nazis querían conseguir que prácticamente todo el mundo se pusiera un uniforme, empezando por los niños.

El mayor talento de Hitler consistía en saber descubrir y explotar las debilidades de sus adversarios. La izquierda alemana, marcadamente dividida entre el partido comunista y los socialdemócratas, no había supuesto ninguna amenaza real. Con gran facilidad, el dictador alemán superó tácticamente a los conservadores que, arrogantes e ingenuos, pensaban que podían controlarlo. En cuanto logró consolidar su poder con una serie de estrictos decretos y con encarcelamientos en masa, se centró en poner fin a las limitaciones que suponía el tratado firmado en Versalles. En 1935 volvió a entrar en vigor el servicio militar obligatorio, los británicos aceptaron que Alemania reforzara su poder naval y se constituyó oficialmente la Luftwaffe. Ni Gran Bretaña ni Francia protestaron con determinación ante aquel programa acelerado de rearmamento.

En marzo de 1936 tropas alemanas volvieron a ocupar Renania violando abiertamente, por primera vez, los tratados de Versalles y de Locarno. Esta bofetada en toda

regla a Francia, que había controlado la región durante los últimos diez años, provocó en Alemania que la figura del Führer comenzara a ser venerada por toda la población en general, incluso por muchos de aquellos que no lo habían votado en las pasadas elecciones. Su apoyo y la débil reacción anglo-francesa animaron a Hitler en su determinación. Con gran astucia, Hitler había restaurado el orgullo alemán, mientras su plan de rearmamento, mucho más que su tan cacareado programa de obras públicas, ponía freno al desempleo. Pero aquello tenía un precio, la brutalidad de los nazis y la pérdida de libertad, precio que, en opinión de la mayoría de los alemanes, merecía la pena pagar.

Paso a paso, con la defensa a ultranza de su política, Hitler fue seduciendo al pueblo alemán, que comenzó a perder los valores humanos. Donde este hecho se hizo más evidente fue en la persecución a la que se vio sometida la población judía, que se desarrolló a rachas. A diferencia de lo que generalmente se cree, solía estar más dirigida desde el seno del partido nazi que desde las altas esferas. Las apocalípticas arengas de Hitler contra los judíos no significaban necesariamente que ya hubiera decidido llegar a una «solución final» de aniquilación física. Simplemente deseaba que los «camisas pardas» de la SA pudieran agredir a los judíos, atacar sus tiendas y empresas y saquear sus posesiones para así satisfacer una mezcla incoherente de

codicia, envidia y supuesto resentimiento. Llegado este punto, la política nazi tuvo como objetivo desposeer a los judíos de sus derechos civiles y de todas sus pertenencias, para luego, con la humillación y el acoso, obligarlos a abandonar Alemania. «Los judíos tienen que salir de Alemania, sí, tienen que salir de toda Europa», comentó a Goebbels el 30 de noviembre de 1937. «Esto costará un tiempo, pero debe conseguirse y se conseguirá».[6]

En su obra *Mein Kampf*, mezcla de autobiografía y manifiesto político publicada por primera vez en 1925, Hitler había dejado bastante claro su plan de convertir Alemania en la potencia hegemónica de Europa. En primer lugar, llevaría a cabo la unificación de Alemania y Austria y, a continuación, poblaría de alemanes los territorios que fuera recuperando al otro lado de las fronteras del Reich. «Los pueblos de una misma sangre deben compartir una patria común», escribió. Solo cuando esto se cumpla, el pueblo alemán tendrá la «justificación moral» de «tomar posesión de tierras extranjeras. El arado sucederá entonces a la espada; y de las lágrimas de la guerra brotará para las generaciones venideras el pan de cada día».[7]

Su política de agresión quedaba perfectamente de manifiesto en la primera página de *Mein Kampf*. Aunque todas las parejas de alemanes que contraían matrimonio debían adquirir un ejemplar de su libro, parece que pocas se tomaron en serio sus belicosas predicciones. Preferían

creer sus últimas declaraciones, repetidas hasta la saciedad, en las que manifestaba no desear la guerra. Y los osados movimientos de Hitler ante la flaqueza británica y francesa venían a confirmarles sus esperanzas de que el Führer podría conseguir todo lo que quisiera sin que se desencadenara un grave conflicto. No veían que la sobrecalentada economía alemana y la firme determinación de Hitler de hacer uso de la ventaja armamentística del país hacían que la invasión de países vecinos se convirtiera en un hecho mucho más que probable.

Hitler no pretendía simplemente recuperar los territorios perdidos por Alemania con el Tratado de Versalles. Consideraba una infamia limitarse a dar solo un paso tan tímido como aquel. Hervía de impaciencia, convencido de que no viviría lo suficiente para hacer realidad su sueño de una supremacía alemana. Quería que toda Europa central y todos los territorios de Rusia hasta el Volga quedaran integrados en el *Lebensraum* alemán. Su sueño de subyugar regiones del este había sido alimentado por la breve ocupación alemana en 1918 de los estados bálticos, parte de Bielorrusia, Ucrania y el sur de Rusia hasta Rostov del Don. Esta expansión fue consecuencia del Tratado de Brest-Litovsk, un *Diktat* de Alemania al flamante régimen soviético. El «granero» de Ucrania tenía un interés especial para Alemania, sobre todo tras la hambruna vivida en este país durante la Primera Guerra

Mundial a causa del bloqueo británico. Hitler estaba firmemente decidido a impedir que en Alemania volviera a reinar una desmoralización como la de 1918, que dio paso a la revolución y al hundimiento del país. Esta vez serían otros los que pasarían hambre. Pero uno de los principales objetivos de su proyecto del *Lebensraum* era apropiarse de la producción petrolífera del este de Europa. El Reich se veía obligado a importar, incluso en tiempos de paz, alrededor del 85 por ciento del petróleo que consumía, lo que se convertiría en el talón de Aquiles de Alemania durante la guerra.

Parecía que la posesión de colonias en el este era la mejor solución para que Alemania asegurara su autonomía, pero las ambiciones de Hitler iban mucho más allá que las de cualquier otro nacionalista. En línea con su pensamiento social darwinista de que la existencia de una nación dependía de la lucha por su hegemonía racial, Hitler pretendía reducir drásticamente la población eslava utilizando deliberadamente unos medios salvajes: el hambre y la esclavización de los supervivientes, convirtiéndolos en siervos.

Su decisión de intervenir en la Guerra Civil Española en el verano de 1936 no fue una cuestión de oportunismo como se ha indicado en numerosas ocasiones. Hitler tenía la firme convicción de que una España bolchevique, junto con un gobierno de izquierdas en Francia, supondría una

verdadera amenaza estratégica para Alemania por el oeste, sobre todo en un momento en el que debía enfrentarse a la Unión Soviética de Stalin por el este. Una vez más, supo aprovecharse del pavor de las democracias a una guerra. Los británicos temían que el conflicto español pudiera derivar en otra conflagración europea, y el nuevo gobierno francés del Frente Popular tenía miedo de actuar solo. Todo ello permitió que los nacionales de Franco se aseguraran la victoria final gracias al flagrante apoyo militar de los alemanes, y que la Luftwaffe de Hermann Göring pudiera poner a prueba sus flamantes aparatos y experimentar nuevas tácticas. La Guerra Civil Española también permitió un acercamiento de Hitler con Mussolini, cuyo gobierno fascista colaboró con el envío de un cuerpo de «voluntarios» italianos para luchar junto al ejército de los nacionales españoles. Pero a Mussolini, a pesar de todas sus bravatas y de sus pretensiones en el Mediterráneo, le preocupaba seriamente la determinación de Hitler en cambiar drásticamente el *statu quo*. El pueblo italiano no estaba preparado, ni desde el punto de vista militar ni desde el punto de vista psicológico, para una guerra europea.

En su afán por obtener un aliado más para la futura guerra

con la Unión Soviética, Hitler estableció un pacto anti-Comintern con Japón en noviembre de 1936. El imperio nipón había comenzado su expansión colonial en Extremo Oriente en la última década del siglo XIX. Aprovechando la decadencia del régimen imperial chino, había entrado en Manchuria, invadido Taiwán y ocupado Corea. Tras derrotar a la Rusia zarista en la guerra de 1904-1905, se había convertido en la principal potencia militar de la región. A raíz del colapso de la Bolsa de Wall Street y de la subsiguiente depresión mundial, en Japón había crecido un sentimiento antioccidental. Y una clase dirigente cada vez más nacionalista veía Manchuria y China de una manera muy similar a cómo los nazis contemplaban la Unión Soviética en sus planes: una vasta región con una población a la que someter para cubrir las necesidades de las islas que constituían el estado nipón.

Durante mucho tiempo, el conflicto chino-japonés ha sido la pieza que faltaba en el rompecabezas de la Segunda Guerra Mundial. Por haberse iniciado mucho antes del estallido de la guerra en Europa, a menudo se ha tratado como un asunto totalmente distinto, pese a haber sido testigo del mayor despliegue de fuerzas terrestres japonesas en Extremo Oriente, así como de la intervención tanto de los Estados Unidos como de la Unión Soviética.

En septiembre de 1931, los militares japoneses idearon el llamado «incidente de Mukden», en el que

dinamitaron un tramo de una línea férrea para justificar la anexión de Manchuria a su país. Debido a la precaria situación de su agricultura, querían convertir esta región en una importante zona de producción de alimentos con los que abastecer sus necesidades internas. La llamaron Manchukuo y establecieron en ella un régimen títere, con el emperador chino depuesto, Henry Pu Yi, como cabeza visible. El gobierno civil de Tokio, que no era del agrado de los militares, se vio obligado a apoyar al ejército. Y la Sociedad de Naciones, con sede en Ginebra, rechazó las peticiones chinas de sancionar a Japón. Grandes cantidades de colonos japoneses, en su mayoría procedentes del campo, comenzaron a llegar a la región para apropiarse de las tierras con la complicidad del gobierno, cuyo plan era conseguir que, en veinte años, se establecieran en la zona, en calidad de colonos, «un millón de familias» de campesinos nipones. Todos estos actos dejaron a Japón aislado desde el punto de vista diplomático, pero el país se sentía exultante por su triunfo. Esto marcó el inicio de una progresión fatídica del expansionismo japonés y de la influencia militar en el gobierno de Tokio.

Una nueva administración mucho más predadora y el ejército de Kwantung en Manchuria extendieron su control prácticamente hasta las puertas de Pekín (Beijing). El gobierno del Kuomintang de Chiang Kai-shek, con sede en Nanjing, se vio obligado a ordenar la retirada de sus

fuerzas. Chiang pretendía ser el heredero de Sun Yat-sen, que había querido introducir en China una democracia de estilo occidental, pero, en realidad, no era más que el generalísimo de unos señores de la guerra.

Los militares japoneses comenzaron a dirigir su mirada hacia el vecino soviético del norte y hacia las regiones del Pacífico del sur. Evidentemente, en esta zona sus objetivos eran las colonias de Gran Bretaña, Francia y Holanda en el sudeste asiático, con los yacimientos petrolíferos de las Indias Orientales Neerlandesas. De repente, en China, el 7 de julio de 1937, los japoneses dieron un paso adelante en aquella situación de calma tensa, llevando a cabo un acto de provocación en el puente de Marco Polo, a las afueras de Pekín. En Tokio, el ejército imperial garantizó al emperador Hiro Hito que China podía ser derrotada en pocos meses. Se enviaron refuerzos al continente, iniciándose una campaña marcada por el horror, impulsada en parte por la matanza de civiles japoneses llevada a cabo por los chinos. El ejército imperial reaccionó, dando rienda suelta a su furia. Pero la guerra chino-japonesa no terminó con una rápida victoria nipona como habían pronosticado los generales de Tokio. La sorprendente violencia de los agresores sirvió para estimular aún más la férrea resistencia de los agredidos. Cuatro años después, Hitler ignoraría este hecho durante su ataque a la Unión Soviética.

Algunos occidentales comenzaron a ver una gran analogía entre la guerra chino-japonesa y la Guerra Civil Española. Robert Capa, Ernest Hemingway, W. H. Auden, Christopher Isherwood, el realizador cinematográfico Joris Ivens y muchos periodistas visitaron China y expresaron sus simpatías por la causa de este país. Varios izquierdistas, algunos de los cuales se desplazaron hasta el cuartel general de los chinos comunistas en Yan'an, apoyaron a Mao Zedong, aunque Stalin respaldara a Chiang Kai-shek y el Kuomintang. Pero ni el gobierno norteamericano ni el británico estaban preparados para intervenir de manera eficaz.

El gobierno de Neville Chamberlain, al igual que la mayoría de la población británica, seguía estando dispuesto a convivir con una Alemania rearmada y revitalizada. Muchos conservadores consideraban a los nazis una especie de baluarte contra el bolchevismo. Chamberlain, un antiguo alcalde de Birmingham de rectitud trasnochada, cometió el gran error de pensar que los demás estadistas compartían valores similares a los suyos, así como el pavor a la guerra. Había sido un ministro muy capaz y un eficiente canciller del Exchequer, pero no sabía nada de política exterior ni de asuntos de defensa. Con su camisa de cuello de puntas, su

bigote eduardiano y su eterno paraguas, demostró no saber estar a la altura de su cargo en el momento de afrontar la evidente implacabilidad del régimen nazi.

Otros, incluso muchos de los que expresaban sus simpatías por la izquierda, también fueron reacios a enfrentarse al régimen de Hitler, pues seguían estando plenamente convencidos de que Alemania había recibido un trato sumamente injusto en la conferencia de Versalles. Además, les resultaba difícil poner objeciones a las pretensiones de Hitler de anexionar al Reich, por cuestiones étnicas, regiones fronterizas con Alemania, como la de los Sudetes, en las que había población de origen germánico. Lo que más horrorizaba a británicos y franceses era la idea de que pudiera estallar otra guerra en Europa. Permitir que la Alemania nazi se anexionara Austria en marzo de 1938 no parecía un precio demasiado elevado para salvaguardar la paz mundial, sobre todo porque la mayoría de austríacos había votado en 1918 a favor del *Anschluss*, o unión con Alemania, y veinte años después celebraba el triunfo nazi. Las pretensiones austríacas al final de la guerra de que ellos habían sido las primeras víctimas de Hitler, eran completamente infundadas.

Más tarde, Hitler decidió que quería invadir Checoslovaquia en octubre.[8] Con ello pretendía asegurar el bienestar de la población después de la recolección de las cosechas por parte de los agricultores alemanes, pues los

ministros nazis temían que se produjera una crisis en el suministro de alimentos de la nación. Sin embargo, para exasperación de Hitler, Chamberlain y Daladier, durante las negociaciones de Munich en septiembre, le concedieron los Sudetes en la esperanza de mantener la paz. La actitud de estos dos dirigentes dejaba a Hitler sin su guerra, aunque al final le permitiera ocupar todo el país sin derramar una gota de sangre. Chamberlain también cometió un grave error al negarse a hablar con Stalin. Esta postura influyó en la decisión del dictador soviético en agosto de aceptar que se firmara el llamado Pacto Molotov-Ribbentrop. Como creería más tarde Franklin D. Roosevelt que podía hacer con Stalin, Chamberlain pensó, con absurda autosuficiencia, que él solo podía convencer a Hitler de que mantener buenas relaciones con los Aliados occidentales iba en interés del dictador alemán.

Algunos historiadores sostienen que, si Gran Bretaña y Francia hubieran estado dispuestas a entrar en guerra en el otoño de 1938, los acontecimientos se habrían desarrollado de manera muy distinta. Desde luego, es probable que hubiera sido así desde un punto de vista alemán. Pero lo cierto es que ni el pueblo británico ni el francés estaban preparados psicológicamente para comenzar una guerra, sobre todo porque no habían sido informados correctamente de la situación por los políticos, los diplomáticos y la prensa. Cualquiera que hubiera

intentado advertir de los peligros que implicaban los planes de Hitler, como hizo Winston Churchill, habría sido tachado simplemente de belicista.

No fue hasta noviembre cuando comenzaron a abrirse los ojos y a comprobar la verdadera naturaleza del régimen de Hitler. Tras el asesinato de un funcionario de la embajada alemana en París por un joven judío de origen polaco, los «camisas pardas» nazis se lanzaron a las calles, dando inicio al pogromo alemán que conocemos con el nombre de la noche de los cristales rotos, *Kristallnacht*, por los destrozos que sufrieron las ventanas y los aparadores de las tiendas. Aquel otoño, con la amenaza de la guerra cerniéndose sobre Checoslovaquia, una «violenta energía» comenzó a apoderarse del Partido Nazi. Los «camisas pardas» de la SA prendieron fuego a las sinagogas, agredieron y asesinaron a judíos y rompieron los escaparates y los aparadores de sus tiendas, lo que permitió que inmediatamente Göring lamentara el coste en divisas extranjeras que suponía recomponer aquel destrozo con vidrio importado de Bélgica.[9]

Muchos alemanes quedaron horrorizados ante esos hechos, pero, en poco tiempo, la política nazi de aislamiento de los judíos consiguió que la inmensa mayoría de la población se mostrara indiferente a la suerte que corrían sus conciudadanos. Y fue también una parte importante de la población la que no tardó en dejarse llevar

por la tentación de apropiarse fácilmente de las posesiones y los bienes incautados a los judíos y por lo que representaba la «arianización» de sus negocios y empresas. La manera en la que los nazis fueron enredando cada vez a más ciudadanos alemanes en su trama criminal pone de relieve su extraordinaria astucia.

La ocupación del resto de Checoslovaquia en marzo de 1939 —una violación flagrante de la convención de Munich— vino a demostrar que la pretensión de Hitler de poner al amparo del Reich a las minorías étnicas alemanas no era más que un pretexto para anexionarse territorios. Ello obligó a Chamberlain a comprometerse con Polonia, como señal de advertencia a Hitler ante otros posibles proyectos de expansión del dictador.

Más tarde, el Führer se lamentaría de no haber conseguido entrar en guerra en 1938 debido a que «los británicos y los franceses aceptaron todas mis exigencias en Munich».[10] En la primavera de 1939 contó al ministro de asuntos exteriores rumano lo impaciente que estaba, utilizando los siguientes términos: «Ahora tengo cincuenta años», dijo. «Prefiero entrar en guerra ahora que cuando tenga cincuenta y cinco o sesenta».[11] (En agosto expresó este mismo pensamiento al embajador británico.[12])

Así pues, Hitler reveló que pretendía cumplir su objetivo de dominación europea en el arco de una vida, la suya, que suponía que iba a ser corta. Su vanidad obsesiva le

impedía confiar en otra persona para llevar a cabo la misión que se había impuesto. Se consideraba literalmente insustituible, e incluso dijo a sus generales que el destino del Reich dependía exclusivamente de él. El Partido Nazi y todo su caótico sistema de gobierno nunca fueron concebidos para ofrecer estabilidad o continuidad. Y la retórica hitleriana del «Reich milenario» ponía de manifiesto una significativa contradicción psicológica, viniendo, como venía, de un soltero impenitente que por un lado sentía la satisfacción perversa de poner fin a la reproducción de sus genes, y por otro ocultaba una fascinación insana por el suicidio.

El 30 de enero de 1939, con motivo del sexto aniversario de su ascensión al poder, Hitler pronunció un importante discurso ante los miembros del Reichstag. En él incluía una «profecía» fatídica, una profecía que él y los que lo siguieron en su «solución final» recordarían compulsivamente. Declaró que los judíos se habían mofado de su presagio de que iba a dirigir Alemania y de que también iba a «poner solución al problema judío». Luego dijo en tono vehemente: «Hoy voy a volver a ser profeta: si la comunidad financiera judía internacional, dentro y fuera de Europa, consigue conducir de nuevo a las naciones a una guerra mundial, el resultado no será la bolchevización del planeta y, por lo tanto, la victoria de los judíos, sino la aniquilación de la raza judía en Europa».[13] Esta vertiginosa

confusión de causa y efecto yacía en lo más profundo de la obsesiva espiral de mentiras e imposturas con las que el propio Hitler se llevaba a engaño.

Aunque Hitler estuviera preparado para la guerra y deseara la guerra con Checoslovaquia, seguía sin entender por qué la actitud de los británicos había cambiado tan de repente, pasando del entreguismo a la resistencia. No había dejado de lado su idea de atacar a Francia y Gran Bretaña más tarde, pero en el momento que él decidiera. El plan nazi, tras la dura lección aprendida durante la Primera Guerra Mundial, contemplaba abordar aisladamente cada uno de los conflictos para evitar combates en más de un frente a la vez.

La sorpresa de Hitler ante la reacción británica fue una muestra más de la falta de conocimientos históricos de este autodidacta tiránico. Desde el siglo XVIII, la intervención de Gran Bretaña en casi todas las crisis europeas había respondido a un modelo, modelo que explicaba perfectamente la nueva política del gobierno de Chamberlain. El cambio de actitud no tenía nada que ver con la ideología o el idealismo. Gran Bretaña no estaba preparándose para detener el fascismo o el antisemitismo, aunque este aspecto moral resultara útil más tarde para la

propaganda nacional. Las razones de aquel cambio de postura había que buscarlas en su estrategia tradicional. La invasión hostil de Checoslovaquia por parte de Alemania ponía claramente de manifiesto la firme determinación de Hitler de dominar Europa. Esto suponía una amenaza en toda regla al *statu quo*, que ni siquiera una Gran Bretaña debilitada y contraria a la guerra podía permitir. Hitler también subestimó la ira de Chamberlain, que vio cómo había sido completamente engañado en Munich. Duff Cooper, que había presentado su dimisión como Primer Lord del Almirantazgo por la traición cometida por su gobierno con los checos, escribió que Chamberlain «nunca conoció en Birmingham a alguien que se pareciera en lo más mínimo a Adolf Hitler... Nadie en Birmingham había roto nunca la palabra dada al alcalde».[14]

Quedaba terriblemente claro cuáles eran las intenciones de Hitler. Y la sorpresa que supuso su pacto con Stalin en agosto de 1939 no vino sino a confirmar que Polonia era su siguiente víctima. «Las fronteras de los estados», había escrito en *Mein Kampf*, «las crean los hombres, y ellos mismos son los que las modifican». Visto en retrospectiva, tal vez parezca que el ciclo de resentimientos que comenzó tras la firma del Tratado de Versalles hizo inevitable el estallido de otra guerra mundial, pero lo cierto es que en la historia nada está predestinado. Como consecuencia de la Primera Guerra

Mundial, buena parte de Europa quedó dividida por fronteras inestables, y convertida en escenario de innumerables tensiones. Pero no cabe la menor duda de que fue Adolf Hitler el principal arquitecto de aquella segunda, y mucho más terrible, conflagración, que se extendió por todo el mundo para llevarse millones de vidas, y al final incluso la suya propia. Y, sin embargo, en lo que resulta una intrigante paradoja, el primer enfrentamiento armado de la Segunda Guerra Mundial —aquel en el que Yang Kyoungjong fue hecho prisionero por primera vez— se desencadenó en Extremo Oriente.

1

EL ESTALLIDO DE LA GUERRA (junio-agosto de 1939)

El 1 de junio de 1939, Georgi Zhukov, un general de caballería de corta estatura y robusto, recibió un mensaje en el que se le requería que acudiera inmediatamente a Moscú.[1] La purga del Ejército Rojo iniciada por Stalin en 1937 seguía en marcha, por lo que Zhukov, que ya había sido acusado en una ocasión, supuso que en aquellos momentos había sido declarado «enemigo del pueblo» por alguna denuncia. El siguiente paso consistía en meterlo en la «picadora de carne» de Lavrenti Beria, como solía decirse para indicar el sistema de interrogatorios que seguía el NKVD.

En la paranoia que desató el «Gran Terror», los altos oficiales fueron de los primeros en ser fusilados como espías trotskistas-fascistas. Unos treinta mil fueron detenidos. Entre los de mayor rango, muchos habían sido ejecutados, y la mayoría torturados para obtener de ellos ridículas confesiones. Zhukov, amigo de muchas de las

víctimas, tenía preparada una bolsa —con lo necesario para pasar una temporada en prisión— desde que comenzara la purga dos años atrás. Llevaba tiempo esperando aquel momento, y escribió una carta de despedida a su esposa. «Solo te pido una cosa», comenzaba diciendo. «No llores, mantente fuerte, e intenta resistir con dignidad y honradez esta amarga separación».[2]

Pero cuando el tren en el que viajaba llegó a Moscú al día siguiente, Zhukov no fue detenido ni trasladado a la Gran Lubyanka. Le indicaron que se dirigiera al Kremlin para entrevistarse con el viejo camarada de Stalin del I Ejército de Caballería de los tiempos de la guerra civil, el mariscal Kliment Voroshilov, por aquel entonces comisario del pueblo para la defensa. Durante la purga, este soldado «mediocre, desconocido y de pocas luces»[3] había reforzado su posición, eliminando celosamente a otros comandantes de talento. Más tarde, Nikita Khruschev lo llamaría con una gran crudeza descriptiva «el saco de mierda más grande del ejército».[4]

Zhukov se enteró de que tenía que volar hasta el estado satélite soviético de Mongolia Exterior. Allí, debía asumir el mando del LVII Cuerpo Especial, formado por hombres del Ejército Rojo y de las fuerzas mongolas, para infligir un golpe decisivo al Ejército Imperial de Japón. Stalin estaba furioso porque, por lo visto, el comandante local apenas había obtenido resultados positivos. Con la

amenaza de los nazis de una guerra en el oeste, quería poner fin a los actos de provocación que llevaban a cabo constantemente los japoneses desde su estado títere de Manchukuo. La rivalidad existente entre Rusia y Japón se remontaba a los tiempos de los zares, y era evidente que la humillante derrota sufrida por la primera en 1905 no había sido olvidada por el régimen soviético. Con Stalin, se había reforzado enormemente su presencia militar en el este asiático.

Las autoridades militares japonesas estaban obsesionadas con la amenaza del bolchevismo. Y desde la firma en noviembre de 1936 del pacto anti-Comintern entre Alemania y Japón, habían aumentado en la frontera mongola las tensiones existentes entre los destacamentos fronterizos del Ejército Rojo y el ejército nipón de Kwantung. La situación se había caldeado considerablemente a raíz de una serie de choques fronterizos en 1937, y de un importante enfrentamiento armado en 1938, el llamado «incidente de Changkufeng», en el lago Khasán, a unos ciento quince kilómetros al suroeste de Vladivostok.

Los japoneses también estaban furiosos porque la Unión Soviética prestaba su apoyo al enemigo chino no solo desde el punto de vista económico, sino también bélico, con el envío de tanques T-26, numerosos asesores militares y escuadrones aéreos formados por

«voluntarios». Los líderes del ejército de Kwantung se veían cada vez más atados de pies y manos, sobre todo después de que el emperador Hiro Hito se negara en agosto de 1938 a permitir que se respondiera a los soviéticos de manera contundente con un ataque masivo. Su arrogancia se basaba en la creencia errónea de que la Unión Soviética se quedaría de brazos cruzados. Pidieron carta blanca para actuar como consideraran oportuno en cualquier incidente fronterizo que pudiera producirse en un futuro. Pero lo que en realidad les movía era un interés personal. Si se mantenía vivo un conflicto menor con la Unión Soviética, Tokio se vería obligado a aumentar el número de efectivos del ejército de Kwantung, no a disminuirlo. Temían que, de lo contrario, algunas de sus formaciones pudieran ser trasladadas al sur para luchar contra los ejércitos nacionalistas chinos de Chiang Kai-shek.[5]

Algunos miembros del estado mayor imperial en Tokio veían con buenos ojos la postura beligerante de las autoridades de Kwantung. Pero la Armada y los políticos civiles estaban seriamente preocupados. Las presiones de la Alemania nazi para que Japón considerara a la Unión Soviética el principal enemigo los incomodaba sumamente. No querían meterse en una guerra en el norte de China, en las regiones que limitaban con Mongolia y Siberia. Esta división de opiniones provocó la caída del gobierno del príncipe Konoe Fumimaro. Pero cada vez era más evidente

que iba a estallar la guerra en Europa, y las discrepancias en el gobierno y en los círculos militares no disminuyeron. El ejército y los grupos de extrema derecha no dejaban de hablar públicamente, a menudo exagerando los hechos, del número cada vez mayor de enfrentamientos que tenían lugar en las fronteras del norte. Y el ejército de Kwantung, sin informar a Tokio, promulgó una orden en virtud de la cual se permitía al comandante sobre el terreno llevar a cabo la acción que considerara pertinente para castigar a los posibles agresores. La orden en cuestión fue aprobada con la llamada prerrogativa de «iniciativa sobre el terreno»[6], que autorizaba a los ejércitos el movimiento de tropas por razones de seguridad dentro de su zona de acción, sin tener que consultar con el estado mayor imperial.

El incidente de Nomonhan, llamado más tarde en la Unión Soviética la batalla de Khalkhin Gol por el río en el que tuvo lugar, comenzó el 12 de mayo de 1939. Un regimiento de la caballería mongola cruzó el Khalkhin Gol, buscando pastos para sus peludas y pequeñas monturas en las onduladas tierras de la vasta estepa. Adentrándose en la zona, se alejaron unos veinticinco kilómetros del río que los japoneses consideraban la frontera, hasta llegar a una gran aldea, Nomonhan, donde la República Popular de Mongolia situaba la línea fronteriza. Fuerzas manchúes del ejército de Kwantung forzaron su retirada al río Khalkhin

Gol, pero luego los mongoles contraatacaron. Las escaramuzas entre unos y otros continuaron durante dos semanas. El Ejército Rojo envió tropas de refuerzo. El 28 de mayo soviéticos y mongoles destruyeron un contingente japonés de doscientos hombres y varios vehículos blindados bastante obsoletos. A mediados de junio, los bombarderos de la aviación del Ejército Rojo atacaron diversos objetivos mientras sus fuerzas terrestres avanzaban hacia Nomonhan.

A partir de ese momento, los acontecimientos se precipitaron. Las unidades del Ejército Rojo en la zona recibieron refuerzos del distrito militar Trans-Baikal, como había solicitado Zhukov a su llegada el 5 de junio. El problema principal al que se enfrentaban las fuerzas soviéticas era que tenían que operar a casi setecientos kilómetros de distancia del centro ferroviario más próximo al que llegaban los pertrechos y suministros, lo que significaba un esfuerzo logístico inmenso, con camiones desplazándose por unas pistas de tierra tan maltrechas que para realizar un viaje de ida y vuelta tardaban cinco días. Semejante dificultad indujo al menos a los japoneses a subestimar la capacidad de combate de las fuerzas que iba reuniendo Zhukov.

Enviaron la 23.ª División del teniente general Komatsubara Michitaro y parte de la 7.ª a Nomonhan. El ejército de Kwantung pidió mucha más presencia aérea para

apoyar a sus tropas. Esta solicitud generó preocupación en Tokio. El estado mayor imperial mandó una orden prohibiendo cualquier acto de represalia, y anunció que uno de sus oficiales iba a desplazarse inmediatamente hasta allí para analizar la situación e informar debidamente a Tokio. Esta noticia hizo que los comandantes de Kwantung decidieran completar la operación antes de que los obligaran a interrumpirla. La mañana del 27 de junio, enviaron varias escuadrillas aéreas para bombardear bases soviéticas en Mongolia Exterior. En Tokio, el estado mayor se puso hecho una furia y expidió una sucesión de órdenes prohibiendo toda actividad aérea.

La noche del 1 de julio, aprovechando las horas de oscuridad, los japoneses cruzaron el Khalkhin Gol y se apoderaron de una colina estratégica, poniendo en peligro el flanco soviético. Tras tres días de intenso combate, sin embargo, Zhukov consiguió al final repelerlos y enviarlos de vuelta al otro lado del río con la ayuda de sus tanques. A continuación, ocupó parte de la margen derecha del Khalkhin Gol y puso en marcha su gran operación de engaño, la denominada por el Ejército Rojo *maskirovka*. Mientras preparaba secretamente una gran ofensiva, Zhukov simulaba que sus tropas creaban una línea defensiva estática. Se enviaron mensajes mal codificados en los que se pedía más y más material para la construcción de búnkeres, con la ayuda de altavoces se difundía el ruido de

martinetes en funcionamiento, y se distribuyeron panfletos titulados *Lo que debe saber sobre defensa el soldado soviético* en cantidades ingentes para que algunos cayeran en manos del enemigo. Mientras tanto, Zhukov iba reuniendo y escondiendo tanques de refuerzo aprovechando la oscuridad de la noche. Los conductores de los camiones soviéticos acabaron exhaustos después de traer las reservas de municiones necesarias para la ofensiva por las terribles carreteras que separaban aquel lugar del centro ferroviario al que llegaban los pertrechos.[7]

El 23 de julio, los japoneses lanzaron un nuevo ataque frontal, pero no consiguieron romper las líneas soviéticas. A raíz de sus problemas para abastecerse de pertrechos, tuvieron que esperar algún tiempo antes de volver a estar preparados para poder emprender un tercer ataque. Pero ignoraban que para entonces las fuerzas de Zhukov habrían aumentado hasta los cincuenta y ocho mil hombres, con aproximadamente quinientos tanques y doscientos cincuenta aparatos aéreos.

A las 05:45 del domingo 20 de agosto, Zhukov lanzó su ataque sorpresa, al principio bombardeando con la artillería durante tres horas, y luego con tanques y aviones, así como con las fuerzas de infantería y de caballería. El calor era asfixiante. Con unas temperaturas que superaban los 40°, se cuenta que las ametralladoras y los cañones se atascaban y que las polvaredas y las cortinas de humo que

levantaban las explosiones dejaron en tinieblas el campo de batalla.[8]

Mientras la infantería soviética, que incluía tres divisiones de fusileros y una brigada paracaidista, resistía con firmeza en el centro, entreteniendo al grueso de las fuerzas niponas, Zhukov envió a sus tres brigadas de blindados y una división de caballería mongola desde una posición más atrasada para que fueran rodeándolas. Entre sus carros de combate, que a gran velocidad vadearon un afluente del Khalkhin Gol, había varios T-26, modelo utilizado en la Guerra Civil Española para ayudar a los republicanos, y unos prototipos más rápidos de lo que luego sería el T-34, el tanque medio más efectivo de la Segunda Guerra Mundial. Los obsoletos tanques japoneses no tuvieron ninguna oportunidad. Sus cañones no podían disparar proyectiles perforadores de blindaje.

La infantería japonesa, pese a carecer de cañones antitanque efectivos, combatió desesperadamente. El teniente Sadakaji fue visto cargando contra un tanque mientras blandía su espada samurai hasta que por fin cayó abatido. Los soldados japoneses lucharon desde sus trincheras blindadas, causando importantes bajas entre sus atacantes, que en algunos casos trajeron tanques lanzallamas para acabar con ellos. Zhukov parecía no inmutarse por las pérdidas que sufría. Cuando el comandante en jefe del Frente Trans-Baikal, que había

venido para observar el desarrollo de la batalla, sugirió la conveniencia de detener la ofensiva, Zhukov respondió lacónicamente a su superior. Si interrumpía los ataques y luego volvía a lanzarlos, dijo, las pérdidas soviéticas se multiplicarían por diez «por culpa de nuestra falta de decisión».[9]

A pesar de la firme determinación de los japoneses de no rendirse al enemigo, sus anticuadas tácticas y su armamento obsoleto los condujeron a una derrota humillante. Las fuerzas de Komatsubara fueron rodeadas y prácticamente aniquiladas en lo que fue una prolongada matanza en el curso de la cual se produjeron sesenta y una mil bajas. En el Ejército Rojo, siete mil novecientos setenta y cuatro hombres murieron en combate, y quince mil doscientos cincuenta y uno resultaron heridos.[10] La mañana del 31 de agosto la batalla había concluido. Mientras se libraba este combate, se firmaba en Moscú el pacto nazi-soviético, y cuando llegó a su final, tropas alemanas se concentraban cerca de las fronteras de Polonia, listas para comenzar la guerra en Europa. Hasta finales de septiembre fueron produciéndose enfrentamientos aislados, pero en vista de lo que ocurría en el mundo, Stalin decidió que era prudente acceder a las peticiones japonesas de alto el fuego.

Zhukov, que poco antes se había dirigido a Moscú pensando en su inminente detención, volvió entonces a la

capital para recibir de las manos de Stalin la estrella dorada de Héroe de la Unión Soviética. Su primera victoria, un magnífico acontecimiento en un momento horrible para el Ejército Rojo, tuvo importantes consecuencias para todos. Japón había sido sacudido hasta los cimientos por esta inesperada derrota, que sirvió para enardecer el ánimo de sus enemigos chinos, tanto el de los nacionalistas como el de los comunistas. En Tokio, la facción que abogaba por «golpear el norte» y por una guerra contra la Unión Soviética, recibió un duro revés. Los partidarios de «golpear el sur», encabezados por la Armada, vieron, pues, reforzada su posición. Pocas semanas antes de la Operación Barbarroja, en abril de 1941, y para consternación de los alemanes, rusos y nipones firmarían un pacto de no agresión. Así pues, la batalla de Khalkhin Gol tuvo una importancia determinante en la posterior decisión de Japón de dirigir sus fuerzas contra las colonias francesas, holandesas y británicas del sudeste asiático, y enfrentarse a la marina de los Estados Unidos en el Pacífico. La negativa de Tokio de atacar a la Unión Soviética en el invierno de 1941 tendría, pues, una gran influencia en el drástico giro geopolítico que daría la guerra, en lo concerniente tanto a Extremo Oriente como al enfrentamiento a vida o muerte de Hitler con la Unión Soviética.

La estrategia de Hitler durante los años anteriores al

estallido de la guerra había carecido de consistencia. Unas veces el Führer había confiado en llegar a una alianza con Gran Bretaña como paso previo a su objetivo final de atacar a la Unión Soviética, para luego cambiar de idea y preferir dejar inefectiva cualquier influencia de ese país en el continente, lanzando un ataque preventivo contra Francia. Para proteger su flanco oriental si por fin optaba por atacar primero por el oeste, Hitler había obligado a su ministro de asuntos exteriores, Joachim von Ribbentrop, a entrar en conversaciones con Polonia para proponer una alianza. Los polacos, perfectamente conscientes del peligro que suponía cualquier provocación a Stalin, y sospechando acertadamente que Hitler deseaba convertir su país en un estado satélite, se mostraron sumamente cautelosos. Pero el gobierno polaco había cometido un gravísimo error por puro oportunismo. Cuando Alemania entró en los Sudetes en 1938, sus fuerzas ocuparon la provincia checoslovaca de Teschen, que Polonia venía reivindicando desde 1920 por considerarla étnicamente polaca, y también avanzó su frontera hasta los Cárpatos. Este movimiento irritó a los soviéticos y alarmó a los gobiernos británico y francés. El exceso de confianza de los polacos no hizo sino favorecer los planes de Hitler. Al final quedó demostrado que la idea de Polonia de que podía crearse un bloque centroeuropeo para frenar la expansión de Alemania —la que llamaban una «Tercera Europa»— no era más que una quimera.

El 8 de marzo de 1939, poco antes de que sus tropas ocuparan Praga y el resto de Checoslovaquia, Hitler indicó a sus generales que tenía la intención de aplastar a Polonia. Sostenía que entonces Alemania podría aprovechar los recursos polacos y extender su dominio hasta el sur de Europa central. Había decidido asegurarse el control de Polonia con la conquista, no con la diplomacia, antes de lanzar un ataque por el oeste. También les habló de su intención de acabar con la «democracia judía» de los Estados Unidos.[11]

El 23 de marzo, Hitler invadió el distrito lituano de Memel para anexionarlo a Prusia oriental. Decidió acelerar su plan de guerra por el temor a un rápido rearme de Gran Bretaña y Francia. No obstante, seguía sin tomarse en serio las palabras pronunciadas por Chamberlain el 31 de marzo en la Cámara de los Comunes, prometiendo su apoyo a Polonia. El 3 de abril ordenó a sus generales que planificaran la llamada operación «Caso Blanco», esto es, un proyecto para invadir Polonia que tenía que estar preparado a finales de agosto.

Chamberlain, cuyo visceral anticomunismo hacía que fuera reacio a entenderse con Stalin, sobrestimó la capacidad de los polacos y no supo crear a tiempo un bloque defensivo para frenar a Hitler en Europa central y los Balcanes. De hecho, en sus garantías a Polonia los británicos excluían implícitamente a la Unión Soviética. El

gobierno de Chamberlain solo comenzó a reaccionar a esta clara omisión cuando llegaron informes que hablaban de negociaciones comerciales entre alemanes y soviéticos. Stalin, que detestaba a los polacos, estaba muy preocupado porque los gobiernos de Francia y Gran Bretaña no habían conseguido poner coto a las ambiciones de Hitler. Por otro lado, el hecho de que no lo hubieran invitado un año antes a discutir el futuro de Checoslovaquia solo había servido para aumentar su resentimiento. Además, sospechaba que los británicos y los franceses solo querían meterlo en un conflicto con Alemania para no verse ellos obligados a recurrir a las armas. Como es de suponer, prefería que fueran los estados capitalistas los que se enzarzaran en una guerra de desgaste.

El 18 de abril, Stalin puso a prueba a los gobiernos de Francia y Gran Bretaña, ofreciéndoles una alianza que contemplaba la prestación de ayuda a cualquier país de Europa central que se viera amenazado por una fuerza agresora. Los británicos no sabían qué hacer. En un primer momento, dejándose llevar por su instinto, tanto lord Halifax, ministro de exteriores, como sir Alexander Cadogan, su secretario permanente, consideraron la *démarche* soviética una maniobra con fines «malévolos».[12] Chamberlain temía que aceptar semejante propuesta solo iba a servir para provocar a Hitler. De hecho, fue lo que impulsó a Hitler a llegar a un acuerdo con el dictador

soviético. En cualquier caso, polacos y rumanos recelaban de ese ofrecimiento. Temían, con razón, que la Unión Soviética exigiera que el Ejército Rojo pudiera entrar en sus territorios. Por su parte, los franceses, que desde antes de la Primera Guerra Mundial ya veían en Rusia su aliado natural contra Alemania, se mostraron mucho más receptivos a la idea de una alianza con la Unión Soviética. Y, dándose cuenta de que debían actuar conjuntamente con Gran Bretaña, comenzaron a presionar a Londres para que accediera a entablar negociaciones militares con Moscú.

A Stalin no le sorprendió la vacilante reacción de los británicos, pues también tenía secretamente en su agenda un plan de expansión de las fronteras soviéticas por el oeste. Ya le había echado el ojo a la Besarabia rumana, a Finlandia, a los estados bálticos y a Polonia oriental, especialmente a los territorios de Bielorrusia y Ucrania cedidos a Polonia tras su victoria de 1920. Los británicos, reconociendo al final la conveniencia de un pacto con la Unión Soviética, no comenzaron a entablar negociaciones hasta finales de mayo. Sin embargo, Stalin sospechaba, no exento de razón, que lo único que quería el gobierno británico era ganar tiempo.

Al dictador soviético le sorprendió aún menos la legación militar de franceses y británicos que el 5 de agosto, a bordo de un lento vapor, partió rumbo a Leningrado. El general Aimé Doumenc y el almirante sir

Reginald Plunkett-Ernle-Erle-Drax no tenían ningún poder de decisión. Solo podían informar a París y a Londres. Su misión, en cualquier caso, estaba condenada al fracaso por otras razones. Doumenc y Drax se encontraron con un problema insalvable: la insistencia de Stalin en que las tropas del Ejército Rojo tuvieran derecho de paso por los territorios de Polonia y Rumania. Era una exigencia con la que ninguno de los dos países iba a transigir. Ambos estados sentían una desconfianza visceral hacia todos los comunistas, sobre todo a Stalin. El tiempo iba pasando mientras las estériles negociaciones se prolongaban hasta la segunda mitad de agosto, pero ni siquiera los franceses, que querían desesperadamente alcanzar un acuerdo, consiguieron convencer al gobierno de Polonia de que cediera en ese punto. El comandante en jefe de las fuerzas polacas, el mariscal Edward Śmigly-Rydz, dijo que «con los alemanes corremos el peligro de perder nuestra libertad, pero con los rusos perderíamos nuestra alma».[13]

Hitler, airado por la pretensión de británicos y franceses de incluir a Rumania en un pacto defensivo contra cualquier futura agresión de Alemania, decidió que había llegado la hora de considerar seriamente dar un paso impensable desde el punto de vista ideológico: firmar un acuerdo con los soviéticos. El 2 de agosto, Ribbentrop habló por primera vez de la idea de establecer un nuevo tipo de relación con el representante soviético en Berlín. «No

hay ningún problema, desde el Báltico hasta el mar Negro», le dijo, «que no pueda ser resuelto entre nosotros dos».[14]

Ribbentrop no ocultó los planes alemanes de agredir Polonia, insinuando que podían dividirse el botín. Al cabo de dos días, el embajador alemán en Moscú comentó que su país estaba dispuesto a considerar los estados bálticos una zona bajo la esfera de influencia soviética. El 14 de agosto, Ribbentrop planteó la idea de visitar Moscú para comenzar las negociaciones. Molotov, el nuevo ministro soviético de asuntos exteriores, expresó su preocupación por el apoyo alemán a Japón, cuyas fuerzas seguían combatiendo con el Ejército Rojo a uno y otro lado del Khalkhin-Gol, poniendo, no obstante, de manifiesto la predisposición soviética a seguir con las negociaciones, especialmente en lo tocante a los estados bálticos.

Para Stalin, los beneficios parecían cada vez más evidentes. En realidad, desde la firma del tratado de Munich, no había dejado de considerar la posibilidad de alcanzar un acuerdo con Hitler. En la primavera de 1939 se dio un paso más en este sentido. El 3 de mayo, tropas del NKVD rodearon el comisariado de asuntos exteriores. «Purga a los judíos del ministerio», fue la orden de Stalin. «Limpia bien la "sinagoga"».[15] Maxim Litvinov, el veterano diplomático soviético, fue sustituido como ministro de asuntos exteriores por Vyacheslav Molotov, y diversos judíos fueron detenidos.

Un acuerdo con Hitler permitiría a Stalin ocupar los estados bálticos y Besarabia, por no hablar de Polonia oriental si los alemanes invadían este país por el oeste. Y, como sabía que el siguiente paso de Hitler iba a ser contra Francia y Gran Bretaña, confiaba en que el poder alemán se debilitara en lo que esperaba que se convirtiera en una guerra sangrienta con el oeste capitalista. Ello le daría tiempo para reconstruir su Ejército Rojo, debilitado y desmoralizado en aquellos momentos por sus propias purgas.

Para Hitler, un acuerdo con Stalin iba a permitirle comenzar su guerra, primero contra Polonia, y luego contra Francia y Gran Bretaña, incluso sin contar con aliados. El llamado «Pacto de Acero» firmado con Italia el 22 de mayo significaba muy poco, pues Mussolini no creía que su país estuviera preparado para la guerra hasta 1943. Hitler, sin embargo, seguía apostando por su corazonada de que Gran Bretaña y Francia se acobardarían y no entrarían en guerra cuando invadiera Polonia, por mucho que hubieran garantizado lo contrario.

La propaganda de guerra de la Alemania nazi contra Polonia se intensificó. Los polacos fueron convertidos en los causantes de la invasión que estaba germinándose contra su

país. Y Hitler tomó todas las precauciones necesarias para evitar cualquier tipo de negociación, pues esta vez no estaba dispuesto a verse privado de una guerra por unas concesiones acordadas en el último minuto.

Para arrastrar a la opinión pública alemana en aquella empresa, no dudó en explotar el resentimiento de su pueblo hacia Polonia por haberse quedado con Prusia occidental y parte de Silesia tras el detestado acuerdo firmado en Versalles. La Ciudad Libre de Danzig y el corredor polaco que separaba Prusia oriental del resto del Reich fueron utilizados como ejemplos de las injusticias cometidas por el Tratado de Versalles. Pero el 23 de mayo, Hitler declaró que la guerra que se avecinaba no era por la Ciudad Libre de Danzig, sino por un *Lebensraum* en el este. Los informes que hablaban de la opresión a la que se veían sometidos los casi un millón de individuos de origen alemán de Polonia fueron manipulados burdamente. No es de sorprender que las constantes amenazas de Hitler a Polonia dieran lugar a una serie de medidas discriminatorias contra esas personas, y a finales de agosto unas setenta mil huyeron al Reich. Las declaraciones de los polacos, acusando a los individuos de origen alemán de participación en actos subversivos antes de que estallara la guerra, eran, casi con absoluta seguridad, falsas. En cualquier caso, la prensa alemana cada vez se hacía más eco de noticias que hablaban de persecuciones de las minorías alemanas en Polonia.

El 17 de agosto, durante unas maniobras del ejército alemán a orillas del Elba, dos capitanes británicos de la embajada, que habían sido invitados en calidad de observadores, percibieron que los oficiales alemanes más jóvenes se mostraban «muy confiados y seguros de que el Ejército Alemán podía enfrentarse al mundo».[16] Sus generales y altos funcionarios del ministerio de exteriores, sin embargo, temían que la invasión de Polonia desencadenara un conflicto armado en Europa. Hitler seguía creyendo que los británicos al final no empuñarían las armas. En cualquier caso, pensaba, la firma inminente de un pacto con la Unión Soviética acabaría por tranquilizar a aquellos generales a los que les asustaba la posibilidad de que se desencadenara una guerra en dos frentes. Pero el 19 de agosto, por si los británicos y los franceses declaraban la guerra, el *Grossadmiral* Raeder ordenó que los acorazados de bolsillo *Deutschland* y *Graf Spee*, junto con dieciséis submarinos, se echaran a la mar y pusieran rumbo a aguas del Atlántico.[17]

El 21 de agosto, a las 11:30, el ministro de asuntos exteriores alemán anunció desde la Wilhelmstrasse que se había propuesto la firma de un pacto de no agresión nazi-soviético. Cuando en el Berghof se recibió la noticia de que Stalin estaba dispuesto a entablar negociaciones, se cuenta que Hitler, cerrando el puño en señal de victoria, dio un golpe en la mesa y exclamó ante los allí presentes: «¡Ya

son míos! ¡Ya son míos!».[18] «En las cafeterías los alemanes demostraban su alegría, pues pensaban que aquello significaba la paz», observaría un miembro del personal de la embajada británica.[19] Y el embajador, sir Nevile Henderson, informó a Londres poco después en los siguientes términos: «La primera impresión en Berlín fue de gran alivio... Una vez más, se ha visto reafirmada la fe del pueblo alemán en la capacidad de Herr Hitler para alcanzar sus objetivos sin entrar en una guerra».[20]

La noticia conmocionó a los británicos; pero para los franceses, que habían depositado muchas más esperanzas en un pacto con su aliado tradicional, Rusia, fue una verdadera bomba. Curiosamente, el generalísimo español, Francisco Franco, y las autoridades japonesas fueron los que quedaron más sorprendidos. Se sintieron traicionados, pues nadie les había dicho que el instigador del pacto anti-Comintern estaba deseando firmar en aquellos momentos una alianza con Moscú. El gobierno de Tokio se vino abajo al recibir la noticia, que, sin embargo, suponía un duro revés para Chiang Kai-shek y los nacionalistas chinos.

El 23 de agosto, Ribbentrop realizó un vuelo histórico a la capital soviética. Apenas quedaban unas pocas cuestiones espinosas que aclarar en las negociaciones, pues los dos regímenes totalitarios se habían dividido Europa central en un protocolo secreto. Stalin exigió que se le concediera toda Letonia, a lo que Ribbentrop accedió

tras consultarlo con Hitler por teléfono y recibir su aprobación. Una vez firmados el pacto público de no agresión y los protocolos secretos, Stalin propuso un brindis por Hitler, y le dijo a Ribbentrop que era perfectamente consciente del «gran amor que siente la nación alemana por su Führer».

Aquel mismo día, en un último intento por evitar la guerra, sir Nevile Henderson se había dirigido a Berchtesgaden con una carta de Chamberlain. Pero Hitler se limitó simplemente a culpar a los británicos de apoyar a los polacos en su postura antialemana. Henderson, aunque era un ferviente partidario de la política de apaciguamiento, al final se convenció de que «el cabo de la pasada guerra estaba sumamente ansioso por demostrar lo que era capaz de hacer en la siguiente en calidad de generalísimo y conquistador».[21] Aquella misma noche, Hitler ordenó que el ejército se preparara para invadir Polonia tres días después.

A las 03:00 del 24 de agosto, la embajada británica en Berlín recibió un telegrama de Londres con una contraseña: «Raja». Los diplomáticos, algunos de ellos aún en pijama, empezaron a quemar documentos secretos. A mediodía, se comunicó a todos los súbditos británicos que debían abandonar el país. El embajador, aunque apenas había dormido tras su viaje a Berchtesgaden, jugó una partida de bridge con miembros de su personal aquella

tarde.

Al día siguiente, Henderson volvió a entrevistarse con Hitler, que ya había regresado a Berlín. El Führer se ofreció a firmar un pacto con Gran Bretaña una vez concluida la invasión de Polonia. Sin embargo, Henderson lo exasperó cuando respondió que, para alcanzar un acuerdo, Alemania debía desistir de su política de agresión y marchar, además, de Checoslovaquia. De nuevo, Hitler declaró que, si tenía que estallar una guerra, mejor que fuera entonces y no cuando tuviera cincuenta y cinco o sesenta años. Aquella noche, para verdadera sorpresa y consternación de Hitler, fue firmado oficialmente el pacto anglo-polaco.

En Berlín, los diplomáticos británicos se prepararon para lo peor. «Habíamos trasladado todo nuestro equipaje personal al salón de recepciones de la embajada», escribiría uno de ellos, «que ya empezaba a parecer la estación Victoria tras la llegada de un tren procedente de alguna de las ciudades portuarias».[22] Las embajadas y los consulados de Alemania en Gran Bretaña, Francia y Polonia recibieron instrucciones exigiendo que se ordenara a todos los ciudadanos alemanes que regresaran al Reich o se trasladaran a un país neutral.

El sábado, 26 de agosto, el gobierno alemán canceló las celebraciones con motivo del XXV aniversario de la batalla de Tannenberg. Pero, en realidad, aquella ceremonia

había sido utilizada para camuflar una concentración masiva de tropas en Prusia oriental. El viejo acorazado *Schleswig-Holstein* había llegado a las costas de Danzig el día anterior, supuestamente en visita de buena voluntad, pero sin haber informado previamente de ella a las autoridades polacas. Los depósitos del buque estaban llenos de bombas con las que los alemanes iban a atacar las posiciones polacas de la península de Westerplatte junto al estuario del Vístula.

Aquel fin de semana los habitantes de Berlín disfrutaban de un tiempo espléndido. En Grünewald, a orillas del Wannsee, se concentraba un gran número de nadadores y de personas tumbadas al sol, que parecían ignorar la amenaza de una guerra, a pesar de que la radio ya había anunciado la inminente introducción de las cartillas de racionamiento. En la embajada británica, el personal empezó a beber las últimas botellas de champagne que quedaban en la bodega. Se había dado cuenta de que en las calles había cada vez más soldados, muchos de ellos calzados con botas nuevas de color amarillento que aún no habían sido debidamente ennegrecidas con betún.

El inicio de la invasión había sido programado para aquel día, pero Hitler, ante la resolución de Gran Bretaña y de Francia de prestar apoyo a Polonia, había decidido la noche anterior que se aplazara la acción. Seguía esperando que los británicos dieran señales de vacilación. Sin

embargo, incomprensiblemente, una unidad de los comandos de Brandenburgo, que no recibió a tiempo la orden de aplazamiento de la operación, se había adentrado en territorio polaco para ocupar un puente de importancia vital.

Hitler, esperando aún poder responsabilizar a los polacos de la invasión, hizo ver que estaba dispuesto a entablar negociaciones tanto con Gran Bretaña como con Francia, y también con Polonia. Y puso en escena una farsa: no solo se negaba a exponer a las autoridades polacas los puntos de las posibles conversaciones, sino que advertía que no estaba dispuesto a recibir a ningún emisario de Varsovia, fijando, además, un plazo límite, la medianoche del 30 de agosto. También rechazaba la oferta de mediación del gobierno de Mussolini. El 28 de agosto, ordenó de nuevo que el ejército se preparara para comenzar la invasión el 1 de septiembre por la mañana.

Ribbentrop, mientras tanto, se convirtió en una figura ilocalizable tanto para el embajador polaco como para el británico. Esta actitud concordaba con su postura habitual de mantenerse apartado y observar el desarrollo de los acontecimientos desde cierta distancia, ignorando a todos los que lo rodeaban como si no fueran dignos de compartir sus pensamientos. Al final, accedió a entrevistarse con Henderson el 30 de agosto, a medianoche, justo cuando expiraba el plazo para aceptar los términos de una paz que

nunca habían sido comunicados. Según el informe de Henderson, Ribbentrop «elaboró un extenso documento que me leyó en voz alta en alemán, o más bien que me recitó atropelladamente, con un tono de máxima irritación... Cuando terminó, le pedí, como era de esperar, que me permitiera verlo. Herr von Ribbentrop se opuso categóricamente, arrojó el documento sobre la mesa con gesto de desprecio y dijo que ya había caducado porque no había llegado a Berlín emisario alguno de Polonia antes de que dieran las doce de la noche».[23] Al día siguiente, Hitler emitió la Directiva n° 1 para la llamada operación «Caso Blanco», la invasión de Polonia, cuya puesta en marcha había venido gestándose durante los últimos cinco meses.

En París, la noticia fue recibida con sombría resignación, por el recuerdo del más de un millón de muertos de la anterior guerra. En Gran Bretaña, aunque se había anunciado la evacuación masiva de niños de la ciudad de Londres para el i de septiembre, la mayoría de la población seguía creyendo que todo aquello no era más que una fanfarronada del líder nazi. Los polacos no pensaban lo mismo, aunque en Varsovia no se vieran signos de pánico, solo de determinación.

El último intento nazi de construir un *casus belli* sería verdaderamente representativo de sus métodos. Ese acto de propaganda negra había sido planificado y organizado por el brazo derecho de Himmler, Reinhard Heydrich. Heydrich

había formado un grupo de élite, seleccionado cuidadosamente entre los hombres de la SS de su mayor confianza. Dicho grupo debía simular un ataque contra un puesto aduanero alemán y contra la emisora de radio de la localidad fronteriza de Gleiwitz; a continuación tenía que transmitir un mensaje en polaco. Hombres de la SS se encargarían de ejecutar a unos cuantos prisioneros del campo de concentración de Sachsenhausen, previamente drogados y vestidos con uniformes polacos, cuyos cuerpos dejarían abandonados como testimonio del ataque. El 31 de agosto, por la tarde, Heydrich telefoneó al oficial que había dejado al mando del plan para ordenarle que diera la contraseña que indicaba la puesta en marcha de la operación: «¡Abuela fallecida!»[24] Resulta escalofriantemente simbólico que las primeras víctimas de la Segunda Guerra Mundial en Europa fueran prisioneros de un campo de concentración asesinados para escenificar una burda farsa.

2

«LA DESTRUCCIÓN TOTAL DE POLONIA»[1] (septiembre-diciembre de 1939)

En las primeras horas del 1 de septiembre de 1939, las fuerzas alemanas estaban listas para cruzar la frontera polaca. Para todos sus efectivos, con la excepción de los veteranos de la Primera Guerra Mundial, iba a ser la primera experiencia en el campo de batalla. Como cualquier soldado, la mayoría de esos hombres se preguntaba en la soledad de la noche cuántas probabilidades tenían de sobrevivir y si iban a salir indemnes de aquella empresa. Mientras aguardaban la orden de encender motores, el comandante de uno de los tanques que se encontraban en la frontera de Silesia describió el fantasmagórico paisaje que lo rodeaba en los siguientes términos: «El bosque en tinieblas, la luna llena y una ligera neblina conforman un escenario irreal».[2]

A las 04:45 se dispararon desde el mar, cerca de

Danzig, los primeros obuses. El *Schleswig-Hotstein*, un veterano de la batalla de Jutlandia, se había trasladado durante las últimas horas de la noche previas al alba a una posición próxima a las costas de la península de Westerplatte. Abrió fuego contra la fortaleza polaca con su armamento principal de 280 mm. Una compañía de las tropas de asalto de la Kriegsmarine, que había permanecido escondida a bordo del *Schleswig-Holstein*, lanzó más tarde un ataque en la costa, pero fue repelida con gran firmeza. En la ciudad de Danzig, los voluntarios polacos se volcaron en la defensa de las oficinas centrales de Correos situadas en Heveliusplatz, pero poco pudieron hacer cuando las tropas de asalto nazis, la SS y las fuerzas regulares alemanas comenzaron a ocupar sigilosamente la ciudad. Casi todos los supervivientes polacos fueron ejecutados tras la batalla.

Las banderas nazis empezaron a ondear en los edificios públicos, y las campanas de las iglesias a sonar, mientras sacerdotes, profesores y maestros y otras figuras destacadas de la ciudad eran detenidas junto a los judíos.[3] En el vecino campo de concentración de Stutthof tuvieron que acelerarse los trabajos para acomodar a los nuevos prisioneros que iban llegando. Más tarde, ya en plena guerra, Stutthof se convertiría en el principal centro de suministro de cuerpos humanos para los experimentos del Instituto Médico Anatómico de Danzig en los que se

procesaban cadáveres para la obtención de cuero y jabón.[4]

La decisión de Hitler de retrasar seis días la invasión había supuesto para la Wehrmacht la oportunidad de movilizar y desplegar otras veintiuna divisiones de infantería y dos divisiones motorizadas más. En aquellos momentos, el ejército alemán contaba con casi tres millones de hombres, cuatrocientos mil caballos y doscientos mil vehículos.[5] Un millón y medio de efectivos había sido trasladado a la frontera con Polonia, muchos de ellos provistos exclusivamente de cartuchos de fogueo con el pretexto de que iban a realizar ejercicios de maniobras. Pero cualquier duda sobre su verdadera misión quedó disipada cuando recibieron la orden de cargar sus armas con balas reales.

No se procedió, en cambio, al despliegue de todas las fuerzas polacas, pues los gobiernos británico y francés habían advertido a Varsovia de que un llamamiento a las armas prematuro habría dado a Hitler la excusa perfecta para lanzar un ataque. Los polacos habían pospuesto la orden de movilización general al 28 de agosto, pero luego, al día siguiente, volvieron a cancelarla cuando los embajadores de Francia y Gran Bretaña les instaron a contener la acción en la esperanza de que, en el último minuto, fructificaran las negociaciones diplomáticas. Al final, la orden fue dada el 30 de agosto. Pero tantos cambios habían dado lugar a una situación de verdadero

caos. Solo alrededor de un tercio de las tropas de vanguardia polacas se encontraban en su puesto el 1 de septiembre.

Su única esperanza era resistir hasta que los franceses lanzaran en el oeste la ofensiva prometida. El general Maurice Gamelin, el comandante en jefe francés, les había garantizado el 19 de mayo que dicha ofensiva tendría lugar con «el grueso de sus fuerzas»[6] como máximo quince días después de que su gobierno ordenara la movilización. Pero los tiempos, al igual que la geografía, no favorecieron a los polacos. Los alemanes no tardarían en alcanzar el corazón de su país desde Prusia oriental por el norte, Pomerania y Silesia por el oeste y la Eslovaquia bajo control nazi por el sur. Desconocedor del protocolo secreto del pacto Molotov-Ribbentrop, el gobierno polaco no puso empeño en establecer una férrea defensa en la frontera oriental. La idea de una doble invasión coordinada conjuntamente por los gobiernos nazi y soviético seguía pareciendo una paradoja política demasiado lejana.


Ejército alemán
Ejército Rojo
Invasión y partición de Polonia
Septiembre-noviembre de 1939
Memel
Mar Báltico
LITUANIA
Pomerania
Danzig
PRUSIA ORIENTAL
IV
III
FRENTE BIELORRUSO
Vístula
Poznań
Varsovia
Río
Brest-Litovsk
Pripet
VIII
Breslau
POLONIA
ALEMANIA
SILESIA
Vístula
Cracovia
X
Lwów
FRENTE UCRANIANO
Protectorado de Bohemia y Moravia
XIV
Dniéster
ESLOVAQUIA
HUNGRÍA
RUMANIA
0 50 100 millas
0 50 100 150 km

A las 04:50 del 1 de septiembre, mientras esperaban recibir la orden de ataque, las tropas alemanas pudieron oír el rugido de los motores de los aparatos aéreos que se acercaban por la retaguardia. Y cuando la nube de aviones Stuka, Messerschmitt y Heinkel pasaba por encima de sus cabezas, los soldados del Reich comenzaron a proferir gritos de júbilo, sabedores de que la Luftwaffe se dirigía hacia los aeródromos polacos para llevar a cabo un ataque preventivo. Sus oficiales les habían informado de que los polacos responderían con tácticas engañosas, utilizando francotiradores civiles y prácticas de sabotaje.[7] Se decía que los judíos polacos eran «amigos de los bolcheviques y germanófobos».[8]

El plan de la Wehrmacht consistía en invadir Polonia simultáneamente desde el norte, desde el oeste y desde el sur. Su avance debía ser «rápido e implacable»,[9] utilizando tanto columnas blindadas como aviones de la Luftwaffe para coger por sorpresa a los polacos antes de que estos pudieran establecer unas líneas defensivas adecuadas. Las formaciones del Grupo de Ejércitos Norte atacarían desde Pomerania y Prusia oriental. Su prioridad sería enlazar en el corredor de Danzig y avanzar hacia Varsovia en dirección sudeste. El Grupo de Ejércitos Sur, a las órdenes del coronel general Gerd von Rundstedt, tenía que avanzar rápidamente desde el sur de Silesia hacia Varsovia formando un gran frente. El objetivo era que los dos grupos

de ejércitos cortaran el paso al grueso de las fuerzas polacas que se encontraban al oeste del Vístula. El X Ejército, situado en el centro de aquella hoz en el sur, disponía del mayor número de formaciones motorizadas. Por su derecha, el XIV Ejército avanzaría hacia Cracovia, mientras tres divisiones de montaña, una división panzer, una división motorizada y tres divisiones eslovacas atacaban hacia el norte desde Eslovaquia, estado títere de los alemanes.

En el centro de Berlín, la mañana de la invasión, formaciones de guardias de la SS ocupaban a Wilhelmstrasse y la Pariser Platz mientras Hitler se dirigía desde la cancillería del Reich hasta la Ópera de Kroll, donde el Reichstag celebraba sus sesiones tras el famoso incendio de su sede. El Führer manifestó que sus razonables peticiones a Polonia, aquellas que con tanta cautela había evitado exponer al gobierno de Varsovia, habían sido rechazadas. Ese «plan de paz de dieciséis puntos» fue publicado aquel mismo día en un cínico intento de demostrar que las autoridades polacas eran las únicas responsables del conflicto. Para júbilo de todos los presentes, anunció la recuperación de Danzig para el Reich.[10] El diplomático suizo Carl-Jakob Burckhardt, alto

comisionado de la Sociedad de Naciones para esta ciudad, fue obligado a abandonarla de inmediato.

En Londres, una vez aclaradas ciertas dudas referentes al modo en que se había desarrollado la invasión, Chamberlain dio la orden de movilización general. Hacía diez días que Gran Bretaña había dado los primeros pasos con el fin de prepararse para la guerra. Chamberlain no había querido ordenar una movilización total por miedo a que ello provocara, como ocurrió en 1914, una reacción en cadena en Europa. Las defensas antiaéreas y las de las costas habían sido su principal prioridad. En cuanto se tuvo noticia de la invasión alemana, su postura dio un giro de ciento ochenta grados. En aquellos momentos nadie podía creer que las declaraciones de Hitler habían sido simples faroles. En el país y en la Cámara de los Comunes los ánimos estaban mucho más exacerbados que un año atrás, cuando la crisis de Munich. No obstante, el Gabinete y el Foreign Office tardaron casi todo el día en redactar un ultimátum dirigido a Hitler exigiendo que retirara sus tropas de Polonia. Pero cuando ya estuvo terminado, el documento en cuestión distaba mucho de parecer un verdadero ultimátum, pues en él no se fijaba plazo alguno para cumplir con lo requerido.

Al día siguiente de recibirse en el consejo de ministros francés un informe de Robert Coulondre desde Berlín, Daladier dio la orden de movilización general. «La

palabra guerra, propiamente dicha, no será pronunciada en el curso de este Consejo», dijo uno de los asistentes al mismo.[11] Se hizo referencia a la guerra solo con eufemismos. También se dictaron instrucciones para proceder a la evacuación de niños en ambas capitales. Todos suponían que las hostilidades comenzarían con numerosas incursiones aéreas de los bombarderos alemanes. Aquella misma noche se impuso un apagón eléctrico general.

En París las noticias de la invasión habían provocado una gran conmoción, pues durante los últimos días habían aumentado las esperanzas de que pudiera evitarse el estallido de un conflicto bélico en Europa. Georges Bonnet, ministro de exteriores y el más firme partidario del apaciguamiento, culpaba a los polacos por su «estúpida y obstinada actitud».[12] Continuaba queriendo recurrir a Mussolini para que actuara como mediador con el fin de llegar a otro acuerdo como el de Munich. Pero la *mobilisation genérale* siguió adelante, con trenes llenos de reservistas partiendo de la Gare de l'Est de París rumbo a Metz y a Estrasburgo.

Como cabía esperar, en el gobierno polaco de Varsovia se empezaba a temer que los Aliados volvieran a tener miedo de enfrentarse a Hitler. Incluso algunos políticos de Londres sospecharon, por la imprecisión de la nota emitida y por la ausencia en ella de un plazo

determinado de tiempo, que Chamberlain quisiera intentar rehuir su compromiso con Polonia. Pero lo cierto es que Gran Bretaña y Francia estaban siguiendo las vías diplomáticas convencionales, como si con ello estuvieran marcando las diferencias con los partidarios de una *Blitzkrieg* no declarada.

En Berlín, la noche del 1 de septiembre seguía siendo atípicamente densa y calurosa. La luz de la luna iluminaba las calles oscuras de la capital del Reich que en aquellos momentos sufría un apagón eléctrico general por temor a posibles incursiones aéreas de los polacos. También se impuso otro tipo de apagón. Goebbels decretó una ley en virtud de la cual quedaba terminantemente prohibido escuchar emisiones radiofónicas extranjeras. Ribbentrop se negó a recibir la visita conjunta de los embajadores británico y francés, de modo que a las 21:20 Henderson entregó la carta exigiendo la retirada inmediata de las fuerzas alemanas que habían entrado en Polonia. Media hora después Coulondre entregaba la versión francesa de esta petición. Hitler, tal vez incitado por la poca contundencia de dichas misivas, seguía estando convencido de que, en el último momento, los gobiernos de ambos emisarios se echarían atrás.

Al día siguiente, antes de trasladarse al hotel Adlon, situado a la vuelta de la esquina, el personal de la embajada británica se despidió de los alemanes que estaban a su

servicio. Dio la impresión de que las capitales de las tres naciones entraban en una especie de limbo diplomático. En Londres volvió a pensarse en una nueva posibilidad de apaciguamiento, pero el retraso se debía a una petición del gobierno francés, pues este necesitaba más tiempo para movilizar a sus reservistas y proceder a la evacuación de civiles. Los dos gobiernos estaban convencidos de la necesidad de una actuación conjunta, pero Georges Bonnet y sus aliados seguían esforzándose por posponer el funesto momento. Por desgracia, Daladier, cuya falta de resolución era notoria, permitía que Bonnet siguiera alentando la idea de celebrar una conferencia internacional con el gobierno fascista de Roma. Bonnet se puso en comunicación telefónica con Londres para solicitar el apoyo inglés, pero tanto lord Halifax, ministro de exteriores británico, como Chamberlain, hicieron hincapié en que no había nada de qué hablar mientras las tropas alemanas siguieran en territorio polaco. Más tarde, Halifax también se puso en comunicación telefónica con Ciano para despejar cualquier posible duda en este sentido.

La frustración por no haber conseguido fijar un plazo en el impreciso ultimátum había provocado una crisis de gobierno en Londres a última hora de aquella tarde. Chamberlain y Halifax explicaron que era necesario actuar codo con codo con los franceses, lo que significaba que de estos dependía la decisión final. Pero los escépticos, con

el respaldo de los jefes del estado mayor que se encontraban presentes, rechazaron esta lógica. Su temor era que, sin una iniciativa firme por parte de Gran Bretaña, los franceses no dieran ningún paso. Había que fijar un plazo de tiempo. Chamberlain estaba aún más conmocionado por la manera en la que había sido recibido en la Cámara de los Comunes hacía apenas tres horas. Los argumentos que había esgrimido para justificar su tardanza en declarar la guerra fueron escuchados con un silencio hostil. Luego, cuando Arthur Greenwood, actuando como líder del Partido Laborista, se levantó para responderle, pudo oírse gritar incluso a algunos de los conservadores más acérrimos, «¡Habla en nombre de Inglaterra!» Greenwood dejó bien claro que Chamberlain tenía que dar una respuesta a la Cámara a la mañana siguiente.

Aquella noche, mientras en Londres resonaban con furia los truenos de una fuerte tormenta, Chamberlain y Halifax se reunieron con el embajador francés, Charles Corbin, en Downing Street. Se pusieron en comunicación telefónica con París para hablar con Daladier y Bonnet. El gobierno galo seguía insistiendo en que no se le pusiera prisa, aunque Daladier ya hubiera recibido hacía unas pocas horas el apoyo unánime de la Chambre des Députés para entrar en guerra. (Sin embargo, la palabra «guerra» propiamente dicha seguía evitándose supersticiosamente en los círculos oficiales franceses. En su lugar se habían

utilizado durante los debates en el Palais Bourbon eufemismos como las *«obligations de la situation Internationale»*.) Como Chamberlain, llegado este punto, ya estaba plenamente convencido de que su gobierno iba a caer al día siguiente si no se presentaba un ultimátum rotundo, Daladier acabó por aceptar que la respuesta firme de su país no podía ser objeto de más dilaciones. Dio su promesa de que Francia también presentaría su ultimátum al día siguiente. A continuación, Chamberlain reunió a los miembros del Gabinete británico. Poco antes de la medianoche quedó redactado y aprobado el ultimátum definitivo. Sería presentado en Berlín al día siguiente, a las 09:00, por sir Nevile Henderson, y expiraría dos horas después.

La mañana del domingo, 3 de septiembre, sir Nevile Henderson cumplió al pie de la letra las instrucciones que había recibido. Hitler, al que Ribbentrop había asegurado una y otra vez que los británicos se echarían atrás en el último momento, quedó petrificado. Cuando terminaron de leerle el texto del ultimátum, se produjo un largo silencio. Finalmente, el Führer, dirigiendo su mirada a Ribbentrop, preguntó furioso: «¿Y ahora qué?»[13] Ribbentrop, un tipo arrogante y afectado, cuya propia suegra no había dudado en

describirle como «un tonto extremadamente peligroso»,[14] llevaba tiempo garantizándole a Hitler que sabía perfectamente cómo iban a reaccionar los británicos. En aquellos momentos acababa de quedarse sin respuesta. Cuando más tarde Coulondre entregó el ultimátum francés, Göring, dirigiéndose al intérprete de Hitler, comentó: «¡Que el cielo se apiade de nosotros si perdemos esta guerra!».

Tras la tormenta de la noche anterior, Londres amaneció con el cielo sereno y despejado. No había llegado respuesta alguna de Berlín al ultimátum cuando el Big Ben repicó once veces. Desde Berlín, Henderson confirmó telefónicamente que tampoco tenía noticias. Uno de los secretarios a su servicio detuvo el reloj de la embajada cuando este marcaba las once, y en la tapa de cristal que cubría su esfera pegó un papel en el que se decía que el aparato no volvería a funcionar hasta que Hitler hubiera sido derrotado.

A las 11:15, Chamberlain se dirigió por radio a la nación desde la sala de reuniones del gabinete en el n°10 de Downing Street. En todo el país, hombres y mujeres se pusieron en pie cuando al finalizar la transmisión sonó el himno nacional. A muchos se les saltaron las lágrimas. El primer ministro había hablado con sencillez y elocuencia, pero gran parte de la población destacaría cuan triste y cansado había parecido el tono de su voz. En cuanto

terminó de pronunciar su brevísimo discurso, saltaron las sirenas que anunciaban la inminencia de un ataque aéreo. En tropel, hombres y mujeres de todas las edades y condición se dirigieron a sótanos y refugios, esperando que el cielo se cubriera con la llegada de enjambres de aviones negros. Pero se trataba de una falsa alarma, y no tardó en oírse la señal de «todo despejado». Una reacción muy británica y generalizada fue poner a calentar agua en una caldera para preparar el té. Y en numerosísimos casos, sin embargo, la reacción distó mucho de ser flemática, como demuestra un informe de la organización Mass Observation. «De casi todas las poblaciones de cierta importancia se dijo que durante los primeros días de la guerra habían sido bombardeadas hasta quedar en ruinas», comunicaba el documento. «Centenares de individuos habían visto aviones precipitándose en llamas».[15]

A los soldados que cruzaban la ciudad en los camiones de tres toneladas del ejército se les podía oír entonar *It's a long way to Tipperary*, canción que, a pesar de su alegre música, recordaba a la gente los horrores de la Primera Guerra Mundial. Londres estaba poniendo en marcha su aparato de guerra. En Hyde Park, enfrente del cuartel de Knightsbridge, las excavadoras a vapor comenzaron a remover toneladas de tierra con las que habrían de rellenarse los sacos que serían utilizados para proteger edificios gubernamentales. La Guardia Real del palacio de

Buckingham había cambiado sus gorros de piel de oso y sus casacas rojas por otra indumentaria. En aquellos momentos llevaban cascos metálicos, trajes de faena y bayonetas afiladas. Por todo Londres se veía cómo flotaban los globos de barrera plateados que cambiaban por completo el paisaje de la ciudad. En los característicos buzones de correos de color rojo había parches de pintura amarilla capaz de detectar gases venenosos. En las ventanas se habían pegado tiras de papel adhesivo para minimizar el peligro de las posibles roturas de cristales. La población de la ciudad también cambió, con muchos más uniformes y numerosos civiles que llevaban sus máscaras antigás en cajas de cartón. Las estaciones ferroviarias se llenaron de niños evacuados que llevaban colgadas de la ropa etiquetas de identificación con su nombre y dirección, y muñecas de trapo y ositos de peluche entre los brazos. Por la noche, debido a la orden de apagón general, todo resultaba completamente irreconocible. Solo unos pocos se aventuraban a transitar muy cautelosamente con sus vehículos con los faros medio tapados. Muchos se limitaban simplemente a quedarse en casa a escuchar la BBC por la radio con las cortinas corridas.[16]

Australia y Nueva Zelanda también declararon la guerra a Alemania aquel mismo día. El gobierno británico de la India hizo lo mismo, pero sin consultarlo con ningún líder indio. Sudáfrica la declaró tres días más tarde,

después de un cambio de gobierno, y Canadá entró oficialmente en guerra al cabo de una semana. Esa noche el crucero británico *Athenia* fue hundido por el submarino alemán *U-30*. De las ciento doce personas que perecieron en el incidente, veintiocho eran de origen norteamericano.[17] Uno de los asuntos examinados a lo largo de aquel día fue la decisión de Chamberlain, escasamente entusiasta, de hacer entrar en el gobierno al hombre que más crítico se había mostrado con él. El regreso de Churchill al Almirantazgo hizo que el Primer Lord del Mar comunicara a todos los buques de la Marina Real: «¡Winston ha vuelto!».

En Berlín hubo muy pocas celebraciones cuando se dio la noticia de que Gran Bretaña había declarado la guerra. Casi todos los alemanes quedaron perplejos y abatidos. Habían confiado en la extraordinaria racha de suerte de su Führer, pensando que esta también le permitiría obtener una victoria rotunda sobre Polonia sin que se desencadenara ningún conflicto en Europa. Además, a pesar de todos los intentos de prevaricación de Bonnet, el plazo que daba el ultimátum francés (cuyo texto seguía evitando la palabra maldita, «guerra») expiraba a las 17:00 horas. Aunque la postura predominante en Francia era reconocer con

resignación que *«il faut en finir»* —«hay que acabar con ello»—, parecía que la izquierda antimilitarista coincidía con los derrotistas de derechas en no querer «morir por Danzig». Y lo que resultaba más alarmante: algunos oficiales franceses empezaban a convencerse de que los británicos los habían empujado a la guerra. «Es para ponernos ante el hecho consumado», escribió el general Paul de Villelume, oficial de enlace en jefe con el gobierno, «pues los ingleses tienen miedo de que nos volvamos blandos».[18] Nueve meses más tarde ejercería una nefasta influencia derrotista en el siguiente primer ministro de Francia, Paul Reynaud.

No obstante, la noticia de la doble declaración de guerra produjo escenas de gran júbilo en las calles de Varsovia. Desconocedora de las reticencias francesas, una multitud de entusiasmados polacos se congregó frente a las embajadas de los dos países. Los himnos nacionales de los tres aliados sonaban constantemente por la radio. El optimismo desmesurado convenció a muchos polacos de que la prometida ofensiva francesa iba a cambiar rápidamente el curso de la guerra a su favor.

En otras zonas del país se produjeron, sin embargo, escenas mucho menos emotivas. Algunos polacos se volvieron contra sus vecinos de origen alemán para vengarse de la invasión. En medio del pánico, la rabia y el caos provocados por aquella guerra repentina, la población

de origen alemán fue víctima de agresiones en diversas localidades. En Bydgoszcz (Bromberg en alemán), el 3 de septiembre, una serie de tiroteos efectuados de manera aleatoria en las calles de la ciudad contra ciudadanos polacos desencadenó una matanza en la que perdieron la vida doscientas veintitrés personas de origen germano, aunque la historia oficial alemana eleva esta cifra a mil.[19] El número total de individuos de origen alemán asesinados en Polonia varía según los cálculos, pues unos hablan de dos mil y otros incluso de trece mil, pero lo más probable es que fueran alrededor de seis mil. Más tarde, Goebbels elevaría la cifra a cincuenta y ocho mil, en su intento por justificar el programa alemán de limpieza racial emprendido contra los polacos.

Aquel primer día de guerra en Europa, el IV Ejército alemán que lanzaba un ataque desde Pomerania consiguió por fin asegurar el corredor de Danzig en el punto en que este más se ensanchaba. Prusia oriental quedó anexionada al resto del Reich. Varios elementos de la avanzadilla del IV Ejército también ocuparon una cabeza de puente en el bajo Vístula.

El III Ejército, en su avance desde Prusia oriental, marchó hacia el sureste, en dirección al río Narew, con la

intención de rodear Modlin y Varsovia. El Grupo de Ejércitos Sur, por su parte, obligó a los ejércitos de Łódź y de Cracovia a emprender la retirada, provocando un gran número de bajas. La Luftwaffe, tras haber acabado con el grueso de las fuerzas aéreas polacas, comenzó a concentrarse en apoyar a sus tropas de tierra y a destruir ciudades tras las líneas polacas con el fin de bloquear las comunicaciones.

Los soldados alemanes no tardaron en expresar una mezcla de horror y desdén por el estado de miseria que presentaban las aldeas polacas por las que iban pasando. En muchas de ellas parecía que no había ningún polaco, solo judíos. Las describieron como lugares «terriblemente sucios y culturalmente muy atrasados».[20] El sentimiento de desprecio de los soldados alemanes aumentó aún más cuando vieron a «judíos orientales» con largas barbas y vestidos con caftanes. Su aspecto físico, su «mirada huidiza»[21] y la manera «zalamera»[22] con la que «se quitaban respetuosamente el sombrero»[23] parecían encajar mucho mejor con las caricaturas de la propaganda nazi del semanario *Der Stürmer*,[24] obsesivamente antisemita, que con los habitantes de origen judío perfectamente integrados en la sociedad alemana que habían conocido en el Reich. «Cualquiera que todavía no fuera un antisemita radical», escribió un *Gefreiter* (cabo), «lo sería después de ver esto».[25] Los reclutas alemanes, no ya solo los

miembros de la SS, comenzaron a disfrutar maltratando a los judíos, propinándoles palizas, cortando las barbas de los ancianos, humillando, e incluso violando, a las mujeres jóvenes (a pesar de las leyes de Nuremberg que prohibían cualquier tipo de contacto sexual con judíos) y prendiendo fuego a las sinagogas.

Lo que sobre todo recordaban los soldados eran las advertencias que habían recibido acerca del peligro de posibles sabotajes y de los disparos a traición de los francotiradores. Cuando se oía un disparo aislado, solía sospecharse de cualquier judío que anduviera por allí, aunque fuera mucho más probable que se tratara de un ataque de partisanos polacos. Al parecer, se produjeron diversas matanzas después de que algún centinela, asustado, abriera fuego, y se unieran al tiroteo el resto de sus compañeros, llegando a veces a matarse unos a otros. Los oficiales estaban sumamente preocupados por la falta de rigor a la hora de abrir fuego, pero daba la impresión de que eran incapaces de detener lo que denominaban una *Freischärlerpsychose*[26] esto es, un miedo obsesivo a recibir un disparo de algún civil armado. (A veces lo llamaban una *Heckenschützenpsychose*, esto es, la obsesión de que alguien disparara contra ellos oculto tras un seto.) Pero fueron pocos los oficiales que intervinieron para detener los horribles actos de represalia que más tarde se produjeron. Los soldados alemanes comenzarían a lanzar

granadas en los sótanos de las casas, que eran los lugares en los que solían refugiarse las familias, no los partisanos. En su opinión, semejantes prácticas no eran crímenes de guerra, sino actos de legítima defensa.

La continua obsesión del ejército alemán con los francotiradores dio lugar a un patrón sistemático de ejecuciones sumarísimas y de quema de pueblos y aldeas. Muy pocas unidades quisieron perder tiempo con procedimientos legales. En su opinión, los polacos y los judíos simplemente no merecían un trato tan exquisito. Algunas formaciones destacaron más que otras en la ejecución y el asesinato de civiles. Según parece, la guardia personal armada del Führer, la *SS Leibstandarte Adolf Hitler*, fue la peor. Sin embargo, en su mayoría las matanzas fueron llevadas a cabo en la retaguardia por *Einsatzgruppen* de la SS, por la Policía de Seguridad y por la milicia del *Volksdeutscher Selbstschutz* (Autodefensa del Pueblo Alemán), cuya sed de venganza era insaciable.

Las fuentes alemanas dicen que en el curso de los cinco días de campaña fueron ejecutados más de dieciséis mil civiles.[27] La cifra real probablemente sea muy superior, pues rondó los sesenta y cinco mil a finales de año. Unos diez mil polacos y judíos fueron asesinados por las milicias germanas en unas canteras cerca de Mniszek, y otros ocho mil en un bosque próximo a Karlshof.[28] También se prendió fuego a casas, y a veces a aldeas

enteras, a modo de represalia colectiva. En total, fueron más de quinientos los pueblos y aldeas arrasados. En algunos lugares, la línea del avance alemán quedaba marcada por la noche por un resplandor rojizo en el horizonte provocado por las aldeas y las granjas en llamas.

Los judíos, al igual que los polacos, no tardaron en buscar escondites en los que refugiarse cuando llegaban las tropas alemanas. Esta circunstancia aumentaba el nerviosismo de los soldados, pues estaban convencidos de que no solo eran observados desde las ventanas de los sótanos y los tragaluces, sino que también les apuntaban armas que no podían ver. A veces, da la impresión de que muchos soldados quisieran destruir lo que consideraban unas aldeas insalubres y hostiles para que la infección que a su juicio estas suponían no lograra expandirse a la vecina Alemania. Sin embargo, esta idea no impidió que se dedicaran al saqueo en cuanto tenían la oportunidad: dinero, ropa, joyas, alimentos, sábanas y mantas. Y en lo que cabría calificar de una confusión más de causa y efecto: el odio que encontraban a medida que avanzaban parecía en cierto sentido justificar la propia invasión.

Aunque a menudo combatiera con desesperación y evidente bravura y arrojo, el ejército polaco tenía dos graves

carencias: un armamento obsoleto y, sobre todo, falta de aparatos de radio. La retirada de una formación no podía ser comunicada a las que se encontraban a sus flancos, con unas consecuencias desastrosas. El mariscal Śmigły-Rydz, su comandante en jefe, ya se había convencido de que la guerra estaba perdida. Incluso si los franceses lanzaban al final la ofensiva prometida, esta llegaría demasiado tarde. El 4 de septiembre, Hitler, cada vez más seguro de su triunfo, dijo a Goebbels que no temía un ataque por el oeste. Pronosticaba allí una *Kartoffelkrieg*,[29] una «guerra de la patata» estacionaria.

La antigua ciudad universitaria de Cracovia fue ocupada el 6 de septiembre por el XIV Ejército, y el Grupo de Ejércitos Sur de Rundstedt seguía implacablemente su avance mientras los defensores de Polonia huían en retirada. Pero al cabo de tres días, al alto mando del ejército —el OKH, esto es, el Oberkommando des Heeres — empezó a preocuparle la posibilidad de que los ejércitos polacos trataran de evitar la operación de envolvimiento planeada al oeste del Vístula. Dos cuerpos del Grupo de Ejércitos Norte recibieron, pues, la orden de avanzar más hacia el este, si era necesario hasta la línea del Bug, o más allá de este río, para atrapar al enemigo en una segunda línea.

Cerca de Danzig, los heroicos polacos encargados de la defensa de las posiciones de Westerplatte, tras quedarse

sin municiones, se vieron obligados a deponer las armas el 7 de septiembre después de sufrir los constantes ataques de los bombarderos Stuka y de las baterías del *Schleswig-Holstein*. El viejo acorazado puso a continuación rumbo al norte para participar en el ataque al puerto de Gdynia, que cayó el 19 de septiembre.

En Polonia central, la resistencia había ido endureciéndose a medida que los alemanes se aproximaban a la capital. Una columna de la 4.ª División Panzer llegó a las inmediaciones de la ciudad el 10 de septiembre, pero fue obligada a emprender una veloz retirada. La firme determinación de los polacos de pelear ferozmente por Varsovia se puso en evidencia con la concentración en la margen derecha del Vístula de su artillería, dispuesta a abrir fuego contra su propia ciudad. El 11 de septiembre, la Unión Soviética retiró a su embajador y a su personal diplomático de Varsovia, pero los polacos seguían ignorando la puñalada trapera que les preparaban por el este.

En otros lugares, las operaciones de envolvimiento de tropas polacas llevadas a cabo por los alemanes con la ayuda de sus fuerzas mecanizadas ya habían comenzado a producir cantidades ingentes de prisioneros. El 16 de septiembre, los alemanes empezaron una gran batalla de envolvimiento a unos ochenta kilómetros al este de Varsovia, después de atrapar a dos ejércitos polacos en la

confluencia del río Bzura con el Vístula. Con los ataques de la Luftwaffe allí donde se concentraban las tropas se logró acabar con la férrea resistencia que ofrecían los polacos. Fueron hechos prisioneros unos ciento veinte mil hombres. Ante el poderío de los impecables aviones Messerschmitt, poco pudo hacer la valiente fuerza aérea polaca con sus apenas ciento cincuenta y nueve P-11, unos aparatos obsoletos que, más que cazas, parecían Lysanders.[*]

Pronto se esfumaron las pocas esperanzas que abrigaban los polacos de ser salvados por una ofensiva aliada en el oeste. El general Gamelin, con el apoyo del primer ministro francés, Daladier, se negó a dar ningún paso hasta que se hubiera desplegado la Fuerza Expedicionaria Británica y se hubieran movilizado a todos sus reservistas. También dijo que Francia necesitaba adquirir equipamiento militar de Estados Unidos. En cualquier caso, la doctrina militar francesa era fundamentalmente defensiva. Gamelin, a pesar de su promesa a los polacos, quiso desentenderse de la posibilidad de llevar a cabo una gran ofensiva, convencido de que superar la barrera formada por el valle del Rin y la línea defensiva alemana del Muro del Oeste era una hazaña impracticable.

Los británicos apenas mostraron mayor agresividad en su postura. El nombre que daban al Muro del Oeste era «línea Sigfrido», en la que, según una jocosa y célebre canción de los tiempos de la «guerra extraña», querían colgar su colada. Los británicos consideraban que el tiempo estaba de su parte, con la curiosa lógica de que la mejor estrategia era el bloqueo de Alemania, estratagema muy poco efectiva, pues era evidente que la Unión Soviética habría podido ayudar a Hitler a conseguir todo lo necesario para su industria de guerra.

Muchos británicos sentían vergüenza por la falta de agresividad demostrada a la hora de ayudar a los polacos. La RAF comenzó a sobrevolar territorio alemán, lanzando panfletos de propaganda, lo que suscitó numerosos comentarios en tono jocoso que hablaban del «Mein Pamf»[30] y de una «guerra de confeti». Una incursión aérea de los bombarderos británicos contra la base naval alemana de Wilhelmshaven efectuada el 4 de septiembre había resultado humillantemente inefectiva. Grupos de avanzadilla de la BEF, esto es, la Fuerza Expedicionaria Británica, desembarcaron en Francia aquel mismo día, y a lo largo de las cinco semanas siguientes un total de ciento cincuenta y ocho mil efectivos cruzaría el canal. Pero hasta diciembre no se produciría enfrentamiento alguno con las fuerzas alemanas.

Lo único que hicieron prácticamente los franceses fue

avanzar unos pocos kilómetros en territorio alemán, llegando a las inmediaciones de Saarbrücken. En un principio, los alemanes temieron que se produjera un gran ataque. Con el grueso de su ejército en Polonia, Hitler estaba especialmente preocupado, pero la naturaleza tan limitada de aquella ofensiva puso de manifiesto que se trataba simplemente de un mero gesto simbólico. El OKW (Oberkommando der Wehrmacht, esto es, Alto Mando de la Wehrmacht) no tardó en recuperar la calma. No había necesidad de proceder al traslado de tropas. Los franceses y los británicos habían fracasado vergonzosamente en el cumplimiento de sus obligaciones, sobre todo si se tenía en cuenta que en el mes de julio los polacos ya les habían entregado sus réplicas de la máquina de cifrado alemana Enigma.

El 17 de septiembre, el martirio de Polonia quedó sellado cuando las fuerzas soviéticas cruzaron su frontera oriental en virtud del protocolo secreto firmado en Moscú hacía apenas un mes. A los alemanes les sorprendió que no lo hubieran hecho antes, pero Stalin había considerado que, si atacaba demasiado pronto, los Aliados occidentales probablemente se habrían visto en la obligación de declarar la guerra también a la Unión Soviética. Los rusos afirmaban, con lo que tal vez deberíamos calificar de cinismo predecible, que las provocaciones de Polonia les habían obligado a intervenir con el fin de proteger a las

minorías bielorrusas y ucranianas. Además, el Kremlin sostenía que la Unión Soviética ya no tenía que responder al tratado de no agresión firmado con Polonia porque el gobierno de Varsovia había dejado de existir. En efecto, el gobierno polaco había abandonado Varsovia aquella misma mañana, pero simplemente para huir de allí antes de caer presa de las fuerzas soviéticas. Sus ministros tuvieron que dirigirse a toda prisa a la frontera rumana, antes de que el camino quedara cortado por las unidades del Ejército Rojo que avanzaban desde Kamenets Podolsk, en el suroeste de Ucrania.

El embotellamiento de vehículos militares y de automóviles civiles que se produjo en los puestos fronterizos fue inmenso, pero al final aquella noche se permitió el paso de los polacos derrotados. Antes de entrar en Rumania, casi todos cogieron un puñado de tierra o una piedra de su país. Muchos lloraban. Algunos optaron por acabar con su vida. El pueblo rumano se mostró comprensivo con los exiliados, pero su gobierno estaba presionado por los alemanes, que exigía la repatriación de los polacos. Los sobornos salvaron a la mayoría de ellos de la detención y el internamiento, siempre y cuando el oficial al mando no fuera un adepto del movimiento fascista «Guardia de Hierro». Algunos lograron escapar en pequeños grupos. Otros grupos más grandes, organizados por las autoridades polacas en Bucarest, partieron en barco

de Constanza y otros puertos del mar Negro rumbo a Francia. Varios huyeron por Hungría, Yugoslavia y Grecia, y unos pocos, que toparían con muchas más dificultades, se dirigieron a los estados bálticos para luego pasar a Suecia.[31]

Siguiendo instrucciones de Hitler, el OKW emitió inmediatamente una orden dirigida a las formaciones alemanas presentes al otro lado del Bug para que se prepararan para abandonar la zona. El acuerdo de estrecha colaboración entre Berlín y Moscú garantizaba que la retirada de los alemanes de la zona concedida a la Unión Soviética en virtud del protocolo secreto estaría coordinada con el avance de las formaciones del Ejército Rojo.

El primer contacto entre las fuerzas de los dos países de aquella efímera alianza tuvo lugar al norte de Brest-Litovsk (la Brześć de los polacos). Y el 22 de septiembre, la gran fortaleza de esta ciudad fue entregada al Ejército Rojo con un ceremonioso desfile. Para desgracia de los oficiales soviéticos vinculados con este episodio, aquel contacto con oficiales alemanes los convertiría más tarde en objetivo principal de las detenciones efectuadas por el NKVD de Beria.

La resistencia polaca siguió activa; sus formaciones, rodeadas, seguían intentando abrirse paso, y elementos aislados de su ejército crearon grupos irregulares para combatir en las zonas menos accesibles de los bosques, los pantanos y las montañas. Las carreteras que conducían al este estaban atascadas por el gran número de refugiados que, con carros, vehículos maltrechos e incluso bicicletas, trataba de escapar de las atrocidades de la guerra. «El enemigo llegaba siempre por aire», escribió un joven soldado polaco, «e incluso cuando volaba muy bajo, seguía estando fuera del alcance de nuestros anticuados Mauser. El espectáculo de la guerra no tardó en volverse monótono; día tras día, veíamos las mismas escenas: civiles que corrían para protegerse de las incursiones aéreas, convoyes dispersados, camiones y carros en llamas. El olor que se percibía en la carretera también era siempre el mismo. Era el olor que desprendían los caballos muertos que nadie se había preocupado de enterrar, un olor pestilente. Solo nos movíamos de noche, y aprendimos a dormir mientras marchábamos. Estaba prohibido fumar por temor a que la luz de un cigarrillo hiciera caer sobre nosotros a la todopoderosa Luftwaffe».[32]

Mientras tanto, Varsovia seguía siendo el bastión principal de la resistencia polaca. Hitler deseaba impacientemente que la capital de Polonia fuera sometida, por lo que la Luftwaffe comenzó a realizar una serie de

bombardeos intensivos sobre la ciudad. En el aire encontró muy poca oposición, y la capital polaca carecía de unas defensas antiaéreas efectivas. El 20 de septiembre, los alemanes se lanzaron sobre Varsovia y Modlin con seiscientos veinte aviones. Y al día siguiente, Göring ordenó que la Luftflotte 1 y la Luftflotte 4 organizaran diversos ataques masivos. Los bombardeos se sucedieron con gran intensidad —la Luftwaffe no dudó en utilizar aviones de transporte Junker 52 para lanzar bombas incendiarias— hasta que Varsovia se rindió el 1 de octubre. El hedor que desprendían los cadáveres enterrados bajo los escombros y los cuerpos abotagados de los caballos inundaba las calles de la ciudad. Unos veinticinco mil civiles y alrededor de seis mil soldados perecieron en el curso de esas incursiones aéreas.

El 28 de septiembre, mientras Varsovia sufría los ataques de la aviación alemana, Ribbentrop voló de nuevo a Moscú para firmar un «tratado de amistad y de delimitación de las fronteras» adicional con Stalin en el que se contemplaban diversas alteraciones en la línea de demarcación. En virtud de dicho tratado, la Unión Soviética se quedaba con prácticamente toda Lituania, a cambio de aumentar ligeramente la extensión de territorio polaco de ocupación alemana. Los individuos de origen alemán que se encontraran en el territorio ocupado por los soviéticos serían trasladados a la zona nazi. El régimen de Stalin

también entregaba a las autoridades del Reich un número considerable de comunistas alemanes y de oponentes políticos. A continuación, ambos gobiernos hicieron un llamamiento a la paz en Europa puesto que la «cuestión polaca» había quedado resuelta.

No cabe duda de quién ganó más con los dos acuerdos del pacto nazi-soviético. Alemania, amenazada con un bloqueo naval por los británicos, ya podía obtener lo que necesitara para seguir con la guerra. Aparte de todo lo que suministraba la Unión Soviética, como, por ejemplo, grano, petróleo y manganeso, el gobierno de Stalin también podía actuar de conducto de otros productos, especialmente caucho, que Alemania no podía comprar en otros países.

Coincidiendo con las conversaciones en Moscú, los soviéticos empezaron a ejercer presión sobre los estados bálticos. El 28 de septiembre impusieron a Estonia un tratado de «ayuda mutua». A continuación, durante las dos semanas siguientes, Letonia y Lituania fueron obligadas a firmar un acuerdo similar. Por mucho que Stalin hubiera garantizado personalmente que su soberanía iba a ser respetada, lo cierto es que estos tres estados fueron anexionados a la Unión Soviética a comienzos del verano siguiente, y el NKVD procedió a la deportación de unos veinticinco mil elementos considerados «indeseables».[33]

Aunque habían aceptado que Stalin se adueñara de los estados bálticos e incluso de Besarabia, hasta entonces

región de Rumania, a los nazis les parecía no solo una provocación, sino una amenaza en toda regla, las pretensiones del líder soviético de controlar la costa del mar Negro y la desembocadura del Danubio, que se encontraba muy cerca de los yacimientos petrolíferos de Ploesti.

Siguieron produciéndose acciones aisladas de la resistencia polaca hasta bien entrado el mes de octubre, pero con un número de fracasos impactante. Las pérdidas sufridas por las fuerzas armadas polacas que combatían a los alemanes fueron ingentes. Se calcula que murieron setenta mil hombres, que ciento treinta y tres mil resultaron heridos y que unos setecientos mil fueron hechos prisioneros. Los alemanes tuvieron alrededor de cuarenta y cuatro mil cuatrocientas bajas, de las cuales unas once mil fueron mortales. La reducida fuerza aérea polaca había sido aniquilada, pero la pérdida de quinientos sesenta aviones de la Luftwaffe durante la campaña puede calificarse de sorprendentemente cuantiosa. Los cálculos disponibles de las bajas provocadas por la invasión soviética son escalofriantes. Indican que en el Ejército Rojo hubo novecientos noventa y seis muertos y dos mil dos heridos, y que perdieron la vida cincuenta mil polacos,

sin precisar ninguna cifra relativa al número de sus heridos. Semejante disparidad probablemente solo encuentre una explicación en las ejecuciones que se llevaron a cabo, y es muy posible que en dichos cálculos se hubieran computado las víctimas de las matanzas perpetradas en la primavera siguiente, incluida la del bosque de Katyn.[34]

Hitler no dio inmediatamente por muerto y enterrado al estado polaco. Esperaba que en octubre los británicos y los franceses se avinieran a llegar a un acuerdo. El hecho de que los aliados no hubieran lanzado ninguna ofensiva en el oeste para ayudar a los polacos le indujo a creer que los británicos y, especialmente, los franceses no querían seguir con la guerra. El 5 de octubre, tras presenciar un desfile triunfal en Varsovia acompañado del general de división Erwin Rommel, el Führer pronunció unas palabras ante un grupo de periodistas extranjeros. «Caballeros», dijo. «Han podido contemplar las ruinas de Varsovia. Que estas sirvan de advertencia a los estadistas de Londres y París que aún piensan seguir con la guerra».[35] Al día siguiente, anunció en el Reichstag una «propuesta de paz». Pero al final, cuando dicha propuesta fue rechazada por los dos gobiernos aliados, y se hizo evidente que la Unión Soviética tenía la firme determinación de erradicar de su zona cualquier forma de manifestación de la identidad polaca, Hitler decidió destruir completamente Polonia.

Bajo la ocupación alemana, se procedió a la partición

de Polonia, que quedó dividida del siguiente modo: por una parte, los territorios del centro y el suroeste del país administrados por el Generalgouvernement, o Gobierno General, y por otra, las regiones que debían ser anexionadas al Reich (Prusia occidental-Danzig y Prusia oriental en el norte, la del Varta en el oeste y la Alta Silesia en el sur). Con un programa intensivo de limpieza étnica se empezó a vaciar estas últimas regiones «germanizadas». Tenían que ser colonizadas por *Volksdeutsche* de los estados bálticos, Rumania y otros lugares de los Balcanes. Las ciudades polacas fueron rebautizadas. Poznan pasó a ser Posen, capital del *Gau* del Varta. Łódź recibió el nombre de Litzmannstadt, en honor de un general alemán asesinado en las inmediaciones de esta localidad durante la Primera Guerra Mundial.

La iglesia católica de Polonia, símbolo del patriotismo del país, fue perseguida implacablemente, sufriendo la detención y la deportación de muchos de sus sacerdotes. En un intento de eliminar la cultura polaca y destruir cualquier futuro liderazgo, se procedió al cierre de escuelas y universidades. Únicamente iba a permitirse impartir las enseñanzas más básicas; las enseñanzas que solo podían satisfacer las necesidades de una clase servil. Los profesores y el personal de la Universidad de Cracovia fueron deportados en noviembre al campo de concentración de Sachsenhausen. Los prisioneros políticos

polacos fueron enviados a un antiguo cuartel de caballería en Oświęcim, que recibió el nombre de Auschwitz.

Los oficiales del Partido Nazi comenzaron la selección del gran número de polacos que enviarían a Alemania como mano de obra esclava, así como la de las mujeres jóvenes que serían utilizadas como criadas. Hitler comunicó al comandante en jefe del ejército, el general Walther von Brauchitsch, que querían «esclavos baratos» y limpiar de «chusma» el territorio alemán.[36] Los niños rubios que respondían a los ideales arios fueron enviados a Alemania para ser adoptados. Sin embargo, Albert Förster, *Gauleiter de* Prusia occidental-Danzig, provocó la ira de los puristas nazis cuando permitió una reclasificación masiva de polacos como individuos de etnia alemana. Por humillante y ofensiva que pudiera resultar, lo cierto es que aquella reconsideración de sus orígenes supuso para esos polacos la única manera de evitar la deportación y la pérdida de sus hogares. Los varones, sin embargo, no tardarían en verse obligados a engrosar las filas de la Wehrmacht.

El 4 de octubre Hitler decretó una amnistía general para los soldados que habían matado a prisioneros y civiles. Sus actos fueron atribuidos al «resentimiento provocado por las atrocidades cometidas por los polacos». Muchos oficiales sentían disgusto por lo que consideraban un relajamiento de la disciplina militar. «Hemos visto y

presenciado escenas espeluznantes en las que los soldados alemanes se dedican a saquear e incendiar las casas, a asesinar y a robar sin pensar en lo que hacen», decía en una carta el jefe de un batallón de artillería. «Hombres adultos que, sin ser conscientes de sus actos ni preocuparse de lo que hacen, contravienen las leyes y normas establecidas y pisotean el honor del soldado alemán».[37]

El teniente general Johannes Blaskowitz, comandante en jefe del VIII Ejército, protestó vehementemente por la matanza de civiles llevada a cabo por la SS y sus auxiliares, la *Sicherheitspolizei* (Policía de Seguridad) y el *Volksdeutscher Selbstschutz*. Hitler, al escuchar su informe, gritó hecho una furia, «no puede dirigirse una guerra utilizando los criterios del Ejército de Salvación».[38] Todas las demás objeciones que planteó el ejército recibieron por respuesta comentarios igualmente mordaces. No obstante, eran muchos los oficiales alemanes que seguían creyendo que Polonia no merecía existir. Prácticamente ninguno se opuso a la invasión aduciendo razones morales. Como miembros del Freikorps, tras la Primera Guerra Mundial, algunos de los más veteranos habían participado en sangrientas escaramuzas y duros enfrentamientos fronterizos con los polacos, especialmente en la zona de Silesia.

La campaña polaca y los sucesos posteriores se convirtieron, por varias razones, en un ensayo de la

subsiguiente *Rassenkrieg* (guerra de razas) de Hitler contra la Unión Soviética. Unos cuarenta y cinco mil individuos, entre polacos y judíos, murieron a manos de soldados regulares de las fuerzas alemanas. Los *Einsatzgruppen* de la SS ejecutaron con sus ametralladoras a los internos de los sanatorios mentales. Bajo el nombre secreto de «Operación Tannenberg», se ordenó colocar uno de estos *Einsatzgruppen* en la retaguardia de cada uno de los ejércitos, con el objetivo de capturar, e incluso asesinar, a aristócratas, jueces, periodistas prominentes, profesores y cualquier otro individuo que en un futuro pudiera crear una forma de liderazgo para el movimiento de resistencia polaco. El 19 de septiembre, Heydrich informó con bastante claridad al general Franz Halder de que iba a llevarse a cabo «una limpieza: judíos, intelectuales, sacerdotes y aristócratas».[39] Al principio, aquellos actos de terror se realizaron de una manera caótica, sobre todo los emprendidos por las milicias formadas por elementos de la minoría de origen germano, pero a finales de año comenzaron a ser más coherentes y a estar mejor dirigidos.

Aunque Hitler nunca mostró vacilación alguna en su odio a los judíos, el genocidio industrial que comenzó en 1942 no siempre había formado parte de sus planes. Se regocijaba en su obsesivo antisemitismo, y estableció la doctrina nazi de que había que «limpiar» Europa de

cualquier influencia judía. Pero antes de la guerra sus planes no contemplaban llevar a cabo una sangrienta aniquilación. Se concentraban en crear una opresión insostenible que obligara a los judíos a emigrar.

La política nazi de la «cuestión judía» no había sido siempre la misma. De hecho, el término «política» puede inducir a error cuando se considera el desorden institucional que reinaba en el Tercer Reich. La actitud desdeñosa de Hitler ante todo lo relacionado con la administración permitió una proliferación extraordinaria de departamentos y ministerios en clara competencia. Esas rivalidades, especialmente las existentes entre los *Gauleiter*, la SS, los oficiales del Partido Nazi y el ejército, dieron lugar a una sorprendente y ruinosa falta de cohesión que se contradecía a todas luces con la imagen de implacabilidad y eficacia del régimen. Simplemente por oír un comentario casual del Führer, o por un intento de adelantarse a sus deseos, los que competían por congraciarse con él no dudarían en poner en marcha los programas que creyeran convenientes, sin consultar con las demás organizaciones interesadas.

El 21 de septiembre de 1939, Reinhard Heydrich emitió una orden que establecía las «medidas preliminares» para abordar la cuestión de los judíos de Polonia, cuyo número —3,5 millones antes de la invasión— representaba el 10 por ciento de la población, el porcentaje más alto de

Europa. En la zona soviética había alrededor de un millón y medio, cifra que se vio aumentada por unos trescientos cincuenta mil judíos que habían huido al este ante el avance de las tropas alemanas. Heydrich ordenó que los que se encontraran en territorio alemán tenían que ser concentrados en grandes ciudades con buenos enlaces ferroviarios. Se preveía un movimiento masivo de población. El 30 de octubre, Himmler dio instrucciones para que todos los judíos del *Gau* del Varta fueran trasladados inmediatamente a los territorios administrados por el Generalgouvernement. Sus casas debían ser entregadas a colonos *Volksdeutsche*, que nunca habían vivido dentro de las fronteras del Reich, y de cuyo alemán solía decirse que resultaba incomprensible.

Hans Frank, el matón nazi corrupto y despótico que desde el castillo real de Cracovia movía los hilos del Gobierno General en su propio beneficio, se puso hecho una furia cuando fue informado de que tenía que prepararse para la llegada de varios cientos de miles de judíos y polacos desplazados. No se había previsto plan alguno para alojar y alimentar a las víctimas *de aquella migración forzosa, y nadie había pensado* qué hacer con todas ellas. En teoría, los judíos que estuvieran en buenas condiciones físicas debían ser utilizados como mano de obra esclava. Los demás serían confinados temporalmente en los guetos de las grandes ciudades hasta que pudieran ser realojados.

En muchos casos, a los judíos encerrados en guetos sin dinero y sin apenas alimentos, se les dejó morir de hambre y de enfermedad. Aunque todavía no se tratara de un programa de exterminio, lo cierto es que aquellas medidas fueron un paso importante en esa dirección. Y como las dificultades que planteaba el realojo de judíos en una «colonia» todavía por determinar fueron muchas más de las imaginadas, comenzó a considerarse seriamente la idea de que acabar con ellos tal vez fuera más fácil que trasladarlos de un lugar a otro.

Si bien los saqueos, las ejecuciones, los asesinatos y el caos hacían que la vida fuera atroz en los territorios ocupados por los nazis, en el lado soviético de la nueva frontera interior la situación no resultaba mucho más agradable para los polacos.

El odio que sentía Stalin por Polonia se remontaba a la guerra polaco-soviética y a la derrota sufrida por el Ejército Rojo en la batalla de Varsovia de 1920, el llamado «Milagro en el Vístula» por los polacos. Stalin había sido objeto de duras críticas por su implicación en una acción de consecuencias funestas, a saber, la falta de apoyo del Primer Ejército de Caballería a las fuerzas del mariscal M. N. Tukhachevsky, al que en 1937 mandó ejecutar con

acusaciones falsas en lo que sería el comienzo de su purga del Ejército Rojo. En los años treinta, en sus denuncias por espionaje, el NKVD encontraría un chivo expiatorio en el gran número de polacos que vivía en la Unión Soviética, en su mayoría comunistas.

Nikolai Yezhov, jefe del NKVD durante el Gran Terror, se obsesionó imaginando conspiraciones polacas. En el NKVD se llevó a cabo una purga de polacos, los cuales, en virtud de la Orden 00485 del 11 de agosto de 1937, fueron definidos implícitamente como enemigos del estado.[40] Cuando, tras los primeros veinte días de detenciones, torturas y ejecuciones, Yezhov presentó su informe, Stalin alabó el trabajo realizado: «¡Muy bien! Sigue buscando y limpiando en este montón de basura polaca. Elimínala por el bien de la Unión Soviética».[41] En la campaña contra los polacos que se puso en marcha en tiempos del Gran Terror fueron detenidos por espionaje ciento cuarenta y tres mil ochocientos diez individuos, y se ejecutaron a ciento once mil noventa y uno. La probabilidad de que un polaco fuera ejecutado durante este período multiplicaba por cuarenta la de cualquier otro ciudadano soviético.

En virtud del Tratado de Riga de 1921, que había puesto fin a la guerra polaco-soviética, la victoriosa Polonia se había anexionado algunos territorios del oeste de Bielorrusia y de Ucrania, territorios que luego colonizó

con muchos de los legionarios del mariscal Józef Pilsudski. Pero tras la invasión del Ejército Rojo en el otoño de 1939, más de cinco millones de polacos se encontraron bajo la dominación soviética, que por definición consideraba contrarrevolucionaria cualquier forma de patriotismo polaco. El NKVD procedió a la detención de ciento nueve mil cuatrocientas personas, la mayoría de las cuales fueron enviadas al gulag; ocho mil quinientas trece fueron ejecutadas. Las autoridades soviéticas actuaron con más saña contra todos los que pudieran desempeñar algún papel en la preservación del nacionalismo polaco, como, por ejemplo, terratenientes, juristas, maestros, sacerdotes, periodistas, oficiales y funcionarios. Fue una política deliberada de guerra de clases y decapitación nacional. Polonia oriental, ocupada por el Ejército Rojo, debía ser dividida y anexionada a la Unión Soviética, convirtiéndose la región del norte en parte de Bielorrusia, y la del sur en parte de Ucrania.

Las deportaciones en masa a Siberia o a Asia central comenzaron el 10 de febrero de 1940. Los regimientos de fusileros del NKVD se encargaron de la custodia de ciento treinta y nueve mil setecientos noventa y cuatro polacos a unas temperaturas inferiores a los —30°. A gritos y a golpes de culata en las puertas de sus casas se «comunicaba» su nuevo destino a las familias que habían sido seleccionadas para la primera expedición. Los

hombres del Ejército Rojo y de las milicias ucranianas, a las órdenes de un oficial del NKVD, irrumpían en sus domicilios, apuntando con sus armas y profiriendo amenazas. Se daba la vuelta a los colchones y se inspeccionaban los armarios en busca, decían, de armas ocultas. «Sois de la élite polaca», dijo el oficial del NKVD a la familia Adamczyk. «Sois amos y señores polacos. Sois enemigos del pueblo».[42] Una de las fórmulas más habituales del NKVD era: «El que ha sido polaco, es siempre un kulak».[43]

A las familias apenas se les daba tiempo para prepararse para el horrible viaje, viéndose obligadas a abandonar sin más sus casas y sus granjas. En su mayoría, quedaban paralizadas ante aquella perspectiva. Los varones, ya fueran adultos o niños, eran obligados a arrodillarse de cara a la pared, mientras las mujeres de la casa recogían a toda prisa algunas de sus pertenencias, como, por ejemplo, una máquina de coser para ganar algo de dinero allí donde los enviaran,[44] cacharros de cocina, ropa de cama, fotografías familiares, una muñeca de trapo y libros de texto. Algunos soldados soviéticos se avergonzaban claramente de este tipo de misiones y, musitando, pedían perdón. Unas pocas familias fueron autorizadas a ordeñar su vaca antes de partir o a matar alguna gallina o un lechón que les sirviera de alimento durante el viaje de tres semanas en un vagón de ganado que les aguardaba.[45] Tenían

que dejar atrás todas sus otras pertenencias. Había comenzado la diáspora polaca.

3

DE LA «EXTRAÑA GUERRA» A LA «BLITZKRIEG» (septiembre de 1939-marzo de 1940)

Cuando se hizo evidente que no iba a producirse inmediatamente la llegada de bombarderos en masa para arrasar Londres y París, comenzó a recuperarse la normalidad en estas ciudades. En palabras de una famosa cronista londinense, la guerra tenía «un carácter curiosamente sonámbulo».[1] Aparte del riesgo que se corría de chocar contra una farola, el principal peligro que había durante los apagones generales era que te atropellara un automóvil. En Londres, durante los últimos cuatro meses de 1939, más de dos mil peatones perdieron la vida en accidentes de tráfico. La oscuridad total animaba a algunas parejas jóvenes a tener relaciones sexuales de pie en las entradas de las tiendas, deporte que no tardaría en

convertirse en uno de los temas favoritos de los chistes que se contaban en los cabarets.[2] Poco a poco, los cines y teatros volvieron a abrir sus puertas. En Londres, los pubs se llenaban de gente. En París, los cafés y restaurantes estaban abarrotados de clientes, y Maurice Chevalier cantaba el hit del momento, *Paris sera toujours Paris*. Casi todos se habían olvidado de Polonia.

Mientras que por tierra y por aire la guerra languidecía, por mar se intensificaba. Para los británicos, había comenzado con una tragedia. El 10 de septiembre, el submarino *Tritón* de la Marina Real hundió a otro submarino inglés, el *Oxley*, pensando que se trataba de una nave enemiga.[3] El 14 de septiembre fue hundido el primer submarino alemán por los destructores que escoltaban al portaaviones británico *Ark Royal*. Pero el 17 de ese mismo mes, el submarino *U-39* consiguió hundir al obsoleto portaaviones *Courageous* de la Marina Real. Apenas un mes después, los británicos sufrieron un golpe mucho más duro cuando el submarino alemán *U-47* penetró las defensas de Scapa Flow, en las islas Oreadas, y hundió al acorazado *Royal Oak*. Aquel desastre supuso un auténtico varapalo para la confianza de Gran Bretaña en su poderío naval.

Mientras tanto, los dos acorazados de bolsillo alemanes que navegaban por el Atlántico, el *Deutschland* y el *Admiral Graf Spee*, habían recibido autorización para

empezar la guerra lo antes posible. Pero el 3 de octubre la Kriegsmarine cometió un gravísimo error cuando el *Deutschland* capturó un buque mercante de los Estados Unidos como botín de guerra. Después de la brutal invasión de Polonia, este episodio no hizo más que contribuir a que la opinión pública norteamericana comenzara a mostrarse contraria a la Ley de Neutralidad, que prohibía la venta de armas a los beligerantes, y favorable a los Aliados, que necesitaban comprarlas.

El 6 de octubre Hitler anunció en el Reichstag su propuesta de paz a Gran Bretaña y Francia, dando por hecho que ambas naciones aceptarían la ocupación alemana de Polonia y Checoslovaquia. Al día siguiente, sin esperar siquiera una respuesta, inició las conversaciones con los comandantes en jefe de su ejército y el general de artillería Halder para la preparación de una ofensiva en el oeste. El OKH, esto es, el alto mando alemán, recibió la orden de esbozar un plan, el llamado «Caso Amarillo», para lanzar un ataque al cabo de cinco semanas. Pero los argumentos de sus altos oficiales sobre las dificultades que entrañaban un nuevo despliegue de tropas y la organización de los suministros, y lo avanzado que estaba el año para emprender una acción de tal envergadura, exasperaron al Führer. Probablemente el 10 de octubre también se sulfurara cuando por Berlín comenzó a correr insistentemente el rumor de que los británicos se avenían a

los términos de la paz. Las celebraciones espontáneas tanto en los mercados como en las *Gasthäuser* de la capital acabaron en una profunda decepción cuando la esperadísima alocución de Hitler por la radio dejó bien claro que esos rumores no eran más que una quimérica ilusión. Goebbels estaba hecho una furia, sobre todo por la falta de entusiasmo por la guerra que todas aquellas demostraciones de júbilo habían puesto de manifiesto.

El 5 de noviembre, Hitler aceptó entrevistarse con el *Generaloberst* von Brauchitsch, comandante en jefe del ejército. Brauchitsch, al que otros altos oficiales habían pedido que se mantuviera firme en su postura de posponer la invasión, aconsejó a Hitler que no subestimara a los franceses. Debido a la falta de municiones y equipamientos, el ejército necesitaba más tiempo para estar preparado. Hitler lo interrumpió para expresar su desprecio por los franceses. Entonces Brauchitsch intentó explicar que el ejército alemán había dejado patente su falta de disciplina y de preparación durante la campaña de Polonia. Hitler explotó, instándole a que justificara sus palabras con ejemplos. Brauchitsch, sumamente desconcertado y aturdido, fue incapaz de recordar ni un solo caso. Hitler despidió a su comandante en jefe —que marchó de allí tembloroso y humillado— no sin antes comentar con tono amenazador que conocía muy bien cuál era «el espíritu de Zossen [el cuartel general del OKH] y

que estaba firmemente determinado a acabar con él».[4]

El *Generaloberst* Franz Halder, jefe de estado mayor del ejército, que había jugado con la idea de dar un golpe militar para derrocar a Hitler, comenzó a temer entonces que aquel comentario de Hitler no era más que una clara indicación de que la Gestapo estaba al corriente de sus planes. Destruyó todo lo que pudiera incriminarle. Halder, cuyo aspecto más bien recordaba el de un profesor alemán decimonónico, con su pelo cortado a cepillo y sus quevedos, sufriría en sus carnes la impaciencia de Hitler con el conservadurismo del estado mayor.

Stalin, durante este período, no había perdido el tiempo, y había sacado el máximo provecho de los acuerdos Molotov-Ribbentrop. Inmediatamente después de concluirse la ocupación soviética de Polonia oriental, el Kremlin había comenzado a imponer tratados de «ayuda mutua» a los estados bálticos. Y el 5 de octubre se solicitó al gobierno finlandés el envío de una legación a Moscú. Una semana más tarde, Stalin presentó a dicha legación una lista de peticiones en lo que era el borrador de un nuevo tratado. Estas demandas incluían el arriendo a la Unión Soviética de la península de Hangö, la cesión a la Unión Soviética de varias islas del golfo de Finlandia además de

una parte de la península de Rybachy próxima a Murmansk y el puerto de Petsamo. En otro punto se insistía en que la línea fronteriza que marcaba el istmo de Carelia por encima de Leningrado fuera trasladada treinta y cinco kilómetros más al norte. A cambio, los finlandeses recibirían una parte prácticamente deshabitada de la Carelia septentrional soviética.[5]

Las negociaciones en Moscú se prolongaron hasta el 13 de noviembre, sin alcanzarse acuerdo alguno. Stalin, convencido de que los finlandeses carecían del apoyo internacional y de la voluntad de luchar, decidió invadir el país. Para ello buscó un pretexto muy poco convincente, a saber, la existencia de un «gobierno en el exilio» —en realidad, un gobierno títere— integrado por un puñado de comunistas finlandeses que solicitaban la colaboración fraternal de la Unión Soviética. Las fuerzas rusas provocaron un incidente fronterizo cerca de Mainila, en Carelia. Los finlandeses pidieron ayuda a Alemania, pero el gobierno nazi se negó a prestarla y aconsejó que cedieran.


La guerra de invierno
Noviembre de 1939-marzo de 1940
Cabo Norte
Océano Ártico
Rybachy
Tromso
NORUEGA
Petsamo
Murmansk
14
PENÍNSULA DE KOLA
LAPONIA
Kandalaksha
Kemijärvi
Mar Blanco
SUECIA
Oulu
Suomussalmi
Kuhmo
CARELIA
FINLANDIA
Golfo de Botnia
Línea Mannerheim
Ejército soviético
Ataque soviético
8
Lago Ladoga
Vyborg
Turko
Helsinki
Golfo de Finlandia
Hanko
Leningrado
10
7
Tallinn
ESTONIA
0 50 100 millas
0 50 100 150 km

El 29 de noviembre la Unión Soviética rompió las relaciones diplomáticas con Finlandia. Al día siguiente, tropas del distrito militar de Leningrado se lanzaron sobre diversas posiciones finesas, y los bombarderos del Ejército Rojo atacaron Helsinki. Había estallado la Guerra de Invierno. Los líderes soviéticos pensaron que aquella campaña iba a ser un paseo militar, como lo había sido la invasión de Polonia oriental. Voroshilov pretendía que estuviera concluida a tiempo para las celebraciones del sexagésimo aniversario de Stalin el 21 de diciembre. Dmitri Shostakovich recibió la orden de componer una pieza especial para la conmemoración del evento.

En Finlandia, el mariscal Cari Gustav Mannerheim, antiguo oficial de la Guardia de Caballeros de Su Majestad el Zar, y héroe de la guerra de independencia contra los bolcheviques, aceptó de nuevo el cargo de comandante en jefe del ejército. Las fuerzas finlandesas, con apenas ciento cincuenta mil hombres, muchos de los cuales eran reservistas y adolescentes, tenían que enfrentarse a un Ejército Rojo con más de un millón de efectivos. Sus defensas al otro lado del istmo de Carelia, en el suroeste del lago Ladoga, llamadas línea Mannerheim, estaban formadas principalmente de trincheras, búnkeres construidos con troncos de árboles y unos cuantos puestos fortificados de hormigón. A su favor, los bosques y los pequeños lagos canalizaban cualquier línea de avance hacia

los campos que estratégicamente habían sembrado de minas.

A pesar de la ayuda de la artillería pesada, el VII Ejército soviético sufrió un desagradable y duro golpe. Sus divisiones de infantería fueron recibidas cerca de la frontera por grupos de soldados destacados y francotiradores finlandeses que les obligaron a aminorar el paso. Como no disponían de detectores de minas y no habían recibido órdenes perentorias de seguir marchando sin demora, los comandantes soviéticos se limitaron a hacer avanzar a sus hombres por los campos de minas cubiertos de nieve que se extendían frente a la línea Mannerheim. Para los soldados del Ejército Rojo, a los que se les había dicho que los finlandeses iban a recibirlos como hermanos y liberadores de los capitalistas opresores, la realidad de los combates comenzó a minar su moral cuando se vieron obligados a marchar por los campos cubiertos de nieve para alcanzar el bosque de abedules que ocultaba una parte de la línea Mannerheim. Con sus ametralladoras, los finlandeses, maestros en el camuflaje de invierno, los hicieron caer como moscas.

En el extremo septentrional de Finlandia, las tropas soviéticas atacaron desde Murmansk la zona minera y el puerto de Petsamo, pero más al sur su intento de alcanzar el golfo de Botnia, avanzando desde el este y cruzando el centro de Finlandia, acabó en un desastre espectacular.

Stalin, asombrado de que los finlandeses no hubieran presentado inmediatamente la rendición, ordenó a Voroshilov que se les aplastara con la superioridad numérica de las fuerzas soviéticas. Los comandantes del Ejército Rojo, aterrorizados por las purgas y atados de pies y manos por la rígida ortodoxia militar imperante, solo podían enviar a más hombres a la muerte. Con unas temperaturas de 40° bajo cero, los soldados soviéticos carecían del equipamiento y de la preparación para una guerra de invierno como aquella. Mientras intentaban abrirse paso entre la espesa nieve, el color marrón de sus abrigos contrastaba marcadamente con el blanco inmaculado del paisaje. En medio de los lagos helados y los bosques del centro y el norte de Finlandia, las columnas soviéticas no tenían más remedio que tomar las pocas carreteras que se abrían en las florestas, donde, a modo de emboscada, sufrían ataques relámpago de las tropas de montaña finesas provistas de esquís y subfusiles, así como de granadas y cuchillos de caza con los que rematar a sus víctimas.

Los finlandeses adoptaron lo que denominaban táctica «taladora», que consistía en escindir las columnas enemigas en varias partes, y luego cortarles todas las vías de suministro para que murieran de hambre. Sus tropas de montaña aparecían silenciosamente entre la niebla helada, lanzaban granadas o bombas incendiarias contra la artillería

y los tanques soviéticos, y desaparecían con la misma rapidez con la que habían llegado. Era una forma de guerra de guerrillas para la que el Ejército Rojo no estaba preparado. Los finlandeses prendieron fuego a sus granjas, a sus establos y a sus graneros para impedir que las columnas soviéticas encontraran un lugar en el que cobijarse a medida que avanzaban. Minaron las carreteras y colocaron trampas explosivas. Los que caían heridos en el curso de un ataque morían congelados rápidamente. Los soldados rusos comenzaron a llamar a las tropas de montaña camufladas finlandesas *belya smert*, «muerte blanca». La 163.ª División de Fusileros fue rodeada cerca de Suomussalmi; a continuación, la 44.ª División de Fusileros, que avanzaba en su ayuda, quedó seccionada tras una serie de ataques, y sus hombres también cayeron víctimas de aquellos fantasmas blancos que aparecían y se esfumaban entre los árboles.

«A lo largo de cuatro millas», escribía la periodista americana Virginia Cowles tras visitar más tarde el campo de batalla, «la carretera y los bosques aparecían sembrados de cadáveres de hombres y caballos; y de tanques averiados, cocinas de campaña, camiones, armones, mapas, libros y prendas de vestir. Los cuerpos inertes y helados como madera petrificada tenían el color de la caoba. Algunos cadáveres estaban apilados unos sobre otros como un montón de basura, cubiertos únicamente por una

misericordiosa capa de nieve; otros se encontraban recostados en los árboles en posturas grotescas, como guiñapos. Todos se habían congelado en la misma posición en la que habían caído o se habían acurrucado. Vi a uno presionando con las manos una herida en el estómago; a otro tratando de desabrocharse el cuello del abrigo».[6]

Una suerte similar corrió la 122.ª División de Fusileros que avanzaba hacia el suroeste desde la península de Kola en dirección a Kemijärvi, donde fue sorprendida y aniquilada por las fuerzas del general K. M. Wallenius. «¡Qué extraños eran los cadáveres que yacían en esta carretera!», escribió el primer periodista extranjero que tuvo la oportunidad de comprobar personalmente la eficacia y la bravura de la resistencia finlandesa. «El frío había congelado a los hombres en la misma posición en la que habían caído. Además, había encogido ligeramente sus cuerpos y sus rasgos, dándoles una apariencia artificial, como si fueran de cera. Toda la carretera era como una gran reproducción en cera del escenario de una batalla, perfectamente representada... Costaba creer que aquellas figuras habían sido personas de carne y hueso. Algunos hombres seguían teniendo en las manos granadas, listas para ser arrojadas. Uno estaba apoyado en la rueda de un carro sosteniendo un pedazo de cable; otro estaba colocando el cargador en su fusil».[7]

La condena internacional de la invasión provocó la

expulsión de la Unión Soviética de la Sociedad de Naciones, en lo que habría de ser el último acto de dicho organismo. El sentimiento popular en ciudades como Londres y París fue de rabia e indignación; un sentimiento más acentuado aún que cuando tuvo lugar el ataque a Polonia. Alemania, aliada de Stalin, también se encontró en una difícil posición. Si bien recibía una cantidad mayor de suministros de la Unión Soviética, comenzó a temer por el futuro de sus relaciones diplomáticas y comerciales con los países escandinavos, especialmente con Suecia. Lo que más preocupó a las autoridades nazis fueron los llamamientos en Gran Bretaña y Francia que instaban al envío inmediato de ayuda militar a Finlandia. Cualquier presencia aliada en Escandinavia podía poner en peligro el suministro a Alemania de hierro sueco, cuya excelente calidad era esencial para las industrias de guerra del Reich.

En aquellos momentos, sin embargo, Hitler se mostró tranquilo y confiado. Tenía el convencimiento de que la providencia estaba de su lado, protegiéndolo para que pudiera cumplir su gran misión. El 8 de noviembre pronunció su discurso anual en la Bürgerbräukeller de Munich, el mismo local desde el que había intentado dar un golpe de estado en 1923, el fallido *Putsch* de la

Cervecería. A escondidas, Georg Elser, un carpintero, había conseguido colocar explosivos en el interior de una columna próxima al estrado. Pero, excepcionalmente, Hitler decidió acortar su visita para regresar lo antes posible a Berlín, y doce minutos después de su partida una gran explosión destruyó parte del local, matando a varios miembros de la «vieja guardia» del Partido Nazi. Según una cronista de la época, la reacción a esta noticia en Londres «puede resumirse en un comentario sereno y muy británico, "Mala suerte", como si a un cazador se le hubiera escapado el faisán».[8] Con un optimismo a todas luces equivocado, los británicos se consolaron pensando que era simplemente cuestión de tiempo que los alemanes se deshicieran de su espantoso régimen.

Elser fue detenido aquella misma noche, mientras intentaba pasar a Suiza. Aunque era evidente que había actuado en solitario, la propaganda nazi responsabilizó inmediatamente a los servicios de espionaje británicos del atentado contra la vida del Führer. Himmler encontró la oportunidad perfecta para explotar esos vínculos ficticios. Walter Schellenberg, un experto de los servicios de inteligencia de la SS, ya estaba en contacto con dos oficiales ingleses del SIS (Secret Intelligence Service), y los había persuadido de que formaba parte de una conspiración de la Wehrmacht contra Hitler. Al día siguiente, los convenció para que volvieran a encontrarse

con él en la ciudad holandesa de Venlo, próxima a la frontera con Alemania. Prometió que con él vendría un general alemán antinazi. Sin embargo, una vez allí, los dos oficiales británicos fueron rodeados y capturados por un grupo de asalto de la SS. Esta unidad estaba dirigida por el *Sturmbannführer* Alfred Naujocks, que a finales de agosto había capitaneado el falso ataque a la emisora de radio de Gleiwitz. No iba a ser la única operación secreta británica que saldría desastrosamente mal en Holanda.

Este desastre se ocultó a la opinión pública británica, que por fin pudo volver a sentirse orgullosa de su Marina Real poco antes de que finalizara aquel mes. El 23 de noviembre, el *Rawalpindi*, un crucero mercante armado inglés, plantó cara a los cruceros de batalla alemanes *Gneisenau* y *Scharnhorst*. En un arranque desesperado de gran coraje, que, inevitablemente, fue comparado con el arrojo de sir Richard Grenville cuando, a bordo del *Revenge*, no dudó en atacar y capturar enormes galeones españoles, los artilleros británicos combatieron hasta morir. El *Rawalpindi*, en llamas de proa a popa, se hundió con su bandera de combate enarbolada.

Poco después, el 13 de diciembre, frente a las costas de Uruguay, la formación naval del comodoro Henry Harwood, con los cruceros *Ajax, Achules* y *Exeter*, divisó el acorazado de bolsillo alemán *Admiral Graf Spee*, que ya había hundido nueve barcos. El capitán Hans Langsdorff, su

comandante, era muy respetado por el buen trato que dispensaba a las tripulaciones de sus víctimas. Pero Langsdorff, erróneamente, pensó que los navíos ingleses eran simples destructores, por lo que no evitó la batalla como debería haber hecho, por mucho que al final destruyera la artillería de sus adversarios con los cañones de 280 mm de su nave. El *Exeter*, convertido en el principal objetivo del alemán, sufrió cuantiosos daños, mientras que el *Ajax* y el *Achules*, de tripulación neozelandesa, intentaron acercarse a la embarcación enemiga hasta que esta estuviera al alcance de sus torpedos. Aunque la formación británica sufría graves daños, el *Admiral Graf Spee*, que también había sido alcanzado por los proyectiles de los ingleses, interrumpió el combate y, aprovechando la cortina de humo, puso rumbo al puerto de Montevideo.

Durante los días siguientes, los británicos hicieron creer a Langsdorff que su formación naval había recibido numerosos refuerzos. Y el 17 de diciembre, tras ordenar el desembarco de sus prisioneros y de la mayor parte de la tripulación, Langsdorff condujo al *Admiral Graf Spee* hasta el estuario del río de la Plata y lo dinamitó. Poco después el capitán alemán se suicidó. Los británicos celebraron esta victoria con júbilo, especialmente porque había llegado en un momento en el que era necesario elevar la moral. Hitler, temeroso de que el *Deutschland* corriera

la misma suerte, ordenó que se rebautizara a esta embarcación con el nombre de *Lützow*. No quería que los titulares de los periódicos de todo el mundo anunciaran que un barco llamado «Alemania» había sido hundido. Los símbolos tenían una importancia primordial para él, a menudo excediendo en su imaginación la verdadera realidad, como iba a quedar de manifiesto todavía con mayor claridad cuando la guerra comenzara a serle desfavorable.

Después de que el ministerio de propaganda de Goebbels comunicara a bombo y platillo que el Reich se había alzado con la victoria en la batalla del río de la Plata, para los alemanes supuso una gran conmoción enterarse de que el *Admiral Graf Spee* se había ido a pique. Las autoridades nazis intentaron que la noticia no ensombreciera sus «Navidades de guerra». Los racionamientos se relajaron durante las festividades, y se animó a la población a considerar la aplastante victoria obtenida en Polonia. La mayoría se convenció de que la paz no tardaría en llegar, pues tanto los Estados Unidos como Alemania habían instado a los Aliados a aceptar la realidad de la destrucción de Polonia.

Con sus noticiarios y documentales en los que aparecían niños alrededor de un árbol de Navidad, el ministerio de propaganda hizo un derroche empalagoso de sentimentalismo alemán. Pero a muchas familias les

inquietaba un horrible rumor. Aunque oficialmente habían sido informadas de que su hijo discapacitado o un pariente anciano habían fallecido de «pulmonía» en la institución en la que estaban internados, cada vez eran más los que sospechaban que en realidad sus familiares habían sido gaseados siguiendo un plan dirigido por la SS y miembros de la profesión médica. La orden de Hitler de practicar la eutanasia había sido firmada en octubre, pero se le dio carácter retroactivo hasta la fecha de inicio de la guerra, el i de septiembre, para ocultar las primeras matanzas de la SS, cuyas víctimas habían sido unos dos mil internos en manicomios polacos, algunos de ellos asesinados con la camisa de fuerza puesta. La agresión encubierta de los nazis a los «degenerados», a las «bocas inútiles» y a las «vidas indignas de existir», representó el primer paso hacia la exterminación deliberada de los que catalogaban como «subhombres». Hitler había esperado a que estallara la guerra para encubrir un programa de eugenesia llevado hasta sus máximas consecuencias. En agosto de 1941 habían sido asesinados más de cien mil alemanes con discapacidades mentales o físicas en virtud de dicho programa. En Polonia estas matanzas continuaron, en la mayoría de los casos disparando en la nuca de las víctimas, aunque a veces estas eran encerradas en camiones en cuyo interior se introducía un conducto conectado al tubo de escape, y, por primera vez, en una cámara de gas

improvisada en Posen: un proceso al que quiso asistir Himmler personalmente. Además de los discapacitados, también fueron asesinados gitanos y prostitutas.[9]

Hitler, que había dejado de lado su pasión por el cine durante la guerra, también renunció a las Navidades. Aquellas vacaciones invernales las dedicó a realizar una serie de visitas sorpresa, de las que se hicieron gran eco todos los medios, a diversas unidades de la Wehrmacht y de la SS, como, por ejemplo, el Regimiento de Infantería *Grossdeutschland*, varios aeródromos y baterías antiaéreas de la Luftwaffe, así como la División *Leibstandarte Adolf Hitler* de la SS, que estaba descansando de su sanguinaria campaña en Polonia. El día de Nochevieja se dirigió a la nación en un discurso radiofónico. Tras anunciar un «nuevo orden» en Europa, dijo: «Solo podremos hablar de paz cuando hayamos ganado la guerra. El mundo capitalista judío no sobrevivirá al siglo XX». No hizo referencia alguna al «bolchevismo judío», pues hacía muy poco que había felicitado a Stalin por su sexagésimo aniversario, expresando, además, sus mejores deseos «de un próspero futuro para las gentes de nuestra amiga, la Unión Soviética». Stalin había contestado, diciendo que «la amistad del pueblo alemán y el pueblo soviético, cimentada con sangre, tiene infinitas razones para perpetuarse y consolidarse». Aun teniendo en cuenta las grandes dosis de hipocresía que exigía una relación tan anormal como

aquella, la expresión «cimentada con sangre», en clara alusión al ataque a dos bandas a Polonia, constituía la culminación de la desvergüenza, así como un presagio funesto para el futuro.

Es harto improbable que Stalin estuviera de buen humor a finales de ese año. Las fuerzas finlandesas habían avanzado, entrando en territorio soviético. El dictador, que se había visto obligado a aceptar la desastrosa actuación del Ejército Rojo en la Guerra de Invierno, era en parte culpable de la incompetencia de su camarada, el mariscal Voroshilov. Había que poner fin a la humillación que había sufrido el Ejército Rojo a los ojos del mundo, sobre todo después de comprobar la alarmante y devastadora eficacia de la táctica de la *Blitzkrieg* alemana durante la campaña de Polonia.

Así pues, Stalin decidió poner el frente noroccidental a las órdenes del comandante del ejército Semion Konstantinovich Timoshenko. Al igual que Voroshilov, Timoshenko era un veterano del Primer Ejército de Caballería en el que Stalin había servido como comisario durante la guerra civil rusa, pero al menos era un poco más imaginativo que su camarada. Sus fuerzas fueron provistas de armamento y equipamientos nuevos, como, por ejemplo,

fusiles de último modelo, trineos motorizados y tanques pesados KV. En vez de ataques masivos de la infantería, tratarían de aplastar las defensas finlandesas con la artillería.

El 1 de febrero de 1940 dio inicio una nueva ofensiva soviética contra la línea Mannerheim. Las fuerzas finesas comenzaron a sucumbir ante la violencia del ataque. Al cabo de cuatro días, su ministro de exteriores tuvo un primer contacto con Mme. Aleksandra Kollontay, embajadora soviética en Estocolmo. Los británicos, y especialmente los franceses, querían mantener viva la resistencia finlandesa. En consecuencia, entablaron negociaciones con los gobiernos de Noruega y Suecia con el fin de obtener la autorización de paso necesaria para que una fuerza expedicionaria pudiera acudir en ayuda de Finlandia. Los alemanes, alarmados, empezaron a estudiar la posibilidad de enviar tropas a Escandinavia para prevenir un desembarco aliado.

Los gobiernos de Gran Bretaña y Francia también consideraron la posibilidad de ocupar la localidad noruega de Narvik y la zona minera del norte de Suecia, con la finalidad de interrumpir el suministro de hierro a Alemania. Pero las autoridades suecas y noruegas temían verse involucradas en aquella guerra, por lo que rechazaron la petición de británicos y franceses de cruzar su territorio para ayudar a los finlandeses.

El 29 de febrero, los finlandeses, sin esperanzas de recibir ayuda internacional, decidieron llegar a un acuerdo y aceptar las exigencias originales de la Unión Soviética, y el 13 de marzo se firmó en Moscú un tratado. Los términos del mismo fueron durísimos, pero podrían haber sido mucho peores. Los finlandeses habían demostrado la determinación con la que eran capaces de defender su independencia; sin embargo, lo más importante era que Stalin no quería seguir con una guerra que podía acabar en un enfrentamiento contra los Aliados occidentales. El dictador soviético también se vio obligado a reconocer que la propaganda de la Comintern había sido absurda y decepcionante, por lo que abandonó su idea de un gobierno títere de comunistas finlandeses. Las bajas del Ejército Rojo habían sido cuantiosas: ochenta y cuatro mil novecientos noventa y cuatro hombres muertos o desaparecidos, y doscientos cuarenta y ocho mil noventa heridos o enfermos. Los finlandeses habían perdido veinticinco mil efectivos.[10]

En lo concerniente a Polonia, sin embargo, Stalin todavía no había saciado su sed de venganza. El 5 de marzo de 1940, aprobó, con el beneplácito del Politburó, un plan de Beria para asesinar a los oficiales y las personalidades de Polonia que habían rechazado participar en los programas comunistas de «reeducación». Todo ello formaba parte de la política de Stalin dirigida a impedir que

en el futuro pudiera haber una Polonia independiente. Desde diversas prisiones, sus veintiuna mil ochocientas noventa y dos víctimas fueron trasladadas a cinco lugares distintos. El más famoso es el bosque de Katyń, cerca de Smolensk, en Bielorrusia. Cuando a estos individuos les fue permitido escribir a casa, el NKVD se encargó de tomar buena nota de las direcciones de sus familias, para luego proceder a su detención. Sesenta mil seiscientas sesenta y siete personas fueron deportadas a Kazajstán. Poco después, más de sesenta y cinco mil judíos polacos, que habían huido de la SS, pero rechazaron el pasaporte soviético, también fueron deportados a Kazajstán y a Siberia.

Mientras tanto, el gobierno francés intentaba continuar la guerra lo más lejos posible de su territorio. Daladier, exasperado por el apoyo de los comunistas franceses al pacto nazi-soviético, pensó que los aliados podían debilitar a Alemania lanzando un ataque al socio de Hitler. Su idea consistía en bombardear los yacimientos petrolíferos soviéticos en Bakú y en el Cáucaso, pero los británicos lo convencieron de que, con una acción semejante, se corría el peligro de que la Unión Soviética entrara en guerra del lado de los alemanes. Más tarde Daladier presentaría su

dimisión, siendo sustituido el 20 de marzo por Paul Reynaud.

El ejército francés, que en la Primera Guerra Mundial había cargado con la mayor parte del esfuerzo aliado, era considerado por muchos el más poderoso de Europa, y casi nadie dudaba de que no fuera capaz de defender su propio territorio. Pero los observadores más perspicaces no estaban tan seguros de ello. Ya en marzo de 1935, el mariscal M. N. Tukhachevsky había predicho que las fuerzas francesas no serían capaces de frenar un ataque alemán.[11] En su opinión, el talón de Aquiles del ejército galo era una lentitud excesiva para lograr reaccionar a tiempo a una agresión. Esta falta de rapidez no solo se debía a una mentalidad rígidamente defensiva, sino también a la ausencia casi absoluta de comunicaciones por radio. En cualquier caso, ya en 1938, los alemanes habían conseguido descifrar los anticuados sistemas de codificación franceses.

El presidente Roosevelt, que había seguido con atención los comunicados enviados por su embajada en París, también estaba al corriente de la debilidad francesa. Las fuerzas aéreas comenzaban por aquel entonces a sustituir sus obsoletos aparatos. El ejército, aunque fuera uno de los más grandes del mundo, era anticuado y difícil de articular, y su organización y estructura se basaba demasiado en la línea Maginot, provocando su

anquilosamiento. Las gravísimas pérdidas sufridas en la Primera Guerra Mundial, con sus cuatrocientas mil bajas solo en la batalla de Verdún, eran la causa de su mentalidad cuadriculada. Y como bien observarían muchos periodistas, agregados militares y cronistas, el malestar político y social reinante en el país, fruto de una sucesión de escándalos y de gobiernos fracasados, pulverizaba cualquier esperanza de unidad y de determinación ante una crisis.

Roosevelt, con admirable clarividencia, se dio cuenta de que la única esperanza que tenían la democracia y los intereses a largo plazo de los Estados Unidos era que su país apoyara a Gran Bretaña y a Francia en su lucha contra la Alemania nazi. Finalmente, el 4 de noviembre de 1939, después de recibir la aprobación del Congreso, fue ratificada la nueva ley que permitía el suministro de bienes y pertrechos a los países beligerantes, siempre y cuando el comprador pagara en efectivo y se encargara del transporte de lo adquirido (*cash and carry*). Esta primera derrota de los aislacionistas permitió la compra de armas a las dos potencias aliadas.

En Francia persistía el ambiente de irrealidad. Durante su visita al frente, un corresponsal de Reuters preguntó a los

reclutas franceses por qué no disparaban a los soldados alemanes que se ponían a tiro. Todos reaccionaron con cara de asombro. *«Ils ne sont pas méchants»*, respondió uno. «Y si abrimos fuego, nos responderán con fuego».[12] Las patrullas alemanas que vigilaban las líneas no tardarían en descubrir la ineptitud y la falta de instinto agresivo de la mayoría de las formaciones francesas. Y la propaganda nazi seguiría difundiendo la idea de que los británicos estaban utilizando a los franceses para que cargaran con el peso de la guerra.

Aparte de algunos ejercicios en posiciones defensivas, el ejército francés realizó muy pocas operaciones de entrenamiento. Sus soldados se limitaban a esperar. La inactividad dio paso al desánimo y a la depresión, *le cafard*. A los políticos comenzaron a llegarles informes que hablaban de borracheras, de ausencias sin permiso y del aspecto desaliñado que presentaban las tropas en público. «No podemos estar todo el tiempo jugando a las cartas, bebiendo y escribiendo a nuestras esposas», relataba un soldado. «Nos pasamos el día echados en lechos de paja bostezando, sin ganas de hacer nada. Cada vez nos lavamos menos, y ya no nos afeitamos, y ni siquiera tenemos fuerza para barrer y recoger la mesa después de comer. Además del aburrimiento, reina la suciedad en la base».[13]

En su estación meteorológica militar, Jean-Paul

Sartre tuvo tiempo para escribir el primer volumen de *Chemins de la liberté* y parte de *L'Être et le néant*. Aquel invierno, escribiría, «todo consistía exclusivamente en dormir, comer y no pasar frío. Y nada más».[14] El general Édouard Ruby comentaría: «Cualquier ejercicio era considerado una vejación, cualquier trabajo una fatiga. Tras varios meses de inactividad, ya nadie creía en la guerra».[15] Pero no todos los oficiales se mostraron indulgentes. El coronel Charles de Gaulle, ferviente partidario de la creación de divisiones blindadas como las del ejército alemán, dijo, sin pelos en la lengua, que «la inercia es la derrota».[16] Pero los generales, con enojo y desdén, hicieron caso omiso de sus advertencias.

Todo lo que hizo el alto mando francés para mantener alta la moral fue organizar espectáculos de entretenimiento en el frente con la colaboración de actores y cantantes famosos, como, por ejemplo, Édith Piaf, Joséphine Baker, Maurice Chevalier o Charles Trenet. Mientras tanto en París, donde la clientela abarrotaba los restaurantes y las salas de cabaret, la canción favorita era *J'attendrai*, «Esperaré». Pero lo que resultaba más alarmante para la causa aliada eran los derechistas que ocupaban cargos influyentes y decían «Mejor Hitler que Blum», en clara referencia al líder socialista del Frente Popular de 1936, Léon Blum, que, además, era judío.

Georges Bonnet, el ferviente partidario de la política

de apaciguamiento que ocupaba el Quai d'Orsay, tenía un sobrino que, antes de estallar la guerra, se había encargado de canalizar el dinero entregado por los nazis para patrocinar la propaganda antibritánica y antisemita en Francia.[17] El gran amigo del ministro de exteriores, Otto Abetz, posteriormente embajador nazi en París durante la Ocupación, estuvo muy implicado en el asunto, por lo que fue expulsado del país. Incluso el nuevo primer ministro, Paul Reynaud, incondicional partidario de la guerra contra el nazismo, tenía una peligrosa debilidad. Su amante, la condesa Hélène de Portes, «mujer cuyas duras facciones rezumaban una extraordinaria vitalidad y una gran seguridad»,[18] consideraba que Francia no habría debido cumplir nunca su promesa a Polonia.

Polonia, representada por un gobierno en el exilio, se había establecido en Francia, con el general Władysław Sikorski como primer ministro y comandante en jefe del ejército de la nación. Desde su base en Angers, Sikorski emprendió la tarea de reorganizar a las fuerzas armadas polacas con los ochenta y cuatro mil hombres que habían conseguido escapar, a través de Rumania principalmente, tras la caída de su país. Mientras tanto, en su patria, había comenzado a crearse la resistencia polaca, que, de hecho, sería el movimiento que se organizaría más rápidamente en un país ocupado. A mediados de 1940, solo en los territorios del Gobierno General, el ejército clandestino

polaco contaba con unos cien mil efectivos.[19] Polonia fue uno de los poquísimos países del imperio nazi en el que el colaboracionismo con el conquistador fue prácticamente nulo.

Los franceses, sin embargo, estaban firmemente decididos a no correr la misma suerte que Polonia. Pero la mayoría de sus líderes y el grueso de la población no acertaron a ver que aquella guerra no iba a ser igual que otras contiendas anteriores. Los nazis nunca iban a darse por satisfechos con el pago de una indemnización y la cesión de una provincia o dos. Su objetivo era el reordenamiento de Europa a su brutal imagen y semejanza.

4

EL DRAGÓN Y EL SOL NACIENTE (1937-1940)

Por mucho que conocieran el carácter implacable de su enemigo, lo cierto es que los chinos no podían imaginar el grado de crueldad con el que los japoneses iban a ser capaces de actuar. El sufrimiento no era ninguna novedad para las empobrecidas masas campesinas de China, que también sabían muy bien lo que era el hambre provocado por las inundaciones, por las épocas de sequía, por la deforestación, por la erosión del suelo y por las depredaciones de los ejércitos de los señores de la guerra. Vivían en destartaladas casas de barro, y su existencia estaba marcada por las enfermedades, la ignorancia, la superstición y la explotación a la que estaban sometidas por parte de los terratenientes, que se quedaban entre la mitad y dos tercios de sus cosechas en concepto de arrendamiento.

Los habitantes de las ciudades, incluidos muchos intelectuales de izquierdas, solían considerar a las masas

campesinas poco más que bestias de carga sin rostro ni personalidad. «Es simplemente inútil compadecerse de esta gente», comentó un intérprete comunista a la intrépida periodista y activista norteamericana Agnes Smedley. «Son demasiados».[1] La propia Smedley comparó la existencia de aquellos individuos con la de «los siervos de la gleba de la Edad Media».[2] Vivían de pequeñísimas raciones de arroz, mijo o calabaza, que cocían en calderos de hierro, su posesión más preciada. Muchos andaban descalzos, incluso en invierno, y en verano llevaban sombreros de paja cuando trabajaban en los campos con la espalda doblada. Tenían poca esperanza de vida, de modo que era relativamente raro ver campesinas ancianas, arrugadas por el paso de los años, obligadas por sus pies vendados a caminar dando pasitos cortos. Muchos no habían visto nunca un automóvil o un avión, ni siquiera una bombilla. Buena parte de las zonas rurales de China aún estaban gobernadas por señores de la guerra y terratenientes con poderes feudales.

La vida en las ciudades no era mejor para la gente humilde, ni siquiera para la que tenía un trabajo. «En Shanghai», escribió un periodista americano, «retirar todas las mañanas los cuerpos inertes de los niños trabajadores que yacen junto a las puertas de las fábricas se ha convertido en una rutina».[3] Los pobres también sufrían los abusos de codiciosos burócratas y recaudadores de impuestos. En Harbin, los mendigos solían pedir diciendo:

«¡Déme algo! ¡Déme algo! ¡Que la providencia se lo premie con riquezas! ¡Que la providencia se lo premie con un cargo oficial!» A veces, cambiaban la última frase: «¡Que la providencia se lo premie con riquezas! ¡Que la providencia se lo premie haciéndole general!»[4] Hasta tal punto su fatalismo formaba parte de su personalidad, que costaba imaginar que pudiera producirse un verdadero cambio social. La revolución de 1911, que había marcado la caída de la dinastía Qing e instaurado la república de Sun Yat-sen, había sido una revolución de la clase media urbana. También lo fue al principio el movimiento nacionalista chino, surgido para poner freno al evidente plan de Japón de aprovecharse de la debilidad del país.

Wang Jingwei, que en 1924 se erigió en líder del Kuomintang a la muerte de Sun Yat-sen, era el rival principal del cada vez más encumbrado general Chiang Kai-shek. Chiang, un tipo orgulloso y un poco paranoico, era muy ambicioso y estaba decidido a convertirse en el gran líder de China. De constitución delgada, calvo y con un bigotito militar, Chiang era un político sumamente sagaz, pero no siempre fue un buen general en jefe. Había estado al frente de la academia militar de Whampoa, y sus alumnos predilectos habían sido designados para ocupar cargos de suma importancia. Sin embargo, debido a las rivalidades y las luchas intestinas en el seno del Ejército Nacional Revolucionario, y entre los diversos señores de la

guerra aliados, Chiang intentaba controlar a sus formaciones desde la distancia, provocando a menudo situaciones de confusión y, en consecuencia, lentitud en sus acciones.

En 1932, el año siguiente al «incidente de Mukden» y la invasión japonesa de Manchuria, los nipones enviaron destacamentos navales a su concesión de Shanghai en una actitud de clara beligerancia. Chiang vio que iba a tener lugar un ataque mucho más contundente, y comenzó a prepararse. El general Hans von Seeckt, antiguo comandante en jefe del Reichswehr durante la República de Weimar, que había llegado en mayo de 1933, ofreció su asesoramiento para modernizar y profesionalizar los ejércitos nacionalistas. Seeckt y su sucesor, el general Alexander von Falkenhausen, abogaban por una guerra de desgaste prolongada, por considerarla la única manera posible para detener a unas fuerzas mucho mejor preparadas como las del ejército imperial japonés. Sin apenas relaciones comerciales con el extranjero, Chiang decidió cambiar tungsteno chino por armamento alemán.

Chiang Kai-shek, aunque más tarde se convertiría en un dictador militar y un reaccionario, era por aquel entonces un modernizador infatigable y verdaderamente idealista. Durante lo que pasaría a denominarse la década de Nanjing (1928-1937), dirigió un programa de rápida industrialización, de construcción de carreteras y de

modernización militar y agrícola. También quiso acabar con el aislamiento psicológico y diplomático de China. Sin embargo, como era perfectamente consciente de la debilidad militar de su país, se mostró firmemente decidido a evitar una guerra con Japón en la medida de lo posible.


China
0 200 400 600 millas
0 400 800 km
URSS
Lago Baikal
Río Amur
Ulán Bator
Khalkhin Gol
Nomonhan
Harbin
MONGOLIA
MANCHURIA
(MANCHUKUO)
Changchun
Vladivostok
Mukden
(Shenyang)
Mar de Japón
Río Amarillo
KANSU
Pekín
HOPEH
Dairen
COREA
CHINGHAI
Yenan
SHANSI
NINGSIA
Hsining
Lanchou
Tsingtao
SHANTUNG
Xuzhou
Mar Amarillo
Pao-chi
Sian
Chengchow
KIANGSU
SHAANXI
HONAN
Nanjing
Shanghai
JAPÓN
Sinyang
ANHWEI
SZECHUAN
HUPEH
Ichang
Wuhan
Chengtu
Río Yangtsé
Chungking
Nanchang
CHEKIANG
Changsha
HUNAN
KIANGSI
Mar de China Oriental
KWEICHOW
Heng-yang
FUKIEN
K'un-ming
Kweilin
KWANGSI
FORMOSA
(TAIWAN)
YUNNAN
Liuchou
KWANTUNG
Canton
Nanning
Hong Kong
BIRMANIA
Hanoi
HAINAN
INDOCHINA FRANCESA
Mar de China Meridional
TAILANDIA

En 1935, ante la amenaza nipona, Stalin, a través de la Comintern, dio instrucciones a los comunistas chinos para que crearan un frente común con los nacionalistas. Era una política que desagradaba en particular a Mao Zedong, que en el mes de octubre de 1934, para evitar la destrucción de su Ejército Rojo, se había visto obligado a emprender la Larga Marcha a raíz de los ataques de Chiang contra las fuerzas comunistas. De hecho, Mao, un hombre corpulento y ambicioso con una curiosa voz aguda, era considerado un disidente por el Kremlin porque opinaba que los intereses de Stalin y los del Partido Comunista Chino no eran los mismos. En consonancia con el pensamiento leninista, creía que la guerra preparaba el terreno para la revolución que habría de llevarlo al poder.

Moscú, por otro lado, no quería una guerra en Extremo Oriente. Consideraba que los intereses de la Unión Soviética eran mucho más importantes que una victoria a largo plazo de los comunistas de China. Así pues, la Comintern acusaba a Mao de carecer de una «perspectiva internacionalista». Y Mao estaba a punto de cometer una herejía cuando aducía que los principios marxistas-leninistas de la primacía del proletariado de las ciudades no podían aplicarse en China, donde el campesinado debía constituir el grupo de vanguardia de la revolución. Abogaba por emprender una guerra de guerrillas independiente y por desarrollar redes de resistencia tras las líneas japonesas.

Chiang envió una legación para entrevistarse con los comunistas. Quería que sus fuerzas se incorporaran al ejército del Kuomintang. A cambio, permitiría que tuvieran su propia región en el norte y dejaría de atacarlos. Mao sospechaba que Chiang, con su política, lo único que pretendía era aislarlos en una zona en la que serían destruidos por los japoneses de Manchuria. Chiang, sin embargo, sabía perfectamente que los comunistas nunca iban a comprometerse o a colaborar a largo plazo con ningún otro partido, que su único objetivo era hacerse con todo el poder. «Los comunistas son una enfermedad del corazón», diría en una ocasión. «Los japoneses, una enfermedad de la piel».[5]

Mientras se enfrentaba al problema comunista en el sur y en el centro de China, poco podía hacer Chiang para frenar las incursiones y provocaciones japonesas en el nordeste del país. El ejército de Kwantung en Manchukuo discutía con Tokio, afirmando que no era el momento de comprometerse con China. Su jefe de estado mayor, el teniente general Tōjō Hideki, futuro primer ministro de Japón, decía que prepararse para una guerra contra la Unión Soviética sin destruir la «amenaza en nuestra retaguardia», esto es, el gobierno de Nanjing, era «querer meterse en problemas».[6]

Al mismo tiempo, la política de Chang Kai-shek de apaciguamiento ante la agresión japonesa provocaba un

descontento popular generalizado, que quedó patente en las manifestaciones de protesta estudiantiles llevadas a cabo en la capital. A finales de 1936, las fuerzas niponas avanzaron hacia la provincia de Suiyuan, junto a la frontera con Mongolia, con la intención de adueñarse de las minas de carbón y de los depósitos de hierro de la región. Las fuerzas nacionalistas reaccionaron y consiguieron repeler el ataque. Este episodio vino a fortalecer la posición de Chiang, que a partir de ese momento endureció sus condiciones para la creación de un frente unido con los comunistas. Estos, con la Alianza del Noroeste creada por un grupo de señores de la guerra locales, atacaron a las unidades nacionalistas por la retaguardia. Chiang deseaba aplastar definitivamente a los comunistas mientras seguía negociando con ellos. Pero a comienzos de diciembre decidió trasladarse a Xi'an para aclarar las cosas con dos jefes del ejército nacionalista, que querían crear un frente de resistencia contra Japón y poner fin a la guerra civil con los comunistas. Estos comandantes lo capturaron y lo mantuvieron detenido durante dos semanas, hasta que Chiang se avino a sus pretensiones. Los comunistas exigieron que Chiang Kai-shek fuera procesado por un tribunal del pueblo.

Pero Chiang fue liberado y pudo regresar a Nanjing, tras haberse visto obligado a cambiar su política. Toda la nación estalló de júbilo ante la perspectiva de aquella

unidad frente a las ambiciones japonesas. Y el 16 de diciembre, Stalin, seriamente preocupado por el pacto anti-Comintern de nazis y nipones, comenzó a presionar a Mao y a Zhou Enlai, el camarada chino más sutil y diplomático, para que hicieran frente común con los nacionalistas. El líder soviético temía que si los comunistas chinos provocaban conflictos en el norte, Chiang Kai-shek optara por aliarse con los japoneses contra ellos. Y si Chiang acababa siendo destituido, era muy probable que Wang Jingwei, contrario a cualquier enfrentamiento con Japón, asumiera el liderazgo del Kuomintang. Para asegurarse una postura beligerante de los nacionalistas, Stalin no dudó en hacerles creer que iba a prestarles su apoyo en una eventual guerra contra Japón. Y siguió mostrándoles aquella zanahoria, sin la más mínima intención de comprometer a la Unión Soviética.

El Kuomintang y los comunistas todavía no habían firmado acuerdo alguno cuando el 7 de julio de 1937, al suroeste de Pekín, se produjo un enfrentamiento entre tropas chinas y niponas en el puente de Marco Polo, que marcó el comienzo de la fase más importante de la guerra chino-japonesa. Todo el incidente no fue más que una sórdida farsa que pone de manifiesto la aterradora imprevisibilidad de los acontecimientos en un momento de grandes tensiones. Un soldado japonés había desaparecido durante unos ejercicios nocturnos. El comandante de su

compañía solicitó poder entrar en la llamada «ciudad de Wanping» para buscarlo. Cuando se le denegó el acceso, atacó la fortaleza, y las tropas chinas respondieron a la agresión; mientras tanto, el soldado extraviado había encontrado el camino para llegar a su cuartel. Pero lo irónico del episodio no acabaría ahí: el estado mayor en Tokio decidió por fin actuar y poner coto a sus fanáticos oficiales en China, responsables de tantas provocaciones, y Chiang recibió fuertes presiones de los suyos para no volver a comprometerse.[7]

El generalísimo dudaba de la sinceridad de los japoneses y convocó una conferencia de líderes chinos. Al principio, los militares nipones estaban divididos. Su ejército de Kwantung en Manchuria quería magnificar el conflicto, pero el estado mayor en Tokio temía que el Ejército Rojo reaccionara atacando la línea fronteriza del norte. Apenas una semana antes, se había producido un enfrentamiento junto al río Amur. Poco después, sin embargo, los jefes del estado mayor japonés decidieron declarar la guerra. Creían que China podía ser conquistada rápidamente, antes de que estallara un conflicto de mayor envergadura o con la Unión Soviética o con las potencias occidentales. Como haría más tarde Hitler con la URSS, los generales nipones cometieron un gravísimo error cuando subestimaron sin más la ira de China y su firme determinación a oponer resistencia. Y el Dragón no iba a

responder con la estrategia de impulsar una guerra de desgaste.

Chiang Kai-shek, perfectamente consciente de las deficiencias de su ejército y del carácter impredecible de sus aliados del norte, conocía los graves peligros que implicaba una guerra con Japón. Pero no tenía elección. Los japoneses volvieron a presentar un ultimátum, que fue rechazado por el gobierno de Nanjing, y el 26 de julio su ejército atacó. Pekín cayó al cabo de tres días. Las fuerzas nacionalistas y sus aliados tuvieron que replegarse, ofreciendo resistencia solamente de manera esporádica, mientras los japoneses avanzaban hacia el sur.

«De repente teníamos la guerra encima», escribió Agnes Smedley, que desembarcó de un junco en la margen izquierda del río Amarillo, en un «pueblo laberíntico y fangoso llamado Fenglingtohkow. Esta pequeña localidad, en la que esperábamos encontrar alojamiento para pasar la noche, era una confusión de militares, paisanos, carros, mulas, caballos y vendedores callejeros. Cuando subíamos por los caminos llenos de lodo hacia la aldea, pudimos ver a uno y otro lado una sucesión de soldados heridos que yacían en el suelo. Cientos de ellos llevaban vendas sucias y ensangrentadas, y algunos estaban inconscientes... No había nadie con ellos, ni médicos, ni enfermeras, ni acompañantes».[8]

A pesar de todos los esfuerzos de Chiang por

modernizar las fuerzas nacionalistas, estas, al igual que las de los señores de la guerra aliados, no estaban ni mucho menos entrenadas y equipadas como las divisiones japonesas con las que tenían que enfrentarse. La infantería vestía uniformes de algodón de color azul y gris en verano, y en invierno los más afortunados disponían de una chaqueta de algodón acolchada o del abrigo de pelo de oveja del soldado mongol. Su calzado consistía en unos zapatos de tela o en unas sandalias de paja. Aunque resultaba silencioso cuando se movían con sigilo, no protegía de las afiladas estacas *punji* de bambú, cubiertas de excrementos para provocar infecciones, que los japoneses solían utilizar para defender sus posiciones.

Los soldados chinos llevaban gorras de plato con orejeras recogidas en la parte superior. No tenían cascos metálicos, excepto los que quitaban a los soldados japoneses muertos, y que luego lucían con orgullo. Muchos vestían casacas enemigas, también de soldados muertos, lo que provocaba numerosas confusiones en momentos de crisis. Su trofeo más preciado era una pistola japonesa. De hecho, solía ser más fácil para ellos conseguir municiones para un arma nipona que para sus fusiles, que procedían de distintos países y fabricantes. Las mayores deficiencias se presentaban en sus servicios médicos, su artillería y sus fuerzas aéreas.

Tanto en la batalla como lejos del escenario de los

combates, las tropas chinas eran dirigidas mediante toques militares. Solo había comunicación sin cables entre los principales cuarteles generales, pero incluso en estos casos su fiabilidad era escasa. Además, los japoneses no tenían dificultades para descifrar sus sistemas de codificación, por lo que podían conocer fácilmente sus órdenes y objetivos. El transporte militar chino se limitaba a unos pocos camiones, y la mayoría de las unidades de combate tenía que contentarse con sus mulas, maldecidas una y otra vez con expresiones tradicionales, los ponis mongoles y los carros con pesadas ruedas de madera tirados por bueyes. Siempre había escasez de medios, lo que comportaba que a menudo los soldados no recibieran los alimentos necesarios. Y como su paga llegaba prácticamente siempre con meses de retraso, cuando no era sustraída por sus oficiales, la moral solía ser muy baja. Pero no se puede poner en duda el valor y la determinación de las tropas chinas en la batalla de Shanghai de aquel verano.

Los orígenes y motivos que dieron lugar a este gran choque son todavía materia de debate. La explicación clásica es que Chiang, al abrir un nuevo frente en Shanghai sin dejar de combatir en el norte y en el centro, pretendía que las fuerzas japonesas tuvieran que dividirse, y evitar así que pudieran concentrarse y obtener una rápida victoria.[9] Siguiendo los consejos del general von Falkenhausen, esta

iba a ser su guerra de desgaste. Un ataque a Shanghai también obligaría a los comunistas y a los otros ejércitos aliados a comprometerse con su «Guerra de Resistencia», aunque siempre se corría el riesgo de que decidieran retirarse antes de poner en peligro a sus fuerzas y su base de poder. Con esta empresa también se aseguraba el apoyo prometido por los soviéticos, a saber, el envío de asesores militares y el suministro de cazas, tanques, artillería, ametralladoras y vehículos. Todo ello se pagaría con la exportación de materias primas a la Unión Soviética. La otra explicación es, ciertamente, interesante. Stalin, considerablemente alarmado por los éxitos japoneses en el norte de China, era el único que realmente quería que la lucha se trasladara al sur y lo más lejos posible de sus fronteras orientales. Lo consiguió recurriendo al jefe nacionalista regional, general Chang Ching-chong, quien era un «durmiente» soviético. En diversas ocasiones Chang había tratado de convencer a Chiang Kai-shek para que lanzara un ataque preventivo contra la guarnición japonesa de tres mil infantes de marina acantonada en Shanghai, pero el generalísimo le dijo que no hiciera nada hasta recibir órdenes específicas. Un ataque a Shanghai comportaba riesgos muy altos. La ciudad solo estaba a 290 kilómetros de Nanjing, y una eventual derrota junto a la boca del Yangtsé habría podido conducir a un rápido avance japonés sobre la capital y hacia el centro de China. El 9 de agosto,

Chang envió un grupo de soldados al aeropuerto de Shanghai, donde abatieron a un teniente de la infantería de marina japonesa y al soldado que lo acompañaba. Por decisión exclusiva de Chang, mataron también a un prisionero chino condenado a muerte para hacer creer que los japoneses habían disparado primero. Estos, reacios también a empezar una batalla en los alrededores de Shanghai, al principio no reaccionaron, excepto para pedir refuerzos. Chiang Kai-shek ordenó de nuevo a Chang que no atacara.

El 13 de agosto, los barcos de guerra japoneses comenzaron a abrir fuego contra las posiciones chinas en Shanghai. A la mañana siguiente, dos divisiones nacionalistas empezaron el asalto a la ciudad. También se lanzó un ataque aéreo contra el buque insignia de la Tercera Flota nipona, el viejo crucero acorazado *Izumo*, anclado fuera del Bund (malecón) hacia el centro de la ciudad. Fue un comienzo muy poco propicio. Las baterías antiaéreas de la nave de guerra forzaron la retirada de los obsoletos aviones chinos. Algunos proyectiles alcanzaron el dispositivo portabombas de uno de ellos. Mientras este aparato sobrevolaba la colonia internacional, su carga se desprendió, cayendo sobre el Palace Hotel, situado en Nanjing Road, y, a continuación, sobre otros lugares atestados de refugiados civiles. En consecuencia, el avión chino mató o hirió a unos mil trescientos de los suyos.[10]

Los dos bandos se enzarzaron en una lucha cada vez más sangrienta que convirtió la batalla en el enfrentamiento más prolongado y penoso de la guerra chino-japonesa. El 23 de agosto, los japoneses, tras enviar numerosos refuerzos a Shanghai, desembarcaron en la zona costera del norte para rodear las posiciones nacionalistas. Sus lanchas de desembarco dejaron en tierra firme numerosos tanques. Por otro lado, la marina nipona disponía de una artillería sumamente efectiva, más aún teniendo en cuenta que las divisiones nacionalistas carecían prácticamente de ella. Los intentos nacionalistas de bloquear el Yangtsé también fueron en vano, y sus reducidas fuerzas aéreas poco podían hacer ante la supremacía de la aviación enemiga.[11]

A partir del 11 de septiembre, las fuerzas nacionalistas, dirigidas por Falkenhausen, combatieron con gran arrojo, a pesar de sus terribles pérdidas. Casi todas las divisiones, especialmente las unidades de élite de Chiang, perdieron a más de la mitad de sus efectivos, diez mil jóvenes oficiales incluidos. Chiang, incapaz de decidir si seguir luchando o retirarse, optó al final por enviar más divisiones. Tomó aquella determinación coincidiendo con una asamblea de la Sociedad de Naciones, en la esperanza de atraer la atención internacional hacia su país.

En total, los japoneses llevaron al teatro de operaciones en Shanghai a unos doscientos mil hombres, más de los desplegados en el norte de China. La tercera

semana de septiembre, comenzaron a abrir brechas en las defensas nacionalistas, forzando en octubre su retirada al otro lado del río Suzhou, una línea de demarcación que constituía un verdadero obstáculo a pesar de su aparente insignificancia. Se dejó atrás un batallón encargado de la defensa de un *godown*, o almacén, para dar la impresión de que los nacionalistas seguían teniendo un bastión en Shanghai. Este «batallón solitario» se convertiría en un gran mito de la propaganda de la causa china.

A comienzos de noviembre, tras más combates desesperados, los japoneses cruzaron el río Suzhou utilizando botes de asalto y establecieron diversas cabezas de puente. A continuación, con otro desembarco anfibio en el sur, obligaron a los nacionalistas a emprender la retirada. La disciplina y la moral, dos factores que habían sido de gran ayuda durante los encarnizados enfrentamientos que se habían saldado con innumerables pérdidas, se vinieron abajo de repente. Los soldados comenzaron a abandonar sus fusiles. Los bombarderos y cazas japoneses provocaban el pánico entre los refugiados que, en su huida, caían y eran pisoteados por el tropel de gente que seguía corriendo despavorida. Durante los tres meses de combate en Shanghai y sus alrededores, los japoneses sufrieron más de cuarenta mil bajas. Los chinos superaron las ciento ochenta y siete mil, un número de pérdidas que prácticamente multiplicaba por cinco el de los enemigos.

En su precipitado avance, las divisiones japonesas competían unas con otras por llegar antes a Nanjing, incendiando las aldeas que iban encontrando a su paso. La Armada Imperial nipona mandó remontar el Yangtsé con dragaminas y cañoneras para bombardear la ciudad. El gobierno nacionalista comenzó su traslado, remontando el Yangtsé en barcos de vapor y en juncos en dirección a Hankou, que se convertiría provisionalmente en su capital. Más tarde lo sería Chongqing, ciudad situada en el alto Yangtsé, en la provincia de Sichuan.

Chiang Kai-shek no sabía si resistir en Nanjing o marchar de allí sin presentar batalla. La ciudad era imposible de defender, pero abandonar un símbolo de tanta importancia resultaba humillante. Sus generales no podían estar de acuerdo. Al final, los dos bandos mostrarían su lado más sombrío, con una mala defensa que simplemente enfureció al agresor. Los comandantes japoneses planeaban de hecho utilizar gas mostaza y bombas incendiarias contra la capital si los combates llegaban a alcanzar la intensidad que se había vivido en Shanghai.[12]

Aunque los chinos sabían que sus enemigos eran implacables, no podían ni imaginar el grado de crueldad que les aguardaba. El 13 de diciembre, las fuerzas chinas evacuaron Nanjing, pero para acabar de repente rodeadas a las afueras de la ciudad. Las tropas japonesas entraron en Nanjing con la orden de matar a todos los prisioneros. Solo

una unidad de la 16.ª División asesinó a quince mil chinos, y solo una compañía a otros mil trescientos.[13] En su informe a Berlín, un diplomático alemán contaba que «además de ejecuciones en masa utilizando ametralladoras, se recurrió a otros métodos más personales para acabar con la vida de los detenidos, como, por ejemplo, rociar con gasolina y prender fuego a la víctima».[14] Los edificios de la ciudad fueron saqueados e incendiados. Para escapar de la matanza, de los abusos y violaciones y de la destrucción, la población civil intentó refugiarse en la denominada «zona internacional de seguridad».

La furia japonica conmocionó al mundo por sus espeluznantes matanzas y violaciones masivas en venganza por el encarnizamiento de los combates en Shanghai, algo que el ejército japonés no esperaba de un pueblo como el chino, al que tanto despreciaba. Las cifras relativas al número de bajas civiles son muy dispares unas de otras. Algunas fuentes chinas hablan de hasta trescientos mil muertos, pero lo más probable es que fueran alrededor de doscientos mil. Las autoridades militares niponas, en una retahíla de mentiras absurdas, dijeron que se limitaron a ejecutar a soldados chinos que se habían vestido de paisano, y que su número apenas superó el millar. Las escenas de la matanza eran dantescas, con calles y plazas llenas de cadáveres en estado de descomposición, mordidos muchos por perros semisalvajes. Todos los

estanques, todos los canales y todos los ríos estaban contaminados con cuerpos putrefactos.

Los soldados japoneses se habían criado en una sociedad militarista. Toda la aldea o vecindad, honrando esos valores marciales, acostumbraba a salir a la calle a despedir al recluta que partía para unirse al ejército. Por esta razón, los soldados solían luchar por el honor de su familia y de su comunidad, no por el emperador como muchos occidentales creían. La fase básica de los adiestramientos estaba concebida para destruir su individualidad. Los reclutas eran objeto de constantes insultos y golpes por parte de sus suboficiales, con el fin de endurecerlos y provocarlos, en lo que podría calificarse de una teoría de causa-efecto de la opresión, para conseguir que dieran rienda suelta a su cólera ante los soldados y civiles de un enemigo derrotado.[15] Además, ya en la escuela primaria, todos ellos habían sido adoctrinados para creer que los chinos eran seres claramente inferiores a la «raza divina» japonesa, «inferiores a los cerdos».[16] En un típico estudio de caso de las confesiones realizadas después de la guerra, un soldado reconoció que, como se había sentido horrorizado por las torturas infligidas gratuitamente a un prisionero chino, pidió que le permitieran encargarse del castigo para redimirse de la falta cometida.[17]

En Nanjing, los soldados chinos heridos eran

asesinados a golpe de bayoneta allí donde se encontraban. Los oficiales nipones obligaban a los prisioneros a arrodillarse en fila, para luego decapitarlos uno a uno con sus espadas de samurai. Sus soldados recibieron también la orden de practicar con la bayoneta con miles de chinos que eran atados a árboles. Los que se negaban eran golpeados con severidad por sus suboficiales. El proceso de deshumanización de las tropas desarrollado por el Ejército Imperial de Japón aumentaba su grado de violencia en cuanto estas dejaban su patria y llegaban a China. Un cabo llamado Nakamura, que había sido reclutado contra su voluntad, cuenta en su diario que obligaron a unos reclutas novatos a presenciar cómo torturaban a cinco chinos hasta matarlos. Los recién llegados estaban horrorizados, pero Nakamura dice lo siguiente: «Todos los reclutas novatos reaccionan igual, pero no tardarán en hacer lo mismo».[18]

Shimada Toshio, soldado raso, cuenta cómo fue su «bautismo de sangre» tras unirse al 226.° Regimiento en China. El prisionero chino había sido atado de manos y pies a dos estacas, una a cada lado. Unos cincuenta reclutas recién llegados formaron fila para practicar la bayoneta con él. «Mis sentimientos debieron de paralizarse. No sentí ninguna misericordia por él. Al final, empezó a increparnos, gritando "¡Venga! ¡A qué esperáis!" No atinábamos a clavarla en el lugar correcto. Por lo que exclamaba "¡Daos prisa!", dando a entender que quería

morir lo antes posible». Shimada afirma que resultaba difícil porque la bayoneta se clavaba en aquel desgraciado «como [si él fuera de] tofu».[19]

John Rabe, el comerciante alemán representante de Siemens que organizó la «zona internacional de seguridad» en Nanjing y demostró su gran coraje y humanidad, escribió en su diario: «Me siento totalmente confundido ante la conducta de los japoneses. Por un lado, quieren que se les reconozca y se les trate como una gran potencia a nivel de las europeas, pero por otro, en estos momentos demuestran una crueldad, una brutalidad y una bestialidad que solo pueden compararse con las de las hordas de Gengis Kan».[20] Doce días más tarde anotaría el siguiente comentario: «A cualquiera se le cortaría la respiración de puro asco si viera una y otra vez cadáveres de mujeres con estacas de bambú clavadas en la vagina. Ni las ancianas septuagenarias se salvan de ser violadas».[21]

El espíritu de grupo del Ejército Imperial de Japón, inculcado con castigos colectivos durante el período de adiestramiento, también dio lugar a un orden de preferencia entre los soldados. Los más veteranos organizaban violaciones en grupo, con incluso treinta hombres por una sola mujer, a la que solían asesinar cuando acababan con ella. A los novatos no se les permitía participar en aquellos actos brutales. Solo se les «invitaba» a unirse a la «fiesta» cuando eran aceptados como parte del grupo.

A los soldados recién llegados tampoco se les permitía visitar a las «mujeres de solaz» de los burdeles militares. Estas mujeres eran adolescentes y jóvenes casadas que habían sido detenidas en la calle o escogidas por los jefes de las aldeas, los cuales debían proporcionar un número determinado de ellas por orden del *Kempeitai*, la temida policía militar. Tras la matanza y las violaciones perpetradas en Nanjing, las autoridades militares niponas exigieron la entrega de tres mil mujeres más «para uso y disfrute del ejército».[22] Solo en Xuzhou fueron capturadas más de dos mil cuando se tomó esta ciudad en el mes de noviembre.[23] Además de las jóvenes forzadas a seguir ese camino, los japoneses trasladaron a China a un gran número de mujeres de su colonia de Corea. El comandante de un batallón de la 37.ª División metió incluso en su cuartel a tres esclavas chinas para su deleite personal. Para que parecieran hombres, se les afeitó la cabeza en un intento de encubrir su verdadera identidad.[24]

El objetivo de las autoridades militares era reducir los casos de enfermedades venéreas y disminuir el número de violaciones perpetradas públicamente por sus hombres, pues semejantes actos podían provocar la aparición de focos de resistencia entre la población. Preferían que unas mujeres esclavas fueran violadas continuamente en la clandestinidad de las «casas de solaz». Pero pronto se reveló equivocada la idea de que el suministro de «mujeres

de solaz» contendría a los soldados japoneses de cometer actos de violación. Los soldados preferían claramente cometer de vez en cuando ese tipo de actos que hacer cola en la «casa de solaz», y sus oficiales opinaban que las violaciones eran beneficiosas para el espíritu marcial.[25]

En las pocas ocasiones en las que los japoneses se vieron obligados a retirarse de un lugar, mataron a todas las «mujeres de solaz» para vengarse de los chinos. Por ejemplo, cuando la localidad de Suencheng, próxima a Nanjing, fue recuperada temporalmente, unos soldados chinos entraron en «un edificio en el que, después de que los japoneses abandonaran el lugar, fueron hallados los cadáveres desnudos de una docena de jóvenes chinas. En el letrero colgado de la puerta que daba a la calle todavía podía leerse: "Casa de Consuelo [Solaz] del Gran Ejército Imperial"».[26]

En el norte de China los japoneses sufrieron algunos reveses a manos de las tropas nacionalistas y de las fuerzas semiguerrilleras comunistas del Octavo Ejército de Ruta, que afirmaban que podían recorrer más de ciento diez kilómetros en un solo día. Pero a finales de año, el ejército de Kwantung controlaba las ciudades de las provincias de Chahar y Suiyuan y el norte de la de Shanxi. Al sur de

Pekín, ocuparon con facilidad la provincia de Shandong y su capital, en gran medida gracias a la cobardía del comandante de la región, el general Han Fuju.

El general Han, que había huido en un avión, llevándose consigo el contenido de las arcas locales y un sarcófago de plata, fue detenido por los nacionalistas y condenado a muerte. Fue obligado a arrodillarse, y, a continuación, un camarada general lo ejecutó disparándole en la cabeza. Esta especie de advertencia dirigida a todos los comandantes fue muy bien recibida por los distintos partidos y facciones, y contribuyó en gran medida a la unidad de los chinos. Los japoneses estaban cada vez más contrariados por la firme determinación de los chinos de seguir con su férrea resistencia, por mucho que hubieran perdido su capital y casi todas sus fuerzas aéreas. Y estaban exasperados por la manera en la que los chinos conseguían evitar aquel enfrentamiento decisivo que, tras la batalla de Shanghai, habría podido acabar con ellos.

En enero de 1938, las fuerzas niponas comenzaron su avance hacia el norte por la línea ferroviaria que iba de Nanjing a Xuzhou, un importante centro de comunicaciones de gran valor estratégico por sus conexiones con un puerto de la costa este y por su proximidad a la línea ferroviaria situada más al oeste. De caer esta ciudad, corrían peligro los grandes centros industriales de Wuhan y Hankou. En China, como en Rusia

durante la guerra civil, las líneas ferroviarias tenían muchísima importancia para el traslado y el abastecimiento de las tropas. Chiang Kai-shek, que desde siempre había sabido que Xuzhou sería un objetivo fundamental si tenía lugar la invasión japonesa, concentró en la región un ejército de unos cuatrocientos mil hombres, formado por divisiones nacionalistas y tropas de jefes locales aliados.

El generalísimo era perfectamente consciente de la trascendencia de las próximas batallas. El conflicto chino había atraído a numerosos periodistas extranjeros, y la opinión pública internacional lo equiparaba con la Guerra Civil Española. Varios escritores, fotógrafos y realizadores cinematográficos que habían estado en España —Robert Capa, Joris Ivens, W. H. Auden o Christopher Isherwood— se encontraban allí para comprobar en primera persona y registrar o grabar para el mundo la resistencia de China a la invasión japonesa. La inminente defensa de Wuhan sería comparada con la defensa de Madrid. Comenzaron a llegar a China para prestar su ayuda a las fuerzas nacionalistas y comunistas numerosos médicos que habían asistido a los republicanos españoles heridos. El más famoso fue el cirujano canadiense Norman Béthune, que murió en China a causa de una gravísima infección.

Stalin también veía ciertos paralelismos con la Guerra Civil Española, pero Chiang cometió un error al confiar en las palabras de su representante en Moscú, que con un

exceso de optimismo creía que la Unión Soviética iba a entrar en guerra con Japón. Mientras seguían los combates, Chiang entabló negociaciones, a través del embajador alemán, con los japoneses, en parte para forzar la intervención de Stalin, pero las condiciones exigidas por los invasores eran excesivamente duras. Stalin sabía que los nacionalistas no podían aceptarlas.

En febrero, divisiones japonesas del II Ejército cruzaron el río Amarillo desde el norte para rodear las formaciones chinas. A finales de marzo, los invasores habían entrado en la ciudad de Xuzhou donde los combates encarnizados se prolongaron durante días. Los chinos carecían de los medios necesarios para enfrentarse a los tanques nipones, pero comenzó a llegar armamento soviético, y pudo lanzarse con éxito una gran contraofensiva en Taierzhuang, a unos sesenta kilómetros al este. Los invasores enviaron inmediatamente refuerzos de Japón y Manchuria. El 17 de mayo creyeron que tenían atrapado el grueso de las divisiones chinas, pero, separándose y formando pequeños grupos, unos doscientos mil soldados nacionalistas lograron escapar de aquella encrucijada. Al final, el 21 de mayo, cayó Xuzhou, donde se hicieron unos treinta mil prisioneros.[27]

En julio, en el lago Jasan, tuvo lugar el primer gran enfrentamiento fronterizo entre las fuerzas niponas y el Ejército Rojo. Una vez más, los nacionalistas confiaron en

que la Unión Soviética entrara en guerra, pero sus expectativas pronto se esfumaron. Stalin reconocía tácitamente el control japonés de Manchuria. Hitler tenía los ojos puestos en Checoslovaquia, y el dictador ruso estaba sumamente preocupado por aquella amenaza alemana en el oeste. No obstante, envió varios asesores militares a los nacionalistas. Los primeros habían llegado en junio, poco antes de la partida del general von Falkenhausen y su equipo, que recibieron de Göring la orden de regresar a Alemania.

A continuación, como temía Chiang, los japoneses planearon el ataque a la ciudad industrial de Wuhan. También decidieron establecer su gobierno títere chino. Para detener el avance del enemigo hacia Wuhan, Chiang Kai-shek mandó que se abrieran brechas en los diques del río Amarillo, o, como se decía en la orden del alto mando, que se utilizara «agua en vez de soldados».[28] Esta política de inundaciones supuso para el avance de los japoneses un retraso de casi cinco meses, pero fue espeluznante la destrucción y la muerte que provocó en un territorio de más de setenta mil kilómetros cuadrados de extensión. No había terrenos elevados en los que encontrar cobijo. Según cálculos oficiales, ochocientas mil personas murieron ahogadas, de varias enfermedades o de inanición, y hubo más de seis millones de refugiados.

Cuando por fin la tierra estuvo suficientemente seca

para transitar por ella con sus vehículos, los japoneses reiniciaron el avance hacia Wuhan, apoyados por las fuerzas de la Armada Imperial que navegaban por el Yangtsé, y por el XI Ejército que seguía el curso del río por sus dos márgenes. El Yangtsé se convirtió en una ruta fundamental de abastecimiento de sus tropas, inmune a los ataques propios de una guerra de guerrillas.

Los nacionalistas habían recibido hasta entonces unos quinientos aviones soviéticos y ciento cincuenta pilotos «voluntarios» del Ejército Rojo, pero como estos prestaban servicio solo durante tres meses, cuando comenzaban a dominar la situación, ya tenían que irse. Llegaron a prestar sus servicios conjuntamente entre ciento cincuenta y doscientos de ellos, y en total fueron unos dos mil los que volaron en China. Lograron organizar con éxito una emboscada el 29 de abril de 1938, cuando supusieron acertadamente que los japoneses iban a lanzar una gran incursión contra Wuhan para celebrar el aniversario del emperador Hiro Hito, pero, por lo general, los pilotos de la Armada Imperial impusieron su superioridad en el centro y en el sur de China. Los pilotos chinos, a pesar de volar en aparatos poco apropiados, solían realizar ataques espectaculares contra los navíos de guerra, ataques que supusieron su propia destrucción.[29]

En julio, los japoneses bombardearon el puerto fluvial de Jiujiang, casi con toda seguridad con la ayuda de unas

armas químicas que recibían eufemísticamente el nombre de «humo especial». El 26 de julio, cuando cayó la ciudad, el destacamento Namita llevó a cabo otra horrible matanza de civiles. Pero en medio del intenso calor estival, el XI Ejército se vio obligado a frenar su avance debido a la férrea resistencia de las fuerzas chinas, y un gran número de soldados japoneses sucumbió a la malaria y al cólera. Este hecho permitió que los chinos tuvieran tiempo para desmantelar diversas instalaciones industriales y enviarlas, río arriba, a Chongqing. El 21 de octubre, tras llevar a cabo una importante operación anfibia, el XXI Ejército japonés capturó el gran puerto de Guangzhou (Cantón), situado en la costa meridional. Cuatro días más tarde, la 6.ª División del XI Ejército entraba en Wuhan mientras las fuerzas chinas huían en retirada.

Chiang Kai-shek se lamentaba constantemente de lo deficientes que eran sus colaboradores, los enlaces, los servicios de inteligencia y las comunicaciones. Los cuarteles generales de las divisiones, aunque se encontraban en la retaguardia, preferían no estar en contacto con el alto mando para no recibir órdenes de ataque. Las defensas siempre carecían de profundidad, limitándose a una simple línea de trincheras fácilmente franqueable, y las reservas nunca eran desplegadas en el lugar adecuado. Sin embargo, el desastre que estaba por venir sería en gran medida culpa de Chiang.

Tras la caída de Wuhan, Changsha parecía la localidad más vulnerable. La aviación japonesa la bombardeó el 8 de noviembre. Al día siguiente, Chiang ordenó que se dispusiera todo lo necesario para arrasar con fuego la ciudad si los japoneses lograban entrar en ella. Puso de ejemplo la destrucción de Moscú por parte de los rusos en 1812. Tres días después, comenzó a correr el falso rumor de que los japoneses estaban a punto de llegar, y la madrugada del 13 de noviembre se prendió fuego a la ciudad. Changsha fue pasto de las llamas durante tres días. Dos tercios de la ciudad, incluidos sus depósitos y almacenes llenos de arroz y de trigo, quedaron totalmente destruidos. Veinte mil personas, entre ellas todos los soldados heridos, perdieron la vida, y doscientas mil se quedaron sin casa.

A pesar de sus innumerables victorias, el Ejército Imperial japonés distaba mucho de sentirse plenamente satisfecho. Sus comandantes sabían que no habían conseguido asestar un golpe definitivo. Sus líneas de abastecimiento formaban una red demasiado extendida y vulnerable. Y, además, eran perfectamente conscientes del apoyo militar que los nacionalistas recibían de la Unión Soviética, cuyos pilotos estaban abatiendo en aquellos momentos muchos de sus aviones. Los japoneses se preguntaban con gran inquietud qué estaba tramando Stalin. Esta desazón los llevó a proponer en noviembre la retirada

general de sus fuerzas al norte, al otro lado de la Gran Muralla, siempre y cuando los nacionalistas cambiaran de gobierno, reconocieran los derechos de Japón sobre Manchuria, permitieran al imperio nipón la explotación de sus recursos y acordaran crear un frente común contra los comunistas. El rival de Chiang, Wang Jingwei, marchó a Indochina en diciembre y entabló contacto con las autoridades japonesas en Shanghai. Como líder de los partidarios del apaciguamiento del Kuomintang, se consideraba el candidato idóneo para sustituir a Chiang. Pero pocos políticos lo siguieron cuando decidió unirse al enemigo. El poderoso llamamiento de Chiang a la redención nacional ganó la batalla.

Los japoneses, después de abandonar la estrategia del ataque violento para obtener una rápida victoria, comenzaron a desarrollar un método mucho más cauto. Ante la inminencia de la guerra en Europa, pensaban que no tardarían en verse obligados a desplegar en otros frentes parte de las numerosas fuerzas que tenían en China. También creían —de manera harto absurda, considerando las atrocidades cometidas por sus tropas— que podían ganarse al pueblo chino. Así pues, aunque seguían produciéndose innumerables bajas en las fuerzas nacionalistas y la población civil —morirían unos veinte millones de chinos antes de finalizar la guerra en 1945—, los japoneses optaron por realizar operaciones de menor

envergadura, en su mayoría destinadas a acabar con los grupos guerrilleros que actuaban en su retaguardia.

Los comunistas reclutaron a un gran número de paisanos para sus milicias guerrilleras, como, por ejemplo, el Nuevo Cuarto Ejército que operaba en el curso medio del Yangtsé. Muchos de estos partisanos campesinos iban armados exclusivamente de herramientas agrícolas o de lanzas de bambú. Pero, siguiendo las decisiones tomadas en el pleno del comité central de octubre de 1938, la política de Mao era clara: las fuerzas comunistas no iban a luchar contra los japoneses si no eran atacadas. Debían mantener su potencial para conquistar territorio a los nacionalistas. Mao dejó bien claro que Chiang Kai-shek era su oponente último, su «enemigo número 1». Los japoneses realizaban incursiones en las zonas rurales, sembrando el terror entre la población local con sus matanzas y sus violaciones en masa. Empezaban por matar a todos los varones jóvenes de la aldea. «Los ataban juntos y les abrían la cabeza a golpes de sable».[30] Luego iban a por las mujeres. En septiembre de 1938 el cabo Nakamura haría la siguiente anotación en su diario, hablando de una incursión a Lukuochen, localidad situada al sur de Nanjing: «Ocupamos la aldea y empezamos a buscar por todas las casas. Queríamos capturar a las chicas más atractivas. La caza duró dos horas. Niura mató a una de un tiro porque era virgen y fea, y la habíamos despreciado todos».[31] Las violaciones en masa de

Nanjing y las innumerables atrocidades cometidas por los soldados del Ejército Imperial provocaron en la población rural un patriótico sentimiento, mezcla de cólera y rabia, inconcebible antes de la guerra, cuando Japón, e incluso China como nación, eran conceptos prácticamente desconocidos.

La siguiente batalla importante no tuvo lugar hasta marzo de 1939, cuando los japoneses trasladaron un numerosísimo contingente de tropas a la provincia de Jiangxi para atacar su capital, Nanchang. Los chinos resistieron con gran bravura, a pesar de que los japoneses volvieron a utilizar gas venenoso. Los invasores se vieron obligados a luchar casa por casa, y el 27 de marzo tomaron la ciudad. Centenares de miles de refugiados comenzaron su éxodo hacia el oeste, unos cargando sobre la espalda pesados fardos con sus pertenencias, otros empujando las carretillas de madera en las que habían colocado sus pocas posesiones: mantas, herramientas, cacharros y cuencos. Las mujeres tenían el cabello cubierto de polvo, y las más ancianas apenas podían caminar con los pies vendados.

El generalísimo ordenó una contraofensiva para reconquistar Nanchang. El ataque cogió a los japoneses por sorpresa; los nacionalistas consiguieron poner pie en la

ciudad a finales de abril, pero el esfuerzo había sido mucho. Chiang Kai-shek, que había amenazado con ejecutar a los comandantes si no tomaban Nanchang, tuvo que aceptar al final que sus fuerzas se retiraran.

Poco después de los enfrentamientos fronterizos a orillas del Khalkhin Gol protagonizados por japoneses y soviéticos en el mes de mayo —los mismos que llevaron a Stalin a enviar a Zhukov a esta región en calidad de máxima autoridad militar—, el jefe del grupo de asesores militares que los soviéticos habían enviado a China instó a Chiang Kai-shek a lanzar una gran contraofensiva para recuperar la ciudad de Wuhan. Stalin engañaba a Chiang, haciéndole creer que estaba a punto de alcanzar un acuerdo con los británicos, cuando en realidad intentaba llegar a un pacto con la Alemania nazi. Pero Chiang comenzó a dar largas, pues sospechaba correctamente que lo único que quería Stalin era liberar las regiones fronterizas soviéticas de la presión de los combates. También le preocupaba que cada vez fuera menor la influencia restrictiva que ejercía Stalin sobre Mao. Los nacionalistas estaban asustados ante la expansión comunista y la decisión de Mao de seguir una línea independiente. Pero Chiang creía que Stalin prefería mantener el Kuomintang en guerra contra Japón que defender a su propio partido chino, por lo que incitaba a sus fuerzas guerrilleras a adentrarse en zona comunista. Ello daría lugar a numerosos enfrentamientos encarnizados, en

los que, según cálculos comunistas chinos, más de once mil personas perdieron la vida.[32]

Aunque gran parte de Changsha había quedado arrasada por el trágico incendio, los japoneses seguían queriendo capturar la ciudad debido a su posición estratégica. No es de extrañar que Changsha fuera considerada un objetivo importante, pues estaba situada en la línea ferroviaria que unía Cantón y Wuhan, ciudades que en aquellos momentos estaban ocupadas por un numeroso contingente de tropas niponas. La caída de Changsha dejaría aislados a los nacionalistas en su reducto occidental de Sichuan. Los japoneses lanzaron su ataque en agosto, el mismo mes en el que sus camaradas del ejército de Kwantung combatían contra las fuerzas del general Zhukov en las distantes regiones del norte.

El 13 de septiembre, mientras las fuerzas alemanas se adentraban en Polonia, los japoneses avanzaban hacia Changsha con seis divisiones que sumaban un total de ciento veinte mil hombres. El plan nacionalista consistía en retirarse poco a poco al principio sin dejar de combatir, para permitir que el enemigo realizara un avance rápido hacia la ciudad, y luego sorprenderlo con una inesperada contraofensiva en sus flancos. Chiang Kai-shek ya había percibido la tendencia de los japoneses a desperdigarse. En su afán por alcanzar mayor gloria, los generales nipones rivalizaban unos con otros, por lo que prosiguieron su

avance sin tener en cuenta a las formaciones vecinas. El programa de adiestramientos de tropas puesto en marcha por Chang Kai-shek tras la pérdida de Wuhan funcionó, y la emboscada fue un éxito. Los chinos afirmarían que los japoneses habían acabado la batalla sufriendo cuarenta mil bajas.

Aquel agosto, mientras Zhukov estaba obteniendo una victoria en la batalla de Khalkhin Gol, la prioridad principal de Stalin fue evitar que el conflicto con Japón se extendiera en un momento en el que había empezado a entablar en secreto negociaciones con Alemania. Pero el anuncio del pacto nazi-soviético sacudió los cimientos del gobierno japonés. Las autoridades niponas no podían creer que su aliado alemán hubiera llegado a un acuerdo con el demonio comunista. Al mismo tiempo, la reticencia de Stalin a luchar contra Japón tras la victoria de Zhukov supuso, como era lógico, un duro golpe para los nacionalistas de China. El acuerdo de «cese de hostilidades» en las fronteras de Mongolia y de Siberia permitía que los japoneses concentraran sus fuerzas en los combates contra los chinos sin tener que preocuparse por la presencia a sus espaldas de los rusos en el norte.

Chiang Kai-shek temía que la Unión Soviética y Japón

llegaran a un acuerdo secreto para dividir China, como la partición nazi-soviética de Polonia en septiembre. También se alarmó cuando Stalin comenzó a recortar drásticamente la ayuda militar a los nacionalistas. Y el estallido de la guerra en Europa en septiembre suponía menos posibilidades de ayuda por parte de británicos y franceses.

Para los nacionalistas, la falta de ayuda exterior se convirtió en un problema cada vez más grave. La invasión japonesa no solo representaba una amenaza militar. Por su culpa se habían perdido cosechas y reservas de alimentos. El bandidaje se convirtió en una práctica extendida, en la que los desertores y los soldados rezagados, actuando en grupos, campaban a sus anchas. Varios millones de refugiados intentaban escapar dirigiéndose al oeste, aunque solo fuera para poner a sus esposas e hijas a salvo de las crueles tropas japonesas. El hacinamiento en las ciudades provocaba epidemias de cólera. Con el éxodo de población, la malaria se extendió a nuevas regiones. Y el tifus, maldición de tropas y refugiados en huida, se convirtió en una enfermedad endémica. Aunque se llevaron a cabo grandes esfuerzos para mejorar los servicios sanitarios chinos, tanto militares como civiles, lo cierto es que los escasos médicos disponibles poco podían hacer para ayudar a los refugiados, que padecían tina, sarna, tracoma y todas las demás dolencias de la pobreza exacerbada por una gravísima malnutrición.

Sin embargo, espoleados por su triunfo en Changsha, los nacionalistas lanzaron una serie de contraataques en una «ofensiva de invierno» a lo largo de toda China central. Pretendían cortar las líneas de aprovisionamiento de las guarniciones niponas más expuestas, obstruyendo el tráfico fluvial en el Yangtsé e interrumpiendo las comunicaciones ferroviarias. Pero en cuanto comenzaron los ataques de los nacionalistas en noviembre, los japoneses invadieron la provincia suroccidental de Guangxi con un desembarco anfibio. El 24 de ese mismo mes, tomaron la ciudad de Nanning, amenazando la línea ferroviaria que conducía a la Indochina francesa. Las pocas tropas nacionalistas presentes en la zona se vieron sorprendidas, emprendiendo una rápida huida. Chiang Kai-shek envió inmediatamente refuerzos, y los combates, que se prolongaron durante dos meses, fueron sangrientos. Los japoneses afirmarían haber matado a veinticinco mil chinos en una sola batalla. Otras ofensivas niponas lanzadas más al norte supondrían para los nacionalistas la pérdida de regiones importantes para su aprovisionamiento de grano y de reclutas. Los japoneses también hicieron acopio de bombarderos en China para alcanzar con facilidad las regiones de la retaguardia nacionalista y atacar su nueva capital, Chongqing. Los comunistas, mientras tanto, negociaban secretamente con los japoneses un pacto en China central, según el cual ellos no atacarían los ferrocarriles si los japoneses se avenían a

no molestar a su Nuevo Cuarto Ejército en el campo.

La situación mundial era muy desfavorable para los nacionalistas chinos, pues Stalin se había aliado con Alemania y exigía a Chiang Kai-shek que se abstuviera de entablar negociaciones con Gran Bretaña o Francia. El líder soviético temía que los británicos intentaran, como los chinos, obligarlo a entrar en una guerra con Japón. En diciembre de 1939, durante la Guerra de Invierno contra Finlandia, los nacionalistas se encontraron ante un tremendo dilema cuando la Unión Soviética tuvo que afrontar su expulsión de la Sociedad de Naciones por aquella invasión. No querían provocar a Stalin, pero tampoco podían utilizar su veto para salvarlo, pues habrían enfurecido a las potencias occidentales. Al final, el representante chino se abstuvo en la votación. Esto provocó el enfado de Moscú, sin por otro lado satisfacer a británicos y franceses. Los envíos soviéticos de material militar cayeron drásticamente, y no volverían a ser los mismos hasta un año después. Con el fin de presionar a Stalin para que suavizara su postura, Chiang Kai-shek dejó correr el rumor de que estaba dispuesto a negociar una paz con Japón.

Sin embargo, la única esperanza que tenían en aquellos momentos los nacionalistas eran cada vez más los Estados Unidos, que habían comenzado a condenar la agresión japonesa y a reforzar sus propias bases en el Pacífico. Pero

Chiang Kai-shek también debía afrontar dos conflictos internos. El Partido Comunista de China, liderado por Mao, se mostraba más firme y enérgico, declarando implícitamente que iba a derrotar al Kuomintang cuando finalizara la guerra chino-japonesa. Y el 30 de marzo de 1940, los nipones establecieron en Nanjing el «Gobierno Nacional» del «Kuomintang Reformado» de Wang Jingwei, a quien los verdaderos nacionalistas llamaban simplemente «el traidor criminal».[33] No obstante, les llenaba de preocupación que el nuevo régimen pudiera ser reconocido no solo por Alemania e Italia, únicos aliados europeos de Japón, sino también por otras potencias extranjeras.

5

NORUEGA Y DINAMARCA (enero-mayo de 1940)

En un principio, Hitler había pretendido que su ataque a los Países Bajos y a Francia comenzara en noviembre de 1939, en cuanto pudieran ser trasladadas las divisiones desplegadas en Polonia. Sobre todo quería capturar aeródromos y puertos en el Canal de la Mancha para lanzarse contra Gran Bretaña, a la que consideraba su enemigo más peligroso. Tenía muchísima prisa por obtener una victoria decisiva en el oeste antes de que los Estados Unidos estuvieran en posición de intervenir.

Los generales alemanes no veían con buenos ojos este plan. En su opinión, la captura del ejército francés podía conducir a un punto muerto parecido al de la Primera Guerra Mundial. Alemania no disponía ni del combustible ni de las materias primas necesarias para llevar a cabo una campaña de tanta envergadura. Algunos altos oficiales también eran reticentes a atacar países neutrales como Holanda y Bélgica, pero todos esos escrúpulos morales —como las pocas protestas que se dejaron oír por la matanza de civiles polacos emprendida por la SS— fueron

rechazados enérgicamente por Hitler. El Führer se enfureció aún más cuando le comunicaron que la Wehrmacht corría el peligro de quedarse sin municiones, sobre todo sin bombas, y sin carros de combate. Incluso una breve campaña como la de Polonia había agotado sus provisiones y puesto de relieve las deficiencias de los tanques Mark I y Mark II.

Hitler achacó aquel fracaso al sistema de suministros y abastecimiento del ejército, y al poco tiempo invitó al Dr. Fritz Todt, su jefe de construcciones, a dirigir este departamento. Y en una decisión característicamente suya, decidió utilizar todas las reservas de materias primas «sin tener en cuenta el futuro y en detrimento de los años de guerra que estaban por venir».[1] Podían ser recuperadas, decía, en cuanto la Wehrmacht capturara las minas de carbón y de hierro de Holanda, Bélgica, Francia y Luxemburgo.[2]

En cualquier caso, a finales del otoño de 1939, las nieblas y las brumas obligaron a Hitler a entender que la Luftwaffe no podía proporcionar la ayuda vital necesaria para llevar a cabo la empresa cuya fecha límite él había fijado en el mes de noviembre. (Es muy tentador hacer conjeturas de cómo habrían podido ir las cosas si Hitler hubiera lanzado su ataque en noviembre en lugar de seis meses después.) Fue entonces cuando el Führer ordenó que se preparara un plan para atacar Holanda, país neutral, a

mediados de enero de 1940. Sorprendentemente, tanto los holandeses como los belgas fueron advertidos de ello por el ministerio de asuntos exteriores de Ciano en Roma. La razón de este aviso hay que buscarla en el nerviosismo y el enfado que provocó en muchos italianos, especialmente en el ministro de asuntos exteriores de Mussolini, el conde Ciano, el ímpetu bélico demostrado por los alemanes en septiembre. Temían que su país se convirtiera en el primer objetivo de los Aliados, y sufriera un ataque de los británicos en el Mediterráneo. Además, el coronel Hans Oster, un antinazi en el seno de la Abwehr (la inteligencia militar alemana), filtró información al agregado militar de Holanda en Berlín. Más tarde, el 10 de enero de 1940, un avión de enlace alemán, que había perdido la orientación debido a la intensa nubosidad, tuvo que hacer un aterrizaje forzoso en suelo belga. El oficial de estado mayor de la Luftwaffe que viajaba a bordo del aparato tenía una copia del plan de atacar Holanda, e intentó quemarla, pero los soldados belgas llegaron antes de que quedara completamente destruida.

Curiosamente, este giro de los acontecimientos no beneficiaría a los Aliados. Creyendo en la inminencia de una invasión alemana, sus formaciones del nordeste de Francia destinadas a la defensa de Bélgica se trasladaron inmediatamente a la frontera, descartando así su propio plan inicial. Hitler y el OKW se vieron obligados a

reconsiderar su estrategia. El nuevo proyecto se basaría en la brillante idea del teniente general Erich von Manstein de lanzar un ataque con divisiones panzer por las Ardenas, para luego alcanzar la región del Canal, sorteando la retaguardia de los ejércitos británico y francés en avance hacia Bélgica. Aquella sucesión de aplazamientos inspiró un falso sentimiento de seguridad en las fuerzas aliadas que languidecían en la frontera francesa. Muchos soldados, e incluso numerosos planificadores del Departamento de Guerra británico, empezaron a creer que Hitler nunca haría acopio del valor necesario para invadir Francia.

El gran almirante Raeder, a diferencia de los altos oficiales del ejército, estaba totalmente de acuerdo con la agresiva estrategia de Hitler. Fue incluso más allá, instando al Führer a incluir en sus planes la invasión de Noruega para proporcionar a la marina alemana un flanco desde el que actuar contra los navíos británicos. Para ello utilizó el argumento de que el puerto noruego de Narvik tenía que ser capturado para garantizar el suministro de hierro sueco, tan vital para las industrias de guerra alemanas. Había invitado a Vidkun Quisling, líder noruego pronazi, a entrevistarse con Hitler, logrando que aquel convenciera al Führer de la importancia de una ocupación de Noruega por parte de Alemania. La amenaza de una intervención de británicos y franceses en Noruega, como parte de un plan de apoyo a Finlandia, le preocupaba en grado sumo. Y si los británicos

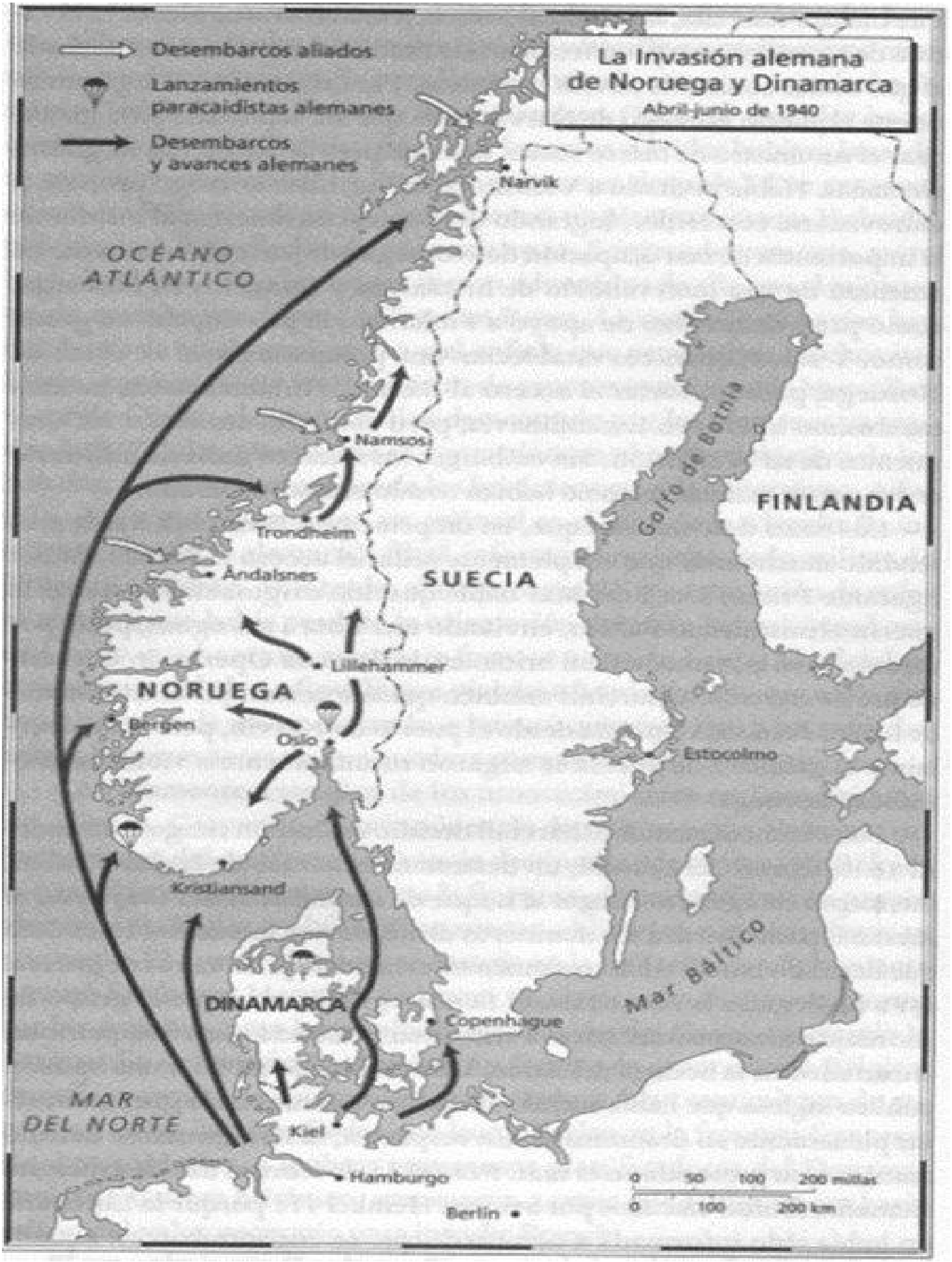
establecían una presencia naval en el sur de Noruega, podrían cortar el acceso al Báltico. Himmler también tenía muchísimo interés en Escandinavia, pero como fuente de los reclutamientos de su Waffen-SS. Sin embargo, los intentos nazis de infiltrarse en los países escandinavos no habían tenido el éxito esperado.

Los nazis desconocían que, en un principio, Churchill había pretendido mucho más que simplemente sellar el acceso al Báltico. El beligerante Primer Lord del Mar había querido originalmente llevar la guerra al mismísimo Báltico, enviando una flota a sus aguas, pero, por fortuna para la Armada Real británica, la llamada Operación Catherine fue descartada. Churchill también quiso interrumpir el suministro de hierro sueco a Alemania desde el puerto de Narvik, pero Chamberlain y el gabinete de guerra se negaron rotundamente a violar la neutralidad noruega.

Fue entonces cuando Churchill decidió asumir un riesgo calculado. El 16 de febrero, el *Cossack*, un destructor británico de la clase Tribal, interceptó en aguas noruegas al buque de suministros del *Graf Spee*, el *Altmark*, para liberar a los marineros de los navíos mercantes británicos que llevaba a bordo el barco alemán en calidad de prisioneros de guerra. «¡Ya ha llegado la Armada!», el famoso grito con el que el grupo de abordaje de marinos militares avisó de su presencia a sus

compatriotas encerrados en la bodega del barco, hizo estallar de júbilo a una opinión pública inglesa que había sufrido los inconvenientes de la guerra sin vivir plenamente su dramatismo. En respuesta, la Kriegsmarine decidió aumentar su presencia en el mar. Pero el 22 de febrero dos destructores alemanes fueron atacados por aviones Heinkel 111 porque la Luftwaffe no había sido informada a tiempo de que se encontraban en aquella zona. Los dos barcos de guerra se fueron a pique tras ser alcanzados por las bombas de sus fuerzas aéreas y chocar con unas minas.[3]

Poco tiempo después, los navíos de guerra alemanes fueron obligados a regresar a puerto, aunque por razones bien distintas. El 1 de marzo, Hitler dio orden de prepararse para invadir Dinamarca y Noruega, operación para la cual era imprescindible poder contar con todos los buques de superficie disponibles. Su decisión de atacar estos dos países alarmó tanto al ejército alemán como a la Luftwaffe. Uno y otra consideraban que ya se enfrentaban a una empresa suficientemente ardua y difícil con la invasión de Francia. Una diversión de sus fuerzas a Noruega podía resultar devastadora en aquellos momentos. Göring estaba especialmente furioso, pero sobre todo porque habían herido su orgullo. En su opinión, no había sido debidamente consultado.


Desembarcos aliados
Lanzamientos paracaidistas alemanes
Desembarcos y avances alemanes
La Invasión alemana de Noruega y Dinamarca
Abril-junio de 1940
Narvik
OCÉANO ATLÁNTICO
Namsos
Trondheim
Golfo de Bothnia
FINLANDIA
Åndalsnes
SUECIA
Lillehammer
NORUEGA
Bergen
Oslo
Estocolmo
Kristiansand
Mar Báltico
DINAMARCA
Copenhague
MAR DEL NORTE
Kiel
Hamburgo
Berlín
0 50 100 200 millas
0 100 200 km

El 7 de marzo, Hitler firmó la orden. La situación comenzaba a parecer cada vez más apremiante, pues los informes de los vuelos de reconocimiento hablaban de que la Armada Real británica estaba concentrando fuerzas en Scapa Flow. Se suponía que aquello eran los preparativos de un desembarco en la costa noruega. Pero, unos días más tarde, la noticia de un acuerdo entre soviéticos y finlandeses para poner fin a su conflicto produjo sentimientos contradictorios en el alto mando alemán. Incluso los planificadores de la Kriegsmarine, que durante tanto tiempo habían insistido en la conveniencia de una intervención en Noruega, empezaron a creer que la presión había desaparecido, pues británicos y franceses ya no tenían ninguna excusa para desembarcar en Escandinavia. Pero Hitler y otros colaboradores suyos, como, por ejemplo, el gran almirante Raeder, consideraron que los preparativos estaban tan avanzados que había que seguir con el plan de invasión. Además, una ocupación alemana sería una manera efectiva de continuar presionando a los suecos para que no interrumpieran el suministro de hierro. Y a Hitler le agradaba la idea de una Alemania con bases militares que pudieran vigilar atentamente la costa oriental de Gran Bretaña y permitir el acceso al norte del Atlántico.

La invasión simultánea de Noruega (Operación Weserübung Norte), con seis divisiones, y Dinamarca (Operación Weserübung Sur), con dos divisiones y una

brigada de fusileros motorizada, quedó fijada para el 9 de abril. Unos buques de transporte, escoltados por la Kriegsmarine, desembarcarían a sus fuerzas en diversos puntos, incluidas las ciudades de Narvik, Trondheim y Bergen. El X *Fliegerkorps* de la Luftwaffe se encargaría de lanzar paracaidistas y unidades aerotransportadas en otros lugares, principalmente Oslo. Copenhague y otras siete ciudades importantes danesas serían atacadas por tierra y por mar. El OKW creía que estaba en una carrera por Noruega en la que los británicos les pisaban los talones, pero lo cierto es que les llevaban una cómoda ventaja.

Una vez firmado el pacto entre soviéticos y finlandeses, Chamberlain, ignorando los planes de Alemania, había cancelado el estado de emergencia para las fuerzas expedicionarias anglo-francesas destinadas a Noruega y Finlandia. Tomó esta decisión a pesar de los consejos, en sentido contrario, del jefe del estado mayor del imperio británico, general sir Edmund Ironside. Angustiado por la idea de que la guerra pudiera extenderse a los países neutrales de Escandinavia, Chamberlain tenía la esperanza de que Alemania y la Unión Soviética enfriaran sus relaciones. Pero era muy poco probable que la falta de actuación de los aliados y la confianza en que podían hacer la guerra siguiendo las normativas dictadas por la Sociedad de Naciones lograran impresionar a alguien.

Daladier, que era todavía primer ministro de Francia,

abogó por seguir una estrategia mucho más contundente, siempre y cuando no implicara convertir a su país en un escenario de los combates. Incluso se mostró dispuesto a correr el riesgo de entrar en guerra con la Unión Soviética cuando propuso bombardear los yacimientos petrolíferos de Bakú y el centro del Cáucaso, idea que horrorizó a Chamberlain. También quiso ocupar la región minera de Petsamo en el norte de Finlandia, próxima a la base naval soviética de Murmansk. Además, defendió enérgicamente el desembarco aliado en Noruega y el control absoluto del mar del Norte para impedir que el hierro sueco llegara a Alemania. Los británicos, sin embargo, sospecharon que lo único que pretendía era trasladar la guerra a Escandinavia para reducir las posibilidades de un ataque alemán contra Francia. En parte, pensaban así porque Daladier se oponía obstinadamente al plan británico de bloquear el tráfico fluvial en el Rin con la colocación de minas. En cualquier caso, Daladier se vería obligado a presentar su dimisión como primer ministro el 20 de marzo. Paul Reynaud asumió este cargo, y con el cambio de gobierno, Daladier pasó a ocupar la cartera de Defensa.

Las constantes discusiones de los Aliados, en las que cada uno intentaba imponer su propio plan de acción, supusieron la pérdida de un tiempo precioso. Daladier obligó a Reynaud a seguir oponiéndose al minado del Rin. Los británicos accedieron a la propuesta francesa de minar

las aguas de la costa de Narvik, operación que se llevó a cabo el 8 de abril. Churchill quería tener preparadas unas fuerzas de desembarco, pues estaba seguro de la reacción de los alemanes, pero Chamberlain, que no quería precipitarse, se mantenía en sus trece.

Sin saberlo los británicos, una gran fuerza naval, con soldados de infantería a bordo, ya había zarpado de Wilhelmshaven el 7 de abril, rumbo a Trondheim y a Narvik, en el norte de Noruega. A los cruceros de batalla *Gneisenau* y *Scharnhorst* les acompañaban el crucero pesado *Admiral Hipper* y catorce destructores. Otros cuatro grupos navales se dirigían a puertos del sur de Noruega.

Un avión británico avistó la principal fuerza operacional a las órdenes del vicealmirante Lütjens. Los bombarderos de la RAF lanzaron un ataque, pero sin conseguir dañar al enemigo. La *Home Fleet* británica, o Flota del Mar del Norte, a las órdenes de su almirante, sir Charles Forbes, zarpó de Scapa Flow, pero estaba muy lejos. La única fuerza naval en posición de interceptar al enemigo era la que constituían el crucero de batalla inglés *Renown* y su escolta de destructores, que en aquellos momentos ayudaban en la colocación de minas frente a las costas de Narvik. Uno de estos navíos, el *Glowworm*, avistó un destructor alemán y fue tras él, pero Lütjens envió al *Hipper*, que hundió al *Glowworm* embistiéndolo.

La Armada Real, decidida a concentrar sus fuerzas para una gran batalla naval, ordenó el traspaso de tropas a otros navíos de guerra listos para zarpar rumbo a Narvik y a Trondheim. Pero la Flota del Mar del Norte no conseguía interceptar la principal fuerza operacional enemiga. Este hecho permitió que Lütjens pudiera enviar sus destructores a Narvik, pero el 9 de abril, al amanecer, su escuadra naval avistó el *Renown*, cuyos cañones de extraordinaria precisión en alta mar causaron graves daños al *Gneisenau* y al *Scharnhorst*, obligando a Lütjens a retirarse mientras se procedía a la reparación urgente de sus barcos.

Los destructores alemanes, tras hundir dos pequeños navíos de guerra noruegos, desembarcaron a sus tropas y ocuparon Narvik. También el 9 de abril, el *Hipper* y sus destructores desembarcaron a las tropas en Trondheim, y otro contingente alemán entró en Bergen. Stavanger, por su parte, fue tomada por fuerzas paracaidistas y dos batallones de infantería aerotransportada. Oslo era un hueso mucho más duro de roer, y la Kriegsmarine envió hacia la capital el flamante crucero pesado *Blücher* y el acorazado de bolsillo *Lützow* (el antiguo *Deutschland*). Las baterías costeras y los torpedos noruegos hundieron el *Blücher*; el *Lützow* tuvo que retirarse tras sufrir importantes daños.

La mañana siguiente, en Narvik, cinco destructores británicos consiguieron entrar en los fiordos sin ser vistos. Una fuerte nevada impidió que fueran localizados por los

submarinos alemanes que vigilaban aquellas aguas. En consecuencia, sorprendieron a cinco destructores alemanes que estaban repostando. Mandaron a pique dos de ellos, pero luego fueron atacados por otros destructores alemanes que se encontraban en unos fiordos vecinos. Dos destructores de la Armada Real británica fueron hundidos, y un tercero sufrió graves daños. Incapaces de salir de aquella encrucijada, los demás buques ingleses tuvieron que esperar hasta el 13 de abril a que el acorazado *Warspite* y nueve destructores llegaran en su ayuda y los rescataran tras acabar con todas las naves de guerra alemanas que seguían en aquellas aguas.

En otras acciones que se desarrollaron a lo largo de la costa, dos cruceros alemanes, el *Königsberg* y el *Karlsruhe*, se fueron a pique; el primero bombardeado por los aparatos aéreos Skua de un portaaviones británico, y el segundo torpedeado por un submarino. El *Lützow*, que como hemos indicado anteriormente sufrió graves daños, tuvo que ser remolcado hasta Kiel. Pero este éxito parcial de la Armada Real británica no impidió que a lo largo de aquel mes fueran trasladados más de cien mil soldados alemanes a Noruega.

La invasión de Dinamarca resultaría incluso más fácil para

Alemania. Los nazis consiguieron desembarcar tropas en Copenhague antes de que saltara la alarma en las baterías costeras danesas. El gobierno de este país escandinavo se vio obligado a aceptar las condiciones impuestas por Berlín. Los noruegos, sin embargo, nunca aceptaron la idea de una «ocupación pacífica».[4] El rey, que el 9 de abril abandonó Oslo junto con el gobierno, ordenó la movilización general. Aunque las fuerzas alemanas capturaron muchas bases en una serie de ataques por sorpresa, se vieron aisladas hasta la llegada de los contingentes de refuerzo necesarios.

Debido a la decisión de la Armada Real británica de desembarcar a las tropas el 9 de abril, los primeros efectivos aliados no se echaron a la mar hasta dos días más tarde. La impaciencia de Churchill, que constantemente cambiaba de idea e interfería en las decisiones operacionales para exasperación del general Ironside y de la Armada Real, no contribuyó a mejorar la situación. Por su parte, las tropas noruegas atacaron con gran arrojo a la 3.ª División de Montaña alemana. No obstante, como las fuerzas nazis ya habían ocupado las ciudades de Narvik y Trondheim, los desembarcos anglo-franceses tuvieron que llevarse a cabo en sus flancos. Se consideró muy peligroso emprender un ataque directo contra los puertos. No fue hasta el 28 de abril cuando comenzaron a desembarcar los primeros efectivos aliados, compuestos por tropas

británicas y dos batallones de la Legión Extranjera francesa, apoyados por una brigada polaca. Capturaron Narvik y consiguieron destruir el puerto, pero la supremacía aérea de la Luftwaffe frustró la operación aliada. En el curso del mes siguiente, el ataque alemán contra los Países Bajos y Francia obligaría a los Aliados a evacuar a sus tropas del flanco norte, forzando la rendición de las fuerzas noruegas.

La familia real y el gobierno de Noruega pusieron rumbo a Inglaterra para continuar la guerra desde allí. La obsesión de Raeder por Noruega, que él mismo se había encargado de contagiar a Hitler, se revelaría, sin embargo, una bendición con sus pros, pero también con muchos contras, para la Alemania nazi. A lo largo de toda la guerra, el ejército nunca dejó de lamentarse de que la ocupación de Noruega obligaba a mantener en este país un contingente de tropas excesivo, que podía ser de mucha más ayuda en otros frentes. Desde el punto de vista aliado, la campaña de Noruega fue un desastre mucho mayor. Aunque la Armada Real británica logró hundir la mitad de los destructores de la Kriegsmarine, el conjunto de la operación fue el peor ejemplo de una cooperación entre distintos cuerpos e instituciones. Muchos altos oficiales también pensaron que el entusiasmo mal dirigido de Churchill estaba influenciado por un deseo secreto de borrar el recuerdo de su campaña de los Dardanelos en la Primera Guerra Mundial. Como el

propio Churchill reconocería más tarde, él fue más responsable del desastre ocurrido en Noruega que Neville Chamberlain. Pero por una de esas crueles ironías de la política, aquel revés supondría su nombramiento como primer ministro en sustitución de Chamberlain.

En la frontera francesa, la «extraña guerra» —la *«phoney war»* de los ingleses, la *«drôle de guerre»*, que decían los franceses, o, como la llamaban los alemanes, la *«Sitzkrieg»*— duraba mucho más de lo que Hitler había planeado. El Führer contemplaba con desprecio al ejército francés, y estaba convencido de que la resistencia holandesa no tardaría en desvanecerse. Todo lo que necesitaba era un plan acertado que reemplazara el que los belgas habían pasado a los Aliados.

Los altos oficiales más importantes no veían con agrado el intrépido proyecto del general von Manstein, y trataron de descartarlo. Pero Manstein, cuando por fin pudo acceder a Hitler, defendió enérgicamente su idea de que una invasión de Holanda y Bélgica obligaría a las fuerzas británicas y francesas a dar un paso adelante y cruzar la frontera franco-belga.[5] Entonces podían ser rodeadas con un ataque relámpago de las tropas alemanas que salieran de las Ardenas y las que cruzaran el Mosa en dirección al

estuario del Somme y Boulogne. Hitler se aferró a este plan, pues necesitaba dar un golpe contundente y decisivo. Como era propio de él, más tarde afirmaría que aquella idea era la que siempre había tenido en mente.

La Fuerza Expedicionaria Británica, con cuatro divisiones, había tomado posiciones a lo largo de la frontera con Bélgica en octubre de 1939. En mayo de 1940 había aumentado sus efectivos con una división acorazada y diez divisiones de infantería, siempre a las órdenes del general John Vereker, vizconde de Gort, conocido como lord Gort, quien, a pesar de estar al mando de un número tan considerable de fuerzas, debía acatar las órdenes del comandante francés del frente del nordeste, el general Alphonse Georges, y del general Maurice Gamelin, comandante en jefe francés, cuya desconfianza resultaba curiosa y notable. No había ningún mando conjunto aliado como en la Primera Guerra Mundial.

El mayor problema al que tuvieron que enfrentarse tanto Gort como Georges fue la obstinada negativa del gobierno belga a poner en entredicho su neutralidad, pese a estar perfectamente al corriente del plan alemán de invadir su país. Gort y las formaciones francesas apostadas en la frontera tenían, pues, que esperar a que los alemanes atacaran Bélgica para poder dar un paso adelante. Los holandeses, que habían conseguido mantenerse neutrales durante la Primera Guerra Mundial, estaban aún más

decididos a no provocar a los alemanes haciendo planes conjuntos con los franceses o con los belgas. Sin embargo, confiaban en que las fuerzas aliadas acudieran en ayuda de su pequeño ejército mal pertrechado cuando comenzaran los combates. Consciente de sus limitaciones, el Gran Ducado de Luxemburgo, aunque simpatizara con los Aliados, sabía que solo podía cerrar sus fronteras e indicar al invasor alemán que se estaba violando su neutralidad.

En la planificación de su estrategia, los franceses cometieron otro error de gravísimas consecuencias. La línea Maginot, que Francia consideraba inexpugnable, se extendía solo desde la frontera con Suiza hasta el extremo sur de la frontera con Bélgica al otro lado de las Ardenas. Ni el estado mayor francés ni el británico imaginaron que los alemanes se atreverían a cruzar esta región tan boscosa para lanzar un ataque relámpago. Los belgas advirtieron a los franceses de este peligro, pero el arrogante general Gamelin descartó semejante posibilidad. Reynaud, que llamaba a Gamelin «el filósofo sin sangre en las venas»,[6] quería destituirlo, pero Daladier, como ministro de defensa y de la guerra, insistió en mantenerlo en el cargo. A la hora de tomar decisiones, la parálisis afectaba incluso a las esferas más altas.

En Francia, apenas se ocultaba el escaso apoyo a la guerra. Las declaraciones de Alemania, en el sentido de que Gran Bretaña había obligado a los franceses a entrar en

guerra para que luego cargaran con el peso de los combates, tenían un efecto realmente corrosivo. Incluso el estado mayor francés, a las órdenes del general Gamelin, mostraba poco entusiasmo. Y su gesto, absolutamente inapropiado, de realizar en septiembre un avance limitado hasta Saarbrücken había sonado prácticamente como un insulto a los polacos.

La mentalidad defensiva de Francia repercutió en su organización militar. En su mayoría, las unidades de tanques francesas, aunque técnicamente no eran inferiores a las alemanas, habían recibido un adiestramiento insuficiente. Aparte de tres divisiones mecanizadas —se creó a toda prisa una cuarta a las órdenes del coronel Charles de Gaulle—, los franceses tenían sus carros de combate repartidos entre las distintas formaciones de infantería. Al igual que los británicos, carecían de suficientes cañones antitanque efectivos —al de dos libras británico solía llamársele «lanzaguisantes»—, y sus comunicaciones por radio eran, como poco, primitivas. En una guerra de movimientos, los teléfonos de campaña y los terminales fijos iban a resultar de muy poca utilidad.

Las fuerzas aéreas francesas seguían encontrándose en un estado lamentable. Durante la crisis de Checoslovaquia de 1938, el general Vuillemin había escrito a Daladier para advertirle de que la Luftwaffe iba a destruir con facilidad todas sus escuadrillas. Desde entonces, apenas se habían

llevado a cabo unas cuantas mejoras. Por esta razón los franceses confiaban en que la RAF asumiera la mayor parte de las operaciones aéreas, pero el mariscal del Aire sir Hugh Dowding, jefe del Mando de Cazas, era totalmente reacio al despliegue de sus aparatos en Francia. Aducía que su principal objetivo era la defensa del Reino Unido y que, en cualquier caso, los aeródromos franceses carecían de baterías antiaéreas eficaces. Además, ni la RAF ni las fuerzas aéreas francesas se habían preparado para llevar a cabo conjuntamente misiones de apoyo para su infantería. Durante la campaña de Polonia, los Aliados no habían aprendido esta lección, al igual que otras muchas, como, por ejemplo, que la Luftwaffe estaba perfectamente capacitada para lanzar implacables ataques preventivos contra los aeródromos, o que el ejército alemán tenía un talento especial para realizar ataques relámpago con sus blindados con el fin de desorientar al enemigo.

Tras varios aplazamientos más, en parte debidos a la campaña de Noruega y también a los desfavorables pronósticos meteorológicos de los días inmediatamente anteriores, se decidió por fin que había llegado el momento de comenzar la invasión alemana en el oeste. El día «X» iba a ser el viernes, 10 de mayo. Hitler, con su habitual falta de modestia, predijo la «mayor victoria en la historia del mundo».[7]

6
LA OFENSIVA EN EL OESTE (mayo de 1940)

El jueves, 9 de mayo, hizo un hermoso día primaveral en prácticamente todo el norte de Europa. Un corresponsal de guerra pudo ver cómo un grupo de soldados belgas plantaban pensamientos alrededor de su cuartel.[1] Corría el rumor de un inminente ataque alemán, pues habían llegado informes que hablaban de movimientos de tropas en Hannover y del montaje de puentes de pontones cerca de la frontera, informes de los que Bruselas no hacía ningún caso. Al parecer, muchos pensaban que Hitler se disponía a lanzar un ataque por el sur para ocupar los Balcanes, no por el noroeste. En cualquier caso, pocos imaginaban que iba a invadir de un plumazo cuatro países: Holanda, Bélgica, Luxemburgo y Francia.

En París, la vida seguía siendo la misma de siempre. Raras veces la capital se había visto tan bella. Los castaños lucían la exuberancia de su follaje. Los cafés estaban repletos de clientes. Sin ironía aparente, la canción

J'attendrai continuaba siendo el éxito del momento. El hipódromo de Auteuil seguía con sus carreras de caballos, y los salones del Ritz eran el punto de encuentro de elegantes damas. Lo que resultaba más sorprendente eran los numerosos oficiales y soldados que iban y venían por las calles de la ciudad.[2] Hacía poco que el general Gamelin había vuelto a autorizar la concesión de permisos. Por una curiosa coincidencia, Paul Reynaud, el primer ministro, había presentado su dimisión aquella misma mañana al presidente Lebrun, pues Daladier seguía negándose a destituir al comandante en jefe de las fuerzas francesas.

En Gran Bretaña, los noticiarios de la BBC informaron de que la noche anterior treinta y tres parlamentarios conservadores habían votado en contra del gobierno de Chamberlain en la Cámara de los Comunes tras un debate sobre el fracaso en Noruega. La arenga de Leo Amery atacando a Chamberlain tendría unas consecuencias funestas para el primer ministro. Terminaba citando las palabras pronunciadas por Cromwell a los miembros del Parlamento Largo en 1653: «Y yo digo que os vayáis, que nos dejéis en paz de una vez. En el nombre de Dios, ¡marchad!» En medio de la agitación de la cámara, con gritos de «¡Marchad! ¡Marchad! ¡Marchad!», Chamberlain, conmocionado, abandonó el lugar, tratando de ocultar sus sentimientos.

A lo largo de aquel día tan soleado, los políticos de

Westminster y los clubes de St. James discutían acerca de cuál era el siguiente paso que debía darse, unos de manera acalorada, otros sin perder la compostura. ¿Quién iba a ser el sucesor de Chamberlain? ¿Churchill? ¿O tal vez lord Halifax, secretario de exteriores? Para la mayoría de los conservadores, Edward Halifax era la elección más lógica. Muchos de ellos seguían desconfiando de Churchill, al que consideraban un disidente peligroso e incluso carente de escrúpulos. No obstante, Chamberlain continuaba haciendo lo posible por mantenerse en el cargo. Recurrió al Partido Laborista, proponiendo una coalición, pero recibió una brusca respuesta: ellos no estaban dispuestos a colaborar con un gobierno presidido por él. Aquella misma tarde Chamberlain se vio obligado a afrontar el hecho de que debía presentar su dimisión. Fue así como Gran Bretaña se encontró inmersa en un limbo político la víspera de la gran ofensiva de Alemania por el oeste.


La invasión alemana
de los Países Bajos y de Francia
Mayo de 1940
Ejército alemán
Ejército aliado
Mar del Norte
INGLATERRA
HOLANDA
La Haya
Rotterdam
Breda
NL
XVIII
BÉLGICA
Amberes
Belg
Canal Albert
Meuse
ALEMANIA
VII
Colonia
Dunkerque
Calais
FR VII
Bruselas
Escalda
Boulogne
BEF
Wavre
Eben-Emael
IV
Lille
FB I
Namur
Malmedy
Ardenas
XIII
Arras
Dinant
Bastogne
FR IX
XVI
Abbeville
Amiens
Somme
LUX.
Luxemburgo
Laon
FR II
Sedan
Sena
Aisne
I
FRANCIA
FR III
Metz
Línea Maginot
Loira
0 20 40 60 80 millas
0 50 100 km

En Berlín, Hitler dictaba la proclamación que dirigiría a los ejércitos del frente occidental al día siguiente. «La batalla que hoy empieza determinará el destino de la nación alemana para los próximos mil años», terminaba diciendo en su arenga.[3] A medida que iba acercándose la hora, aumentaba su optimismo, sobre todo tras el éxito alcanzado en la campaña de Noruega. Pronosticaba que Francia se rendiría en apenas seis semanas. Pero lo que más le entusiasmaba era el asalto con planeadores que había sido programado para atacar la fortaleza de Eben-Emael, próxima a la frontera holandesa. Su tren especial, el *Amerika*, partió aquella misma tarde para trasladarlo a los nuevos cuarteles generales del Führer, a los llamados Felsennest o «nido de las rocas», en las boscosas montañas de Eifel, cerca de las Ardenas. A las 21:00, todos los cuerpos de ejército recibieron la contraseña esperada: «Danzig». Los boletines meteorológicos habían confirmado que al día siguiente habría muy buena visibilidad para la Luftwaffe. Todo se había desarrollado con tanto secretismo que, después de los innumerables aplazamientos de la fecha de ataque, algunos oficiales no estaban con sus regimientos cuando llegó la orden de ponerse en marcha.

En el norte, por las dos márgenes del Rin, el XVIII Ejército alemán estaba preparado para entrar en Holanda y avanzar hacia Ámsterdam y Rotterdam. Una tercera fuerza

se dirigiría hacia la costa por el norte de Tilburg y Breda. Más al sur se encontraba el VI Ejército del *Generaloberst* Walther von Reichenau. Sus objetivos eran Amberes y Bruselas. El Grupo de Ejércitos A del *Generaloberst* von Rundstedt, con un total de cuarenta y cuatro divisiones, contaba con el mayor número de carros blindados. El IV Ejército del *Generaloberst* Günther von Kluge entraría en Bélgica para avanzar hacia Charleroi y Dinant. La ofensiva lanzada por todos estos ejércitos contra los Países Bajos desde el este iba a atraer inmediatamente a las fuerzas británicas y francesas hacia el norte para unirse a belgas y holandeses. Llegado este punto, se pondría en marcha el plan *Sichelschnitt*, o «golpe de hoz», de Manstein. El XII Ejército del *Generaloberst* Wilhelm List avanzaría a través del norte de Luxemburgo y las Ardenas belgas para cruzar el río Mosa por el sur de Givet, cerca de Sedán, escenario del gran desastre de Francia de 1870.

Una vez cruzado el Mosa, el grupo panzer, a las órdenes del general de caballería Ewald von Kleist, se dirigiría hacia Amiens, Abbeville y el estuario del Somme en el Canal de la Mancha. Con este movimiento se conseguiría aislar a la BEF, o Fuerza Expedicionaria Británica, y al VII, I y IX Ejército francés. Mientras tanto, el XVI Ejército alemán avanzaría por el sur de Luxemburgo para proteger el flanco izquierdo de las fuerzas de Kleist, pues este quedaba expuesto. El Grupo de Ejércitos C del

Generaloberst von Leeb, con otros dos ejércitos, se encargaría de mantener la presión sobre la línea Maginot por el sur con el fin de que los franceses no pudieran enviar fuerzas al norte para rescatar a sus tropas atrapadas en Flandes.

El *Sichelschnitt*, o «golpe de hoz», de Manstein, un ataque envolvente por la izquierda, era, pues, la versión opuesta del plan Schlieffen de 1914, un ataque envolvente por la derecha, que los franceses creían que el enemigo iba a utilizar una segunda vez. El almirante Wilhelm Canaris de la Abwehr organizó una campaña de desinformación sumamente efectiva, haciendo correr en Bélgica y en otros lugares el rumor de que ese era precisamente el plan de los alemanes. Manstein estaba convencido de que Gamelin iba a enviar el grueso de sus fuerzas móviles a Bélgica, pues estas se habían trasladado inmediatamente a la frontera cuando, a raíz del accidente aéreo, cayeron en manos de los aliados los documentos de los alemanes con su plan de ataque. (Muchos altos oficiales aliados creerían más tarde que aquel accidente aéreo había sido programado astutamente por los alemanes, cuando en realidad se trató de un verdadero accidente, como queda confirmado por la reacción furibunda de Hitler al tener noticia del hecho.) En cualquier caso, el plan de Manstein de atraer a los aliados hacia Bélgica jugaba con otra obsesión de los franceses. El general Gamelin, como la mayoría de sus compatriotas,

prefería que los combates se desarrollaran en territorio belga en lugar del Flandes francés, región que durante la Primera Guerra Mundial había sufrido una gran devastación.

Hitler tuvo también mucho interés en que las fuerzas especiales y las tropas aerotransportadas entraran en acción. En octubre del año anterior había convocado al teniente general Kurt Student a la Cancillería del Reich, y le había ordenado que preparara una serie de unidades para capturar los puentes más importantes del canal Alberto y la principal fortaleza belga, Eben-Emael, utilizando grupos de asalto en planeadores. Los comandos de élite Brandenburgo vestidos con uniformes holandeses debían asegurar los puentes, y otros disfrazados de turista habrían de infiltrarse en Luxemburgo justo antes de que empezara la ofensiva. Pero el principal ataque sorpresa se lanzaría contra tres aeródromos de los alrededores de La Haya con unidades de la *7, FallschirmjägerDivision* (División Paracaidista) y la *22, LuftlandeDivision* (División de Infantería Aerotransportada) a las órdenes del *Generalmajor* conde Hans von Sponeck. Su objetivo era capturar la capital holandesa y hacer prisioneros a los miembros del gobierno y de la familia real.

Los alemanes habían producido muchísimo «ruido» diversivo: corrían rumores de una concentración en Holanda y Bélgica, de ataques directos a la línea Maginot e

incluso de la posibilidad de que optaran por rodear dicha línea por el sur, violando la neutralidad de Suiza. Gamelin, convencido de que el ataque alemán a Holanda y Bélgica iba a ser la principal ofensiva enemiga, descuidó el sector de los alrededores de las Ardenas, seguro de que sus montañas sumamente boscosas resultaban «impenetrables». Sin embargo, sus caminos y senderos tenían la anchura suficiente para los tanques alemanes, y su dosel arbóreo dominado por hayas, abetos y robles constituía el escondite perfecto para el *Panzergruppe von Kleist.*

El *Generaloberst* von Rundstedt había recibido del experto en fotografías de reconocimiento destinado a su cuartel general la confirmación de que las posiciones defensivas francesas que cubrían el Mosa no habían sido ni mucho menos terminadas. A diferencia de la Luftwaffe, que organizaba constantemente vuelos de reconocimiento por las líneas aliadas, las fuerzas aéreas francesas se negaban a sobrevolar territorio alemán. No obstante, el servicio de inteligencia militar de Gamelin, el llamado *Deuxième Bureau*, tenía una imagen sumamente precisa de cómo iba a ser el orden de batalla alemán. Había localizado al grueso de las divisiones panzer en Eifel, al otro lado de las Ardenas, y también había descubierto que los alemanes estaban interesados en las rutas que, desde Sedán, se dirigían a Abbeville. El 30 de abril, el agregado militar francés en Berna, advertido por los eficaces servicios de

espionaje suizos, informó al cuartel general de Gamelin de que los alemanes iban a lanzar su ataque entre el 8 y el 10 de mayo, y de que Sedán estaría en el «eje principal» de su avance.[4]

Sin embargo, Gamelin y otros altos oficiales franceses se mantenían en sus trece, sin querer ver aquella amenaza. «Francia no es Polonia», insistían. El general Charles Huntziger, cuyo II Ejército era responsable del sector de Sedán, contaba solo con tres divisiones de tercera en esta zona del frente. Era perfectamente consciente de lo mal preparados que estaban sus reservistas y del poco entusiasmo que demostraban por el combate. Le imploró a Gamelin que le enviara otras cuatro divisiones porque las defensas no estaban preparadas, pero el generalísimo francés se negó. Algunos relatos, sin embargo, acusan a Huntziger de mostrar una actitud complaciente, y dicen que el general André Corap, al mando del IX Ejército, que se encontraba cerca de las fuerzas de Huntziger, fue más consciente del peligro que se corría.[5] En cualquier caso, las posiciones de hormigón que daban al Mosa, construidas por contratistas civiles, ni siquiera disponían de aspilleras que miraran en la dirección adecuada. Los campos de minas y las alambradas que hacían de barrera eran totalmente inapropiados, y la propuesta de bloquear con árboles talados el paso por los caminos y senderos del bosque en la margen derecha del río fue

rechazada para no impedir un posible avance de la caballería francesa.

En la madrugada del viernes, 10 de mayo, llegaron a Bruselas noticias que hablaban de un ataque inminente. Por toda la ciudad comenzaron a sonar los teléfonos. La policía fue de hotel en hotel para pedir a los porteros de noche que despertaran a todo el personal militar que estuviera alojado en su establecimiento. Los oficiales, vistiéndose a toda prisa, se lanzaron a las calles en busca de un taxi para reunirse con su regimiento o llegar a su cuartel general. Al amanecer, aparecieron los aviones de la Luftwaffe en el cielo de la ciudad. Los cazas biplanos belgas despegaron para interceptarlos, pero poco podían hacer con su anticuada maquinaria. El fuego de las baterías antiaéreas despertó a la población civil de Bruselas.

También de madrugada llegaron al cuartel general de Gamelin noticias sobre el movimiento del enemigo, pero apenas se les prestó atención, pensando que se trataba simplemente de una nueva falsa alarma. El comandante en jefe no fue despertado hasta las 06:30. Su *Grand Quartier General* en la fortaleza medieval de Vincennes, en el extremo este de París, se encontraba lejos del campo de batalla, pero cerca del centro de poder. Gamelin era un

militar politizado, que había aprendido a conservar su posición en el mundo bizantino de la Tercera República. A diferencia de Maxime Weygand, el general derechista acérrimo al que había sustituido en 1935, el deifico Gamelin había evitado que se le tachara de antirrepublicano.

Gamelin, al que se le atribuía la planificación de la batalla del Marne en 1914 siendo un brillante y joven oficial del estado mayor, en aquellos momentos era ya un hombre de sesenta y ocho años, de pequeña estatura, quisquilloso, vestido siempre con unos pantalones de montar perfectamente confeccionados. Muchos destacaban la sorprendente flojedad con la que estrechaba la mano. Disfrutaba del ambiente elitista que se creaba con sus oficiales favoritos del estado mayor, con los que compartía intereses intelectuales y hablaba de arte, filosofía y literatura como si juntos estuvieran representando una obra de teatro francesa sumamente intelectual, alejados del mundo real. Como no creía en las comunicaciones por radio, y tampoco tenía una, las órdenes de prepararse para entrar en Bélgica fueron transmitidas por teléfono. Aquella mañana, el generalísimo francés estaba totalmente convencido de que los alemanes estaban jugando a su favor. Un oficial del estado mayor vio cómo tarareaba una marcha militar mientras iba y venía por los pasillos del cuartel general.

La noticia del ataque también había llegado a Londres. Un ministro del gabinete acudió al Almirantazgo a las 06:00 para entrevistarse con Winston Churchill, al que encontró fumando un puro mientras desayunaba huevos con tocino. El futuro primer ministro estaba a la espera de recibir noticias de la decisión de Chamberlain, quien, como el rey y muchos líderes conservadores, quería que lord Halifax lo sucediera si él tenía que dimitir. Pero Halifax, que tenía un profundo sentido del servicio público, creyó que Churchill podía ser un líder más apropiado en tiempos de guerra, y rechazó el cargo. Además, Churchill había hecho hincapié en que, como miembro de la Cámara de los Lores, Halifax no podría dirigir eficazmente el gobierno desde fuera de la Cámara de los Comunes. Aquel día, en Gran Bretaña, el drama del cambio político eclipsó los acontecimientos mucho más graves que estaban produciéndose al otro lado del Canal de la Mancha.

El plan de Gamelin consistía en que el VII Ejército del general Henri Giraud avanzara por la costa desde la izquierda del frente, pasando por la región de Amberes, para reunirse con el ejército holandés en las inmediaciones de Breda. El hecho de incluir esta formación en su plan de avance hacia los Países Bajos sería una de las causas

principales del desastre que estaba por venir, pues el VII Ejército constituía su única fuerza de reserva en el nordeste de Francia. Los holandeses habían confiado en recibir más ayuda, una idea que pecaba claramente de exceso de optimismo tras su negativa a coordinar la estrategia a seguir y debido a la distancia que había con la frontera francesa.

Según el llamado Plan D (por el río Dyle) de Gamelin, un contingente belga formado por veintidós divisiones defendería el río Dyle desde Amberes hasta Lovaina. La Fuerza Expedicionaria de Gort, con sus nueve divisiones de infantería y una división blindada, se colocaría a su derecha para encargarse de la defensa del Dyle al este de Bruselas, desde Lovaina hasta Wavre. En el flanco sur de la BEF, el I Ejército francés del general Georges Blanchard se ocuparía de la zona comprendida entre Wavre y Namur, mientras que el IX Ejército del general Corap cubriría el río Mosa desde el sur de Namur hasta el oeste de Sedán. Los alemanes estaban perfectamente al corriente de todos los detalles, pues habían podido descifrar el sistema de codificación francés con suma facilidad.[6]

Gamelin había dado por hecho que las tropas belgas encargadas de la defensa del canal Alberto desde Amberes hasta Maastricht iban a poder frenar el avance alemán el tiempo suficiente para que los aliados pudieran alcanzar las que creían que eran unas posiciones defensivas

perfectamente preparadas. Sobre el papel, el plan Dyle parecía un compromiso satisfactorio, pero al final no supo pronosticar la velocidad, la implacabilidad y la diversión que caracterizaron el conjunto de operaciones de la Wehrmacht. Las lecciones de la campaña de Polonia simplemente habían servido de muy poco.

Una vez más, la Luftwaffe lanzó al amanecer una serie de ataques preventivos contra varios aeródromos de Holanda, Bélgica y Francia. Los cazas Messerschmitt abrieron fuego contra los aviones franceses aparcados. Los pilotos polacos se escandalizaron ante «la desidia de los franceses»[7] y su falta de entusiasmo a la hora de enfrentarse al enemigo. Los escuadrones de la RAF se precipitaron a sus aparatos en cuanto recibieron la orden, pero, una vez en el aire, no sabían qué rumbo tomar. Sin un buen radar, el control de tierra poco podía ayudar. No obstante, aquel día los Hurricane de la RAF consiguieron abatir treinta bombarderos alemanes, aunque no tuvieron que enfrentarse a ninguna escolta de cazas alemanes, y la Luftwaffe no volvió a repetir semejante error.

Los pilotos más valientes fueron los de los obsoletos bombarderos ligeros de un solo motor Fairey Battle cuya misión fue atacar una columna alemana que avanzaba por Luxemburgo. Lentos y pobremente armados, eran unos aparatos peligrosamente vulnerables tanto al fuego de los cazas como al de la artillería de tierra del enemigo. De un

total de treinta y dos, trece fueron abatidos, y el resto sufrió diversos daños. Aquel día, los franceses perdieron cincuenta y seis aviones de ochocientos setenta y nueve, y la RAF cuarenta y nueve de trescientos ochenta y cuatro. Las fuerzas aéreas holandesas perdieron la mitad de sus aparatos en una sola mañana. Pero la batalla no fue solo perjudicial para un bando. La Luftwaffe perdió ciento veintiséis aviones, en su mayoría Junker 52 de transporte.[8]

La mayoría de las misiones de la Luftwaffe tuvieron como objetivo Holanda, con la esperanza de conseguir que este país abandonara rápidamente la contienda, pero también para reforzar la impresión de que la gran acometida llegaba por el norte. Todo ello formaba parte de lo que más tarde Basil Liddell Hart denominaría la «táctica de la muleta del torero» para atraer a las fuerzas móviles de Gamelin y hacerles caer en la trampa.

En lo que puede calificarse como una innovación en el arte de la guerra, los aviones de transporte Junker 52, escoltados por cazas Messerschmitt, comenzaron a realizar lanzamientos de tropas de asalto aerotransportadas. Su misión principal, a saber, la captura de La Haya con unidades de la 7. *FallschirmjägerDivision* y la 22, *Luftlande División*, acabó, sin embargo, en un costoso fracaso. Muchos de estos lentos aviones de transporte fueron derribados mientras volaban a su destino, y ni siquiera la mitad de ellos pudo alcanzar uno de los tres

aeródromos de la capital holandesa. Las unidades holandesas respondieron a la ofensiva, causando numerosas bajas entre los paracaidistas alemanes, y la familia real y el gobierno lograron huir del país. Otros destacamentos de las dos divisiones enemigas pudieron hacerse con el aeródromo de Waalhaven, cerca de Rotterdam, así como con varios puentes de importancia capital. Pero en el este, las tropas holandesas reaccionaron con mucha rapidez y volaron los puentes de los alrededores de Maastricht antes de que los comandos alemanes, vestidos con uniformes holandeses, pudieran capturarlos.

Se cuenta que en su Felsennest, Hitler lloró de alegría cuando fue informado de que los aliados estaban dirigiéndose a la trampa belga. Además, se sentía exultante porque el grupo de asalto de Koch con sus planeadores había logrado caer exactamente en el glacis de la fortaleza de Eben-Emael, en la confluencia del Mosa y el canal Alberto, resistiendo en el bastión hasta la llegada del VI Ejército al día siguiente. Otros destacamentos paracaidistas capturaron varios puentes del canal Alberto, y en poco tiempo los alemanes pudieron abrir brechas en las primeras líneas defensivas. Aunque había fallado la principal operación aerotransportada contra La Haya, lo cierto es que el lanzamiento de fuerzas paracaidistas en el interior de Holanda había conseguido crear gran pánico y confusión. Empezaron a correr rumores que hablaban del lanzamiento

de paracaidistas vestidos de monjas y de caramelos envenenados para que los cogieran los niños, así como de quintacolumnistas que hacían señales desde las ventanas de los áticos: un fenómeno espeluznante que infectó Bélgica, Francia y, más tarde, Gran Bretaña.

En Londres, el gabinete de guerra se reunió al menos en tres ocasiones a lo largo de aquel día. En un principio, Chamberlain pretendió permanecer en el cargo de primer ministro, haciendo hincapié en que no convenía cambiar el gobierno mientras siguiera librándose una batalla al otro lado del Canal de la Mancha, pero cuando se confirmó que el Partido Laborista no estaba dispuesto a apoyarlo, supo que no le quedaba más remedio que presentar la dimisión. Halifax volvió a rechazar el cargo, de modo que Chamberlain tuvo que dirigirse al palacio de Buckingham para comunicarle al rey Jorge que debía llamar a Churchill. El monarca, triste y deprimido por la decisión de su amigo Halifax, no tenía otra alternativa.

Una vez confirmado en el cargo, sin pérdida de tiempo Churchill volvió a centrar su atención en la guerra y en el avance de la BEF en territorio belga. Como avanzadilla de reconocimiento, el 12.° Regimiento de Lanceros Reales había sido el primero en ponerse en marcha a las 10:20 con

sus vehículos blindados. A lo largo del día les siguió la mayor parte de las demás unidades británicas. La primera columna de la 3.ª División fue detenida en la frontera por un oficial belga desinformado que exigió ver la «autorización para entrar en Bélgica».[9] Un camión derribó simplemente la barrera, dejando libre el paso. Casi todas las carreteras que conducían a Bélgica se llenaron de columnas de vehículos militares que se dirigían hacia el norte, a la línea del río Dyle, a la que llegó el 12.° de Lanceros a las 18:00 horas.

La concentración de las fuerzas de la Luftwaffe primero en los ataques a los aeródromos y luego en el asalto a Holanda supuso que, en su avance hacia Bélgica, los ejércitos aliados se libraran al menos de sufrir bombardeos aéreos. Por lo visto, los franceses fueron los que más tardaron en reaccionar.[10] Muchas de sus formaciones no se pusieron en marcha hasta última hora de la tarde. Y con esta tardanza cometieron un grave error, pues enseguida las carreteras se vieron bloqueadas por los refugiados que venían en la dirección opuesta. Por otro lado, su VII Ejército avanzó a toda prisa por la costa del Canal hacia Amberes, pero cuando llegó al sur de Holanda no tardó en sufrir los constantes bombardeos de las fuerzas de la Luftwaffe concentradas en dicho país.

Los belgas salieron de bares y cafeterías para ofrecer una jarra de cerveza a los soldados que, con el rostro

enrojecido por el calor, avanzaban en una jornada tan calurosa como aquella. Un gesto que, aunque generoso, no fue bien recibido por todos los oficiales y suboficiales. Algunas unidades británicas cruzaron Bruselas al anochecer. «Los belgas se echaron a la calle para darles la bienvenida», contaba un observador, «y los soldados les devolvían el saludo desde los camiones y los vehículos blindados de transporte de tropas. Todos llevaban lilas: lilas purpúreas en el casco, en el cañón del fusil o en el portaequipo de combate. Sonreían y con la mano hacían gestos levantando el pulgar; gestos que, al principio, dejaron estupefactos a los belgas, pues para ellos tenían un significado muy vulgar, aunque no tardaron en identificarlos con un signo de seguridad y de confianza. Era un espectáculo impresionante, un espectáculo conmovedor. Esta máquina militar avanzaba con toda su potencia, eficaz y silenciosamente, mientras la policía militar británica la guiaba por los cruces de las calles, como si estuvieran atravesando Londres en una hora punta».[11]

La gran batalla, sin embargo, se libraría en el sureste, en las Ardenas, contra el Grupo de Ejércitos A de Rundstedt. Las grandes columnas de vehículos de esta formación se adentraron sigilosamente en sus bosques, cuya espesura

impedía que pudieran ser avistadas por la aviación aliada. Un grupo de cazas Messerschmitt sobrevolaba la zona dispuesto a atacar a los bombarderos y a los aviones de reconocimiento enemigos. Los vehículos y los tanques que se averiaban eran empujados fuera de la calzada. Se observaba estrictamente el orden de marcha y, a pesar de los temores de muchos oficiales de estado mayor, el sistema funcionó mucho mejor de lo esperado. Todos los vehículos del *Panzergruppe von Kleist* llevaban una pequeña «K» de color blanco delante y atrás para indicar que tenían prioridad absoluta. En cuanto aparecía uno de ellos, la infantería y todos los demás vehículos de transporte tenían que echarse a un lado para permitirle el paso.

A las 04:30, el general de las *Panzertruppen* Heinz Guderian, comandante del XIX Cuerpo, había acompañado a la 1.ª División Panzer en su avance a Luxemburgo. Los comandos de élite Brandenburgo ya se habían apoderado de importantes puentes y cruces de carretera. Los gendarmes luxemburgueses apenas tuvieron tiempo de indicar que la Wehrmacht estaba violando la neutralidad de su país antes de ser detenidos. El gran duque y su familia consiguieron salir de su pequeño estado, sin que el enemigo los reconociera.

Al norte, el XLI *Panzerkorps* avanzó siguiendo el curso del Mosa hasta Monthermé, y más al norte, a su

derecha, el XV Cuerpo del general Hermann Hoth, encabezado por la 7.ª División Panzer de Erwin Rommel, se dirigió a Dinant. Sin embargo, para su consternación (y para desconcierto de Kleist), varias divisiones panzer tuvieron que interrumpir la marcha y retrasar su llegada porque los zapadores belgas pertenecientes al regimiento de *Chasseurs ardennais* habían volado varios puentes.

Al amanecer del 11 de mayo, la 7.ª División Panzer de Rommel, con la 5.ª División Panzer detrás y a su derecha, volvió a avanzar y llegó al río Ourthe. Las fuerzas destacadas de la caballería francesa consiguieron volar el puente a tiempo, pero luego se vio obligada a retirarse tras un enérgico enfrentamiento con el enemigo. Los zapadores alemanes no tardaron en construir un puente de pontones, y pudo continuar el avance hacia el Mosa. Rommel se dio cuenta de que en los combates entre su división y los franceses, a los suyos les iba mucho mejor si abrían fuego inmediatamente con todo lo que tuvieran a mano.

En el sur, el XLI *Panzerkorps* del teniente general Georg-Hans Reinhardt, de camino a Bastogne y luego a Monthermé, había tenido que interrumpir su avance después de que parte de las fuerzas de Guderian se encontraran con su vanguardia. El XIX Cuerpo de Guderian vivió un momento de confusión, debido en cierta medida a un cambio de órdenes. Pero también reinó cierta confusión en la avanzadilla de la caballería francesa, formada por

unidades montadas y tanques ligeros. Aunque cada vez era más evidente la implacabilidad con la que avanzaban los alemanes hacia el Mosa, las fuerzas aéreas francesas no realizaron ninguna salida. La RAF envió ocho Fairey Battle más. Siete fueron destruidos, principalmente por la artillería terrestre.

Los aviones aliados que atacaron los puentes de Maastricht y del canal Alberto en el noroeste también salieron mal parados. No obstante, sus misiones fueron demasiado pocas y se llevaron a cabo demasiado tarde. El XVIII Ejército alemán ya se había adentrado en territorio holandés, donde las defensas flaqueaban. El VI Ejército de Reichenau había cruzado el canal Alberto y dejado atrás Lieja, mientras que otro cuerpo avanzaba hacia Amberes.

La Fuerza Expedicionaria Británica, que se había situado a lo largo del Dyle, un río sumamente estrecho, y las formaciones francesas que avanzaban hacia sus posiciones no parecían un objetivo de la Luftwaffe. Este hecho preocupaba a los oficiales más perspicaces, que comenzaron a preguntarse si no estarían cayendo en una trampa. Sin embargo, lo más inquietante en aquel momento era la lentitud con la que se veía obligado a avanzar el I Ejército francés, circunstancia que se había visto agravada porque seguía aumentando el número de refugiados belgas que ocupaban las carreteras. Y las escenas que se vivían en las calles de Bruselas indicaban que aquel flujo no iba a

parar de crecer. «A pie, en coche o en carro, montados en burro, en sillas de ruedas o subidos a una carretilla. Había jóvenes en bicicleta, ancianos, ancianas, criaturas de todas las edades, campesinas con pañuelos en la cabeza, subidas en carretas cargadas de colchones, muebles y cacharros. Una larga fila de monjas, con el rostro enrojecido y bañado en sudor bajo la toca, levantaba una nube de polvo con sus largos hábitos grises... Las estaciones de tren recordaban las de Rusia durante la revolución, con gente durmiendo en el suelo o acurrucada contra la pared, con mujeres sujetando entre sus brazos a niños llorosos, con hombres pálidos y exhaustos».[12]

El 12 de mayo, leyendo los periódicos de Londres o París, daba la impresión de que había logrado detenerse el avance alemán. El *Sunday Chronicle* decía en sus titulares: «Desesperación en Berlín».[13] Pero lo cierto es que las fuerzas alemanas habían cruzado Holanda y alcanzado la costa, y lo que quedaba del ejército de este país estaba retirándose al triángulo formado por Amsterdam, Utrecht y Rotterdam. Y el VII Ejército del general Giraud, que había podido llegar al sur de Holanda, seguía sufriendo los constantes ataques de la Luftwaffe.

En Bélgica, el cuerpo de caballería del general René

Prioux, avanzadilla del tan rezagado I Ejército, pudo responder al ataque de las unidades panzer alemanas que avanzaban en un amplísimo frente a lo largo del Dyle. Pero, una vez más, las escuadrillas aéreas aliadas que intentaban bombardear puentes y columnas fueron abatidas por los cañones cuádruples de 20 mm de los grupos de artillería antiaérea alemanes.

Para aparente resentimiento de las fuerzas alemanas que se esforzaban por cruzar el Mosa, los noticiarios de las emisoras de radio de Alemania hacían hincapié exclusivamente en las batallas libradas en Holanda y en el norte de Bélgica. Apenas se hablaba del ataque principal en el sur. Esta estratagema formaba parte del plan de diversión concebido para distraer la atención de los aliados de la zona de Sedán y de Dinant. Gamelin seguía negándose a ver la amenaza que se cernía sobre el alto Mosa, a pesar de las numerosas advertencias en este sentido, pero el general Alphonse Georges, comandante en jefe del frente del noreste, un anciano militar de rostro triste muy admirado por Churchill, intervino para dar prioridad aérea al sector de Huntziger en las inmediaciones de Sedán. Georges, odiado por Gamelin, no había logrado recuperarse plenamente de las graves heridas sufridas en el pecho en 1934, en el atentado que se saldó con la vida del rey Alejandro de Yugoslavia.

No contribuyó a mejorar las cosas la confusa cadena

de mandos del ejército francés, concebida principalmente por Gamelin en su firme determinación de socavar la posición de su ayudante. Pero incluso Georges reaccionó demasiado tarde a la amenaza. Las unidades francesas que se encontraban al noreste del Mosa fueron obligadas a replegarse al otro lado del río, algunas en absoluto desorden. La 1.ª División Panzer de Guderian entró en Sedán sin apenas encontrar oposición. Las tropas francesas en retirada pudieron volar al menos los puentes de la ciudad, pero los cuerpos de zapadores alemanes ya habían demostrado su pericia y rapidez en la construcción de viaductos.

Aquella tarde, la 7.ª División Panzer de Rommel también llegó al cauce del río Mosa en las inmediaciones de Dinant. Aunque la retaguardia belga voló el puente principal, los granaderos de la 5.ª División Panzer habían descubierto una vieja presa en Houx. Ocultas por una densa niebla, varias compañías cruzaron aquella noche el río y establecieron una cabeza de puente. El IX Ejército de Corap no consiguió trasladar a tiempo las tropas necesarias para defender el sector.

El 13 de mayo, las fuerzas de Rommel trataron de cruzar el Mosa por otros dos puntos, pero se vieron sorprendidas

por el fuego de algunos grupos de soldados regulares franceses que disparaban desde óptimas posiciones. Rommel acudió a estos pasos próximos a Dinant con su vehículo de ocho ruedas blindado para estudiar la situación. Como sus blindados no llevaban bombas de humo, ordenó a sus hombres que prendieran fuego a unas casas aprovechando que el viento soplaba en dirección a las posiciones enemigas. A continuación, hizo traer tanques más pesados Mark IV y mandó que abrieran fuego contra las posiciones francesas al otro lado del río para cubrir el paso de la infantería con sus pesados botes de asalto de goma. «En cuanto se pusieron en el agua las primeras embarcaciones, estalló un infierno», escribió un oficial del batallón de reconocimiento de la 7.ª División Panzer. «Los francotiradores y la artillería pesada comenzaron a practicar su puntería con los hombres indefensos de los botes. Con nuestros tanques y nuestra artillería intentamos neutralizar al enemigo, pero estaba muy bien parapetado. Y cesó el ataque de la infantería».[14]

Ese día marcó el comienzo de la leyenda de Rommel. A ojos de sus soldados, estuvo prácticamente en todas partes: subido en los tanques para dirigir el fuego, al lado de los grupos de zapadores y en el agua cruzando el río por su propio pie. Su energía y su arrojo hicieron que sus hombres no se desanimaran en un momento en que el ataque habría podido perder fácilmente intensidad. Llegado

un punto, asumió el mando de un batallón de infantería al otro lado del Mosa cuando hicieron su aparición los tanques franceses. Tal vez forme parte del mito, pero se cuenta que Rommel ordenó a sus hombres, que carecían de armamento antitanque, disparar bengalas contra los carros armados. Las tripulaciones de los blindados franceses, creyendo que se trataba de proyectiles perforadores, optaron inmediatamente por retirarse. Los alemanes sufrieron graves pérdidas, pero aquella noche Rommel había conseguido establecer dos cabezas de puente, una en Houx y otra en las inmediaciones de Dinant, en el disputado paso donde había tenido lugar el duro enfrentamiento. Sin perder tiempo, sus zapadores se pusieron a construir puentes de pontones para que los tanques pudieran atravesar el río.

Mientras se preparaba a uno y otro lado de Sedán para cruzar el Mosa, Guderian mantuvo una fuerte discusión con su superior, el *Generaloberst* von Kleist. Había decidido arriesgarse, desobedeciendo sus instrucciones, y convencido a la Luftwaffe de apoyar su plan con una concentración masiva de aviones del II Cuerpo Aéreo y el VIII Cuerpo Aéreo. Este último estaba a las órdenes del *Generalmajor* Wolfram Freiherr von Richthofen, primo del famoso «Barón Rojo» y antiguo comandante de la Legión Cóndor responsable de la destrucción de Guernica. Serían los Stuka de Richthofen los que, con sus ataques en

picado y el estridor de sus «trompetas de Jericó», causarían estragos en la moral de las tropas francesas que defendían el sector de Sedán.

Sorprendentemente, la artillería francesa, que tenía ante sí una gran concentración de vehículos y soldados alemanes hacia los que apuntar, había recibido la orden de limitar los disparos para ahorrar munición. Su comandante pensó que los alemanes tardarían dos días más en poder cruzar el río con sus cañones de campaña. Aún no sabía que los Stuka se habían convertido en la artillería volante de las puntas de lanza blindadas, y los Stuka atacaron las posiciones de sus cañones con notable precisión. Cuando la ciudad de Sedán pareció convertirse en una hoguera debido al incesante bombardeo, los alemanes se precipitaron al río con sus pesados botes de asalto de goma y comenzaron a remar enérgicamente. Sufrieron muchas bajas, pero al final varios efectivos avanzados alcanzaron la orilla opuesta y atacaron los búnkeres de hormigón con lanzallamas y cargas explosivas de control remoto.

Cuando empezó a caer la noche, se propagó entre los aterrados reservistas franceses el rumor de que estaban a punto de quedarse completamente aislados porque los tanques enemigos ya habían podido cruzar el río. Las comunicaciones entre unidades y comandantes habían quedado prácticamente bloqueadas, pues durante los bombardeos las líneas de los teléfonos de campaña habían

sufrido graves daños. Los franceses empezaron a retirarse: primero su artillería, y más tarde el propio comandante de la división. Aquello se convirtió en un verdadero *sauve-qui-peut*, «sálvese quien pueda». Los montones de munición que habían guardado como un tesoro para otro día cayeron en manos del enemigo sin que se disparara un solo tiro. Los reservistas de más edad, los llamados «cocodrilos», habían logrado sobrevivir a la Primera Guerra Mundial y no tenían la más mínima intención de morir en aquellos momentos en lo que consideraban un combate injusto. Los panfletos del Partido Comunista francés contra la guerra habían hecho mella en muchos de ellos, pero más aún la propaganda alemana que afirmaba que los británicos los habían metido en esa guerra. La solemne promesa que en marzo había tenido que hacer Reynaud al gobierno de Londres en el sentido de que Francia nunca buscaría sola una paz con Alemania no hizo más que aumentar sus sospechas.

Los generales franceses, cegados por su gran victoria de 1918, se vieron superados por los acontecimientos. Gamelin, durante su visita aquel día al cuartel general de Georges, seguía pensando que el ataque principal iba a llegar por Bélgica. No fue hasta el anochecer cuando se enteró de que los alemanes habían cruzado el Mosa. Ordenó entonces que el II Ejército de Huntziger organizara una contraofensiva, pero este general ya había trasladado a

sus formaciones. Era demasiado tarde: solo podían emprenderse ataques aislados.

En cualquier caso, Huntziger no había sabido interpretar cuáles eran las verdaderas intenciones de Guderian. Dio por hecho que con el ataque relámpago se pretendía asestar un duro golpe en el sur para luego ir rodeando la línea Maginot desde el otro lado de la frontera. En consecuencia, reforzó el flanco derecho de sus tropas, mientras Guderian avanzaba por su debilitada izquierda. La caída de Sedán, con todas sus reminiscencias de la rendición de Napoleón III, aterró a los comandantes franceses. A primera hora de la mañana del día siguiente, 14 de mayo, el capitán André Beaufre, que acompañaba al general Doumenc, llegó al cuartel general de Georges. «El ambiente que se respiraba era como el de una casa en la que acaba de morir uno de los miembros de la familia», escribiría más tarde. «¡En Sedán han abierto una brecha en nuestro frente!», exclamó Georges desesperado ante los recién llegados. «¡Se ha producido un desastre!». Y el general, exhausto, se dejó caer en una silla y rompió a llorar.[15]

Con tres cabezas de puente alemanas, una en los alrededores de Sedán, otra a la altura de Dinant y la tercera, más pequeña, entre una y otra ciudad, en las inmediaciones de Monthermé, donde el XLI *Panzerkorps* de Reinhardt comenzaba a recuperar el tiempo perdido tras un duro

combate, estaba a punto de abrirse una brecha de casi ochenta kilómetros en el frente francés. De haber reaccionado con mayor celeridad, los comandantes franceses habrían tenido muchas probabilidades de conseguir aplastar las puntas de lanza alemanas. En el sector de Sedán, el general Pierre Lafontaine de la 55.ª División ya había recibido dos regimientos de infantería más y otros dos batallones de tanques ligeros, pero no dio la orden de contraatacar hasta nueve horas después. Los batallones de blindados también se vieron ralentizados por los soldados de la 51.ª División que, en su huida, bloqueaban las carreteras, así como por las deficientes comunicaciones. Durante la noche, los alemanes no habían querido perder tiempo trasladando más tanques al otro lado del Mosa. Los carros de combate franceses entraron por fin en acción a primera hora de la mañana, pero fueron destruidos en su mayoría. Mientras tanto, la catástrofe vivida por la 51.ª División había sembrado el pánico entre las formaciones vecinas.

Aquella mañana, las fuerzas aéreas aliadas enviaron ciento cincuenta y dos bombarderos y doscientos cincuenta cazas para atacar los puentes de pontones que cruzaban el Mosa. Pero resultaba muy difícil dar en el blanco en unos objetivos tan pequeños, numerosas escuadrillas de cazas Messerschmitt de la Luftwaffe sobrevolaban la zona y las baterías antiaéreas alemanas abrían fuego constantemente

con gran precisión. El porcentaje de pérdidas de la RAF fue el más elevado de su historia: de un total de setenta y un bombarderos, cuarenta fueron derribados. Desesperados, los franceses decidieron enviar algunos de sus obsoletos bombarderos, que fueron destruidos. Georges ordenó el avance de dos formaciones que aún no habían sido probadas en el campo de batalla, a saber, una división blindada y una división de infantería motorizada, a las órdenes del general Jean Flavigny, avance que se vio retrasado por la falta de combustible. Flavigny debía lanzar un ataque desde el sur contra la cabeza de puente de Sedán, pues Georges, al igual que Huntziger, pensaba que la principal amenaza se encontraba a la derecha.

Intentó efectuarse otra contraofensiva por el norte, contra la cabeza de puente de Rommel, con la 1.ª División blindada. Pero, una vez más, los refugiados belgas que colapsaban las carreteras, y la imposibilidad de los camiones cisterna de abrirse paso entre la multitud, supusieron una sucesión de retrasos que tendría consecuencias nefastas. A la mañana siguiente, 15 de mayo, la punta de lanza de Rommel sorprendió a los franceses mientras repostaban sus tanques pesados B1. En medio del caos comenzó una batalla, en la que las tripulaciones de los blindados galos estaban en clara desventaja. Rommel dejó que la 5.ª División Panzer continuara el combate, y siguió avanzando. De haber estado preparados, los tanques

franceses habrían podido obtener una victoria importante. Al final, aunque consiguió destruir casi un centenar de tanques alemanes, la 1.ª División blindada francesa había sido prácticamente aniquilada al finalizar el día, sobre todo por la acción de los cañones antitanque alemanes.

Las fuerzas aliadas que se encontraban en los Países Bajos aún eran poco conscientes de la amenaza que se cernía sobre su retaguardia. El 13 de mayo, mientras se replegaba, el Cuerpo de Caballería del general Prioux libró con arrojo una batalla decisiva junto al río Dyle, donde estaba posicionándose el resto del I Ejército de Blanchard. Aunque los tanques Somua de Prioux estaban bien blindados, las tácticas y la pericia de los artilleros alemanes fueron superiores, y la ausencia de radios en los tanques franceses se convirtió en un gravísimo inconveniente. Tras perder prácticamente la mitad de sus fuerzas en los duros enfrentamientos, el valiente Cuerpo de Caballería de Prioux se vio obligado a emprender definitivamente la retirada. Sus condiciones le impedían lanzar un ataque por el sureste para cerrar la brecha abierta en las Ardenas como pretendía Gamelin.

El VII Ejército francés comenzó a replegarse hacia Amberes tras avanzar inútilmente hasta Breda para unirse a

las fuerzas holandesas que habían quedado aisladas. A pesar de su falta de preparación y de armamento, las tropas holandesas combatieron con arrojo contra la 9.ª División Panzer que intentaba llegar a Rotterdam. El comandante del XVIII Ejército alemán vivió aquella férrea resistencia con frustración, pero al final, aquella noche, los tanques alemanes consiguieron abrirse paso.

Al día siguiente, los holandeses negociaron la rendición de Rotterdam, pero los alemanes no informaron debidamente de este hecho a la Luftwaffe, que organizó una gran incursión para bombardear la ciudad. Más de ochocientos civiles perdieron la vida. El ministro de asuntos exteriores holandés comunicó aquella noche que habían perecido en el ataque treinta mil personas, declaración que causó un gran estremecimiento tanto en París como en Londres. En cualquier caso, el general Henri Winkelman, comandante en jefe de las fuerzas holandesas, decidió rendirse al XVIII Ejército alemán para evitar más pérdidas humanas. Cuando recibió la noticia, Hitler ordenó inmediatamente que se organizara una marcha triunfal por las calles de Ámsterdam con unidades de la *SS Leibstandarte Adolf Hitler* y de la 9.ª División Panzer.

Al dictador alemán le divirtió, y también le exasperó, recibir un telegrama del kaiser Guillermo II, que seguía exiliado en Holanda, en la ciudad de Apeldoorn. «Mi Führer», decía. «Deseo expresarle mis felicitaciones, en la

esperanza de que, bajo su maravilloso liderazgo, sea restaurada completamente la monarquía alemana». La idea de que el soberano depuesto esperara de él que se pusiera a jugar a ser Bismarck, «al que él mismo destituyó para desgracia de Alemania», le llenaba de estupor. «¡Menudo idiota!», comentó Hitler a Linge, su ayuda de cámara.[16]

El contraataque francés previsto para el 14 de mayo contra el sector oriental de la posición avanzada de Sedán fue aplazado primero y suspendido más tarde por el general Flavigny, comandante en jefe del XXI Cuerpo. Este tomó la desastrosa decisión de dividir las fuerzas de la 3.ª División blindada simplemente para crear una línea defensiva entre Chémery y Stonne. Huntziger seguía convencido de que los alemanes se dirigían hacia el sur para rodear la línea Maginot. En consecuencia, mandó que su ejército diera la vuelta para bloquear el paso hacia el sur. Con esto lo único que se consiguió fue dejar expedito el paso hacia el oeste.

El general von Kleist, cuando fue informado del envío de refuerzos franceses, mandó a Guderian que se detuviera hasta la llegada de más formaciones para proteger aquel flanco. Tras una nueva y violenta discusión, Guderian consiguió convencerlo de que podía seguir su avance con la 1.ª y la 2.ª División Panzer, siempre y cuando se enviaran la

10.ª División Panzer y el regimiento de infantería *Grossdeutschland*, a las órdenes del conde von Schwerin, contra la localidad de Stonne, situada en lo alto de una estratégica colina. A primera hora del 15 de mayo, el *Grossdeutschland* se lanzó al ataque sin esperar a la 10.ª División Panzer. Las tripulaciones de los tanques de Flavigny respondieron a la ofensiva, y la aldea cambió de manos varias veces en el curso del día, sufriendo ambos bandos importantes pérdidas. En las angostas calles de la localidad, los cañones antitanque del *Grossdeutschland* consiguieron al final imponerse a los tanques pesados B1 de los franceses, y llegaron los granaderos de la 10.ª División Panzer para apoyar a los exhaustos soldados de infantería alemanes. En las filas del *Grossdeutschland* hubo ciento tres muertos y cuatrocientos cincuenta y nueve heridos. Sería la pérdida más grave que iban a sufrir los alemanes a lo largo de toda la campaña.

El general Corap empezó la operación de retirada de su IX Ejército, pero esto dio lugar a una rápida desintegración de las defensas y vino a abrir aún más la brecha en el frente. Por el centro, el *Panzerkorps* de Reinhardt no solo pudo alcanzar a los otros dos el 15 de mayo, sino que su 6.ª División Panzer les sacó una gran ventaja, cuando realizó un avance de sesenta kilómetros hasta Montcornet que dejó partida en dos a la desdichada 2.ª División blindada de los franceses. Fue este duro golpe

en la retaguardia lo que convenció al general Robert Touchon, que trataba de reunir un nuevo VI Ejército para cerrar la brecha abierta en el frente, de que ya era demasiado tarde. Así pues, el militar galo ordenó a sus formaciones que se retiraran al sur del río Aisne. En aquellos momentos apenas quedaban fuerzas francesas entre los tanques alemanes y la costa del Canal de la Mancha.

Guderian había recibido la orden de no avanzar hasta la llegada de un número suficiente de divisiones de infantería al otro lado del Mosa. A todos sus superiores —Kleist, Rundstedt o Halder— les inquietaba muchísimo que la punta de lanza alemana se extendiera en un frente demasiado amplio y quedara expuesta a una contraofensiva francesa desde el sur. Incluso a Hitler le preocupaba en grado sumo esta posibilidad. Pero Guderian se dio cuenta del caos reinante en las filas francesas. Ante él se abría una oportunidad demasiado buena para dejarla escapar. Así pues, la operación que ha sido descrita erróneamente como una estrategia propia de la guerra relámpago (*Blitzkrieg*), fue, en gran medida, improvisada sobre el terreno.

Las puntas de lanza alemanas comenzaron a avanzar a toda prisa, encabezadas por sus batallones de reconocimiento provistos de motocicletas con sidecar y vehículos blindados de ocho ruedas. Capturaron puentes que los franceses no habían tenido tiempo de volar. Las

exhaustas tripulaciones de sus carros de combate, vestidas con su uniforme negro, presentaban un aspecto sucio y desaliñado. Rommel apenas permitía que sus hombres de la 7.ª y la 5.ª División Panzer descansaran, o incluso que perdieran tiempo reparando los vehículos. La mayoría de los soldados se mantenían activos ingiriendo pastillas de metanfetamina e imaginando una victoria abrumadora. Todas las tropas francesas que encontraban a su paso estaban tan aturdidas que se rendían inmediatamente. No tenían más que decirles que bajaran los brazos y siguieran caminando hacia adelante para que la infantería alemana que venía más atrás se hiciera cargo de ellas.

El segundo grupo invasor que seguía a las divisiones blindadas alemanas era la infantería motorizada. Alexander Stahlberg, por entonces teniente de la 2.ª División de Infantería (Motorizada), pero más tarde ayudante de campo de Manstein, pudo ver «los despojos de un ejército francés derrotado: vehículos acribillados a balazos, tanques averiados e incendiados, cañones abandonados y una sucesión de destrucción infinita».[17] Los alemanes pasaban por aldeas deshabitadas, y su temor de topar con un enemigo de carne y hueso no era mayor que el que hubieran podido experimentar durante las maniobras. Más atrás venían los soldados de infantería de a pie, cuyas botas echaban humo, pues los oficiales los obligaban a apretar el paso para no quedar rezagados. «Marchar, marchar.

Siempre adelante, siempre al oeste», escribiría uno de ellos en su diario.[18] Hasta sus caballos estaban «muertos de cansancio».

Si Hitler hubiera llevado adelante sus planes en el otoño anterior, la invasión de Francia hubiera sido, casi con certeza, un desastre. El éxito en Sedán supuso un verdadero milagro para el ejército alemán, que andaba escaso de municiones. La Luftwaffe disponía solo de bombas para catorce días de combate. Además, sus formaciones motorizadas y blindadas se habrían visto en una situación sumamente delicada. Un año antes simplemente no existían aún los tanques más pesados Mark III y Mark IV, que fueron capaces de enfrentarse con éxito a los carros de combate franceses y británicos. Y para adiestrar debidamente a sus fuerzas, especialmente a los oficiales de un ejército que había pasado de los cien mil a los cinco millones y medio de efectivos, fue también de vital importancia poder contar con unos meses más.[19]

El 14 de mayo, en Londres, ni siquiera el gabinete de guerra podía imaginarse cuál era la verdadera situación al oeste del Mosa. Por pura coincidencia, Anthony Edén, secretario de estado de guerra, anunció aquel día la creación de un nuevo cuerpo, el de Voluntarios Locales de

Defensa (bautizado al poco tiempo con el nombre de Guardia Nacional). En menos de una semana, unos doscientos cincuenta mil hombres solicitaron su ingreso en él. Pero el gobierno de Churchill empezó a darse cuenta de la magnitud de la crisis cuando aquella tarde, a última hora, recibió un telegrama de París firmado por Reynaud. El primer ministro francés solicitaba otros diez escuadrones de cazas británicos para proteger a sus tropas de los ataques de los Stuka. Reconocía que los alemanes habían abierto una brecha al sur de Sedán y decía que, en su opinión, las fuerzas enemigas avanzaban hacia París.

El general Ironside, jefe del estado mayor imperial, dio la orden de enviar un oficial de enlace al cuartel general de Gamelin o al de Georges. Apenas llegaban noticias del frente, por lo que Ironside llegó a la conclusión de que Reynaud «se había dejado llevar un poco por la histeria».[20] Pero lo cierto es que el primer ministro francés no tardaría en darse cuenta de que la situación era mucho más catastrófica que lo que había temido en un primer momento. Daladier, ministro de la guerra, acababa de hablar con Gamelin, cuya tranquilidad y suficiencia se habían visto trastocadas por un informe en el que se comunicaba la desintegración del IX Ejército. En él también se indicaba que el *Panzerkorps* de Reinhardt había llegado a Montcornet. Aquella noche, a última hora, Reynaud convocó una reunión con Daladier y el gobernador

militar de París en el ministerio del interior: si el enemigo avanzaba hacia la capital francesa, tenían que trazar un plan para mantener la ley y el orden, y evitar que cundiera el pánico entre la población.

A las 07:30 de la mañana siguiente, una llamada telefónica de Reynaud despertó a Churchill. «Hemos sido derrotados», exclamó el francés. El primer ministro británico, aún medio dormido, no pudo reaccionar inmediatamente a aquella noticia. «Nos han vencido; hemos perdido la batalla», recalcó Reynaud. «¿Seguro? No puede haber ocurrido tan deprisa...», respondió Churchill. «Han abierto una brecha en el frente cerca de Sedán; están entrando masivamente con sus tanques y sus vehículos blindados», replicó Reynaud, quien, según Roland de Margerie, su asesor de asuntos exteriores, también añadió: «El camino que conduce a París ha quedado despejado. Envíennos todos los aviones y todas las tropas que puedan».[21]

Churchilll decidió volar a París con la intención de modificar la decisión de Reynaud, pero primero convocó una reunión del gabinete de guerra para hablar sobre la posibilidad de enviar otros diez escuadrones de cazas. Tenía la firme determinación de hacer todo lo posible por ayudar a los franceses. Pero el jefe del Estado Mayor del Aire y del Mando de Caza de la RAF, el mariscal sir Hugh Dowding, se opuso enérgicamente al envío de más aparatos

aéreos. Tras una acalorada discusión, se levantó de la silla, fue hasta Churchill y le colocó delante un papel en el que se especificaba el porcentaje de pérdidas posibles, basándose en los percances ocurridos hasta entonces. En menos de diez días no iba a quedar ni un Hurricane en Francia o en Gran Bretaña. Aquello dejó estupefactos a los miembros del gabinete, que, sin embargo, consideraron que había que enviar otros cuatro escuadrones a Francia.

El gabinete de guerra tomó también otra decisión. El Mando de Bombardeo debía participar por fin en la ofensiva contra territorio alemán. Tenía que organizar una incursión al Ruhr en represalia por el ataque a Rotterdam de la Luftwaffe. Fueron pocos los aviones que dieron con su objetivo, pero esta misión supondría el primer paso de una campaña de bombardeos estratégicos.

Sumamente preocupado por la posible caída de Francia, Churchill envió un telegrama al presidente Roosevelt con la esperanza de causarle un gran sobresalto que lo llevara a unirse a la causa aliada. «Como sin duda sabrá, el panorama se ha oscurecido de un plumazo. Si es necesario, continuaremos la guerra solos, no nos da miedo. Pero confío en que sepa darse cuenta, Sr. Presidente, de que la voz y la fuerza de los Estados Unidos perderán todo su peso si permanecen reprimidas durante demasiado tiempo. Con asombrosa rapidez, puede encontrarse con una Europa completamente sometida y nazificada, y esta es una

carga que probablemente no podremos soportar».[22] Roosevelt contestó con amabilidad y cortesía, pero sin comprometerse a intervenir. Churchill redactó otra carta, haciendo hincapié en la firme determinación de Gran Bretaña de «perseverar hasta el final, independientemente de cómo acabe la gran batalla que se libra en Francia», y, una vez más, insistió en la necesidad de que los norteamericanos prestaran inmediatamente su ayuda.

Como seguía viendo que Roosevelt no se daba cuenta de lo dramática que era la situación, el 21 de mayo el primer ministro escribió otro mensaje, que no supo si enviar o no. Aunque insistía en que su gobierno nunca aceptaría rendirse, planteaba otro peligro. «Si los miembros del actual gobierno caen, y vienen otros a parlamentar en medio de la ruina y el desastre, no puede usted ignorar el hecho de que la única moneda de cambio que les quedará para negociar con Alemania será la flota, y si nuestro país fuera abandonado a su destino por los Estados Unidos, nadie tendrá derecho a acusar de nada a los responsables que en ese momento alcancen el mejor acuerdo posible para los supervivientes. Perdóneme, Sr. Presidente, por exponer esta posible pesadilla con tanta claridad. Evidentemente, no puedo responder de lo que hagan mis sucesores, que, si llega el caso, probablemente se vean obligados por la desesperación y la impotencia a doblegarse a la voluntad de Alemania».[23]

Al final, Churchill decidió enviar este telegrama, pero, como observaría más tarde, su táctica del miedo, dando a entender que los navíos de guerra de la Marina Real británica podrían quedar en manos de los alemanes, y el peligro que esto supondría para los Estados Unidos, resultaría contraproducente. Su objetivo era socavar el convencimiento que tenía Roosevelt de que Gran Bretaña estaba decidida a librar sola aquella batalla, y el Presidente planteó, junto con sus asesores, la posibilidad de trasladar la Armada inglesa a Canadá. Llegó incluso a ponerse en contacto con William Mackenzie King, primer ministro de este país, para tratar del asunto. Unas semanas después, este error de cálculo de Churchill tendría trágicas consecuencias.

El 16 de mayo, Churchill voló por la tarde a París. Ignoraba que Gamelin había telefoneado a Reynaud para decirle que los alemanes tal vez llegaran a la capital aquella misma noche. Estaban ya cerca de Laon, a menos de ciento veinte kilómetros de distancia. El gobernador militar aconsejó la evacuación inmediata de todos los miembros de la administración. En los ministerios comenzaron a apilarse en los patios montones de expedientes para prenderles fuego, mientras los funcionarios iban tirando por las

ventanas todo tipo de documentos.

«El viento arremolinado», dice Roland de Margerie, «se llevaba fragmentos y pedazos chamuscados de papel, que no tardaron en inundar todo el barrio».[24] También cuenta que la amante de Reynaud, la derrotista condesa de Portes, hizo un comentario sumamente cáustico acerca del «idiota que ha dado esta orden». El jefe de servicio contestó que había sido Reynaud en persona: *«C'est le Président du Conseil, Madame»*.[25] Pero, en el último momento, Reynaud decidió que el gobierno debía quedarse. No fue una buena idea, porque había corrido la noticia. Los parisinos, a los que se había ocultado la realidad del desastre con una estricta censura de la prensa, enseguida fueron presa del pánico. Había comenzado *la grande fuite*. Una multitud de vehículos con montones de cajas apiladas sobre la cubierta empezaron a cruzar París en dirección a la Porte d'Orléans y la Porte d'Italie.

Churchill voló a París en su avión Flamingo acompañado del general John Dill, nuevo jefe del estado mayor imperial, y del general Hastings Ismay, secretario del gabinete de guerra, y en cuanto aterrizó se dio cuenta de que «la situación era muchísimo más grave que lo que nos habíamos imaginado». En el Quai d'Orsay, los británicos se reunieron con Reynaud, Daladier y Gamelin. El ambiente era tan tenso que ni siquiera se sentaron. «Sus rostros expresaban el más absoluto abatimiento», escribiría

posteriormente Churchill. Gamelin se colocó de pie junto a un mapa que había en un caballete, y en el que aparecía marcada la avanzada enemiga en Sedán, e intentó explicar la situación.

«¿Dónde están las reservas estratégicas?», exclamó Churchill, que inmediatamente volvió a formular la pregunta en su peculiar francés. *«Où est la masse de manoeuvre*?»

Gamelin se volvió hacia él y, «negando con la cabeza y encogiéndose de hombros», contestó: *«Aucune*». Entonces Churchill vio por las ventanas que subía una gran cantidad de humo, y desde una de ellas también pudo ver a los funcionarios del ministerio de exteriores que transportaban montones de documentos en carretillas que luego volcaban en unas grandes hogueras. Churchill no podía creer que el plan de Gamelin no hubiera contemplado la necesidad de reservar un contingente importante de tropas con el que contraatacar si el enemigo lograba abrirse paso, rompiendo la línea defensiva. Pero hubo otros dos hechos que también le dejaron perplejo: su propio desconocimiento de cómo estaban las cosas y la lamentable falta de coordinación entre los dos países aliados.

Cuando preguntó a Gamelin por los preparativos para lanzar un contraataque, el generalísimo francés solo pudo encogerse de hombros. Su mirada lo decía todo. El ejército francés estaba acabado. Su única esperanza era que Gran

Bretaña los salvara. Con discreción, Roland de Margerie le comentó en voz baja a Churchill que las cosas estaban mucho peor que lo que habían contado Daladier y Gamelin. Y cuando añadió que tal vez tendrían que replegarse al río Loira, o incluso seguir la guerra desde Casablanca, el primer ministro británico lo miró *«avec stupeur»*.[26]

Reynaud se interesó por los diez escuadrones de cazas que había solicitado. Churchill, que aún tenía la advertencia de Dowding zumbándole en los oídos, explicó que desposeer a Gran Bretaña de sus defensas podría tener desastrosas consecuencias. Recordó las terribles pérdidas que había sufrido la RAF intentando bombardear los puntos por los que los alemanes cruzaban el Mosa, y luego añadió que cuatro escuadrones más estaban de camino, y que había otros que realizaban misiones en Francia desde su base en Gran Bretaña, pero su respuesta no satisfizo a los franceses. A última hora de la tarde, el primer ministro británico mandó un mensaje desde su embajada al gabinete de guerra, pidiendo que se acordara el envío de otros seis escuadrones. (Por cuestiones de seguridad, fue dictado en indostaní por el general Ismay, y traducido por un oficial del Ejército Indio en Londres). Cuando se obtuvo la autorización poco antes de la medianoche, Churchill fue inmediatamente a ver a Reynaud y a Daladier para infundirles ánimo. El presidente francés lo recibió en batín y zapatillas.

Al final, los nuevos escuadrones tuvieron que actuar desde una base británica y volar cada día al otro lado del Canal de la Mancha para entrar en combate. Debido al avance de los alemanes, no había suficientes aeródromos desde los que operar, y los pocos disponibles carecían de las instalaciones necesarias para la reparación y el mantenimiento de los aparatos. En total, durante la precipitada retirada, hubo que abandonar ciento veinte Hurricane con base al otro lado del Canal que habían sufrido daños en misiones de combate. Los pilotos se encontraban en un estado de absoluta extenuación. La mayoría realizaba hasta cinco salidas en un solo día. Y como los cazas franceses Morane y Dewoitine poco podían hacer ante un Messerschmitt 109 alemán, los escuadrones de los Hurricane británicos tuvieron que cargar con el peso de una batalla muy desigual.

No paraban de llegar informes en los que se hablaba de la desintegración del ejército francés y de su falta de disciplina. Se intentó obligar a las unidades a resistir y a combatir, para lo cual no se dudó en ejecutar a algunos oficiales acusados de haber abandonado el mando. Las tropas comenzaron a ver espías por todas partes. Numerosos oficiales y soldados recibieron un tiro después de que algún hombre asustado los confundiera con un alemán vestido con uniforme aliado. El rumor de que los alemanes disponían de armas secretas y de la existencia de

una «quinta columna» hizo que cundiera el pánico. Parecía que la traición fuera la única manera de explicar una derrota tan apabullante como aquella, con el grito desgarrador de *«Nous sommes trahis*!»

La situación se hacía cada vez más caótica, debido principalmente al gran número de refugiados que se acumulaba en el noreste de Francia. Contando holandeses y belgas, se calcula que aquel verano se echaron a las carreteras unos ocho millones de individuos, hambrientos, sedientos y exhaustos, los más ricos en sus vehículos, y el resto en carros y carretas o empujando una bicicleta, un cochecito o una carretilla cargados con sus pocas pertenencias. «El espectáculo es patético», escribiría en su diario el teniente general sir Alan Brooke, «con mujeres que cojean porque tienen los pies lastimados, con niños exhaustos por el viaje, pero que permanecen abrazados a sus muñecos, y por todos los ancianos y los desgraciados que avanzan a duras penas».[27] La suerte que había corrido Rotterdam causaba pavor a muchos. La inmensa mayoría de la población de Lille abandonó la ciudad ante el avance alemán. Aunque no hay pruebas de que la Luftwaffe diera órdenes a sus pilotos de atacar las columnas de refugiados, lo cierto es que varios miembros de las fuerzas aliadas aseguraron haber sido testigos de este tipo de acciones. El ejército francés, que había basado su estrategia en la defensa estática, fue todavía más incapaz de reaccionar a lo

inesperado cuando las carreteras se vieron atestadas de civiles aterrorizados.

7

LA CAÍDA DE FRANCIA (mayo-junio de 1940)

Los alemanes difícilmente podían tener la moral más alta. Las tripulaciones de los tanques, vestidas con sus uniformes negros, saludaban con vítores a sus comandantes cuando se cruzaban con ellos, mientras proseguían su avance hacia el Canal de la Mancha a través de campos desiertos. Repostaban sus vehículos en gasolineras abandonadas y en los depósitos de combustible del ejército francés. Todas sus líneas de abastecimiento estaban desprotegidas. Su rápido avance se veía dificultado principalmente por los vehículos averiados de los franceses y las columnas de refugiados que bloqueaban las carreteras.

Mientras los tanques de Kleist se dirigían a toda prisa hacia la costa del Canal de la Mancha, a Hitler le preocupaba muchísimo que los franceses pudieran atacar su flanco desde el sur. Aunque era un tipo acostumbrado a apostar fuerte, no podía creer la suerte que tenía. El recuerdo de 1914, cuando un contraataque por el flanco frustró la invasión de Francia, también perseguía a los

generales más veteranos. El *Generaloberst* von Rundstedt era de la misma opinión que Hitler, por lo que el 16 de mayo ordenó a Kleist que frenara el avance de sus divisiones panzer para que la infantería pudiera alcanzarlas. Sin embargo, el general Halder, que al final había apostado por la audacia del plan de Manstein, le instó a seguir avanzando. Kleist y Guderian volvieron a tener una fuerte bronca al día siguiente, en el curso de la cual el primero citó textualmente la orden de Hitler. Pero llegaron a un acuerdo: «las formaciones de reconocimiento mejor preparadas para presentar batalla» seguirían explorando el terreno dirigiéndose hacia la costa, y el cuartel general del XIX Cuerpo no se movería.[1] Esto daba a Guderian la oportunidad que iba buscando. A diferencia de Hitler, que estaba encerrado en su Felsennest, sabía que los franceses habían quedado paralizados ante la audacia de su sorprendente ataque. Solo quedaban bolsas de resistencia aisladas, en las que los restos de alguna división francesa seguían combatiendo a pesar del desastre inminente.

Por pura casualidad, el mismo día en el que las divisiones panzer se detuvieron (y se les brindó por fin la oportunidad de descansar y de reparar las averías de sus vehículos), los franceses contraatacaron por el sur. El coronel Charles de Gaulle, el partidario más acérrimo de la guerra de blindados de todo el ejército francés (hecho que no le había granjeado precisamente la estima de aquellos

generales de más edad que no querían saber nada de las comunicaciones por radio), acababa de recibir el mando de la llamada 4.ª División blindada. Con su defensa apasionada de la guerra mecanizada, De Gaulle se había ganado el apodo de «coronel motores».[2] Pero lo cierto es que su flamante unidad acorazada estaba formada por una colección mal surtida de batallones de carros de combate, sin apenas apoyo de infantería y prácticamente sin artillería.

El general Georges, tras entrevistarse con él, se despidió diciéndole: «¡Adelante De Gaulle! He aquí para usted, que durante tanto tiempo ha defendido las ideas que el enemigo está poniendo en práctica, la oportunidad de actuar».[3] De Gaulle estaba ansioso por entrar en acción, sobre todo después de haber tenido conocimiento de la insolencia con la que las tripulaciones de los tanques alemanes trataban a sus compatriotas. Cuando daban órdenes a las tropas francesas que encontraban a su paso, simplemente les indicaban que tiraran sus armas y que marcharan hacia el este. Su grito de despedida, «No tenemos tiempo de llevaros prisioneros»,[4] ofendía en lo más profundo el sentimiento patriótico de De Gaulle.

De Gaulle, desde Laon, decidió avanzar hacia el noreste en dirección a Montcornet, importante punto de intersección de varias carreteras, situado en la ruta de abastecimiento de Guderian. Su acción cogió por sorpresa

al enemigo, y los franceses a punto estuvieron de capturar el cuartel general de la 1.ª División Panzer. Pero los alemanes reaccionaron con gran celeridad, defendiéndose con unos pocos tanques que acababan de ser reparados y con varias piezas de artillería autopropulsada. También pidieron a la Luftwaffe que enviara apoyo aéreo. Y las maltrechas fuerzas de De Gaulle, como carecían de baterías antiaéreas y de cazas que las cubrieran, no tuvieron más remedio que retirarse. Ni que decir tiene que aquel día Guderian no informó de esta acción al cuartel general del grupo de ejércitos de Rundstedt.

La BEF, que había conseguido repeler los ataques alemanes en su sector del Dyle, quedó perpleja el 15 de mayo por la tarde cuando se enteró por pura casualidad de que el general Gastón Billotte, comandante en jefe del I Grupo de Ejércitos, estaba organizando la retirada de sus efectivos al río Escalda. Esto significaba abandonar Bruselas y Amberes. Los generales belgas no tuvieron noticia de aquella decisión hasta la mañana siguiente, y, por supuesto, se pusieron hechos una furia por no haber sido advertidos con anterioridad.

En el cuartel general de Billotte reinaba el abatimiento y la depresión. Muchos oficiales no podían

contener las lágrimas. El jefe de estado mayor de Gort quedó tan horrorizado por lo que le había comunicado el oficial de enlace británico, que telefoneó al Departamento de Guerra en Londres para advertir de que, tarde o temprano, habría que proceder a la evacuación de la BEF. Para los británicos, el 16 de mayo marcó el inicio de una retirada lenta, pero progresiva, en la que no dejaron de presentar batalla. Justo al sur de Bruselas, en unas colinas próximas a Waterloo, las baterías de la Artillería Real tomaron posiciones con sus cañones de 25 libras. En esta ocasión sus armas apuntaban hacia Wavre, la misma localidad desde la que los prusianos habían llegado en ayuda de sus antepasados en 1815. Pero el 17 de mayo por la noche, las tropas alemanas entraban en la capital belga.

Ese día Reynaud envió un mensaje al general Maxime Weygand en Siria, pidiéndole que regresara inmediatamente a Francia para asumir el mando supremo del ejército. Había decidido prescindir de Gamelin, por mucho que se opusiera Daladier. También quería efectuar cambios en el gobierno. Georges Mandel, que había sido la mano derecha de Clemenceau, y estaba firmemente decidido a luchar hasta el final, sería ministro del interior. El propio Reynaud asumiría la cartera de guerra, con su

protegido, Charles de Gaulle, que en aquellos momentos ostentaba provisionalmente el rango de general, como subsecretario de estado. En ese sentido, cualquier duda que pudiera tener Reynaud se disipó cuando al día siguiente André Maurois le comentó que, aunque estaban combatiendo con arrojo, los británicos habían perdido completamente la confianza en el ejército francés, especialmente en sus altos oficiales.[5]

Sin embargo, Reynaud cometió también un grave error, influenciado probablemente por su amante *capitulard*, Hélène de Portes. Envió un legado a Madrid con el objetivo de convencer a Philippe Pétain, por entonces embajador francés en la España de Franco, para que aceptara el cargo de viceprimer ministro. Como vencedor de Verdún, el prestigioso mariscal estaba envuelto en una aureola de heroicidad. Pero al igual que Weygand, a sus ochenta y cuatro años le preocupaba más una posible revolución y la consecuente desintegración del ejército francés que la perspectiva de una humillante derrota. Como buena parte de la derecha de su país, creía que Francia había sido empujada injustamente a aquella guerra por los británicos.

La mañana del 18 de mayo de 1940, justo ocho días

después del nombramiento de Churchill como primer ministro, y mientras los alemanes amenazaban con dejar rodeada a la Fuerza Expedicionaria Británica en el norte de Francia, Randolph Churchill visitó a su padre en la Casa del Almirantazgo. El primer ministro, que estaba afeitándose, le dijo que leyera el periódico mientras terminaba. Pero de repente exclamó: «¡Creo que ya sé cómo salir de esta!», y siguió pasándose la navaja. Su hijo, asombrado, replicó: «¿Quieres decir que podemos evitar la derrota?... ¿O que podemos hundir a esos bastardos?»

Churchill dejó la navaja, se dio la vuelta y dijo: «Por supuesto que digo que podemos hundirlos». «De acuerdo, eso es también lo que más deseo, pero no sé cómo podrás lograrlo», contestó Randolph.

Su padre se secó la cara y luego dijo con voz contundente: «Arrastraré a los Estados Unidos a la guerra».[6]

Por pura casualidad, aquel también fue el día en el que el gobierno, a instancias de Halifax, decidió enviar a un austero socialista, sir Stafford Cripps, a Moscú con el fin de mejorar las relaciones con la Unión Soviética. Churchill pensaba que Cripps no era una buena elección, basándose en que Stalin odiaba a los socialistas prácticamente más que a los conservadores. En su opinión un hombre tan intelectual e idealista como Cripps no era la persona adecuada para tratar con un individuo tan cínico, calculador,

tosco y receloso como Stalin. Sin embargo, la clarividencia de Cripps sería muy superior a la del primer ministro en muchos aspectos. Ya había pronosticado que la guerra supondría el fin del imperio británico y que daría lugar a importantísimos cambios sociales a su término.[7]

El 19 de mayo, el llamado «corredor de las divisiones panzer» se extendía hasta el otro lado del Canal du Nord. Tanto Guderian como Rommel tenían que dar un descanso a sus tripulaciones, pero este último convenció al comandante de su cuerpo de que aquella noche debía avanzar hacia Arras.

Las fuerzas de la RAF en Francia se encontraban por entonces completamente aisladas de los efectivos de tierra británicos, por lo que se decidió el regreso a Inglaterra de los sesenta y seis aviones Hurricane que quedaban en Francia. Los franceses, como era de esperar, se sintieron traicionados por este movimiento, pero la pérdida de aeródromos y el agotamiento de los pilotos obligaban a ello. La RAF ya había perdido una cuarta parte de sus cazas en la batalla de Francia.

Ese día, mucho más al sur, el I Ejército del general Erwin von Witzleben logró abrir una brecha en la línea Maginot. Su intención era evitar que los franceses pudieran

trasladar tropas al norte contra el flanco sur del «corredor panzer», aunque dicho flanco ya comenzara a estar protegido por las divisiones de infantería alemanas, que habían llegado hasta allí completamente exhaustas tras marchar sin descanso.

El coronel De Gaulle lanzó aquel día una nueva ofensiva con ciento cincuenta tanques para dirigirse hacia el norte, a Crécy-sur-Serre. Había que obstaculizar posibles ataques de los Stuka, y le habían prometido que los cazas franceses iban a proporcionarle cobertura aérea, pero por errores en las comunicaciones estos llegaron demasiado tarde. De Gaulle tuvo que replegarse con los restos de sus maltrechas fuerzas al otro lado del río Aisne.

La mala coordinación entre los ejércitos aliados seguía siendo evidente, lo que levantó recelos en el sentido de que la BEF probablemente ya estuviera preparándose para proceder a la evacuación. El general Gort no descartaba esta posibilidad, pero en aquellos momentos tampoco había plan alguno que la contemplara. Lord Gort no consiguió obtener ninguna respuesta clara del general Billotte sobre la verdadera situación en el sur y el número de reservas disponibles de los franceses. En Londres, el general Ironside se entrevistó con el Almirantazgo para saber el número de barcos pequeños con el que podía contarse.

Aunque el pueblo británico desconocía la verdadera

gravedad de la situación, de repente comenzaron a correr más rumores inquietantes:[8] el rey y la reina habían decidido enviar a las princesas Isabel y Margarita a Canadá; Italia ya había entrado en guerra, y su ejército avanzaba hacia Suiza; el enemigo había lanzado fuerzas paracaidistas; y a través de sus programas radiofónicos desde Berlín, lord Haw-Haw* enviaba mensajes secretos a los agentes alemanes en Gran Bretaña.

Aquel domingo, el último día en el que Gamelin ostentaría el mando del ejército de su país, el gobierno francés asistió a una misa en Notre Dame para implorar la intervención divina. William Bullitt, el francófilo embajador estadounidense, no pudo contener las lágrimas a lo largo de la ceremonia.

A su llegada de Siria, el general Weygand, un tipo de corta estatura, enérgico, con un rostro muy arrugado y expresión de zorro, insistió en que necesitaba dormir después de un viaje tan largo. En muchos sentidos, la elección de este monárquico como sustituto de Gamelin resultaba cuando menos sorprendente, pues Weygand detestaba a Reynaud, que era quien lo había nombrado. Pero el primer ministro francés, desesperado, intentaba agarrarse a los símbolos de una victoria nacional, como

Pétain y Weygand, quien, en calidad de ayudante del mariscal Foch, había quedado asociado al triunfo final de 1918.

El lunes, 20 de mayo, el primer día de Weygand en su nuevo cargo, la 1.ª División Panzer llegó a Amiens, que durante la jornada anterior había sufrido un fuerte bombardeo. Un batallón del Regimiento Real de Sussex, la única fuerza aliada presente en la ciudad, fue aniquilado mientras intentaba defenderla. Las fuerzas de Guderian también se hicieron con una cabeza de puente en el Somme, lo que las dejaba preparadas para la subsiguiente fase de la batalla. Guderian envió entonces la 2.ª División Panzer austríaca a Abbeville, localidad a la que sus hombres llegaron aquella noche. Y unas pocas horas más tarde, uno de sus batallones blindados alcanzó la costa. El *Sichelschnitt* de Manstein había conseguido su objetivo. Hitler apenas podía dar crédito a la noticia. En palabras del *Generalmajor* Jodl, estaba «loco de alegría». Era tanta la sorpresa que el OKH no podía ni decidir cuál era el siguiente paso que había que dar.

En el lado norte del corredor, la 7.ª División Panzer de Rommel había comenzado el avance hacia Arras, pero se vio sorprendida por un batallón de la Guardia Galesa que le cortó el paso. Aquella noche, el general Ironside llegó al cuartel general de Gort con una orden de Churchill. El primer ministro inglés quería que se abriera paso hasta el

otro lado del corredor para unirse en el sur con los franceses. Pero Gort indicó que el grueso de sus divisiones estaba defendiendo la línea del Escalda, y que en aquellos momentos no podía retirar a sus hombres de allí. No obstante, aunque ignoraba los planes de los franceses, podría preparar un ataque contra Arras con dos divisiones.

Ironside se dirigió luego al cuartel general de Billotte. El corpulento general británico encontró a su colega francés en un estado de absoluto abatimiento. Sin dudarlo, lo agarró por la casaca y le dio un par de sacudidas. Billotte accedió al final a lanzar un ataque simultáneo con otras dos divisiones. Gort era sumamente escéptico respecto a la actuación de los franceses. Y no se equivocaba. El general Rene Altmayer, que estaba al frente del V Cuerpo de Francia y ordenó apoyar a los británicos, se limitaba simplemente a sollozar en la cama, según cuenta un oficial de enlace francés. Solo apareció para presentar batalla un pequeño contingente perteneciente al admirable cuerpo de caballería del general Prioux.

Con su contraofensiva en los alrededores de Arras, los británicos pretendían ocupar al sur de la ciudad una extensión de territorio suficiente para frenar la punta de lanza de los blindados de Rommel. Sus fuerzas estaban formadas, principalmente, por setenta y cuatro carros de combate Matilda del 4.° y el 7.° Regimiento Real de Tanques, dos batallones de la Infantería Ligera de Durham,

parte de los Fusileros de Northumberland y los vehículos blindados del 12.° de Lanceros. Una vez más, no se materializó ni el apoyo de la artillería ni la cobertura aérea prometida para la operación. El propio Rommel fue testigo de cómo sus soldados de infantería y de artillería tuvieron que correr para salvar sus vidas. La recién llegada infantería mecanizada de la *SS Totenkopf fue* presa del pánico. Sin embargo, para frenar a los pesados Matilda británicos, el célebre militar alemán hizo que entraran inmediatamente en acción varias baterías antiaéreas y antitanque. Durante los intensos tiroteos, él mismo estuvo a punto de morir, pero el peligro que decidió correr, participando con arrojo en el combate como un joven oficial cualquiera, fue lo que, casi con toda probabilidad, salvó a los alemanes de un duro revés.

La otra columna británica tuvo más éxito, a pesar de perder la mayoría de sus carros de combate. Aunque los proyectiles antitanque alemanes perforaban con éxito el pesado blindaje de los Matilda, muchos de los tanques de esta columna sucumbieron al final a los problemas mecánicos tras infligir graves daños a los vehículos y a los carros blindados de los alemanes. La contraofensiva, aunque llevada a cabo con arrojo, simplemente careció de la intensidad, o de la ayuda, necesaria para cumplir su objetivo. La ausencia de los franceses (con la honrosa excepción de la caballería de Prioux) en el campo de

batalla sirvió para convencer a los comandantes británicos de que el ejército de Francia había perdido las ganas de luchar. La alianza, para gran consternación de Churchill, estaba en aquellos momentos condenada a deteriorarse, en medio de los recelos y de las recriminaciones entre los dos países. De hecho, los franceses lanzaron otra contraofensiva en Cambrai, pero también en vano.[9]

Aquella mañana, el grueso de la BEF había sufrido intensos ataques a orillas del Escalda, defendiéndose con gran determinación del enemigo. Por esta acción se concedieron dos Cruces Victoria. Los alemanes, que no estaban dispuestos a perder tantos hombres en un segundo asalto, decidieron bombardear a los británicos con la artillería y los morteros. La posición aliada estaba a punto de derrumbarse debido a la mala coordinación y a la falta de entendimiento entre los altos oficiales cuando Weygand convocó por la tarde una conferencia. Quería que los británicos se replegaran para lanzar un ataque más contundente al otro lado del corredor alemán y poder avanzar hacia el Somme. Pero Gort, con el que había costado mucho ponerse en contacto, llegó demasiado tarde. Y el acuerdo de Weygand y el rey de los belgas, Leopoldo III, de no mover de Bélgica a sus tropas resultó catastrófico. A ello se sumó el fallecimiento del general Billotte cuando su automóvil oficial se empotró contra un camión lleno de refugiados. El general Weygand y varios

cronistas franceses indicarían más tarde que Gort había evitado deliberadamente llegar a tiempo a la reunión en Yprès porque ya estaba planeando en secreto la evacuación de la BEF, pero no hay prueba alguna que corrobore esta idea.

«El rostro de la guerra es horroroso», decía el 20 de mayo en una carta a los suyos un soldado alemán de la 269.ª División de Infantería. «Pueblos y aldeas hechos pedazos, tiendas saqueadas por doquier, objetos de valor pisoteados por las botas, reses abandonadas, que vagabundean de un lugar a otro, y perros desesperados que furtivamente van de casa en casa... Vivimos como dioses en Francia. Si necesitamos carne, se sacrifica una vaca de la que solo se toman las mejores partes, y el resto se descarta. Hay muchas cosas en abundancia: espárragos, naranjas, lechugas, nueces, cacao, café, mantequilla, jamón, chocolate, vino espumoso, vino, licores, cerveza, tabaco, puros y cigarrillos, así como juegos completos de ropa blanca. Como nuestro avance se realiza en largas marchas por etapas, perdemos contacto con nuestras unidades. Con el fusil en mano, irrumpimos en las casas para saciar el hambre. Horrible, ¿no os parece? Pero uno se acostumbra a todo. Gracias a Dios que en nuestra patria no se vive en estas condiciones».[10]

«En las cunetas de las carreteras se amontonan los tanques y los vehículos franceses averiados e incendiados,

formando largas hileras», contaba un cabo de artillería en una carta dirigida a su esposa. «Entre ellos hay, por supuesto, algunos que son alemanes, pero su número es sorprendentemente escaso».[11] Algunos soldados se quejaban de la falta de actividad. «Aquí hay muchas, muchísimas divisiones que no han disparado ni un solo tiro», escribía un cabo de la 1.ª División de Infantería. «Y en el frente, el enemigo huye. Franceses e ingleses, adversarios nuestros por igual en esta guerra, se niegan a plantarnos cara. En realidad, nuestros aviones dominan el cielo. No hemos visto ni uno enemigo, solo a los nuestros. Así que ya puedes imaginártelo. Posiciones como Amiens, Laon, Chemin des Dames caen en pocas horas. Entre el 14 y el 18 se defendieron durante años».[12]

Las cartas que los soldados victoriosos enviaban a los suyos no hablaban de las matanzas ocasionales de prisioneros británicos y franceses, y a veces incluso de civiles. Tampoco contaban las matanzas, más frecuentes, de soldados capturados pertenecientes al ejército colonial francés, especialmente de *tirailleurs* senegaleses, que luchaban con gran arrojo para consternación y rabia de las tropas alemanas más racistas. Eran ejecutados, a veces en grupos de cincuenta e incluso de cien, por formaciones alemanas como, por ejemplo, la *SSTotenkopf*, la 10.ª División Panzer o el Regimiento *Grossdeutschland*. En total, se calcula que en la batalla de Francia unos tres mil

soldados de las colonias fueron ejecutados sin más tras ser capturados.[13]

En la retaguardia de las fuerzas aliadas, Boulogne era una ciudad sumida en el caos. Había hombres de la guarnición naval que estaban todo el día borrachos, y otros que se dedicaban a destruir las baterías costeras. Dos batallones británicos, uno de la Guardia Irlandesa y otro de la Guardia Galesa, llegaron allí para defender la ciudad. El 22 de mayo, mientras avanzaba hacia el norte, camino del puerto, la 2.ª División Panzer sufrió una emboscada por parte de un destacamento del 48.° Regimiento francés, formado principalmente por personal del cuartel general, poco familiarizado con el manejo de los cañones antitanque. Fue una valiente defensa de Francia, en la que se puso claramente de manifiesto una actitud muy distinta a la que reinaba en Boulogne; sin embargo, en poco tiempo estos hombres se vieron superados por el enemigo, y la 2.ª División Panzer enseguida pudo reanudar su avance hacia el objetivo.

Los dos batallones británicos que se encontraban en Boulogne disponían de pocos cañones antitanque, y no tardaron en retirarse al interior de la ciudad, para luego recluirse en una zona más interna alrededor del puerto. El

23 de mayo, cuando resistir se convirtió en una misión imposible, el personal de la retaguardia británica comenzó a ser evacuado por los destructores de la Marina Real inglesa. Estalló una gran batalla, en el curso de la cual los buques de guerra británicos entraron en el puerto y empezaron a atacar a los tanques alemanes con su armamento principal. Pero el comandante francés, que había recibido la orden de luchar hasta que no quedara ni un solo soldado en pie, montó en cólera. Acusó a los británicos de deserción, lo cual no hizo más que envenenar las relaciones entre los dos aliados. Este hecho también sirvió para convencer a Churchill de que había que defender Calais a cualquier precio.

Calais, aunque había visto reforzadas sus defensas con cuatro batallones y varios tanques más, tenía muy pocas posibilidades de resistir, a pesar del aviso de que de allí no se evacuaría a nadie «en nombre de la solidaridad entre aliados».[14] La 10.ª División Panzer solicitó el 25 de mayo el envío de aviones Stuka y de la artillería pesada de Guderian para comenzar a bombardear la vieja ciudad, en la que se habían recluido sus últimos defensores. Al día siguiente, Calais aún resistía, aunque las columnas de humo que salían de la ciudad en llamas podían verse desde Dover. Los soldados franceses pelearon hasta quedarse sin municiones. El comandante naval francés decidió rendirse, y a los británicos, que habían sufrido innumerables bajas,

no les quedó más remedio que hacer lo mismo. La defensa de Calais, aunque condenada al fracaso, por lo menos había conseguido ralentizar el avance por la costa hacia Dunkerque de la 10.ª División Panzer.

En Gran Bretaña, la población civil seguía teniendo alta la moral, en gran medida porque ignoraba la realidad que se vivía al otro lado del Canal de la Mancha. Pero el 22 de mayo, el comentario, supuestamente realizado por Reynaud, de que «solo un milagro puede salvar a Francia»[15] causó una gran inquietud. El país comenzó de repente a despertar de una especie de letargo. La ley declarando el estado de excepción tuvo una buena acogida general, así como la detención de sir Oswald Mosley, líder de la Unión Británica de Fascistas. Los encargados de elaborar los estudios de Mass Observation indicaban que, en general, el ánimo era más firme en aldeas y zonas rurales que en grandes ciudades, y que las mujeres eran más pesimistas que los varones. Las clases medias mostraban también más inquietud que la clase trabajadora: «cuanto más blanca es la camisa, menor es la confianza»,[16] se decía. En efecto, el porcentaje más elevado de derrotistas se daba entre los ricos y las clases altas.

Muchos comenzaron a convencerse de que aquellos

horribles rumores, como, por ejemplo, que el general Gamelin había sido ejecutado por traidor o que se había suicidado, habían sido difundidos deliberadamente por una «Quinta Columna». Pero Mass Observation comunicó al ministerio de información que «por el momento todo indica que quien hace correr la mayoría de los rumores son individuos ociosos, asustados y recelosos».[17]

El 23 de mayo, el general Brooke escribía la siguiente anotación en su diario: «¡Nada más que un milagro puede salvar la BEF en estos momentos, y el final no puede estar muy lejano!».[18] Pero afortunadamente para la Fuerza Expedicionaria Británica, la fallida contraofensiva en Arras había conseguido que por lo menos los alemanes se sintieran menos seguros. Rundstedt y Hitler insistieron en que había que asegurar la zona antes de reanudar el avance. Y la retención de la 10.ª División Panzer en Boulogne y Calais supuso que Dunkerque no fuera capturada a espaldas de la BEF.

El 23 de mayo, a última hora de la tarde, el *Generaloberst* von Kluge mandó que las trece divisiones alemanas se detuvieran junto a la que los británicos denominaban «línea del Canal», al oeste de lo que estaba convirtiéndose en la bolsa de Dunkerque. Con más de

cincuenta kilómetros de longitud, dicha línea se extendía desde la costa hasta La Blassée, siguiendo el curso del río Aa y su canal a su paso por Saint-Omer y Béthune. Los dos *Panzerkorps* de Kleist necesitaban urgentemente reparar y revisar sus vehículos. Su *Panzergruppe* ya había perdido la mitad de sus fuerzas blindadas. En apenas tres semanas, seiscientos tanques habían sido destruidos a manos del enemigo, o sufrido graves problemas mecánicos. Este número representaba más de una sexta parte de los carros de combate alemanes presentes en todos los frentes.[19]

Hitler dio el visto bueno a esta orden al día siguiente, pero la idea no fue suya, como a menudo se cree. El 24 de mayo por la noche, el *Generaloberst* von Brauchitsch, comandante en jefe del ejército alemán, con el respaldo de Halder, dio la orden de seguir avanzando, pero Rundstedt, apoyado por Hitler, insistió en que debía esperarse a que llegara la infantería. Querían conservar sus fuerzas blindadas para lanzar una ofensiva al otro lado del Somme y del Aisne antes de que el grueso del ejército francés tuviera la oportunidad de reorganizarse. Avanzar por los canales y las tierras pantanosas de Flandes era, en su opinión, correr un riesgo innecesario, sobre todo teniendo en cuenta que Göring aseguraba que su Luftwaffe podía frustrar cualquier intento de evacuación por parte de los británicos. Aunque marchaban a un ritmo rápido, a las divisiones de infantería alemanas les costaba dar alcance a

las formaciones blindadas. Resulta sumamente sorprendente que la BEF y la mayoría de las unidades francesas dispusieran de muchísimos más medios de transporte motorizados que el ejército alemán, en el que solo estaban totalmente motorizadas dieciséis divisiones de un total de ciento cincuenta y siete. Todas estas otras divisiones estaban obligadas a encomendarse a la tracción animal, esto es, a los caballos, para mover su artillería, sus pertrechos y sus equipos.[20]

Los británicos tuvieron otro golpe de suerte. Un automóvil del estado mayor alemán sufrió una emboscada. En el vehículo encontraron documentos que revelaban que el siguiente ataque tendría lugar en el este, en las inmediaciones de Yprès, en una zona situada entre las fuerzas belgas y el flanco izquierdo de los británicos. El teniente general Brooke, comandante del II Cuerpo, convenció a Gort de que debía mover una de sus divisiones, que estaba preparándose para lanzar una nueva contraofensiva, para cubrir aquel hueco.

En Londres, al enterarse de que los franceses no podían montar un ataque a través del Somme, Anthony Edén indicó a lord Gort la noche del 25 de mayo que la seguridad de la BEF debía ser la «consideración prioritaria».[21] Así pues, el general tenía que replegar a sus hombres hacia la costa del Canal de la Mancha para proceder a la evacuación. El gabinete de guerra, obligado por las circunstancias a

afrontar el hecho de que el ejército francés no podía recuperarse de su trágico hundimiento, y viendo que Gran Bretaña se veía abocada a seguir la guerra en solitario, tenía que considerar las implicaciones de aquella nueva situación. Lord Gort ya había advertido a Londres de que era muy probable que la BEF perdiera todo su equipamiento, y que personalmente dudaba que pudiera evacuarse poco más que una pequeña parte de sus tropas.

Edén ignoraba que Reynaud, sintiéndose cada vez más agraviado, había caído en una trampa del mariscal Pétain y el general Weygand. Pétain había permanecido en contacto con Pierre Laval, un político que detestaba a los británicos y esperaba tener una oportunidad para sustituir a Reynaud. Laval se había entrevistado con un diplomático italiano para sondear la posibilidad de entablar negociaciones con Hitler a través de Mussolini. Weygand, jefe supremo del ejército francés, culpaba a los políticos de haber cometido un acto de «imprudencia delictiva»[22] en primer lugar por decidir entrar en guerra. Apoyado por Pétain, exigía que Francia retirara su promesa de no intentar por su cuenta llegar a un acuerdo de paz con Alemania. Su prioridad era preservar el ejército para mantener el orden. Reynaud accedió a viajar a Londres al día siguiente para hablar de ello con el gobierno británico.

La esperanza de Weygand de que podría convencer a Mussolini y lograr que no entrara en guerra con la promesa

de cederle más colonias, y de que el Duce estaría en disposición de negociar una paz, era un absoluto desatino. Cuando Hitler declaró que se había alzado con la victoria, Mussolini, dejando a un lado sus inseguridades, comunicó a los alemanes y a su propio estado mayor que Italia iba a entrar en guerra poco después del 5 de junio. Tanto él como sus generales eran perfectamente conscientes de que su país no podía emprender ninguna acción ofensiva eficaz. Contemplaban, sin embargo, la posibilidad de lanzar un ataque contra Malta, aunque luego llegaron a la conclusión de que este no era necesario, pues podrían hacerse con la isla en cuanto Gran Bretaña cayera. Se cuenta que, durante los días siguientes, Mussolini comentó: «Esta vez declararé la guerra, pero sin entrar en guerra».[23] Las víctimas principales de este desastroso intento de equilibrismo serían sus ejércitos, deplorablemente mal equipados. En cierta ocasión, Bismarck, haciendo gala de su habitual perspicacia, dijo lacónicamente que Italia tenía un gran apetito, pero mala dentadura.[24] Su observación, para desgracia de los italianos, se revelaría totalmente acertada en la Segunda Guerra Mundial.

La mañana del domingo, 26 de mayo, mientras las tropas británicas se replegaban hacia Dunkerque en medio de una

fuerte tormenta —«los truenos se confundían con el estruendo de los bombardeos de la artillería»—,[25] el gabinete de guerra se reunía en Londres, ignorando cuáles eran las verdaderas intenciones de Mussolini. Lord Halifax planteó la posibilidad de que el gobierno considerara un acercamiento al Duce para averiguar en qué términos Hitler estaría dispuesto a aceptar una paz. El día anterior, por la tarde, se había entrevistado incluso con el embajador italiano para sondearlo en ese sentido. Estaba convencido de que, sin la perspectiva de una ayuda de los americanos a corto plazo, Gran Bretaña no era lo suficientemente fuerte para resistir sola a Hitler.

Churchill contestó que la libertad y la independencia de Gran Bretaña eran cuestiones primordiales. Recurrió a un documento preparado por los jefes de estado mayor, titulado «La estrategia británica ante una determinada eventualidad»,[26] una expresión eufemística para referirse a la posible rendición de Francia. El documento en cuestión contemplaba las repercusiones que tendría para Gran Bretaña luchar en solitario. Algunos aspectos eran, como quedaría demostrado por los acontecimientos, increíblemente pesimistas. El informe daba por hecho que se perdería prácticamente toda la BEF en Francia. El Almirantazgo no esperaba poder salvar a más de unos cuarenta y cinco mil hombres, y los jefes de estado mayor temían que la Luftwaffe acabara destruyendo las fábricas de

aviones de las Midlands. Otras conjeturas eran excesivamente optimistas: por ejemplo, los jefes de estado mayor pronosticaban que la economía de guerra de Alemania sufriría las consecuencias negativas derivadas de una escasez de materias primas, una idea cuando menos curiosa si tenemos en cuenta que Alemania iba a controlar buena parte de Europa occidental y central. Pero la conclusión principal a la que llegaba dicho informe era que probablemente Gran Bretaña podría resistir con éxito a cualquier intento de invasión, siempre y cuando la RAF y la Armada Real conservaran todo su potencial. Esta era la razón principal para adherirse a los argumentos de Churchill en contra de la propuesta de Halifax.

Churchill acudió a la Casa del Almirantazgo para almorzar con Reynaud, que acababa de llegar a Londres. Por las palabras de Reynaud, resultaba evidente que el optimismo con el que Weygand había visto la situación hacía apenas dos días se había transformado en absoluto derrotismo. Los franceses ya contemplaban la idea de perder París. Reynaud dijo incluso que, aunque nunca iba a firmar por su cuenta una paz, probablemente fuera sustituido por alguien que sí lo haría. Ya había recibido innumerables presiones para que instara a los británicos a entregar Gibraltar y Suez a los italianos, «con el fin de reducir proporcionalmente nuestra propia contribución».[27]

Cuando Churchill volvió a reunirse con el gabinete de

guerra e informó de esta conversación, Halifax puso de nuevo sobre la mesa su propuesta de acercamiento al gobierno italiano. Churchill tenía que jugar muy bien sus cartas. Su posición no era lo bastante sólida, por lo que no podía correr el riesgo de enfrentarse claramente a Halifax, depositario de la confianza de muchísimos conservadores. Por fortuna, Chamberlain comenzó a mostrarse favorable a las tesis de Churchill, quien, al fin y al cabo, lo había tratado con gran respeto y magnanimidad a pesar de su anterior antagonismo.

Churchill sostenía que Gran Bretaña no debía quedar vinculada a Francia si este país decidía firmar una paz. «No podemos ser partícipes de una actitud semejante antes de vernos involucrados en una guerra en toda regla».[28] No había que tomar decisión alguna hasta que no se supiera claramente cuántos efectivos de la BEF podrían ser rescatados. En cualquier caso, era evidente que, si apostaban por firmar una paz, los términos que iba a imponer Hitler impedirían a Gran Bretaña «completar nuestro rearme». Suponía acertadamente que Hitler estaba dispuesto a imponer a Francia unas condiciones mucho más clementes que a Inglaterra. Pero el ministro de exteriores no parecía dispuesto a abandonar la idea de negociar. «Si al final conseguimos discutir los términos de una paz que no postulen la destrucción de nuestra independencia, sería de idiotas no aceptarlos». De nuevo, Churchill se vio obligado

a dar a entender que no descartaba la idea de un acercamiento a los italianos, pero, en realidad, no era más que una artimaña para ganar tiempo. Si el grueso de la BEF era rescatado con éxito, su posición como primer ministro, así como la de todo el país, saldría increíblemente reforzada.

A última hora de la tarde, Anthony Edén, en su calidad de secretario de estado para la guerra, envió un mensaje a Gort confirmando que debía «dirigirse a la costa... junto con los ejércitos francés y belga».[29] Aquella misma noche, el vicealmirante Bertram Ramsay recibió en Dover la orden de poner en marcha la Operación Dinamo, esto es, la evacuación por mar de la Fuerza Expedicionaria Británica. Por desgracia, el mensaje enviado por Churchill a Weygand confirmando la retirada de las tropas a los puertos franceses del Canal de la Mancha no decía claramente que se trataba de un plan de evacuación. Se pensó, erróneamente, que en aquellas circunstancias no podía haber margen de duda, que sobraban las palabras. Este hecho tendría gravísimas repercusiones en la relación, cada vez más deteriorada, de Gran Bretaña con Francia.

El alto de las divisiones blindadas alemanas había brindado al estado mayor de Gort la oportunidad de preparar un

nuevo perímetro defensivo, basado en una línea de aldeas fortificadas, mientras se replegaba el grueso de la BEF. Pero los comandantes franceses en Flandes montaron en cólera cuando descubrieron los planes de evacuación de los británicos. Gort dio por hecho que Londres había informado al general Weygand al mismo tiempo que él había recibido la orden de dirigirse a la costa. Asimismo, creía que los franceses habían recibido también instrucciones de embarcar, y su sorpresa y disgusto fueron enormes cuando se enteró de que no había sido así.

El 27 de mayo, el 2.° Batallón del Regimiento de Gloucestershire y un batallón del Regimiento de Infantería Ligera de Oxford y Buckinghamshire emprendieron la defensa de Cassel al sur de Dunkerque. Diversos pelotones ocuparon las casas rurales de la zona, resistiendo en algunos casos hasta tres días a unas fuerzas enemigas muy superiores. Más al sur, la 2.ª División británica, que había sido trasladada allí para defender la línea del canal desde La Bassée hasta Aire, sufrió una serie de intensos ataques. Tras quedarse sin proyectiles antitanque, los soldados del exhausto y diezmado 2.° Regimiento Real de Norfolk, se vieron obligados a resistir recurriendo a granadas de mano que tenían que arrojar contra las orugas de los tanques. Los últimos efectivos del batallón fueron rodeados por la *SS Totenkopf* y hechos prisioneros. Aquella noche, los hombres de la SS mataron a noventa y siete de ellos.

Mientras tanto, en el sector belga, la 255.ª División alemana, en un acto de represalia por las pérdidas sufridas en las inmediaciones de la localidad de Vinkt, ejecutó a setenta y ocho civiles, con el falso pretexto de que algunos de ellos iban armados. Al día siguiente, un grupo de la *SS Leibstandarte*, a las órdenes del *Hauptsturmführer* Wilhelm Mohnke, asesinó en Wormhout a unos noventa prisioneros ingleses, en su mayoría pertenecientes al Regimiento Real de Fusileros de Warwickshire, que también actuaban en la retaguardia. Casos como estos explican que las sangrientas batallas libradas en *Polonia tuvieran tan* poco eco en un frente supuestamente civilizado como el occidental.

Al sur del Somme, la 1.ª División blindada británica lanzó una contraofensiva en una cabeza de puente de los alemanes. Como había ocurrido anteriormente, ni la cobertura de la artillería francesa ni el apoyo aéreo se materializaron, y el 10.° de Húsares y el regimiento de caballería de los Queen's Bays perdieron sesenta y cinco carros de combate, principalmente por la acción de los cañones antitanque alemanes. La 4.ª División blindada de De Gaulle lanzó en otra cabeza de puente enemiga próxima a Abbeville otro contraataque más efectivo, que, sin embargo, también fue repelido.[30]

En Londres, el gabinete de guerra volvió a reunirse tres veces el 27 de mayo. La segunda de esas sesiones,

celebrada por la tarde, probablemente resumiera el momento más crítico de la guerra, cuando los nazis podían alzarse con la victoria. Fue entonces cuando quedó patente el enfrentamiento que venía desarrollándose desde hacía algún tiempo entre Halifax y Churchill. Halifax se mostró aún más decidido a recurrir a la mediación de Mussolini para averiguar en qué términos estaría dispuesto el Führer a firmar un armisticio con Francia y Gran Bretaña. En su opinión, cuanto más tiempo se dejara pasar, peores serían los términos ofrecidos por los alemanes.

Churchill se opuso firmemente a cometer un acto de semejante debilidad, e insistió en que había que seguir combatiendo. «Incluso si nos derrotan», dijo, «no estaremos peor de lo que podemos llegar a estar si ahora abandonamos la lucha. Así pues, impidamos que nos arrastren hacia el mismo abismo por el que Francia se precipita». Se daba cuenta perfectamente de que si comenzaban a entrar en negociaciones, luego no podrían «dar marcha atrás» y revitalizar un espíritu de resistencia y desafío entre la población. Contaba al menos con el apoyo implícito de Clement Attlee y Arthur Greenwood, los dos líderes laboristas, y de sir Archibald Sinclair, el líder liberal. A Chamberlain también le convenció el argumento esencial de Churchill. Durante esa tormentosa reunión, Halifax no ocultó a Churchill que estaba dispuesto a presentar la dimisión si se hacía caso omiso de sus puntos

de vista, pero más tarde el primer ministro consiguió tranquilizarlo.

Aquella tarde se recibió otro duro golpe. Como el enemigo había conseguido abrir una gran brecha en el frente belga a orillas del Lys, el rey Leopoldo decidió que había llegado el momento de capitular. Al día siguiente, presentó la rendición incondicional de Bélgica al VI Ejército alemán. El *Generaloberst* von Reichenau y su jefe de estado mayor, el *Generalleutnant* Friedrich Paulus, impusieron los términos de la paz en su cuartel general. La siguiente rendición que negociaría Paulus iba a ser la suya propia en Stalingrado apenas tres años después.

Aparentemente, el gobierno francés manifestó su repulsa por la «traición» del rey Leopoldo, pero, en realidad, se alegró de lo ocurrido. El siguiente comentario de uno de los *capitularás* expresa claramente cómo se vivió la noticia: «¡Por fin tenemos un chivo expiatorio!».[31] A los británicos, sin embargo, apenas les sorprendió la caída de Bélgica. Gort, siguiendo los consejos del general Alan Brooke, había tomado sabiamente las debidas precauciones, colocando a sus tropas detrás de las líneas belgas para evitar que los alemanes pudieran abrirse paso por el flanco oriental, por la zona comprendida entre Yprès y Comines.

El general Weygand, que ya había sido informado oficialmente de la decisión de los británicos de retirarse,

montó en cólera por aquella falta de franqueza. Por desgracia, no cursó la orden de evacuación de sus unidades hasta el día siguiente, por lo que las tropas francesas llegaron a las playas bastante más tarde que las británicas. El mariscal Pétain dijo que la falta de apoyo de los ingleses obligaba a revisar el acuerdo firmado por Reynaud en marzo en el sentido de que Francia no intentaría pactar con el enemigo una paz por separado.

La tarde del 28 de mayo, el gabinete de guerra volvió a reunirse, pero en esta ocasión —por petición expresa de Churchill— en la Cámara de los Comunes. Halifax y Churchill volvieron a enzarzarse en una fuerte discusión, en la que el primer ministro se mostró mucho más contrario a cualquier forma de negociación. Y si se levantaban y abandonaban la sala, dijo, «veríamos cómo se esfumaría todo el poder de decisión del que disponemos ahora».

En cuanto terminó la reunión del gabinete de guerra, Churchill convocó una asamblea de todos los ministros. *Comentó que* había considerado la posibilidad de negociar con Hitler, pero que había llegado a la conclusión de que las condiciones que impondrían los alemanes iban a reducir a Gran Bretaña a un «estado esclavo»[32] administrado por un gobierno títere. El apoyo que le brindaron los ministros difícilmente habría podido ser más categórico. Halifax había sido superado tácticamente de una manera clara y rotunda. Gran Bretaña iba a luchar hasta el final.

Como no quería agotar a las fuerzas blindadas que habían sido desplegadas, Hitler limitó su avance a Dunkerque. Debían detenerse en cuanto el puerto estuviera al alcance de sus regimientos de artillería. El bombardeo de la ciudad comenzó siendo muy intenso, pero no logró impedir el desarrollo de la Operación Dinamo, esto es, la evacuación. Los bombarderos de la Luftwaffe, que con frecuencia seguían despegando de bases en Alemania, no dispusieron de un apoyo efectivo por parte de los cazas, viéndose a menudo interceptados por los escuadrones de Spitfire aliados que emprendían el vuelo desde unos aeródromos mucho más cercanos, como los de Kent.

Los desventurados soldados británicos que se amontonaban en las playas y en la ciudad, a la espera de poder embarcar, maldecían a la RAF, sin saber que en el interior de la región los cazas ingleses libraban su propia batalla en el cielo contra los bombarderos enemigos. Por mucho que Göring se hubiera jactado de que iba a acabar con los británicos, lo cierto es que la Luftwaffe causó un número de bajas relativamente escaso en las fuerzas aliadas. El efecto letal de bombas y obuses se vio minimizado por la morbidez de las dunas de arena. En las playas murieron más soldados aliados por culpa de las

ametralladoras que por culpa de las bombas.

Cuando, tras la llegada de su infantería, los alemanes reiniciaron el avance, la férrea resistencia de las tropas francesas y británicas había logrado impedir que el enemigo rompiera la línea defensiva. Los pocos que consiguieron escapar de los pueblos y aldeas de la zona estaban exhaustos, famélicos, sedientos y, en muchos casos, heridos. Hubo que dejar atrás a los que presentaban un estado de mayor gravedad. Con aquel gran número de alemanes rodeándolas, las fuerzas aliadas comenzaron una retirada angustiosa, temiendo en todo momento dar de bruces con un contingente enemigo.

La evacuación había comenzado el 19 de mayo, con el rescate de heridos y de los primeros soldados de la retaguardia, pero el grueso de la operación no empezó a desarrollarse hasta la noche del 26 de mayo. Después de que la BBC lanzara un llamamiento por radio, el Almirantazgo se puso en contacto con los propietarios de pequeñas embarcaciones —yates, barcas y lanchas motoras — que se habían ofrecido voluntarios para colaborar en la difícil empresa. Aunque en un primer momento se les dijo que debían reunirse frente a las costas de Sheerness, más tarde se les indicó que el lugar de encuentro sería frente a las costas de Ramsgate. Fueron utilizadas unas seiscientas de esas embarcaciones en el curso de la Operación Dinamo, casi todas tripuladas por unos «marineros de fin

de semana», que se pusieron al servicio de más de doscientos navíos de la Armada británica.

Dunkerque era fácil de identificar a gran distancia, tanto desde el mar como desde el interior. Grandes columnas de humo se elevaban hacia el cielo desde aquella ciudad en llamas atacada por los bombarderos alemanes. Las cisternas de combustible ardían rabiosamente, creando infinidad de densas nubes negras. Todas las carreteras que conducían a la ciudad estaban atestadas de vehículos militares abandonados o destruidos.

Las relaciones entre los altos mandos de los dos países aliados, especialmente las del estado mayor del almirante Jean Abrial con sus colegas franceses, se hicieron cada vez más tensas. No contribuyó precisamente a mejorar la situación el hecho de que tropas francesas y británicas se dedicaran al pillaje en la ciudad, culpándose unas a otras de los delitos cometidos. Muchos hombres se emborrachaban cuando intentaban calmar su sed ingiriendo vino, cerveza y licores debido a la falta de agua potable.

Las playas y el puerto se llenaron de tropas que formaban largas filas a la espera de poder embarcar. Cada vez que la Luftwaffe atacaba, y se oían las sirenas de sus Stuka que se lanzaban en picado «como una bandada de enormes gaviotas infernales»,[33] los hombres salían corriendo y se desperdigaban para salvar la vida. El ruido resultaba ensordecedor, con todos aquellos cañones

antiaéreos de los destructores que frente al rompeolas disparaban contra los aviones enemigos. Después, cuando volvía la calma, los soldados regresaban rápidamente para no perder su lugar en la cola. Algunos sucumbían, víctimas de aquel estrés. Poco se podía hacer por los que mostraban signos evidentes de fatiga de combate.

Cuando caía la noche, los soldados aguardaban en el mar, con el agua hasta las espaldas, mientras los botes salvavidas y otras pequeñas embarcaciones iban llegando hasta la playa para recogerlos. En su mayoría estaban tan cansados y tenían tantas dificultades para moverse con sus botas y sus trajes de combate completamente empapados, que los marineros, profiriendo maldiciones, se veían obligados a subirlos por la borda, agarrándolos por las correas de sus equipos de combate.

En el curso de la Operación Dinamo, los hombres de la Marina Real británica no sufrieron menos que las tropas a las que tuvieron que rescatar. El 29 de mayo, cuando el *Reichsmarschall* Göring, presionado por Hitler, lanzó un gran ataque para impedir la evacuación, fueron hundidos o seriamente dañados diez destructores, así como otras muchas embarcaciones. Esta circunstancia obligó al Almirantazgo a retirar de allí los grandes destructores de la flota, de importancia vital para la defensa del sur de Inglaterra. Pero emprendieron su viaje de regreso un día más tarde, una vez concluida la fase más intensa de la

evacuación, llevándose consigo a unos mil soldados cada uno.

Ese día también tuvo lugar una valiente acción defensiva del perímetro del puerto por parte de los hombres de la Guardia de Granaderos, de la Guardia de Coldstream y del Regimiento Real de Berkshire de la 3.ª División de Infantería, que, poniendo en riesgo su vida, consiguieron repeler el ataque de los alemanes; un ataque que, de haber sido coronado con éxito, habría puesto fin a las operaciones de evacuación. Tropas francesas de la 68.ª División siguieron resistiendo en el sector occidental y suroccidental del perímetro de Dunkerque, pero lo cierto es que las tensiones en la alianza franco-británica no pararon de crecer.

Los franceses estaban convencidos de que los británicos iban a dar prioridad a sus hombres, y hay que decir que, en realidad, desde Londres llegaron instrucciones cuando menos contradictorias en este sentido. No fueron pocos los soldados franceses que, al llegar a los puntos de embarque británicos, se encontraron con que se les negaba el paso, lo cual, naturalmente, dio lugar a escenas de gran violencia. Los soldados británicos, que habían recibido la orden de dejar en tierra todas sus pertenencias, montaban en cólera cuando veían aparecer a los franceses cargados con bultos, y los echaban del muelle empujándolos al agua. Hubo otro caso en el que fueron

tropas británicas las que asaltaron una nave destinada a los franceses, mientras que los franceses que intentaban subirse a un barco británico eran empujados al mar.

Ni siquiera el gran carisma del general de división Harold Alexander pudo evitar que el general Robert Fagalde, jefe del cuerpo XVI, y el almirante Abrial montaran en cólera cuando les comunicó que había recibido la orden de embarcar el mayor número posible de británicos. Los franceses le enseñaron una carta de Gort en la que se aseguraba que tres divisiones británicas se quedarían para defender el perímetro. El almirante Abrial amenazó incluso con cerrar el puerto de Dunkerque a las tropas británicas.

La noticia de aquella grave discusión llegó a Londres y a París, donde Churchill estaba entrevistándose con Reynaud, Weygand y el almirante François Darlan. Weygand reconoció que no podía esperarse que Dunkerque resistiera indefinidamente. Churchill insistió en que la evacuación debía continuar en términos de igualdad para los dos países, pero en Londres no se compartía su esperanza de conservar intacto el espíritu de la alianza. En la capital inglesa, se consideraba tácitamente que, como era harto probable la rendición de Francia, los británicos tenían que velar por sus propios intereses. Las alianzas son bastante complicadas en la victoria, pero en la derrota están condenadas a originar las peores recriminaciones

imaginables.[34]

El 30 de mayo parecía que la mitad de la BEF iba a quedarse en Francia. Pero al día siguiente, frente a las costas de Dunkerque, apareció una gran flota compuesta por navíos de la Marina Real británica y «pequeñas embarcaciones»: destructores, minadores, yates, vapores de ruedas, remolcadores, botes salvavidas, barcos de pesca y embarcaciones de recreo. Muchos de esos barcos más pequeños se dedicaron a transportar a los soldados desde las playas hasta las naves más grandes. Uno de los yates presentes, el *Sundowner*, era propiedad del capitán de fragata C. H. Lightoller, el oficial que había sobrevivido al naufragio del *Titanic*. El milagro de Dunkerque tuvo mucho que ver con el estado de la mar, normalmente en calma durante los días y las noches de aquella importantísima operación.

A bordo de los destructores, los suboficiales de la Marina Real daban a los exhaustos y hambrientos soldados que habían sido rescatados tazas de chocolate caliente, latas de carne de buey y pan. Pero con la Luftwaffe aumentando el número de sus ataques cada vez que cesaba la cobertura aérea de los cazas de la RAF, llegar a un barco no era precisamente una empresa segura. Es muy difícil olvidar la descripción de las horribles heridas sufridas durante los ataques aéreos, así como los relatos que nos hablan de los que morían ahogados cuando un barco se

hundía o de los que gritaban pidiendo auxilio y no recibían respuesta. Peor fue lo que les tocó vivir a los heridos que se quedaron atrás, en el perímetro de Dunkerque, donde los médicos y el personal sanitario apenas podían hacer nada para consolar a los moribundos o aliviarles el dolor.

Ni siquiera los que fueron evacuados pudieron mitigar su sufrimiento al llegar a Dover. La evacuación en masa había colapsado el sistema. Los trenes hospital los repartieron por distintos centros a lo largo y ancho de todo el país. Un soldado herido, recién llegado del horror de Dunkerque, no pudo dar crédito a sus ojos cuando vio a través de la ventanilla del tren a un grupo de hombres vestidos de franela blanca jugando al cricket como si Gran Bretaña nunca hubiera entrado en guerra. Bajo los uniformes de campaña de muchos de los que presentaban lesiones, cuando por fin pudieron ser atendidos debidamente, se descubrió que en sus heridas asomaban los gusanos, o que la gangrena obligaba a amputarles el miembro afectado.

La mañana del 1 de junio, la retaguardia en Dunkerque, de la que formaba parte la 1.ª Brigada de la Guardia, se vio superada por una contundente ofensiva alemana en el canal de Bergues-Furnes. Varios hombres, e incluso pelotones enteros, cayeron durante el ataque, pero el arrojo demostrado durante aquella penosa jornada supuso la concesión de una Cruz Victoria y de otras diversas

condecoraciones. A partir de ese momento hubo que cancelar las operaciones de evacuación durante el día debido a las importantes pérdidas sufridas por la Marina Real, y al hundimiento de un barco hospital y a las averías de otro. La noche del 3 de junio llegaron a Inglaterra las últimas naves de Dunkerque. En una lancha motora, antes de abandonar definitivamente la zona, el general de división Alexander recorrió arriba y abajo la zona de la playa y la del puerto para comprobar que no quedaba ningún soldado. Poco antes de la medianoche, el capitán Bill Tennant, el oficial naval que lo acompañaba, consideró que ya podía enviar un mensaje al almirante Ramsay en Dover para comunicarle que se había concluido la operación.

En vez de los cuarenta y cinco mil soldados que el Almirantazgo había confiado salvar, los buques de guerra de la Marina Real británica y las diversas embarcaciones particulares consiguieron evacuar a unos trescientos treinta y ocho mil efectivos aliados, de los cuales ciento noventa y tres mil eran británicos, y los demás franceses. Unos ochenta mil hombres, en su mayoría franceses, quedaron atrás debido a la confusión y a la lentitud de sus comandantes en el momento de retirarlos.[35] Durante la campaña en Bélgica y el noreste de Francia, los británicos perdieron unos sesenta y ocho mil hombres. Casi todos los tanques y vehículos motorizados que les quedaban, prácticamente toda su artillería y la inmensa mayoría de sus

pertrechos fueron destruidos. Las fuerzas polacas en Francia también fueron evacuadas a Inglaterra; este hecho hizo que Goebbels las llamara despectiva y desdeñosamente «los turistas de Sikorski».[36]

Curiosamente, en Gran Bretaña hubo diversas reacciones: por un lado, una sensación de miedo exagerado; por otro, de gran alivio porque la BEF había sido salvada. Al ministerio de información llegó a preocuparle que el pueblo tuviera la moral «probablemente demasiado alta».[37] Y, sin embargo, la posibilidad de una invasión parecía cada vez más real. Corrían rumores que hablaban de paracaidistas alemanes disfrazados de monja. Por lo visto, algunos creían incluso que en Alemania «se reclutaban enfermos con trastornos mentales para crear un cuerpo de suicidas», y que «los alemanes abrían túneles en Suiza para llegar a Toulouse».[38] La amenaza de una invasión produjo inevitablemente un miedo irracional a la presencia de extranjeros. Poco después de la evacuación de Dunkerque, los sondeos de Mass Observation indicaban también que las tropas francesas eran bien acogidas, pero que la gente sentía un profundo rechazo por los refugiados holandeses y belgas.

Los alemanes no tardaron en poner en marcha la siguiente

fase de su campaña. El 6 de junio, atacaron la línea del río Somme y el río Aisne, aprovechando su gran superioridad numérica y su supremacía aérea. Las divisiones francesas, tras haberse recuperado de la conmoción inicial del desastre que se les había venido encima, combatieron con gran valentía, pero ya era demasiado tarde. Churchill, advertido por Dowding de que no había suficientes cazas para defender Gran Bretaña, se negó al envío de más escuadrones al otro lado del Canal de la Mancha como pedían los franceses. Aún había en el continente, al sur del Somme, más de cien mil soldados británicos, entre ellos los de la 51.ª División de Infantería (Highland), que no tardó en quedar atrapada en Saint-Valéry, junto con la 41.ª División francesa.

En un intento de que Francia siguiera en guerra, Churchill decidió trasladar al continente otra fuerza expedicionaria a las órdenes del general sir Alan Brooke. Antes de su partida, Brooke advirtió a Edén que, si él se daba cuenta del carácter diplomático de su misión y lo aceptaba, el gobierno debía reconocer que esta no tenía ninguna posibilidad de convertirse en un éxito militar. Aunque algunas unidades francesas combatían con arrojo, muchas otras habían comenzado a escabullirse y a engrosar las columnas de refugiados. Se difundió el pánico con rumores que hablaban del uso de gases venenosos y de atrocidades cometidas por los alemanes.

Huyendo del enemigo, los que más avanzaban eran los automóviles, en primer lugar los de los ricos, que parecían estar bien preparados para aquella empresa. El hecho de que pudieran adelantar a los demás les permitía acaparar los suministros de combustible —un bien cada vez más escaso — que encontraban en el camino. En segundo lugar estaban los de la clase media, mucho más modestos, con colchones atados sobre la cubierta, y el interior lleno de las posesiones más preciadas de sus dueños, entre las que a veces figuraba un perro, un gato o un canario en su jaula. Y por último, las familias más pobres, que iban a pie y utilizaban bicicletas, carretillas, caballos y cochecitos de niño para transportar sus pertenencias. A menudo, con embotellamientos de decenas y decenas de kilómetros, estas no iban más lentas que las que viajaban en automóvil, cuyo motor se recalentaba por el calor, y que se movían apenas unos metros cada vez que avanzaban.

En su avance en medio del pánico hacia el suroeste, estos ríos humanos formados por unos ocho millones de personas no tardaron en comprobar que no solo era imposible conseguir combustible, sino también alimentos. El hecho de que en las ciudades sus habitantes se dedicaran a comprar todo el pan y todas las verduras disponibles generó inmediatamente una falta de compasión cada vez mayor y un fuerte resentimiento hacia lo que empezaba a considerarse una verdadera plaga de langostas. Y todo esto

a pesar del gran número de heridos que se habían producido durante los constantes ataques lanzados por la aviación alemana contra las carreteras atestadas de refugiados. Una vez más, fueron las mujeres las que soportaron la carga de aquel desastre y las que mejor supieron afrontar la difícil y penosa situación con su sacrificio y su calma. Los hombres eran los que lloraban desesperados.

El 10 de junio, pese a ser perfectamente consciente de la inferioridad militar y de la escasez de recursos de su país, Mussolini declaró la guerra a Francia y a Gran Bretaña. Estaba firmemente decidido a no desaprovechar la oportunidad de obtener un beneficio territorial antes de que se llegara a una paz. Pero la ofensiva de los italianos en los Alpes, de la que los alemanes no fueron informados, resultó un desastre. Los franceses perdieron poco más de doscientos hombres, pero en las filas italianas se produjeron unas seis mil bajas, de las cuales más de dos mil fueron casos graves de congelación.[39]

En una decisión que no hizo más que aumentar la confusión, el gobierno francés se había trasladado al valle del Loira, estableciendo sus distintos ministerios y cuarteles generales en diversos castillos de la región. El 11 de junio, Churchill voló a Briare, a orillas del Loira, para

asistir a una reunión del Mando Supremo Aliado. Escoltado por una escuadrilla de aviones Hurricane, aterrizó en un aeródromo abandonado de la zona. Lo acompañaban el general sir John Dill, en aquellos momentos jefe del estado mayor, el general de división Hastings Ismay, el secretario del gabinete de guerra y el general de división Edward Spears, su representante personal ante el gobierno francés. El grupo fue conducido al castillo de Muguet, por entonces centro de operaciones temporal del general Weygand.

En el sombrío comedor aguardaba su llegada Paul Reynaud, un hombre de baja estatura, con grandes cejas pronunciadas y el rostro «hinchado por el cansancio».[40] Reynaud estaba al borde de un ataque de nervios. Lo acompañaban un malhumorado Weygand y el mariscal Pétain. En un segundo término se encontraba el que en aquellos momentos era subsecretario de guerra de su gobierno, el general de brigada Charles de Gaulle, un protegido de Pétain antes de que estallara la guerra. Spears observaría que, a pesar de la cortesía con la que Reynaud les dio la bienvenida, los miembros de la delegación británica se sintieron como «los parientes pobres en un funeral».[41]

Sin rodeos, Weygand pasó a describir lo catastrófica que era la situación. Churchill, aunque vestía aquel día tan caluroso un grueso traje negro, hizo todo lo que pudo para demostrar gran ingenio y entusiasmo con su inimitable

mezcla de inglés y francés. No sabía que Weygand ya había dado la orden de abandonar París en manos de los alemanes, y abogaba por defender la capital francesa casa por casa, y por emprender una guerra de guerrillas. Su propuesta horrorizó a Weygand y también a Pétain, quien, tras haber guardado un largo silencio, exclamó: «¡Esto significaría la destrucción del país!».[42] Su principal preocupación era conservar un número suficiente de tropas para sofocar cualquier desorden revolucionario. Estaban obsesionados con la idea de que los comunistas pudieran hacerse con el poder en un París abandonado.

En un intento de pasarles la patata caliente, Weygand exigió más escuadrones de cazas de la RAF para evitar la caída de Francia, sabiendo perfectamente que los británicos tenían que rechazar su petición. Apenas unos días antes había culpado de su derrota no a los generales, sino al Frente Popular y a los maestros de escuela «que se han negado a fomentar entre los niños el patriotismo y el espíritu de sacrificio».[43] Pétain pensaba de manera parecida. «Este país», dijo a Spears, «ha sido corrompido por la política».[44] Probablemente lo más cierto sea que Francia estaba tan profundamente dividida que era inevitable que se multiplicaran las acusaciones de traición.

Churchill y su comitiva volaron de vuelta a Londres sin abrigar vanas esperanzas, aunque había conseguido la promesa de que Francia hablaría con ellos antes de firmar

un armisticio. Para Gran Bretaña, las cuestiones clave eran el futuro de la flota francesa y saber si el gobierno de Reynaud estaba dispuesto a seguir con la guerra desde el norte de África francés. Pero Weygand y Pétain se oponían rotundamente a esta idea, pues tenían la firme convicción de que, en ausencia de un gobierno, Francia se sumiría en el caos. Al día siguiente, 12 de junio, por la tarde, Weygand exigió claramente que se firmara un armisticio durante una sesión del consejo de ministros, un consejo del que él no era miembro. Reynaud trató de recordarle que Hitler no era un caballero a la vieja usanza como Guillermo I en 1871, sino *«un nouveau Gengis Khan»*. Este fue, sin embargo, el último intento de Reynaud por mantener controlado a su comandante en jefe.

París era una ciudad prácticamente desierta. Una enorme columna de humo negro se elevaba hacia el cielo desde la refinería de Standard Oil, que había sido incendiada por petición del estado mayor francés y de la embajada de los Estados Unidos para impedir que los alemanes pudieran abastecerse de combustible. Las relaciones entre Francia y los Estados Unidos eran sumamente cordiales en 1940. El gobierno galo confiaba tanto en el embajador norteamericano, William Bullitt, que lo nombró alcalde de París para que negociara con el enemigo la rendición de la capital. Cuando un grupo de oficiales alemanes fue tiroteado cerca de la Porte Saint-

Denis, en el norte de la capital francesa, durante una tregua, el *Generaloberst* Georg Küchler, comandante en jefe del X Ejército, ordenó el bombardeo de la ciudad. Bullitt intervino y logró salvar París de la destrucción.[45]

El 13 de junio, mientras los alemanes se preparaban para entrar en París, Churchill volaba a Tours para celebrar otra reunión. El primer ministro inglés vio confirmados sus peores temores. A instancias de Weygand, Reynaud le preguntó si Gran Bretaña estaría dispuesta a olvidar la promesa de Francia de no pedir por su cuenta la paz. Solo unos pocos, como, por ejemplo, Georges Mandel, ministro del interior, y el joven general De Gaulle, estaban firmemente decididos a seguir con la guerra a cualquier precio. Reynaud, aunque compartía esta opinión, daba la sensación, en palabras de Spears, de estar envuelto en las vendas de los derrotistas y paralizado como una momia.

Cuando los franceses le expusieron su voluntad de firmar la paz, Churchill comentó que comprendía su postura. Los derrotistas tergiversaron sus palabras, interpretando que daba su consentimiento, lo cual negó acaloradamente. No estaba dispuesto a liberar a Francia de su compromiso hasta que los británicos tuvieran las suficientes garantías de que Alemania no podría apoderarse nunca de la flota francesa. Si esta caía en manos del enemigo sería muy probable que se coronara con éxito una invasión de Gran Bretaña. Dijo que Reynaud debía hablar

con el presidente Roosevelt para tantear la posibilidad de que los Estados Unidos ayudaran a Francia *in extremis*. Cada día que Francia siguiera resistiendo iba a permitir que Gran Bretaña se preparara mejor para un eventual ataque de los alemanes.

Aquella noche se celebró un consejo de ministros en el castillo de Cangé. Weygand, que continuaba insistiendo en la necesidad de firmar un armisticio, dijo que los comunistas se habían hecho con el poder en París, y que su líder, Maurice Thorez, había ocupado el palacio del Elíseo. Se trataba de una artimaña de lo más grotesco. Mandel telefoneó inmediatamente al prefecto de la policía de la capital, quien confirmó que aquello era absolutamente falso. Aunque pudo silenciarse a Weygand, el mariscal Pétain extrajo unas notas de su bolsillo y comenzó a leerlas. No solo hizo hincapié en la necesidad de firmar el armisticio, sino que rechazó la idea de que el gobierno abandonara el país. «Permaneceré al lado del pueblo francés para compartir su dolor y su sufrimiento».[46] Pétain había abandonado su silencio para revelar su intención de ponerse al frente de Francia durante su servidumbre. Reynaud, aunque contaba con el apoyo de un número suficiente de ministros, así como del de los presidentes de la Chambre des Députés y del Sénat, no tuvo el valor de destituirlo. Se llegó a una solución de compromiso de consecuencias dramáticas. Esperarían a conocer la

respuesta del presidente Roosevelt antes de tomar una decisión definitiva en lo concerniente al armisticio. Al día siguiente, el gobierno se trasladó a Burdeos en lo que sería el último acto de aquella tragedia.

El general Brooke vio confirmados sus peores temores en cuanto aterrizó en Cherburgo. Llegó al cuartel general de Weygand, situado en los alrededores de Briare, a última hora de la tarde del 13 de junio, cuando el generalísimo francés se encontraba en el castillo de Cangé asistiendo a la reunión del consejo de ministros. Brooke pudo entrevistarse con él al día siguiente. A Weygand le preocupaba más no acabar con gloria su carrera militar que el desmoronamiento del ejército francés.[47]

Brooke telefoneó a Londres para aclarar que no estaba de acuerdo con la orden recibida de utilizar la segunda BEF para la defensa de un reducto en Bretaña, proyecto en el que tanto Churchill como De Gaulle habían depositado grandes esperanzas. El general Dill enseguida entendió el mensaje. A partir de ese momento, iba a impedir el envío de más refuerzos al país galo. Ambos acordaron que todas las tropas británicas que seguían en el noroeste de Francia debían retirarse a los puertos de Normandía y Bretaña para proceder a su evacuación.

A su regreso a Londres, Churchill quedó horrorizado por la noticia. Brooke, exasperado, tuvo que pasar media hora colgado al teléfono para explicarle con claridad la crudeza de la situación. El primer ministro hizo hincapié en que Brooke había sido enviado a Francia para que los franceses sintieran que los británicos estaban ayudándolos. Brooke contestó que «era imposible que un cadáver sintiera algo, y que el ejército francés estaba, en todos los sentidos, muerto». Seguir con aquella empresa «solo significaría perder a unos buenos soldados para nada». Aunque se sintió muy ofendido cuando el primer ministro le insinuó que carecía «de agallas», Brooke no cedió. Al final, Churchill reconoció que no había otra salida.[48]

Los alemanes seguían perplejos ante la celeridad con la que se rendían la mayoría de los soldados franceses. «Fuimos los primeros en entrar en un determinado pueblo», escribía un soldado de la 62.ª División de Infantería, «y los soldados franceses se habían pasado dos días sentados en los bares, esperando que los hiciéramos prisioneros. Así es cómo era Francia, cómo era la tan cacareada *Grande Nation*»[49]

El 16 de junio, el mariscal Pétain declaró que estaba dispuesto a dimitir si el gobierno no entablaba inmediatamente negociaciones para la firma de un armisticio. Le convencieron de que esperara a que llegase una respuesta de Londres. En su contestación a la llamada

de Reynaud, Roosevelt se había mostrado muy comprensivo, pero sin prometer nada. Desde Londres, el general De Gaulle leyó por teléfono una propuesta, según parece sugerida en un primer momento por Jean Monnet, considerado más tarde padre fundador del ideal europeo, pero por entonces encargado de la compra de armamento. Gran Bretaña y Francia debían formar un único estado con un solo gabinete de guerra. Churchill estaba entusiasmado con este plan, concebido para que Francia siguiera en pie de guerra, y también Reynaud lo contemplaba con esperanza. Pero en cuanto planteó esta posibilidad en el consejo de ministros, la reacción de la mayoría fue de desdén y de repulsa. Pétain lo calificó de «casamiento con un cadáver», y otros manifestaron su temor de que «la pérfida Albión» pretendiera de este modo apoderarse de su país y de sus colonias en un momento de gran debilidad.

Reynaud, apenado y abatido, se reunió con el presidente Lebrun y le presentó su dimisión. Estaba a punto de sufrir una crisis nerviosa. Lebrun intentó convencerlo de que siguiera en el cargo, pero el primer ministro francés había perdido todas las esperanzas de poder oponerse a los que pedían un armisticio. Recomendó incluso que el mariscal Pétain fuera designado para formar un gobierno que negociara la paz. Lebrun, aunque en esencia estaba del lado de Reynaud, se sintió en la obligación de seguir sus consejos. A las 23:00 horas, Pétain presidió un nuevo

consejo de ministros. La III República había llegado definitivamente a su fin. Algunos historiadores sostienen, no exentos de cierta razón por los argumentos que exponen, que la muerte de la III República se debió a un golpe militar perpetrado por Pétain, Weygand y el almirante Darían, que el 11 de junio, durante la conferencia de Briare, se decantó por los partidarios del armisticio. El cometido de Darían era garantizar que la flota francesa no pudiera ser utilizada para proceder a la evacuación del gobierno y las tropas al norte de África donde continuar la lucha.

Aquella noche De Gaulle había regresado a Burdeos a bordo de un avión que puso Churchill a su disposición. A su llegada, se enteró de que su jefe había presentado la dimisión y de que él también había dejado de formar parte del gobierno. En cualquier momento podía recibir órdenes de Weygand que estaba obligado a cumplir. Manteniendo un perfil bajo, cosa harto difícil con su altura y su característico rostro, decidió entrevistarse con Reynaud para comunicarle su intención de regresar a Inglaterra para seguir desde allí con la lucha. Reynaud le entregó cien mil francos de unos fondos secretos. Spears intentó convencer a Georges Mandel de que se uniera a ellos, pero este rechazó la oferta. Como judío, no quería que nadie pudiera considerarlo un desertor, pero se equivocó al subestimar el antisemitismo que comenzaba a aflorar en su país. Al final,

esta decisión le costaría la vida.

De Gaulle, su ayudante de campo y Spears partieron de un aeródromo lleno de aviones averiados. Mientras sobrevolaban las islas del Canal rumbo a Londres, Pétain comunicaba al pueblo francés en un discurso radiofónico su intención de firmar un armisticio. Habían muerto noventa y dos mil franceses, y doscientos mil habían resultado heridos. Casi dos millones de hombres habían sido capturados como prisioneros de guerra. El ejército francés, profundamente dividido en su seno, en parte debido a la propaganda de los comunistas y de la extrema derecha, había permitido que Alemania obtuviera una victoria fácil, por no hablar del gran número de vehículos motorizados que podrían utilizar en la invasión de la Unión Soviética del año siguiente.

En Gran Bretaña, la opinión pública enmudeció horrorizada cuando fue informada de la rendición de Francia. Lo que implicaba esta noticia quedó bien claro cuando el gobierno anunció que, a partir de ese momento, las campanas de las iglesias solo podían sonar para dar la señal de alarma que anuncia una invasión. En los panfletos oficiales que distribuyeron casa por casa los carteros se indicaba que, si llegaban los alemanes, nadie saliera de casa. Si cundía el pánico y la gente comenzaba a emprender la huida, atestando las carreteras, la Luftwaffe podría hacer una verdadera escabechina.

Sin perder tiempo, el general Brooke organizó la evacuación de los últimos soldados británicos de Francia. Fue una suerte que actuara con tanta premura, pues el anuncio de Pétain dejaba a sus hombres en una situación bastante ingrata. La mañana del 17 de junio habían abandonado el continente cincuenta y siete mil de los ciento veinticuatro mil efectivos del ejército y la RAF presentes en Francia. Se llevó a cabo un esfuerzo ingente para evacuar de Saint-Nazaire, en Bretaña, al mayor número posible de los que quedaban. Se calcula que más de seis mil hombres, entre militares y civiles británicos, embarcaron ese día en el transatlántico *Lancastria* de la compañía Cunard. Durante un ataque de la aviación alemana, las bombas enemigas mandaron la nave a pique, muriendo probablemente más de tres mil quinientos de sus pasajeros, muchos atrapados en su interior. Este incidente está considerado el peor desastre naval de la historia británica. A pesar de esta escalofriante tragedia, otros ciento noventa y un mil soldados aliados lograron regresar a Inglaterra en esta segunda evacuación.[50]

Churchill recibió a De Gaulle en Londres, ocultando su decepción por la ausencia de Reynaud y de Mandel en aquella comitiva francesa. El 18 de junio, al día siguiente de su llegada, De Gaulle se dirigió al pueblo francés en una alocución radiofónica que la BBC se encargó de transmitir y de retransmitir. Ese día sería conmemorado en los años

venideros. (Por lo visto, el general francés no fue consciente de que pronunciaba su discurso coincidiendo con el 125 aniversario de la batalla de Waterloo.) Al contrario del francófilo ministro de información, Duff Cooper, el Foreign Office se oponía firmemente a que De Gaulle se dirigiera por radio al pueblo de Francia. Temía que semejante acción provocara las iras del gobierno de Pétain en un momento delicado como aquel, en el que el futuro de la flota francesa era tan incierto. Pero Cooper, apoyado por Churchill y los miembros del gabinete, ordenó a la BBC que procediera a su emisión.

Cuando se pidió a De Gaulle que dijera unas palabras para comprobar el sonido, el general galo pronunció simplemente el nombre que más le obsesionaba: *«La France»*. En esa célebre alocución, aunque en su momento fue escuchada por muy pocos franceses, De Gaulle utilizó el mundo de las emisiones radiofónicas para «izar la bandera» de la Francia Libre, de la *France combattante*. Aunque no podía lanzar un ataque directo contra la administración de Pétain, hizo un claro y conmovedor llamamiento a las armas —que más tarde sería reescrito y mejorado— cuando dijo: *«La France a perdu une bataille! Mais la France n'a* pas perdu la guerre!» En cualquier caso, puso de manifiesto su notable percepción del desarrollo de la guerra en el futuro. Aunque reconocía que Francia había sido derrotada en un nuevo tipo de guerra

moderna y mecanizada, supo pronosticar que el poder industrial de los Estados Unidos cambiaría el curso de la que estaba convirtiéndose en una contienda de carácter mundial. De esta manera, rechazaba implícitamente la idea de los *capitulards* de que Gran Bretaña iba a ser derrotada por Alemania en menos de tres semanas y que Hitler dictaría los términos de la paz en Europa.

En el discurso «Este fue su gran momento», pronunciado aquel mismo día en la Cámara de los Comunes, Churchill también hizo referencia a la necesidad de que los Estados Unidos entraran en guerra al lado de los que defendían la libertad. En efecto, la batalla de Francia había terminado, pero la de Inglaterra estaba a punto de comenzar.

8

LA OPERACIÓN LEÓN MARINO Y LA BATALLA DE INGLATERRA (junio-noviembre de 1940)

El 18 de junio Hitler se entrevistó con Mussolini en Munich para comunicarle los términos del armisticio de Francia. No quería imponer unas condiciones punitivas, por lo que no estaba dispuesto a permitir que Italia se adueñara de la flota de ese país o de alguna de sus colonias, como ansiaba el Duce. Ni siquiera iba a permitir una presencia italiana en la ceremonia de la firma del armisticio. Japón, por su parte, no perdió el tiempo y se dispuso a sacar el máximo provecho de la derrota de Francia. Las autoridades de Tokio advirtieron al gobierno de Pétain que tenía que interrumpir inmediatamente el aprovisionamiento de las fuerzas nacionalistas chinas desde Indochina. Se esperaba que en cualquier momento Japón decidiera invadir esta colonia francesa. El gobernador general francés de la región cedió a las presiones y autorizó el estacionamiento

de tropas y aviones nipones en Tongking.

El 21 de junio concluyeron los preparativos para la firma del armisticio. Hitler, que había soñado con ese momento durante tanto tiempo, ordenó que el vagón de tren del mariscal Foch en el que la delegación alemana había firmado la rendición de su país en 1918 fuera trasladado inmediatamente del museo en el que se encontraba al bosque de Compiègne. Estaba a punto de vengar la humillación que tanto le había obsesionado a lo largo de su vida. Sentado en el interior del carruaje, aguardó, junto con Ribbentrop, Rudolf Hess, Göring, Raeder, Brauchitsch y Keitel, la llegada de la comitiva del general Huntziger. El asistente de Hitler y miembro de la SS, Otto Günsche, llevaba consigo una pistola por si los delegados franceses intentaban atentar contra la vida del Führer. Mientras Keitel leyó en voz alta los términos del armisticio, Hitler permaneció en silencio. A continuación el Führer marchó de allí, y más tarde telefoneó a Goebbels. «Se ha puesto fin a la ignominia», escribiría Goebbels en su diario. «Es como volver a nacer».[1]

A Huntziger se le informó de que la Wehrmacht iba a ocupar la mitad septentrional de Francia y la zona de la costa atlántica. Las otras dos quintas partes del país quedarían en manos del gobierno de Pétain, al que se le permitiría disponer de un ejército de cien mil hombres. Francia tendría que pagar los costes de la ocupación, y para

ello se fijó una tasa de cambio entre el marco alemán y el franco francés grotescamente ventajosa para el Reich. Por su parte, Alemania no tocaría ni la flota ni las colonias francesas. Como había supuesto Hitler, estos eran dos puntos sobre los que ni siquiera Pétain y Weygand estaban dispuestos a ceder. Lo que pretendía el Führer era separar a los franceses de los británicos y asegurarse de que los primeros no entregaran su Armada a sus antiguos aliados, aunque la Kriegsmarine se había mostrado firmemente decidida a echar mano de la flota francesa «para continuar la guerra contra Gran Bretaña».[2]

Tras firmar los términos de la paz por orden de Weygand, el general Huntziger quedó profundamente desolado. «Si en tres meses Gran Bretaña no es obligada a hincar la rodilla», se cuenta que exclamó, «seremos los peores criminales de la historia».[3] El armisticio fue oficial a primera hora del 25 de junio. Hitler emitió un comunicado proclamando la «victoria más grande de todos los tiempos».[4] En Alemania, para celebrarlo, las campanas debían sonar durante una semana, y las banderas ondear a lo largo de diez días. El 28 de junio, por la mañana, Hitler dio una vuelta por París, acompañado por el escultor Arno Breker y por los arquitectos Albert Speer y Hermann Giesler. Irónicamente, fueron escoltados por el *Generalmajor* Hans Speidel, que cuatro años más tarde sería el principal conspirador en Francia contra el Führer.

París no impresionó a Hitler, para quien la nueva capital de Alemania que estaba planeando iba a ser infinitamente más espléndida. Tras esta breve visita, regresó a su cuartel general en la Selva Negra, desde donde preparó su entrada triunfal en Berlín y consideró hacer un llamamiento a Gran Bretaña, invitándola a resignarse y aceptar la situación, en un discurso que pensaba pronunciar en el Reichstag.

Sin embargo, Hitler estaba inquieto, pues veía con preocupación el hecho de que la Unión Soviética se hubiera anexionado el 28 de junio las regiones rumanas de Besarabia y Bucovina septentrional. Las ambiciones de Stalin en esta zona de Europa suponían una amenaza para los intereses alemanes en el delta del Danubio y los yacimientos petrolíferos de Ploestí. Tres días después, el gobierno de Rumania renunció al pacto anglo-francés que garantizaba sus fronteras, y envió emisarios a Berlín. El Eje estaba a punto de hacerse con otro aliado.

Mientras tanto, Churchill, más dispuesto que nunca a seguir con la lucha, había tomado una decisión. Ni que decir tiene que se arrepentía profundamente del telegrama que había enviado a Roosevelt el 21 de mayo, hablándole de una posible derrota de Inglaterra con la consiguiente pérdida de la Marina Real británica. En aquellos momentos tenía que hacer un gesto que demostrara a los Estados Unidos y al mundo entero que su país tenía la firme intención de resistir. Y como seguía preocupándole

muchísimo la posibilidad de que la flota francesa acabara al final en manos de Alemania, optó por poner toda la carne en el asador. Sus mensajes al nuevo gobierno francés instándole a trasladar sus barcos de guerra a puertos británicos no habían tenido respuesta. Las promesas que le había hecho el almirante Darían en ese sentido ya no suponían ninguna garantía, sobre todo después de que este se hubiera pasado en secreto al bando de los *capitulards*. Y las que hacía Hitler en su propuesta de paz podían acabar de un plumazo en el olvido, como había ocurrido anteriormente. La flota francesa podía tener un valor incalculable para los alemanes en una invasión de Gran Bretaña, especialmente después de las innumerables pérdidas sufridas por la Kriegsmarine frente a las costas de Noruega. Y la entrada de Italia en la guerra podía suponer un desafío al predominio de la Armada británica en el Mediterráneo.

La neutralización de la poderosísima fuerza naval francesa era una misión prácticamente imposible. «Se le ha encomendado una de las tareas más difíciles y desagradables que haya tenido que afrontar jamás un almirante británico», dijo Churchill al almirante sir James Somerville mientras su Fuerza H zarpaba de Gibraltar la noche anterior.[5] Somerville, como casi todos los oficiales de la Marina Real británica, era totalmente reacio al uso de la fuerza contra una armada aliada con la que había

colaborado estrecha y amistosamente. Cuestionó las órdenes recibidas de iniciar la «Operación Catapulta» en un mensaje enviado al Almirantazgo que solo sirvió para que le contestaran dándole una serie de instrucciones todavía más concretas. Los franceses tenían las siguientes alternativas: unirse a los británicos para seguir con la guerra contra Alemania e Italia, poner rumbo a un puerto británico, poner rumbo a un puerto francés de las Antillas, como, por ejemplo, Martinica, poner rumbo a los Estados Unidos, o barrenar ellos mismos sus naves —en menos de seis horas— para mandarlas a pique. Si rechazaban todas estas opciones, el almirante británico tenía «la orden del gobierno de Su Graciosa Majestad de utilizar toda la fuerza necesaria para impedir que los barcos [franceses] caigan en manos de los alemanes o de los italianos».[6]

Poco antes del amanecer del miércoles, 3 de julio, los británicos se pusieron en marcha. Los barcos de guerra franceses anclados en los puertos del sur de Inglaterra fueron tomados por grupos de asalto armados, sin que apenas se produjeran bajas. En Alejandría, un sistema más cortés, a saber, el bloqueo en el puerto de la escuadra francesa, fue el elegido por el almirante sir Andrew Cunningham. El episodio más trágico tendría lugar en el norte de África, cerca de Oran, en el puerto francés de Mers-el-Kébir, antigua base de los piratas de la costa berberisca.

El destructor británico *Foxhound* apareció frente a las costas de Mers-el-Kébir al amanecer. En cuanto se levantó la bruma de la mañana, el capitán Cedric Holland, emisario de Somerville, mandó un mensaje comunicando que quería parlamentar. El almirante francés, Marcel Gensoul, desde su buque insignia *Dunkerque*, estaba al mando de los cruceros de batalla *Strasbourg, Bretagne* y *Provence*, así como de una flotilla de veloces destructores. Gensoul se negó a recibirlo, por lo que Holland tuvo que iniciar una ardua tarea para entablar negociaciones a través del oficial de artillería del *Dunkerque* al que conocía muy bien.

Gensoul insistió en que la Armada francesa nunca permitiría que sus barcos cayeran en manos de los alemanes o de los italianos. Si los británicos persistían en su amenaza, estaba dispuesto a ordenar que sus naves respondieran con contundencia a cualquier agresión. Como seguía negándose a recibir a Holland, el capitán británico le envió un ultimátum especificando por escrito las distintas alternativas por las que podían optar los franceses. La posibilidad de poner rumbo a Martinica o a los Estados Unidos, contemplada incluso por el almirante Darían, raras veces aparece citada en los relatos franceses de este incidente. Este hecho tal vez se deba a que Gensoul nunca la mencionó en sus mensajes a Darían.

Fueron pasando las horas, y el calor se hacía cada vez

más asfixiante. Holland seguía intentando que Gensoul lo recibiera, pero el almirante francés seguía negándose a cambiar de opinión. Cada vez faltaba menos para que fueran las 3 de la tarde, la hora límite del plazo dado. Somerville ordenó que los aviones Swordfish del *Ark Royal* lanzaran minas magnéticas en la entrada del puerto. Esperaba que con ello Gensoul se convenciera de que la cosa iba muy en serio. Al final, el almirante francés accedió a entrevistarse personalmente con él, y se prorrogó el plazo: la nueva hora límite sería las 17:30. Los franceses querían ganar tiempo, pero Somerville, contrariado por aquella misión, decidió correr el riesgo. En cuanto Holland subió a bordo del *Dunkerque*, cuyo nombre reflejaba sin duda una desafortunada coincidencia, se dio cuenta enseguida de que los barcos franceses ya estaban preparados para la batalla, pues incluso había remolcadores listos para conducir a los cuatro acorazados fuera de los espigones.

Gensoul advirtió a Holland que cualquier disparo por parte de los británicos sería «equivalente a una declaración de guerra».[7] Solo estaba dispuesto a barrenar sus barcos y mandarlos a pique si los alemanes intentaban apoderarse de ellos. Pero Somerville tenía muchas presiones del Almirantazgo, que quería solucionar rápidamente aquella cuestión, pues se habían interceptado mensajes que hablaban de la inminente llegada de una escuadra de cruceros franceses procedente de Argel. Así pues, decidió

enviar un mensaje a Gensoul, insistiendo en que, si no aceptaba inmediatamente una de las alternativas propuestas, se vería en la obligación de abrir fuego a las 17:30, según lo estipulado. Holland tenía que abandonar rápidamente el *Dunkerque*. Somerville esperó a que pasara casi otra media hora más de lo acordado, con la esperanza de que los franceses entraran en razón.

A las 17:54, los acorazados británicos *Hood, Valiant* y *Resolución* abrieron fuego con sus cañones principales de 15 pulgadas. No tardaron en dar en el blanco. El *Dunkerque* y el *Provence* sufrieron importantes daños, y el *Bretagne* estalló por los aires y zozobró. Milagrosamente, otros barcos quedaron intactos, pero Somerville ordenó el alto el fuego para dar a Gensoul otra oportunidad. No se dio cuenta de que el *Strasbourg* y dos de los destructores, aprovechando la densa humareda, habían conseguido llegar a alta mar. Cuando un avión de reconocimiento dio la alerta de aquella escapada al buque insignia británico, Somerville creyó que se trataba de un error, pues daba por hecho que las minas habrían imposibilitado semejante empresa. Al final, el *Hood* y varios aviones Swordfish y Skua del *Ark Royal* partieron en persecución de las naves huidas, pero sus ataques fracasaron cuando se vieron interceptados por unos cazas franceses que habían despegado rápidamente desde el aeródromo de Oran. Cuando esto ocurría, el sol ya

comenzaba a ocultarse rápidamente en el horizonte, sumiendo cada vez más en la oscuridad la costa del norte de África.

La carnicería que se produjo a bordo de los barcos dañados en Mers-el-Kébir fue espeluznante, especialmente la que sufrieron los hombres que se vieron atrapados en las salas de máquinas. Muchos perecieron asfixiados por el humo. En total, murieron mil doscientos noventa y siete marineros franceses, y trescientos cincuenta resultaron heridos. Casi todos los muertos pertenecían al *Bretagne*. No es de extrañar que la Marina Real Británica considerara la Operación Catapulta la misión más vergonzosa que se había visto obligada a llevar a cabo. Y, sin embargo, esta batalla unilateral tuvo unos efectos extraordinarios en todo el mundo, pues demostró que Gran Bretaña estaba preparada para seguir combatiendo con toda la implacabilidad que fuera necesaria. Roosevelt, en particular, se convenció de que los británicos no iban a rendirse. Y en la Cámara de los Comunes, Churchill fue aclamado por razones similares, y no porque hubiera un sentimiento de rencor hacia los franceses por haber preferido firmar el armisticio.

La profunda anglofobia del gobierno de Pétain, que incluso había dejado petrificados a los diplomáticos norteamericanos, se convirtió en verdadero odio visceral después de lo de Mers-el-Kébir. Pero hasta Pétain y

Weygand se dieron cuenta de que declarar una guerra a Gran Bretaña no iba a conducir a ninguna parte. Así pues, se limitaron a romper relaciones diplomáticas con su antiguo aliado. Ni que decir tiene que para Charles de Gaulle aquellos días fueron una época terrible. De los marineros y soldados franceses presentes en Gran Bretaña, muy pocos se mostraron dispuestos a unirse a su nuevo ejército, que, en un principio, contó solo con unos cuantos cientos de hombres. Movidos por la nostalgia, en su mayoría pidieron ser repatriados.

También Hitler se vio obligado a reflexionar sobre lo ocurrido mientras se preparaba su gran entrada triunfal en Berlín. Había estado considerando seriamente presentar un «ofrecimiento de paz» a los británicos tras su regreso a la capital, pero en aquellos momentos comenzaban a asaltarle las dudas.

Casi todos los alemanes, después de haber temido que en Flandes y en Champagne se produjera otra carnicería, estaban exultantes de júbilo por la sorprendente victoria. Tenían la convicción de que a partir de ese momento ya no habría más guerra. Al igual que los *capitularás* franceses, estaban seguros de que Gran Bretaña sería incapaz de resistir sola y de que Churchill iba a ser depuesto por un

grupo de pacifistas. El sábado, 6 de julio, grupos de chicas y niñas vestidas con el uniforme de la Liga de Muchachas Alemanas (*Bund Deutscher Mädel*), la rama femenina de las Juventudes Hitlerianas (*Hitler-Jugend*) cubrían de flores la calle que iba desde la Anhalter Bahnhof, la estación ferroviaria a la que iba a llegar el tren del Führer, hasta la Cancillería. Un número ingente de personas había comenzado a congregarse en la zona seis horas antes de que Hitler hiciera su aparición. El clima de animación era extraordinario, especialmente después del sorprendente mutismo con el que Berlín recibió la noticia de la ocupación de París por parte de las fuerzas alemanas. Sobrepasaba con mucho incluso el fervor que inundó las calles tras la anexión de Austria. Hasta los contrarios al régimen se sintieron atrapados por el frenesí y la alegría de la victoria. Un sentimiento que en aquellos momentos se veía estimulado por el odio a Gran Bretaña, el único obstáculo que quedaba para conseguir una *Pax Germanica* en toda Europa.

En el triunfo de Hitler, a imitación de los que se celebraban en la antigua Roma, solo faltaban los cautivos encadenados y un esclavo diciéndole al oído que no olvidara que seguía siendo un mortal. Aquella tarde brillaba el sol, lo que de nuevo parecía confirmar el «milagro climático del Führer» en las grandes celebraciones del Tercer Reich. La calle que iba a recorrer la comitiva de

Mercedes de seis ruedas estaba atestada de «miles de personas jubilosas que gritaban y lloraban emocionadas en un estado de histeria».[8] Cuando el automóvil de Hitler llegó a la Cancillería, las voces agudas de las muchachas de la BDM adulando al Führer se mezclaron con los gritos atronadores de la multitud pidiendo a su líder que saliera al balcón.[9]

Unos días después, Hitler tomó una decisión. Tras considerar las posibles estrategias que podían seguirse con Gran Bretaña y discutir sobre la invasión de este país con los altos oficiales de su ejército, promulgó la «Directiva n.° 16 para los preparativos de una operación de desembarco en Inglaterra». El primer plan de emergencia para una invasión de Gran Bretaña, el llamado «Estudio Norte-Oeste», había terminado de elaborarse en diciembre del año anterior.[10] Sin embargo, antes incluso de que la Kriegsmarine sufriera tantas pérdidas durante la campaña de Noruega, el *Grossadmiral* Raeder había hecho hincapié en que solo podía intentarse una invasión cuando la superioridad aérea de la Luftwaffe fuera evidente. Por parte del ejército, Halder instaba a recurrir a la invasión como último recurso.

La Kriegsmarine se veía ante la ingente tarea de reunir barcos y naves suficientes para trasladar una primera tanda de cien mil hombres —con sus tanques, sus vehículos motorizados y sus equipos— al otro lado del Canal de la

Mancha. También debía considerar otra cuestión: el número de sus navíos de guerra era a todas luces inferior al de la Marina Real británica. En un primer momento, el OKH destinó a la invasión el VI, el IX y el XVI Ejército, que se encontraban en la costa francesa del Canal, entre la península de Cherburgo y Ostende. Más tarde, se decidió que solo el IX y el XVI Ejército constituyeran el contingente invasor que iba a desembarcar en la zona situada entre Worthing y Folkestone.

Las riñas y disputas entre los cuerpos de las fuerzas armadas por las grandes dificultades que entrañaba la invasión hacían que cada vez pareciera menos probable que pudiera ponerse en marcha una operación antes de la llegada del otoño, con su inestable climatología. El único sector de la administración nazi que parecía tomarse en serio aquella aventura era el RHSA (*Reichssicherheitshauptamt*) de Himmler, del que formaba parte la Gestapo y el SD (*Sicherheitsdienst*). Su departamento de contraespionaje, dirigido por Walter Schellenberg, elaboró un estudio extraordinariamente pormenorizado (y a veces curiosamente impreciso e inexacto) sobre Gran Bretaña, con una «Lista especial de búsqueda y captura» en la que aparecían los nombres de los dos mil ochocientos veinte individuos a los que la Gestapo pensaba detener una vez invadida Gran Bretaña.[11]

Hitler se mostraba cauteloso por otras razones. Le

preocupaba que una desintegración del imperio británico pudiera poner las colonias inglesas en manos de los Estados Unidos, Japón y la Unión Soviética. Así pues, decidió seguir adelante con la Operación León Marino solo si Göring, que acababa de ser ascendido al rango de *Reichsmarschall*, conseguía con su Luftwaffe que Gran Bretaña se hincara de rodillas. En consecuencia, el tema de la invasión de Inglaterra no fue estudiado nunca con urgencia por las instancias superiores de Alemania.

La Luftwaffe no estaba preparada para tamaña empresa. Göring había creído que Gran Bretaña se vería obligada a buscar una paz tras la caída de Francia, y sus Luftflotten necesitaban tiempo para reequipar sus escuadrones. Las pérdidas sufridas en los Países Bajos y en Francia habían sido muy superiores a lo esperado. En total, la Luftwaffe había perdido mil doscientos ochenta y cuatro aviones, y la RAF novecientos treinta y uno. Asimismo, el proceso de traslado de sus unidades de cazas y de bombarderos a los aeródromos del norte de Francia duró más de lo que se había imaginado en un primer momento. Durante la primera mitad de julio, la Luftwaffe se limitó a controlar la navegación en el Canal de la Mancha, el estuario del Támesis y el mar del Norte. Fue lo que los alemanes denominaron el *Kanalkampf*: una serie de ataques, principalmente con bombarderos en picado Stuka y con *Schnellboote*, o *S-Boote* (los buques torpederos que

los británicos llamaban *E-boats*), que cerraron prácticamente el Canal a los convoyes británicos.

El 19 de julio, Hitler pronunció un largo discurso ante varios miembros del Reichstag y sus generales, reunidos con gran pompa en el Teatro de la Ópera de Kroll. Tras saludar a los comandantes de su ejército y ensalzar los grandes logros militares de Alemania, pasó a hablar de Inglaterra, acusó a Churchill de belicista y lanzó un «llamamiento a la razón»,[12] que fue inmediatamente rechazado por el gobierno británico. El Führer no había sabido comprender que en aquellos momentos la posición de Churchill se había convertido en el paradigma de la determinación más tenaz.

La frustración de Hitler fue todavía mayor después del triunfo obtenido en el vagón de su tren durante la firma del armisticio en la *Forêt* de Compiègne y el espectacular aumento del poderío alemán. La ocupación del norte y el oeste de Francia por parte de la Wehrmacht permitía el acceso por tierra a las materias primas de España y a las bases navales de la costa atlántica. Alsacia, Lorena, el Gran Ducado de Luxemburgo y la región de Eupen-Malmedy del este de Bélgica fueron anexionados al Reich. Los italianos controlaban parte del sureste francés, y el resto del sur y el centro de Francia, la zona no ocupada, estaba en manos del «Estado Francés» del mariscal Pétain, y su capital era la ciudad balneario de Vichy.

El 10 de julio, una semana después del desastre de Mers-el-Kébir, la *Assemblée Nationale* se reunió en el Gran Casino de Vichy. Acordó conceder plenos poderes al mariscal Pétain. De sus seiscientos cuarenta y nueve miembros presentes, solo ochenta votaron en contra. La III República había dejado de existir. *L 'État Francais*, que supuestamente encarnaba los valores tradicionales de *Travail, Famille* y *Patrie*, creó una asfixia moral y política que se caracterizó por su elevado grado de xenofobia y represión. Nunca reconocería que con su control de la Francia no ocupada en beneficio de Alemania colaboraba con el régimen nazi.

Francia tenía que pagar no solo los costes de su propia ocupación, sino también una quinta parte de lo que se había gastado hasta entonces Alemania en la guerra. Ni los cálculos hinchados ni el tipo de cambio entre el marco alemán y el franco francés que había fijado Berlín podían ser cuestionados. Esta circunstancia supuso una cantidad enorme de dinero extra para el ejército alemán de ocupación. «Ahora hay muchas cosas que podemos comprar con nuestro dinero», escribía un soldado, «de modo que se gasta uno muchos *pfennige*, pero en las tiendas se agota todo enseguida. Estamos en un pueblo bastante grande».[13] En los comercios de París se agotaban todas las existencias sobre todo gracias a los oficiales de permiso. Además, el gobierno nazi podía proveerse de las

reservas de materias primas que necesitaba para su industria de guerra. Y un año después, el botín obtenido en forma de armas, vehículos y caballos cubriría buena parte de las necesidades de la Wehrmacht durante la invasión de la Unión Soviética.

La industria francesa, por su parte, se reorganizó para satisfacer las exigencias del conquistador, y la agricultura francesa contribuyó a que los alemanes vivieran mejor que nunca desde el fin de la Primera Guerra Mundial. La ración diaria de los franceses, compuesta de carne, grasas y azúcar, tuvo que ser reducida a prácticamente la mitad de la de los alemanes, que veían en este hecho una justa venganza por los años de hambre que habían tenido que soportar después de la Primera Guerra Mundial. Mientras tanto, los franceses debían consolarse pensando que, en cuanto Gran Bretaña entrara en razón, el acuerdo de una paz general iba a mejorar las condiciones de todos.

Después de lo de Dunkerque y de la capitulación de Francia, los británicos estaban en un estado de shock similar al que sufre un soldado herido cuando no siente dolor alguno. Sabían perfectamente que la situación era desesperada, por no decir catastrófica, con casi todos los vehículos y las armas de su ejército abandonados al otro

lado del Canal de la Mancha. Y, sin embargo, gracias en parte a las palabras de Churchill, afrontaban de buen grado la crudeza de su destino. Comenzaban a confiar en que, por muy mal que les hubiera ido al comienzo de la guerra, iban a «ganar la batalla final», aunque nadie tenía ni la más remota idea de cómo podían hacerlo. Muchos británicos, entre ellos el propio rey, sintieron bastante alivio cuando los franceses dejaron de ser sus aliados. El mariscal del Aire Dowding afirmaría más tarde que, tras enterarse de la rendición de Francia, se arrodilló y dio gracias a Dios por no tener que seguir poniendo en peligro más cazas al otro lado del Canal de la Mancha.[14]

Los británicos suponían que, después de conquistar Francia, los alemanes iban a invadir inmediatamente su país. El general sir Alan Brooke, responsable de la defensa de la costa sur, estaba sumamente preocupado por la falta de armas, de vehículos blindados y de unidades bien adiestradas. Los jefes de estado mayor estaban obsesionados con la amenaza que se cernía sobre las instalaciones industriales del sector aeronáutico, de las que tanto dependía la RAF para sustituir los aviones perdidos en Francia. Sin embargo, el tiempo que tardó la Luftwaffe en organizar su ataque a Gran Bretaña permitió que las fuerzas aéreas británicas pudieran prepararse suficientemente.

Por aquel entonces, los británicos probablemente solo dispusieran de unos setecientos cazas, pero los alemanes

subestimaron la capacidad de producción de su enemigo, que llegó a duplicar la de la industria germánica, con la fabricación de unos cuatrocientos setenta aviones al mes. La Luftwaffe confiaba también en la clara superioridad de sus aparatos y de sus pilotos. La RAF había perdido ciento treinta y seis aviadores, unos muertos en combate y otros hechos prisioneros en Francia. Por muchos aviadores de otras nacionalidades que engrosaran sus filas, el número de pilotos de las fuerzas aéreas británicas seguía siendo escaso. Montaron tantas escuelas de aviación como les fue posible, pero los pilotos recién graduados eran casi siempre los primeros en caer derribados.

Los polacos constituían el principal contingente extranjero, con más de ocho mil efectivos en las fuerzas aéreas. Eran los únicos con experiencia en el combate, pero su integración en la RAF fue muy lenta. Las negociaciones con el general Sikorski, que quería una aviación polaca independiente, habían sido bastante complicadas. Pero cuando los primeros grupos de pilotos pasaron a la Reserva de Voluntarios de la RAF, inmediatamente pusieron de manifiesto su pericia. Los aviadores británicos solían llamarlos los «locos polacos», por su intrepidez y su desprecio a la autoridad. Sus nuevos camaradas no tardaron en demostrar claramente su exasperación ante toda la burocracia de la RAF, aunque reconocieran que esta estaba mucho mejor dirigida que la

fuerza aérea francesa.

La disciplina fue a menudo un verdadero problema, en parte porque los pilotos polacos seguían enfadados con sus propios comandantes por el estado en el que se encontraban sus fuerzas aéreas cuando Alemania había invadido su país en septiembre de 1939. Se habían mostrado dispuestos a luchar contra la Luftwaffe con gran arrojo, convencidos de que por muy lentos que fueran sus cazas P-11, y por muy mal equipados que estuvieran, iban a ganar la batalla con su pericia y su coraje. Sin embargo, fueron vencidos por la superioridad numérica y técnica de las escuadrillas alemanas. Esta amarga experiencia, por no hablar de las atrocidades cometidas por Hitler y Stalin con su país, había encendido en ellos un feroz deseo de venganza, sobre todo en aquellos momentos en los que tenían a su disposición unos cazas nuevos y modernos. Los altos oficiales de la RAF no habrían podido estar más equivocados cuando su arrogancia los llevó a pensar que los polacos estaban «desmoralizados» por su derrota, y querían entrenarlos para utilizarlos en las escuadrillas de bombarderos.[15]

La actitud, la comida y las maneras características de los británicos supusieron una verdadera conmoción para los polacos. Pocos pudieron borrar de su memoria los emparedados de pasta de pescado que les ofrecieron a su llegada, y los horrores de la cocina británica no hizo más

que aumentar su nostalgia de la patria: desde el cordero muy cocido con col, hasta las omnipresentes natillas (que también sorprendían a los ciudadanos de la Francia Libre). Sin embargo, la calurosa acogida que les dispensó la mayoría de los británicos, con sus gritos de «¡Larga vida a Polonia!», los dejó petrificados. Los pilotos polacos, considerados héroes gallardos, enseguida se vieron acosados por las jóvenes británicas que, haciendo gala por primera vez de un elevado grado de libertad, no dudaban en hacerles todo tipo de proposiciones. A diferencia de lo que ocurría en el aire, el idioma no constituía un problema en las salas de baile.

Al contrario de lo que pueda pensarse, la fama de temerarios de los aviadores polacos no se reflejó en el número de sus pérdidas. De hecho, su porcentaje de bajas fue inferior al de los pilotos de la RAF, en parte gracias a su experiencia, pero también porque sabían evitar mejor que nadie las emboscadas de los cazas alemanes. Eran claramente individualistas y se reían de algunas tácticas obsoletas de la RAF como la de tres aviones volando en formación cerrada en V simétrica de «victoria». Pasó bastante tiempo, y tuvieron que producirse muchas bajas innecesarias, antes de que la RAF comenzara a copiar el sistema alemán aprendido durante la Guerra Civil Española, el de formación en V asimétrica, o cuña de cuatro, que recordaba la punta de los cuatro dedos de una mano, sin

contar el pulgar.

El 10 de julio había cuarenta pilotos polacos en los escuadrones del Mando de Cazas, un número que aumentó vertiginosamente cuando los que habían llegado de Francia comenzaron a incorporarse tras obtener el correspondiente diploma. En el momento más álgido de la batalla de Inglaterra, más del 10 por ciento de los pilotos de caza presentes en el sureste del país eran de nacionalidad polaca. El 13 de julio se creó la primera escuadrilla polaca. En menos de un mes el gobierno británico cedió a la petición de Sikorski de disponer de una fuerza aérea exclusivamente polaca, con sus propios cazas y con sus propias escuadrillas de bombarderos, pero a las órdenes de la RAF. Su unidad más famosa sería la Escuadrilla Kosciuszko 303.

El 31 de julio, Hitler convocó a sus generales en el Berghof, su residencia de montaña en las inmediaciones de Berchtesgaden. Seguía sumamente perplejo por la negativa británica de llegar a un acuerdo. Como parecía harto improbable que los Estados Unidos entraran en guerra en un futuro inmediato, empezó a pensar que Churchill contaba con el apoyo de la Unión Soviética. Esta circunstancia fue una de las principales razones de que

decidiera poner en marcha uno de sus proyectos de mayor envergadura: la destrucción del «bolchevismo judío» en el este. Pensaba que solo la derrota de la potencia soviética mediante una gran invasión obligaría a Gran Bretaña a deponer su actitud. Así pues, es evidente que la resolución que tomó Churchill a finales de mayo de seguir en solitario con la guerra no solo repercutió en el destino de las islas británicas.

«Con Rusia aplastada», dijo Hitler a los comandantes en jefe de sus ejércitos, «se desvanecerá la última esperanza de Gran Bretaña. Entonces Alemania será dueña de Europa y de los Balcanes».[16] Esta vez, a diferencia de lo ocurrido poco antes de la invasión de Francia, en lugar de nerviosismo, sus generales mostraron una firme disposición a comenzar tamaña empresa. Sin recibir siquiera instrucciones directas de Hitler, Halder había ordenado que los oficiales de estado mayor estudiaran los planes de ataque.

En medio de la euforia por la derrota de Francia y por la venganza de la humillación sufrida en Versalles, los comandantes en jefe de la Werhrmacht se deshicieron en elogios hacia su Führer, llamándolo «el primer soldado del Reich»,[17] el que iba a garantizar el futuro de Alemania para siempre. Dos semanas más tarde, Hitler, que en privado se mostraba sumamente cínico por la facilidad con la que lograba sobornar a sus principales comandantes con

honores, medallas y regalos en metálico, hizo entrega de doce bastones de mariscal de campo a los conquistadores de Francia. Pero antes de concentrar su atención en la campaña de la Unión Soviética, que, en su opinión, iba a ser «un juego de niños»[18] después de haber derrotado a Francia, el Führer se sintió en la obligación de intentar un acuerdo con Gran Bretaña para evitar una guerra en dos frentes.

La directiva del OKW ordenaba que la Luftwaffe se concentrara en la destrucción de la RAF, de «su organización de apoyo terrestre, y [de] la industria armamentística británica»,[19] así como de los puertos y los navíos de guerra ingleses. Göring pronosticó que lo conseguiría en menos de un mes. Después de la victoria en Francia, sus pilotos tenían la moral muy alta, conscientes de su superioridad numérica. En Francia, la Luftwaffe contaba con seiscientos cincuenta y seis cazas Me-109, ciento sesenta y ocho cazas bimotores Me-110 setecientos sesenta y nueve bombarderos —de los modelos Dornier, Heinkel y Junker 88— y trescientos dieciséis bombarderos en picado Stuka Ju 87. Dowding disponía solo de quinientos cuatro aviones Hurricane y Spitfire.

Antes de lanzar el primer ataque a comienzos de agosto, los dos Cuerpos Aéreos alemanes presentes en el norte de Francia se dedicaron a sobrevolar los aeródromos de la RAF en misión de reconocimiento. Sus incursiones

para explorar el terreno servían no solo para atacar las estaciones de radar situadas en la costa, sino también para que los pilotos británicos tuvieran constantemente que despegar con sus cazas, provocando su extenuación antes de que comenzara la batalla. Las estaciones de radar, en combinación con el Cuerpo de Observación y un buen sistema de comunicaciones entre los centros de mando, permitían que la RAF no tuviera que malgastar horas de vuelo en operaciones de patrullaje aéreo a lo largo del Canal de la Mancha. Al menos en teoría, gracias a todo ello las escuadrillas podían despegar con tiempo suficiente para alcanzar la altitud necesaria, pero lo bastante tarde para ahorrar combustible y poder mantenerse en el aire el máximo tiempo posible. Afortunadamente para los británicos, las torres de radar fueron un blanco difícil; además, ni siquiera cuando sufrían daños costaba mucho volver a ponerlas rápidamente en funcionamiento.

Excepto en las operaciones de evacuación de Dunkerque, Dowding no había querido utilizar las escuadrillas de aviones Spitfire durante los combates en Francia. En aquellos momentos trataba de reservar sus fuerzas, pues suponía lo que pretendían conseguir los alemanes con su táctica. Por distante, reservado y triste que pareciera tras la muerte de su esposa, lo cierto es que sentía una verdadera devoción por sus «queridos muchachos del cuerpo de cazas»[20] y, a su vez, inspiraba en

ellos una gran lealtad. Sabía perfectamente a lo que iban a enfrentarse sus hombres. Por otro lado, se aseguró de contar con la persona mejor indicada para comandar el Grupo 11, encargado de la defensa de Londres y del sudeste de Inglaterra. El vicemariscal del Aire Keith Park era un neozelandés que en la última gran guerra había derribado veinte aviones alemanes. Como Dowding, estaba siempre dispuesto a escuchar a sus pilotos, así como a permitirles ignorar las tácticas rígidas y conservadoras de la doctrina de preguerra y desarrollar las suyas propias.

En aquel verano crucial de 1940, el Mando de Cazas parecía una fuerza aérea verdaderamente internacional. De sus dos mil novecientos cuarenta hombres que prestaron servicio durante la batalla de Inglaterra, solo dos mil trescientos treinta y cuatro eran británicos. El resto estaba formado por ciento cuarenta y cinco polacos, ciento veintiséis neozelandeses, noventa y ocho canadienses, ochenta y ocho checos, treinta y tres australianos, veintinueve belgas, veinticinco sudafricanos, trece franceses, once voluntarios estadounidenses, diez irlandeses y unos cuantos más de otras nacionalidades.

El primer enfrentamiento importante tuvo lugar antes de que comenzara oficialmente la ofensiva aérea nazi. El 24 de julio, el alemán Adolf Galland, al mando de una fuerza de cuarenta cazas Me-109 y dieciocho bombarderos Dornier 17, atacó un convoy en el estuario del Támesis.

Unos aviones Spitfire pertenecientes a tres escuadrillas despegaron inmediatamente para contraatacar. Y aunque solo lograron derribar dos aviones alemanes, en lugar de los dieciséis que se dijo, Galland quedó desconcertado por la determinación de aquel número tan inferior de aviadores británicos. Tras regresar a la base, echó una dura reprimenda a sus pilotos por sus reticencias a la hora de atacar a los Spitfire y empezó a sospechar que la batalla que estaba por venir no iba a ser una empresa tan fácil como imaginaba el *Reichsmarschall*.

Con su rimbombancia habitual, los nazis bautizaron su ofensiva con el nombre secreto de *Adlerangriff*, el «Ataque del Águila», y el *Adlertag*, esto es, el «Día del Águila», quedó fijado, tras varios aplazamientos, para el 13 de agosto. Después de una serie de confusiones relacionadas con las predicciones meteorológicas, las formaciones de bombarderos y cazas alemanas despegaron por fin de sus bases. El grupo principal debía atacar la base naval de Portsmouth, y los demás los aeródromos de la RAF. A pesar de todos los informes obtenidos en misiones de reconocimiento, los servicios de inteligencia de la Luftwaffe se equivocaron. Los aviones alemanes atacaron principalmente campos o bases satélites que no pertenecían al Mando de Cazas. Cuando comenzó a despejarse el cielo por la tarde, los radares de la costa sur detectaron que se avecinaba a Southampton una fuerza de

aproximadamente trescientos aparatos. Despegaron rápidamente ochenta cazas, un número difícil de imaginar pocas semanas antes. La escuadrilla 609 consiguió meterse en medio de un grupo de aviones Stuka y derribar seis de ellos.

En total, los cazas de la RAF derribaron cuarenta y siete aparatos enemigos, y perdieron trece. En la acción murieron tres pilotos del bando británico, pero la aviación alemana perdió ochenta y nueve, entre muertos y capturados. A partir de entonces, el Canal de la Mancha jugó a favor de la RAF. Durante la batalla de Francia, cuando en el viaje de regreso a Inglaterra su avión sufría daños o se averiaba, los pilotos británicos solían perecer ahogados en el mar después de verse obligados a realizar un amaraje forzoso. Pero en aquella nueva situación serían los alemanes los que se enfrentarían a este peligro y además a la certeza de que iban a ser capturados si tenían que saltar en paracaídas en territorio inglés.

Göring, abatido y apesadumbrado por el desastroso resultado del *Adlertag*, decidió lanzar una ofensiva más contundente el 15 de agosto, para la cual partieron de Noruega, Dinamarca y el norte de Francia un total de mil setecientos noventa aviones, entre cazas y bombarderos. Las formaciones de la Luftflotte 5 de Escandinavia perdieron casi una quinta parte de sus fuerzas, y no volvieron a participar en la batalla. La Luftwaffe llamaría a

aquel día «el jueves negro». Sin embargo, la RAF no lo celebró con júbilo, pues sus pérdidas tampoco habían sido pocas. Además, con su contundente superioridad numérica, la Luftwaffe iba a seguir haciendo estragos. En sus ataques constantes a los aeródromos también murieron o fueron heridos mecánicos, ordenanzas e incluso conductores y personal de organización de la Fuerza Aérea Auxiliar Femenina. El 18 de agosto, la Escuadrilla 43 pudo vengarse del enemigo, lanzando un ataque en picado contra un grupo de aviones Stuka que bombardeaba una estación de radar. Fue responsable de la destrucción de dieciocho de esos predadores tan vulnerables antes de que se unieran a la refriega los Me-109 que los escoltaban.

Los nuevos oficiales de aviación que llegaban como refuerzo formulaban montones de preguntas a los que habían entrado en acción. Su vida resultaba monótona y rutinaria. Todos los días, antes de la salida del sol, los ordenanzas los despertaban con una taza de té. A continuación, desayunaban, y luego estaban por allí sin hacer nada, mientras iba amaneciendo. Por desgracia para el Mando de Cazas, las condiciones meteorológicas durante buena parte de aquellos meses de agosto y septiembre fueron ideales para la Luftwaffe, con un cielo

azul y despejado.

Lo peor era la espera. En esos momentos era cuando a los pilotos se les resecaba la boca que se llenaba de ese sabor metálico típico del miedo. Luego oían el odioso sonido chirriante del teléfono de campaña, e inmediatamente el grito de «¡Escuadrilla, a despegar!». Entonces se dirigían a toda prisa a sus aparatos, y, mientras corrían, los paracaídas rebotaban con pesadez en sus espaldas. El personal de tierra acudía velozmente para ayudarlos a subir a la cabina, donde se comprobaba que todo funcionara a la perfección. Una vez encendidos los motores Merlin de los aviones, se retiraban las cuñas que frenaban las ruedas, y los pilotos conducían sus cazas a las pistas y se preparaban para despegar. Había demasiadas cosas en las que pensar para tener miedo, al menos en aquellos momentos.[21]

Una vez en el aire, con los motores rugiendo mientras iban ganando altitud, los pilotos novatos debían recordar que no podían dejar de mirar a su alrededor. No tardaban en darse cuenta de que los más veteranos no llevaban las bufandas de seda simplemente por afectación. Girando constantemente la cabeza hacia uno y otro lado, la piel del cuello se irritaba debido al roce continuo con la camisa que, siguiendo las ordenanzas, debía permanecer abrochada hasta arriba con la corbata puesta. A los pilotos se les había repetido hasta la saciedad que mantuvieran «los ojos bien

abiertos en todo momento». Suponiendo que lograran sobrevivir a su primera misión —y varios no lo conseguían —, regresaban a la base, donde, una vez más, se ponían a esperar a que les llamaran para volver de nuevo a la acción. Mientras el personal de tierra procedía al rearme de los aviones y volvía a llenar los depósitos de combustible, los pilotos tomaban algún emparedado de carne de ternera enlatada y bebían tazas y tazas de té. Debido al cansancio, muchos caían enseguida presa del sueño, echándose a dormir en el suelo o en una tumbona.

Cuando volvían a elevarse con sus aparatos, los controladores aéreos de la zona los dirigían hacia una formación de «bandidos». El grito de *«Tally ho* !» por radio significaba que había sido localizada una formación de puntos negros. El piloto conectaba la mira reflectora, y empezaba la tensión. La regla principal consistía en controlar el miedo, pues, de lo contrario, se veían abocados a una muerte segura.

La prioridad era destruir los bombarderos antes de que el paraguas de los Me-109 pudiera intervenir. Cuando varias escuadrillas habían sido «dirigidas» contra una misma fuerza invasora, los veloces Spitfire se encargaban de los cazas enemigos, y los Hurricane, algo más lentos, de los bombarderos. En pocos segundos, en el cielo comenzaba una escena de caos, en la que los pilotos se lanzaban con sus aviones en picado y viraban bruscamente

una y otra vez, maniobrando con el fin de encontrar la posición idónea para «taladrar» al enemigo con una rápida descarga de proyectiles, sin olvidarse nunca de que también había que mirar atrás. Si te concentrabas obsesivamente en un solo objetivo, el enemigo tenía la oportunidad de colocarse fácilmente detrás de ti sin que te dieras cuenta. Algunos pilotos novatos, cuando eran alcanzados por primera vez por los proyectiles enemigos, quedaban paralizados. Si no conseguían salir de ese estado de conmoción, estaban perdidos.

Si habían alcanzado el motor, el avión comenzaba a perder una mezcla de gasolina y líquido anticongelante que iba cubriendo el parabrisas. Lo más peligroso era que el aparato empezara a arder. El calor podía convertir la cabina en un receptáculo asfixiante y sofocante, pero cuando el piloto lograba abrirla y liberarse de los arneses que lo sujetaban, tenía que voltear el aparato para que nada le impidiera dejarse caer. Muchos quedaban tan aturdidos y desorientados después de esa experiencia, que tenían que hacer un verdadero esfuerzo para recordar que había que tirar de la anilla para abrir el paracaídas. Si tenían la oportunidad de observar a su alrededor mientras descendían, a menudo comprobaban que en el cielo, tan lleno de aviones antes, de repente reinaba la calma, y que estaban allí completamente solos.

Siempre y cuando no estuvieran sobrevolando el Canal

de la Mancha, los pilotos de la RAF sabían que al menos iban a caer en territorio amigo. Los polacos y los checos eran conscientes de que, a pesar de sus uniformes, cabía la posibilidad de que gentes exaltadas, o incluso algún miembro de la Guardia Nacional, los confundieran con alemanes. Y hay testimonios que lo confirman. El paracaídas de un piloto polaco, Czeslaw Tarkowski, quedó atrapado en un árbol. «La gente vino hacia mí corriendo empuñando horcas y estacas», recordaría más tarde». «Una de esas personas, armada con una escopeta, gritaba, "*Hände hochr* ("manos arriba"). "¡Anda y que te jodan!", repliqué en el mejor inglés que pude. Los rostros hasta entonces tan amenazadores enseguida se iluminaron con una sonrisa. "¡Es uno de los nuestros!", exclamaron al unísono».[22] Una tarde, otro polaco aterrizó en los terrenos de un club de tenis muy exclusivo. Fue registrado como invitado, le dieron una raqueta, le prestaron el prescriptivo equipo de color blanco para jugar y lo invitaron a unirse a la partida. Cuando llegó un vehículo de la RAF a recogerlo, sus adversarios estaban completamente exhaustos por la contundente paliza que les había propinado.

Cualquier piloto honesto reconocía haber sentido «un entusiasmo salvaje y primitivo» viendo caer un avión enemigo después de haberlo alcanzado con sus disparos.[23] Como los británicos habían ordenado no disparar a los aviadores enemigos que saltaran en paracaídas, los pilotos

polacos solían pasar volando por encima de la campana de este artilugio para crear un rebufo que lo hiciera precipitar con consecuencias fatales para el paracaidista. Algunos tenían un momento de conmiseración cuando se daban cuenta de que en realidad iban a matar o a lisiar de por vida a un ser humano, en lugar de limitarse a destruir un avión enemigo.[24]

La combinación de cansancio y miedo daba lugar a peligrosos estados de gran tensión. Muchos hombres tenían pesadillas horribles todas las noches. Era irremediable que algunos sufrieran fuertes bloqueos emocionales y mentales. Prácticamente todos padecieron en algún momento «una crisis nerviosa», aunque conseguían hacerse fuertes y seguir adelante. A veces, sin embargo, alguno regresaba del combate con el pretexto de que tenía un problema con el motor. Cuando esto ocurría más de una vez, se tomaba nota de ello. En el lenguaje oficial de la RAF se atribuía a una «falta de carácter», y el piloto en cuestión era transferido a otro lugar para encomendarle otro tipo de trabajos de menor categoría.

La inmensa mayoría de los pilotos de caza británicos ni siquiera había cumplido los veintidós años. Estos muchachos no tuvieron más remedio que convertirse rápidamente en adultos, por mucho que en el comedor siguieran llamándose por el apodo y continuaran vociferando como escolares para asombro de sus colegas

de otros países. Pero a medida que fueron intensificándose los ataques de la Luftwaffe contra Inglaterra, con el consiguiente aumento de bajas entre la población civil, comenzó a arraigar en todos ellos un profundo sentimiento de rabia y de indignación.

Los pilotos de los cazas alemanes también vivían momentos de gran tensión y sufrían las consecuencias del cansancio. Se veían obligados a operar desde unos aeródromos con pistas irregulares, improvisados en la zona del Paso de Calais, por lo que tenían bastantes accidentes. El Me-109 era un magnífico avión para un piloto experto, pero para el que llegaba directamente de la academia de vuelo, sin horas de práctica, resultaba una bestia peligrosa, difícil de dominar. A diferencia de Dowding, que hacía rotar a sus escuadrillas para que pudieran descansar en un lugar tranquilo, Göring no tenía piedad alguna de sus aviadores, cuya moral empezaba a venirse abajo debido al número cada vez mayor de bajas que estaban sufriendo. Las escuadrillas de bombarderos se quejaban de que los Me-109 siempre acababan volviendo a la base, dejándolos sin protección. Esto ocurría simplemente porque los cazas no llevaban las reservas de combustible necesarias para sobrevolar Inglaterra durante más de treinta minutos, y este

tiempo se acortaba aún más si se veían obligados a entrar en combate.

Por su parte, los pilotos de los cazas bimotores Me-110 estaban consternados por su gran número de pérdidas, y querían ser escoltados por los Me-109. Los aviadores británicos con nervios de acero habían descubierto que la mejor manera de enfrentarse a ellos era con un ataque frontal. Así pues, tras la carnicería del 18 de agosto, Göring, a regañadientes, no tuvo más remedio que prescindir de los bombarderos en picado Stuka en las grandes operaciones. No obstante, el *Reichsmarschall*, alentado por las valoraciones increíblemente optimistas del oficial al mando de sus servicios de inteligencia, estaba convencido de que la RAF no tardaría en venirse abajo. Ordenó que se intensificaran los ataques contra aeródromos. Sus propios pilotos, sin embargo, empezaban a deprimirse de tanto oír que la RAF estaba en las últimas, cuando ellos debían enfrentarse a una feroz oposición cada vez que hacían una salida.

Dowding ya había previsto esta guerra de desgaste, y estaba muy preocupado por los importantes daños que sufrían los aeródromos. Aunque la RAF derribaba prácticamente a diario más aviones alemanes que los que perdía, lo cierto es que partía de una base mucho más reducida. Con el aumento impresionante que había experimentado la producción de cazas se solucionó uno de

sus problemas, pero la pérdida de pilotos seguía siendo su gran preocupación. Sus hombres estaban tan agotados que se dormían mientras comían, e incluso en medio de una conversación. Para reducir el número de bajas, las escuadrillas de cazas recibieron la orden de no perseguir al enemigo hasta el otro lado del Canal y de no responder al ataque de las ametralladoras de pequeños grupos de aviones alemanes.

El Mando de Cazas también se vio afectado por una disputa por razones tácticas. En el norte de Londres, el mariscal del Aire Trafford Leigh-Mallory, comandante en jefe del Grupo 10, abogaba por aproximaciones en las que participaran numerosas escuadrillas (formación en *Big Wing*). Este tipo de formación había sido la favorita del capitán Douglas Bader, un oficial de gran valentía, pero sumamente obstinado, célebre por haber conseguido reincorporarse a la aviación militar como piloto de caza tras perder las dos piernas en el curso de un accidente aéreo antes de la guerra. Pero Keith Park y Dowding estaban muy insatisfechos con los resultados obtenidos con ese nuevo tipo de formación. Cuando el Grupo 10 conseguía reunir en el aire las escuadrillas suficientes para formar una *Big Wing*, normalmente los alemanes ya habían desaparecido del horizonte.

La noche del 24 de agosto, una fuerza de más de un centenar de bombarderos enemigos, tras pasar de largo ante

sus objetivos, dejó caer sus bombas por error sobre los barrios del este y del centro de Londres. Este hecho hizo que Churchill ordenara en represalia una serie de bombardeos contra Alemania. Las consecuencias de todo ello serían muy graves para los londinenses, pero también contribuirían a que Göring tomara más tarde la funesta decisión de que los aeródromos dejaran de ser objetivo de las incursiones alemanas. Gracias a ello, el Mando de Cazas de la RAF se libró de sufrir importantísimas pérdidas en un momento decisivo de la batalla.

A instancias de Göring, los ataques alemanes se intensificaron aún más a finales de agosto y durante la primera semana de septiembre. En solo un día, el Mando de Cazas perdió cuarenta aparatos, nueve de sus pilotos perecieron, y dieciocho resultaron gravemente heridos. Todos los aviadores británicos estaban sometidos a una gran tensión, pero el hecho de que fueran conscientes de que la batalla era literalmente un combate hasta las últimas consecuencias, y de que el Mando de Cazas estaba infligiendo importantísimas pérdidas a la Luftwaffe, los hacía más fuertes.

La tarde del 7 de septiembre, mientras Göring observaba toda la operación desde los acantilados del Paso de Calais, la Luftwaffe comenzó un ataque masivo contra Inglaterra con un millar de aviones. El Mando de Cazas británico reunió once escuadrones de caza. Por toda la

región de Kent, los campesinos, las mujeres de la Sección Femenina del ejército de Tierra dedicadas a labores agrícolas y los aldeanos alzaban los ojos al cielo para ver las estelas de vapor que dejaban los aviones mientras se desarrollaba la batalla. Resultaba imposible distinguir a qué bando pertenecían los cazas, pero cada vez que perdía altura un bombardero dejando tras de sí una cola de humo negro, se oían gritos de júbilo. La mayoría de las escuadrillas de bombarderos se dirigía a los muelles de Londres. Era la venganza de Hitler por los ataques llevados a cabo por el Mando de Bombarderos británico contra Alemania. El humo que desprendían las llamas provocadas por las bombas incendiarias servía para conducir hasta su objetivo a las escuadrillas que iban llegando. Londres, con más de trescientos muertos y mil trescientos heridos, sufrió el primero de una serie de contundentes ataques. Pero el hecho de que Göring creyera que el Mando de Cazas estaba acabado, y su decisión de convertir las ciudades en el objetivo primordial de las incursiones aéreas alemanas, principalmente las nocturnas, supondrían la derrota de la Luftwaffe en la batalla.

Los británicos, sin embargo, seguían esperando que en cualquier momento las campanas de las iglesias anunciaran la llegada de un ejército invasor. El Mando de Bombarderos seguía atacando las barcazas reunidas en diversos puertos continentales del Canal de la Mancha.

Nadie conocía las dudas de Hitler. Si no se conseguía acabar con la RAF a mediados de septiembre, se aplazaría la Operación León Marino. Göring, que tanto se había jactado de que lograría aplastar a la RAF, era perfectamente consciente de que iba a convertirse en el único culpable si fracasaba en su misión, por lo que ordenó que se llevara a cabo otro gran ataque el domingo, 15 de septiembre.

Ese día, Churchill había decidido visitar el cuartel general del Grupo 11 en Uxbridge, donde permanecería en la sala de control acompañado de Park. Observaba con sumo interés cómo la información transmitida por las estaciones de radar y el Cuerpo Real de Vigilancia se convertía en aviones de incursión alemanes en el panel de control. A mediodía, Park, dejándose llevar por su instinto que le decía que aquel era un momento decisivo, mandó despegar veintitrés escuadrillas de cazas. Esta vez, se advirtió reiteradamente a los pilotos de los Spitfire y de los Hurricane de la necesidad de que ganaran altura. Y cuando los cazas de escolta Me-109 tuvieron que regresar a la base para repostar, los pilotos de los bombarderos alemanes se vieron superados por los aviones de unas fuerzas aéreas que les habían dicho que ya estaban acabadas.

Este patrón se fue repitiendo a lo largo de la tarde. Para ello, Park solicitó refuerzos a los Grupos 10 y 12 del oeste de Inglaterra. Al finalizar el día, la RAF había destruido cincuenta y seis aparatos enemigos, y perdido

veintinueve cazas y doce hombres en la acción. Hubo más ataques al cabo de unos días, pero ninguno fue de tanta envergadura. Y, sin embargo, el 16 de septiembre, Göring, persuadido por los optimistas informes del oficial en jefe de sus servicios de inteligencia, pensaba que al Mando de Cazas británico apenas le quedaban ciento setenta y siete aviones.

El miedo a una posible invasión seguía vivo, pero lo cierto es que el 19 de septiembre Hitler decidió aplazar la Operación León Marino hasta nuevo aviso. La Kriegsmarine y el OKH estaban mucho menos dispuestos a lanzar una invasión en un momento en el que había quedado patente la imposibilidad de la Luftwaffe de aplastar al Mando de Cazas enemigo. La guerra en el oeste casi había llegado a un punto muerto, y empezaban a percibirse claros indicios de que el conflicto iba a alcanzar dimensiones globales. El 27 de septiembre, los japoneses firmaron un acuerdo trilateral en Berlín. Era evidente el desafío a los Estados Unidos que este pacto implicaba. El presidente Roosevelt convocó inmediatamente a sus asesores militares para discutir sobre las posibles consecuencias de semejante acto, y dos días después, Gran Bretaña volvió a abrir la carretera de Birmania para hacer llegar a los nacionalistas chinos material bélico. Hacía poco que los japoneses se habían visto sorprendidos por los ataques lanzados por fuerzas comunistas en el norte de China. La

guerra chino-japonesa estaba recobrando intensidad con una nueva serie de encarnizados combates.

La batalla de Inglaterra parecía condenada a concluir a finales de octubre, cuando la Luftwaffe se dedicó a realizar bombardeos nocturnos sobre Londres y las industrias de las Midlands. Si observamos los datos de agosto y septiembre, los meses centrales de la batalla, vemos que la RAF perdió setecientos veintitrés aparatos, y la Luftwaffe más de dos mil. Buena parte de esta diferencia no se debió a la «acción del enemigo», sino a «circunstancias especiales», principalmente accidentes.[25] En octubre la RAF derribó doscientos seis aviones alemanes, entre cazas y bombarderos, pero el número total de aparatos perdidos por la Luftwaffe ese mes fue en realidad de trescientos setenta y cinco.[26]

El *Blitz* contra Londres y otras ciudades continuó durante todo el invierno. El 13 de noviembre, el Mando de Bombarderos de la RAF atacó Berlín siguiendo instrucciones de Churchill. El líder británico dio esta orden porque el ministro de asuntos exteriores soviético, Molotov, había llegado a la capital el día anterior para negociar con las autoridades del Reich. A Stalin le disgustaba la presencia de tropas germanas en Finlandia, así como la influencia que pudieran ejercer los nazis en los Balcanes. También quería que los alemanes le garantizaran sus derechos de navegación por los Dardanelos para

alcanzar el Mediterráneo desde el mar Negro. Para muchos resultó por lo menos curioso oír a una banda de músicos de la Wehrmacht tocar la *Internacional* a la llegada de Molotov a la Anhalter Bahnhof, que fue engalanada para la ocasión con banderas rojas soviéticas.

Las reuniones, que no fueron precisamente un éxito, solo sirvieron para aumentar las tensiones existentes entre los dos países. Molotov exigió respuestas a una serie de cuestiones muy concretas. Preguntó si seguía vigente el pacto firmado por soviéticos y alemanes el año anterior. Cuando Hitler respondió que por supuesto que seguía vigente, el ministro ruso indicó que los nazis habían establecido una estrecha relación con los enemigos de los soviéticos, los finlandeses. Ribbentrop instó a los rusos a dirigir sus ataques a regiones del sur, contra la India y la zona del golfo Pérsico, y aprovecharse del fin del imperio británico. Molotov no se tomó muy en serio la sugerencia de que para ello la Unión Soviética debía unirse al pacto trilateral firmado por los alemanes con Italia y Japón. Al contrario de Ribbentrop, tampoco quiso compartir la opinión de Hitler cuando este, en uno de sus característicos monólogos, comenzó a explicarle que los británicos estaban prácticamente acabados. De modo que, cuando empezaron a sonar las sirenas que avisaban de un ataque aéreo, y Molotov fue conducido al bunker de la Wilhelmstrasse, el ministro de exteriores soviético no

pudo reprimirse y le espetó a su colega alemán: «Ustedes dicen que Inglaterra está acabada. Entonces ¿por qué nos encontramos aquí, sentados en este refugio antiaéreo?».[27]

Al día siguiente por la noche, la Luftwaffe lanzó un ataque contra Coventry siguiendo un plan concebido con anterioridad, por lo que no puede ser considerado un acto de represalia. Con su incursión masiva, los alemanes provocaron graves daños en doce fábricas de armamento, la destrucción de la antigua catedral de la ciudad y la muerte de trescientos ochenta civiles. Pero, a pesar de su campaña de bombardeos nocturnos, no consiguieron hundir la moral del pueblo británico, por mucho que a finales de año el número de bajas de la población civil se elevara a veintitrés mil muertos y treinta y dos mil heridos graves. Numerosos ingleses se quejaban constantemente del ruido de las sirenas, cuyos «prolongados alaridos propios de una *banshee*»[*] como decía Churchill,[28] fueron enseguida reducidos para que la población pudiera conciliar el sueño y descansar. «Las sirenas suenan aproximadamente a la misma hora todas las noches, y en la entrada de los refugios antiaéreos, en los barrios más humildes, comienzan a formarse bastante pronto largas colas de hombres y mujeres que llevan mantas, termos y niños en brazos».[29] En los escaparates de las tiendas destruidos por el efecto de las bombas colgaban letreros que decían «Seguimos teniendo abierto», y los inquilinos de las casas

destruidas en el este de Londres colocaban banderas británicas hechas de papel en lo alto de los montones de escombros que otrora habían sido los muros de sus hogares.

«Peor que el tedio que envolvía nuestros días», escribía Peter Quennell, funcionario del ministerio de información, «era la sordidez que caracterizaba nuestras noches sin poder conciliar el sueño. Con frecuencia se nos pedía que trabajáramos por turnos (un montón de horas en un dormitorio subterráneo, en medio de un calor sofocante, con el único abrigo de unas mantas de lana viejísimas); muchos de los que no estaban en los sótanos solían permanecer agazapados junto a las mesas en las que acostumbrábamos a trabajar, o, cuando cesaban los bombardeos, se ponían a dormir en el suelo, sabiendo que en cualquier momento podía despertarles la llegada de un mensajero del ministerio, que traía alguna noticia horrible —como, por ejemplo, que una bomba había caído de lleno en un refugio atestado de gente—, sobre la que debíamos informar restando importancia al asunto. Es realmente curioso cómo nos acostumbrábamos rápidamente a todo, con qué facilidad nos adaptamos a una manera de vivir hasta entonces desconocida y con qué frecuencia unas supuestas necesidades se revelaban verdaderas banalidades».[30]

Aunque los londinenses soportaron mucho mejor de lo esperado las adversidades en las estaciones de metro

«con el espíritu del *Blitz*», siguió habiendo, especialmente entre las mujeres de fuera de la capital, un miedo irracional a que llegaran de repente los paracaidistas alemanes. Cada semana corrían nuevos rumores que hablaban de una invasión inminente. Sin embargo, el 2 de octubre, la Operación León Marino había sido aplazada hasta la primavera siguiente. «León Marino» había desempeñado un doble papel. La amenaza de una invasión alemana había ayudado a Churchill a congregar el país y a mantenerlo unido en previsión de una guerra que iba a ser larga. Pero Hitler puso de manifiesto una gran astucia logrando que siguiera viva la amenaza psicológica mucho tiempo después de que descartara la idea de continuar con esa campaña. Fue esta circunstancia la que llevó a los británicos a retener en su país unas fuerzas defensivas mucho más numerosas de lo necesario.

En Berlín, las autoridades nazis comenzaron a resignarse a lo que ya parecía un hecho consumado: Gran Bretaña difícilmente iba a ser doblegada con una campaña de bombardeos. «Ahora prevalece la opinión», anotaba en su diario el 17 de noviembre Ernst von Weizsäcker, secretario de estado del ministerio de asuntos exteriores alemán, «de que el hambre provocada por un bloqueo es la mejor arma contra Gran Bretaña, en vez del humo con el que se ha intentado obligar a los británicos a salir de su escondite».[31] La palabra «bloqueo» tenía connotaciones

emocionales de venganza en Alemania, obsesionada con los recuerdos de la Primera Guerra Mundial y el bloqueo al que fue sometida por la Marina Real. Ahora iban a pagar a los ingleses con la misma moneda utilizando la guerra submarina contra las islas Británicas.

9

REPERCUSIONES (junio de 1940-febrero de 1941)

La caída de Francia en el verano de 1940 creó diversas repercusiones, directas e indirectas, en todo el mundo. Stalin estaba profundamente disgustado. Casi de la noche a la mañana, se había esfumado su esperanza de que el poder de Hitler se viera muy debilitado en una guerra de desgaste contra Francia y Gran Bretaña. Alemania era en aquellos momentos mucho más poderosa, tras capturar buena parte de las armas y de los vehículos del ejército francés completamente intactos.

Más al este, esta circunstancia supuso un duro golpe para Chiang Kai-shek y los nacionalistas chinos, quienes, tras perder Nanjing, habían trasladado sus centros industriales a las provincias de Yunnan y Kwangsi, en el suroeste del país, cerca de la frontera con la Indochina francesa, creyendo que esa iba a ser la zona más segura con acceso al mundo exterior. Pero el nuevo régimen de Vichy del mariscal Pétain empezó a acceder a las exigencias de

Japón en el mes de julio, aceptando que se instalara en Hanoi una misión militar nipona. El suministro de pertrechos y provisiones a los nacionalistas a través de Indochina quedó cortado.

Aquel verano de 1940, el avance del XI Ejército japonés por el valle del Yangtsé supuso la división de las fuerzas nacionalistas en dos zonas, provocándoles graves pérdidas. El 12 de junio, la caída de Yichang, el principal puerto fluvial, representó un duro golpe.[1] También sirvió para aislar la capital de los nacionalistas, Chongqing, y permitir que la aviación de la Marina japonesa pudiera atacar la ciudad con constantes incursiones aéreas. En esa época del año no había niebla baja que dificultara la visibilidad. Además de bombardear ciudades y aldeas a lo largo del río, la aviación japonesa se dedicó a atacar los vapores y juncos atestados de heridos y de refugiados que intentaban huir remontando el río por las Tres Gargantas del Yangtsé.

En la conversación que mantuvo con Agnes Smedley, un médico de la Cruz Roja reconoció que de los cientos cincuenta hospitales que había en el frente central, solo cinco no habían desaparecido. «¿Y qué ocurre con los heridos?», preguntó Smedley. «Calló, pero yo sabía la respuesta». La muerte estaba por todas partes. «Cada día», añade esta periodista, «veíamos cuerpos abotagados de seres humanos que flotaban bajando lentamente por el río

en sentido contrario al de los juncos, con los que chocaban y cuyos barqueros se encargaban de apartar con largos palos apuntados».[2]

Cuando Smedley llegó a Chongqing, en las montañas de esta ciudad, desde cuyas cumbres se divisa la confluencia de los ríos Yangtsé y Jualing, se vio sorprendida por unas terribles explosiones, pero no eran de bombas. Los ingenieros chinos estaban abriendo galerías en aquellos montes para convertirlas en refugios antiaéreos. Observó que durante su ausencia habían cambiado muchas cosas, tanto para bien como para mal. Aquella capital de provincia de doscientos mil habitantes estaba alcanzando una población de un millón de personas. El aumento de su número de cooperativas industriales era un dato muy alentador, pero en el Kuomintang los elementos más derechistas, que cada vez ganaban mayor relevancia en el partido, consideraban criptocomunistas esas instituciones. Habían sido mejorados los servicios médicos del ejército, estableciendo clínicas gratuitas en diversas zonas nacionalistas, pero, una vez más, los líderes locales del Kuomintang pretendían controlar los servicios sanitarios, probablemente para su propio enriquecimiento.

Lo más siniestro, sin embargo, era el ascenso al poder del jefe de seguridad, el general Tai Li, de quien se decía que ya contaba con un contingente de trescientos mil hombres, entre uniformados y no. Su influencia era tan

desmesurada que algunos sospechaban incluso que controlaba al propio generalísimo, Chiang Kai-shek. Tai Li no solo acallaba las voces del disenso, sino que también reprimía cualquier forma de libertad de expresión. Los intelectuales chinos empezaban a huir a Hong Kong. Incluso organizaciones totalmente inocuas, como la Asociación de Mujeres Jóvenes Cristianas, fueron clausuradas en ese ambiente de crisis.

Según Smedley, la población extranjera que residía en Chongqing hablaba con desdén de los ejércitos chinos. «Decían que China era incapaz de luchar; que sus generales estaban corrompidos, que sus soldados eran culis analfabetos o simplemente críos; que su pueblo era ignorante; y que las curas que dispensaban a sus heridos eran abominables. Algunas acusaciones eran ciertas, otras falsas, pero casi todas se basaban en un desconocimiento absoluto de las espantosas cargas bajo cuyo peso se tambaleaba China».[3] Ni europeos ni americanos supieron comprender lo que estaba en juego, e hicieron muy poco por ayudar. En lo referente a los servicios médicos, la única contribución importante fue la que hicieron los chinos expatriados residentes en la península de Malaca, Java, los Estados Unidos y otros lugares del mundo. Su generosidad fue considerable, y en 1941, los conquistadores japoneses se encargaron de que pagaran por ello.

Chiang Kai-shek había continuado con sus absurdas negociaciones de paz, con la esperanza de presionar a Stalin y conseguir que el apoyo militar de los soviéticos recuperara sus niveles anteriores. Pero en julio de 1940 se produjo un cambio de gobierno en Tokio, y el general Tōjō Hideki pasó a ocupar el ministerio de la guerra. Las negociaciones se interrumpieron. Tōjō quería dejar sin suministros a los nacionalistas chinos con la firma de un tratado más estricto con la Unión Soviética y el bloqueo de todas sus demás vías de abastecimiento. En Tokio, los líderes militares empezaban a concentrar su interés en el sur del Pacífico y en el suroeste, en las colonias británicas, francesas y holandesas del mar de la China Meridional. Esas regiones podían suponer importantes provisiones de arroz y la interrupción de exportaciones a los chinos nacionalistas, pero lo que más ambicionaba Japón eran los yacimientos petrolíferos de las Indias Orientales Neerlandesas. Cualquier idea de compromiso con los Estados Unidos que implicara su retirada de los territorios del gigante asiático era impensable para el régimen de Tokio, sobre todo tras haber perdido ya sesenta y dos mil soldados en el «incidente de China».[4]

En la segunda mitad de 1940, el Partido Comunista Chino, siguiendo instrucciones de Moscú, puso en marcha en el norte su campaña «de los Cien Regimientos» con casi cuatrocientos mil hombres.[5] El objetivo era socavar las

negociaciones de Chang Kai-shek con los japoneses: no sabían que habían quedado interrumpidas y que nunca habían sido realmente serias. Los comunistas consiguieron que en muchos lugares los nipones se vieran obligados a retirarse, cortaron la línea ferroviaria que unía Pekín y Hangkow, destruyeron varias minas de carbón e incluso emprendieron diversos ataques contra Manchuria. Este gran esfuerzo, en el que sus fuerzas utilizaron tácticas más convencionales, supuso veintidós mil bajas, unas pérdidas que en realidad no podían permitirse.

En Europa, Hitler demostraba un sorprendente grado de lealtad a Mussolini, a menudo para desesperación de sus generales. Sin embargo, el Duce, su antiguo mentor, hacía todo lo posible por evitar convertirse en uno de sus subordinados. El líder fascista quería dirigir «una guerra paralela»,[6] independiente de la de la Alemania nazi. Ya en abril de 1939 no había comunicado a Hitler sus planes de invadir Albania, comparando esa empresa con la ocupación alemana de Checoslovaquia. Las autoridades nazis, por su parte, eran reacias a compartir informaciones secretas con los italianos. No obstante, un mes después de lo de Albania, los alemanes quisieron firmar el «Pacto de Acero».

Como amantes imprudentes que intentan sacar

beneficio de una relación, los dos dirigentes se engañaban el uno al otro, y los dos se sentían engañados. Hitler nunca comunicó a Mussolini sus intenciones de aplastar a los polacos, pero seguía esperando recibir el apoyo del italiano en su lucha contra Francia y Gran Bretaña, y por su parte, el líder fascista estaba convencido de que no iba a estallar un conflicto general en Europa durante al menos otros dos años. Su posterior negativa a entrar en guerra en septiembre de 1939 en el bando alemán supuso una gran decepción para Hitler. El Duce sabía perfectamente que su país no estaba preparado, y sus excesivas demandas de equipamiento militar como condición para prestar apoyo a los nazis constituyeron su única excusa.

Mussolini, no obstante, estaba decidido a entrar en guerra en un momento determinado para obtener más colonias y para que Italia pareciera una gran potencia. En consecuencia, cuando las dos grandes potencias coloniales, Gran Bretaña y Francia, sufrieron la grave derrota de comienzos del verano de 1940, no quiso desaprovechar la oportunidad. La sorprendente rapidez con la que se desarrolló la campaña de Alemania contra Francia, y la creencia general de que Gran Bretaña acabaría claudicando ante el poderío del Reich, lo tenían en un mar de dudas. Alemania iba a dibujar un nuevo mapa de Europa, y era prácticamente seguro que se convertiría en la potencia dominante en los Balcanes, e Italia corría el peligro de

quedar al margen. Solo por esta razón, Mussolini quería desesperadamente ver reconocido su derecho a participar en las negociaciones de paz. Calculaba que unos pocos miles de italianos muertos o heridos servirían para comprarle la anhelada silla en la mesa de los acuerdos.

Por supuesto, el régimen nazi no se opuso a que Italia entrara en guerra, por tarde que fuera. Equivocadamente, Hitler había depositado muchas esperanzas en el potencial bélico de su aliado. Todos sabemos que Mussolini se había jactado de disponer de «ocho millones de bayonetas». En realidad, apenas contaba con un millón setecientos mil soldados, y muchos de ellos carecían de un fusil en el que colocar la bayoneta. En Italia, la falta de recursos económicos, de materias primas y de vehículos motorizados era un problema acuciante. Para aumentar el número de sus divisiones, Mussolini redujo la cantidad de regimientos en cada una de ellas, que pasó de tres a dos. De sus setenta y tres divisiones, solo diecinueve estaban totalmente equipadas. De hecho, sus fuerzas militares eran menores, y estaban peor pertrechadas, que las de la Italia de 1915, cuando este país entró en la Primera Guerra Mundial.[7]

De manera muy poco inteligente, Hitler creyó a pies juntillas los datos relativos al poderío militar italiano elaborados por Mussolini. En su harto limitada visión militar, condicionada por los mapas obsoletos que había en

sus cuarteles generales, una división de tropas era una división, por muy mal pertrechadas o muy mal entrenadas que estuvieran, o por muy pobre que fuera el número verdadero de sus efectivos. El error de cálculo más grave que cometió Mussolini fue creer, en el verano de 1940, que la guerra estaba a punto de concluir cuando en realidad apenas había comenzado. No se dio cuenta de que la vieja retórica del *Lebensraum* de Hitler, que el Führer había utilizado refiriéndose al este, iba a convertirse en un plan muy concreto. El 10 de junio, Mussolini había declarado la guerra a Gran Bretaña y a Francia. En su rimbombante discurso pronunciado desde el balcón del Palazzo Venezia, hinchó pecho y afirmó que «las jóvenes y fértiles naciones» iban a aplastar a las agotadas democracias. Estas palabras fueron recibidas con alborozo por sus leales camisas negras, pero no alegraron precisamente a la mayoría de los italianos.

A los alemanes no les inmutaba el hecho de que Mussolini tratara de regocijarse en la imagen de gloria de la Wehrmacht. En la Wilhelmstrasse, el secretario de estado consideraba a su aliado del Eje «un payaso circense que pide el aplauso del público cuando recoge la alfombra después de la actuación del acróbata».[8] Muchos más comparaban la declaración de guerra del líder fascista a una Francia derrotada con la acción de un «chacal» que intenta hacerse con parte de la presa cazada por un león. El

oportunismo era, en efecto, vergonzoso, pero escondía algo peor. Mussolini había convertido su país en cautivo y víctima de sus propias ambiciones. Se daba cuenta de que no podía evitar una alianza con el líder dominante, Hitler, pero persistía en su idea de que Italia iba a ser capaz de seguir una política independiente de expansión colonial mientras el resto de Europa se veía envuelta en un conflicto mucho más letal. La debilidad de Italia acabaría siendo un desastre total para ella; y para Alemania, uno de sus principales puntos vulnerables.

El 27 de septiembre de 1940 Alemania firmó el «Pacto Tripartito» con Italia y Japón. Uno de los objetivos era impedir que los Estados Unidos decidieran intervenir en la guerra, que se encontraba en un *impasse* después de que fracasaran los intentos de doblegar a Gran Bretaña. Cuando el 4 de octubre se entrevistó con Mussolini en el paso del Brennero, Hitler garantizó al Duce que ni Moscú ni Washington habían reaccionado peligrosamente al anuncio del pacto. Lo que él quería era una alianza continental contra Gran Bretaña.

En un primer momento, Hitler no tenía ambiciones en el Mediterráneo, pues consideraba esta región en la esfera de influencia de Italia, pero poco después de la caída de

Francia se dio cuenta de que las cosas eran mucho más complejas. Tenía que encontrar un equilibrio entre los intereses enfrentados de Italia, el gobierno de Vichy y la España de Franco. El general español deseaba recuperar Gibraltar, pero también ambicionaba el Marruecos francés y otros territorios de África. Sin embargo, Hitler no quería provocar al Estado Francés de Pétain y sus leales fuerzas en las posesiones coloniales de este país. Desde su punto de vista, era mucho mejor que la Francia de Vichy siguiera en su territorio y en sus colonias del norte de África una política acorde con los intereses de Alemania mientras durara la guerra. Cuando se alzara con la victoria, podría ceder las colonias de Francia a Italia o a España. Sin embargo, a pesar de su poder aparentemente ilimitado tras la derrota de Francia en 1940, en octubre de ese año el Führer fue incapaz de convencer a un hombre como Franco, que tanto le debía, a su vasallo, el general Pétain, y a su aliado, Mussolini, de que apoyaran su estrategia de crear un bloqueo continental contra Gran Bretaña.

El 22 de octubre el tren blindado de Hitler, el *Führersonderzug «Amerika»*, tirado por dos locomotoras en tándem, con sus dos *Flakwagen*, se detuvo en la estación ferroviaria de Montoire-sur-le-Loir. Allí, Hitler

mantuvo una entrevista con el segundo de Pétain, Pierre Laval, que quería que Alemania garantizara el status del régimen de Vichy. Hitler le dio largas, pero intentó que Vichy aceptara unirse a una coalición contra Gran Bretaña.

Los relucientes vagones blindados del tren especial de Hitler continuaron viaje hacia la frontera española, a Hendaya, donde el Führer se entrevistó con Franco al día siguiente. El tren del «Caudillo» llegó con retraso debido al decrépito estado de las líneas ferroviarias españolas, y aquella larga espera no puso a Hitler precisamente de muy buen humor. Los dos dictadores pasaron revista a una guardia de honor de la escolta personal de Hitler, el *Führer-Begleit-Kommando*, que formó en el andén. Los soldados alemanes, vestidos con sus uniformes negros, destacaban por su altura al paso del dictador español, bajito y barrigón, en cuyo rostro apenas dejó de dibujarse una sonrisa, entre complaciente y aduladora.

Cuando Hitler y Franco comenzaron a hablar, el torrente de palabras del «Caudillo» impidió que Hitler pudiera abrir la boca, situación a la que el alemán no estaba acostumbrado. Franco recordó sus tiempos como compañeros de armas durante la Guerra Civil Española, dando las gracias al Führer por todo lo que había hecho, y evocó la «alianza espiritual»[9] que existía entre sus dos países. Luego expresó su profundo pesar por no haber podido entrar inmediatamente en la guerra en el bando

alemán debido a las precarias condiciones en las que se encontraba España. Durante buena parte de las tres horas que duró la reunión, Franco siguió hablando sin parar de su vida y de sus experiencias, lo que provocaría que Hitler dijera más tarde que prefería que le arrancaran tres o cuatro dientes antes que verse obligado a mantener otra conversación con el dictador español.[10]

Al final, Hitler logró intervenir, y dijo que Alemania había ganado la guerra. Que Gran Bretaña solo resistía porque esperaba que la Unión Soviética o los Estados Unidos acudieran finalmente en su ayuda. Y que los americanos iban a necesitar un año y medio o dos para prepararse para una guerra. En su opinión, la única amenaza que suponían los británicos era que consiguieran ocupar las islas del Atlántico o, con la colaboración de De Gaulle, incitar a la revuelta a las poblaciones de las colonias francesas. Por estas razones, quería crear un «frente amplio» contra Gran Bretaña.

Hitler quería Gibraltar, y Franco y sus generales también, pero a los españoles no les agradaba la idea de que fueran los alemanes los que dirigieran la operación para recuperar el peñón. Además, Franco temía que los británicos decidieran invadir las islas Canarias en represalia. Sin embargo, había quedado sumamente sorprendido por las inasumibles pretensiones de Alemania, que exigía la cesión de una de las islas Canarias y poder

establecer bases militares en el Marruecos español. Hitler también tenía mucho interés en las Azores y en las islas de Cabo Verde. Las Azores no solo suponían que la Kriegsmarine pudiera contar con una base naval en el Atlántico. En el diario de guerra del OKW se escribiría más tarde el siguiente comentario: «El Führer ve el valor de las Azores en una doble dirección. Las quiere por si se produce la intervención de los Estados Unidos y también para los tiempos de paz». Hitler ya estaba soñando con una nueva generación de «bombarderos con una autonomía de vuelo de seis mil kilómetros» para atacar la costa oriental de los Estados Unidos».[11]

Cuando Franco expuso que el Führer debía prometerle la cesión del Marruecos francés y de Oran, antes incluso de entrar en guerra, Hitler quedó sorprendido por la enorme presunción del «Caudillo», por no decir algo peor. También se cuenta que en otra ocasión se quejó de que la actitud de Franco lo hizo sentir prácticamente «como un judío que quiere traficar con las más sagradas posesiones».[12] Más tarde, ya en Alemania, en otro arrebato de cólera calificaría a Franco de «canalla jesuíta».[13]

Aunque ideológicamente estaba más cerca de Alemania, y su nuevo ministro de exteriores pro-nazi, Ramón Serrano Suñer, quería entrar en la guerra, lo cierto es que el gobierno de Franco temía provocar a Gran Bretaña. La supervivencia de España dependía de las

importaciones, en parte de Gran Bretaña, pero sobre todo de las de trigo y petróleo de los Estados Unidos. La situación de España era terrible después de pasar por una devastadora guerra civil. No era extraño ver a gente desmayarse en medio de la calle debido a la malnutrición. Los británicos, y luego los americanos, aplicaron una política de apalancamiento financiero sumamente hábil, pues sabían perfectamente que Alemania no estaba en posición de compensar las importaciones. Así pues, cuando quedó patente que Gran Bretaña no tenía intención alguna de doblegarse ante Alemania, el gobierno de Franco, que en aquellos momentos sufría una gran escasez de alimentos y de combustible, tuvo que limitarse a expresar su apoyo al Eje, con promesas de entrar en guerra en un futuro, pero sin fijar una fecha. Sin embargo, esto no impidió que Franco elucubrara con una «guerra paralela» propia, que consistía en invadir Portugal, país tradicionalmente aliado de Gran Bretaña. Por fortuna, este proyecto quedó en agua de borrajas.

Tras la entrevista celebrada en Hendaya, el *Sonderzug* dio media vuelta y se dirigió a Montoire, donde el mismísimo Pétain esperaba a Hitler. Pétain recibió al Führer como a un igual, gesto que no resultó precisamente del agrado de

Hitler. El viejo mariscal expresó sus deseos de que las relaciones con Berlín se distinguieran por la estrecha cooperación entre los dos países, pero su petición de que a Francia les fueran garantizadas sus posesiones coloniales fue bruscamente rechazada. Francia había comenzado una guerra contra Alemania, replicó Hitler, y ahora debía pagar un precio «territorial y material» por lo que había hecho.[14] Pero el Führer, para quien Pétain resultaba mucho menos exasperante que Franco, dejó una puerta abierta a esa posibilidad. A pesar de todo, seguía queriendo que Vichy se uniera a la alianza contra Gran Bretaña. Al final, sin embargo, se daría cuenta de que no podía contar con los países «latinos» para crear un bloque continental sólido.

Hitler tenía sentimientos encontrados respecto a la idea de una estrategia periférica, consistente en continuar la guerra contra Gran Bretaña en el Mediterráneo, una vez vistas las escasas posibilidades de éxito que tenía el plan de invasión del sur de Inglaterra. El Führer no dejaba de pensar en lanzar sus fuerzas contra la Unión Soviética, pero las dudas hicieron que aplazara su decisión. No obstante, a comienzos de noviembre el OKW se puso a preparar un plan de emergencia, llamado Operación Félix, para ocupar Gibraltar y las islas del Atlántico.

En el otoño de 1940, Hitler tenía la esperanza de conseguir el aislamiento de Gran Bretaña y de poder expulsar a la Marina Real del Mediterráneo antes de embarcarse en la idea que más le obsesionaba, la invasión de la Unión Soviética. Además, empezaba a estar convencido de que la manera más fácil de obligar a Gran Bretaña a cambiar de postura era derrotando a la URSS. Para la Kriegsmarine aquello resultó frustrante, pues se dio prioridad al ejército de tierra y a la Luftwaffe en todo lo relacionado con el armamento.

Evidentemente, Hitler estaba dispuesto a ayudar a los italianos a lanzar un ataque contra Egipto y contra el canal de Suez, pues esto no solo obligaría a los británicos a permanecer en la zona, sino que pondría verdaderamente en peligro sus comunicaciones con la India y Australasia. Los italianos, sin embargo, por felices que estuvieran de recibir apoyo de la Luftwaffe, no veían con buenos ojos la presencia de tropas de tierra alemanas en su zona de operaciones. Sabían perfectamente que los alemanes iban a querer dirigirlo todo.

Hitler tenía un interés especial en los Balcanes, pues constituían una base ideal para el flanco sur de las tropas alemanas en su ansiada invasión de Rusia. Tras la ocupación de Besarabia y el norte de Bukovina por parte de los rusos, Hitler, que todavía no quería violar los acuerdos del pacto nazi-soviético, había aconsejado al gobierno rumano que

«lo aceptara todo de momento».[15] Decidió trasladar tropas a Rumania para establecer en este país una misión militar con el fin de asegurarse los yacimientos petrolíferos de Ploesti. Lo que no quería el Führer era que Mussolini provocara una sublevación en los Balcanes con un ataque a Yugoslavia o a Grecia desde la Albania ocupada por los italianos. Imprudentemente, confió en la inercia italiana.

Al principio, parecía que Mussolini iba a hacer poca cosa. La Marina italiana, a pesar de haber manifestado anteriormente su disposición a entrar inmediatamente en acción, no se había hecho a la mar, excepto para escoltar los convoyes que iban a Libia. Como no quería enfrentarse con la flota británica del Mediterráneo, dejaba que fueran las fuerzas aéreas las que se encargaran de bombardear Malta. Y en Libia, el gobernador general, mariscal Italo Balbo, permanecía inmóvil, insistiendo en que solo ordenaría el avance contra los británicos en Egipto cuando los alemanes invadieran Inglaterra.

En Egipto, los británicos no tardaron en darse de cuenta de cuál era el verdadero potencial de su adversario. A última hora de la tarde del 11 de junio, justo después de que Mussolini declarara la guerra, el 11.° Regimiento de Húsares se dirigió hacia el oeste en sus viejos vehículos blindados Rolls-Royce y cruzó la frontera libia poco después del anochecer. Sus objetivos eran Forte Maddalena y Forte Capuzzo, las dos principales posiciones defensivas

que tenían los italianos en la frontera. Tras preparar diversas emboscadas, hicieron setenta prisioneros.

Los italianos estaban furiosos. Nadie se había molestado en avisarlos de que estaban en guerra. El 13 de junio los dos fuertes fueron capturados y destruidos. En otra emboscada que tendieron el 15 de junio en la carretera que iba de Bardia a Tobruk, el 11.° de Húsares capturó a cien soldados más. El botín obtenido incluía a un rechoncho general italiano, con su automóvil oficial de la casa Lancia, acompañado de una «amiga» en avanzado estado de gestación, que, como cabe suponer, no era su esposa.[16] Este hecho provocó un gran escándalo en Italia. Pero lo más importante para los británicos era que el general llevaba consigo los planos en los que aparecían indicadas todas las defensas de Bardia.

El mariscal Balbo duró poco en Libia. El 28 de junio, las baterías antiaéreas italianas de Tobruk, en un exceso de celo, derribaron su avión por error. Apenas una semana después, su sucesor en el cargo, el mariscal Rodolfo Graziani, recibía con espanto la orden de Mussolini de comenzar el avance hacia Egipto el 15 de julio. El Duce consideraba la marcha hacia Alejandría una «consecuencia inevitable».[17] Como era de esperar, Graziani hizo todo lo posible por aplazar la operación, diciendo primero que no podía lanzar un ataque en pleno verano, y luego que carecía del equipamiento necesario.

En agosto el duque de Aosta, virrey del África Oriental Italiana, había conseguido una fácil victoria en su avance desde Abisinia por la Somalilandia británica, obligando a los pocos defensores de la zona a retirarse al otro lado del golfo de Adén. Pero el duque sabía perfectamente que su situación iba a ser desesperada si el mariscal Graziani no conseguía conquistar Egipto. Rodeado al oeste por el Sudán anglo-egipcio y la Kenia británica, y con la Marina Real inglesa controlando el mar Rojo y el océano Indico, resultaba imposible la llegada de provisiones hasta que no cayera Egipto.

Graziani seguía dando largas, y a Mussolini comenzaba a agotársele la paciencia. Finalmente, el 13 de septiembre, los italianos empezaron el avance. Con sus cinco divisiones, tenían una notable superioridad numérica frente a las tres divisiones formadas por efectivos ingleses y de la Mancomunidad Británica de Naciones (Commonwealth). Además, la 7.ª División Acorazada británica, las «Ratas del Desierto», estaban pobremente equipadas, pues solo disponían de setenta tanques en funcionamiento.

Los italianos no supieron orientarse, e incluso se perdieron antes de llegar a la frontera con Egipto. Como era de esperar, las tropas británicas tuvieron que emprender la retirada y, aunque no dejaron de combatir, se vieron obligadas a abandonar Sidi Barrani, donde Graziani detuvo

el avance. Mussolini insistió en que debía continuar el ataque por la carretera de la costa en dirección a Mersa Matruh. Pero como los italianos estaban a punto de empezar el asalto militar contra Grecia, las fuerzas de Graziani no recibieron los pertrechos necesarios para seguir avanzando.

Los alemanes ya le habían dicho en varias ocasiones a Mussolini que se olvidara por el momento de Grecia. El 19 de septiembre, el Duce le había garantizado a Ribbentrop que, antes de lanzar un ataque contra Grecia o contra Yugoslavia, iba a conquistar Egipto. Daba la impresión de que los italianos estaban de acuerdo con que el primer objetivo debían ser los británicos. Pero al poco tiempo, el 8 de octubre, Mussolini se sintió ninguneado al enterarse de que los alemanes estaban trasladando tropas a Rumania. Su ministro de exteriores, el conde Ciano, había olvidado decirle que Ribbentrop ya había informado de este hecho. «Hitler sigue plantándome cara con hechos consumados», dijo el Duce a Ciano el 12 de octubre. «Pero esta vez voy a pagarle con la misma moneda».[18]

Al día siguiente, Mussolini ordenó al Comando Supremo de las fuerzas armadas que organizara inmediatamente la invasión de Grecia desde la Albania

ocupada por Italia. Ninguno de sus altos oficiales, en particular el jefe de las tropas en Albania, el general Sebastiano Visconti Prasca, tuvo el coraje de advertir a Mussolini de los enormes problemas logísticos (transporte, aprovisionamiento, etc.) que tendría una campaña en las montañas del Epiro en pleno invierno. Los preparativos fueron caóticos. Buena parte de las fuerzas armadas italianas estaban siendo desmovilizadas, principalmente por razones económicas. Así pues, hubo que volver a formar aquellas unidades con un número escaso de efectivos. Para la operación eran necesarias veinte divisiones, pero trasladar a la mayoría de ellas al otro lado del Adriático requería tres meses. Mussolini pretendía lanzar su ataque el 26 de octubre, esto es, en menos de dos semanas.

Los alemanes se enteraron de todos esos preparativos, pero creyeron que no iba a producirse ningún ataque contra Grecia hasta que los italianos entraran en Egipto y capturaran Mersa Matruh. Hitler estaba en su tren blindado, de regreso de sus entrevistas con Franco y con Pétain, cuando le fue comunicado que habían comenzado los preparativos para una invasión de Grecia. En vez de seguir viaje a Berlín, el *Sonderzug* dio media vuelta para dirigirse hacia el sur, a Florencia, ciudad a la que, siguiendo instrucciones del ministro de exteriores alemán, debía acudir urgentemente Mussolini para encontrarse con el

Führer.

A primera hora de la mañana del 28 de octubre, poco antes de entrevistarse con Mussolini, Hitler recibió la noticia de que la invasión italiana de Grecia acababa de empezar. El Führer se puso hecho una furia. Intuyó que el Duce recelaba de la influencia alemana en los Balcanes y pronosticó que los italianos se encontrarían con una sorpresa muy desagradable. Lo que más temía era que aquella acción provocara el traslado de tropas británicas a Grecia, lo cual iba a permitir que los ingleses dispusieran de una base desde la que emprender el bombardeo de los yacimientos petrolíferos de Ploesti en Rumania. Además, la irresponsabilidad de Mussolini podía incluso poner en peligro la Operación Barbarroja. Sin embargo, Hitler ya había dominado su enfado cuando el *Sonderzug* llego a Florencia y se detuvo en el andén en el que Mussolini aguardaba su llegada. Al final, durante la conversación que mantuvieron en Palazzo Vecchio, los dos líderes apenas tocaron el tema de la invasión de Grecia, excepto cuando Hitler ofreció al Duce dos divisiones, una aerotransportada y otra paracaidista, para impedir que los británicos pudieran ocupar la isla de Creta.

A las 03:00 de aquella mañana, el embajador italiano en

Atenas había presentado al dictador griego, el general Ioannis Metaxas, un ultimátum que expiraba al cabo de tres horas. La respuesta de Metaxas fue simplemente un rotundo «¡No!», pero, en realidad, el régimen fascista no tenía el más mínimo interés en conocer su aceptación o su rechazo: la invasión, con ciento cuarenta mil efectivos, empezó dos horas y quince minutos más tarde.

En masa, las tropas italianas comenzaron su avance. No llegaron muy lejos. Los dos últimos días había llovido intensamente. Los torrentes y los ríos habían derribado varios puentes, y los griegos, que estaban perfectamente al corriente de aquel ataque —que había sido un secreto a voces en Roma—, se habían encargado de volar los demás. Y las carreteras sin asfaltar resultaron prácticamente intransitables por la gran acumulación de barro.

Los griegos, que no sabían si también los búlgaros iban a lanzar un ataque por el noreste, tuvieron que dejar cuatro divisiones en Macedonia oriental y Tracia. Para repeler el ataque de los italianos desde Albania, establecieron una línea defensiva que, pasando por los montes Grammos y siguiendo el curso del río Thyamis, iba desde el lago Prespa, junto a la frontera con Yugoslavia, hasta la zona de la costa situada frente al extremo meridional de Corfú. Los helenos carecían de carros blindados y de cañones antitanque. Tenían pocos aviones modernos. Pero contaban con un valioso activo: la furia,

mundialmente conocida, de sus soldados, decididos a repeler el ataque de los que llamaban, con desprecio, *macaronides*.[19] Incluso en la comunidad griega de Alejandría se encendió el fervor patriótico. Unos catorce mil hombres zarparon rumbo a Grecia para entrar en combate, y la cantidad de dinero que se recogió en esa ciudad para ayudar en la guerra superó el presupuesto de defensa de todo Egipto.[20]

Los italianos reanudaron su ofensiva el 5 de noviembre, pero solo consiguieron abrirse paso hasta la costa y el norte de Konitsa, donde la División Julia de alpinos avanzó unos veinte kilómetros. Sin embargo, esta formación, una de las mejores de Italia, no recibió apoyo suficiente y enseguida quedó prácticamente rodeada. Solo una parte de sus efectivos logró escapar, y el general Prasca ordenó que sus tropas tomaran posiciones defensivas a lo largo de aquel frente de ciento cuarenta kilómetros. Viéndose obligado a enviar contingentes de refuerzo a Albania, el Comando Supremo en Roma tuvo que aplazar el ataque a Egipto. Las declaraciones jactanciosas de Mussolini en el sentido de que iba a invadir Grecia en menos de quince días resultaron tan absurdas como rimbombantes, aunque el Duce seguiría convencido de su futura victoria. A Hitler no le sorprendió aquella humillación a su aliado, pues ya había pronosticado que los griegos iban a ser mejores soldados que los italianos. El

general Alexandros Papagos, jefe del estado mayor griego, ya estaba llegando con sus propias fuerzas de reserva para preparar una contraofensiva.

El orgullo de los italianos sufrió otro duro golpe la noche del 11 de noviembre, cuando la Marina Real británica atacó la base naval de Taranto con los aparatos Fairey Swordfish del portaviones *Illustrious* y una escuadra compuesta de cuatro cruceros y otros tantos destructores. Tres acorazados italianos, el *Littorio*, el *Cavour* y el *Duilio* fueron alcanzados por los torpedos, mientras que los ingleses solo perdieron dos Swordfish. El *Cavour* se fue a pique. Al almirante sir Andrew Cunningham, comandante en jefe de la flota del Mediterráneo, no le quedó la menor duda de que poco había que temer de la marina italiana.

El 14 de noviembre, el general Papagos lanzó su contraofensiva, seguro de su superioridad numérica en el frente albanés mientras no llegaran tropas de refuerzo italianas. Sus hombres, con gran coraje y arrojo, empezaron a avanzar. A finales de año, los griegos habían conseguido que el invasor tuviera que replegarse al otro lado de la frontera, adentrándose entre cincuenta y setenta kilómetros en el interior de Albania. La llegada de refuerzos italianos, que supuso que las fuerzas del Duce contaran con un contingente de cuatrocientos noventa mil efectivos en suelo albanés, de poco sirvió. Cuando Hitler comenzó la

invasión de Grecia en el mes de abril del año siguiente, unos cuarenta mil italianos habían perdido la vida en el campo de batalla, y ciento catorce mil —entre heridos, enfermos y víctimas de distintos grados de congelación— habían engrosado su lista de bajas.[21] Las aspiraciones de Italia de erigirse en potencia mundial se habían visto frustradas. Cualquier idea de llevar a cabo una «guerra paralela» se había convertido en un proyecto irrealizable. Mussolini ya no sería aliado de Hitler, sino un simple subordinado.

La debilidad militar crónica de Italia volvió a ponerse inmediatamente de manifiesto en Egipto. El general sir Archibald Wavell, comandante en jefe en Oriente Medio, encargado de velar por la defensa de esta región y por la del norte y el este de África, tenía unas responsabilidades verdaderamente abrumadoras. En un principio, había contado con solo treinta y seis mil hombres en Egipto para enfrentarse a los doscientos quince mil efectivos del ejército italiano en Libia. En el sur, el duque de Aosta estaba al mando de doscientos cincuenta mil hombres, muchos de los cuales habían sido reclutados entre la población local. No obstante, pronto comenzaron a llegar a Egipto tropas de refuerzo —tanto británicas como de la

Commonwealth— para ponerse a las órdenes de Wavell.

Wavell, un hombre taciturno e inteligente, amante de la poesía, no inspiraba la confianza de Churchill. Al belicoso primer ministro británico le gustaban los tipos beligerantes, especialmente en Oriente Medio, donde los italianos eran sumamente vulnerables. Y Churchill ya comenzaba a impacientarse. No quería darse cuenta de la «pesadilla» que suponía para la intendencia una guerra en el desierto. Wavell, temeroso de que el primer ministro pudiera interferir en sus planes, no le dijo a Churchill que ya estaba preparando un plan para contraatacar, la llamada Operación Compass. Solo se lo comunicó a Anthony Edén cuando este le solicitó el armamento que necesitaban desesperadamente los británicos para poder ayudar a los griegos. Según cuenta Churchill, cuando Edén regresó a Londres y le informó del plan de Wavell, el primer ministro, feliz, «ronroneó como seis gatos juntos».[22] Inmediatamente instó a Wavell a lanzar su ataque a la mayor brevedad posible, dándole como máximo un mes de plazo.

El comandante de la Fuerza del Desierto Occidental era el teniente general Richard O'Connor. Enjuto y fuerte, este decidido militar tenía a sus órdenes la 7.ª División Acorazada y la 4.ª División India, que mandó desplegar a unos cuarenta kilómetros al sur de la principal posición italiana en Sidi Barrani. Un destacamento más reducido, la llamada Fuerza Selby, ocupó desde Mersa Matruh la

carretera de la costa para avanzar hacia Sidi Barrani desde el oeste. Varios navíos de la Marina Real navegaban cerca del litoral, preparados para apoyar la operación con sus cañones. O'Connor ya se había encargado de ocultar depósitos de municiones y pertrechos en escondites avanzados.

Como se sabía que los italianos disponían de numerosos agentes en El Cairo, incluso en el círculo del propio rey Faruk, resultaba muy difícil mantener toda aquella operación en secreto. Así pues, para que todo el mundo creyera que no estaba planeando nada, el general Wavell, acompañado de su esposa e hijas, acudió a las carreras de Gezira justo antes de que comenzara la batalla. Aquella noche dio una fiesta en el club privado del hipódromo.



Cuando a primera hora del 9 de diciembre se dio inicio a la Operación Compass, los británicos pudieron comprobar que habían logrado su objetivo de sorprender a

las fuerzas enemigas. En menos de treinta y seis horas, la División India, con su punta de lanza formada por los carros blindados Matilda del 7.° Regimiento Real de Tanques, conquistó las principales posiciones italianas situadas en las inmediaciones de Sidi Barrani. Un destacamento de la 7.ª División Acorazada se dirigió al noroeste para cortar la carretera que unía Sidi Barrani y Buqbuq, mientras el grueso de la formación se lanzaba al ataque contra la División Catanzaro en los alrededores de Buqbuq. La 4.ª División India capturó Sidi Barrani a última hora del 10 de diciembre, y cuatro divisiones italianas presentes en la zona se rindieron al día siguiente. Buqbuq también fue capturada, y la División Catanzaro destruida.

Solo la División de Infantería Cirene, que se encontraba a unos cuarenta kilómetros al sur, consiguió escapar replegándose a toda prisa al paso montañoso de Halfaya.

Las tropas de O'Connor habían obtenido una victoria aplastante. Aunque habían sufrido seiscientas veinticuatro bajas, habían capturado treinta y ocho mil trescientos soldados enemigos, doscientos treinta y siete cañones y setenta y tres carros de combate. O'Connor quería pasar inmediatamente a la siguiente fase de la operación, pero tuvo que esperar. Buena parte de la 4.ª División India fue trasladada a Sudán para repeler el ataque de las fuerzas del duque de Aosta en Abisinia. En sustitución de esos

hombres llegó una avanzadilla de la 6.ª División Australiana, su 16.ª Brigada de Infantería.

El puerto libio de Bardia, situado junto a la frontera con Egipto, era el objetivo principal. Siguiendo instrucciones de Mussolini, el mariscal Graziani concentró seis divisiones en sus alrededores. La infantería de O'Connor atacó el 3 de enero de 1941, con el apoyo de sus últimos Matilda. Tres días más tarde, los italianos se rindieron a la 6.ª División Australiana, que hizo cuarenta y cinco mil prisioneros y capturó cuatrocientos sesenta y dos cañones de campaña y ciento veintinueve carros de combate. El comandante italiano, el general Annibale Bergonzoli, apodado «barba eléctrica» por el erizado pelo que cubría su mentón, consiguió huir, dirigiéndose hacia el oeste. En las filas de los atacantes hubo solo ciento treinta muertos y trescientos veintiséis heridos.

Mientras tanto, la 7.ª División Acorazada había comenzado el avance hacia Tobruk. Desde Bardia salieron inmediatamente dos brigadas australianas para unirse al asedio de esa ciudad. Tobruk también cayó, lo que supuso para las fuerzas británicas la captura de otros veinticinco mil prisioneros, doscientos ocho cañones, ochenta y siete vehículos blindados y catorce prostitutas del ejército italiano que fueron enviadas a un convento de Alejandría donde languidecerían miserablemente durante el resto de la guerra. O'Connor quedó desconcertado cuando se enteró de

que el ofrecimiento de fuerzas de tierra y de aviones a Grecia por parte de Churchill ponía en grave peligro las ulteriores fases de su ofensiva. Por fortuna, Metaxas declinó la oferta. En su opinión, con el envío de un número de divisiones inferior a nueve simplemente se corría el peligro de provocar una intervención de los alemanes sin esperanzas de poder repelerla.

El imperio italiano de África Oriental siguió desmoronándose irremisiblemente. El 19 de enero, con la 4.ª División India en Sudán dispuesta a entrar, la fuerza del general William Platt se lanzó contra el ejército del duque de Aosta, aislado y mal pertrechado en Abisinia. Dos días después, se produjo el regreso del emperador Haile Selassie, que llegó acompañado del comandante Orde Wingate para unirse a la liberación de su país. Y en el sur, un contingente a las órdenes del general Alan Cunningham lanzó un ataque desde Kenia. El ejército del príncipe italiano, ahogado por la falta de provisiones, apenas pudo oponer resistencia.

En Libia, O'Connor decidió poner el máximo empeño en

atrapar al grueso del ejército italiano concentrado en la costa de Cirenaica. Con esta finalidad, envió a la 7.ª División Acorazada al golfo de Sirte, al sur de Bengasi. Pero esta formación disponía en aquellos momentos de solo ciento cuarenta y cinco tanques en funcionamiento, y la situación de los abastecimientos era desesperada, pues las líneas de comunicación se extendían a lo largo de más de mil trescientos kilómetros hasta la ciudad de El Cairo. O'Connor ordenó que la división se detuviera cerca de un bastión italiano en Mechili, al sur del macizo de Jebel Akhdar. Pero poco después las patrullas de vehículos blindados y los aviones de la RAF observaron indicios de una gran retirada. El mariscal Graziani había comenzado la evacuación de todas las tropas italianas presentes en Cirenaica.

El 4 de febrero, comenzó muy en serio lo que los regimientos de caballería llamarían «la carrera con hándicap de Bengasi». Con el 11.° Regimiento de Húsares al frente, la 7.ª División Acorazada avanzó por aquellos inhóspitos territorios para atrapar a los hombres que quedaban del X Ejército italiano antes de que lograran escapar. La 6.ª División australiana, tras perseguir por la costa a las fuerzas enemigas en retirada, entró en Bengasi el 6 de febrero.

Cuando se enteró de que los italianos estaban evacuando Bengasi, el general Michael Creagh de la 7.ª

División Acorazada ordenó que una columna avanzara para acorralarlos en Beda Fomm. Este destacamento, el 11.° de Húsares, el 2.° Batallón de la Brigada de Fusileros y tres baterías de la Royal Horse Artillery alcanzaron la carretera justo a tiempo. Ante unos veinte mil italianos desesperados por escapar, temieron verse superados por tan gran número de hombres. Pero cuando parecía que iban a quedar aislados en la zona del interior, llegaron los tanques ligeros del 7.° de Húsares. Los carros de combate británicos cargaron contra el flanco izquierdo de los italianos en huida, provocando el pánico y el caos. La intensidad de los combates solo disminuyó cuando comenzó a caer la noche.

La batalla se reanudó al amanecer, con la llegada de más tanques italianos. Pero la columna destacada de los británicos también empezó a recibir refuerzos con la aparición de los primeros escuadrones de la 7.ª División Acorazada. En su afán por seguir adelante, más de ochenta tanques italianos fueron destruidos. Mientras tanto, los australianos que avanzaban desde Bengasi comenzaron a ejercer más presión por la retaguardia. El 7 de febrero, después de ver cómo se frustraba su último intento por escapar, el general Bergonzoli se rindió al teniente coronel John Combe del 11.° Regimiento de Húsares. Muerto el general Tellera, «barba eléctrica» era el único alto oficial del X Ejército que seguía vivo.

La vista no llegaba a alcanzar hasta dónde se extendía

aquel número ingente de soldados italianos que, exhaustos y abatidos, permanecían sentados y acurrucados bajo la intensa lluvia. Se cuenta que, cuando le preguntaron por radio cuántos prisioneros habían hecho, uno de los subalternos de Combe respondió, con la despreocupación y el desparpajo propios de los soldados de caballería: «¡Oh!, diría que varias hectáreas». Cinco días más tarde, llegó a Trípoli el *Generalleutnant* Erwin Rommel, acompañado por las tropas de avanzadilla de la formación que pasaría a la historia con el nombre de Afrika Korps.

10

LA GUERRA DE LOS BALCANES DE HITLER (marzo-mayo de 1941)

Tras darse cuenta de que había fracasado en todos sus intentos por derrotar a Gran Bretaña, Hitler decidió concentrarse en el que era el objetivo principal de su existencia. Pero antes de lanzarse a la invasión de la Unión Soviética, estaba firmemente decidido a asegurar sus dos flancos. Empezó negociaciones con Finlandia, pero lo más importante era controlar los Balcanes en el sur. Los yacimientos petrolíferos de Ploesti proporcionarían el combustible necesario para sus divisiones panzer, y el ejército rumano del mariscal Antonescu ofrecería potencial humano. Como la Unión Soviética también consideraba que el sureste de Europa pertenecía a su esfera de influencia, el Führer era perfectamente consciente de que debía actuar con muchísima precaución para no provocar a Stalin antes de poner en marcha su plan.

Con su desastroso ataque contra Grecia, Mussolini había conseguido precisamente lo que Hitler más temía:

una presencia militar británica en el sureste de Europa. En abril de 1939 Gran Bretaña había garantizado su apoyo a Grecia, y en virtud de ese compromiso el general Metaxas había pedido ayuda. Los ingleses ofrecieron cazas —los primeros escuadrones de la RAF llegaron a Grecia la segunda semana de noviembre de 1940—, y un contingente de tropas británicas desembarcó en Creta para encargarse de la defensa de la isla y permitir que los soldados griegos pasaran al frente albanés. Hitler se alarmó ante la posibilidad de que los bombarderos británicos utilizaran los aeródromos griegos para lanzar ataques contra los yacimientos petrolíferos de Ploesti, y pidió al gobierno búlgaro que estableciera inmediatamente puestos de vigilancia a lo largo de su frontera. Sin embargo, Metaxas, que no quería provocar a la Alemania nazi, insistió en que no se bombardearan los pozos de Ploesti. Grecia podía enfrentarse al ejército italiano, pero no a la Wehrmacht.

Hitler, no obstante, ya había comenzado a considerar la posibilidad de invadir Grecia, en parte para poner fin a la humillación sufrida por Italia, que repercutía negativamente en el conjunto de las fuerzas del Eje, pero sobre todo para proteger Rumania. El 12 de noviembre ordenó que el OKW preparara un plan de invasión a través de Bulgaria con el fin de asegurar la costa septentrional del Egeo. Dicho plan recibió el nombre de Operación Marita. A la Luftwaffe y a la Kriegsmarine no les costó convencer al Führer de incluir

en la campaña toda la Grecia continental.

La Operación Marita debía ser la culminación de la Operación Félix, el ataque contra Gibraltar en la primavera de 1941, y de la ocupación del noroeste de África con dos divisiones. Movido por el temor de que las colonias francesas acabaran abandonando al régimen de Vichy, Hitler ordenó que se preparara un plan de emergencia para poner en marcha la Operación Atila, esto es, la captura de las posesiones y la flota de Francia. Estas acciones debían ser llevadas a cabo de forma despiadada si se oponía la más mínima resistencia.

Como Gibraltar era fundamental para la presencia de los británicos en el Mediterráneo, Hitler pensó en enviar al almirante Canaris, jefe de la Abwehr, a entrevistarse con Franco. Su misión consistía en llegar a un acuerdo para que las tropas alemanas pudieran transitar por las carreteras del levante español en el mes de febrero. Pero pronto se vería que la seguridad de Hitler en que Franco aceptara finalmente entrar en la guerra al lado de las fuerzas del Eje era demasiado optimista. El «Caudillo» dejó «bien claro que solo entraría en la guerra cuando fuera inminente la caída de Gran Bretaña».[1] Hitler estaba decidido a no abandonar este proyecto, pero frustrados temporalmente sus planes en el Mediterráneo occidental, centró su atención en el flanco sur para poner en marcha la Operación Barbarroja.

El 5 de diciembre de 1940, Hitler puso de manifiesto su intención de enviar únicamente dos grupos de la Luftwaffe a Sicilia y al sur de Italia para atacar las fuerzas navales británicas del Mediterráneo oriental. En aquellos momentos, era contrario a la idea de trasladar tropas de tierra a Libia para apoyar a los italianos. Sin embargo, la segunda semana de enero de 1941, el éxito abrumador de las tropas de O'Connor en su avance lo obligó a replantearse la situación. Libia le importaba muy poco, pero si Mussolini era derrocado como consecuencia de la derrota, las fuerzas del Eje sufrirían un duro golpe que daría nuevos ánimos a sus enemigos.

Se vio aumentada la presencia de la Luftwaffe en Sicilia con la llegada de todos los efectivos del X *Fliegerkorps*, y la 5.ª División Ligera recibió la orden de prepararse para dirigirse al norte de África. Pero el 3 de febrero saltó una alarma: era evidente que Tripolitania también estaba en peligro. Hitler ordenó el traslado a la zona de una formación que debía ponerse a las órdenes del *Generalleutnant* Rommel, al que conocía muy bien por las campañas de Polonia y Francia. La unidad recibiría el nombre de Deutsches Afrika-Korps, y la operación se llamaría *Sonnenblume* («Girasol»).

Mussolini no tuvo más remedio que acceder a que Rommel asumiera el mando efectivo de las fuerzas italianas. Rommel mantuvo una serie de entrevistas en Roma el 10 de febrero, y dos días más tarde voló a Trípoli. Enseguida descartó todos los planes italianos para la defensa de la ciudad. Quería que el frente avanzara para situarse cerca de Sirte hasta que sus tropas desembarcaran, pero pronto se dio cuenta de que esa operación requería su tiempo. La 5.ª División Ligera no estaría preparada para entrar en acción hasta comienzos de abril.

En Sicilia, mientras tanto, el X *Fliegerkorps* bombardeaba la isla de Malta, especialmente los aeródromos y la base naval de La Valeta, y atacaba los convoyes británicos que divisaba navegando por el Mediterráneo. La Kriegsmarine también trató de convencer a la marina italiana de que sus navíos abrieran fuego contra la flota británica del Mediterráneo, pero hasta finales de marzo de poco le sirvieron todos sus argumentos.

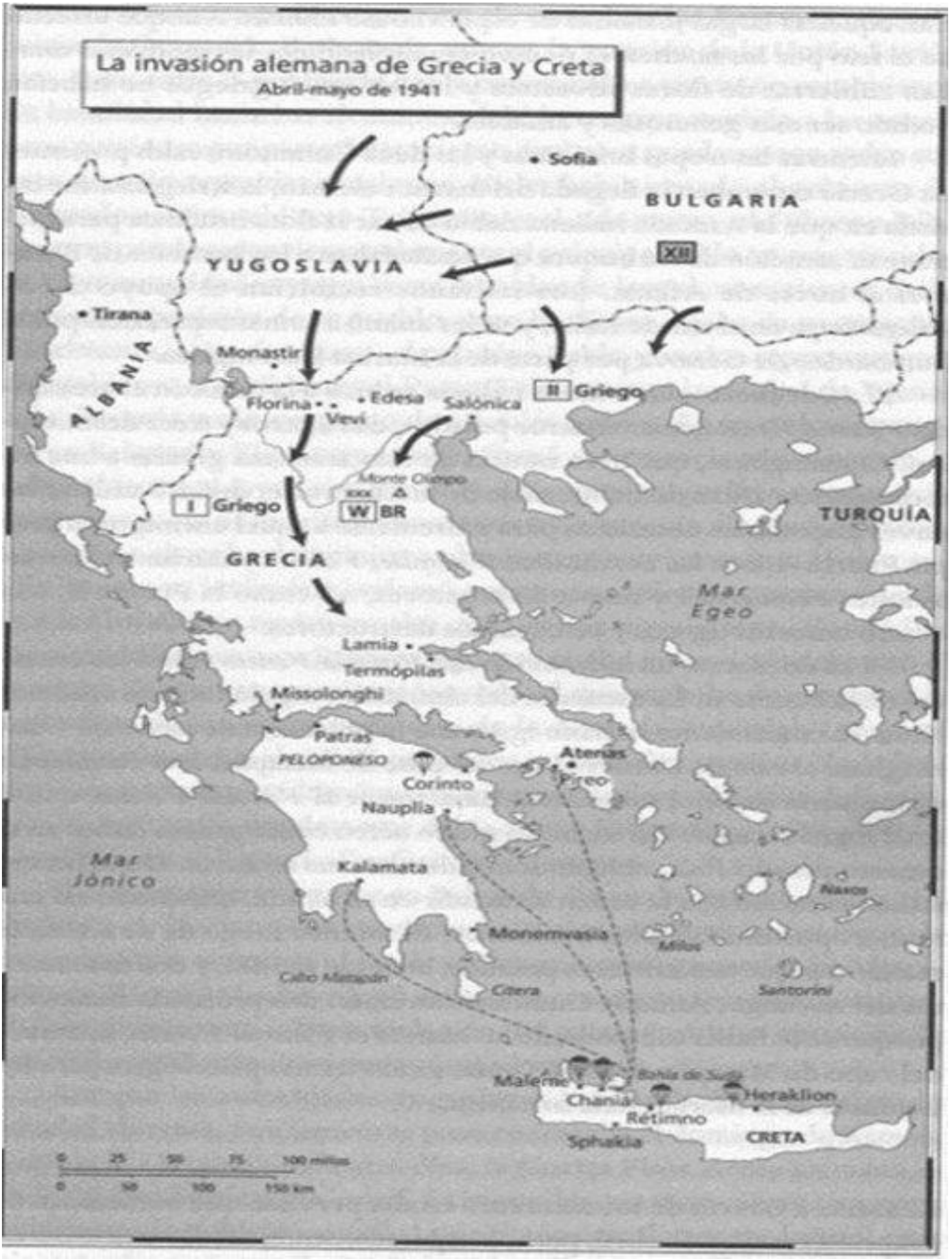
Durante los tres primeros meses de 1941 fueron desarrollándose los preparativos para poner en marcha la Operación Marita, esto es, la invasión de Grecia. Varias formaciones del XII Ejército, a las órdenes del *Generalfeldmarschall* Wilhelm List, cruzaron Hungría

hasta llegar a Rumania. Estos dos países tenían gobiernos anticomunistas, y se habían convertido en aliados del Eje tras unas enérgicas y efectivas negociaciones diplomáticas. También había que ganarse a Bulgaria para que las fuerzas alemanas pudieran cruzar su territorio. Stalin observaba todos esos movimientos con mucho recelo. No le convencían las reiteradas promesas nazis de que la presencia alemana en la zona tenía como único objetivo Gran Bretaña, pero poco podía hacer al respecto.

Los británicos, dándose cuenta perfectamente de la concentración de tropas alemanas en la región del bajo Danubio, decidieron actuar. Churchill, por razones de credibilidad de su país, y con la esperanza de impresionar a los estadounidenses, ordenó a Wavell que se olvidara de la idea de avanzar hacia Tripolitania y enviara tres divisiones a Grecia. Acababa de fallecer Metaxas, y el nuevo primer ministro, Alexandros Koryzis, viendo claramente la amenaza alemana, estaba dispuesto a aceptar cualquier ayuda por pequeña que fuera. Ni Wavell ni el almirante Cunningham creían que esa fuerza expedicionaria sería capaz de detener el avance alemán, pero como Churchill consideraba que estaba en juego el honor de Gran Bretaña, y Edén estaba completamente convencido de que aquel era el camino correcto, el 8 de marzo no tuvieron más remedio que ceder y acatar las órdenes recibidas. De hecho, más de la mitad de los cincuenta y ocho mil efectivos que se

trasladaron a Grecia para cumplir la promesa de ayuda de los británicos eran australianos y neozelandeses. Eran las formaciones que había disponibles más cerca de la zona, aunque más tarde esta decisión daría lugar a un gran resentimiento en las antípodas.

El comandante de la fuerza expedicionaria fue el general sir Maitland Wilson, apodado «Jumbo» por su físico robusto y su elevada estatura. Wilson no se hacía falsas ilusiones con la batalla que le esperaba. Tras celebrar una reunión con el ministro plenipotenciario británico en Grecia, sir Michael Palairet, en la que este le expuso la situación con una gran dosis de optimismo, a Maitland se le oyó decir: «Bueno, no sé. Yo ya he pedido que preparen mis mapas del Peloponeso».[2] Esta región situada en el extremo meridional de Grecia continental era el lugar del que debían ser evacuadas sus tropas si se producía una derrota. Los oficiales de rango superior creían que la aventura en Grecia podía convertirse en «otra Noruega». Por otra parte, los oficiales australianos y neozelandeses más jóvenes extendían entusiasmados los mapas de los Balcanes para estudiar posibles rutas de invasión a través de Yugoslavia en dirección a Viena.


La invasión alemana de Grecia y Creta
Abril-mayo de 1941
Sofia
BULGARIA
XII
YUGOSLAVIA
Tirana
ALBANIA
Monastir
Florina
Edesa
Vevi
Salónica
II Griego
I Griego
XXX
W BR
Monte Olimpo
TURQUÍA
GRECIA
Mar Egeo
Lamia
Termópilas
Missolonghi
Patras
PELOPONESO
Corinto
Nauplia
Atenas
Pireo
Mar Jónico
Kalamata
Monemvasia
Cabo Matapán
Citera
Milos
Santorini
Maleme
Bahía de Suda
Chania
Heraklion
Rétimno
Sphakia
CRETA
0 25 50 75 100 millas
0 50 100 150 km

La Fuerza W de Wilson se preparó para repeler una invasión alemana por Bulgaria. Tomó posiciones a lo largo de la línea Aliakmon, que dibujaba una diagonal desde la frontera yugoslava hasta la costa del Egeo, al norte del monte Olimpo. La 2.ª División neozelandesa del general Bernard Freyberg se situó a la derecha, y la 6.ª División australiana a la izquierda, mientras que la 1.ª Brigada Acorazada británica se colocó delante a modo de parapeto. Los soldados aliados recordarían aquellas largas jornadas de espera como idílicas. Aunque arreciaba el frío por las noches, el tiempo era espléndido, las montañas estaban cubiertas de flores silvestres y los aldeanos griegos no habrían podido ser más generosos y amables.

Mientras las tropas británicas y las de la Commonwealth presentes en Grecia esperaban la llegada del invasor alemán, la Kriegsmarine insistía en que la Armada italiana debía atacar la flota británica para distraer su atención de los buques que trasladaban a los hombres de Rommel al norte de África. Los italianos recibirían el apoyo del X *Fliegerkorps* en el sur de Italia, y se les animó a tomar represalias por el bombardeo de Genova por parte de la Marina Real inglesa.

El 26 de marzo, la Armada italiana se hizo a la mar con el acorazado *Vittorio Véneto*, seis cruceros pesados, dos ligeros y trece destructores. Cunningham, que tuvo noticia de esta amenaza gracias a una interceptación Ultra de un

mensaje de la Luftwaffe, decidió utilizar las naves disponibles necesarias para enfrentarse a aquel enemigo: su propia Fuerza A, con los acorazados *Warspite, Valiant* y *Barham*, el portaaviones *Formidable* y nueve destructores, así como la Fuerza B, con cuatro cruceros ligeros y otros tantos destructores.

El 28 de marzo, un hidroavión del *Vittorio Véneto* avistó los cruceros de la Fuerza B. La escuadra del almirante Angelo Iachino salió tras ellos. El comandante italiano ignoraba la presencia de naves de Cunningham al este de Creta y al sur del cabo de Matapán. Del *Formidable* despegaron aviones torpederos para atacar al *Vittorio Véneto*, que al final logró escapar. Un segundo grupo aéreo causó graves daños en el crucero pesado *Pola*, obligándolo a detener sus motores. Otros barcos italianos recibieron la orden de acudir en su ayuda, brindando así una nueva oportunidad a los británicos. El intenso fuego de su artillería mandó a pique tres cruceros pesados, incluido el *Pola*, y dos destructores del enemigo. Aunque Cunningham sintió una profunda decepción porque se le había escapado de las manos el *Vittorio Véneto*, la batalla del cabo de Matapán supondría una gran victoria psicológica para los hombres de la Marina Real británica.

El asalto a Grecia de los alemanes estaba previsto que comenzara en los primeros días de abril, pero, inesperadamente, estalló una crisis en Yugoslavia. Hitler había tratado de ganarse a este país, especialmente a su regente, el príncipe Pablo, en el curso de la ofensiva diplomática puesta en marcha para asegurarse el control de los Balcanes antes de iniciar la Operación Barbarroja, esto es, la invasión de la Unión Soviética. Pero entre la población había comenzado a crecer un sentimiento de hostilidad hacia los alemanes, debido en gran medida a las continuas presiones por parte del gobierno nazi para quedarse con todos sus recursos. En repetidas ocasiones, Hitler había instado al gobierno de Belgrado a unirse al Pacto Tripartito, y el 4 de marzo, el Führer y Ribbentrop presionaron descaradamente al príncipe Pablo en este sentido.

Las autoridades yugoslavas iban dando largas, conscientes de la creciente oposición de su pueblo, pero Berlín no cejaba en su empeño. Finalmente, el 25 de marzo, el príncipe Pablo y varios representantes del gobierno suscribieron el Pacto Tripartito en la ciudad de Viena. Dos días más tarde, un grupo de oficiales serbios dio un golpe de estado en Belgrado. El príncipe Pablo firmó su renuncia a la regencia, y subió al trono el joven rey Pedro II. La capital yugoslava se convirtió en un escenario de manifestaciones contra Alemania, llegándose

incluso a atacar el coche del ministro plenipotenciario germano. Hitler, según cuenta su intérprete, «clamó venganza».[3] Estaba convencido de que los británicos tenían mucho que ver con aquel golpe. Mandó llamar inmediatamente a Ribbentrop, que estaba entrevistándose con el ministro de asuntos exteriores japonés, al que acababa de proponer la conquista de Singapur por parte de la Armada Imperial. Luego el Führer ordenó que el OK.W preparara un plan de invasión. No habría previamente ningún ultimátum ni ninguna declaración oficial de guerra. La Luftwaffe simplemente debía atacar Belgrado lo antes posible. La operación se llamaría *Strafgericht*, «Castigo».

Hitler consideró el golpe en Belgrado del 27 de marzo una «prueba decisiva» de la «conspiración de los belicistas anglosajones judíos y de los judíos que ostentan el poder en los cuarteles generales bolcheviques de Moscú».[4] Incluso llegó a convencerse de que constituía un verdadero ultraje, una infame violación del pacto germano-soviético de amistad, que él mismo ya tenía planeado romper.

Aunque las autoridades yugoslavas habían declarado Belgrado «ciudad abierta», *Strafgericht* se puso en marcha el domingo de Ramos, 6 de abril. Durante dos largos días, la Cuarta Flota Aérea alemana se dedicó a bombardear la ciudad. Es imposible precisar cuántos muertos hubo entre la población civil. Los cálculos oscilan entre los mil

quinientos y los treinta mil, siendo lo más probable que el número verdadero se sitúe a medio camino entre estas dos cifras.[5] El gobierno yugoslavo firmó inmediatamente un pacto con la Unión Soviética, pero Stalin se abstuvo de intervenir para no provocar a Hitler.

Mientras la Luftwaffe bombardeaba Belgrado con quinientos aviones aquel domingo de Ramos, el ministro plenipotenciario de Alemania en Atenas comunicaba al primer ministro griego que fuerzas de la Wehrmacht procederían a la invasión de su país debido a la presencia de tropas británicas en el territorio. Koryzis respondió que Grecia iba a defenderse. El 6 de abril, justo antes de que amaneciera, el XII Ejército de List empezó una serie de ataques simultáneos en el sur de Grecia y el oeste de Yugoslavia. «A las 05:30 comienza la ofensiva contra Yugoslavia», escribió en su diario un *Gefreiter de* la 11.ª División Panzer. «Los carros blindados ya están avanzando. La artillería ligera abre fuego, la artillería pesada entra en acción. Aparecen los aviones de reconocimiento, luego cuarenta Stukas bombardean las posiciones, el cuartel arde en llamas... una imagen magnífica al amanecer».[6]

A primera hora de aquella misma mañana, el comandante del VIII Cuerpo Aéreo, el general Wolfram von Richthofen, célebre por su arrogancia, contemplaba el ataque de la 5.ª División de Montaña en el paso de Rupel, cerca de la frontera yugoslava, y observaba cómo sus

aviones entraban en acción. «En el puesto de mando a las 04:00», anotó en su diario. «Cuando comienza a clarear, la artillería abre fuego. Potentes fuegos de artificio. Luego las bombas. Me asalta la idea de si no estaremos tratando a los griegos con demasiados honores».[7] Pero la 5.ª División de Montaña recibió una desagradable sorpresa cuando los aviones de Richthofen comenzaron a bombardearla por error. Por si fuera poco, los griegos demostraron mucha más tenacidad que la que había imaginado el soberbio general alemán.

El ejército yugoslavo, que fue movilizado a toda prisa y carecía de cañones antitanque y de baterías antiaéreas, poco podía hacer frente al poderío de la Luftwaffe y las divisiones panzer. Los alemanes comprobaron que las unidades serbias resistían con mayor determinación que las de los croatas y los macedonios, que a menudo se rendían a la menor oportunidad. Una columna de mil quinientos prisioneros fue atacada por error por los bombarderos en picado alemanes, matando a un «número espeluznante» de ellos. «¡Así es la guerra!», comentaría Richthofen a propósito del incidente.[8]

La invasión de Yugoslavia supuso un peligro añadido, e inesperado, para la línea defensiva Aliakmon. Si, como era de esperar, los alemanes entraban por el valle de Monastir, próximo a Florina, las posiciones aliadas se verían rápidamente rodeadas. En previsión de esta amenaza,

había que desplazar la línea Aliakmon para alejarla más de la frontera.

Hitler quería aislar y destruir a la fuerza expedicionaria aliada enviada a Grecia. Ignoraba que el general Wilson contaba con una ventaja secreta. Por primera vez, las interceptaciones Ultra podían proporcionar información sobre los movimientos de la Wehrmacht a un comandante en el campo de batalla. Sin embargo, tanto el mando griego como el británico quedaron consternados por la rapidez con la que se hundió el ejército yugoslavo, que solo mató a ciento cincuenta y un alemanes en toda la campaña.

Las fuerzas griegas encargadas de la defensa de la línea Metaxas, situada cerca de la frontera con Bulgaria, combatieron con gran arrojo, pero al final una parte del XVIII Cuerpo de Montaña alemán consiguió abrir una brecha en ese frente por el extremo suroriental de Yugoslavia, dejando expedito el camino a Salónica. La mañana del 9 de abril, Richthofen recibió la «sorprendente noticia»[9] de que la 2.ª División Panzer había llegado a las inmediaciones de dicha ciudad. Pero los griegos siguieron organizando contraofensivas cerca del paso de Rupel, obligando a Richthofen, que ya había empezado a respetar al enemigo, a desviar bombarderos para repelerlas.

Al sur de Vevi, la 1.ª Brigada Acorazada británica se encontró el 11 de abril ante una parte de la *SS*

Leibstandarte Adolf Hitler. Gerry de Winton, comandante del batallón de transmisiones, recordaría aquella escena en el valle poco antes del anochecer «como un cuadro de lady Butler, con la puesta del sol a la izquierda, los alemanes atacando frontalmente, y a la derecha los artilleros colocados en formación de combate con sus armones».[10] Una interceptación Ultra reveló que la actitud de los aliados hacía mella en el enemigo. «Cerca de Vevi Schutzstaffel Adolf Hitler encuentra férrea resistencia».[11] Sin embargo, hubo pocas acciones como esa. Las unidades aliadas comenzaron a retroceder, retirándose de un paso de montaña a otro, con los alemanes pisándoles siempre los talones. Las unidades griegas, que carecían de medios de transporte motorizados, no podían replegarse al mismo ritmo, de modo que se abrió en la línea defensiva del frente albanés un gran hueco entre la Fuerza W y el Ejército del Epiro heleno.

Las columnas en retirada no solo sufrían constantes ataques de la aviación enemiga, sino que se veían obligadas a abandonar y destruir los tanques —y otros vehículos—, incapaces de avanzar por aquellos caminos pedregosos. Poco pudo hacer la RAF, con sus escasas escuadrillas de cazas Hurricane, ante la aplastante superioridad numérica de los Messerschmitt de Richthofen. Y durante la retirada, a sus hombres, que tenían que replegarse de un aeródromo improvisado a otro, les asaltaba constantemente el

recuerdo de la caída de Francia. Los pilotos alemanes que saltaban en paracaídas cuando su avión era derribado corrían el peligro de sufrir las iras de los aldeanos griegos sedientos de venganza.

El 17 de abril, los yugoslavos capitularon. Invadidos por el norte desde territorio austriaco, desde Hungría, desde Rumania y también desde Bulgaria por el ejército de List, sus escasas y desperdigadas fuerzas apenas habían podido reaccionar a la agresión. La 11.ª División Panzer estaba muy satisfecha de sí misma. «En menos de cinco días, siete divisiones enemigas destruidas», anotó un *Gefreiter* en su diario, «una gran cantidad de material bélico capturado, treinta mil hombres hechos prisioneros, Belgrado obligada a rendirse. Ínfimas nuestras pérdidas».[12] Un integrante de la *SS Das Reich* se hacía la siguiente pregunta: «¿Acaso creían los serbios que, con un ejército pobre en efectivos, anticuado y mal entrenado, tenían alguna posibilidad frente a la Wehrmacht alemana? ¡Es como si una lombriz de tierra pretendiera engullir una boa constrictor!».[13]

A pesar de la fácil victoria, Hitler deseaba vengarse de la población serbia, a la que seguía considerando el elemento terrorista responsable de la Primera Guerra Mundial y todos sus males. Había que dividir Yugoslavia, entregando pedazos de su territorio a los aliados húngaros, búlgaros e italianos. Croacia, bajo un régimen fascista, se

convirtió en protectorado de Italia, y Alemania ocupó Serbia. La dureza con la que los nazis tratarían a los serbios resultaría sumamente contraproducente, pues dio lugar a una guerra de guerrillas absolutamente brutal e interfirió en la explotación de los recursos del país.

En Grecia, la retirada de las fuerzas aliadas y los helenos, mezclados con yugoslavos refugiados, produjo imágenes alucinantes. Una vez, en medio de una larga columna militar, pudo verse a un *playboy* de Belgrado, con sus zapatos bicolor, en un Buick biplaza descapotable, acompañado de su amante. Y en otra ocasión, un oficial militar pensó por un momento que estaba soñando cuando vio, «bajo la luz de la luna, a un escuadrón de lanceros serbios con sus largas capas, avanzando como fantasmas de los derrotados en guerras de antaño».[14]

Cuando el ejército griego (a la izquierda) y la Fuerza W (a la derecha) perdieron contacto, el general Wilson ordenó una retirada a la línea de las Termopilas. El repliegue pudo llevarse a cabo gracias a la valiente defensa del valle del Tempe, en el curso de la cual la 5.ª Brigada de Nueva Zelanda consiguió detener el avance de la 2.ª División Panzer y la 6.ª División de Montaña durante tres días. Pero una interceptación Ultra informó de que los

alemanes habían conseguido abrirse paso por la costa del Adriático, y se dirigían al golfo de Corinto.

Para las tropas aliadas resultó muy embarazoso tener que volar puentes y líneas ferroviarias durante su retirada, pero la población local nunca dejó de tratarlos con gran cordialidad y mucha comprensión. Aunque sus perspectivas ante la llegada de la fuerza invasora eran muy negras, los popes ortodoxos continuaban bendiciendo los vehículos de los soldados en retirada, y las mujeres les entregaban flores y pan. Ignoraban el cruel destino que les aguardaba. En apenas unos pocos meses, la hogaza de pan costaría dos millones de dracmas, y durante el primer año de ocupación murieron de hambre más de cuarenta mil griegos.[15]

El 19 de abril, al día siguiente de que se suicidara el primer ministro griego, el general Wavell voló hasta Atenas para hablar de la situación. Debido a la incertidumbre del momento, sus oficiales de estado mayor acudieron a la cita armados con sus revólveres reglamentarios. La decisión de evacuar a todas las tropas de Wilson se tomó a la mañana siguiente. Aquel día, los últimos quince Hurricane derribaron ciento veinte aparatos alemanes en el cielo de Atenas. En el cuartel general de la legación británica y de la Misión Militar, con sede en el Hotel Grande Bretagne, se empezó a quemar documentos, entre otros los más importantes, los mensajes Ultra.

Cuando corrió la noticia de la orden de evacuación, la

población local no dejó de vitorear a las tropas aliadas en retirada. «¡Mucha suerte, y volved!», gritaban los griegos. «¡Regresad con la victoria!» Muchos oficiales y soldados hacían un esfuerzo por contener el llanto cuando pensaban que dejaban a toda aquella gente abandonada a su suerte. Solo tenían una cosa en la cabeza: partir a toda prisa en medio de tanto caos. Con una fuerte retaguardia de australianos y neozelandeses para frenar a los alemanes, los restos de la Fuerza W consiguieron abrirse paso hasta los lugares desde donde debían ser evacuados: unos hasta Rafina y Porto Rafti, en el sur de Atenas, otros hasta la costa meridional del Peloponeso. Los alemanes estaban decididos a no permitir que tuviera lugar otro *«Dünkirchen — Wunder»*, o «Milagro de Dunkerque».[16]

Aunque el general Papagos y el rey Jorge II de Grecia querían continuar con los combates mientras la fuerza aliada expedicionaria siguiera en el continente, los comandantes del Ejército del Epiro, que luchaba contra los italianos, decidieron rendirse a los alemanes. El 20 de abril, el general Georgios Tsolakoglou empezó las negociaciones con el *Generalfeldmarschall* List, pero puso una condición: que el ejército griego no tuviera que tratar con los italianos. List aceptó. Cuando se enteró de ello, Mussolini, furibundo, se quejó a Hitler, quien, una vez más, no quiso que se humillara a su aliado. El Führer envió al *Generalleutnant* Alfred Jodl del OKW a la ceremonia

de la rendición —a la que asistieron los oficiales italianos —, en vez de encomendar esta tarea a List, que montó en cólera.

El entusiasmo que suscitó aquella fácil victoria queda patente en las palabras de un oficial de artillería de la 11.ª División Panzer, quien, el 22 de abril, en una carta dirigida a su esposa decía: «Cuando veía al enemigo, disparaba contra él, sintiendo siempre un placer salvaje y real en el combate. Ha sido una guerra alegre... Estamos bronceados y seguros de la victoria. Es maravilloso pertenecer a una división como esta».[17] En sus reflexiones, un capitán de la 73.ª División de Infantería alemana decía que la paz llegaría incluso a los Balcanes con un Nuevo Orden Europeo «de modo que nuestros hijos no volverán a vivir ninguna otra guerra».[18] Inmediatamente después de la entrada en Atenas de las primeras unidades alemanas el día 26 de abril, en lo alto de la Acrópolis fue izada una enorme bandera con la esvástica roja.

Ese mismo día, al amanecer, varias unidades paracaidistas alemanas cayeron sobre el lado sur del canal de Corinto para tratar de impedir la retirada de los aliados. En unos encarnizados combates, sufrieron importantes pérdidas a manos de un grupo de neozelandeses con sus cañones Bofors y de unos cuantos tanques ligeros del 4.° Regimiento de Húsares. Además, fracasaron en su objetivo principal, la captura del puente. Los dos oficiales zapadores

que habían preparado su demolición consiguieron volver a rastras y lo volaron.

Mientras los alemanes celebraban su victoria en el Ática, seguía llevándose a cabo a un ritmo desesperado la evacuación de las fuerzas de Wilson. Se utilizaron todos los medios disponibles. Los bombarderos ligeros Blenheim y los hidroaviones Sunderland pudieron despegar con varios efectivos amontonados en los compartimentos de las bombas y en las torretas. Caiques, vapores volanderos y todo tipo de embarcaciones disponibles pusieron rumbo a Creta. La Marina Real envió seis cruceros y diecinueve destructores para proceder de nuevo a la evacuación de un ejército derrotado. Las carreteras que llevaban a los puertos del sur del Peloponeso quedaron bloqueadas por los vehículos militares que habían sido saboteados precipitadamente. Al final, de los cincuenta y ocho mil hombres enviados a Grecia, solo catorce mil cayeron prisioneros de los alemanes. Otros dos mil murieron o resultaron heridos en los combates. En términos de potencial humano, la derrota habría podido ser mucho peor, pero la pérdida de vehículos blindados, de camiones, de armas y de equipamiento supuso un duro varapalo, sobre todo en un momento en el que Rommel estaba avanzando hacia Egipto.

Una vez asegurado su flanco sur, Hitler sintió un gran alivio, aunque poco antes de que finalizara la guerra

atribuiría a esta campaña su retraso en poner en marcha la Operación Barbarroja. En los últimos años, los historiadores han estudiado las repercusiones que tuvo la Operación Marita en la invasión de la Unión Soviética. En su debate, la mayoría ha llegado a la conclusión de que fueron mínimas. El aplazamiento de la Operación Barbarroja de mayo a junio se atribuye normalmente a otros factores, como, por ejemplo, al retraso en la asignación de los medios de transporte motorizados, principalmente los vehículos capturados al ejército francés en 1940; a problemas relacionados con la distribución de combustible; o a las intensas lluvias a finales de aquella primavera que dificultaron la creación de aeródromos avanzados para la Luftwaffe. Pero hay un hecho que casi nadie pone en tela de juicio: la Operación Marita sirvió para que Stalin se convenciera de que el ataque alemán en el sur tenía por objetivo la captura del canal de Suez, no una invasión de la Unión Soviética.[19]

Durante la travesía por el Egeo, los navíos que transportaban a los soldados de la Fuerza W intentaron, aunque no siempre con éxito, evitar los cazas y los bombarderos en picado de Richthofen. Fueron hundidos veintiséis, incluidos dos barcos hospital, y perecieron más

de dos mil hombres. Más de una tercera parte de ellos murió cuando dos destructores de la Marina Real, el *Diamond* y el *Wryneck*, quisieron salvar a los supervivientes de un mercante holandés que había sido hundido. Con sus sucesivos ataques, la aviación alemana consiguió mandar a pique a las dos naves británicas.

Buena parte de las fuerzas evacuadas, unos veintisiete mil hombres, desembarcó en el maravilloso puerto natural de la bahía de Suda, en la costa septentrional de Creta, a finales de abril. Los hombres, exhaustos, dejaban atrás las naves y, caminando penosamente, buscaban refugio en los olivares, donde recibían unas cuantas galletas duras y latas de carne. Soldados rezagados, personal de intendencia, unidades sin oficiales y civiles británicos se mezclaban en aquel caos, sin saber dónde ir. Los efectivos de la división neozelandesa de Freyberg desembarcaron en buen estado, así como los de varios batallones australianos. Todos ellos esperaban regresar a Egipto para seguir peleando contra Rommel.

A comienzos de febrero el OKW había estudiado la posibilidad de invadir Malta. Tanto el ejército alemán como la Kriegsmarine apoyaban la idea, pues querían asegurar la ruta de los convoyes que se dirigían a Libia. Pero Hitler

decidió que había que esperar, y posponer la operación unos meses, hasta que la Unión Soviética fuera derrotada. Era evidente que la presencia de los británicos en Malta suponía un obstáculo para el suministro de provisiones y pertrechos a las fuerzas del Eje en Libia, pero, en opinión del Führer, las bases aliadas en Creta representaban un peligro mucho mayor, pues podían ser utilizadas para llevar a cabo incursiones aéreas contra los yacimientos petrolíferos de Ploesti. Por razones similares, Hitler instó a los italianos a que resistieran en sus islas del Dodecaneso a cualquier precio. Además, la ocupación de Creta supondría para Alemania una ventaja añadida. La isla podría ser empleada por la Luftwaffe como base aérea desde la que bombardear el puerto de Alejandría y el canal de Suez.

Antes incluso de la caída de Atenas, los oficiales de la Luftwaffe ya habían empezado a estudiar la posibilidad de asaltar la isla con sus fuerzas aerotransportadas. El general Kurt Student, fundador de las fuerzas aerotransportadas alemanas, era especialmente astuto. La Luftwaffe consideraba que esa operación le devolvería el prestigio perdido tras haber fracasado en la empresa de derrotar a la RAF en la batalla de Inglaterra. Göring bendijo el proyecto y el 21 de abril llevó a Student a entrevistarse con Hitler. El general esbozó su plan de utilizar el XI Cuerpo Aéreo para conquistar Creta, y luego realizar un lanzamiento de tropas en Egipto, coincidiendo con la llegada del Afrika

Korps de Rommel. Hitler se mostró algo escéptico, pronosticando importantes pérdidas. Rechazó inmediatamente la segunda parte del plan de Student, pero dio su aprobación a la invasión de Creta, con la condición de que esta no supusiera tener que aplazar la Operación Barbarroja. El plan de Student recibió el nombre secreto de Operación *Merkur*, esto es, Mercurio.

Creta, como sabían perfectamente Wavell y el almirante Cunningham, era difícil de defender. En la costa septentrional de la isla se concentraba la mayoría de sus puertos y aeródromos, lo cual los hacía extremadamente vulnerables a los ataques lanzados por las fuerzas del Eje desde sus aeródromos en el Dodecaneso. Un problema que compartían los barcos encargados de abastecer la isla. A finales de marzo, las interceptaciones Ultra habían identificado la presencia en Bulgaria de parte del XI Cuerpo Aéreo del general Student, incluida la 7.ª División Paracaidista. A mediados de abril, otra interceptación reveló que también habían sido trasladados a ese país doscientos cincuenta aparatos de transporte. Era evidente que se planeaba poner en marcha una gran operación aerotransportada, en la que Creta parecía un objetivo harto probable, especialmente si los alemanes pretendían utilizar la isla como puente para llegar al canal de Suez. Durante la primera semana de mayo, un gran número de interceptaciones Ultra confirmó que Creta era

efectivamente el objetivo.

Ya en noviembre de 1940, cuando ocuparon la isla, los estrategas británicos sabían que los alemanes solo podrían capturar Creta con un asalto aerotransportado. El poderío de la Marina Real en el Mediterráneo oriental y la falta de barcos de guerra de las armadas del Eje descartaban un ataque anfibio. El brigadier O. H. Tidbury, el primer comandante en Creta, hizo un exhaustivo reconocimiento de la isla, y localizó todos los puntos sobre los que los alemanes podían realizar sus lanzamientos: los aeródromos de Heraclión, Rétimno y Maleme, así como un valle en el suroeste de La Canea. El 6 de mayo, una interceptación Ultra confirmó que los aeropuertos de Maleme y Heraclión iban a ser utilizados para el «desembarco aéreo del resto del XI *Fliegerkorps*, incluidos el personal del cuartel general y las unidades militares subordinadas»,[20] y como bases avanzadas para bombarderos en picado y cazas.

Aunque llevaban en Creta prácticamente seis meses, las fuerzas británicas habían hecho muy poco por convertir la isla en una fortaleza, como había pedido Churchill. Ello se debió en parte a la inercia, en parte a la confusión de ideas y en parte al hecho de que la isla no ocupara un puesto destacado en la lista de prioridades de Wavell. Apenas

habían comenzado las obras para abrir una carretera que condujera al sur, una zona mucho menos expuesta al ataque enemigo, y la construcción de aeródromos había quedado paralizada. Hasta la bahía de Suda, considerada por Churchill un enclave que podía convertirse en una segunda Scapa Flow para la armada, carecía de las instalaciones necesarias.

El general Bernard Freyberg, comandante de la División de Nueva Zelanda distinguido con la Cruz Victoria, no llegó a Creta —a bordo del *Ajax*— hasta el 29 de abril. Siguiendo la costumbre, había esperado en Grecia hasta el último momento para tener la seguridad de que todos sus hombres hubieran sido evacuados. Hacía tiempo que Churchill admiraba a Freyberg, un tipo corpulento y robusto, por la valentía demostrada durante la funesta campaña de Galípoli. El primer ministro británico solía llamarlo «el gran San Bernardo». Al día siguiente de su llegada, Freyberg fue invitado a entrevistarse con Wavell, que llegó aquella misma mañana a Creta a bordo de un bombardero Blenheim. Se reunieron en una villa situada en la costa. Para consternación de Freyberg, Wavell le pidió que se quedara en Creta con sus neozelandeses y dirigiera la defensa de la isla. Asimismo, lo puso al corriente de los informes de los servicios de inteligencia que hablaban de la inminencia de un ataque alemán, que en aquellos momentos se calculaba que lo pondrían en marcha entre «cinco y seis

mil efectivos aerotransportados, siendo probable además un ataque por mar».[21]

Freyberg se deprimió aún más cuando se enteró de la poca cobertura aérea que tendría a su disposición, pues temía que la Marina Real fuera incapaz de proporcionar la protección necesaria ante una «invasión aerotransportada».[22] Evidentemente, da la impresión de que Freyberg no supo entender correctamente la situación desde un principio. No podía imaginar que Creta fuera capturada con un ataque de fuerzas aerotransportadas, por lo que hacía más hincapié en una amenaza por mar. Wavell, sin embargo, tenía las cosas perfectamente claras, como demuestran sus mensajes a Londres: las fuerzas del Eje simplemente carecían del poderío naval necesario para asaltar la isla por mar. Esta confusión por parte de Freyberg tuvo una influencia fundamental en la disposición original de sus fuerzas y en su manera de dirigir la batalla en el momento más crítico.

Las tropas aliadas presentes en la isla a las órdenes de Freyberg serían conocidas como la Creforce. En el este, la 14.ª Brigada de Infantería británica y un batallón australiano tenían encomendada la defensa del aeródromo de Heraclión. Dos batallones de australianos y dos regimientos griegos se encargaban de proteger el aeródromo de Rétimno. Pero al oeste, en el aeródromo de Maleme, principal objetivo de los alemanes, había solo un

batallón de neozelandeses. La razón de este escaso número de fuerzas defensivas hay que buscarla en el convencimiento de Freyberg de que iba a producirse un asalto anfibio en la costa situada al oeste de La Canea. En consecuencia, concentró el grueso de su división a lo largo de esa franja, con el Regimiento Welch y un batallón neozelandés como fuerzas de reserva. En el oeste de Maleme no fue posicionada ninguna unidad.

El 6 de mayo, los servicios Ultra descifraron un mensaje que ponía al descubierto el plan de los alemanes de lanzar dos divisiones en paracaídas, esto es, más del doble de hombres de lo que Wavell había indicado en un principio. La noticia y los detalles de la operación pronto se vieron confirmados, quedando perfectamente claro que se trataba principalmente de un ataque con fuerzas aerotransportadas. Por desgracia, la Dirección de Inteligencia Militar en Londres había aumentado erróneamente el número de reservas que debían ser transportadas por mar el segundo día. Pero Freyberg fue más allá, imaginando la posibilidad de «un desembarco con tanques en las playas»,[23] del que hasta entonces nadie había hablado. Tras la batalla, el general admitiría que «por nuestra parte, lo que más nos preocupaba eran los desembarcos por mar, no el lanzamiento de tropas aerotransportadas».[24] Por otro lado, Churchill estaba exultante porque las interceptaciones Ultra habían

permitido conocer los pormenores de la invasión alemana con fuerzas paracaidistas. No era habitual que en una guerra se conocieran los objetivos principales y la hora exacta de un ataque enemigo. «Debe convertirse en una gran oportunidad para acabar con la vida de las tropas paracaidistas», diría en un mensaje a Wavell.[25]

Mientras que los Aliados jugaban con ventaja gracias a la información interceptada, la inteligencia militar alemana se reveló extraordinariamente inepta, tal vez debido a un exceso de confianza tras la facilidad de las victorias conseguidas. Un informe del 19 de mayo, el día antes de que se lanzara el ataque, indicaba la presencia en la isla de apenas cinco mil efectivos aliados, de los que solo cuatrocientos se situaban en Heraclión. Las fotografías tomadas en los vuelos de reconocimiento de los aviones Dornier no habían conseguido localizar las posiciones perfectamente camufladas de las tropas del imperio británico. Y lo más sorprendente de todo: afirmaba que los cretenses recibirían con alegría a los invasores alemanes.

Debido a una serie de retrasos en la llegada de combustible para los aviones, la operación se aplazó del 17 al 20 de mayo. Los días previos al ataque, aumentó espectacularmente el número de incursiones de los bombarderos en picado y de los cazas de Richthofen. Su principal objetivo fueron las posiciones de las baterías antiaéreas. Los artilleros encargados del manejo de los

cañones Bofors vivieron unos días horribles, excepto los del aeródromo de Heraclión, que recibieron la orden de abandonar sus armas y hacer que pareciera que estas habían sido destruidas. Astutamente, la 14.ª Brigada de Infantería quería tenerlas preparadas para cuando llegaran los paracaidistas. Freyberg, aunque sabía por las interceptaciones Ultra que los alemanes no querían dañar los aeródromos, pues su intención era poder utilizarlos inmediatamente, no abrió socavones en las pistas para inutilizarlas.

Cuando el 20 de mayo se dio la señal de alarma al amanecer, el cielo estaba sereno y despejado. Iba a ser otro día típicamente mediterráneo, cálido y soleado. Como de costumbre, los ataques aéreos empezaron a las 06:00, y se prolongaron durante una hora y media. Cuando acabaron, los soldados comenzaron a abandonar las trincheras y se reunieron para desayunar. Muchos pensaban que probablemente la invasión con fuerzas aerotransportadas, que les habían dicho que iba a tener lugar el pasado 17 de mayo, no se materializaría. Freyberg, aunque sabía que estaba programada para aquella misma mañana, había decidido no comunicárselo a sus hombres.

Justo antes de las 08:00 pudo oírse un sonido distinto

de motor de avión. Los soldados cogieron sus fusiles y regresaron corriendo a sus posiciones. En Maleme y en la península de Akrotiri, cerca del cuartel general de Freyberg, unos aparatos de curiosa silueta, con largas alas apuntadas, volaban a baja altura, silbando sobre sus cabezas. Alguien gritó, «¡Planeadores!» Los fusiles, los cañones y las ametralladoras comenzaron a abrir fuego. En Maleme fueron vistos cuarenta aparatos que, tras sobrevolar el aeródromo, aterrizaron al otro lado del perímetro occidental, en el cauce seco del río Tavronitis y más allá. Varios planeadores se estrellaron, y algunos fueron alcanzados por las baterías antiaéreas. Enseguida fue evidente la imposibilidad de posicionar tropas al oeste de Maleme. Los planeadores transportaban el 1 Batallón del *Fallschirmjäger-Sturm-Regiment*, a las órdenes del comandante Koch, el mismo que un año antes había dirigido el asalto a la fortaleza belga de Eben-Emael. Poco después, un ruido mucho más ensordecedor de motores anunció la llegada del grueso de las tropas paracaidistas.

Para sorpresa de los oficiales más jóvenes del cuartel general de la Creforce, Freyberg, después de escuchar aquel ruido, siguió desayunando como si tal cosa. Se limitó a levantar la vista y a exclamar: «¡Han llegado a la hora exacta!».[26] Su imperturbabilidad resultaba impresionante, pero también preocupante, para algunos de los presentes. Con la ayuda de los prismáticos, los oficiales de su estado

mayor observaban atentamente cómo las sucesivas oleadas de aviones Junker soltaban a los paracaidistas alemanes, y estallaba la batalla a lo largo de aquella franja costera. Algunos de los más jóvenes se unieron a los grupos que salieron a la caza de las tripulaciones de los planeadores que se habían estrellado justo al norte de la cantera en la que la Creforce tenía su cuartel general.

Los neozelandeses comenzaron a disparar con saña contra los paracaidistas que iban saltando de los aviones. Los oficiales les dijeron que apuntaran a sus botas para tener en cuenta la velocidad de descenso y dar en el blanco. En Maleme, otros dos batallones alemanes cayeron más allá del Tavronitis. El 22.° Batallón de Nueva Zelanda, responsable del aeródromo, había colocado únicamente una compañía alrededor de aquellas instalaciones, y solo un pelotón en el sector más vulnerable, el occidental. Justo al sur del aeródromo se elevaba un promontorio rocoso llamado Cota 107, donde el teniente coronel L. W. Andrew, distinguido con la Cruz Victoria, había establecido su puesto de mando. El comandante de la compañía que se encontraba en el lado oeste de esa colina supo dirigir muy bien los disparos de sus hombres, pero cuando sugirió que también entraran en acción los dos cañones de la costa, le respondieron que únicamente podían ser utilizados contra objetivos navales. La obsesión de Freyberg con una «invasión por mar» hizo que el general se negara a recurrir

a su artillería y a desplegar sus reservas. Pero para repeler un asalto de fuerzas aerotransportadas, la táctica fundamental consistía en lanzar inmediatamente una contraofensiva, antes de que los paracaidistas enemigos tuvieran la oportunidad de organizarse.

Muchos de los paracaidistas alemanes lanzados al suroeste de La Canea, en lo que se denominaba el Valle de la Prisión, fueron víctimas de una verdadera matanza, pues cayeron en medio de unas posiciones aliadas perfectamente camufladas. Un grupo aterrizó en el cuartel general del 23.° Batallón. El oficial al mando mató a cinco alemanes, y su ayudante, desde donde estaba sentado, a dos. Desde todas direcciones se oían gritos de «¡Le he dado al bastardo!». Debido a la violencia de los combates se hicieron muy pocos prisioneros.

En su determinación de defender la isla, la mayor fiereza la mostraron los propios cretenses. Ancianos, mujeres y niños, utilizando escopetas y viejos fusiles, o empuñando layas y cuchillos de cocina, salieron a los campos para enfrentarse a los paracaidistas alemanes o para atrapar a los que habían quedado enredados en los olivos. El padre Stylianos Frantzeskakis, cuando se enteró de que tropas alemanas invadían la isla, fue corriendo a la iglesia e hizo sonar la campana. Cogió un fusil y condujo a sus feligreses al norte de Paleokhora para repeler al enemigo. Los alemanes, que sentían un odio prusiano por los

francotiradores, rasgaban las camisas y los vestidos de la población civil para dejar sus hombros descubiertos. Si alguien mostraba marcas de culatazos de fusil o guardaba un cuchillo oculto entre la ropa, era ejecutado inmediatamente allí mismo, ya fuera hombre o mujer, niño o adulto.

La Creforce se veía limitada por las malas comunicaciones, debidas a la falta de aparatos de radio, pues no se había enviado ni uno desde Egipto en las tres semanas previas al ataque. En consecuencia, los australianos en Rétimno y la 14.ª Brigada de Infantería británica en Heraclión no se enteraron de que había comenzado la invasión en el oeste de la isla hasta las 14:30 horas.

Por suerte para los británicos, los problemas que tuvieron los alemanes para repostar combustible en los aeródromos de Grecia habían retrasado la partida del 1.er Regimiento Paracaidista del coronel Bruno Bräuer. Ello supuso que el ataque preliminar con bombarderos en picado y cazas Messerschmitt se produjera mucho antes de que comenzaran a llegar los primeros aviones de transporte Junker 52. Los cornetas dieron la señal de «alarma general» justo antes de las 17:30. Los soldados se precipitaron a sus posiciones perfectamente camufladas.

Los artilleros destinados al manejo de los cañones Bofors, que una vez más habían evitado entrar en acción durante el ataque aéreo, empezaron a apuntar con sus baterías al cielo, dispuestos a disparar contra los pesados aviones de transporte. Durante las dos horas siguientes lograrían derribar quince de ellos.

Bräuer, confiando en los informes erróneos de los servicios de inteligencia alemanes, había decidido extender la zona de lanzamiento de sus tropas, y dispuso que el III Batallón cayera al suroeste de Heraclión, que el II Batallón aterrizara en el aeródromo situado al este de la ciudad, y que el I Batallón saltara en los alrededores de la aldea de Gournes, más al este todavía. Los hombres del II Batallón del capitán Burckhardt fueron víctimas de una matanza. Los escoceses del Regimiento Black Watch se pusieron a disparar furiosamente contra ellos. Los pocos que lograron sobrevivir fueron aplastados luego durante una contraofensiva de un grupo de tanques Whippet del 3.°de Húsares que atropellaba y disparaba a todo el que intentaba huir.

El III Batallón del comandante Schulz, tras caer en medio de los maizales y las viñas, logró conquistar Heraclión, a pesar de la feroz defensa llevada a cabo por tropas griegas y soldados no regulares cretenses en esta antigua ciudad amurallada veneciana. El alcalde se rindió a las fuerzas enemigas, aunque más tarde el Regimiento de

York y Lancaster y hombres del Regimiento de Leicestershire contraatacaron, obligando a los paracaidistas alemanes a retirarse. Al caer la noche, el coronel Bräuer se dio cuenta de que su plan había sufrido un vuelco espectacular e inesperado.

En Rétimno, entre Heraclión y La Canea, parte del 2.° Regimiento Paracaidista del *Oberst* Alfred Sturm también cayó en una trampa. El teniente coronel Ian Campbell había ordenado que sus dos batallones australianos se dispersaran por un terreno elevado desde el que se controlaba la carretera de la costa y el aeródromo, colocando en medio a las tropas griegas pobremente pertrechadas. Cuando aparecieron los Junker volando en paralelo al mar, los defensores comenzaron a abrir fuego. Siete aviones cayeron derribados. Otros, queriendo escapar a toda prisa, lanzaron a sus paracaidistas en el mar, donde varios perecieron ahogados al no poderse liberar de los atalajes. Algunos hombres cayeron sobre las rocas, resultando heridos, y unos cuantos tuvieron un final terrible, muriendo empalados al caer en un cañaveral. Los dos batallones australianos lanzaron una contraofensiva. Los supervivientes alemanes tuvieron que huir hacia el este, donde tomaron posiciones en una fábrica de aceite de oliva.

Y otro grupo que fue lanzado cerca de Rétimno se retiró a la aldea de Perivolia para defenderse del ataque de los gendarmes cretenses y los soldados irregulares locales.

Cuando cayó la noche en Creta, las tropas de uno y otro bando estaban exhaustas. Cesó el fuego. Los paracaidistas alemanes se morían de sed. Su uniforme había sido concebido para climas más fríos, y muchos de ellos sufrían una grave deshidratación. Las fuerzas irregulares cretenses, que les tendían emboscadas cerca de los pozos de agua, no dejaron de acosarlos durante toda la noche. Un número considerable de oficiales alemanes, entre otros el comandante de la 7.ª División Paracaidista, perdió la vida en la acción.

En Atenas enseguida corrió la noticia del desastre. El general Student observaba fijamente el mapa gigante de la isla que colgaba de una pared del salón de fiestas del Hotel Grande Bretagne. Aunque su cuartel general no disponía aún de cifras exactas, se sabía que las bajas habían sido cuantiosas y que no se controlaba ninguno de los tres aeródromos. Solo el de Maleme parecía que podía caer en sus manos, pero el *Sturm-Regiment* estaba casi sin municiones en el valle del Tavronitis. El cuartel general del XII Ejército del *Generalfeldmarschall* List y el VIII

Cuerpo Aéreo de Richthofen estaban convencidos de que había que abortar la Operación Mercurio, aunque ello supusiera tener que abandonar a sus paracaidistas en la isla. Un oficial prisionero admitiría incluso ante un comandante australiano que «nosotros no reforzamos el fracaso».[27]

Mientras tanto, a las 22:00 horas, el general Freyberg enviaba un mensaje a El Cairo para comunicar que, según las últimas noticias recibidas, los tres aeródromos y los dos puertos seguían en sus manos. Sin embargo, estaba muy equivocado. En realidad, la situación en Maleme era muy distinta. El batallón del coronel Andrew había luchado con todas sus fuerza hasta la extenuación, pero se había hecho caso omiso a todas sus peticiones para poder lanzar una contraofensiva efectiva en el aeródromo. El superior de Andrew, el general de brigada James Hargest, probablemente influido por la obsesión de Freyberg de que iba a producirse un ataque por mar, no envió la ayuda solicitada. Cuando Andrew le dijo que se vería obligado a retirarse si no recibía el apoyo necesario, Hargest replicó: «Si tiene que hacerlo, hágalo». Así pues, Maleme y la Cota 107 fueron abandonados durante la noche.

El general Student, que no estaba dispuesto a ceder, tomó una decisión sin comunicársela al *Generalfeldmarschall* List. Mandó llamar al capitán Kleye, su piloto más experto, y le pidió que hiciera un aterrizaje de prueba en el aeródromo cretense al amanecer.

A su regreso, Kleye informó que no había sufrido ataques directos. También fue enviado otro Junker con municiones para el *Sturm-Regiment*, y para proceder a la evacuación de algunos de los soldados heridos de esta unidad. Student ordenó inmediatamente a la 5.ª División de Montaña del *Generalmajor* Julius Ringel que se preparara para salir, pero antes organizó la partida de todas las reservas disponibles de la 7.ª División Paracaidista, a las órdenes del coronel Hermann-Bernhard Ramcke, para que se lanzaran en las inmediaciones de Maleme. Cuando ya se tuvo el control del aeródromo, comenzaron a aterrizar a las 17:00 horas los primeros aviones de transporte de tropas con parte del 100.° Regimiento de Montaña.

Freyberg, que seguía esperando la llegada de una flota invasora, se negó a utilizar en una contraofensiva a sus tropas de reserva, con la excepción del 20.° Batallón de Nueva Zelanda. El Regimiento Welch, su unidad más grande y mejor equipada, no debía moverse, pues aún temía que se produjera «un ataque por mar en la zona de La Canea».[28] Y todo esto a pesar de que uno de los oficiales de su estado mayor le hubiera comunicado que, según la información capturada al enemigo, el «Convoy de Embarcaciones Ligeras», con refuerzos y provisiones, se

dirigía a un lugar situado al oeste de Maleme, a unos veinte kilómetros al oeste de La Canea.[29] Freyberg también se había negado a escuchar a los oficiales navales de rango superior presentes en la isla que aseguraban que la Marina Real era perfectamente capaz de enfrentarse a los pequeños navíos que se dirigían hacia Creta por mar.

Al anochecer, cuando la Luftwaffe dejó de sobrevolar las aguas del Egeo, tres fuerzas navales de la Marina Real regresaron a toda prisa rodeando los dos extremos de la isla. Gracias a la interceptación de unos mensajes, conocían la ruta seguida por su presa. La Fuerza D, con tres cruceros y cuatro destructores con radar, tendió una emboscada a la flotilla de caiques escoltada por un destructor ligero italiano. Los reflectores iluminaron el objetivo, y empezó la matanza. Solo consiguió escapar un caique que pudo alcanzar la costa.

Mientras veía cómo se desarrollaba esta acción naval en el horizonte, Freyberg se dejaba llevar por el entusiasmo. Uno de los oficiales de su estado mayor recordaría la manera en la que se paseaba dando saltos de alegría como un niño exaltado. Por los comentarios del corpulento y robusto general, parece que, cuando todo acabó, pensó que la isla ya estaba definitivamente a salvo. Se acostó sintiendo un gran alivio, sin preguntar siquiera si había habido algún progreso en la contraofensiva lanzada en Maleme.

La hora prevista para el ataque era la 01:00 del 22 de mayo, pero Freyberg había insistido en que el 20.° Batallón no se moviera hasta que pudiera ser reemplazado por un batallón australiano procedente de Georgioupolis. Como carecían de medios de transporte suficientes, los australianos llegaron con retraso, y en consecuencia el 20.° Batallón no estuvo preparado para unirse a las tropas en avance del 28.° Batallón (Maorí) hasta las 03:30. Se perdieron unas horas de oscuridad preciosas. A pesar de su arrojo —el teniente Charles Upham fue distinguido con una de sus dos cruces Victoria por esta batalla—, los atacantes poco pudieron hacer ante el poderío de los paracaidistas y los batallones de montaña alemanes, que ya contaban con refuerzos, por no hablar de los cazas Messerschmitt que, después del amanecer, comenzaron a disparar constantemente con sus ametralladoras contra ellos. Los neozelandeses, exhaustos, tuvieron que retirarse al caer la tarde. Furiosos y abatidos, no les quedaría más remedio que contemplar cómo los aviones de transporte de tropas Junker 52 aterrizaban uno tras otro en el aeródromo, a un ritmo —aterrador e impresionante— de veinte aparatos por hora. La isla estaba perdida.

Aquel día, la desgracia también persiguió a los Aliados en el mar. Cunningham, decidido a acabar con el segundo «Convoy de Embarcaciones Ligeras», cuya partida había sido retrasada, envió la Fuerza C y la Fuerza A1 al Egeo a

plena luz del día. Cuando por fin divisaron el convoy, provocaron algunos daños en las embarcaciones enemigas, pero la intensidad de los ataques aéreos alemanes causó daños mayores en el bando aliado. La Flota del Mediterráneo perdió dos cruceros y un destructor. Dos acorazados, dos cruceros y varios destructores quedaron seriamente averiados. La Armada aún no había aprendido una lección: la era de los acorazados ya era historia. Otros dos destructores, el *Kashmir* y el *Kelly* de lord Louis Mountbatten, fueron hundidos al día siguiente.

El 22 de mayo, por la noche, Freyberg decidió no lanzar un último contraataque decisivo con los tres batallones de su división que no habían entrado en combate. Evidentemente, no quería ser recordado como el hombre que perdió la División de Nueva Zelanda. Podemos imaginar el enfado y la rabia que sintieron los australianos en Rétimno y los hombres de la 14.ª Brigada de Infantería británica, pues creían haber ganado sus batallas. Por los caminos rocosos de las Lefka Ori, las Montañas Blancas, comenzó una dramática retirada en toda regla. Sedientos, exhaustos y con los pies doloridos, los miembros de la Creforce se dirigieron al puerto de Sfakia, donde la Marina Real volvía a hacer los preparativos necesarios para evacuar a un ejército derrotado. La fuerza especial del general de brigada Robert Laycock, que llegaba como unidad de apoyo, desembarcó en la bahía de Suda solo para ser

informada de que había que abandonar la isla. Sin poder dar crédito a sus ojos, los hombres de esta formación vieron cómo se prendía fuego a los almacenes del puerto. Y a Laycock no le hizo ni pizca de gracia que sus efectivos tuvieran que crear una barrera en la retaguardia para impedir el paso de las tropas de montaña de Ringel.

La Marina Real nunca se amedrentó, a pesar de las graves pérdidas sufridas en aguas de Creta. La 14.ª Brigada de Infantería fue evacuada por dos cruceros y seis destructores, tras emprender brillantemente una retirada al puerto de Heraclión la noche del 28 de mayo sin que el enemigo se enterara. A los oficiales les vino a la cabeza el entierro de sir John Moore en La Coruña, poema que la mayoría de ellos había aprendido de memoria en sus años de colegio. Pero parecía imposible que todo hubiera ido tan bien. Ralentizados por un destructor averiado, los barcos no habían pasado del canal oriental situado en el extremo este de la isla cuando comenzó a salir el sol. Los bombarderos en picado alemanes comenzaron a atacarlos. Dos destructores fueron hundidos, y dos cruceros sufrieron graves daños. La escuadra llegó con dificultad al puerto de Alejandría con un número ingente de cadáveres a bordo. Una quinta parte de los hombres de la 14.ª Brigada murió en el mar, un porcentaje mucho mayor que el de los caídos en los combates contra los paracaidistas alemanes. Un gaitero del Regimiento Black Watch, iluminado por un

reflector, tocó una endecha. Muchos soldados lloraban desconsoladamente. Para los alemanes, los daños infligidos a la Marina Real durante la campaña de Creta fueron su venganza por el hundimiento del *Bismarck*. En Atenas, Richthofen y su invitado, el general Ferdinand Schörner, celebraron la victoria brindando con champagne.

La evacuación de la costa meridional también comenzó la noche del 28 de mayo, aunque en Rétimno los australianos nunca recibirían la orden de retirarse. «El enemigo sigue disparando», informaron a Grecia los paracaidistas alemanes.[30] Al final, solo cincuenta de ellos conseguirían salir de allí cruzando las montañas, y no serían evacuados por un submarino hasta varios meses después.

En Sfakia reinaba el caos y la desorganización debido principalmente al gran número de soldados que habían llegado en desbandada sin nadie que los dirigiera. Los neozelandeses, los australianos y efectivos del Cuerpo de los Marines Reales, que se habían retirado en orden, formaron un cordón para impedir que aquellos hombres se lanzaran en tropel a las lanchas. Los últimos barcos zarparon en la madrugada del 1 de junio, cuando estaban a punto de llegar las tropas de montaña alemanas. La Marina Real consiguió evacuar a dieciocho mil hombres, incluida casi toda la División de Nueva Zelanda. Atrás tuvieron que quedarse nueve mil, que fueron capturados por el enemigo.

Resulta fácil imaginar su resentimiento y amargura. Solo el primer día, las tropas aliadas habían acabado con la vida de mil ochocientos cincuenta y seis paracaidistas alemanes. En total, las fuerzas de Student sufrieron unas seis mil bajas, perdieron ciento cuarenta y seis aviones, y otros ciento sesenta y cinco resultaron gravemente dañados. A finales del verano de aquel año, durante la invasión de la Unión Soviética, la Wehrmacht lamentaría amargamente no poder contar con esos aviones de transporte Junker 52. El VIII Cuerpo Aéreo de Richthofen perdió otros sesenta aparatos. La batalla de Creta supuso el golpe más duro sufrido por la Wehrmacht desde el inicio de la guerra.[31] Pero, a pesar de la férrea resistencia de los Aliados, la batalla acabó convirtiéndose en una derrota innecesaria y sangrante. Curiosamente, ambos bandos sacaron lecciones muy diferentes del resultado de la operación aerotransportada. Hitler se prometió no volver a recurrir nunca a un lanzamiento similar, mientras que los Aliados se animaron a desarrollar sus propias formaciones de paracaidistas, que no siempre obtuvieron buenos resultados más tarde, en el transcurso de la guerra.

11
ÁFRICA Y EL ATLÁNTICO (febrero-junio de 1941)

El desvío de las fuerzas de Wavell a Grecia en la primavera de 1941 no pudo llegar en peor momento. Era otro ejemplo de la típica manía británica de desplegar recursos insuficientes en demasiadas direcciones distintas a la vez. Los ingleses, y sobre todo Churchill, parecían incapaces por su propio carácter de ponerse a la altura del ejército alemán y su talento para definir despiadadamente cuáles eran sus prioridades.

La oportunidad que tuvieron los británicos de ganar la guerra en el Norte de África en 1941 se perdió tan pronto como sus fuerzas fueron retiradas para ser trasladadas a Grecia y en cuanto Rommel desembarcó en Trípoli con algunos elementos destacados del Afrika Korps. La elección de Rommel por parte de Hitler no fue muy bien acogida por los oficiales de mayor rango del OKH. Ellos habrían preferido con mucho al *Generalmajor* barón Hans von Funck, a quien se había encomendado la misión de informar sobre la situación en Libia. Pero Hitler detestaba a Funck, sobre todo porque había sido íntimo amigo del

Generaloberst barón Werner von Fritsch, al cual había destituido como jefe del ejército en 1938.[1]

El hecho de que Rommel no fuera aristócrata era muy del agrado del Führer. Rommel hablaba con un marcado acento suabo y era una especie de aventurero. Sus superiores del ejército y muchos contemporáneos suyos lo consideraban un hombre arrogante ansioso de publicidad. También desconfiaban de su forma de explotar la admiración que sentían por él Hitler y Goebbels para saltarse a la torera la cadena de mando. El aislamiento de la campaña de África, como no tardaría en comprobar el propio Rommel, le ofrecía una ocasión perfecta para hacer caso omiso a las órdenes del OKH. Además, Rommel no se hizo demasiado popular al sostener que, en vez de invadir Grecia, lo que debería haber hecho Alemania era trasladar esas fuerzas al Norte de África con el fin de apoderarse de Oriente Medio y su petróleo.

Tras cambiar varias veces de opinión sobre la importancia de Libia y la necesidad de enviar tropas al Norte de África, Hitler consideraba ahora que era fundamental impedir la caída del régimen de Mussolini. Temía además que los británicos entraran en contacto con la zona francesa del Norte de África y que el ejército de Vichy, influido por el general Maxime Weygand, se uniera a los británicos. Incluso después de la desastrosa expedición a Dakar en septiembre del año anterior, cuando

las fuerzas de la Francia Libre y una escuadra de la armada británica fueron repelidas por las tropas leales a Vichy, Hitler siguió sobrevalorando la influencia que tenía en ese momento el general Charles de Gaulle.

Cuando Rommel desembarcó en Trípoli el 12 de febrero de 1941, iba acompañado por el asistente militar en jefe de Hitler, el coronel Rudolf Schmundt. Este último vio aumentada notablemente su autoridad sobre los oficiales italianos y alemanes de mayor rango. El día antes, los dos hombres habían quedado sorprendidos cuando el comandante del X *Fliegerkorps* en Sicilia les dijo que los generales italianos le habían suplicado que no bombardeara Bengasi, pues muchos de ellos tenían bienes allí. Rommel pidió a Schmundt que telefoneara inmediatamente a Hitler. Pocas horas después, los bombarderos alemanes habían despegado con destino a Bengasi.[2]

Rommel fue informado de la situación en Tripolitania por un oficial de enlace alemán. Los italianos en retirada habían arrojado en su mayoría las armas y habían requisado camiones para escapar. El general Italo Gariboldi, el sucesor de Graziani, se negó a mantener una línea adelantada que hiciera frente a los británicos, en aquellos momentos en El Agheila. Rommel decidió coger el toro por los cuernos. Fueron enviadas por delante dos divisiones italianas, y el 15 de febrero ordenó que desembarcaran los primeros destacamentos alemanes, una unidad de

reconocimiento y un batallón de cañones de asalto que debía seguirlo. Los vehículos todoterreno Kübelwagen fueron camuflados como tanques en un intento de asustar a los británicos y convencerlos de que no debían seguir adelante.

A finales de mes, la llegada de más unidades de la 5.ª División Ligera animó a Rommel a lanzar las primeras escaramuzas contra los británicos. Solo a finales de marzo, cuando Rommel tenía ya veinticinco mil soldados alemanes en suelo africano, se consideró listo para emprender el avance. Durante las seis semanas siguientes, recibiría el resto de la 5.ª División Ligera y también a la 15.ª División Panzer, pero el frente estaba a setecientos kilómetros de Trípoli. Rommel se enfrentaba a un problema logístico gigantesco, del cual intentó no hacer caso. Cuando las cosas se pusieran feas, culparía instintivamente a la envidia que reinaba en la Wehrmacht de privarle de los pertrechos necesarios. De hecho, las dificultades solían aparecer cuando los transportes eran hundidos en el mar de Libia por la RAF y la Marina Real británica.

Rommel tampoco supo darse cuenta de que los preparativos para la Operación Barbarroja hacían que la campaña del Norte de África fuera adquiriendo los tintes de una acción de importancia secundaria. Surgieron nuevos problemas debido a la dependencia de los italianos. Su

ejército adolecía tradicionalmente de escasez de medios de transporte motorizados. Su combustible era de tan poca calidad que a menudo resultaba inadecuado para los motores alemanes, y las raciones de comida del ejército italiano eran notoriamente malas. Consistían habitualmente en latas de carne que llevaban el sello AM (Amministrazione Militare). Los soldados italianos decían que dichas iniciales significaban «Arabo Morte» («Muerte Árabe»), mientras que sus colegas alemanes las apodaban «Alter Mann» («Viejo») o «Arsch Mussolini» («Culo de Mussolini»).[3]

Rommel tuvo suerte de que la Fuerza del Desierto Occidental fuera en esos momentos tan débil. La 7.ª División Acorazada había sido retirada a El Cairo para recomponerse, siendo sustituida por la 2.ª División Acorazada, muy reducida y mal preparada, mientras que la 9.ª División Australiana, recién llegada, había reemplazado a la 6.ª División Australiana, que había sido enviada a Grecia. No obstante, las peticiones de refuerzos cursadas por Rommel para avanzar hacia Egipto fueron rechazadas. Le dijeron que ese mismo invierno, en cuanto fuera derrotada la Unión Soviética, le enviarían un cuerpo Panzer. Hasta entonces no debía llevar a cabo ningún intento de ofensiva a gran escala.

Rommel no tardó en ignorar sus órdenes. Para mayor escándalo del general Gariboldi, empezó a hacer avanzar a

la 5.ª División Ligera por Cirenaica aprovechando la debilidad de las fuerzas aliadas. Uno de los mayores errores de Wavell fue sustituir a O'Connor por el inexperto teniente general Philip Neame. Wavell además infravaloró la determinación de Rommel de proseguir directamente con el avance. La temperatura a mediodía en el desierto había alcanzado ya los cincuenta grados centígrados. Los soldados que llevaban cascos de acero sufrían dolores de cabeza insoportables, debido en gran parte a la deshidratación.

El 3 de abril, Rommel decidió obligar a salir a las fuerzas enemigas de la bolsa de Cirenaica. Mientras los italianos de la División Brescia eran enviados a conquistar Bengasi, que Neame evacuó deprisa y corriendo, Rommel ordenó a la 5.ª División Ligera que cortara la carretera de la costa a pocos kilómetros de Tobruk. El desastre pilló desprevenidas a las fuerzas aliadas, y la propia Tobruk quedó aislada. La 2.ª División Acorazada, ya de por sí débil, perdió todos sus tanques en el curso de la retirada debido a las averías y a la falta de combustible. El 8 de abril su comandante, el general Gambier Parry, y los miembros de su cuartel general fueron hechos prisioneros en Mechili junto con la mayor parte de la 3.ª Brigada Motorizada India. Ese mismo día, el general Neame, acompañado del general O'Connor que se había desplazado para asesorarle, fue capturado cuando el conductor de su coche se equivocó de

carretera.

Los alemanes se alegraron muchísimo al ver la cantidad de reservas que encontraron en Mechili. Rommel seleccionó un par de gafas de conductor de tanque de fabricación británica, que se puso encima de su gorra y que constituirían en adelante una especie de marca personal. Decidió tomar Tobruk, tras convencerse de que los británicos estaban preparándose para abandonarla, pero no tardaría en descubrir que la 9.ª División Australiana no estaba dispuesta ni mucho menos a cesar los combates. Tobruk recibió refuerzos por el mar, de modo que el general de división Leslie Morshead, pudo contar en total con cuatro brigadas, junto con algunas unidades de artillería y cañones antitanque bastante potentes. Morshead, hombre enérgico, al que sus hombres apodaban «Ming el Despiadado», reforzó a toda prisa las defensas de Tobruk. La 9.ª División Australiana, aunque inexperta e indisciplinada hasta el punto de hacer enrojecer de cólera a los oficiales británicos, demostró ser una colección de combatientes formidables.

La noche del 13 de abril Rommel inició el ataque principal sobre Tobruk. No tenía ni la menor idea de lo bien defendida que estaba la plaza. A pesar de ver repelido el asalto y de sufrir fuertes pérdidas, lo intentó una y otra vez para desesperación de sus oficiales, que pronto empezaron a verlo como un comandante brutal. Habría sido el

momento ideal para un contraataque de los Aliados, pero, gracias a una astuta labor de engaño por parte del enemigo, británicos y australianos estaban convencidos de que las fuerzas de Rommel eran mucho más numerosas de lo que eran en realidad.

Las peticiones de refuerzos y de un mayor apoyo aéreo enviadas por Rommel exasperaron al general Halder y al OKH, sobre todo porque no había hecho caso de sus advertencias de que no actuara más allá de donde le permitían sus recursos. Incluso en aquellos momentos, Rommel envió a algunas de sus unidades, pese a encontrarse exhaustas, a la frontera de Egipto, que Wavell defendió con la 22.ª Brigada de la Guardia hasta que llegaron otras unidades procedentes de El Cairo. Rommel destituyó al *Generalmajor* Johannes Streich, al mando de la 5.ª División Ligera, por mostrar demasiado celo en salvar la vida de sus soldados. El *Generalmajor* Heinrich Kirchheim, que lo sustituyó, se sintió igualmente disgustado con el estilo de mando ejercido por Rommel. A finales de mes escribió al general Halder en los siguientes términos: «Se pasa todo el día yendo de un lado para otro entre sus tropas, que están diseminadas de mala manera, ordenando asaltos y dispersando sus soldados».[4]

Tras recibir unos informes tan contradictorios acerca de lo que sucedía en el Norte de África, el general Halder decidió enviar allí al *Generalleutnant* Friedrich Paulus,

que había prestado servicio en el mismo regimiento de infantería que Rommel durante la Primera Guerra Mundial. Halder pensaba que Paulus era «tal vez el único hombre con influencia personal suficiente para atajar a este militar que ha enloquecido de mala manera».[5] Paulus, oficial del estado mayor sumamente meticuloso, no podía ser más distinto de Rommel, agresivo militar de campaña. El único parecido que tenían estaba en que ambos eran de cuna relativamente humilde. La tarea de Paulus consistía en convencer a Rommel de que no podía contar con el envío de grandes refuerzos y en descubrir qué era lo que pretendía hacer.

La respuesta fue que Rommel se negó a retirar las unidades avanzadas que tenía en la frontera de Egipto, y que con la 15.ª División Panzer que acababa de llegar intentó atacar de nuevo Tobruk. Esta segunda ofensiva tuvo lugar el 30 de abril y fue rechazada por segunda vez con numerosas pérdidas por parte de los atacantes, sobre todo de tanques. Las fuerzas de Rommel sufrían además una gran escasez de munición. Apelando a la autoridad que le había otorgado el OKH, el 2 de mayo Paulus dio a Rommel la orden escrita de no reanudar los ataques a menos que viera que el enemigo se retiraba. Cuando regresó, comunicó a Halder que «la clave del problema en el Norte de África» no era Tobruk, sino el reabastecimiento del Afrika Korps y el carácter de Rommel. Este se negaba sencillamente a

reconocer el enorme problema que representaba transportar a través del Mediterráneo los pertrechos que necesitaba y descargarlos en Trípoli.[6]

Wavell estaba preocupado tras las pérdidas sufridas en Grecia y en Cirenaica por la falta de tanques para hacer frente a la 15.ª División Panzer. Churchill organizó la Operación Tigre, esto es el transporte a primeros de mayo de casi trescientos carros de combate Crusader y más de cincuenta Hurricane en un convoy a través del Mediterráneo. Como parte del X *Fliegerkorps* seguía en Sicilia, la operación representaba un peligro muy serio, pero gracias a la mala visibilidad reinante solo fue hundida una nave de transporte durante la travesía.

Lleno de impaciencia, Churchill presionó a Wavell para que lanzara la ofensiva contra la frontera antes incluso de que llegaran los nuevos tanques. Pero aunque la Operación Brevity, al mando del general de brigada «Strafer» Gott no empezó hasta el 15 de mayo, provocó un rápido contraataque de Rommel por los flancos. Las tropas indias y británicas fueron obligadas a retroceder y los alemanes acabaron reconquistando el Paso de Halfaya. Una vez que llegaron los nuevos tanques Crusader, Churchill exigió de nuevo entrar en acción, que en este caso respondía a otra ofensiva cuyo nombre en clave era Operación Battleaxe. El primer ministro no quería ni oír hablar de que hacían falta trabajos de reparación en muchos

de los tanques descargados ni de que la 7.ª División Blindada necesitaba tiempo para que los tripulantes se familiarizaran con el nuevo equipamiento.

Una vez más Wavell se vio abrumado por las exigencias contradictorias de Londres. A primeros de abril, había tomado el poder en Irak una facción proalemana, alentada por la debilidad de los británicos en Oriente Medio. Los jefes de estado mayor de Londres recomendaron la intervención de Gran Bretaña. Churchill se mostró inmediatamente de acuerdo y desembarcaron en Basora tropas procedentes de la India. Rashid Alí al-Gailani, líder del nuevo gobierno iraquí, pidió ayuda a Alemania, pero no recibió respuesta debido a la confusión reinante en Berlín. El 2 de mayo, se desencadenaron los combates cuando el ejército iraquí puso sitio a la base aérea británica de Habbaniyah, cerca de Fallujah. Cuatro días después, el OKW decidió enviar a Mosul y a Kirkuk, en el norte de Irak, cazas Messerschmitt 110 y bombarderos Heinkel 111 a través de Siria, pero pronto quedaron fuera de servicio. Mientras tanto, avanzaban hacia Bagdad las fuerzas del Imperio Británico procedentes de la India y Jordania. El 31 de mayo, el gobierno de Gailani no tuvo más remedio que aceptar las exigencias británicas de seguir permitiendo el paso de tropas a través de territorio iraquí.

Aunque la crisis de Irak no supuso merma alguna para

sus fuerzas, Wavell recibió de Churchill la orden de invadir Líbano y Siria, donde las fuerzas de la Francia de Vichy habían ayudado a los alemanes en el desafortunado despliegue de la Luftwaffe con destino a Mosul y Kirkuk. Churchill temía equivocadamente que los alemanes utilizaran Siria como base para atacar Palestina y Egipto. El almirante Darlan, vicepresidente del gobierno de Pétain y ministro de defensa, pidió a los alemanes que desistieran en su empeño de realizar operaciones provocativas en la región, al tiempo que enviaba refuerzos franceses a su colonia para ofrecer resistencia a los británicos. El 21 de mayo, el día después de la invasión de Creta, aterrizó en Grecia un grupo de cazas de la Francia de Vichy que iban camino de Siria. «Cada día», anotó en su diario Richthofen, «se vuelve más rara esta guerra... y a nosotros nos toca proporcionarles suministros y *hacerles fiestas*».[7]

La Operación Exporter, la invasión del Líbano y la Siria de la Francia de Vichy, en la que participaron tropas de la Francia Libre, dio comienzo el 8 de junio con un avance hacia el norte desde Palestina a través del río Litani. El comandante de las fuerzas de Vichy, el general Henri Dentz, solicitó ayuda de la Luftwaffe, así como refuerzos de otros contingentes de su gobierno destacados en el Norte de África y en la propia Francia. Los alemanes decidieron que no podían ofrecer cobertura aérea, pero permitieron a las fuerzas francesas provistas de cañones

antitanque que atravesaran en tren la zona ocupada de los Balcanes hasta Tesalónica, para continuar luego el viaje en barco hasta Siria. Pero la presencia naval de los británicos era demasiado fuerte y Turquía, que no deseaba verse envuelta en el conflicto, se negó a conceder el derecho de tránsito. El ejército francés de Levante no tardó en comprender que estaba condenado, pero siguió decidido a ofrecer una fiera resistencia. Los combates continuaron hasta el 12 de julio. Tras la firma de un armisticio en Acre, Siria fue declarada territorio bajo el control de la Francia Libre.

La falta de entusiasmo de Wavell por la campaña de Siria y su pesimismo en lo tocante a las perspectivas de la Operación Battleaxe lo situaron en trayectoria de choque con el primer ministro. La impaciencia de Churchill y su absoluta falta de apreciación de la realidad de los problemas al organizar dos ofensivas al mismo tiempo, pusieron a Wavell al borde de la desesperación. El primer ministro, excesivamente confiado a raíz del éxito de la entrega de los tanques de la Operación Tigre, hizo caso omiso a las advertencias de Wavell acerca de la efectividad de los cañones antitanque de los alemanes. Ellos eran, más que los blindados germanos, los que estaban destruyendo la

mayor parte de sus vehículos acorazados. El ejército británico fue imperdonablemente lento a la hora de desarrollar un arma comparable al temido cañón alemán de 88 mm. Sus «tirachinas» de dos libras eran inútiles. Y el conservadurismo del ejército inglés impidió la adopción del cañón antiaéreo de 3,7 pulgadas como arma antitanque.

El 15 de junio dio comienzo la Operación Battleaxe, de forma similar a como empezara la Operación Brevity. Aunque los británicos volvieron a capturar el Paso de Halfaya y cosecharon algunos otros éxitos locales, no tardaron en verse obligados a retroceder en cuanto Rommel sacó todos sus panzers del envolvimiento al que había sometido a Tobruk. Después de tres días de duros combates, los británicos fueron rebasados por los flancos una vez más y de nuevo tuvieron que retirarse a la llanura de la costa, evitando quedar rodeados. El Afrika Korps sufrió mayor número de bajas, pero los británicos perdieron noventa y un carros blindados, en su mayoría por fuego de cañones antitanque, mientras que los alemanes solo perdieron una docena. La RAF perdió también durante los combates muchos más aviones que la Luftwaffe. Los soldados alemanes, exagerando considerablemente, afirmaron haber destruido doscientos tanques británicos y haber ganado la «mayor batalla de blindados de todos los tiempos».[8]

El 21 de junio, Churchill sustituyó a Wavell por el

general sir Claude Auchinleck, universalmente conocido como «The Auk» («el Alca»). Wavell, por su parte, pasó a ocupar el puesto de Auchinleck como comandante en jefe de la India. Poco después Hitler ascendió a Rommel a la categoría de *General der Panzertruppen* y, para disgusto y desesperación de Halder, le aseguró que *gozaría* de mayor independencia todavía.



Arriba: Unos soldados japoneses pasan a la bayoneta a un grupo de prisioneros chinos en Nanjing.
Abajo: Los caballos tiran de la artillería japonesa en el sur de China.





Izquierda: Goebbels y Göring.

Abajo: Varsovia, agosto de 1939.

Derecha: Narvik, abril de 1940.







Arriba: La tripulación de un tanque B1 francés se rinde al enemigo.
Derecha: Dunkerque. Rescate de unos supervivientes del destructor *Bourrasque*.









Arriba a la izquierda: Aviadores alemanes recién capturados, septiembre de 1940.
Abajo a la izquierda: Hans Frank del *Generalgouvernement* y una comitiva del clero polaco.
Arriba: Paracaidistas alemanes, Creta.
Abajo: La tripulación de un vehículo blindado de transporte británico en Siria, junio de 1941.





Arriba: Una aldea ucraniana en llamas, julio de 1941.
Abajo: Tropas soviéticas contraatacan cerca de Moscú, diciembre de 1941.



La irritación de Churchill con Wavell y con el descorazonamiento de los líderes del ejército británico vino precipitada por dos imperativos. Uno respondía a la necesidad de llevar a cabo acciones agresivas para mantener alta la moral en el interior y para evitar que el país cayera en una inercia ominosa. Y el otro al afán de impresionar a los Estados Unidos y al presidente Roosevelt. El primer ministro necesitaba ante todo contrarrestar la impresión, justificada en parte, de que los británicos estaban aguardando a que los Estados Unidos entraran en la guerra y salvaran la situación para ellos.

Para mayor alivio de Churchill, Roosevelt había sido reelegido presidente en noviembre de 1940. El primer ministro británico se animó todavía más cuando se enteró del análisis estratégico elaborado aquel mismo mes por el jefe de operaciones de la marina estadounidense. El «Plan Dog», como fue denominado, condujo a las conversaciones de los estados mayores norteamericano y británico de finales de enero de 1941. Estas entrevistas, que tuvieron lugar en Washington bajo el nombre clave de ABC-1, duraron hasta el mes de marzo. Formaron la base de la estrategia aliada cuando los Estados Unidos entraron en la guerra. En ellas se acordó la política de «Alemania primero» como principio básico. Esta tesis aceptaba que, aunque hubiera una guerra en el Pacífico contra Japón, los

Estados Unidos se centrarían primero en la derrota de la Alemania nazi, pues sin una participación en toda regla de las fuerzas norteamericanas en el teatro de operaciones de Europa los británicos eran a todas luces incapaces de ganar la guerra solos. Y si la perdían, los Estados Unidos y su comercio mundial se verían en serio peligro.

Roosevelt había reconocido la amenaza que suponía la Alemania nazi antes incluso de los Acuerdos de Munich de 1938. Previendo la importancia de la fuerza aérea en la guerra que se avecinaba, inició rápidamente un programa de fabricación de quince mil aviones al año con destino a la Fuerza Aérea del Ejército de los Estados Unidos. El asistente del jefe del Estado Mayor del Ejército norteamericano, el general George C. Marshall, estuvo presente en la discusión en la que se debatió este asunto. Aun mostrándose de acuerdo con el plan, recriminó al presidente haber pasado por alto la necesidad de aumentar el número ridículamente pequeño de sus fuerzas terrestres. Con poco más de doscientos mil hombres, el ejército de los Estados Unidos disponía solo de nueve divisiones con pocos efectivos, apenas un diez por ciento del orden de batalla del que disponía el ejército alemán. Roosevelt quedó impresionado. Menos de un año después, apoyó el nombramiento de Marshall como jefe del Estado Mayor, que tuvo lugar el mismo día que Alemania invadió Polonia.[9]

Marshall era un hombre formalista de gran integridad

y un organizador extraordinario. Bajo su dirección, los efectivos del ejército americano crecerían de los doscientos mil a los ocho millones de hombres en el curso de la guerra. Siempre dijo a Roosevelt exactamente lo que pensaba y permaneció inmune a los encantos del presidente. Su principal problema era que a menudo Roosevelt no lo mantenía informado de las cuestiones que estudiaba con otros y de las decisiones que tomaba con ellos, especialmente con Winston Churchill.

Para Churchill, la relación con Roosevelt era con diferencia el elemento más importante de la política exterior británica. Dedicó dosis enormes de energía, imaginación y a veces de la adulación más descarada para ganarse la voluntad del presidente norteamericano y conseguir lo que su país, prácticamente en la bancarrota, necesitaba para sobrevivir. En una carta muy larga y detallada de fecha 8 de diciembre de 1940, Churchill solicitaba «un acto decisivo de no beligerancia constructiva» para prolongar la resistencia británica. Ello debía comportar el uso de los buques de guerra de la marina estadounidense para defenderse de la amenaza de los submarinos alemanes y de buques mercantes con una capacidad equivalente a los tres millones de toneladas para mantener la línea transatlántica de salvamento tras las terribles pérdidas sufridas hasta ese momento (más de dos millones de toneladas brutas). Solicitaba también el envío

de dos mil aviones al mes. «Y por último abordaré la cuestión financiera», decía Churchill. Los créditos en dólares de Gran Bretaña no tardarían en agotarse; de hecho los encargos ya colocados o en negociación «superan varias veces el total de los recursos en divisas de los que aún dispone Gran Bretaña». No se había escrito nunca una carta de súplica tan importante y solemne. Y fue redactada casi exactamente un año antes de que los Estados Unidos se vieran inmersos en la guerra.[10]

Roosevelt recibió la carta en el Caribe a bordo del buque *Tuscaloosa* de la Marina de los Estados Unidos. Reflexionó sobre su contenido y al día siguiente de su regreso convocó una conferencia de prensa. El 17 de diciembre, pronunció su famosa parábola, excesivamente simplista, del hombre cuya casa está en llamas y pide a su vecino que le preste su manguera. Era la forma en que Roosevelt pretendía preparar a la opinión pública antes de presentar en el Congreso la ley de Préstamo y Arriendo (*Lend-Lease*). En la Cámara de los Comunes, Churchill la recibió diciendo que era «el acto más desinteresado de la historia de cualquier país».[11] Pero en privado el gobierno británico quedó sobrecogido por las duras condiciones que llevaba aparejadas la Ley de Préstamo y Arriendo. Los americanos exigían una auditoría de todos los activos que poseía Gran Bretaña, e insistían en que no se daría ningún subsidio hasta que no se hubieran utilizado y agotado todas

las reservas en oro y en divisas extranjeras. Se envió a Ciudad del Cabo un buque de guerra estadounidense para recoger el último cargamento de oro inglés almacenado allí. Las empresas de propiedad británica existentes en los Estados Unidos, y más concretamente Courtaulds, Shell y Lever, tuvieron que ser vendidas a precio de ganga, y luego vendidas de nuevo con la obtención de pingües beneficios. Churchill atribuyó generosamente todas estas acciones a la necesidad que tenía Roosevelt de acallar las críticas antibritánicas lanzadas contra la Ley de Préstamo y Arriendo, muchas de las cuales insistían en que ingleses y franceses no habían pagado aún las deudas contraídas en la Primera Guerra Mundial. Los británicos en general infravaloraban la antipatía que sentían por ellos muchos americanos, que los consideraban imperialistas, snobs y expertos en el arte de hacer que otros combatieran en sus guerras en vez de combatir ellos.

Pero Gran Bretaña se hallaba con el agua al cuello y no estaba en condiciones de protestar. El resentimiento por los términos del acuerdo duraría hasta los años de posguerra, aunque solo fuera porque los pagos británicos en metálico de cuatro mil millones y medio de dólares en concepto de pedidos de armas en 1940 fueron los que sacaron a los Estados Unidos de la depresión y posibilitaron el *boom* económico que experimentaron durante la guerra.[12] A diferencia de los materiales de

primera calidad que llegarían después, los equipamientos comprados en los momentos de desesperación de 1940 no causaron muy buena impresión, y no supusieron un gran cambio respecto a la situación anterior. Los cincuenta destructores de la Primera Guerra Mundial suministrados a cambio de las islas Vírgenes en septiembre de 1940 requirieron una cantidad enorme de trabajo para conseguir que fueran navegables.

El 30 de diciembre, Roosevelt realizó una alocución radiofónica al pueblo norteamericano en una «charla al amor de la lumbre» en la que defendió el acuerdo. «Debemos ser el gran arsenal de la Democracia», dijo. Y así sería. La noche del 8 de marzo de 1941 fue aprobada en el Senado la Ley de Préstamo y Arriendo. La nueva política de firmeza de Roosevelt incluía la declaración de una zona de seguridad panamericana en el Atlántico occidental, el establecimiento de bases en Groenlandia y un plan para sustituir a las tropas británicas en Islandia, hecho que finalmente se produjo a comienzos del mes de julio. Los buques de guerra británicos, empezando por el portaaviones *Illustrious*, que a la sazón se hallaba averiado, podían ahora ser reparados en puertos estadounidenses, y los pilotos de la RAF empezaron a recibir instrucción en bases de la Fuerza Aérea del ejército americano. Una de las novedades más importantes fue que la marina norteamericana empezó a realizar labores de escolta de los convoyes británicos

hasta Islandia.

El ministerio de asuntos exteriores alemán reaccionó ante estos acontecimientos expresando sus esperanzas de que Gran Bretaña fuera derrotada antes de que el armamento norteamericano empezara a desempeñar un papel significativo, situación que calculaba que se produciría en 1942. Pero Hitler estaba demasiado preocupado con la Operación Barbarroja para prestar demasiada atención a esos detalles. Su principal motivo de desazón en aquellos momentos era no provocar a los americanos a entrar en la guerra antes de acabar con la Unión Soviética. El Führer rechazó la solicitud del *Grossadmiral* Raeder de que sus submarinos pudieran operar en el Atlántico occidental hasta una zona situada a tres millas de las aguas costeras norteamericanas.[13]

Churchill declaró más tarde que la amenaza de los submarinos fue lo único que realmente llegó a asustarlo durante la guerra. En un momento dado, consideró incluso la posibilidad de volverse a apropiar los puertos del sur de Irlanda, que era un país neutral, incluso por la fuerza, si hubiera sido necesario. La Marina Real tenía una gran escasez de barcos de escolta para los convoyes. Había sufrido graves pérdidas durante la malhadada intervención

en Noruega, y además era preciso preservar los destructores y mantenerlos listos para una eventual invasión alemana. Durante el «follón de la costa este», cuando los submarinos alemanes atacaron la navegación costera del mar del Norte, el capitán Ernst Kals, a bordo del *U-173*, recibió la Cruz de Caballero por hundir nueve barcos en dos semanas.

Desde el otoño de 1940, la flota de submarinos alemanes había empezado por fin a infligir graves daños a los buques aliados. Sus bases estaban en la costa adámica de Francia y el problema del detonador de los torpedos, que había dado al traste con las operaciones de los *U-Boote* al comienzo de la guerra, por fin había sido resuelto. En el mes de septiembre, los submarinos hundieron en una sola semana veintisiete buques británicos, por un monto equivalente a más de ciento sesenta mil toneladas. Estas pérdidas resultan tanto más sorprendentes si se tiene en cuenta el reducido número de submarinos que los alemanes tenían en el mar. En febrero de 1941 el *Grossadmiral* Raeder todavía no tenía operativos más que veintidós *U-Boote* capaces de cruzar el océano. A pesar de sus incesantes peticiones a Hitler, el programa de fabricación de submarinos se convirtió en una prioridad secundaria debido a la urgencia de los preparativos para la invasión de la Unión Soviética.[14] La armada alemana había puesto inicialmente muchas de sus esperanzas en los acorazados

de bolsillo y en los buques mercantes armados. Aunque el *Graf Spee* tuvo que ser echado a pique frente a las costas de Montevideo, para júbilo de los británicos, el acorazado de bolsillo *Admiral Scheer* cosechó todavía más éxitos en el curso de sus operaciones. Durante un viaje que duró ciento sesenta y un días a través del océano Atlántico y el índico, esta nave fue responsable del hundimiento de más de diecisiete embarcaciones. Pronto quedó patente, sin embargo, que los submarinos eran mucho más eficaces en proporción a su coste que los acorazados de bolsillo y otros barcos corsarios de superficie, que hundían solo naves de cincuenta y siete mil toneladas. Otto Kretschmer, el capitán de *U-Boot* que más éxitos cosechó, hundió treinta y siete navíos, equivalentes en total al doble del tonelaje hundido por el *Admiral Scheer.*[15] Las fuerzas de buques escolta de la Real Marina Británica empezaron a incrementarse solo una vez que fueron reparados los cincuenta destructores americanos viejos y cuando empezaron a botarse corbetas nuevas en los astilleros británicos.

El almirante Karl Dönitz, jefe del mando de submarinos de la Kriegsmarine, veía su misión como una «guerra de tonelajes»: sus *U-Boote* debían darse más prisa en hundir barcos que la que pudieran darse los británicos en construirlos. A mediados de octubre de 1940, Dönitz desarrolló una táctica «en manada» (*Rudeltaktik*),

consistente en agrupar hasta una docena de submarinos en cuanto era avistado un convoy, para empezar a hundir las naves durante la noche. El resplandor de una embarcación ardiendo iluminaba a las otras o recortaba su silueta en la oscuridad. El primer ataque en manada fue lanzado contra el Convoy SC-7 y supuso el hundimiento de diecisiete barcos. Inmediatamente después, Günther Prien, el comandante de submarinos que había hundido el *Royal Oak*, de la Marina de Su Majestad, en Scapa Flow, capitaneó un ataque en manada contra el Convoy HX-79, procedente de Halifax. Con solo cuatro submarinos hundió doce barcos de los cuarenta y nueve que componían la expedición. En febrero de 1941, las pérdidas de los Aliados volvieron a incrementarse. Solo en el mes de marzo los barcos de escolta de la Marina Real lograron vengarse hasta cierto punto hundiendo tres *U-Boote*, entre ellos el *U-47*, capitaneado por Prien, y capturando el *U-99* y a su capitán, Otto Kretschmer.

La introducción del submarino de gran alcance tipo IX no tardó en aumentar de nuevo las pérdidas hasta el verano, cuando las interceptaciones Ultra lograron marcar la diferencia y llegó la ayuda de la marina estadounidense que a partir del mes de septiembre escoltaría a los barcos que atravesaban el Atlántico occidental. En esta época la labor de interceptación de señales de Bletchley Park no solía dar lugar directamente al hundimiento de los submarinos, pero

ayudaba en gran medida a los encargados de planificar los convoyes proporcionándoles «rutas evasivas», lo que comportaba apartarlos de las zonas donde se concentraban las «manadas». Proporcionó también al Servicio de Inteligencia Naval y al Mando Costero de la RAF una idea más clara de los procesos operativos y de reabastecimiento de la Kriegsmarine.

La batalla del Atlántico supuso una vida de monotonía marítima frente a un trasfondo constante de temor. Los más valientes entre los valientes fueron los tripulantes de los petroleros, que sabían que navegaban a bordo de bombas incendiarias gigantes. Ninguno de ellos, desde el capitán hasta el más humilde marinero de cubierta, podía dejar de preguntarse si estaban siendo acechados por los submarinos y si iban a ser arrojados de su litera por la onda expansiva producida como consecuencia de la explosión de un torpedo. Solo los temporales y el mar embravecido parecían reducir el peligro.

Llevaban una vida constantemente expuesta a la humedad y al frío, cubiertos con abrigos y gorros de lona encerada, y con pocas oportunidades de ponerse ropa seca. A los vigías les dolían los ojos de tanto escrutar desesperadamente el mar plomizo en busca de un periscopio. Solo disfrutaban de descanso y de un poco de comodidad cuando podían tomar una taza de chocolate caliente y un bocadillo de carne enlatada. En los barcos de

escolta, en su mayoría destructores y corbetas, el movimiento de las pantallas de radar, junto con el sonido metálico del Asdic y los ecos del sonar, producía una fascinación hipnótica y terrible. La tensión psicológica era mayor incluso entre los marinos de la flota mercante debido a que no podían responder al fuego si eran atacados. Todos sabían que si el convoy era atacado por una manada y se veían obligados a saltar al agua llena de petróleo después de haber sido torpedeados, sus oportunidades de ser rescatados eran mínimas. Si un barco se paraba a recoger a los supervivientes se convertía en blanco fácil de cualquier submarino. El alivio que suponía llegar al Mersey o al Clyde en el viaje de vuelta transformaba por completo el ambiente reinante a bordo de las embarcaciones.

Los tripulantes de los *U-Boote* alemanes llevaban una vida todavía más incómoda. Los mamparos chorreaban de vaho y el aire era pestilente debido al hedor producido por la ropa húmeda y los cuerpos sin lavar. Pero en general la moral reinante era alta en aquellos momentos de la guerra, en los que ellos no cesaban de cosechar tantos éxitos y las contramedidas británicas todavía estaban en fase de desarrollo. La mayor parte del tiempo lo pasaban en la superficie, lo cual servía para aumentar la velocidad y ahorrar combustible. El mayor peligro lo representaban los hidroaviones. En cuanto era avistado uno de estos aparatos, sonaba la señal de alarma y el submarino ejecutaba una

inmersión inmediata, maniobra que tenían muy bien aprendida. Pero hasta que no se instalaron radares en los aviones, las oportunidades que había de localizar un submarino siguieron siendo bastante remotas.

En abril de 1941, las pérdidas de los Aliados en embarcaciones llegaron a las seiscientas ochenta y ocho mil toneladas, pero estaban produciéndose algunas novedades alentadoras. La cobertura aérea de los convoyes se amplió, aunque seguía abierto el «hueco de Groenlandia», la gran zona central del Atlántico Norte que quedaba fuera del alcance de la Real Fuerza Aérea Canadiense por un lado y del Mando Costero de la RAF por otro. Frente a las costas de Noruega fue capturado un arrastrero armado alemán, que llevaba a bordo dos máquinas de codificación Enigma con los ajustes del mes anterior. Y el 9 de mayo, el *Bulldog*, de la Marina de Su Majestad, logró hacer salir por la fuerza a la superficie al *U-110,* Un pelotón de abordaje armado se apoderó de sus libros de códigos y de la máquina Enigma antes de que pudieran ser destruidos. Otras embarcaciones capturadas, entre ellas una estación meteorológica y un transporte, también proporcionaron valiosas presas. Pero cuando los convoyes aliados empezaron a escapar de las trampas tendidas por los submarinos, y más tarde, cuando tres *U-Boote* fueron víctimas de una emboscada frente a las costas de Cabo Verde, Dönitz comenzó a sospechar que

probablemente sus códigos habían sido descifrados. La seguridad de Enigma fue reforzada.

Aquel año en general había sido bastante duro para la Marina Real. El 23 de mayo, al tiempo que aumentaban las pérdidas en el Mediterráneo durante la batalla de Creta, estalló el gran crucero de batalla *Hood* al ser alcanzado por una sola bomba procedente del *Bismarck* en el Estrecho de Dinamarca, entre Groenlandia e Islandia. El almirante Günther Lütjens había navegado desde el mar Báltico a bordo del *Bismarck* acompañado del crucero pesado *Prinz Eugen*. La conmoción en Londres fue enorme. Y también fue enorme el deseo de venganza. Más de cien navíos participaron en la caza del *Bismarck*, entre ellos los acorazados *King George V* y *Rodney*, y el portaaviones *Ark Royal*.

El crucero *Suffolk*, que iba tras el barco alemán, le perdió la pista, pero el 26 de mayo, cuando en la escuadra de acorazados británicos empezaba a escasear el combustible, un hidroavión Catalina avistó al *Bismarck*. Al día siguiente, a pesar del mal tiempo, despegaron del *Ark Royal* varios torpederos Swordfish. Dos torpedos inutilizaron los timones del *Bismarck*, que se dirigía a la seguridad del puerto de Brest. Lo único que podía hacer el gran buque de guerra alemán era dar vueltas y más vueltas en círculo. Esto permitió al *King George V* y al *Rodney* acercarse para asestarle el golpe de gracia con andanadas

masivas disparadas con su principal armamento. El almirante Lütjens envió un último mensaje: «Navío incapaz de maniobrar. Lucharemos hasta la última bala. ¡Viva el Führer!» Acudió también el crucero *Dorsetshire*, de la Marina de Su Majestad, para acabar con él a golpes de torpedo. Lütjens, que ordenó echar a pique el barco, murió junto con sus dos mil doscientos hombres. Solo se rescataron de las aguas ciento diez tripulantes.

12
BARBARROJA (abril-septiembre de 1941)

En la primavera de 1941, mientras la invasión de Yugoslavia por Hitler se veía rápidamente coronada por el éxito, Stalin se decidía por seguir una política de cautela. El 13 de abril, la Unión Soviética firmó con Japón un «pacto de neutralidad» de un año, reconociendo a su régimen títere de Manchukuo. Aquello era la culminación de lo que Chiang Kai-shek había venido temiendo desde la firma del Tratado Molotov-Ribbentrop. En 1940 el líder nacionalista chino había intentado jugar un doble juego ofreciendo proposiciones de paz a los japoneses. Esperaba obligar de ese modo a la Unión Soviética a aumentar sus niveles de apoyo —que últimamente habían disminuido mucho— y sabotear de paso su acercamiento a Tokio. Pero Chiang sabía también que un verdadero pacto con los japoneses habría supuesto poner en manos de Mao y los comunistas el liderazgo de las masas de China, pues el acuerdo sería visto como un acto terrible de cobardía y de traición.

Cuando Japón firmó el Pacto Tripartito en septiembre

de 1940, Chiang Kai-shek, al igual que Stalin, se dio cuenta de que aumentaban las posibilidades de que los japoneses se enfrentaran a los americanos y se sintió sumamente aliviado ante semejante perspectiva.[1] La supervivencia de China estaba ahora en manos de los Estados Unidos, aunque Chiang sospechaba que la Unión Soviética acabaría formando parte también de una alianza antifascista. Preveía que el mundo estaba a punto de polarizarse de una forma más coherente. La partida de ajedrez tridimensional iba a acabar siendo bidimensional.

Tanto el régimen soviético como el japonés, que se detestaban mutuamente, querían asegurarse su puerta trasera. En abril de 1941, tras firmar el pacto de neutralidad soviético-nipón, Stalin se presentó personalmente en la estación de ferrocarril de Yaroslavsky, en Moscú, para despedir al ministro de asuntos exteriores japonés, Matsuoko Yösuke, que seguía borracho después de disfrutar de la generosa hospitalidad del líder soviético.[2] Entre la multitud que se agolpaba en el andén, Stalin divisó de repente al coronel Hans Krebs, el agregado militar alemán (que sería el último jefe del estado mayor en 1945). Para mayor asombro del oficial germánico, Stalin le dio una palmada en la espalda y dijo: «Debemos seguir siendo amigos siempre, pase lo que pase». Su aspecto crispado y enfermizo desmentía la afabilidad del dictador. «Estoy convencido de ello», replicó Krebs, recuperándose

enseguida de su desconcierto. Evidentemente le costaba trabajo creer que Stalin no se hubiera imaginado todavía que Alemania se disponía a lanzar la invasión.[3]

Hitler estaba sumamente seguro de sí mismo. Había decidido no hacer caso de las viejas advertencias de Bismarck en contra de la invasión de Rusia y reconocía al mismo tiempo los peligros que podía acarrear una guerra en dos frentes. Justificaba su inveterada ambición de aplastar el «bolchevismo judío» como la forma más segura de obligar a Gran Bretaña a transigir. Una vez derrotada la Unión Soviética, Japón estaría en condiciones de desviar la atención de los Estados Unidos hacia el Pacífico y de obligar a los americanos a apartar los ojos de Europa. Pero el objetivo primordial de las autoridades nazis era asegurarse el petróleo y los productos alimenticios de la Unión Soviética, que a su juicio habrían de hacer invencible a Alemania. Con el «Plan Hambre» (*Hungerplan),* ideado por el *Staatssekretär* Herbert Backe, se suponía que la incautación de la producción alimenticia soviética por parte de la Wehrmacht daría lugar a la muerte de treinta millones de personas, sobre todo en las ciudades.

Hitler, Göring y Himmler habían acogido con entusiasmo el plan radical de Backe. Daba la impresión de que podía ser una solución espectacular al problema cada vez más acuciante del abastecimiento de comida y un arma importantísima en su guerra ideológica contra el eslavismo

y el «bolchevismo judío». La Wehrmacht le dio también su aprobación. La posibilidad de alimentar a sus tres millones de hombres y a sus seiscientos mil caballos con los recursos de la zona aliviaría muchísimo las dificultades de abastecimiento a lo largo de unas distancias enormes con un transporte ferroviario insuficiente. Es evidente que, según esas mismas directrices, debía dejarse sistemáticamente morir de hambre a los prisioneros de guerra soviéticos. Así, pues, antes incluso de que se dispararan los primeros tiros, la Wehrmacht se convirtió en cómplice activo de una guerra genocida de aniquilación.[4]

El 4 de mayo, flanqueado por su lugarteniente Rudolf Hess y por el *Reichsmarschall* Göring, Hitler pronunció un discurso en el Reichstag. Afirmó que el estado nacional socialista «durará mil años». Seis noches más tarde, Hess despegó de Berlín en un Messerschmitt 110 sin avisar a nadie. Voló a Escocia a la luz de la luna y se lanzó en paracaídas, pero se rompió el tobillo al caer al suelo. Los astrólogos lo habían convencido de que podría concluir un tratado de paz con Gran Bretaña. Aunque estuviera ligeramente perturbado, Hess sospechaba a todas luces, lo mismo que Ribbentrop, que la invasión de la Unión Soviética podía resultar desastrosa. Pero la misión de paz que se había autoencomendado estaba condenada a convertirse en un fracaso ignominioso.

Su llegada coincidió con una de las incursiones aéreas

más duras de la *Blitzkrieg,* Aquella noche la Luftwaffe, aprovechando también la «luna del bombardero», atacó Hull y Londres, causando daños en la Abadía de Westminster, la Cámara de los Comunes, el Museo Británico, numerosos hospitales, la City, la Torre de Londres y los muelles. Las bombas provocaron dos mil doscientos grandes incendios. Los ataques hicieron ascender el número total de bajas civiles a los cuarenta mil muertos y los cuarenta y seis mil heridos graves.

La extraña misión de Hess causó no poco disgusto en Londres, consternación en Alemania y profunda desconfianza en Moscú. El gobierno británico, sin embargo, no supo manejar el asunto. Habría debido anunciar directamente que Hitler había intentado presentar una propuesta de paz, y que esta había sido rechazada sin más. Lo cierto es que Stalin estaba convencido de que el aparato de Hess había contado con la ayuda del Servicio Secreto de Inteligencia británico. Hacía tiempo que venía sospechando que Churchill pretendía soliviantar a Hitler para que atacara la Unión Soviética. Ahora se preguntaba si el primer ministro inglés, el antibolchevique por antonomasia, no estaría conspirando con Alemania. Stalin ya había desoído todas las advertencias procedentes de Gran Bretaña acerca de los preparativos de los alemanes para invadir la Unión Soviética calificándolas de *anglyiskaya provokatsiya,* Incluso las informaciones

detalladas de sus propios servicios de inteligencia fueron rechazadas airadamente, a menudo con el pretexto de que los agentes destacados en el extranjero habían sido corrompidos por las influencias foráneas.

Stalin siguió aceptando las seguridades de Hitler, ofrecidas en una carta escrita a primeros de año, en el sentido de que las tropas alemanas estaban siendo trasladadas al este únicamente con el fin de ponerlas fuera del alcance de los bombardeos británicos. El teniente general Filipp Ivanovich Golikov, director del departamento de inteligencia militar, el GRU, hombre carente por completo de experiencia, estaba también convencido de que Hitler no atacaría la Unión Soviética hasta haber conquistado Gran Bretaña. Golikov se negó a facilitar a Zhukov, jefe del estado mayor, y a Timoshenko, que había reemplazado a Voroshilov en el cargo de comisario de defensa, cualquiera de los informes de inteligencia de su departamento acerca de las intenciones de los alemanes. No obstante, los soviéticos eran conscientes de la concentración de fuerzas de la Wehrmacht y habían elaborado un plan de contingencias en un documento de fecha 15 de mayo, en el que se analizaba la posibilidad de llevar a cabo un ataque preventivo para frustrar los preparativos alemanes. Además, Stalin había accedido a una concentración de fuerzas como medida de precaución, con el llamamiento a filas de ochocientos mil

reservistas y el despliegue de casi treinta divisiones a lo largo de la frontera occidental del país.

Algunos historiadores revisionistas han intentado dar a entender que todo respondía a un verdadero plan de atacar Alemania, con el afán en cierto modo de justificar la consiguiente invasión de Hitler. Pero lo cierto es que el Ejército Rojo no estaba en el verano de 1941 en condiciones de lanzar una ofensiva en serio, y en cualquier caso la decisión de Hitler de invadir la URSS había sido tomada bastante antes. Por otro lado, no cabe excluir la posibilidad de que Stalin, alarmado por la rapidez con la que había sido derrotada Francia, estuviera considerando la posibilidad de llevar a cabo un ataque preventivo en el invierno de 1941 o más probablemente en 1942, cuando el Ejército Rojo estuviera mejor adiestrado y equipado.[5]

Cada vez llegaban más informes que confirmaban el peligro de la invasión alemana. Stalin rechazó los comunicados de Richard Sorge, su agente más eficaz, desde la embajada alemana en Tokio. En Berlín, el agregado militar soviético había descubierto que estaban siendo desplegadas ciento cuarenta divisiones alemanas a lo largo de la frontera de la URSS. La embajada soviética en Berlín había conseguido incluso las pruebas de un diccionario ruso de bolsillo que debía ser repartido entre los soldados alemanes de modo que supieran decir «¡Manos arriba!», «¿Eres comunista?», «¡Voy a disparar!», o «¿Dónde está el

director de la granja colectiva?»

La advertencia más sorprendente llegó del embajador alemán en Moscú, el conde Friedrich von der Schulenburg, hombre de convicciones antinazis que sería ejecutado posteriormente por su participación en la conjura del 20 de julio de 1944 para asesinar a Hitler. Cuando comunicaron a Stalin el aviso de von Schulenburg, el líder soviético estalló en un arrebato de desconfianza: «¡La desinformación ha llegado ya a nivel de los embajadores!», exclamó.[6] No queriendo reconocer de ninguna manera la situación, Stalin se convenció a sí mismo de que lo único que pretendían los alemanes era presionarlo para que hiciera más concesiones en la firma de un nuevo pacto.

Irónicamente, la sinceridad de von Schulenburg fue la única excepción en el hábil juego de engaños desarrollado por la diplomacia alemana. Incluso Ribbentrop, por el que tanto desprecio sentía Stalin, jugó astutamente para incrementar las sospechas que el dictador soviético abrigaba sobre Churchill, de modo que las advertencias británicas acerca de la Operación Barbarroja produjeran en él la reacción contraria. También habían llegado a oídos de Stalin los planes que tenían los Aliados de bombardear los campos de petróleo de Bakú durante la guerra con Finlandia. Y la ocupación de Besarabia por los soviéticos en junio de 1940, que el rey Carol, persuadido por Ribbentrop, había aceptado como un hecho consumado,

había acabado por echar a Rumania directamente en los cínicos brazos de Hitler.

La política de apaciguamiento de Hitler seguida por Stalin había continuado con un incremento sustancial de los suministros con destino a Alemania de grano, combustible, algodón, metales y caucho comprado en el Sudeste Asiático, saltándose el bloqueo impuesto por Gran Bretaña. Mientras estuvo en vigencia el Pacto Molotov-Ribbentrop, la Unión Soviética llegó a proporcionar al Reich veintiséis mil toneladas de cromo, ciento cuarenta mil toneladas de manganeso y más de dos millones de toneladas de petróleo. A pesar de recibir más de ochenta avisos claros de la invasión —de hecho probablemente más de cien—, parece que a Stalin le preocupaba más «el problema de la seguridad a lo largo de nuestra frontera noroccidental», es decir con las Repúblicas Bálticas. La noche del 14 de junio, una semana antes de la invasión alemana, sesenta mil estonios, treinta y cuatro mil letones, y treinta y ocho mil lituanos fueron metidos a la fuerza en camiones de ganado para su deportación a campos de concentración en puntos alejados del interior de la URSS. Stalin siguió sin dejarse convencer, cuando, durante la semana inmediatamente anterior a la invasión, los barcos alemanes abandonaron precipitadamente los puertos de la Unión Soviética y el personal de la embajada en Moscú fue evacuado.[7] «Esta es una guerra de exterminio», había dicho Hitler a sus

generales el 30 de marzo. «Los mandos deben estar dispuestos a sacrificar sus escrúpulos personales».[8] La única preocupación de los oficiales de alto rango era el efecto sobre la disciplina. Sus instintos más viscerales —antieslavos, anticomunistas y antisemitas— estaban en línea con la ideología nazi, aunque a muchos de ellos no les gustaran ni el partido ni sus burócratas. El hambre, se les dijo, iba a ser un arma bélica, y se calculaba que unos treinta millones de ciudadanos soviéticos morirían por falta de alimentación. De esa forma sería eliminada una parte considerable de la población, dejando un número suficiente de individuos para que hicieran de esclavos en un «Jardín del Edén» colonizado por los alemanes. El sueño de *Lebensraum* que acariciaba Hitler parecía por fin casi al alcance de la mano.

El 6 de junio se publicó la famosa «Orden de los Comisarios», en la que se rechazaba específicamente el respeto del derecho internacional. Esta y otras directivas por el estilo exigían el fusilamiento de los *politruks* o comisarios políticos soviéticos, los poseedores de carnet del partido comunista, los saboteadores y los varones judíos, considerados todos partisanos.

Durante la noche del 20 de junio, el OKW difundió la palabra clave «Dortmund». En el diario de guerra se dice: «Por medio de ella se ordena definitivamente el comienzo de los ataques el día 22 de junio. La orden debe

transmitirse a los distintos Grupos de Ejército».[9] Hitler, alterado ante la proximidad del gran momento, se dispuso a trasladarse a su nuevo cuartel general cerca de Rastenburg, cuyo nombre en clave era la *Wolfsschanze,* o Guarida del Lobo. Seguía convencido de que el Ejército Rojo y todo el sistema soviético iban a venirse abajo. «Solo tenemos que pegar una patada a la puerta y todo el edificio podrido se hundirá», había dicho a sus altos mandos.

En privado los oficiales más serios destacados en las fronteras orientales abrigaban no pocas dudas. Algunos habían releído el relato del general Armand de Caulaincourt acerca de la marcha de Napoleón sobre Moscú y su terrible retirada. Los oficiales y los soldados más viejos que habían combatido en Rusia durante la Primera Guerra Mundial también se sentían incómodos. Pero la triunfal serie de conquistas de la Wehrmacht —en Polonia, Escandinavia, los Países Bajos, Francia y los Balcanes— tranquilizó a la mayoría de los alemanes convenciéndoles de que sus tropas eran invencibles. Los oficiales decían a sus hombres que estaban «ante la mayor ofensiva que había existido nunca».[10] Había por lo menos tres millones de soldados alemanes, que no tardarían en contar con el apoyo de los ejércitos de Finlandia, Rumania, Hungría y finalmente Italia, en su cruzada contra el bolchevismo.

En los bosques de pinos y abedules que ocultaban los aparcamientos de vehículos, en las tiendas de los cuarteles

generales y de los regimientos de transmisiones, así como en las de las unidades de combate, los oficiales informaban a sus hombres. Muchos aseguraban que solo tardarían tres o cuatro semanas en aplastar al Ejército Rojo. «Esta mañana, a primera hora», escribía un soldado de una división de montaña, «hemos salido, gracias a Dios, contra nuestro enemigo mortal, el bolchevismo. Realmente menudo peso me he quitado de encima. Por fin se ha acabado esta incertidumbre, y ya sabemos lo que hay. Soy sumamente optimista... Y creo que si nos apoderamos de todo este país hasta los Urales junto con sus materias primas, Europa podrá alimentarse sola, y luego que la guerra por mar dure lo que quiera».[11] Un suboficial de transmisiones de la División de la SS *Das Reich* se mostraba todavía más seguro. «Tengo el convencimiento de que para la destrucción total de Rusia no se necesitará más tiempo que en Francia, así que todavía podrían cumplirse mis cálculos de estar ya de permiso en agosto».[12]

Hacia la medianoche de aquel día de verano, se pusieron en marcha las primeras unidades para ocupar sus posiciones de ataque, al tiempo que los últimos trenes cargados con productos soviéticos seguían pasando ante ellos camino de Alemania. Las oscuras siluetas de los carros de combate en formación emitían nubes de gas por los tubos de escape cada vez que se encendían sus motores. Los regimientos de artillería retiraron las redes de

camuflaje de sus cañones para arrastrarlos cerca de las pilas escondidas de bombas y situarlos en sus posiciones de disparo. En la margen izquierda del río Bug, fueron arrastrados hasta el borde legamoso del agua pesadas embarcaciones de asalto de goma, mientras los hombres hablaban en voz baja por si sus palabras llegaban a través de la corriente a oídos de los guardias fronterizos del NKVD. Frente a la gran fortaleza de Brest-Litovsk se había derramado arena sobre las carreteras para que las botas militares no hicieran ruido. Era una mañana fría y clara, y los prados estaban cubiertos de rocío. Los pensamientos de los hombres se dirigieron instintivamente hacia sus esposas e hijos, hacia sus novias y sus padres, todos despiertos a aquella hora en Alemania y felizmente ignorantes de la grandiosa empresa que los aguardaba.

Durante la noche del 21 de junio, Stalin, en el Kremlin, iba poniéndose cada vez más nervioso. El vicedirector del NKVD acababa de comunicarle que aquel mismo día se habían producido no menos de «treinta y nueve incursiones aéreas sobre la frontera estatal de la URSS».[13] Cuando le hablaron de cierto desertor alemán, un ex comunista que había cruzado las líneas para avisar del ataque, Stalin ordenó inmediatamente que lo fusilaran por ser culpable de desinformación. A lo más que se avino ante sus generales, cada vez más angustiados, fue a poner las baterías antiaéreas que rodeaban Moscú en estado de alerta

y a dictar una orden para los mandos militares de las zonas fronterizas avisándoles de que estuvieran preparados, pero que no respondieran al fuego. Stalin se aferraba a la idea de que cualquier ataque que se produjera no podía ser obra de Hitler. Tenía que ser una *provokatsiya* de los generales alemanes.

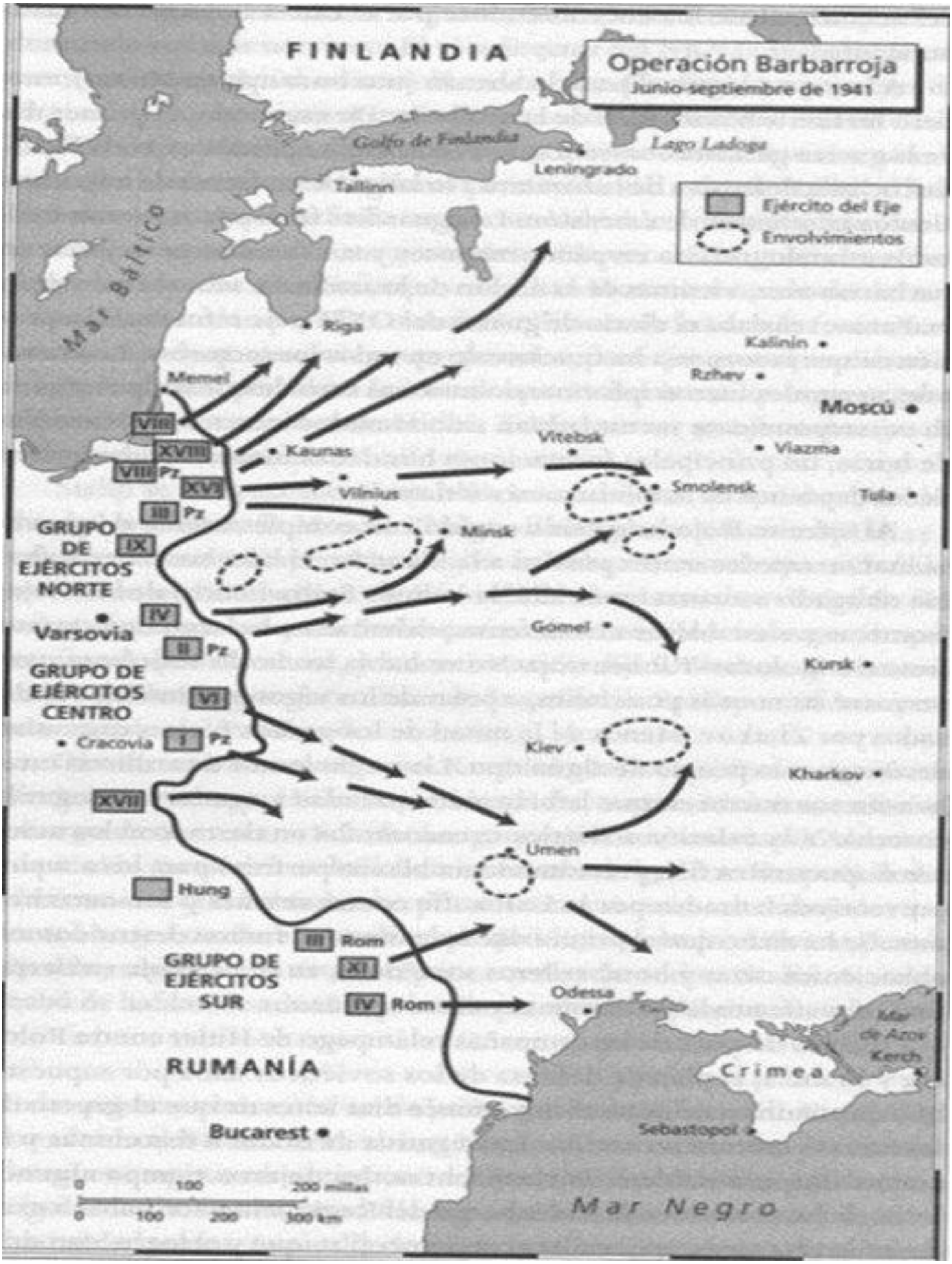
Stalin se fue a acostar a una hora inusualmente temprana en su dacha de las afueras de Moscú. Zhukov llamó por teléfono a las 04.45 e insistió en que lo despertaran. Había habido noticias de que se habían producido un bombardeo alemán sobre la base naval soviética de Sebastopol y otros ataques. Stalin permaneció en silencio largo tiempo, respirando pesadamente, y a continuación dijo a Zhukov que las tropas no debían responder utilizando la artillería. Se dispuso a convocar una reunión del Politburó.

Cuando este se reunió en el Kremlin a las 05.45, Stalin siguió negándose a creer que Hitler supiera nada del ataque. Molotov recibió el encargo de convocar a Schulenburg, quien le comunicó que Alemania y la Unión Soviética se hallaban en estado de guerra. Después de las advertencias que había hecho pocas semanas antes, el embajador encontró muy extraño el asombro que produjo su declaración. Molotov, abatido, regresó a la reunión para contárselo todo a Stalin. Cuando acabó de hablar, se adueñó de la sala un silencio opresivo.

En las primeras horas del 22 de junio, por toda la franja de Europa del este, desde el Báltico hasta el mar Negro, decenas de miles de oficiales alemanes empezaron a mirar sus relojes, que llevaban sincronizados, a la luz de las linternas. Justo a la hora debida, oyeron motores de aviones a sus espaldas. Los soldados, que estaban impacientes, levantaron la vista hacia el cielo nocturno y vieron cómo las compactas escuadrillas de la Luftwaffe avanzaban sobre sus cabezas, volando hacia la luz del amanecer que iba encendiéndose por el este a lo largo del vasto horizonte.

A las 03.15 según el horario alemán (una hora más en Moscú), empezó un fuerte bombardeo de la artillería. De ese modo, el primer día de la guerra germano-soviética, la Wehrmacht aplastó con toda facilidad la línea defensiva de la frontera a lo largo de un frente de mil ochocientos kilómetros de extensión. Los guardias fronterizos fueron fusilados estando todavía en paños menores y sus familias perecieron en sus barracones, víctimas de la acción de la artillería. «En el curso de la mañana», señalaba el diario de guerra del OKW, «se refuerza la impresión de que la sorpresa ha funcionado en todos los sectores». Los cuarteles generales fueron informando uno tras otro de que los puentes de su correspondiente sector habían sido

tomados intactos. En cuestión de horas, las principales formaciones blindadas fueron apoderándose de los depósitos de suministros soviéticos.[14]


FINLANDIA
Operación Barbarroja
Junio-septiembre de 1941
Golfo de Finlandia
Lago Ladoga
Leningrado
Tallinn
Ejército del Eje
Envolvimientos
Mar Báltico
Riga
Kalinin
Rzhev
Moscú
Memel
VIII
XVIII
VIII Pz
XVI
III Pz
Kaunas
Vilnius
Vitebsk
Viazma
Smolensk
Tula
Minsk
GRUPO DE EJÉRCITOS NORTE
IX
IV
Varsovia
II Pz
Gómel
Kursk
GRUPO DE EJÉRCITOS CENTRO
VI
Cracovia
I Pz
Kiev
Kharkov
XVII
Umen
Hung
III Rom
XI
GRUPO DE EJÉRCITOS SUR
IV Rom
Odessa
Mar de Azov
Kerch
Crimea
RUMANÍA
Bucarest
Sebastopol
0 100 200 millas
0 100 200 300 km
Mar Negro

El Ejército Rojo había sido cogido casi completamente desprevenido. Durante los meses previos a la invasión, el líder soviético lo había obligado a avanzar más allá de la línea Stalin dentro de las viejas fronteras y a establecer una defensa adelantada a lo largo de la nueva frontera Molotov-Ribbentrop. No se había hecho lo suficiente para preparar las nuevas posiciones, a pesar de los vigorosos intentos realizados por Zhukov. Menos de la mitad de los puntos fuertes disponían de armamento pesado de algún tipo. Los regimientos de artillería estaban sin sus tractores, que habían sido enviados a ayudar a recoger la cosecha. Y la aviación soviética se encontraba en tierra, con los aviones dispuestos en fila, presentando un blanco perfecto para los ataques preventivos lanzados por la Luftwaffe contra sesenta y seis aeródromos. Se ha dicho que el primer día de la ofensiva fueron destruidos mil ochocientos cazas y bombarderos soviéticos, en su mayoría en tierra. La Luftwaffe perdió solo treinta y cinco aparatos.

Incluso después de las campañas relámpago de Hitler contra Polonia y Francia, el plan de defensa de los soviéticos daba por supuesto que dispondrían de entre diez y quince días antes de que el grueso de las fuerzas entrara en acción. La negativa de Stalin a reaccionar y la actitud despiadada de la Wehrmacht no les dejaron tiempo alguno. Parte de los comandos Brandenburgo del Regimiento 800

había logrado infiltrarse antes de que diera comienzo el ataque y otros habían sido lanzados en paracaídas sobre puentes seguros y habían cortado las líneas telefónicas. En el sur, también habían sido enviados nacionalistas ucranianos para sembrar el caos y alentar la sublevación contra los dominadores soviéticos. Como consecuencia de todo ello, los mandos soviéticos no supieron lo que estaba pasando y se vieron incapaces de dar órdenes y de comunicarse con sus superiores.

Desde la frontera de Prusia oriental, el Grupo de Ejércitos Norte del *Generalfeldmarschall* Wilhelm von Leeb invadió las Repúblicas Bálticas y se dirigió a Leningrado. Su avance contó con la ayuda inestimable de los comandos Brandenburgo, vestidos con los uniformes marrones de los soviéticos, que tomaron el doble puente ferrocarril/ carretera sobre el río Duina el 26 de junio. El LVI Panzer Korps del *Generalleutnant* von Manstein, avanzando a razón de casi ochenta kilómetros diarios, estaría a medio camino de su objetivo en solo cinco días. Aquella «carrera impetuosa», escribiría más tarde von Manstein, «era la realización del sueño de cualquier comandante de una unidad de tanques».[15]

Al norte de los pantanos del Pripet, el Grupo de Ejércitos Centro, al mando del *Generalfeldmarschall* Fedor von Bock, avanzó rápidamente por Bielorrusia y no tardó en librar una gran batalla de envolvimiento en torno a

Minsk con ayuda de los grupos de blindados de Guderian y del *Generaloberst* Hermann Hoth. La única resistencia fuerte que encontró fue la de la gran fortaleza de Brest-Litovsk, en plena frontera. La 45.ª División de Infantería austríaca sufrió muchísimas bajas, muchas más de las que sufriera en toda la campaña de Francia, cuando sus grupos de asalto intentaron hacer salir a los tenaces defensores de la fortaleza con lanzallamas, gases lacrimógenos y granadas. Los supervivientes, sufriendo una sed terrible y sin suministros médicos de ningún tipo, combatieron durante tres semanas hasta caer heridos o quedarse sin munición. Pero cuando volvieron en 1945 de su estancia en los campos de prisioneros de Alemania el increíble valor que habían mostrado no los salvó del confinamiento en el Gulag. Mientras tanto Stalin había decretado que la rendición constituía un delito de traición a la Madre Patria.

La guardia de fronteras del NKVD también se batió desesperadamente, cuando no fue cogida por sorpresa. Pero con demasiada frecuencia los oficiales del Ejército Rojo abandonaban a sus hombres y salían huyendo, presa del pánico. Ante el caos de las comunicaciones, los mandos quedaron paralizados o bien por falta de instrucciones o bien por recibir órdenes de contraatacar que no tenían relación alguna con la situación reinante sobre el terreno. La purga del Ejército Rojo había hecho que quedaran solo oficiales sin experiencia de mando al

frente de divisiones y de cuerpos enteros de ejército, mientras que el miedo a las denuncias y a las detenciones por parte del NKVD había acabado con todo tipo de iniciativa. Era probable que hasta el comandante más valeroso se pusiera a temblar y a sudar de miedo si de repente aparecían en su cuartel general los agentes del NKVD con sus galones verdes y su gorra de plato. El contraste con el sistema de *Auftragstaktik* del ejército alemán, consistente en asignar una tarea a mandos de menor rango y confiar en que la realizaran lo mejor que les pareciera, no podía ser mayor.

El Grupo de Ejércitos Sur, al mando del *Generalfeldmarschall* Von Rundstedt, entró en Ucrania. Rundstedt no tardó en contar con la ayuda de dos ejércitos rumanos deseosos de recuperar Besarabia de los soviéticos que se la habían quitado. Su dictador y general en jefe, el mariscal Ion Antonescu, había asegurado a Hitler diez días antes: «¡Por supuesto que estaré allí desde el primer momento! Cuando se trate de actuar contra los eslavos, puede usted contar siempre con Rumania».[16]

Tras redactar un discurso en el que hacía pública la invasión, Stalin dijo a Molotov que lo leyera a medio día por la radio soviética. El comunicado fue transmitido por

medio de megáfonos a las multitudes que se encontraban en las calles. La aburrida voz del ministro de asuntos exteriores acabó la lectura con la siguiente declaración: «Nuestra causa es justa, el enemigo será aplastado, la victoria será nuestra». A pesar de su tono inexpresivo, la población en general se sintió ofendida por aquel ultraje contra la Madre Patria. Inmediatamente se formaron larguísimas colas en los centros de reclutamiento. Pero también se formaron otras colas menos ordenadas, fruto del pánico generalizado, para comprar comida enlatada y productos alimenticios frescos, y para retirar dinero de los bancos.

Se produjo también una extraña sensación de alivio, porque aquel ataque a traición había liberado a la Unión Soviética de su alianza antinatural con la Alemania nazi. El joven físico Andrei Sakharov se encontró más tarde a una tía suya en un refugio antiaéreo durante un ataque de la Luftwaffe. La buena señora le dijo: «¡Por primera vez desde hace varios años vuelvo a sentirme rusa!».[17] También en Berlín se sintieron emociones de alivio semejantes, que se expresaban cuando la gente decía que por fin estaban luchando contra «el verdadero enemigo».

Las alas de cazas de la aviación del Ejército Rojo, compuestas de pilotos inexpertos y aparatos obsoletos, tenían muy poco que hacer frente a la Luftwaffe. Los ases de la aviación alemana no tardaron en obtener resultados

escandalosos, hasta tal punto que llamaban «infanticidio» a la escabechina que hacían de sus enemigos, por lo fácil que les resultaba acabar con ellos. Sus adversarios soviéticos se sentían psicológicamente derrotados antes incluso de enfrentarse al enemigo. Pero aunque muchos pilotos intentaban no entrar en combate, pronto empezaron a desarrollar un profundo deseo de venganza. Algunos de los más valientes se limitaban a embestir a los aviones alemanes en cuanto veían la ocasión, pues sabían que no tenían muchas posibilidades de pegarse a su cola y emprender su persecución hasta abatirlos.

El novelista y corresponsal de guerra Vasily Grossman describe cómo esperó el regreso de los aviones de un ala de cazas en un aeródromo situado cerca de Gomel, en Bielorrusia. «Por fin, tras un afortunado ataque contra una columna alemana, regresaron y aterrizaron los cazas. El aparato de su comandante llevaba carne humana pegada al radiador. Ello se debía a que el avión de apoyo había chocado con un camión cargado de munición que saltó por los aires en el momento mismo en que volaba sobre él el aparato del oficial al mando. Poppe, que así se llamaba este, intenta retirar el amasijo con ayuda de una lima. Llaman a un médico que tras examinar atentamente la masa sanguinolenta pronuncia su veredicto: "¡Carne aria!" Todo el mundo se echa a reír. ¡Sí, estamos en una época despiadada, una auténtica edad de hierro!»[18]

«El ruso es un adversario muy duro», escribía un soldado alemán. «No tomamos casi ningún prisionero, sino que los fusilamos a todos».[19] A lo largo de la marcha, había quienes disparaban por diversión contra la multitud de prisioneros del Ejército Rojo que eran enviados a campamentos improvisados, donde los dejaban morir de hambre a la intemperie. Algunos oficiales alemanes se mostraron horrorizados, pero a la mayoría les preocupaba más la falta de disciplina.

En el bando soviético, el NKVD de Beria mató a los internos de las cárceles que habían instalado cerca del frente para que no pudieran salvarse gracias al avance de los alemanes. En total fueron asesinados casi diez mil polacos. Solo en la ciudad de Lwów, el NKVD mató a cerca de cuatro mil personas. El hedor de los cadáveres en descomposición en medio del calor de finales de junio invadía toda la ciudad. Las matanzas del NKVD indujeron a los nacionalistas ucranianos a iniciar una guerra de guerrillas contra los ocupantes soviéticos. Enloquecidos por el miedo y el odio, los agentes del NKVD asesinaron a otros diez mil prisioneros en las zonas de Besarabia y de las Repúblicas Bálticas, conquistadas el año anterior. Otros presos fueron obligados a trasladarse al este a pie, y los guardias del NKVD descerrajaban un tiro a todo aquel que caía desfallecido.[20]

El 23 de junio, Stalin creó un cuartel general del mando supremo, asignándole el nombre zarista de Stavka. Pocos días después, se presentó en la comisaría de defensa acompañado de Beria y Molotov. Allí encontraron a Timoshenko y a Zhukov, que intentaban en vano poner un poco de orden a lo largo de aquel frente inmenso. Minsk acababa de caer. Stalin examinó los mapas de situación y leyó unos cuantos informes. Quedó perplejo al ver que la situación era todavía más desastrosa de lo que se había temido. Cubrió de improperios a Timoshenko y a Zhukov, que no se quedaron atrás al responderle. «Lenin fundó nuestro estado», se oyó decir al *Vozhd,* «y nosotros nos lo hemos cargado».[21]

El líder soviético desapareció en su dacha de Kuntsevo, dejando a los demás miembros del Politburó desconcertados. Algunos murmuraban que Molotov iba a asumir el mando, pero todos estaban demasiado asustados para hacer nada contra el dictador. El 30 de junio, decidieron que había que crear un Comité Estatal de Defensa con poderes absolutos. Se trasladaron a Kuntsevo para entrevistarse con Stalin. Cuando llegaron, lo encontraron ojeroso y cansado, convencido a todas luces de que estaban allí para detenerlo. Preguntó a qué habían venido. Cuando le explicaron que debía encargarse de

presidir aquel gabinete de guerra de emergencia, reveló su sorpresa, pero accedió a asumir el mando. Ha llegado a decirse que la marcha de Stalin del Kremlin fue una estratagema en la más pura tradición de Iván el Terrible para animar a cualquiera de los oponentes que pudiera tener en el Politburó a dar la cara, y poder así aplastarlos luego sin piedad, pero todo son puras especulaciones.

Stalin regresó al Kremlin al día siguiente, el 1 de julio. Dos días más tarde, hizo su propia alocución radiofónica al pueblo soviético. Sus instintos le ayudaron. Sorprendió a sus oyentes dirigiéndose a ellos como «Camaradas, ciudadanos, hermanos y hermanas». Ningún dueño del Kremlin se había dirigido nunca a su pueblo en unos términos tan familiares. Los invitaba a defender a la Madre Patria utilizando una política de guerra total basada en una estrategia de tierra quemada, y para ello evocaba la Guerra Patriótica de Rusia contra Napoleón. Stalin sabía que los pueblos soviéticos estarían más dispuestos a dar su vida por su país que por la ideología comunista. Consciente de que el patriotismo viene determinado por la guerra, Stalin se dio cuenta de que la invasión lo reavivaría. Tampoco ocultó en ningún momento la gravedad de la situación, aunque no hizo nada por reconocer el papel que él mismo había desempeñado en la catástrofe. Ordenó también que se llevara a cabo una leva popular (*narodnoye opolcheniye),* Se esperaba que aquellos batallones de

milicianos mal armados, verdadera carne de cañón, ralentizaran el avance de las divisiones blindadas alemanas, prácticamente solo con sus cuerpos.

Los terribles sufrimientos de los civiles que se vieran atrapados en los combates no entraban en los cálculos de Stalin. Los refugiados, conduciendo los rebaños de reses de las granjas colectivas, intentaban en vano escapar antes de que llegaran las divisiones blindadas. El 26 de junio, el escritor Aleksandr Tvardovsky contempló un espectáculo extraordinario por la ventanilla del vagón cuando el tren en el que viajaba se detuvo en medio del campo en Ucrania. «Todo el terreno estaba cubierto de personas tumbadas, sentadas, formando un verdadero enjambre», escribió en su diario. «Llevaban hatillos, mochilas, maletas, cochecitos de niños y carretillas. Nunca había visto que la gente pudiera llevar consigo una cantidad tan enorme de enseres al abandonar sus casas precipitadamente. Probablemente hubiera decenas de miles de personas en medio del campo... El gentío se puso en pie, empezó a moverse, avanzando hacia la vía, hacia el tren, y la emprendió a golpes con las paredes de los vagones. Parecía capaz de hacer descarrilar el convoy. El tren empezó a moverse...»[22]

Cientos, si no miles de personas murieron en los bombardeos de las ciudades de Bielorrusia. Los supervivientes no salieron mucho mejor librados en su intento de escapar hacia el este. «Cuando Minsk empezó a

arder», comentaba un periodista, «los ciegos de un asilo de inválidos se pusieron a andar por la carretera en una fila larguísima, atados unos a otros con toallas». Ya había una grandísima cantidad de huérfanos de guerra, niños cuyos padres habían sido asesinados o que se habían perdido en medio de la confusión. Sospechando que los alemanes pudieran utilizar a alguno de ellos como espía, el NKVD los trató sin compasión.[23]

Tras el asombroso éxito conseguido en Francia, las formaciones blindadas avanzaron a toda velocidad aprovechando las condiciones ideales del verano, dejando que las divisiones de infantería las alcanzaran como pudieran. A veces, cuando la avanzadilla de los tanques se quedaba sin municiones, era preciso desviar algunos Heinkel 111 para que les lanzaran pertrechos en paracaídas. Aprovechando el buen tiempo, podían verse las líneas de avance por el rastro de poblaciones quemadas, las nubes de polvo levantadas por los vehículos con tracción de oruga, y el ruido constante de la infantería al marchar y de su artillería, arrastrada por caballos. Los artilleros montados en los armones iban cubiertos de una pálida capa de polvo que hacía que parecieran figuras de terracota, y sus lentos animales de tiro resollaban con regularidad resignada. Más

de seiscientos mil caballos, reunidos a lo largo de toda Europa, como sucediera con la *Grande Armée* de Napoleón, formaron la base del transporte para el grueso de la Wehrmacht durante la campaña. Los suministros de raciones de comida, la munición e incluso las ambulancias de campaña dependían de la tracción animal. De no ser por las ingentes cantidades de medios de transporte motorizados que el ejército francés dejó sin destruir antes de firmar el armisticio —circunstancia que provocó una cólera tremenda a Stalin—, la mecanización del ejército alemán se habría limitado casi por completo a los cuatro *Panzergruppen*.

Las dos grandes formaciones panzer del Grupo de Ejércitos Centro habían salido airosas de su primera gran maniobra de envolvimiento, atrapando a cuatro ejércitos soviéticos, con cuatrocientos diecisiete mil hombres, en la bolsa de Bialystok, al oeste de Minsk. El *Panzerzgruppe* 3 de Hoth, en el flanco norte de la pinza, y el *Panzergruppe* 2 de Guderian, al sur, se encontraron el 28 de junio. Los bombarderos y los Stukas de la Segunda Luftflotte machacaron entonces a las fuerzas del Ejército Rojo que habían quedado atrapadas. Aquel avance significaba que el Grupo de Ejércitos Centro había penetrado en el «puente de tierra» situado entre el río Duina, que fluye en dirección al Báltico, y el Dniéper, que corre hacia el mar Negro.

El general Dmitri Pavlov, que había estado al mando

de la brigada de tanques soviéticos que había participado en la Guerra Civil Española y que ahora era el comandante en jefe del desdichado Frente Occidental, fue sustituido por el mariscal Timoshenko. (En el Ejército Rojo un frente era una formación militar semejante a un grupo de ejércitos.) Pavlov no tardó en ser detenido junto con otros oficiales de alta graduación a su mando, sometido a juicio sumarísimo y ejecutado por el NKVD. Varios altos oficiales desesperados se suicidaron; uno de ellos se voló la tapa de los sesos en presencia de Nikita Khrushchev, el comisario responsable de Ucrania.

En el norte, el grupo de ejércitos de Leeb fue bastante bien acogido en las Repúblicas Bálticas tras las oleadas de represión llevadas a cabo por los soviéticos y las deportaciones de la semana anterior. Algunos grupos nacionalistas atacaron a los soviéticos en retirada y tomaron varias ciudades. El 5.° Regimiento de Fusileros del NKVD fue enviado a Riga a restaurar el orden, lo que significó represalias inmediatas contra la población letona. «Ante los cadáveres de nuestros camaradas caídos, el personal del regimiento juró aplastar sin piedad a los reptiles fascistas, y ese mismo día la burguesía de Riga sintió nuestra venganza en su propia piel». Pero también ellos se vieron obligados enseguida a replegarse por la costa del Báltico.[24]

Al norte de Kaunas, en Lituania, una formación

mecanizada soviética sorprendió a los alemanes en su avance con un contraataque, en el que usaron tanques pesados KV. Los proyectiles de los panzer rebotaban ante ellos y solo pudieron ser doblegados cuando se recurrió a los cañones de 88 mm. El Frente Noroeste de los soviéticos se retiró al interior de Estonia, acosado por fuerzas nacionalistas improvisadas, con las que no contaban ni el Ejército Rojo ni los alemanes. Casi antes de que estos últimos iniciaran la invasión del país, empezaron a llevarse a cabo sangrientos pogromos contra los judíos, que fueron acusados de ponerse del lado de los bolcheviques.

El Grupo de Ejércitos Sur de Rundstedt fue menos afortunado. El coronel general Mikhail Kirponos, al mando del Frente Sudoeste, había sido avisado por la guardia de fronteras del NKVD. Además disponía de fuerzas más numerosas, pues allí era donde Timoshenko y Zhukov esperaban que se produjera la principal ofensiva. Kirponos recibió órdenes de lanzar un contraataque masivo con cinco formaciones mecanizadas. La más potente de ellas, provista de tanques KV y de los nuevos T-34, estaba al mando del general de división Andrei Vlasov. Sin embargo, Kirponos no fue capaz de desplegar sus fuerzas con eficacia, pues las líneas telefónicas habían sido cortadas y sus formaciones estaban muy dispersas a lo largo de un territorio demasiado extenso.

El 26 de junio, el *Panzergruppe* 1 del general de

caballería von Kleist empezó a avanzar hacia Rovno, aunque su objetivo final era Kiev. Kirponos ordenó actuar a cinco de sus formaciones mecanizadas con resultados muy desiguales. Los alemanes quedaron perplejos al ver que los T-34 y los tanques pesados KV eran superiores a cualquiera de los suyos, pero incluso el comisario del pueblo de defensa se había percatado de que la artillería de los tanques soviéticos era «inadecuada antes de que diera comienzo la guerra», y el 22 de junio, de los catorce mil tanques rusos «solo tres mil ochocientos estaban en condiciones de combatir».[25] El adiestramiento, la táctica, las comunicaciones por radio y la rapidez de reacción del ejército alemán y del personal de sus unidades blindadas resultaron muy superiores. Además, contaban con un fuerte apoyo de las escuadrillas de Stukas. El principal peligro era su exceso de confianza. El general de división Konstantin Rokossovski, antiguo oficial de caballería de origen polaco, que luego se convertiría en uno de los comandantes más importantes de la guerra, logró atraer a la 13 Panzer División a una emboscada de artillería cuando sus propios tanques, por lo demás obsoletos, ya habían sido destrozados el día anterior.

En vista del pánico continuado y las deserciones en masa de sus soldados, Kirponos introdujo «destacamentos de bloqueo» para obligar a sus hombres a volver al combate. Los descabellados rumores que corrían

provocaron el caos, como había sucedido en Francia. Pero los contraataques soviéticos, aunque costosos y pocas veces coronados por el éxito, lograron al menos retrasar el avance de los alemanes. Por orden de Stalin, Nikita Khrushchev ya había iniciado un esfuerzo ingente para evacuar la maquinaria de las fábricas y talleres de Ucrania. Este proceso, que fue llevado a cabo de manera implacable, consiguió trasladar el grueso de la industria de esta república hacia la retaguardia, a los Urales e incluso más allá. Operaciones similares se llevaron a cabo a menor escala en Bielorrusia y en otros lugares. En total, dos mil quinientas noventa y tres unidades industriales fueron cambiadas de lugar a lo largo del año. Ello permitiría finalmente a la Unión Soviética volver a empezar la producción de armamento fuera del alcance de los bombarderos alemanes.

El Politburó había decidido también trasladar el cadáver momificado de Lenin y las reservas de oro y los tesoros zaristas con el mayor secreto de Moscú a Tiumen, en la Siberia occidental. Un tren especial, con los productos químicos y los científicos necesarios para asegurar la conservación del cadáver, partió de la capital a comienzos de julio, vigilado por tropas del NKVD.[26]

El 3 de julio, el general Halder anotó en su diario que probablemente no fuera exagerado decir que la victoria en la campaña rusa había sido obtenida en el plazo de dos semanas. Reconocía, sin embargo, que la vastedad del país y la resistencia continuada de la población mantendrían a las fuerzas invasoras ocupadas «durante muchas más semanas».[27] En Alemania, un estudio de la SS sobre la actitud de la población comunicaba que la gente apostaba por cuánto tiempo iba a tardar en acabar la guerra. Algunos estaban convencidos de que sus ejércitos estaban ya a unos cien kilómetros de Moscú, pero Goebbels intentó acabar con las especulaciones. No quería que la victoria se viera empañada por la impresión de que había tardado en llegar más de lo esperado.

La imponente inmensidad del territorio que había invadido la Wehrmacht, con sus horizontes infinitos, empezó a tener efecto sobre los *Landser,* nombre que recibían los soldados rasos de la infantería alemana. Los que procedían de las regiones alpinas eran los que más se deprimían ante la monotonía de lo que parecía un océano interminable de tierra. Las formaciones del frente no tardarían en comprobar que, a diferencia de Francia, había bolsas de soldados soviéticos que seguían luchando después incluso de haber sido rebasadas. De repente abrían fuego desde escondites ocultos en los inmensos campos de grano y atacaban a los refuerzos y los cuarteles generales

que se dirigían al frente. Todos los que eran capturados vivos eran fusilados de inmediato como si fueran partisanos.

Muchos ciudadanos soviéticos sufrieron también las consecuencias de ese exceso de optimismo. Algunos se decían que el proletariado alemán iba a levantarse contra sus dominadores nazis, ahora que atacaban «la Madre Patria de los oprimidos». Y los que desplegaban sus mapas para señalar los éxitos del Ejército Rojo enseguida tuvieron que guardarlos cuando se puso de manifiesto cuánto había avanzado la Wehrmacht dentro del territorio soviético.

El triunfalismo de los ejércitos alemanes, sin embargo, empezó pronto a disminuir. Las grandes batallas de envolvimiento, especialmente la de Smolensk, se volvieron cada vez más duras. Las formaciones blindadas llevaban a cabo sus maniobras de barrido casi sin dificultad, pero disponían de un número insuficiente de *Panzergrenadiere* para mantener cerrado el enorme círculo frente a los ataques lanzados desde el interior y el exterior de la bolsa. Muchos soldados soviéticos se escapaban de la trampa antes de que les diera alcance la infantería alemana, cuyos soldados se hallaban agotados, con los pies doloridos después de tener que hacer marchas forzadas de hasta cincuenta kilómetros al día con todo el equipo encima. Y los soldados del Ejército Rojo que quedaban atrapados no se rendían. Seguían luchando con un

valor desesperado, aunque a menudo fueran obligados a hacerlo a punta de pistola por los comisarios políticos y los oficiales. Incluso cuando se quedaban sin municiones, aparecían verdaderos torrentes de hombres que avanzaban dando alaridos, en un intento de romper el cordón de seguridad. Algunos cargaban cogidos del brazo, mientras las ametralladoras alemanas los abatían, con las armas recalentadas debido al uso constante. Los gritos de los heridos seguían resonando durante horas, crispando los nervios de los soldados alemanes agotados.

El 9 de julio, cayó Vitebsk. Lo mismo que Minsk, Smolensk, y luego Gomel y Chernigov, era un infierno de casas de madera en llamas como consecuencia de los ataques de la Luftwaffe con bombas incendiarias. Los incendios eran tan graves que muchos soldados alemanes, montados en vehículos, se veían obligados a dar media vuelta. Fueron precisas treinta y dos divisiones alemanas para reducir el *Kessel* o caldero de Smolensk *(Kessel* era la forma que tenían los alemanes de denominar la maniobra de envolvimiento). El *Kesselschlacht* o batalla-caldero (batalla basada en la táctica de envolvimiento) de Smolensk no concluyó hasta el 11 de agosto. Las fuerzas soviéticas sufrieron trescientas mil «pérdidas irreparables», de hombres que perdieron la vida o fueron *hechos prisioneros, junto con tres mil doscientos tanques y* tres mil cien cañones. Pero los contraataques soviéticos desde

el este ayudaron a escapar a más de cien mil hombres, y el retraso que causaron al avance de los alemanes resultó trascendental.

El novelista y corresponsal de guerra Vasily Grossman visitó un hospital de campaña. «Había cerca de novecientos heridos en un pequeño claro en medio de un bosquecillo de álamos. Por doquier trapos manchados de sangre, trozos de carne, gritos, gemidos sofocados, centenares de miradas sombrías y doloridas. La joven "doctora" pelirroja había perdido la voz. Se había pasado toda la noche operando. Tenía la cara pálida, como si estuviera a punto de desmayarse de un momento a otro». Le dijo con una sonrisa que había operado a su amigo, el poeta Iosef Utkin. «"Mientras le hacía una incisión, iba recitándome poesías". Su voz era casi imperceptible, y para hacerse entender se acompañaba de gestos. No cesaban de llegar heridos. Todos estaban empapados en sangre y en agua de lluvia».[28]

A pesar de sus formidables avances y de la erección de postes para señalar la dirección de Moscú, el ejército alemán del *Ostfront* había empezado a temer que al final la victoria no se consiguiera ese mismo año. Los tres grupos de ejércitos habían sufrido doscientas trece mil bajas.

Aquella cifra quizá representara solo una décima parte de las pérdidas sufridas por los soviéticos, pero si continuaba mucho tiempo la batalla de desgaste, a la Wehrmacht iba a costarle mucho trabajo defender sus líneas de aprovisionamiento exageradamente largas y derrotar al resto de fuerzas soviéticas. La perspectiva de tener que seguir combatiendo durante un invierno ruso resultaba profundamente inquietante. Los alemanes no habían conseguido acabar con el Ejército Rojo en la zona occidental de la Unión Soviética, y ahora se abría ante ellos la inmensidad del continente euroasiático. Un frente de mil quinientos kilómetros de extensión aumentaba de repente hasta los dos mil quinientos.

No tardó en comprobarse que el departamento de inteligencia del ejército se había quedado lamentablemente corto en sus cálculos de las fuerzas de las que disponía la Unión Soviética. «Al estallar la guerra», escribía el general Halder el 11 de agosto, «contamos con unas doscientas divisiones enemigas. Ahora ya hemos computado trescientas sesenta». El hecho de que una división soviética fuera manifiestamente inferior por su potencia de combate a una alemana no bastaba para tranquilizar a nadie. «Si aplastamos a diez de ellas, los rusos sencillamente sacan otras diez».[29]

Para los rusos, la idea de que los alemanes se hallaran en el camino hacia Moscú que había seguido Napoleón

resultaba traumática. Sin embargo, la orden de Stalin de organizar contraataques masivos hacia el oeste en dirección a Smolensk surtió efecto, aunque su coste en hombres y en equipamientos fuera terrible. Contribuyó a la decisión de Hitler de mandar al Grupo de Ejércitos Centro que siguiera manteniéndose a la defensiva, mientras el Grupo de Ejércitos Norte avanzaba hacia Leningrado y el Grupo de Ejércitos Sur marchaba hacia Kiev. El *Panzergruppe* 3 fue desviado hacia Leningrado. Según el *Generalleutnant* Alfred Jodl del estado mayor del OKW, Hitler deseaba evitar los errores de Napoleón.

El *Generalfeldmarschall* von Bock quedó estupefacto ante este cambio de prioridades, lo mismo que otros altos mandos que habían dado por supuesto que Moscú, centro de comunicaciones de la Unión Soviética, iba a seguir siendo el principal objetivo. Pero varios generales creían que, antes de avanzar sobre Moscú, debían ser eliminadas las ingentes fuerzas soviéticas que defendían Kiev, para que no atacaran su flanco sur.

El 29 de julio, Zhukov advirtió a Stalin que Kiev estaba a punto de ser rodeada y le instó a que se abandonara la capital de Ucrania. El *Vozhd,* que era como le llamaban, replicó que no decía más que tonterías. Zhukov exigió ser relevado de su cargo de jefe del estado mayor. Stalin lo puso al mando del Frente de la Reserva, pero lo mantuvo como miembro de la Stavka.

Al *Panzergruppe* 2 de Guderian se le asignó la tarea de dar un giro inesperado hacia la derecha desde el saliente de Roslavl y continuar cuatrocientos kilómetros hacia el sur en dirección a Lokhvitsa. Allí, a doscientos kilómetros al este de Kiev, debía encontrarse con el *Panzergruppe* 1 de Kleist, que había empezado a rodear la capital ucraniana desde abajo. El avance de Guderian provocó el caos en el bando soviético. Gomel, la última gran ciudad de Bielorrusia, tuvo que ser abandonada precipitadamente. Pero al Frente Sudoeste de Kirponos, reforzado por orden de Stalin, no se le permitió todavía abandonar Kiev.

Vasily Grossman, que escapó al interior de Ucrania, a duras penas logró evitar ser capturado por las divisiones blindadas de Guderian en su marcha hacia el sur. En medio de la confusión provocada por la invasión, algunos rusos pensaron al principio que Guderian debía de estar de su lado, pues su nombre sonaba a armenio. A diferencia de la mayoría de corresponsales de guerra soviéticos, Grossman se sintió profundamente conmovido por los sufrimientos de la población civil. «Tanto si van camino de alguna parte, como si están quietos, de pie delante de sus cercados, se ponen a llorar en cuanto empiezan a hablar, y uno siente también un deseo involuntario de echarse a llorar. ¡Cuánto dolor!»[30] Se burlaba de los clisés propagandísticos de los otros periodistas, que lo más cerca que llegaban a estar del frente era en el cuartel general de un ejército, y se

limitaban a utilizar fórmulas engañosas como por ejemplo: «El odiado enemigo continúa con su cobarde avance».

El 10 de agosto el Grupo de Ejércitos Sur de Rundstedt ya había capturado ciento siete mil prisioneros cerca de Uman, en Ucrania. Stalin dictó una orden condenando a muerte a los generales del Ejército Rojo que se habían rendido. Subestimando la amenaza del ataque de Guderian por el sur, Stalin siguió negándose a permitir a Kirponos retirarse de la línea del Dniéper. La enorme presa y la planta hidroeléctrica de Zaporozhye, el gran símbolo del progreso soviético, fueron voladas en aras de la estrategia de tierra quemada.

La evacuación de civiles, ganado y equipamiento continuó con mayor urgencia incluso, según describía Grossman. «Por la noche, el cielo se ponía rojo debido a las decenas de incendios lejanos, y durante el día podía verse una cortina gris de humo que se extendía a lo largo del horizonte. Mujeres con niños en brazos, ancianos, rebaños de ovejas, vacas y caballos de las granjas colectivas hundiéndose en el polvo avanzaban hacia el este por caminos rurales, en carretas y a pie. Los tractoristas avanzaban en sus vehículos haciendo un ruido ensordecedor. Trenes llenos de equipamientos industriales, motores y calderas se dirigían hacia el este de día y de noche».[31]

El 16 de septiembre, los *Panzergruppen* de Guderian

y de Kleist se encontraron en Lokhvitsa y cerraron el cerco, atrapando en la pinza a más de setecientos mil hombres. Kirponos, junto con numerosos oficiales de su estado mayor y unos dos mil hombres, fue barrido en las inmediaciones por la 3.ª División Panzer. El VI Ejército del *Generalfeldmarschall* von Reichenau entró en Kiev, convertida en un montón de ruinas debido a los fortísimos bombardeos sufridos. La población civil que había quedado en la ciudad estaba condenada a morir de hambre. Los judíos tuvieron que hacer frente a una muerte más rápida a manos de pelotones de fusilamiento. Más al sur, el XI Ejército y el IV Ejército rumano se trasladaron a Odessa. Los siguientes objetivos del Grupo de Ejércitos Sur serían Crimea, con la gran base naval de Sebastopol, y Rostov del Don, la puerta del Cáucaso.

El *Kesselschlacht* de Kiev fue la batalla de envolvimiento más grande de la historia militar. La moral de los alemanes volvió a levantarse. La conquista de Moscú volvía a parecer posible. Para mayor alivio de Halder, Hitler había vuelto a su primera idea. El 6 de septiembre, dictó la Directiva N.°35, autorizando el avance sobre Moscú. Y el 16 de septiembre, el día que se encontraron los dos grupos panzer en Lokhvitsa, el *Generalfeldmarschall* von Bock dictó las órdenes preliminares de la Operación Tifón.

El grupo de ejércitos de Leeb, tras su rápido avance por las Repúblicas Bálticas, había encontrado cada vez más resistencia a medida que se acercaba a Leningrado. A mediados de julio, un contraataque del teniente general Nikolai Vatutin pilló a los alemanes por sorpresa en las cercanías del lago limen. Incluso pese a la ayuda del *Panzergruppe* 3 de Hoth, el avance de Leeb se había ralentizado debido al escabroso terreno de bosques de abedules, lagos y pantanos infestados de mosquitos que tenía que atravesar. Medio millón de hombres y mujeres de la ciudad amenazada fueron movilizados para levantar mil kilómetros de parapetos y abrir seiscientos cuarenta y cinco kilómetros de zanjas antitanques. El 8 de agosto, Hitler ordenó a Leeb que rodeara Leningrado, mientras los finlandeses reconquistaban el territorio perdido a uno y otro lado del lago Ladoga. La Leva del Pueblo, *narodnoye opolcheniye*, poco entrenada y mal armada, fue lanzada a realizar ataques inútiles y sangrientos, condenada a hacer literalmente de «carne de cañón». En total se habían presentado voluntarios —o habían sido obligados a hacerlo — más de ciento treinta y cinco mil ciudadanos de Leningrado, desde obreros de las fábricas a profesores de la universidad. No habían recibido adiestramiento, no tenían asistencia médica, ni uniformes, ni medios de

transporte y de abastecimiento. Aunque más de la mitad carecía de fusiles, se les ordenaba lanzar contraataques contra las divisiones blindadas. Los hombres salían huyendo en su mayoría aterrorizados al ver los tanques, contra los cuales estaban completamente indefensos. Aquella pérdida masiva de vidas humanas —quizá unas setenta mil— fue trágicamente inútil, y no era ni mucho menos seguro que su sacrificio sirviera ni siquiera para retrasar a los alemanes y obligarlos a detenerse en la línea del río Luga. El 34.° Ejército soviético fue hecho trizas. Sus hombres huyeron a la desbandada; cuatro mil de ellos fueron detenidos y acusados de deserción, y se sospechaba que casi la mitad de los heridos se habían infligido ellos mismos las heridas. Solo en un hospital cuatrocientos sesenta de los mil pacientes que había en él tenían heridas de bala en la mano izquierda o el brazo izquierdo.[32] Tallinn, la capital de Estonia, había quedado incomunicada debido al avance de los alemanes, pero Stalin se negó a permitir la evacuación por mar a Kronstadt, en el golfo de Finlandia, de sus defensores soviéticos. Cuando quiso cambiar de opinión, ya era demasiado tarde para llevar a cabo una retirada ordenada. El 28 de agosto, los navíos de la Flota del Báltico Bandera Roja que había en Tallinn embarcaron a veintitrés mil ciudadanos soviéticos mientras las tropas alemanas entraban en la ciudad. La flota improvisada, que carecía de cobertura aérea, se hizo a la mar. Las minas

alemanas, las torpederas a motor finlandesas y la Luftwaffe hundieron en total sesenta y cinco barcos, causando la muerte de catorce mil personas. Aquel fue el mayor desastre naval ruso de la historia, peor incluso que la derrota sufrida en Tsushima en 1905.[33]

Al sur de Leningrado, los alemanes lograron cruzar la línea férrea que iba a Moscú. El 1 de septiembre, su artillería pesada tuvo la ciudad a tiro y empezó a bombardearla. Camiones del ejército soviético llenos de heridos y una última oleada de refugiados lograron entrar en Leningrado: podían verse campesinos tirando de sus carretas cargadas hasta los topes, otros llevando simples hatillos y hasta un niño arrastrando contra su voluntad a una cabra atada a una cuerda, mientras las aldeas que habían dejado atrás eran pasto de las llamas.[34]

Stalin se ponía furioso con Andrei Zhdanov, el jefe del partido comunista de Leningrado, y con Voroshilov, el máximo responsable de la defensa de la ciudad, cada vez que oía que las distintas poblaciones de la zona iban cayendo una tras otra en manos de los alemanes, empeñados en rodear por el sur la vieja capital. El dictador insinuó que todo tenía que deberse a la acción de traidores. «¿No te parece que alguien está abriendo deliberadamente el camino a los alemanes?», comentó a Molotov, que había ido a hacer una visita de reconocimiento a la ciudad. «La inutilidad de los mandos de Leningrado es absolutamente

incomprensible». Pero en vez de llevar a Voroshilov o a Zhdanov «ante un tribunal», se desató en la ciudad una pequeña oleada de terror, como consecuencia de la redada de sospechosos habituales llevada a cabo por el NKVD, a menudo solo porque tenían apellidos que al oído parecían extranjeros.[35]

El 7 de septiembre la 20.ª División de Infantería Motorizada alemana avanzó hacia el norte desde Mga para tomar las colinas de Sinyavino. Al día siguiente, gracias a los refuerzos de una parte de la 12.ª División Panzer, llegó a la ciudad de Shlisselburg, con su fortaleza zarista en el extremo sudoeste del lago Ladoga, justo en la desembocadura del Neva. Leningrado había quedado completamente incomunicada por tierra. La única ruta abierta que quedaba era a través del enorme lago. Voroshilov y Zhdanov tardaron un día entero en reunir el valor necesario para decir a Stalin que los alemanes habían tomado Shlisselburg. Había dado comienzo el asedio de Leningrado, el más largo y más despiadado de la historia moderna.

Sin contar el medio millón de tropas que defendían la ciudad, la población civil de Leningrado ascendía a más de dos millones y medio de personas, cuatrocientas mil de ellas niños. El cuartel general del Führer decidió que no quería ocupar la ciudad. En vez de eso, los alemanes debían bombardearla y aislarla para que la población muriera de

hambre y enfermedades. Una vez aplastada, Leningrado sería demolida y toda la región debía ser entregada a Finlandia.

Stalin ya había decidido que necesitaba un cambio de mandos en Leningrado. Encargó a Zhukov ponerse al frente de la plaza, confiando en su carácter implacable. Zhukov salió de Moscú en cuanto recibió la orden. A su llegada, se dirigió inmediatamente al comité militar en el Instituto Smolny, donde afirmó que había encontrado a una pandilla de derrotistas y borrachos. No tardó en ir todavía más lejos que Stalin en su decisión de amenazar a las familias de los soldados que se rindieran. Dictó la siguiente orden a los mandos del frente de Leningrado: «Dejad bien claro a las tropas que todos los familiares de los que se rindan al enemigo serán fusilados, y que a ellos también se les pegará un tiro en cuanto vuelvan de su cautiverio».[36]

Evidentemente Zhukov no se daba cuenta de que su orden, si se cumplía al pie de la letra, habría supuesto la ejecución del propio Stalin. El hijo del dictador soviético, el teniente Yakov Djugashvili, había sido hecho prisionero en el curso de una maniobra de envolvimiento. Stalin declaró en privado que más le habría valido no haber nacido. Los servicios de la propaganda nazi no tardaron en hacer uso de su prisionero-trofeo. «Apareció un avión alemán», escribió en su diario un soldado llamado Vasily Churkin. «Era un día soleado y vimos caer del aparato un

montón enorme de octavillas. En ellas había la fotografía del hijo de Stalin sostenido a un lado y a otro por unos oficiales alemanes muy sonrientes. Pero todo aquello había sido urdido por Goebbels y no sirvió de nada».[37] La crueldad de Stalin con su hijo no cesó hasta 1945, cuando se supo que Yakov se había lanzado contra la alambrada del campo de prisioneros en el que había sido recluido, obligando a los guardias a acribillarlo a balazos.

Stalin no tuvo misericordia de la población civil. Al enterarse de que los alemanes habían obligado a los «ancianos, las mujeres y los niños» a actuar como escudos humanos o como emisarios para intimar la rendición, mandó una orden diciendo que debían ser abatidos a tiros. «Mi respuesta es: *Nada de sentimentalismos,* Por el contrario, aplastad al enemigo y a sus cómplices, enfermos o sanos, por completo. La guerra es inexorable, y los que muestran debilidad y permiten algún tipo de vacilación son los primeros en sufrir la derrota».[38] Un *Gefreiter* de la 269.ª División de Infantería escribía el 21 de septiembre: «Huyen del asedio multitudes de civiles, y tiene uno que cerrar los ojos para no ver su miseria. Incluso en el frente, donde en este momento se producen tiroteos muy recios, hay muchas mujeres y niños. En cuanto se oye el silbido de una bomba que cae fatalmente cerca, salen corriendo en busca de algún sitio en el que cubrirse. Resulta cómico y nos reímos al verlo; pero la verdad es que es muy triste».[39]

Cuando los últimos rezagados, heridos y derrotados, llegaban a la ciudad, las autoridades intentaban actuar con mano dura; de ello se encargaban las tropas del NKVD, siempre dispuestas a fusilar en el acto a cualquier desertor o «derrotista». La paranoia estalinista se intensificó, recibiendo el NKVD la orden de detener a veinticinco tipos distintos de enemigos potenciales. La manía del espionaje se apoderó de la ciudad, espoleada por rumores fantásticos, consecuencia en gran medida de la poca información que daban las autoridades soviéticas. Pero mientras que una minoría de los habitantes de Leningrado esperaba en secreto que el régimen estalinista cayera, no hay prueba alguna de que actuara ninguna red organizada de agentes de la inteligencia alemana o finlandesa.

Zhukov dio órdenes a la Flota Báltica de Kronstadt para que desplegara sus cañones, ya fuera como baterías flotantes o desmontándolos y trasladándolos a las colinas de Pulkovo, a las afueras de Leningrado, para responder a los ataques de la artillería enemiga y disparar contra sus posiciones. De dirigir el fuego se encargaría el general de artillería Nikolai Voronov desde la cúpula de la catedral de San Isaac. La gran cúpula dorada, visible desde Finlandia, no tardó en ser camuflada con pintura gris.

El 8 de septiembre, el día en que los alemanes tomaron Shlisselburg, los bombarderos de la Luftwaffe atacaron los depósitos de provisiones situados al sur de la

ciudad. «Se elevan espesas columnas de humo», escribió Churkin en su diario, aterrado por las consecuencias que pudiera tener aquello. «Los depósitos de provisiones Badaevskiye están ardiendo. El fuego devora los suministros de comida de toda la población de Leningrado para los próximos seis meses».[40] La decisión de no dispersar los depósitos de productos alimenticios había sido un error gravísimo. Iba a ser preciso reducir drásticamente las raciones. Además, no se había hecho casi nada por acumular leña para el invierno. Pero el mayor error fue no evacuar a más civiles. Aparte de los refugiados, habían sido enviados al este menos de medio millón de habitantes de Leningrado antes de que la línea de Moscú quedara cortada por el avance de los alemanes. Quedaban en la ciudad más de dos millones y medio de civiles.

Durante la segunda mitad de septiembre, los alemanes lanzaron violentos ataques contra la vieja capital del imperio acompañados de pesados bombardeos aéreos. Los pilotos soviéticos, con sus aparatos obsoletos, se vieron obligados de nuevo a embestir a los bombarderos alemanes. Pero los defensores, gracias en buena parte al apoyo de la artillería, lograron imponerse a los ataques

terrestres. La infantería de marina de la Flota del Báltico Bandera Roja desempeñó un papel trascendental. Sus integrantes llevaban la gorra de marinero de color azul oscuro ladeada, mostrando un mechón de pelo por delante como orgullosa marca de identificación.

El 24 de septiembre, el *Generalfeldmarschall* von Leeb reconoció que carecía de la fuerza necesaria para doblegar la ciudad. Ello coincidió con nuevas presiones por parte de los altos mandos alemanes para que se reanudara el avance sobre Moscú. El *Panzergruppe* de Hoth recibió la orden de reintegrarse al Grupo de Ejércitos Centro. Con ambos frentes a la defensiva y el invierno a punto de echarse encima, con sus fortísimas heladas nocturnas, la lucha se convirtió en una guerra de trincheras. A finales de mes, el frente en el que tan reñidos combates se habían visto quedó reducido a esporádicos duelos de artillería.

Las bajas soviéticas en el norte habían sido espantosas, con doscientas catorce mil setenta y ocho pérdidas irreparables. Eso representaba un tercio y medio del total de las tropas desplegadas. Pero serían pocas comparadas con la enormidad de muertes por hambre que habrían de producirse. Aunque Leningrado se rindiera, Hitler no tenía intención de ocupar la ciudad y menos aún de dar de comer a sus habitantes. Deseaba que una y otros desaparecieran por completo de la faz de la tierra.

13
«RASSENKRIEG» (junio-septiembre de 1941)

Los soldados alemanes, que habían quedado horrorizados al ver la miseria de las aldeas polacas en 1939, expresaron una sensación de repugnancia todavía mayor ante el territorio soviético. Desde las matanzas de prisioneros a manos del NKVD hasta las primitivas condiciones de vida de las granjas colectivas, el «paraíso soviético», como solía llamarlo Goebbels con sarcástica mordacidad, venía a corroborar todos los prejuicios que pudieran tener. El ministro de propaganda nazi, con su ingenio diabólico, se había dado cuenta de que el desprecio y el odio solos no bastaban. La combinación de odio y miedo constituía la forma más eficaz de inspirar la mentalidad de exterminio. Todos sus epítetos —«asiáticos», «traicioneros», «bolcheviques judíos», «bestiales», «infrahumanos»— se mezclaban para conseguir ese objetivo. La mayor parte de los soldados estaban convencidos del argumento de Hitler que aseguraba que los judíos eran los que habían empezado la guerra.

La fascinación ancestral y fóbica que muchos

alemanes, si no la mayoría de ellos, sentían hacia los eslavos del este se había visto reforzada naturalmente por los informes acerca de las increíbles crueldades perpetradas durante la revolución y la guerra civil en Rusia. La propaganda nazi intentó explotar la noción de choque cultural entre el orden alemán por un lado y el caos de los bolcheviques, su sordidez y su ateísmo por otro. Pero, a pesar de las similitudes superficiales existentes entre el régimen nazi y el soviético, la línea divisoria que separaba a los dos países ideológica y culturalmente era muy profunda, desde los niveles más significativos hasta los más triviales.

En el calor del verano, los motociclistas alemanes recorrían a menudo las carreteras del país vestidos apenas con pantalones cortos y gafas de sol. En Bielorrusia y en Ucrania, las mujeres de más edad quedaban sorprendidas al ver sus torsos desnudos. Y más sorprendidas todavía se quedaban cuando veían que en las isbas los soldados alemanes andaban desnudos a todas horas y acosaban a las mujeres jóvenes. Aunque parece que se dieron relativamente pocos casos de violación por parte de los soldados alemanes alojados en las aldeas próximas a la línea del frente, se produjeron muchos más en las zonas de retaguardia, cuyas víctimas fueron especialmente jóvenes judías.

El peor de los crímenes perpetrados, sin embargo, se

llevó a cabo con el beneplácito oficial de las autoridades. Se organizaron redadas de mujeres jóvenes ucranianas, bielorrusas y rusas para que trabajaran a la fuerza en burdeles del ejército. Su condición servil las obligaba a soportar la violación continuada de los soldados de permiso. Si ofrecían resistencia, eran brutalmente castigadas o incluso fusiladas. Aunque las relaciones sexuales con los *Untermenschen* (seres infrahumanos) constituían un delito según las leyes nazis, las autoridades militares consideraban este sistema una solución pragmática en aras de la disciplina y de la salud física de sus soldados. Cuando menos, las mujeres podían ser examinadas regularmente por los médicos de la Wehrmacht para impedir la proliferación de enfermedades infecciosas.

No obstante, los soldados alemanes podían sentir también piedad de las mujeres soviéticas que quedaban en la retaguardia y tenían que salir adelante sin hombres, sin animales ni máquinas. «Puede verse incluso cómo dos mujeres tiran de un arado improvisado, mientras una tercera lo conduce. Hay verdaderas multitudes de mujeres en las carreteras bajo la vigilancia de un hombre de la Organisation Todt dedicadas a su reparación. Esa es su obligación, y si no, el látigo se encarga de hacerlas obedecer. Pero casi no hay ni una sola familia en la que el marido siga vivo. La respuesta a la pregunta en el noventa

por ciento de los casos es siempre la misma: "¡Marido en guerra muerto!" Es terrible. Las pérdidas en vidas humanas sufridas por los rusos son realmente enormes».1

Muchos ciudadanos soviéticos, especialmente ucranianos, no habían podido figurarse los horrores de la ocupación alemana. En Ucrania, una numerosa proporción de la población rural recibió al principio a las tropas alemanas ofreciéndoles, como era tradicional, el pan y la sal. Tras la colectivización forzosa de las granjas por orden de Stalin y la terrible hambruna de 1932-1933 que, según se calcula, causó la muerte de unos tres millones trescientas mil personas, el odio hacia los comunistas estaba muy extendido. Los ucranianos de más edad, que eran más religiosos, se habían sentido atraídos por las cruces negras que lucían los vehículos blindados de los alemanes, en la convicción de que representaban una cruzada contra el bolchevismo.[2]

Los oficiales de la Abwehr pensaban que, debido a la enorme extensión de las zonas que había que conquistar, la mejor estrategia de la Wehrmacht habría sido reclutar un ejército ucraniano de un millón de hombres. La propuesta fue rechazada por Hitler, que no quería que se entregaran armas a los *Untermenschen* eslavos, pero sus deseos no tardaron en ser ignorados tanto por el ejército como por la SS, y ambos empezaron rápidamente a reclutar hombres. La Organización de Nacionalistas Ucranianos, por otra parte,

cuyos miembros habían ayudado a los alemanes antes de la invasión, fue suprimida. Berlín deseaba aplastar sus esperanzas de crear una Ucrania independiente.

A pesar de todas las afirmaciones de la propaganda soviética ensalzando sus éxitos industriales, los ucranianos y muchos otros soviéticos quedaron boquiabiertos ante la calidad y variedad de los equipamientos alemanes. Vasily Grossman describe cómo los aldeanos se amontonaron alrededor de un motociclista austríaco que había sido capturado. «Todos admiran su abrigo de cuero largo, suave, de color acero. Todos lo tocan, y mueven la cabeza en señal de apreciación. Con ello quieren decir: "¿Quién diablos puede combatir con una gente que lleva abrigos semejantes? Sus aviones deben de ser tan buenos como sus abrigos de cuero"».[3]

En las cartas enviadas a sus casas, los soldados alemanes se quejaban de que había poco que saquear en la Unión Soviética, excepto comida. Haciendo caso omiso de los regalos recibidos a su llegada, se dedicaban a requisar gansos, pollos y cabezas de ganado. Destruían las colmenas para sacar la miel y no tenían en cuenta las quejas de sus víctimas, que aseguraban que iban a quedarse sin nada para pasar el invierno. Los *Landser* pensaban con melancolía en la campaña de Francia con sus ricos botines. Además, a diferencia de los franceses, los soldados del Ejército Rojo seguían luchando y se negaban a reconocer que habían sido

derrotados.

Cualquier soldado alemán que mostrara compasión por los sufrimientos de los prisioneros soviéticos era objeto de burla por parte de sus compañeros. La inmensa mayoría de ellos consideraba a los cientos de miles de prisioneros poco más que alimañas. Las lamentables condiciones de suciedad en las que se hallaban, como consecuencia del trato recibido, no hacían más que reforzar los prejuicios inspirados por la propaganda de los últimos ocho años. De ese modo, las víctimas eran deshumanizadas como si aquello fuera el cumplimiento de una profecía. Un soldado encargado de la vigilancia de una columna de prisioneros soviéticos escribía a su casa que estos comían «hierba como si fueran ganado».[4] Y cuando pasaban por delante de un campo de patatas, «se tiran al suelo, cavan con las uñas y se las comen crudas».[5] A pesar de que el elemento fundamental de la Operación Barbarroja según los encargados de su planificación habían sido las batallas de envolvimiento, las autoridades militares alemanas habían hecho deliberadamente muy poco para prepararse para la captura masiva de prisioneros. Cuantos más murieran por abandono, menos bocas habría que alimentar.

Un prisionero de guerra francés describía la llegada de un grupo de soldados soviéticos a un campo de la Wehrmacht en territorio del Gobierno General en los siguientes términos: «Los rusos llegaban en filas, de cinco

en cinco, cogidos del brazo, pues ninguno podía caminar por sí solo; "esqueletos ambulantes" es la única descripción que les habría cuadrado. El color de su rostro no era ni siquiera amarillo, sino verdoso. Casi todos llevaban los ojos semicerrados, como si no tuvieran fuerza para fijar la vista en nada. Caían por filas, cinco hombres a la vez. Los alemanes se precipitaban sobre ellos y los golpeaban con las culatas de sus fusiles y con látigos».[6]

Posteriormente los oficiales alemanes intentaron atribuir el trato dispensado a los tres millones de prisioneros de guerra capturados en el mes de octubre a la falta de tropas para vigilarlos y a la escasez de medios de transporte para asegurar su alimentación. Sin embargo, miles de prisioneros del Ejército Rojo murieron durante las marchas forzadas simplemente porque la Wehrmacht no quiso que ni sus vehículos ni sus trenes se «infectaran» con la presencia de aquella masa de hombres «malolientes». No habían sido preparados campos de prisioneros de ningún tipo, de modo que decenas de millares de ellos fueron amontonados como ganado a la intemperie en recintos vallados con alambre de espino. Apenas se les daba de comer y de beber. Todo ello formaba parte del Plan Hambre diseñado por los nazis para exterminar a treinta millones de ciudadanos soviéticos y acabar así con el problema de «superpoblación» de los territorios ocupados. Los heridos eran dejados al cuidado de los doctores del

Ejército Rojo, a quienes por lo demás se privaba de todo tipo de suministros médicos. Cuando los guardias alemanes arrojaban por encima de las alambradas cantidades totalmente insuficientes de pan, se divertían mirando cómo los hombres se peleaban por él. Solo en 1941 murieron de hambre, de enfermedad o de exposición a la intemperie más de dos millones de prisioneros soviéticos.

Las tropas soviéticas les pagaron con la misma moneda, fusilando o matando a golpes de bayoneta a los prisioneros alemanes, encolerizadas como consecuencia de la impresión producida por la invasión y la crueldad de los alemanes en la guerra. En cualquier caso, la imposibilidad de alimentar y de vigilar a los cautivos en medio del caos de la retirada hizo que probablemente salvaran la vida muy pocos. Los altos mandos estaban exasperados por la pérdida de «lenguas» a las que interrogar con el fin de sacarles información.

La combinación de miedo y odio desempeñó también un papel importante en la crueldad de la guerra contra los partisanos. La doctrina militar tradicional de los alemanes había fomentado desde antiguo la noción de escándalo ante cualquier forma de guerra de guerrillas, mucho antes de que el OKW diera instrucciones de fusilar a los comisarios

políticos y a los partisanos. Incluso antes de que Stalin llamara a la insurrección detrás de las líneas alemanas en su discurso del 3 de julio de 1941, la resistencia soviética había dado ya comienzo espontáneamente entre algunos grupos de soldados del Ejército Rojo rebasados por los ocupantes. En los bosques y en los pantanos empezaron a formarse partidas, engrosadas por muchos civiles que huían de la persecución y la destrucción de sus aldeas.

Utilizando las técnicas de campaña y el camuflaje, connaturales a gentes que habían pasado toda su vida en los campos y los bosques, los partisanos soviéticos no tardaron en convertirse en una amenaza mucho mayor de lo que hubieran podido imaginarse los responsables de la planificación de la Operación Barbarroja. A comienzos de septiembre de 1941, solo en Ucrania sesenta y tres destacamentos de partisanos integrados por un total de casi cinco mil hombres y mujeres actuaban detrás de las líneas alemanas.[7] El NKVD planeaba también introducir otros ochenta grupos, mientras que otros cuatrocientos treinta y cuatro destacamentos se entrenaban para actuar como unidades de apoyo en la retaguardia. En total había ya sobre el terreno o estaban preparándose más de veinte mil partisanos. Entre ellos había algunos especialmente bien adiestrados que podían hacerse pasar por oficiales alemanes. Vías férreas, materiales rodantes y locomotoras, trenes militares, camiones de suministros, correos

motorizados, puentes, combustible, depósitos de municiones y de productos alimenticios, líneas telefónicas y telegráficas, aeródromos: todos ellos eran objetivos de los partisanos. Utilizando radios lanzadas en paracaídas, los destacamentos partisanos capitaneados por oficiales pertenecientes principalmente a la guardia fronteriza del NKVD transmitían informaciones a Moscú y recibían órdenes de la capital.

Como no es de extrañar, la campaña partisana hizo que la idea de colonización del «Jardín del Edén» que se le había ocurrido a Hitler resultara mucho menos atractiva para los potenciales colonos alemanes y *Volksdeutsch* a los que se habían prometido tierras en él. Todo el plan del *Lebensraum* en el este requería como primera providencia zonas «limpias» y un campesinado absolutamente sumiso. Como era de esperar, las represalias nazis se hicieron cada vez más feroces. Las aldeas próximas a los ataques perpetrados por los partisanos eran incendiadas y arrasadas. Los rehenes eran ejecutados. Entre los castigos más notables destacaba el ahorcamiento público de mujeres y niñas acusadas de ayudar a los partisanos. Pero cuanto más cruel era la reacción, mayor era la determinación a ofrecer resistencia. En muchos casos, los líderes partisanos soviéticos provocaron deliberadamente las represalias de los alemanes para intensificar el odio contra el invasor. Realmente era una «edad de hierro».[8] En un bando y otro la

vida del individuo parecía haber perdido cualquier valor, y especialmente a ojos de los alemanes cuando ese individuo era judío.

Esencialmente el Holocausto tuvo dos partes —lo que Vasily Grossman llamaría más tarde «la Shoah por medio de las balas y la Shoah por medio del gas»—y el proceso que en último término desembocó en el asesinato industrializado de los campos de exterminio fue como mínimo desigual.[9] Hasta septiembre de 1939, los nazis habían abrigado la esperanza de obligar a los judíos alemanes, austríacos y checos a emigrar por medio de los malos tratos, la humillación y la expropiación de sus bienes. Una vez iniciada la guerra, este sistema resultaría cada vez más difícil. Y la conquista de Polonia puso bajo su jurisdicción a otro millón setecientos mil judíos.

En mayo de 1940, durante la invasión de Francia, Himmler escribió un informe para Hitler titulado «Algunas reflexiones sobre el trato de las poblaciones de raza extranjera del este». Proponía filtrar a los habitantes de Polonia de modo que los que fueran «racialmente valiosos» pudieran ser germanizados, mientras que el resto de la población debía ser convertida en mano de obra servil. En cuanto a los judíos, decía: «Espero ver borrado por

completo el concepto mismo de judíos mediante la posibilidad de una gran emigración a África o a alguna otra colonia». En aquella época, Himmler consideraba el genocidio —«el método bolchevique de exterminación física»—algo «no alemán e imposible».[10]

La idea de Himmler de enviar a los judíos europeos fuera de Europa se focalizó en la isla francesa de Madagascar. (Adolf Eichmann, que todavía era un funcionario de rango inferior, pensó en Palestina, que era un mandato británico.) Reinhard Heydrich, el lugarteniente de Himmler, sostenía también que el problema de los tres millones setecientos cincuenta mil judíos que había por entonces en el territorio alemán ocupado no podía resolverse mediante la emigración, de modo que se necesitaba una «solución territorial».[11] El problema radicaba en que, aunque la Francia de Vichy diera su consentimiento, el «Madagaskar Projekt» no podía funcionar debido a la superioridad naval de Gran Bretaña. No obstante, la idea de la deportación de los judíos a una reserva, donde quiera que estuviera situada, siguió siendo la opción preferida.[12]

En marzo de 1941, cuando los ghettos de Polonia estaban a rebosar, se pensó en la esterilización. Entonces, al tiempo que se planeaba la Operación Barbarroja, los jerarcas nazis tuvieron la idea de desplazar a los judíos de Europa, junto con los treinta y un millones de eslavos, a

alguna zona en el interior de la Unión Soviética, una vez conseguida la victoria. Eso sería cuando los ejércitos nazis alcanzaran la línea Arcángel-Astracán, y la Luftwaffe pudiera dedicarse al bombardeo de largo alcance de las fábricas soviéticas de armamento y los centros de comunicaciones que pudieran quedar en los Urales y aún más allá. Para Hans Frank, el regente del Gobierno General, la invasión auguraba la posibilidad de deportar a todos los judíos que habían sido largados a su territorio.

Otros, entre ellos Heydrich, se concentraron en problemas más inmediatos, particularmente en la «pacificación» de los territorios conquistados. La idea de «pacificación» que tenía Hitler estaba muy clara. «La mejor forma en que puede tener lugar», decía Alfred Rosenberg, ministro de los territorios del este, «es pegando un tiro a todo aquel que nos mire mal». No había que procesar a los soldados por delitos cometidos contra la población civil, a menos que así lo exigieran taxativamente las necesidades de disciplina.[13]

Los altos mandos del ejército, por entonces subyugados por Hitler a raíz del triunfo sobre Francia del que habían dudado abiertamente, no pusieron ninguna objeción. Algunos abrazaron con entusiasmo la idea de guerra de aniquilación, *Vernichtungskrieg,* Se había disipado cualquier sentimiento de escándalo que pudiera quedar ante las sangrientas acciones perpetradas por la SS

en Polonia. El *Generalfeldmarschall* von Brauchitsch, que era el comandante en jefe, colaboró estrechamente con Heydrich actuando de enlace entre el ejército y la SS durante la Operación Barbarroja. El ejército alemán abastecería a los *Einsatzgruppen* y cooperaría con ellos a través del oficial de inteligencia de mayor rango de cada cuartel general del ejército. De ese modo a nivel del alto mando del ejército y de los estados mayores de mayor rango nadie podría alegar que no sabía nada de sus actividades.

La «Shoah por medio de las balas» suele recordarse por las actividades de los tres mil hombres de los *Einsatzgruppen* de la SS. En consecuencia, las matanzas perpetradas por los once mil hombres integrados en los veintiún batallones de la *Ordnungspolizei,* que actuaron como segunda oleada en la retaguardia de los ejércitos en avance, a menudo han sido pasadas por alto. Himmler reunió asimismo una brigada de caballería de la SS y otras dos brigadas Waffen-SS para que estuvieran en condiciones de prestar ayuda. El comandante del 1.° Regimiento de Caballería de la SS era Hermann Fegelein, que en 1944 se casó con la hermana de Eva Braun y se convirtió así en miembro del séquito del Führer. Himmler ordenó a su caballería ejecutar a todos los varones judíos y conducir a las mujeres a las ciénagas de los pantanos del Pripet. A mediados de agosto de 1941, la brigada de caballería se

jactaba de haber matado a doscientos rusos en combate y de haber fusilado a trece mil setecientos ochenta y ocho civiles, en su mayoría judíos calificados de «saqueadores».

Cada uno de los tres grupos de ejércitos que participaron en la invasión iba seguido de cerca por un *Einsatzgruppe,* Más tarde se añadiría un cuarto grupo de ejércitos por el sur, en la costa del mar Negro, por detrás de los ejércitos rumanos y del XI Ejército. El personal de los *Einsatzgruppen* era reclutado entre todas las secciones del imperio de Himmler, incluidos la Waffen-SS, el *Sicherheitsdienst* (SD), la *Sicherheitspolizei* (Sipo), la *Kriminalpolizei* (Kripo), y la *Ordnungspolizei*. Cada *Einsatzgruppe,* formado por unos ochocientos hombres, constaba de dos *Sonderkommandos* que operaban en estrecha colaboración por detrás de las tropas y de dos *Einsatzkommandos,* un poco más atrás.[14]

Heydrich ordenó a los comandantes de los *Einsatzgruppen,* pertenecientes a la élite intelectual de la SS —la mayoría de ellos tenían el título de doctor— que animaran a los grupos antisemitas locales a matar a los judíos y los comunistas. Estas actividades eran denominadas «labores de autolimpieza».[15] Pero no debían dar muestras de aprobación oficial por parte de las autoridades alemanas, ni permitir que esos grupos creyeran que sus actividades podían garantizarles alguna modalidad de independencia. Los propios *Einsatzgruppen* tenían que

ejecutar a los jerarcas del partido comunista, a los comisarios políticos, a los partisanos y saboteadores y a «los judíos que ocupen cargos en la administración del partido y del estado».[16] Presumiblemente Heydrich propuso también que podían y debían ir más allá de estas categorías, siempre que les pareciera oportuno a la hora de cumplir con su deber con una «dureza sin precedentes», por ejemplo fusilando a todos los varones judíos en edad militar. Pero parece que en esta época no se dio ninguna indicación oficial que animara a asesinar a mujeres y niños judíos.

El exterminio de varones judíos dio comienzo en cuanto los ejércitos alemanes cruzaron la frontera soviética el 22 de junio. Muchas de las primeras matanzas fueron llevadas a cabo por antisemitas lituanos y ucranianos, como había previsto Heydrich. En Ucrania occidental, fueron ejecutados veinticuatro mil judíos. En Kaunas fueron asesinados tres mil ochocientos. Los soldados alemanes sometían a veces a los judíos a estrecha vigilancia, y luego hacían redadas y torturaban a los detenidos; a los rabinos les arrancaban la barba o se la quemaban. Luego los mataban a golpes en medio de las aclamaciones de la multitud. Los alemanes hicieron correr la idea de que aquellos asesinatos eran actos de venganza por las matanzas perpetradas por el NKVD antes de retirarse. Los *Einsatzgruppen* y las unidades de la policía

empezaron también a hacer redadas de centenares e incluso millares de judíos para después asesinarlos.

Las víctimas eran obligadas a cavar sus propias tumbas, y si alguien no cavaba con la suficiente rapidez le pegaban un tiro en el acto. Después tenían que quitarse la ropa, en parte para que sus verdugos pudieran luego repartírsela, pero en parte también para que comprobaran si habían escondido en ella objetos de valor o dinero. Obligadas a ponerse de rodillas al borde de la fosa, les pegaban un tiro en la nuca, para que el cuerpo cayera hacia delante directamente en la zanja. Otras unidades de la SS y de la policía consideraban más limpio obligar al primer grupo de víctimas a tumbarse en fila en el fondo de la gran fosa y a continuación las ametrallaban allí mismo. Al siguiente grupo lo obligaban entonces a tumbarse sobre los cadáveres de los que ya habían sido ejecutados, las cabezas de unos sobre los pies de los otros, y a continuación los ametrallaban. Este sistema se llamaba el método «lata de sardinas». En algunos casos, los judíos eran congregados en una sinagoga, a la que luego se prendía fuego. Y al que intentaba escapar lo acribillaban a balazos.[17]

Las continuas visitas de Himmler con el fin de dar ánimos a sus hombres, sin mayor especificación, contribuyeron a intensificar el proceso. El grupo de «los judíos que ocupen cargos en la administración del partido y del estado», que había constituido el primer objetivo,

inmediatamente se amplió a todos los varones judíos en edad militar, y luego a todos los varones judíos, independientemente de su edad. A finales de junio y comienzos de julio, fueron principalmente los grupos antisemitas locales los que se dedicaron a matar a mujeres y niños judíos. Pero a finales de julio los *Einsatzgruppen,* las brigadas Waffen-SS y las unidades de la policía también se dedicaron a asesinar regularmente a mujeres y niños judíos. Contaron con la ayuda, a pesar de las órdenes expresas de Hitler en contra de armar a los eslavos, de unos veintiséis batallones de policía reclutados entre la población local, la mayoría atraídos por la posibilidad de robar a sus víctimas.

Algunos soldados rasos alemanes e incluso personal de la Luftwaffe participaron también en los asesinatos, como descubrirían más tarde los miembros del 7.° Departamento del NKVD en el curso de los interrogatorios de los prisioneros alemanes. «Un piloto de la tercera escuadrilla aérea confesó haber tomado parte en la ejecución de un grupo de judíos en una aldea cerca de Berdichev al comienzo de la guerra. Un *Gefreiter* del 765.° Batallón de Ingenieros llamado Traxler fue testigo de ejecuciones de judíos a manos de soldados de la SS cerca de Rovno y Dubno. Cuando uno de esos soldados comentó que había sido un espectáculo espantoso, un suboficial de la misma unidad, de nombre Graff, dijo: "Los judíos son

cerdos y acabar con ellos es demostrar que eres una persona civilizada"».[18]

Un día un cabo alemán de una unidad de transporte iba por casualidad con el suboficial de intendencia de su compañía y vio a un grupo de «hombres, mujeres y niños con las manos atadas con alambre que eran conducidos por la carretera por unos individuos de la SS». Se acercaron a ver lo que pasaba. A las afueras de la aldea, vieron una zanja de unos ciento cincuenta metros de largo por otros tres de profundidad. Habían sido reunidos varios centenares de judíos. Las víctimas fueron obligadas a tumbarse en la zanja por filas para que un hombre de la SS situado a cada extremo pudiera recorrer la fosa acribillándolas a balazos con una metralleta capturada a los soviéticos. «Luego obligaron a otro grupo a meterse en la zanja y a tumbarse encima de los cadáveres. En ese momento una niña —debía de tener unos doce años— se puso a gritar con voz chillona y clara: "¡Dejadme vivir, no soy más que una niña!" Agarraron a la pequeña y la arrojaron a la fosa. A continuación dispararon».[19]

Algunos lograron librarse de aquellas matanzas. Como es natural, quedaron completamente traumatizados por la experiencia. En el extremo nordeste de Ucrania, Vasily Grossman conoció a unos de esos afortunados. «Una chica, una belleza judía que había logrado escapar de los alemanes. Tiene en los ojos un brillo tremendo, como de

loca», escribió en su cuaderno de notas.[20]

Parece que los oficiales jóvenes de la Wehrmacht consintieron el asesinato de niños judíos en mayor medida que la generación de más edad, sobre todo porque creían que, si no lo hacían, los que quedaran con vida volverían un día para vengarse. En septiembre de 1944, fue grabada en secreto una conversación entre el general de las *Panzertruppen* Heinrich Eberbach y su hijo, que servía en la Kriegsmarine, mientras estaban presos en Gran Bretaña. «En mi opinión», decía el general Eberbach, «puede incluso uno llegar a decir que el asesinato de esos millones o los que sean de judíos fue necesario en interés de nuestro pueblo. Pero matar a mujeres y niños no era necesario. Eso es ir demasiado lejos». Su hijo contestó: «Bueno, si vas a matar a los judíos, mata también a las mujeres y los niños; o por lo menos a los niños. No hay necesidad de hacerlo públicamente, pero ¿qué gano yo matando a los mayores?».[21]

En general, las formaciones de primera línea no participaron en las masacres, pero hubo excepciones notables, especialmente la SS-Division *Wiking,* en Ucrania, y algunas divisiones de infantería que tomaron parte en matanzas como las de Brest-Litovsk. Aunque no cabe duda de la estrecha colaboración entre la SS y los cuarteles generales de los grupos de ejércitos, también es cierto que los oficiales de mayor rango del ejército intentaron

distanciarse de lo que estaba pasando. Se dictaron órdenes contra los miembros de la Wehrmacht que participaran en asesinatos masivos o que fueran testigos de ellos, si bien eran cada vez más los soldados fuera de servicio que acudían a mirar lo que pasaba y a tomar fotografías de las atrocidades. Algunos incluso se prestaban voluntarios a sustituir a los verdugos cuando estos querían descansar un poco.

Como en Lituania, Letonia y Bielorrusia, también en Ucrania se generalizaron los asesinatos en masa, a menudo con la ayuda de hombres del país reclutados como auxiliares. El antisemitismo había aumentado mucho durante la gran hambruna de Ucrania porque algunos agentes soviéticos empezaron a propalar rumores de que los judíos eran los principales causantes de la falta de comida, para quitar la responsabilidad a las políticas de colectivización y de exterminio de los kulaks impuestas por Stalin. Se utilizaron también voluntarios ucranianos para vigilar a los prisioneros del Ejército Rojo. «Son hombres bien dispuestos y se comportan con mucha camaradería», escribía un *Gefreiter,* «Suponen un alivio considerable para nosotros».[22]

Tras las masacres perpetradas en Lwow y otras ciudades, los ucranianos prestaron ayuda denunciando y acorralando a las víctimas del *Einsatzgruppe* C en Berdichev, donde había una de las concentraciones más

altas de judíos. Cuando las tropas alemanas entraron en la ciudad, «los soldados gritaban desde sus camiones: "*Jude kaputt!*", y agitaban los brazos», descubriría Vasily Grossman más adelante. Fueron asesinados en sucesivas tandas más de veinte mil judíos junto a la pista de aterrizaje. Entre ellos estaba la madre de Grossman, que pasó el resto de su vida atormentado por los sentimientos de culpabilidad por no habérsela llevado consigo a Moscú en el momento en que dio comienzo la invasión alemana.[23]

Una judía llamada Ida Belozovskaya describió la escena que se produjo cuando los alemanes entraron en su ciudad, situada cerca de Kiev, el 19 de septiembre. «La gente, con las caras alegres, aduladoras, serviles, se habían situado a ambos lados de la carretera y saludaban a sus "liberadores". Ese día supe ya que nuestra vida estaba a punto de acabarse, que nuestra ordalía estaba a punto de comenzar. Habíamos caído todos en la ratonera. ¿Adónde podía ir una? No había escapatoria». La gente denunciaba a los judíos ante las autoridades alemanas no solo por antisemitismo, sino también por miedo, como atestigua Belozovskaya.[24] Si alguien daba refugio a un judío y los alemanes lo descubrían, mataban a toda su familia, de modo que aunque uno simpatizara con los judíos y estuviera dispuesto a darles de comer, no se atrevía a acogerlos en su casa.

Si bien el ejército húngaro asociado al Grupo de

Ejércitos Sur de Rundstedt no participó en las matanzas masivas, los rumanos que atacaron Odessa, ciudad en la que había una numerosa población judía, cometieron unas atrocidades espantosas. Ya en el verano de 1941 se dice que las tropas rumanas habían matado a unos diez mil judíos cuando recuperaron las zonas de Besarabia y Bukovina ocupadas por los soviéticos. Hasta los oficiales alemanes consideraban que la conducta de sus aliados era caótica e innecesariamente sádica. En Odessa los rumanos mataron a treinta y cinco mil personas.

El VI Ejército alemán, al mando del *Generalfeldmarschall* von Reichenau, el nazi más convencido de todos los altos mandos del ejército, incluía entre sus fuerzas a la 1. SS Brigade. Una división de seguridad del ejército, la Feldgendarmerie, y otras unidades militares intervinieron también en los asesinatos masivos sobre la marcha. El 27 de septiembre, poco después de la toma de Kiev, Reichenau asistió a una reunión con el comandante de la plaza y algunos oficiales de la SS pertenecientes al *Sonderkommando* 42. Se acordó que el comandante de la plaza pusiera carteles ordenando a los judíos presentarse para su «evacuación»; tenían que llevar consigo sus documentos de identidad, dinero, objetos de valor y ropas de abrigo.

Las intenciones criminales de los nazis se vieron favorecidas inesperadamente por un curioso efecto

colateral del Pacto Molotov-Ribbentrop. La censura estalinista había ocultado cualquier indicio del virulento antisemitismo de Hitler. En consecuencia, cuando los judíos de Kiev recibieron la orden de presentarse para su «reasentamiento», acudieron a la convocatoria ni más ni menos que treinta y tres mil setecientos setenta y uno. El VI Ejército, que prestaba ayuda con medios de transporte, esperaba que comparecieran no más de siete mil. El SS *Sonderkommando* tardó tres días en matarlos a todos en el barranco de Babi-Yar, a las afueras de la ciudad.[25]

Ida Belozovskaya, que estaba casada con un gentil, relató la concentración de los judíos de Kiev, entre los cuales estaban algunos miembros de su familia. «El 28 de septiembre, mi marido y su hermana rusa fueron a ver a mis infortunados parientes que se disponían a emprender su último viaje. Les pareció, y todos quisimos creerlo así, que los bárbaros alemanes se limitarían a enviarlos lejos a cualquier sitio, y durante varios días la gente siguió acudiendo en grandes grupos en busca de su "salvación". No había tiempo para atender a todo el mundo, y a la gente le decían que volviera al día siguiente (los alemanes no se mataban a trabajar). Y la gente seguía presentándose al día siguiente, hasta que les llegaba el turno de irse de este mundo».

Su marido ruso siguió uno de los convoyes hasta Babi-Yar para enterarse de lo que estaba pasando. «Esto es lo

que vio a través de una pequeña rendija que había en la tapia, considerablemente alta. La gente era separada, a los hombres les decían que fueran por un lado, y a las mujeres y los niños por otro. Iban todos desnudos (tenían que dejar sus cosas en otro sitio), y entonces eran abatidos a tiros de metralleta y de ametralladora. El estruendo del tiroteo sofocaba los gritos y los lamentos».[26]

Se ha calculado que más de un millón y medio de judíos soviéticos escaparon a los escuadrones de la muerte. Pero la concentración de la mayoría de los judíos de la URSS en las regiones occidentales, especialmente en las ciudades y en las poblaciones de mayor tamaño, facilitó mucho la labor de los *Einsatzgruppen,* A los mandos de estas unidades les sorprendió gratamente también el hecho de que sus compañeros del ejército mostraran tanto espíritu de colaboración y a menudo incluso deseos de prestarles ayuda. Se calcula que a finales de 1942, el número total de judíos asesinados por los *Einsatzgruppen* de la SS, la *Ordnungspolizei,* las unidades antipartisanas y el propio ejército alemán era superior a un millón trescientos cincuenta mil.

La «Shoah por medio del gas» tuvo también un desarrollo desigual. Ya en 1935, Hitler había señalado que en cuanto

empezara la guerra iba a introducir un programa de eutanasia. Los delincuentes psicóticos, los afectados de «debilidad mental», los discapacitados y los niños con defectos de nacimiento fueron incluidos todos en la categoría nazi de «vidas indignas de ser vividas». El primer caso de eutanasia fue llevado a cabo el 25 de julio de 1939 por el médico personal de Hitler, el doctor Karl Brandt, a quien el Führer pidió que creara un comité asesor. Menos de dos semanas antes de la invasión de Polonia, el ministro del interior ordenó a los hospitales que notificaran todos los casos de «nacimientos con deformidades». Más o menos por esa misma época el proceso de notificación se extendió a los adultos.[27]

Los primeros asesinatos de pacientes mentales, sin embargo, tuvieron lugar en Polonia tres semanas después de la invasión. Los infelices fueron fusilados en un bosque cercano. Poco después se produjeron matanzas de otros enfermos internados en manicomios. De esta manera fueron asesinadas más de veinte mil personas. Luego fueron fusilados los pacientes alemanes de Pomerania. Dos de los hospitales que fueron vaciados de esta forma tan expeditiva se convirtieron en cuarteles de la Waffen-SS. A finales de noviembre, estaban ya en funcionamiento cámaras de gas que utilizaban monóxido de carbono, y Himmler asistió a una de esas matanzas en el mes de diciembre. A comienzos de 1940, se habían hecho

experimentos utilizando camiones cerrados herméticamente como cámaras de gas móviles. Este sistema se consideró un éxito, porque reducía las complicaciones del transporte de los pacientes. Al encargado de su organización se le prometieron diez *Reichsmark* por cabeza.

Dirigido desde Berlín, el sistema se amplió a todo el Reich con el nombre de T4. A los padres de niños disminuidos psíquicos, algunos de los cuales solo tenían dificultades de aprendizaje, se les convencía de que sus hijos iban a estar mejor atendidos en otra institución. Y luego se les decía que los niños habían muerto de neumonía. Unos setenta mil niños y adultos alemanes habían sido asesinados en cámaras de gas en agosto de 1941. Esta cifra incluía ya a los judíos alemanes que llevaran hospitalizados un tiempo significativo.

La enorme cantidad de víctimas y la poca fiabilidad de los certificados de defunción impidieron que el programa de eutanasia pudiera mantenerse en secreto. Hitler ordenó que se detuviera ese mismo mes de agosto tras las denuncias presentadas por algunos eclesiásticos, encabezados por un obispo, el conde Clemens August von Galen. Pero continuó practicándose una versión encubierta del mismo, que al final de la guerra supuso el asesinato de otras veinte mil personas. El personal que había intervenido en el programa de eutanasia fue reclutado para los campos

de exterminio de Polonia oriental en 1942. Como han subrayado varios historiadores, el programa de eutanasia supuso no solo un ensayo de lo que luego sería la Solución Final, sino que proporcionó también los fundamentos de su ideal de sociedad racial y genéticamente pura.

Como Hitler no quiso plasmar nunca sobre papel sus decisiones más controvertidas, los historiadores han interpretado el lenguaje evasivo y a menudo eufemístico de los documentos subsidiarios de formas muy distintas al intentar evaluar el momento exacto en que se tomó la decisión de emprender la Solución Final. Se ha convertido en una tarea imposible, especialmente porque el tránsito hacia el genocidio consistió en simples palabras de ánimo desde lo alto, de las cuales no hay constancia escrita, y en una serie de pasos y experimentos no coordinados llevados a cabo sobre el terreno por diferentes grupos de asesinos. Da la casualidad curiosamente de que este proceso refleja la *Auftragstaktik* del ejército, según la cual una orden general era traducida en acción por el correspondiente oficial al mando sobre el terreno.

Algunos historiadores sostienen de manera harto plausible que la decisión básica de avanzar directamente hacia el genocidio tuvo lugar en julio o agosto de 1941, cuando parecía que la Wehrmacht todavía tenía a su alcance la consecución de una victoria rápida. Otros piensan que no se tomó hasta el otoño, cuando el avance alemán en la

Unión Soviética se ralentizó de manera perceptible y fue dando cada vez más la impresión de que la «solución territorial» era impracticable. Algunos la sitúan incluso más tarde, y proponen la segunda semana de diciembre, cuando el ejército alemán se detuvo a las afueras de Moscú y Hitler declaró la guerra a los Estados Unidos.

El hecho de que cada *Einsatzgruppe* interpretara su misión de manera ligeramente distinta indica que no había sido dada ninguna orden desde una instancia central. Solo a partir del mes de agosto se convirtió en práctica generalizada el genocidio total, con el asesinato incluso de mujeres y niños judíos. También el 15 de agosto, Himmler fue testigo por primera vez de la ejecución de cien judíos cerca de Minsk, espectáculo organizado a petición suya por el *Einsatzgruppe* B. Himmler no pudo soportar su contemplación. Después, el *Obergruppenführer* Erich von dem Bach-Zelewski subrayaría el detalle de que en aquella ocasión solo habían fusilado a un centenar de personas. «Fíjese en los ojos de los hombres de este comando», le dijo Bach-Zelewski. «¡Qué profundamente conmovidos están! Esos hombres están acabados para el resto de su vida. ¿Qué clase de seguidores estamos criando? ¡Una pandilla de neuróticos o de bestias!» El propio Bach-Zelewski sufriría de pesadillas y de dolores de estómago, lo que motivó su hospitalización por orden de Himmler para que lo tratara el jefe médico de la SS.[28]

A continuación Himmler pronunció un discurso ante sus hombres justificando su acción y señaló que Hitler había dictado una orden para que todos los judíos de los territorios del este fueran exterminados. Comparó su trabajo con el de la liquidación de las chinches y las ratas. Aquella tarde, discutió con Arthur Nebe, el comandante del *Einsatzgruppe,* y con Bach-Zelewski las alternativas a los fusilamientos. Nebe propuso un experimento con explosivos, al que Himmler dio su aprobación. Resultó un fracaso cruel, sucio y embarazoso. El siguiente paso fue el uso de cámaras de gas ambulantes, que utilizaban el monóxido de carbono proveniente del tubo de escape. Himmler deseaba encontrar un sistema que resultara más «humano» para los verdugos. Preocupado por su bienestar espiritual, invitó a los altos mandos a organizar actos sociales por las noches con la celebración de conciertos improvisados. La mayoría de los asesinos, sin embargo, prefería buscar el olvido bebiendo.

La intensificación de la matanza de judíos coincidió también con el trato cada vez más brutal dispensado por la Wehrmacht a los prisioneros de guerra soviéticos, que a menudo eran incluso asesinados directamente. El 3 de septiembre, se utilizó por primera vez en una prueba con prisioneros soviéticos y polacos el insecticida Zyklon B, desarrollado por el grupo de empresas químicas IG Farben. Al mismo tiempo, los judíos procedentes de Alemania y de

Europa occidental deportados a territorios del este eran asesinados cuando llegaban a su destino por agentes de policía, que aseguraban que era la única forma de hacer frente a la multitud de gente que les habían endosado. Los oficiales de mayor graduación de los territorios del este ocupados por los alemanes, el Reichskommissariat Ostland (las Repúblicas Bálticas y parte de Bielorrusia), y el Reichskommissariat Ukraine (Ucrania), no tenían ni idea de cuál era la política a seguir. No se les haría saber hasta la Conferencia de Wannsee en enero del año siguiente.

14

LA «GRAN ALIANZA» (junio-diciembre de 1941)

Churchill fue célebre por su aluvión de ideas de cómo había que continuar con la guerra. Uno de sus colegas comentaría que el problema radicaba en que no sabía cuáles eran las buenas. Pero Churchill no era solo un verdadero zorro, en el sentido que indicaba Isaiah Berlín. También era un erizo, con una gran idea desde un principio. Sola, Gran Bretaña no tenía nada que hacer frente a la Alemania nazi. El primer ministro era perfectamente consciente de que necesitaba conseguir que los Estados Unidos entraran en guerra, como había pronosticado a su hijo Randolph en mayo de 1940.

Aunque siempre se mostró firme en sus propósitos, Churchill no perdió tiempo a la hora de establecer una alianza con el régimen bolchevique que tanto detestaba. «No me desdiré de nada de lo que he dicho sobre él», declaró en un discurso transmitido por radio el 22 de junio de 1941, tras tener noticia de la invasión de la Unión Soviética por tropas alemanas. «Pero cualquier cosa que dijera pierde valor ante el panorama que ahora se nos

presenta». Y más tarde diría a su secretario privado, John Colville, que «si Hitler invadiera el infierno, yo, como poco, haría un comentario favorable acerca del diablo en la Cámara de los Comunes». Con su alocución de aquella tarde, preparada con el embajador estadounidense, John G. Winant, se comprometía a proporcionar a la Unión Soviética «toda la ayuda técnica y económica que nos sea posible».[1] Sus palabras causaron buena impresión en Gran Bretaña, en los Estados Unidos y en Moscú, aunque Stalin y Molotov siguieran convencidos de que los británicos continuaban ocultando la verdadera naturaleza de la misión de Hess.

Dos días más tarde, Churchill ordenó a Stewart Menzies, jefe de los servicios secretos de inteligencia, que enviara los mensajes descifrados por Ultra al Kremlin. Menzies le advirtió que aquello «sería un gravísimo error».[2] El Ejército Rojo no disponía de un buen sistema criptográfico, y los alemanes podrían seguir la pista de los códigos con mucha facilidad. Churchill estuvo de acuerdo, pero más tarde se pasaría información secreta procedente de Ultra, debidamente disimulada. Poco después se negoció un acuerdo de cooperación militar entre los dos países, aunque a aquellas alturas el gobierno británico no confiaba en que el Ejército Rojo lograra sobrevivir al ataque de los nazis.

Churchill se sintió aliviado por el desarrollo de los

acontecimientos en el Atlántico. El 7 de julio, Roosevelt comunicó al Congreso que fuerzas estadounidenses habían desembarcado en Islandia para reemplazar a las tropas británicas y canadienses. El 26 de julio, los Estados Unidos y Gran Bretaña llevaron a cabo una acción conjunta: la congelación de los activos japoneses, en represalia por la ocupación nipona de la Indochina francesa. Los japoneses querían disponer de unas bases aéreas desde las que poder atacar la carretera de Birmania, a través de la cual se hacían llegar pertrechos y provisiones a las fuerzas nacionalistas chinas. Roosevelt decidió apoyar a los nacionalistas de Chiang Kai-shek, y una fuerza de pilotos americanos mercenarios, los llamados «Tigres Voladores», fue reclutada en los Estados Unidos para encomendarle la defensa de la carretera de Birmania desde Mandalay. Sin embargo, las cosas fueron realmente a peor cuando los Estados Unidos y Gran Bretaña impusieron un duro embargo a Japón, prohibiendo la venta de petróleo y otros productos a este país. Los japoneses se encontraban en aquellos momentos a tiro de piedra de Malaca, Tailandia y los yacimientos petrolíferos de las Indias Orientales Neerlandesas, territorios que parecían que iban a convertirse en el siguiente objetivo de sus ataques. Y no era de extrañar que Australia se sintiera también amenazada.

Ningún pretendiente podría haberse preparado mejor

para el cortejo como Churchill en su primera entrevista en tiempos de guerra, a comienzos de agosto, con el presidente norteamericano. Por ambas partes se mantuvo un efectivo secretismo. Churchill y sus acompañantes, muchos de los cuales ignoraban a dónde iban, embarcaron en el acorazado *Prince of Wales,* El primer ministro llevaba consigo unos urogallos cazados antes de que se levantara la veda con los que pretendía agasajar al presidente, así como unos «huevos de oro» en forma de mensajes descifrados por Ultra para impresionarlo. A Harry Hopkins, amigo y consejero de Roosevelt que viajaba con ellos, lo martilleaba a preguntas, pues quería saber todo lo que pudiera contarle acerca del líder americano. Churchill no tenía un buen recuerdo de su primera entrevista con Roosevelt en 1918, cuando no consiguió causar precisamente muy buena impresión al futuro presidente.

Roosevelt, junto con sus jefes de estado mayor, también había tenido que superar algunos problemas para poder celebrar la entrevista. Con el fin de burlar a la prensa, había zarpado en el yate presidencial, el *Potomac,* para luego subir a bordo del crucero pesado *Augusta,* que el 6 de agosto, fuertemente escoltado por varios destructores, puso rumbo a la bahía de Placentia, en la costa de Terranova, lugar elegido para la reunión. Enseguida nació un sentimiento de cordialidad entre los dos líderes, y la

celebración de un servicio religioso en la cubierta de popa del *Prince of Wales,* cuidadosamente escenificada por Churchill, causó un profundo impacto emocional. Sin embargo, Roosevelt, por muy impresionado y encantado que quedara con el primer ministro, seguía distante. Como advertiría uno de sus biógrafos, poseía «un talento especial para tratar a todas sus nuevas amistades como si se conocieran de toda la vida, una capacidad para crear una apariencia de confianza que explotaba inexorablemente».[3] En interés de la concordia, se evitaron cuestiones controvertidas, sobre todo las relacionadas con el imperialismo británico que tanto desaprobaba Roosevelt. La declaración conjunta firmada por los dos líderes el 12 de agosto, la Carta del Atlántico, prometía la autodeterminación a un mundo liberado, con la excepción implícita del mundo sometido al Imperio Británico y, evidentemente, de la Unión Soviética.

Durante varios días las conversaciones abordaron distintos y múltiples temas, desde el peligro de que España se uniera al bando del Eje, hasta la amenaza que suponían las ambiciones de Japón en el Pacífico. Para Churchill, los frutos más importantes de aquella entrevista fueron que los norteamericanos aceptaban proporcionar convoyes de escolta al oeste de Islandia y bombarderos a Gran Bretaña y que garantizaban toda la ayuda posible a la Unión Soviética para que pudiera continuar la guerra. Sin embargo, en los

Estados Unidos Roosevelt debía enfrentarse a una oposición generalizada a cualquier movimiento que implicara entrar en guerra con la Alemania nazi. Mientras regresaba de Terranova, se enteró de que la Cámara de Representantes había aprobado la Ley del Servicio Selectivo, que inauguraba el primer reclutamiento forzoso en tiempos de paz, por solo un voto.

Los aislacionistas americanos se negaban a reconocer que, con la invasión de la Unión Soviética por parte de los nazis, la guerra estaba condenada a extenderse más allá de los límites de Europa. El 25 de agosto, desde Irak, tropas del Ejército Rojo y fuerzas británicas invadieron un país neutral, Irán, para asegurarse su petróleo y una vía de abastecimiento que fuera del golfo Pérsico al Cáucaso y a Kazajstán. Durante el verano de 1941, en Gran Bretaña aumentaron los temores de que Japón atacara sus colonias. Siguiendo los consejos de Roosevelt, Churchill canceló un ataque planeado por la Dirección de Operaciones Especiales (SOE por sus siglas en inglés) contra un mercante japonés, el *Asaka Maru,* que estaba cargando en Europa los pertrechos y provisiones necesarios para mantener activa la máquina de guerra nipona. Gran Bretaña no podía aventurarse sola a entrar en guerra en el Pacífico con Japón. Su principal prioridad debía ser asegurar su posición en el norte de África y en el Mediterráneo. Hasta que los Estados Unidos no entraran en guerra, Churchill y

sus jefes de estado mayor tendrían que limitarse a garantizar la supervivencia de su país, creando una fuerza aérea de bombarderos con la que atacar Alemania y ayudando a los soviéticos a combatir a las tropas nazis.

Para Stalin, una campaña de intensos bombardeos contra Alemania era una de las principales ayudas que esperaba recibir de los Aliados, pues en el verano de 1941 la Wehrmacht causaba unas pérdidas devastadoras al Ejército Rojo. También pedía que se invadiera lo antes posible el norte de Francia para aliviar el frente oriental. En una reunión celebrada con sir Stafford Cripps cinco días después de que los alemanes comenzaran la campaña de Rusia, Molotov intentó que el embajador británico especificara claramente la magnitud de la ayuda que Churchill estaba dispuesto a proporcionar. Pero Cripps no estaba en condiciones de concretar nada. Al cabo de dos días, el ministro de exteriores soviético volvió a presionar al embajador británico, instándole a que le diera una respuesta, después de que se hubieran reunido en Londres el ministro de abastos de Churchill, lord Beaverbrook, y el embajador soviético en Inglaterra, Ivan Maisky. Por lo visto, Beaverbrook, sin consultarlo con los jefes del estado mayor británico, había hablado con Maisky sobre la

posibilidad de invadir Francia. A partir de aquel momento, uno de los principales objetivos de la política exterior soviética sería conseguir de los británicos una promesa en firme en ese sentido. Los rusos sospechaban, no sin razón, que los británicos se mostraban reticentes porque creían que la Unión Soviética no sería capaz de resistir «más de cinco o seis semanas».[4]

Un error de cálculo más grave por parte de los soviéticos envenenó las relaciones de los dos países hasta comienzos de 1944. Stalin, midiendo a los Aliados por su propio rasero, esperaba que lanzaran una operación a través del Canal de la Mancha, fuera cuales fueran las pérdidas y las dificultades. La reticencia de Churchill a comprometerse a llevar a cabo una invasión del noroeste de Europa suscitaba en el líder soviético la sospecha de que Gran Bretaña pretendía que el Ejército Rojo cargara con el peso de la guerra. Había, por supuesto, mucho de cierto en ello, así como mucha hipocresía por parte de los rusos, pues el propio Stalin había abrigado la esperanza de que los capitalistas occidentales y los alemanes nazis se enzarzaran en una lucha a muerte en 1940. Sin embargo, el dictador soviético no supo entender en absoluto las presiones a las que se veían sometidos los gobiernos democráticos. Creía erróneamente que Churchill y Roosevelt tenían un poder absoluto en sus respectivos países. El hecho de que hubieran de rendir cuentas de sus actos a la Cámara de los

Comunes o al Congreso, o que prestaran atención a la prensa, era, en su opinión, una excusa patética. Para él era inconcebible que Churchill pudiera verse realmente obligado a dimitir si ponía en marcha una operación que acabara saldándose con un número espectacular de bajas.

Después de pasarse décadas leyendo de manera obsesiva, Stalin tampoco logró entender ni siquiera la esencia de la estrategia tradicional británica de guerra periférica, de la que ya hemos hablado. Gran Bretaña no era una potencia continental. Seguía confiando en su poderío naval y en coaliciones para mantener un equilibrio de poder en Europa. Con la notable excepción de la Primera Guerra Mundial, trataba de evitar su participación en una gran confrontación por tierra hasta que ya se vislumbrara el final de la guerra. Churchill tenía la firme determinación de seguir este modelo, aunque sus aliados estadounidenses y soviéticos fueran partidarios de la doctrina diametralmente opuesta de afrontar un enfrentamiento masivo y rotundo lo antes posible.

El 28 de julio, dos semanas después de la firma del acuerdo anglo-soviético, Harry Hopkins llegó a Moscú en misión de reconocimiento, siguiendo instrucciones de Roosevelt. Tenía que averiguar qué necesitaba la Unión Soviética para continuar la guerra, tanto a corto como a largo plazo. Las autoridades soviéticas enseguida le dedicaron toda su atención. Hopkins puso en tela de juicio

los informes siempre pesimistas del agregado militar norteamericano en Moscú, que consideraba que el Ejército Rojo no tardaría en caer. Pronto se convenció de que la Unión Soviética iba a ser capaz de resistir.

La decisión de Roosevelt de ayudar a la Unión Soviética no solo fue un acto de autenticidad, sino también de generosidad. El programa de préstamo y arriendo a los soviéticos tardó en ponerse en marcha, para exasperación del presidente norteamericano, pero su envergadura sería un factor decisivo en la victoria final de la URSS (un hecho que aún hoy día muchos historiadores rusos se niegan a reconocer). Aparte de acero de primera calidad, de cañones antiaéreos, de aviones y de cantidades ingentes de alimentos que sirvieron para salvar al pueblo ruso de la hambruna en el invierno de 1942-1943, la mayor aportación norteamericana fue dotar de movilidad al Ejército Rojo. Sus espectaculares avances de los siguientes años fueron posibles gracias exclusivamente a los jeeps y camiones estadounidenses.

En cambio, la retórica de Churchill prometiendo ayuda nunca se tradujo en hechos, en gran medida debido a la precariedad económica de Gran Bretaña y a la obligación de cubrir sus necesidades más básicas. Buena parte del material proporcionado era obsoleto o poco apropiado. Los abrigos del ejército británico resultaban inútiles en el invierno ruso, las tachuelas y los revestimientos de hierro

de sus botas propiciaban la congelación de los pies, los tanques Matilda eran claramente inferiores a los T-34 soviéticos, y los pilotos del Ejército Rojo se mostraban muy críticos con el rendimiento de los Hurricane de segunda mano recibidos y preguntaban por qué no habían enviado en su lugar aviones Spitfire.

La primera conferencia importante celebrada entre los Aliados occidentales y la Unión Soviética tuvo lugar en Moscú a finales de septiembre, poco después de que lord Beaverbrook y Averell Harriman, en representación de Roosevelt, llegaran a Arkángel a bordo del crucero *Lincoln,* Stalin los recibió en el Kremlin, e inmediatamente comenzó a enumerar todo el equipamiento militar y los vehículos que necesitaba la Unión Soviética. «El país que pueda producir más motores será el que al final se alce con la victoria», dijo.[5] Luego sugirió a Beaverbrook que Gran Bretaña también tendría que enviar tropas para ayudar en la defensa de Ucrania, propuesta que evidentemente dejó desconcertado al amigo y compinche de Churchill.

Stalin, incapaz de olvidarse por un momento del asunto de Hess, comenzó a formular preguntas a Beaverbrook acerca del ayudante de Hitler y de lo que este había dicho tras llegar a Inglaterra. El líder soviético volvió a sorprender a sus invitados cuando sugirió que debían hablar sobre los acuerdos de posguerra. Quería que se reconocieran las fronteras soviéticas de 1941, que incluían

los estados bálticos, Polonia oriental y Besarabia en la URSS. Beaverbrook no quiso abordar un tema del que era muy prematuro hablar, sobre todo en un momento como aquel en el que los ejércitos alemanes se encontraban a menos de cien kilómetros del lugar en el que estaban sentados en el Kremlin. Aunque no lo sabía, lo cierto es que el día anterior el II Ejército Acorazado de Guderian había comenzado la primera fase de la Operación Tifón contra Moscú.

Los diplomáticos británicos estaban exasperados e indignados por las constantes pullas de Stalin, que no paraba de decir que su país «se negaba a poner en marcha operaciones militares activas contra la Alemania hitleriana», mientras tropas británicas y de la Commonwealth luchaban con arrojo en el norte de África. Pero a ojos de los soviéticos, con la amenaza que suponían los tres grupos de ejército alemanes que se habían adentrado en su territorio, los combates en los alrededores de Tobruk y la frontera libia eran simples escaramuzas.

Poco después de que Alemania se lanzara a la invasión de la Unión Soviética, Rommel comenzó a planear un nuevo ataque contra el puerto sitiado de Tobruk, convertido en pieza fundamental de la guerra en el norte de África. Lo

necesitaba para abastecer a sus tropas y eliminar cualquier amenaza en su retaguardia. Tobruk estaba en manos de la 70.ª División británica, que contaba con el refuerzo de una brigada polaca y un batallón checo.

Durante el verano, con su brillante reflejo propio de los espejismos bajo un cielo abrasador, había comenzado en el desierto una especie de guerra de broma, con apenas unos cuantos enfrentamientos aislados a lo largo de las alambradas de la frontera libia. Las patrullas de reconocimiento británicas y alemanas charlaban por radio unas con otras, en cierta ocasión lamentando la llegada de un nuevo oficial alemán que había obligado a sus hombres a abrir fuego después de que se hubiera acordado tácitamente no disparar. Para los soldados de infantería de uno y otro bando la vida resultaba menos entretenida en aquellas condiciones, pues disponían solo de un litro de agua al día para beber y asearse. En sus trincheras tenían que aprender a convivir con escorpiones, pulgas y las agresivas moscas del desierto que cubrían todos los alimentos y todas las partes desnudas del cuerpo. La disentería se convirtió en un grave problema, especialmente en el bando alemán. Pero incluso los defensores de Tobruk andaban escasos de agua después de que los Stuka enemigos hubieran destruido la planta desalinizadora. La propia ciudad estaba en ruinas tras sufrir intensos bombardeos, y el puerto medio lleno de barcos hundidos. Solo la determinación y el arrojo de la

Marina Real mantenían a las fuerzas aliadas abastecidas. Los hombres de la brigada australiana se ponían a cambiar su botín de guerra por cerveza con los suboficiales navales en cuanto llegaba un barco.

Rommel tenía un problema mucho más grave para abastecer a sus tropas a través del Mediterráneo. Entre enero y finales de agosto de 1941, los británicos habían hundido cincuenta y dos barcos de las fuerzas del Eje, y dañado otros treinta y ocho.[6] En septiembre, el submarino *Upholder* de la Marina Real echó a pique dos grandes naves de pasajeros que transportaban soldados de refuerzo. (Los veteranos del Afrika Korps comenzaron a llamar el Mediterráneo «la piscina alemana».)[7] Fue entonces cuando se hizo evidente que la decisión de las fuerzas del Eje de posponer la conquista de Malta en 1940 había sido un verdadero error. Ese mismo año, unos meses antes, la Kriegsmarine había recibido especialmente con consternación la noticia de que Hitler insistía en que las fuerzas aerotransportadas fueran utilizadas para lanzar un ataque contra Creta en lugar de Malta, pues el Führer temía que los aliados pudieran realizar incursiones aéreas contra los yacimientos petrolíferos de Ploesti. Desde entonces, la estrategia de bombardear constantemente los aeródromos de Malta y el Gran Puerto de La Valletta, en vez de invadir directamente la isla, había resultado muy poco efectiva.

La interceptación de los sistemas de codificación de

la Armada italiana supuso para los británicos grandes recompensas. El 9 de noviembre, la Fuerza K, que se dirigía a Malta con dos destructores y los cruceros ligeros *Aurora* y *Penelope,* avistó un convoy cuyo destino era Trípoli. Aunque dicho convoy iba escoltado por dos cruceros pesados y diez destructores, los navíos británicos se lanzaron contra él por la noche con la ayuda de los radares. En menos de treinta minutos, los tres buques de guerra de la Marina Real echaron a pique los siete mercantes y un destructor sin sufrir daño alguno. Los altos mandos de la Kriegsmarine quedaron lívidos cuando se enteraron de lo ocurrido y amenazaron con asumir el control de las operaciones navales italianas. El Afrika Korps adoptaría una postura paternalista similar ante sus aliados. «A los italianos hay que tratarlos como a niños», decía en una carta a los suyos un teniente de la 15.ª División Panzer. «No son buenos soldados, pero son los mejores camaradas. Puedes conseguir de ellos todo lo que quieras».[8]

Tras los numerosos aplazamientos del envío de unas provisiones largamente esperadas, pero que nunca llegarían, Rommel fijó el ataque contra Tobruk para el 21 de noviembre. Aunque no daba crédito a los informes italianos que hablaban de que los británicos estaban a punto de lanzar una gran ofensiva, decidió dejar la 21.ª División Panzer a medio camino entre Tobruk y Bardia por si

ocurría algo. Este hecho probablemente lo dejara sin los efectivos necesarios para atacar con éxito la ciudad de Tobruk. En cualquier caso, el 18 de noviembre, tres días antes de la fecha prevista por Rommel para asaltar el importante puerto, la formación recientemente bautizada como VIII Ejército británico, a las órdenes del teniente general sir Alan Cunningham, cruzó la frontera libia, poniendo en marcha la Operación Crusader. Tras avanzar de noche bajo el estricto silencio de las radios, y permanecer oculto durante el día bajo las tormentas de arena y las tormentas eléctricas, el VIII Ejército consiguió coger al enemigo por sorpresa.

En aquellos momentos el Afrika Korps estaba compuesto por la 15.ª y la 21.ª División Panzer y otra formación combinada que más tarde recibiría el nombre de 90.ª División Ligera y que incluía un regimiento de infantería, cuyos efectivos eran principalmente veteranos alemanes de la Legión Extranjera francesa. Sin embargo, debido a la mala alimentación y a las enfermedades, al Afrika Korps, un ejército formado en principio por cuarenta y cinco mil efectivos, le faltaba once mil hombres en sus unidades de vanguardia. La desastrosa gestión de sus suministros afectaba también a sus divisiones acorazadas que, con doscientos cuarenta y nueve carros, necesitaban urgentemente la llegada de reemplazos. Los italianos tenían desplegadas en la zona la División Acorazada Ariete y tres

divisiones semimotorizadas.

Los británicos, por su parte, estaban, por una vez, bien pertrechados, con sus trescientos carros de combate Cruiser y sus trescientos tanques ligeros americanos Stuart, a los que llamaban *«Honey»*, y con sus más de cien carros blindados Matilda y Valentine. La *Desert Air Force,* o Fuerza Aérea del Desierto (DAF por sus siglas en inglés), contaba con quinientos cincuenta aviones utilizables para enfrentarse a la Luftwaffe, que solo disponía de setenta y seis aparatos. Ante una superioridad tan abrumadora, Churchill confiaba en alzarse con una victoria largamente anhelada, sobre todo porque necesitaba urgentemente un éxito con el que calmar a Stalin. Sin embargo, aunque los británicos estaban por fin bien pertrechados, sus armas eran decididamente inferiores a las de los alemanes. Los nuevos Stuart y los tanques Cruiser, con sus cañones de 40 mm, no tenían nada que hacer ante los cañones alemanes de 88 mm, «el largo brazo» del Afrika Korps, capaces de dejarlos completamente inutilizados antes incluso de formar para responder al fuego. Solo el cañón de campaña de 87,6 mm británico conseguía unos resultados espectaculares, y los comandantes habían aprendido por fin a utilizarlo en terrenos despejados para repeler el ataque de los tanques alemanes. Las fuerzas nazis lo llamaban *«Ratsch-bum»*.

El plan de los británicos consistía en concentrar el XXX Cuerpo, con el grueso de los vehículos blindados,

para atacar por el noroeste desde la frontera libia. Con estas fuerzas se pretendía derrotar a las divisiones panzer alemanas para luego avanzar hacia Tobruk y liberar la ciudad del asedio. La 7.ª Brigada Acorazada debía ser la punta de lanza de la 7.ª División Acorazada en su avance hacia Sidi Rezegh, localidad situada en una escarpa, al sureste del perímetro defensivo de Tobruk. Por la derecha, el XIII Cuerpo debía encargarse de las posiciones alemanas que se encontraban cerca de la costa, en la zona del paso de Halfaya y Sollum. En principio, se suponía que el VIII Ejército iba a aguardar a que Rommel comenzara su ataque a Tobruk, pero Churchill se negó a autorizar al general Auchinleck a esperar más tiempo.

La 7.ª Brigada Acorazada llegó a Sidi Rezegh, ocupó el aeródromo y capturó diecinueve aviones antes de que los alemanes pudieran reaccionar. Pero a su izquierda, la 22.ª Brigada Acorazada fue atacada por sorpresa por la División Ariete, y a su derecha, la 4.ª Brigada Acorazada dio de bruces con efectivos de la 15.ª y la 21.ª División Panzer, que avanzaban hacia el sur desde la Vía Balbia, la carretera de la costa. Afortunadamente para los británicos, los alemanes andaban escasos de combustible, cuyo consumo era enorme en un terreno como aquel. Un oficial neozelandés describiría el desierto de Libia como «una gran llanura pelada y desnuda, salpicada de arbustos espinosos, con hectáreas de estériles pedregales, franjas de

blanda arena y retorcidos uadis de escasa profundidad».[9] También parecía cada vez más un vertedero de basura militar, lleno de latas de comida, bidones de gasolina vacíos y restos de vehículos incendiados.

El 21 de noviembre, el general Cunningham, llevado por un exceso de optimismo, decidió romper el cerco de Tobruk, aunque no hubiera comenzado la destrucción de la fuerza panzer alemana. Su audacia tuvo gravísimas consecuencias, tanto para los sitiados como para la 7.ª Brigada Acorazada, uno de cuyos regimientos perdió tres cuartas partes de sus tanques a manos de un batallón de reconocimiento alemán perfectamente pertrechado de cañones de 88 mm. La 7.ª Brigada Acorazada no tardaría en ver amenazada su retaguardia por las dos formaciones panzer, que al final, al caer la noche, dejaron reducido a veintiocho el número de sus carros de combate.

Despreciando las pérdidas sufridas, Cunningham pasó a la siguiente fase de la operación, ordenando el avance del XIII Cuerpo hacia el norte, para que se colocara tras las posiciones italianas que salpicaban la frontera. La acción fue puesta en marcha con gran determinación por la División de Nueva Zelanda del general Freyberg, y contó con el apoyo de una brigada de tanques Matilda. Cunningham también dispuso que se volviera a intentar romper el cerco de Tobruk. Pero la 7.ª Brigada Acorazada, atacada por los dos flancos en Sidi Rezegh, apenas contaba

en aquellos momentos con diez tanques. Y la 22.ª Brigada Acorazada, que había llegado en su ayuda, disponía solo de treinta y cuatro carros de combate. Así pues, estas dos formaciones se vieron obligadas a retirarse hacia el sur hasta alcanzar la posición defensiva de la 5.ª Brigada Sudafricana. Rommel quería aplastarlas con sus divisiones panzer por un lado y la División Ariete por otro.

El 23 de noviembre, que por ser el último domingo antes de Adviento los alemanes celebraban su día de difuntos, o *Totensonntag,* comenzó al sur de Sidi Rezegh una batalla de envolvimiento contra la 5.ª Brigada Sudafricana y los restos de las dos brigadas acorazadas británicas. Fue una victoria pírrica para los alemanes. La formación sudafricana quedó prácticamente aniquilada, pero no sin antes conseguir, con el apoyo de la 7.ª Brigada Acorazada, que los agresores pagaran un elevadísimo precio por aquella acción. Los alemanes perdieron setenta y dos tanques, que serían difíciles de sustituir, y a un gran número de oficiales y suboficiales. En el este, La 7.ª División India y los neozelandeses también libraron varias batallas que resultaron provechosas, pues estos últimos lograron capturar parte del estado mayor del Afrika Korps.

Como los británicos habían perdido tantísimos tanques, Cunningham quiso que sus fuerzas se replegaran, pero Auchinleck lo desautorizó. Le dijo a Cunningham que continuara la operación al precio que fuera. Fue una

decisión valiente y acertada, como quedaría demostrado por el desarrollo de los acontecimientos. A la mañana siguiente, Rommel, ansioso por ver completada la destrucción de la 7.ª División Acorazada y obligar al enemigo a emprender una retirada general, se dejó llevar por el afán de la victoria. En persona, condujo a la carrera a su 21.ª División Panzer hasta la frontera, pensando que iba a poder rodear a casi todos los efectivos del VIII Ejército. Pero su decisión provocó un verdadero caos, con órdenes contradictorias y comunicaciones deficientes. En el camino, su vehículo de mando sufrió una avería, y Rommel se encontró sin contacto por radio y atrapado en el lado egipcio de la espesa alambrada que recorría la línea fronteriza. Su insistencia en colocarse a la cabeza de las tropas creó importantes problemas en aquella batalla tan compleja.

El 26 de noviembre, Rommel recibió del cuartel general del Afrika Korps la noticia de que la División de Nueva Zelanda, con el apoyo de otra brigada acorazada de tanques Valentine, había recuperado el aeródromo de Sidi Rezegh en su avance hacía Tobruk. La 4.ª Brigada neozelandesa también había capturado el de Kambut, lo que significaba que la Luftwaffe se había quedado sin bases aéreas avanzadas. Ese mismo día, un poco más tarde, la guarnición de Tobruk conseguía unirse a las fuerzas de Freyberg.

El precipitado avance de Rommel hacia la frontera había sido una grave equivocación. Sus hombres se hallaban exhaustos, y la 7.ª División Acorazada estaba rearmándose con la mayoría de los doscientos tanques de reserva. Y el 27 de noviembre, cuando las tropas alemanas regresaban de su inútil asalto, tuvieron que soportar los constantes ataques de los cazas Hurricane de la Fuerza Aérea del Desierto, que en aquellos momentos gozaba de superioridad en el cielo.

Auchinleck decidió relevar a Cunningham, pues consideraba que carecía de la suficiente agresividad, y quien, en cualquier caso, estaba ya al borde de una crisis nerviosa. Lo sustituyó por el general de división Neil Ritchie. Ritchie renaudó el ataque por el oeste, aprovechándose de la escasez de provisiones de Rommel. Los italianos habían advertido una vez más a Rommel que solo podía contar con la llegada de las municiones, las raciones de comida y el combustible estrictamente necesarios. Y, sin embargo, la Armada italiana volvió a confiar en sus posibilidades cuando consiguió transportar más provisiones y pertrechos de los previstos hasta Bengasi. Se recurrió a los submarinos italianos para llevar a Darna las municiones que se necesitaban con tanta urgencia, y el crucero ligero *Cadorna* fue transformado en un buque cisterna. La Kriegsmarine se vio de repente gratamente sorprendida por los esfuerzos de su aliado.

El 2 de diciembre de 1941, Hitler dio instrucciones para que inmediatamente se procediera al traslado de la II Ala Aérea, que debía abandonar el frente oriental para dirigirse a Sicilia y el norte de África. Estaba firmemente decidido a apoyar a Rommel, y quedó horrorizado al conocer la crítica situación de los suministros por culpa de los ataques británicos contra los convoyes de las fuerzas del Eje. Ordenó al almirante Raeder que enviara veinticuatro submarinos al Mediterráneo. Raeder comentaría en tono de queja que «el Führer está dispuesto a abandonar prácticamente la guerra de los submarinos en el Atlántico para solucionar los problemas que nos acosan en el Mediterráneo».[10] Hitler hizo caso omiso de los argumentos de Raeder cuando este le expuso que la mayoría de los barcos de transporte de las fuerzas del Eje estaban siendo hundidos por la aviación y los submarinos aliados, por lo que los *Unterseeboote* no eran la mejor arma para proteger los convoyes de Rommel. Sin embargo, al final, los sumergibles alemanes conseguirían infligir graves daños a la Marina Real. En noviembre hundieron en aguas del Mediterráneo el portaaviones británico *Ark Royal,* y poco después un acorazado, el *Barham,* Se produjeron más incidentes, y la noche del 18 de diciembre un grupo de buzos italianos, capitaneado por el príncipe Borghese, penetró en el puerto de Alejandría para echar a pique dos acorazados británicos, el *Queen Elizabeth* y el

Valiant, y un buque cisterna noruego. El almirante Cunningham se quedó sin grandes barcos de guerra —los llamados «buques capitales»— en el Mediterráneo. Este episodio no habría podido producirse en un momento peor, pues tuvo lugar ocho días después de que la aviación japonesa hundiera el acorazado *Prince of Wales* y el crucero de batalla *Repulse* frente a las costas de Malaca.

A pesar de la mejora experimentada por las fuerzas del Eje en el Mediterráneo, la solicitud formulada por Rommel el 6 de diciembre, pidiendo nuevos vehículos y armamento y el envío de tropas de refuerzo, estaba condenada a ser rechazada por el OKW y el OKH en un momento tan crítico como aquel para el frente oriental. El 8 de diciembre, Rommel levantó el sitio de Tobruk y empezó la retirada a la línea de Gazala, situada a más de sesenta kilómetros al oeste. Luego, durante el resto del mes de diciembre y los primeros días de enero, abandonó Cirenaica y se replegó a la línea desde la que había empezado su acción el año anterior.

Los británicos celebraron el triunfo de la Operación Crusader, pero fue un éxito temporal, debido principalmente a la superioridad de sus fuerzas, y no desde luego a la superioridad de su táctica. Su principal error había sido no mantener unidas las brigadas acorazadas. Habían perdido más de ochocientos tanques y trescientos aviones. Y cuando el VIII Ejército llegó a la frontera de

Tripolitania, un año después de su victoria sobre los italianos, ya estaba muy debilitado, con unas líneas de abastecimiento excesivamente largas. En los vaivenes de la campaña del norte de África, y ante las demandas urgentes que llegaban de Extremo Oriente, las fuerzas del imperio británico eran vulnerables y podían sufrir una nueva derrota en 1942.

Antes incluso de que comenzara la guerra en Extremo Oriente, el gobierno británico consideraba que ya tenía muchos frentes abiertos. Luego, el 9 de diciembre, Stalin presionó a Gran Bretaña para que declarara la guerra a Finlandia, a Hungría y a Rumania, pues eran países aliados de Alemania en el frente oriental. Pero el afán de Stalin por lograr que sus nuevos aliados occidentales accedieran a respetar sus exigencias fronterizas una vez acabada la guerra, antes incluso de que hubiera comenzado la batalla por Moscú, puede considerarse en parte un intento por ocultar una contradicción vergonzosa. En las prisiones y los campos de trabajo soviéticos seguía habiendo más de doscientos mil soldados polacos capturados durante la operación conjunta llevada a cabo por el dictador soviético con la Alemania nazi. En aquellos momentos los polacos eran aliados, y su gobierno en el exilio estaba reconocido

por Washington y Londres. Con firmeza y determinación, los representantes del general Sikorski, respaldados por el gobierno de Churchill, lograron convencer al reticente régimen soviético de que el NKVD debía liberar a sus prisioneros de guerra polacos para crear con ellos un nuevo ejército.

A pesar de los constantes obstáculos que siguieron poniendo los oficiales soviéticos, los polacos recién liberados empezaron a unirse para formar unidades armadas a las órdenes del general Wladyslaw Anders, que había pasado los últimos veinte meses encerrado en la Gran Lubyanka. A comienzos de diciembre, se pasó revista al ejército de Anders cerca de Saratov, ciudad situada a orillas del Volga. Fue un acontecimiento lleno de situaciones irónicas, y marcado por el resentimiento, como atestigua el escritor llya Ehrenburg. El general Sikorski llegó acompañado de Andrei Vyshinsky. El famoso fiscal general en las farsas judiciales del Gran Terror había sido elegido por sus orígenes polacos. «Alzando su copa, brindó con Sikorski, sin dejar de sonreír con afecto», cuenta Ehrenburg. «Entre los polacos había muchos hombres con la mirada seria, llena de resentimiento por lo que habían pasado; algunos de ellos no pudieron reprimirse y admitieron que nos odiaban... Sikorski y Vyshinsky se llamaban «aliados» el uno al otro, pero detrás de sus cordiales palabras podía percibirse claramente un

sentimiento de hostilidad».[11] El odio y la desconfianza de Stalin hacia los polacos no habían cambiado salvo en apariencia, como demostraría el curso de los acontecimientos.

15

LA BATALLA DE MOSCÚ (septiembre-diciembre de 1941)

El 21 de julio de 1941, la Luftwaffe bombardeó la capital soviética por primera vez. El joven médico Andrei Sakharov, a la sazón detector de incendios en la universidad, se pasaba casi todas las noches «en el tejado vigilando mientras los reflectores y las balas trazadoras iban y venían por el agitado cielo de Moscú».[1] Pero, tras las pérdidas sufridas en la batalla de Inglaterra, las formaciones de bombarderos alemanes seguían estando muy mermadas. Incapaces de infligir graves daños a la ciudad, volvieron a dedicarse a realizar operaciones de apoyo para las fuerzas terrestres.

Una vez que el Grupo de Ejércitos Centro tuvo que detenerse para concentrar sus actividades sobre Leningrado y Kiev, Hitler se dejó finalmente convencer y ordenó lanzar una gran ofensiva contra Moscú. Sus generales tenían opiniones encontradas. La gran maniobra de envolvimiento al este de Kiev había vuelto a insuflar en

ellos una sensación de triunfo, pero la vastedad del territorio, la extensión de sus líneas de comunicación y las inesperadas dimensiones del Ejército Rojo los hacían sentirse incómodos. Ahora eran pocos los que creían que la victoria se consiguiera ese año. Temían que llegara el invierno ruso, para el cual se hallaban espantosamente mal preparados. Sus divisiones de infantería tenían escasez de botas después de marchar centenares y centenares de kilómetros, y se había hecho muy poco para abastecerlas de ropas de abrigo, pues Hitler había prohibido todo tipo de discusión al respecto. Las unidades blindadas sufrían una grave escasez de tanques y motores de recambio, que habían quedado dañados por el espeso polvo. Sin embargo, para desesperación de sus altos mandos, Hitler se mostraba reacio a proporcionarles reservas. La gran ofensiva contra Moscú, la Operación Tifón, no estuvo lista hasta finales de septiembre. Se había retrasado porque el 4.° *Panzergruppe* del *Generaloberst* Erich Hoepner había quedado atrapado en el punto muerto de la ofensiva contra Leningrado. El Grupo de Ejércitos Centro del *Generalfeldmarschall* von Bock sumaba un millón y medio de hombres, entre los cuales había tres cuerpos blindados bastante debilitados. Se enfrentaban al Frente de la Reserva del mariscal Semion Budenny y al Frente de Briansk del coronel general Andrei Yeremenko. El Frente del Oeste del coronel general Ivan Konev formaba una segunda línea por detrás de los

ejércitos de Budenny. Doce de sus divisiones estaban formadas por milicianos lamentablemente armados y faltos de entrenamiento, muchos de ellos estudiantes y profesores de la Universidad de Moscú. «La mayoría de los milicianos llevaban abrigos y sombreros de paisano», escribía uno de ellos. Cuando desfilaban por las calles, los transeúntes pensaban que eran partisanos a punto de ser enviados a luchar a retaguardia de los alemanes.[2]

El 30 de septiembre, en medio de la niebla matutina del otoño, dio comienzo la fase preliminar de la Operación Tifón, cuando el 2.° Ejército Panzer de Guderian se lanzó al ataque por el nordeste en dirección a la ciudad de Orel, situada a más de trescientos kilómetros al sur de Moscú. El cielo no tardó en aclarar, permitiendo que la Luftwaffe despegara para prestar apoyo a las puntas de lanza blindadas. El carácter repentino del ataque sembró el pánico en las zonas rurales.

«Creía haber visto una retirada», escribió Vasily Grossman en su cuaderno de notas, «pero no había visto nunca nada como lo que estoy viendo ahora... ¡Un éxodo! ¡Un éxodo bíblico! Los vehículos avanzan en filas de a ocho, y se oye el violento estruendo de decenas de camiones que intentan sacar sus ruedas del barro todos a la vez. Grandes rebaños de ovejas y vacas son conducidos a través de los campos. Van seguidos de caravanas de carretas tiradas por caballos, miles de carromatos

cubiertos de arpilleras de colores. Hay también multitudes de personas a pie con sacos, hatillos, maletas... Cabezas de niños, rubios y morenos, asoman por debajo de los toldos improvisados que cubren las carretas, y también pueden verse las barbas de los judíos ancianos, así como las cabelleras morenas de las niñas y las mujeres judías. ¡Qué silencio en sus ojos, qué dolor tan lúcido, qué sensación de fatalidad, de catástrofe universal! Al atardecer, el sol sale entre los múltiples estratos de nubes azules, negras y grises. Sus rayos son larguísimos, y se extienden desde lo alto del cielo hasta el suelo, como en los cuadros de Doré que representan esas terribles escenas bíblicas en las que las fuerzas celestiales golpean la Tierra».[3]

El 3 de octubre llegaron a Orel rumores de la rapidez del avance enemigo, pero los altos mandos de la ciudad se negaron a creer los informes y se limitaron a seguir bebiendo. Desesperados por aquella funesta complacencia, Grossman y sus compañeros emprendieron la marcha hacia Briansk, temiendo que los tanques alemanes hicieran su aparición de un momento a otro. Pero habían salido justo a tiempo. La punta de lanza de Guderian entró en Orel a las 18:00 horas, y los primeros panzer se cruzaron con los tranvías.

El día antes, el 2 de octubre, más al norte, también había dado comienzo la primera fase de la Operación Tifón. Tras un breve bombardeo y la creación de una cortina de humo, el 3.er y el 4.° *Panzergruppen* se abrieron paso por la fuerza a uno y otro extremo del Frente de la Reserva, al mando del mariscal Budenny. Budenny, otro oficial de caballería amigo de Stalin desde los tiempos de la guerra civil, era un payaso con grandes bigotes y un borracho incapaz de encontrar su propio cuartel general. El jefe de estado mayor de Konev se encargó de lanzar el contraataque del Frente del Oeste con tres divisiones y dos brigadas de tanques, pero fueron rebasadas. Las comunicaciones quedaron interrumpidas, y al cabo de seis días los dos *Panzergruppen* habían rodeado a cinco ejércitos de Budenny y se habían reunido en Viazma. Los tanques alemanes se dedicaron a perseguir a los soldados del Ejército Rojo, intentando aplastarlos bajo sus ruedas. Aquello se convirtió en una especie de deporte.[4]

El Kremlin no tenía mucha información acerca del caótico desastre que estaba teniendo lugar por el oeste. Hasta el 5 de octubre la Stavka no recibió un informe de un piloto de cazas que había avistado una columna de vehículos blindados alemanes de veinte kilómetros de longitud avanzando hacia Yukhnov. Nadie se atrevió a darle crédito. Se enviaron otros dos vuelos de reconocimiento, y los dos confirmaron el avistamiento, pero Beria siguió

amenazando con mandar a su comandante ante un tribunal del NKVD acusado de «alarmista».[5] Stalin, sin embargo, reconoció el peligro. Convocó una reunión del Comité de Defensa del Estado y envió a Leningrado un aviso a Zhukov diciéndole que regresara de inmediato a Moscú.

Zhukov llegó el 7 de octubre. Luego diría que cuando entró en el despacho de Stalin le oyó decir a Beria que utilizara a sus agentes para ponerse en contacto con los alemanes y estudiar las posibilidades de firmar la paz. Stalin ordenó a Zhukov que se trasladara directamente al cuartel general del Frente del Oeste y que le comunicara desde allí cuál era la situación exacta. Zhukov no llegó hasta después de anochecer y encontró a Konev y a los oficiales de su estado mayor inclinados sobre un mapa a la luz de las velas. Zhukov tuvo que llamar por teléfono a Stalin para decirle que los alemanes habían rodeado a cinco ejércitos de Budenny al oeste de Viazma. A primera hora del 8 de octubre se enteró en el cuartel general del Frente de la Reserva de que hacía dos días que nadie había visto a Budenny.

Las condiciones reinantes dentro de las bolsas de Viazma y Briansk eran indescriptibles. Stukas, cazas y bombarderos atacaban a cualquier grupo que fuera lo bastante grande para llamarles la atención, mientras que los panzer y la artillería que rodeaban a las fuerzas atrapadas disparaban constantemente contra ellas. Los cadáveres en

descomposición se apilaban unos encima de otros, los soldados del Ejército Rojo, sedientos y medio muertos de hambre, sacrificaban los caballos para comérselos, mientras que los heridos morían sin que nadie los atendiera en medio del caos. En total, habían quedado incomunicados unos setecientos cincuenta mil hombres. Los que se rendían recibían la orden de tirar las armas y marchar hacia el oeste sin comida. «Los rusos son animales», escribía un comandante alemán. «Por la expresión bestial de sus rostros recuerdan a los negros de la campaña de Francia. ¡Qué chusma!»[6]

Cuando Grossman logró escapar de Orel el 3 de octubre justo antes de que llegaran los alemanes, se dirigió al cuartel general de Yeremenko, en el bosque de Briansk. Durante toda la noche del 5 de octubre, Yeremenko esperó recibir respuesta a su solicitud de retirada, pero no llegó la autorización de Stalin. Durante las primeras horas del 6 de octubre, dijeron a Grossman y a los corresponsales que lo acompañaban que incluso los cuarteles generales del frente estaban amenazados. Tenían que dirigirse lo más rápido que pudieran a Tula antes de que los alemanes cortaran la carretera. Yeremenko había recibido una herida en una pierna y había estado a punto de ser capturado durante la

maniobra de envolvimiento del Frente de Briansk. Tras ser evacuado en avión, tuvo más suerte que el general de división Mikhail Petrov, oficial al mando del L Ejército, que murió de gangrena en una cabaña de leñador perdida en el bosque.

Grossman se sintió consternado ante el caos y el miedo que contempló detrás de las líneas. En Belev, en la carretera de Tula, hizo la siguiente anotación: «Circula un montón de comentarios negativos, ridículos y a todas luces generados por el pánico. De repente, se produce una terrible tormenta de disparos. Resulta que alguien ha encendido el alumbrado de las calles, y los soldados y los oficiales han abierto fuego disparando con fusiles y pistolas contra las farolas para apagar la luz. ¡Ojalá hubieran disparado así contra los alemanes!»[7]

Sin embargo, no todas las formaciones soviéticas combatieron mal. El 6 de octubre, el I Cuerpo de Fusileros de la Guardia, al mando del general de división D. D. Lelyushenko, apoyado por dos brigadas aerotransportadas y la 4.ª Brigada de Tanques del coronel M. I. Katukov, lanzó un contraataque contra la 4.ª División Panzer de Guderian cerca de Mtsensk en una emboscada muy astuta. Katukov ocultó sus T-34 en el bosque, permitiendo pasar al primer regimiento acorazado. Luego, cuando los alemanes fueron detenidos por la infantería de Lelyushenko, salieron sus tanques de entre los árboles y atacaron. Debidamente

manejados, los T-34 eran superiores a los blindados Mark IV, y la 4.ª División Panzer sufrió graves pérdidas. Guderian quedó a todas luces confundido al descubrir que el Ejército Rojo empezaba a aprender de sus errores y de la táctica alemana.

Aquella noche se puso a nevar, pero la nieve se fundió enseguida. La *rasputitsa,* la temporada de lluvia y barro, había llegado justo a tiempo para ralentizar el avance alemán. «No creo que nadie haya visto un lodazal tan terrible», anotó Grossman. «Hay lluvia, nieve, granizo, un pantano líquido, sin fondo, una pasta negra mezclada por miles y miles de botas, ruedas y orugas. Y todo el mundo está feliz otra vez. Los alemanes van a quedar empantanados en nuestro maldito otoño».[8] Pero aunque con más lentitud, el avance hacia Moscú siguió adelante.

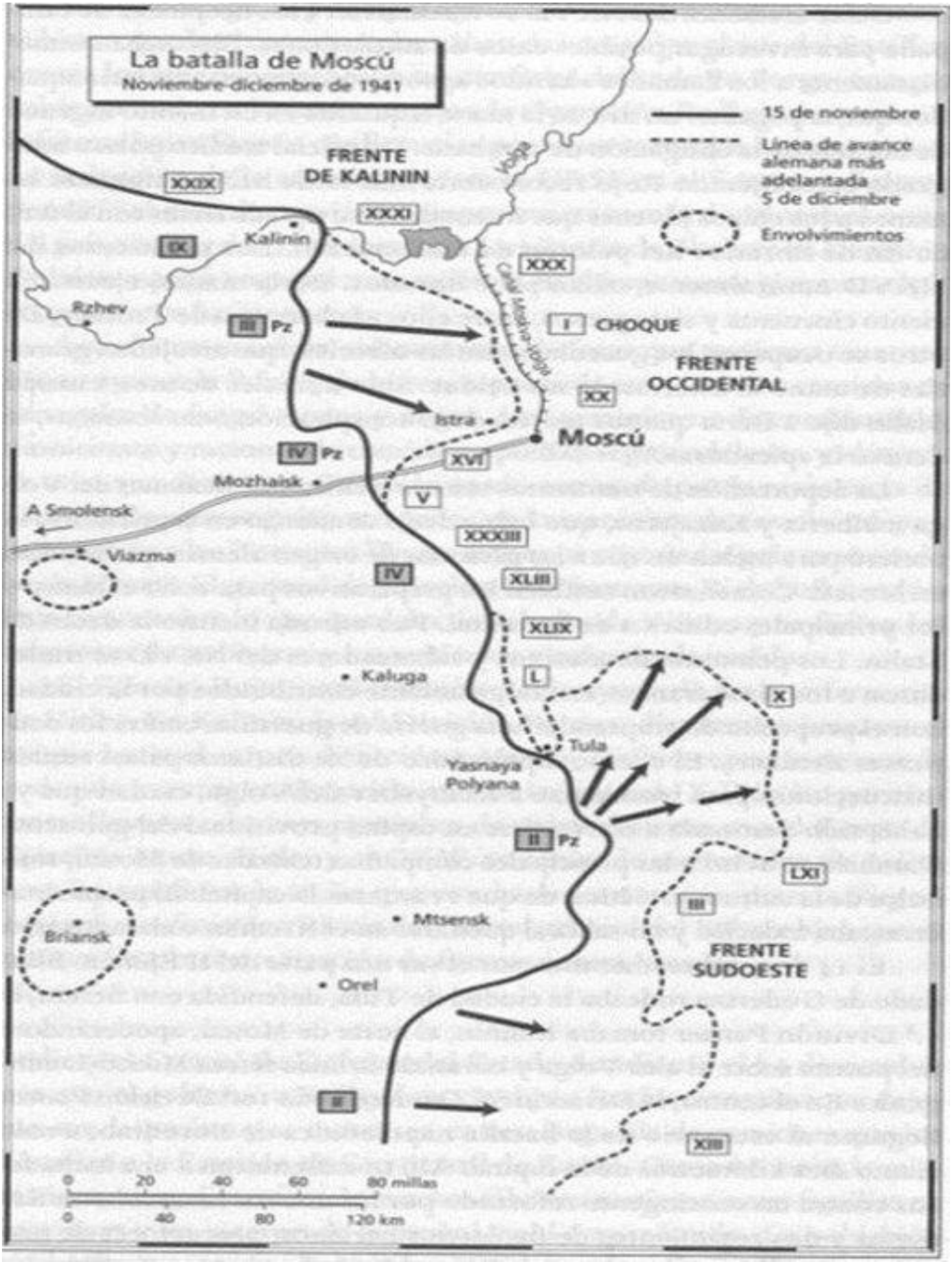
En la carretera Orel-Tula, Grossman no pudo resistir la tentación y fue a visitar la finca de Tolstoi en Yasnaya Polyana. Allí encontró a la nieta del escritor recogiendo la casa y el museo para evacuarlo antes de que llegaran los alemanes. Inmediatamente pensó en el pasaje de *Guerra y paz* en el que el anciano príncipe Bolkonsky tiene que dejar su casa de Lysye Gory al acercarse el ejército de Napoleón. «La tumba de Tolstoi», garabateó en su cuaderno. «Zumbido de cazas sobre ella, estruendo de explosiones y la majestuosa calma del otoño. Es muy duro. Pocas veces he sentido tanto dolor». El siguiente en visitar

el lugar después de su partida fue el general Guderian, que convertiría la finca en su cuartel general para el avance hacia Moscú.[9]

Solo unas cuantas divisiones soviéticas lograron escapar del envolvimiento de Viazma en dirección al norte. La bolsa de Briansk, bastante más pequeña, se convirtió en el mayor desastre sufrido hasta el momento, siendo más de setecientos mil los hombres muertos o capturados. Los alemanes olían la victoria y la euforia se generalizó. El camino hacia Moscú estaba muy mal defendido. La prensa alemana no tardó en proclamar la victoria total, pero aquellas afirmaciones hicieron que el ambicioso *Generalfeldmarschall* von Bock se sintiera incómodo.

El 10 de octubre Stalin ordenó a Zhukov que asumiera el mando del Frente del Oeste, que hasta entonces había ostentado Konev, y de lo que quedaba del Frente de la Reserva. Zhukov se las arregló para convencer a Stalin de que había que conservar a Konev y no hacer de él un chivo expiatorio. El *Vozhd* dijo a Zhukov que mantuviera la línea en Mozhaisk, apenas a cien kilómetros de la capital, en la carretera de Smolensk. Intuyendo la magnitud de la catástrofe, el Kremlin ordenó que se construyera una nueva línea de defensa, tarea que se encargó a un cuarto de millón

de civiles, en su mayoría mujeres, reclutados para abrir trincheras y zanjas antitanque. Muchos de ellos murieron ametrallados por los cazas alemanes mientras trabajaban.


La batalla de Moscú
Noviembre-diciembre de 1941
15 de noviembre
Línea de avance alemana más adelantada 5 de diciembre
Envolvimientos
FRENTE DE KALININ
XXIX
XXXI
IX
Kalinin
Volga
XXX
Canal Moscú-Volga
Rzhev
III Pz
I CHOQUE
FRENTE OCCIDENTAL
XX
Istra
Moscú
IV Pz
XVI
Mozhaisk
V
A Smolensk
Viazma
XXXIII
IV
XLIII
XLIX
Kaluga
L
X
Tula
Yasnaya Polyana
II Pz
LXI
III
Mtsensk
Briansk
FRENTE SUDOESTE
Orel
XIII
0 20 40 60 80 millas
0 40 80 120 km

La disciplina se volvió incluso más terrible, pues los grupos de bloqueo del NKVD estaban dispuestos a pegar un tiro a todo aquel que se retirara sin la orden pertinente. «Utilizaban el miedo para vencer al miedo», explicaba un agente del NKVD.[10] Los Destacamentos Especiales del NKVD (que en 1943 se convertirían en el SMERSh) se dedicaban ya a interrogar a los oficiales y soldados que habían escapado de las maniobras de envolvimiento. Cualquiera que fuera clasificado como cobarde o sospechoso de haber mantenido contacto con el enemigo era fusilado o enviado a los *shtrafroty* (batallones de castigo). Allí lo aguardaban las tareas más terribles, como por ejemplo encabezar los ataques a través de los campos de minas. Los delincuentes comunes del Gulag fueron reclutados también como *shtrafniks,* y siguieron comportándose como delincuentes. Incluso la ejecución del jefe de una banda por un agente del NKVD que le pegó un tiro en la sien tuvo unos efectos solo temporales sobre sus seguidores.[11]

Otras secciones del NKVD se trasladaron a los hospitales de campaña para investigar posibles casos de autolesiones. Ejecutaban inmediatamente a los llamados «heridos aposta» o «zocatos», es decir aquellos que se pegaban un tiro en la mano izquierda en un intento ingenuo de librarse de la obligación de combatir. Un oficial médico polaco integrado en el Ejército Rojo reconocería más tarde

haber amputado las manos a los chicos jóvenes que intentaban ese tipo de tretas con el único fin de librarlos del pelotón de fusilamiento. Los prisioneros del NKVD naturalmente salían peor librados. Beria mandó ejecutar a ciento cincuenta y siete presos, entre ellos a la hermana de Trotsky. De otros se ocuparon los guardianes de las cárceles, que arrojaban granadas de mano al interior de sus celdas. Solo a finales de mes, cuando Stalin dijo a Beria que sus teorías de la conspiración eran «basura», se detuvo la «picadora».[12]

La deportación de trescientos setenta y cinco mil alemanes del Volga a Siberia y Kazajstán, que había dado comienzo en septiembre, se aceleró para incluir en ella a las personas de origen alemán que residían en Moscú. Comenzaron también los preparativos para volar el metro y los principales edificios de la capital. Fue minada incluso la dacha de Stalin. Los pelotones de asesinos y saboteadores del NKVD se trasladaron a los pisos francos estratégicamente distribuidos por la ciudad, con el propósito de emprender una guerra de guerrillas contra los ocupantes alemanes. El cuerpo diplomático de los distintos países recibió instrucciones para trasladarse a Kuibyshev del Volga, ciudad que ya había sido destinada a convertirse en capital provisional del gobierno. También se avisó a las principales compañías teatrales de Moscú, símbolos de la cultura soviética, de que evacuaran la capital. El propio

Stalin estaba indeciso y no sabía si quedarse en el Kremlin o abandonarlo.

El 14 de octubre, mientras por el sur una parte del II Ejército Blindado de Guderian rodeaba la ciudad de Tula, defendida con fiereza, la 1.ª División Panzer tomaba Kalinin, al norte de Moscú, apoderándose del puente sobre el alto Volga y cortando la línea férrea Moscú-Leningrado. En el centro, la División SS *Das Reich* y la 10.ª División Panzer llegaron al escenario de la batalla napoleónica de Borodino, a solo ciento diez kilómetros de la capital. Allí se enfrentaron a una lucha feroz contra un contingente reforzado por los nuevos lanzacohetes Katiusha y dos regimientos de fusileros siberianos, precursores de muchas otras divisiones, cuyo despliegue alrededor de Moscú pilló a los alemanes por sorpresa.

Richard Sorge, el principal agente soviético en Tokio, había descubierto que los japoneses planeaban dar un golpe al sur del Pacífico contra los americanos. Stalin no confiaba del todo en Sorge, aunque había acertado en lo concerniente a la Operación Barbarroja, pero sus informaciones fueron confirmadas por unos mensajes interceptados. La reducción de la amenaza contra la URSS en el Extremo Oriente permitió al dictador soviético empezar a traer más divisiones al oeste del país a través del Transiberiano. La victoria de Zhukov en Khalkhin Gol desempeñó un papel trascendental en el importante giro

estratégico que dieron los japoneses.

Los alemanes habían subestimado el efecto que pudieran tener sobre su avance la lluvia y la nieve, capaces de convertir los caminos en cenagales de fango espeso y negro. Los suministros de combustible, municiones y raciones de comida no podían seguir adelante, y el avance tuvo que detenerse. También se vio retrasado por la resistencia de los soldados que seguían atrapados en la maniobra de envolvimiento, impidiendo a los invasores liberar tropas para poder seguir avanzando hacia Moscú. El general de aviación Wolfram von Richthofen voló a baja altura sobre lo que quedaba de la bolsa de Viazma y se fijó en los montones de cadáveres y los vehículos y cañones destruidos.

El Ejército Rojo contó también con la ayuda de las interferencias de Hitler. En Kalinin, la 1.ª División Panzer, dispuesta a lanzarse al ataque hacia el sur, en dirección a Moscú, recibió repentinamente la orden de avanzar en dirección contraria junto al IX Ejército para intentar llevar a cabo otra maniobra de envolvimiento con el Grupo de Ejércitos Norte. Hitler y el OKW no tenían la menor idea de cuáles eran las condiciones en las que combatían sus tropas, pero la *Siegeseuphorie* o euforia de victoria del cuartel general del Führer hizo que se pusiera fin a la concentración de fuerzas contra Moscú.

Stalin y el Comité de Defensa del Estado decidieron el 15 de octubre evacuar el gobierno a Kuibyshev. Se dijo a los funcionarios que dejaran sus despachos y se montaran en una larga fila de camiones que los llevarían a la Estación de Ferrocarril de Kazan. Otros tuvieron la misma idea. «Los directores de muchas fábricas metieron a sus familias en camiones y las sacaron de la capital y ahí empezó todo. La población civil se puso a saquear las tiendas. Yendo por la calle, podían verse por doquier las caras enrojecidas, achispadas, de personas cargadas con ristras de salchichas y rulos de tejidos bajo el brazo. Sucedían cosas que habrían sido impensables solo dos días antes. Por la calle se oía decir que Stalin y el gobierno habían huido de Moscú».[13]

El pánico y los actos de pillaje se vieron estimulados por los rumores de que los alemanes estaban ya a las puertas. Los funcionarios, espantados, destruyeron sus carnets del partido comunista, acto que muchos de ellos tendrían que lamentar más tarde, cuando el NKVD restaurara el orden, pues serían acusados de derrotismo criminal. La mañana del 16 de octubre, Aleksei Kosygin entró en el palacio del Sovnarkom, el Consejo de Comisarios del Pueblo, del que era vicepresidente. Encontró el edificio abierto y abandonado, con muchos documentos secretos tirados por el suelo. Los teléfonos

sonaban en los despachos vacíos. Suponiendo que eran llamadas de personas que intentaban saber si el gobierno se había ido o no, respondió a una de ellas. Un funcionario le preguntó si Moscú iba a rendirse.

Por las calles la policía había desaparecido. Como le ocurriera a Europa occidental un año antes, Moscú sufría una psicosis de invasión de paracaidistas enemigos. Natalya Gesse, obligada a caminar ayudándose de muletas como consecuencia de una operación, se vio «rodeada de una pandilla de individuos que sospechaban que se había roto las piernas lanzándose en paracaídas desde un avión».[14] Muchos de los que se entregaban al saqueo iban borrachos, y justificaban sus actos diciendo que más valía llevarse lo que pudieran antes de que lo hicieran los alemanes. Las multitudes aterrorizadas que se amontonaban en las estaciones intentando asaltar los trenes que aún podían salir fueron descritas como «remolinos humanos», en los cuales los niños eran arrancados de los brazos de sus madres.[15] «Lo que pasaba en la Estación de Kazan va más allá de cualquier posible descripción», escribió Ilya Ehrenburg.[16] Las cosas iban un poquito mejor en las estaciones de Moscú de donde salían trenes hacia el oeste, y en las que habían sido soltados de mala manera cientos de soldados heridos, sin que nadie se ocupara de ellos, en camillas dispuestas en los andenes. Entre ellas iban y venían mujeres buscando desesperadamente a un hijo, a un marido, a un

novio.

Al salir de la fortaleza del Kremlin, a Stalin le chocó la visión que apareció ante sus ojos. Se declaró el estado de sitio y regimientos de fusileros del NKVD empezaron a recorrer la ciudad para limpiar las calles, disparando a los saqueadores y a los desertores en cuanto los veían. El orden fue restaurado de manera brutal. Stalin decidió entonces quedarse en la capital, y su decisión fue dada a conocer por radio. Fue un momento crítico, y el efecto que tuvo la noticia fue considerable. Los ánimos dieron un vuelco de ciento ochenta grados, y el pánico masivo se convirtió en determinación generalizada de defender la ciudad a toda costa. Fue un fenómeno similar al cambio de sentimientos que se había producido durante la defensa de Madrid cinco años antes.

Subrayando la necesidad de guardar el secreto, Stalin dijo al Comité de Defensa del Estado que las celebraciones del aniversario de la Revolución Bolchevique debían seguir adelante. Algunos miembros del Comité quedaron sorprendidos, pero reconocieron que probablemente valía la pena correr el riesgo de hacer una demostración ante el país y ante el mundo en general de que Moscú no iba a rendirse nunca. La «víspera de la Revolución», Stalin pronunció en el gran vestíbulo de la estación de metro de Mayakovsky, ricamente engalanado para la ocasión, un discurso que fue retransmitido por radio a todo el país. En

él evocó a los grandes héroes de la historia de Rusia, de filiación no precisamente proletaria, Aleksandr Nevsky, Dmitri Donskoy, Suvorov y Kutuzov. «Los invasores alemanes quieren una guerra de exterminio. ¡Pues muy bien, la tendrán!».[17]

Aquella fue la curiosa reaparición de Stalin ante la conciencia del pueblo soviético, tras varios meses de intentar que nadie lo asociara con los desastres de la retirada. «He estado mirando los archivos de algunos periódicos viejos de los meses de julio a noviembre de 1941», escribiría Ilya Ehrenburg muchos años más tarde. «El nombre de Stalin no es mencionado prácticamente nunca».[18]

El líder estaba ahora inextricablemente unido a la valerosa defensa de la capital. Y al día siguiente, 7 de noviembre, desde lo alto del mausoleo de Lenin en la Plaza Roja, en aquellos momentos vacío, Stalin recibió el saludo de las tropas, mientras los interminables escuadrones de refuerzos desfilaban ante él bajo la nieve, dispuestos a girar hacia el noroeste y continuar la marcha con destino al frente. Stalin había previsto astutamente el efecto que podía tener aquel golpe de escena, y se encargó que fuera filmado para los noticiarios cinematográficos nacionales y extranjeros.

Durante la semana siguiente cayeron unas heladas terribles, y el 15 de noviembre se reanudó el avance de los

alemanes. Pronto quedó patente para Zhukov que su principal línea de ataque iba a situarse en el sector de Volokolamsk, donde el XVI Ejército de Rokossovsky se vio obligado a emprender la retirada sin dejar de combatir. Zhukov se hallaba sometido a una presión enorme y perdió los estribos con Rokossovsky. El contraste entre los dos hombres no podía ser mayor, aunque los dos pertenecían al arma de caballería. Zhukov era una especie de torbellino achaparrado, lleno de energía y crueldad, mientras que Rokossovsky, alto y elegante, era tranquilo y pragmático. Rokossovsky, perteneciente a una familia de la pequeña nobleza polaca, había sido encarcelado al final de la purga del Ejército Rojo. Tuvo que ponerse nueve dientes de acero para sustituir los que le arrancaron a golpes cuando estuvo en la «cinta transportadora», la larga serie de sesiones de interrogatorios a la que fue sometido. Stalin había ordenado su liberación, pero de vez en cuando se encargaba de recordarle que no era más que una concesión transitoria. Un solo error y sería entregado de nuevo a los brutales esbirros de Beria.

El 17 de noviembre, Stalin firmó una orden diciendo que las tropas regulares y partisanas debían «destruir y reducir a cenizas» todos los edificios situados en la zona de combate y fuera de ella, para impedir que los alemanes tuvieran dónde refugiarse ante la inminente llegada de las heladas.[19] En ningún momento se tuvo en cuenta la suerte

que pudiera correr la población civil. Los sufrimientos de los soldados, especialmente los heridos abandonados de cualquier manera en los andenes de las estaciones de ferrocarril, fueron también terribles. «Las estaciones estaban cubiertas de excrementos humanos y de soldados heridos con vendajes sanguinolentos», escribía un oficial del Ejército Rojo.[20]

A finales de noviembre, el III Ejército Acorazado (*Panzerarmee*) alemán estaba a cuarenta kilómetros de Moscú por el noroeste. Una de sus principales unidades se había apoderado incluso de una cabeza de puente al otro lado del Canal Moscú-Volga. Mientras tanto, el IV Ejército Panzer llegaba a un punto situado a dieciséis kilómetros de Moscú por el oeste, tras hacer retroceder al XVI Ejército de Rokossovsky. Se dice que un motociclista del Regimiento SS *Deutschland* entró incluso en la ciudad aprovechando la espesa niebla y fue abatido a tiros por una patrulla del NKVD cerca de la estación de Bielorrusia.[21] Otras unidades alemanes podían divisar las cúpulas bulbosas del Kremlin con sus potentes gemelos de campaña. Los alemanes habían estado combatiendo desesperadamente, conscientes de que no tardaría en abatirse sobre ellos toda la fuerza del invierno ruso. Pero sus tropas estaban exhaustas y muchos soldados sufrían ya episodios de congelación.

Las obras de defensa en los accesos a Moscú habían

continuado a un ritmo frenético. «Erizos» de acero hechos de trozos de vigas unidos entre sí a modo de gigantescos abrojos actuaban como barreras antitanque. El NKVD había organizado «batallones destructores» para enfrentarse a los paracaidistas o combatir los actos de sabotaje lanzados contra algunas fábricas de importancia crucial, y como última línea de defensa. A cada hombre se le entregaba un fusil, diez cartuchos y unas cuantas granadas.[22] Temeroso de que Moscú quedara rodeada por el norte, Stalin ordenó a Zhukov que preparara una serie de contraataques. Pero primero tenía que reforzar los ejércitos situados al noroeste de la capital, que eran machacados por el III y el IV Ejército Panzer.

La situación parecía crítica también al sur del país. El grupo de ejércitos de Rundstedt se había asegurado ya la región minera e industrial de la cuenca del Donets a mediados de octubre, cuando los rumanos tomaron finalmente Odessa. En Crimea el XI Ejército de Manstein había puesto sitio a la gran base naval de Sebastopol. El I Ejército Panzer avanzaba con rapidez hacia el Cáucaso, dejando tras de sí a la infantería. Y el 21 de noviembre la 1.ª División Panzer SS *Leibstandarte Adolf Hitler,* al mando del *Brigadeführer* Sepp Dietrich, a quien

Richthofen llamaba «el viejo caballo de batalla», había tomado Rostov, a la entrada del Cáucaso, y se había hecho con una cabeza de puente al otro lado del Don.[23] Hitler estaba exultante. Los campos petrolíferos situados más al sur parecían al alcance de su mano. Pero la punta de lanza acorazada de Kleist se veía desbordada y su flanco izquierdo estaba guardado solo por tropas húngaras deficientemente armadas. El mariscal Timoshenko aprovechó la ocasión y lanzó un contraataque a través del río Don, que se había helado.

Rundstedt, dándose cuenta de que era imposible llevar a cabo un avance con todas sus fuerzas en el Cáucaso antes de la próxima primavera, replegó sus fuerzas a la línea del río Mius, que desemboca en el mar de Azov, al oeste de Taganrog. Hitler reaccionó ante esta primera retirada del ejército alemán durante la guerra con una mezcla de cólera e incredulidad. Ordenó que la retirada fuera detenida de inmediato. Rundstedt presentó su dimisión, que fue aceptada *ipso facto,* El 3 de diciembre, Hitler voló hasta el cuartel general del Grupo de Ejércitos Sur en Poltava, donde en otro tiempo había sido derrotado definitivamente un invasor anterior, Carlos XII de Suecia. Al día siguiente el Führer hizo público el nombramiento del *Generalfeldmarschall* von Reichenau, un nazi convencido, al que Rundstedt describía en términos despectivos diciendo que era un bruto que andaba corriendo «de un lado

a otro medio desnudo cuando hacía ejercicio».[24]

Hitler se quedó desconcertado cuando se enteró de que Sepp Dietrich, al mando de la División SS *Leibstandarte,* estaba de acuerdo con la decisión de Rundstedt. Y Reichenau, que había asegurado a Hitler que no se replegaría, enseguida siguió adelante con la retirada, presentándola ante el cuartel general del Führer como un hecho consumado. Obligado a dar su brazo a torcer, Hitler compensó entonces a Rundstedt por su destitución con un regalo de cumpleaños de doscientos setenta y cinco mil marcos del Reich. El Führer comentaría a menudo con cinismo lo fácil que resultaba sobornar a sus generales con dinero, o mediante la concesión de bienes inmuebles y condecoraciones.

Leningrado se había salvado de la aniquilación en parte debido a la autoridad implacable de Zhukov y a la determinación de sus tropas, pero sobre todo por la decisión de los alemanes de concentrarse en Moscú. A partir de ese momento, el Grupo de Ejércitos Norte se convertiría en el pariente pobre del Frente Oriental, sin recibir refuerzos prácticamente nunca y siempre con el temor de verse despojado de unidades destinadas a reforzar las formaciones desplegadas en el centro y en el sur del

país. Este descuido de los alemanes fue superado incluso por los soviéticos, pues Stalin quiso en varias ocasiones despojar a Leningrado de sus tropas para que acudieran en ayuda de Moscú. El dictador soviético no tenía muchas consideraciones por la que veía como una ciudad de intelectuales, que despreciaban a los moscovitas y sentían una sospechosa afinidad con la Europa occidental. Resulta difícil afirmar hasta qué punto consideró en serio la posibilidad de abandonar la vieja capital imperial a su suerte, pero está bastante claro que durante el otoño y el invierno le preocupó mucho más conservar las fuerzas del Frente de Leningrado que la ciudad, por no hablar de sus habitantes.

Los intentos soviéticos de romper las maniobras de envolvimiento desde fuera por medio del LIV Ejército no lograron desalojar a los alemanes de la ribera meridional del lago Ladoga. Pero al menos los defensores consiguieron retener el istmo que une la ciudad y el lago, aunque ello se debiera en parte a la cautela de los finlandeses, que no se atrevieron a avanzar sobre un territorio que ya era soviético antes de 1939.

El asedio acabó ajustándose a un patrón, marcado por los bombardeos regulares de la ciudad a horas determinadas. Las bajas civiles aumentaron, pero sobre todo a causa del hambre. Leningrado era de hecho una isla. La única conexión posible con el «continente» era a través

del lago Ladoga o por vía aérea. Unos dos millones ochocientos mil civiles quedaron atrapados y, debido a la presencia de otro medio millón de soldados, las autoridades se vieron obligadas a suministrar comida a tres millones trescientas mil personas. La distribución de alimentos era sorprendentemente desigual en una sociedad que se suponía igualitaria. Los funcionarios del partido se aseguraban de que sus familias y sus parientes próximos no sufrieran penalidades, y los que controlaban los abastecimientos, empezando por las panaderías y los comedores, se aprovechaban descaradamente de su posición. A menudo era preciso recurrir al soborno para obtener incluso las raciones básicas.

De hecho la comida era poder, tanto para el individuo corrupto como para el estado soviético, que llevaba largo tiempo acostumbrado a imponer la sumisión o a vengarse de las categorías menos favorecidas del pueblo. Los trabajadores de la industria, los niños y los soldados recibían una ración completa, pero otros, como por ejemplo las mujeres casadas que no trabajaban y los adolescentes, recibían solo una ración llamada de «dependiente». Sus cartillas de racionamiento recibían el nombre de *smertnik,* esto es «cartillas de la muerte».[25] Según la postura típicamente soviética ante la jerarquía, eran considerados «bocas inútiles», mientras que los jerarcas del partido recibían raciones suplementarias para

ayudarles a tomar decisiones en aras del bien común.

«Nuestra situación en materia de provisiones es muy mala», anotaba Vasily Churkin a finales de octubre, cuando defendía la línea en las cercanías de Shlisselburg, a orillas del lago Ladoga. «Nos dan trescientos gramos de pan, negro como la tierra, y una sopa aguada. Alimentamos a nuestros caballos con retoños de abedul, que no tienen ni una sola hoja, y los pobres animales van muriendo uno tras otro. Los habitantes de Beryozovka y nuestros soldados no han dejado más que los huesos de un caballo que cayó muerto. Cortan tajadas de carne y las cuecen».[26]

Los soldados salieron mucho mejor librados que la población civil, y los que tenían familia en la ciudad aguardaban la llegada del invierno cada vez con más angustia. Empezaron a circular historias terribles de canibalismo. Churkin señalaba que «nuestro cabo Andronov, un tipo alto, ancho de espaldas, lleno de energía, cometió un error por el que pagó con la vida. El jefe de abastos lo mandó a Leningrado en un vehículo con no sé qué pretexto. En aquel momento en Leningrado estaban más muertos de hambre que nosotros, y la mayoría de nosotros tenía familia en la ciudad. El vehículo de Andronov fue obligado a detenerse a medio camino. En el vehículo encontraron latas de comida, carne y cereales, que habíamos guardado de nuestras escasas raciones [para mandársela a nuestros familiares]. El tribunal condenó a

Andronov y a su jefe a muerte. Su mujer estaba en Leningrado con un niño pequeño. La gente dice que su vecino se comió al niño y que la mujer se volvió loca».[27]

La ciudad hambrienta necesitaba la llegada del frío para que la capa de hielo del lago Ladoga fuera lo bastante fuerte como para aguantar el peso de los camiones que trajeran víveres por el «camino de hielo». Durante la primera semana de diciembre se asumieron muchos riesgos. «Vi un camión Polutorka», escribe Churkin, «cuyas ruedas traseras se habían hundido en el hielo. Iba cargado de sacos de harina que todavía estaban secos... La cabina sobresalía, pues las ruedas delanteras estaban apoyadas en el hielo. Pasé junto a una docena de camiones Polutorka cargados de harina que se había congelado con el hielo. Eran los pioneros de la "Ruta de la Vida". En los camiones no había nadie».[28] Los habitantes de Leningrado tendrían que esperar un poco más a que llegaran las reservas ya almacenadas. En la localidad de Kabona, situada junto al lago, Churkin vio que «junto a la orilla, extendiéndose a lo largo de tantos kilómetros que no se veía dónde acababa, había una cantidad enorme de sacos y cajas con productos alimenticios preparados para ser enviados a través del hielo a Leningrado, donde el hambre hacía estragos».[29]

A primeros de diciembre, muchos altos mandos del Grupo de Ejércitos Centro se dieron cuenta de que sus tropas, exhaustas y congeladas de frío, no podrían tomar Moscú. En vista de que sus fuerzas estaban extenuadas, habrían querido replegarlas a una línea que fuera defendible, pero semejantes argumentos habían sido rechazados ya por el general Halder, obedeciendo las instrucciones del cuartel general del Führer. Algunos empezaron a pensar en 1812 y en la terrible retirada del ejército de Napoleón. Ni siquiera ahora que se había helado el barro había mejorado la situación de los suministros de víveres. Con la temperatura descendiendo por debajo de los veinte grados centígrados bajo cero, y a menudo con visibilidad nula, la Luftwaffe se veía obligada a permanecer en tierra la mayor parte del tiempo. Del mismo modo que el personal de tierra de los aeródromos, las tropas motorizadas se veían obligadas a encender hogueras debajo de los motores de sus vehículos antes de poder arrancarlos. Las ametralladoras y los fusiles se congelaban y se ponían duros como piedras porque la Wehrmacht no tenía el lubrificante adecuado para la guerra de invierno, y las radios dejaban de funcionar debido a las temperaturas extremas que se alcanzaban.

Los caballos de tiro utilizados por la artillería y los medios de transporte que habían traído de Europa occidental no estaban acostumbrados al frío y carecían de

forraje. El pan llegaba congelado, duro como una piedra. Los soldados tenían que cortarlo con sierras y metérselo en los bolsillos de los pantalones antes de poder comérselo. Los *Landser,* extenuados, no podían cavar trincheras en aquel terreno duro como el acero sin calentarlo primero encendiendo grandes hogueras. Habían llegado pocos repuestos para sus botas, que se les caían a pedazos después de tanto caminar. Había también escasez de guantes como es debido. Las bajas por congelación superaban el número de los heridos en el campo de batalla. Los oficiales se quejaban de que sus soldados habían empezado a parecerse a los campesinos rusos, pues habían robado las ropas de invierno de la población civil, a veces obligándola a punta de pistola a entregarles sus botas.

Mujeres, niños y ancianos eran obligados a salir a la nieve de sus cabañas de madera o isbas, cuyo pavimento no dudaban en destrozar los soldados en busca de sus reservas de patatas. Habría sido menos cruel matar a sus víctimas que obligarlas a morir de hambre o de frío, medio despojadas de sus vestiduras, durante el que sería el invierno más crudo en muchos años. Las condiciones en las que vivían los prisioneros soviéticos eran aún peores. Morían a millares de agotamiento por las marchas forzadas que debían hacer hacia el oeste a través de la nieve, de hambre o de enfermedad, principalmente tifus. Algunos se vieron obligados a practicar el canibalismo debido al

inhumano estado de degradación y sufrimientos al que se habían visto reducidos. Cada mañana, sus guardianes les obligaban a correr unos pocos centenares de metros mientras les golpeaban. Al que caía al suelo lo mataban inmediatamente de un tiro. La crueldad se había vuelto adictiva en aquellos individuos que tenían poder absoluto sobre unos seres a los que se les había enseñado a despreciar y odiar.

El 1 de diciembre Moscú estuvo por fin al alcance de la artillería pesada alemana. Ese día el IV Ejército del *Generalfeldmarschall* von Kluge inició el asalto definitivo de la ciudad desde el oeste. El viento helado producía ventisqueros enormes y los soldados quedaban agotados cuando intentaban caminar entre ellos. Pero gracias a la cortina de fuego creada por sorpresa por la artillería y un poco de apoyo aéreo de la Luftwaffe, el XX Cuerpo logró romper las defensas del XXXIII Ejército ruso y alcanzar la carretera Minsk-Moscú. También se vio amenazada la retaguardia del V Ejército soviético, situado en las inmediaciones. Zhukov reaccionó inmediatamente y envió hacia allí todos los refuerzos que pudo reunir, incluida la 32.ª División de Fusileros de Siberia.

A última hora del 4 de diciembre, la posición del

Ejército Rojo fue restaurada. La infantería alemana se vino abajo debido al agotamiento y al frío. La temperatura había descendido por debajo de los treinta grados bajo cero. «No puedo describirte lo que esto significa», escribía ese día a su familia un cabo de la 23.ª División de Infantería. «Primero este frío espantoso, la ventisca, los pies completamente empapados —las botas no se nos secan nunca y no nos permiten quitárnoslas— y en segundo lugar la prueba de nervios a la que nos someten los rusos».[30] Kluge y Bock sabían que habían fracasado. Intentaron consolarse con la idea de que también el Ejército Rojo debía de estar en las últimas, como Hitler había insistido tantas veces. No podían estar más equivocados. Durante los últimos seis días, Zhukov y la Stavka habían estado preparando el contraataque.

Con líderes como Zhukov, Rokossovsky, Lelyushenko y Konev, una nueva profesionalidad estaba empezando a surtir efecto. Aquello ya no era la esclerótica organización de junio, en la que los mandos, aterrorizados por la posibilidad de ser detenidos por el NKVD, no se atrevían a mostrar la más mínima iniciativa. También habían sido abandonadas las rígidas formaciones de ese período. Ahora un ejército soviético constaba de poco más de cuatro divisiones. Por lo pronto, el nivel de mando correspondiente al cuerpo de ejército había sido eliminado para mejorar el control.

Habían sido formados otros once ejércitos detrás de las líneas. Algunos incluían batallones de esquiadores y divisiones siberianas, muy bien entrenadas, equipadas adecuadamente para la guerra en invierno, con chaquetas acolchadas y trajes blancos de camuflaje. El nuevo tanque T-34, con sus orugas anchas, podía maniobrar en la nieve y el hielo mucho mejor que los panzer germanos. Y a diferencia del equipamiento de los alemanes, las armas y los vehículos de los soviéticos tenían los lubrificantes adecuados para resistir las bajas temperaturas. Las escuadrillas de aviación del Ejército Rojo se habían reunido en aeródromos situados en los alrededores de Moscú. Con sus cazas Yak y su avión Shturmovik, especializado en ataque de objetivos en tierra, alcanzarían de momento la superioridad aérea, mientras la mayoría de los aparatos de la Luftwaffe permanecían congelados en tierra.

El plan de Zhukov, aprobado por Stalin, tenía por objeto eliminar las dos avanzadillas alemanas a uno y otro lado de Moscú. La principal de ellas, simada al noroeste, estaba formada por el IV Ejército y el III y IV Ejército Panzer, que se hallaban completamente exhaustos. La situada al sur, al este de Tula, estaba formada por el II Ejército Panzer de Guderian. Pero este, dándose cuenta del peligro, había empezado a replegar parte de sus unidades adelantadas.

A las tres de la madrugada del viernes 5 de diciembre, el Frente Kalinin de Konev, que acababa de ser formado, se lanzó contra la avanzadilla principal con el XXIX y el XXXI Ejército, atacando a través del Volga helado. Al día siguiente, avanzaron hacia el oeste el I Ejército de Choque y el XXX Ejército. Luego Zhukov envió otros tres ejércitos, entre ellos el XVI Ejército reforzado de Rokossovsky y el XX de Vlasov, contra el flanco sur. Pretendía así dejar aislados al III y al IV Ejército Panzer. En cuanto se abrió un hueco, el II Cuerpo de Guardias de Caballería del general Lev Dovator arremetió para provocar el caos entre la retaguardia alemana. Los robustos caballos cosacos podían moverse entre la nieve, de un metro de profundidad, y enseguida alcanzaron a la infantería alemana que a duras penas intentaba retirarse por aquel terreno impracticable.

Al sur, el L Ejército atacó el flanco norte del II Ejército Panzer de Guderian desde Tula, mientras que el X avanzaba desde el nordeste. El I Cuerpo de Guardias de Caballería de Pavel Belov, reforzado con tanques, arremetió contra la retaguardia alemana. Guderian se movió con rapidez y logró sacar de la trampa a la mayoría de sus fuerzas. Pero no pudo restaurar la línea, como esperaba, porque entonces el Frente Sudoeste ruso envió al XIII Ejército y a un grupo operacional contra su II Ejército por el flanco sur. Guderian tuvo que replegarse otros ochenta

kilómetros. Esta maniobra dejó abierto un gran hueco entre él y el IV Ejército, situado a su izquierda.

El Ejército Rojo seguía estando escaso de tanques y de piezas de artillería, pero gracias a los nuevos ejércitos estaba cerca de alcanzar el número de hombres de que disponían los alemanes en el frente de Moscú. Su principal ventaja era el factor sorpresa. Los alemanes habían descartado por completo los informes de los pilotos de la Luftwaffe que hablaban de movimientos de grandes formaciones militares detrás de las líneas. Además, tampoco tenían reservas. Y con los duros combates que estaban librándose al sudeste de Leningrado y la retirada del Grupo de Ejércitos Sur a la línea del Mius, Bock no podía contar con recibir refuerzos por los flancos. La sensación de precariedad llegó a notarla incluso un *Obergefreiter* de abastecimientos de la 31.ª División de Infantería. «No sé qué es lo que pasa. Sencillamente tiene uno la extraña sensación de que esta gigantesca Rusia es demasiado para nuestras fuerzas».[31]

El 7 de diciembre, la batalla contra la principal avanzadilla marchaba viento en popa. Parecía que los soviéticos iban a alcanzar su objetivo de atrapar al III Ejército Panzer y parte del IV. Pero el avance era lento, para mayor frustración de Zhukov. Sus ejércitos se veían retrasados al intentar eliminar todos los puestos fortificados del enemigo, defendidos por *Kampfgruppen*

(grupos de combate) improvisados. Dos días después, Zhukov ordenó a sus mandos que detuvieran los ataques frontales y se limitaran a dejar atrás los focos de resistencia para penetrar a fondo en la retaguardia alemana.

El 8 de diciembre, un soldado alemán escribía en su diario: «¿Tendremos que salir huyendo? Pues que Dios nos proteja».[32] Todos sabían lo que eso podía significar en los campos nevados. La retirada a lo largo del frente vendría marcada por una sucesión de aldeas en llamas, incendiadas por los soldados mientras intentaban replegarse avanzando a duras penas en medio de la nieve, que alcanzaba una altura enorme. La ruta estaba plagada de vehículos abandonados por falta de combustible, caballos muertos de agotamiento e incluso heridos dejados atrás en medio de la nieve. Los soldados, hambrientos, cortaban trozos de carne congelada de los lomos de los caballos para comérsela.

Los batallones de esquiadores siberianos surgían de repente de las brumas heladas para hostigar y acosar al enemigo. Con una satisfacción siniestra, se percataban del equipamiento totalmente inadecuado de los enemigos, obligados a protegerse del frío con los mitones y los mantones que arrebataban a las viejas de sus hombros o que obtenían cuando saqueaban las aldeas. «Las heladas fueron excepcionalmente fuertes», escribió Ehrenburg, «pero los siberianos del Ejército Rojo protestaban: "A ver si viene una helada de verdad, que acabe con ellos de una vez"».[33]

Su venganza fue espantosa, después de lo que habían oído contar del trato dispensado por los alemanes a los prisioneros y a la población civil. Prácticamente sin que la Luftwaffe los molestara, los regimientos de cazas y de Shturmovik del Ejército Rojo hostigaban las interminables columnas de tropas en retirada, cuya negra silueta se destacaba sobre la nieve. Grupos de atacantes del Cuerpo de Guardias de Caballería de Belov y Dovator se internaban en la retaguardia, arremetiendo contra los depósitos y las baterías de artillería con los sables desenvainados. Los partisanos asaltaban las líneas de abastecimiento, a veces uniéndose a la caballería. Y Zhukov decidió lanzar en paracaídas al IV Cuerpo Aerotransportado por detrás de las líneas alemanas. Las tropas soviéticas no tuvieron piedad de la infantería alemana, medio congelada e infestada de piojos.

En los hospitales de campaña alemanes había que amputar cada vez más miembros congelados, pues los casos de congelación mal tratados desembocaban en gangrena. Con las temperaturas por debajo de los treinta bajo cero, la sangre de las heridas se congelaba de inmediato, y muchos soldados tenían problemas intestinales como consecuencia de tener que dormir en el suelo helado. Casi todos sufrían de diarrea, problema todavía más desagradable en aquellas circunstancias. Los que no podían moverse por sí solos estaban condenados.

«Muchos heridos se pegan un tiro», anotó un soldado en su diario.[34]

Además las armas congeladas a menudo no funcionaban. Los tanques tenían que ser abandonados por falta de combustible. Se generalizó entre los soldados el temor a quedar aislados. Cada vez eran más los oficiales y los soldados que lamentaban el trato que habían dispensado a los prisioneros de guerra soviéticos. Sin embargo, a pesar del recuerdo constante del desastre de 1812 y del temor de que la Wehrmacht estuviera maldita, como la *Grande Armée* de Napoleón, la retirada no degeneró en una desbandada. El ejército alemán, especialmente cuando estaba al borde del desastre, a menudo sorprendía a sus enemigos por la forma en que se defendía. Algunos *Kampfgruppen* improvisados, formados a punta de pistola por la Feldgendarmerie, que hacía redadas entre los rezagados de las unidades en retirada y capitaneados por determinados oficiales y suboficiales, lograron resistir. Estaban constituidos por una mezcla de soldados de infantería y zapadores, provistos de armas heterogéneas, como piezas de artillería antiaérea o cañones autopropulsados. El 16 de diciembre, un grupo que había logrado atravesar una bolsa de envolvimiento, pudo llegar finalmente hasta las líneas alemanas. «Hay una enorme cantidad de ataques de nervios», señalaba en su diario un hombre. «Nuestro oficial llora».[35]

Al principio Hitler reaccionó con incredulidad ante la noticia de la ofensiva soviética, pues él solo se había convencido de que los informes acerca de los nuevos ejércitos eran un farol. No podía entender de dónde habían salido. Humillado por el giro totalmente inesperado que habían dado los acontecimientos bélicos después de todas las declaraciones de victoria sobre el *Untermensch* eslavo que se habían hecho últimamente, estaba furioso y desconcertado. Instintivamente, recayó en su creencia visceral de que la voluntad acabaría por triunfar. El hecho de que sus hombres carecieran de ropa adecuada, de municiones, de raciones de comida y de combustible para sus vehículos blindados resultaba casi irrelevante para él. Obsesionado con la retirada de Napoleón en 1812, estaba decidido a desafiar una eventual repetición de la historia. Ordenó a sus tropas que aguantaran aunque no fueran capaces de cavar posiciones defensivas en aquel terreno duro como la piedra.

Con toda la atención de Moscú fija en la gran lucha que estaba desarrollándose al oeste de la capital, la noticia del ataque de los japoneses a Pearl Harbor no causó demasiada sensación. Pero sí que causó un impacto considerable en la ciudad de Kuibyshev, donde habían sido

trasladados todos los corresponsales extranjeros (siempre sometidos a la férrea orden de la censura soviética de fechar todos sus artículos en Moscú). Ilya Ehrenburg observaba con humor que «los americanos del Grand Hotel se liaron a golpes con los periodistas japoneses». Para americanos y japoneses, aquello era un insignificante principio.[36]

16
PEARL HARBOR (septiembre de 1941-abril de 1942)

El 6 de diciembre de 1941, justo cuando comenzaba la contraofensiva soviética en los alrededores de Moscú, los criptoanalistas de la Marina estadounidense descodificaron un mensaje enviado desde Tokio al embajador nipón en Washington. Aunque faltaba la parte final, el contenido era sumamente claro. «Significa la guerra», dijo Roosevelt a Harry Hopkins, que se encontraba en el despacho oval cuando llegó esta información aquella tarde.[1] El presidente se había limitado a enviar un mensaje personal al emperador Hiro Hito, instando a su país a retirarse del conflicto armado.

Más tarde, en el Departamento de Guerra, el jefe de los servicios de inteligencia entregó las interceptaciones al general de brigada Leonard Gerow, de la División de Operaciones Bélicas, con la orden de que se diera aviso a las bases del Pacífico. Pero Gerow decidió no hacer nada. «Creo que ya han recibido suficientes comunicados», se

cuenta que dijo.[2] Su comentario se debía al hecho de que tanto a la Marina de los Estados Unidos como al cuartel general de su ejército en el Pacífico se les había informado el 27 de noviembre de la inminencia de la guerra. Este comunicado de los servicios de inteligencia también estaba basado en interceptaciones de mensajes diplomáticos japoneses, realizadas por los especialistas del proyecto «Magic».

Curiosamente, o tal vez significativamente, del Kremlin no llegó aviso alguno, a pesar del deseo de Roosevelt de ayudar a la Unión Soviética. Solo podemos especular cuáles fueron las razones que llevaron a Stalin a adoptar esa postura, pero lo cierto es que, antes de que se librara la batalla por Moscú, el líder soviético se negó a informar a los servicios de inteligencia de Richard Sorge de que los japoneses estaban planeando un ataque sorpresa contra las fuerzas americanas del Pacífico. Sin embargo, una de las coincidencias más sorprendentes que se produjeron en la Segunda Guerra Mundial fue que el presidente Roosevelt tomara la decisión de seguir adelante con el proyecto de investigación para obtener un arma atómica el 6 de diciembre, un día antes de que los japoneses lanzaran su ataque contra los Estados Unidos.[3]

La primera semana de septiembre, los líderes militares nipones habían obligado al emperador Hiro Hito a aceptar su decisión de entrar en guerra. La única protesta

del soberano consistió en la lectura de un poema a favor de la paz que había escrito su abuelo. Pero su posición, en calidad de comandante en jefe de las fuerzas armadas, fue extremadamente ambivalente. Su oposición a la guerra no se basaba en razones morales, sino simplemente en el temor de salir derrotado. Los militaristas más extremistas, en su mayoría jóvenes oficiales de rango intermedio, creían que su país tenía la misión divina de forjar un imperio en virtud de lo que denominaban eufemísticamente la «Gran Esfera de Co-Prosperidad de Asia Oriental», o de lo que ya en 1934 había llamado el perspicaz embajador norteamericano en Tokio una *«pax japonica»*. En noviembre de 1941, este diplomático tenía buenas razones para temer que el aparato militar nipón estuviera dispuesto a llevar a su país a un «harakiri nacional».[4]

El afán expansionista del Imperio Japonés había dado lugar a una serie de prioridades que entraban en conflicto unas con otras: la guerra china en el centro, el temor a la amenaza que suponía por el norte la odiada Unión Soviética y la oportunidad en el sur de apoderarse de las colonias francesas, holandesas y británicas. El ministro de asuntos exteriores, Matsuoka Yosuke, había establecido un pacto de neutralidad de su país con la URSS en abril de 1941, poco antes de que Hitler comenzara la invasión. Cuando los ejércitos alemanes comenzaron a avanzar rápidamente hacia el este, Matsuoka, dando un giro de 180º a su política

exterior, instó a lanzar un ataque en el norte contra la retaguardia soviética. Pero los altos oficiales del Ejército Imperial se opusieron a esta idea. Recordaban la derrota sufrida a manos de Zhukov en agosto de 1939, y la mayoría prefirió terminar primero la guerra en China.

La ocupación de la Indochina francesa en 1940 se había realizado principalmente con el objetivo de cortar los suministros a los ejércitos nacionalistas de Chiang Kai-shek, aunque al final fuera un paso determinante hacia la estrategia de «atacar por el sur», defendida principalmente por la Armada imperial nipona. Indochina representaba la base perfecta desde la que capturar los yacimientos petrolíferos de las Indias Orientales Neerlandesas. Y a raíz del embargo impuesto a Japón por los Estados Unidos y Gran Bretaña en respuesta a la ocupación de Indochina, el comandante en jefe de la Flota Imperial, el almirante Yamamoto Isoroku, había sido informado de que sus barcos se iban a quedar sin combustible en menos de un año. Los militaristas nipones consideraban que su país debía seguir adelante y apoderarse de todos los recursos posibles con el fin de cubrir sus necesidades. Dar un paso atrás suponía una verdadera deshonra.

El ministro de la guerra, el general Tojo Hideki, se daba cuenta de que lanzar un ataque contra un país tan poderoso desde el punto de vista industrial como los Estados Unidos constituía una apuesta sumamente

arriesgada. Y Yamamoto, que también temía las consecuencias de una guerra prolongada con los Estados Unidos, consideraba que para alcanzar la victoria había que golpear primero al enemigo con un gran ataque masivo. «Durante los primeros seis o doce meses de guerra contra los Estados Unidos y Gran Bretaña, causaré estragos en todos sus flancos y conquistaré una victoria tras otra», pronosticó con bastante precisión. «Después... no tengo esperanzas de ganar».[5]

Los líderes militares habían aceptado aparentemente la idea del emperador y del primer ministro, el príncipe Konoe Fumimaro, de buscar una solución diplomática con los Estados Unidos, pero nunca estuvieron dispuestos a llegar a un acuerdo que implicara concesiones significativas. El ejército imperial se oponía rotundamente a retirarse de territorio chino. Aunque en muchos casos fueran pesimistas en lo concerniente a sus perspectivas, especialmente si la guerra se alargaba, lo cierto es que los jefes militares japoneses preferían correr el riesgo de cometer un «suicidio nacional» antes de vivir lo que consideraban una vergonzosa deshonra.

Roosevelt se había convencido de que seguir una línea firme era la mejor política, aunque en aquellos momentos no quisiera entrar en guerra. Tanto el general Marshall como el almirante Harold R. Stark, jefes respectivamente del estado mayor del ejército y del estado mayor de la

marina, le habían advertido claramente que los Estados Unidos no estaban aún lo suficientemente preparados. Pero su secretario de guerra, Cordell Hull, mientras negociaba con un enviado japonés, montó en cólera cuando el 25 de noviembre se enteró de que un enorme convoy de buques de guerra y barcos de transporte de tropas estaba cruzando el mar de China Meridional. Reaccionó formulando una serie de demandas que en Tokio fueron consideradas prácticamente un ultimátum.

El documento de los «Diez Puntos» de Hull insistía, entre otras cosas, en que los japoneses debían retirarse de Indochina y China, y renunciar expresamente al Pacto Tripartito con Alemania. Esta firme postura era también fruto de las peticiones de los nacionalistas chinos y los británicos. Solo una renuncia inmediata y completa de los Estados Unidos y Gran Bretaña a sus pretensiones habría podido evitar el conflicto en aquellos momentos. Pero semejante signo de debilidad occidental probablemente hubiera animado a los japoneses a lanzar su ataque frontal.

La intransigencia de Hull sirvió para que los líderes militares nipones se convencieran de que los preparativos que habían realizado para la guerra estaban justificados. Cualquier retraso solo iba a servir para debilitarlos, y un aplazamiento de la guerra dejaría reducido Japón, como había anunciado Tojo durante la importantísima conferencia celebrada el 5 de noviembre, a «nación de

tercera clase».[6] En cualquier caso, la flota de portaaviones de Yamamoto acababa de zarpar de las islas Kuriles, en el norte del Pacífico, y Pearl Harbor era su objetivo. La hora «cero» ya había sido fijada: las 08:00 del 8 de diciembre, hora de Tokio.

Con su plan, los japoneses pretendían asegurar un perímetro alrededor del oeste del Pacífico y el mar de China Meridional. Cinco ejércitos serían los encargados de capturar los cinco objetivos principales. Por el sur, el XXV Ejército atacaría la península de Malaca para conquistar la base naval británica de Singapur. En el sur de China, el XXIII Ejército ocuparía Hong Kong. El XIV Ejército desembarcaría en Filipinas, donde tenía su cuartel general Douglas MacArthur, comandante en jefe y procónsul de los Estados Unidos. El XV Ejército invadiría Tailandia y el sur de Birmania. Y el XVI Ejército se ocuparía de las Indias Orientales Neerlandesas (la actual Indonesia), con sus yacimientos petrolíferos tan vitales para el esfuerzo de guerra nipón. Ante las persistentes dudas de sus colegas de la Armada Imperial, el almirante Yamamoto insistió en que para garantizar el éxito de alguna de estas operaciones, especialmente el ataque a Filipinas, primero debía enviar sus portaaviones a destruir la flota estadounidense.

Los pilotos de la Armada de Yamamoto habían estado preparándose varios meses, practicando ataques con torpedos y bombas. La información secreta de los objetivos contra los que debían actuar la proporcionaba el cónsul general japonés en Honolulú, que había observado los movimientos de los buques de guerra americanos. Las naves estadounidenses se encontraban siempre en el puerto durante el fin de semana. El ataque preventivo quedó fijado para poco después del amanecer del domingo, 8 de diciembre, que en Washington sería aún el 7 de diciembre. El 26 de noviembre, al alba, la flota de portaaviones, con el *Agaki* como buque insignia, zarpó de las islas Kuriles, en el norte del Pacífico, bajo el estricto silencio de sus radios.

En Hawai, el almirante Husband E. Kimmel, comandante en jefe de la Flota del Pacífico, había mostrado su gran preocupación por el hecho de que sus servicios de inteligencia desconocieran la posición de los portaaviones de la Primera y la Segunda Flota japonesa. «¿Quieres decir», replicó el 2 de diciembre, cuando se le informó de ello, «que podrían estar rodeando Diamond Head [cerca de la entrada a Pearl Harbor] y no lo sabríais?» Pero ni siquiera Kimmel podía imaginarse que se produjera un ataque contra Hawai, allí en medio del Pacífico. Al igual que el estado mayor de la marina y el del ejército de tierra en Washington, creía que lo más probable era que los japoneses lanzaran un ataque en la zona del mar de China

Meridional, contra Malaca, Tailandia o Filipinas. Así pues, la rutina propia de los tiempos de paz no se había visto alterada en Hawai, donde los oficiales, con sus blancos uniformes tropicales, y los marineros seguían esperando ansiosos la llegada del fin de semana para poder beber tranquilos unas cervezas y relajarse en la playa de Waikiki en compañía de muchachas nativas. Cuando era fin de semana, muchos barcos quedaban vacíos de hombres, apenas con la tripulación indispensable para su custodia.

A las 06:05 del domingo, 8 de diciembre de 1941, una luz verde dio la señal en la cubierta de vuelo del *Akagi,* Los pilotos se ajustaron en la frente el *hachimaki,* la banda blanca con el símbolo rojo del sol naciente, que indicaba su promesa de que estaban dispuestos a morir por el emperador. Cada vez que uno de ellos despegaba, el personal de cubierta profería un grito característico, «¡Banzai!». A pesar del incremento del mar de fondo, desde los seis portaaviones de aquella fuerza naval partió una primera oleada de ciento ochenta y tres aparatos aéreos, incluidos cazas Zero, bombarderos Nakajima, aviones torpederos y bombarderos en picado Aichi. La isla de Oahu se encontraba a trescientos setenta kilómetros al sur.

Los aviones sobrevolaron en círculo la flota naval para

poner rumbo, en perfecta formación, hacia su objetivo. Como iban por encima de las nubes cuando estaba amaneciendo, resultaba difícil comprobar cualquier desviación de la ruta prevista, por lo que el jefe de los bombarderos, el comandante Fuchida Mitsuo, decidió sintonizar la emisora de radio estadounidense de Honolulú. Transmitía música de baile. A continuación activó la búsqueda por dirección de radio. Corrigió cinco grados el rumbo. La transmisión musical se vio interrumpida por un boletín meteorológico. El comandante nipón sintió un gran alivio al escuchar que la visibilidad sobre la isla estaba mejorando, pues se abrían claros entre las nubes.

Una hora y media después de su despegue, los primeros pilotos divisaron el extremo septentrional de la isla. El avión de reconocimiento que los había precedido informó que los americanos parecían no haber advertido su presencia. Fuchida disparó desde su cabina una bengala «dragón negro» para indicar que podían seguir con el plan de lanzar un ataque sorpresa. El avión de reconocimiento comunicó entonces la presencia en el puerto de diez acorazados, un crucero pesado y diez cruceros ligeros. Cuando los divisó en Pearl Harbor, Fuchida observó con la ayuda de los prismáticos los lugares exactos donde estaban anclados estos barcos. A las 07:49 dio la orden de atacar, transmitiendo a continuación a la flota de portaaviones japonesa un mensaje: «¡Tora, tora, tora!». La palabra que

significa «tigre» y que indicaba que se había conseguido coger al enemigo totalmente desprevenido.

Dos grupos de bombarderos en picado, con un total de cincuenta y tres aparatos, se dirigieron a atacar los tres aeródromos de las inmediaciones. Por tandas, los aviones torpederos comenzaron a descender para lanzarse contra los siete grandes buques de guerra anclados en Battleship Row. La emisora de radio de Honolulú seguía transmitiendo música. Fuchida empezó a ver cómo se elevaban hacia el cielo junto a los acorazados grandes columnas de agua provocadas por las primeras explosiones. Ordenó a su piloto que ladeara el aparato para indicar a sus diez escuadrones que empezaran a bombardear en línea. «Una espléndida formación»,[7] comentaría. Pero en cuanto comenzaron el ataque, las baterías antiaéreas americanas abrieron fuego. Las explosiones formaron grandes nubes grises de humo alrededor de los aparatos, haciendo que los pilotos perdieran el control de sus aviones. Los primeros torpedos alcanzaron el acorazado *Oklahoma,* que lentamente fue girando hasta tocar con su superestructura el fondo. Más de cuatrocientos hombres perdieron la vida atrapados bajo su casco volcado.

Mientras su avión se aproximaba al *Nevada,* que se encontraba a unos tres mil metros, Fuchida observaba con sorpresa la celeridad con la que respondían los americanos. En aquellos momentos se arrepentía de haber ordenado un

ataque en línea. Y mientras comprobaba las dificultades que tenían sus aviones, una gran explosión hizo volar por los aires el *Andona,* matando a más de mil de sus hombres. La gran humareda negra que se formó era tan densa que muchos aparatos nipones soltaban las bombas cuando ya habían pasado sus objetivos y tenían que volver para intentarlo una segunda vez.

Parte de la fuerza aérea de bombarderos y cazas de Fuchida había abandonado la formación para atacar las instalaciones del Cuerpo Aéreo del Ejército de los Estados Unidos en Wheeler Field y Hickan Field y la base aérea de la Marina norteamericana en Ford Island. El personal de tierra y los pilotos estaban desayunando cuando se produjo el ataque. El primero en reaccionar en Hickan Field fue un capellán del ejército, que estaba preparando en aquellos momentos el altar para celebrar una misa al aire libre. Cogió una ametralladora que había por allí, la colocó encima de su altar y empezó a abrir fuego contra los aviones enemigos que descendían en picado. Pero en los dos aeródromos los aviones perfectamente alineados junto a las pistas fueron un blanco fácil para los pilotos japoneses.

Prácticamente una hora después de que los primeros aviadores japoneses divisaran sus objetivos, llegó a la isla una nueva oleada de aparatos nipones. Su misión, sin embargo, se vería complicada por la densa humareda y por

la intensidad de los disparos con los que iban a ser recibidos por los defensores. Contra ellos abrirían fuego incluso los cañones navales de 127 mm. Se cuenta que algunos de sus proyectiles alcanzaron la ciudad de Honolulú, provocando la muerte de civiles.

El cielo, de repente, quedó vacío. Los pilotos japoneses habían regresado al norte para aterrizar en sus portaaviones, que ya estaban preparándose para el viaje de vuelta. Además de los acorazados *Arizona* y *Oklahoma,* la Marina estadounidense había perdido dos destructores en Pearl Harbor. Otros tres acorazados se habían ido a pique, o habían quedado inutilizados, aunque luego fueron reparados. Tres más sufrieron graves daños. El Cuerpo Aéreo del Ejército y la Armada perdieron ciento ochenta y ocho aviones, y otros ciento cincuenta y nueve quedaron averiados. En total murieron dos mil trescientos treinta y cinco hombres en servicio, y mil ciento cuarenta y tres sufrieron heridas de diversa entidad. Solo consiguió destruirse veintinueve aparatos japoneses; pero la Armada Imperial también perdió un sumergible que navegaba en aguas del océano y cinco minisubmarinos, que aparentemente actuaban como elementos de diversión.

A pesar de la gran conmoción que supuso el ataque, fueron muchos los marineros y los trabajadores hawaianos de los astilleros que no dudaron en saltar al agua para sumergirse y salvar a los que habían caído de los barcos. La

mayoría de los hombres heridos en el puerto quedaron cubiertos de grasa y de petróleo, y hubo que limpiarles la piel con paños de algodón. Se formaron pequeños grupos que, con la ayuda de equipos de oxicorte para cortar los mamparos e incluso el casco de los barcos, fueron al rescate de los camaradas que habían quedado atrapados en las naves. El puerto quedó convertido en un desolador escenario de buques de guerra dañados envueltos en negras humaredas, de grúas retorcidas formando un caótico amasijo de hierros junto a los muelles y de instalaciones y edificios acribillados a balazos. Se tardaría dos semanas en sofocar el último incendio. La cólera y la rabia se convirtieron en el motor de los que se encargaron de restablecer el poderío de la Flota del Pacífico de los Estados Unidos. Pero había un hecho que les servía de consuelo: en el momento del ataque ninguno de sus portaaviones se encontraba en el puerto. Y estos portaaviones serían su único medio de respuesta en un tipo de guerra naval que había experimentado una transformación radical y definitiva.

Pearl Harbor no fue, ni mucho menos, el único objetivo. En la isla de Formosa (Taiwán) bombarderos de la Flota Imperial habían esperado a que llegara la hora de despegar

para atacar los aeródromos americanos de Filipinas, pero una niebla intensa había imposibilitado su salida.

El general MacArthur se había despertado en su suite de un hotel de Manila con la noticia del ataque a Pearl Harbor. Inmediatamente convocó una reunión de su estado mayor en la sede de su cuartel general. El general de división Lewis Brereton, jefe de la Fuera Aérea de Extremo Oriente, pidió permiso para lanzar sus Fortalezas Voladoras B-17 contra los aeródromos de Formosa. Pero MacArthur vaciló. Había sido informado de que los bombarderos japoneses que tenían su base en esta isla no tenían suficiente autonomía de vuelo para atacar Filipinas. Brereton no lo tenía tan claro, por lo que decidió que sus B-17 alzaran el vuelo, escoltados por cazas, para que eventualmente no se vieran atrapados en tierra. MacArthur autorizó al final que se realizara un vuelo de reconocimiento en Formosa para bombardear al día siguiente la isla. Brereton ordenó que sus bombarderos regresaran a Clark Field, a unos noventa kilómetros de distancia de Manila, para repostar, y que los cazas aterrizaran en su base próxima a Iba, en el noroeste.[8]

A las 12:20, hora local, mientras las tripulaciones almorzaban, aparecieron en el cielo los incursores japoneses. No podían dar crédito a sus ojos cuando vieron que sus objetivos estaban perfectamente alineados para ellos. En total consiguieron destruir dieciocho

bombarderos B-17 y cincuenta y tres cazas P-40. La mitad de la Fuerza Aérea de Extremo Oriente había sido destruida el primer día. Los americanos no habían recibido aviso alguno porque su equipo de radar aún no había sido instalado. Otros bombarderos japoneses atacaron la capital, Manila. La población civil de Filipinas no sabía qué hacer ni dónde buscar amparo. Un infante de marina americano vio cómo algunas «mujeres se agazapaban bajo las acacias del parque. Unas cuantas de ellas habían abierto sus paraguas para intentar protegerse un poco más».[9]

La isla de Wake (o isla de San Francisco), a mitad de camino entre Hawai y las islas Marianas, se convirtió en otro objetivo de la aviación japonesa el 8 de diciembre, pero esta vez los americanos estaban preparados para recibirla. El comandante James Devereux, que estaba al frente de los cuatrocientos veintisiete infantes de marina estadounidenses presentes en la isla, había ordenado a su corneta que diera el toque de llamada a las armas en cuanto tuvo noticia del ataque a Pearl Harbor. Cuatro pilotos de infantería de marina en sus Grumman Wildcat lograron abatir seis cazas Zero después de que los otros ocho Grumman Wildcat quedaran destruidos o averiados en tierra. El 11 de diciembre aparecieron frente a la costa buques de guerra japoneses para proceder al desembarco de tropas, pero los cañones de 127 mm de la infantería de marina estadounidense hundieron dos destructores y

alcanzaron el crucero *Yubari,* La fuerza nipona se retiró sin intentar siquiera desembarcar a sus hombres.

Aunque satisfechos de su extraordinaria hazaña, los soldados norteamericanos de Wake sabían perfectamente que los japoneses regresarían con un número mucho mayor de efectivos. El 23 de diciembre, una fuerza mucho más imponente hizo su aparición, esta vez a bordo de dos portaaviones y seis cruceros. Los infantes de marina estadounidenses respondieron al ataque con gran coraje, en clara desventaja de uno contra cinco, sufriendo intensos bombardeos de la aviación y la artillería naval nipona. Aunque infligieron graves pérdidas al enemigo, al final no tuvieron más remedio que rendirse para evitar una matanza entre la población civil de la isla.

El 10 de diciembre, cinco mil cuatrocientos infantes de marina japoneses desembarcaron en Guam, en las islas Marianas, a unos dos mil quinientos kilómetros al este de Manila. Con sus escasos pertrechos, la reducida guarnición militar americana poco pudo hacer.

En Hong Kong y en Malaca los británicos habían estado esperando la llegada de los japoneses desde finales de noviembre. Malaca era un preciado trofeo, con sus minas de estaño y sus inmensos cauchales. El gobernador, sir

Shenton Thomas, había descrito la región calificándola de «el arsenal de dólares del Imperio».[10] Así pues, no es de extrañar que Malaca tuviera prácticamente la misma prioridad que los yacimientos petrolíferos de las Indias Orientales Neerlandesas para los japoneses. El 1 de diciembre se declaró el estado de excepción en Singapur, pero los británicos todavía no se habían preparado debidamente. Las autoridades coloniales temían que una reacción extrema y exagerada provocara tumultos entre la población nativa.

La sorprendente complacencia de la sociedad colonial había dado lugar a una equivocada actitud de absoluta superioridad basada en la arrogancia. Se subestimaba al agresor, entre otras razones porque se consideraba que los soldados japoneses carecían de amplitud de miras y eran, por naturaleza, inferiores a las tropas occidentales. Pero, en realidad, eran inconmensurablemente más duros, y se les había lavado el cerebro con la idea de que no había gloria mayor que dar la vida por el emperador. Sus comandantes, convencidos de la superioridad racial de su pueblo y del derecho de Japón a gobernar todo Extremo Oriente, eran insensibles a una contradicción fundamental: se suponía que su guerra pretendía liberar la región de la tiranía occidental.

La Marina Real disponía de una base naval grande y moderna en el extremo nororiental de la isla de Singapur.

Potentes baterías costeras defendían la zona, preparadas para impedir cualquier ataque anfibio, pero este magnífico complejo, que había sido sufragado por la Armada inglesa con buena parte de su presupuesto, estaba prácticamente vacío. En un principio la idea había sido que, si estallaba una guerra, se enviara hasta allí una flota desde Gran Bretaña. Pero debido a las operaciones navales en el Atlántico y en el Mediterráneo, y a la necesidad de proteger los convoyes que se dirigían a Murmansk con suministros y pertrechos para los rusos, los británicos no tenían ninguna flota de combate en Extremo Oriente. El compromiso de Churchill de ayudar a la Unión Soviética supuso, además, que el Mando de Extremo Oriente careciera de aviones y tanques modernos, así como de otros muchos equipamientos diversos. El único modelo de caza disponible, el Brewster Buffalo, llamado el «barril de cerveza volador» por su forma de tonel y por su lento y complicado manejo, no tenía nada que hacer frente al Zero japonés.

El comandante británico en Malaca era el teniente general Arthur Percival, un tipo de elevada estatura, delgado, con un bigote típicamente militar que no conseguía ocultar sus dientes de conejo y su débil mentón. Aunque se había ganado la fama, probablemente inmerecida, de despiadado por su actitud con los prisioneros del IRA durante el conflicto de Irlanda del

Norte, tenía la obstinación característica de los individuos pusilánimes cuando se veía obligado a tratar con comandantes subordinados. El teniente general sir Lewis Heath, comandante del III Cuerpo Indio, no sentía respeto alguno por Percival. Además, estaba resentido porque lo habían promovido, pasando por encima de él. Y las relaciones entre los diversos jefes del ejército de tierra y de la RAF, así como las que estos mantenían con el tempestuoso y paranoico comandante australiano, el general de división Henry Gordon Bennett, distaban mucho de ser amistosas. En teoría, Percival estaba al frente de unos noventa mil hombres, pero no llegaban a sesenta mil los que eran tropas de vanguardia. Casi ninguno de ellos tenía experiencia en las junglas, y los batallones indios y los voluntarios locales no habían recibido prácticamente preparación alguna. En Tokio eran perfectamente conscientes del penoso estado de las defensas británicas. Los tres mil japoneses que por entonces residían en Malaca habían estado pasando información secreta a las autoridades de su país a través del consulado general de Japón en Singapur.

El 2 de diciembre, una escuadra de la Marina Real, comandada por el diminuto almirante sir Thomas Phillips, llegó a Singapur. Estaba formada por un acorazado moderno, el *Prince of Wales,* un viejo crucero de batalla, el *Repulse,* y cuatro destructores. Su punto más débil era

que carecía de cobertura aérea porque el portaaviones *Indomitable*, con sus cuarenta y cinco Hurricane, estaba siendo reparado. Pero este hecho parecía no preocupar a los británicos de Singapur. No creían que los japoneses se atrevieran a emprender la invasión de Malaca en aquellos momentos, con unos buques de guerra británicos tan poderosos anclados en la zona. El general Percival, por su parte, se negaba a construir unas líneas defensivas, aduciendo que ello mermaría el espíritu ofensivo de sus hombres.

El sábado, 6 de diciembre, un bombardero de las Reales Fuerzas Aéreas Australianas, con base en Kota Bahru, en el extremo nororiental de Malaca, divisó barcos de transporte japoneses escoltados por buques de guerra. Habían zarpado de la isla de Hainan, situada frente a la costa meridional de China, y debían unirse a dos convoyes procedentes de Indonesia. Esta fuerza naval, que volvería a dividirse, estaba dirigiéndose a dos puertos del sur de Tailandia, Patani y Singora, en el istmo de Kra, y a la base aérea de Kota Bahru. Desde el istmo de Kra, el XXV Ejército del general Yamashita Tomoyuki atacaría por el noroeste, en dirección al sur de Birmania, y por el sur para adentrarse en Malaca.

Los británicos habían desarrollado un plan, la Operación Matador, que consistía en avanzar hacia el sur de Tailandia y entretener allí a los japoneses. Pero el gobierno

tailandés, rindiéndose a lo inevitable, y con la esperanza de recuperar territorio en el noroeste de Camboya, ya se había sometido prácticamente a la hegemonía japonesa. El jefe del Aire, el mariscal sir Robert Brooke-Popham, antiguo comandante en jefe en Extremo Oriente, no lograba decidirse: dudaba si poner o no en marcha la Operación Matador. A Brooke-Popham lo llamaban «Pop-off» por su tendencia a dormirse en las reuniones. El general Heath estaba hecho una furia por aquella falta de decisión, pues sus tropas indias permanecían a la espera de avanzar hacia Tailandia cuando deberían estar dirigiéndose a Jitra, hacia el noroeste, para preparar allí posiciones defensivas. Estaban cada vez más desmoralizadas, empapadas hasta los huesos bajo las intensas lluvias propias de la estación de los monzones.

Finalmente, a primera hora del 8 de diciembre, llegó a Singapur la noticia de que los japoneses estaban desembarcando para atacar Kota Bahru. A las 04:30, mientras los comandantes en jefe y el gobernador permanecían reunidos, los bombarderos japoneses realizaron su primera incursión contra Singapur. La ciudad era aún un derroche de luces aquí y allá. El almirante Phillips, aunque era perfectamente consciente de que carecía de la cobertura aérea necesaria, decidió trasladar su escuadra a la costa este de Malaca para atacar a la flota invasora nipona.

En Kota Bahru, las únicas explosiones que habían podido oírse eran las de algunas minas de la playa, que habían sido detonadas por perros salvajes o por el impacto de algún coco que había caído sobre ellas. Un poco más hacia el interior, la 8.ª Brigada había concentrado un batallón alrededor del aeródromo, pero las playas estaban vigiladas solo por dos batallones que cubrían una franja de más de cincuenta kilómetros de longitud.

El asalto de los japoneses había empezado alrededor de la medianoche del 7 de diciembre; en realidad, aproximadamente una hora antes del inicio del ataque a Pearl Harbor, aunque se suponía que ambos tenían que haberse producido de manera simultánea. El mar suele estar alterado en la estación de los monzones, pero este hecho no impidió que los japoneses alcanzaran la costa. Los pelotones de la infantería india consiguieron acabar con la vida de un número considerable de enemigos, pero los hombres que los formaban estaban muy dispersos, y la visibilidad bajo la intensa lluvia era muy limitada.

En la deficiente pista de despegue, los pilotos australianos subieron precipitadamente a sus diez bombarderos utilizables y atacaron los buques de transporte de tropas nipones que se hallaban frente a la

costa, destruyendo uno de ellos, causando daños en otro y hundiendo varias lanchas de desembarco. Pero después del amanecer, el aeródromo de Kota Bahru y otros que salpicaban la zona del litoral empezaron a sufrir intensos ataques de cazas Zero japoneses, procedentes de la Indochina francesa. Al final del día, los escuadrones británicos y australianos de Malaca habían quedado reducidos a apenas cincuenta aviones. El despliegue de tropas para proteger los aeródromos ordenado por Percival enseguida se reveló un gravísimo error. Y la falta de decisión de Brooke-Popham en lo referente a la Operación Matador supuso que en poco tiempo las fuerzas aéreas niponas estuvieran operando desde las bases del sur de Tailandia. El general Heath, para enojo de Percival, empezó al día siguiente la retirada de sus tropas de la región del noreste.

El presidente Roosevelt, tras su célebre declaración en la que calificó el 7 de diciembre de «día que siempre será recordado como una fecha infame», mandó un mensaje a Churchill para informarle de la declaración de guerra aprobada por el Senado y la Cámara de Representantes de los Estados Unidos. «Hoy todos nosotros estamos en el mismo barco con usted y el pueblo del Imperio, un barco

que no puede ser hundido, ni lo será». Su metáfora acabaría siendo muy poco afortunada, pues en aquellos momentos el *Prime of Wales* y el *Repulse* estaban preparados para zarpar de la base naval escoltados por diez destructores. Cuando partía, el almirante Phillips fue avisado de que no contara con recibir cobertura aérea de los cazas y de que los bombarderos japoneses ya disponían de bases en el sur de Tailandia. Pero Phillip, fiel a las arraigadas tradiciones de la Armada inglesa, consideró que era impensable dar marcha atrás.

La Fuerza Z de Phillips no fue avistada por los hidroaviones japoneses hasta última hora de la tarde del 9 de diciembre. Como no encontró ningún barco de transporte de tropas y ningún navío de guerra enemigos, el almirante británico decidió dar media vuelta aquella misma noche y regresar a Singapur. Pero a primera hora del 10 de diciembre se recibió en su buque insignia un mensaje que hablaba de otro desembarco en Kuantan, ciudad costera que se encontraba en su ruta.

En los barcos de guerra de la Fuerza Z de la Marina Real los hombres recibieron la orden de acudir inmediatamente a sus puestos de combate tras desayunar con rapidez unos emparedados de jamón y confitura. Los artilleros, con sus protectores ignífugos, sus cascos metálicos, sus gafas especiales y sus guantes de asbesto prepararon los cañones automáticos de 40 mm, los

llamados «pom-pom». «El *Prince of Wales* ofrecía un magnífico espectáculo», escribió un observador a bordo del *Repulse,* «Las blancas crestas de las olas golpeaban suavemente su escarpada proa. Las olas la rodeaban formando un encaje de espuma, luego volvían a erizarse y chocaban de nuevo contra ella. Subía y bajaba, oscilando con tanta regularidad que observarlo resultaba hipnótico. La brisa fresca hacía que su pabellón blanco, en vez de ondear, se mantuviera desplegado y rígido como una tabla. De repente, anticipándome a los hechos, fui presa de un arrebato de emoción, pues me lo imaginé, junto con el resto de la fuerza naval, dirigiéndose contra los convoyes de las lanchas de desembarco enemigas y sus buques de guerra de escolta».[11]

En realidad, el mensaje que hablaba de un desembarco en Kuantan se equivocaba. Esta pérdida de tiempo, y el retraso que supuso para el regreso de las naves, tendría fatales consecuencias. Aquella misma mañana, un poco más tarde, fue avistado un avión de reconocimiento japonés. A las 11:15, el *Prince of Wales* abrió fuego contra una escuadrilla aérea enemiga. Unos minutos después apareció en el cielo otro grupo de aviones, esta vez torpederos. Los cañones «pom-pom» de los dos barcos entraron en acción. Los artilleros los apodaban *Chicago pianos,* Las luminosas balas trazadoras salían disparadas, dibujando con pequeñas ondulaciones un largo arco, hacía su objetivo. Pero

mientras los artilleros seguían concentrados en los aviones torpederos, nadie percibió la presencia de bombarderos a una altitud mucho mayor. El *Repulse* fue alcanzado por una bomba que atravesó el hangar. Por aquel gran agujero comenzó a salir humo, pero todos siguieron concentrando su atención en los aviones enemigos. Cuando los artilleros derribaban alguno de los aparatos que volaban más bajo, estallaba en el barco un grito de júbilo: «¡Pato al agua!». Pero, de repente, sonó una corneta para advertir de un peligro mucho más inminente, y en el buque se oyó la temida señal: «¡Fuego a bordo!». Las grandes mangueras contra incendios comenzaron a actuar en aquel agujero que humeaba una densa nube negra, pero poco pudieron hacer.

La siguiente oleada de aviones se concentró en atacar al *Prince of Wales,* Un torpedo alcanzó su popa, provocando que se elevara hacia el cielo «una gran columna» de agua y humo. El magnífico buque empezó a escorar a babor. «Parecía imposible que aquellos aviones de apariencia ligera pudieran hacerle eso», escribiría el mismo observador que se encontraba a bordo del *Repulse,* sin poder creer todavía que la era de los acorazados había acabado definitivamente. Aunque el portaaviones *Indomitable* los hubiera acompañado, es harto improbable que sus aviones hubiesen bastado para repeler los contundentes ataques de los japoneses.

Con su timón y sus motores averiados, el *Prince of*

Wales ya estaba condenado cuando apareció en el cielo otra escuadrilla de aviones torpederos. Los artilleros del *Repulse* hicieron todo lo posible por impedir el ataque, pero otros tres torpedos alcanzaron el buque. El gran acorazado escoraba cada vez más peligrosamente. Era obvio que estaba a punto de irse a pique. A continuación fue el *Repulse* el alcanzado por dos torpedos, uno después del otro. Se dio la orden de abandonar el barco, pero no cundió el pánico. Algunos marineros tuvieron tiempo incluso de fumar un último cigarrillo mientras hacían cola. Cuando les llegaba el turno, tomaban aire, contenían la respiración y saltaban al mar, cuyas aguas aparecían cubiertas de una densa y negra capa de petróleo.

Churchill, que desde sus tiempos como Primer Lord del Almirantazgo se había vanagloriado de los grandes buques de la Marina Real, quedó atónito cuando se enteró del desastre ocurrido. La tragedia tuvo para él unas connotaciones más personales, pues el *Prince of Wales* era la nave que había utilizado para desplazarse hasta Groenlandia en agosto. En aquellos momentos, la Armada Imperial de Japón no tenía rival en el Pacífico. Hitler se alegró inmensamente de aquella noticia. Era un buen augurio para su declaración de guerra a los Estados Unidos, anunciada el 11 de diciembre.

El Führer había sabido desde siempre que, tarde o temprano, tendría que enfrentarse a los norteamericanos, y

en aquellos momentos consideraba que, con su pequeño ejército de tierra y una grave crisis en el Pacífico, no serían capaces de desempeñar un papel decisivo en Europa al menos durante unos dos años. Quien más apoyaba esta idea era el almirante Dönitz, que quería practicar la *Rudeltaktik* enviando sus submarinos en manada contra los buques americanos. Con una guerra submarina total podría conseguirse doblegar a Gran Bretaña.

El anuncio de Hitler en el Reichstag hizo que los representantes nazis se levantaran de los asientos para aplaudir sus palabras llenos de júbilo. Veían en los Estados Unidos a la gran potencia judía del oeste. Pero los oficiales alemanes, que seguían combatiendo desesperadamente en el frente oriental, no supieron qué pensar cuando se enteraron de la noticia. Los más sutiles e intuitivos se daban cuenta de que aquella guerra a escala mundial, con los Estados Unidos, el Imperio Británico y la Unión Soviética aliados contra ellos, iba a ser imposible de ganar. La heroica defensa de Moscú, que obligó a las tropas alemanas a retroceder, y la entrada de los Estados Unidos en la guerra hicieron que aquel mes de diciembre de 1941 supusiera un importante punto de inflexión de naturaleza geopolítica. A partir de entonces, Alemania sería incapaz de alzarse claramente con la victoria en la Segunda Guerra Mundial, por mucho que siguiera conservando la capacidad y el poder de infligir unos daños terribles y de sembrar

muerte y desesperación.

El 16 de diciembre, el *Generalfeldmarschall* von Bock, que padecía un tipo de enfermedad psicosomática, informó a Hitler que tenía que decidir si el Grupo de Ejércitos Centro debía resistir y luchar o emprender la retirada. Las dos posibilidades ponían en peligro la supervivencia de este contingente. Era evidente que, ante aquel fracaso, el mariscal quería ser retirado del mando, y unos días después fue sustituido por Kluge, que en un principio estaba de acuerdo con la decisión de Hitler de seguir peleando. Brauchitsch, comandante en jefe del ejército, también fue destituido por su pesimismo. Hitler no tardó en encontrarle un sustituto: aprovechó la circunstancia para nombrarse él mismo comandante en jefe. Otros altos oficiales también fueron relegados de sus cargos, pero la de Guderian, todo un símbolo del ímpetu ofensivo, fue la destitución que más entristeció a los militares alemanes. En todo momento, Guderian se había negado rotundamente a conservar posiciones a cualquier precio, desafiando las órdenes recibidas. La sabiduría o la locura de la decisión de Hitler de resistir obstinadamente ha sido durante mucho tiempo objeto de numerosos debates. ¿Evitó una catástrofe como la de 1812, o provocó unas pérdidas enormes e innecesarias?

El 24 de diciembre, los soldados alemanes, lejos de sus hogares, sintieron la necesidad de celebrar la Navidad,

aunque fuera en unas circunstancias realmente abyectas. Fue fácil encontrar un abeto, que decoraron con estrellas hechas con el papel de plata de las cajetillas de cigarrillos. Hubo algún caso en el que fueron los propios campesinos rusos quienes les dieron algunas velas. Instalados en aldeas que aún no habían sido pasto de las llamas, y acurrucados juntos para darse calor unos a otros, se intercambiaron patéticos presentes y cantaron *«Stille Nacht, heilige Nacht»*. Aunque se sintieran afortunados por seguir con vida después de ver caer a tantos de sus camaradas, un abrumador sentimiento de soledad los embargaba al recordar a sus familias.

Solo unos pocos se dieron cuenta de la paradoja de aquel sentimentalismo alemán en medio de una guerra cruel que ellos mismos habían desencadenado. El día de Navidad, el campo de prisioneros de guerra que se encontraba a las afueras de Kaluga fue evacuado mientras los termómetros seguían indicando temperaturas por debajo de los treinta grados bajo cero. Muchos de los prisioneros soviéticos, algunos de los cuales se habían visto obligados a practicar el canibalismo, caían exhaustos en medio de la nieve, siendo ejecutados inmediatamente de un tiro. Tal vez no deba de sorprendernos tanto que los soldados soviéticos se vengaran matando a los alemanes heridos abandonados en la retirada, al menos en un caso vertiendo sobre ellos barriles de gasolina capturados, y

luego prendiéndoles fuego.

Nadie era más consciente que Stalin del giro espectacular que había experimentado la situación mundial. Pero la impaciencia del dictador soviético por vengarse de los alemanes y por aprovechar las oportunidades que brindaba su retirada hizo que exigiera una empresa colosal: el lanzamiento de una ofensiva general a lo largo de todo el frente, o lo que es lo mismo, una serie de operaciones para las que el Ejército Rojo carecía de los vehículos, la artillería, los pertrechos, las provisiones y, sobre todo, el entrenamiento necesarios. Zhukov se horrorizó, por mucho que hasta entonces las operaciones militares hubieran salido mejor de lo esperado. Los planes increíblemente ambiciosos de la Stavka contemplaban la destrucción del Grupo de Ejércitos Centro y del Grupo de Ejércitos Norte, así como un ataque masivo y contundente para recuperar Ucrania.

Tras tantísimos meses de sufrimiento, el ánimo del pueblo ruso también comenzó a cambiar, pasando en poco tiempo del pesimismo a un exceso de optimismo. «En primavera lo habremos logrado», decían muchos. Pero, al igual que a su líder, les aguardaban aún muchas sorpresas y malas noticias.

La colonia británica de Hong Kong, que había mantenido una forma de neutralidad durante los últimos cuatro años de la guerra chino-japonesa que había estallado en el norte, constituía un claro objetivo. Aparte de su riqueza, había sido una de las principales vías de abastecimiento de las fuerzas nacionalistas. Como en Singapur, la comunidad japonesa había proporcionado a Tokio información detallada de sus defensas y sus puntos flacos. Durante los últimos dos años las autoridades niponas habían estado elaborando un plan para invadirla. También se había organizado una quinta columna, formada en su mayoría por miembros de organizaciones criminales como las Tríadas, previamente sobornados con gran generosidad.

La comunidad británica, tras tantos años de asfixiante supremacía, ignoraba si los chinos de Hong Kong, los refugiados de la provincia de Kwantung en el norte, los indios, o incluso los euroasiáticos iban a mantenerse leales. En consecuencia, apenas hizo nada para informarlos de la situación y se abstuvo de armarlos para resistir a los japoneses. Antes bien, decidió confiar esa misión a los doce mil soldados pertenecientes al Imperio Británico y a los voluntarios del Cuerpo de Defensa de Hong Kong, en su mayoría europeos. Los nacionalistas de Chiang Kai-shek se ofrecieron para colaborar en la defensa de la colonia, pero los británicos declinaron taxativamente su propuesta de ayuda. Sabían que Chiang ambicionaba recuperar Hong

Kong para China. Curiosamente, los oficiales ingleses iban a mantener unas relaciones mucho más cordiales con los partisanos comunistas chinos, y más tarde les proporcionarían armas y explosivos, hecho que dejó perplejos a los nacionalistas. Tanto los comunistas como los nacionalistas sospechaban que los británicos preferían perder Hong Kong en beneficio de los japoneses y no de los chinos.

Desde un punto de vista estrictamente militar, Churchill lo tenía muy claro: si los japoneses invadían, no había, en su opinión, «la más remota posibilidad de conservar o salvar Hong Kong».[12] Pero tras numerosas presiones por parte de los americanos, al final decidió reforzar la colonia en una muestra de solidaridad con las islas Filipinas, sobre las que también se cernía la amenaza nipona. El 15 de noviembre, llegaron dos mil soldados canadienses para aumentar las defensas de la guarnición. Aunque carecían de experiencia, enseguida se dieron cuenta del destino que les aguardaba si el ejército japonés atacaba. El plan aliado de defender la colonia al menos durante noventa días para que las fuerzas navales americanas de Pearl Harbor tuvieran tiempo de llegar en su ayuda no les convencía.

El 8 de diciembre, mientras las tropas japonesas avanzaban para ocupar Shanghai, la aviación japonesa atacó el aeródromo de Kai Tak y destruyó los cinco aparatos

aéreos que había en la colonia. Una división del XXIII Ejército del teniente general Sakai Takashi cruzó el río Sham Chun, que marcaba la frontera de los Nuevos Territorios. Cogió por sorpresa al comandante británico, el general de división C. M. Maltby, y a sus hombres, quienes, tras volar unos puentes, tuvieron que retirarse rápidamente hasta una línea defensiva denominada Gin Drinkers, al otro lado del istmo de los Nuevos Territorios. Los japoneses, camuflados y con equipos ligeros, pudieron avanzar en silencio y con celeridad por el territorio, gracias también a su calzado de suela de goma, mientras que los defensores tenían que moverse por aquella zona de montañas rocosas con pesadas botas de tachuelas metálicas y su equipamiento completo de combate. Miembros de las Tríadas y partidarios del gobierno títere chino de Wang Jingwei guiaron a las tropas japonesas hasta el otro lado de la línea defensiva. Maltby había desplegado solo una cuarta parte de sus fuerzas en los Nuevos Territorios. La mayoría de sus efectivos seguían en la isla de Hong Kong, listos para repeler un ataque por mar que nunca se produciría.[13]

La población china de Hong Kong consideraba que aquella no era su guerra. Las raciones de alimentos y los refugios antiaéreos preparados por las autoridades coloniales resultaban totalmente insuficientes para ella. Los que trabajaban de chófer para el ejército se esfumaron, abandonando sus vehículos. La policía china y el personal

de los servicios de protección antiaérea simplemente se desprendían de sus uniformes y marchaban a sus casas. Y lo mismo ocurría en los hoteles y en los domicilios privados, de donde trabajadores y criados desaparecían. Los quintacolumnistas se dedicaban a robar todo el arroz en los campos de refugiados llenos de los que huían de la guerra en China, provocando el caos. Enseguida comenzaron a producirse tumultos y actos de pillaje, instigados por las Tríadas. Un individuo izó una gran bandera japonesa en lo alto del hotel Península, cerca del muelle de Kowloon. Este hecho hizo que cundiera el pánico entre algunos soldados canadienses, que pensaron que el enemigo los había rebasado. El 11 de diciembre, al mediodía, el general Maltby se dio cuenta de que su única alternativa era retirar a todos sus hombres al otro lado del puerto, a la isla de Hong Kong. Este hecho provocó una gran confusión cuando las barcas para el traslado de las tropas se vieron asaltadas por la multitud.

La noticia del hundimiento del *Prince of Wales* y del *Repulse* fue la confirmación de que no cabía la esperanza de que una fuerza naval de la Marina de Su Majestad llegara en ayuda de la colonia. La propia isla se encontraba también en un estado de gran agitación debido a los incesantes bombardeos de la artillería y la aviación japonesas. Los actos de sabotaje por parte de quintacolumnistas no hacían más que aumentar la histeria generalizada. La policía

británica comenzó a localizar y a congregar a los japoneses residentes en la isla y a detener a los saboteadores, varios de los cuales fueron ejecutados inmediatamente. La crisis obligó a los ingleses a recurrir al representante de Chiang Kai-shek en Hong Kong, un heroico hombre de mar que ya había perdido una pierna, el almirante Chan Chak. La red de vigilantes que estaba al servicio de este legado nacionalista empezó a colaborar con los británicos para intentar restaurar el orden y combatir a las Tríadas, que estaban preparando una matanza de europeos.

El método más efectivo era el soborno. Los líderes de las Tríadas aceptaron celebrar una reunión en el hotel Cecil. Sus exigencias fueron exorbitantes, pero al final se llegó a un acuerdo. En poco tiempo, los vigilantes del almirante Chan Chak, actuando bajo el inocuo nombre de una institución, la Leal y Honesta Asociación Caritativa, aumentaron de número hasta llegar a los quince mil, de los cuales un millar estaban destinados a la Sección Especial. Enseguida empezó una guerra encubierta contra los partidarios de Wang Jingwei. La mayoría de los capturados eran asesinados en callejones. Los británicos comenzaron a apreciar al almirante chino, cuyas prácticas, aunque dudosas, los habían salvado de una difícil situación, y al final accedieron a recibir ayuda de los ejércitos nacionalistas.

Con los rumores que hablaban de mayor estabilidad, y

con el orden prácticamente restablecido, entre la población de la isla asediada mejoraron los ánimos. Pero Maltby, que no sabía en qué lugar convenía concentrar a sus tropas para repeler una invasión, no reforzó el destacamento que se encontraba en el extremo noreste de la isla. En la oscuridad de la noche, un grupo de cuatro japoneses cruzó a la otra orilla nadando para efectuar un reconocimiento de esa zona. Al día siguiente, 18 de diciembre, también bajo el amparo de la noche, siete mil quinientos soldados japoneses pasaron a la otra orilla, utilizando todas las embarcaciones que pudieron encontrar, por pequeñas o frágiles que fueran. La 38.ª División, una vez establecida, no intentó avanzar por la costa hacia Victoria, como esperaba Maltby. Antes bien, se abrió paso hacia el interior montañoso, obligando a los dos batallones canadienses a retroceder, para dividir en dos la isla. En poco tiempo, tanto Stanley como Victoria se quedarían sin electricidad y sin agua, y buena parte de la población china comenzaría a pasar verdadero hambre.

El general Maltby había convencido al nuevo gobernador, sir Mark Young, de que era inútil seguir resistiendo. Young envió un mensaje a Londres el 21 de diciembre, solicitando permiso para negociar con el comandante japonés. A través del Almirantazgo, Churchill respondió que «una rendición es impensable. Hay que luchar por cada palmo de la isla y resistir al enemigo con

absoluta determinación. Cada día que consiga mantener su oposición, usted estará ayudando a la causa aliada en todo el mundo».[14] Young, por lo visto, se sintió sumamente consternado solo de pensar en convertirse en «el primer hombre en perder una colonia británica después de lo de Cornwallis en York-town»,[15]y siguió con la lucha.

Aunque hubo algunos gestos heroicos, lo cierto es que la moral de los desventurados defensores estaba por los suelos. Los soldados indios, especialmente los Rajputs que tantas bajas habían sufrido, atravesaban un momento muy crítico desde el punto de vista anímico. Su espíritu bélico también se había visto afectado por la propaganda japonesa que constantemente los instaba a desertar, aduciendo que la derrota del Imperio Británico supondría la libertad para la India. Casi todos los policías Sikh habían desertado. Su resentimiento hacia los británicos fue alimentado con recuerdos de la matanza de Amritsar de 1919.

Con los graves incendios, y ante la falta de agua potable, que ya se había convertido en un problema sanitario, la comunidad británica, principalmente las mujeres, empezó a presionar a Maltby y al gobernador, exigiendo que se pusiera fin a los combates. Young no daba su brazo a torcer, pero la tarde del día de Navidad, después de que los japoneses intensificaran los bombardeos, Maltby insistió en que era imposible seguir resistiendo. Esa noche, a bordo de una lancha motora, los dos fueron

conducidos por oficiales japoneses al otro lado del puerto para presentar su rendición a la luz de unas velas al general Sakai en el hotel Península. El almirante Chan Chak, junto con varios oficiales británicos, escapó en una lancha torpedera aquella misma noche, para unirse a las fuerzas nacionalistas del continente.

Durante las veinticuatro horas siguientes, las Tríadas se dedicaron a saquear la colonia, especialmente las casas de los británicos de Victoria Peak. Aunque el general Sakai dio la orden de tratar con consideración al enemigo, lo cierto es que los intensos combates habían enardecido a sus hombres. Hubo varios casos de asesinato de personal médico y heridos, ajusticiados unas veces a golpe de bayoneta, y otras ahorcados o decapitados. Sin embargo, fueron relativamente pocos los casos de violación de mujeres europeas, y cuando los hubo, los agresores fueron severamente castigados, lo que contrastó sorprendentemente con la aterradora actuación del ejército imperial nipón durante la guerra en el continente. De hecho, los europeos fueron tratados, por lo general, con cierto respeto, como si con ello los japoneses quisieran demostrar que eran igual de civilizados que los occidentales. En cambio, en lo que cabría calificar de una perversa contradicción de la propaganda nipona, que afirmaba que Japón había emprendido una guerra para liberar Asia de la dominación de los blancos, los oficiales

del ejército imperial no se preocuparon de impedir que sus hombres violaran a las mujeres chinas de Hong Kong. Se calcula que más de diez mil fueron víctimas de violaciones en grupo, y que varios centenares de civiles fueron asesinados durante la «fiesta» celebrada después de la batalla.[16]

El ejército del general Yamashita, que había conseguido establecerse en la península de Malaca, aunque inferior en número, contaba con el apoyo de una división acorazada y disfrutaba de superioridad aérea. Los soldados indios, la mayoría de los cuales no había visto un tanque en su vida, estaban aterrorizados. Además, la jungla y la oscuridad fantasmagórica de las plantaciones de caucho los atemorizaba. Pero la táctica más efectiva de los japoneses consistía en avanzar hacia el sur por las carreteras del litoral oriental y occidental, con sus tanques a la cabeza. Cuando topaban con un control de carretera o una barricada, su infantería esquivaba a los defensores, o los rebasaba infiltrándose en la jungla o en los arrozales. A la rapidez del avance japonés contribuyeron las tropas en bicicleta, que a menudo alcanzaban a los defensores en retirada.

En su avance hacia el sur por el este y por el oeste de

la península de Malaca, los soldados de Yamashita, con la piel curtida en los campos de batalla, empujaron aquella mezcla de unidades británicas, indias, australianas y malayas hasta el extremo meridional de Johore. Hubo varias acciones en las que algunas de estas unidades combatieron con arrojo, infligiendo graves pérdidas al enemigo. Pero lo cierto es que las retiradas fueron unas empresas agotadoras y desmoralizantes, pues las fuerzas aliadas no solo tuvieron que enfrentarse al poderío de los tanques japoneses, sino también sufrir los constantes ataques de los cazas Zero.

El general Percival seguía rechazando la idea de establecer una línea defensiva en Johore porque consideraba que semejante medida repercutiría negativamente en la moral de sus hombres. Esta ausencia de posiciones bien preparadas acabaría siendo desastrosa para la defensa de Singapur. No obstante, la 8.ª División australiana en concreto consiguió detener a la Guardia Imperial japonesa y provocar el caos entre sus hombres con emboscadas.

Para reforzar las defensas de Singapur también se envió a la zona una flota de aviones Hurricane, los cuales, sin embargo, se revelaron inferiores a los Zero. Tras dos semanas de intensos combates en Johore, las fuerzas aliadas no tuvieron más remedio que retirarse a la isla de Singapur. La carretera que cruzaba el estrecho de Johore

fue volada más tarde, el 31 de enero de 1942, justo después de la llegada, al son de las gaitas, de los soldados de infantería del batallón escocés de Argyll y Sutherland. Se cuenta que los japoneses decapitaron a unos doscientos soldados australianos e indios que tuvieron que ser abandonados porque no podían moverse debido a las graves heridas sufridas.

En el hotel Raffles seguían celebrándose cenas con baile casi todas las noches, pues se pensaba que continuar con las actividades habituales del establecimiento podía servir para mantener alta la moral. Pero a los oficiales que acababan de combatir en la península de Malaca aquellas fiestas les recordaban la orquesta del *Titanic* interpretando piezas musicales poco antes del hundimiento del transatlántico. Buena parte de la ciudad estaba en ruinas debido a los constantes bombardeos de los japoneses. Muchas familias europeas habían empezado a marcharse, unas a Java en hidroavión, y otras a Ceilán, aprovechando el viaje de regreso de los barcos de transporte de tropas que acababan de traer refuerzos. Los varones adultos, padres y esposos, se habían alistado en su mayoría en unidades de voluntarios. En un alarde de valentía, algunas mujeres decidieron quedarse para colaborar como enfermeras, a pesar de ser conscientes del peligro que podían correr cuando los japoneses entraran en la ciudad.

A la vulnerabilidad propia de una isla como Singapur,

situada a lo largo del estrecho de Jahore, se sumó, para empeorar las cosas, la certeza de Percival de que el ataque japonés iba a tener lugar en el noreste. Esta idea era fruto de una extraña convicción: en su opinión, el objetivo a defender era la base naval de la zona, que, por cierto, ya había sido destruida. Ignoró las instrucciones dadas por el general Wavell, en aquellos momentos comandante en jefe de la región, de reforzar el sector noroeste de la isla que, con sus manglares y sus ensenadas, era el más difícil de defender.

La 8.ª División australiana, encargada de dicho sector, se dio cuenta inmediatamente del peligro. No contaba con zonas despejadas en las que poder abrir fuego con eficacia, ni con la protección de minas y alambradas, elementos que en su mayoría habían sido destinados al sector nororiental. Sus batallones habían sido reforzados con tropas recién llegadas, que, sin embargo, apenas sabían manejar el fusil. El general Gordon Bennett, aunque era perfectamente consciente de que Percival cometía un terrible error, no dijo prácticamente nada y simplemente se retiró a su cuartel general.

El 7 de febrero la artillería japonesa abrió por primera vez fuego contra Singapur, que estaba cubierta por una enorme y densa nube de humo negro procedente del depósito de combustible de la base naval bombardeado la noche anterior. Al día siguiente, a modo de diversión, se

intensificaron los ataques en el flanco nororiental. Este hecho sirvió para convencer aún más a Percival de que ese era el sector por el que el enemigo iba a lanzar su gran ataque.

Yamashita observaba el desarrollo de los acontecimientos desde una torre del palacio del sultán de Johore que daba al angosto estrecho. Ya había decidido utilizar hasta el último proyectil de la artillería antes de que, con la ayuda de botes y barcazas, sus tropas cruzaran aquella noche a la zona de manglares simada en el extremo noroeste de la costa de Singapur. Las ametralladoras Vickers produjeron numerosas bajas en las filas del agresor, pero los tres mil soldados australianos que defendían ese sector se vieron rápidamente superados por los efectivos de los dieciséis batallones de Yamashita, que aparecieron en tropel. Con su bombardeo masivo, los japoneses habían cortado las líneas de los teléfonos de campaña, por lo que la artillería de apoyo tardó un tiempo en reaccionar, y el cuartel general de la 8.ª División ignoraba lo que estaba ocurriendo. Ni siquiera llegaron a verse las bengalas disparadas al cielo por la vanguardia australiana con sus pistolas Very.

El 9 de febrero, al amanecer, habían desembarcado unos veinte mil soldados japoneses. Percival, sin embargo, siguió desplegando sus tropas prácticamente según lo previsto, enviando solo otros dos batallones, bastante mal

equipados, para frenar el avance enemigo. También autorizó la retirada a Sumatra del último escuadrón de cazas Hurricane. En medio de tanta confusión, rápidamente se verían frustradas sus esperanzas de crear una línea defensiva a la desesperada en el noroeste de la ciudad de Singapur. Los japoneses habían desembarcado tanques, que no tardaron en aplastar las barricadas que encontraron a su paso. Por orden del gobernador, el personal del departamento del Tesoro empezó a quemar todo el papel moneda del que se disponía. En el puerto se arrojaban vehículos al agua para impedir que cayeran en manos enemigas, aunque la mayoría formaban en las calles de la ciudad amasijos de chatarra quemada. Singapur, bombardeada y en llamas, apestaba por culpa de los cadáveres en descomposición, y los hospitales estaban llenos de heridos y de muertos. La evacuación de las mujeres, incluidas las enfermeras, se había llevado a cabo con gran celeridad aprovechando la partida de los últimos barcos, varios de los cuales fueron bombardeados. Cuando lograron alcanzar la costa, algunos de los supervivientes fueron pasados a la bayoneta o acribillados a balazos por las patrullas japonesas. En su huida, los otros barcos se encontraron con una flotilla de buques de guerra nipones.

Percival, que había recibido de Churchill y Wavell la orden de luchar hasta el final, recibía constantes presiones de sus comandantes subordinados para que se rindiera con

el fin de evitar pérdidas mayores. Envió un mensaje a Wavell, que se mostró firme en su decisión de seguir combatiendo calle por calle. Pero la ciudad estaba quedándose sin agua potable, debido a que la red de suministros había quedado destruida por los bombardeos japoneses. Las tropas niponas atacaron el hospital militar de Alexandra y pasaron a la bayoneta a los enfermos y al personal sanitario. Un hombre que yacía anestesiado sobre la mesa de operaciones fue salvajemente acuchillado.

Al final, el domingo 15 de febrero, el general Percival presentó la rendición al general Yamashita. El general Bennett, tras ordenar a sus hombres que depusieran las armas y se quedaran dónde estaban, se esfumó. Con un grupo de soldados, alcanzó a nado un sampán, y luego, tras sobornar al capitán de un junco chino, llegó a Sumatra. Una vez en Australia, declaró que había huido de Singapur para compartir con sus camaradas las experiencias vividas durante los combates con los japoneses, pero no es de extrañar que los soldados que había dejado atrás sintieran un amargo resentimiento hacia su persona.

Las recriminaciones que se hicieron a Percival, al gobernador Shenton Thomas, a Bennett, a Brooke-Popham, a Wavell y a varios otros altos cargos a raíz de ese humillante desastre fueron tremendas. «Ahora estamos pagando un alto precio», escribió en su diario el general sir Alan Brooke, que había sucedido a sir John Dill como jefe

del estado mayor imperial, «por no haber querido abonar la prima de un seguro esencial para la seguridad de un Imperio».[17] No obstante, aunque la organización y la dirección de la campaña de Malaca habían sido deplorables, lo cierto es que Singapur no habría podido convertirse nunca en una fortaleza inexpugnable con los japoneses controlando los cielos y los mares de la zona. En cualquier caso, había en la isla, además de los soldados, más de un millón de civiles que en poco tiempo habrían muerto de hambre.

El 19 de febrero, la aviación japonesa atacó el puerto de Darwin, al norte de Australia, hundiendo ocho barcos y matando a doscientos cuarenta civiles. El gobierno australiano recibió la noticia con enfado, y también con espanto. Su país, con las mejores divisiones de su ejército aún en Oriente Medio, estaba expuesto al ataque del enemigo. Los australianos no habían comenzado a darse cuenta de lo vulnerables que eran hasta noviembre del año anterior, cuando un crucero de su Armada, el *Sydney,* fue hundido frente a las costas del país mientras trataba de interceptar a un barco pirata alemán perfectamente armado, el *Kormoran,* que navegaba con bandera holandesa. Durante el largo y acalorado debate que se abrió para aclarar este episodio, con dos investigaciones gubernamentales en quince años, fueron muchos los que llegaron a la conclusión de que el barco pirata alemán no estaba solo. En

su opinión, el *Sydney* fue alcanzado por los torpedos de un submarino japonés que estuvo operando con el *Kormoran* dieciocho días antes del ataque a Pearl Harbor.[18]

El enfado de los australianos por el fracaso de los británicos en la defensa de Malaca estaba justificado, pero lo cierto es que el país había invertido muy poco en defensa. Y, curiosamente, fue sobre todo la ferocidad de las críticas de Australia lo que impulsó a Churchill a enviar más refuerzos a Singapur, la mayoría de los cuales cayeron en manos de los japoneses.

Sumatra, que por aquel entonces formaba parte de las Indias Orientales Neerlandesas, es una isla que se extiende a lo largo del estrecho de Malaca, al otro lado de Singapur, y los japoneses no tardaron en continuar su campaña de conquistas en esta zona del sudeste asiático. El 14 de febrero de 1942, un día antes de que Percival presentara la rendición, fueron lanzados paracaidistas japoneses en Palembang con el fin de asegurar los yacimientos petrolíferos de los alrededores y las refinerías propiedad de Dutch Shell. Una flota nipona de barcos de transporte de tropas, escoltada por un portaaviones, seis cruceros y once destructores, se plantó frente a las costas de la isla.

Otra isla, Java, se convirtió en el siguiente objetivo.

La batalla del mar de Java decidiría el futuro de la zona. El 27 de febrero, una fuerza aliada formada por seis destructores y diversos cruceros holandeses, norteamericanos, australianos y británicos atacó dos convoyes japoneses, escoltados por tres cruceros pesados y catorce destructores. Durante las treinta y seis horas siguientes, los barcos aliados fueron bombardeados y torpedeados severamente. Fue un enfrentamiento valiente, pero condenado al fracaso desde el primer momento. El 9 de marzo Batavia (la actual Yakarta) y el resto de las Indias Orientales Neerlandesas ya se habían rendido al enemigo.

Para los altos mandos militares japoneses en China, Birmania era el objetivo más importante. Ocupar este país era la mejor manera de cortar los suministros a los ejércitos nacionalistas de Chiang Kai-shek y de defender con eficacia todo el flanco occidental del sudeste asiático. El cuartel general imperial había planeado en un principio invadir solo el sur de Birmania, pero este proyecto enseguida cambió con el ímpetu del avance de sus tropas.

La batalla por Birmania había comenzado el 23 de diciembre de 1941, cuando los bombarderos japoneses atacaron Rangún. Las diversas incursiones aéreas posteriores provocaron que sus habitantes abandonaran en

estampida la ciudad en busca de refugio. Los aliados solo disponían de dos escuadrillas de cazas, una de aviones Brewster Buffalo de la RAF y otra de aviones P-40 Curtiss Warhawk pilotados por los voluntarios de los Tigres Voladores. Poco después llegaron otras tres escuadrillas, esta vez de cazas Hurricane, procedentes de Malaca.

El 18 de enero de 1942, el XV Ejército del general Iida Shojiro lanzó un ataque por la frontera tailandesa. El general John Smyth, comandante de la 17.ª División India condecorado con la Cruz Victoria, quería crear con sus tropas una barrera a lo largo del río Sittang para cortar el paso al enemigo. Pero Wavell ordenó avanzar hacia el sudeste, hasta la frontera con Tailandia, para ralentizar todo lo posible el avance japonés, pues necesitaba más tiempo para reforzar las defensas de Rangún. La suya fue una decisión desastrosa, pues dejó la defensa de todo el sur de Birmania exclusivamente en manos de una división mal pertrechada que ya no disponía de todos sus efectivos.

El 9 de febrero la política japonesa dio un giro radical. «La fiebre de la victoria» llevó al cuartel general imperial a creer que también podían ocupar buena parte de Birmania y cortar así las principales rutas de abastecimiento de los nacionalistas chinos. Poco tiempo después, Smyth se vio obligado, como ya había pronosticado, a retroceder hasta el río Sittang, lo que en aquellos momentos significó tener que emprender la retirada de sus tropas durante la noche

del 21 de febrero por un estrecho puente ferroviario. Un camión quedó atascado, y el avance de toda la columna se vio interrumpido durante tres largas horas. Cuando amaneció, buena parte de la división seguía en la margen derecha del río —cuyas aguas bajaban a gran velocidad—, totalmente expuesta al ataque del enemigo. Una fuerza japonesa amenazaba con capturar el puente y perseguir a los aliados. El segundo al mando de Smyth se sintió en la obligación de volarlo. Ni siquiera la mitad de la división había podido cruzar el río. Lo que vendría después sería la retirada a Rangún en medio del caos.

La capital birmana había estado defendida por los Tigres Voladores y la RAF, que habían conseguido que los japoneses optaran por emprender bombardeos nocturnos. En consecuencia, habían llegado al puerto de Rangún tropas de refuerzo, incluida la 7.ª División Acorazada con sus carros ligeros Stuart. Pero la capital estaba prácticamente perdida, por lo que se decidió proceder al traslado de depósitos y almacenes al norte antes de abandonar definitivamente la ciudad. En el zoológico, el personal de mantenimiento liberó a todos los animales, incluidos los más peligrosos, lo que sembró el pánico en las calles. La capital quedó medio desierta. En aquel ambiente, el gobernador sir Reginald Dorman-Smith y su ayudante jugaron una última partida de billar tras beberse las últimas botellas de vino de la bodega. Luego, para impedir que los

japoneses se apropiaran de los retratos de los gobernadores anteriores, lanzaron las bolas del billar contra estos cuadros.

El general sir Harold Alexander, nombrado comandante en jefe de Birmania, voló a Rangún antes de la llegada de los japoneses. El 7 de marzo, ordenó que se destruyeran los depósitos de combustible de la compañía Burma Oil, situados en las afueras de la ciudad, y que el resto de las fuerzas británicas se retirara al norte. Afortunadamente para ellas, los japoneses no lograron efectuar una gran emboscada al día siguiente, y estas tropas consiguieron escapar. Su plan consistía en crear una nueva línea defensiva en el norte junto con la 1.ª División Birmana de Keren, formada por miembros de las tribus locales que odiaban a muerte a los japoneses, y cincuenta mil soldados nacionalistas de Chiang Kai-shek a las órdenes del comandante americano en China, el general de división Joseph Stilwell. «Vinegar Joe», como se apodaba este alto oficial estadounidense, era un anglófobo acérrimo. Afirmaba, de manera poco convincente, que Alexander se había quedado «pasmado de verme a MÍ —a mí, un maldito americano— al mando de tropas chinas. "¡Extraordinario!", exclamó [el inglés], mirándome de arriba abajo como si acabara de aparecer de debajo de las piedras».[19]

Los japoneses, tras ocupar Rangún y su puerto,

pudieron reforzar su ejército rápidamente. La aviación nipona, que ya operaba desde aeródromos del interior de Birmania, consiguió destruir casi todos los cazas de la RAF y de los Tigres Voladores que quedaban en una base aérea simada más al norte.

A finales de marzo, las fuerzas chinas sufrieron un duro revés, y el que en aquellos momentos consumía el Cuerpo Birmano, a las órdenes del teniente general William Slim, se vio obligado a emprender rápidamente la retirada para no quedar rodeado. Chiang Kai-shek acusó a los británicos de no haber sabido mantener sus posiciones defensivas. Era evidente que no lo habían conseguido, pues las comunicaciones entre los dos ejércitos eran poco efectivas, por no decir caóticas, en parte porque los chinos carecían de mapas de la zona, y no podían leer los topónimos que aparecían en los que les habían proporcionado los británicos. El desastre se consumó cuando Stilwell insistió en lanzar una contraofensiva, acción que los ejércitos chinos eran incapaces de emprender.

Stilwell rechazó el plan de Chiang Kai-shek de defender Mandalay, calificándolo de demasiado pasivo. Sin informar a los británicos, envió dos divisiones chinas a atacar el sur, y se negó a autorizar que la 200.ª División se retirara de Tounggu. Los japoneses aprovecharon inmediatamente la dispersión de estas formaciones y

consiguieron rebasarlas y llegar a Lashio, al nordeste de Mandalay, superando así las posiciones de los británicos. Stilwell, que no quería reconocer su responsabilidad en el desastre, señaló a las fuerzas chinas, a las que acusó de haberse negado con un empecinamiento estúpido a atacar, perdiéndose así la oportunidad de obtener una importante victoria. Los británicos se mostraron bastante más agradecidos con el empeño demostrado por los chinos, y tan furiosos con Stilwell como Chiang Kai-shek.

El 5 de abril, un poderoso contingente japonés llegó al golfo de Bengala para atacar la base naval británica de Colombo. El almirante sir James Somerville consiguió sacar de allí casi todos sus barcos a tiempo, pero los daños infligidos por el enemigo fueron muy cuantiosos. A comienzos de mayo, los japoneses habían capturado Mandalay e incluso habían entrado en China por la carretera de Birmania, obligando a parte de las fuerzas nacionalistas de la zona a retirarse a la provincia de Yunnan. En Birmania, sin embargo, fueron los miembros de la gran comunidad de origen indio que residía en Birmania —compuesta, entre otros, por pequeños comerciantes y sus familias, poco habituados a las dificultades y a la adversidad— los que más padecieron en aquella retirada hacia el norte. Sufrieron agresiones y robos por parte de los birmanos, que sentían por ellos un odio visceral. El resto de las tropas aliadas tuvo que retirarse hacia la frontera india, tras sufrir unas

treinta mil bajas. La ocupación japonesa del sudeste asiático parecía haber llegado a su término.

17

CHINA Y LAS FILIPINAS (noviembre de 1941-abril de 1942)

El año 1941 había comenzado con mejores perspectivas para los nacionalistas chinos. El XI Ejército japonés estaba tan disperso que no podía concentrarse para lanzar una ofensiva eficaz. Al sur del río Yangtsé, y a orillas del Jin, los nacionalistas consiguieron incluso dar un duro golpe a la 33.ª y a la 34.ª División, causando unas quince mil bajas en las filas japonesas. Y Chiang Kai-shek, en un movimiento perfectamente calculado, había obligado al Nuevo Cuarto Ejército de las guerrillas comunistas a abandonar su sector en el sur del Yangtsé para trasladarse al norte del río Amarillo. Por lo visto, aunque se llegó a un acuerdo para llevar a cabo este repliegue de fuerzas, Mao se encargó de romper este pacto. Se produjo un encarnizado enfrentamiento cuando las tropas comunistas, mal dirigidas deliberadamente por Mao, tropezaron con fuerzas nacionalistas. Como es de suponer, el relato de los acontecimientos es muy distinto, dependiendo de quién lo

cuenta. De lo que no cabe la menor duda es que este episodio hizo que fuera más difícil evitar la guerra civil que más tarde estalló. Los representantes soviéticos se limitaron a expresar su preocupación por el hecho de que nacionalistas y comunistas se dedicaran a combatir unos contra otros cuando debían estar repeliendo la agresión japonesa. Pero, en el mundo en general, los partidos comunistas extranjeros utilizaron el incidente como propaganda para poner de manifiesto que los nacionalistas eran siempre los hostigadores.[1]

El generalísimo, por su parte, se sentía ultrajado por la actitud de los soviéticos, que intentaban ejercer cada vez más control en el extremo noroccidental de la provincia de Sinkiang que limitaba con Mongolia, la URSS y la India. En dicha zona, en colaboración con el señor de la guerra local, Sheng Shih-tsai, la Unión Soviética había construido bases y fábricas, instalado una guarnición militar y comenzado la búsqueda de minas de estaño y yacimientos de petróleo. En un campo secreto también se adiestraban cuadros para el Partido Comunista Chino, cada vez más influyente en la provincia. El propio Sheng Shih-tsai había solicitado su ingreso en este partido político. Su petición recibió el veto de Stalin, pero luego este caudillo fue aceptado en el Partido Comunista de la URSS. Como Sinkiang era un enclave esencial para los suministros y el comercio con la Unión Soviética, los nacionalistas se encontraban con las

manos atadas. Chiang Kai-shek solo podía aguardar pacientemente a que llegaran tiempos mejores para recuperar el control de lo que se había convertido en un feudo de los rusos.

A pesar de todas estas tensiones, el envío de suministros soviéticos había vuelto a comenzar, al menos por el momento, sobre todo porque Stalin temía que los japoneses se convirtieran de nuevo en una clara amenaza para sus intereses en Extremo Oriente. En una batalla por la provincia meridional de Hunan, los nacionalistas utilizaron, una vez más, su táctica de emprender la retirada para lanzar a continuación un contraataque. Solo en el sur de Shensi consiguieron los japoneses realizar un avance significativo y ocupar una valiosa región agrícola de la que los nacionalistas dependían para abastecerse de alimentos y para proporcionar nuevos reclutas a su ejército. Este episodio coincidió con su aplastante victoria en la batalla de Zhongyuan, que Chiang Kai-shek calificaría de «el hecho más vergonzoso en la historia de la guerra contra Japón».[2]

Ernest Hemingway y su nueva esposa, Martha Gellhorn, estaban viajando por China en esos días, y la miseria y la sordidez que los rodeaba hicieron mella incluso en la intrépida Gellhorn. «China me ha curado: no quiero emprender más viajes», escribió a su madre. «Es angustioso observar la realidad de la vida en Oriente, y un

horror compartirla». La suciedad, los olores, las ratas y las chinches tuvieron su efecto. En Chungking, capital nacionalista, que Hemingway nos describe como «gris, amorfa, enfangada, un montón de tediosos edificios de cemento y de míseras barracas», la pareja almorzó con Chiang Kai-shek y su mujer, y más tarde les dijeron que era un gran honor que el generalísimo los hubiera recibido sin llevar puesta la dentadura postiza.

Al líder nacionalista no le habría complacido saber que Gellhorn había quedado gratamente sorprendida por el representante comunista en Chungking, Chou En-lai. Hemingway, por su parte, puso de manifiesto que había dejado de ver a los comunistas con aquella complacencia de su época en España. Era perfectamente consciente de la eficacia de su propaganda y de cómo partidarios de su ideología, como Edgar Snow, habían conseguido convencer a los lectores estadounidenses de que las fuerzas de Mao combatían con ahínco mientras los corruptos nacionalistas no hacían prácticamente nada, cuando, en realidad, era todo lo contrario.[3]

Era cierto que había corrupción en la China nacionalista, pero esta no se daba en todos los ejércitos ni entre todos los oficiales. Algunos oficiales de estado mayor del XV Ejército, acostumbrados a las viejas usanzas, solían utilizar los camiones militares para traer opio de Szechuan y venderlo en el valle del Yangtsé, pero no todos

los oficiales nacionalistas seguían estas prácticas propias de la tradición de los señores de la guerra. Aunque algunos se dedicaban descaradamente a robar y vender las raciones de comida de sus propios soldados, otros, de mentalidad más moderna y liberal, se rascaban los bolsillos y compraban con su dinero suministros médicos para sus hombres. Y los comunistas no fueron mejores. Su producción y venta de opio fue concebida para crear una reserva de fondos que más tarde les permitiera combatir a los nacionalistas. En 1943, el embajador soviético calculó que los comunistas habían vendido cuarenta y cuatro mil setecientos sesenta kilos de opio, por un valor de sesenta millones de dólares de la época.[4]

La invasión de la Unión Soviética en junio de 1941 por parte de la Alemania nazi tenía dos vertientes desde el punto de vista nacionalista. En el aspecto positivo, significaba que Stalin ya no podía permitirse el lujo de mostrarse tan firme en su idea de controlar la provincia de Sinkiang. Y, sobre todo, venía a delimitar claramente quién era quién en la Segunda Guerra Mundial, colocando a Gran Bretaña, a los Estados Unidos y a la Unión Soviética en un mismo bando frente a Alemania y a Japón. En el aspecto negativo, significaba que Stalin intentaría evitar por todos los medios un enfrentamiento abierto con Japón. El dictador soviético, temiendo una concentración de fuerzas niponas en el norte, pidió a los comunistas chinos que

lanzaran un gran ataque con sus guerrillas, pero, aunque en un principio pareció aceptar la propuesta, al final Mao no hizo nada. La única ofensiva comunista, la Operación de los Cien Regimientos, se había producido el verano anterior. La campaña había enfurecido a Mao, pues había repercutido en beneficio de los nacionalistas en un momento malo para ellos, y, aunque se consiguió infligir graves daños en las líneas ferroviarias y en las minas, el número de bajas en las filas comunistas había sido elevadísimo.

A pesar de que las fuerzas comunistas volvieron a adoptar una postura prácticamente neutral a lo largo de 1941, el comandante japonés, el general Okamura Yasuji, en un ejemplo de contrainsurgencia, lanzó sus salvajes ofensivas de los «tres todos»[5] —«matarlos a todos, quemarlo todo y destruirlo todo»— contra las regiones controladas por los comunistas. Cuando no eran asesinados, los varones jóvenes eran capturados para trabajar como mano de obra esclava. El hambre también se utilizó como arma. Los japoneses quemaban todas las cosechas que no podían aprovechar. Se calcula que la población de las regiones controladas por los comunistas pasó de cuarenta y cuatro millones a apenas veinticinco en este período.[6]

Para sorpresa y consternación de Moscú, Mao ordenó la retirada de muchas de sus fuerzas, y dividió aquellas que seguían tras las líneas japonesas. En opinión de los

soviéticos, fue un acto de traición contra el «internacionalismo proletario»,[7] que obligaba a los comunistas de todo el mundo a realizar cualquier tipo de sacrificio por la «Madre Patria de los oprimidos». Stalin tuvo entonces la absoluta certeza de que Mao estaba más interesado en arrebatar territorio a los nacionalistas que en combatir a los japoneses. Además, Mao intentaba por todos los medios reducir la influencia soviética en el seno del Partido Comunista Chino.

Aunque Stalin había firmado en el mes de abril un pacto de no agresión con Japón, interrumpiendo a continuación el envío de material bélico a los nacionalistas, seguía proporcionándoles asesoramiento militar. En aquellos momentos el principal asesor era el general Vasily Chuikov, que más tarde comandaría el LXII Ejército en la defensa de Stalingrado. En total, unos mil quinientos oficiales del Ejército Rojo habían prestado sus servicios en China, donde pudieron adquirir más experiencia y probar nuevas armas como habían hecho en España durante la guerra civil.[8]

Los británicos también proporcionaron armas y adiestramiento a los destacamentos de guerrilleros chinos. Todo ello fue organizado por el departamento de la Dirección de Operaciones Especiales en Hong Kong, pero como sus oficiales comenzaron a armar a grupos comunistas de la zona del río Dong (río Este), Chiang

exigió que se interrumpiera el proyecto. Los Estados Unidos, por su parte, también habían empezado a proporcionar ayuda. Dicha ayuda se materializó en la creación del Grupo de Voluntarios Americanos, los llamados Tigres Voladores, a las órdenes de un oficial retirado de las fuerzas aéreas estadounidenses, Claire Chennault, asesor de aviación de Chiang Kai-shek. Esta formación disponía de un centenar de cazas Curtiss P-40, cuya base se encontraba en Birmania con la finalidad de proteger las carreteras que conducían al suroeste de China. Sin embargo, a no ser que el piloto utilizara tácticas especiales, poco podían hacer estos aparatos frente a los poderosos Mitsubishi Zero japoneses.

En la propia China, y especialmente en la ciudad de Chungking, los pilotos de las pequeñas fuerzas aéreas nacionalistas hacían lo que podían para romper las formaciones de bombarderos japoneses. En diciembre de 1938, el cuartel general imperial se había visto obligado a reconocer que las tácticas de los nacionalistas chinos habían destruido cualquier posibilidad de obtener una rápida victoria. De modo que decidió recurrir a los bombardeos estratégicos, con la esperanza de acabar con la determinación china de oponer resistencia. Todos los centros industriales fueron atacados, pero el objetivo principal fue la capital de los nacionalistas, que fue víctima de constantes incursiones aéreas en las que se lanzaron

explosivos detonantes y bombas incendiarias. Los japoneses adoptaron la estrategia de emprender múltiples ataques de breve duración para mantener la ciudad constantemente en alerta y agotar sus defensas aéreas. Los historiadores chinos hablan del «Gran Bombardeo de Chungking», cuya fase más intensa se prolongó desde enero de 1939 hasta diciembre de 1941, cuando la aviación de la Armada nipona tuvo que trasladarse al teatro de operaciones del Pacífico. Más de quince mil civiles chinos perdieron la vida, y unos veinte mil sufrieron heridas de gravedad.[9]

El 18 de septiembre de 1941, el XI Ejército japonés lanzó con cuatro divisiones una nueva ofensiva contra otra ciudad importantísima desde el punto de vista estratégico: Changsha. Las fuerzas chinas tuvieron que replegarse en medio de cruentos combates. Como siempre, los heridos fueron los que salieron peor parados durante la retirada. Un médico chino de Trinidad, en las Antillas, describió una escena, por desgracia habitual: «Había en la carretera una ambulancia de la Cruz Roja rodeada de cientos de heridos que permanecían de pie o echados en el suelo. Estaba llena, y los heridos más leves se habían subido al techo del vehículo. Algunos se habían amontonado incluso en el asiento del chófer. El conductor estaba de pie ante ellos, con los brazos alzados, suplicando desesperadamente. No era una escena insólita. Los heridos solían echarse en

medio de la carretera para impedir que los camiones marcharan dejándolos atrás».[10]

Durante este nuevo intento de rodear Changsha, los japoneses sufrieron por una vez más bajas que las que infligieron. La combinación de operaciones convencionales con tácticas casi guerrilleras por parte de los nacionalistas estaba dando sus frutos. El plan había sido trazado por el general Chuikov. Sin embargo, como en ocasiones anteriores, los chinos contraatacaron justo cuando el enemigo entraba en la ciudad. Fuentes niponas afirmaron que sus fuerzas se habían replegado simplemente porque seguían órdenes del cuartel general imperial, pero los chinos proclamaron a los cuatro vientos que habían obtenido una importante victoria.

Por otro lado, los chinos habían enviado un gran contingente contra Ichang, puerto fluvial estratégico a orillas del Yangtsé, para tratar de recuperarlo. El 10 de octubre estuvieron a punto de acabar con la 13.ª División nipona que defendía la ciudad. «La situación de la división era tan desesperada que el estado mayor se preparó para prender fuego a las banderas de la formación, destruir los documentos secretos y suicidarse». Pero la unidad fue salvada en el último minuto por la 39.ª División que acudió en su rescate.[11]

Tanto los ejércitos nacionalistas y sus aliados, los señores de la guerra locales, como los comunistas chinos

emprendieron deliberadamente una larga campaña de gran envergadura desde el punto de vista geográfico, evitando el lanzamiento de grandes ofensivas. A veces, los nacionalistas y, especialmente, los comunistas pactaron treguas con los japoneses en zonas determinadas. El ejército imperial nipón, por su parte, utilizó China como campo de entrenamiento para sus nuevas formaciones. Y aunque la resistencia continuada de China a la ocupación japonesa no alteró el resultado de la guerra en Extremo Oriente, sí tuvo una serie de consecuencias indirectas realmente importantes.

Incluso cuando los japoneses empezaron su guerra generalizada en el Pacífico en diciembre de 1941, su Ejército Expedicionario Chino seguía contando con unos seiscientos ochenta mil efectivos. Esta cifra multiplicaba por cuatro el número total de fuerzas terrestres niponas utilizadas para atacar las posesiones británicas, holandesas y estadounidenses. Además, como han señalado diversos historiadores, el dinero y los recursos que desde 1937 venían destinándose a la guerra chino-japonesa habrían podido ser utilizados con mayor provecho en la preparación de la guerra del Pacífico, en concreto en la construcción de más portaaviones. Sin embargo, la consecuencia más importante de la resistencia china fue que consiguió, en combinación con la victoria obtenida por los soviéticos en Khalkhin Gol, que los japoneses se

negaran a atacar Siberia cuando el Ejército Rojo atravesaba su momento más crítico en el otoño y comienzos del invierno de 1941. Es muy probable que el desarrollo de la Segunda Guerra Mundial hubiera sido distinto de haberse lanzado ese ataque.

En febrero de 1942, el general Marshall nombró al general de división Joseph Stilwell comandante de las fuerzas estadounidenses en China y Birmania. Stilwell había sido agregado militar en Nanjing con el gobierno nacionalista cuando, en 1937, empezó la «Guerra de Resistencia» contra Japón. Así pues, no es de extrañar que en Washington se le considerara todo un experto en lo tocante a China. Pero «Vinegar Joe» Stilwell pensaba de los oficiales chinos que eran unos individuos perezosos, hipócritas, complicados, inescrutables, sin disciplina militar, corruptos e incluso estúpidos. Su visión se correspondía en gran medida a la idea decimonónica de que China era «el gran enfermo de Asia».[12] Al parecer, no sabía comprender las dificultades reales a las que se enfrentaba el régimen de Chiang Kai-shek, especialmente las relacionadas con los problemas de abastecimiento de alimentos, que habían forzado la retirada de un gran número de tropas a regiones agrícolas más ricas simplemente para evitar su deserción por hambre.

La comida, como Stilwell se negaba a reconocer, estaba condenada a convertirse en la principal

preocupación de los nacionalistas, especialmente después de que sus territorios se vieran invadidos por una marea de refugiados —más de cincuenta millones— que huía de la crueldad de los japoneses. Tras una serie de malas cosechas, y de perder importantes regiones agrícolas en beneficio del enemigo, los precios de los alimentos experimentaron una escalada vertiginosa. Los campesinos y los refugiados comenzaron a morir de hambre, e incluso los oficiales de rango medio tuvieron dificultades para alimentar a sus familias. Para el gobierno era prácticamente imposible impedir que los especuladores y algunos funcionarios y oficiales se dedicaran a almacenar grano y arroz para venderlo más tarde y obtener jugosos beneficios, aunque parte de los alimentos se pudriera en los depósitos. La corrupción que Stilwell tanto condenaba era muy difícil de combatir.

La solución que adoptaron los nacionalistas fue obligar a los campesinos a pagar sus tributos en especie, pero esta medida cargaba sobre sus espaldas el peso de tener que alimentar unos ejércitos enormes, en un momento en el que esos mismos campesinos también eran reclutados masivamente para prestar servicio militar. En poco tiempo el hambre reinó en muchas regiones. En consecuencia, se hicieron más difíciles los reclutamientos, obligando a los oficiales encargados de esta tarea a recurrir a la fuerza, ignorando cualquier tipo de exención.[13] Las

raciones de comida no paraban de reducirse, y al término de la guerra, debido a la inflación, la paga mensual de un soldado no daba ni para comprar dos coles. Una sociedad agraria dispersa, saqueada y vapuleada, en la que habían quedado interrumpidas las comunicaciones, estaba condenada a que le resultara prácticamente imposible poder afrontar una guerra moderna.[14] A los comunistas les fue mejor en sus regiones menos pobladas, sobre todo porque impusieron duros controles en todos los ámbitos. También demostraron mayor previsión con su manera de utilizar la mano de obra, pues incluso obligaron a sus tropas a colaborar en la cosecha de los campos. Los ejércitos comunistas también crearon sus propios centros agrícolas para el abastecimiento de los soldados. De este modo se ganaban el apoyo de más campesinos que los nacionalistas. Pero su gran ventaja fue que, en comparación, no se vieron tan hostigados como los nacionalistas, contra los que los japoneses concentraron sus fuerzas.

Marshall había elegido también a Stilwell porque era un general totalmente comprometido con la doctrina militar norteamericana, que hacía hincapié en la importancia de la ofensiva. Pero los nacionalistas y los ejércitos de sus aliados simplemente no estaban en posición de emprender operaciones efectivas. Carecían de medios de transporte para concentrar sus fuerzas, carecían de apoyo aéreo y carecían de carros blindados. Por todas

estas razones, Chiang Kai-shek se había dado cuenta, antes incluso de que estallara el conflicto armado, de que la única posibilidad que tenían de sobrevivir era llevando a cabo una lenta y larga guerra de desgaste. El generalísimo, un hombre realista que conocía su país y las limitaciones de sus ejércitos mucho mejor que Stilwell, tuvo que soportar repetidas veces recriminaciones por su falta de «espíritu ofensivo».[15] Stilwell lo calificaba con desprecio y desdén de «militar de tres al cuarto». Chiang, subestimando el enfado de la opinión pública americana con Japón, se equivocaba al temer que los Estados Unidos acabaran haciendo las paces con Tokio y lo abandonaran a su suerte. Y como necesitaba desesperadamente su ayuda, pensaba que no había más remedio que aguantar a ese aliado tan irrespetuoso.

Stilwell también compartía con Marshall y sus acólitos la sospecha de que los británicos estaban interesados exclusivamente en recuperar su imperio, y que para conseguirlo estaban dispuestos a manipular el apoyo de los Estados Unidos. Sin embargo, nadie compartía su opinión de que China era el mejor lugar para derrotar a los japoneses. Esta idea chocaba con la estrategia de Washington de alentar a Chiang Kai-shek a entretener el mayor número de fuerzas niponas posible mientras los Estados Unidos recuperaban su hegemonía en el Pacífico. Marshall se opuso firmemente a la solicitud de Stilwell de

enviar a China un contingente americano que actuara como punta de lanza en el combate.

Ese mismo convencimiento de la importancia de la guerra en China llevó a Stilwell, sin embargo, a concentrar su atención en Birmania con el fin de asegurar las vías de abastecimiento de los nacionalistas. Los británicos, por su parte, veían en las fuerzas de Chiang Kai-shek un instrumento para defender la India, que más tarde podía serles útil como aliado para recuperar dos posesiones imperiales perdidas: Birmania y Malaca. Hong Kong era un asunto mucho más complejo, como bien sabían, pues Chiang pretendía anexionarla a China.

A pesar de ser en parte responsable del desastre de Birmania, Stilwell aparecía como un héroe en la prensa americana, que desconocía por completo lo que estaba ocurriendo en China. Hasta 1941, los nacionalistas habían sabido conducir bien la guerra, consiguiendo equilibrar las necesidades de la economía rural con el reclutamiento anual de unos dos millones de hombres y su alimentación. Pero con su ofensiva desde el sur de Shensi, en el curso de la cual capturaron un enclave vital de comunicaciones, Ichang, a orillas del Yangtsé, los japoneses dejaron al grueso de las fuerzas nacionalistas aislado de su centro de abastecimiento de alimentos en Szechuan.

Chiang Kai-shek quedó consternado cuando Stilwell, después del repliegue de tropas en Birmania, se retiró a la

India en 1942 con dos de sus mejores divisiones. Sospechaba, con razón, que el general americano estaba tratando de crear un mando independiente, pero lo aceptó con tal de que esas formaciones no cayeran bajo el control de los británicos. Dichas divisiones, la 22.ª y la 38.ª, fueron reequipadas con material del programa norteamericano de Préstamo y Arriendo destinado a los nacionalistas chinos; material que había ido acumulándose porque no podía llegar a los ejércitos de Chiang debido a que la carretera de Birmania había caído en manos del enemigo. El envío de suministros solo podía realizarse, pero en pequeñas cantidades, en aviones de transporte que tenían que sobrevolar lo que los pilotos llamaban la «Joroba» del Himalaya. De las ayudas destinadas a los nacionalistas, una gran parte no salió de los almacenes de los Estados Unidos, y otra fue entregada a los británicos. Inevitablemente, el control de Stilwell sobre los suministros proporcionados por el programa de Préstamo y Arriendo de los Estados Unidos provocaba tensiones y recelos en sus relaciones con el generalísimo, cuyo jefe de estado mayor se suponía que era él mismo. Stilwell estaba firmemente convencido de que, como responsable de la distribución de las ayudas, debía utilizarlas como medio de presión para obligar a Chiang a hacer lo que se le ordenara.

La guerra del Pacífico, con sus grandes operaciones navales y con las intervenciones de la aviación en apoyo de los desembarcos anfibios, fue muy distinta de la que se desarrolló en China continental. En las Filipinas, el general MacArthur no había movido el grueso de sus tropas cuando los japoneses, el 10 de diciembre de 1941, desembarcaron pequeños contingentes en el extremo septentrional de Luzón, principal isla del archipiélago. Dio por supuesto acertadamente que se trataba de una serie de ataques de diversión con el fin de obligarle a dividir sus fuerzas. Dos días después, tuvo lugar otro desembarco de los japoneses en una península del sureste de Luzón. El gran ataque no se produjo hasta el 22 de diciembre, cuando cuarenta y tres mil efectivos del XIV Ejército nipón desembarcaron en unas playas situadas a unos doscientos kilómetros al norte de Manila.

Los dos desembarcos principales pusieron de manifiesto que la intención del ejército imperial japonés era atacar la capital filipina con un movimiento de pinza. En teoría MacArthur estaba al frente de una fuerza de ciento treinta mil hombres, pero en su inmensa mayoría pertenecían a unidades de reserva locales. En realidad, solo disponía de unos treinta y un mil soldados americanos y filipinos en los que sabía que podía confiar. Las puntas de lanza blindadas de las resistentes fuerzas japonesas,

curtidas en el campo de batalla, no tardaron en obligar a los hombres de MacArthur a retirarse hacia la bahía de Manila. El general americano puso en marcha el plan de contingencia previsto, el «Naranja».[16] Este consistía en retirar a sus tropas al interior de la península de Bataán, en el lado oeste de la bahía de Manila, y resistir allí. Desde la isla de Corregidor, situada frente a la costa de la gran ensenada, se podía controlar el paso de naves con las baterías costeras y defender el extremo suroriental de la península de cincuenta kilómetros de longitud.

Como no disponía de suficientes medios de transporte militares para trasladar a sus tropas del sur, MacArthur requisó los pintorescos autobuses multicolores de la ciudad de Manila. A última hora de la tarde del 24 de diciembre, acompañado por el presidente Manuel Quezón y su gobierno, el general americano abandonó la capital a bordo de un barco de vapor para instalar su cuartel general en «la Roca», esto es, la isla-fortaleza de Corregidor. Se prendió fuego a las grandes cisternas de combustible y a los almacenes de los alrededores de Manila y de los astilleros navales, lo que hizo que gigantescas columnas de humo negro se elevaran hacia el cielo.

La retirada a Bataán de los quince mil efectivos americanos y los sesenta y cinco mil filipinos, así como la creación de la primera línea defensiva a lo largo del río Pampanga, no fue tarea fácil. Muchos reservistas filipinos

se habían esfumado y habían vuelto a sus casas, pero otros se dirigieron a las montañas para seguir una guerra de guerrillas contra el invasor. Al otro lado de la bahía, frente a la costa de Bataán, los japoneses entraban en Manila el 2 de enero de 1942. El problema principal de MacArthur era tener que alimentar a los ochenta mil soldados y a los veintiséis mil refugiados presentes en la península en un momento en el que la Marina nipona bloqueaba totalmente la zona y controlaba el cielo.

Los ataques japoneses comenzaron el 9 de enero. Las fuerzas de MacArthur que defendían el cuello de la península de Bataán estaban divididas en el centro por el monte Natib. La densa jungla y los barrancos del lado occidental de la península y los pantanos del sector oriental, bañado por las aguas de la bahía de Manila, constituían, cada uno a su manera, un terreno infernal. La malaria y el dengue hacían estragos entre los hombres de MacArthur, que disponían de muy poca quinina y carecían de otros medicamentos esenciales. Muchos estaban sumamente debilitados por culpa de la disentería, «los rápidos del Yangtsé» como decía la infantería de marina americana. El principal error cometido por MacArthur fue dispersar sus provisiones en lugar de concentrarlas en Bataán y en Corregidor.

Después de dos semanas de combates encarnizados, el 22 de enero los japoneses lograron abrirse paso hasta

llegar al centro montañoso de la península, obligando a las tropas de MacArthur a replegarse tras otra línea defensiva situada mucho más al sur. Los soldados aliados, con los uniformes hechos jirones, y con el cuerpo cubierto de llagas por culpa de la jungla y los pantanos, estaban exhaustos y muy debilitados. Pero en el extremo suroccidental de la península se cernía una nueva amenaza: cuatro desembarcos anfibios japoneses. Con muchísima dificultad, las tropas de MacArthur consiguieron contener el avance de estas fuerzas enemigas, aunque a costa de un gran número de bajas en uno y otro bando.

La férrea resistencia de los soldados americanos y filipinos había sido tan efectiva y había provocado tantas pérdidas a los japoneses que a mediados de febrero el teniente general Homma Masaharu decidió que sus tropas se replegaran, cediendo un poco de terreno, para que descansaran mientras llegaban los refuerzos. Aunque esta acción subió la moral de los Aliados, que aprovecharon la ocasión para mejorar sus defensas, lo cierto es que el elevado índice de enfermedades y el hecho de saber que nadie iba a acudir en su ayuda no tardaron en tener sus efectos. Muchos de los «Batalladores Bastardos de Bataán»,[17] como se llamaban a sí mismos, se sintieron amargados y decepcionados cuando MacArthur, desde la seguridad de los túneles de cemento armado de la isla de Corregidor, los exhortó a realizar un esfuerzo más.

Comenzaron a llamarlo *Dugout Doug* [«Douglas el Atrincherado»]. MacArthur quería quedarse en las Filipinas, pero recibió directamente de Roosevelt la orden de dirigirse a Australia para preparar la contraofensiva. El 12 de marzo, acompañado de su familia y del personal de su estado mayor, partió en una flotilla de cuatro lanchas de torpederas PT.

Los que quedaron atrás, a las órdenes del general de división Jonathan Wainwright, eran perfectamente conscientes de que no tenían ninguna esperanza. Debido a la inanición y a las enfermedades, ni siquiera una cuarta parte de ellos estaba en condiciones de luchar. Las tropas del general Homma, por otro lado, habían sido reforzadas con veintiún mil efectivos, con bombarderos y con artillería. El 3 de abril, los japoneses atacaron de nuevo con una furia inusitada. La línea defensiva fue destruida, y el 9 de abril las tropas de Bataán, comandadas por el general de división Edward King Jr., se rindieron al enemigo. Por su parte, Wainwright seguía resistiendo en Corregidor, pero «la Roca» fue pulverizada con continuos bombardeos y por el fuego incesante de la artillería naval y terrestre. La noche del 5 de mayo, tropas japonesas desembarcaron en la isla, y al día siguiente, Wainwright, desolado, no tuvo más remedio que presentar la rendición de sus trece mil hombres. Pero lo que no sabían los defensores de Bataán y de Corregidor es que su agonía aún no había terminado.

18

GUERRA EN TODO EL MUNDO (diciembre de 1941-enero de 1942)

Aunque la guerra contra Alemania y la guerra contra Japón se desarrollaron como dos conflictos distintos, lo cierto es que influyó la una en la otra mucho más de lo que pueda parecer a primera vista. La victoria soviética en Khalkhin Gol en agosto de 1939 no solo contribuyó a la decisión de los japoneses de atacar por el sur, y de meter así a los Estados Unidos en la guerra, sino que permitió también que Stalin pudiera trasladar sus divisiones siberianas hacia el oeste para frustrar el intento de Hitler de conquistar Moscú.

El pacto nazi-soviético, que había supuesto un gran golpe emocional para Japón, afectó también a sus planteamientos estratégicos. Esta situación no se vio favorecida desde luego por la sorprendente falta de coordinación entre Alemania y el Imperio del Sol

Naciente, que concluyó su pacto de neutralidad con Stalin apenas dos meses antes de que Hitler lanzara su invasión de la Unión Soviética. En Tokio se impuso la facción del «golpe en el sur», no solo sobre los que deseaban la guerra contra la Unión Soviética, sino también frente a los miembros del Ejército Imperial que pretendían poner primero fin a la guerra en China. En cualquier caso, el pacto de neutralidad entre la URSS y Japón supuso que los Estados Unidos se convirtieran en el principal proveedor de los nacionalistas chinos. Chiang Kai-shek intentó todavía persuadir al presidente Roosevelt de que presionara a Stalin para que se uniera a la guerra contra Japón, pero se negó a regatear con la Ley de Préstamo y Arriendo. Y Stalin se mostró inflexible en la idea de que el Ejército Rojo solo podía responsabilizarse de un frente a la vez.

El enorme aumento del apoyo de Roosevelt a Chiang Kai-shek en 1941 enfureció a Tokio, pero fue la decisión adoptada por Washington de imponer el embargo de petróleo lo que los nipones consideraron una especie de declaración de guerra. El hecho de que esta medida fuera tomada en respuesta a la ocupación de Indochina por los japoneses y como advertencia para que no invadieran otros países no afectó a la versión que estos tenían de la lógica, basada en el orgullo nacional.

Debido a su creencia en la supremacía de su imperio, los militaristas japoneses, al igual que los nazis, se vieron

impelidos a confundir la causa y el efecto. Como acaso fuera previsible, les irritó sobremanera la Carta del Atlántico suscrita por Roosevelt y Churchill, que vieron como un intento de imponer la versión angloamericana de democracia a todo el mundo. Habrían podido perfectamente sacar a colación la paradoja del Imperio Británico, que promovía la autodeterminación, pero su idea de liberación imperial por medio de la Esfera de Coprosperidad de la Gran Asia Oriental era mucho más opresiva. De hecho, su nuevo orden asiático era curiosamente similar a la versión alemana, y el trato que dispensaban a los chinos era análogo a la actitud adoptada por los nazis ante los *Untermenschen* eslavos.

Japón no se habría atrevido nunca a atacar a los Estados Unidos si Hitler no hubiera iniciado la guerra en Europa y en el Atlántico. Una guerra en dos océanos ofrecía una ocasión única de actuar contra el poderío naval de los Estados Unidos y del Imperio Británico. Fue por eso por lo que en noviembre de 1941 los japoneses intentaron que la Alemania nazi les garantizara que declararía la guerra a los Estados Unidos en cuanto ellos atacaran Pearl Harbor. Ribbentrop, resentido sin duda todavía por el rechazo de los japoneses a la petición que les hiciera en el mes de julio de avanzar sobre Vladivostok y Siberia, se mostró al principio evasivo. «Roosevelt es un fanático», dijo, «así que es imposible prever lo que va a hacer».[1] El general

Oshima Hiroshi, embajador de Japón, preguntó secamente qué pensaba hacer Alemania.

«Si Japón se viera envuelto en una guerra contra los Estados Unidos», se vio obligado a responder Ribbentrop, «Alemania se uniría inmediatamente a la guerra, por supuesto. No cabe la más mínima posibilidad de que Alemania firme una paz por separado con los Estados Unidos en tales circunstancias: el Führer está decidido respecto a ese punto».

Los japoneses no habían hablado de sus planes a las autoridades de Berlín, así que la noticia del ataque sobre Pearl Harbor llegó, según Goebbels, «como un rayo caído del cielo».[2] Hitler recibió la información con enorme alegría. Los japoneses iban a mantener ocupados a los americanos, pensaba, y la guerra en el Pacífico reduciría sin duda los suministros enviados a la Unión Soviética y Gran Bretaña. Calculaba que los Estados Unidos estaban obligados a entrar en guerra contra Alemania en un futuro próximo, pero no estarían en condiciones de intervenir en Europa hasta 1943 como muy pronto. No estaba al corriente de la política de «Alemania primero» acordada por los jefes de estado mayor americanos e ingleses.

El 11 de diciembre de 1941, el encargado de negocios norteamericano en Berlín fue convocado a la Wilhelmstrasse, donde Ribbentrop le leyó el texto de la declaración de guerra de la Alemania nazi a los Estados

Unidos. A última hora de la tarde, entre aclamaciones de «*Sieg heil*!» por parte de los miembros del partido, el propio Hitler anunció en el Reichstag que Alemania e Italia estaban en guerra con los norteamericanos, al lado de Japón, en virtud del Pacto Tripartito. En realidad el Pacto Tripartito era una alianza de defensa mutua. Alemania no estaba obligada ni mucho menos a ayudar a los japoneses si ellos eran los agresores.

En un momento en el que las tropas alemanas se hallaban en plena retirada del frente de Moscú, la declaración de guerra de Hitler contra los Estados Unidos parece un tanto precipitada, por no decir más. Aquella decisión apestaba a orgullo desmesurado, especialmente cuando Ribbentrop (probablemente rememorando las palabras de Hitler), afirmó en tono grandilocuente: «Una gran potencia no deja que le declaren la guerra. La declara ella».[3] Pero Hitler ni siquiera había consultado al OKW ni a los principales mandos militares del cuartel general del Führer, como por ejemplo los generales Alfred Jodl y Walter Warlimont. Estos se alarmaron ante la falta de cálculo que comportaba aquella decisión, especialmente porque Hitler había sostenido el verano anterior que no quería entrar en guerra con los americanos hasta no haber aplastado al Ejército Rojo.

De un plumazo, la estrategia de autojustificación de Hitler, según la cual una victoria sobre la Unión Soviética

habría obligado a Gran Bretaña a salir definitivamente de la guerra, daba un giro de ciento ochenta grados. En realidad ahora Alemania iba a enfrentarse a una guerra en dos frentes. Los generales estaban desconcertados ante aquella evidente ignorancia del poderío industrial de Estados Unidos. Y la población alemana en general empezó a temer que el conflicto se dilatara años. (Resulta sorprendente constatar cuántos alemanes llegaron a convencerse al término de la guerra de que habían sido los Estados Unidos los que habían declarado la guerra a Alemania, y no al revés.)

Los soldados del Frente Oriental se enteraron de la noticia, decididos a verla desde la mejor perspectiva posible. «El mismo 11 de diciembre pudimos escuchar el discurso del Führer, acontecimiento absolutamente singular», escribía un soldado de la 2.ª División Panzer, jactándose de que habían llegado a estar a doce kilómetros del Kremlin. «Ahora ha estallado la verdadera guerra mundial. Tenía que llegar».[4]

El elemento clave del pensamiento de Hitler radicaba en la guerra por mar. La agresiva política de «abrir fuego a las primeras de cambio» preconizada por Roosevelt, que ordenaba a los buques de guerra estadounidenses atacar a los submarinos alemanes donde los encontraran, y la decisión de proveer de escoltas a los convoyes desde el oeste de Islandia había hecho que la batalla del Atlántico se

decantara a favor de los Aliados. El *Grossadmiral* Raeder había venido presionando a Hitler para que permitiera a sus manadas de lobos submarinos responder al fuego. Hitler había compartido la frustración del almirante, pero hasta que los japoneses no obligaron a la Marina de los Estados Unidos a permanecer en el Pacífico y accedieron formalmente a no buscar una paz por separado con los americanos, no se había atrevido a dar ningún paso. Ahora el Atlántico occidental y toda la línea costera norteamericana podían convertirse en zona militar sin restricciones en la «guerra de torpedos». En opinión de Hitler, aquella circunstancia podía proporcionar al fin y al cabo otra forma de obligar a Gran Bretaña a doblegarse, antes incluso que la conquista de la Unión Soviética.

El contraalmirante Karl Dönitz, comandante en jefe de la flota de submarinos, había pedido a Hitler en septiembre de 1941 que le avisara lo antes posible de la declaración de guerra contra los Estados Unidos. Necesitaba tiempo para preparar a sus manadas y conseguir que estuvieran en condiciones de arremeter despiadadamente contra los barcos americanos a lo largo de la costa oeste de su país mientras todavía estaban desprevenidos. Pero a la hora de la verdad la repentina decisión de Hitler se produjo en un momento en el que no había submarinos alemanes disponibles en la zona.[5]

La obsesión antisemita de Hitler lo había convencido

de que los Estados Unidos eran básicamente un país nórdico dominado por partidarios de la guerra de origen judío, y ese era un motivo más de que resultara inevitable el enfrentamiento entre su Nuevo Orden en Europa y los americanos. Pero no supo apreciar que el ataque contra Pearl Harbor logró unir a los norteamericanos con unos lazos mucho más fuertes que los que él hubiera podido forjar. El lobby aislacionista que proclamaba el slogan «América primero» fue silenciado por completo, y la declaración de guerra de Hitler acabó definitivamente por hacerle el juego a Roosevelt. Sin ella, el presidente no habría podido contar con el Congreso para seguir adelante con su «guerra no declarada» en el Adámico.

Aquella segunda semana de diciembre de 1941 fue sin duda alguna el momento decisivo de la guerra. A pesar de las horribles noticias procedentes de Hong Kong y de Malaca, Churchill sabía por fin que Gran Bretaña no podría ser derrotada nunca. Tras conocer la noticia de Pearl Harbor, Churchill dijo que «se fue a la cama y durmió el sueño de los salvados y los agradecidos».[6] El retroceso de los ejércitos alemanes ante Moscú demostraba además que era muy improbable que Hitler obtuviera la victoria allí sobre su adversario más terrible por tierra. Se produjo además un alivio temporal en la batalla del Atlántico, e incluso las noticias que llegaban del Norte de África eran por una vez alentadoras, pues la ofensiva de la Operación

Crusader de Auchinleck supuso la expulsión de Rommel de Cirenaica. Así, pues, Churchill volvió a embarcarse rumbo al Nuevo Mundo con un entusiasmo enorme, esta vez en el acorazado *Duke of York*, de la Marina de Su Majestad, hermano gemelo del *Prince of Wales*. La serie de reuniones que mantendría con Roosevelt y los jefes de estado mayor norteamericanos recibió el nombre clave de Conferencia Arcadia.

Mientras cruzaba el Atlántico, Churchill elaboró sus conjeturas acerca de la forma de organizar la guerra en el futuro a partir de un fermento básico de ideas. Dichas ideas, debatidas con sus jefes de estado mayor, fueron perfiladas hasta acabar formando el plan estratégico británico. No debía hacerse ningún intento de desembarco en el norte de Europa hasta que la industria alemana, especialmente la producción de aviones, hubiera sido reducida al máximo mediante duros bombardeos, campaña a la que pretendían que se uniera la fuerza aérea estadounidense. Las fuerzas angloamericanas debían desembarcar en el Norte de África en 1942 para contribuir a la derrota de Rommel y asegurarse el Mediterráneo. Luego en 1943 podían efectuarse desembarcos en Sicilia e Italia, o en otros lugares de la costa del norte de Europa. Churchill reconocía asimismo que los americanos debían contraatacar a los japoneses con portaaviones.[7]

Después de realizar una travesía bastante dura debido

al mal estado de la mar, el *Duke of York* llegó por fin a los Estados Unidos el 22 de diciembre. Churchill fue recibido por Roosevelt y alojado en la Casa Blanca, donde acabó resultando un huésped agotador a lo largo de las siguientes tres semanas. El, sin embargo, se encontraba en su elemento y recibió una acogida apoteósica cuando pronunció su discurso ante el Congreso. Aquellos dos líderes no podían ser más distintos. Roosevelt era indudablemente un gran hombre, pero, aunque desplegaba un encanto irresistible y producía una impresión artificial de intimidad, en el fondo era bastante vanidoso, frío y calculador.

Churchill, por su parte, era apasionado, expansivo, sentimental y voluble. Sus famosas depresiones, a las que él llamaba el «perro negro», casi nos hablan de una modalidad de trastorno bipolar. La mayor diferencia entre uno y otro radicaba en sus respectivas actitudes ante el imperio. Churchill estaba orgulloso de descender del gran duque de Marlborough y seguía siendo un imperialista a la vieja usanza. Roosevelt consideraba semejantes actitudes no solo anticuadas, sino también profundamente equivocadas. El presidente norteamericano estaba además convencido de que despreciaba la Realpolitik, aunque en todo momento estuviera dispuesto a obligar a los países más pequeños a plegarse a su voluntad. Anthony Edén, que en aquellos momentos era de nuevo secretario del Foreign

Office, no tardaría en observar con ironía a propósito de las dificultades de la relación triangular con la Unión Soviética que «la política norteamericana es de una moralidad exagerada, al menos en lo que concierne a los intereses de los demás».[8]

Los jefes de estado mayor norteamericanos aseguraron a la delegación británica que su opción política seguía siendo la de «Alemania primero». Semejante decisión vino determinada también por el problema de la escasez de barcos. Debido a las enormes distancias que había que salvar, cada navío podía hacer solo tres viajes de ida y vuelta al año hasta el teatro de operaciones del Pacífico. Pero la falta de embarcaciones significaba también que la acumulación de fuerzas norteamericanas en Gran Bretaña con vistas a una invasión a través del Canal de la Mancha iba a tardar más de lo imaginado. Este problema no empezaría a resolverse hasta que se pusiera en marcha el programa de construcción de barcos, los «buques Liberty», cuya finalidad era la producción masiva de naves de transporte de tropas.

Con su entrada en la guerra, los Estados Unidos estaban a punto de convertirse en algo más que «el gran arsenal de la democracia». Ya había dado comienzo el «Programa Victoria», sugerido en un principio por Jean Monnet, uno de los pocos franceses a los que la administración norteamericana respetaba sinceramente.

Desarrollando un plan destinado a incrementar las fuerzas estadounidenses hasta más de ocho millones de hombres, y haciendo unos cálculos muy generosos del armamento, los aviones, los tanques, las municiones y los barcos que se necesitaban para derrotar a Alemania y Japón, la industria americana empezó a volcarse en una producción de guerra total. El presupuesto ascendía a los ciento cincuenta mil millones de libras esterlinas. La munificencia militar sería asombrosa. Como comentaba un general, «el ejército americano no resuelve sus problemas, los hace trizas».[9]

En octubre también había sido aprobado el plan de Préstamo y Arriendo a la Unión Soviética. Además, se proporcionaron cinco millones de dólares en suministros médicos a través de la Cruz Roja americana. Roosevelt insistió en la necesidad de enviar suministros a la Unión Soviética. Churchill, por su parte, había alimentado las sospechas de Stalin haciendo exageradas promesas de ayuda que luego no cumplía. El 11 de marzo de 1942, Roosevelt dijo a Henry Morgenthau, su secretario del tesoro, que «todas las promesas que los ingleses han hecho a los rusos las han incumplido... El único motivo de que nosotros nos llevemos tan bien con los rusos es que hasta la fecha hemos mantenido nuestras promesas».[10] El presidente escribió a Churchill en los siguientes términos: «Sé que no le importará que le diga con una franqueza brutal que creo que personalmente puedo manejar a Stalin

mejor que su Foreign Office o que mi Departamento de Estado. Stalin odia las agallas que tienen todos sus hombres más destacados. Piensa que yo le gusto más, y espero que siga siendo así».[11] La confianza más bien arrogante y exagerada de Roosevelt en su influencia sobre Stalin se convertiría en algo muy peligroso, especialmente al final de la guerra.

Stalin pretendía que Gran Bretaña reconociera los presuntos derechos de la Unión Soviética sobre el este de Polonia y las Repúblicas Bálticas, ocupadas a raíz del Pacto Molotov-Ribbentrop, y presionaba a Anthony Edén para que diera su beneplácito. Al principio los británicos se habían negado a discutir aquella flagrante contradicción en la importancia que daba la Carta del Atlántico en la autodeterminación. Pero Churchill, temeroso de que Stalin intentara firmar una paz por separado con Hitler, planteó a Roosevelt la posibilidad de que quizá debieran dar su conformidad al plan. Roosevelt rechazó de plano la propuesta. Fue entonces, paradójicamente, Roosevelt el que provocó la mayor desconfianza de Stalin haciendo una promesa irrealizable. En abril de 1942, sin haber estudiado previamente el asunto, ofreció al líder soviético la posibilidad de abrir un Segundo Frente a lo largo de ese mismo año.

Al general Marshall le preocupaba mucho que Churchill tuviera un acceso tan directo al presidente en la

Casa Blanca, sabedor de la tendencia de Roosevelt a formular la política a seguir a espaldas de sus propios jefes de estado mayor. Mayor espanto sintió incluso cuando más tarde, en junio de 1942, durante otra visita de Churchill, descubrió que el presidente había dado su conformidad al plan propuesto por el primer ministro británico de realizar desembarcos en el norte de África, la Operación Gymnast, que muchos altos mandos del ejército norteamericano veían como una simple estratagema de los británicos para salvar su imperio.

Churchill regresó exultante de los Estados Unidos, pero muy pronto, agotado y enfermo, se sentiría abrumado ante una nueva serie de desastres. La noche del 11 de febrero de 1942 y durante todo el día siguiente, los cruceros de batalla alemanes *Scharnhorst* y *Gneisenau*, junto con el crucero pesado *Prinz Eugen*, llevaron a cabo la «irrupción en el Canal de la Mancha», desde Brest hasta las aguas de su propio país, aprovechando la mala visibilidad. Los numerosos ataques llevados a cabo durante la travesía por los bombarderos de la RAF y los torpederos de la Marina Real fracasaron. El país quedó desconcertado y airado. El clima de derrotismo se impuso incluso en muchos ambientes. Poco después, el 15 de febrero, se rendía Singapur. La humillación de Gran Bretaña parecía completa. Churchill, el venerado líder de guerra, se veía en aquellos momentos atacado por todos los frentes, por la

prensa, en el Parlamento y por el gobierno de Australia. Para empeorar las cosas, empezaron a organizarse grandes concentraciones y manifestaciones exigiendo la creación de «Un Segundo Frente Ya» con el fin de ayudar a la Unión Soviética, la única operación ofensiva que Churchill no podía ni quería emprender.

Pero en aquellos momentos la mayor amenaza no tenía nada que ver con los fracasos militares británicos. La Kriegsmarine acababa de cambiar el mecanismo de Enigma añadiendo un rotor más. En Bletchley Park no eran capaces de descifrar ni una sola transmisión. Las manadas de Dönitz, desplegadas en su totalidad por el Atlántico Norte y a lo largo de la costa de Norteamérica, empezaron a infligir una cantidad de pérdidas que respondía plenamente a los mejores sueños de Hitler. En 1942 fueron hundidos en total mil setecientos sesenta y nueve barcos aliados y noventa neutrales. Tras la euforia inicial de Churchill por la entrada de los Estados Unidos en la guerra, Gran Bretaña se enfrentaba al hambre y la ruina si se perdía la batalla del Atlántico. No es de extrañar que, con todos los problemas y las humillaciones que se le venían encima, envidiara el éxito cosechado por Stalin repeliendo a los alemanes a las puertas de Moscú.

El gran éxito obtenido por el Ejército Rojo en la batalla de Moscú en el mes de diciembre no tardó en verse socavado por el propio Stalin. La noche del 5 de enero de 1942 el líder soviético convocó una reunión de la Stavka y del Comité de Defensa del Estado en el Kremlin. El dictador tenía una sed infinita de venganza y se había convencido a sí mismo de que había llegado el momento de llevar a cabo una ofensiva general. Los alemanes estaban sumidos en el caos. No se habían preparado para el invierno y no estarían en condiciones de repeler un gran ataque hasta que llegara la primavera. Mientras iba y venía por su despacho, dando lentas chupadas a su pipa, insistía en su plan de lanzar maniobras de envolvimiento masivas: el Frente Central debía llevarlas a cabo en Moscú, pero también había que hacerlo al norte, en los alrededores de Leningrado, con el fin de romper el asedio, y en el sur, contra el ejército de Manstein, en Crimea y en la Cuenca del Donets, para poder así reconquistar Kharkov.

Zhukov, a quien nadie había dicho nada de las órdenes de Stalin a la Stavka, estaba horrorizado. En una entrevista con el dictador sostuvo que la ofensiva debía concentrarse en el «Eje occidental», en las cercanías de Moscú. El Ejército Rojo carecía de reservas y suministros suficientes, especialmente de munición para llevar a cabo un avance general. Después de la batalla de Moscú, los ejércitos participantes en la operación habían sufrido

graves pérdidas y estaban agotados. Stalin escuchó atentamente, pero no hizo caso de las advertencias de Zhukov. «¡Cumple lo que se te ha mandado!», dijo. La reunión había concluido. Solo más tarde descubriría Zhukov que había estado perdiendo el tiempo hablando. A sus espaldas ya habían sido dadas órdenes detalladas a los mandos del frente.[12]

El ejército alemán estaba efectivamente muy maltrecho y sufría toda clase de penalidades. Sus soldados, víctimas de la congelación, vestidos con ropas robadas aquí y allá a los campesinos, con la barba descuidada, la nariz pelada y las mejillas quemadas por el frío, resultaban irreconocibles: nadie habría podido ver en ellos a los mismos que habían avanzado hacia el este el verano anterior cantando marchas militares. Las tropas alemanas seguían la costumbre local de cortar las piernas de los muertos para arrojarlas al fuego y poder así quitarles las botas. Ni siquiera envolver el calzado con tela bastaba para protegerse de la congelación durante las guardias. Los miembros congelados, si no eran tratados inmediatamente, se gangrenaban enseguida y tenían que ser cortados. Los cirujanos militares de los hospitales de campaña, abrumados por el elevado número de bajas, se limitaban a arrojar al exterior las manos y las piernas amputadas, que se amontonaban en la nieve.

Pero sus adversarios subestimaron siempre la

capacidad que tenía el ejército alemán de recuperarse de los desastres. La disciplina, que había estado a punto de venirse abajo, había sido restaurada rápidamente. Durante su caótica retirada, los oficiales habían improvisado *Kampfgruppen* de infantería, formados por unos cuantos cañones de asalto, algunos zapadores y unos cuantos carros blindados. Y la primera semana de enero, por insistencia de Hitler, las aldeas se habían convertido en verdaderos fortines. Cuando el suelo congelado estaba demasiado duro para cavar trincheras, se utilizaban explosivos o bombas para abrir cráteres, o se construían fosos de mortero y posiciones de tiro detrás de simples montones de nieve y hielo reforzados con troncos. Los soldados alemanes se veían obligados a veces a retirar la nieve utilizando la culata de sus fusiles a modo de palas. Todavía no habían recibido ropas de invierno. Abrigaban la esperanza de despojar a los enemigos muertos de sus chaquetas acolchadas antes de que se congelaran y se convirtieran en una masa sólida, pero la dureza de las heladas hacía que pocas veces se les presentara la ocasión. La disentería, de la que sufrían casi todos los soldados, suponía una doble desventura, pues obligaba a los hombres a bajarse los pantalones con aquellas temperaturas. Y comer nieve con el fin de rehidratarse normalmente no hacía más que empeorar las cosas.

El XVI Ejército de Rokossovsky y el XX Ejército del

general Andrei Vlasov atacaron al norte de Moscú y, cuando se abrió un hueco, el II Cuerpo de Guardias de Caballería, con el apoyo de varios batallones de tanques y esquiadores, lograron colarse en él. Pero, como había advertido Zhukov, los alemanes ya no estaban desorganizados. Las fuerzas soviéticas no tardaron en descubrir que, en vez de rodear a los alemanes, fueron ellos mismos los que quedaron aislados. Algunas formaciones alemanas fueron rebasadas, pero resistieron y lucharon, recibiendo suministros por el aire. El *Kessel* más grande estaba formado por seis divisiones alemanas rodeadas en las inmediaciones de Demyansk, en la carretera de Leningrado a Novgorod.

Más al noroeste, el Frente Volkhov del general Kirill Meretskov intentó de nuevo romper el asedio de Leningrado, utilizando el LIV Ejército y el II Ejército de Choque. Stalin lo intimidó para que lanzara un ataque prematuro, con formaciones poco entrenadas y unidades de artillería cuyos cañones carecían de visor, hasta que el general Voronov le llevó una remesa en avión. El II Ejército de Choque avanzó cruzando el río Volkhov y penetró rápidamente en la retaguardia de los alemanes, amenazando con dejar incomunicado su XVIII Ejército. Pero el avance soviético se vio ralentizado por los contraataques alemanes y las duras condiciones del invierno. «Con el fin de abrirse paso a través de la nieve,

que era altísima, tuvieron que formar columnas en filas de quince. Los hombres de la primera fila avanzaban pisando la nieve, que en algunos lugares les llegaba a la cintura. Al cabo de diez minutos la primera fila se retiraba y ocupaba una posición al final de la columna. Las dificultades de movimiento aumentaban porque de vez en cuando se encontraban con tramos de cieno medio congelado y con arroyos cubiertos de una capa de hielo demasiado fina». Con los pies empapados y helados, los rusos sufrieron numerosas bajas por congelación. Los caballos, mal alimentados, estaban exhaustos, de modo que los propios hombres se veían obligados a cargar con la munición y los pertrechos.[13]

Stalin envió al general Vlasov, que tan elogiado había sido últimamente por el papel desempeñado en la defensa de Moscú, para que asumiera el mando. Le prometieron refuerzos y suministros, pero no llegaron hasta que era demasiado tarde. Las municiones se las lanzaron en paracaídas, pero la mayoría de ellas cayó detrás de las líneas alemanas. El ejército de Vlasov no tardó en quedar completamente aislado en los pantanos helados y los bosques de abedules. Meretskov avisó a Stalin del desastre que se les venía encima. Poco después de que llegaran la primavera y el deshielo, el II Ejército de Choque prácticamente había dejado de existir. Se perdieron unos sesenta mil hombres. Solo se salvaron trece mil. Vlasov,

acorralado, fue capturado finalmente en el mes de julio. Los alemanes no tardaron en convencerlo de que formara un Ejército Ruso de Liberación, la ROA. La mayoría de los hombres que se presentaron voluntarios para ingresar en él lo hicieron simplemente para no morir de hambre en los campos de prisioneros de guerra. La reacción de Stalin ante la traición de Vlasov puso de manifiesto las engañosas obsesiones de los tiempos del Gran Terror y de las purgas del Ejército Rojo. «¿Cómo se nos escapó antes de la guerra?», preguntó a Beria y a Molotov.[14]

Los emisarios de Stalin, entre los que se contaba el siniestro e incompetente comisario del pueblo Lev Mekhlis, se limitaban a hostigar a los mandos, echándoles la culpa de cualquier deficiencia, aunque la falta de pertrechos y de vehículos no fuera achacable a ellos. Nadie se atrevía a hablar a Stalin del caos provocado por sus planes ridículamente ambiciosos, que llegaban incluso a pretender reconquistar Smolensk. Los refuerzos alemanes traídos de Francia fueron puestos de inmediato a combatir, todavía sin equipos de invierno, mientras que muchas divisiones soviéticas habían quedado reducidas a poco más de dos mil hombres cada una.

El intento de llevar a cabo una gran maniobra de envolvimiento en torno a Vyazma fracasó. Zhukov incluso lanzó a parte del IV Cuerpo Aerotransportado detrás de las líneas alemanas, pero la Luftwaffe contraatacó sus

aeródromos en los alrededores de Kaluga, bien conocidos por los alemanes, pues acababan de abandonarlos. Por todo el Frente Oriental, desde Leningrado hasta el mar Negro, las posiciones fortificadas alemanas lograron evitar que se produjeran grandes avances. En Crimea, Manstein consiguió frustrar una invasión anfibia de la península de Kerch, mediante la cual los soviéticos pretendían obligarle a romper el asedio de Sebastopol.

La mayor crisis se produjo en Rzhev, donde el IX Ejército alemán corría el riesgo de verse rodeado. El general Walther Model, que se había convertido en uno de los favoritos del Führer por su energía despiadada, fue enviado para asumir el mando. Model hizo gala no solo de un gran coraje físico, sino también, en otras ocasiones, de un gran coraje moral por la forma en que se enfrentó a Hitler. Inmediatamente lanzó un contraataque que pilló desprevenidas a las fuerzas soviéticas. Logró así restablecer la línea del frente y atrapar al XXIX Ejército ruso. Pero los soldados del Ejército Rojo que habían sido rodeados, enterados de la suerte que los aguardaba si eran hechos prisioneros por las tropas de Model, lucharon hasta el final.

Otro favorito de Hitler, el *Generalfeldmarschall* von Reichenau, que había sido nombrado comandante en jefe del Grupo de Ejércitos Sur después de la destitución de Rundstedt, había pasado a engrosar el número de bajas por

razones bien distintas. El 12 de enero había ido a dar su paseo matutino por las inmediaciones de su cuartel general en Poltava. A la hora del almuerzo se sintió mal y se desplomó víctima de un ataque al corazón. Hitler ordenó inmediatamente que fuera trasladado en avión para ser tratado en Alemania, pero el mariscal murió cuando iba de camino. Poco antes de su muerte, von Reichenau, cuyo VI Ejército había ayudado al *Sonderkommando* de la SS en la matanza de Babi Yar, había convencido al Führer de que nombrara a su jefe de estado mayor, el *Generalleutnant* Friedrich Paulus, para que se hiciera cargo del VI Ejército.

Los alemanes lograron asimismo reaprovisionar a las tropas que estaban rodeadas en Demyansk, Kholm y Belyi. La gran bolsa de Demyansk pudo salir adelante gracias a la misión que llevaban a cabo diariamente más de cien aviones de transporte Junker 52. Este éxito tendría consecuencias muy serias al cabo de un año, cuando Göring asegurara a Hitler que podía mantener al VI Ejército de Paulus atrapado en los alrededores de Stalingrado. Pero aunque las tropas alemanas rodeadas en Demyansk recibieran comida suficiente para seguir combatiendo, la población civil rusa que había quedado dentro del *Kessel* pereció de hambre sin que nadie se ocupara de ella.

En torno a Kursk, las fuerzas de Timoshenko consiguieron que los alemanes se replegaran en medio de combates a la desesperada. Los campos de batalla quedaron

convertidos en una especie de *tableau mort* helado. Un oficial del Ejército Rojo llamado Leonid Rabichev se encontró con «una chica muy guapa, una telefonista que había permanecido escondida en el bosque desde que llegaron los alemanes. Quería unirse al ejército. Le dije que se subiera al carro». Un poco más adelante, «contemplé un espectáculo horrible. Había un espacio enorme que se extendía hasta la línea del horizonte lleno de tanques de los nuestros y de los alemanes. Entre medias había millares de hombres, sentados, de pie o a gatas, rusos y alemanes, completamente congelados, duros como una piedra. Algunos estaban recostados en otros, otros estaban abrazados. Unos se apoyaban en su fusil, otros sujetaban en sus manos una metralleta. A muchos les habían cortado las piernas. Las amputaciones habían sido obra de nuestros soldados de infantería, incapaces de quitar las botas a los cadáveres congelados de los alemanes, de modo que les habían cortado las piernas para calentarlas luego en los refugios. Grishechkin [su ordenanza] registró los bolsillos de los soldados congelados y encontró dos encendedores y varios paquetes de cigarrillos. La chica miraba todo aquello con indiferencia. Lo había visto muchas otras veces, pero yo estaba horrorizado. Había tanques que habían intentado chocar con otros o embestirlos y habían quedado de pie sobre la trasera después de la colisión. Era horrible pensar en los heridos, tanto en los nuestros como en los alemanes,

que habían muerto por congelación. El frente había avanzado y nadie se había acordado de enterrar a aquellos hombres».[15]

Los sufrimientos de la población civil fueron aún mayores. La gente quedó atrapada entre la crueldad de los alemanes y la de su propio Ejército Rojo y los partisanos, que habían recibido de Stalin la orden de destruir cualquier edificio que los alemanes pudieran utilizar como refugio. En todas las zonas recién liberadas, las tropas del NKVD arrestaban a los campesinos que pudieran haber colaborado con los alemanes. Durante el mes de enero fueron detenidas casi mil cuatrocientas personas, aunque resultaba muy difícil definir la línea divisoria entre supervivencia y colaboración. En su avance, las tropas soviéticas iban encontrándose horcas y los aldeanos les contaban otros ejemplos de atrocidades cometidas por los alemanes, pero en algunos casos, los soldados invasores habían sido clementes. A los aldeanos les convenía en estos casos guardar silencio, para no ser acusados de traición a la Madre Patria.[16]

Las esperanzas a todas luces vanas de Stalin, convencido de que la Wehrmacht estaba a punto de correr la misma suerte que la *Grande Armée* de Napoleón, no fueron abandonadas hasta abril, momento en el que las bajas soviéticas ascendían ya a más de tres millones de soldados, la mitad de ellos muertos o desaparecidos.[17]

Como la principal prioridad de los medios de transporte era el movimiento de tropas y los suministros militares, la población de Moscú estaba a punto de morir de hambre. Se desarrolló un mercado negro de prendas de vestir y de calzado que se cambiaban por patatas. La gente de más edad recordaba los años del hambre de la guerra civil. Los niños sufrían raquitismo. No había combustible ni leña para las estufas, de modo que las tuberías del suministro de agua y las cloacas se congelaban. Cien mil mujeres y niños fueron enviados a los bosques de las inmediaciones a cortar leña. La electricidad escaseaba, y se producían numerosos cortes de suministro. Aquel año murió de tuberculosis el doble de personas que el año anterior, y en general el índice de mortalidad se triplicó. Se temía que estallara una epidemia de tifus, pero los denodados esfuerzos de las autoridades sanitarias de la ciudad lo impidieron.[18]

Las condiciones por las que atravesó Leningrado durante su asedio fueron inmensamente peores. La artillería alemana bombardeaba la ciudad regularmente cuatro veces al día. Pero las defensas aguantaban, principalmente gracias a los cañones de la marina, tanto aquellos que habían sido desmontados de los barcos como los que permanecían a bordo de la Flota del Báltico en la

base naval de Kronstadt o atracados en el Neva. La llave de la supervivencia de la ciudad estaba ahora más que nunca en aquella pequeña tabla de salvación.

Las autoridades soviéticas realizaron denodados esfuerzos, aunque a menudo ineficaces, por mantener vivo el frágil lazo que unía la ciudad con el este. Con los alemanes instalados en la ribera sur del lago Ladoga, la única ruta que quedaba era el «camino de hielo». El hielo no fue lo bastante espeso para soportar el peso de los medios de transporte a motor o de tracción animal hasta pasada la tercera semana de noviembre, cuando solo quedaban en la ciudad víveres para dos días. El gran peligro era que se produjera un deshielo repentino.

Por el este, los alemanes tomaron Tikhvin el 8 de noviembre de 1941. Esto obligó a los soviéticos a construir un «camino de troncos» hecho de abedules talados que iba hacia el norte cruzando los bosques. Varios millares de personas condenadas a realizar trabajos forzados —campesinos, prisioneros del Gulag y tropas de la retaguardia— murieron mientras llevaban a cabo la tarea, y sus cadáveres fueron arrojados al barro acumulado debajo del sendero de troncos. Todo aquel sacrificio resultó prácticamente inútil, pues las tropas de Meretskov, con ayuda de algunos destacamentos de partisanos de la retaguardia alemana, volvieron a tomar Tikhvin el 9 de diciembre, tres días después de que fuera concluido el

camino de troncos. Pudo reabrirse de ese modo la estación de origen y final de la línea férrea, reduciéndose así enormemente la duración del viaje hasta el extremo sudoriental del lago Ladoga.[19]

El tráfico de doble sentido a través del lago helado, que llevaba maquinaria fabril de la ciudad en dirección este y víveres en dirección oeste, supuso un logro extraordinario. El camino sobre el lago helado era defendido de los ataques de las tropas de esquiadores alemanes con puestos de ametralladoras y baterías antiaéreas en fortines construidos sobre el hielo. Contaban con igloos para que se refugiaran los soldados del Ejército Rojo. Los soviéticos habían construido también aerotrineos provistos de motores de avión, con hélices en la parte trasera, como una versión invernal de los planeadores usados en los pantanos. Se instalaron centros médicos y puntos de control con el correspondiente personal para dirigir el tráfico a través del hielo. Pero la atención prestada a la población civil de Leningrado que había sido evacuada se caracterizó a menudo por una incompetencia y una falta de imaginación brutal. Incluso el NKVD se lamentó del «trato irresponsable y despiadado» que se les dispensó y de las condiciones «inhumanas» reinantes en los trenes. No se hizo nada para ayudar a los que llegaban vivos al «continente». Su supervivencia dependía de que tuvieran familiares o amigos que los

ayudaran proveyéndoles de comida y refugio.[20]

Incluso después de la reconquista de Tikhvin, los habitantes de Leningrado estaban tan débiles a consecuencia del hambre que muchos se caían en medio de las calles heladas mientras buscaban inútilmente combustible o comida. Las cartillas de racionamiento eran robadas de inmediato. Cuando una persona salía de la panadería, siempre había alguien dispuesto a quitarle el pan. Nada destruye la moralidad más elemental con tanta rapidez como el hambre. Cuando moría alguien, su familia ocultaba el cadáver en la vivienda helada para poder seguir reclamando su ración de comida.

Pero, pese a los temores de las autoridades, se produjeron pocos intentos de asaltar y saquear las panaderías. Solo los jerarcas del partido y los que estaban más cerca de la cadena de abastecimientos, los distribuidores y los dependientes de las tiendas, habrían tenido fuerza suficiente. La gente del montón, los que no trabajaban en las fábricas y por lo tanto no tenían acceso privilegiado a comedores subvencionados, era muy improbable que pudieran sobrevivir. Empezaban a tener aspecto avejentado con tanta rapidez que ni siquiera los parientes próximos eran capaces de reconocerlos. La gente se comió primero los cuervos, las palomas y las gaviotas; luego los gatos y los perros (incluso los famosos perros de los experimentos de Pavlov fueron consumidos en el

Instituto de Fisiología), y por último las ratas.

Casi todos los que tenían que ir andando a trabajar o a ponerse a la cola para conseguir la comida tenían que pararse a descansar a los pocos metros, pues estaban demasiado débiles debido a la falta de alimento. Los trineos de los niños eran usados para transportar leña. No tardarían en ser utilizados para transportar a la fosa común los cadáveres, que la gente llamaba «momias», pues iban envueltos en sudarios hechos de papel o de jirones de tela. No podía desperdiciarse la madera de los ataúdes. Había que guardarla para calentar a los que seguían vivos.

De los dos millones doscientos ochenta mil habitantes que tenía la ciudad en diciembre de 1941, quinientos catorce mil fueron evacuados al «continente» en primavera, y seiscientos veinte mil murieron. Para la gente de más edad, el asedio supuso la segunda gran hambruna que soportaba, pues la primera dio comienzo en 1918 con la guerra civil. Muchos observaron que una persona presentía su muerte unas cuarenta y ocho horas antes de que se produjera. Con las últimas fuerzas que les quedaban, muchos avisaban a sus puestos de trabajo diciendo que no iban a volver y pidiendo a sus jefes que cuidaran de su familia.

Leningrado, que estaba muy orgullosa de su herencia cultural, convirtió el Hotel Astoria en hospital de escritores y artistas. Allí les suministraban vitaminas por

medio de una bebida hecha a base de hojas de pino machacadas. También se hicieron intentos de atender a los huérfanos. «Ya ni siquiera parecían niños», decía un director de escuela. «Guardaban un extraño silencio, con una especie de mirada reconcentrada en los ojos». Pero en algunas instituciones el personal de las cocinas escamoteaba la comida de las despensas para alimentar a su propia familia, y dejaba que los niños se murieran de hambre.[21]

Las autoridades de la ciudad no habían almacenado leña antes de que diera comienzo el asedio, de modo que la mayoría de la gente tenía que intentar mantenerse caliente quemando libros, o los muebles o las puertas de la vivienda en las viejas estufas ventrudas. Las antiguas construcciones de madera fueron desmanteladas para suministrar combustible a los edificios públicos. En enero de 1942, la temperatura de Leningrado cayó a veces por debajo de los cuarenta grados bajo cero. Mucha gente se acostaba con el único fin de mantener el calor corporal, pero este se esfumaba rápidamente. La muerte por inanición llegaba en silencio y de forma anónima. Se pasaba de vivir a medias a no vivir. «No sabe usted lo que era aquello», le contó una mujer poco después a un periodista británico. «Por la calle caminaba una pisando cadáveres, y lo mismo al subir las escaleras. Sencillamente dejaba una de darse cuenta».[22]

La mayor parte de la gente moría de una mezcla de

inanición y frío. La hipotermia y la tensión, mezcladas con el hambre, alteraban tanto el metabolismo que la gente no podía absorber ni siquiera las pocas calorías que consumía. En teoría, los soldados tenían garantizada una ración de comida mucho más abundante que la de la población civil, pero en muchos casos esas raciones no llegaban nunca. Los oficiales las robaban y se las quedaban para ellos y para sus familias.[23]

«Las personas se vuelven animales ante nuestros propios ojos», anotó una mujer en su diario.[24] Algunos se volvían locos como consecuencia del hambre. Los historiadores soviéticos han intentado hacer creer que no se produjeron casos de canibalismo, pero las fuentes orales y los archivos indican lo contrario. Unos dos mil individuos fueron detenidos por el «uso de carne humana como alimento» durante el asedio, ochocientos ochenta y seis de ellos durante el primer invierno de 1941-1942. La «necrofagia» es el consumo de la carne de una persona muerta. Y en efecto hubo quienes robaron cuerpos del depósito de cadáveres o de las fosas comunes. Fuera de Leningrado, varios soldados y oficiales recurrieron a la necrofagia e incluso llegaron a comerse los miembros amputados que se tiraban en los hospitales de campaña.[25]

La «antropofagia», que es algo más raro, comporta el asesinato deliberado de un individuo con la finalidad de comérselo. No es de extrañar que los padres retuvieran a

sus hijos en casa por miedo a lo que pudiera pasarles. Se decía que la carne de los niños, seguida de la de las mujeres jóvenes, era la más tierna. Aunque eran frecuentes las historias de bandas que vendían carne humana picada en forma de *kotlyeta* o albóndigas, casi todos los casos de canibalismo tuvieron lugar dentro del hogar o en las casas de pisos, obra de padres enloquecidos que se comían a sus propios hijos, o de vecinos que se apoderaban de ellos. Algunos soldados hambrientos de la 56.ª División de Fusileros del LV Ejército tendieron una emboscada a los encargados del transporte de las raciones de comida, los mataron, les quitaron los alimentos que llevaban, enterraron los cadáveres en la nieve y volvieron luego para comérselos poco a poco.[26]

No obstante, aunque el hambre hizo que saliera lo peor de cada individuo, hubo ejemplos de altruismo y de autosacrificio con los vecinos y con personas absolutamente extrañas. Parece que los hijos tuvieron mayores índices de supervivencia que sus padres, presumiblemente porque los adultos daban a los pequeños parte de sus propias raciones de comida. Las mujeres solían sobrevivir más tiempo que los hombres, pero a menudo después se derrumbaban. Se enfrentaron también al terrible dilema de ceder a los ruegos de sus hijos o de comer lo suficiente para conservar las fuerzas con el fin de cuidar de su familia. El índice de natalidad se vino abajo, en

parte debido a la malnutrición extrema, que provocaba que las mujeres perdieran la menstruación y que los hombres se volvieran estériles, pero también porque la mayoría de los varones estaban en el frente.

Los soldados del Ejército Rojo y de la infantería de marina que había en Leningrado estaban seguros de que los alemanes no entrarían nunca en la ciudad. Tenían el convencimiento de que el principal motivo de que los nazis perseveraran en el asedio era que deseaban mantener a los finlandeses en la guerra. Los habitantes de Leningrado estaban irritados con los Aliados occidentales, que eran reacios a considerar a Finlandia un país enemigo. No podían aceptar el hecho de que la agresión de Stalin contra Finlandia en 1939 había sido totalmente no provocada. El odio al enemigo fue fomentado en todo momento por los servicios de propaganda del Ejército Rojo. Había carteles que mostraban a un niño de mirada brutal, con una aldea en llamas al fondo, que exclamaba: *«Papa, ubei nemtsa*!» («¡Papá, mata al alemán!»).[27]

La ofensiva general de Stalin no fue la única que trajo consigo el nuevo año, 1942. El 21 de enero, el *Generaloberst* Rommel pilló por sorpresa a los británicos en el Norte de África. Desde que la situación de los

suministros había mostrado los primeros síntomas de mejora, el ambicioso Rommel había empezado a planear otro ataque. El envío de refuerzos al teatro de operaciones del Mediterráneo había dependido de que la Unión Soviética fuera conquistada rápidamente, pero el fracaso de la Operación Tifón contra Moscú no lo arredró. Cuando el 5 de enero llegó a Trípoli un convoy con cincuenta y cinco panzer, así como varios carros armados y cañones antitanque, su determinación de dar un contragolpe se intensificó mientras gozó de una ventaja temporal.

El VIII Ejército estaba en un estado lamentable. La 7.ª División Acorazada, que en aquellos momentos estaba recuperándose en El Cairo, había sido reemplazada por la 1.ª División Acorazada, carente de experiencia. Otras formaciones veteranas, incluidas las australianas, habían sido trasladadas al Extremo Oriente. Los alemanes conocían muy bien el esquema organizativo de los británicos gracias a la interceptación de los informes del agregado militar norteamericano en El Cairo, cuyo código habían descifrado fácilmente. Pero Rommel, que abrigaba la idea fija de invadir Egipto y Oriente Medio, no informó de lo que planeaba ni al Comando Supremo italiano ni al OKW. Sus soldados, sin embargo, estaban en su mayoría entusiasmados ante la idea de volver a atacar. Un integrante de la 15.ª División Panzer escribía a su casa el 23 de enero diciendo: «¡Una vez más estamos avanzando a la

Rommel!»[28]

Cuando este se lanzó al contraataque en Cirenaica el 21 de enero, hizo caso omiso de todas las órdenes que le instaban a no seguir adelante. Una columna avanzó por la carretera de la costa hacia Bengasi, mientras las dos divisiones panzer se desviaron hacia el interior del país. Los blindados encontraron la marcha muy dificultosa, pero en cinco días de combates los británicos llegaron a perder cerca de doscientos cincuenta vehículos blindados. Hitler estaba entusiasmado y ascendió a Rommel al rango de *General der Panzertruppen*. El desventurado general Ritchie, ascendido acaso a su puesto con demasiada ligereza, había supuesto que se trataba de una simple incursión, pero enseguida se dio cuenta de que su 1.ª División Acorazada corría el riesgo de ser víctima de una maniobra de envolvimiento. Por fortuna para los ingleses, las excesivas ambiciones de Rommel y la lentitud del avance de sus dos divisiones blindadas permitieron al grueso de las fuerzas británicas escapar a tiempo. Ritchie las replegó a la línea Gazala, abandonando casi toda Cirenaica. Las tropas de Rommel, agotadas y carentes de combustible, ni siquiera se molestaron en no quedar atrás. Sabían que podrían acabar con ellas más adelante.

Los soldados alemanes enviados como refuerzos a la ribera sur del Mediterráneo estaban entusiasmados y orgullos de unirse al «pequeño Afrika Korps» en el

desierto.[29] Un suboficial médico manifestaba la buena impresión que le causaba «la labor colonizadora de los italianos» en Trípoli. «Las fuerzas navales italianas que escoltaron nuestro convoy eran también muy gallardas», decía en su carta a la familia.[30]Pero casi todas esas primeras impresiones serían efímeras. En el desierto de Libia, los soldados se encontrarían «siempre el mismo paisaje, arena y piedras».[31] La guerra en el norte de África era «totalmente distinta de la de Rusia, por ejemplo», subrayaba.[32] Pero ellos también sentían nostalgia cuando oían a alguien tocar la armónica por la noche a la luz de las estrellas y se ponían a pensar en la primavera y la posibilidad de regresar a Alemania.

19

LA CONFERENCIA DE WANNSEE Y EL ARCHIPIÉLAGO SS (julio de 1941-enero de 1943)

El lugarteniente de Heinrich Himmler era el enérgico SS *Obergruppenführer* Reinhard Heydrich. Dirigía la Jefatura de Seguridad del Reich (RSHA, *Reichssicherheitshauptamt*), que administraba el floreciente imperio de la SS. Se rumoreaba que por las venas de Heydrich, hombre alto, siempre impecable, aficionado a tocar el violín, y antisemita, corría más de una gota de sangre judía, circunstancia que, al parecer, no hacía más que intensificar su odio.

El verano de 1941, Heydrich estaba muy irritado por la forma chapucera e improvisada en que venía tratándose la «cuestión judía», y por la falta de un programa centralizado. Aparte de las matanzas de judíos llevadas a cabo por los responsables de la seguridad en los territorios orientales, algunos sátrapas de la SS empezaron a experimentar

modalidades de exterminio a escala industrial. En el *Warthegau* (Distrito del Varía), se llevaron a cabo algunos experimentos poco satisfactorios, introduciendo gases de combustión en el interior de camiones herméticamente cerrados. En el Gobierno General, el SS *Polizeiführer* Odilo Globocnick empezó a construir un campo de exterminio en Belzec, cerca de Lublin. Himmler, mientras tanto, estaba impaciente por resolver los problemas de tensión psicológica que sufrían los *Einsatzgruppen* como consecuencia de su trabajo.

Heydrich había ordenado a Adolf Eichmann la redacción de una autorización que fue debidamente firmada por Göring el 31 de julio. El documento en cuestión ordenaba a Heydrich «emprender, por medio de la emigración o la evacuación, una solución de la cuestión judía», y le encargaba «adoptar todos los preparativos necesarios desde el punto de vista organizativo, práctico y material para una solución global de la cuestión judía en el área de influencia alemana en Europa».[1] Aproximadamente un mes más tarde Eichmann fue convocado al despacho de Heydrich, donde se le comunicó que Himmler había recibido instrucciones de Hitler para proceder a la «aniquilación física de los judíos».[2] Aunque a los jerarcas nazis les gustaba tomar de vez en cuando el nombre del Führer en vano con el fin de promover sus propias políticas, en este caso sería impensable que Himmler o

Heydrich se hubieran atrevido a hacerlo tratándose de una cuestión tan importante como aquella.

Otras ideas expresadas anteriormente, según las cuales la aniquilación total de los judíos solo tendría lugar una vez conseguida la victoria, habían sido olvidadas. Por primera vez se percibía una ansiedad implícita de que no había que perder las oportunidades presentadas por la guerra en el este. También en Alemania y en los países ocupados, incluidas Serbia y Francia, aumentó la presión para que los judíos fueran enviados al este de Europa. En París, la SS ordenó a la policía francesa la localización y detención de judíos franceses y extranjeros; la operación dio comienzo el 10 de mayo de 1941 y supuso la captura de cuatro mil trescientas veintitrés personas.

El 18 de septiembre, una orden de Himmler exponía con toda claridad que en adelante los ghettos serían usados como campos de «almacenamiento». En los ghettos polacos habían muerto de hambre y de enfermedad más de medio millón de judíos, pero se pensó que aquel sistema comportaba un proceso demasiado lento. Ulteriores discusiones pusieron de manifiesto que el plan consistía en meter a todos los judíos en campos de concentración. Pero incluso en un estado totalitario había que superar ciertos problemas legales, como por ejemplo la forma de tratar el caso de los judíos que poseían pasaportes extranjeros, o lo que había que hacer con los que estaban casados con arios.

El 29 de noviembre de 1941, Heydrich envió una invitación a los oficiales y funcionarios de alto rango del Ostministerium y de otros ministerios y organismos oficiales para discutir una política común con él y con los representantes del RSHA. La reunión iba a tener lugar el 9 de diciembre, pero en el último momento se pospuso. El gran contraataque del mariscal Zhukov había sido lanzado el 5 de diciembre, y dos días después los japoneses atacaron Pearl Harbor. Se necesitaba tiempo para evaluar las implicaciones de aquellos sucesos tan trascendentales y por si fuera poco el 11 de diciembre Hitler efectuó en el Reichstag su declaración de guerra a los Estados Unidos. Al día siguiente, el Führer convocó a los líderes del partido nazi a una reunión en la Cancillería del Reich. En ella hizo alusión a su profecía del 30 de enero de 1939, en la que aseguraba que si se producía una guerra mundial, «los causantes de ese sangriento conflicto tendrán que pagar por él con sus vidas».[3]

Con la declaración de guerra de Hitler y los ataques japoneses en Extremo Oriente, la contienda se convirtió en un conflicto verdaderamente global. Según la lógica distorsionada de Hitler, los judíos tenían que pagar por sus culpas. «El Führer está decidido a hacer tabla rasa», anotó Goebbels en su diario el 12 de diciembre. «Profetizó a los judíos que si otra vez provocaban una guerra mundial, conocerían su propio exterminio. No era ninguna frase

retórica. La guerra mundial ha llegado, y el exterminio de los judíos debe ser la consecuencia necesaria. La cuestión debe contemplarse sin sentimentalismos de ningún tipo».[4]

Menos de una semana después, Hitler celebró una reunión con Himmler para discutir la «cuestión judía». Pero a pesar del ambiente exaltado, casi febril, cada vez que Hitler se refería a la predicción que había hecho antes del comienzo de la guerra, afirmando que los judíos se acarrearían su propio exterminio, parece que todavía no había tomado una decisión irrevocable acerca de una «Solución Final». A pesar de sus apocalípticas diatribas contra los judíos, parece curiosamente que era reacio a enterarse de los detalles de las matanzas en masa, del mismo modo que rehuía cualquier imagen de los sufrimientos padecidos en el combate o a consecuencia de los bombardeos. Su deseo de mantener la violencia como algo abstracto constituía una paradoja psicológica muy significativa en un individuo que hizo más que casi cualquier otra personalidad de la historia por fomentarla.

Después de los retrasos sufridos, la conferencia de Heydrich se celebró por fin el 20 de enero de 1942, en las oficinas que tenía el RSHA en una gran villa en la isla de Wannsee, al sudoeste de Berlín. El SS *Obergruppenführer* Heydrich presidió la reunión, y el SS *Obersturmbannführer* Eichmann se encargó de tomar nota de todo. Aparte de otros miembros del RSHA, los

concurrentes eran en su mayoría representantes de alto rango de los territorios ocupados y de la Cancillería del Reich, y cuatro *Staatssekretäre,* es decir los funcionarios de mayor rango de los principales ministerios. Entre ellos estaba el Dr. Roland Freisler, del ministerio de justicia, que más tarde se haría famoso por su actuación como fiscal de los participantes en la conspiración de julio de 1944. El ministerio de asuntos exteriores estaba representado por el subsecretario de estado Martin Luther, tocayo de otro antisemita mucho más famoso e influyente. Luther llegó con un memorándum cuidadosamente preparado titulado «Peticiones e Ideas del Ministerio de Asuntos Exteriores con respecto a la proyectada Solución Final de la Cuestión Judía en Europa».[5] Más de la mitad de los presentes ostentaban el título de doctor y una minoría significativa eran juristas.

Heydrich empezó exponiendo sus poderes para la preparación de la Solución Final sobre todos los territorios y sobre todos los cargos oficiales. Presentó unas estadísticas acerca de las comunidades judías de toda Europa, incluidos los judíos británicos, que debían ser «evacuados al este». Su número —según sus cálculos, ascendía a once millones— debía primero ser reducido paulatinamente por medio del trabajo duro, y luego los supervivientes serían «tratados en consecuencia». Los judíos de más edad y los que hubieran combatido por el

Káiser debían ser enviados al campo «adecentado» de Theresienstadt en Bohemia.

Luther, en nombre del ministerio de asuntos exteriores, pidió cautela y una demora en la detención de los judíos de países como Dinamarca y Noruega, donde las medidas de este tipo podrían provocar una reacción internacional. Se dedicó luego mucho tiempo a discutir la compleja cuestión de las personas que eran de ascendencia judía solo en parte —los llamados *Mischlinge*— y de las que tenían un cónyuge ario. Como acaso habría sido previsible, el representante del Gobierno General insistió en que sus judíos fueran los primeros a los que se aplicaran las medidas. Por último, mientras tomaban una copa de coñac después del almuerzo, los participantes en la reunión discutieron los diversos métodos que se tenían a mano para la consecución del objetivo. Las actas de la reunión, sin embargo, siguen conteniendo los eufemismos habituales, como «evacuación» y «reasentamiento».

Una cosa, sin embargo, estaba clara para todos los participantes. Todas las ideas de «solución territorial» habían quedado en nada. Con la errática ofensiva general de Stalin tras la batalla de Moscú, en los territorios soviéticos ocupados no había ninguna zona apropiada en la que soltar a los judíos para que murieran de hambre. En aquellos momentos parecía que la única solución segura era la matanza industrializada.

La impaciencia por abordar aquella tarea se apoderó de la administración nazi, en Berlín y especialmente en el feudo de Frank, el Gobierno General. El *Gauleiter* Arthur Greiser quería eliminar a los treinta y cinco mil polacos que padecían tuberculosis en el Distrito del Varta. Los juristas de la SS discutieron incluso la posibilidad de matar a los prisioneros alemanes y de otras nacionalidades que tuvieran la desgracia de parecer «abortos del infierno».[6] En la «Shoah por medio de las balas», «los verdugos se encargaron [de encontrar] a las víctimas en el territorio de la URSS ocupada», pero en la «Shoah por medio del gas», «las víctimas fueron llevadas a sus verdugos».[7] Este proceso empezó a llevarse a cabo en primer lugar en los campos de exterminio de Chelmno (Kulmhof), donde se usaron camiones de gas, y continuaron en Bełżec, Treblinka, Sobibór, y finalmente en Auschwitz-Birkenau a partir del verano.

Se creó un formidable aparato administrativo para que se ocupara de los judíos que todavía no habían muerto en los ghettos o que no habían sido fusilados. Eichmann, responsable de la detención de todas las poblaciones judías fuera de Polonia, trabajó en estrecha colaboración con el *Gruppenführer* Heinrich Müller, el director de la Gestapo. Eichmann, que era también amante del violín, jugaba al ajedrez con Müller una vez a la semana mientras meditaban sobre la inmensa labor que se traían entre manos. El

elemento más básico de la operación era el transporte.

La planificación y los horarios tenían una importancia trascendental. La Reichsbahn («Ferrocarriles del Reich»), que tenía un millón cuatrocientos mil empleados, era la organización más numerosa de Alemania después de la Wehrmacht, y obtendría de todo aquello unos beneficios enormes. Los judíos eran transportados en vagones de mercancías o de ganado por el mismo precio pagado por los viajeros con billete solo de ida que usaban vagones de pasajeros. A los viajes de los guardias de la Ordnungspolizei se aplicaba la tarifa de ida y vuelta. La Gestapo sacó el dinero para sufragar todos estos gastos de fondos judíos. Pero la obsesión ideológica de Hitler, Himmler y Heydrich a menudo chocaba frontalmente con la forma de dirigir la guerra que pretendían ganar. La Wehrmacht empezó a quejarse de la eliminación de obreros cualificados judíos en la industria del armamento y del enorme desvío de medios de transporte ferroviario, tan necesarios por otra parte para el reabastecimiento del frente oriental, que suponía la operación.

A los líderes de la comunidad judía les dijeron que organizaran el control de su «traslado», con la amenaza de que si no lo hacían, la SA o la SS lo harían por ellos. Todos sabían lo que aquello significaba en términos de quebraderos de cabeza. Estaban obligados también a confeccionar las listas para los «transportes». Los que eran

enviados al Ostland (Territorio del Este) eran fusilados en cuanto llegaban, principalmente a Minsk, Kaunas y Riga. La mayoría, dependiendo del punto de partida, eran despachados de inmediato a los campos de exterminio. Los judíos de más edad y los «privilegiados» enviados a Theresienstadt no sabían que su condena a muerte había quedado en suspenso.

A los hombres de la Ordnungspolizei y de la Gestapo empleados en las tareas de desalojo de los ghettos se les daba una ración de brandy. A los auxiliares ucranianos no. A los judíos que intentaban esconderse o escapar se les pegaba un tiro en el acto. Y lo mismo les pasaba a los ancianos que no eran capaces de trasladarse hasta los medios de transporte asignados sin recibir ayuda. La inmensa mayoría montaba en los vagones de ferrocarril aceptando aparentemente su destino. Pero unos pocos lograron escapar de los trenes y esconderse en los bosques. Algunos recibieron ayuda de los polacos y otros consiguieron unirse a los grupos partisanos.

Los campos de concentración nazis habían sido creados poco después de que Hitler se hiciera con el poder en 1933. Himmler organizó uno de los primeros para los presos políticos en Dachau, al norte de Munich, y

enseguida se encargó de la administración de todos esos campos. Los guardianes procedían de los *Totenkopfverbände* («Unidades de la Calavera»), cuyo nombre procedía de la insignia con la calavera que llevaban. En 1940, cuando las dimensiones de la red de campos aumentaron exponencialmente a raíz de la conquista de Polonia, el *Obergruppenführer* Oswald Pohl creó su propio subimperio dentro de la SS, convirtiendo los campos de trabajo en un medio de obtener beneficios. Pohl se convirtió también en una figura clave en el desarrollo del sistema de campos de concentración.

Aunque en septiembre de 1941 se habían hecho pruebas con Zyklon B en Auschwitz, el primer campo de exterminio con cámaras de gas propiamente dichas fue construido bajo la dirección de Pohl en Bełżec. Las obras dieron comienzo en noviembre de 1941, dos meses antes de la conferencia de Wannsee. Enseguida empezaron los preparativos para la creación de otros. La labor de los campos de exterminio contó con la ayuda suministrada por la experiencia de los individuos que habían participado en el programa de eutanasia bajo la dirección de la Cancillería del Reich.

Algunos han sostenido que el método de producción en cadena utilizado en los campos de exterminio fue fruto de la influencia de Henry Ford, que a su vez sacó la idea del sistema empleado en los mataderos de Chicago. Ford, que

había sido un antisemita feroz desde 1920, era respetadísimo por Hitler y otros jerarcas nazis. Es posible incluso que contribuyera a financiar el partido nazi, pero nadie ha conseguido obtener pruebas documentales de ello. En cualquier caso, su libro *The International Jew* fue publicado en Alemania con el título de *Der ewige Jude* («El judío eterno»), y tuvo mucha influencia en los círculos nazis. Hitler tenía un retrato de Ford colgado en la pared de su despacho de Munich, y en 1938 le concedió la Gran Cruz de la Orden del Águila Alemana. Pero no hay pruebas reales de que las técnicas de producción en cadena de Ford fueran copiadas en los campos de exterminio.[8]

A finales de 1942, casi cuatro millones de judíos originarios de Europa occidental y central así como de la Unión Soviética serían asesinados en los campos de exterminio, junto con cuarenta mil gitanos. La participación activa de la Wehrmacht, de funcionarios de casi todos los ministerios, y de una gran parte de la industria y de la red de transportes extendería la responsabilidad de lo ocurrido hasta un punto que la sociedad alemana tardó mucho en reconocer durante la posguerra.

El régimen nazi hizo todo cuanto pudo por mantener en secreto el proceso de exterminio, pero lo cierto es que intervinieron en él varias decenas de millares de personas. Hablando ante varios oficiales de alto rango de la SS en

octubre de 1943, Himmler dijo que era una «página gloriosa de nuestra historia que nunca se ha escrito ni nunca se escribirá».[9] Enseguida empezaron a circular rumores, especialmente a partir de las fotografías de ejecuciones masivas de judíos tomadas por los soldados en la Unión Soviética. Al principio, la mayoría de la población civil no podía creer que los judíos fueran asesinados en cadena en las cámaras de gas. Pero fueron tantos los alemanes implicados en los diversos aspectos de la Solución Final, y tantos los que sacaron provecho de la confiscación de los bienes de los judíos, de sus negocios y apartamentos, que no tardó en haber una gran minoría de alemanes al corriente de lo que estaba sucediendo.

Aunque la gente sintiera cierto grado de compasión por los judíos cuando fueron obligados a ponerse la estrella amarilla, cuando dieron comienzo las deportaciones los hebreos se convirtieron en no personas a ojos de sus conciudadanos. Los alemanes prefirieron no fijarse demasiado en la suerte que pudieran correr. Ello se debió, como llegarían a creer más tarde, a que ignoraban lo que estaba pasando, cuando lo que se acerca más a la verdad es que se lo negaron a sí mismos. Como ha dicho Ian Kershaw: «El camino hacia Auschwitz se construyó con odio, pero se pavimentó con indiferencia».[10]

La población civil de Alemania, por otra parte, no tenía mucha idea de los infames experimentos médicos

llevados a cabo en Auschwitz por el doctor Josef Mengele y sus colegas. Incluso hoy día, los que realizaron los médicos de la SS en Dachau con presos políticos rusos, polacos, gitanos, checos, yugoslavos, holandeses y alemanes son relativamente poco conocidos. Más de doce mil de ellos murieron, en su mayoría en medio de grandes sufrimientos, como resultado de experimentos y la práctica de operaciones y amputaciones. Entre las víctimas hay que contar a las personas a las que se inocularon enfermedades, pero también a las que fueron sometidas, a petición de la Luftwaffe, a extremos de presión alta y baja, sumergidas en agua helada para estudiar lo que podía pasar a las tripulaciones de los aviones abatidos sobre el mar, o a las que fueron alimentadas a la fuerza con agua salada o sometidas a punciones hepáticas experimentales. Además, los prisioneros de guerra de los depósitos de cadáveres eran obligados por personal de la SS a desprender y manipular la piel de los cuerpos que fueran de buena calidad (siempre y cuando no fueran alemanes) «para utilizarlas en la fabricación de sillas y pantalones de montar, guantes, zapatillas de andar por casa y bolsos de señora».[11]

En el Instituto Médico de Anatomía de Danzig, el profesor Rudolf Spanner había mandado matar a «polacos, rusos y uzbecos» en el vecino campo de concentración de Stutthof para poder llevar a cabo experimentos sobre el

reciclado de sus cadáveres con vista a la fabricación de jabón y cuero.[12] Que un médico tuviera semejante mentalidad va más allá de nuestra capacidad de comprensión, pero, como dijo, traumatizado, Vasily Grossman tras describir los horrores de Treblinka, «la obligación del escritor es contar esta terrible verdad, y la obligación civil del lector es conocerla».[13]

A pesar de la progresiva industrialización de la Solución Final, la «Shoah por medio de las balas» siguió adelante tanto en el Reichskomissariat Ostland como en el Reichskomissariat Ukraine. Incluso los judíos que habían sido perdonados de momento por ser obreros especializados fueron detenidos y asesinados. Durante los primeros meses de la primavera y el verano de 1942, los *Einsatzgruppen* de la SS y los nueve regimientos de la Ordnungspolizei rivalizaron entre sí por la eliminación de todos los judíos existentes en sus respectivas zonas por medio de *Grossaktionen,* En julio, un oficial pagador alemán decía en una carta a sus familiares: «En Bereza-Kartuska, donde hice la pausa de mediodía, justo el día antes habían sido fusilados unos mil trescientos judíos. Fueron llevados a una hoya a las afueras de la localidad. Una vez allí, hombres, mujeres y niños fueron obligados a

desnudarse del todo y los liquidaron pegándoles un tiro en la nuca. Sus ropas fueron desinfectadas para que pudieran volver a utilizarse. Tengo el convencimiento de que si la guerra dura mucho más tiempo habrá que fabricar salchichas con los judíos y servírselas a los prisioneros de guerra rusos o a los obreros cualificados judíos».[14]

Los ghettos fueron cercados uno tras otro. Algunos hombres de negocios judíos intentaron sobrevivir recurriendo al soborno. «Las jóvenes judías que querían salvar la vida ofrecían su cuerpo a los policías. Por regla general, las mujeres eran usadas por la noche y asesinadas por la mañana».[15] La policía y sus ayudantes actuaban a primera hora de la mañana o justo antes de amanecer, a la luz de sus linternas o de faros. Muchos judíos intentaban esconderse bajo el pavimento, pero los asesinos arrojaban granadas de mano debajo de las casuchas. En algunos casos los edificios eran incendiados.

Los detenidos en las redadas eran llevados a las fosas donde se llevaban a cabo las ejecuciones; allí les mandaban quitarse la ropa antes de que les pegaran un tiro al borde del hoyo o los obligaban a tumbarse en su interior según el método de la «lata de sardinas». Una y otra vez, los asesinos quedaban asombrados por la sumisión de los judíos. Muchos de sus verdugos estaban borrachos y no lograban acabar con sus víctimas. Hubo bastantes que fueron enterrados vivos. Y algunos lograron incluso salir

de la tumba por sus propios medios.

No todos mostraron una actitud sumisa. Los «judíos del bosque» que se libraron de las redadas y detenciones se unieron a los grupos de partisanos soviéticos o formaron sus propias bandas, especialmente en Bielorrusia. Las batidas contra los partisanos al mando de Bach-Zelewski continuaron hasta la primavera de 1944. En Lwów y el resto de Galicia, la policía de seguridad alemana y la Hilfspolizei ucraniana, los llamados Hipos, siguieron adelante con las matanzas. Los intentos de formar grupos de resistencia en los ghettos no tuvieron mucho éxito hasta la desesperada sublevación del de Varsovia en enero de 1943. Se produjeron también intentos de resistencia en los ghettos de Lwów y Białystok, pero no alcanzaron las proporciones ni la determinación del de la capital.

Los judíos que en un principio se habían mostrado contrarios a la resistencia acabaron finalmente por descubrir la verdad. Los alemanes los querían a todos muertos. Tras la deportación de más de trescientas mil personas en 1942, los judíos del ghetto de Varsovia quedaron reducidos a unos setenta mil. La mayoría de ellos eran jóvenes y relativamente fuertes. A los viejos y a los enfermos ya se los habían llevado. Los diferentes grupos políticos judíos, bundistas, comunistas y sionistas, acordaron responder a los ataques. Empezaron matando a los colaboracionistas y a continuación prepararon

posiciones defensivas comunicadas con las alcantarillas. Las armas y los explosivos los consiguieron del Ejército Nacional o Armia Krajowa, leal al gobierno en el exilio, y también de la resistencia comunista polaca, la Guardia del Pueblo. Unos cuantos centenares de pistolas y revólveres fueron comprados a ciudadanos de Varsovia que los habían guardado desafiando el peligro de ser ejecutados si eran encontrados en su posesión. En enero de 1943, se produjo el primer enfrentamiento armado cuando los alemanes detuvieron a seis mil quinientos judíos para su deportación.

Lleno de cólera, Himmler ordenó que fuera destruido el ghetto de Varsovia en su totalidad. Pero hasta el 19 de abril no tuvo lugar el principal intento de asaltar el barrio. Las tropas de las Waffen-SS entraron por el extremo norte, donde los prisioneros eran cargados en vagones de ganado aparcados en las vías muertas. Los atacantes tuvieron que retirarse poco después con sus heridos tras sufrir un intenso tiroteo y perder el único vehículo blindado que poseían a consecuencia del estallido de un cóctel Molotov. Himmler quedó espantado al enterarse de que el ataque ordenado por él había sido repelido y destituyó al oficial al mando. A partir de ese momento, la SS atacaría haciendo incursiones con pequeños grupos en distintos lugares.[16]

Tras una defensa desesperada de las fábricas, que los alemanes incendiaron utilizando lanzallamas, los defensores judíos se retiraron a las alcantarillas, de las

cuales salían de vez en cuando para atacar por la espalda a las tropas alemanas. La SS inundó las cloacas con la intención de que murieran ahogados, pero los combatientes judíos lograron evitar el agua o desviarla. Otros se apoderaron de un gran edificio utilizado por una empresa de armamentos y lo defendieron hasta el final. El *Brigadeführer* Jürgen Stroop ordenó a sus hombres prender fuego al edificio. Cuando los judíos se arrojaban al vacío desde los pisos superiores, los soldados de la SS se reían llamándolos «paracaidistas» e intentaban matarlos a balazos antes de que cayeran al suelo.

Después de la guerra, cuando estaba encarcelado, parece que Stroop seguía entusiasmado con los combates librados, que describió a su compañero de celda. «El escándalo era monstruoso», dijo. «Casas ardiendo, humo, llamas, chispas flotando en el aire, plumas de almohadas revoloteando, el hedor de los cuerpos chamuscados, el estruendo de los cañones, el estallido de las granadas, el resplandor del fuego, los judíos saltando por las ventanas de las casas en llamas con sus mujeres y sus hijos». Reconocía, sin embargo, que el «valor combativo» de los judíos lo había pillado totalmente por sorpresa, y también a sus hombres.[17]

La férrea resistencia continuó durante casi todo un mes hasta el 16 de mayo. En los combates murieron millares de personas, y siete mil de los cincuenta y seis mil

sesenta y cinco prisioneros fueron ejecutados de inmediato. Los demás fueron enviados a Treblinka para ser gaseados o a los batallones de trabajos forzados para matarlos de cansancio. El ghetto fue arrasado. Vasily Grossman, que entró en Varsovia con el Ejército Rojo en enero de 1945, describe la escena en los siguientes términos: «Una marea de piedras y ladrillos aplastados, un mar de ladrillos. No hay ni una sola pared intacta. La ira de la bestia fue terrible».[18]

20

LA OCUPACIÓN JAPONESA Y LA BATALLA DE MIDWAY (febrero-junio de 1942)

En un principio, los japoneses habían querido que la ocupación de Hong Kong se desarrollara de manera sosegada y con contención, pero enseguida comenzó a caracterizarse por una gran violencia y descontrol. Mientras que el sufrimiento de los europeos fue relativamente poco, la población local fue víctima de continuadas violaciones y asesinatos por parte de soldados japoneses ebrios de alcohol, cuya actitud no hizo más que poner claramente de manifiesto la hipocresía de aquel eslogan suyo que proclamaba lo de «Asia para los asiáticos». Los nipones mostraron algo de respeto por sus colegas imperialistas, los británicos, pero ninguno por otras etnias asiáticas, especialmente la china. Se cuenta que un alto oficial ordenó la ejecución de los nueve soldados acusados de haber violado a unas enfermeras británicas del

hospital de Happy Valley. Pero nada se hizo por reprimir las crueles violaciones de las que eran víctima las mujeres chinas.[1]

Prácticamente no se ponían restricciones al saqueo y a los abusos que cometían tanto los soldados japoneses como los miembros de las Tríadas y los partidarios del gobierno títere de Nanjing de Wai Jingwei, que eran utilizados como policía no regular. A cambio de sus servicios, las autoridades militares permitían a las Tríadas que montaran antros de juego. También campaban a sus anchas otras bandas criminales de menor envergadura. Los japoneses trataron de ganarse a la comunidad india, fomentando el odio a los británicos y otorgando a sus miembros privilegios, como, por ejemplo, mejores raciones de alimentos. Reclutaron para la policía a individuos de los clanes Sikh y Rajput, a los que incluso armaron. Esta política de «divide y vencerás» para enfrentar a indios con chinos siguió practicándose hasta finales de 1942, cuando se enfriaron las relaciones de Japón y la Liga para la Independencia de la India en Singapur, y las autoridades niponas desposeyeron de sus privilegios a los indios, que, de la noche a la mañana, se encontraron viviendo en unas condiciones mucho más precarias que bajo los británicos. Sometidos al régimen brutal del Kempeitai, esto es, la policía militar nipona, los chinos de Hong Kong, miembros de Tríadas incluidos, no tardaron en

empezar a sentir nostalgia de la dominación británica.

El nuevo gobernador japonés intentó ganarse a los euroasiáticos y a las familias más prominentes de comerciantes chinos con la finalidad de reactivar la economía del puerto. Al mismo tiempo, los altos oficiales nipones, entusiasmados por el contenido de almacenes y depósitos, desarrollaron un método más sistemático de saqueo, en parte para su beneficio personal, pero también para engordar el botín de guerra que había que enviar a Tokio. Como en muchos otros lugares ocupados por fuerzas japonesas, la situación comenzó a hacerse cada vez más confusa debido a las rivalidades existentes entre la marina y el ejército de tierra. Este último quería convertir Hong Kong en una base desde la que continuar la guerra contra los nacionalistas de Chiang Kai-shek, mientras que la primera pretendía utilizar su puerto para expandirse hacia el sur.

Shanghai, ocupada con rapidez por los japoneses el 8 de diciembre, se encontraba nominalmente bajo la jurisdicción del gobierno títere de Nanjing, presidido por Wang Jingwei. En la ciudad portuaria de los grandes negocios, la corrupción escandalosa, la prostitución y las salas de baile, la situación se deterioró drásticamente para los europeos que quedaban, para la comunidad de rusos blancos y, especialmente, para los pobres chinos. Una epidemia de cólera acabó con miles de ellos, era difícil

encontrar alimentos y el mercado negro iba viento en popa.

Todo, y casi todo el mundo, estaba a la venta. Shanghai era la capital del espionaje de Extremo Oriente. La Abwehr y la Gestapo espiaban a los japoneses, que a su vez espiaban a los alemanes. La desconfianza de los nipones hacia su aliado había aumentado vertiginosamente después de que en octubre de 1941 capturaran a un espía comunista alemán llamado Richard Sorge. Pero las fuerzas de ocupación japonesas padecían una enfermedad: sus grandes rivalidades internas. No hay saña mayor que la de dos servicios secretos que compiten entre sí.[2]

El 17 de febrero de 1942, en Singapur, el Kempeitai se dedicó a detener a los miembros de la comunidad china del estrecho. Debían recibir un duro castigo por haber prestado ayuda a los nacionalistas de Chiang Kai-shek. El general Yamashita decretó que tenían que entregar la cantidad de cincuenta millones de dólares como «donativo para la expiación del agravio».[3] Cualquier varón entre los doce y los cincuenta años podía ser ejecutado. Muchos hombres fueron atados y conducidos a la playa de Changi, donde murieron acribillados por las ametralladoras. El Kempeitai reconocería haber ejecutado a más de seis mil individuos, acusados de «antijaponeses», pero la cifra real fue muy

superior, sobre todo si tenemos en cuenta las ejecuciones que se llevaron a cabo en el continente. Los que fueron asesinados bajo esta acusación eran supuestamente comunistas o antiguos servidores de los británicos. Los japoneses tampoco tuvieron piedad de los que llevaban tatuajes, pues daban por hecho que pertenecían a alguna organización criminal.

Las provisiones de alambre de espino, que los británicos habrían debido utilizar para la creación de sus defensas, fueron empleadas para cercar el cuartel de Changi en el que permanecían encerrados los prisioneros de guerra aliados. Estos hombres fueron obligados a formar en las calles en el curso de un desfile de la victoria en honor del general Yamashita, al que ya se le llamaba «el Tigre de Malaca». El hotel Raffles fue convertido en burdel para entretenimiento de los altos oficiales. Las mujeres de solaz que tenían que servir allí habían sido traídas a la fuerza desde Corea o eran hermosas jóvenes chinas capturadas en las calles de la ciudad.

Casi todos los civiles de origen europeo fueron encerrados en la cárcel de Changi, los varones en una sección y las mujeres en otra. Dos mil personas se vieron obligadas a instalarse en un espacio concebido para seiscientos individuos. El soborno era el único método que tenían los prisioneros para conseguir más comida o adquirir medicinas. El arroz blanco que recibían apenas

tenía valor nutricional, y no tardaron en aparecer numerosos casos de beriberi entre los prisioneros de guerra estadounidenses y australianos, cada vez más demacrados. Entre sus guardias había coreanos y Sikhs antibritánicos, que habían desertado durante el combate y luego se habían presentado voluntarios para servir en el bando japonés. El amargo recuerdo de la matanza de Amritsar hacía que estos indios disfrutaran humillando y vejando a sus antiguos señores. Algunos seguían la costumbre japonesa de abofetearlos en la cara si no se inclinaban a su paso, y unos cuantos llegaron incluso a actuar en los pelotones de ejecución. En la ciudad de Singapur, por otro lado, los saqueadores y los ladrones eran decapitados, y sus cabezas exhibidas en estacas como en la Edad Media. En Extremo Oriente, ser enterrado sin alguna parte del cuerpo era considerado el peor destino posible de cualquier individuo.

Muchos malayos se habían creído la propaganda nipona que afirmaba que el ejército imperial iba a traerles la liberación, y salieron a las calles a recibir a las tropas invasoras, agitando banderitas con el sol naciente. No tardaron en darse cuenta de su equivocación. Enseguida llegaron oportunistas y estafadores de Japón, dispuestos a emprender todo tipo de negocios de dudosa legalidad: clubes nocturnos, tráfico de drogas, prostitución y casas de juego.

En las Indias Orientales Neerlandesas, las autoridades militares niponas se pusieron hechas una furia cuando descubrieron que la mayoría de las instalaciones petrolíferas habían sido destruidas antes de presentar la rendición. Los holandeses y otros europeos se convirtieron en las víctimas de sus terribles actos de represalia. En Borneo y en Java, casi todos los varones blancos de la población civil fueron fusilados o decapitados, y muchas de sus esposas e hijas salvajemente violadas. Tanto las holandesas como las javanesas fueron obligadas a prestar sus servicios en las casas de solaz, en las que les asignaban diariamente «un grupo de veinte reclutas por la mañana, dos suboficiales por la tarde y los oficiales superiores por la noche».[4] Si alguna de estas muchachas forzadas a prostituirse intentaba escapar o no cooperaba como se esperaba, era brutalmente castigada, y se tomaban represalias contra sus padres o su familia. En total, se calcula que el ejército imperial japonés reclutó a unas cien mil adolescentes y jóvenes para convertirlas en esclavas sexuales. Un gran número de ellas eran muchachas de origen coreano, que fueron enviadas a las guarniciones militares japonesas del Pacífico y de la zona del mar de China Meridional, pero también las malayas, las chinas de Singapur, las filipinas y las javanesas, entre otras de diversas nacionalidades, fueron capturadas por el Kempeitai y se vieron condenadas a compartir tan trágico

destino. La política de utilizar a las mujeres de los países conquistados para el disfrute de sus soldados recibió claramente la aprobación de las más altas instancias del gobierno japonés.

Un joven nacionalista indonesio llamado Achmed Sukarno prestó sus servicios a las autoridades militares japonesas como propagandista y asesor, con la esperanza de que estas concedieran la independencia a la antigua colonia holandesa. Al término de la guerra, en vez de ser acusado de colaboracionista, se convirtió en el primer presidente de Indonesia, a pesar de que decenas de miles de compatriotas suyos habían padecido inanición. Se cree que alrededor de cinco millones de personas murieron durante la guerra en el sudeste asiático, víctimas de la ocupación japonesa.[5] Al menos un millón eran vietnamitas. Se obligó a cultivar en los arrozales otros productos distintos destinados a los japoneses, y se requisaba el arroz y el grano para fabricar alcohol para combustible.

Los partidos políticos fueron prohibidos. Se impuso la censura, acabando con la libertad de prensa. La Kempeitai utilizaba sus técnicas de tortura, atroces y crueles, para vengarse de cualquier acto subversivo e incluso como represalia ante la más mínima sospecha de actitud «antijaponesa». En un programa de «japonización», la lengua y el calendario nipones fueron impuestos en varios lugares. Los países ocupados vieron cómo sus

cosechas y sus materias primas eran saqueadas, y se alcanzó una tasa tan elevada de desempleo que, al poco tiempo, la «Esfera de coprosperidad del este de Asia» comenzó a recibir el nombre de «esfera de copobreza». La divisa de la ocupación japonesa era considerada una especie de broma de mal gusto en medio de aquella inflación galopante.

Al principio, en Birmania, muchos nativos recibieron con agrado a los japoneses, pues esperaban que con ellos llegara la ansiada independencia. No obstante, las tribus del norte del país, de etnia distinta, siguieron leales a los británicos. Los japoneses reunieron un contingente de casi treinta mil efectivos para servir en su Ejército Nacional Birmano, pero trataban a esos hombres como inferiores. Hasta los oficiales de raza birmana estaban obligados a saludar al más ínfimo de los reclutas nipones. Los japoneses también reclutaron unos siete mil indios entre los capturados en Malaca y Singapur para el Ejército Nacional Indio, que, supuestamente, iba a ser utilizado para liberar su país del régimen colonial británico.

Los prisioneros de guerra británicos y australianos de Singapur fueron trasladados al norte para trabajar en el infame ferrocarril de Birmania, por muy enfermos, débiles y demacrados que estuvieran. Padecían malaria, beriberi, disentería, difteria, dengue y pelagra. No disponían de medicinas ni de material médico alguno, y la septicemia

afectaba rápidamente todo su organismo por culpa de las heridas que se producían cuando despejaban la jungla de maleza. Tenían que inclinarse no solo ante los oficiales, sino también ante cualquier soldado. Eran humillados constantemente: recibían bofetadas en la cara, que a veces los suboficiales o los oficiales cruzaban con el filo de su espada. Los actos de insubordinación o de subversión se castigaban con una de las torturas preferidas de los nipones: tras obligar al prisionero a ingerir agua, hasta llenarlo a reventar, los guardias lo sacaban al exterior, lo tendían en el suelo con las extremidades extendidas y entonces comenzaban a saltar encima de su estómago. El prisionero que intentaba escapar y era capturado solía ser decapitado en presencia del resto de sus compañeros.

Los guardias japoneses gritaban «¡Rápido, rápido!» a sus exhaustas víctimas mientras las golpeaban para que no dejaran de trabajar. Hambrientos, sedientos, con el cuerpo lleno de picaduras de todo tipo de insectos, los prisioneros de guerra realizaban sus labores prácticamente desnudos en medio de un calor horrible. Por culpa de la deshidratación, muchos perdían el sentido y caían al suelo. En total pereció una tercera parte de los cuarenta y seis mil prisioneros de guerra aliados, pero fueron mucho peores las condiciones en las que se veían obligados a vivir los ciento cincuenta mil nativos capturados como mano de obra esclava, de los cuales la mitad perdió la vida.

En la Indochina francesa, las fuerzas de ocupación apenas suavizaron sus métodos tras el primer pacto firmado con el almirante Darlan en Vichy el 29 de julio de 1941. Un segundo acuerdo para la defensa de Indochina fue ratificado en diciembre por el gobernador general, el almirante Jean Decoux, en virtud del cual el gobierno de Vichy seguiría controlando las colonias hasta marzo de 1945. La principal diferencia era que, como Indochina había sido separada definitivamente de Francia, la región quedaba incluida en la esfera económica del imperio nipón. Algunos grupos nacionalistas apoyaban a los japoneses, con la esperanza de obtener la independencia de Francia, pero el comandante nipón garantizó la continuidad del régimen colonial francés. Roosevelt, por su parte, estaba firmemente decidido a impedir que Indochina fuera devuelta a Francia al término de la guerra.[6]

El 9 de abril de 1942, justo antes de presentar la rendición de las fuerzas americanas y filipinas presentes en la península de Bataán, el general de división Edward King Jr. preguntó al coronel Nakayama Motoo si sus hombres iban a recibir un trato digno. Nakayama respondió que ellos no eran unos salvajes. Pero los oficiales japoneses no se habían imaginado que iban a capturar un número tan elevado

de prisioneros en Bataán. Adoctrinados desde el mismo día en que se habían unido al ejército en la creencia del código Bushido de que un soldado nunca capitula, consideraban que todos los enemigos que se rendían no eran merecedores de respeto alguno. Sin embargo, en lo que cabría calificar de flagrante paradoja, sentían mucho más odio por los enemigos que se habían defendido con gran ferocidad.

De los setenta y seis mil americanos y filipinos, al menos seis mil estaban demasiado enfermos, o habían sufrido heridas demasiado graves, para caminar. Sucios, demacrados y exhaustos tras haber combatido durante tanto tiempo sin poder ingerir alimentos suficientes, unos setenta mil hombres fueron obligados a caminar más de cien kilómetros hasta el Campo O'Donnell. La «marcha de la muerte de Bataán» fue una de las contradicciones de las grotescas garantías ofrecidas por Nakayama. Golpeados y desprovistos de todas sus pertenencias, torturados con el hambre y la sed, obligados a golpe de bayoneta a seguir avanzando, los prisioneros fueron sometidos deliberadamente, y a modo de represalia, a actos vejatorios de gran crueldad. Durante aquellas jornadas de pesadilla que se sucedieron, fueron pocos los guardias que les permitían descansar o tumbarse a la sombra de algún árbol. Más de siete mil soldados americanos y filipinos procedentes de Bataán perecieron en aquellas condiciones.

Unos cuatrocientos oficiales y suboficiales filipinos de la 91.ª División murieron asesinados a golpe de espada durante una matanza que se produjo en Batanga el 12 de abril.[7] Sesenta y tres mil salvaron el pescuezo y llegaron al campo de prisioneros, donde cada día caerían cientos de ellos. También dos mil supervivientes de Corregidor perecieron de hambre o de enfermedad en los dos primeros meses de su cautiverio.

Las sucesivas rendiciones de los aliados, así como las humillaciones y los reveses que constantemente recibían, suscitaban el desprecio de los nacionalistas chinos, que ya llevaban resistiendo cuatro años a unas fuerzas japonesas de mucha más envergadura. Los británicos se habían negado a solicitar su ayuda para la defensa de Hong Kong, y tampoco habían querido armar a los chinos y permitir que opusieran resistencia, pues consideraban que todo ello podría repercutir negativamente en sus reivindicaciones sobre la colonia si al final se conseguía derrotar a los japoneses. En cualquier caso, el gobierno de Chiang Kai-shek en Chungking se oponía firmemente a una presencia extranjera en los denominados «puertos del tratado». La administración del presidente Roosevelt simpatizaba muchísimo con aquella postura anticolonialista, y la

opinión pública norteamericana apoyaba la idea de que los Estados Unidos no debían ayudar a británicos, franceses y holandeses a recuperar sus posesiones de Extremo Oriente.

Se consideraba que en la guerra contra Japón el fracaso de los británicos se debía a su actitud y su mentalidad colonialista. Pero, por tentadora que pudiera resultar esta explicación por aquel entonces, lo cierto es que distaba mucho de la realidad, sobre todo en unos momentos en los que el esfuerzo de guerra de Gran Bretaña debía concentrarse principalmente a miles de kilómetros al oeste. En la primera mitad de 1942, el gobierno inglés estuvo a punto de ceder a las presiones de Washington y de Chungking que exigían su renuncia a Hong Kong, pero posteriormente, ese mismo año, Londres se mostraría dispuesta a abordar este tema solo una vez concluida la guerra. Los nacionalistas, convencidos de que sus fuerzas ocuparían antes la ciudad, dejaron de presionar.

Chiang Kai-shek consideraba que, como Gran Bretaña había dejado de ser una gran potencia en Extremo Oriente, la China nacionalista estaba llamada a sustituirla. Roosevelt contemplaba la idea con agrado, pero era consciente de que Stalin no estaría dispuesto a aceptar que China se uniera a los «Tres Grandes».[8] Y Chiang, tan realista como de costumbre, sabía que, independientemente de lo que pensara de los británicos, iba a necesitar el apoyo de Churchill, lo que en parte explica su flexibilidad ante el

aplazamiento de las discusiones sobre Hong Kong. Por otro lado, el hecho de que en el sur de China, junto al río del Este, y en los Nuevos Territorios de Hong Kong, la Dirección de Operaciones Especiales de Gran Bretaña colaborara con las guerrillas comunistas chinas enfurecía a los nacionalistas. Los comunistas ayudaban a los prisioneros de guerra británicos que escapaban de la colonia. Un grupo de fugitivos fue agasajado con un banquete alrededor de una hoguera, en el que no faltó la carne de ganso ni el vino de arroz, durante el cual un oficial enseñó a los guerrilleros comunistas a cantar *The British Grenadiers* y *The Eton Boating Song.*[9]

En la India, las relaciones entre los británicos y el Partido del Congreso, que quería la independencia del país, se habían deteriorado muchísimo. Lord Linlithgow, el virrey, era un individuo arrogante e inepto, tanto desde el punto de vista político como económico. En 1939, ni siquiera se había dignado consultar a los líderes de ese partido y obtener su apoyo para la guerra. La actitud de Churchill, con sus ideas decimonónicas del imperio y el Raj, no fue mucho mejor. Obligado contra su voluntad a enviar una misión a la India presidida por sir Stafford Cripps, el político al que más aborrecía, Churchill detestaba la idea de conceder a la India el estatus de «dominio» al término de la guerra. Gandhi haría famosa su descripción de la propuesta cuando la calificó de «cheque

posdatado», y los líderes del Congreso la recibieron con apatía. El 8 de agosto de 1942, a instancias de Gandhi, el Congreso hizo un llamamiento oficial a los británicos, a los que exigía «abandonar la India» de una vez por todas, pero manteniendo sus tropas en el país para defenderlo de los japoneses. A la mañana siguiente, las autoridades británicas detuvieron a sus líderes, dando lugar a una serie de manifestaciones de protesta y de tumultos, que se saldaron con un millar de muertos y cien mil detenidos. Aquellos disturbios no hicieron más que reafirmar a Churchill en sus prejuicios: los indios eran ingratos y traicioneros.

Cuando Birmania cayó en manos de los japoneses en la primavera de 1942, las provisiones de arroz de la India cayeron un 15 por ciento. Los precios se dispararon. En su afán de lucro, comerciantes y mercaderes comenzaron a almacenar grandes cantidades de alimento para que los precios subieran aún más, dando lugar a una espiral inflacionaria. Los pobres simplemente no podían pagar los alimentos. El gobierno de Nueva Delhi no hizo nada para controlar el pujante mercado negro. Se limitó a traspasar esta responsabilidad a las administraciones regionales que reaccionaron con un «malsano proteccionismo provincial».[10] Las que tenían excedentes, como, por ejemplo, la de Madras, se negaban a venderlos a las que sufrían una grave escasez de grano.

Bengala fue la que se llevó la peor parte en aquella situación cada vez más calamitosa. Al menos, un millón y medio de personas perecieron como consecuencia directa de la hambruna, que comenzó a finales de 1942 y se prolongó a lo largo de todo el año siguiente. Se calcula que un número similar murió tras contraer alguna enfermedad —cólera, malaria o viruela— porque su organismo se había quedado sin defensas debido a la desnutrición. Churchill, furioso con los indios, se negó a interferir en el plan de envío de ayudas. Solo cuando el mariscal Wavell fue nombrado virrey en septiembre de 1943, el gobierno de la India empezó a tomar cartas en el asunto, encomendando a las tropas la distribución de las reservas de alimentos. Con estas medidas, Wavell no hizo sino granjearse aún más la enemistad de Churchill. Este episodio es probablemente el más vergonzoso y escandaloso de la historia del Raj británico. Además, echó completamente por tierra aquella tesis imperialista de que el dominio británico protegía de los ricos a los pobres de la India.

El ataque japonés a Pearl Harbor habría podido ser mucho peor para los americanos, pues fueron sus acorazados, y no sus portaaviones, los que estaban en el puerto aquel fatídico fin de semana. El almirante Yamamoto, el alto

oficial japonés más avezado, no se había jubilado después del ataque precisamente por esa razón.

En Washington, la incertidumbre reinaba en las oficinas de la sede de la Marina. Las ganas de responder con contundencia a la agresión no eran pocas, pero la Flota del Pacífico, tras los graves daños sufridos, debía actuar con precaución. El almirante Ernest J. King, que acababa de ser nombrado comandante en jefe de la Flota de los Estados Unidos, era célebre por su irascibilidad. Estaba muy enfadado porque los británicos habían persuadido al general Marshall y a Roosevelt de la conveniencia de la política de «primero Alemania», lo que implicaba que en el teatro del Pacífico tuviera que adoptarse una postura simplemente defensiva. Los oficiales británicos consideraban que King era un anglófobo acérrimo, pero sus colegas norteamericanos les garantizaban que el almirante carecía de prejuicios. Simplemente detestaba a todo el mundo.

En Washington, el estado mayor de la Marina decidió que era demasiado peligroso enviar una flota de portaaviones en ayuda de las islas Wake. Los comandantes de esta fuerza naval recibieron con amargura la noticia, pero es prácticamente seguro que se trataba de la mejor decisión que podía adoptarse en aquellas circunstancias. A finales de diciembre de 1941, el almirante Chester W. Nimitz llegó a Pearl Harbor para asumir el mando de la

Flota del Pacífico. El desdichado almirante Kimmel seguía en su puesto, a la espera de que le comunicaran cuál iba a ser su destino. Sin embargo, sus colegas lo trataron con gran comprensión. En las altas jerarquías de la Marina estadounidense apenas había rivalidades y tampoco se producían importantes enfrentamientos fruto del choque entre individuos con un gran ego. La de Nimitz era una buena elección. Natural de Texas, descendiente de una familia noble alemana venida a menos, este almirante de pelo canoso se expresaba con voz suave y decisión, y era capaz de hacerse valer con gran autoridad. No es de extrañar que inspirara una gran lealtad y mucha confianza, unas virtudes particularmente útiles en un momento en el que Washington aún no había desarrollado un proyecto claro para afrontar la guerra en el Pacífico.

En Washington, sin embargo, sí se seguía insistiendo en poner en marcha una incursión contra Tokio que sirviera para levantar la moral americana. Debía ser dirigida por el teniente coronel James Doolittle, del Cuerpo Aéreo del ejército, con bombarderos medios B-25 que iban a despegar por primera vez de un portaaviones. El 8 de abril de 1942, a las órdenes del vicealmirante William F. Halsey, zarparon los portaaviones *Enterprise* y *Hornet*. Halsey se alegraba de tener la oportunidad de devolver el golpe al enemigo, pero Nimitz tenía serias dudas de aquella operación en la que iban a sacrificarse tantos bombarderos

en una acción con unas consecuencias probablemente muy limitadas. También le preocupaba disponer de un número de fuerzas suficientes con las que poder responder a la siguiente ofensiva nipona, que se esperaba que fuera a producirse en una zona próxima a las islas Salomón y Nueva Guinea, esto es, en la región del sudeste del Pacífico que estaba bajo el mando del general MacArthur.

El comandante Joseph Rochefort, jefe de los servicios de criptoanalisis de Pearl Harbor, había ayudado a descifrar el sistema de códigos naval de los japoneses en 1940. Oficial poco convencional, que solía calzar pantuflas enfundado en un elegante batín de color rojo, Rochefort no había sido capaz de advertir del ataque a Pearl Harbor debido al estricto silencio de las radios de la flota japonesa. Afortunadamente para la marina norteamericana, sí había conseguido descodificar en aquellos días un mensaje que revelaba que los japoneses planeaban desembarcar en mayo en el extremo suroriental de Nueva Guinea para capturar el aeródromo de Port Moresby. Esta acción permitiría que sus fuerzas aéreas controlaran el mar del Coral y pudieran atacar libremente los territorios del norte de Australia.

En el Pacífico, con sus largas distancias, repostar en medio del mar constituía un verdadero reto para los dos bandos. Cada fuerza operacional de los Estados Unidos compuesta de dos portaaviones y las naves de escolta debía

zarpar acompañada de al menos un buque cisterna, que se convertía siempre en el primer objetivo de los submarinos japoneses. Pero, a medida que fue avanzando la guerra, los sumergibles de los Estados Unidos se convirtieron en el método más rentable de destruir los cargueros y los buques cisterna nipones. Este esfuerzo, en el que los submarinos estadounidenses fueron responsables del hundimiento del 55 por ciento de las naves japonesas destruidas, tuvo unas consecuencias devastadoras en el suministro de combustible y pertrechos a fuerzas navales y terrestres.[11]

Halsey, tras lanzar el ataque contra Tokio, se convirtió a su regreso en el candidato idóneo para dirigir aquella primera contraofensiva importante. El 30 de abril de 1942 partió al frente de la Fuerza Operacional 16. Sin embargo, como temía Nimitz, la Fuerza Operacional 17, comandada por el vicealmirante Frank J. Fletcher, que ya estaba actuando en el mar del Coral, sería la que tendría que afrontar la mayoría de los combates antes de la llegada de Halsey.

El 3 de mayo, una fuerza japonesa desembarcó en Tulagi, en las islas Salomón. Los comandantes nipones estaban absolutamente seguros de que lograrían derrotar a cualquier fuerza naval americana que navegara por aguas del mar del Coral, al sur de Nueva Guinea y las islas Salomón. Fletcher, con el apoyo de buques de guerra australianos y neozelandeses, puso rumbo hacia el noroeste en cuanto

supo que otra fuerza enemiga se dirigía a Port Moresby, en Nueva Guinea. Al poco tiempo reinaba la confusión en ambos bandos, pero los aviones del *Lexington* avistaron al portaaviones japonés *Shohu* y lo hundieron. Por su parte, los pilotos japoneses, pensando que habían dado con la fuerza naval norteamericana, hundieron un destructor y un buque cisterna.

El 8 de mayo, americanos y japoneses se enzarzaron en un intenso combate desde sus respectivos portaaviones. Los aviones del *Yorktown* causaron al *Shokaku* daños suficientes para que no pudieran despegar más aparatos de su cubierta, y los japoneses alcanzaron al *Lexington* y al *Yorktown*. Incapaces de proteger su flota invasora, los comandantes nipones decidieron retirarse de Port Moresby, para gran consternación del almirante Yamamoto. Pero el *Lexington*, que había parecido que iba a poder mantenerse a flote, empezó a hundirse debido a las explosiones provocadas por la pérdida de combustible.

La batalla del mar del Coral constituyó un éxito parcial para los norteamericanos, pues evitó un desembarco enemigo. Sin embargo, para los japoneses fue una prueba más de su capacidad de infligir «duros reveses».[12] En cualquier caso, en el bando americano daría lugar a importantes reflexiones acerca de los defectos técnicos de sus aparatos aéreos y su armamento, la mayoría de los cuales todavía no se habrían resuelto cuando tendría lugar

el siguiente enfrentamiento.

El almirante Yamamoto, perfectamente consciente de la capacidad de los Estados Unidos de construir portaaviones con mayor rapidez que Japón, esperaba tener tiempo de dar un golpe definitivo antes de que su flota perdiera la iniciativa. Un ataque a la base americana en las islas Midway obligaría a los portaaviones estadounidenses a enzarzarse en una batalla. Tras la llamada «incursión Doolittle» contra Japón, las voces críticas que desde la sede del estado mayor de la marina en Tokio se oponían a su idea habían cambiado de repente de opinión. Los mensajes interceptados y analizados por el comandante Rochefort y sus colegas ponían de manifiesto que los japoneses estaban dispuestos a dirigirse al oeste y al norte para lanzar un gran ataque contra las islas Midway, lo cual parecía indicar que pretendían establecer una base desde la que atacar Pearl Harbor. En Washington, el estado mayor de la marina rechazó esta idea, pero Nimitz ordenó que todos los barcos disponibles se concentraran en Pearl Harbor lo antes posible.

El 26 de mayo, cuando el grueso de la flota invasora japonesa zarpó de Saipán, en las islas Marianas, ya no hubo duda de cuál era su destino. Rochefort había preparado una trampa: envió un mensaje sin codificar en el que se decía claramente que Midway estaba quedándose sin agua. El 20 de mayo, un mensaje japonés se hacía eco de la noticia,

utilizando las letras «AF» para indicar «Midway». Como en comunicaciones anteriores se había empleado este mismo código para indicar el objetivo principal, para Nimitz ya no había ninguna duda de cuál era el plan general de Yamamoto. Esto impidió que cayera en la trampa que iban a tenderle y pudiera aprovecharse de ella. Halsey, enfermo y debilitado para asumir el mando, tuvo que ser ingresado en un hospital, por lo que Nimitz decidió que fuera el contraalmirante Raymond Spruance, un fanático del mantenimiento físico, quien estuviera al frente de la Fuerza Operacional 16.

El 28 de mayo, Spruance partió de Pearl Harbor con los portaaviones *Enterprise y Hornet* y una escolta formada por dos cruceros y seis destructores. Fletcher, que iba a estar al frente de toda la operación, partió dos días después con dos cruceros, seis destructores y el *Yorktown*, que había sido reparado con asombrosa rapidez. Los buques de guerra estadounidenses zarparon justo a tiempo. Con la intención de tenderles una emboscada, el enemigo formó una línea de submarinos entre Hawai y las islas Midway pocas horas después de que las dos fuerzas operacionales cruzaran aquellas aguas.

Spruance y Fletcher se enfrentaban a unas fuerzas formidables. La Armada Imperial de Japón tenía cuatro flotas en el mar, con once acorazados, ocho portaaviones, veintitrés cruceros, sesenta y cinco destructores y veinte

submarinos. Tres fuerzas operacionales se dirigían a las islas Midway y una a las Aleutianas, situadas al sur del mar de Bering, a unos tres mil doscientos kilómetros al norte. Los japoneses creían que los americanos «desconocían nuestros planes».[13]

El 3 de junio, los aviones del aeródromo de Midway fueron los primeros en divisar barcos enemigos aproximándose por el suroeste. Al día siguiente, los japoneses lanzaron su primer ataque contra las islas. Los bombarderos de las Fuerzas Aéreas del Ejército de los Estados Unidos y los bombarderos en picado de la Marina americana de la base de Midway respondieron a la agresión. Sufrieron cuantiosas pérdidas y fallaron numerosos objetivos, lo que no hizo sino aumentar la autosuficiencia de los nipones. El almirante Nagumo Chuichi, comandante de la fuerza operacional nipona, ignoraba todavía la presencia en la zona de portaaviones norteamericanos. Pero Yamamoto, tras recibir un comunicado de Tokio informando del aumento del tráfico de mensajes en Pearl Harbor, ya sospechaba que probablemente los buques enemigos estuvieran navegando por aquellas aguas, pero no quiso romper el silencio de las radios.

Para los jóvenes aviadores americanos que sobrevolaban la aparente inmensidad azul del océano Pacífico, la perspectiva de una gran batalla era tan emocionante como aterradora. Muchos de ellos acababan

de salir de la academia de vuelo y carecían de la experiencia de sus adversarios. Sin embargo, esos jóvenes de tez bronceada, y rebosantes de entusiasmo, demostraban un arrojo y una valentía sorprendentes. Bastante peligroso resultaba ya para los pilotos caer derribados en alta mar, pero ser recogidos por un barco japonés suponía casi con toda seguridad morir decapitados.

El caza Zero japonés era superior al amazacotado Grumman F4F Wildcat, que, sin embargo, podía soportar graves daños si era alcanzado por el enemigo, pues disponía de un fuerte blindaje y de depósitos de combustible autosellantes. A no ser que fueran escoltados por cazas, los aviones torpederos y los bombarderos en picado americanos poco podían hacer ante el poderío del Zero japonés. El obsoleto torpedero Douglas TBD Devastator era lento y sus torpedos presentaban graves deficiencias, de modo que atacar un barco de guerra nipón suponía prácticamente una misión suicida para su piloto. El bombardero en picado Douglas SBD Dauntless, por su parte, era mucho más efectivo, especialmente en caída casi vertical, como pronto quedaría demostrado.

Un hidroavión Catalina divisó la flota de portaaviones japonesa e informó de su posición. Fletcher ordenó a Spruance que se le uniera con su aviación para lanzar un ataque. La fuerza operacional de Spruance se dirigió a su encuentro a toda velocidad. Sus objetivos se hallaban al

límite del alcance de sus aviones torpederos, pero merecía la pena correr aquel riesgo si se conseguía atrapar a los portaaviones enemigos antes de que sus aparatos aéreos pudieran despegar. Debido a una confusión, los aviones torpederos Devastator fueron los primeros en llegar, pero sin cobertura de los cazas. Fueron destruidos por los Zero de los japoneses, que creyeron que habían obtenido una victoria. Sin embargo, pronto descubrirían que se habían adelantado a los acontecimientos.

«La tripulación del barco recibió con vítores a los pilotos que regresaban, dándoles palmadas en el hombro y diciéndoles palabras de ánimo», escribió el comandante de aviación naval, Fuchida Mitsuo, a bordo del *Akagi*. Los aviones fueron rearmados, y del hangar otros fueron trasladados a la cubierta de vuelo, todo ello para preparar un ataque contra los portaaviones americanos. El almirante Nagumo decidió entonces esperar hasta que se hubiera procedido al rearme de los aviones torpederos con bombas para atacar objetivos terrestres con el fin de realizar una nueva incursión contra las islas Midway. Algunos historiadores sostienen que esta operación supuso una pérdida de tiempo decisiva, y que, al final, no sirvió para nada. Otros indican que era una práctica habitual no emprender un ataque hasta que todos los aviones estuvieran listos para actuar conjuntamente.[14]

«A las 10:20, el almirante Nagumo dio la orden de

despegar en cuanto todos estuvieran preparados», sigue contando Fuchida. «En la cubierta de vuelo del *Akagi*, todos los aviones estaban en posición, calentando motores. El gran navío empezó a girar siguiendo la dirección del viento. En menos de cinco minutos despegarían todos los aviones... A las 10:24, desde el puente se dio la orden por el tubo acústico de comenzar los despegues. El oficial hizo la señal con una bandera blanca, y el primer caza Zero empezó a coger velocidad y salió volando de la cubierta. En aquel instante, un vigía gritó, «¡Bombarderos Hell-diver a la vista!» Alcé la mirada y vi tres aviones negros enemigos descendiendo en picado hacia nuestro barco. Algunas de nuestras ametralladoras pudieron disparar varias ráfagas de tiros contra ellos, pero ya era demasiado tarde. La barriguda silueta de los bombarderos en picado Dauntless americanos se hacía cada vez más grande, y de repente una serie de objetos negros comenzaron a desprenderse amenazadoramente de sus alas».

Los bombarderos en picado Dauntless del *Enterprise* y del buque insignia de Fletcher, el *Yorktown*, habían conseguido ocultarse en medio de las nubes a tres mil metros de altitud, de modo que el efecto sorpresa fue absoluto, y la cubierta de vuelo del *Akagi* se transformó en el objetivo perfecto. Los aviones japoneses, llenos de combustible y perfectamente armados, comenzaron a saltar por los aires uno tras otro. Una bomba abrió un gran

agujero en la cubierta de vuelo, y otra estalló en el elevador utilizado para subir los aparatos aéreos del hangar situado debajo. Ni una ni otra habría bastado para hundir el barco, pero la explosión de los aviones, con sus bombas y los torpedos apilados cerca de ellos, convirtió el *Akagi* en un casco en llamas. El retrato del emperador que había a bordo del *Akagi* fue trasladado a toda prisa a un destructor.

Muy cerca, unas grandes nubes negras de humo anunciaron que el *Kaga* también había sido herido de muerte. Los bombarderos en picado americanos alcanzaron a continuación el *Soryu*. Una fuga de combustible provocó un verdadero infierno. Las municiones y las bombas comenzaron a estallar. De repente, una gran explosión arrojó al agua a los hombres que había en cubierta. «En cuanto estallaron los incendios a bordo del barco», cuenta el almirante Nagumo, «el capitán, Yanagimoto Ryusaku, apareció en la torre de comunicaciones situada a babor del puente. Desde allí, asumió el mando y rogó a sus hombres que se pusieran a resguardo. No permitiría que ninguno de ellos se acercara a él. Las llamas lo rodeaban, pero se negó a abandonar su puesto. Mientras gritaba una y otra vez "*¡Banzai!*" como un verdadero héroe, se lo llevó la muerte».[15]

Poco después, el *Yorktown* fue atacado por los bombarderos torpederos japoneses. Sus aparatos aéreos fueron desviados a los portaaviones de Spruance, donde

pudieron sustituir a los que se habían perdido. Más tarde, en otra incursión, los aviones del *Enterprise* alcanzaron el *Hyriu*, que también se fue a pique. «A las 23:50», informaba el almirante Nagumo, «el capitán Kaki Torneo y el contraalmirante Yamaguchi Tamon, comandante de escuadrillas, comunicaron un mensaje a la tripulación. Sus palabras fueron recibidas con demostraciones de reverencia y respeto hacia la persona del emperador y con gritos de "*Banzai", y* a continuación se procedió a arriar la bandera de combate y la bandera del mando. A las 00:15, todos los hombres recibieron la orden de abandonar el barco, se retiró el retrato del emperador, y se organizó el traslado de la tripulación a los destructores *Kaiagumo y Makigumo*. El traslado del retrato y del personal concluyó a las 01:30. Tras terminar las operaciones de traslado solo quedaban a bordo de la nave el contraalmirante y el capitán. Agitaron sus gorras, despidiéndose de sus hombres, y con absoluta compostura unieron su destino al de su nave».[16]

Yamamoto, que aún no se había enterado de la trágica situación de sus portaaviones, ordenó más ataques. No es difícil imaginar cuál fue su reacción cuando le dieron la noticia. Inmediatamente, dio instrucciones para que su enorme flota de diez acorazados, incluido el *Yamato*, el buque de guerra más grande, y dos cruceros de escolta, junto con una gran escuadra de cruceros y destructores de escolta, se dirigieran a la zona a toda velocidad. Spruance,

consciente del poderío de las fuerzas de Yamamoto, cambió de ruta por la noche, poniendo rumbo a las Midway para poder contar con la cobertura de los aviones estacionados en el aeródromo de las islas. Al día siguiente, sus bombarderos en picado consiguieron hundir un crucero e infligir graves daños a otro. Pero el 6 de junio, mientras estaba llevándose a cabo una operación de salvamento, el *Yorktown*, maltrecho, fue alcanzado por los torpedos de un submarino japonés, y se hundió a la mañana siguiente.

Con cuatro portaaviones y un crucero de los japoneses hundidos, además de un acorazado gravemente dañado, por no hablar de los doscientos cincuenta aviones destruidos, y todo ello a cambio de perder solo un portaaviones, la batalla de Midway constituyó para los americanos una victoria decisiva que, sin lugar a dudas, marcó un punto de inflexión en la guerra del Pacífico. Con ella se esfumó cualquier esperanza que pudiera abrigar Yamamoto de acabar con la Flota del Pacífico de los Estados Unidos. Pero como Nimitz reconoció en su informe, «de no haber dispuesto de la información relativa a los movimientos de los japoneses, y de habernos cogido el enemigo con las fuerzas operacionales de portaaviones dispersas, posiblemente en lugares tan alejados como el mar del Coral, la batalla de Midway habría acabado de manera muy distinta».[17]

21
DERROTA EN EL DESIERTO
(marzo-septiembre de 1942)

Tras la humillante retirada de Cirenaica en enero-febrero de 1942, el mito de Rommel, que Goebbels se había encargado de propagar con tanto fervor, comenzó a ser difundido también por los británicos. La leyenda del «Zorro del Desierto» fue un torpe intento, por parte de los ingleses, de explicar sus propios fracasos. Hitler estaba sorprendido y satisfecho de la veneración que suscitaba su héroe. Confirmaba su idea de que los británicos, tras las numerosas derrotas sufridas en Extremo Oriente, estaban a punto de venirse abajo.

Sin embargo, el Führer estaba dispuesto a poner freno a su general favorito para apaciguar a los italianos. La posición de Mussolini se veía amenazada por una oposición cada vez mayor del Comando Supremo, cuyos miembros consideraban que el Duce parecía una marioneta de Hitler. Y se habían sentido ofendidos por la arrogancia y las exigencias perentorias de Rommel, por no hablar de sus

constantes quejas por no proporcionar y proteger los convoyes de suministros necesarios. Además, Halder y el OKH seguían oponiéndose firmemente a enviar refuerzos a Rommel. En su opinión, solo podía ocuparse el canal de Suez después de invadir el Cáucaso. La prioridad del frente oriental continuaría siendo un poderoso argumento mientras preparaban su gran ofensiva en el sur de Rusia. Únicamente la Kriegsmarine, que quería acabar primero con Gran Bretaña, apoyaba la postura de Rommel.

Por su parte, Malta atravesaba un momento muy crítico. La Luftwaffe había bombardeado de nuevo los aeródromos de la isla y su puerto principal, La Valeta. En marzo habían sido hundidos los cinco barcos de un convoy, y tanto las tropas como la población civil se enfrentaban al hambre. Pero en mayo, el envió de una escuadrilla de refuerzo, compuesta de sesenta Spitfire que habían despegado del portaaviones americano *Wasp,* y la llegada de un minador con provisiones salvaron a la isla. El *Generalfeldmarschall* Albert Kesselring, comandante en jefe del Mediterráneo, había planificado la invasión aerotransportada de Malta, la llamada Operación Hércules, pero se vería obligado a posponerla. No solo por las dudas que tenía Hitler de su éxito, sino también porque se necesitaba el X Cuerpo Aéreo en el este. Además, los italianos exigían constantemente apoyo antes incluso de entrar en acción.

Rommel volvió a hacer caso omiso de las órdenes recibidas e, ignorando sus problemas de abastecimiento, empezó a mover el Ejército Panzer África hacia la línea Gazala. «La guerra aquí no tiene nada que ver con el horror, con aquella indescriptible miseria de la campaña de Rusia», escribía en una carta en abril un suboficial. «No hay aldeas ni pueblos destruidos o arrasados». El mismo día, en otra carta dirigida a su madre contaba lo siguiente: «Los ingleses de aquí se lo toman todo de una manera mucho más deportiva... Hacia una victoria decisiva». Aunque los hombres de Rommel también sufrían los enjambres de moscas y el calor sofocante que resecaba el pan, esperaban obtener tarde o temprano una victoria en «la gran ofensiva contra Rusia; entonces los ingleses serán aplastados aquí por los dos flancos».[1] Soñaban con llegar a El Cairo.

De repente, el OKW comenzó a contemplar con agrado la idea de Rommel: el sueño de conquistar Egipto y el canal de Suez. Hitler empezaba a temer que el apoyo de los norteamericanos llegara antes de lo que había imaginado. Tampoco podía descartarse un ataque a través del Canal de la Mancha. Si Rommel lograba aniquilar el VIII Ejército, pensaba el Führer, la moral de los británicos se hundiría. Además, los japoneses ya habían avisado de que solo avanzarían hacia el oeste, al océano índico, si los alemanes ocupaban el canal de Suez.

La primera fase de la invasión de Egipto por las

fuerzas de Rommel, la llamada Operación Teseo, consistía en rebasar la línea defensiva de los británicos. Dicha línea, formada por una sucesión de fortificaciones, se extendía desde Gazala, en la costa, a unos ochenta kilómetros al oeste de Tobruk, hasta Bir Hakeim, un puesto avanzado del sur, situado en el desierto, defendido por la 1.ª Brigada de la Francia Libre del general Marie-Pierre Koenig. Había siete fortificaciones, cada una de ellas defendida por una brigada de infantería, con artillería, alambradas y campos de minas que se extendían entre las distintas fortificaciones. En la retaguardia, Ritchie había desplegado sus formaciones acorazadas, listas para lanzar una contraofensiva. Rommel intentó entonces capturar Tobruk. La conquista de este puerto era esencial para garantizar los suministros de las tropas y ahorrarse los catorce días que tardarían sus camiones Opel Blitz en llegar de Trípoli y regresar a esta ciudad.

La Operación Teseo no habría debido coger por sorpresa a los británicos, pues desde Bletchley habían sido transmitidos al cuartel general de Oriente Medio los mensajes enemigos interceptados y descodificados pertinentemente por Ultra. Pero la cadena de mandos era reacia a pasar información, excepto para decir que era probable que en mayo se produjera un ataque, posiblemente en forma de gancho, por el sur. El ataque en cuestión comenzó el 26 de mayo con un movimiento de distracción,

a saber, el avance de divisiones de infantería italianas hacia la mitad norte de la línea defensiva. En el sur, la División Motorizada Trieste y la División Acorazada Ariete, junto con las tres divisiones panzer alemanas, se adentraron en el desierto. Una tormenta de arena ocultó sus diez mil vehículos a los ojos de los británicos. Luego, durante la noche, la principal fuerza de ataque de Rommel rebasó la línea Gazala por el sur.

Rommel dirigió sus divisiones en un rápido movimiento envolvente, aprovechando la luz de la luna cuando dejó de soplar el jamasin, el viento del este. Antes del amanecer, estaban en sus posiciones, listas para el ataque. A unos treinta kilómetros al nordeste de Bir Hakeim, la 15.ª División Panzer chocó con la 4.ª Brigada Acorazada, infligiendo graves pérdidas al 3er Regimiento Real de Tanques y al 8.° de Húsares. Poco después, ochenta carros blindados británicos lanzaron una contraofensiva, siendo su objetivo la 21.ª División Panzer. El VIII Ejército contaba en aquellos momentos con ciento sesenta y siete tanques Grant americanos. Estos carros de combate eran unos vehículos pesados, increíblemente altos y con poca maniobrabilidad cuando debían abrir fuego, pero sus cañones de 75 mm eran mucho más efectivos que los de 40 mm, los deplorables «dos libras», de los Crusader.

Por otro lado, al sureste de Bir Hakeim, la 3.ª Brigada Motorizada India fue atacada a las 06:30 del 27 de mayo.

Su comandante informó por radio que estaban enfrentándose a «toda una división acorazada de los malditos alemanes»,[2] cuando, en realidad, se trataba de la División Ariete italiana. Los soldados indios provocaron graves daños en cincuenta y dos carros blindados enemigos, pero, una vez destruidos todos sus cañones antitanque, se vieron rápidamente superados.

La brigada de la Francia Libre de Koenig, en su posición igualmente aislada en Bir Hakeim, sabía lo que les esperaba después de haber oído durante toda la noche el sonido de motores de tanque procedente del desierto. Por la mañana, una patrulla confirmó que el enemigo se encontraba detrás de ella, impidiendo el acceso a sus depósitos de provisiones. La fuerza de Koenig, unos cuatro mil hombres, incluía media brigada de la Legión Extranjera, dos batallones de tropas coloniales e infantería de marina. También contaba con su propia artillería de apoyo: un total de cincuenta y cuatro cañones de campaña franceses de 75 mm y Bofors. Como en las demás fortificaciones, su primera línea defensiva la formaban campos de minas y alambradas.[3]

Los tanques de la División Ariete se lanzaron entonces contra esta fortificación en un ataque masivo. Los artilleros franceses inutilizaron treinta y dos de ellos. Solo seis tanques italianos consiguieron abrirse paso por el campo de minas y las alambradas, pero los legionarios

franceses los destruyeron cuando se pusieron a su alcance. Algunos de ellos se subieron incluso a los carros blindados italianos para disparar por las aberturas y las rendijas. El ataque no estuvo apoyado por fuerzas de infantería, y los franceses repelieron con gran coraje la oleada de asaltos, provocando graves pérdidas al enemigo y capturando a noventa y uno de sus hombres, entre ellos el comandante de un regimiento. También se produjeron escaramuzas con la 90.ª División Ligera alemana. «Por primera vez desde junio de 1940», escribiría más tarde el general De Gaulle, lleno de orgullo, «franceses y alemanes han reemprendido el combate».[4]

En el nordeste, el resto de la 90.ª División Ligera atacó a la 7.ª Brigada Motorizada, obligando a los británicos a retirarse ante aquella superioridad numérica. A continuación, sus unidades arrasaron el cuartel general de la 7.ª División Acorazada, incautándose de varios depósitos de provisiones. Aunque el avance de la 90.ª División Ligera era veloz, el de las dos divisiones panzer de Rommel hacia el norte, al aeródromo de El Adem —escenario de duros combates un año antes—, se vio obstaculizado por una serie de contraataques y por el fuego incesante de la artillería.

El plan soñado por Rommel no había tenido el éxito esperado. Sus fuerzas se encontraban en una posición vulnerable, entre las fortificaciones de la línea Gazala y las

formaciones blindadas de los británicos situadas al oeste. Además, Rommel había confiado en una rápida aniquilación de los franceses de Bir Hakeim, que seguían resistiendo. Estaba sumamente preocupado por el desarrollo de los acontecimientos, y muchos de sus oficiales comenzaban a pensar que la ofensiva había sido un fracaso. Para que nada de todo aquello pudiera manchar la reputación del Panzerarmee Afrika, su jefe de estado mayor llegó a sugerir que se comunicara al OKW que la operación se había puesto en marcha simplemente para medir las fuerzas del enemigo. Pero, en realidad, no había nada que temer. Una vez más, los británicos no supieron concentrar los tanques suficientes para responder con eficacia a la agresión.

Rommel quería avanzar rápidamente hacia el norte, hasta alcanzar la carretera de la costa y destruir la línea defensiva de los británicos en la zona con el fin de restablecer cuanto antes una vía de suministros con Trípoli. Pero a partir del 28 de mayo los combates comenzaron a ser caóticos en los territorios situados en el centro de la línea Gazala. Las divisiones de Rommel sufrían escasez de combustible y de municiones, pero, como en otras ocasiones, la lentitud de los comandantes británicos a la hora de aprovechar una ventaja considerable repercutió en beneficio del mariscal alemán. Ritchie quería lanzar un gran ataque nocturno, pero los comandantes de su cuerpo y

de sus divisiones le dijeron que necesitaban más tiempo. Creían que los alemanes estaban atrapados; no sabían que las tropas del Eje habían conseguido abrirse paso a través del campo de minas situado al oeste y que empezaban a recibir pertrechos y provisiones. Sin embargo, este corredor se encontraba bastante cerca de la fortificación defendida por la 150.ª Brigada, cuyos batallones del Regimiento de Yorkshire enseguida se convirtieron en un grave problema para Rommel.

En la «Guarida del Lobo» de Prusia oriental, Hitler no dirigía su atención hacia el norte de África. Tras visitar a Rommel, su consejero de la Luftwaffe, Nicolaus von Below, se encontró a su regreso con una «situación muy desagradable».[5] El 27 de mayo, Reinhard Heydrich había sido atacado en Praga por unos jóvenes checos equipados por la Dirección de Operaciones Especiales británica. Heydrich seguía con vida, pero moriría antes de una semana debido a una grave infección producida por las heridas. Y el 30 de mayo, por la noche, la RAF lanzó su primera incursión aérea contra Colonia con un millar de bombarderos. Hitler montó en cólera, y todas sus iras estaban dirigidas especialmente hacia Göring.

A partir del 31 de mayo, durante los duros combates en lo que los británicos denominaron «El Caldero» (*Cauldron*) y los alemanes *Kessel*, Rommel lanzó sus fuerzas contra la posición de la 150.ª Brigada. El ataque,

con tanques, artillería y aviones Stuka, fue de enormes proporciones. La brigada luchó hasta el final con gran coraje, ganándose la admiración de los alemanes. Pero con su terca negativa a lanzar una gran contraofensiva desde el oeste con todas sus fuerzas, los comandantes británicos dieron uno de los peores ejemplos de liderazgo militar en la guerra. Rommel ordenó a continuación que la 90.ª División Ligera y la División Trieste se encargaran de aniquilar a los franceses de Bir Hakeim, para poder empezar a romper la línea Gazala desde el sur.

El 3 de junio, los hombres de Koenig repelieron el ataque de aquella fuerza abrumadora. Los británicos enviaron tropas de refuerzo, que, sin embargo, se encontraron con la 21.ª División Panzer, viéndose obligadas a emprender la retirada. No se hizo nada más para ayudar a la guarnición francesa, en parte porque el contraataque lanzado más al norte el 5 de junio fracasó por culpa de la incompetencia y la falta de determinación de los comandantes de las formaciones, reacios a poner en peligro sus tanques por miedo a los cañones de 88 mm alemanes. No obstante, llegaron algunos pertrechos y provisiones. La RAF dio todo el apoyo que pudo, colaborando en la repulsión de ataques y enfrentándose a los Stuka y los Heinkel enemigos. Las tropas coloniales francesas acababan inmediatamente con la vida de cualquier piloto alemán que se lanzaba en paracaídas. Los hombres de

Koenig, que en medio del calor intenso y el polvo pasaban hambre y sed, cavaron trincheras más profundas, pues esperaban que se produjera un ataque mucho más contundente. Sabían que, resistiendo, serían de gran ayuda para el VIII Ejército en retirada.

Exasperado por la tenacidad de las fuerzas defensivas francesas, Rommel decidió asumir personalmente el mando de la operación. El 8 de junio, la artillería y los aviones Stuka de los alemanes comenzaron a bombardear de nuevo la posición. Uno de los proyectiles acabó con la vida de diecisiete heridos que se encontraban en un puesto de primeros auxilios. Los defensores no dejaron de combatir con gran determinación. Un oficial pudo ver cómo el único superviviente de un grupo de artilleros, un legionario que acababa de perder una de sus manos por culpa de una explosión, recargaba el cañón de 75 mm y colocaba el proyectil sirviéndose de su muñón ensangrentado. El 10 de junio las defensas francesas fueron rebasadas. Los defensores de la posición de Bir Hakeim se habían quedado sin municiones.

Aquella noche, la 7.ª División Acorazada británica, la única formación que habría podido salvarlos, emprendió la retirada. Koenig recibió la orden de replegarse. En la oscuridad, condujo a la mayoría de sus hombres al otro lado del perímetro de ataque alemán, pasando inadvertidos al principio, y luego bajo el fuego intenso del enemigo.

Con él iba su valiente chófer y amante, la inglesa Susan Travers, que más tarde sería nombrada suboficial de la Legión Extranjera francesa. Rommel recibió de Hitler la orden de ejecutar a todos los legionarios que fueran capturados, así como a los franceses, que debían ser tratados como insurgentes, a los alemanes antifascistas y a los ciudadanos de cualquier nación ocupada por los nazis. Sin embargo, hay que señalar a favor del mariscal alemán que se aseguró de que todos los capturados fueran tratados como cualquier prisionero de guerra.

Cuando el general De Gaulle recibió de sir Alan Brooke, jefe del estado mayor imperial, la noticia de que Koenig había conseguido escapar con casi todos sus hombres y había alcanzado las líneas británicas, se sintió invadido por unos sentimientos tan intensos que tuvo que encerrarse solo en una habitación. «¡Oh, el corazón palpitando de emoción, sollozos de orgullo, lágrimas de alegría!», escribiría más tarde en sus memorias. Supo que aquel momento marcaba «el comienzo del resurgir de Francia».[6]

Más al norte, continuaba la batalla del *Kessel*, con las brigadas británicas e indias resistiendo obstinadamente en sus posiciones defensivas. Sin embargo, el VIII Ejército seguía siendo incapaz de lanzar una contraofensiva efectiva. El 11 de junio, justo después de la caída de Bir Hakeim, Rommel ordenó a sus tres divisiones alemanas la

destrucción de las últimas posiciones de los británicos, incluida la fortificación «Knightsbridge» defendida por la 201.ª Brigada de la Guardia y la 4.ª Brigada Acorazada. A continuación, debían capturar la llamada Via Balbia. Ello dio lugar a una retirada repentina de tropas el 14 de junio, cuando los sudafricanos y la 50.ª División que se hallaban cerca de la costa recibieron la orden de replegarse a la frontera egipcia para no quedar aislados. Empezó así una retirada general, caótica y precipitada.

Tobruk quedó indefensa, y la infantería italiana avanzó para rodear la ciudad desde el este. Rommel envió sus divisiones alemanas, pero la 21.ª Panzer sufrió en el camino graves pérdidas debido a los ataques de los Hurricane y los cazabombarderos P-40 Kittyhawk de la RAF. La Fuerza Aérea del Desierto (DAF por sus siglas en inglés) del vicemariscal del Aire Arthur Coningham mejoraba día a día sus técnicas de ataque, y sin su apoyo el VIII Ejército habría podido tener un trágico final.

Churchill envió un mensaje a Auchinleck ordenándole que se defendiera Tobruk al precio que fuera. Pero la ciudad no disponía de tropas y cañones suficientes, y muchas de las minas colocadas para su defensa habían sido utilizadas para reforzar la línea Gazala. El 17 de junio, Rommel comenzó su ataque con un movimiento de distracción contra un sector del perímetro defensivo, mientras preparaba en secreto lanzarse sobre otro punto.

A diferencia de los australianos, que habían resistido empecinadamente en Tobruk un año antes, la 2.ª División Sudafricana, a las órdenes del general Hendrik Klopper, carecía de experiencia. En cualquier caso, el almirante Cunningham sabía perfectamente que no disponía de barcos para abastecer Tobruk de pertrechos y provisiones durante otro asedio. La guarnición de treinta y tres mil soldados contaba también con otras dos brigadas de infantería y una brigada acorazada, cuyos obsoletos tanques ponían de manifiesto sus limitaciones.

El 20 de junio, al amanecer, Kesselring lanzó contra la ciudad todas las escuadrillas de cazas Stuka y de bombarderos disponibles en el Mediterráneo, apoyadas por escuadrones de las fuerzas aéreas italianas, la Regia Aeronáutica. A la acción se sumó la artillería terrestre, con sus intensos bombardeos, mientras unos batallones de zapadores alemanes abrían un camino a través de los campos de minas. La 11.ª Brigada India quedó conmocionada por aquel ataque sin precedente, y a las 08:30 horas los primeros carros de combate alemanes abrían una brecha en el perímetro defensivo exterior. En solo un día, mientras se elevaban hacia el cielo grandes columnas de humo de la ciudad en llamas, los alemanes avanzaron hasta alcanzar el puerto, dividiendo en dos la línea defensiva de veinte kilómetros de longitud de la fortaleza. Fue una victoria sumamente rápida que provocó

gran desconcierto entre los Aliados.

El general Klopper se rindió a la mañana siguiente, antes de que pudieran destruirse las instalaciones portuarias y muchos de los almacenes de provisiones. Cuatro mil toneladas de combustible cayeron en manos de Rommel, el mejor regalo que habría podido imaginar el mariscal. Sus hambrientos soldados, con los uniformes prácticamente hechos jirones, contemplaban eufóricos el botín. «Tenemos chocolate, latas de leche, hortalizas en conserva y cajas de galletas», escribía un *Unteroffizier* en una carta dirigida a los suyos. «Tenemos muchísimos vehículos y grandes cantidades de armamento de los británicos. ¡Qué sensación da ponerse camisas y calcetines ingleses!». Los soldados italianos no pudieron disfrutar de todos aquellos dividendos. El mismo *Unteroffizier* reconocía que «ellos lo tienen peor, con menos agua y menos comida, una paga inferior y sin nuestro equipamiento».[7]

Mussolini intentó que la captura de Tobruk fuera considerada una victoria italiana, de modo que para aclarar las cosas, Hitler ascendió a Rommel, a sus cuarenta y nueve años, al rango de *Generalfeldmarschall*. Este ascenso provocó celos y resentimiento entre los altos oficiales de la Wehrmacht, hecho que sin duda llenó de satisfacción al Führer. La victoria, que coincidía con el primer aniversario de la Operación Barbarroja, llenó a

Hitler de júbilo, pues estaba convencido de que el Imperio Británico ya había comenzado un proceso de desintegración, como él mismo había afirmado. Y en una semana se pondría en marcha la Operación Azul en el sur de Rusia para conquistar el Cáucaso. El Tercer Reich, una vez más, parecía invencible.

Aquel día de junio, Churchill se encontraba en la Casa Blanca con Roosevelt cuando llegó un ayudante que le pasó una hoja de papel al presidente. FDR leyó su contenido y a continuación mostró el escrito al primer ministro. Churchill no podía dar crédito a sus ojos, y una sensación de náusea lo embargó. Inmediatamente, pidió al general Ismay que hablara con Londres para averiguar si era verdad que Tobruk había caído. A su regreso, Ismay le confirmó que la noticia era cierta. La humillación, en un momento como aquel, no habría podido ser mayor. Churchill escribiría más tarde: «La derrota es una cosa, la desgracia otra bien distinta».[8]

Roosevelt, en una demostración de sus instintos más generosos, preguntó inmediatamente qué podía hacer para ayudar. Churchill solicitó todos los nuevos tanques Sherman de los que pudieran desprenderse los Estados Unidos. Cuatro días después, los jefes de estado mayor

americanos acordaron el envío de trescientos Sherman y de un centenar de cañones autopropulsados de 150 mm. Fue un acto de verdadera magnanimidad, sobre todo si tenemos en cuenta que esos carros de combate estaban destinados a unas formaciones del ejército norteamericano que habían esperado durante mucho tiempo poder cambiar sus obsoletos vehículos blindados.

Profundamente deprimido y conmocionado, Churchill tuvo que enfrentarse a su regreso a una moción de censura en la Cámara de los Comunes. Culpó de casi todas las desgracias a Auchinleck. Y no fue justo, pues el gran error de Auk había sido nombrar a Ritchie. La evidente falta de comandantes competentes y decididos entre las altas jerarquías militares de Gran Bretaña tuvo claramente una influencia terrible en la actuación del ejército del país. Brooke atribuía este problema al hecho de que los mejores oficiales jóvenes británicos habían perecido en el curso de la Primera Guerra Mundial.

Otro hándicap igualmente grave era el desastroso y caduco sistema de aprovisionamiento de armas. A diferencia de la RAF, que había recurrido a los diseñadores e ingenieros de mayor talento en una época en la que la aviación experimentaba un gran florecimiento y levantaba pasiones, el ejército se resignaba a aceptar armas ya obsoletas que seguía produciendo en masa, en vez de volver a las mesas de dibujo. Era una especie de círculo vicioso,

que había empezado con la pérdida de gran parte de su equipamiento en Dunkerque y la necesidad de reemplazar rápidamente el armamento, y al que no se había puesto fin.

Algunos de los nuevos cañones antitanque de seis libras habían sido utilizados con eficacia en los combates de Gazala, pero enviar tanques mal diseñados con cañones de dos libras contra los Panzer IV, y especialmente contra los cañones de 88 mm, era como enviar cazas biplanos Gloster Gladiator contra los flamantes Messerschmitt 109 alemanes. No podemos más que admirar el coraje de las tripulaciones que entraban en acción sabiendo perfectamente que manejaban unos vehículos prácticamente ineficaces, excepto cuando atacaban a la infantería. Los británicos no fabricarían un tanque verdaderamente potente en el combate, el Comet, hasta poco antes de que finalizara la guerra.

El único consuelo que tenía Churchill tras su viaje a los Estados Unidos era haber conseguido convencer a Roosevelt de que accediera a invadir el norte de África francés. El general Marshall y los demás jefes de estado mayor americanos se habían opuesto tenazmente a emprender la Operación «Gymnast», bautizada posteriormente como Operación Torch. Los temores de Marshall de que Churchill pudiera acceder a Roosevelt cuando no estuvieran presentes los consejeros militares del presidente estaban perfectamente justificados.

Sospechaba, con razón, que Gran Bretaña quería preservar su posición en Oriente Medio. Pero lo que preocupaba a Churchill era que si Inglaterra perdía Egipto, y los alemanes conseguían que sus tropas invasoras en el Cáucaso se unieran a las que avanzaban a las órdenes de Rommel, no solo podía perderse el canal de Suez, sino también los yacimientos petrolíferos de la región. Además, semejante mapa de la situación podría impulsar a los japoneses a extender sus operaciones al oeste del océano índico.

Churchill tenía otra razón que coincidía con el pensamiento de Roosevelt. Como que en aquellos momentos era inviable comenzar una invasión en el norte de Francia debido a la falta de superioridad aérea y a la escasez de naves de transporte y de lanchas de desembarco, no había otra región en la que los estadounidenses pudieran desplegar a sus tropas para enfrentarse a los alemanes. Y el primer ministro sabía que el almirante King, al igual que la opinión pública americana, deseaba dejar de lado la estrategia de «Alemania primero» para concentrarse en la guerra en el Pacífico. Incluso Brooke tenía muchas dudas en lo tocante a los desembarcos en el norte de África, pero Churchill acabaría teniendo razón, aunque por motivos muy distintos a los que había esgrimido. El ejército de los Estados Unidos necesitaba adquirir experiencia de combate antes de poder enfrentarse a la Wehrmacht en grandes

batallas en Europa continental. Y los aliados tenían que conocer los peligros derivados de una operación anfibia antes de intentar una invasión al otro lado del Canal de la Mancha.

Kesselring insistía en conquistar primero Malta, pero Rommel se mostraba inflexible. Debía contar con el apoyo de la Luftwaffe para poder destruir el VIII Ejército antes de que este tuviera la oportunidad de reorganizarse. Hitler apoyaba a Rommel, aduciendo que la conquista de Egipto convertiría Malta en una isla irrelevante. Pero los dos ignoraron el hecho de que, mientras la Luftwaffe utilizaba sus aviones para dar cobertura a las tropas de Rommel en los combates de Gazala, Malta había sido reforzada. Una vez más, corrían peligro las líneas de abastecimiento a lo largo y ancho del Mediterráneo, y la captura de Tobruk, con su puerto, no había resuelto el gran problema logístico de la guerra del desierto como Rommel había esperado. En lo que se denominaba el efecto «goma elástica» de esas campañas, las líneas de abastecimiento sumamente extendidas resultaban desastrosas, pues repercutían en detrimento de los atacantes, impidiendo su avance.

Antes incluso de la caída de Tobruk, Rommel ya había ordenado el avance por la carretera de la costa hacia Egipto

de la 90.ª División Ligera. Y el 23 de junio también fueron enviadas las dos divisiones panzer contra el VIII Ejército. Mientras tanto, Auchinleck destituyó a Ritchie y asumió personalmente el mando. Sagazmente, anuló la orden de detenerse en Mersa Matruh, mandando que todas las formaciones se retiraran lo antes posible a El Alamein, una pequeña localidad, con estación ferroviaria, situada cerca de la costa. Entre El Alamein y la Depresión de Qattara al sur, con sus marismas y sus arenas movedizas, pretendía establecer su línea defensiva, pues sabía con certeza que Rommel no lo tendría tan fácil como en Gazala para rebasarla.

La moral del VIII Ejército no podía ser peor. A pesar de la decisión de Auchinleck de retirarse a El Alamein, la orden anterior de Ritchie había dejado a los hombres de la 10.ª División India defendiendo Mersa Matruh. La formación se vio sorprendida por el veloz avance de las unidades enemigas, que rodearon la ciudad, dejando cortada la carretera de la costa. Parte del X Cuerpo logró abrirse paso, pero a costa de perder más de siete mil de sus hombres, que cayeron prisioneros. Más al sur, la División de Nueva Zelanda consiguió cruzar las líneas de la 21.ª División Panzer llevando a cabo un cruel ataque nocturno en el que se mató a heridos, personal sanitario y combatientes indistintamente, acción que los alemanes calificaron de verdadero crimen de guerra.

Rommel seguía estando convencido de que tenía atrapado al VIII Ejército, y podía emprender el avance hacia Oriente Medio. Mussolini estaba tan seguro del éxito de la operación, que se dirigió a la ciudad portuaria de Derna, llevando consigo un espléndido caballo gris que estaba dispuesto a montar durante el desfile de la victoria en la capital egipcia. En El Cairo reinaba el caos y la confusión en todas las oficinas del cuartel general de Oriente Medio y en todos los despachos de la embajada británica, para diversión o para consternación de la inmensa mayoría de los egipcios. A las puertas de los bancos comenzaron a formarse largas colas. El 1 de julio, de los jardines de los edificios oficiales empezaron a elevarse hacia el cielo columnas de humo. Unas nubes densas que salían de las hogueras en las que se quemaban los documentos, y que provocaron una nevada de papeles secretos medio chamuscados por toda la ciudad. Los vendedores callejeros los recogían para hacer cucuruchos para sus cacahuetes, y aquel día pasó a llamarse «miércoles de ceniza». Los miembros de la comunidad europea empezaron a abandonar la ciudad en sus automóviles, con los colchones atados en lo alto del vehículo, dando lugar a escenas que recordaban lo ocurrido en París dos años atrás.

La «espantada», como la llamaron, había comenzado en Alejandría, cuando el vicealmirante sir Henry Harwood, que acababa de sustituir a Cunningham, ordenó el traslado

de la flota británica a otros puertos del Levante. Corrieron rumores de que los alemanes llegarían en menos de veinticuatro horas y que en cualquier momento podía producirse una invasión por tropas aerotransportadas. Los dueños de las tiendas egipcias enseguida prepararon retratos de Hitler y de Mussolini para colgarlos en sus establecimientos. Otros fueron aún más allá. Los oficiales nacionalistas, que creían que la llegada de los alemanes supondría su independencia de los británicos, comenzaron a prepararse para una sublevación. Uno de dichos oficiales llamado Anwar Sadat, más tarde presidente del país, compró todas las botellas vacías que pudo encontrar —unas diez mil— para preparar cócteles Molotov.

Para los miembros de la comunidad judía, la perspectiva era aterradora, y aunque las autoridades británicas les dieron prioridad en los trenes que iban a Palestina, la administración palestina les negó los visados. El miedo de los judíos no era en absoluto injustificado. En Atenas, un *Einsatzkommando* de la SS estaba a la espera de comenzar su misión en Egipto, y más tarde en Palestina si seguía la racha de victorias de Rommel.[9]

Las deserciones en el ejército británico del Nilo, como lo llamaba Churchill, aumentaron espectacularmente, reduciendo el número de efectivos presentes en la ciudad y en la zona del Delta a unos veinticinco mil. Los oficiales británicos sentían esa necesidad, propia de los momentos

difíciles, de bromear ante el inminente desastre. Como siempre se habían quejado por la lentitud del servicio en el hotel Shepheard, decían ocurrencias como: «Espera a que Rommel llegue al Shepheard. Eso sí que lo detendrá». Incluso corrió el rumor de que Rommel ya había llamado a ese establecimiento para reservar una habitación. Ni que decir tiene que la radio alemana se dedicó, por su parte, a difundir un mensaje destinado a las mujeres de Alejandría: «¡Sacad vuestros vestidos de fiesta! ¡Estamos de camino!» Pero el triunfalismo de las fuerzas del Eje era prematuro.

Aunque los alemanes habían interceptado mensajes británicos relativos a tácticas, Auchinleck conocía perfectamente los planes de Rommel gracias a la información proporcionada por Ultra. A primera hora del i de julio, el Afrika Korps, junto con las dos divisiones panzer, comenzó un ataque de distracción al sur de la línea Alamein. El verdadero objetivo de Rommel estaba más al norte, pero en su impaciencia por dar alcance al VIII Ejército, el mariscal alemán había decidido prescindir de cualquier misión de reconocimiento. Fue un gran error, al que además se sumó una tormenta de arena. La 90.ª División Ligera intentó un ataque contra la fortificación de El Alamein, pero se vio sorprendida por el fuego incesante de la artillería. Poco después, la 21.ª División Panzer avanzó hacia una de las fortificaciones centrales, defendida por la 18.ª Brigada India. Logró hacerse con ella, pero tras

perder una tercera parte de sus tanques, muchos de ellos por la acción de los cazabombarderos de la RAF.

La Fuerza Aérea del Desierto de Coningham siguió realizando constantemente ataques. Sus pilotos mantuvieron un ritmo de salidas incluso mayor que durante la batalla de Inglaterra. Con tripulaciones de diversas procedencias, esta fuerza aérea contaba también con los hombres del Groupe de Chasse Alsace de la Francia Libre, armados con una combinación de aviones.[10] Coningham necesitaba desesperadamente aparatos Spitfire para enfrentarse a los cazas Messerschmitt del enemigo, pero el Ministerio del Aire en Londres era reacio a desprenderse de ellos porque los consideraba imprescindibles para la defensa del territorio nacional. La Fuerza Aérea del Desierto tenía en aquellos momentos la ayuda de un grupo de bombarderos pesados americanos B-24 Liberator, que se dedicaba a atacar buques del Eje y los puertos de Bengasi, Tobruk y Mersa Matruh. La Fuerza Aérea de Oriente Medio del ejército de los Estados Unidos comenzaba a concentrarse, a las órdenes del general de división Lewis H. Brereton, formando grupos de cazas y de bombardeo. Por primera vez, fuerzas americanas y británicas empezaban a actuar codo con codo.

Los alemanes empezaron a ver cómo iban ennegreciéndose sus expectativas de obtener una victoria fácil. Auchinleck contraatacaba con grupos de gran

movilidad y concentraba su artillería con óptimos resultados. Y la División de Nueva Zelanda había vuelto a superarse, tras aprovechar una magnífica oportunidad para lanzar un ataque sorpresa contra la División Ariete, obligándola a emprender una retirada desordenada. La noche del 3 de julio Rommel ordenó que la Panzerarmee Afrika se preparara para una operación defensiva. La formación tenía menos de cincuenta tanques en condiciones para el combate. Apenas le quedaban municiones y combustible, y sus hombres estaban exhaustos. Simplemente no podía afrontar una batalla de constantes y duros bombardeos.

Las rocas, los pedregales y la arena de la línea Alamein también constituían un terreno inhóspito para los hombres del VIII Ejército, martirizados por las nubes de moscas agresivas que los rodeaban y por las tormentas de arena desatadas por fuertes vientos, así como por el enervante calor del desierto. Los tanques se convertían literalmente en verdaderos hornos bajo aquel sol abrasador. Por la noche, los soldados se envolvían el cuerpo con una tela aislante para protegerse de los escorpiones. Padecían disentería, propagada por las moscas, y fagedenas tropicales, que también atraían a esos voraces insectos. Y cuando intentaban ingerir el picadillo de carne enlatada o las galletas que molían para preparar unas gachas con la consistencia del yeso, era difícil que no tragaran unas

cuantas pocas en el proceso. Su único consuelo era tomar un té, aunque el agua utilizada para prepararlo tuviera un sabor realmente vomitivo. No es de sorprender que los soldados solieran recordar las comidas y las comodidades de su casa. Un fusilero comentaría con sus camaradas que «en cuanto llegara a casa, iba a pasar el tiempo tomando helados de chocolate, sentado en la taza del váter, y disfrutando del lujo de tirar de una cadena».[11]

El VIII Ejército también estaba demasiado exhausto para aprovechar la oportunidad de contraatacar. Prefería concentrarse en reforzar su posición a lo largo de la línea defensiva, con una brigada australiana que, con sus efectivos más frescos, había sido enviada a la cresta Ruweisat, en el norte de la línea. Rommel volvió a atacar el 10 de julio. Pero al norte, la 9.ª División Australiana, con el apoyo de una brigada acorazada, se lanzó contra los italianos cerca de El Alamein, obligándolos a huir en estampida. Esta acción tuvo su recompensa: la captura de la unidad de intercepción de señales del mismísimo Rommel, un revés que dejaría al mariscal completamente desinformado de los movimientos enemigos en un momento en el que los alemanes ya no podían descifrar el sistema de codificación americano. El agregado militar de los Estados Unidos, Bonner Fellers, que, sin saberlo, se había convertido en la principal fuente de información secreta para los alemanes, había dejado su cargo a finales

de junio.

Durante buena parte de julio, los dos bandos lanzaron ataques y contraataques, en lo que podría definirse como una versión militar del juego de piedra, papel o tijeras. Rommel estaba furibundo por la actuación de la mayoría de las formaciones italianas, lo que daba lugar a duras discusiones entre los aliados del Eje. Se vio obligado incluso a dividir algunas de sus unidades para introducir «ballenas de corsé» en algunas divisiones italianas con el fin de darles mayor solidez y rigidez en la batalla. Y sus airadas protestas por la falta de suministros resultaron, una vez más, inútiles, pues la RAF y la Marina Real británica volvían a infligir importantes pérdidas en los convoyes y las instalaciones portuarias de las fuerzas del Eje. Su esperanza de que la captura de Tobruk y Mersa Matruh pusiera definitivamente fin a sus problemas se esfumaría cruel y repentinamente. La noche del 26 de julio, una unidad del Servicio Especial Aéreo (SAS por sus siglas en inglés), desplazándose en sus jeeps, atacó un aeródromo próximo a Fuka, destruyendo treinta y siete aviones, la mayoría de ellos Junker 52 de transporte. Este acto elevaría a ochenta y seis el número de aviones destruidos por dicha formación a lo largo de ese mes.

Hay que saber valorar los logros de Auchinleck. Este comandante británico consiguió, como mínimo, salvar del desastre a un VIII Ejército sumamente debilitado y

exhausto, y estabilizó la línea defensiva sin dejar de infligir graves pérdidas a las fuerzas enemigas. Churchill contemplaba las cosas bajo un prisma muy distinto. Solo veía las oportunidades perdidas, negándose a reconocer el agotamiento de las tropas y la escandalosa inferioridad de los vehículos blindados británicos.

El primer ministro, acompañado del general sir Alan Brooke, llegó a El Cairo el 3 de agosto, haciendo un alto en su viaje a Moscú para informar a Stalin de que se aplazaba lo del segundo frente. Los británicos pensaban que habían conseguido eludir dar una respuesta a los americanos en lo concerniente a la puesta en marcha de la Operación Almádena, un ataque a través del Canal de la Mancha para invadir la península de Cotentin, al que los aliados se habían comprometido con Molotov sin calcular realmente los peligros. Pero en la segunda semana de julio, hubo señales de rebelión entre los jefes de estado mayor americanos y el secretario de guerra, Henry L. Stimson. Convencidos de que los británicos se oponían en secreto a cualquier invasión del norte de Francia, abogaron por abandonar la política de «Alemania primero» para concentrarse en la guerra del Pacífico.

El 14 de julio, Roosevelt, invocando su cargo de

comandante en jefe, se adelantó a ellos y los sorprendió. Enviar tropas para ocupar islas desconocidas del Pacífico era precisamente lo que los alemanes esperaban que hicieran, escribió a Marshall, y «no tendrá efecto alguno en la situación mundial ni este año ni el siguiente».[12] Y, además, era evidente que no ayudaría a Rusia ni a Oriente Medio. Hoy todavía seguimos sin saber si todo esto fue una invención por parte de Marshall para forzar a los británicos a comprometerse con el plan de emprender una invasión al otro lado del Canal de la Mancha. Pero lo cierto es que Marshall y el almirante King volvieron a la carga aquel mismo mes, unos días más tarde, cuando visitaron a Churchill en Chequers e intentaron hablar de nuevo de Almádena. Los británicos siguieron mostrándose inflexibles: semejante operación resultaría un verdadero desastre y no serviría para ayudar al Ejército Rojo.

En privado, Harry Hopkins, que se encontraba también en Londres, apoyaba a los británicos, pues sabía perfectamente que Roosevelt quería ver tropas americanas en acción en el norte de África. Marshall, viéndose al final obligado a adoptar la mejor decisión posible en lo que consideraba una equivocación, envió a Londres a uno de sus mejores jefes de estado mayor, el general de división Dwight D. Eisenhower, para comenzar a planificar los desembarcos en el norte de África, con la idea de asumir todo el mando.

Antes de reanudar su viaje a la Unión Soviética, Churchill quería resolver de una vez por todas los problemas estructurales de mando en Oriente Medio. Auchinleck le dijo que no era conveniente lanzar otro ataque antes de mediados de septiembre, por lo que el primer ministro decidió sustituirlo por el general sir Harold Alexander. También eligió al teniente general «Strafer» Gott, comandante en jefe del XIII Cuerpo, para asumir el mando del VIII Ejército. Aunque había sido uno de los mejores comandantes del desierto, Gott estaba agotado y desmoralizado por aquel entonces. Brooke prefería para ese puesto al teniente general Bernard Montgomery, pero Churchill se mostraba inflexible. La situación se resolvió con la muerte de Gott, cuando su avión fue derribado por un caza Messerschmitt. Y Montgomery acabó asumiendo el mando.

Montgomery se jactaba de ser distinto del alto oficial típico del ejército británico. Y este enjuto y fuerte general de baja estatura y de nariz aguileña difícilmente habría podido contrastar más con el modesto, aristocrático e impecable Alexander. Monty también se vestía de manera característica, pues prefería los pullovers sin forma y los pantalones de pana, a los que más tarde añadió una boina negra del Regimiento Real de Tanques que se convertiría en su signo distintivo. No obstante, era un militar conservador que creía en la elaboración minuciosa de

informes por parte del estado mayor y en el despliegue de divisiones, no en los grupos de combate informales que habían ido desarrollándose en la campaña del desierto. A pesar de tener una voz bastante aguda y pronunciar mal la «erre», no sentía el menor empacho en actuar siempre de cara a la galería, ya fuera en sus alocuciones a los soldados o en sus declaraciones a los periodistas. No bebía alcohol ni fumaba, era egocéntrico, ambicioso e implacable, y su autosuficiencia rayaba a veces en la vanidad. Pero esa fe en sí mismo, que era capaz de aplicar en todo lo que se proponía, era fundamental para su misión: convertir el maltrecho VIII Ejército en una formación segura de su victoria. Los comandantes debían «tener la sartén por el mango», y había que acabar con los «dolores de tripa» y con los cuestionamientos de las órdenes.

La situación que Montgomery heredó en agosto de 1942 no era ni mucho menos tan catastrófica como la pintaría él mismo más tarde. Las divisiones alemanas e italianas a las órdenes de Rommel habían sufrido muchísimo durante los combates del mes de julio. Pero no es de extrañar que Montgomery quedara estupefacto al comprobar la actitud derrotista de muchos altos oficiales del estado mayor, aunque se equivocó deduciendo que Auchinleck compartía la opinión de esos militares. El fallo de Auchinleck fue no saber darse cuenta de ese estado de ánimo que reinaba entre los «puercos con gabardina»,

como llamaban los oficiales del frente a los que residían en el cuartel general de Oriente Medio de la ciudad de El Cairo. Montgomery anunció a los hombres del VIII Ejército que había ordenado quemar todos los planes previstos para la retirada. Y con una dosis considerable de efectismo teatral, consiguió levantarles la moral e insuflarles mayor confianza en sí mismos, visitándolos con frecuencia y poniendo en marcha programas de entrenamiento. Aquella impresión de que estaba produciéndose un cambio espectacular funcionó a las mil maravillas, aunque Montgomery se atribuyera una serie de innovaciones que, en realidad, habían comenzado bajo el mandato de Auchinleck.

Montgomery no tenía la más mínima intención de lanzar una ofensiva prematura, por mucho que esa misma precaución hubiera sido la razón principal de la destitución de Auchinleck. Pero fue mucho más inteligente que su antecesor en la manera de enfrentarse al primer ministro. De hecho, su plan preveía lanzar el ataque en una fecha posterior a la prevista por Auchinleck a mediados de septiembre. Estaba firmemente decidido a reorganizar su ejército hasta que alcanzara un poderío tan abrumador que la victoria estuviera prácticamente garantizada. En este sentido, es indudable que su actuación fue la correcta, pues Gran Bretaña no podía asumir un nuevo y estrepitoso fracaso.

Rommel había recibido los refuerzos de la 164.ª División y de una brigada de paracaidistas, pero era consciente de que en aquellos momentos su posición era peor que precaria. Sus hombres estaban demasiado débiles para seguir soportando una batalla de desgaste contra las fuerzas aliadas de la línea Alamein. Así pues, prefería retirarse para obligar a los británicos a salir de sus posiciones, y forzarlos a enzarzarse en una batalla de movimientos en la que sus tropas acorazadas jugarían con ventaja. Seguía teniendo escasez de vehículos motorizados y de combustible, pues la RAF y la Marina Real hundían, uno tras otro, los buques que transportaban los pertrechos y suministros. Víctima del estrés y de la frustración, criticaba con rabia, y utilizando términos duros y contundentes, la actuación de las tropas italianas, aunque algunas de estas formaciones, especialmente la División Folgore, combatieran con arrojo.

En la segunda quincena de agosto, los papeles se invirtieron cuando Mussolini y Kesselring comenzaron a apremiar a Rommel para que lanzara su ofensiva lo antes posible, mientras este último se mostraba reacio y pesimista. El 30 de agosto, percibiendo que estaba condenado tanto si lo hacía como si no, Rommel decidió dar un gancho de derecha contra el sector sur de la línea defensiva del VIII Ejército, para, con un movimiento envolvente, atacar por la cordillera de Alam Halfa. Sabía

que el principal peligro que corría era quedarse sin combustible, pero Kesselring le había asegurado que las cisternas ya se encontraban en el puerto, y que inmediatamente se procedería al envío de los suministros.

Montgomery, que conocía los planes de Rommel gracias a los mensajes interceptados y descifrados por Ultra, dispuso que sus formaciones acorazadas se prepararan para repeler el ataque, más o menos en la misma posición que había calculado Auchinleck. Rommel disponía de poquísima información de las misiones de reconocimiento y de los servicios de inteligencia. Su estado mayor había subestimado la extensión de los campos de minas que había que atravesar en el sur, y tampoco supo valorar las consecuencias de las acciones de la Fuerza Aérea del Desierto en la batalla que estaba por venir. Cuando sus dos divisiones panzer se vieron obligadas a cruzar por los campos de minas, los escuadrones de bombarderos y cazabombarderos de Coningham empezaron a atacarlas implacablemente por la noche con la ayuda de bengalas. Los carros de combate alemanes, formando largas y apretadas filas a lo largo de estrechos corredores, se convirtieron en objetivos relativamente fáciles de alcanzar. El Afrika Korps y la División Acorazada Littorio no consiguieron pasar hasta la mañana siguiente, siendo entonces cuando pudo acelerarse el avance hacia el norte, en dirección a la cordillera de Alam Halfa. Se animó a

Rommel a seguir adelante, y Kesselring envió sus aviones Stuka a atacar las posiciones defensivas que aguardaban la llegada de los alemanes. Pero estos aparatos, lentos y vulnerables, fueron arrollados por las escuadrillas de la Fuerza Aérea del Desierto.

La cordillera estaba bien defendida, lo que obligó a detenerse a las divisiones panzer. Rommel esperaba que el i de septiembre se produjera un contraataque masivo, pero Montgomery, que no quería poner en peligro a sus formaciones acorazadas en nuevas cargas de caballería, ordenó que casi todas permanecieran en sus posiciones, ocultas, pero sin perder de vista lo que ocurría a su alrededor. Solo se lanzó una contraofensiva. Fue entonces cuando Rommel recibió la peor noticia posible. Las cisternas que esperaba, y con las que contaba, habían sido atacadas con unas consecuencias desastrosas. Una vez más, las interceptaciones de Ultra habían permitido a los británicos localizarlas.

La posición de Rommel no era nada envidiable: sus divisiones panzer se encontraban aisladas en campo abierto, entre la línea Alamein por el oeste, y las fuerzas blindadas británicas por el este y por el sur, siendo además constantemente atacadas por la Fuerza Aérea del Desierto. El 5 de septiembre, Rommel ordenó la retirada. Aparte de un absurdo contraataque lanzado por el XXX Cuerpo en el sur, Montgomery no supo aprovechar la oportunidad que se

le ofreció de dar un duro revés al enemigo. Pero el hecho de repeler la embestida del Afrika Korps, junto con los daños infligidos al Eje por la Fuerza Aérea del Desierto, supusieron un importante acicate para levantar la moral del VIII Ejército.

Rommel había podido rescatar al grueso de sus fuerzas, pero sabía perfectamente que la marcha de la guerra en el norte de África había cambiado irremediablemente en su contra, aunque aún ignorara una amenaza que se cernía sobre su retaguardia, esto es, el plan que ya estaba preparando Eisenhower.

22

OPERACIÓN AZUL: SE RELANZA BARBARROJA (mayo-agosto de 1942)

Cuando las nieves empezaron a fundirse en la primavera de 1942, salieron a la luz los horrores ocultos de los combates del invierno. Los prisioneros soviéticos tuvieron que ponerse a trabajar enterrando los cadáveres de sus camaradas muertos durante la ofensiva de invierno. «Ahora que hace bastante calor durante el día», decía un soldado alemán en una carta a su familia escrita en un papel encontrado en el bolsillo de un comisario muerto, «los cadáveres empiezan a oler mal, de modo que ya es hora de enterrarlos».[1] Un soldado de la 88.ª División de Infantería escribía que, en una aldea tomada recientemente, al producirse el deshielo, «aparecieron debajo de la nieve alrededor de ochenta soldados alemanes de un batallón de reconocimiento con las extremidades amputadas y los cráneos aplastados. La mayor parte de ellos habían sido además quemados».[2]

Pero una vez que los abedules recuperaron su follaje y

el sol empezó a secar las tierras encharcadas, la moral de los oficiales alemanes experimentó una recuperación extraordinaria. Era como si el terrible invierno hubiera sido solo un mal sueño y ahora volviera a empezar para ellos la racha de las victorias. Las divisiones panzer habían sido pertrechadas de nuevo, los refuerzos habían sido absorbidos en las distintas unidades, y los depósitos de municiones preparados para la ofensiva de verano. El Regimiento de Infantería *Grossdeutschland* que había quedado reducido a la mínima expresión durante el desastre del invierno había sido ampliado y convertido en una división motorizada, provisto de dos batallones blindados y cañones de asalto. Las divisiones Waffen-SS fueron mejoradas y ascendidas a formaciones panzer, pero muchas otras divisiones corrientes no recibieron más que reemplazos.[3] Las tensiones entre la SS y el ejército aumentaron. El oficial al mando de un batallón de la 294.ª División de Infantería hablaba en su diario de «la gran alarma que sentimos todos por el poder y la importancia de la SS... En Alemania ya se dice que en cuanto el ejército vuelva a casa con la victoria, la SS lo desarmará en la frontera».[4]

A muchos soldados a los que había sido concedida la medalla de la campaña de invierno no les daba ni frío ni calor recibirla. La llamaban la «Orden de la Carne Congelada». A finales de enero, habían llegado nuevas

órdenes para los hombres que habían recibido permiso para ir a visitar a su familia. «Está usted bajo jurisdicción militar», se les recordaba, «y todavía está usted sujeto a eventuales castigos. No hable de armas ni de tácticas ni de las bajas sufridas. No hable de raciones de mala calidad ni de injusticias. El servicio de inteligencia del enemigo está dispuesto a aprovechar cualquier cosa que diga».[5]

El cinismo de las tropas se intensificó tras la llegada —cuando ya era demasiado tarde— de ropa de invierno de paisano, equipos de esquí y abrigos de pieles femeninos, donados a raíz del llamamiento hecho por Goebbels con el fin de proporcionar prendas de abrigo para los soldados del Frente Oriental. El olor de las bolas de naftalina y las imágenes de las casas de las que provenían no hicieron sino ahondar en los soldados la sensación de que habían sido abandonados en un planeta distinto del suyo, un planeta en el que reinaban la suciedad y los piojos. La simple vastedad de la Unión Soviética resultaba inquietante y deprimente. El capitán de la 294.ª División mencionado anteriormente hablaba de «infinitos campos sin cultivar y sin bosques, solo unos cuantos árboles aquí y allá. Unas pocas personas, sucias, cubiertas de harapos, estaban junto a las vías del ferrocarril con rostro indiferente».[6]

Stalin seguía esperando que la Wehrmacht lanzara otro ataque contra Moscú, pero Hitler tenía unos planes muy distintos. Consciente de que la supervivencia de Alemania

en la guerra dependía del abastecimiento de comida y especialmente de combustible, pretendía consolidar su dominio sobre Ucrania y apoderarse de los campos petrolíferos del Cáucaso. Sería Stalin el primero que tropezara en esta danza macabra militar, y Hitler el que acabara dando unos pasos que iban más allá de sus posibilidades con consecuencias catastróficas. Por el momento, sin embargo, todo parecía ir a pedir de boca para el Führer.

El 7 de mayo, el XI Ejército de Manstein contraatacó en Crimea a las fuerzas soviéticas que intentaban salir de la península de Kerch. Haciendo avanzar sus panzer por el flanco, las rodeó. Muchos soldados combatieron valerosamente y fueron enterrados en sus trincheras por los tanques alemanes, que daban vueltas y giraban a su alrededor para que la tierra los cubriera. El desastre que se desencadenó durante los diez días siguientes —obra casi en su totalidad del comisario del pueblo favorito de Stalin, Lev Mekhlis— dio lugar a la pérdida de ciento setenta y seis mil hombres, cuatrocientos aviones, trescientos cuarenta y siete tanques y cuatro mil cañones. Mekhlis intentó echar la culpa a los soldados, especialmente a los azeríes, pero las terribles pérdidas sufridas sembraron un odio profundísimo en el Cáucaso. Mekhlis fue destituido, pero Stalin no tardó en encontrarle otro destino.[7]

Según las versiones alemanas, los soldados

originarios de Asia central eran los que más probabilidades tenían de desertar. «Han recibido una instrucción precipitada y deficiente, y los han mandado a primera línea del frente. Dicen que los rusos van detrás de ellos obligándolos a avanzar. Cruzaron el río durante la noche. Caminaban con el barro y el agua llegándoles hasta las rodillas y nos miraban con ojos brillantes. Solo podían sentirse libres en nuestras cárceles. Los rusos toman cada vez más medidas para evitar las deserciones y los abandonos del campo de batalla. Ahora tienen las llamadas compañías de guardia, que solo tienen una misión: impedir que sus unidades se replieguen. Por mala que sea una cosa así, todas las conclusiones acerca de la desmoralización del Ejército Rojo son ciertas».[8]

No tardaría en producirse un desastre más grande que el de Kerch. El mariscal Timoshenko, apoyado por Nikita Khrushchev, había propuesto en marzo que el ejército del Frente del Sudoeste y el ejército del Frente del Sur hicieran fracasar cualquier ofensiva contra Moscú que pudiera llevarse a cabo lanzando un ataque en forma de pinza contra Kharkov. Se suponía que aquella maniobra habría coincidido con la acometida lanzada desde la península de Kerch para prestar ayuda a la guarnición acorralada de Sebastopol.

La Stavka no tenía prácticamente ni idea de la fortaleza de los alemanes, habiendo dado por supuesto que

sus propias fuerzas seguían enfrentándose a las maltrechas unidades del invierno. La inteligencia militar soviética no había sido capaz de detectar el enorme incremento de fuerzas experimentado por el Grupo de Ejércitos Sur, aunque muchas de las tropas trasladadas a él estaban compuestas por formaciones rumanas, húngaras e italianas, todas deficientemente armadas y pertrechadas. El relanzamiento de la Operación Barbarroja ordenado por Hitler recibiría el nombre de *Fall Blau* (Operación Azul). Los alemanes estaban al tanto de los preparativos de ofensiva de Timoshenko, aunque esta se produjera antes de lo que esperaban. Ellos, por su parte, planeaban llevar a cabo un ataque al sur de Kharkov para aislar el saliente de Barvenkovo, que el Ejército Rojo había logrado meter durante la ofensiva de enero. Este plan recibió el nombre de Operación Fridericus y constituyó la fase preparatoria de la Operación Azul.

El 12 de mayo, cinco días después del ataque fallido lanzado desde la península de Kerch, dio comienzo la ofensiva de Timoshenko. La pinza sur de su ataque logró abrirse paso a través de una división de seguridad débil y solo el primer día logró avanzar quince kilómetros. Los soldados soviéticos quedaron atónitos ante las pruebas de opulencia de los alemanes que encontraron en las posiciones capturadas, con lujos tales como chocolate, latas de sardinas y de carne, pan blanco, coñac y cigarrillos.

Pero las bajas que sufrieron fueron muy numerosas. «Fue terrible», escribió Yuri Vladimirov, integrante de una batería antiaérea, «pasar ante los hombres gravemente heridos que morían desangrados y que pedían socorro, unos a gritos y otros en silencio, sin que nosotros pudiéramos hacer nada».[9]

El sector norte de la ofensiva estaba mal coordinado y fue blanco de ataques constantes de la Luftwaffe. «Avanzamos desde Volchansk hacia Kharkov y pudimos divisar las chimeneas de la famosa fábrica de tractores», escribió un soldado del XXVIII Ejército. «La aviación alemana no nos dejaría en paz en ningún momento, y nos bombardeó incesantemente desde las tres de la mañana hasta el anochecer con una pausa para el almuerzo de dos horas. Todo fue destruido por las bombas». Reinaba una gran confusión entre los mandos y no había municiones. «Incluso el tribunal militar tuvo que ponerse a luchar», añade el soldado citado.[10]

Timoshenko se dio cuenta de que había pillado a los alemanes preparando su propia ofensiva, pero no pudo sospechar que estaba a punto de caer en una trampa. El *Generalleutnant* Paulus, oficial de estado mayor de gran talento, aunque no había comandado nunca una formación, quedó desconcertado ante la violencia del ataque de Timoshenko contra su VI Ejército. Dieciséis de sus batallones fueron vapuleados en los combates librados bajo

las intensas lluvias primaverales. Pero el *Generalfeldmarschall* von Bock vio la ocasión de conseguir una gran victoria. Convenció a Hitler de que el Primer Ejército Panzer de Kleist podía avanzar desde el sur para dejar a las fuerzas de Timoshenko incomunicadas en el saliente de Barvenkovo. Hitler cogió la idea al vuelo y se la llamó suya. El 17 de mayo, Kleist lanzó el ataque justo antes del amanecer.

Timoshenko llamó por teléfono a Moscú para pedir refuerzos, pero todavía no se había percatado del peligro que representaba su posición. Finalmente, la noche del 20 de mayo convenció a Khrushchev de que telefoneara a Stalin para solicitar la cancelación de la ofensiva. Khrushchev pidió que le pusieran con la dacha de Kuntsevo. Stalin dijo a Georgi Malenkov, el secretario del Comité Central, que contestara él. Khrushchev exigió hablar con el propio Stalin. El dictador se negó a ponerse y dijo a Malenkov que se enterara de lo que quería. Cuando escuchó cuál era el motivo de la llamada gritó que «las órdenes militares están para cumplirlas» y mandó a Malenkov que pusiera fin a la conferencia. Se dice que el odio de Khrushchev por Stalin data de aquel momento y que este suceso desembocó en la apasionada denuncia que hizo del dictador en la XX Conferencia del partido comunista de 1956.[11]

Pasaron otros dos días antes de que Stalin permitiera

dejar sin efecto la ofensiva, pero para entonces el grueso del VI y del LVII Ejército soviético había sido rodeado. Las tropas cercadas hicieron desesperados intentos de romper el embolsamiento, cargando incluso cogidos de los brazos, y la matanza fue terrible. Los cadáveres se amontonaron en oleadas sucesivas delante de las posiciones alemanas. El cielo se había aclarado, permitiendo a la Luftwaffe gozar de una perfecta visibilidad. «Nuestros pilotos trabajan día y noche a centenares», escribía un soldado de la 389.ª División de Infantería. «Todo el horizonte está envuelto en humo».[12] A pesar de la dureza de los combates, Yuri Vladimirov pudo escuchar el canto de una alondra en aquel día despejado y caluroso. Pero justo en ese momento oyó gritar: «¡Los tanques! ¡Llegan los tanques!» y salió corriendo a esconderse en una trinchera.[13]

El final estaba cerca. Para evitar su ejecución inmediata, los comisarios políticos se quitaban los uniformes que los caracterizaban y se ponían los de los soldados del Ejército Rojo muertos. Se afeitaban también la cabeza para parecerse más a los soldados rasos. Al rendirse, los hombres clavaban en el suelo sus rifles con la bayoneta calada. «Parecía un bosque mágico después de un gran incendio en el que todos los árboles hubieran perdido las hojas», escribía Vladimir. Comido por los piojos y sucio como estaba, pensó en el suicidio, consciente de lo que le esperaba, pero dejó que lo detuvieran. Buscando

entre las máscaras de gas y los cascos abandonados, recogieron a los heridos y los transportaron en camillas improvisadas hechas con impermeables. Los soldados alemanes ordenaron a aquellos hombres hambrientos y extenuados ponerse en marcha, obligándolos a caminar en filas de a cinco.[14]

Fueron hechos prisioneros unos doscientos cuarenta mil hombres, y se capturaron dos mil cañones de campaña y el grueso de los tanques desplegados. El comandante en jefe de un ejército y muchos otros oficiales se suicidaron. Kleist observó después de la batalla que eran tantos los cadáveres de hombres y caballos que obstruían la zona, que su vehículo oficial se las vio y se las deseó para poder pasar.

Esta segunda batalla de Kharkov supuso un golpe terrible para la moral de la Unión Soviética. Khrushchev y Timoshenko estaban seguros de que iban a ser ejecutados. Aunque habían sido amigos, empezaron a acusarse uno a otro, y Khrushchev sufrió, al parecer, un ataque de nervios. Como era habitual en él, Stalin se limitó a humillar a Khrushchev vaciando sobre su calva la ceniza de su pipa y diciendo que los romanos tenían por costumbre que el comandante que perdía una batalla derramara ceniza sobre su cabeza en señal de penitencia.

Los alemanes no cabían en sí de gozo, pero la victoria produjo un peligroso efecto sobre ellos. Paulus, que había

querido retirarse en las primeras fases de la batalla, quedó impresionado ante la que él consideraba magistral perspicacia de Hitler al ordenarle que resistiera mientras Kleist se disponía a asestar el golpe fatal. Paulus era un apasionado del orden y sentía un profundísimo respeto por la cadena de mando. Estas cualidades, unidas a su renovada admiración por Hitler, ejercerían una influencia determinante en el momento crítico que se presentaría seis meses después en Stalingrado.

A pesar del peligro que en aquellos momentos amenazaba la propia supervivencia de la Unión Soviética, Stalin seguía preocupado por el diseño de las fronteras después de la guerra. Los norteamericanos y los británicos rechazaban sus exigencias de que reconocieran las fronteras soviéticas de junio de 1941, dentro de las cuales se incluían las Repúblicas Bálticas y el este de Polonia. Pero en la primavera de 1942 Churchill se lo pensó mejor. Consideró la posibilidad de acceder a sus reclamaciones como un incentivo para que siguiera en la guerra, a pesar de que ello suponía una flagrante violación de la Carta del Atlántico, que garantizaba el derecho de autodeterminación. Tanto Roosevelt como su secretario de estado, Summer Welles, se negaron, llenos de indignación, a respaldar la propuesta

de Churchill. Pero más adelante sería Churchill el que se opusiera al proyecto imperial de Stalin y Roosevelt el que lo aceptara.

Las relaciones entre los Aliados occidentales y Stalin estaban condenadas a verse en todo momento lastradas por las sospechas. Especialmente Churchill le había prometido suministrar más pertrechos militares de los que Gran Bretaña podía ofrecer. Y la desastrosa promesa que hizo el presidente norteamericano a Molotov en mayo, asegurándole que se lanzaría un Segundo Frente antes de finales de año, contribuyó más que nada a envenenar las relaciones de la Gran Alianza. Sus tendencias paranoides convencieron a Stalin de que lo único que querían los países capitalistas era que la Unión Soviética se debilitara mientras ellos esperaban.

Como buen manipulador, Roosevelt había dicho a Molotov, a través de Harry Hopkins, que estaba a favor de abrir un Segundo Frente en 1942, pero que sus generales estaban en contra de la idea. Parece que Roosevelt estaba dispuesto a decir cualquier cosa con tal de mantener a la Unión Soviética en la guerra, fueran cuales fueran las consecuencias. Y cuando quedó patente que los Aliados no tenían ninguna intención de lanzar una invasión del norte de Francia aquel año, Stalin sintió que lo habían engañado.

Churchill tuvo que soportar el mayor peso del resentimiento de Stalin por las promesas incumplidas.

Aunque tanto él como Roosevelt habían sido muy imprudentes, Stalin se negaba a reconocer las verdaderas dificultades existentes. Las pérdidas sufridas por los convoyes del Ártico con destino a Murmansk no entraron nunca en sus cálculos. Los convoyes PQ, que empezaron a zarpar de Islandia rumbo a Murmansk en septiembre de 1941, tuvieron que enfrentarse a peligros espantosos. En invierno, los barcos quedaban cubiertos de hielo y el mar era muy traicionero, pero en verano, debido a la brevedad de las noches, eran vulnerables a los ataques de los aviones alemanes, que despegaban de sus bases en el norte de Noruega, y a la amenaza constante de los submarinos. En el mes de marzo, una cuarta parte de los buques del Convoy PQ 13 fueron hundidos. Churchill obligó al Almirantazgo a enviar el Convoy PQ 16 en mayo, aunque ello supusiera que solo la mitad de los barcos llegaran a su destino. No desconocía las consecuencias políticas que habría tenido cancelar su envío. En realidad, solo seis de los treinta y seis barcos se fueron a pique.

El siguiente convoy, el PQ 17, el más grande de los que fueron enviados a la Unión Soviética, se convirtió en uno de los mayores desastres navales de la guerra. Los servicios de inteligencia se equivocaron y dieron a entender que el acorazado alemán *Tirpitz*, junto con el *Admiral Hipper* y el *Admiral Scheer*, habían salido de Trondheim para interceptar el convoy. Ello indujo al

Primer Lord del Mar, el almirante sir Dudley Pound, a ordenar el 4 de julio al convoy que se dispersara. Fue una decisión catastrófica. En total veinticuatro de los treinta y nueve buques que lo componían fueron hundidos por la aviación y los submarinos, con unas pérdidas de casi cien mil toneladas en tanques, aviones y vehículos. Después de la pérdida de Tobruk en el norte de África, y de los avances de los alemanes en el Cáucaso, los británicos empezaron a pensar que al final acabarían por perder la guerra. El resultado fue que se suspendió el envío de convoyes durante todo el verano, para mayor disgusto de Stalin.

Una vez destruidas las fuerzas soviéticas en la península de Kerch, Manstein dirigió a su XI Ejército contra el puerto y la fortaleza de Sebastopol. El ataque masivo de la artillería y los bombardeos aéreos con Stukas no lograron desalojar a los defensores, que combatían desde cuevas y túneles excavados en la roca. En un momento determinado, se dice que los alemanes utilizaron armas químicas para hacerlos salir, pero este detalle no es ni mucho menos seguro. La Luftwaffe estaba decidida a enfrentarse a los ataques de hostigamiento de los bombarderos del Ejército Rojo. «Ahora vamos a enseñarles a esos rusos», decía un *Obergefreiter* en una carta, «qué significa jugar con

Alemania».[15]

Los partisanos soviéticos acosaban a los alemanes por la retaguardia, y un grupo llegó a volar la única vía férrea que atravesaba el istmo de Perekop. Hubo que recurrir a los tártaros de Crimea, de convicciones profundamente antisoviéticas, para que ayudaran a acabar con ellos. Manstein trajo un monstruoso cañón de asedio de 800 mm montado en vagones de ferrocarril para aplastar las ruinas de la gran fortaleza. «Solo puedo decir que esto ya no es una guerra», escribió un soldado encargado de realizar tareas de reconocimiento en su motocicleta, «sino la destrucción de dos visiones distintas del mundo».[16]

La táctica más eficaz de Manstein fue lanzar un ataque sorpresa en lanchas de asalto a través de la bahía de Severnaya, flanqueando la primera línea de defensa. Los soldados y los marineros de la Flota del Mar Negro siguieron combatiendo. Los comisarios políticos convocaron reuniones para decirles que se les había dado la orden de resistir y morir. Las baterías antiaéreas fueron convertidas en baterías antitanque, pero los cañones fueron estallando uno tras otro y quedaron inutilizados. «Los estallidos se mezclaban unos con otros formando una sola explosión ininterrumpida», anotó un soldado de infantería de marina. «Las detonaciones ya no podían distinguirse unas de otras. El bombardeo empezó a primera hora de la mañana y acabó a última hora de la noche. Los estallidos de

las bombas y los obuses enterraban a los hombres y teníamos que desenterrarlos para que siguieran luchando. Nuestros operadores y radiotelegrafistas murieron todos. No tardó en ser alcanzado nuestro último cañón antiaéreo. Nos encargamos de la "defensa de infantería" aprovechando los cráteres abiertos por las bombas».

«Los alemanes nos obligaron a replegarnos hacia el mar y tuvimos que utilizar una soga para llegar al fondo de los acantilados. Como sabían que estábamos allí, los alemanes lanzaron al abismo los cadáveres de nuestros camaradas muertos en combate, así como barriles de brea ardiendo y granadas. La situación era desesperada. Decidí que lo mejor era marcharnos siguiendo por la orilla del mar hasta Balaklava y cruzar a nado la bahía durante la noche y escapar a los montes. Organicé un grupo de infantería de marina. Pero no conseguimos hacer más de un kilómetro». Fueron todos capturados.[17]

La batalla de Sebastopol se prolongó desde el 2 de junio hasta el 9 de julio, y las pérdidas de los alemanes también fueron muy grandes. «Perdí a muchos camaradas a mi lado», decía en una carta un suboficial cuando acabaron los combates. «En una ocasión en medio de la batalla me puse a llorar como un niño por uno de ellos».[18]Cuando por fin concluyó todo, Hitler, entusiasmado, ascendió a Manstein a mariscal de campo. Quería que Sebastopol se convirtiera en la gran base naval alemana en el mar Negro y

en capital de una Crimea totalmente germanizada. Pero el enorme esfuerzo realizado para tomar Sebastopol, como observó el propio Manstein, redujo las fuerzas disponibles para la Operación Azul en un momento muy crítico.

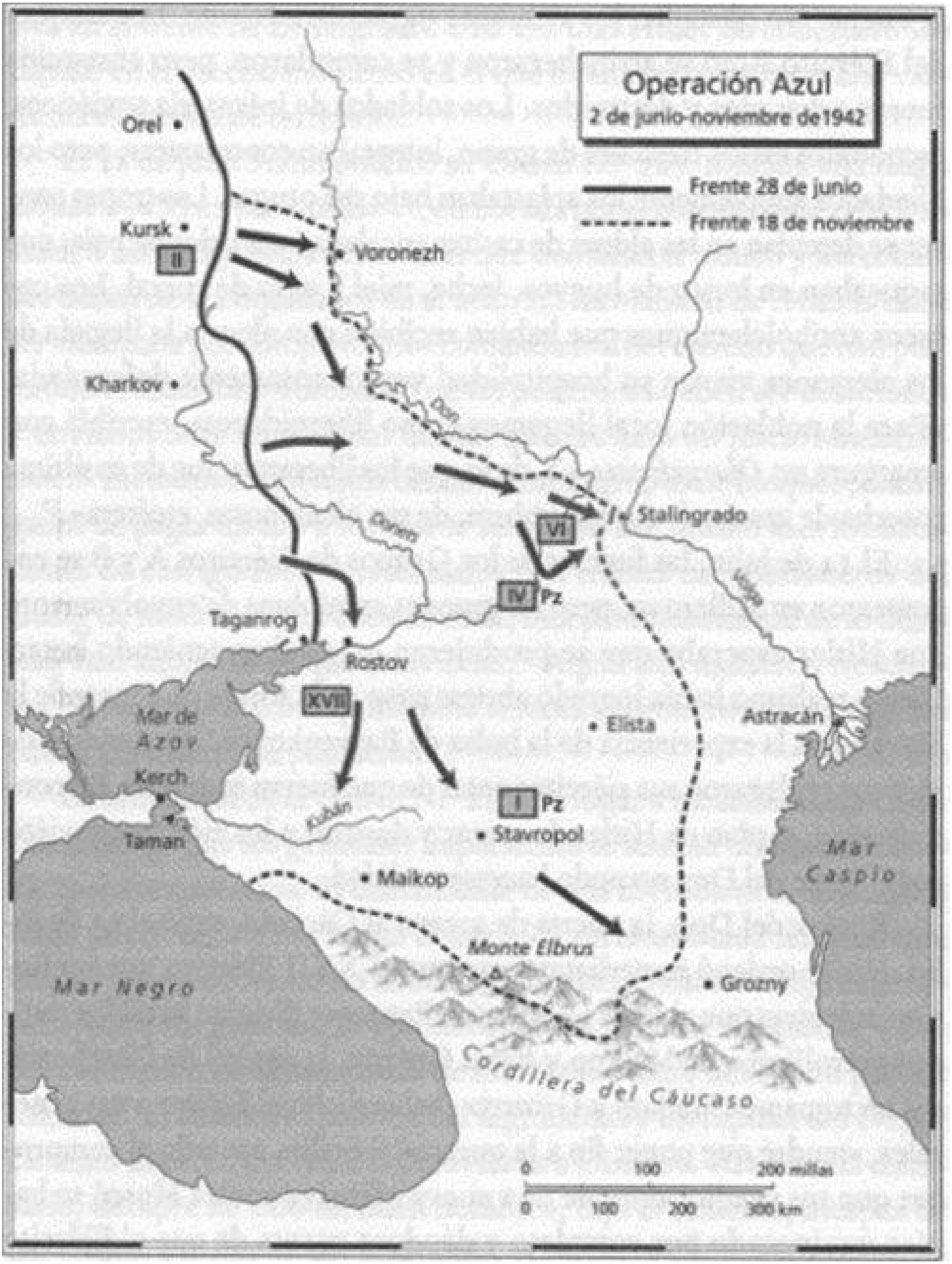
Stalin recibió un detallado aviso de la inminente ofensiva alemana en el sur de Rusia gracias a un golpe de suerte, pero lo rechazó tachándolo de mera desinformación, del mismo modo que no había hecho caso de los informes de los servicios de inteligencia el año anterior con ocasión de la Operación Barbarroja. El 19 de junio, fue abatido detrás de las líneas soviéticas el avión Fieseler Storch en el que viajaba el comandante Joachim Reichel, oficial de estado mayor alemán con los planes de la Operación Azul. Pero Stalin, convencido de que el principal ataque alemán tenía como objetivo Moscú, decidió que los documentos eran falsos. Hitler se puso furioso cuando le informaron de aquel desastre de los servicios de inteligencia y destituyó a toda la unidad de Reichel y a los mandos de la división. Pero ya habían comenzado los ataques preliminares para asegurar la línea de salida de la primera fase de la operación al este del río Donets.

El 28 de junio, el II Ejército y el IV Ejército Panzer de Hoth atacaron por el este en dirección a Voronezh, en la

cuenca alta del Don. La Stavka envió dos cuerpos de tanques, pero debido a las malas comunicaciones por radio se apiñaron todos en una posición al descubierto y sufrieron graves daños debido a los ataques de los Stukas. Convencido finalmente de que los alemanes no se dirigían a Moscú, Stalin ordenó que había que conservar Voronezh a toda costa.

Hider interfirió entonces en los planes de la Operación Azul. Originalmente debía constar de tres fases. La primera era la captura de Voronezh. La siguiente debía de consistir en una maniobra de envolvimiento a cargo del VI Ejército de Paulus, que debía cercar a las fuerzas soviéticas en la gran curva del río Don, para luego avanzar hacia Stalingrado con el fin de proteger el flanco izquierdo. En aquellos momentos la idea no era necesariamente conquistar la ciudad, sino llegar hasta ella o «al menos tenerla al alcance efectivo de nuestras armas pesadas», de modo que no pudiera ser utilizada como centro de comunicaciones ni de armamento.[19]Solo entonces el IV Ejército Panzer giraría en dirección al sur para unirse al Grupo de Ejércitos A del *Generalfeldmarschall* List en su ataque contra el Cáucaso. Pero la impaciencia de Hitler lo indujo a decidir que un solo cuerpo panzer bastaba para poner fin a la batalla de Voronezh. El resto del ejército acorazado de Hoth debía dirigirse al sur. Sin embargo, el cuerpo que se quedó en Voronezh carecía de fuerza

suficiente para superar la feroz defensa de la ciudad. El Ejército Rojo demostró con cuánta obstinación podía combatir en la lucha callejera cuando los alemanes perdían la ventaja de las maniobras blindadas con el respaldo de su superioridad aérea.


Operación Azul
2 de junio-noviembre de1942
Frente 28 de junio
Frente 18 de noviembre
Orel
Kursk
II
Voronezh
Kharkov
Don
Stalingrado
Volga
VI
IV Pz
Taganrog
Rostov
XVII
Mar de Azov
Kerch
Taman
Kubán
Elista
Astracán
I Pz
Stavropol
Maikop
Mar Caspio
Monte Elbrus
Mar Negro
Grozny
Cordillera del Cáucaso
0 100 200 millas
0 100 200 300 km

Hitler hizo caso omiso de las preocupaciones de sus generales y al principio dio la impresión de que la Operación Azul seguía adelante triunfalmente. Los ejércitos alemanes avanzaban a gran velocidad, para satisfacción de los altos mandos de las unidades panzer. En el calor del verano, el terreno estaba seco y la marcha iba viento en popa en dirección al sudeste. «Hasta donde alcanza la vista», decía un corresponsal de guerra, «vehículos blindados y camiones semiorugas avanzan por la estepa. Los banderines ondean en el aire deslumbrante del atardecer».[20] Un día llegó a registrarse una temperatura de «53° al sol».[21] Su única frustración era que andaban escasos de vehículos y que a menudo tenían que detenerse debido a la falta de costumbre.

En su afán de ralentizar el avance de los alemanes, la aviación soviética lanzaba bombas incendiarias por la noche con el fin de calcinar la estepa. No obstante, los alemanes siguieron adelante. Los tanques del Ejército Rojo se atrincheraron y se camuflaron, pero enseguida fueron rebasados y destruidos. Los soldados de infantería soviéticos, escondidos en los tresnales de grano, intentaban contraatacar, pero los blindados simplemente los aplastaban bajo sus orugas. Las tropas panzer se detenían en las aldeas de casitas encaladas y tejados de paja, que saqueaban en busca de huevos, leche, miel y aves de corral. Los cosacos antibolcheviques que habían recibido con

alegría la llegada de los alemanes vieron su hospitalidad vergonzosamente defraudada. «Para la población local llegamos como libertadores», escribía con amargura un *Obergefreiter*. «Y de lo que los liberamos fue de su última cosecha de grano, de sus legumbres, de sus oleaginosas, etcétera».[22]

El 14 de julio, las fuerzas de los Grupos de Ejércitos A y B se encontraron en Millerovo, pero las grandes maniobras de envolvimiento que Hitler esperaba que se produjeran no estaban teniendo lugar. Cierto realismo había logrado abrirse paso en la forma de pensar de la Stavka tras la experiencia de la bolsa de Barvenkovo. Los mandos soviéticos replegaron sus ejércitos antes de que fueran rodeados. En consecuencia, el plan de Hitler de cercar y destruir a los ejércitos soviéticos al oeste del Don no pudo hacerse realidad.

Rostov del Don, la puerta de acceso al Cáucaso, cayó el 23 de julio. Hitler ordenó inmediatamente que el XVII Ejército tomara Batum, mientras que el I y el IV Ejército Panzer se dirigían hacia los campos petrolíferos de Maikop y hacia Grozny, la capital de Chechenia. «Si no tomamos Maikop y Grozny», había dicho el Führer a sus generales, «tendré que poner fin a la guerra».[23] Stalin, azorado al comprobar que sus predicciones de una nueva ofensiva contra Moscú se habían equivocado por completo y dándose cuenta de que el Ejército Rojo carecía de fuerzas

suficientes en el Cáucaso, envió a Lavrenti Beria al sur para sembrar el pánico entre sus generales.

Paulus recibió entonces la orden de conquistar Stalingrado con el VI Ejército, mientras que la protección de su flanco izquierdo, a lo largo del Don, era confiada al IV Ejército rumano. Sus divisiones de infantería llevaban marchando dieciséis días sin descansar. Y el XXIV Cuerpo Panzer de Hoth, que había avanzado a toda velocidad en dirección al sur, hacia el Cáucaso, se vio obligado a dar media vuelta para prestar ayuda en el ataque contra Stalingrado. Manstein se quedó de piedra cuando le dijeron que su XI Ejército, que acababa de conquistar Crimea, iba a ser enviado al norte para lanzar una nueva ofensiva en el frente de Leningrado. Una vez más Hitler no concentró sus fuerzas en el preciso momento en el que intentaba conquistar una vastísima extensión de territorio.

El 28 de julio Stalin publicó su Orden N.° 227, titulada *«Ni shagu nazad»* —«Ni un paso atrás»—, elaborada por el coronel general Aleksandr Vasilevsky. «Los derrotistas que siembran el pánico y los cobardes deben de ser liquidados en el acto. La mentalidad de retirada debe ser eliminada por completo. Los comandantes del ejército que han permitido el abandono voluntario de las posiciones deben ser destituidos y enviados ante un tribunal militar que les hará un juicio sumarísimo».[24]En todos los ejércitos debían crearse

grupos de bloqueo, encargados de pegar un tiro a los que se retiraran. Ese mismo mes los batallones de castigo fueron reforzados con treinta mil prisioneros del Gulag de hasta cuarenta años de edad, independientemente de lo débiles y mal alimentados que estuvieran.[25] Aquel año murieron trescientos cincuenta y dos mil quinientos sesenta prisioneros del Gulag, un cuarto del total de su población.

La brutalidad de la Orden N.° 227 dio lugar a escandalosas injusticias cada vez que los generales impacientes se sentían obligados a buscar chivos expiatorios. El comandante de una división ordenó a un coronel cuyo regimiento había avanzado con demasiada lentitud que fusilara a alguien. «Esto no es una reunión del sindicato», dijo el general. «Esto es la guerra». El coronel eligió al teniente Aleksandr Obodov, al mando de la compañía de morteros y muy admirado por los soldados. El comisario político del regimiento y un capitán del Destacamento Especial del NKVD detuvieron a Obodov. «Camarada comisario, siempre he sido un buen hombre», dijo el teniente, incapaz de dar crédito a lo que estaba pasándole. «Los dos oficiales encargados de arrestarlo estaban fuera de sí y se pusieron nerviosos, así que empezaron a pegarle tiros», anotaría un amigo de Obodov. «Sasha intentaba espantar las balas como si fueran moscas. Tras la tercera descarga cayó al suelo».[26]

Antes de que el VI Ejército de Paulus llegara a la gran

curva del río Don, Stalin ya había creado un Frente de Stalingrado y había puesto la ciudad en pie de guerra. Si los alemanes cruzaban el Volga, el país quedaría dividido en dos. La línea de abastecimientos angloamericana a través de Persia se veía amenazada, justo cuando los británicos habían cancelado el envío de nuevos convoyes al norte de Rusia. Las mujeres e incluso las chicas jóvenes fueron obligadas a cavar zanjas antitanque y a levantar bermas para proteger los depósitos de petróleo situados a orillas del Volga. La 10.ª División de Fusileros del NKVD había llegado para controlar los pasos del Volga e imponer la disciplina en una ciudad cada vez más dominada por el pánico. Stalingrado se veía en aquellos momentos amenazada por el VI Ejército de Paulus en la curva del Don y por el IV Ejército Panzer de Hoth, que de repente había sido enviado al norte por Hitler para acelerar la conquista de la ciudad.

Al amanecer del 21 de agosto, la infantería del LI Cuerpo cruzó el Don en lanchas de asalto. Se aseguró una cabeza de puente, se construyeron puentes de barcazas a través del río, y la tarde siguiente la 16.ª División Panzer del *Generalleutnant* Hans Hube empezó a cruzarlos. Justo con las primeras luces del día 23, el batallón de cabeza de Hube, al mando del coronel conde Hyazinth Strachwitz, avanzó en dirección al este y a Stalingrado, situada a solo sesenta y cinco kilómetros más allá. La estepa del Don, una

inmensa franja de hierba calcinada, era dura como una roca. Solo las *balkas* o barrancos ralentizaban su precipitado avance. Pero el cuartel general de Hube se detuvo repentinamente, tras recibir un mensaje por radio. Aguardaron con los motores apagados; entonces apareció un Fieseler Storch, que aterrizó junto al vehículo de mando de Hube. El general barón Wolfram von Richthofen, comandante de la IV Luftflotte, hombre brutal, que llevaba siempre la cabeza rapada, fue a su encuentro dando grandes zancadas. Dijo a Hube que por orden del cuartel general del Führer toda su flota se disponía a atacar Stalingrado. «¡Aproveche nuestra ayuda hoy!», dijo a Hube. «Tendrá el apoyo de mil doscientos aviones. Mañana no puedo prometerle nada». Unas horas más tarde, los tripulantes de los tanques alemanes saludaron entusiasmados a sus aviones cuando vieron los apretados escuadrones de Heinkel 111, Junker 88 y Stukas volando sobre sus cabezas hacia Stalingrado.[27]

El domingo 23 de agosto de 1942 fue un día que los habitantes de Stalingrado no olvidarían nunca. Ajena a la proximidad de las fuerzas alemanas, la población civil merendaba tranquilamente al sol en el Mamaev Kurgan, el gran túmulo funerario tártaro que dominaba el centro de la ciudad y se extendía a lo largo de más de treinta kilómetros siguiendo la curva que hace la margen derecha (occidental) del Volga. Los altavoces colocados en las calles

anunciaron el peligro de ataques aéreos, pero la gente no echó a correr en busca de refugio hasta que las baterías antiaéreas abrieron fuego.

La aviación de Richthofen lanzó un bombardeo de saturación sobre la ciudad en oleadas sucesivas. «A última hora de la tarde», escribió en su diario el general, «dio comienzo mi gran asalto sobre Stalingrado, de dos días de duración, con el resultado de buenos incendios desde el primer momento».[28] Los depósitos de petróleo fueron alcanzados, creando verdaderas bolas de fuego y luego gigantescas columnas de humo negro visibles a más de ciento cincuenta kilómetros de distancia. Mil toneladas de bombas convencionales e incendiarias convirtieron la ciudad en un infierno. Los altos edificios de apartamentos, orgullo de Stalingrado, fueron destruidos y aplastados. Fue el ataque aéreo más concentrado de toda la guerra en el este de Europa. La llegada de refugiados había hecho aumentar la población hasta los casi seiscientos mil habitantes, cuarenta mil de los cuales se calcula que perdieron la vida en los dos primeros días a consecuencia de los bombardeos aéreos.

La 16.ª División Panzer de Hube saludó agitando los brazos y vitoreó a los aviones cuando volvieron y los Stukas respondieron haciendo sonar las sirenas. A última hora de la tarde, el batallón acorazado de Strachwitz se aproximaba al Volga, justo al norte de la ciudad. Pero

entonces fue blanco de las baterías antiaéreas formadas por cañones de 37 mm, que habitualmente se utilizaban para desempeñar funciones en tierra. Las jóvenes que manipulaban los cañones, muchas de ellas estudiantes, siguieron luchando hasta que cayeron muertas. Los mandos de las unidades panzer se sintieron desconcertados e incómodos cuando descubrieron el sexo de las combatientes.

Los alemanes habían ido directamente desde el Don hasta el Volga en un solo día, lo cual parecía toda una proeza. Habían llegado a lo que consideraban la frontera de Asia y de paso, en último término, al objetivo final de Hitler, la línea Arcángel-Astracán. Muchos pensaron que la guerra estaba prácticamente acabada. Se tomaron fotografías unos a otros posando como vencedores encima de los tanques y sacaron instantáneas de las columnas de humo que se elevaban desde Stalingrado. Un as de la Luftwaffe y su piloto de apoyo, al ver los panzer a sus pies, ejecutaron algunas acrobacias para celebrar la victoria.

Un oficial de alta graduación, situándose en lo alto de su panzer en la orilla derecha del Volga, se puso a echar un vistazo con sus gemelos al otro lado del río. «Contemplábamos la inmensa estepa en dirección a Asia y me sentí abrumado», recordaría más tarde. «Pero luego no pude pensar en ello durante un buen rato, pues tuvimos que lanzar un ataque contra otra batería antiaérea que había

abierto fuego sobre nosotros».[29] La valentía de las jóvenes combatientes se hizo legendaria. «Esa fue la primera página de la defensa de Stalingrado», escribió Vasily Grossman, que escuchó relatos de primera mano acerca de su actuación muy poco después.

En aquel verano de crisis para la Gran Alianza, Churchill decidió que debía visitar a Stalin y explicarle, cara a cara, los motivos de la suspensión del envío de convoyes y por qué era imposible de momento organizar un Segundo Frente. Además estaba siendo objeto de fuertes críticas en su propio país, tras la caída de Tobruk y las graves pérdidas sufridas en la batalla del Atlántico. El primer ministro, por tanto, no tenía el mejor estado de ánimo para una serie de agotadoras reuniones con Stalin.

Churchill voló desde El Cairo vía Teherán y llegó a Moscú el 12 de agosto. El intérprete de Stalin observó al mandatario británico mientras pasaba revista a la guardia de honor con la barbilla levantada, mirando «atentamente a cada soldado como si quisiera calibrar el valor de los combatientes soviéticos».[30] Era la primera vez que aquel antibolchevique recalcitrante ponía los pies en su país. Iba en compañía de Averell Harriman, que representaría a Roosevelt en las conversaciones, pero tuvo que meterse él

solo en el primer coche con el adusto Molotov.

Churchill y Harriman fueron conducidos aquella misma tarde al sombrío y austero apartamento de Stalin en el Kremlin. El primer ministro británico preguntó por la situación militar. Con ello no venía más que a hacer el juego a Stalin, que describió cuidadosamente los peligrosísimos acontecimientos que estaban desarrollándose en el sur justo antes de que Churchill tuviera que explicar por qué era preciso posponer la creación del Segundo Frente.

El primer ministro empezó explicando el gran incremento de fuerzas experimentado en el Reino Unido. Luego habló de la ofensiva de bombardeos estratégicos con los ataques masivos sobre Lübeck y Colonia, sabiendo que satisfarían la sed de venganza del dictador soviético. Churchill intentó convencerlo de que los contingentes alemanes en Francia eran demasiado fuertes para lanzar una operación a través del Canal de la Mancha antes de 1943. Stalin protestó enérgicamente, y «discutió las cifras aportadas por Churchill acerca del volumen de las fuerzas alemanas en Europa Occidental». Dijo en tono despectivo que «quien no está dispuesto a correr riesgos no podrá nunca ganar una guerra».

Con la esperanza de calmar la cólera del dictador, Churchill esbozó entonces los planes de desembarco en el norte de África, que estaba intentando convencer a

Roosevelt de que aceptara a pesar del parecer contrario del general Marshall. Cogió una hoja de papel y dibujó un cocodrilo para ilustrar su idea de que debían atacar el «vientre blando» de la bestia. Pero Stalin no quedó satisfecho con aquel sucedáneo del Segundo Frente. Y cuando el primer ministro mencionó la posibilidad de llevar a cabo una invasión de los Balcanes, Stalin tuvo inmediatamente la sensación de que el verdadero propósito de semejante estrategia era impedir la ocupación de la zona por el Ejército Rojo. No obstante, la reunión acabó en un clima mejor del que había esperado el mandatario británico.

Al día siguiente, sin embargo, la dura condena que hizo el dictador soviético de la perfidia de los Aliados y la terca repetición de todas esas acusaciones por parte de Molotov, irritaron y deprimieron tanto a Churchill que Harriman tuvo que pasar varias horas intentando animarlo. El 14 de agosto, el primer ministro inglés se mostró dispuesto a romper las negociaciones y a no asistir al banquete preparado en su honor aquella misma noche. El embajador de Su Majestad, Sir Archibald Clark Kerr, hombre simpático y excéntrico, logró hacerle cambiar de idea. Pero Churchill insistió en asistir a la cena con su «traje de sirena», una especie de mono de trabajo que Clark Kerr comparaba con el pelele de un niño pequeño, mientras que todos los funcionarios y generales soviéticos llevarían

sus uniformes de gala.

La cena en el magnífico Salón de Catalina duró hasta más allá de la medianoche y constó de diecinueve platos en medio de constantes brindis, casi todos iniciados por Stalin, que no dudó en dar la vuelta a la mesa una y otra vez para chocar su copa con todos los comensales. «Tiene en la cara una expresión desagradablemente fría, astuta, muerta», anotó el general sir Alan Brooke en su diario, «y siempre que lo miro me lo imagino enviando a la muerte a las personas sin tan siquiera pestañear. Por otra parte no cabe duda de que tiene una inteligencia rápida y que realmente domina los conceptos esenciales de la guerra»[31]

Al día siguiente Clark Kerr tuvo que utilizar de nuevo todo su encanto y toda su capacidad de persuasión. Churchill estaba furioso por las acusaciones de cobardía vertidas por los soviéticos contra los británicos. Pero una vez concluida la entrevista, Stalin lo invitó de nuevo a cenar en su despacho. La atmósfera cambió enseguida, relajada por el alcohol y la visita inesperada de Svetlana, la hija pequeña del dictador. Stalin se mostró amistoso, haciendo chistes sobre unos y otros, y de repente Churchill vio al tirano soviético bajo un prisma completamente nuevo. Se convenció a sí mismo de que había convertido a Stalin en un amigo, y al día siguiente abandonó Moscú lleno de júbilo por el éxito obtenido. Churchill, para quien los sentimientos eran a menudo más verdaderos que los

hechos, no supo ver que Stalin se las apañaba incluso mejor que Roosevelt a la hora de manipular a la gente.

En Inglaterra le aguardaban otra vez malas noticias. El 19 de agosto, el cuartel general de operaciones combinadas, al mando de lord Louis Mountbatten, había organizado un gran ataque contra Dieppe, en la costa del norte de Francia. La Operación Jubileo fue lanzada con poco más de seis mil hombres, en su mayoría canadienses. Entre ellos había también algunas tropas de la Francia Libre y un batallón de los Rangers del Ejército de los Estados Unidos. A primera hora de la mañana, la fuerza de asalto este se encontró con un convoy alemán, que dio aviso del ataque a la Wehrmacht. Fueron hundidos un destructor y treinta y tres lanchas de desembarco. Todos los tanques que consiguieron llegar a tierra fueron destruidos y la infantería canadiense quedó acorralada en la playa debido a la fortaleza de las defensas y a las alambradas.

El ataque, que costó más de cuatro mil bajas, supuso una lección muy dura, aunque por lo demás previsible. Convenció a los Aliados de que los puertos bien defendidos no podían ser conquistados desde el mar, de que los desembarcos debían ir precedidos de bombardeos aéreos y navales masivos y, lo que era más importante, de que la invasión del norte de Francia no podría emprenderse antes de 1944. Una vez más, Stalin se pondría furioso por el retraso del único Segundo Frente que él consideraba

válido. No obstante, el desastre tuvo también una gran ventaja. Hitler pensó que lo que no tardaría en denominar su Muro Atlántico era virtualmente inexpugnable, y que las fuerzas alemanas desplegadas en Francia podían frustrar con facilidad cualquier invasión.

En la Unión Soviética, las noticias de la batalla de Dieppe avivaron las esperanzas de que fuera a lanzarse el Segundo Frente, pero el optimismo se convirtió muy pronto en amarga decepción. La operación fue considerada una mera añagaza para acallar a la opinión pública. El Segundo Frente se convirtió en un arma de doble filo para la propaganda soviética: por un lado en un símbolo de las esperanzas de la población en general, y por otro en un modo de avergonzar a los británicos y a los americanos. Los soldados del Ejército Rojo mostraban una actitud más cínica. Cuando se disponían a abrir los botes de Spam (la carne de cerdo enlatada que ellos llamaban *tushonka,* esto es carne estofada) del programa de Préstamo y Arriendo norteamericano, decían: «Vamos a abrir el Segundo Frente».[32]

A diferencia de sus camaradas del sur de Rusia, la moral de las tropas alemanas de la zona de Leningrado no estaba demasiado alta. El hecho de que no lograran estrangular a la

«primera ciudad del bolchevismo» resultaba muy doloroso. La dureza del invierno había sido sustituida por las molestias de los pantanos y los enjambres de mosquitos.

Los defensores soviéticos, por su parte, daban las gracias por haber sobrevivido a la hambruna de aquel terrible invierno, que había causado la muerte de casi un millón de personas. Se hicieron grandes esfuerzos para limpiar la ciudad y eliminar la basura acumulada, que amenazaba con provocar epidemias. La población fue obligada a ponerse a trabajar plantando coles hasta en el pedazo de terreno más pequeño que hubiera, empezando por el Campo de Marte. El soviet de Leningrado se jactaba de que en la primavera de 1942 se habían plantado en la ciudad y sus alrededores doce mil quinientas hectáreas de terreno dedicadas al cultivo de verduras. Para evitar una nueva hambruna el próximo invierno, se reanudó la evacuación de civiles a través del lago Ladoga, y más de medio millón de personas abandonaron la ciudad, para ser sustituidas por tropas de refuerzo. Los preparativos incluían también el almacenamiento de víveres y la construcción de un oleoducto por el fondo del lago Ladoga.

El 9 de agosto, en un gran golpe de escena destinado a elevar la moral, se tocó en la ciudad la Séptima Sinfonía de Shostakovich, «Leningrado», que fue retransmitida por radio a todo el mundo. La artillería alemana intentó

interrumpir su interpretación, pero el fuego de las contrabaterías soviéticas redujo su eficacia al mínimo, para alegría de la población.[33] Esta se sintió también muy aliviada por el hecho de que los incansables ataques de la Luftwaffe contra los barcos que surcaban el lago Ladoga disminuyeran debido a la destrucción de ciento sesenta aviones alemanes.

Los servicios de inteligencia soviéticos sabían que los alemanes al mando del *Generalfeldmarschall* von Manstein, con su XI Ejército, que estaba recién llegado, se disponían a lanzar un gran asalto. En una operación cuyo nombre en clave era Nordlicht, Hitler ordenó a Manstein arrasar la ciudad y unirse a los finlandeses. Para frustrar el ataque, Stalin ordenó al Frente de Leningrado y al de Volkhov hacer un nuevo intento de aplastar a la avanzadilla alemana, que estaba ya en la ribera meridional del lago Ladoga, y romper así el asedio. Aquella acción recibiría el nombre de Ofensiva Sinyavino, y dio comienzo el 19 de agosto.

Un soldado joven del Ejército Rojo describió su primer ataque al amanecer en una carta a sus familiares. «El aire se llenó del fragor, el zumbido y el silbido de la metralla, el suelo temblaba, el humo envolvía el campo de batalla. Avanzamos arrastrándonos sin parar. Adelante, siempre adelante, y si no, la muerte. Un trozo de metralla me cortó el labio, la sangre cubría mi rostro, caían sobre

nosotros infinitos trozos de metralla, como si fueran granizo, quemándonos las manos. Nuestra ametralladora ya estaba funcionando, el fuego se intensificaba, no podía uno levantar la cabeza. Una trinchera poco profunda era la única protección de la metralla con la que contábamos. Intentábamos avanzar lo más deprisa que podíamos para salir cuanto antes de la zona de fuego. La aviación empezó a tronar sobre nuestras cabezas. Enseguida dio comienzo el bombardeo. No puedo recordar cuánto tiempo duró aquel infierno. Corrió el rumor de que habían aparecido los vehículos blindados alemanes. El pánico se adueñó de nosotros, pero resultó que los dichos vehículos eran nuestros tanques que destruían las alambradas. Enseguida llegamos a ellas y nos encontramos con un tiroteo espantoso. Fue allí donde vi por primera vez a un hombre muerto; yacía sin cabeza junto a la zanja que nos cortaba el paso. Solo entonces se me ocurrió la idea de que a mí también podían matarme. Saltamos por encima del muerto».

«Dejamos atrás aquella refriega infernal. Ante nosotros teníamos una trinchera antitanque. Allí al lado, en alguna parte, tableteaban las ametralladoras. Salimos corriendo, agachándonos todavía más. Se produjeron dos o tres explosiones. "¡Deprisa, están tirando granadas!", gritó Puchkov. Corrimos todavía a mayor velocidad. Dos muertos, armados con sendas ametralladoras, apoyados

contra un tronco, como si intentaran pasar por encima de él a gatas, nos cortaban el paso. Salimos de la trinchera, corrimos por un trecho llano y saltamos a otra [trinchera]. En el fondo había un oficial alemán muerto, con la cara hundida en el barro. Todo estaba vacío y en silencio. Nunca olvidaré aquel larguísimo corredor de tierra, con una sola pared iluminada por el sol. Las balas silbaban por doquier. No sabíamos dónde estaban los alemanes, los teníamos a nuestra espalda y delante de nosotros. Uno de los que ocupaban el nido de ametralladoras se levantó de un salto para mirar, pero fue abatido de inmediato por un francotirador. Cayó sentado, como si estuviera absorto en sus pensamientos, con la cabeza inclinada sobre el pecho».[34]

Las pérdidas soviéticas fueron altísimas —ciento catorce mil bajas, entre ellas cuarenta mil muertos—, pero para mayor indignación de Hitler aquel ataque preventivo arruinó por completo la operación de Manstein.

Obsesionado todavía con los pozos de petróleo del Cáucaso y con la ciudad que llevaba el nombre de Stalin, Hitler estaba seguro de que «los rusos estaban acabados», aunque se hubieran hecho muchos menos prisioneros de los esperados.[35]Instalado en su nuevo cuartel general, cuyo

nombre en clave era Werwolf, a las afueras de Vinnitsa, en Ucrania, pudo sentir en sus propias carnes el tormento de las moscas y los mosquitos y estaba cada vez más impaciente debido al calor agobiante. El Führer empezó a aferrarse a los símbolos de la victoria, más que a la realidad militar. El 12 de agosto había dicho al embajador italiano que la batalla de Stalingrado iba a decidir el resultado de la guerra.[36] El 21 de agosto, las tropas de montaña alemanas escalaron el monte Elbrus, de cinco mil seiscientos metros de altura, la montaña más elevada del Cáucaso, para izar la «bandera de guerra del Reich». Tres días después la noticia de que la vanguardia de blindados de Paulus había llegado al Volga levantó todavía más los ánimos del Führer. Pero el 31 de agosto montó en cólera cuando el *Generalfeldmarschall* List, comandante en jefe del Grupo de Ejércitos A en el Cáucaso, le dijo que sus tropas estaban al límite de sus fuerzas y que se enfrentaban a una resistencia mayor de la esperada. Desconfiando de List, ordenó lanzar un ataque contra Astracán y conquistar la ribera occidental del mar Caspio. Sencillamente se negaba a aceptar que sus fuerzas eran inadecuadas para la tarea y tenían escasez de combustible, municiones, víveres y pertrechos.

Por otra parte, en Stalingrado los soldados alemanes seguían siendo sumamente optimistas. Pensaban que la ciudad no tardaría en caer en sus manos y que entonces

podrían volver a casa. «Además no estableceremos nuestros cuarteles de invierno en Rusia», decía en una carta a sus familiares un soldado de la 389.ª División de Infantería, «pues la ropa de invierno destinada a nuestra división ha sido devuelta. Queridos míos, podremos volver a vernos, si Dios quiere, este año».[37]«Esperemos que la operación no dure demasiado», comentaba despreocupadamente un motociclista de una unidad de reconocimiento de la 16.ª División Panzer tras apuntar de paso que las mujeres soldado soviéticas que habían capturado eran tan feas que no podía uno ni mirarlas a la cara.[38]

El cuartel general del VI Ejército estaba cada vez más angustiado por la longitud de sus líneas de aprovisionamiento, que se extendían más allá del río Don a lo largo de centenares de kilómetros. Las noches, anotó Richthofen en su diario, se habían vuelto de repente «muy frescas».[39]El invierno no tardaría en llegar. A los oficiales de estado mayor les preocupaba también la debilidad de los ejércitos rumanos, italianos y húngaros que guardaban a sus espaldas la margen derecha del Don. Habían retrocedido en varios lugares como consecuencia de los contraataques lanzados por el Ejército Rojo con el fin de capturar cabezas de puente al otro lado del río, que más tarde desempeñarían un papel trascendental.

Los oficiales de los servicios de inteligencia

soviéticos estaban reuniendo ya todo el material que podían acerca de aquellos aliados de los nazis. Muchos soldados italianos habían sido obligados a ir al frente contra su voluntad, a algunos los habían llevado incluso «encadenados». Según descubrieron los rusos, los oficiales rumanos habían prometido a sus soldados que les «darían tierras en Transilvania y Ucrania después de la guerra».[40]Sin embargo, los soldados cobraban un salario de miseria, de solo sesenta *lei* al mes, y sus raciones de comida consistían en medio plato de sopa caliente al día y trescientos o cuatrocientos gramos de pan. Odiaban a los miembros de la Guardia de Hierro que había entre ellos, pues solían hacer labores de espionaje. La desmoralización del III y IV Ejército rumano fue cuidadosamente registrada en Moscú.[41]

Los destinos de los frentes de Stalingrado, el Cáucaso y Egipto estaban estrechamente ligados entre sí. La Wehrmacht, realmente desbordada por la magnitud de la tarea asignada y dependiente en exceso de unos aliados demasiado débiles, estaba condenada a perder su gran ventaja del *Bewegunsgkrieg*, la guerra de movimientos de maniobra.

Esa época había pasado, porque los alemanes habían perdido finalmente la iniciativa. El cuartel general del Führer, como el de Rommel en el norte de África, ya no podía esperar lo imposible de unas tropas agotadas y de

unas líneas de abastecimiento insostenibles. Hitler había empezado a sospechar que había alcanzado el punto de máxima expansión del Tercer Reich. Y estaba más decidido que nunca a no permitir que ninguno de sus generales se retirara.

23

LA CONTRAOFENSIVA EN EL PACÍFICO (julio de 1942-enero de 1943)

Cuando en julio de 1942 se decidió posponer el plan de invasión por el Canal de la Mancha para desembarcar en el norte de África francés, el almirante King aprovechó la ocasión para reforzar el Pacífico. Pretendía que, en la medida de lo posible, la guerra contra Japón estuviera controlada por la Marina americana, utilizando el Cuerpo de Infantería de Marina para poner en marcha operaciones anfibias. El ejército de los Estados Unidos, por su parte, planeaba el envío a la zona de unos trescientos mil soldados, la mayoría de los cuales se pondrían a las órdenes del general Douglas MacArthur, con su cuartel general para el suroeste del Pacífico en Australia. King no compartía la admiración que la opinión pública de su país sentía por MacArthur, de hecho, lo detestaba. Incluso el antiguo protegido de MacArthur, el general Eisenhower, lamentaba que MacArthur hubiera evacuado las Filipinas.

MacArthur se había erigido en una especie de virrey

militar, con una corte de oficiales de estado mayor, serviles y aduladores, los llamados «la pandilla de Bataán». A diferencia del sencillo y modesto almirante Nimitz, el duro y apuesto MacArthur era todo un maestro de las relaciones públicas al que le gustaba ser fotografiado fumando su característica pipa mientras observaba el horizonte del Pacífico. No prestaba atención a los deseos de sus dirigentes políticos, que eran los demócratas. Despreciaba a Roosevelt, y en 1944 consideró seriamente la posibilidad de presentarse a las elecciones presidenciales y competir con él. Los líderes republicanos querían que MacArthur, fanático derechista, fuera nombrado comandante supremo de las fuerzas de la marina y del ejército de tierra. La idea de que un general tan autocrático pudiera interferir en la estrategia naval horrorizaba al almirante King.

A instancias de Roosevelt, Extremo Oriente había sido dividido en dos zonas de incumbencia. Los británicos se encargarían de China-Birmania-India, o CBI, aunque China fuera esencialmente un interés americano. Los estadounidenses controlarían las operaciones en el Pacífico y el mar de China Meridional, y garantizarían la defensa de Australia y Nueva Zelanda. Los dos gobiernos de estas dos antiguas colonias británicas no veían con agrado una distribución en la que ellos poco podían decidir desde el punto de vista estratégico, pues el estado mayor

conjunto en Washington no tenía la más mínima intención de complicar sus operaciones con la obligación de consultarlas con países aliados. En abril de 1942, ese estado mayor había creado un Consejo de Guerra del Pacífico, integrado por representantes de los países interesados, pero era un órgano que solo servía para que los chinos, los holandeses, los australianos y otros pudieran «desahogarse»,[1] y nada más.

Australia constituía el principal objetivo de la defensa aliada desde el mes de enero, cuando los japoneses capturaron Rabaul, en Nueva Bretaña, y convirtieron esta localidad en una de sus principales bases navales y aéreas. Ello suponía una amenaza para las rutas de navegación que unían Australia con los Estados Unidos. Todos coincidían en que era necesario actuar, pero entonces estalló una estúpida discusión sobre si las operaciones en aquella zona estaban bajo el mando de MacArthur o del almirante Nimitz, comandante en jefe del Pacífico o CINCPAC por sus siglas en inglés. Tras los desaguisados ocurridos durante la batalla del mar del Coral, los japoneses optaron por aplazar su siguiente operación, la captura de Port Moresby, en la costa meridional de Papúa Nueva Guinea, prevista para mayo. Sin embargo, sí tomaron más al este el puerto de Tulagi, en las islas Salomón. Rabaul era el objetivo principal de los americanos, y MacArthur quería atacarla de inmediato, pero antes de intentar reconquistarla,

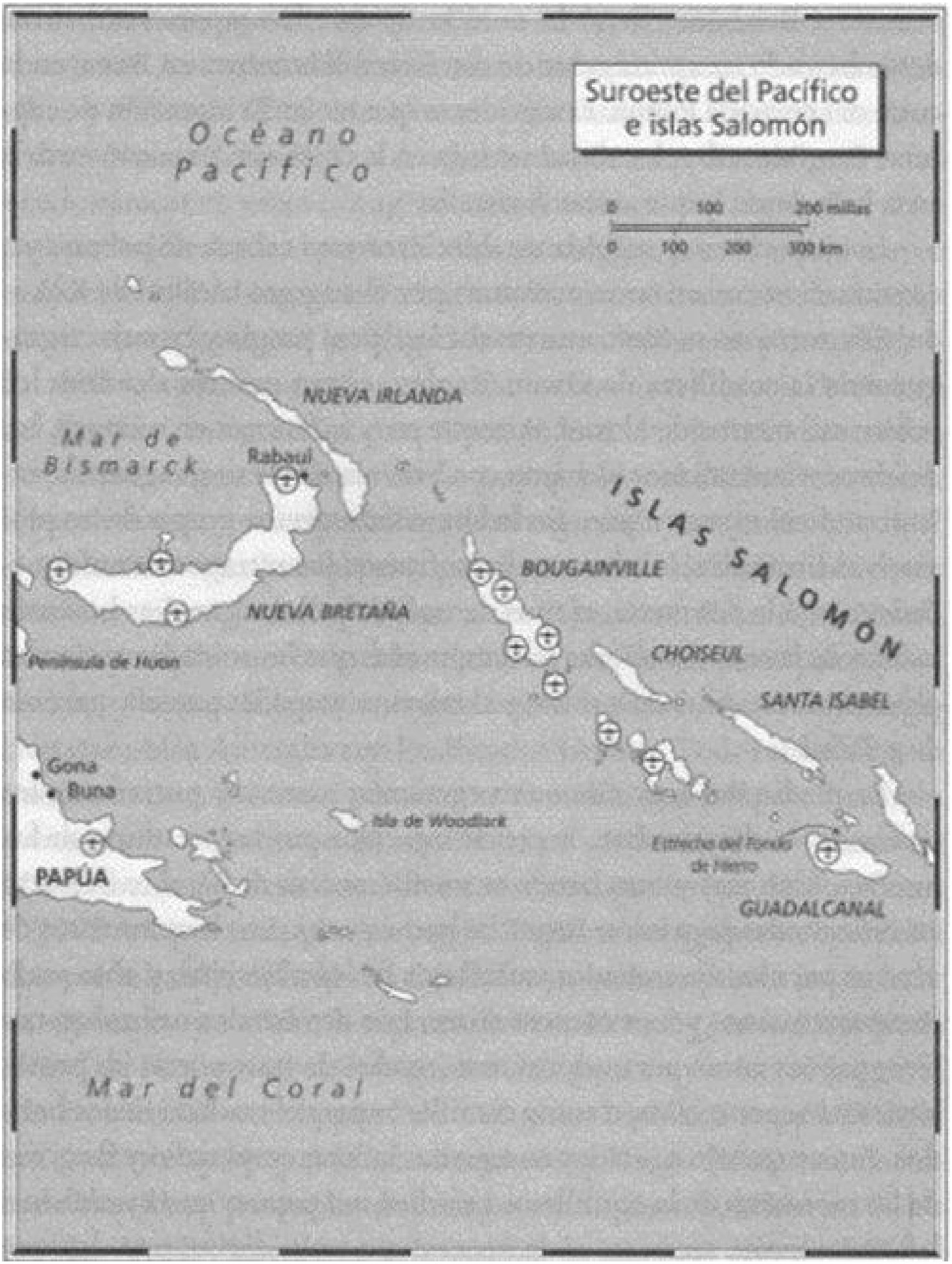
la Marina de los Estados Unidos insistió en la necesidad de asegurar primero las islas meridionales del archipiélago de las Salomón. La última cosa que quería Nimitz era que MacArthur lanzara la 1.ª División de Infantería de Marina contra Rabaul y que pusiera en peligro sus portaaviones en aguas controladas por la aviación japonesa.

Desde las islas en las que permanecían ocultos, los efectivos grupos de vigilancia costera australianos, los *coastwatchers*, informaron por radio que los japoneses estaban construyendo un aeródromo en Guadalcanal, en el extremo suroriental de las islas Salomón. Pero a última hora de la tarde del 21 de julio, mientras los americanos se preparaban para invadir Tulagi y Guadalcanal con la 1.ª División de Infantería de Marina, y MacArthur trasladaba su cuartel general de Melbourne a Brisbane, llegó la noticia de que los japoneses habían desembarcado un contingente de dieciséis mil hombres en Buna, en la costa del norte de Papúa. Era evidente que tenían la intención de capturar Port Moresby, localidad situada en la costa sur, para convertirla en la base desde la que atacar Australia.

Los japoneses enseguida establecieron una cabeza de puente, y a continuación comenzaron a avanzar por el angosto camino de Kokoda. Este tortuoso sendero atravesaba la espesa jungla y cruzaba zigzagueando la cordillera de Owen Stanley, cuyos montes alcanzan los cuatro mil metros de altitud. Aunque muy inferiores en

número, los defensores australianos lucharon con bravura desde su retaguardia, ralentizando el avance nipón. En la humedad extrema propia de las pluviselvas tropicales, los dos bandos sufrieron los estragos de enfermedades como la disentería, el tifus, la malaria y el dengue. Las boscosas laderas de las montañas eran tan empinadas que los soldados tenían las piernas y las rodillas doloridas, y al mismo tiempo les parecía que eran de gelatina.

En medio del hedor de una vegetación viscosa y putrefacta, los uniformes se desgarraban, la piel se infectaba por las picaduras de los insectos, y en uno y otro bando se medio morían de hambre debido a las dificultades para hacer llegar las provisiones. Los lanzamientos de víveres para los australianos caían lejos de los objetivos, y solo pudo recuperarse unos pocos contenedores. Los dos bandos utilizaban nativos papúes como porteadores, encargados de transportar las provisiones y los pertrechos, o como camilleros para el traslado de los heridos. Era un trabajo agotador en aquellas laderas empinadas y fangosas de las montañas de la cordillera. Los diez mil papúes que ayudaban a los australianos recibieron, en general, un trato digno, pero los que fueron obligados a trabajar para los japoneses no corrieron la misma suerte.


Suroeste del Pacífico e islas Salomón
Océano Pacífico
0 100 200 millas
0 100 200 300 km
NUEVA IRLANDA
Mar de Bismarck
Rabaul
ISLAS SALOMÓN
BOUGAINVILLE
NUEVA BRETAÑA
Península de Huon
CHOISEUL
SANTA ISABEL
Gona
Buna
Isla de Woodlark
Estrecho del Fondo de Hierro
PAPÚA
GUADALCANAL
Mar del Coral

Los combates fueron despiadados. Los soldados japoneses, con clavos en las botas, se ocultaban entre las ramas de los árboles para disparar a los australianos por la espalda. Muchos se hacían el muerto y se escondían entre los cadáveres de sus compañeros hasta que tenían la oportunidad de pegarle un tiro al enemigo por la espalda. Los soldados australianos enseguida aprendieron a atravesar con la bayoneta todos los cuerpos de los caídos para asegurarse de que estuvieran bien muertos. También aprendieron a disfrutar contaminando toda la comida que se veían obligados a abandonar en su retirada: con las bayonetas rompían las latas y esparcían los alimentos en el barro. Sabían que los japoneses estaban mucho más desesperados que ellos y se comerían cualquier cosa sin considerar las posibles consecuencias gástricas.

MacArthur, cuya falta de información resultaba escandalosa, estaba convencido de que los australianos superaban en número a los japoneses, y que simplemente no estaban bien preparados para el combate. De hecho, los soldados australianos, con el apoyo de zapadores del ejército americano, consiguieron agotar al enemigo durante los meses siguientes, a pesar de encontrarse en unas condiciones horribles, impidiéndole la entrada a Port Moresby. Otra fuerza australiana más poderosa frustraría, mientras tanto, un desembarco de los japoneses en la bahía de Milne, en el extremo oriental de Papúa.

El 6 de agosto, escudados por las nubes y la intensa lluvia, los ochenta y dos barcos de la Fuerza Operacional 61 avistaron las islas de Guadalcanal y Tulagi. Los diecinueve mil marines americanos comenzaron a comprobar sus armas, a afilar sus bayonetas y a limpiar sus fusiles. No había tiempo ni para payasadas ni para bromas. Al día siguiente, al amanecer, mientras los marines, cargados con sus equipos, bajaban por las redes hasta las lanchas de desembarco, los cañones de sus buques escolta abrieron fuego. Sobrevolando sus cabezas, los aparatos aéreos de los portaaviones se dirigieron a bombardear las posiciones japonesas. Las lanchas de desembarco enseguida alcanzaron las playas, y los marines saltaron de ellas, dispersándose entre los cocoteros. La flota de invasión estadounidense había logrado sorprender al enemigo en Guadalcanal y en Tulagi. Los japoneses no esperaban que los americanos contraatacaran con tanta celeridad tras las derrotas sufridas.

Los combates fueron especialmente encarnizados en Tulagi, pero al día siguiente, poco antes de anochecer, la 1.ª División de Infantería de Marina, reforzada, había asegurado las dos islas. Al vicealmirante Fletcher, oficial al mando de la fuerza operacional naval encargada de la

invasión, le preocupaba que sus tres portaaviones pudieran ser atacados por aparatos aéreos de los aeródromos o incluso de los portaaviones del enemigo. Para enfado y consternación del contraalmirante Richmond K. Turner, comandante de la fuerza anfibia, Fletcher insistió en regresar a casa con sus portaaviones y sus buques escolta en menos de cuarenta y ocho horas. Turner consideró la decisión de Fletcher una especie de deserción ante la aparición de las fuerzas enemigas.

A primera hora del 9 de agosto, la fuerza de apoyo de Turner se vio sorprendida por una imponente escuadra de cruceros japoneses que había zarpado de Rabaul. La Armada Imperial nipona sabía que jugaba con ventaja en las acciones nocturnas. El crucero australiano *Canberra*, tres cruceros estadounidenses y un destructor fueron hundidos en apenas media hora. En total perecieron mil veintitrés marineros australianos y americanos. Por fortuna para los Aliados, el vicealmirante Mikawa Gunichi, temiendo que al amanecer lanzaran un ataque aéreo desde los portaaviones americanos, que por entonces ya se encontraban muy lejos, decidió regresar a Rabaul. Turner siguió desembarcando más equipamiento de los marines en Guadalcanal, y luego tuvo que sacar inmediatamente de allí sus barcos, pues había perdido demasiados buques escolta.

Los marines, perfectamente conscientes de su delicada situación, enseguida ocuparon y arreglaron el

aeródromo japonés, que rebautizaron con el nombre de «Campo Henderson». Estaba situado junto a la costa, al norte de Guadalcanal, y rodeado de cocoteros. Todos los días, a primera hora de la tarde, el enemigo bombardeaba. Los marines decían que era «la hora de Tojo». Y los cruceros y destructores japoneses que navegaban por el que fue denominado «Estrecho del Fondo de Hierro» por los barcos que habían sido hundidos en sus aguas, abrieron fuego contra el aeródromo en numerosas ocasiones. El 15 de agosto, la marina norteamericana consiguió hacer llegar combustible y bombas para los aviones que iban a operar desde el aeródromo. Cinco días después, llegaron al campo de aviación diecinueve cazas Wildcat y doce bombarderos en picado que despegaron de un portaaviones. El general de división Alexander A. Vandegrift, comandante de la 1.ª División de Infantería de Marina, reconocería que le saltaron las lágrimas de alegría, y de alivio, cuando estos aparatos aterrizaron sanos y salvos. Esta fuerza aérea recibió el nombre de «Fuerza Aérea Cactus» (CAF por sus siglas en inglés), pues «Cactus» era el nombre en clave que habían utilizado los aliados para referirse a Guadalcanal.

Las noches esperando que se produjera el inevitable contraataque japonés fueron lo peor. Un ruido repentino, ya fuera producido por uno de los enormes cangrejos de tierra, un jabalí entre la maleza, un ave o un coco que cayera sobre la arena, bastaba para que los centinelas se

asustaran y empezaran a abrir fuego en la oscuridad. Los hombres pasaban el día reforzando las defensas, aunque buena parte del material siguiera a bordo de las naves de transporte que el almirante Turner se había visto obligado a retirar tras la partida de Fletcher y la desastrosa batalla del Estrecho del Fondo de Hierro.

Por fortuna para los marines, los japoneses habían subestimado de manera lamentable su potencial. Durante la noche del 18 de agosto, unos destructores japoneses procedentes de Rabaul desembarcaron el 28.^{0}Regimiento, a las órdenes del coronel Ichiki Kiyono, en un punto situado a unos treinta kilómetros al este del Campo Henderson. En cuanto Vandegrift fue informado del desembarco por las patrullas de reconocimiento, ordenó que se defendiera la línea del río Ilu. La noche del 21 de agosto, el coronel Ichiki mandó a sus hombres, unos mil soldados, que atacaran a través de un manglar. Los marines los aguardaban al otro lado del río.

Bajo la fatal luz verde de las bengalas, aniquilaron a los japoneses con ametralladoras y cañones antitanque que disparaban metralla. «La fiebre se apoderó de nosotros», escribiría un marine hablando de su sed de sangre. Solo unos pocos pudieron abrirse paso, pero enseguida fueron abatidos. Los marines lanzaron un ataque por los flancos con un batallón de reserva. «Algunos japoneses se tiraban al canal y se alejaban a nado del bosque de los horrores»,

sigue contando el mismo marine. «Parecían leminos. No podían dar media vuelta. Sus cabezas parecían bolas de corcho flotando en el horizonte. Los marines, tendidos sobre la arena, disparaban a sus cabezas».[2] De los mil soldados japoneses, más de ochocientos perecieron. Los marines cazadores de recuerdos buscaban entre los cadáveres infestados de moscas cualquier cosa que luego pudieran vender o intercambiar. Uno de ellos, apodado «Souvenirs», fue de cadáver en cadáver con unos alicates. Les abría la boca y arrancaba los dientes de oro. Enseguida aparecieron los cocodrilos, que se dieron un verdadero festín. Con sentimientos mezclados, los marines, agazapados en sus trincheras, oían en la oscuridad cómo aquellos animales devoraban los cuerpos. El coronel Ichiki, que sobrevivió al ataque, se suicidó siguiendo el ritual japonés del *seppuku*, el desentrañamiento.

El 23 de agosto, los nipones enviaron otra fuerza de desembarco, esta vez fuertemente escoltada por la Flota Combinada. Su acción dio lugar a la batalla de las Salomón Orientales. Los portaaviones del almirante Fletcher recibieron la orden de regresar a la zona. Sus aparatos aéreos atacaron y hundieron un portaaviones ligero, el *Ryujo*, buque escolta de una escuadra de cruceros que bombardeaba Campo Henderson, pero Fletcher ignoraba que otros dos portaaviones de mayores dimensiones, el *Zuikaku* y el *Shokaku*, navegaban también por aquellas

aguas. Los japoneses lanzaron su aviación contra la fuerza operacional de Fletcher, dañando el portaaviones *Enterprise*, pero perdieron noventa aviones, y los americanos solo veinte. Entonces se retiraron los portaaviones de uno y otro bando, pero los pilotos de infantería de marina de Campo Henderson, con la ayuda de unos bombarderos pesados B-17 Fortress, lograron alcanzar a la fuerza invasora, destruyendo el barco principal de transporte de tropas, hundiendo un destructor y dañando seriamente el buque insignia del contraalmirante Tanaka Raizo, el *Jintsu*.

Con la Fuerza Aérea Cactus controlando los accesos por mar durante el día, los japoneses solo podían hacer llegar refuerzos durante las horas nocturnas. Debido a la pérdida de aviones, los americanos también tenían que desembarcar a sus tropas de reemplazo al anochecer. Los obsoletos cazas Wildcat de los marines no eran comparables con los Zero, pero, de todos modos, consiguieron derribar un número impresionante de aviones enemigos. En tierra, los marines de Vandegrift vivían en unas condiciones durísimas en sus trincheras lindantes con la jungla o en los espesos cocotales. Bombardeados constantemente por aire y por mar, también se enzarzaban en encarnizados y largos combates con grupos de japoneses. Y todas las noches un bombardero, al que llamaban «Charlie la lavadora», sobrevolaba la zona

produciendo un fuerte zumbido que les impedía conciliar el sueño. Los japoneses, que iban escasos de munición, trataban de conseguir que los marines revelaran sus posiciones por la noche, haciendo ruido con un par de cañas de bambú para que pareciera el disparo de un fusil. Entonces, aprovechando la oscuridad, se aproximaban arrastrándose, saltaban dentro de las trincheras y empezaban a golpear en todas direcciones con un machete, y luego salían corriendo de allí con la esperanza de que en medio de la confusión los supervivientes acabaran matándose los unos a los otros.

Difícilmente podían mitigar el hambre con las provisiones de arroz infestado de gusanos que habían arrebatado a los japoneses. Pero los peores enemigos eran las fiebres tropicales, la disentería y la putrefacción de la carne provocada por las úlceras tropicales en un clima tan húmedo. El valor era una moneda que a veces se agotaba. En cierta ocasión, unos cuantos hombres se derrumbaron bajo el intenso bombardeo, para consternación y vergüenza de sus camaradas. «Todo el mundo miró a otro lado», escribiría el mismo soldado de infantería de marina, antiguo articulista deportivo, «como haría un millonario ante el horripilante espectáculo de un miembro de su club pidiendo prestados cinco dólares al camarero».[3]

A finales de agosto, aprovechando la oscuridad de la noche, el almirante Tanaka logró desembarcar un

contingente de seis mil hombres a las órdenes del general de división Kawaguchi Kiyotake. Este despliegue de tropas en Guadalcanal en lugar de Papúa supuso un cierto alivio para los australianos que defendían Port Moresby. El grueso de las fuerzas desembarcó en el mismo lugar en el que lo había hecho el regimiento de Ichiki, y el resto lo hizo al oeste del aeródromo Henderson. Kawaguchi era prácticamente tan arrogante y carente de imaginación como Ichiki. Sin enviar ninguna patrulla en misión de reconocimiento para explorar la zona, decidió lanzar un ataque desde el sur de Campo Henderson.

En cuanto se puso en marcha, una tropa de incursión atacó su base y destruyó su artillería y sus radios; los marines se dedicaron luego a orinar en las provisiones de alimentos de los japoneses. La fuerza de Kawaguchi, ignorando el ataque, se adentró en la jungla, perdiéndose en varias ocasiones. Finalmente, el 15 de septiembre, a última hora de la tarde, Kawaguchi empezó a atacar por la pequeña cresta situada al sur de Campo Henderson. Los marines, conscientes de que las fuerzas navales americanas no podrían acudir en su ayuda porque el enemigo había recibido refuerzos en Rabaul, se temían lo peor. Si se veían superados, no tendrían más remedio que salir corriendo hacia las montañas y emprender allí una guerra de guerrillas. Y la escasez de comida ya empezaba a ser muy alarmante.

La batalla de la cresta Edson, o de la «maldita cresta», supuso para los marines la pérdida de una quinta parte de sus efectivos, pero los japoneses acabaron perdiendo más de la mitad de sus hombres. Kawaguchi tuvo que aceptar la derrota cuando sus otras fuerzas se vieron también superadas. Los supervivientes se retiraron a las colinas, donde, junto con las tropas del ataque frustrado de Ichiki, se murieron literalmente de hambre mientras sus uniformes iban pudriéndose. Entre las fuerzas japonesas, Guadalcanal se ganaría el nombre de «la isla del hambre».

El almirante Yamamoto se puso hecho una furia cuando tuvo noticia del desastre. Había que vengar semejante ultraje a la bandera japonesa, por lo que de todas direcciones comenzaron a llegar fuerzas para concentrarse y aplastar a los defensores americanos. El almirante Turner regresó con su fuerza operacional para desembarcar el 18 de septiembre nuevas tropas de refuerzo, el 7.° Regimiento de Infantería de Marina, pero el portaaviones *Wasp* fue alcanzado y hundido por un submarino japonés.

El 9 de octubre, una fuerza nipona mucho más grande, a las órdenes del teniente general Hyakutake Haruyoshi, fue desembarcada en la isla. Pero dos días después, por la noche, Turner llegó de nuevo para desembarcar el 164.° Regimiento de la llamada División Americal. Primero tenía en mente otro plan: tender una emboscada a lo que los marines denominaban el «Tokio Express», los buques de

guerra japoneses encargados del traslado de tropas y provisiones a la isla de Guadalcanal. En esa ocasión la fuerza naval nipona estaba formada por tres cruceros pesados y ocho destructores. En medio del caos provocado por aquella acción nocturna, la llamada batalla del cabo Esperanza, los japoneses perdieron un crucero pesado y un destructor, y otro de sus cruceros pesados sufrió graves daños. Solo un crucero americano fue alcanzado de lleno por la artillería nipona. Aquello levantó la moral de los estadounidenses, y la flota de Turner pudo desembarcar a los hombres del 164.° Regimiento de Infantería y todos los pertrechos y provisiones sin sufrir el menor percance. Los marines se dirigieron a la playa para robar algunos equipos de «los perros» y hacer cambalaches con los marineros, utilizando los trofeos arrebatados a los japoneses muertos. Una espada de samurai fue intercambiada por tres docenas de tabletas de chocolate Hershey de tamaño grande. Con una bandera con la «albóndiga», esto es, el sol naciente, se consiguió una docena.[4]

Durante las dos noches siguientes, los acorazados japoneses que navegaban por las aguas del Estrecho del Fondo de Hierro bombardearon el aeródromo, destruyendo prácticamente la mitad de los aparatos de la Fuerza Aérea Cactus e inutilizando la pista de despegue, que no volvió a estar en funcionamiento hasta una semana después. Pero estaba construyéndose una segunda pista, y la llegada de

refuerzos había supuesto un gran alivio. La mejor noticia que recibió Vandegrift fue el nombramiento del vicealmirante Halsey como comandante en jefe del Teatro de Operaciones del Pacífico. Halsey, perfectamente consciente de que Guadalcanal se había convertido en un *tour de force* entre Japón y los Estados Unidos, estaba dispuesto a cancelar otras operaciones con el fin de concentrar el mayor número de fuerzas posible allí donde fuera más necesario. Roosevelt coincidía plenamente con su idea.

Comenzó la estación de lluvias, y con las tormentas se llenaban de agua las trincheras y los pozos de tirador. Los hombres, barbudos, temblaban, calados de agua hasta los huesos durante días y días. La principal prioridad era mantener secas las municiones. La fuerza de Vandegrift consiguió repeler los ataques del general Hyakutake, que eran tan intensos o más que los sufridos anteriormente. Con la ayuda del machete, los marines habían despejado el terreno de maleza y de cisca para crear campos de tiro delante de sus trincheras. Pero la lucha por Guadalcanal fue convirtiéndose cada vez más en una *mêlée* naval. Una serie de enfrentamientos entre finales de octubre y finales de noviembre constituyó una verdadera guerra de desgaste en alta mar. Al principio, las pérdidas de los americanos fueron superiores, pero a mediados de noviembre, durante tres días de intensos combates en los que se fueron a pique

dos cruceros ligeros y siete destructores estadounidenses, los japoneses perdieron dos acorazados, un crucero pesado, tres destructores y siete barcos de transporte de tropas en los que perecieron seis mil efectivos de refuerzo destinados al general Hyakutake. A comienzos de diciembre, la marina estadounidense controlaba los accesos a la isla.

En la segunda semana de diciembre, la exhausta 1.ª División de Infantería de Marina fue evacuada para que pudiera descansar en Melbourne, donde recibió una calurosa bienvenida por parte de un gran número de jóvenes mujeres y una Mención Presidencial de Unidad [Militar] (PUC por sus siglas en inglés). Fue sustituida por la 2.ª División de Infantería de Marina, la División Americal y la 25.ª División de Infantería, formaciones comandadas bajo el nombre de XIV Cuerpo por el general de división Alexander M. Patch. Durante los dos meses siguientes, tras unos encarnizados combates por hacerse con el monte Austen, al sur de Campo Henderson, los destructores japoneses del último «Tokio Express» evacuaron a los trece mil hombres que quedaban en la isla de aquella fuerza de Hyakutake formada originariamente por treinta y seis mil efectivos. Unos quince mil de ellos habían muerto de hambre. Los japoneses ya hablaban de Guadalcanal como de «la isla de la muerte». Para los americanos, Guadalcanal sería su primer trampolín en el Pacífico para llegar a

Tokio.

Lo ocurrido en Guadalcanal permitió también una defensa efectiva de Port Moresby por parte de los australianos. Los japoneses, incapaces de reforzar y de abastecer a sus tropas, ordenaron que se retiraran a Buna, a la misma costa al norte de Papúa en la que habían desembarcado. Los australianos disfrutaban por fin de una superioridad numérica tras la llegada de Oriente Medio de su 7.ª División. Para los hambrientos y enfermos nipones, con sus botas y uniformes destrozados, la retirada por la selva tropical de montaña fue una experiencia horrible. Muchos no sobrevivieron. En su avance, los australianos descubrieron que los japoneses habían tenido que comer incluso carne humana.

Sin embargo, cuando los australianos y los americanos de la 32.ª División de Infantería atacaron la cabeza de puente de Gona y Buna, comprobaron que su misión no estaba ni mucho menos exenta de graves peligros. Los soldados japoneses habían construido brillantemente diversos búnkeres camuflados en la jungla, utilizando los gruesos troncos de los cocoteros que los ponían a salvo de las balas de las ametralladoras. El 21 de noviembre, después de que el general MacArthur ordenara a la 32.ª División de Infantería que había que «capturar Buna hoy a cualquier precio»,[5] los soldados de esa formación sufrieron las consecuencias de su mandato. Carecían de

armamento pesado, tenían escasez de comida y, además, eran constantemente bombardeados por sus propias fuerzas aéreas. Difícilmente habrían podido tener la moral más baja.

La 7.ª División Australiana, encargada de atacar Gona, también vivió una experiencia igualmente desgarradora. El 30 de noviembre, por la noche, parte de la 32.ª consiguió infiltrarse en las posiciones japonesas, moviéndose a rastras entre la rígida cisca de tallo largo y apuntado. Pero la batalla por Buna y Gona seguía adelante debido a la férrea y desesperada resistencia de los japoneses. Solo la llegada de unos tanques ligeros y de más piezas de artillería para destruir los búnkeres nipones permitió por fin que los Aliados pudieran abrirse paso y avanzar. Cuando los australianos consiguieron tomar Gona el 9 de diciembre, comprobaron que los japoneses habían amontonado alrededor de sus posiciones los cadáveres putrefactos de sus soldados a modo de sacos de arena.

En enero de 1943, la 32.ª División y los australianos lograron por fin aplastar los últimos focos de resistencia de la región de Buna. Los defensores japoneses habían estado alimentándose de hierbas y raíces silvestres. Muchos habían perecido, víctimas de la disentería amebiana y la malaria provocadas por la malnutrición, y los pocos que fueron hechos prisioneros presentaban graves síntomas de inanición. MacArthur se atribuyó una «victoria

aplastante»,[6] una victoria que había tardado tanto tiempo en producirse debido, diría luego el general, a la «parsimonia» de los comandantes australianos. Pero tanto la batalla de Guadalcanal como la de Papúa, que coincidieron en el tiempo con la campaña de Stalingrado, pero bajo unas condiciones climáticas muy distintas, supusieron el fin del mito de la invencibilidad de los japoneses. Representaron un verdadero punto de inflexión en la guerra del Pacífico, aunque fuera la batalla naval de Midway la realmente importante desde el punto de vista estratégico.

En Birmania, por otro lado, era inimaginable que se produjera un punto de inflexión tras la retirada, a lo largo de mil ochocientos kilómetros, a Assam. Para las tropas aliadas obligadas a refugiarse en la India, la guerra en Europa habría podido desarrollarse en otro planeta, por mucho que les afectara directamente, pues implicaba para ellas la llegada de menos refuerzos, de menos cobertura aérea y de menos provisiones y pertrechos de los solicitados. Churchill reconocía que el teatro de operaciones de Birmania no era fundamental en la guerra contra Japón, por mucho que fuera esencial para reabrir la carretera que conducía a China. Solo estaba interesado en reconquistar el país para vengar la humillante derrota

sufrida y recuperar para Gran Bretaña un prestigio que en aquellos momentos se veía seriamente empañado.

El mariscal de campo Wavell, consciente de que sus tropas no podían estar demasiado tiempo de brazos cruzados, decidió lanzar una ofensiva, pero con limitaciones, para reconquistar la península de Mayu, en el golfo de Bengala, y la isla de Akyab, situada frente a la costa, a unos ochenta kilómetros al sur de la frontera. La primera ofensiva en Arakan tuvo lugar en un terreno de «empinadas colinas boscosas, de arrozales y pantanos».[7] Los manglares y las pequeñas ensenadas dificultaban enormemente el paso por buena parte de la franja costera.

Esa operación fue considerada una especie de ataque preventivo para impedir cualquier intento de invasión de la India por parte de los japoneses. El plan era que la 14.ª División India avanzara desde Cox's Bazaar hasta la península de Mayu, mientras la 6.ª Brigada de Infantería desembarcaba en la desembocadura del río Mayu para tomar Akyab con su aeródromo nipón. Al final, no pudo disponerse de lanchas de desembarco debido a la puesta en marcha de la Operación Torch y a las necesidades de los americanos en las islas Salomón. El general Noel Irwin, comandante del Ejército Oriental, se había negado a utilizar el XV Cuerpo de Slim por unas desavenencias personales surgidas en 1940, cuando este último destituyó a un amigo de Irwin en Sudán. Irwin reaccionó con muy malos modos,

y cuando Slim se lamentó de ello, respondió: «No puedo ser maleducado. Soy tu superior».[8]

El avance por la costa se vio bloqueado por fuerzas japonesas entre Maungdaw y Buthidaung, y las fuertes e intensas lluvias hicieron extremadamente difícil cualquier movimiento. Luego, en diciembre, el contingente japonés, muy inferior en número, se retiró. La 14.ª División India prosiguió el avance, tanto por la península de Mayu, como por la margen derecha del río Mayu, en dirección a Rathedaung. Pero los japoneses habían enviado tropas de refuerzo que bloquearon el paso por la península a la altura de Donbaik y contraatacaron en las inmediaciones de Rathedaung.

Como les ocurrió a los americanos y a los australianos en otros escenarios, los batallones indios presentes en la península, pese a recibir los refuerzos de la 6.ª Brigada británica, sufrieron cuantiosas pérdidas debido a la acción de las tropas japonesas que operaban desde una serie de búnkeres perfectamente camuflados en los alrededores de Donbaik. En marzo de 1943, un ataque relámpago de los nipones a través del río Mayu puso en peligro su retaguardia, obligando a los británicos a emprender la retirada. Una formación de la 55.ª División japonesa logró incluso capturar el cuartel general de la 6.ª Brigada y a su comandante. Al final, los soldados británicos e indios, completamente exhaustos, y muchos de ellos

enfermos de malaria, tuvieron que retirarse y regresar a la India. El número de sus bajas, unas tres mil, fue el doble del de las japonesas. El general Stilwell declararía despectivamente que los británicos eran tan reacios a luchar contra los japoneses como los nacionalistas chinos de Chiang Kai-shek.

El 17 de enero de 1943, Gran Bretaña y los Estados Unidos renunciaron oficialmente a todos los derechos a las concesiones internacionales, que habían sido impuestas a China en virtud de los «tratados desiguales», firmados tras las Guerras del Opio y la Rebelión Bóxer. Este acuerdo, aceptado a regañadientes por los británicos, fue adoptado para que China siguiera en la guerra mientras se llevaba a cabo la principal ofensiva contra Japón en el teatro de operaciones del Pacífico. La llamada «incursión de Doolittle», emprendida contra Tokio en abril de 1942 desde el portaaviones estadounidense *Hornet*, y en la que los pilotos supervivientes tuvieron que aterrizar en la costa de China, había dado lugar a una ofensiva japonesa en el curso de la cual fue arrasada una ciudad, y destruida una base aérea nacionalista.

Stilwell, tal vez influido por su parte de responsabilidad en el desastre que había derivado en la

pérdida de Mandalay, comenzó a obsesionarse con reconquistar Birmania. Su plan a largo plazo, una vez recuperado el paso por la carretera de Birmania, era rearmar y reciclar las fuerzas de Chiang Kai-shek para derrotar a los japoneses en China. El 7 de diciembre de 1942, el general Marshall decidió desde Washington que los Estados Unidos solo estaban interesados en reconquistar Birmania para reabrir una vía de abastecimiento, no para reforzar los ejércitos de Chiang Kai-shek. Su único deseo era «aumentar rápidamente el número de operaciones aéreas fuera de China».[9]

Marshall estaba impresionado por los informes de los antiguos Tigres Voladores de Chennault, convertidos en la XIV Fuerza Aérea de los Estados Unidos después de lo de Pearl Harbor. «Los bombardeos, con poquísimas bajas americanas», añadía, «ya han causado cuantiosos daños si tenemos en cuenta el número de aviones que han participado». Chennault, en una carta personal dirigida a Roosevelt, había afirmado que podía acabar con la fuerza aérea japonesa en China, atacar las rutas de abastecimiento de Japón en el mar de China Meridional e incluso lanzar incursiones contra la mismísima ciudad de Tokio. Chennault estaba convencido de que era «capaz de conseguir la caída de Japón»,[10] del mismo modo que el mariscal del Aire sir Arthur Harris creía en Gran Bretaña que el Mando de Bombarderos podía, por sí solo, derrotar a

Alemania. Aunque en Washington no convenció tanto exceso de optimismo, lo cierto es que una campaña aérea con base en China parecía una propuesta mucho más esperanzadora que la idea de Stilwell de reciclar posteriormente los ejércitos de Chiang Kai-shek. Stilwell se sintió ofendido al verse ninguneado, e inició un enfrentamiento con Chennault. En enero de 1943, Marshall tuvo que escribirle una carta en tono severo, instándolo a colaborar con Chennault, pero no sirvió de nada.

Ese choque de personalidades no hizo sino contribuir a la falta de una estrategia coherente en el Pacífico; una falta de estrategia que se debía principalmente a la obsesión personal de MacArthur con las Filipinas y a su firme determinación de cumplir su promesa: «Regresaré». No dejaba de insistir en la necesidad de lanzar una ofensiva en Nueva Guinea para expulsar a las fuerzas japonesas que quedaban en la zona y poder luego preparar la invasión de las Filipinas. Con su manera brillante de manipular a la prensa, MacArthur logró convencer a la opinión pública norteamericana de que su gran deber moral era liberar a su aliado semicolonial de los horrores de la ocupación japonesa.

Con un plan mucho más práctico, la Marina de los Estados Unidos quería avanzar, archipiélago por archipiélago, hacia Japón, cortando los suministros de todas sus remotas guarniciones y fuerzas de ocupación.

Incapaces de llegar a un acuerdo con MacArthur y salir de ese punto muerto, los jefes del estado mayor conjunto se comprometieron a desarrollar una política llamada «de dos ejes» que debía tener en cuenta las dos ideas a la vez. Solo los Estados Unidos, con su extraordinaria producción de barcos y aviones, eran capaces de coronar con éxito una empresa con semejante dispersión de fuerzas.

El poderío cada vez mayor de los Estados Unidos en el Pacífico no sirvió de ayuda a los chinos nacionalistas, y la política de dos ejes hizo que enviarles recursos pasara a ocupar uno de los últimos puestos en la lista de prioridades de los americanos. Por otro lado, el cambio significativo que experimentó el curso de la guerra a finales de 1942, especialmente en Guadalcanal, obligó a Tokio a cancelar su plan de poner en marcha la ofensiva Gogó, en la que el Ejército Expedicionario de China debía avanzar hasta Szechuan y acabar con el gobierno nacionalista de Chungking.

24
STALINGRADO
(agosto-septiembre de 1942)

Stalin se puso furioso cuando se enteró de que las fuerzas soviéticas habían sido obligadas a retroceder a las afueras de Stalingrado. «¿Qué es lo que les pasa?», gritó por teléfono al general Aleksandr Vasilevsky, al cual había enviado a la zona para que informara a la Stavka. «¿Acaso no se dan cuenta de que eso es una catástrofe no solo para Stalingrado? ¡Perderíamos también nuestra principal vía fluvial y nuestro petróleo!»[1] Además de las fuerzas de Paulus que amenazaban la ciudad por el norte, los dos cuerpos panzer de Hoth avanzaban rápidamente por el sur.

Vasily Grossman, el primer corresponsal en llegar a la ciudad machacada por la Luftwaffe, estaba tan alarmado como el que más. «Esta guerra en la frontera de Kazajstán, en la cuenca baja del Volga, le da a uno la terrible sensación de un cuchillo clavado muy hondo». Mientras inspeccionaba los edificios bombardeados con las ventanas vacías y los tranvías carbonizados en medio de las calles, comparaba las ruinas de la ciudad con «Pompeya, víctima de la catástrofe en un día en el que todo estaba en auge».[2]

El 25 de agosto de 1942, se declaró el estado de sitio en Stalingrado. La 10.ª División de Fusileros del NKVD organizó «batallones destructores» de trabajadores, hombres y mujeres, de la Fábrica de Munición Barrikady, de las Acererías Octubre Rojo, y de la Fábrica de Tractores Dzerzhinsky. Escasamente armados, fueron enviados a combatir contra la 16.ª División Panzer con los resultados previsibles. Grupos de bloqueo de militantes del Komsomol (Juventudes Comunistas), provistos de armas automáticas, fueron situados tras ellos para impedir cualquier posible retirada. Al noroeste de la ciudad, el I Ejército de Guardias recibió la orden de atacar el flanco del XIV Cuerpo Panzer del general Gustav von Wietersheim, que se hallaba a la espera de refuerzos y pertrechos. El plan consistía en unirse al LXII Ejército, que estaba siendo obligado a replegarse al interior de la ciudad, pero los panzer, con el apoyo de la aviación de Richthofen, los hicieron retroceder durante la primera semana de septiembre.

La Luftwaffe continuó machacando la ciudad en ruinas. Bombardeó y ametralló los transbordadores, los vapores de ruedas y las pequeñas barcazas que intentaban evacuar a la población civil de la margen derecha del Volga a la izquierda. Hitler, obcecado con la aniquilación del enemigo bolchevique, promulgó una nueva disposición el 2 de septiembre. «El Führer ordena que, en el momento de la

entrada en ella, sea eliminada toda la población masculina de la ciudad, pues Stalingrado, con su población de un millón de habitantes, comunistas convencidos, es particularmente peligrosa».[3]

Los sentimientos de los soldados alemanes eran muy variados, como ponen de manifiesto las cartas enviadas a sus familias. Algunos se mostraban exultantes ante la proximidad de la victoria, pero otros se quejaban de que, a diferencia de lo que ocurría en Francia, no había nada que comprar para mandar a casa. Sus esposas les pedían pieles, especialmente de astracán. «Por favor, mándame un regalo de Rusia, cualquier cosa, no me importa lo que sea», reclamaba la mujer de uno de ellos.[4] Con los bombardeos de la RAF, las noticias procedentes de Alemania no eran demasiado alentadoras. Los parientes se quejaban del aumento de las movilizaciones. «¿Cuándo va a acabarse toda esta *Sckweinerei*?», decía una carta recibida por el soldado Müller. «No tardarán en ser enviados al campo de batalla los muchachos de dieciséis años». Y su novia le decía que ya no iba al *Kino*, pues le resultaba «demasiado triste ver los noticiarios cinematográficos con las últimas informaciones sobre el Frente».[5]

Al anochecer del 7 de septiembre, aunque el avance hacia Stalingrado parecía un éxito, Hitler tuvo un ataque de furia como no se le había visto nunca. El general Alfred Jodl acababa de regresar al Cuartel General del Führer en

Vinnitsa de una visita al *Generalfeldmarschall* List, comandante en jefe del Grupo de Ejércitos A en el Cáucaso. Cuando Hitler se quejó de que List no hubiera conseguido hacer lo que se le había ordenado, Jodl replicó que List había hecho lo que le habían dicho que hiciera. Hitler gritó: «¡Eso es mentira!», y salió violentamente de la habitación. A continuación dio instrucciones para que los estenógrafos copiaran todas y cada una de las palabras que se dijeran en la conferencia sobre la situación vigente que se celebraba a diario.[6]

El general Warlimont, del estado mayor del OKW, quedó sorprendido por el espectacular cambio que, según pudo constatar, se había producido en el ambiente cuando regresó después de una breve ausencia. Hitler lo saludó con una «larga mirada de violento odio». Más tarde el general afirmaría que pensó: «Este hombre se ha puesto en evidencia; se ha dado cuenta de que su juego fatal se ha acabado».[7] Otros miembros del estado mayor de Hitler pensaban también que se había encerrado en sí mismo. Ya no comía con los miembros de su estado mayor ni los saludaba dándoles la mano. Parecía desconfiar de todo el mundo. Apenas dos semanas después el Führer destituyó al general Halder como jefe del estado mayor general.

La ocupación de territorios por parte del Tercer Reich había llegado al máximo. Sus fuerzas se extendían desde el Volga hasta la costa atlántica de Francia, y desde el Cabo

Norte hasta el Sahara. Pero en aquellos momentos Hitler estaba obsesionado con la captura de Stalingrado, principalmente porque llevaba el nombre de Stalin. Beria decía refiriéndose a la batalla en torno a la ciudad que era «una confrontación entre carneros», pues se había convertido en una cuestión de prestigio para los dos líderes.[8] Sobre todo Hitler se aferraba a la idea de alcanzar una victoria simbólica en Stalingrado, para compensar el inminente fracaso de su intento de conquistar los campos petrolíferos del Cáucaso. De hecho la Wehrmacht había alcanzado el «punto culminante», en el que su ofensiva se había quedado sin fuelle y ya no era capaz de rechazar ulteriores ataques.

Pero a los angustiados ojos del mundo exterior, no había nada que pareciera capaz de detener el avance alemán por Oriente Medio simultáneamente desde el Cáucaso y desde el norte de África. La embajada norteamericana en Moscú esperaba que se produjera de un momento a otro el colapso de la Unión Soviética. En aquel año de desastres para los Aliados casi nadie se dio cuenta de que la Wehrmacht había llevado a cabo una excesiva dispersión de sus fuerzas que podía resultar muy peligrosa. Y tampoco casi nadie supo apreciar la resolución de contraatacar mostrada por el Ejército Rojo acorralado.

Mientras el LXII Ejército se replegaba hacia las afueras de la ciudad, el general Yeremenko, al mando del Frente de Stalingrado, y Khrushchev, su comisario político en jefe, convocaron al general Vasily Chuikov a su nuevo cuartel general en la orilla izquierda del Volga. Chuikov debía ponerse al mando del LXII Ejército en Stalingrado.

«Camarada Chuikov», dijo Khrushchev, «¿cómo interpretas la labor que se te ha encomendado?»

«Defenderemos la ciudad o moriremos en el intento», contestó Chuikov. Yeremenko y Khrushchev afirmaron que lo había entendido muy bien.[9]

Chuikov, que tenía una cara de rasgos marcados típicamente rusa y una espesa mata de pelo rizado, se reveló un líder despiadado, dispuesto a golpear o a pegar un tiro a cualquier oficial que no cumpliera con su deber. En aquel clima de caos y pánico, era casi con toda seguridad el mejor hombre para una tarea como aquella. En Stalingrado no se necesitaba un genio estratégico: solo la inteligencia de un campesino y una determinación despiadada. La 29.ª División Motorizada alemana había llegado al Volga, por el extremo sur de la ciudad, aislando al LXII Ejército de su vecino, el LXIV, al mando del general Mikhail Shumilov. Chuikov sabía que tenía que aguantar, desgastando a los alemanes, sin tener en cuenta las bajas que se pudieran sufrir. «El tiempo es sangre», como diría más tarde con una

claridad brutal.[10]

Para poner freno a los intentos de las tropas de escapar cruzando el Volga, cada vez más numerosos, Chuikov ordenó al coronel Sarayan, al mando de la 10.ª División de Fusileros del NKVD, que situara piquetes en todos los pasos del río para matar a tiros a los desertores. Sabía que la moral de la gente estaba viniéndose abajo. Incluso un comisario político había anotado imprudentemente en su diario el siguiente comentario: «Nadie cree que Stalingrado vaya a aguantar. Me parece que no vamos a vencer nunca».[11] Sarayan, sin embargo, se sintió ofendido cuando Chuikov le dijo que desplegara al resto de sus tropas para ponerlas a combatir a sus órdenes. El NKVD no aceptaba de buen grado que ningún oficial del ejército asumiera el control de sus hombres, pero Chuikov sabía que podía soportar cualquier amenaza. No tenía nada que perder. Su ejército había quedado reducido a veinte mil hombres, con menos de sesenta tanques, muchos de ellos inmovilizados, de modo que habían sido arrastrados hasta las posiciones de fuego para ser protegidos en las trincheras.

Chuikov ya había tenido la impresión de que a las tropas alemanas no les gustaban los combates cuerpo a cuerpo, de modo que su intención era mantener sus líneas lo más cerca posible del enemigo. Esa proximidad habría impedido también que actuaran los bombarderos de la

Luftwaffe, por temor a alcanzar a sus propios hombres. Pero quizá la mayor ventaja que tenía era el destrozo que los enemigos habían causado ya en la ciudad. El paisaje de ruinas que los bombardeos de Richthofen habían creado proporcionaría el campo de batalla en el que se batirían sus hombres. Chuikov tomó además la decisión adecuada manteniendo su artillería pesada y de medio calibre en la margen izquierda del Volga, con el fin de disparar sobre las concentraciones de tropas alemanas cuando formaran para lanzar sus ataques.

La primera gran acometida de los nazis dio comienzo el 13 de septiembre, al día siguiente de que Hitler obligara a Paulus a fijar una fecha para la captura de la ciudad. Paulus, que tenía un tic nervioso y padecía disentería crónica, calculaba que sus tropas tomarían la plaza en veinticuatro días. Los oficiales alemanes habían animado a sus hombres con la idea de que iban a llegar a las orillas del Volga rápidamente efectuando una gran carga. Las escuadrillas de la Luftwaffe de Richthofen ya habían comenzado el bombardeo, sobre todo con aviones Stuka zumbando sobre su objetivo. «Sobre nuestras cabezas pasó una multitud de Stukas», escribía en una carta un *Gefreiter* de la 389.ª División de Infantería, «y después de que atacaran, no podía uno creer que hubiera quedado vivo ni un ratón». Nubes de polvo blanquecino procedente de los ladrillos pulverizados se mezclaban con el humo de los

edificios y los depósitos de petróleo en llamas.[12]

Sin protección alguna en su cuartel general del Mamaev Kurgan, Chuikov había perdido el contacto con los mandos de sus divisiones, pues los bombardeos habían cortado las líneas telefónicas. Se vio obligado a llevarse a su estado mayor arrastrándose a toda prisa por el suelo hasta un bunker excavado en la roca que llegaba hasta la orilla misma del río Tsaritsa. Aunque la mayor parte de los ataques alemanes habían sido frenados por la feroz resistencia que se les opuso, la 71.ª División de Infantería logró penetrar hasta el centro mismo de la ciudad. Yeremenko se enfrentó a la tarea nada envidiable de tener que informar por teléfono de lo sucedido a Stalin, que se encontraba en medio de una reunión con Zhukov y Vasilevsky. El dictador ordenó inmediatamente que la 13.ª División de Guardias, al mando del general Aleksandr Rodimtsev, héroe de la Guerra Civil Española, cruzara el Volga para unirse a los combates en la ciudad.

Dos regimientos de fusileros del NKVD de Sarayev lograron frenar a la 71.ª División de Infantería durante el 14 de septiembre e incluso llegaron a reconquistar la estación central del ferrocarril. Esto dio apenas tiempo a que los guardias de Rodimtsev empezaran a cruzar el río esa misma noche, en una flotilla heterogénea de barcas de remo, pinazas, lanchas cañoneras y gabarras. Fue una travesía larga y terrible en medio del fuego de la artillería,

pues en Stalingrado el Volga alcanzaba los mil trescientos metros de anchura. Cuando los hombres de las primeras barcas se aproximaron a la margen derecha del río, pudieron ver la silueta de los soldados de infantería alemanes recortándose sobre la luz de los edificios en llamas situados por encima de ellos cerca de la orilla. Los primeros soldados soviéticos que desembarcaron se lanzaron directamente al ataque en la empinada pendiente que formaba la margen del río, sin tiempo siquiera de armar las bayonetas en sus fusiles. Cuando se unieron a los fusileros del NKVD situados a su izquierda, obligaron a los alemanes a replegarse. A medida que iban desembarcando más batallones, fueron avanzando a brazo partido hacia la línea férrea, al pie del Mamaev Kurgan, donde se desencadenó una cruenta lucha por dominar la cumbre, situada a ciento dos metros de altura. Si los alemanes la tomaban, podrían controlar todas las travesías del río con su artillería. La colina sería vapuleada por las bombas durante tres meses, y los cadáveres serían enterrados y desenterrados una y otra vez en los escombros.

Como es natural muchos fusileros del NKVD lanzados a primera línea de combate se vinieron abajo debido a la tensión. El Destacamento Oficial comunicó que «la unidad de bloqueo del LXII Ejército arrestó entre el 13 y el 15 de septiembre a mil doscientos dieciocho soldados y oficiales, de los cuales fueron ejecutados veintiuno, diez

fueron encarcelados y otros fueron devueltos a sus unidades. La mayoría de las tropas arrestadas pertenecía a la 10.ª División del NKVD».[13]

«Stalingrado parece un cementerio o un basurero», escribió en su diario un soldado del Ejército Rojo. «La ciudad entera y la zona circundante están negras, como si las hubieran pintado con hollín».[14] Los uniformes de un bando y otro apenas podían distinguirse al quedar impregnados de suciedad y cubiertos por la polvareda levantada por los escombros. Y la mayor parte de los días el humo y el polvo eran tan espesos que no se podía ver el sol. El hedor de los cuerpos en descomposición abandonados en medio de las ruinas se mezclaba con el de los excrementos y el hierro calcinado. Al menos cincuenta mil civiles (un informe del NKVD habla de doscientos mil) no habían podido cruzar el Volga, o no se lo habían permitido, pues en aquellos momentos se daba prioridad a la evacuación de los heridos. La gente se hacinaba, muerta de hambre y de sed, en los sótanos de los edificios en ruinas mientras la batalla se desarrollaba sobre sus cabezas y el suelo temblaba con las explosiones.

La vida era mucho peor para los que habían quedado atrapados detrás de las líneas alemanas. «Desde los primeros días de la ocupación», informaría más tarde el Destacamento Especial del NKVD, «los alemanes empezaron a liquidar a los judíos que habían quedado en la

ciudad, así como a los comunistas, a los miembros del Komsomol y a las personas sospechosas de ser partisanos. Fueron sobre todo la Feldgendarmerie y la policía auxiliar de Ucrania las que se encargaron de la búsqueda y la detención indiscriminada de judíos. Los traidores existentes entre la población local también desempeñaron un papel significativo. Para localizar y asesinar a los judíos, registraban las viviendas, los sótanos, los escondites y los refugios subterráneos. De la búsqueda de comunistas y de miembros del Komsomol se encargaba la Geheime Feldpolizei, que contó con la ayuda activa de los traidores a la Madre Patria..., Hubo también violaciones salvajes de mujeres soviéticas por parte de los alemanes».[15]

Muchos soldados rusos no fueron capaces de aguantar la tensión del combate. Durante la batalla de Stalingrado fueron ejecutados por cobardía o deserción unos trece mil hombres en total. Los detenidos eran obligados a desnudarse antes de ser fusilados, para que su uniforme pudiera ser utilizado de nuevo sin llevar agujeros de bala, que habrían resultado desalentadores. Los soldados hacían alusión a los prisioneros que recibían sus «nueve gramos» de plomo, la última ración que les daba el estado soviético.[16] Los que hacían la vista gorda con los camaradas que intentaban desertar también eran detenidos. El 8 de octubre el Frente de Stalingrado comunicaba a Moscú que tras la imposición de una férrea disciplina «el

clima derrotista ha sido eliminado casi del todo, y el número de incidentes traicioneros va disminuyendo».[17]

Los comisarios políticos se sentían particularmente molestos por los rumores que corrían acerca de que los alemanes permitían irse a casa a los desertores rusos que se pasaban a ellos. La falta de instrucción política, informaba a Moscú un comisario político de alto rango, «es explotada por agentes alemanes que llevan a cabo su labor de corrupción, intentando convencer a los soldados más inestables de que deserten, especialmente a aquellos cuyas familias han quedado en los territorios ocupados temporalmente por los alemanes».[18]

Parece que los más vulnerables eran los ucranianos, que sentían nostalgia de su tierra, muchos de ellos refugiados que huían del avance de los alemanes y a los que habían puesto un uniforme para mandarlos directamente al frente, de modo que no tenían noticia alguna de la suerte que habían corrido sus familiares y sus casas.

El departamento político habría podido precisar que solo el cincuenta y dos por ciento de los soldados del LXII Ejército era de nacionalidad rusa, como prueba del carácter multinacional de la Unión Soviética. Y ni siquiera esta cifra tiene en cuenta el fuerte contingente siberiano. Más de un tercio de los hombres de Chuikov eran ucranianos. El equilibrio se conseguía contando a los kazajos, los bielorrusos, los judíos (jurídicamente definidos como no

rusos), los tártaros, los uzbecos y los azerbaiyanos. Se esperaba demasiado de la leva masiva llevada a cabo en Asia central, cuyos integrantes nunca se habían enfrentado a la tecnología militar moderna. «Les cuesta trabajo entender las cosas», comunicaba un teniente ruso puesto al mando de un pelotón de metralletas, «y resulta muy difícil trabajar con ellos».[19] La mayoría llegaba sin haber recibido instrucción alguna y sus sargentos y oficiales tenían que enseñarles a utilizar una ametralladora.

«Cuando fuimos trasladados a la segunda línea debido a las enormes pérdidas sufridas», anotó un soldado tártaro de Crimea, «recibimos refuerzos: uzbecos y tayikos, que seguían llevando sus gorras típicas, incluso en el frente. Los alemanes nos decían en ruso a través de la megafonía: "¿De dónde habéis sacado a esos animales?"»[20]

La propaganda dirigida a los soldados fue brutal, pero probablemente eficaz. Una imagen aparecida en el periódico del Frente de Stalingrado mostraba a una chica asustada con las piernas y brazos atados. «¿Qué dirías si tu amada fuera atada así por los fascistas?», rezaba el letrero correspondiente. «Primero la violarán con la mayor desvergüenza, y luego la arrojarán debajo de un tanque. ¡Avanza, guerrero! ¡Dispara al enemigo! ¡Tu obligación es impedir al violador que abuse de tu novia!»[21] Creían apasionadamente en el slogan propagandístico que decía: «¡Para los defensores de Stalingrado no hay tierra al otro

lado del Volga!»[22]

A comienzos de septiembre, a los soldados alemanes les dijeron sus oficiales que Stalingrado caería pronto y que eso supondría el fin de la guerra en el frente oriental, o al menos la oportunidad de obtener un permiso para ir a casa. El círculo en torno a Stalingrado se cerró cuando las tropas del IV Ejército Panzer se unieron con el VI Ejército de Paulus. Todos sabían que la gente en Alemania aguardaba la llegada de noticias de la victoria. La aparición de la 13.ª División de Fusileros de la Guardia y la incapacidad de los alemanes de apoderarse de los atracaderos del centro de la ciudad fueron consideradas meros reveses temporales. «Desde ayer», decía en una carta a su familia un integrante de la 29.ª División de Infantería Motorizada, «la bandera del Tercer Reich ondea sobre el centro de la ciudad. El centro y la zona de la estación están en manos alemanas. No podéis imaginaros cómo recibimos la noticia».[23] Por el flanco izquierdo, los ataques soviéticos desde el norte fueron repelidos, aunque con un elevado número de bajas. La 16.ª División Panzer había situado sus tanques en una ladera resguardada, de modo que destruía todos los vehículos blindados soviéticos que aparecían por la cima de la colina. La victoria parecía inevitable, pero con las primeras heladas empezaron a surgir dudas en la mente de algunos.

A última hora de la tarde del 16 de septiembre, el

secretario de Stalin entró en su despacho silenciosamente y puso sobre la mesa del dictador la copia de un comunicado de radio alemán que había sido interceptado. Se afirmaba en él que Stalingrado había sido tomada y que Rusia había quedado dividida en dos. Stalin se acercó a la ventana y miró al exterior. A continuación llamó por teléfono a la Stavka. Ordenó que enviaran un comunicado por radio a Yeremenko y a Khrushchev exigiéndoles que dijeran exactamente la verdad sobre la situación existente. Pero de hecho la crisis inmediata ya había pasado. Chuikov había empezado a traer nuevos refuerzos a través del río para reemplazar las terribles pérdidas sufridas. La artillería soviética, concentrada en la margen izquierda del río, era cada vez más experta en frustrar los ataques alemanes. Y el VIII Ejército Aéreo empezaba a mandar que despegaran cada vez más aviones para enfrentarse a la Luftwaffe, aunque a sus tripulantes seguía faltándoles seguridad en sí mismos. «Nuestros pilotos creen que cuando despegan ya son cadáveres», reconocía el comandante de un caza. «De ahí es de donde vienen las bajas».[24]

La táctica de Chuikov consistía en no hacer caso de las órdenes del Frente de Stalingrado, que le establecía la necesidad de lanzar grandes contraataques. Sabía que no podía permitirse las bajas que aquello comportaba. Por el contrario, se decantó por el sistema de «rompeolas», utilizando como plazas fuertes casas bien guarnecidas y

cañones antitanques ocultos entre las ruinas con el fin de fragmentar los ataques alemanes. Acuñó la expresión «academia de lucha calle por calle de Stalingrado», mediante la cual designaba los asaltos nocturnos llevados a cabo por patrullas de combate de hombres armados con ametralladoras, granadas, cuchillos e incluso palas afiladas, que atacaban a través de los sótanos y las alcantarillas.

Los combates se producirían de día y de noche, planta por planta, en las distintas manzanas de casas en ruinas, con grupos de enemigos situados en diferentes pisos, disparando y lanzando granadas a través de los agujeros abiertos por las bombas. «Una ametralladora es muy útil en la lucha casa por casa», anotó un soldado. «Los alemanes a menudo nos tiraban granadas y nosotros por nuestra parte les tirábamos granadas a ellos. De hecho en varias ocasiones cogí una granada de los alemanes y se la devolví; las bombas estallaban incluso antes de caer al suelo. Mi sección recibió la orden de defender una casa, y de hecho estábamos todos en el tejado. Los alemanes llegaron a los bajos y al primer piso, y abrimos fuego contra ellos».[25]

El reabastecimiento de municiones se convirtió en un problema desesperante. «La munición que nos traen durante la noche no es recogida a tiempo por los representantes del mando del LXII Ejército», informaba el Destacamento Especial del NKVD. «Es descargada a la orilla del río y a menudo estalla como consecuencia del

fuego enemigo durante el día. Los heridos no se evacúan hasta la caída de la noche. Los hombres que sufren heridas graves no reciben ayuda alguna. Mueren y sus cadáveres no son recogidos. Los vehículos pasan por encima de ellos. No hay médicos. Los heridos reciben ayuda de las mujeres del lugar».[26] Aunque sobrevivieran a la travesía del Volga y llegaran a algún hospital de campaña, sus perspectivas distaban mucho de ser alentadoras. Las amputaciones se llevaban a cabo a toda prisa. Muchos heridos eran evacuados en trenes hospital a Tashkent. Un soldado apuntó que en la sala en la que fue colocado con otros catorce soldados de Stalingrado, solo cinco hombres conservaban «todas sus extremidades».[27]

Los alemanes, desconcertados por haber perdido las ventajas de maniobra de las que gozaban, denominaron aquella nueva forma de combate *Rattenkrieg* o guerra de ratas. Sus mandos, horrorizados por la tremenda ferocidad de semejante lucha, en la que sus bajas alcanzaban unas cotas elevadísimas, pensaron que estaban obligándolos a recurrir a las viejas tácticas de la Primera Guerra Mundial. Intentaron responder con grupos de asalto, pero a sus soldados no les gustaba combatir de noche. Y los centinelas, asustados ante la idea de que los siberianos se presentaran sigilosamente para cogerlos prisioneros y convertirlos en «lenguas» de interrogatorio, eran presa del pánico en cuanto se producía algún ruido, por pequeño que

fuera, y empezaban a disparar. El gasto del VI Ejército en munición superaría solo en el mes de septiembre los veinticinco millones de cartuchos. «Los alemanes combaten sin escatimar la munición», informaba el Destacamento Especial a Beria en su despacho de Moscú. «Son capaces de abrir fuego con cañones de campaña contra un solo hombre, mientras que nosotros asignamos a cada ametralladora una cinta y gracias».[28] Pero los soldados alemanes también escribían a sus familias quejándose de la escasez de las raciones y del hambre que pasaban. «No podéis imaginaros lo que estoy pasando aquí», decía uno de ellos. «El otro día había unos perros corriendo por aquí y disparé contra uno, pero resultó que al que di estaba muy flaco».[29]

Se utilizaron también otros medios para desgastar a los alemanes e impedir que pudieran descansar. El 588.° Regimiento de Bombarderos Nocturnos se especializó en volar por la noche con sus obsoletos biplanos P0-2 sobre las líneas alemanas apagando los motores cuando iniciaban su ataque. El fantasmal silbido que producían resultaba siniestro. Todos sus pilotos, caracterizados por su extraordinario valor, eran mujeres jóvenes. No tardaron en ser bautizadas como las «Brujas de la Noche», primero por los alemanes y luego por sus propios compatriotas.

Durante el día los encargados de ejercer presión psicológica eran los grupos de francotiradores. Al

principio, la actividad de los tiradores era esporádica y estuvo mal planificada. Pero los mandos de las divisiones soviéticas se dieron cuenta rápidamente de su importancia a la hora de inspirar miedo al enemigo y para levantar la moral de sus propios hombres. La actividad del francotirador se convirtió casi en un culto debido a la influencia de los comisarios políticos, y por consiguiente debemos tener mucha cautela ante las numerosas afirmaciones stajanovistas que se hacen acerca de sus logros, especialmente cuando la propaganda convertía a los ases de la puntería en algo casi comparable a los astros del fútbol actual. El francotirador más famoso de Stalingrado, Vasily Zaitsev, que no era el que más puntería tenía, probablemente fuera elevado al estrellato por pertenecer a la 284.ª División de Fusileros de Siberia del coronel Nikolai Batyuk, formación que contaba con el favor de Chuikov. El general en jefe del ejército sentía envidia de la publicidad concedida a la 13.ª División de Fusileros de la Guardia de Rodimtsev, así que el francotirador estrella de esta unidad, Anatoly Chekhov, recibió menos atención.

El terreno resquebrajado de la ciudad en ruinas y la proximidad de las primeras líneas eran ideales. Los tiradores podían esconderse casi en cualquier sitio. Un edificio alto ofrecía un campo de tiro mucho mayor, pero en cambio escapar de él resultaba mucho más peligroso. Vasily Grossman, el corresponsal del que más se fiaban los

soldados, obtuvo incluso permiso para acompañar a Chekhov, un chico de apenas diecinueve años, en una de sus expediciones. Chekhov, que tenía un carácter callado e introvertido, contó a Grossman sus experiencias en una serie de largas entrevistas. Describía en ellas cómo escogía a sus víctimas por su uniforme. Los oficiales constituían un objetivo prioritario, especialmente los observadores de artillería. Y también los soldados encargados de acarrear agua cuando los soldados alemanes sufrían más a causa de la sed. Existen incluso informes de que los francotiradores tenían orden de disparar contra los niños rusos hambrientos a los que los soldados alemanes sobornaban con mendrugos de pan para que les llenaran las cantimploras en el Volga. Y los francotiradores soviéticos no tenían desde luego el menor reparo en pegar un tiro a cualquier mujer rusa que vieran en compañía de los alemanes.

Como si de una excursión de pesca se tratara, Chekhov ocupaba una posición cuidadosamente escogida antes del amanecer para estar listo «al rayar el alba». Desde que mató a su primera víctima, buscaba los tiros en la cabeza y contemplaba con satisfacción el chorro de sangre que producían. «Vi una cosa negra salir de su cabeza, cayó al suelo..., Cuando disparo, la cabeza se echa inmediatamente hacia atrás, o hacia un lado, [la víctima] deja caer cualquier cosa que lleve en las manos y se desploma... ¡No bebían nunca agua del Volga!»[30]



Arriba: Pearl Harbor, 7 de diciembre de 1941.
Abajo: Hitler declara la guerra a los Estados Unidos, 11 de diciembre de 1941.







Izquierda: La contraofensiva soviética cerca de Moscú.

Abajo izquierda: Servicios de suministro alemanes, diciembre de 1941.

Derecha: Primeros auxilios en el frente soviético.

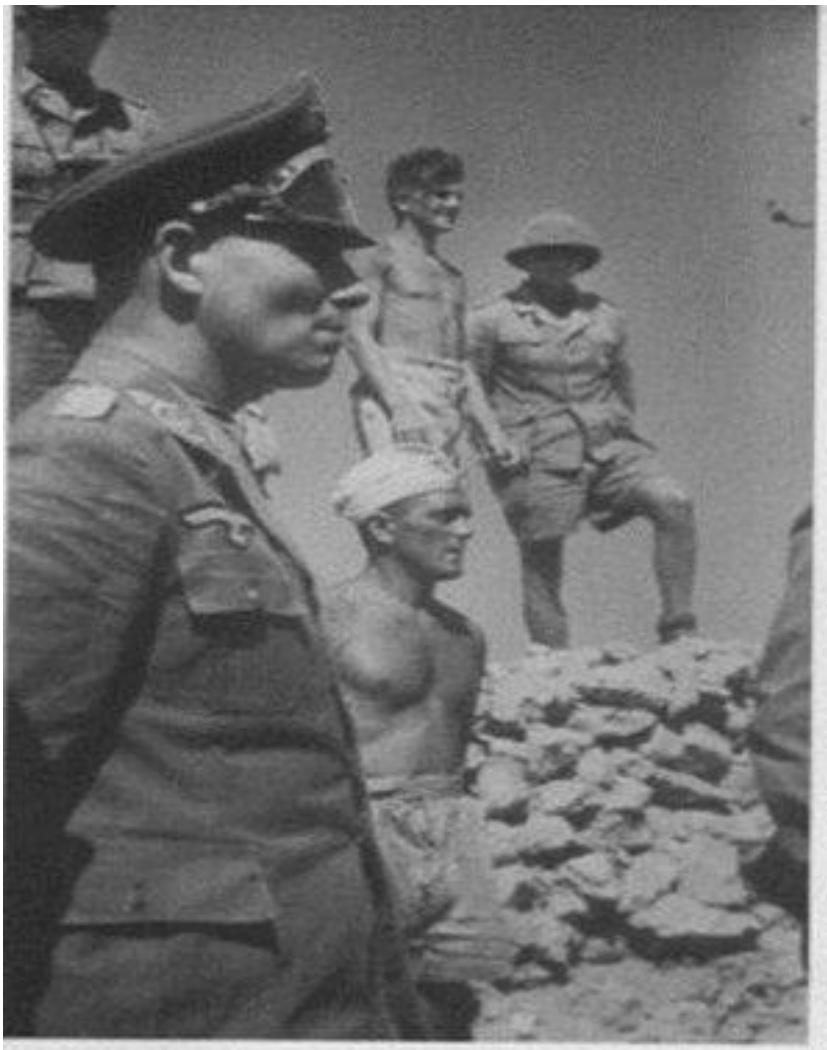
Bajo estas líneas: Los efectos del hambre: tres fotos tamaño carnet de Nina Petrova en Leningrado: mayo de 1941, mayo de 1942 y octubre de 1942.

Abajo: Evacuados de Leningrado cruzan el lago Ladoga por la «carretera de hielo».







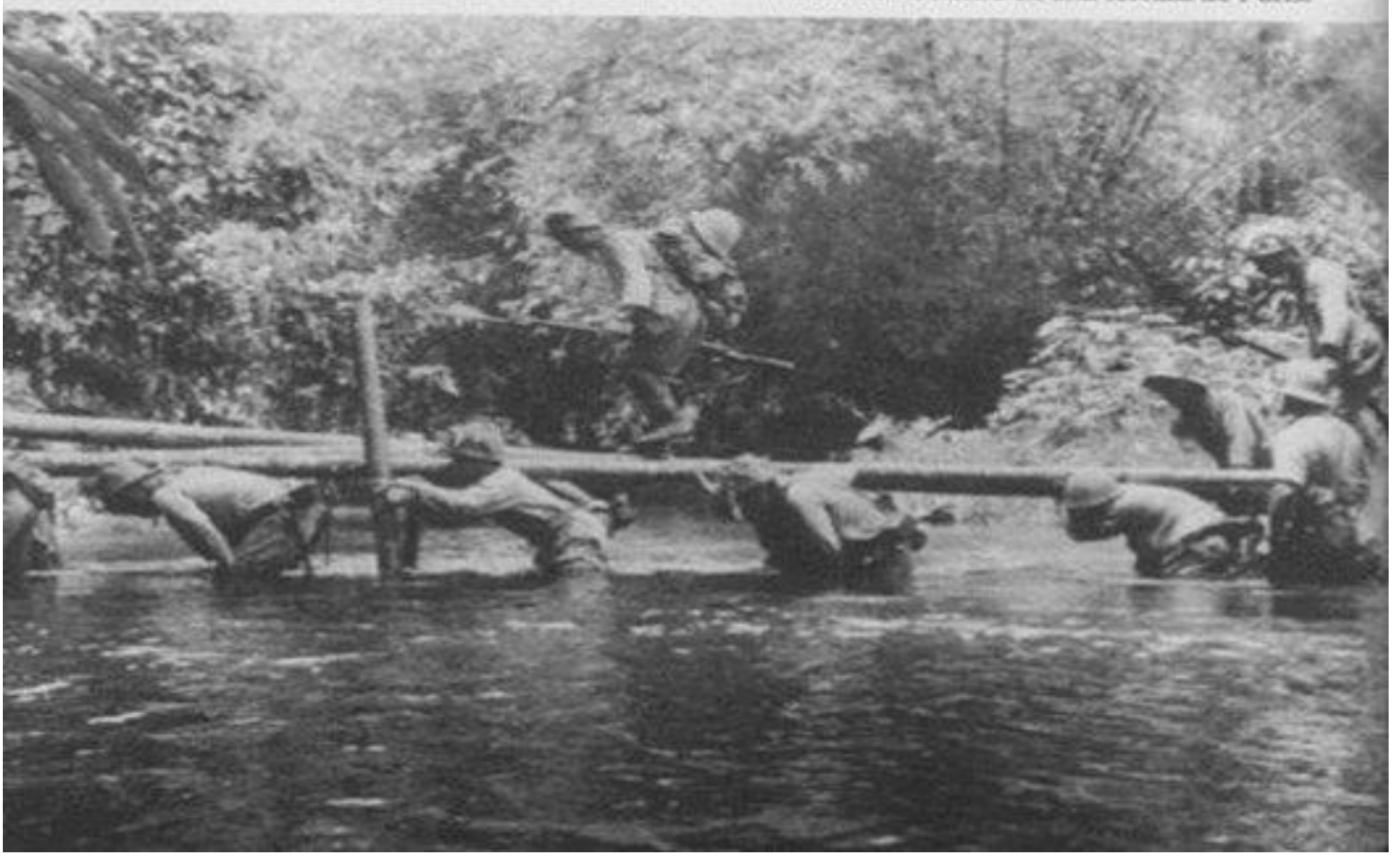


Izquierda: Rommel en el norte de África.

Abajo: El avance japonés en Birmania. Un grupo de soldados hace de puente.

Derecha: Victoria de los japoneses en Corregidor, 6 de mayo de 1942.

Abajo derecha: Un grupo de oficiales alemanes se entretiene en una terraza de París.





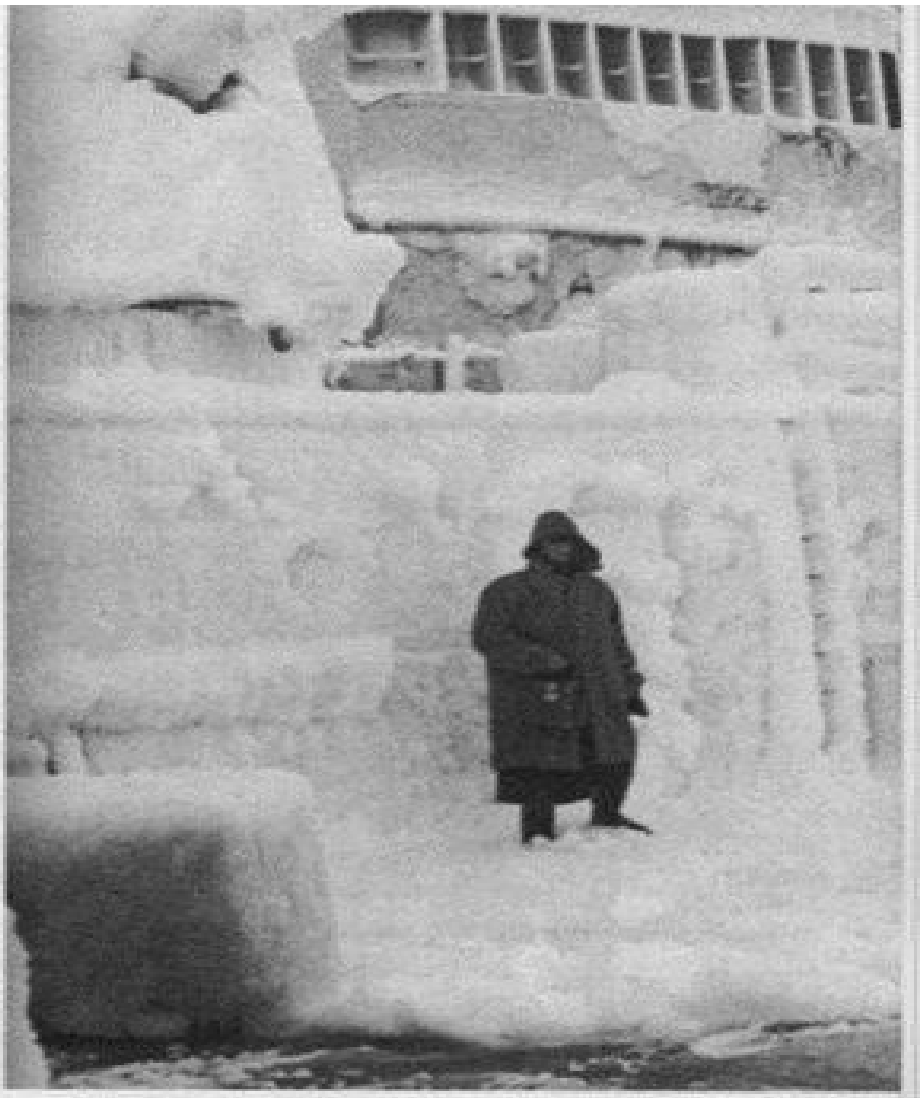




Arriba: Soldados de infantería alemanes en Stalingrado.
Abajo: Marines estadounidenses al asalto. Atolón Tarawa, 19 de noviembre de 1943.







Arriba: Un prisionero poco antes de ser ejecutado.
Derecha: Un convoy en el Ártico: imagen del *Belfast*, noviembre de 1943.
Abajo: La movilización de la industria de guerra soviética.





Arriba: Destacamento de la caballería japonesa en China.
Abajo: Imagen de Hamburgo después de las incursiones aéreas de julio de 1943.



El diario de un suboficial alemán de la 297.ª División de Infantería capturado al sur de Stalingrado ponía de manifiesto el efecto desmoralizador que tenían los francotiradores incluso fuera de las ruinas de la ciudad. El 5 de septiembre el *Unteroffizier* en cuestión escribía: «El soldado que nos traía el desayuno fue abatido por un francotirador justo cuando estaba a punto de saltar a nuestra trinchera». Cinco días después anotaba: «He estado últimamente en la retaguardia y no soy capaz de describir lo bien que se estaba allí. Puede uno caminar erguido sin temor de ser alcanzado por un francotirador. Me lavé la cara por primera vez en trece días». Y al volver al frente escribía: «Los francotiradores no nos dan tregua. ¡Tienen una puntería de la hostia!»[31]

La mentalidad stajanovista estaba profundamente enraizada en el Ejército Rojo y los oficiales se sentían obligados a hinchar la magnitud de los sucesos o incluso a inventárselos, tal como explicaba un teniente bisoño. «Había que mandar cada mañana y cada tarde un informe sobre las bajas causadas al enemigo y sobre el heroísmo de los hombres del regimiento. Tenía que llevar los informes yo mismo porque había sido nombrado oficial de enlace, pues a nuestra batería no le quedaban cañones... Una mañana, solo por curiosidad, leí un documento marcado como "SECRETO" que había enviado el oficial al mando de

un regimiento. Decía que las tropas de su regimiento habían repelido el ataque del enemigo y habían causado daños a dos tanques, habían silenciado cuatro baterías y habían matado a una docena de soldados y oficiales de Hitler con fuego de artillería, de fusil y de ametralladora. Pero yo sabía perfectamente que los alemanes habían pasado todo el día sin hacer nada en sus trincheras y que nuestros cañones de 75 mm no habían disparado ni un solo obús. En realidad no puedo decir que me sorprendiera semejante informe. En aquellos momentos ya estábamos acostumbrados a seguir el ejemplo del Sovinform [agencia de noticias oficial]».[32]

Los soldados del Ejército Rojo no solo se veían obligados a sufrir el tormento del miedo, el hambre y los piojos, a los que denominaban «francotiradores», sino que además padecían la angustia de no tener qué fumar. Algunos se arriesgaban incluso a sufrir severos castigos por utilizar su documento de identidad para liarse un cigarrillo si por ventura les quedaba un poco de tabaco tipo *makhorka*. Y cuando estaban realmente desesperados, se fumaban el relleno de algodón de sus guerreras acolchadas. Todos echaban de menos su ración de cien gramos diarios de vodka, pero los cabos del servicio de abastos robaban una parte de las asignaciones y rellenaban el resto con agua. Siempre que tenían ocasión, los soldados cambiaban con la población civil pertrechos o prendas de ropas por

samogonka o licor destilado ¿legalmente.[33]

En Stalingrado, las más valientes entre los valientes eran las jóvenes auxiliares de enfermería, que salían constantemente en medio del fuego graneado a recoger a los heridos y llevarlos, aunque fuera a rastras, detrás de las líneas. A veces respondían al fuego de los alemanes. Con camillas no había ni que contar, así que la auxiliar o bien se escabullía colocándose debajo del herido y arrastrándose cargándolo sobre su espalda, o bien lo envolvía en una lona o en un capote y tiraba de él. Los heridos eran llevados luego a algún embarcadero para su evacuación al otro lado del anchuroso río, donde tenían que aguantar los embates de la artillería, las ametralladoras y los ataques aéreos. A menudo eran tantos que quedaban desatendidos durante horas, a veces incluso días. Los servicios médicos no daban abasto. Y en los hospitales de campaña, que carecían de bancos de sangre, las enfermeras y los médicos se ofrecían voluntarios para hacer transfusiones de brazo a brazo. «Si no lo hacen así, los soldados morirán», comunicaba el Frente de Stalingrado a Moscú. Muchos se desmayaban por haber donado demasiada sangre.[34]

En su momento más crítico, durante la batalla de Stalingrado se produjo un cambio de poder dentro del propio Ejército Rojo. El 9 de octubre, el Decreto N.° 307 anunció «la introducción de una estructura de mando unificada en el Ejército Rojo y la eliminación del puesto de

comisario».[35] Los mandos militares que habían sufrido las intromisiones de los comisarios políticos estaban exultantes. Aquella medida fue un elemento fundamental para el ulterior resurgimiento de un cuerpo de oficiales profesionales. Los comisarios políticos, por su parte, quedaron horrorizados al comprobar que los mandos militares dejaban de hacerles caso. El departamento político del Frente de Stalingrado deploraba la «actitud absolutamente incorrecta» que se puso de manifiesto. Se notificaron numerosos ejemplos a Moscú. Un comisario comunicaba que «el departamento político es considerado un apéndice innecesario».[36]

El servicio de inteligencia militar soviético y el NKVD se alarmaron también cuando, a raíz de los interrogatorios de los prisioneros, se descubrió que un gran número de soldados suyos capturados por los alemanes trabajaban para el enemigo realizando diversas funciones.[37] «En algunos puntos del frente», comunicaba a Moscú el departamento político del Frente de Stalingrado, «ha habido casos de antiguos rusos que se han puesto el uniforme del Ejército Rojo y han penetrado en nuestras posiciones con el fin de realizar labores de reconocimiento y de capturar a oficiales y prisioneros para su interrogatorio».[38] Pero nunca pudieron imaginarse que había más de treinta mil de ellos adscritos solo al VI Ejército. Hasta que no acabó la batalla no descubrieron a

través de los interrogatorios el volumen de los que había ni la forma que tenía de funcionar el sistema.

«Los rusos que hay en el ejército alemán pueden dividirse en tres categorías», dijo un prisionero al oficial del NKVD encargado de interrogarlo. «En primer lugar los soldados movilizados por las tropas alemanas, los llamados pelotones de cosacos [combatientes], adscritos a las divisiones alemanas. En segundo lugar los *Hilfsfreiwillige* [llamados «Hiwis»], contingente formado por la población local y los prisioneros rusos que se presentaban voluntarios, así como por los soldados del Ejército Rojo que desertaban para unirse a los alemanes. Los miembros de esta categoría visten el uniforme alemán y tienen grados y distintivos. Comen lo mismo que los soldados alemanes y están adscritos a regimientos alemanes. En tercer lugar, están los prisioneros rusos que realizan labores sórdidas, como las cocinas, las cuadras, etcétera. Estas tres categorías reciben tratos distintos, reservándose naturalmente el mejor de ellos a los voluntarios».[39]

En octubre de 1942, Stalin se enfrentaba además a otros problemas. Chiang Kai-shek y las autoridades del Kuomintang en Chungking estaban interesados en explotar las debilidades que sufrían los soviéticos en aquellos

momentos, en los que los ejércitos alemanes amenazaban los pozos de petróleo del Cáucaso. Durante varios años Stalin había ido intensificando el control soviético sobre la remota provincia noroccidental de Sinkiang, con sus minas y sus importantes pozos de petróleo de Dushanzi. Con exquisita diplomacia, Chiang empezó a reafirmar la soberanía de la China Nacionalista sobre la provincia. Obligó a los soviéticos a retirar sus tropas y a devolver las empresas mineras y de fabricación de aviones que habían creado. Pero además intentó obtener ayuda norteamericana, y los soviéticos acabaron retirándose a regañadientes. Stalin no podía arriesgarse a enemistarse con Roosevelt. El hábil manejo de la situación de que hizo gala Chiang Kai-shek evitó que la Unión Soviética se apoderara de Sinkiang, de la misma manera que ya controlaba Mongolia Exterior. La retirada de los soviéticos supuso también un importante revés para los comunistas chinos de la provincia. No volverían a ella hasta 1949, cuando el Ejército Popular de Liberación de Mao la conquistara casi al final de la guerra civil.[40]

Los implacables ataques de los alemanes en Stalingrado se reanudaron con una fuerza aún mayor durante el mes de octubre. «Comenzó un feroz bombardeo de la artillería

cuando estábamos preparando el desayuno», escribía un soldado soviético. «La cocina en la que estábamos reunidos se llenó de repente de un humo maloliente. Nuestras escudillas de caldo de mijo aguado se llenaron de yeso. Nos olvidamos inmediatamente de nuestra sopa. Fuera alguien gritó: "¡Tanques!" Aquel alarido se abrió paso sobre el estruendo de las explosiones, de las paredes que se venían abajo y de los terribles gritos que daba no sé quién».[41]

Aunque el LXII Ejército había sido obligado a replegarse peligrosamente cerca de la orilla del Volga, continuó librando una terrible batalla de desgaste en las fábricas en ruinas de la parte norte de la ciudad. El Frente de Stalingrado informó de que sus tropas mostraban un «verdadero heroísmo de masas».[42] Dicho heroísmo, sin embargo, contó en buena parte con la ayuda del enorme incremento del fuego de la artillería soviética situada al otro lado del Volga, que frustró los ataques de los alemanes.

Durante la primera semana de noviembre, el Frente de Stalingrado experimentó un cambio notable. «En los dos últimos días», señalaba un informe a Moscú enviado el 6 de noviembre, «el enemigo ha estado cambiando de táctica. Probablemente debido a las ingentes pérdidas sufridas durante las últimas tres semanas, ha dejado de utilizar grandes formaciones».[43] A lo largo de tres semanas de

potentes y costosísimos ataques, los alemanes no habían sido capaces de avanzar más de «cincuenta metros al día» por término medio. Los rusos identificaban la nueva táctica alemana de «reconocimiento en fuerza en busca de los puntos débiles existentes entre nuestros regimientos». Pero aquellos nuevos «ataques repentinos» no tuvieron más éxito que los anteriores. La moral de los soldados soviéticos estaba mejorando. «A veces pienso en las palabras de Nekrasov, cuando decía que el pueblo ruso es capaz de soportar todo lo que Dios pueda mandarle», escribía un soldado. «Aquí en el ejército puede uno imaginarse con toda facilidad que no hay fuerza en la tierra capaz de acabar con nuestra fuerza rusa».[44]

La moral de los alemanes, por su parte, sufrió mucho. «Resulta imposible describir lo que está pasando aquí», decía en una carta a su familia un cabo alemán. «En Stalingrado todo aquel que todavía tiene cabeza y manos, tanto hombres como mujeres, sigue luchando».[45] Otro reconocía que «estos perros [soviéticos] pelean como leones».[46] Y un tercero decía incluso a sus familiares: «Cuanto antes esté bajo tierra, menos sufriré. A menudo pensamos que los rusos deberían capitular, pero esta gente sin educación es demasiado estúpida para entenderlo».[47] Comidos de piojos, debilitados por la escasez de las raciones de comida y vulnerables a múltiples enfermedades, la más habitual de las cuales era la

disentería, su único consuelo era pensar en los cuarteles de invierno y esperar la llegada de las Navidades.

Hitler exigió una acometida final para apoderarse de la margen derecha del Volga antes de que llegaran las nieves. El 8 de noviembre, se jactó en un discurso ante la «Vieja Guardia» nazi (los *Alte Kämpfer*), pronunciado en la Bürgerbräukeller de Munich, de que la ciudad estaba prácticamente tomada. «El tiempo no tiene importancia», afirmó. Muchos oficiales del VI Ejército escucharon con incredulidad sus palabras, retransmitidas por Radio Berlín.[48] La Panzerarmee Afrika de Rommel estaba en retirada y las fuerzas aliadas acababan de desembarcar en la costa del norte de África. Era un ejemplo de aquella funesta bravuconería que tendría unas consecuencias tan desastrosa sobre la suerte de los alemanes, especialmente los integrantes del VI Ejército. Simplemente por orgullo, Hitler sería incapaz de permitir que se llevara a cabo una retirada estratégica.

A continuación se produjo una serie de decisiones precipitadas. El cuartel general del Führer ordenó que la mayoría de los ciento cincuenta mil caballos de transporte y que la artillería que el VI Ejército tenía a su servicio, fueran enviados a la retaguardia, a varios centenares de kilómetros de distancia. Ya no habría que enviar enormes cantidades de forraje a primera línea, ahorrándose así mucho en transporte. Esta medida privó completamente de

movilidad a las divisiones no motorizadas, aunque lo que tal vez pretendiera Hitler fuera conjurar toda posibilidad de retirada. Su orden más desastrosa fue mandar a Paulus que enviara casi todas sus fuerzas blindadas a la batalla «final» por Stalingrado, incluso a los conductores de tanque de reserva, para ser utilizadas como infantería. Paulus obedeció la orden. De haber estado en su lugar, es casi seguro que Rommel no habría hecho caso de ella.

El 9 de noviembre, el día después de que Hitler pronunciara su discurso, llegó el invierno a Stalingrado. La temperatura descendió de repente a menos dieciocho grados centígrados, lo que hacía la travesía del Volga todavía más peligrosa. «Los témpanos de hielo chocan unos con otros ruidosamente y se rompen», escribía Grossman, impresionado por aquel sonido fantasmal.[49] El reabastecimiento y la evacuación de los heridos se hicieron casi imposibles. Los mandos de la artillería alemana, conscientes del problema al que se enfrentaba el enemigo, concentraron todavía más el fuego en los puntos utilizados para cruzar el río. El 11 de noviembre, empezaron la ofensiva grupos de combate de seis divisiones alemanas, apoyados por otros cuatro batallones de zapadores. Chuikov lanzó varios contraataques esa misma noche.

En sus memorias Chuikov afirma que no tenía la menor idea de lo que planeaba la Stavka, pero eso es falso. Como revela un informe enviado a Moscú, sabía que en

aquellos momentos debía mantener ocupado luchando en la ciudad al mayor número posible de fuerzas alemanas, de modo que el VI Ejército no pudiera reforzar sus flancos, que eran más vulnerables.

Los mandos y los oficiales del estado mayor alemán hacía tiempo que conocían la debilidad de sus flancos. Por la izquierda su retaguardia a lo largo del Don era defendida por el III Ejército rumano, y del sector situado al sur se encargaba el IV Ejército de esta misma nacionalidad. Ninguna de estas formaciones estaba bien armada, sus hombres estaban desmoralizados y no tenían cañones antitanque. Hitler había hecho oídos sordos a todas las advertencias, asegurando que el Ejército Rojo estaba dando las últimas boqueadas y que era incapaz de lanzar una ofensiva eficaz. Se negó además a aceptar los cálculos acerca de la producción soviética de tanques. El rendimiento de los trabajadores y trabajadoras de la Unión Soviética en las fábricas improvisadas y sin calefacción montadas en los Urales, había más que cuadruplicado de hecho la producción de la industria alemana.

Los generales Zhukov y Vasilevsky habían sido conscientes de la gran oportunidad que se les presentaba desde el 12 de septiembre, cuando parecía que Stalingrado estaba a punto

de caer. A Chuikov se le habían suministrado refuerzos suficientes para defender la ciudad, pero no más. De hecho el LXII Ejército había sido puesto como cebo en una trampa enorme. Durante todas las terribles batallas del otoño, la Stavka había estado acumulando sus reservas y formando nuevos ejércitos, especialmente unidades de tanques, y desplegando baterías de lanzacohetes Katiusha. Las autoridades soviéticas habían descubierto lo eficaz que era esta nueva arma a la hora de aterrorizar al enemigo. El soldado Waldemar Sommer, de la 371.ª División de Infantería dijo al oficial del NKVD que lo interrogó: «Si el Katiusha canta un par de veces más, lo único que quedará de nosotros serán nuestros botones de hierro».[50]

Stalin, por lo general tan impaciente, había escuchado por fin los argumentos de sus generales. Estos le habían convencido de que necesitaban tiempo y de que machacar el flanco norte del VI Ejército desde el exterior era inútil. Lo que el Ejército Rojo necesitaba era una gigantesca maniobra de envolvimiento con grandes formaciones de tanques desde mucho más atrás, por el oeste a lo largo del Don y desde el sur de Stalingrado. Al dictador no le molestaba lo más mínimo que ello supusiera una vuelta a la doctrina de las «operaciones en profundidad» defendidas por el mariscal Mikhail Tukhachevsky, declaradas heréticas tras su ejecución durante las purgas. La perspectiva de una venganza masiva abrió la mente de Stalin a este osado plan

que «cambiaría decisivamente la situación estratégica en el sur».[51] La ofensiva debía llamarse Operación Urano.

Desde mediados de septiembre, Zhukov y Vasilevsky habían estado reuniendo nuevos ejércitos y los habían adiestrado enviándolos durante breves períodos a diferentes sectores del frente. Este sistema tenía la ventaja añadida de confundir a los servicios de inteligencia alemanes, que empezaban a esperar que se produjera una gran ofensiva contra el Grupo de Ejércitos Centro. Fueron puestas en práctica las medidas de decepción —*maskirovka*— con lanchas de asalto desplegadas en el Don en las inmediaciones de Voronezh, donde no estaba previsto llevar a cabo ningún ataque, mientras que se ordenó a las tropas cavar a la vista de todo el mundo posiciones defensivas en los sectores en los que estaba previsto lanzar la ofensiva. En cambio, las sospechas alemanas de que iba a tener lugar una gran ofensiva contra el saliente de Rzhev, al oeste de Moscú, estaban bien fundadas.

Los servicios de inteligencia militar soviéticos habían acumulado numerosos informes alentadores acerca del estado del III y IV Ejército rumano. Los interrogatorios pusieron de manifiesto el odio que reinaba entre los reclutas contra el mariscal Antonescu, que había «vendido la Patria a los alemanes».[52] El jornal de un soldado no daba «apenas para comprar un litro de leche».[53] Los oficiales

eran «muy groseros con los soldados y a menudo les pegan». Se producían muchos casos de autolesiones, a pesar de las prédicas de los oficiales que aseguraban que aquellos actos constituían «un pecado contra la Patria y contra Dios». Las tropas alemanas los insultaban a menudo, lo que daba lugar a peleas, y los soldados rumanos llegaron a matar a un oficial alemán que había fusilado a dos camaradas suyos. El oficial soviético encargado de los interrogatorios llegaba a la conclusión de que las fuerzas rumanas se hallaban en un «estado de moral política muy bajo».[54] Los interrogatorios de prisioneros llevados a cabo por el NKVD pusieron asimismo de manifiesto que los soldados del Tercer Reich habían «violado a todas las mujeres de las aldeas situadas al sudoeste de Stalingrado».[55]

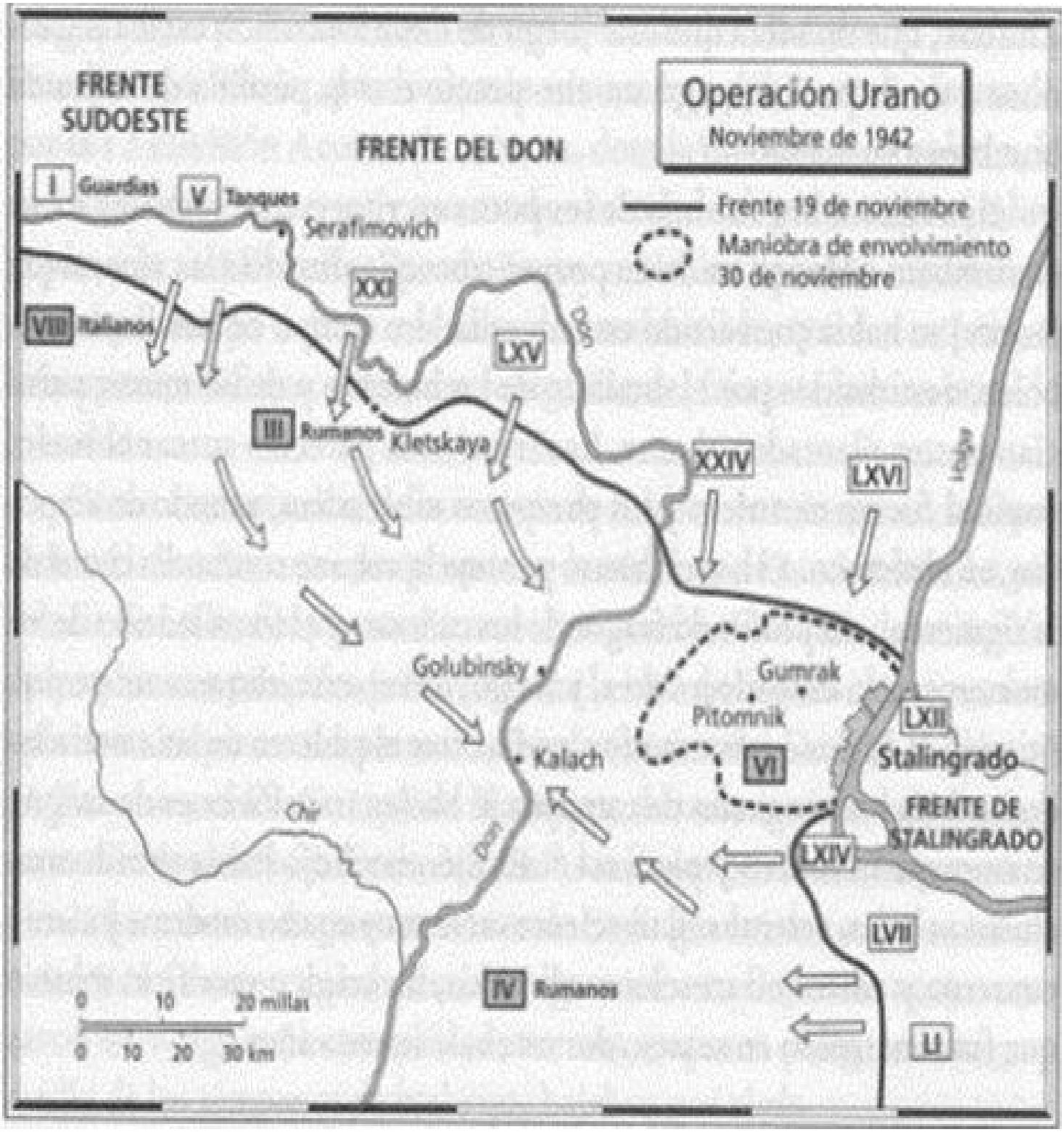
En el Frente Kalinin y en el Frente del Oeste, la Stavka planeaba también el lanzamiento de la Operación Marte contra el IX Ejército alemán. El principal objetivo era asegurarse de que ni una sola división pudiera ser «trasladada desde el sector central del frente al sector sur».[56] Aunque Zhukov era responsable de la supervisión de esta operación como representante de la Stavka, dedicó mucho más tiempo a planificar la Operación Urano que la Operación Marte. Zhukov pasó los primeros diecinueve días en Moscú, solo ocho y medio en el sector Kalinin del frente, y ni más ni menos que cincuenta y dos en el eje de

Stalingrado. Solo esta circunstancia indica que Marte fue una operación secundaria, a pesar de que en ella se desplegaran seis ejércitos.[57]

A juicio de los especialistas en la historia militar de Rusia, el factor que demuestra de manera concluyente que la Operación Marte fue una maniobra de diversión y no, como ha sostenido David Glantz, una operación de la misma categoría que la otra, es la asignación de munición de artillería.[58] Según el general del ejército M. A. Gareev, de la Asociación Rusa de Historiadores de la Segunda Guerra Mundial, la ofensiva Urano recibió «entre 2,5 y 4,5 cargas de munición [por cañón] en Stalingrado, frente a las menos de una asignadas en la Operación Marte».[59] Este sorprendente desequilibrio nos habla de un curioso desprecio de la vida humana por parte de la Stavka, que estaba dispuesta a enviar a seis ejércitos al combate con un apoyo insuficiente de la artillería con el único fin de mantener ocupado al Grupo de Ejércitos Centro durante la maniobra de envolvimiento de Stalingrado.

Según un superespía, el general Pavel Sudoplatov, esa actitud despiadada fue absolutamente cínica. Cuenta cómo los detalles de la inminente Ofensiva de Rzhev fueron comunicados deliberadamente a los alemanes. La Administración de Misiones Especiales del NKVD y los servicios de inteligencia militar del GRU habían preparado conjuntamente la Operación Monasterio, consistente en

una infiltración en la Abwehr alemana. Aleksandr Demyanov, nieto del caudillo de los cosacos de Kubán, había recibido del NKVD la orden de dejarse reclutar por la Abwehr. El *Generalmajor* Reinhard Gehlen, jefe de los servicios de inteligencia alemanes para el frente oriental, le dio el nombre clave de Max y llegó a decir que era su mejor agente y que había organizado una excelente red de espías. Pero la organización clandestina de simpatizantes anticomunistas de Demyanov estaba controlada completamente por el NKVD. Max hizo «defección» y cruzó las líneas en esquís durante el caos del contraataque soviético de diciembre de 1941. Como los alemanes ya lo habían identificado como probable agente en tiempos del pacto nazi-soviético, y además su familia era bien conocida en los círculos de los emigrados Blancos, Gehlen no dudó en confiar ciegamente en él. Max se lanzó entonces en paracaídas detrás de las líneas del Ejército Rojo en febrero de 1942 y no tardó en empezar a transmitir por radio informaciones plausibles, pero inexactas, proporcionadas por los miembros del NKVD que lo controlaban.



A primeros de noviembre ya estaban bastante avanzados los preparativos para la Operación Urano en las proximidades de Stalingrado y el ataque diversivo de la Operación Marte, cerca de Rzhev. Max recibió entonces la orden de dar a los alemanes detalles sobre Marte. «La

ofensiva anunciada por Max en el frente del centro cerca de Rzhev», escribe el general Sudoplatov, jefe de la Administración de Misiones Especiales, «fue planificada por Stalin y Zhukov para distraer a los alemanes y obligarlos a desplazar sus esfuerzos de Stalingrado. La desinformación pasada por Aleksandr fue mantenida en secreto incluso para el general Zhukov, y a mí me la comunicó personalmente el general Fedor Fedorovich Kuznetsov, del GRU, en un sobre lacrado... Zhukov, que no sabía que este juego de desinformación estaba jugándose a sus expensas, pagó un alto precio con la pérdida de miles de hombres a su mando».[60]

Ilya Ehrenburg fue uno de los pocos escritores que visitó las zonas de combate. «Una parte de un pequeño bosque situado a las afueras [de Rzhev] se había convertido en un verdadero campo de batalla; los árboles, destrozados por el estallido de las bombas y de las minas, parecían postes plantados al azar. Las trincheras parecían surcar el suelo, como si fueran cicatrices y los parapetos sobresalían, a modo de ampollas, en el terreno. El hoyo abierto por una bomba se confundía con el de la siguiente... El profundo fragor de los cañones y el feroz ladrido de los morteros eran ensordecedores, y luego, de repente, durante un pequeño respiro de dos o tres minutos, podía oírse el tableteo de las ametralladoras... En los hospitales de campaña se hacían transfusiones de sangre, se amputaban

brazos y piernas».[61] El Ejército Rojo había sufrido muchísimas bajas, setenta mil trescientos setenta y cuatro muertos y ciento cuarenta y cinco mil trescientos heridos, un trágico sacrificio masivo que fue mantenido en secreto durante casi sesenta años.[62]

Para la gran operación de envolvimiento contra el VI Ejército, Zhukov reconoció personalmente los sectores de ataque a orillas del Don, mientras que Vasilevsky visitaba los ejércitos desplegados al sur de Stalingrado. Vasilevsky ordenó allí un avance limitado justo hasta un poco más allá de la línea de las salinas, con el fin de tener un punto de partida mejor. El secreto tenía una importancia trascendental. Ni siquiera se habló del plan a los altos mandos del ejército. La población civil que se encontraba detrás de la línea del frente fue evacuada. Sus aldeas iban a necesitarse para ocultar las tropas que iban a ser traídas por la noche. El camuflaje soviético era bueno, pero no lo suficiente para ocultar la concentración de tantas formaciones. Ese punto, sin embargo, no era decisivo. Mientras que los oficiales de estado mayor del VI Ejército y del Grupo de Ejércitos B esperaban una especie de ataque contra el sector defendido por los rumanos al noroeste con el fin de cortar la línea férrea de Stalingrado, nunca se

imaginaron que fuera a producirse un intento de maniobra de envolvimiento en toda regla. Los ineficaces ataques contra su flanco norte cerca de Stalingrado los habían convencido de que el Ejército Rojo era incapaz de lanzar un golpe mortal. A lo más que estaba dispuesto Hitler era a destinar al XLVIII Cuerpo Panzer como reserva detrás del III Ejército rumano. Este Cuerpo Panzer, por lo demás sumamente débil, estaba formado por la 1.ª División Acorazada rumana, dotada de tanques obsoletos, la 14.ª División Panzer, muy mermada a raíz de los combates por Stalingrado, y la 22.ª División Panzer, cuyos vehículos llevaban inmovilizados tanto tiempo debido a la falta de combustible, que los ratones se habían escondido en ellos para refugiarse del frío y se habían comido los cables.

Como consecuencia de la escasez de medios de transporte, la Operación Urano tuvo que ser pospuesta hasta el 19 de noviembre. La paciencia de Stalin fue puesta duramente a prueba. Con más de un millón de hombres en posición, le horrorizaba la idea de que los alemanes descubrieran lo que estaba pasando. Desde el norte del Don, el V Ejército de Tanques, el IV Cuerpo de Tanques, dos cuerpos de caballería y otras divisiones de fusileros, cruzaron las líneas por la noche para dirigirse a las cabezas de puente. Al sur de Stalingrado, dos cuerpos mecanizados, un cuerpo de caballería y algunas formaciones de apoyo cruzaron el Volga en la oscuridad, en una empresa

peligrosísima, en medio de los témpanos de hielo que bajaban por el río.

Durante la noche del 18-19 de noviembre, los zapadores soviéticos de las cabezas de puente del Don avanzaron arrastrándose entre la nieve con uniformes de camuflaje blancos para limpiar los campos de minas. En medio de la espesa niebla helada pasaron inadvertidos a los centinelas rumanos. A las 07:30, hora de Moscú, varios regimientos de obuses, artillería, morteros y lanzacohetes Katiusha abrieron fuego simultáneamente. A pesar del bombardeo, que hizo temblar el suelo a cincuenta kilómetros a la redonda, los soldados rumanos resistieron con mayor tenacidad de lo que habían esperado los oficiales de enlace alemanes. En cuanto los tanques fueron lanzados al ataque, apisonando las alambradas bajo su peso, dio comienzo el avance soviético, con los T-34 y la caballería aproximándose a toda velocidad por los campos nevados. Las divisiones de infantería alemanas, pilladas al descubierto, se vieron de pronto intentando rechazar las cargas de la caballería «como si estuviéramos en 1870», decía en una carta un oficial.[63]

El cuartel general del VI Ejército se sintió alarmado, y con razón, pero se le dijo que el XLVIII Cuerpo Panzer avanzaba ya dispuesto a frenar la incursión. No obstante, las interferencias del cuartel general del Führer y los cambios de órdenes provocaron una gran confusión. La 22.ª

División Panzer había quedado prácticamente inmovilizada, pues la electricidad de la mayoría de sus tanques no había sido reparada todavía, de modo que el contraataque del *Generalleutnant* Ferdinand Heim se convirtió en un caos y fracasó. Cuando Hitler se enteró, dijo que había que fusilar a Heim.

Cuando Paulus quiso empezar a reaccionar era demasiado tarde. A sus divisiones de infantería les faltaban los caballos y por lo tanto carecían de movilidad. Sus formaciones acorazadas seguían empantanadas en la propia Stalingrado, y no pudieron retirarse con rapidez debido a los ataques lanzados por el general Chuikov con el fin de impedírselo. Cuando finalmente tuvieron las manos libres, las tropas panzer recibieron la orden de trasladarse al oeste para unirse al XI Cuerpo del *Generalleutnant* Karl Strecker con el fin de bloquear la gran incursión que había tenido lugar muy lejos de allí, en su retaguardia. Pero eso suponía que el flanco sur, a cargo del IV Ejército rumano, se quedaba solo con la 29.ª División Motorizada como reserva.

El 20 de noviembre, el general Yeremenko dio la orden de que comenzara el ataque por el sur. Encabezados por dos cuerpos mecanizados y un cuerpo de caballería, el LXIV Ejército, el LVII y el LI empezaron a avanzar. Había llegado el momento de la venganza, y la moral de las tropas estaba altísima. Los soldados heridos se negaron a ser

evacuados a la retaguardia. «No voy a irme», dijo un integrante de la 45.ª División de Fusileros. «Quiero atacar al lado de mis camaradas».[64] Los soldados rumanos se rindieron en gran cantidad, y muchos fueron fusilados en el acto.

Al no contar con la ayuda de vuelos de reconocimiento en aquel momento trascendental, el cuartel general del VI Ejército no pudo comprender cuál era el plan de los soviéticos. Este consistía en que las dos ofensivas coincidieran en la zona de Kalach del Don, tras rodear a todo el VI Ejército. La mañana del 21 de noviembre, en su cuartel general de Golubinsky, a veinte kilómetros al norte de Kalach, Paulus y su estado mayor seguían sin tener idea del peligro. Pero a medida que fue avanzando la jornada y a la vista de los alarmantes informes que llegaban acerca del avance de las puntas de lanza soviéticas, se dieron cuenta de la catástrofe que se les venía encima. No había unidades disponibles para detener al enemigo y su propio cuartel general se veía amenazado. Se quemaron los archivos rápidamente, y los aviones de reconocimiento averiados situados en las pistas de aterrizaje fueron destruidos. Aquella tarde el cuartel general del Führer transmitió la siguiente orden de Hitler: «VI Ejército resista a pesar del peligro momentáneo de envolvimiento».[65] El destino de la formación más grande de toda la Wehrmacht estaba a punto de ser decidido.

Kalach, con su puente sobre el Don, estaba prácticamente indefensa.

El oficial al mando de la 19.ª Brigada de tanques soviética se enteró gracias a una mujer de la localidad de que los tanques alemanes siempre se acercaban al puente con las luces encendidas. Por consiguiente puso al frente de su columna dos panzer capturados, y ordenó a los conductores de todos los demás tanques que apagaran las luces y se dirigieran al puente de Kalach antes de que la unidad improvisada de defensores y el personal de las baterías antiaéreas de la Luftwaffe se percataran de lo que sucedía.

Al día siguiente, el domingo 22 de noviembre, las dos puntas de lanza soviéticas se dirigieron una al encuentro de otra, guiándose por medio de bengalas verdes, hasta que se encontraron en medio de la estepa helada. Los soldados se abrazaron como osos, compartiendo las salchichas y el vodka para celebrar el suceso. Para los alemanes daba la casualidad de que aquel día era el *Totensonntag*, el domingo en que conmemoraban a los difuntos. «No sé cómo va a acabar todo esto», decía en una carta a su esposa el *Generalleutnant* barón Eccard von Gablenz, comandante en jefe de la 384.ª División de Infantería. «Todo esto me resulta muy difícil, porque debería intentar inspirar a mis subordinados una fe inconmovible en la victoria».[66]

25

EL ALAMEIN Y LA OPERACIÓN TORCH (octubre-noviembre de 1942)

En octubre de 1942, mientras Zhukov y Vasilevsky preparaban su gran maniobra de envolvimiento del VI Ejército en Stalingrado, Rommel se encontraba en Alemania de baja por enfermedad. Había tenido graves problemas de estrés, con la presión sanguínea por los suelos y complicaciones intestinales. Había fracasado en su último intento de romper las líneas del VIII Ejército en la batalla de Alam Halfa. Muchos de sus hombres también estaban enfermos, además de sufrir una importante escasez de alimentos, combustible y municiones. Tras ver rotos sus sueños de conquistar Egipto y Oriente Medio, Rommel se negaba a aceptar cualquier responsabilidad por aquel desastre. Seguía convencido de que el *Generalfeldmarschall* Kesselring había cortado deliberadamente el envío de suministros al Panzerarmee Afrika por una simple cuestión de celos.

La situación del Panzerarmee Afrika era realmente

muy delicada. Los italianos en la retaguardia y la Luftwaffe estaban almacenando el grueso de las provisiones y pertrechos para ellos. La moral de los alemanes estaba por los suelos. Gracias a las interceptaciones de Ultra, los bombardeos y los ataques de los submarinos aliados echaron a pique todavía más barcos de carga enemigos en octubre. La desconfianza que suscitaban en Hitler sus «aliados anglófilos» lo convenció de «que los buques de transporte alemanes han sido traicionados por los italianos en beneficio de los ingleses».[1] No se le ocurrió la posibilidad de que los Aliados estuvieran rompiendo el sistema de codificación alemán de las máquinas «Enigma».

El *General der Panzertruppe* Georg Stumme, que había sido juzgado por un tribunal militar por haber extraviado documentación relacionada con la Operación Azul, se puso al frente del ejército en ausencia de Rommel, y el teniente general Wilhelm von Thoma asumió el mando del Afrika Korps. Ni Hitler ni el OKW creían que los británicos iban a atacar antes de la primavera del año siguiente, y, por lo tanto, pensaban que el Panzerarmee Afrika todavía tenía una oportunidad de abrirse paso a través de las líneas enemigas y alcanzar el delta del Nilo. Rommel y Stumme eran más realistas. Sabían que poco podían hacer ante el poderío aéreo de los aliados y los ataques de la Marina Real británica contra sus convoyes de provisiones.

Rommel se sintió sumamente consternado por la autosuficiencia que vio en Berlín cuando recibió su bastón de mariscal de campo. Göring hablaba con desprecio de los aviones aliados, diciendo: «Los americanos solo son capaces de fabricar cuchillas de afeitar». *«Herr Reicksmarschall»*, contestó Rommel, «ya me gustaría a mí que tuviéramos esas cuchillas».[2] Hitler prometió enviar cuarenta tanques pesados Tiger y unas cuantas unidades de lanzacohetes Nebelwerfer de varios cañones, como si ello bastara para cubrir sobradamente la escasez de recursos del mariscal.

El OKW descartó la idea de un probable desembarco aliado en el norte de África en un futuro inmediato. Solo los italianos se tomaron en serio la amenaza. Prepararon planes de contingencia para ocupar el Túnez francés, proyecto al que los alemanes se opusieron por temor a la reacción de las fuerzas francesas del gobierno de Vichy. En realidad, la planificación de la Operación Torch aliada estaba mucho más avanzada de lo que imaginaban incluso los italianos. A comienzos de septiembre, los dolores de cabeza de Eisenhower empezaron a desaparecer a medida que fueron resolviéndose los desacuerdos transatlánticos. Iban a llevarse a cabo desembarcos simultáneos en Casablanca, en la costa del Atlántico, y en Oran y Argel, en la costa del Mediterráneo. Pero los problemas de abastecimiento, debido a la confusión y a la falta de barcos,

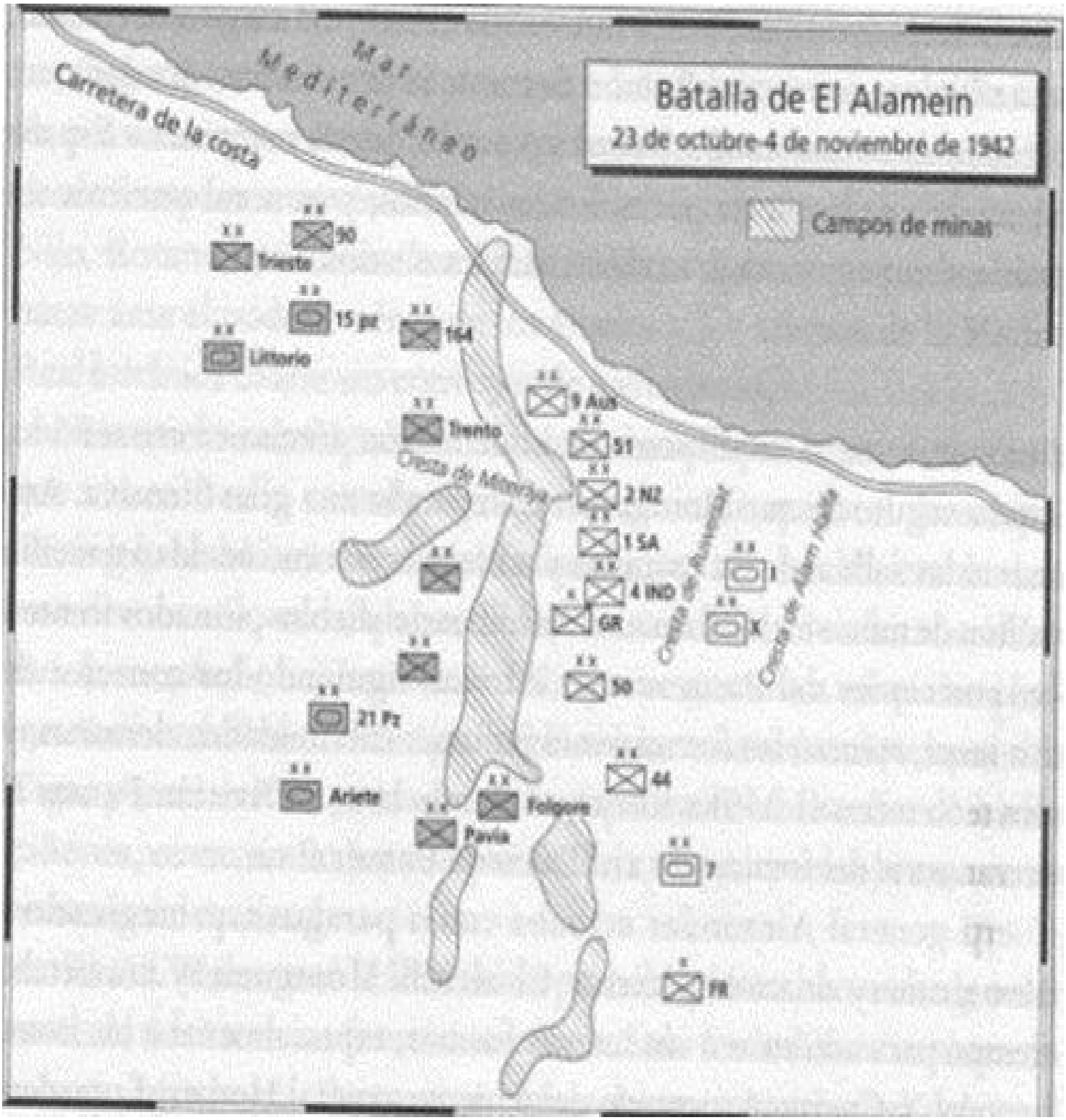
constituían una pesadilla para su jefe de estado mayor, el general de división Walter Bedell Smith. Buena parte de las tropas que cruzaron el Atlántico llegó a su destino sin armas ni equipamiento, por lo que se retrasaron las operaciones de entrenamiento anfibio.

En el frente diplomático, tanto el gobierno americano como el británico comenzaron a garantizar al gobierno de Franco que no tenían intención alguna de violar la soberanía española ni en el norte de África ni en el continente europeo. Fue un paso que hubo que dar para acallar los rumores alemanes de que los aliados planeaban ocupar las islas Canarias. Por fortuna, el pragmático general Francisco Gómez-Jordana Sousa, conde de Jordana, volvía a ocupar la cartera de exteriores después de que Franco hubiera destituido del cargo a su cuñado, el ambicioso y pronazi Ramón Serrano Súñer. Gómez-Jordana, un hombre de corta estatura y edad avanzada, quería mantener a España al margen de la guerra por todos los medios, y su nombramiento en septiembre supuso un gran alivio para los aliados.

Stumme, aunque no disponía de información precisa en ese sentido, estaba seguro de que Montgomery preparaba una gran ofensiva. Aumentó las salidas de las patrullas y

aceleró la colocación de casi medio millón de minas en los llamados «jardines del diablo», situados frente a las posiciones del Panzerarmee Afrika. Siguiendo los consejos de Rommel, reforzó las formaciones italianas con unidades alemanas, y dividió en dos el Afrika Korps, enviando la 15.ª División Panzer al sector norte del frente, y la 21.ª División Panzer al sur.

El general Alexander actuaba como paraguas, protegiendo a Montgomery de un impaciente Churchill. Montgomery necesitaba tiempo para adiestrar a sus nuevas fuerzas, especialmente a los hombres del X Cuerpo Acorazado del teniente general Herbert Lumsden, al que llamaba con orgullo y un exceso de optimismo «mi *corps de chasse*». Los Sherman recién llegados estaban siendo preparados para aumentar el número de tanques del VIII Ejército a más de un millar. Lumsden, un extravagante soldado de caballería que había ganado incluso el Grand National, no era precisamente muy del agrado de Montgomery, pero sí de Alexander.



El plan de Montgomery, la Operación Lightfoot, consistía en lanzar el ataque principal contra el sector norte, que, además, era el mejor defendido. Daba por hecho que la acción cogería a los alemanes por sorpresa. El X Cuerpo de Lumsden debía aprovechar la embestida después

de que el XXX Cuerpo hubiera cruzado los campos de minas situados al sur de la carretera de la costa. Con la ayuda de un sofisticado plan de diversión para engañar al enemigo, todo un truco que debía ejecutar el comandante Jasper Maskelyne, ilusionista de profesión, Montgomery esperaba persuadir a los alemanes de que la gran ofensiva iba a tener lugar en el sur, para que decidieran trasladar a sus fuerzas a ese sector. Maskelyne colocó cientos de falsos vehículos e incluso una falsa tubería de agua en dicho sector sur. Se aumentaron las comunicaciones por radio en la zona con trasmisiones de mensajes previamente grabados. Para indicar un gran movimiento en el sector se utilizaron camiones que, arrastrando pesadas cadenas, levantaban densas polvaredas. Y para dar crédito a esta fase fundamental de la estratagema de Montgomery, el XIII Cuerpo del teniente general Brian Horrocks lanzaría una ofensiva, seguido de la 7.ª División Acorazada y con el apoyo de un tercio de su artillería. En el extremo izquierdo de la línea Alamein, las tropas de la Francia Libre de Koenig atacarían la posición italiana de Qaaret el Himeimat, un sólido reducto lindante con la depresión de Qattara, pero carecían de apoyo suficiente para lanzarse contra un objetivo tan difícil.

El 19 de octubre, la Fuerza Aérea del Desierto y los americanos comenzaron a bombardear intensamente los aeródromos de la Luftwaffe. Cuatro días después, el 23 de

octubre, la artillería de Montgomery comenzó a abrir fuego a las 20:40 contra las posiciones de las fuerzas del Eje. El suelo temblaba por la violencia de las ondas expansivas, y los destellos de los cañonazos iluminaban todo el horizonte nocturno. Desde la distancia, parecía una descarga de relámpagos. Los bombarderos aliados atacaron las posiciones de las tropas de reserva y zonas de la retaguardia. El general Stumme, temiendo agotar sus municiones, ordenó a su propia artillería que no respondiera a la agresión.

Desde el anochecer, mientras en el cielo la luna reemplazaba poco a poco al sol, los zapadores habían comenzado a avanzar lentamente, localizando entre la arena con la ayuda de la bayoneta las minas y sacándolas para crear unos corredores que iban marcando con cinta blanca y lámparas de aceite. A las 22:00 horas, el XXX Cuerpo empezó a avanzar por esos corredores con cuatro divisiones —la 51.ª de Infantería (Highland), la 9.ª Australiana, la 1.ª Sudafricana y la 2.ª de Nueva Zelanda—, cada una de ellas apoyada por al menos un regimiento blindado. Precedidos por el sonido de sus gaitas, los hombres de la recién creada 51.ª División de Infantería (Highland) marchaban con las bayonetas caladas, pues habían oído que el frío acero era lo que más temían los soldados italianos. Las bajas de la infantería fueron relativamente pocas, pero, para enojo de Montgomery, los

tanques del X Cuerpo de Lumsden se confundieron en los campos de minas. Ese retraso supuso que al amanecer se vieran sometidos al fuego intenso del enemigo.

El general Stumme quiso ver por sí mismo el desarrollo de los acontecimientos en el frente, pero cuando su vehículo se puso a tiro de los aliados, el conductor partió a toda velocidad, sin darse cuenta de que Stumme había salido del automóvil. Stumme falleció de un ataque al corazón, y su cuerpo no fue encontrado hasta el día siguiente. Cuando el general von Thoma se enteró de la noticia y asumió el mando, se mostró reacio a lanzar una gran contraofensiva, pues no se atrevía a gastar las reservas de combustible de sus fuerzas sin que hubieran llegado más suministros. Pero el 25 de octubre, la 15.ª División Panzer en el norte y la 21.ª División Panzer en el sur respondieron con éxito al ataque aliado.

El plan magistral de Montgomery no estaba saliendo como se esperaba. Los alemanes no habían mordido el anzuelo, y no habían enviado fuerzas al sur para repeler el ataque de diversión del XIII Cuerpo. Por otro lado, en el norte, los campos de minas alemanes y la resistencia de las fuerzas del Eje habían supuesto un obstáculo mucho mayor de lo esperado. Montgomery señalaba injustamente a la 10.ª División Acorazada como culpable del fiasco, acusándola incluso de cobardía, cuando, en realidad estaba siendo utilizada muy mal. Los prejuicios de Montgomery

acerca del uso de la caballería no le permitían sacar el mayor provecho de sus formaciones blindadas.

Tras enterarse de la ofensiva británica y del fallecimiento de Stumme, Rommel ordenó que un avión lo llevara de vuelta a África, vía Roma. Llegó a su cuartel general el 25 de octubre al anochecer, después de haber sido informado en la capital italiana de que la precaria situación de las reservas de combustible era peor que nunca debido a las acciones de la Marina Real y las fuerzas aéreas aliadas.

El ataque de los británicos se vio entonces favorecido por la captura por parte de los australianos de dos oficiales alemanes que tenían en su poder una serie de mapas minuciosamente detallados de sus campos de minas. Por la noche, los australianos tomaron un cerro fundamental, que lograron conservar al día siguiente tras repeler diversos y violentos contraataques. Con la concentración de las formaciones del XXX Cuerpo y el X Cuerpo, la presión contra el Panzerarmee Afrika en el norte empezó a ser insufrible. A continuación, Rommel se enteró de que el buque cisterna que esperaba con tanta ansia también había sido hundido. Fue entonces cuando advirtió al OKW de que, sin apenas combustible y municiones, iba a resultarle muy difícil seguir combatiendo. En aquellos momentos ya era evidente que Montgomery estaba concentrando el grueso de sus fuerzas en el norte, por lo que Rommel

decidió reforzar ese sector enviando allí la 21.ª División Panzer. Sin el combustible necesario para que sus tanques blindados pudieran retirarse para librar una batalla de movimientos en campo abierto, se encontraba atado de pies y manos, obligado a afrontar una competición de resistencia que no podía ganar. Más de la mitad de sus carros de combate habían sido destruidos, unos por el fuego de los cañones antitanque de seis libras, otros durante los ataques de la aviación aliada. El nuevo cañón de 40 mm de los cazas Bell P-39 Airacobra de los americanos se convirtió en una de las armas más efectivas contra los tanques.

Montgomery, viéndose obligado a cambiar su plan debido a la férrea resistencia encontrada, preparó una nueva ofensiva mientras los australianos cargaban con el peso de los constantes contraataques. A primera hora del 2 de noviembre se puso en marcha la Operación Supercharge, con otro contundente bombardeo acompañado de ataques aéreos. Montgomery lanzó la 9.ª Brigada Acorazada contra los cañones antitanque atrincherados del enemigo. Le advirtieron que aquello era una acción suicida, pero contestó que había que hacerlo. El ataque acabó como la «cabalgada al infierno» de Balaklava, y la brigada fue prácticamente aniquilada. La División de Nueva Zelanda de Freyberg avanzó hacia el norte, más allá de la cresta de Kidney, y se vio frenada por los contraataques de las dos

divisiones panzer. Conservar la cabeza de puente sería, sin embargo, el último esfuerzo del Panzerarmee. Montgomery estaba ganando por fin la batalla de desgaste.

Rommel dio la orden de retirarse a Fuka, aunque sabía que las tropas no motorizadas, en su mayoría italianas, iban a verse rápidamente superadas. Muchos soldados alemanes se apropiaron de camiones italianos a punta de pistola, produciéndose horribles escenas. Aquella noche Rommel envió un mensaje al OKW exponiendo la situación y explicando las razones de su retirada. Debido a un malentendido por parte de un oficial del estado mayor, Hitler no recibió dicho mensaje hasta la mañana siguiente. Sospechando que se trataba de una conspiración para que no pudiera contraordenar la retirada de Rommel, el Führer montó en cólera, y en su cuartel general se produjeron escenas de histeria y nerviosismo. La derrota de Rommel supuso un gran varapalo y una verdadera conmoción por lo inesperada, pues en aquellos momentos el foco de preocupación de Hitler era Stalingrado y el Cáucaso. El dictador alemán había confiado tanto en la capacidad de Rommel como comandante que nunca había imaginado que pudiera sufrir semejante revés.

El 3 de noviembre, poco después de mediodía, el Führer envió a Rommel la siguiente orden: «En su actual situación, no puede haber otro pensamiento que no sea el de resistir con firmeza, sin retroceder ni un paso, y enviar

todas las armas y todos los soldados disponibles al campo de batalla». Prometía apoyo de la Luftwaffe, provisiones y pertrechos, y acababa diciendo: «No sería la primera vez en la historia que la férrea determinación prevalece sobre los batallones más poderosos del enemigo. Solo hay una alternativa que pueda proponer a sus tropas: vencer o morir».[3]

Rommel quedó desconcertado y perplejo por la locura y la insensatez de la orden. Pero la tendencia de Hitler a recurrir a todo tipo de mentiras para engañarse y no reconocer la realidad de una derrota volvería a manifestarse muy pronto, con el general Paulus en la estepa del Don, al oeste de Stalingrado. Rommel, a pesar de su gran instinto militar, se sintió en la obligación de obedecer. Dio la orden de interrumpir la retirada. Solo a las divisiones italianas se les mandó dirigirse al noroeste. Esto permitió que el XIII Cuerpo de Horrocks avanzara el 4 de noviembre sin encontrar oposición. Más al norte, el X Cuerpo rompió las líneas enemigas, capturando el cuartel general del Afrika Korps y al general Von Thoma, que se rindió al 10.° de Húsares.

Contando con el apoyo de Kesselring, Rommel ordenó una retirada general. Informó a Hitler de que el repliegue de tropas solo sería hasta la línea Fuka, pero fue hasta el otro extremo de Libia. El hecho de que el resto del Panzerarmee lograra escapar se debió exclusivamente a la

lentitud de Montgomery en reaccionar y a su prudencia excesiva. Tras alcanzar la victoria, no quería correr peligros que pudieran entrañar algún revés. Se ha sostenido en diversas ocasiones que el hecho de que no lograra cazar a Rommel durante la retirada provocó la desastrosa decisión de Hitler de enviar más tropas al norte de África, todas las cuales serían al final capturadas. Pero difícilmente podemos atribuirlo al talento de Montgomery como general, pues una idea semejante no figuró nunca en su plan magistral.

La victoria en la batalla de El Alamein no fue fruto de ninguna genialidad táctica ni estratégica. La decisión de Montgomery de atacar el sector más fuerte de las líneas alemanas era, como mínimo, cuestionable. Sus tropas de infantería y sus unidades blindadas combatieron sin duda con gran arrojo, y a ello contribuyó evidentemente que el general británico supiera levantar la moral del VIII Ejército. Pero, por lo demás, la batalla fue ganada gracias a la extraordinaria aportación de la Artillería Real británica y de la Fuerza Aérea del Desierto, con su implacable destrucción de los aviones de la Luftwaffe y de los tanques y líneas de abastecimiento de los alemanes, y a las acciones de la Marina Real y la aviación aliada, que supieron cortar las líneas de sustento de las fuerzas del Eje en el Mediterráneo.

El 7 de noviembre, cuando Hitler se dirigía a Munich para pronunciar su discurso ante la vieja guardia del Partido Nazi, su tren especial se detuvo en Turingia. Un mensaje de la Wilhelmstrasse informaba de la inminencia de un desembarco aliado en el norte de África. Inmediatamente, el Führer dio la orden de defender Túnez a cualquier precio. Pero cuando le comunicaron que la Luftwaffe poco podría hacer a tanta distancia de sus bases, montó en cólera y maldijo a Göring. Todos aquellos rumores contradictorios de los últimos meses sobre las intenciones de los Aliados, y la obsesión del Führer con conquistar definitivamente Stalingrado, habían dado lugar a que el OKW no estuviera preparado para un nuevo frente. La gran incógnita era cómo iba a reaccionar el régimen de Vichy ante una invasión aliada de sus colonias del norte de África.

Ribbentrop se unió a la comitiva en Bamberg, y ya en el tren instó a Hitler a que le permitiera intentar negociar con Stalin a través del embajador soviético en Estocolmo. Hitler se negó rotundamente. La idea de entablar negociaciones en un momento de debilidad estaba fuera de toda discusión. Obstinado, el Führer siguió insistiendo en su discurso de que la caída de Stalingrado era inminente, y se mostró firmemente determinado a continuar con el combate hasta alcanzar la victoria final.[4] Su orgullo le

impedía considerar una opción distinta. Ignoró la derrota de Rommel y nunca habló de los desembarcos aliados en el norte de África, prefiriendo recordar su predicción de que al final todos los judíos serían aniquilados. Pero incluso Goebbels se daba cuenta de que se encontraban «en un punto de inflexión de la guerra».[5] Aparte de los nazis más leales y fanáticos, la mayoría de los alemanes empezaba a percibir que la victoria estaba en aquellos momentos más lejos que nunca, como pondrían de manifiesto los informes sobre la moral de la población civil elaborados por el servicio de inteligencia de la SS, el Sicherheitsdienst. Pocos compartían la idea de Göring de que los americanos solo eran capaces de producir cuchillas de afeitar. La intensidad de los bombardeos aliados contra sus ciudades demostraba una superioridad material cada vez mayor.

Para Eisenhower y sus planificadores, la reacción de la Francia de Vichy y la del régimen de Franco en España fueron también una cuestión clave. Eisenhower, con su ingenuidad política, enseguida se vio metido en un campo de minas de la política francesa. Roosevelt no quería tener que entenderse con el general De Gaulle, y presionó a Churchill para que no informara a los franceses de lo que estaba preparándose. La relación de Churchill con De Gaulle se había visto aún más deteriorada debido a las sospechas francesas de que los británicos codiciaban Siria y Líbano, y Churchill sabía que el militar galo se pondría

hecho una furia si se le mantenía al margen de la operación. Además, De Gaulle nunca aceptaría que, para evitar duros enfrentamientos, los aliados decidieran llegar a un acuerdo con las autoridades de Vichy en el norte de África. Pero Churchill se guardaba un as en la manga con el que pretendía pacificar al orgulloso general.

La Marina Real británica, incapaz de olvidar que había sido la aviación japonesa que utilizaba los aeródromos del gobierno de Vichy en Indochina la que había hundido el *Prince of Wales* y el *Repulse*, seguía estando preocupada por la colonia francesa de Madagascar, situada paralela a las rutas que seguían sus convoyes frente a las costas del sureste africano. Pocas semanas después de que se produjera el gran desastre en aguas de Malaca, se encomendó a una fuerza de desembarco la puesta en marcha de la Operación Ironclad (la captura del puerto principal de Madagascar, Diego Suárez, situado en el extremo norte de la isla). En un principio, tanto el general Brooke en Londres como Wavell en Extremo Oriente se habían opuesto al plan, sobre todo en un momento en el que se cernían tantas amenazas sobre otros muchos lugares. Más tarde, a comienzos de marzo de 1942, las interceptaciones americanas de las comunicaciones japonesas sacaron a la luz que Berlín insistía a Tokio en la necesidad de intervenir en el oeste del océano índico y atacar los cargueros británicos que bordeaban el sur de

África para llevar provisiones y pertrechos a Egipto. El 12 de marzo, el gabinete de guerra dio por fin su visto bueno a la Operación Ironclad.

A comienzos de mayo, una fuerza británica zarpó de Sudáfrica y atacó el puerto de Diego Suárez. Los soldados de infantería de marina encargados de la misión desembarcaron de noche, en el más puro estilo nelsoniano. Y hasta allí llegó la operación, pues se daba por hecho que se llegaría a una entente con las autoridades del régimen de Vichy en la capital de la isla, Tananarive. Pero el 30 de mayo un minisubmarino japonés disparó sus torpedos contra el acorazado británico *Ramillies*, anclado en el puerto de Diego Suárez. La flotilla de sumergibles japoneses siguió con el ataque y hundió veintitrés buques cargados de provisiones y pertrechos para el VIII Ejército. Este episodio constituyó la única ayuda directa que recibieron durante la guerra los alemanes de su aliado japonés.

A regañadientes, Churchill se dejó convencer por el mariscal de campo Smuts de que los japoneses podían establecer bases en otros puertos de Madagascar controlados por Vichy, y autorizó emprender la conquista de toda la isla. También pensó que podría ser una manera de contentar a De Gaulle, que había querido capturar Madagascar con las fuerzas de la Francia Libre, y que luego se había puesto hecho una furia al enterarse de que los

británicos planeaban entablar negociaciones con las autoridades del régimen de Vichy en la isla. Una vez ocupada en su totalidad, Madagascar podría ser entregada al general De Gaulle. Esto se logró por fin el 5 de noviembre, tras una guerra de guerrillas emprendida en vano por el gobernador leal a la Francia de Vichy, Armand Annet. [6] Una semana antes de la rendición de Annet, en un alarde de amabilidad, Churchill había preguntado a De Gaulle a quién le gustaría nombrar gobernador de Madagascar. De Gaulle sospechaba que los Aliados estaban preparando un desembarco en el norte de África, pero de haberse enterado de todas las negociaciones entabladas por los americanos con los generales de Vichy para poner en marcha la Operación Torch, probablemente habría abandonado la sala dando un portazo.

Robert Murphy, antiguo agregado comercial americano en la Francia de Vichy, y en aquellos momentos representante de Roosevelt en el norte de África francés, también estaba convencido de que había que mantener a De Gaulle al margen de todo. La mayoría de los oficiales del ejército colonial francés seguía viendo a De Gaulle prácticamente como un traidor al servicio de los ingleses. Necesitaban confiar en un líder de su agrado. El general Henri Giraud era un valiente oficial de elevada estatura e imponente bigote, pero que no se caracterizaba por su inteligencia. De Gaulle lo llamaba «el soldadito de plomo».

Giraud, tras ser capturado en 1940 estando al frente del VII Ejército francés, había logrado escapar de la fortaleza de Königstein, en Sajorna, en la que había sido encarcelado. A continuación, había buscado refugio en Vichy, donde Pierre Laval, primer ministro de Pétain, había querido entregarlo a los alemanes, a lo que el *Maréchal* se negó.

Murphy consideraba que Giraud era quien mejor podía servir a los intereses de los Aliados, pero Giraud tenía sus propias ideas. Insistía en que debía ser el comandante en jefe de la Operación Torch, y exigía que los Aliados desembarcaran no solo en el norte de África, sino también en Francia. Por otro lado, no quería que participaran los británicos, pues el ataque de la Marina Real contra la flota francesa en Mers-el-Kébir no había sido ni olvidado ni perdonado. Giraud era también muy amigo del general Charles Mast, uno de los principales comandantes de las fuerzas francesas del norte de África. Murphy, que había establecido una red de contactos con oficiales y altos oficiales, organizó una entrevista secreta entre el general Mast y sus compañeros conspiradores con el segundo de Eisenhower, el teniente general Mark Clark.

El 21 de octubre, por la noche, Clark desembarcó de un submarino británico, el *Seraph*, cerca de Argel, con una escolta de comandos. Su misión principal era convencer a Mast de que las fuerzas americanas iban a ser tan numerosas que los franceses no se atreverían a oponer

resistencia. Clark afirmó que iban a desembarcar más de medio millón de hombres, cuando el contingente solo contaba con ciento doce mil efectivos. Mast le advirtió que, aunque podían ser vencidos por tierra y por aire, por mar la marina francesa resistiría con determinación. Otros oficiales galos proporcionaron a Clark valiosa información secreta acerca de la disposición de sus tropas y de sus defensas. Temiendo ser descubierto por la gendarmería local, que había sido avisada del desembarco de unos contrabandistas, Clark regresó precipitadamente al submarino al día siguiente por la noche, aunque de una manera muy poco decorosa: sin sus pantalones. Al margen de esta pequeña humillación, lo cierto es que su peligrosa misión fue en gran medida todo un éxito.

El submarino *Seraph*, esta vez pretendiendo ser norteamericano, fue enviado a la Costa Azul a recoger a Giraud para luego trasladarlo a Gibraltar, donde lo esperaba Eisenhower. Los agentes de los servicios secretos del Eje y los pilotos de los vuelos de reconocimiento informaron de la presencia cada vez mayor de barcos en Gibraltar. Por fortuna para los Aliados, los servicios de inteligencia alemanes pensaron que los buques tenían como objetivo reforzar la isla de Malta o desembarcar fuerzas en Libia para cortarle la retirada a Rommel. Los submarinos alemanes que navegaban por aguas del Mediterráneo recibieron, pues, la orden de concentrarse frente a las

costas de Libia, esto es, muy al este del lugar elegido por los aliados para el desembarco de sus tropas. El enemigo también barajó la posibilidad de que los Aliados pretendieran ocupar Dakar, en la costa occidental de África, para establecer una base naval que les fuera de utilidad en la batalla del Atlántico.

Los americanos habían tenido conocimiento, a través de Murphy, de que el almirante Darlan se planteaba la posibilidad de colaborar. El almirante estadounidense William D. Leahy, antiguo embajador del gobierno de Roosevelt en la Francia de Vichy, consideraba a Darlan un oportunista muy peligroso. El hecho de que Darlan detestara a Laval, que lo había sustituido como segundo de Pétain, no constituía garantía alguna de su fiabilidad. No obstante, incluso Churchill estaba dispuesto a entablar negociaciones con ese acérrimo anglófobo, si con ello se conseguía que la flota francesa en Toulon se pasara al bando aliado. Eisenhower prefería la opción de Giraud, pero cuando este llegó a Gibraltar, volvió a exigir que se le nombrara comandante en jefe de las fuerzas aliadas. Raras veces una operación militar se había visto tan complicada por una serie de rivalidades y antagonismos políticos y personales.

El 4 de noviembre, justo cuatro días antes del desembarco, Darlan, que había estado visitando las colonias francesas de África, tomó un avión que lo condujo a Argel.

Acababa de enterarse de que su hijo, un teniente de la marina afectado de polio, había experimentado un grave empeoramiento de su enfermedad. Darlan no sabía que la flota aliada se había echado a la mar; tenía la intención de regresar a Vichy en cuanto mejorara el estado de salud de su hijo. La Fuerza Operacional Occidental, formada por treinta y cinco mil soldados a las órdenes del general de división George S. Patton, ya había zarpado de Hampton Roads, rumbo a Casablanca. Las otras dos fuerzas operacionales que habían partido de Inglaterra se dirigían a Oran y a Argel, en el Mediterráneo. Los barcos del conjunto de la expedición estaban escoltados por trescientos buques de guerra a las órdenes del almirante Cunningham, que estaba encantado de volver a navegar por aguas del Mediterráneo.

El 7 de noviembre, a última hora de la tarde, Darlan estaba cenando en Villa des Oliviers, la residencia del general Alphonse Juin, comandante en jefe de Argel. Juin había sustituido a Weygand, en aquellos momentos encarcelado en la fortaleza de Königstein, ocupando el lugar de Giraud, pues Hitler temía que se pasara al bando aliado. Poco antes de que finalizara, la velada se vio interrumpida por la llegada del jefe naval en Argel, que se presentó de repente para informar de que era muy probable que al final el destino de los barcos aliados no fuera precisamente Malta. Todo parecía indicar que se dirigían a

Argel y a Oran para proceder al desembarco de tropas. Darlan descartó esa posibilidad y marchó de allí para poder dormir un poco antes de coger su avión a primera hora de la mañana. A eso de la medianoche, Murphy escuchó en el noticiario en francés transmitido por la BBC la palabra clave que confirmaba que iba a procederse al desembarco de las tropas. Envió a los soldados no regulares franceses que había reclutado conjuntamente con el general Mast a ocupar las instalaciones y los cuarteles generales más importantes.

A primera hora del 8 de noviembre, Murphy se dirigió a la Villa des Oliviers e hizo que despertaran a Juin. Le informó de los desembarcos. Al principio, Juin quedó mudo de asombro. Luego dijo que primero debía hablar con su superior, el almirante Darlan, que seguía en Argel. Murphy comprendió que no le quedaba más remedio que entrevistarse con Darlan, y envió su Buick para que trajera a la villa al almirante francés.

Darlan llegó echando humo. Este alto oficial de la marina francesa, de corta estatura, robusto y empedernido fumador de pipa, pronto fue apodado «Popeye» por los americanos, que encontraban muy graciosas las plataformas de sus zapatos. El odio que profesaba a los británicos venía de antaño en su familia, pues su bisabuelo había muerto en la batalla de Trafalgar. Pero también era un tipo práctico que no tenía problemas para cambiar de chaqueta. Justo

después del armisticio de 1940, el veterano político francés Edouard Herriot había dicho de él, «este almirante sabe nadar y guardar la ropa»,[7] cuando, tras prometer a los británicos su total adhesión, se unió en secreto a los *capitulards*.

Mientras Murphy intentaba tranquilizar a Darlan y convencerlo de que cualquier resistencia a los desembarcos iba a ser en vano, se presentó en la villa un grupo de soldados no regulares de Mast que se llevó a Darlan y a Juin prisioneros. Luego llegó una brigada de gendarmes a liberarlos y a detener a los insurgentes y a Murphy. Murphy esperaba que para entonces las tropas americanas ya estuvieran allí, pero habían desembarcado por error más lejos del objetivo fijado.

Sin embargo, un desastre mucho peor estaba a punto de producirse. El plan británico de tomar los puertos de Argel y Oran por sorpresa acabaría en fracaso, provocando un gran número de bajas y, consecuentemente, la ira de los americanos. Las baterías costeras y los buques franceses bombardearon dos destructores de la Marina Real, que enarbolaban la bandera de los Estados Unidos, cuando intentaban introducir en el puerto los grupos de desembarco americanos, como habían hecho en Diego Suárez. Una operación aerotransportada para capturar los aeródromos de Oran, en la que solo participaba un batallón paracaidista americano, también acabó en fracaso. Parecía

que la Operación Torch, convertida en una grotesca farsa, se iba a pique.

A pesar de la petición de Roosevelt de informar de los planes a las autoridades de la Francia Libre, Churchill había pedido al general Ismay que llamara al general Pierre Billotte, jefe del estado mayor de De Gaulle, para advertirle de la invasión poco antes de que las tropas comenzaran a desembarcar. Pero Billotte decidió no despertar a De Gaulle, que se había acostado muy pronto. Cuando De Gaulle se enteró de la noticia a la mañana siguiente, se puso hecho una furia. «Espero que los de Vichy los arrojen al mar», exclamó subiéndose por las paredes. «¡Así no se consigue Francia! ¡Es un allanamiento de morada!».[8] Pero después de almorzar con Churchill, el efecto balsámico que tenía el primer ministro había logrado calmarlo. Aquella noche pronunció un discurso por radio apoyando sin fisuras la operación aliada.

Solo cuando llegaron en gran número las tropas americanas, con un retraso de varias horas debido a los caóticos desembarcos, cambió Darlan de actitud. Pidió entrevistarse con el comandante de la 34.ª División de Infantería para negociar un alto el fuego, y se acordó el cese de hostilidades en Argel. Los soldados franceses regresarían a sus cuarteles sin entregar las armas.

Llegado este punto, comenzaron a aumentar las sospechas de Hitler acerca de la fiabilidad como aliado del

régimen de Vichy. Haber roto relaciones diplomáticas con los Estados Unidos no era prueba suficiente de su lealtad, como tampoco lo era el hecho de que Pierre Laval hubiera autorizado a las fuerzas del Eje a utilizar los aeródromos franceses de Túnez. El 9 de noviembre, Laval fue convocado a Munich, donde, para poner a prueba su adhesión a la causa alemana, se le exigió que su gobierno declarara la guerra a los Aliados. Tanto para Laval, como para el resto de la administración de Vichy, aquella petición suponía ir demasiado lejos.

Darlan, mientras tanto, no llevaría el alto el fuego a Casablanca ni a Oran, donde siguieron los combates. Necesitaba saber qué se cocía en Munich y en Francia. La confusión aumentó con la llegada a Argel del general Giraud, seguida de la del general Mark Clark, que sugería que había que prepararse para descartar a Giraud y tratar con Darlan. Por fortuna, Giraud aceptó a Darlan como su superior y no armó ningún escándalo. Pero Eisenhower, de vuelta en los húmedos túneles del peñón de Gibraltar, solo disponía de unos pocos informes bastante confusos para valorar los posibles progresos. No había llegado ninguna noticia del general Patton sobre los desembarcos de Casablanca. Presa del nerviosismo y la agitación, Eisenhower, sin parar de fumar sus cigarrillos Camel, rezaba para que todo se desarrollara según lo previsto.

En Munich, Hitler, acompañado del conde Ciano,

ministro de exteriores de Mussolini, recibió a Laval, exigiéndole que tropas francesas aseguraran los puertos y aeródromos de Túnez para facilitar la llegada de las fuerzas del Eje. Después de la puñalada trapera de Mussolini en 1940, el resentimiento de Francia hacia Italia era tan intenso que Laval dudó de la conveniencia de permitir que tropas italianas pisaran territorio francés. Pero indicó que se doblegaría a un ultimátum de Alemania, siempre y cuando el mariscal Pétain pudiera realizar una protesta formal.

A la mañana siguiente, 10 de noviembre, Darlan se presentó en el hotel Saint-Georges de Argel, en el que Clark había instalado su cuartel general. Las maneras poco diplomáticas de Clark no encajaron con una personalidad como la de Darlan, quien hizo hincapié en la superioridad de su rango. Clark amenazó incluso con imponer un gobierno militar aliado en todo el norte de África francés. Darlan contuvo su genio, pues era consciente de que tenía que ganar tiempo. No podía ordenar el alto el fuego que con tanta insistencia exigía Clark hasta que Hitler mandara la entrada de tropas en la zona desmilitarizada de Francia, rompiendo así los acuerdos del armisticio de 1940. Eisenhower, tras saber por Clark que las negociaciones se encontraban en un punto muerto, explotó: «¡Santo Dios! ¡Lo que necesito aquí es a un maldito verdugo que sepa hacer bien su trabajo!».[9] Por fin Oran fue asegurado aquel

día por la 1.ª División de Infantería americana, aunque a costa de sufrir trescientas bajas, pero en Marruecos fuerzas francesas seguían oponiendo resistencia a las tropas de Patton, incluso después de que hubieran perdido casi todos sus buques de guerra frente a la costa de Casablanca durante una encarnizada batalla.

Al día siguiente, a primera hora de la mañana, Hitler anunció que tropas alemanas iban a ocupar el sur y el sureste de Francia en el curso de la Operación Antón. Seguiría reconociendo al gobierno de Pétain, pero en aquellos momentos la reputación del mariscal estaba en entredicho. Muchos de sus partidarios pensaban que Pétain tenía que haber escapado al norte de África para unirse a los Aliados. Hitler también dio la orden de que los Pirineos fueran ocupados por tropas alemanas. El gobierno de Franco temía que el Führer exigiera el paso de su ejército por territorio español para atacar Gibraltar, y en un consejo de ministros celebrado en Madrid el 13 de noviembre se decretó una movilización parcial.

Con la entrada de tropas alemanas en la Francia no ocupada, Darlan ya podía esgrimir que Pétain era prisionero de Hitler. Así pues, ordenó el alto el fuego en todo el norte de África francés. Pero no pudo entregar la flota francesa de Toulon a los Aliados, como esperaba Churchill. El comandante de la región, el contraalmirante Jean de Laborde, que detestaba a Darlan y temía que sus

marineros y oficiales quisieran unirse a los odiosos anglosajones, siguió leal a Vichy. Confiando en los oficiales de la Kriegsmarine, que le aseguraron que las tropas alemanas no iban a intentar capturar sus barcos anclados en el puerto de Toulon, Laborde decidió no moverse. Pero la llegada de formaciones blindadas de la SS y el descontento cada vez mayor de sus hombres lo llevaron a cambiar de postura. Cuando las fuerzas alemanas entraron en el puerto, el contraalmirante ordenó barrenar los barcos. Casi un centenar de naves fueron hundidas o voladas con explosivos.

La Operación Torch se había saldado con dos mil doscientas veinticinco bajas aliadas, de las cuales aproximadamente la mitad correspondían a hombres caídos en acción, y los franceses perdieron unos tres mil soldados. Como reconocería tanto Patton como Clark, fue lamentable el caos que se produjo durante los desembarcos. De haber estado combatiendo contra el ejército alemán en vez de contra unas tropas coloniales francesas mal pertrechadas, los Aliados habrían sufrido una verdadera escabechina. Con desdén, los oficiales británicos enseguida hicieron comentarios burlones con expresiones como «¡Qué verde era nuestro aliado!»,[10] inspirándose en la célebre película *¡Qué verde era mi valle!,* pero lo cierto es que resultaba muy doloroso leer en los memorándums elaborados posteriormente los informes que hablaban de la

falta de organización y de la caótica logística. Sobre todo demostraba que la idea de Marshall de emprender primero la invasión de Francia habría conducido a una catástrofe. Independientemente de cuáles fueran las verdaderas razones que llevaron a Churchill y al general Brooke a obligar a los americanos a invadir el norte de África, la decisión fue a todas luces la acertada. El ejército de los Estados Unidos tenía mucho que aprender antes de poder enfrentarse a la Wehrmacht en el norte de Europa, o incluso en Túnez.

A veces la moral de las tropas es cambiante, pudiendo pasar sorprendentemente del más absoluto abatimiento a un estado de gran exultación y júbilo. La facilidad con la que se obtuvo la victoria en Marruecos y Argelia provocó un optimismo injustificado. Animados por el vino de la región que compraban a buen precio, los soldados americanos creyeron que ya eran unos verdaderos veteranos curtidos en el combate. Los que habían podido ver cómo los obsoletos tanques Renault de los franceses se detenían ante sus nuevas bazookas, gritaban: «¡Que vengan los panzer!».[11] Incluso el mismísimo Eisenhower le diría a Roosevelt que esperaba tomar Trípoli a finales de enero.

26
EL SUR DE RUSIA Y TÚNEZ
(noviembre de 1942-febrero de 1943)

La noticia de la maniobra de envolvimiento de los soviéticos corrió rápidamente entre el VI Ejército a lo largo de la estepa helada del Don. El 21 de noviembre de 1942, Paulus y su jefe de estado mayor abandonaron su cuartel general de Golubinsky en los dos aviones ligeros Fieseler Storch que quedaban y se trasladaron a Nizhne-Chirskaya, localidad situada fuera del *Kessel*. Allí celebraron al día siguiente una reunión con el general Hoth del IV Ejército Panzer con el fin de analizar la situación y discutir la manera de mantener una línea segura con el Grupo de Ejércitos B. Pero al enterarse de dónde estaba Paulus, Hitler lo acusó de abandonar a sus tropas y le ordenó que regresara para reunirse con su estado mayor en Gumrak, a quince kilómetros al oeste de Stalingrado. Paulus se sintió profundamente ofendido por esta calumnia

y Hoth no tuvo más remedio que calmarlo.

Los dos altos mandos estudiaron la orden de Hitler que instaba al VI Ejército a resistir pese al peligro «momentáneo de envolvimiento».[1] Suponiendo que Hitler no tardaría en volver a entrar en razón, acordaron que, para poder romper el cerco, el VI Ejército necesitaba con urgencia ser reabastecido de combustible y municiones por vía aérea. Pero el oficial al mando del VIII Fliegerkorps les advirtió que la Luftwaffe sencillamente no tenía suficientes aparatos de transporte para abastecer a todo un ejército. Como sus formaciones blindadas estaban sin combustible y sus divisiones de infantería se habían quedado sin sus caballos, Paulus se dio cuenta de que el VI Ejército tendría que abandonar toda su artillería, por no hablar de los heridos, si quería escapar del cerco. Su jefe de estado mayor, el *Generalleutnant* Arthur Schmidt, «hombre corpulento, con cuello de toro, ojos pequeños y labios finos»,[2] observó que «iba a ser un final napoleónico».[3] Paulus, que había estudiado muy detalladamente la campaña de 1812, estaba aterrado ante semejante perspectiva. En plena reunión llegó el *Generalmajor* Wolfgang Pickert, al mando de la 9.ª División Antiaérea de la Luftwaffe. Dijo que se disponía a retirar su unidad inmediatamente. También él era consciente de que no cabía esperar en ningún momento que la Luftwaffe pudiera abastecer al VI Ejército por el aire.

Hitler no tenía ninguna intención de permitir que sus tropas se retiraran de Stalingrado. Había invertido demasiado en la toma de la ciudad y se jugaba su propia reputación, especialmente a raíz de las baladronadas pronunciadas apenas dos semanas antes en el discurso de Munich, de modo que no podía soportar la idea de una retirada. Ordenó al *Generalfeldmarschall von* Manstein abandonar el frente del norte y formar un nuevo Grupo de Ejércitos del Don para romper el cerco y liberar al VI Ejército. Al enterarse de lo que pretendía hacer Hitler, Göring convocó a sus oficiales de transporte más veteranos. Aunque el VI Ejército necesitaba setecientas toneladas de pertrechos diarios, Göring preguntó a sus oficiales si podrían suministrar quinientas. Su respuesta fue que el máximo absoluto sería de trescientas cincuenta, y eso solo durante un breve período de tiempo. Con la esperanza de congraciarse con Hitler, Göring aseguró entonces al cuartel general del Führer que la Luftwaffe iba a poder reabastecer al VI Ejército. Esta falsa promesa marcó el fatídico destino de Paulus y de sus tropas. El 24 de noviembre, Hitler ordenó a la «Fortaleza Stalingrado» y su frente del Volga que resistiera «fueran cuales fuesen las circunstancias».[4]

En total el Ejército Rojo había rodeado a unos doscientos noventa mil hombres en el *Kessel* de Stalingrado, cifra que incluía a más de diez mil rumanos y a

más de treinta mil Hiwis rusos empleados como tropas auxiliares.[5] Hitler prohibió que la noticia se diera a conocer en Alemania. Los comunicados del OKW tergiversaron deliberadamente la verdadera situación, pero enseguida empezaron a correr rumores por todo el país. Hitler pretendía echar la culpa del triunfo soviético a cualquiera menos a sí mismo. En la Wolfsschanze, en Prusia oriental, se produjo un violento altercado con el mariscal Antonescu, cuando el Führer intentó achacar la responsabilidad del desastre a los ejércitos rumanos que guardaban los flancos. Antonescu recordó airadamente que los alemanes se habían negado a suministrar a sus hombres artillería antiaérea adecuada, y que todas sus advertencias acerca de la inminencia de la ofensiva habían sido desoídas. Lo que no sabía era que en aquellos momentos el VI Ejército se negaba a suministrar raciones de comida a sus soldados. Los oficiales alemanes decían: «Es inútil dar de comer a los rumanos, porque van a rendirse igual».[6]

Las tropas del VI Ejército, aisladas al oeste del Don, habían conseguido replegarse justo a tiempo para unirse al grueso de las fuerzas. El *Kessel* de Stalingrado adoptó la forma de un cráneo aplastado, cuya frente era la ciudad y el resto defendía un perímetro externo de sesenta por cuarenta kilómetros en la estepa del Don. Los soldados alemanes lo llamaban cínicamente «la fortaleza sin tejado». Las raciones, que ya eran insuficientes antes incluso de que

se produjera el cerco, fueron reducidas drásticamente. Los hombres quedaban agotados cavando trincheras en el terreno helado. En la estepa desnuda, había muy poca madera para cubrir los refugios de tierra. Los oficiales intentaban fortalecer la determinación de los soldados con el siguiente argumento: «Incluso la muerte es preferible a una cárcel rusa, así que debemos resistir hasta el final. La Patria no podrá olvidarnos».[7]

La maniobra de envolvimiento de los soviéticos condujo a la recuperación de grandes áreas de territorio ocupado. La llegada de las tropas del Ejército Rojo fue recibida con lágrimas de alegría por la población civil, hambrienta y víctima de toda clase de abusos y saqueos, pero detrás de ellas vino el NKVD para detener a cualquiera que resultara sospechoso de colaboración. El cuartel general del Don lanzó una serie de ataques durante la primera semana de diciembre con la esperanza de romper el cerco, pero su departamento de inteligencia había infravalorado burdamente el número de tropas que tenía rodeadas. El jefe de inteligencia del general Rokossovsky pensaba que habían atrapado a ochenta y seis mil hombres, no a doscientos noventa mil.

Los oficiales soviéticos tampoco podían imaginarse cuan decididos estaban los alemanes a resistir. La promesa del Führer de que sus tropas iban a ser relevadas fue aceptada como una verdad tan cierta como el evangelio,

especialmente por los soldados más jóvenes que habían crecido bajo la férula del nacionalsocialismo. «Lo peor ha pasado», decía un soldado de la 376.ª División en una carta a su familia dando muestras de un optimismo ingenuo. «Todos esperamos estar fuera del *Kessel* antes de Navidades... Una vez que llegue a su fin esta maniobra de envolvimiento, la guerra de Rusia habrá acabado».[8] Los oficiales del servicio de abastecimientos, que habían recortado las raciones entre una tercera parte y la mitad de la cantidad normal, eran más realistas. La escasez de forraje significaba que los pocos caballos que quedaban iban a tener que ser sacrificados.

Según los cálculos del oficial superior de intendencia del VI Ejército, iban a necesitarse un mínimo de trescientos vuelos al día, pero durante la primera semana del puente aéreo se llevaron a cabo menos de treinta vuelos diarios por término medio. En cualquier caso, una proporción considerable del tonelaje suministrado era combustible de avión para el viaje de vuelta. Göring tampoco había tenido en cuenta el hecho de que los aeródromos existentes dentro del *Kessel* estaban al alcance de la artillería pesada soviética, mientras que los cazas y las baterías antiaéreas enemigas creaban un peligro constante. En un solo día se perdieron veintidós aparatos de transporte debido a la acción del enemigo y a los accidentes. Y a los pocos días el tiempo empeoró de tal modo que casi no

pudo llegar ni un solo avión. Richthofen telefoneó una y otra vez al *Generaloberst* Hans Jeschonnek, jefe de estado mayor de la Luftwaffe, para decirle que todo el plan de reabastecimiento por vía aérea estaba condenado al fracaso. Nadie pudo ponerse en contacto con Göring porque se había retirado al Hotel Ritz de París.

Durante este período, Stalin había puesto a la Stavka a elaborar unos planes más ambiciosos. Tras el éxito de la Operación Urano, pretendía dejar incomunicado al resto del Grupo de Ejércitos del Don y atrapar al I Ejército Panzer y al XVII Ejército en el Cáucaso. La Operación Saturno debía consistir en un gran ataque del Frente del Sudoeste y del Frente de Voronezh, pasando por encima del VIII Ejército italiano, en dirección a la cuenca baja del Don, en la zona en la que el río desemboca en el mar de Azov. Pero Zhukov y Vasilevsky coincidieron en que, como probablemente Manstein intentaría liberar al VI Ejército atacando por el nordeste desde Kotelnikovo al mismo tiempo, convenía restringir el plan a un ataque contra el flanco izquierdo de la retaguardia del Grupo de Ejércitos del Don. La misión fue rebautizada con el nombre de Operación Pequeño Saturno.

En efecto, Manstein planeaba hacer lo que los dos generales rusos se imaginaban. El avance desde Kotelnikovo era prácticamente la única vía que le quedaba. Su ofensiva recibió el nombre clave de Operación

Tormenta de Invierno (*Unternehmen Wintergewitter*). Hitler pretendía simplemente reforzar el VI Ejército, para poder mantener su «piedra angular» del Volga lista para ulteriores operaciones a lo largo de 1943. Manstein, sin embargo, estaba preparando en secreto una segunda operación bautizada Trueno (*Donnerschlag*), con el fin de sacar de la trampa al VI Ejército y con la esperanza de que Hitler entrara en razón.

El 12 de diciembre, lo que quedaba del IV Ejército Panzer de Hoth inició su ataque por el norte. Había sido reforzado con la 6.ª División Acorazada, llegada de Francia, y un batallón de los nuevos tanques Tiger. Los soldados del VI Ejército situados en el extremo sur del *Kessel* escucharon la cortina de fuego inicial a cien kilómetros de distancia y empezó a propagarse el rumor: *«der Manstein kommt»*. La promesa de Hitler estaba a punto de cumplirse, se decían unos a otros. No sabían que el Führer no tenía la menor intención de permitir que se retiraran.

El ataque de Hoth se produjo antes de lo que esperaban los altos mandos soviéticos. Vasilevsky temía por el LVII Ejército que estaba en camino, pero Rokossovsky y Stalin se negaron a modificar sus órdenes. Finalmente Stalin consintió y ordenó el desvío del II Ejército de Guardias del general Rodion Malinovsky. El retraso no fue tan grave como habría podido ser, porque un deshielo repentino acompañado de lluvias torrenciales hizo

que los tanques de Hoth quedaran atascados mientras libraban una dura batalla junto al río Myshkova, a menos de sesenta kilómetros de los bordes del *Kessel*. Manstein esperaba que Paulus tomara la iniciativa y empezara a avanzar hacia el sur, haciendo caso omiso de las órdenes de Hitler. Pero Paulus era demasiado obediente a la cadena de mandos y no se habría movido nunca sin una orden directa del propio Manstein. En cualquier caso, sus tropas estaban demasiado hambrientas para llegar demasiado lejos y sus blindados no tenían suficiente combustible.

Stalin dio su consentimiento a la versión modificada de la Operación Saturno, el Pequeño Saturno, y ordenó que diera comienzo en tres días. El 16 de diciembre, el I y el III Ejército de Guardias y el VI Ejército atacaron el frente italiano, cuya defensa era muy débil. La actitud de los italianos ante la guerra contra la Unión Soviética era muy distinta de la de los alemanes. A los oficiales italianos les sorprendió la actitud racista de los alemanes frente a los eslavos, y cuando reemplazaron a las unidades de la Wehrmacht se esforzaron mucho más que estas en dar de comer a los prisioneros rusos empleados en tareas durísimas. Asimismo hicieron amistad con los aldeanos de la zona, a los que los alemanes habían despojado de su comida y de sus ropas.

Las mejores formaciones italianas eran las cuatro divisiones integradas en el Cuerpo de Ejército de Alpinos,

la Tridentina, la Julia, la de Cuneo y la de Vicenza. A diferencia de la infantería ordinaria italiana, los alpinos estaban habituados a durísimas condiciones invernales, pero su equipamiento era muy deficiente. Se vieron obligados a fabricar calzado nuevo con los neumáticos de los vehículos soviéticos destruidos. Carecían de armas antitanque, sus fusiles databan de 1891, y sus ametralladoras, al no estar diseñadas para soportar aquellas condiciones propias del Ártico, a menudo se congelaban. Sus vehículos, todavía con la pintura de camuflaje del desierto, tampoco funcionaban a aquellas temperaturas extremas, que a veces descendían por debajo de los treinta grados centígrados negativos. Y sus mulas, incapaces de moverse con una nieve tan alta, murieron de agotamiento, por falta de forraje, o de frío. Muchos hombres sufrieron episodios de congelación y, al igual que los alemanes, intentaron suplir sus deficiencias quitando las chaquetas acolchadas y las botas de fieltro o *valenki* a los soldados del Ejército Rojo muertos. Las raciones de *minestrone* y de pan llegaban congeladas. Incluso las raciones de vino se solidificaban por el camino. Los soldados y los oficiales italianos odiaban y despreciaban al régimen fascista, que los había mandado a aquella guerra tan mal preparados.

Ante el ataque en oleadas de las divisiones del Ejército Rojo lanzando su grito de guerra: «¡Hurra! ¡Hurra!», muchas formaciones del VIII Ejército italiano

resistieron con una determinación mucho mayor de la esperada. Pero al estar mal armadas y carecer de reservas, sus defensas no tardaron en precipitarse en el caos. Las tropas italianas, agotadas y debilitadas por la disentería, se retiraron en largas columnas a través de la nieve como si fueran refugiados, con el cuerpo y la cabeza envueltos en mantas. El Cuerpo de Ejército de Alpinos, por su parte, resistió, reforzando el flanco del II Ejército húngaro a su izquierda.

Las brigadas de tanques soviéticas se desplegaron en abanico por la retaguardia, y las amplias orugas de los T-34 avanzaron sobre la nieve recién caída. Un repentino descenso de las temperaturas supuso que el terreno se endureciera de nuevo. Los depósitos de pertrechos y los enlaces ferroviarios, atestados de buenos trenes fueron tomados con total impunidad. Como la 17.ª División Panzer había sido trasladada para ayudar en el ataque de Hoth, las zonas de la retaguardia del Grupo de Ejércitos del Don habían quedado sin reservas.

El mayor peligro para el VI Ejército se produjo cuando el 24.° Cuerpo de Carros invadió el aeródromo situado cerca de Tatsinskaya, que era la principal base de transporte aéreo para abastecer al *Kessel*. El *General der Flieger* Martin Fiebig ordenó a las tripulaciones de sus Junker 52 que despegaran y se dirigieran a Novocherkassk cuando los tanques llegaban ya a los límites del aeródromo.

Empezaron a despegar en hilera mientras los tanques abrían fuego. Algunos estallaron convertidos en auténticas bolas de fuego, y un tanque embistió a un avión cuando este rodaba por la pista para situarse en posición de despegue. En total lograron salvarse ciento ocho Junker 52, pero la Luftwaffe perdió setenta y dos aparatos, casi el diez por ciento de la totalidad de su flota de aviones de transporte. Los únicos aeródromos capaces de abastecer Stalingrado que quedaban se hallaban mucho más lejos.

La operación Pequeño Saturno obligó a Manstein a replantearse toda su estrategia. Ahora no solo no cabía ni pensar en prestar ayuda al VI Ejército, sino que además pronto tendría también que retirarse del Cáucaso. Manstein no tuvo valor o si se quiere no tuvo la sangre fría necesaria para decir a Paulus cuál era la situación verdaderamente desesperada a la que se enfrentaba su ejército. Algunos oficiales tenían una idea muy clara de lo que les esperaba. «No volveremos a ver nuestra patria», decía un capellán de la 305.ª División de Infantería, «nunca saldremos de este embrollo».[9] Los oficiales de inteligencia soviéticos, sin embargo, pudieron comprobar que los prisioneros alemanes seguían negando la posibilidad de su derrota y los encontraron en un estado de confusión lógica al respecto. «Tenemos que creer que Alemania ganará la guerra», decía un copiloto de un Ju 52 de la Luftwaffe abatido en la ruta de Stalingrado. «Si no, ¿de qué sirve seguir con esto?»[10]Un

soldado reflejaba la misma obstinación: «Si perdemos la guerra, no tenemos ninguna esperanza».[11] En Stalingrado no tenían ni idea de que en aquellos momentos los territorios de Alemania en el norte de África estaban a punto de ser estrangulados por un lado y por otro.

El principal objetivo de la Operación Torch era ocupar la Tunicia francesa antes de que el Eje trasladara allí sus tropas, pero los alemanes reaccionaron con una rapidez pasmosa. El 9 de noviembre por la mañana, antes de que Argel y Oran pudieran ser tomadas, aterrizaron los primeros cazas alemanes. Al día siguiente llegaron en aviones grupos de avanzada formados por soldados de infantería y paracaidistas. El oficial francés al mando de la plaza, actuando todavía a las órdenes del gobierno de Vichy, se abstuvo de protestar por esta infracción de las condiciones del Armisticio de 1940.

Hitler no tenía la menor intención de permitir que los Aliados dispusieran de una base para la invasión del sur de Europa, ofensiva que sabía que habría supuesto la salida de Italia de la guerra. Lo que él pretendía era un reforzamiento masivo del norte de África, incluso en aquellos momentos tan críticos para el frente oriental. De ese modo, a pesar del escepticismo de Stalin y de las manifestaciones

masivas celebradas en Londres para exigir un «Segundo Frente Ya», el teatro de operaciones del norte de África se revelaría mucho más eficaz que el malogrado plan de invadir Francia en 1942. Y el puente aéreo a través del Mediterráneo mantuvo ocupada a toda una flota de aviones de transporte Junker 52, que habrían podido ser usados para abastecer al VI Ejército.


Tunicia
Febrero-mayo de 1942
XXXX VIII Br VIII Ejército (británico)
XXX XIX Fr XIX Cuerpo de Ejército francés
XXX II US II Cuerpo de Ejército norteamericano
Mar Mediterráneo
Bizerta
Cabo Bon
Bône
Túnez
XXXX I Br
XXX V Br
XXXX 5 Pz
Enfidaville
Golfo de Hammamet
ARGELIA
XXX XIX Fr
Thala
Dorsal Occidental
Sbiba
Tebessa
Sbeitla
Kasserine
Dorsal Oriental
Sidi Bou Zid
XXX II US
Sfax
Gafsa
El Guettar
Gabès
Lago Salado
XXXX 1 It
Mareth
XXXX VIII Br
TUNICIA
0 20 40 60 80 100 millas
0 50 100 150 km

El avance de los Aliados por el este en dirección a Túnez estuvo muy mal organizado y casi careció por completo de planificación. El I Ejército británico, reducido a la mínima expresión, al mando de un escocés sombrío, el teniente general Kenneth Anderson, fue reforzado con varias unidades acorazadas americanas y algunos batallones de la infantería francesa. Aun admitiendo las reducidas dimensiones de sus fuerzas, que sumaban poco más que un cuerpo de ejército, Anderson cometió el error de dividirlas en cuatro líneas de avance. No tenía ni idea de que el 25 de noviembre el Eje ya había desplegado veinticinco mil hombres en la zona.

El único verdadero éxito del I Ejército se produjo precisamente ese día, cuando la *Blade Force*, formada por el 1.er Batallón del 1.er Regimiento Acorazado de los Estados Unidos y el 17.°/ 21.° Regimiento de Lanceros del ejército inglés, avanzaron hacia Túnez desde el oeste. Los tanques americanos Stuart dieron de manos a boca con un aeródromo avanzado de la Luftwaffe cerca de Djedeïda. En un ataque parecido a una incursión del SAS, los tripulantes de los tanques cruzaron la pista disparando contra los Junker 52, los Messerschmitt y los Stuka allí estacionados. Destruyeron más de veinte aparatos. Este ataque sembró el pánico entre el enemigo y convenció al *Generalleutnant* Walther Nehring, que había estado al mando del Afrika Korps con Rommel, de que debía replegarse a su perímetro

defensivo. Pero el ataque contra el aeródromo no hizo demasiada mella en la superioridad aérea de los alemanes.

Por otra parte, unos paracaidistas alemanes y algunas fuerzas de otro tipo tendieron una emboscada a las columnas principalmente británicas, causando muchas bajas. El 2.° Batallón de los Fusileros de Lancashire perdió en Madjez a ciento cuarenta y cuatro hombres en un solo ataque contra un batallón de paracaidistas, respaldado por cañones de 88 mm y algunos panzer. Para empeorar las cosas, la aviación americana se equivocó y ametralló a sus propias tropas terrestres. Estas empezaron a abrir fuego contra cualquier avión que vieran haciendo bueno el slogan: «*If it flies — it dies*» («Si vuela, muere»). La llegada de la 10.ª División Panzer y unos pocos nuevos carros Tiger supuso el 3 de diciembre un severo castigo para las tropas de Anderson, al obligarlas a retirarse tras sufrir numerosas pérdidas. Fue una lucha desigual contra un adversario mucho más competente y mejor armado.

Eisenhower se sintió aliviado al llegar a Argel tras pasar varias semanas en los húmedos túneles del Peñón de Gibraltar. Pero en vez de poder concentrarse en la apurada campaña de Túnez, se vio envuelto en los espinosos problemas del abastecimiento y de la política francesa. Los oficiales franceses con su «enfermizo sentido del honor» distraían constantemente a Eisenhower.[12] El general norteamericano esperaba que los Aliados hubieran llegado

a un compromiso factible, con el nombramiento de Darlan como alto comisionado para el norte de África y de Giraud como comandante en jefe de las fuerzas francesas, aunque él seguía pretendiendo el mando supremo sobre todas las tropas aliadas. Por otra parte, el único motivo que tenía Churchill para apoyar a Darlan —la posibilidad de que convenciera a la flota francesa de Toulon de que se pasara a su bando— había desaparecido al ser hundidos sus barcos.

Eisenhower no tardó en recibir un susto tremendo. Cuando se filtró en los Estados Unidos y en Gran Bretaña la noticia de los «Acuerdos de Darlan», el escándalo no conoció límites. La prensa y la opinión pública estaban escandalizadas por el hecho de que el comandante supremo de las fuerzas aliadas hubiera nombrado como máxima autoridad del norte de África a un colaboracionista de Vichy, especialmente cuando se supo que la legislación antisemita seguía vigente y que sus adversarios políticos no habían sido sacados de la cárcel. De hecho estos, y especialmente los gaullistas, recibían un trato malísimo. Sin embargo, Darlan no daba muestras de estar demasiado satisfecho con su posición. Era consciente de que los americanos podían prescindir de él y quitárselo de encima como un «limón ya exprimido».

De Gaulle se guardó prudentemente de manifestarse en público, pues el problema lo habían creado los americanos. Tal vez se hubiera dado cuenta ya de que los

oficiales de Vichy lo odiaban casi tanto como odiaban a los británicos. Aunque nunca llegara a reconocerlo, la política de los americanos de pactar con Darlan y Giraud en vez de hacerlo con él redundaría en último término en beneficio suyo. Aquellos dos trampolines evitaron el estallido de una guerra civil en el norte de África.

La Ejecutiva de Operaciones Especiales (Special Operations Executive, SOE) estaba muy alarmada por la profunda desconfianza que los Acuerdos de Darlan estaban suscitando no solo entre los gaullistas de Londres, sino sobre todo en las relaciones de los Aliados con la resistencia francesa en el interior e incluso en otros países. Junto con el OSS (Office of Strategic Services, Departamento de Servicios Estratégicos) norteamericano, la SOE sentó rápidamente en Argel las bases para formar a numerosos jóvenes voluntarios franceses con el fin de contar con su colaboración en Túnez. Uno de esos reclutas, llamado Fernand Bonnier, había empezado mezclándose con los círculos monárquicos y en un gesto de fatuidad había añadido a su nombre el apelativo de la Chapelle, presentándose como Fernand Bonnier de la Chapelle. Los que soñaban con la restauración de la monarquía y con convertir al conde de París en rey de Francia, veían en De Gaulle a un posible regente que allanara el camino, aunque solo fuera porque era bien sabido que la familia del general había sido monárquica.

En aquel mundo sombrío de complejidades conspiratorias se elaboró una trama para asesinar a Darlan. Intervinieron en ella gaullistas, que suministraron desde Londres dos mil dólares a través del general François d'Astier de la Vigerie para financiar la operación; el teniente coronel Douglas Dodds-Parker, del Cuerpo de Granaderos del ejército británico, el máximo oficial de la SOE en Argel; y Fernand Bonnier, que perpetró el atentado. Dodds-Parker, que había acompañado al líder de la resistencia francesa Jean Moulin al avión que lo llevaría definitivamente de regreso a Francia, enseñó a Bonnier a disparar la pistola y luego afirmaría, aunque en realidad no fuera verdad, que en el asesinato se había utilizado su propia arma. El plan preveía que Bonnier fuera sacado inmediatamente de Argel a bordo del *Mutin*, barco al mando de Gerry Holdsworth, de la flotilla secreta que tenía la SOE para infiltrar agentes en el Mediterráneo. Pero después de acechar a Darlan y descerrajarle un tiro en el estómago el 24 de diciembre, Bonnier fue capturado, sometido a un consejo de guerra y ejecutado con una precipitación repugnante.

Eisenhower, turbado por el suceso, por mucho que antes hubiera ansiado que apareciera cuanto antes «un maldito asesino», llamó a Dodds-Parker al cuartel general de las Fuerzas Aliadas para exigirle una seguridad categórica de que la SOE no había estado envuelta en el

asesinato. Resulta difícil de saber con exactitud hasta qué punto era conocida de antemano la existencia de la conspiración. Desde luego el OSS de Londres tenía conocimiento de ella y le dio su aprobación, pero parece que ni Churchill ni sir Charles Hambro, el director de la SOE, dieron forma alguna de autorización. La eliminación del «limón exprimido» provocó pocas lágrimas, incluso entre aquellos de los Aliados que lo habían apoyado.[13] Roosevelt comentó fríamente a uno de sus invitados a la cena de fin de año en la Casa Blanca que Darlan no era más que «un hijo de puta».[14]

En la bolsa de Stalingrado, las tropas del VI Ejército seguían animadas ante la proximidad de las Navidades. Aunque sufrían a causa de los piojos, el frío y el hambre, las fiestas ofrecían una alternativa escapista que les permitía no pensar en lo fatal de su situación. Sabían que la Operación Tormenta de Invierno organizada por Manstein con el fin de liberarlos había fracasado, pero muchos soldados seguían sufriendo la «fiebre del *Kessel*», imaginando que podían escuchar la artillería del Ejército Panzer SS que venía a rescatarlos, como había prometido Hitler. No podían creer que su Führer fuera a abandonar a su VI Ejército. Pero tanto el OKW como Manstein se

daban cuenta de que iba a ser sacrificado para mantener ocupados a los ejércitos soviéticos que lo rodeaban, mientras eran evacuadas las fuerzas alemanas del Cáucaso.

Los soldados del VI Ejército soñaban con celebrar la Navidad «a la alemana».[15] Prepararon pequeños regalos para ofrecérselos unos a otros, en su mayoría pequeñas tallas o cosas de comer celosamente guardadas, lo que buenamente pudieran permitirse. En sus refugios bajo la nieve se desarrolló una generosidad y una camaradería extraordinarias frente a la adversidad. El día de Nochebuena cantaron *Stille Nacht, heilige Nacht* («Noche de paz»), y aquellas palabras de todos conocidas hicieron que muchos se deshicieran en llanto al pensar en sus familias y en su hogar. Pero los sentimientos cristianos no llegaron a los prisioneros soviéticos retenidos en dos campamentos dentro del *Kessel*. Privados por completo de alimento para no tener que reducir todavía más las raciones de los alemanes, los pocos supervivientes que quedaban se vieron obligados a comerse los cadáveres de sus compañeros.

En cualquier caso la realidad no podría ser negada demasiado tiempo. Durante dos días no llegaron vuelos de aprovisionamiento, debido al ataque de los tanques soviéticos contra el aeródromo de Tatsinskaya. El VI Ejército iba muñéndose poco a poco de consunción con su dieta de *Wassersuppe* («sopa de agua»), confeccionada con unos cuantos trozos de carne de caballo hervida en nieve

derretida. El patólogo de la unidad, el Dr. Hans Girgensohn, que se había trasladado al interior del *Kessel* en avión a mediados de diciembre, no tardó en hacer un descubrimiento muy alarmante después de realizar cincuenta autopsias. Los soldados se morían de hambre con mucha más rapidez de lo que lo habrían hecho en otras circunstancias. Llegaba a la conclusión de que ello se debía a la interacción de la tensión, la malnutrición prolongada, la falta de sueño y el frío intenso. Todos estos factores interferían con el metabolismo corporal. Aunque el soldado hubiera tomado alimentos por valor de unos cuantos centenares de calorías, su aparato digestivo probablemente asimilaba solo una pequeña parte. La debilidad resultante reducía además su capacidad de superar la enfermedad. Incluso los que no estaban enfermos se encontraban demasiado débiles para intentar una salida a través de la nieve, que alcanzaba una altura considerable, y en cualquier caso Paulus no tuvo el valor de desafiar las órdenes de Hitler.

Las condiciones en los hospitales de campaña eran espantosas por encima de toda ponderación. La sangre de las heridas abiertas se congelaba incluso dentro de las tiendas. Los miembros gangrenados como consecuencia de la congelación eran amputados. Para los dedos se utilizaban alicates. No quedaba anestesia, y a los que tenían heridas graves en el estómago o en la cabeza se les dejaba morir

sin más. Los cirujanos, desesperados y extenuados por el exceso de trabajo, tenían que llevar a cabo una selección despiadada de los heridos. «El soldado alemán sufre y muere con un valor tremendo», escribía el capellán de la 305.ª División de Infantería. «Hasta los amputados se mostraban serenos».[16]

Solo los heridos que podían andar eran evacuados en aviones de transporte, pues las camillas ocupaban demasiado espacio. Agentes de la Feldgendarmerie, armados con metralletas, intentaban mantener a raya a las multitudes de heridos y falsos enfermos que intentaban asaltar los aviones en las pistas heladas de los aeródromos de Gumrak y Pitomnik. Ni siquiera el hecho de tener una plaza asegurada en un avión era garantía de supervivencia. Los Junker 52 y los Focke-Wulf Condor cargados hasta los topes, se esforzaban por ganar altura antes de alcanzar el perímetro en el que las baterías antiaéreas disparaban contra ellos. Los soldados vieron precipitarse a varios aviones convertidos en auténticas bolas de fuego sabiendo que iban llenos de compañeros heridos.

1943 trajo una nueva ola de esperanza irracional cuando en su mensaje de Año Nuevo Hitler prometió que «Yo y toda la Wehrmacht alemana queremos hacer cuanto esté en nuestras manos para aliviar a los defensores de Stalingrado, y sabemos que con vuestra firmeza se producirá la hazaña más gloriosa en la historia de las armas

alemanas».[17]Por respeto a los sufrimientos del VI Ejército, Hitler prohibió el consumo de brandy y de champaña en el cuartel general del Führer.

Al pueblo alemán no se le había dicho todavía que el VI Ejército se hallaba rodeado y los soldados que escribían a sus casas eran amenazados con severos castigos si revelaban este hecho. Uno de ellos envió a su familia un dibujo para felicitar el Año Nuevo, pero en una esquina escribió en letra pequeñísima en francés la siguiente nota: «Hace veinte días que estamos rodeados. Es terrible estar aquí encerrados en esta trampa. Solo nos dicen: "¡Aguantad, aguantad!", pero nos dan doscientos gramos de pan al día y un poco de sopa de carne de caballo. Casi no tenemos sal. Los piojos son una tortura y es absolutamente imposible librarse de ellos. No hay luz en los búnkeres y fuera hace veinte o treinta grados bajo cero».[18]Pero la carta nunca llegó a su destino, pues se encontraba en la saca de la Feldpost que iba en uno de los aviones de transporte abatidos. El departamento de inteligencia del Frente del Don utilizó a comunistas y desertores alemanes para analizar todo aquel correo interceptado. Otro soldado escribía en tono sarcástico: «El primer día de las fiestas tuvimos de cena oca con arroz, y el segundo oca con guisantes. Llevamos comiendo oca mucho tiempo. Solo que nuestras ocas tienen cuatro patas y llevan herraduras».[19]

Stalin admitía a regañadientes todos los retrasos que se producían en la organización de la Operación Anillo, que debía asestar el golpe de gracia al VI Ejército. Rokossovsky dispondría de cuarenta y siete divisiones apoyadas por trescientos aviones. El 8 de enero, el cuartel general del Frente del Don envió dos emisarios con bandera blanca a ofrecer a Paulus los términos de la rendición. Pero fueron despachados de vuelta con el documento que habían traído casi con toda seguridad por orden del jefe de estado mayor, el *Generalleutnant* Schmidt.

Dos días después, al amanecer dio comienzo la Operación Anillo con un bombardeo de artillería pesada y el estridor de las baterías de lanzacohetes Katiusha. En aquellos momentos los oficiales del Ejército Rojo llamaban orgullosamente a la multitud de sus cañones el «Dios de la Guerra». El grueso del ataque fue dirigido contra la «nariz Marinovka», una avanzadilla situada al sudoeste del *Kessel*. Los soldados alemanes, envueltos en harapos, de tal modo que parecían espantapájaros, apenas podían encajar sus dedos hinchados por la congelación en el hueco del gatillo. La blancura del paisaje, en el que los pequeños montículos de nieve señalaban la presencia de los cadáveres insepultos, estaba acribillada de cráteres negros, producidos por las bombas, con los bordes amarillos por efectos de la cordita. En el sector sur, lo que quedaba de la

división rumana había logrado escapar y salir corriendo, dejando un hueco de un kilómetro en la línea defensiva. El LXIV Ejército envió inmediatamente una brigada de tanques T-34, cuyas orugas hacían saltar la costra de nieve helada.

Las divisiones alemanas del sudoeste, obligadas a emprender la retirada, vieron que era imposible establecer una nueva línea de defensa, pues el terreno estaba demasiado duro para cavar trincheras. Les quedaba tan poca munición que los soldados aguardaban casi hasta que podían disparar a quemarropa a los atacantes soviéticos. El capellán de la 305.ª División señala la despiadada acometida de los rusos, «aplastando a los heridos con sus tanques, abatiendo sin piedad de un tiro a los heridos y a los prisioneros».[20]

El aeródromo de Pitomnik era un caos desastroso, lleno de aviones calcinados y aplastados y montones de cadáveres congelados fuera de las tiendas-hospital. Quedaba muy poco combustible para evacuar al resto de los heridos a los hospitales de campaña. Algunos eran arrastrados en trineos, hasta que sus camaradas paraban porque no podían más. Las escenas de sordidez eran casi inimaginables. Algunos soldados deprimidos y víctimas del shock de los bombardeos intentaban volver a la ciudad en ruinas en busca de refugio, en tan gran cantidad que la Feldgendarmerie necesitó Dios y ayuda para mantener la

disciplina. No obstante, la mayoría de los hombres siguió luchando, y con ellos en muchos casos los Hiwis rusos, que sabían perfectamente lo que les aguardaba cuando acabara la batalla.

El 16 de enero, Pitomnik fue abandonado y los últimos Messerschmitt allí estacionados despegaron por orden de Richthofen. Gumrak, el otro aeródromo, de menor tamaño, no estaba en condiciones de recibir aviones de transporte y además estaba directamente bajo el fuego de la artillería. La Luftwaffe empezó a lanzar pertrechos en paracaídas, pero la mayor parte de ellos volaba a la deriva y caía detrás de las líneas soviéticas. Todo un batallón de la 295.ª División de Infantería alemana se rindió ese mismo día. En algunos casos, los oficiales al mando de los batallones no fueron capaces de enfrentarse a los sufrimientos de sus hombres. Estos caminaban cojeando con los pies congelados, tenían grietas en los labios, y sus caras, sin afeitar, tenían el color amarillento, céreo, de los agonizantes. Los cuervos volaban en círculos a su alrededor y se posaban para picotear los ojos de los muertos y de los moribundos.

El Ejército Rojo no tuvo piedad, especialmente tras los terribles descubrimientos que habían hecho. «Cuando liberamos la aldea de Novo-Maksimovsky», informaba el NKVD del Frente del Don, «nuestros soldados encontraron en dos edificios con las ventanas y las puertas tapiadas a

setenta y seis prisioneros soviéticos, sesenta de los cuales habían muerto de hambre, y algunos cuerpos estaban ya en descomposición. El resto de los prisioneros estaban medio vivos, pero la mayoría no podía ni ponerse en pie de pura extenuación. Resultó que aquellos prisioneros habían pasado casi dos meses en aquellos edificios. Los alemanes estaban matándolos de hambre. A veces les tiraban carne podrida de caballo y les daban de beber agua salada».[21] El oficial al mando del campo de prisioneros Dulag-205, declararía después en el curso de un interrogatorio del SMERSh que «desde primeros de diciembre de 1942, un mando del VI Ejército alemán, el teniente general Schmidt, prohibió personalmente suministrar comida al campamento y entonces dieron comienzo las muertes masivas por inanición».[22] Los soldados soviéticos no tuvieron compasión de los alemanes heridos, especialmente cuando vieron a los últimos prisioneros rusos a los que habían dejado morir de hambre en otro campo en Gumrak. En un episodio trágico, sus salvadores los mataron sin querer al darles demasiada comida de golpe.[23]

El 22 de enero, el cuartel general del VI Ejército recibió un comunicado telegráfico de Hitler. «La rendición está fuera de discusión. Las tropas deben luchar hasta el final. Si es posible, hay que defender la Fortaleza reducida con las tropas todavía en condiciones de combatir. La valentía y la tenacidad de la Fortaleza nos han dado la

oportunidad de establecer un nuevo frente y de lanzar contraataques. El VI Ejército ha realizado así una contribución histórica al episodio más grandioso de la historia de Alemania».[24] En Stalingrado, donde los hombres tenían que arrastrarse a cuatro patas, «como fieras», las condiciones reinantes en los sótanos eran incluso peores, contándose tal vez casi cuarenta mil heridos y enfermos entre los hombres del VI Ejército que quedaban vivos.[25] Los dedos de los pies y las manos de los heridos, completamente congelados, a menudo saltaban solos, cuando eran retirados los vendajes. Nadie tenía fuerzas para retirar los cadáveres de los que morían. Podía verse cómo los piojos los abandonaban para buscar los cuerpos de los vivos.

El 26 de enero, lo que quedaba del VI Ejército fue dividido en dos cuando el XXI Ejército llegó a las líneas de la 13.ª División de Guardias de Rodimtsev al norte del Mamaev Kurgan. El propio Paulus, que también padecía disentería, sufrió un ataque de nervios en los sótanos de los almacenes Univermag, situados en la Plaza Roja. Quedó así al mando Schmidt. Varios generales y oficiales de alta graduación se pegaron un tiro antes que arrostrar la deshonra de la capitulación. Algunos hombres eligieron el «suicidio del soldado», poniéndose de pie en la trinchera y esperando que el enemigo disparara.

Hitler anunció el ascenso de Paulus al rango de

Generalfeldmarschall. El nuevo mariscal comprendió que el anuncio era la orden cifrada de que debía quitarse la vida, pero ahora que su admiración por Hitler se había evaporado, no tenía la menor intención de dar semejante satisfacción al Führer. El 31 de enero, los soldados del Ejército Rojo entraron en el edificio del Univermag. «Paulus estaba completamente trastornado», escribió el intérprete soviético, un teniente judío llamado Zakhary Rayzman. «Le temblaban los labios. Dijo al general Schmidt que estaba haciéndose demasiado jaleo, que había demasiada gente en la habitación». Rayzman escoltó a ciento cincuenta y un soldados y oficiales alemanes de regreso al cuartel general de su división. Por el camino, tuvo que detener a los soldados del Ejército Rojo que intentaban humillarlos. «Esa es la ironía del destino», declaró un coronel alemán, con la intención de que todos lo oyeran. «Un judío se encarga de que no nos hagan daño».[26] Paulus y Schmidt fueron conducidos al cuartel general del LXIV Ejército del general Shumilov, donde se filmó la firma de la rendición. Todavía podía verse perfectamente el tic nervioso de Paulus.

Hitler escuchó la noticia de la rendición en silencio. Se quedó mirando aparentemente su sopa de verduras. Pero al día siguiente estalló en cólera contra Paulus por no haberse pegado un tiro. El 2 de febrero el general Strecker, al mando de lo poco que quedaba del XI Cuerpo en las

ruinas de la zona norte de Stalingrado, también se rindió. El Ejército Rojo descubrió con estupor que tenía en sus manos a más de noventa y un mil prisioneros, muchos más de los que se esperaba. Debido sobre todo a la falta de preparativos, no recibieron alimento ni asistencia médica durante algún tiempo. Cuando llegó la primavera había muerto casi la mitad de ellos.

Las bajas soviéticas durante toda la campaña de Stalingrado ascendieron a un millón cien mil, y de ellas casi medio millón murieron. El ejército alemán y sus aliados también perdieron más de medio millón de hombres, entre muertos y prisioneros. En Moscú, las campanas del Kremlin repicaron por la victoria. Stalin fue presentado como el gran arquitecto de aquel triunfo histórico. La reputación de la Unión Soviética creció vertiginosamente en todo el mundo, atrayendo a muchos hacia los movimientos de resistencia capitaneados por los comunistas.

En Alemania, las emisoras de radio recibieron la orden de transmitir música solemne. Tras negarse obstinadamente a reconocer que el VI Ejército se hallaba rodeado desde el mes de noviembre, Goebbels intentaba ahora fingir que la totalidad del VI Ejército había perecido en una batalla final: «Han muerto para que Alemania viva». Pero su intento de crear un mito heroico fracasó. Enseguida empezó a correr por toda Alemania,

especialmente entre los que escuchaban en secreto la BBC, el rumor de que Moscú había anunciado la captura de noventa y un mil hombres. La impresión causada por la derrota en Alemania fue demoledora. Solo los nazis fanáticos seguían creyendo que todavía podía ganarse la guerra.

El OKW quedó trastornado ante la «gran conmoción causada entre la opinión pública alemana» por la rendición del VI Ejército en Stalingrado y envió un severo aviso a los oficiales advirtiéndoles que no exacerbaran la situación con críticas a las autoridades militares y políticas a través de los llamados «relatos factuales» del combate.[27] Se multiplicaron los intentos de inculcar a las fuerzas armadas «la visión nacionalsocialista», aunque las autoridades recibieron informes que comunicaban que los oficiales de más edad, pertenecientes a los «días de la carrera militar apolítica» de la Reichswehr,[28] no mostraban demasiado interés por el adoctrinamiento de sus soldados. Los oficiales más comprometidos y la SS se quejaban de que la labor de adoctrinamiento ideológico del Ejército Rojo era mucho más eficaz.

El 18 de febrero Goebbels recurrió al lema: «¡Guerra total! — ¡Guerra Corta!», en un mitin masivo celebrado en el Sportpalast de Berlín. El ambiente estaba electrizado. Alzándose en el podio gritó: «¿Queréis una Guerra Total?»[29] El público saltó de sus asientos y respondió

afirmativamente con un aullido. Incluso un periodista antinazi encargado de cubrir el acto confesaría más tarde que él también había saltado de su asiento lleno de entusiasmo y que apenas pudo frenarse y dejar de gritar: «¡Sí!», como el resto de la multitud. Posteriormente contaría a sus amigos que si Goebbels hubiera dicho: «¿Queréis ir todos a la muerte?»,[30] la multitud habría respondido atronadoramente que sí. El régimen nazi había atrapado a toda la población del país y la había convertido, quieras o no, en cómplice de sus crímenes y de su locura.[31]

27

CASABLANCA, KHARKOV Y TÚNEZ (diciembre de 1942-mayo de 1943)

En diciembre de 1942, mientras el I Ejército de Anderson avanzaba con dificultad en medio de la lluvia por las colinas de Túnez, el Panzerarmee de Rommel se retiraba sin sufrir el acoso del VIII Ejército de Montgomery. Montogmery, que no quería ver perjudicada su reputación de garante de victorias, no tenía la más mínima intención de que un contraataque repentino —acción en la que el ejército alemán solía obtener brillantes resultados— pudiera empañar su prestigio. Muchos regimientos veían también con satisfacción que fueran «otros desgraciados los encargados de ir a la caza» del enemigo, como lo describiría el oficial al mando de los Rangers de Sherwood.[1] Consideraban que ya habían cumplido con su misión y preferían dedicarse al saqueo de los vehículos alemanes abandonados, en busca de pistolas Luger, alcohol,

cigarros y chocolate.

Probablemente Montgomery no se equivocara al admitir que el ejército británico todavía no estaba preparado para competir con los alemanes en una guerra de movimientos, pero lo cierto es que su exceso de precaución a la hora de dirigir las distintas operaciones radicaba en sus prejuicios en lo tocante a la caballería. Solo los regimientos de vehículos blindados, el 11.° de Húsares y los Dragones Reales, se encontraban en una posición suficientemente avanzada para acosar con contundencia a las tropas alemanas en retirada. Aunque en aquellos momentos las fuerzas de Rommel se reducían a unos cincuenta mil hombres con apenas un batallón de tanques, la reticencia de Montgomery a asumir posibles peligros hizo que llegara incluso a considerar la idea de dejar Trípoli y Túnez en manos del I Ejército de Anderson. Esta autosuficiencia quedaría reflejada en otros mandos inferiores. «Todos habíamos visto al enemigo tan desorganizado que no parecía posible que pudiera reagruparse para causarnos problemas», escribiría el poeta Keith Douglas, teniente de los Rangers de Sherwood. «Cuando supimos lo de los desembarcos en el norte de África, muy pocos esperaban que se tardara unas pocas semanas más en barrer la zona y acabar con los restos de las fuerzas enemigas antes de la conclusión de la campaña de África».[2]

La Fuerza Aérea del Desierto en Egipto también ha sido objeto de críticas por no haber logrado abatir a las tropas acorazadas de Rommel cuando estas se retiraban a Libia por el paso de Halfaya. Pero lo cierto es que jugó en su contra el tiempo que se tardó en hacer llegar el combustible y los pertrechos necesarios a sus aeródromos avanzados. El vicemariscal del Aire Coningham pidió ayuda a los americanos, y el mando de Brereton, llamado en aquellos momentos la IX Fuerza Aérea, empezó a utilizar sus aviones para transportar combustible al frente. Rommel, convencido de que la guerra en el norte de África se había perdido, estableció una línea defensiva en Mersa el Brega, al este de El Agheila, en el golfo de Sirte, donde había comenzado su campaña del desierto en febrero de 1942.

El 14 de enero de 1943 Roosevelt llegó a Casablanca, completamente exhausto tras un viaje de cinco días. Se entrevistó con Churchill en Anfa, y al día siguiente los jefes del estado mayor conjunto se reunieron para escuchar el informe de la campaña del norte de África elaborado por Eisenhower. El comandante de las fuerzas aliadas estaba visiblemente nervioso. Había pasado una gripe, que se había visto empeorada por su consumo desmedido de cigarrillos

Camel, y tenía la presión arterial alta. El ataque improvisado contra Túnez había sido un fiasco. Eisenhower culpaba de ello a la lluvia y al fango, y a las dificultades que implicaba trabajar con los franceses, en vez de atribuir aquel fracaso a la negativa de Anderson a concentrar sus ya debilitadas fuerzas. Reconocía también lo caótico que era el sistema de abastecimiento, problema que ya estaba tratando de resolver su jefe de estado mayor, Bedell Smith.

Eisenhower esbozó a continuación su plan para abrirse paso hasta Sfax, en el golfo de Gabes, con una división del II Cuerpo del general Lloyd Fredendall. El general Brooke enseguida echó por tierra la idea. La fuerza de ataque, señaló, quedaría comprimida entre los hombres de Rommel en retirada y el llamado V Ejército Acorazado del *Generaloberst* Hans-Jürgen von Arnim en Túnez. Ligeramente encorvado, con los párpados caídos, la nariz aguileña y el rostro enjuto, Brooke parecía un cruce de ave rapaz y reptil, especialmente cuando se mojaba los labios con la lengua. Eisenhower, profundamente conmocionado, pidió que reconsideraran el plan y abandonó la sala.

Ni que decir tiene que durante la conferencia de Casablanca Eisenhower no vivió precisamente su hora más gloriosa, y llegaría a confesar a Patton que temió que lo destituyeran. Del general Marshall también recibió una reprimenda por la falta de disciplina de las tropas americanas y el caos que reinaba en la retaguardia. Por otro

lado, la formación de Patton presente en Casablanca, impecablemente uniformada, causó muy buena impresión a todo el mundo, como había pretendido el general.

El objetivo principal de la conferencia era establecer una estrategia. Sin pelos en la lengua, el almirante King manifestó su convencimiento de que los aliados debían dirigir todos sus recursos contra Japón en la guerra del Pacífico. Expresó con vehemencia su desacuerdo con la política de «interrupción de operaciones» en Extremo Oriente. Y los americanos tenían mucho más interés que los británicos en prestar apoyo a los nacionalistas de Chiang Kai-shek. El general Brooke, sin embargo, estaba firmemente determinado a llegar a un consenso para concluir la guerra en el norte de África, y luego dar el salto a Sicilia. Se exasperaba por la falta de visión estratégica de Marshall. Este seguía anclado en la idea de lanzar una invasión a través del Canal de la Mancha en 1943, cuando resultaba evidente que el ejército americano distaba mucho de estar debidamente preparado para enfrentarse a las cuarenta y cuatro divisiones alemanas presentes en Francia, y los aliados carecían de las naves y las lanchas de desembarco necesarias para la operación. Marshall se vio obligado a ceder. Gracias a la buena preparación de la conferencia por parte del personal del estado mayor, los británicos tenían al alcance de la mano todas las estadísticas. Los estadounidenses, no.

Brooke consideraba que Marshall sabía organizar brillantemente el poderío militar de los Estados Unidos, pero que luego no sabía cómo utilizarlo. Cuando los americanos se quedaron sin argumentos para defender la propuesta de invadir Francia, pero seguían sin ver con claridad qué camino había que seguir, Brooke consiguió llevarlos a su terreno, no sin antes ganar una batalla a los planificadores del estado mayor británico que querían invadir Cerdeña en lugar de Sicilia. Por fin, el 18 de enero, Brooke, con la ayuda del mariscal de campo Dill, por aquel entonces delegado militar de Reino Unido en Washington, y el mariscal sir Charles Portal, jefe del estado mayor del Aire, convenció a los americanos de que siguieran su estrategia en el Mediterráneo poniendo en marcha la Operación Husky, la invasión de Sicilia. Más tarde, el general de brigada Albert C. Wedemeyer, planificador del Departamento de Guerra, que desconfiaba profundamente de los británicos, se vería obligado a reconocer que «llegamos, escuchamos y fuimos conquistados».[3] La conferencia de Casablanca representó el punto culminante de la influencia británica.

Los británicos y los americanos pudieron conocerse un poco mejor durante la conferencia celebrada en el barrio de Anfa, pero no siempre para bien. Patton, con sus maneras de soldado de caballería, consideraba que el general Alan Brooke no era «nada más que un simple

oficinista».[4] El análisis que hizo Brooke de Patton se acercaba mucho más a la realidad. Lo describió como «un líder audaz, valiente, apasionado y algo desequilibrado, bueno para operaciones que requieran osadía y coraje, pero incapaz de desarrollar operaciones que requieran pericia y sensatez».[5] La única cosa en la que coincidían americanos y británicos era en que al general Mark Clark solo le interesaba el general Mark Clark. Eisenhower se entendió bien con el almirante Cunningham y el mariscal del aire sir Arthur Tedder, que más tarde sería su ayudante, pero, a juicio de los americanos, «Ike» se doblegaba demasiado a las exigencias de los británicos. El general Alexander fue puesto a sus órdenes para asumir el mando de todas las fuerzas terrestres. Aunque al principio admiraba bastante a Alexander, Patton se sintió disgustado por lo que consideró una degradación del ejército de los Estados Unidos. No mucho antes había escrito en su diario que «Ike es más británico que los británicos, y en sus manos parece un muñeco».[6]

Pero ni siquiera a Eisenhower le gustaba la idea de tener que trabajar con un consejero político británico como Harold Macmillan. Macmillan estaba firmemente decidido a apoyar a De Gaulle, y tras el asesinato de Darlan poco podían hacer tanto Eisenhower como Roosevelt para mantener al margen al general francés durante más tiempo. Eisenhower también temía que se produjeran interferencias

en la cadena de mandos, vistos los estrechos lazos que unían a Macmillan con Churchill y su condición de ministro, pero Macmillan no tenía la más mínima intención de utilizar la superioridad de su rango en beneficio propio. Se daba cuenta de que los americanos no tardarían en ostentar todo el poder en el seno de la alianza, por lo que prefería ejercer sus funciones de una manera más sutil. Por su educación clásica comparaba a los americanos con los romanos, y pensaba que la mejor manera de tratar con el aliado más poderoso de Gran Bretaña era asumiendo el papel de «los esclavos griegos [que] dirigían las operaciones del emperador Claudio».[7]

Eisenhower seguía resentido por cómo había reaccionado la prensa norteamericana y británica al plan de negociaciones con Darlan. «Soy un cruce de antiguo soldado» había escrito en una carta dirigida a un amigo, «pseudoestadista, político incompetente y diplomático tramposo».[8] Viéndose superado por los numerosos aspectos de sus competencias, descargó en Bedell Smith los asuntos políticos, así como muchos otros problemas suyos. Estas responsabilidades no ayudarían precisamente a «Beetle» a calmar sus dolores de úlcera. No obstante, Bedell Smith, aunque famoso por su mordacidad con los oficiales estadounidenses, supo llevarse bien con los británicos y los franceses.

El problema pendiente en el norte de África, que

Churchill y Roosevelt trataron de resolver por todos los medios durante la conferencia de Casablanca, era decidir qué papel tenía que desempeñar el general De Gaulle. Roosevelt seguía desconfiando totalmente de De Gaulle, pero a instancias de Churchill, Giraud y De Gaulle se reunieron y se dieron la mano para las cámaras. El presidente estadounidense había prometido alegremente a Giraud las armas y los equipos para once divisiones francesas sin consultar si eso era posible. De Gaulle, que en un principio había rechazado la invitación a Casablanca, se sintió, sin embargo, complacido dejando a Giraud como comandante en jefe de las fuerzas francesas en el norte de África, siempre y cuando se le reconociera a él el liderazgo político. Pero para eso debía esperar un poco más de tiempo. Como bien sabía, ese traspaso de poder no sería muy difícil. El valiente «soldadito de plomo» no tenía nada que hacer ante el más resuelto de los generales políticos.

Después de repetir para los fotógrafos aquella farsa de los dos generales franceses dándose la mano a regañadientes, Roosevelt anunció que los aliados tenían la firme intención de conseguir la rendición incondicional de Alemania y Japón. A continuación, Churchill manifestó que Gran Bretaña estaba totalmente de acuerdo con las palabras del presidente, aunque lo cierto es que Roosevelt lo había cogido desprevenido con aquella declaración pública. En su opinión, las implicaciones no habían sido plenamente

meditadas, aunque él ya contaba con la aprobación del gabinete de guerra. Pero esa declaración, que en cierto sentido serviría para tranquilizar al desconfiado Stalin, probablemente no afectó al resultado de la guerra. Tanto las autoridades nazis como las japonesas tenían muy claro que iban a luchar hasta el final. La otra decisión importante, concebida para precipitar el ansiado final de la guerra, fue intensificar la campaña de bombardeos estratégicos contra Alemania utilizando el Mando de Bombarderos británico y la VIII Fuerza Aérea de los Estados Unidos.

Como imaginaba Churchill, Stalin no se mostró impresionado cuando recibió un mensaje conjunto de Roosevelt y el primer ministro británico enviado desde Marrakech para informar al líder soviético de las decisiones adoptadas en Casablanca. Pero los desembarcos de la Operación Torch habían llevado a Hitler a reforzar Túnez y a ocupar el sur de Francia. Así pues, supusieron una diversión de fuerzas alemanas mucho más efectiva que la que habría podido conseguirse con una operación a través del Canal condenada al fracaso. Por otro lado, obligaron a la Luftwaffe a trasladar a esas zonas cuatrocientos aviones del frente oriental, con unas consecuencias desastrosas. A finales de la primavera de 1943, las formaciones de Göring

habían perdido el 40 por ciento de todo su potencial en el Mediterráneo. Pero estos detalles no bastaron para aplacar a Stalin. La decisión de británicos y americanos de aplazar su enfrentamiento con los alemanes en Francia mediante una batalla de desgaste era lo que lo sacaba de sus casillas. El Ejército Rojo seguía, y seguiría, enfrentándose al grueso de las tropas del abrumador ejército alemán.

El 12 de enero, justo unos días antes de que se inaugurara la conferencia de Casablanca, el Ejército Rojo puso en marcha la Operación Chispa (*Iskra* en ruso), concebida para romper el sitio de Leningrado desde el sur del lago Ladoga. Zhukov, que había regresado por orden de Stalin para coordinar la ofensiva, recurrió al II Ejército de Asalto para atacar desde el «continente», al LXVII Ejército para hacerlo desde el lado de Leningrado y a tres brigadas de esquiadores que atravesaron la superficie helada del gran lago. El LXVII Ejército tenía que cruzar el Neva, y hubo que posponer la ofensiva hasta que las aguas congeladas del río formaron una capa de hielo suficientemente gruesa para soportar el peso de los tanques ligeros.

La ofensiva empezó con una serie de intensos bombardeos, que acababan con una lluvia de silbantes cohetes Katiusha. A una temperatura de 25º C bajo cero, las tropas soviéticas, vestidas con sus uniformes blancos de camuflaje, aparecieron en medio de aquel paisaje de hielo. La fortaleza zarista de Shlisselburg, situada al suroeste del

Ladoga, fue rodeada. Tras dos días de intensos combates en los bosques y en los pantanos helados, las vanguardias de las dos fuerzas de ataque estaban a menos de diez kilómetros de distancia una de otra. Los soldados soviéticos consiguieron hacerse incluso con un tanque Tiger intacto del enemigo, un preciado trofeo que podían estudiar sus ingenieros.

El 15 de enero, Irina Dunaevskaya, joven intérprete, cruzó a pie el Neva helado para visitar el campo de batalla. Vio cadáveres «bajo la transparente costra de hielo, como si estuvieran en un sarcófago de cristal». En un cuartel general alemán que había sido tomado, se encontró con un grupo de soldados del Ejército Rojo que liaban cigarrillos con el papel de las listas en las que figuraban los nombres de los individuos recomendados para ser distinguidos con una condecoración. Debido a sus apodos, supuso que eran delincuentes que habían sido liberados de los gulags. En el exterior «el suelo estaba cubierto de ramas y de copas de árboles, de árboles completamente derribados, de nieve negra por el hollín y de cadáveres de soldados, solos o apilados, la mayoría de ellos del enemigo, pero también nuestros, de caballos muertos, de municiones esparcidas aquí y allá y de armas rotas o averiadas: demasiado para los ojos de una mujer... El cuerpo de un alemán jovencísimo y rubio yacía junto a la carretera en una postura muy natural, como si aún estuviera vivo. Los cadáveres quemados de

tres soldados alemanes seguían sentados en la parte delantera de su enorme vehículo. Una vez más, había cadáveres de nuestros soldados bajo el hielo que cubría la carretera, como si estuvieran acristalados, aplastados por los vehículos pesados que habían pasado por encima de ellos hacía poco... En la lejanía, el paisaje adquiría una tonalidad blanco-grisácea, y los troncos de los pinos entre gris y marrón. Eran todos colores tristes y fríos, colores de desolación».[9]

«Evidentemente, tus plegarias», decía el tripulante de un carro blindado en una carta dirigida a su madre, «me protegen en los combates, pues cuatro o cinco veces he salido indemne después de atravesar un campo de minas lleno de vehículos que habían volado por los aires, y la bomba que estalló en nuestro tanque, acabando con la vida del comandante y del artillero, no me hizo nada. Aquí uno se convierte en fatalista y en una persona extremadamente supersticiosa a la vez. Cada día estoy más sediento de sangre. Cada vez que matamos a un Fritz, más satisfecho me siento».[10]

El 18 de enero los dos ejércitos soviéticos cerraron la brecha que los separaba, pero tras sufrir treinta y cuatro mil bajas. El sitio de Leningrado había sido roto, pero el corredor que unía la ciudad al «continente» apenas tenía una anchura de doce kilómetros. Aquel día Stalin ascendió a Zhukov al grado de mariscal de la Unión Soviética.

Con la nueva línea ferroviaria que llegaba al sur del lago Ladoga, el envío de suministros y provisiones a Leningrado aumentó vertiginosamente. Dicha línea, sin embargo, seguía encontrándose al alcance de la artillería alemana, por lo que el mando soviético decidió lanzar otra ofensiva, la Operación Estrella Polar, dirigida por el mariscal Timoshenko. Timoshenko ordenó tomar la localidad de Sinyavino antes del Día del Ejército Rojo, el 23 de febrero. Este intento de dar mayor profundidad a la cabeza de puente se inició con un intenso bombardeo por parte de la artillería. El terreno era tan pantanoso que cuando un obús explotaba solo se conseguía levantar por los aires una gran cantidad de barro, y en muchos casos los proyectiles ni siquiera estallaban. Las tropas del Ejército Rojo lograron romper las líneas enemigas y avanzar por la espesura de abetos y abedules. Vasily Churkin recuerda el momento en el que pasaron por delante de un burdel de campaña: «un barracón de dos pisos que los alemanes habían construido con tablas de madera. La gente contaba que allí vivían setenta y cinco jóvenes rusas procedentes de las aldeas de la zona. Todas ellas habían sido violadas por los alemanes».[11]

El XXVI Cuerpo de Ejército alemán preparó su contraataque con gran pericia. «Vimos unos cuantos tanques Tiger dirigirse hacia nosotros sin dejar de disparar», cuenta Churkin. «Detrás de ellos venía la

infantería alemana. Cuando los tanques se acercaron, nuestros soldados empezaron a abandonar las trincheras en retirada. Los comandantes de los pelotones gritaban a los cobardes, diciéndoles que regresaran a sus trincheras, pero enseguida cundió el pánico».

Una de las formaciones de la Wehrmacht que más sufrió durante la Operación Estrella Polar fue sin duda la División Azul española, compuesta principalmente por voluntarios falangistas. Su creación había sido decidida en Madrid solo dos días después de que se pusiera en marcha la Operación Barbarroja. La derecha española seguía considerando a la Unión Soviética la principal instigadora de su guerra civil. Casi un quinto de los primeros voluntarios eran estudiantes, por lo que podría sostenerse que la División Azul fue una de las formaciones más y mejor cualificadas desde el punto de vista intelectual que haya actuado en una guerra. A las órdenes del general Agustín Muñoz Grandes, un oficial del ejército regular que se había hecho falangista, esta célebre formación española fue convertida en la 250.ª División de Infantería y enviada al frente de Novgorod tras un período de adiestramiento en Baviera. En aquella región boscosa y pantanosa, sus hombres, tras contraer graves enfermedades, se congelaban. Pero Hitler quedó impresionado por su resistencia en el combate y por su contribución decisiva en la aniquilación del II Ejército de Ataque del general Vlasov

en la primavera de 1942.

La División Azul, encargada de la defensa de un sector a orillas del río Izhora, resistió en su posición a pesar de sufrir dos mil quinientas veinticinco bajas en veinticuatro horas de encarnizados combates. Uno de sus regimientos sucumbió al enemigo, pero la línea pudo restablecerse con la ayuda de refuerzos alemanes. Fue la batalla más cruenta y difícil de toda la guerra para esta división, y sin duda contribuyó enormemente al fracaso de la ofensiva soviética.[12]

En el sur de Rusia, la Operación Pequeño Saturno había obligado a Manstein a retirar el I Ejército Acorazado y el XVII Ejército a la cabeza de puente de Kuban, en el extremo noroeste del Cáucaso, al sur de Rostov. Rokossovsky se quejaba de que, con la pérdida de intensidad de la ofensiva y la lentitud del avance hacia Rostov para aislar completamente al enemigo, se había desaprovechado una oportunidad de oro. Pero una vez más Stalin se había dejado llevar por un arrebato de optimismo, igual que había sucedido un año antes. Olvidándose de la rapidez con la que el ejército alemán se recuperaba de los desastres, quiso liberar el este de Ucrania poniendo en marcha las operaciones de Donbas y Kharkov con tropas

que, con la reciente rendición del VI Ejército alemán, habían finalizado su misión.

El 6 de febrero, Manstein se entrevistó con Hitler, que al principio asumió la responsabilidad de la derrota en Stalingrado, pero luego culpó a Göring, entre otros, del desastre. Se quejó amargamente de que Paulus no hubiera sido capaz de suicidarse. Pero a los japoneses la noticia les sentó mucho peor. En Tokio, Shigemitsu Mamoru, nuevo ministro de asuntos exteriores, y un público de ciento cincuenta generales y oficiales de alto rango nipones, vieron una película sobre Stalingrado filmada por un cámara ruso. Las escenas en las que aparecían Paulus y los demás generales capturados les provocaron una profunda turbación. «¿Es posible que haya ocurrido esto?», preguntaron incrédulos. «Si eso es cierto, ¿por qué Paulus no se suicidó como un verdadero soldado?».[13] Fue como si de repente las autoridades japonesas empezaran a darse cuenta de que, después de todo, el invencible Hitler iba a perder la guerra.

Manstein pudo permitirse en aquellos momentos exigir mayor flexibilidad de acción. Hitler quería una férrea defensa de los territorios ocupados, pero la amenaza de que todo se viniera abajo en el sur de Rusia daría, curiosamente, a Manstein la oportunidad de culminar con éxito uno de los contraataques más espectaculares de toda la guerra.

El Ejército Rojo, tras aplastar al II Ejército húngaro y rodear a parte del II Ejército alemán con el Frente Voronezh, situado en el flanco izquierdo de Manstein, intentó avanzar hacia el oeste para capturar lo que se convertiría en el saliente de Kursk. «Durante la última semana y media», escribió un soldado en una carta dirigida a su esposa el 10 de febrero, «hemos marchado por zonas que acababan de ser liberadas de los fascistas. Ayer nuestros vehículos blindados entraron en Belgorod. Nos hemos hecho con un gran botín y con muchos prisioneros de guerra. Durante las marchas constantemente nos encontramos con grandes grupos de húngaros, rumanos, italianos y alemanes capturados. Si pudieras ver, Shurochka, en qué lastimosa visión se ha convertido esta infame pandilla de Hitler. Sus hombres calzan botas militares, e incluso abarcas, y visten uniformes de verano; solo unos pocos llevan abrigo, y encima de todo esto las chaquetas que han robado, ya sean de hombre o de mujer. En la cabeza, bicornios, y van envueltos en mantones de mujer. Muchos presentan síntomas de congelación; van sucios y tienen piojos. Da muchísimo asco solo pensar hasta dónde han llegado todos estos sinvergüenzas invadiendo nuestro país. Ya hemos recorrido doscientos setenta kilómetros por las provincias de Voronezh y Kursk. ¡Hay tantísimos pueblos, aldeas, fábricas y puentes destruidos! La población civil comienza a regresar a sus

casas a medida que va llegando el Ejército Rojo. ¡Todos rebosan alegría!».[14]

Otro sector del Frente Voronezh avanzó hacia Kharkov. El 13 de febrero, Hitler insistió en que era necesario que el II Cuerpo Panzer de la SS, con las divisiones *Leibstandarte Adolf Hitler* y *Das Reich*, del *Gruppenführer* Paul Hausser, resistiera en la ciudad. Hausser, por propia iniciativa, desobedeció la orden y se retiró. Mientras tanto, Manstein replegó el I Ejército Panzer al río Mius. El Frente Sudoeste, con cuatro ejércitos, había realizado un impetuoso avance hacia el oeste. Su punta de lanza eran cuatro formaciones blindadas (aunque con una fuerza inferior a la de un cuerpo panzer), a las órdenes del teniente general M. M. Popov. La Stavka consideraba que estaba a punto de obtenerse una contundente victoria si se aprovechaba la brecha abierta en el frente alemán al sur de Kharkov, pero sus líneas de abastecimiento estaban demasiado extendidas.

El 17 de febrero, furioso porque sus órdenes habían sido ignoradas, Hitler voló a Zaporozhye para enfrentarse con Manstein. Pero Manstein lo tenía todo bien atado. Trasladó el cuartel general del IV Ejército blindado para controlar directamente el II Cuerpo Panzer de la SS, que acababa de ser reforzado con la División *Totenkopf*, y dispuso que el I Ejército blindado atacara a los soviéticos por el sur. Hitler no tuvo más remedio que mostrarse de

acuerdo con sus planes. El contraataque a dos bandas de Manstein destruyó a las fuerzas acorazadas de Popov y estuvo a punto de rodear al I Ejército de Guardias y al VI Ejército rusos. Las tropas del XXV Cuerpo de Tanques, ya sin combustible, tuvieron que abandonar todos sus vehículos y regresar a pie a las líneas soviéticas.

Durante la primera semana de marzo, el IV Ejército blindado alemán volvió a avanzar hacia Kharkov, y Hausser reconquistó al final la ciudad el 14 de marzo, tras unos encarnizados combates totalmente innecesarios. Las intensas lluvias propias de la primavera obligaron a interrumpir las siguientes operaciones. Los prisioneros de guerra soviéticos eran obligados a enterrar a los muertos. Casi todos estaban tan hambrientos que buscaban entre los cadáveres, en los bolsillos de los uniformes, algo que poder llevarse a la boca. Sin embargo, estos actos se consideraban delictivos y se pagaban con la vida. Los alemanes solían ejecutar a estos prisioneros pegándoles un tiro, aunque algunos sádicos iban más allá. En cierta ocasión, un soldado ató unidos a una verja a tres prisioneros soviéticos acusados de robar. «Cuando sus víctimas estuvieron bien atadas», escribiría otro soldado, «cogió una granada, tiró de la arandela, la metió en el bolsillo del abrigo de uno de ellos y salió corriendo para refugiarse. Los tres rusos, con las tripas reventadas, gritaron pidiendo misericordia hasta el final».[15]

Hitler confiaba en el saliente de Kursk para el lanzamiento de una ofensiva que restaurara la superioridad alemana en el frente oriental.

Pero el ejército alemán en la Unión Soviética atravesaba una situación sumamente precaria debido al debilitamiento de sus fuerzas. Aparte de perder su VI Ejército y las formaciones de sus aliados, había sufrido numerosas bajas durante la retirada del Cáucaso, por no hablar de los encarnizados combates en los alrededores de Leningrado y de la ofensiva Rzhev lanzada por el Ejército Rojo contra su IX Ejército. Muchos vehículos habían sido abandonados en la retirada al quedarse sin combustible, no sin antes volarlos arrojando una granada en sus motores. Los carros de combate a menudo se veían obligados a remolcar varios camiones llenos de heridos.

El poderío de la Wehrmacht en el frente oriental se había visto reducido también por el traslado de tropas a Túnez, y a Francia por si se producía una invasión aliada. Las operaciones en el Mediterráneo seguían siendo causa de importantes pérdidas para la Luftwaffe, igual que la campaña de bombardeos estratégicos contra las ciudades y las fábricas del sector aeronáutico alemanas. Y la necesidad de proteger el Reich había provocado la retirada de numerosos escuadrones de cazas y de baterías antiaéreas, permitiendo que por primera vez en la guerra los soviéticos disfrutaran de superioridad aérea. En la

primavera de 1943, las fuerzas alemanas contaban con poco más de dos millones setecientos mil efectivos, y las del Ejército Rojo rondaban los cinco millones ochocientos mil, con un número de tanques casi cinco veces superior y el triple de cañones y de morteros pesados. Además, el Ejército Rojo tenía mayor movilidad gracias a la llegada de los jeeps y camiones enviados por los norteamericanos en virtud del acuerdo de Préstamo y Arriendo.[16]

El mayor poderío del Ejército Rojo también se debió al reclutamiento de jóvenes mujeres, cuyo número llegó a ser de ochocientas mil. Aunque muchas de ellas habían estado prestando sus servicios desde el comienzo de la guerra, y más de veinte mil habían participado en la batalla de Stalingrado, fue en 1943 cuando comenzaron a integrarse en las filas del Ejército Rojo de manera espectacular. Su papel militar dejó de limitarse a los desempeñados hasta el momento (médicos, enfermeras, telefonistas, telegrafistas, pilotos, observadoras aéreas o de ayuda en las posiciones de las baterías antiaéreas). Su valentía y su competencia, demostradas sobre todo durante la batalla de Stalingrado, animó a las autoridades soviéticas a reclutar un número mayor de ellas, por lo que durante la guerra hubo más mujeres sirviendo en el Ejército Rojo que en cualquier otro ejército regular. Aunque unas cuantas francotiradoras ya habían destacado por su puntería letal, este tipo de expertas aumentó vertiginosamente en las

fuerzas soviéticas con la creación de una academia femenina de tiro en 1943. Se consideraba que las mujeres resistían mejor el frío que los hombres y mantenían el pulso más firme.[17]

Estas intrépidas jóvenes, sin embargo, también tuvieron que afrontar el acoso de sus camaradas varones, especialmente de sus superiores. «Estas muchachas evocaban recuerdos de bailes de fin de curso, de primeros amores», escribía Ilya Ehrenburg. «Casi todas las que he conocido en el frente acababan de salir de la escuela. A menudo se las veía incómodas y nerviosas: había demasiados hombres a su alrededor que las miraban con deseo».[18] Algunas se vieron obligadas a convertirse en «la esposa de campaña» de un alto oficial, las llamadas «PPZh» (la sigla en ruso de *pokhodno-polevaya zhena*), porque sonaba como «PPSh», la ametralladora estándar del Ejército Rojo.

Con frecuencia se recurría a métodos coercitivos. Un soldado contaría cómo un oficial ordenó a una joven de su pelotón de comunicaciones que se uniera a una patrulla de combate, simplemente porque la muchacha se había negado a yacer con él. «Muchas eran enviadas a la retaguardia porque estaban embarazadas», dice el mismo recluta. «La mayoría de los soldados no pensaba mal de ellas. Era la vida. Nos pasábamos todos los días jugando con la muerte en el frente, por lo que muchos también querían disfrutar

un poco».[19] Pero muy pocos hombres reconocieron sus responsabilidades, y muchos hicieron todo lo posible por evitar a sus llorosas víctimas antes de partir. Vasily Grossman, amigo y colega de Ehrenburg, quedó horrorizado por la manera flagrante en la que los varones utilizaban su rango para obtener favores sexuales. En su opinión, la «esposa de campaña» fue «el gran pecado» del Ejército Rojo. «Pero a su alrededor», añadía, «miles de muchachas vestidas con uniformes militares trabajan muy duro y con gran dignidad».[20]

En las escarpadas colinas del oeste de Túnez, el I Ejército de Anderson seguía tratando de resistir. Su actuación se veía entorpecida por una confusa estructura de mandos, la imposibilidad de concentrar sus fuerzas mal coordinadas y las constantes disputas entre los oficiales británicos, franceses y americanos. Las tropas aliadas no tenían nada que hacer ante la gran profesionalidad con la que los alemanes contraatacaban, combinando la acción de sus bombarderos en picado Stuka, de su artillería y de sus carros de combate.

Los dos bandos se lamentaban amargamente de la constante lluvia y de la suciedad y el barro que se acumulaban. «Es increíble lo que hay que soportar», decía

un *Gefreiter* en una carta dirigida a los suyos, ignorando, evidentemente, que las condiciones en el frente oriental eran mucho peores.[21] El general von Arnim había llegado para asumir el mando de las fuerzas de Túnez, que en aquellos momentos recibían el nombre de V Ejército Acorazado. Arnim se preparó para defenderse de los ataques aliados, y ordenó que los judíos de Túnez fueran detenidos para utilizarlos como mano de obra esclava. La comunidad judía también sufrió la implacable expoliación de su oro y su dinero.

La retirada de Rommel de la línea Mersa el Brega en diciembre de 1942 y la ausencia de victorias aliadas en Túnez llevaron a Montgomery a continuar con el avance. Pero desaprovechó todas las oportunidades que tuvo de rodear lo que quedaba del Panzerarmee, especialmente cuando este hizo un alto en la línea Buerat. El 23 de enero de 1943, el VIII Ejército entró en Trípoli, con el 11.° de Húsares a la cabeza. Pero, una vez más, Rommel ya se había retirado para comenzar a fortificar la línea Mareth, junto a la bahía de Gabes, y poder conectar con el V Ejército Acorazado de Arnim.

Resignado a su derrota en el norte de África, Rommel quería emprender una evacuación de sus tropas como la de Dunkerque. Sus unidades no disponían ni del combustible suficiente ni del armamento necesario para seguir con los combates, y se desesperaba porque Hitler no entraba en

razón. En el curso de un duro intercambio de palabras en la Wolfsschanze a finales de noviembre, Hitler se había negado a autorizar la retirada de tropas de la línea Mersa el Brega, acusando incluso a los hombres de Rommel de haber abandonado sus armas durante la retirada de El Alamein. En realidad, la retirada de Rommel, con la que consiguió escapar del VIII Ejército, había sido la empresa dirigida con más talento y perspicacia de todas las llevadas a cabo durante su guerra del desierto.

Los intentos de Mussolini de convencer a Hitler de poner fin a la guerra en la Unión Soviética cayeron en saco roto. La rendición en Stalingrado y la pérdida de Libia constituyeron un duro revés para la moral del Duce, quien, tras destituir a su yerno, el conde Ciano, como ministro de exteriores, comenzó a alimentar su depresión encerrándose en su dormitorio, metido en la cama, para tratar de evadirse de la realidad.

Al general von Arnim le preocupaba que el II Cuerpo de los Estados Unidos, a las órdenes del general Lloyd Fredenhall, pudiera avanzar desde el sur por las montañas y llegar a la carretera que iba de Kasserine a Sfax, en la costa. Este movimiento supondría que su V Ejército Acorazado quedara separado del Panzerarmee de Rommel. Arnim expuso a Rommel la situación, y pidió que su 21.ª División Panzer, que había sido debidamente pertrechada, acabara con el destacamento francés instalado en el paso de Faid,

cuyos hombres estaban muy mal equipados.

La 21.ª división Panzer atacó el 30 de enero, y el II Cuerpo del general Fredenhall no supo reaccionar a tiempo a las llamadas de ayuda de los franceses. Al día siguiente, cuando un comando de asalto de la 1.ª División Acorazada de los Estados Unidos lanzó por fin una contraofensiva en aquel rocoso paso, los alemanes estaban esperándolo. El frente de tanques Sherman fue duramente atacado por cazas Messerschmitt y cañones antitanque alemanes perfectamente ocultos. Se destruyó más de la mitad de los vehículos blindados, y los que no fueron alcanzados por el enemigo dieron media vuelta en medio de los vehículos en llamas. Unas horas más tarde los americanos volvieron a intentarlo, pero también fracasaron, sufriendo importantes bajas. Fredenhall, un verdadero desastre como comandante, dividió aún más sus fuerzas, a pesar de las instrucciones recibidas de Eisenhower en sentido contrario. Envió otro comando de asalto a una misión imposible, con órdenes confusas. Los soldados de infantería que debían apoyarlo, todos bisoños, fueron alcanzados en sus camiones por los bombarderos en picado alemanes. El bautismo de fuego de esos hombres inexpertos de la 34.ª División de Infantería fue aún más violento durante los días siguientes, pues Fredenhall, que raras veces abandonaba su cuartel general, siempre alejado en la retaguardia, ordenó más y más ataques.

Rommel decidió poner fin de un plumazo a la amenaza americana, lanzando una ofensiva a tres bandas. El 14 de febrero, la 10.ª División Panzer avanzó hacia el oeste desde el paso de Faid, mientras la 21.ª División Panzer atacó desde el sur en un movimiento de pinza. Setenta tanques estadounidenses fueron destruidos en el primer día de combate en las inmediaciones de Sidi Bou Zid. Uno de ellos fue alcanzado desde una distancia de dos mil setecientos metros por el cañón de 88 mm de un Tiger. El proyectil del cañón de 75 mm de un Sherman no podía perforar el blindaje frontal del carro de combate alemán, ni siquiera disparando a bocajarro. El 16 de febrero, el tripulante de uno de los vehículos blindados germanos escribía una carta a los suyos, pidiendo disculpas por no haber escrito antes, pues su división había estado combatiendo contra los americanos durante los dos últimos días. «Te habrás enterado por el boletín de noticias de la Wehrmacht de ayer de que ya hemos destruido más de noventa tanques».[22]

Al día siguiente, el destacamento del Afrika Korps en el sur avanzó hacia Gafsa, provocando una retirada en medio del pánico. Cerca de Sidi Bou Zid, un batallón de tanques Sherman de la 1.ª División Acorazada cayó en una emboscada y fue destruido en el curso de un contraataque tan valiente como inútil. Los carros de combate estadounidenses en llamas salpicaban un paisaje en el que

los tunecinos seguían arando sus campos. Con el rostro ennegrecido, las tripulaciones de los tanques americanos se tambaleaban perdiendo el equilibrio, como probablemente hicieran al poner pie en tierra los soldados británicos después de la Carga de la Brigada Ligera. Ni Fredenhall ni Anderson tenían la más mínima idea de lo que estaba ocurriendo en el frente.

El 16 de febrero, Rommel llegó a Gafsa. Fue recibido con júbilo por la población local, pues los americanos, en su retirada, habían destruido buena parte de la ciudad tras volar por los aires su depósito de municiones. Quería que su Afrika Korps diera alcance a los estadounidenses, que estaban replegándose hacia Tébessa, donde el mariscal alemán pretendía capturar el almacén de provisiones y pertrechos principal de los Aliados. Arnim, sin embargo, consideraba que el plan era demasiado peligroso, y se produjo una discusión a tres bandas con Kesselring.

Aquella noche, las divisiones panzer avanzaron hacia Sbeïtla. Y el 17 de febrero, mientras que algunas unidades americanas huyeron presa del pánico, otras opusieron resistencia y combatieron con arrojo, como reconocería la mismísima 21.ª División Panzer. Fredenhall envió todos los destacamentos que pudo al paso de Kasserine, pero el 20 de febrero empezó la hecatombe. El general de división E. N. Harmon fue testigo del desastre: «Fue la primera, y la única vez, que he visto un ejército norteamericano huyendo

en desbandada. Jeeps, camiones y todo tipo de vehículos imaginable venían hacia nosotros llenando la carretera, unos pegados a otros, a veces dos e incluso tres a la par. Era evidente que solo había una cosa en la cabeza de los conductores que huían despavoridos: alejarse del frente, refugiarse en algún lugar en el que no hubieran disparos».[23]

Por fortuna para los Aliados, Rommel y Arnim estaban en total desacuerdo. Por querer hacer demasiadas cosas, les salió el tiro por la culata, pues dividieron sus fuerzas para capturar Tébessa en el oeste, y para avanzar hacia el norte, a Thala, y por una carretera paralela, a Sbiba. Con fuerzas británicas y estadounidenses que impedían el paso a Thala y a Sbiba, apoyadas en el último momento por la artillería americana, a la 10.ª y a la 21.ª División Panzer no le quedó más remedio que detenerse. Y al final, el destacamento del Afrika Korps que se dirigía a Tébessa también tuvo que interrumpir la marcha ante los ataques de las baterías de artillería y los cañones antitanque americanos. Rommel quedó estupefacto ante la efectividad de estas armas. Y en cuanto se despejó el cielo, la aviación aliada comenzó los bombardeos contra los vehículos blindados alemanes en retirada. El «zorro del desierto» regresó a la línea Mareth el 23 de febrero, convencido de que había propinado a los Aliados un revés suficientemente duro para desalentar cualquier intento de avance en el futuro.

Las tropas aliadas no podían creer que los alemanes se hubieran retirado, por lo que su regreso al paso de Kasserine fue lento y cauteloso. La zona estaba sembrada de tanques chamuscados, aviones estrellados y cadáveres. Cuando veían a los tunecinos robando a los muertos, los soldados americanos solían abrir fuego con sus subametralladoras Thompson, unas veces tirando a matar, otras simplemente para ahuyentarlos. El II Cuerpo de Fredenhall había perdido más de seis mil efectivos, ciento ochenta y tres tanques, ciento cuatro camiones semioruga, más de doscientos cañones y quinientos vehículos de transporte. Había sido un cruento bautismo de fuego, que se vio empeorado por las órdenes confusas de las instancias superiores. Los soldados abrieron fuego contra sus propios aviones, destruyendo o inutilizando treinta y nueve de ellos, y los escuadrones aliados atacaron los objetivos equivocados. El 22 de febrero, unos bombarderos B-17 bombardearon un aeródromo británico en vez del paso de Kasserine.[24]

Aunque Rommel fue puesto al mando del Grupo de Ejércitos Afrika, por encima del general von Arnim, se enteró demasiado tarde del plan de Kesselring de lanzar otra ofensiva más al norte, la llamada Operación Cabeza de Buey. Esta no comenzó hasta el 23 de febrero, y habría debido coordinarse con ataques en los alrededores de Kasserine una semana antes. Las pérdidas de los alemanes,

que vieron cómo se quedaban prácticamente sin tanques, fueron mucho más importantes que las de los británicos.

El Comando Supremo, al que Hitler había permitido recuperar el control en interés de la unidad del Eje, se negó a autorizar a Rommel la retirada de la línea Mareth. Perfectamente consciente de que Montgomery preparaba una ofensiva, Rommel decidió lanzar un ataque de desarticulación, pero los mensajes interceptados por Ultra informaron a los británicos de todo lo que debían hacer para prevenirlo. Montgomery envió inmediatamente artillería, cañones antitanque y carros de combate al sector amenazado, donde sus tropas se ocultaron. El 6 de marzo, los alemanes llegaron al lugar en el que un cuerpo entero de artillería había planeado tenderles una emboscada. Rommel perdió cincuenta y dos tanques y seiscientos treinta hombres. Injustamente, tanto Kesselring como Rommel pensaron que habían sido traicionados por los italianos.

Rommel, que padecía una ictericia y se encontraba totalmente exhausto, consideró que había llegado la hora de regresar a Alemania para recibir el tratamiento adecuado y poder descansar. El 9 de marzo abandonó el norte de África. Ya no volvería nunca más. Al día siguiente, a última hora de la tarde, fue recibido por Hitler en el Werwolf, el cuartel general del Führer en Ucrania, a las afueras de Vinnitsa. Hitler se negó a escucharlo cuando recomendó el

traslado del Grupo de Ejércitos Afrika al otro lado del Mediterráneo para defender Italia. Tampoco quiso saber nada de ningún plan que supusiera reducir el frente alemán en Túnez. Rommel, al que en aquellos momentos ya consideraba un derrotista, recibió la orden de partir para recuperarse de sus enfermedades y del cansancio.

Patton, frustrado por la falta de acción en Marruecos y por la manera en la que los británicos parecían dirigir toda la guerra en el norte de África, había escrito hacía poco el siguiente comentario: «Personalmente, desearía poder salir y matar a alguien».[25] Al final, sus plegarias fueron escuchadas, y pudo entrar en acción. En la segunda semana de marzo, Eisenhower lo envió, con el general de división Ornar N. Bradley como su suplente, a relevar a Fredenhall del mando. Eisenhower destituyó también a diversos oficiales, y Alexander quiso deshacerse de Anderson, pero Montgomery no permitiría desprenderse de la única persona que Alexander quería para el puesto de nuevo comandante del I Ejército.

Patton no tardó en imponer su autoridad al II Cuerpo, empezando por exigir que sus hombres saludaran y vistieran correctamente. Todos estaban aterrorizados por la llegada de su nuevo comandante, y enseguida empezarían a llamar a la policía militar «la Gestapo de Patton».[26] Patton quedó estupefacto cuando tuvo conocimiento del número de soldados evacuados por fatiga de combate. También

sintió una profunda frustración cuando se le notificó que sus órdenes no eran atacar y avanzar hacia el mar para aislar al Panzerarmee de Rommel (llamado en aquellos momentos I Ejército Italiano) de las tropas del general von Arnim en el norte. Por el contrario, su misión consistía simplemente en amenazar su flanco para ayudar a Montgomery. Patton sospechaba que Montgomery quería toda la gloria, pero lo cierto es que Alexander, conmocionado aún por la tragedia de Kasserine, seguía sin estar preparado para confiar en las tropas americanas.

Patton tuvo que consolarse con haber sido ascendido al rango de teniente general con tres estrellas. En una reinterpretación de las instrucciones recibidas, ordenó el avance de sus divisiones que, tras reconquistar Gafsa, prosiguieron hacia el Dorsal Oriental, desde el que se domina la llanura hasta el mar. Cuando la 10.ª División Panzer intentó cortar el paso a la 1.ª División de Infantería de Patton desde las colinas de El Guettar, recibió una respuesta contundente y perdió la mitad de los tanques que le quedaban.

Montgomery decidió entonces enviar el XXX Cuerpo a un ataque frontal a la línea Mareth para inmovilizar al enemigo, mientras rebasaba su frente por el flanco suroccidental en una larga maniobra llevada a cabo por los neozelandeses de Freyberg con el apoyo de carros de combate. Pero los alemanes conocían perfectamente los

planes de Freyberg, y el ataque emprendido el 20 de marzo por la 50.ª División acabó en desastre. Montgomery, que reivindicó prematuramente la victoria, no podía dar crédito a la noticia. Pero, recuperándose rápidamente, envió el X Cuerpo de Horrocks en ayuda de los neozelandeses, ordenando un ataque hacia la costa a lo largo de más de treinta kilómetros por detrás de la línea Mareth. Al mismo tiempo envió la 4.ª División India a hostigar al enemigo más de cerca por los flancos. El 26 de marzo, los neozelandeses y las brigadas acorazadas de Horrocks lograron reunirse y acabaron con las débiles defensas alemanas en el desfiladero de Tebaga. El general Giovanni Messe, al frente del I Ejército Italiano, ordenó inmediatamente la retirada de todos sus hombres por la costa hacia Túnez. Aunque puede decirse que se obtuvo una victoria, lo cierto es que las fuerzas del Eje habían conseguido escapar de nuevo.

La Fuerza Aérea del Desierto se lanzó contra las tropas alemanas en retirada. Una de las bajas fue la del coronel barón Claus Schenk von Stauffenberg, que perdió una mano y un ojo durante un ataque de los cazas aliados. El 7 de abril lograron reunirse las unidades del I y el VIII Ejército. Estas dos formaciones difícilmente habrían podido ser más distintas. En sus maltrechos tanques y camiones color arena, los veteranos del desierto mostraban una total despreocupación, por no hablar de su desprecio

por las normas relacionadas con la vestimenta. Su guerra, aunque dura a veces, se había caracterizado por un mayor respeto por la vida de los prisioneros y por un número muy reducido de bajas civiles en la inmensidad del desierto. La tribu local de los senussi había conseguido librarse de lo peor del combate en el desierto, aunque unos cuantos de sus hombres, y muchos de sus camellos, habían perdido alguna extremidad en los campos de minas.

El I Ejército, en su guerra principalmente de montaña en el extremo oriental de la cordillera del Atlas, había tenido que afrontar unos combates mucho más sucios. La violencia de la guerra, cuando las unidades novatas, especialmente las americanas, muy seguras de sí mismas, toparon con las formaciones alemanas de tanques blindados y granaderos acorazados, resultó verdaderamente traumática. Aunque hubo bajas por problemas psicológicos, lo cierto es que la inmensa mayoría de esos hombres desarrolló un mecanismo de supervivencia marcado por la brutalidad. Algunos perdieron todo signo de humanidad, dedicándose a matar sádicamente a los prisioneros e incluso a disparar de manera aleatoria contra los tunecinos por simple diversión, sobre todo a los que iban montados en camello, que llegaron a convertirse para ellos en meras dianas en un campo de tiro. Los soldados británicos solían ser más disciplinados, pero también se dejaban llevar por las ideas racistas de la época. Solo unos pocos entablaron

amistad con los nativos. Los franceses no fueron mucho mejores. Irónicamente, esos oficiales y soldados del antiguo ejército de Vichy querían vengarse de sus súbditos árabes que, en muchas ocasiones, habían colaborado con los alemanes, sobre todo por la política antijudía del régimen nazi. Sin embargo, incluso cuando la campaña se aproximaba a su fin con una victoria, las relaciones existentes entre los tres aliados parecían sufrir un grave empeoramiento, provocando los británicos con su actitud una acusada anglofobia a un gran número de oficiales americanos.

Eisenhower recuperó la confianza, que había comenzado a perder durante el invierno. Su ejército estaba aprendiendo de los errores cometidos. La planificación de la Operación Husky, la invasión de Sicilia, estaba muy avanzada, las fuerzas del Eje estaban a punto de ser expulsadas del norte de África y el sistema de abastecimientos funcionaba por fin según lo previsto. Los británicos estaban atónitos ante la generosidad del titán industrial americano. También estaban sorprendidos por aquel derroche, aunque no podían lamentarse mucho porque ellos eran uno de los principales beneficiarios. Pero el dispendio que suponía el enorme tamaño del cuartel general de las Fuerzas Aliadas, cuyo personal superaba los tres mil hombres, entre oficiales y otros cargos, sonrojaba incluso a Eisenhower.

A comienzos de mayo, las últimas fuerzas del Eje se veían comprimidas en el extremo septentrional de Túnez, que comprende Bizerta, la capital y la península de Cabo Bon. Aunque superaban el cuarto de millón de efectivos, apenas la mitad eran alemanes, y la mayoría de los italianos no eran soldados de combate. Con pocas municiones y casi sin reservas de combustible, los alemanes sabían que el final estaba próximo y hacían chistes sobre «Tunezgrado». La negativa de Hitler a la evacuación de sus tropas para defender el sur de Europa no levantaba precisamente la moral de los hombres, a los que les pareció increíble que el Führer siguiera enviando refuerzos en abril y en mayo. Refuerzos que acabarían siendo capturados también por los Aliados.

Los Junker 52 y los grandes aviones de transporte Messerschmitt 323 fueron una presa fácil para los cazas aliados, que sobrevolaban las aguas del Mediterráneo a la esperar de poder tenderles una emboscada. Más de la mitad de la flota de transporte que le quedaba a la Luftwaffe fue destruida durante los dos últimos meses de la campaña. El domingo, 18 de abril, cuatro escuadrones de cazas estadounidenses y un escuadrón de cazas Spitfire lanzaron un ataque contra un grupo de sesenta y cinco aviones de transporte escoltados por veinte cazas. En lo que se denominó «la matanza del pavo del Domingo de Ramos», los cazas aliados derribaron setenta y cuatro aparatos

aéreos enemigos. Mientras el Ejército Rojo aniquilaba al grueso del abrumador ejército de tierra alemán, los Aliados occidentales empezaban la destrucción de la Luftwaffe. El mariscal del Aire Coningham, comandante de la Fuerza Aérea del Desierto, estaba furioso por la escasa relevancia que Montgomery concedía al papel desempeñado por la RAF en el norte de África. La acción combinada de las fuerzas aéreas aliadas y la Marina Real británica, que estrangularon la línea de abastecimientos de las tropas del Eje a través del Mediterráneo, había contribuido a la victoria al menos tanto como las fuerzas terrestres.

La última fase de la destrucción de la cabeza de puente no fue, sin embargo, una tarea fácil. Montgomery atacó la zona montañosa de Enfidaville, junto a la costa, al sur de Túnez, sin apenas consecuencias. El VIII Ejército seguiría a los americanos en el aprendizaje de las duras lecciones de la guerra de montaña. Otros ataques emprendidos por el I Ejército más al oeste fueron repelidos tras encarnizados combates. La Guardia Irlandesa avanzó por un maizal con la intención de atacar una posición alemana defendida con ametralladoras, artillería y los nuevos morteros Nebelwerfer de seis cañones. Cuando un hombre caía abatido por un disparo, un camarada se encargaba de clavar su fusil en el suelo. «Por todas partes se veían culatas de fusil que señalaban la posición de un muerto, de un moribundo o de un herido», escribía un cabo. «Me detuve

junto a un pobre soldado de la guardia que pedía agua. Sus heridas eran horribles. Pude ver los huesos descarnados de su brazo, y tenía una herida profunda en un costado».[27]

Los supervivientes del ataque cargaron contra un olivar que había en la colina de enfrente, obligando a los alemanes a huir. Pero en una de las trincheras, el cabo y otros dos soldados de la Guardia Irlandesa oyeron unas voces en alemán procedentes de un bunker. Arrojaron granadas a su interior y se apartaron. Luego el cabo miró dentro del oscuro bunker. «Al menos había unos veinte alemanes esparcidos por el suelo. Todos estaban vendados, y los que seguían vivos proferían gritos desgarradores. Era el lugar en el que el enemigo en retirada había abandonado a sus heridos. Di media vuelta y salí de allí sin sentir ninguna compasión. Era mucho peor el daño que ellos habían infligido a mis camaradas muertos y heridos que yacían en los maizales en llamas».

Solo el II Cuerpo de Bradley, en el oeste de Túnez, realizó un avance espectacular a comienzos de mayo. Tras reconocer el error cometido en Enfidaville, Montgomery persuadió a Alexander de que era necesario asestar un golpe contundente con todas las fuerzas disponibles para poner fin a aquella batalla de desgaste que se libraba alrededor del perímetro defensivo alemán. El 6 de mayo, Horrocks, con la 7.ª División Acorazada, la 4.ª División India y la 201.ª Brigada de la Guardia, puso en marcha la

Operación Strike desde el suroeste. Siguiendo un escudo de artillería aún más compacto que el de El Alamein, las formaciones aliadas avanzaron hacia Túnez, partiendo la bolsa en dos, mientras los estadounidenses tomaban la ciudad de Bizerta, situada al norte, junto a la costa. Precedidas una vez más por el 11.° de Húsares en sus vehículos blindados, las tropas británicas entraron en Túnez al día siguiente por la tarde. El 12 de mayo todo había acabado. Casi un cuarto de millón de soldados se rindieron, entre ellos doce generales.

Hitler se convenció de que su decisión de seguir combatiendo en el norte de África hasta el final había sido la acertada, pues con ello pensaba que había aplazado la invasión aliada del sur de Europa y había logrado mantener a Mussolini en el poder. Por otro lado, había vuelto a perder una parte de sus fuerzas, unas fuerzas que iba a necesitar imperiosamente en futuras batallas.

28

EUROPA TRAS LAS ALAMBRADAS (1942-1943)

La invasión de la Unión Soviética afectó a la política alemana de ocupación en casi toda Europa. En el este, la idea embriagadora, y espeluznante a la vez, de dominar a millones de personas incrementó la confianza de los nazis en el terror como medio para obtener resultados. A pesar de las esperanzas que abrigaron al principio algunos oficiales y políticos de alto rango de poder ganarse la aquiescencia de algunas nacionalidades, como los bálticos y los ucranianos, a la cruzada antibolchevique, en realidad lo único que le interesaba a Hitler era inspirar el miedo por el miedo. Como sucediera con Polonia, pensaba que aquellos países debían ser barridos completamente del mapa.

A pesar del desagrado de Hitler por la idea de que los eslavos vistieran el uniforme de la Wehrmacht, en total cerca de un millón de ciudadanos soviéticos prestaron servicio al lado del ejército alemán y de la SS. Muchos se

enrolaron en las divisiones alemanas en calidad de Hiwis (tropas auxiliares voluntarias no armadas) para huir de la inanición en los campos de prisioneros. Pero incluso muchos de esos «Ivanes» fueron empleados extraoficialmente como soldados a tiempo completo. Un mando de la 12.ª SS Panzer División *Hitlerjugend* se mostraría más tarde orgulloso de su chófer y guardaespaldas ruso, que lo acompañaba a todas partes.

Más de cien mil hombres prestaron servicio, con grados muy diferentes de entusiasmo y eficacia, en el Ejército Ruso de Liberación del general Vlasov, y en un cuerpo de «cosacos» encargado de combatir a los partisanos en territorio soviético y luego en Yugoslavia y en Italia. Los policías y los guardias de los campos de concentración ucranianos se ganaron una reputación terrible de crueldad. Himmler también recurrió al reclutamiento de letones, estonios, hombres de etnia caucásica e incluso musulmanes bosnios en las formaciones de la Waffen-SS. En 1943 creó incluso una división ucraniana, que recibió el nombre de División SS *Galicia* para no provocar la cólera de Hitler. Se presentaron voluntarios cien mil ucranianos, de los cuales solo fue admitida una tercera parte.[1]

El trato dispensado a la población civil de los territorios ocupados y a los prisioneros de guerra siguió siendo espantoso. En febrero de 1942, aproximadamente

un sesenta por ciento de los tres millones y medio de soldados del Ejército Rojo capturados había muerto de hambre, de exposición a la intemperie o de enfermedades. Los nazis convencidos no solo se enorgullecían de su crueldad. La deshumanización que hacían de las víctimas dividiéndolas en categorías —judíos, eslavos, asiáticos y gitanos— respondía simplemente a una forma deliberada de profecía que se cumple porque se tiene que cumplir: se les reducía a la condición de animales a través de la humillación, el sufrimiento y el hambre, y de ese modo se «demostraba» su inferioridad genética.

La caótica rivalidad de los sátrapas de Hitler en el este era superior incluso a la que existía en la propia Alemania entre el partido nazi y los distintos órganos del gobierno. Alfred Rosenberg fue nombrado ministro de los territorios del este, pero se vio desautorizado en todo momento. El Ostministerium que presidía era objeto de burla entre otras cosas porque Rosenberg era uno de los pocos civiles que deseaba implicar a las antiguas nacionalidades soviéticas en la guerra contra el bolchevismo. Göring, encargado de la economía de guerra, pretendía sencillamente expoliar las zonas ocupadas y matar de hambre a su población, mientras que Himmler quería despejar el terreno mediante el asesinato masivo de la población para llevar a cabo una colonización alemana. Rosenberg, por tanto, no tenía control alguno sobre la seguridad, el suministro de

alimentos ni la economía, lo que significa que no tenía control sobre nada. Ni siquiera tenía autoridad sobre Erich Koch, el *Reichskommissar* para Ucrania, además de *Gauleiter de* Prusia oriental. Koch, un borracho brutal, calificaba a la población local de «negros».[2]

El Plan Hambre de Herbert Backe, que se suponía que iba a causar la muerte de más de treinta millones de ciudadanos soviéticos, no pasó nunca de la teoría. La hambruna se hizo realidad, pero no fue organizada ni mucho menos tal como la habían planeado los nazis. Los mandos militares se saltaron las órdenes de acordonar las ciudades y matar de hambre a sus habitantes, pues la Wehrmacht necesitaba mantener con vida a gran cantidad de trabajadores soviéticos para que satisficieran sus necesidades. La idea avanzada por Backe de alimentar tanto a los territorios orientales del Reich como a los contingentes de la Wehrmacht desplazados al frente del este con los recursos locales resultó un fracaso mucho mayor. La agricultura del «granero» de Ucrania se había hundido prácticamente debido a la estrategia de tierra quemada practicada por los soviéticos, los estragos de la guerra, la despoblación, la evacuación de los tractores, y la actividad de los partisanos. Para la Wehrmacht vivir de la tierra significaba apoderarse del forraje y del grano, y sacrificar indiscriminadamente el ganado y las aves de corral sin pensar en el abastecimiento del futuro, y menos

aún en la supervivencia de la población civil que lo producía. La falta de material rodante y de medios de transporte motorizado significaba que el grueso incluso de la comida disponible no pudiera ser distribuido eficazmente.

Las ideas de futuro de los nazis eran poco más que una fantasía grotesca. El Plan General del Este (*Generalplan Ost*) postulaba un imperio alemán que llegaba hasta los Urales, con autopistas que unían las nuevas ciudades, poblaciones satélites y aldeas y granjas modelo habitadas por colonos armados, mientras que los *Untermenschen*, reducidos a la condición de ilotas, habrían estado obligados a trabajar la tierra. Himmler soñaba con colonias alemanas *gemütlich*, provistas de huertas y jardines construidos en los antiguos campos de la muerte de sus *SS Einsatzgruppen*. Y con el fin de contar con un centro de veraneo, Crimea, rebautizada Gotengau, debía convertirse en la Riviera alemana. El problema fundamental, sin embargo, era cómo encontrar suficiente población «regermanizable» con la que rellenar el enorme territorio de la Europa oriental. Fueron muy pocos los daneses, holandeses y noruegos que se presentaron voluntarios. Se propuso incluso la descabellada idea de llevarse a Brasil a los eslavos y traer en su lugar a los colonos alemanes de la provincia brasileña de Santa Catarina. En el momento de la derrota de Stalingrado y de la retirada del Cáucaso, había

quedado meridianamente claro que no había ni de lejos suficientes alemanes, reales, reciclados o reclutados a la fuerza, para alcanzar el objetivo de ciento veinte millones de individuos y satisfacer así la visión de Hitler y de Himmler.

La limpieza étnica y los desplazamientos de población por toda la Europa central no solo habían sido crueles, sino que además habían supuesto un despilfarro increíble de mano de obra y de recursos en unos momentos en los que el resultado de la guerra era dudoso. Los colonos se mostraron incapaces de cultivar la tierra tan bien como aquellos a los que habían sustituido, y por tanto la producción agrícola disminuyó desastrosamente.

La maquinaria de guerra alemana, forzada al máximo, se enfrentaba a una desesperante escasez de mano de obra, por lo que Fritz Sauckel, colaborador del ministro de armamento, Albert Speer, realizó una gira por los territorios y países ocupados con el fin de reclutar a cinco millones de trabajadores para las fábricas, las minas, las fundiciones y las granjas. El Reich se llenó de campos de concentración destinados a esta masa cada vez mayor de mano de obra esclava. La población civil alemana miraba llena de temor a aquellos extranjeros por el rabillo del ojo, viéndolos como si fueran el enemigo dentro de casa. Las autoridades nazis eran conscientes de la incómoda paradoja que suponía, después de haber eliminado a su propia

población «racialmente indeseable», traer ahora a cientos de miles de individuos de esa misma condición a la propia Alemania.

Los jerarcas nazis habían prometido una «gran esfera económica alemana» y una unión económica europea que elevara los niveles de vida, pero la aplicación de políticas contradictorias y la necesidad de explotar a los países súbditos lograron el resultado opuesto. Las naciones conquistadas fueron obligadas a pagar los costes de su ocupación por las fuerzas alemanas. Muchas empresas se beneficiaron de la estrecha colaboración con sus nuevos amos, pero en casi todos los países, con la excepción de una Dinamarca semi-independiente, la población en general se empobreció muchísimo. La mayoría de los estados de Europa occidental se vieron obligados a entregar entre un cuarto y un tercio de su recaudación, y Alemania se quedó con una gran parte de la producción agrícola de cada país para asegurarse de que sus propios ciudadanos no pasaban hambre. En los países ocupados, esta situación dio lugar a un pujante mercado negro y a un aumento vertiginoso de la inflación.[3]

Casi desde el primer momento, Churchill había abrigado la esperanza de convertir el descontento de la Europa ocupada

por los nazis en una rebelión total. En mayo de 1940 había nombrado al Dr. Hugh Dalton, socialista acaudalado, ministro de economía de guerra y le había encargado supervisar la creación de la Ejecutiva de Operaciones Especiales (SOE). Dalton no era muy popular en el partido laborista, pero como destacado opositor a la política de apaciguamiento había contribuido a finales de los años treinta, a apartarlo de su posición pacifista. Desde hacía largo tiempo había sido un gran admirador de Churchill, aunque este no le correspondiera. El primer ministro no «aguantaba su estentórea voz y sus ojos huidizos»,[4] y refiriéndose a sir Robert Vansittart, perpetuo subsecretario del Foreign Office durante los años treinta, dijo: «¡Qué tipo más extraordinario este Van! Realmente encuentra agradable al Dr. Dalton».[5]

Dalton, ferviente admirador de los polacos, reclutó al coronel Colin Gubbins, que había sido oficial de enlace con el ejército polaco durante las batallas libradas por este en 1939. Gubbins se pondría luego al mando de la SOE. La resistencia polaca fue una inspiración para crear la SOE. Incluso tras la rendición del país a finales de septiembre de 1939, los soldados polacos siguieron luchando en el distrito de Kielce a las órdenes del comandante Henryk Dobrzański hasta mayo de 1940, mientras que algunos otros grupos resistieron en la zona de Sandomierz, en el alto Vístula. En la SOE había sido creado un departamento

para Polonia, pero su papel consistía simplemente en colaborar con la Sección VI del ejército polaco en Londres y suministrarle apoyo. No se envió ninguna misión militar a la Polonia ocupada, y en consecuencia eran los polacos los que se encargaban de todo. Tras la gran contribución hecha por los pilotos polacos en la batalla de Inglaterra, la SOE logró convencer a la RAF de que adaptara un bombardero Whitley poniéndole tanques de combustible adicionales que le permitieran hacer el largo viaje de ida y vuelta desde una base de Escocia hasta Polonia. El primer lanzamiento en paracaídas de correos polacos tuvo lugar el 15 de febrero de 1941. Se diseñaron asimismo cajones especiales para lanzar en paracaídas armas y explosivos para lo que luego sería la Armia Krajowa o Ejército del Interior.

El patriotismo polaco tal vez fuera romántico en muchos sentidos, pero en todo momento se mostró sorprendentemente decidido, incluso en los tiempos más oscuros de la opresión nazi y soviética. Aparte de los asesinatos masivos e individuales que se produjeron a raíz de la invasión alemana, más de treinta mil polacos fueron enviados a campos de concentración, muchos de ellos al nuevo *Lager* de Auschwitz. Aunque el ejército de Polonia fue aplastado en septiembre de 1939, no tardó en crearse un nuevo movimiento clandestino de resistencia. En su momento de mayor esplendor, el Ejército del Interior llegó

a contar con cerca de cuatrocientos mil miembros. Los servicios de inteligencia polacos, extraordinariamente ingeniosos, fueron los que proporcionaron la primera máquina Enigma y siguieron ayudando a los Aliados de muchas otras formas. Más adelante, los polacos consiguieron incluso hacer desaparecer un cohete V-2 de pruebas que había aterrizado en una zona pantanosa del país y desmontarlo. Un avión de transporte C-47 Dakota especialmente adaptado fue enviado a Polonia para recogerlo y llevarlo a Inglaterra, donde fue examinado por los científicos aliados.

Tanto el Ejército del Interior como las redes de inteligencia enviaban constantemente informes al gobierno polaco en el exilio, establecido en Londres y reconocido a regañadientes por Stalin en agosto de 1941 tras la invasión de la Unión Soviética por los nazis. El Ejército del Interior sufrió siempre una escasez de armas desesperante. Al principio se concentró en la liberación de prisioneros y el sabotaje de las comunicaciones por ferrocarril, labor que resultó de gran ayuda para el Ejército Rojo, aunque nunca fuera reconocida. Los ataques armados vendrían después.

Los polacos liberados de los campos de trabajo soviéticos para unirse a las fuerzas al mando del general Wladislaw Anders nunca dejaron de aborrecer a sus opresores. Y la desconfianza del gobierno en el exilio establecido en Londres hacia Stalin aumentó cuando los

polacos se enteraron de que el dictador soviético pretendía que los británicos reconocieran las fronteras que había acordado con Hitler tras la firma del pacto nazi-soviético. En abril de 1943, se produjo una gran crisis cuando los alemanes anunciaron al mundo entero que habían descubierto en el bosque de Katyń las enormes fosas de los oficiales polacos ejecutados por el NKVD soviético.

El régimen soviético había negado siempre estar al tanto del paradero de aquellos prisioneros, y en su momento ni siquiera los polacos habían creído al régimen de Stalin capaz de una matanza de aquella magnitud. El Kremlin insistió en que el descubrimiento no era más que una trampa de la propaganda alemana, y en que debían de haber sido los nazis los que habían asesinado a las víctimas. El gobierno polaco en el exilio exigió una investigación a cargo de la Cruz Roja Internacional, petición que ponía a los británicos en una posición sumamente embarazosa. Churchill sospechaba que los soviéticos eran culpables de aquel acto, pero se sentía incapaz de enfrentarse a Stalin, especialmente en un momento en el que había tenido que reconocer una vez más que aquel año era imposible llevar a cabo una invasión de Francia. Poco después, en el mes de junio, se producirían nuevos desastres para los polacos. En Varsovia los alemanes lograron detener al comandante en jefe y a otros líderes del Ejército del Interior. Pero a Polonia le aguardaban tragedias todavía más terribles.

En el verano de 1941 se produjeron los primeros ataques contra tropas alemanas llevados a cabo en la Unión Soviética por soldados del Ejército Rojo que habían quedado aislados a causa del avance de la Wehrmacht. Sin embargo, la primera sublevación contra la dominación nazi tras el lanzamiento de la Operación Barbarroja tuvo lugar en Serbia. La rebelión pilló por sorpresa a las engreídas fuerzas de ocupación alemanas. Poco después de la victoria alcanzada en la primavera, un teniente alemán se jactaba en una carta a su familia: «¡Los soldados somos aquí como dioses!».[6] La rápida rendición del país en abril había hecho pensar a los alemanes que no tendrían demasiadas dificultades, pero no habían calculado la cantidad de soldados yugoslavos que habían conservado y escondido sus armas.

Serbia quedó a las órdenes del cuartel general del *Generalfeldmarschall* Wilhelm List en Grecia. Las tres divisiones del LVI Cuerpo del *Generalleutnant* Paul Bader estaban mal entrenadas y andaban escasas de pertrechos. Cuando recibieron la orden de responder con medidas de represalia, se dedicaron sobre todo a fusilar a los judíos que tenían ya detenidos. Pero las ejecuciones de los aldeanos que vivían cerca de los lugares en los que se

habían producido las emboscadas redundaron en beneficio de los partisanos comunistas, cuyo número aumentó rápidamente al sumarse a ellos los que querían vengarse de la muerte de algún familiar.

El *Generalfeldmarschall* Keitel, del cuartel general del Führer, exigió que se tomaran feroces represalias. En la creencia de que la «mentalidad balcánica» solo entendía la violencia, la proporción de serbios que debían ser castigados por cada alemán muerto se aumentó a cien.[7] En el mes de septiembre tuvo lugar una gran ofensiva punitiva reforzada por la 342.ª División de Infantería. Los mandos alemanes locales decidieron una vez más empezar fusilando a los judíos que ya tenían prisioneros. De ese modo, a mediados de octubre de 1941 fueron fusilados unos dos mil cien judíos y «gitanos» en venganza por la muerte de veintiún soldados alemanes a manos de los partisanos comunistas. Fue el primer asesinato masivo de judíos fuera de los territorios de la Unión Soviética o de Polonia.

Los ataques partisanos eran capitaneados por Josip Broz, alias Tito, que había sido un eficiente organizador de la Comintern durante la Guerra Civil Española. Tito, hombre de una personalidad fuerte y una apostura brutal, que había resucitado el partido comunista yugoslavo, creía que en todas partes eran necesarios comunistas que ayudaran a los camaradas de la Unión Soviética. El

internacionalismo del partido logró esquivar las peores líneas de fractura, de carácter étnico y religioso, existentes en Yugoslavia, donde había croatas católicos, serbios ortodoxos, y bosnios musulmanes.

La organización resistente rival, los chetnik, capitaneada por el general Draža Mihailović, era casi exclusivamente serbia. No cabía esperar que Mihailović, hombre de carácter sombrío, con gafas y barba, más parecido a un pope ortodoxo que a un militar, rivalizara con el carismático liderazgo de Tito. Mihailović creía que podría acumular una fuerza que estuviera dispuesta el día en que desembarcaran los Aliados, para unirse a ellos y restaurar en el trono al joven rey Pedro. Había adivinado que Tito iba a utilizar la guerra de los partisanos para hacerse con el poder absoluto cuando llegara el Ejército Rojo. Mihailović no quería provocar represalias, pero, contrariamente a lo que dijera luego la propaganda comunista, sus fuerzas atacaron a veces a los alemanes. Otros grupos también autodenominados chetnik cooperaron estrechamente con los alemanes y el gobierno títere del general Milán Nedic, confusión que más tarde ayudaría a los comunistas a ensuciar el nombre de Mihailović ante los británicos.

Un elemento aún más sanguinario de la guerra civil que se desarrolló en Yugoslavia es el que representaban los ustachas croatas, violentamente antiserbios y antisemitas.

El estado croata de Ante Pavelić fue un aliado fiel de los alemanes, y los ustachas instauraron un reinado de terror en la región. Más de medio millón de yugoslavos fueron asesinados durante la guerra en las luchas entre facciones rivales.

Los alemanes perpetraron otras matanzas a raíz de las nuevas escaramuzas, por ejemplo la de varios millares de civiles serbios fusilados para cumplir con las cuotas fijadas como represalia. Algunos oficiales alemanes empezaron a darse cuenta de la estupidez de aquella política, que afectaba solo a la gente que no había huido y que, por lo tanto, no tenía nada que ver con los ataques sufridos por sus hombres. Una vez asesinadas unas quince mil personas y en vista de que quedaban muy pocos judíos y «gitanos» que fusilar, las cuotas de represalia empezaron a disminuir, sin que lo supiera Berlín.

La drástica reducción del número de rehenes encarcelados dio comienzo en marzo de 1942, cuando llegó a Belgrado un gran camión-cámara de gas. Unos siete mil quinientos judíos del campo de Semlin fueron asfixiados mientras eran conducidos en el camión por las calles de la capital serbia a la fosa común abierta a tiro de piedra de la ciudad. El embajador alemán se sintió profundamente incómodo por la notoriedad con la que se llevaron a cabo esas medidas, pero el 29 de mayo de 1942 el jefe de la policía de seguridad se jactaba ante las

autoridades de Berlín de que «Belgrado era la única ciudad de Europa que estaba libre de judíos».[8]

En Yugoslavia la guerra fue volviéndose cada vez más cruel a medida que los alemanes fueron lanzando una ofensiva tras otra en las montañas de Bosnia. Las tropas alemanas mataban a los partisanos heridos que capturaban aplastándolos con sus tanques. Tito organizó sus fuerzas en brigadas de mil combatientes, pero fue lo bastante prudente como para no intentar usar tácticas militares convencionales. La disciplina era muy estricta y no se permitía la confraternización de los hombres y las numerosas mujeres jóvenes que combatían a su lado. En el otoño de 1942, los partisanos de Tito se habían hecho virtualmente con el control de la región montañosa de su país que se extiende por el oeste de Bosnia y el este de Croacia, y, tras expulsar a los ustachas, establecieron su cuartel general en la ciudad de Bihać.

Tras reconocer al gobierno monárquico yugoslavo en el exilio en Londres, los británicos suministraron ayuda a Mihailović, que era su representante oficial. Moscú no puso objeciones, pues también había reconocido formalmente al gobierno yugoslavo. Pero durante 1942 las interceptaciones de Ultra y otros informes indicaron que las fuerzas de Tito se dedicaban a atacar a los alemanes, mientras que los chetnik se mantenían a la espera. Los intentos de los oficiales de enlace de la SOE lanzados en

paracaídas para convencer a los movimientos de resistencia rivales de que colaboraran unos con otros, no tuvieron demasiado éxito. De ese modo, cuando el interés de los Aliados por el Mediterráneo aumentó a raíz de la expulsión de los alemanes del norte de África, los británicos decidieron establecer contacto con Tito.

Los alemanes, temerosos de que se produjera un desembarco en los Balcanes y decididos a proteger la costa y a defender su abastecimiento de minerales, lanzaron nuevas ofensivas con sus propias fuerzas y con tropas italianas. Tito llevó a cabo una retirada a Montenegro sin dejar de combatir, evitando por un pelo verse cercado en el río Neretva. Con sus tropas prácticamente intactas, y poco después con la ayuda de los británicos lanzada en paracaídas o llegada en aviones que aterrizaban en pistas secretas, la fuerza de los partisanos de Tito aumentó rápidamente. Mihailovic, abandonado por los Aliados por no realizar las acciones que se le habían encargado específicamente, estaba condenado a perder la guerra civil que estaba llevándose paralelamente a cabo.

Más al sur, Albania, seguía ocupada por las tropas italianas. Abbas Kupi, partidario del rey Zog, que había salido huyendo del país cuando Mussolini lo invadió en 1939, inició un movimiento de resistencia a pequeña escala en la primavera de 1941. Cuando los nazis invadieron la Unión Soviética, los comunistas albaneses, capitaneados

por Enver Hoxha, emprendieron su propia campaña, mucho más agresiva, en el sur del país. Como sucediera en Yugoslavia, los ingleses decidieron ayudar a los comunistas en vista de que eran los que luchaban con más ahínco. Suministraron poca ayuda a Abbas Kupi, para disgusto de los oficiales de la SOE, y al final los comunistas de Hoxha lograron eliminar a sus rivales.

Grecia tenía mucho más interés para los ingleses. Churchill era un firme partidario del rey Jorge II y no estaba dispuesto a entregar el país al movimiento guerrillero comunista EAM-ELAS. Pero, por embarazoso que resultara para los británicos, había muchos monárquicos que colaboraban con los alemanes y los italianos movidos por una mezcla de oportunismo y de anticomunismo. El régimen autoritario del general Metaxas había exacerbado los sentimientos antimonárquicos y el pequeño partido comunista griego no tardó en intensificar su influencia.

El saqueo del país perpetrado por el Eje, unido a una ocupación italiana, marcada por su incompetencia, hizo que Grecia tuviera que soportar una hambruna terrible en el invierno de 1941. El despiadado líder comunista Aris Veloukhiótis, empezó en 1942 a reunir una fuerza de partisanos en la cordillera del Pindo. Su principal rival era el general Napoleón Zérvas, un personaje cómico, con barba, que formó el EDES (Liga Nacional Republicana de

Grecia), organización de centro izquierda no comunista. Las fuerzas de Zérvas eran mucho más pequeñas y estaban concentradas en el Epiro, al noroeste del país. Debido al auge de los comunistas, quedaron aisladas del resto de Grecia, mientras que otros grupos de resistencia más pequeños como la EKKA, fueron absorbidos por el EAM-ELAS, controlado por los comunistas.

Los oficiales de la SOE británica lanzados en paracaídas sobre Grecia en el verano de 1942 se pusieron en contacto, después de muchas dificultades, con Zérvas y con el ELAS. Su principal objetivo era organizar un ataque contra la principal línea férrea que llevaba suministros al sur desde Alemania, con destino al Panzerarmee de Rommel en el norte de África. Los ingleses consiguieron convencer a Zérvas y al ELAS de que colaboraran en una operación para volar el gran puente del ferrocarril de Gorgopótamos. Mientras los partisanos asaltaban las posiciones italianas a uno y otro extremo del puente, un equipo de demolición traído en avión desde El Cairo colocaba grandes cargas de explosivo plástico en los pilares que lo sostenían. Fue una de las operaciones de sabotaje más logradas de toda la guerra, que consiguió mantener cortada la línea férrea durante cuatro meses.

En marzo de 1943, las fuerzas alemanas y la SS detuvieron a más de sesenta mil judíos, procedentes en su mayoría de la ciudad de Tesalónica, donde existía la

comunidad hebrea más numerosa desde hacía siglos. Aunque dio cobijo a los pocos que pudieron escapar a las detenciones indiscriminadas, la resistencia griega fue incapaz de detener el tráfico ferroviario que conducía a los judíos a los campos de concentración de Polonia, donde muchos de ellos fueron sometidos a los experimentos médicos más espantosos.

Tras el singular ejemplo de colaboración entre el ELAS y el EDES que supuso la operación Gorgopótamos, los oficiales de enlace de la SOE se encontraron de pronto metidos en un auténtico campo minado de rivalidades políticas cuando Grecia se enzarzó en una guerra civil entre los distintos grupos guerrilleros. Zérvas se mostraba más colaborador, pero los británicos tuvieron que suministrar armas también al ELAS para llevar a cabo la Operación Animáis. Fue esta una campaña de ataques realizados en el verano de 1943, antes de la invasión de Sicilia. Combinada con el plan de engaño táctico denominado Operación Mincemeat, consistente en lanzar al mar frente a las costas del sur de España lo que parecía el cadáver de un oficial de la Real Infantería de Marina con documentos importantes, su objetivo era convencer a los alemanes de que los Aliados estaban a punto de desembarcar en Grecia. Como todas las campañas de desinformación eficaces, jugaba con la idea que tenía el propio Hitler de cuáles eran las intenciones del enemigo y venía a reforzar su convicción

de que el plan de los británicos era invadir el sur de Europa a través de los Balcanes. Sus orígenes austríacos hacían que el Führer estuviera obsesionado con esta región. Por consiguiente, fueron desplazadas a Grecia una división panzer y otras fuerzas poco antes del desembarco de Sicilia.

Los dirigentes del ELAS estaban divididos sobre la forma en que debían tratar con los británicos. Deseaban contar con el apoyo y la legitimidad que les habría dado la cooperación con los Aliados, pero recelaban mucho de los motivos que pudieran tener los ingleses. En agosto de 1943 los delegados de los partisanos fueron trasladados en avión a El Cairo para que participaran en una reunión. Los comunistas, como la mayoría de los griegos de la época, se oponían a la restauración de la monarquía. Sostenían que el rey Jorge no debía regresar al país a menos que se lo permitiera un plebiscito. El gobierno griego en el exilio y los ingleses, a instancias de Churchill, se negaron a aceptar esta condición y culparon injustamente a la SOE de permitir que se hubiera llegado a semejante callejón sin salida político. Los representantes del ELAS volvieron a Grecia con la firme determinación de derrotar a sus rivales, establecer un gobierno provisional y adelantarse al intento británico de restaurar la monarquía.

En Creta, sin embargo, la resistencia planteó pocos problemas políticos. La mayoría de los líderes

guerrilleros, los llamados *capitanes*, aceptó la tutela de los ingleses y, aunque no eran monárquicos, eran decididamente anticomunistas. Solo algunos grupos insignificantes del este de la isla apoyaban al EAM-ELAS.

En Francia, la inmensa mayoría del país, incluidos los republicanos, había acogido con alivio el armisticio de Pétain. No tenían ni idea de que en aquellos momentos los planes de los alemanes consistían en reducir a Francia al nivel de «país para turistas»[9] y anexionar al Reich Alsacia y Lorena, obligando así a los hombres de ambas regiones a prestar servicio en el ejército alemán.

Metiendo la cabeza debajo del ala, los franceses siguieron llevando su vida cotidiana tanto como les fue posible en las nuevas circunstancias, aunque ello resultara extremadamente difícil para las mujeres del millón y medio de prisioneros de guerra que aún seguían en manos de los alemanes. El carácter predatorio de la ocupación, en virtud del cual los invasores se quedaban con una proporción considerable de la producción agrícola francesa, dio lugar a muchas dificultades en las ciudades y las poblaciones intermedias, especialmente para aquellos que no tenían contacto con las zonas rurales. La estatura media de los niños se redujo a lo largo de la guerra siete

centímetros y la de las niñas once.[10]

Hacia finales de 1940, los pequeños grupos de la resistencia empezaron a publicar periódicos clandestinos, en muchos casos inspirados por las emisiones radiofónicas del general De Gaulle desde Londres, en las que declaraba que la guerra continuaba. Estaban formados por gentes de orígenes y partidos muy diferentes. En aquellos momentos se produjeron pocos actos de resistencia abierta contra los alemanes. Solo a raíz de la invasión de la Unión Soviética los seguidores del partido comunista francés empezaron a llevar a cabo ataques armados. Tras el desprestigio y la pérdida de militancia que había supuesto para él el pacto nazi-soviético, el PCF empezó a convertirse en una organización clandestina efectiva.

La ocupación militar alemana desde 1940 había sido relativamente correcta, pero el avance hacia la guerra total y los asesinatos de oficiales y soldados alemanes a manos de los comunistas hicieron que la SS empezara a tomar el control de la situación. En mayo de 1942, Heydrich viajó a París para nombrar al *Gruppenführer* Carl-Albrecht Oberg jefe de la SS y de la policía. Hitler había tratado a Francia mejor que a la mayoría de los países conquistados, por la razón práctica de que si se gobernaba por sí sola en interés de los alemanes, ahorraba a la Wehrmacht unas fuerzas de ocupación enormes. Pero las esperanzas que abrigaba Pétain de unir al país, con lo maltrecho que había quedado,

bajo la autoridad de su Etat Francais no podrían mantenerse mucho tiempo.

La derrota había exacerbado la irreconciliable división de la sociedad francesa. Incluso la derecha existente antes de la guerra se dividió en diferentes direcciones. Una minoría muy pequeña, avergonzada por la derrota, quiso resistirse a la dominación alemana. Los germano-filos fascistas, por otra parte, despreciaban a Pétain, en la idea de que su colaboración cautelosa era insuficiente. El Partí Populaire Francais de Jacques Doriot, el Rassemblement National Populaire de Marcel Déat y el Mouvement Social Révolutionnaire de Eugène Deloncle apoyaban la idea de Nuevo Orden de Europa de los nazis, en la convicción de que Francia podría convertirse de nuevo en una gran potencia al lado del Tercer Reich. Se sintieron más defraudados incluso que el viejo mariscal, pues los alemanes no se los tomaron nunca en serio. En el mejor de los casos fueron el equivalente de los «tontos útiles» de Lenin.

Las luchas internas entre los zelotes de extrema derecha tenían su contrapartida en las rivalidades existentes en el bando alemán. Otto Abetz, el embajador francófilo en París, solía ser objeto de burla por parte de los jerarcas nazis, especialmente Göring. La SS y el ejército andaban a menudo a la greña, y París atraía a una multitud de oficinas administrativas y de cuarteles generales alemanes, cada uno

de los cuales seguía su propia política. El centro del París ocupado estaba cubierto con los carteles de los distintos organismos, que apuntaban simbólicamente en todas direcciones.

El *Gruppenführer* Oberg, sin embargo, estaba enormemente satisfecho por la ayuda recibida de la policía de Vichy. En aquel momento de la guerra, el Tercer Reich andaba escaso de hombres en el frente oriental, y Oberg disponía de menos de tres mil policías alemanes para toda la Francia ocupada. René Bousquet, secretario general de la policía nombrado por Pierre Laval, era un joven administrativo lleno de energía, no un ideólogo derechista. Al igual que los jóvenes *technocrates* que se dedicaban silenciosamente a reorganizar y fortalecer el sistema de gobierno de Vichy, Bousquet creía firmemente que el État Francais debía ejercer el control de las cuestiones de seguridad si quería tener algún sentido. Y si ello suponía excederse en sus poderes a la hora de detener indiscriminadamente a los judíos extranjeros para su deportación, estaba dispuesto a pasar por alto las órdenes de Pétain, que recomendaba a la policía francesa no inmiscuirse en ese tipo de asuntos.

El 16 de julio de 1942, un total de nueve mil policías de París a las órdenes de Bousquet lanzó una serie de redadas en plena madrugada para detener a los judíos «apatridas» de la capital. Unas veintiocho mil personas,

entre ellas tres mil niños que no eran buscados por los alemanes, fueron retenidas en el Vélodrome d'Hiver y en un campo de concentración transitorio en Drancy, a las afueras de la capital, antes de ser enviadas a los campos de exterminio del este de Europa. Se produjeron a continuación otras redadas en las zonas ocupadas del sur del país. Oberg estaba más que satisfecho con el trabajo de Bousquet, aunque Eichmann seguía descontento.

La llegada de un ejército americano al Mediterráneo y los claros indicios de que el Eje iba a ser derrotado, fomentaron el rápido desarrollo de la resistencia. El hecho de que los alemanes se hicieran cargo de la zona ocupada y el asesinato de Darlan a finales de 1942 tuvieron también una repercusión enorme. A finales de enero de 1943, el régimen de Vichy, en un intento de fortalecer su dominio, creó la Milice Française, una fuerza paramilitar dirigida por Joseph Darnand. La Milicia atrajo a una mezcla de ideólogos de extrema derecha y antisemitas, archirreaccionarios provenientes a menudo de la nobleza empobrecida de provincias, chicos ingenuos del campo fascinados por el poder de las pistolas, y oportunistas criminales atraídos por la promesa del saqueo de las casas de las personas a las que arrestaran.

La creación de la Milicia volvió a encender la guerra civil latente entre *les deux Frances*, que venía existiendo de hecho desde la revolución de 1789. Por un lado estaban

los católicos de derechas que odiaban a los masones, a la izquierda y a la república, a la que llamaban *la gueuse*, «la andrajosa». Por otro lado estaban los republicanos y anticlericales que habían votado a favor del Frente Popular en 1936. Sin embargo, durante la ocupación hubo muchos franceses que no encajaban con estas generalizaciones. Hubo incluso gentes de izquierdas *bien pensants* que denunciaron a los judíos y estraperlistas que los salvaron, no siempre cobrándose por ello un precio.

La Operación Antón, la ocupación del sur y el este de Francia, indujo a muchos que habían apoyado a Pétain a regañadientes a cambiar de bando. El único oficial de alta graduación del Ejército del Armisticio, formado por cien mil hombres, que se opuso al ejército alemán fue el general Jean de Lattre de Tassigny, un líder extravagante al que los Aliados sacaron del país en avión y que luego se convertiría en comandante del I Ejército francés. Muchos otros oficiales pasaron a la clandestinidad y se unieron a un nuevo movimiento, la ORA u *Organisation de Résistance de l'Armée* (Organización de Resistencia del Ejército). Reacios a apoyar a De Gaulle, al principio solo reconocieron al general Giraud.

Como era de prever, el partido comunista francés se mostró muy receloso de esos cambios de chaqueta de última hora, lo que llamaban el *Vichy à l'envers* o «Vichy del revés». Otros oficiales y funcionarios del estado se

refugiaron en el norte de África, donde el régimen de Darlan era llamado el *Vichy à la sauce américaine* o «Vichy a la salsa americana». Cuando François Mitterrand, funcionario de Vichy que acabó convirtiéndose en presidente de la república por el partido socialista, llegó a Argel, el general De Gaulle lo recibió con desconfianza, no ya porque viniera de Vichy, sino porque había llegado en un avión británico.

A De Gaulle le molestaba cualquier injerencia británica en los asuntos de Francia, especialmente el apoyo prestado por la SOE a los grupos de resistencia franceses. Lo que él quería era que toda la actividad de la resistencia estuviera subordinada a su BCRA o *Bureau Central de Renseignements et d'Action* (Oficina Central de Informaciones y de Acción), y lo que más le sacaba de quicio era que la Sección F de la SOE, dirigida por el coronel Maurice Buckmaster, hubiera desarrollado casi cien circuitos independientes en territorio francés.

En un principio el Foreign Office había ordenado a la Sección F esquivar a la Francia Libre en Londres. La Sección F estaba muy interesada en hacerlo así, en parte por motivos de seguridad —la Francia Libre era notoriamente descuidada y además su sistema de códigos, demasiado primitivo, era un libro abierto para los alemanes —, pero también porque pronto se dio cuenta de lo peligrosas que podían resultar las rivalidades políticas en

Francia. Como observaría más tarde un agente de la SOE de alto rango, la mayor ventaja de que su organización permaneciera por encima de las peleas controlando el suministro de armas era su capacidad de reducir la amenaza de que se produjera una guerra civil cuando finalmente llegara la liberación.[11]

La SOE creó también la Sección RF, que cooperaba estrechamente con el BCRA, suministrando armas y aviones, y tenía sus oficinas cerca del cuartel general del BCRA en Duke Street, al norte de Oxford Street. El jefe del BCRA era André Dewavrin, más conocido por su nombre de guerra como coronel Passy. Su organización estaba dividida originalmente en la sección de inteligencia y el «servicio de acción», que se encargaba de la resistencia armada. Se decía, aunque nunca llegara a probarse nada, que Passy había pertenecido a la Cagoule, organización violentamente anticomunista, aunque desde luego tenía a uno o dos *cagoulards* trabajando para él. La carbonera del cuartel general de Duke Street había sido dividida en celdas, en las que eran encerrados e interrogados por el capitán Roger Wybot los voluntarios franceses sospechosos de ser espías de Vichy o comunistas. Empezaron a correr rumores de torturas y sospechas de asesinatos, para disgusto y malestar de la SOE. El 14 de enero de 1943 el jefe de los servicios de seguridad, Guy Liddell, escribió en su diario la siguiente

anotación: «Personalmente pienso que ya va siendo hora de que se cierre Duke Street».[12]

La determinación de De Gaulle de unir a la resistencia bajo su mando se reforzó, aunque como oficial de carrera de toda la vida desconfiara siempre de los combatientes no regulares. Si la resistencia de Francia reconocía su primacía, los británicos y especialmente los americanos se verían obligados a tomar nota. Aparte de redes como la Confrérie de Notre-Dame («Cofradía de Nuestra Señora»), dirigida por el coronel Rémy (nombre de guerra del director cinematográfico Gilbert Renault), había pocos grupos que fueran gaullistas de por sí. Pero algunos grupos como Combat, fundado por Henri Frenay, reconocieron poco a poco la necesidad de trabajar juntos. Los comunistas, por su parte, desconfiaban de De Gaulle, del que sospechaban que acabaría convirtiéndose en un dictador militar de derechas.

En otoño de 1941 apareció en Londres Jean Moulin, que había sido el prefecto más joven de Francia en 1940. Moulin, líder por naturaleza, impresionó tanto a la SOE como a De Gaulle, que inmediatamente lo reconoció como el hombre que debía unificar la resistencia. El día de Año Nuevo de 1942, Moulin regresó a Francia con la *ordre de mission* de De Gaulle que lo nombraba delegado general. Su labor consistía en reorganizar el mayor número posible de redes en pequeñas células en las que menos riesgo

hubiera de que se infiltraran agentes de la Abwehr y del Sicherheitsdienst (o SD), el servicio de contra-inteligencia de la SS, a menudo confundido con la Gestapo. La resistencia no debía intentar lanzarse a una guerra abierta, sino prepararse para la liberación de Francia por las fuerzas aliadas.

Moulin, que necesitaba a un militar para ponerse al mando de lo que luego sería el Ejército Secreto, reclutó al general Charles Delestraint. Desarrollando un trabajo infatigable, Moulin logró ganarse a las principales redes existentes en la zona no ocupada, Combat, Liberation, y Franc-Tireur (que, aunque sus nombres se parezcan, no debe confundirse con la organización comunista Franc-Tireurs et Partisans). A pesar de sus éxitos, el gobierno británico seguía decidido a no entregar la Sección F a la Francia Libre.

Irónicamente, el apoyo de los americanos a Darlan contribuyó en buena parte a que De Gaulle llegara a un acuerdo con los comunistas. Estos se habían sentido indignados por el hecho de que los Aliados hubieran apoyado a Darlan, que había sido primer ministro del régimen de Vichy cuando varios de sus militantes habían sido ejecutados como rehenes. En enero de 1943, llegó a Londres Fernand Grenier, como delegado del partido comunista francés ante la Francia Libre. Al cabo de un mes, Pierre Laval, plegándose a las presiones de los alemanes

para que se enviaran más obreros franceses al Reich, instituyó el Service de Travail Obligatoire. Este reclutamiento forzoso de mano de obra causó un profundo resentimiento en Francia e hizo que miles de jóvenes escaparan a las montañas y a los bosques. Los grupos de la resistencia se vieron casi superados ante tanta afluencia, y aunque les costara trabajo darles de comer a todos, y mucho más armarlos, el Maquis, como pasaron a llamarse, se convirtió en un movimiento de masas.

En la primavera, Moulin creó el Conseil National de la Résistance y contactó con las redes del norte de Francia para convencerlas de que se unieran al movimiento. Pero en junio empezó a producirse una serie de desastres, en gran parte debidos a la falta de seguridad. El SD logró infiltrarse en un grupo tras otro. El general Delestraint fue detenido en el metro de París, y el 21 de junio Jean Moulin y todos los miembros del Conseil National de la Résistance fueron rodeados en una casa a las afueras de Lyon. Moulin fue torturado tan cruelmente por el *SS Hauptsturmführer* Klaus Barbie que murió al cabo de dos semanas, sin decir ni una palabra. Los ingleses, horrorizados por las lagunas existentes en la seguridad y la avalancha de detenciones, que no cesaron, se mostraron todavía más reacios a confiar en el BCRA.

Los gaullistas reconstituyeron el consejo de la resistencia, esta vez encabezado por Georges Bidault,

católico de centro izquierda, hombre honesto, pero sin ningún carisma. Como Bidault no tenía la claridad de ideas ni la determinación de Moulin, los comunistas, en cuyo hermético sistema de células se habían producido muy pocas infiltraciones, intensificaron mucho su influencia. Tras acordar unirse al Ejército Secreto de De Gaulle, esperaban recibir grandes cantidades de armas y de dinero de la SOE. Intentaron además infiltrarse en los diversos comités de resistencia con sus propios «submarinos», esto es criptocomunistas que fingían no tener nada que ver con el partido. Su concepción de la liberación de Francia era diametralmente opuesta a la idea que de ella tenía De Gaulle. A través del control de los comités y de la fuerza cada vez mayor de sus grupos armados como los Franc-Tireurs et Partisans, pretendían convertir la liberación en revolución. No sabían, sin embargo, que Stalin tenía otras prioridades y subestimaron también las habilidades políticas de los gaullistas.

El propio De Gaulle, que se había visto casi relegado al olvido por los pactos de Darlan y la promoción del general Giraud, obra de los americanos, consiguió dar la vuelta a la tortilla en detrimento de su rival. Roosevelt había enviado a Jean Monnet para asesorar a Giraud, pero Monnet, aunque en un principio se había posicionado en contra de De Gaulle, acabó siendo realista y se dedicó a trabajar entre bastidores para suavizar el traspaso de

poderes. El 30 de mayo de 1943, De Gaulle aterrizó en el aeródromo de Maison Blanche de Argel, donde fue recibido por Giraud con una banda que tocaba la Marsellesa. Los ingleses y los americanos contemplaron el espectáculo desde segunda fila. No tardó en producirse una serie enloquecida de discrepancias y rumores de conjura e incluso de secuestro. Las intrigas indujeron al general Pierre de Bénouville a comentar que «no había nada tan parecido a Vichy como Argel».[13]

El 3 de junio, se creó el Comité Francais de Libération Nationale, mientras De Gaulle dictaba prácticamente todos los aspectos de lo que a todas luces era un gobierno en potencia. Con su notable capacidad de previsión, De Gaulle se había dado cuenta también de la necesidad de hacer gestos de simpatía a Stalin, y no solo con el fin de manejar mejor a los comunistas franceses. Decidió, pues, enviar a un representante a Moscú. La Francia Libre era el único de los aliados occidentales que ya había contribuido al sostenimiento del frente oriental con el envío de un grupo de combate. El 1 de septiembre de 1942, el Groupe de Chasse Normandie formó en Bakú, la capital de Azerbaiyán, antes de iniciar su adiestramiento operativo y de adaptación a los cazas Yak-7. Tras entrar en combate el 22 de marzo de 1943, el Grupo Normandie-Nieman, como pasó a llamarse, se jactaría al final de destruir doscientos setenta y tres aparatos de la

Luftwaffe.[14] De Gaulle calculaba que las buenas relaciones entre la Unión Soviética y Francia ofrecían a Stalin una excelente baza en Occidente, y que mejorarían su propia posición a la hora de negociar con los angloamericanos.

Tras la conquista de Bélgica, Hitler ordenó que los flamencos recibieran un trato preferencial. Tenía la idea de que en una futura reorganización de Europa se convirtieran en una especie de anexo sub-germánico del Reich. Un sector del territorio belga al sur de Aquisgrán, así como el gran ducado de Luxemburgo, había sido ya incorporado al Reich.

La necesidad de hombres en el Frente Oriental llevó en 1942 a Himmler a incrementar la Waffen-SS con unidades procedentes de países «germánicos», incluidos los países escandinavos, Holanda y Flandes. Además de la Legión Wallonie, formada por el fascista Léon Degrelle, que se veía a sí mismo como el futuro líder de Bélgica en el Nuevo Orden, se incorporó también una Legión Flamenca. En total prestaron servicio en la Waffen-SS unos cuarenta mil belgas de las dos comunidades, el doble de los franceses que formaron la División Carlomagno de la SS.

La inmensa mayoría de los belgas, sin embargo, detestaba aquella segunda ocupación alemana de su país en

apenas un cuarto de siglo. Florecieron los periódicos clandestinos y los jóvenes miembros de la resistencia recurrieron a los graffiti para denunciar la ocupación. Como en otros países ocupados, aparecieron pintados con tiza en las paredes signos de la V de la victoria de los Aliados. Cuando Rudolf Hess voló a Gran Bretaña en 1941, aparecieron en las paredes pintadas que decían: *«Heil Hess*!»[15] El ejército alemán adoptó un planteamiento pragmático, tendiendo a no hacer caso de esas pullas. Pero ante la serie de huelgas que se produjeron y que amenazaron la producción industrial, su severidad aumentó.

La resistencia armada habría resultado suicida, de modo que muchos belgas bien situados, entre ellos antiguos agentes de los servicios de inteligencia, hicieron cuanto pudieron para espiar para los Aliados. Finalmente se formó una Armée Secrete integrada por unos cincuenta mil miembros, pero para actuar tuvo que esperar a que la liberación fuera inminente. Reinaba una gran desconfianza entre el gobierno belga en el exilio establecido en Londres y la sección de la SOE responsable del país. El intermediario más eficaz, que se puso al frente del cargo a mediados de 1943, fue Hardy Amies, que luego se convertiría en el diseñador de los vestidos de la reina de Inglaterra.

Una organización más combativa era el Front de l'Indépendence, liderado por los comunistas, que además de

fomentar las huelgas, asesinaba a los colaboracionistas en la calle. Otros grupos de valientes organizaron líneas de fuga para los pilotos aliados abatidos durante la campaña de bombardeos estratégicos contra Alemania. La más eficaz fue la línea Cometa, organizada por una joven, Andrée de Jongh, cuyo nombre en clave era Dédée. Muchos belgas corrieron también graves riesgos ocultando a judíos de nacionalidad belga. Los refugiados judíos de otros países que se vieron atrapados en Bélgica fueron menos afortunados. Constituyeron el grueso de los treinta mil que fueron deportados a los campos de concentración.

Holanda, que había sido un país neutral durante la Primera Guerra Mundial, sufrió tal vez más incluso que Bélgica el shock de la ocupación. Aunque una pequeña minoría de la población colaboró o incluso se unió más tarde a la Waffen-SS División Nederland, la mayoría del país siguió siendo profundamente antialemana. Como en Bélgica, la detención indiscriminada de judíos en febrero de 1941 desencadenó una huelga que provocó severas represalias. Un grupo de la resistencia holandesa quemó el registro de nacimientos de Amsterdam para dificultar las investigaciones de los alemanes, pero la mayoría de los ciento cuarenta mil judíos holandeses fueron deportados a

los campos de la muerte, entre ellos la joven Anne Frank. Luego, tras el comienzo de la guerra en el este, las autoridades de la ocupación alemana instituyeron un régimen mucho más severo. El 4 de mayo de 1942, los alemanes fusilaron a setenta y dos miembros de la resistencia holandesa y encarcelaron a varios centenares.

El Sicherheitsdienst había estado activo en Holanda antes de que comenzara la guerra, de modo que cuando se intensificó la oposición al reclutamiento forzoso de mano obra, se llevó a cabo una cuidadosa selección de las detenciones. Y tras conseguir una lista de los contactos de la inteligencia holandesa a través de los dos agentes del SIS capturados en Venlo en 1940, los alemanes los detuvieron rápidamente.

La Abwehr consiguió también un gran éxito contra la resistencia holandesa en marzo de 1942. Llamó a aquella acción de contraespionaje Operación Polo Norte o *Englandspiel*.[16] Este desastre se debió casi por completo a las prácticas terriblemente poco cuidadosas de la Sección N del cuartel general de la SOE en Londres. Un operador de radio de la SOE fue capturado en una batida llevada a cabo en La Haya. La Abwehr lo obligó a transmitir un mensaje a Londres. El hombre obedeció dando por supuesto que, al no incluir el control de seguridad al final del mensaje, Londres se daría cuenta de que había sido capturado. Pero para su desesperación Londres supuso que

sencillamente se le había olvidado, y contestó diciéndole que preparara una zona para recoger a otro agente que iba a ser lanzado en paracaídas.

Cuando llegó el nuevo agente, había un comité de recepción alemán esperándolo, que lo obligó a él también a enviar un mensaje según las instrucciones recibidas. La cadena continuó y los nuevos agentes fueron detenidos uno tras otro en cuanto llegaban. A todos les sorprendía enormemente descubrir que los alemanes lo sabían todo sobre ellos, incluso el color de las paredes de su sala de reuniones en Londres. La Abwehr y el SD, trabajando por una vez en armonía, lograron así capturar a unos cincuenta agentes y oficiales holandeses. Las relaciones anglo-holandesas se deterioraron muchísimo a raíz de este desastre; de hecho en los Países Bajos muchos sospechaban que Londres los había traicionado. No fue ninguna conspiración, sino una terrible combinación de incompetencia, autosuficiencia e ignorancia de las condiciones reinantes en la Holanda ocupada.

Dinamarca, sorprendida y desconcertada por la invasión nazi en 1940, optó por una forma de resistencia pasiva durante la primera parte de su ocupación. El régimen alemán utilizó un trato suave y básicamente permitió al país

gobernarse a sí mismo, lo que llevó a Churchill a denominar injustamente a Dinamarca «el canario amaestrado de Hitler». Los agricultores daneses, enormemente productivos, cubrieron más de una quinta parte de las necesidades de mantequilla y carne de cerdo y de vaca del Reich.[17] Himmler en concreto quería reclutar la mayor cantidad posible de daneses para la Waffen-SS, pero la mayoría de los voluntarios procedía de la minoría de lengua alemana del sur del país.

En Noviembre de 1942, Hitler, exasperado por la ostentosa antipatía que le profesaba el rey Cristian, exigió un gobierno más obediente. Fue nombrado primer ministro el odiado pro-nazi Erik Scavenius. Scavenius hizo que Dinamarca se sumara al pacto anti-Comintern y exhortó a los daneses a presentarse voluntarios para luchar en la Unión Soviética. Aunque la suerte que corrió Dinamarca bajo el régimen nazi fue de las menos duras entre los demás estados europeos, los daneses lograron salvar a casi todos los judíos de su país cruzándolos a escondidas al sur de Suecia en barcos de pesca a través del estrecho de Kattegat. La resistencia danesa, el Dansk Frihedsrådet, suministró a Londres una información muy valiosa, especialmente para la RAF. También llevó a cabo sus propias acciones de sabotaje y en 1943 creó una administración en la sombra.

De todos los gobiernos en el exilio instalados en Londres, el noruego era el más fuerte, tanto en autoridad como en recursos. La gran marina mercante noruega se puso al servicio de la británica y supuso una contribución importantísima para el esfuerzo de guerra de los convoyes del Atlántico y del Ártico. Noruega, que mostró un alto grado de apoyo a la figura del rey Haakon VII, sufrió también mucho menos que otros países ocupados la amenaza de una potencial guerra civil tanto durante la ocupación como al término de la guerra.

Tras la derrota del país, los militares noruegos empezaron a organizar un ejército clandestino, la Milorg, hacia finales de 1940. Cuando acabó la guerra contaba con unos cuarenta mil miembros. Se produjo una frustración considerable a raíz de la torpe intervención de los Aliados, y durante los primeros años de la ocupación alemana hubo bastante tensión entre los noruegos y la SOE, que pretendía desarrollar una campaña más agresiva.

El deseo de Churchill de lanzar incursiones contra Noruega —se produjeron dos en las islas Lofoten en 1941 — y la defensa de una invasión del país en 1942, llevaron de cabeza a sus jefes de estado mayor, pero las incursiones avivaron la convicción de Hitler de que los Aliados iban a lanzar un ataque a través del mar del Norte. La insistencia

del dictador alemán en mantener más de cuatrocientos mil hombres en Noruega, para desesperación de los generales destinados en otros lugares, tuvo inmovilizado a un número considerable de fuerzas durante casi cinco años de la guerra. Con un ejército de ocupación tan enorme, no es de extrañar que la Milorg no quisiera iniciar una guerra de partisanos que habría dado lugar a una cantidad desproporcionada de bajas civiles.

El autoproclamado líder noruego, Vidkun Quisling, había dirigido antes de la guerra un pequeño partido de simpatizantes nazis, la Nasjonal Samling. Tras proclamarse jefe del gobierno durante la invasión alemana, no tardó en ser destituido por Josef Terboven, el *Reichskommissar*, que lo despreciaba. En febrero de 1942, Hitler nombró a Quisling primer ministro, pero Terboven siguió frustrando las ilusiones de poder de Quisling. Se creó el Rikshird, una copia de la SA nazi, que atrajo a unos cincuenta mil hombres, en su mayoría meros oportunistas. También fueron imitadas otras organizaciones nazis, como las Juventudes Hitlerianas (*Hitler Jugend*). Como acaso no pudiera ser de otro modo ante la presencia de un ejército de ocupación tan grande, numerosas mujeres noruegas tuvieron relaciones con soldados alemanes y de esas uniones nacieron más de diez mil niños.

Pero el grueso de la población odiaba a los ocupantes alemanes. En abril de 1942, una abrumadora mayoría del

clero luterano se declaró contraria al gobierno de Quisling, y cuando los alemanes ordenaron llevar a cabo detenciones indiscriminadas de judíos, solo lograron deportar a setecientos sesenta y siete de dos mil doscientos. La mayoría de los restantes fueron pasados clandestinamente por sus compatriotas a Suecia, que, aunque encantada de vender a Alemania sus abundantes recursos en acero y otros materiales útiles para la industria bélica, empezó a distanciarse de su socio comercial nazi cuando la guerra empezó a volver la espalda a los alemanes.

Un objetivo fundamental de la RAF había sido la fábrica de Norse Hydro en la provincia de Telemark, que producía agua pesada para lo que se sospechaba que podía ser el prototipo de una bomba atómica alemana. Pero los bombardeos aéreos se hicieron impracticables, de modo que se propuso a la SOE organizar una incursión de sabotaje. En noviembre de 1942 el intento de asalto de un comando británico acabó en desastre, estrellándose dos planeadores Horsa debido al mal tiempo. Las tropas alemanas capturaron a los tripulantes de uno de ellos, les ataron las manos con alambre de espino y los fusilaron en el acto. La acción fue una respuesta al reciente *Kommandobefehl* Hitler, que ordenaba que fueran fusilados de inmediato todos los miembros de una fuerza especial o de un grupo de asalto, tanto si vestían de uniforme como si no. Los alemanes descubrieron

inmediatamente por los mapas del avión siniestrado cuál era su objetivo.

Ya en el mes de octubre el comité de recepción que tuvieron tres comandos noruegos los había obligado a lanzarse en paracaídas en las montañas. Los hombres aguantaron allí todo el terrible invierno, sobreviviendo en cabañas aisladas por la nieve y alimentándose con carne de reno. Su única fuente de vitamina C era el *gørr*, la materia vegetal a medio digerir depositada en el estómago de los renos. Finalmente, el 17 de febrero de 1943, fueron lanzados en paracaídas otros seis comandos noruegos adiestrados en Inglaterra, pero cayeron en el lago helado de las montañas equivocado. Al final los dos grupos se encontraron y el 28 de febrero por la noche lograron colocar una carga de explosivos en la fábrica de agua pesada de Vermork. Entraron y salieron de ella sin disparar un solo tiro y causaron graves daños. Los alemanes repararon las instalaciones y la producción se reanudó cuatro meses después. Los ataques de la 8.ª Fuerza Aérea norteamericana no lograron golpear eficazmente su objetivo, de modo que fue preciso recurrir una vez más a la resistencia noruega.

Cuando en febrero de 1944 estuvo lista una cantidad suficiente de agua pesada, los alemanes la cargaron en vagones de tren para trasladarla a un transbordador, sin saber que dos viejos miembros de la resistencia noruega se

habían colado a bordo por la noche y habían colocado cargas explosivas con temporizadores confeccionados con simples despertadores. El transbordador se hundió tal como había sido planeado en las profundas aguas del lago. Perdieron la vida también catorce civiles, pero las autoridades noruegas de Londres habían reconocido de antemano que el objetivo justificaba el riesgo. Aunque los científicos alemanes no estaban ni siquiera cerca de poder construir una bomba nuclear, los Aliados no podían correr riesgos. En cualquier caso, las dos operaciones de Vermork supusieron las acciones de sabotaje más eficaces de toda la guerra.[18]

Checoslovaquia, la primera víctima de la agresión alemana, fue abandonada por los ingleses y los franceses en 1938, y a continuación ocupada por completo por los alemanes en marzo. Pero los estudiantes checos celebraron el día de su independencia, el 28 de octubre de 1939, con una gran manifestación. Los nazis cerraron todas las universidades y ejecutaron a nueve estudiantes como señal de advertencia. El anterior primer ministro, Edvard Beneš, creó un gobierno en el exilio en Londres, y algunos soldados y pilotos checos lograron llegar a Inglaterra. Los pilotos checos combatieron con gran pericia y valentía en la RAF.

Los alemanes desmembraron el país. Los Sudetes ya habían sido incorporados al Reich, Eslovaquia se convirtió en un estado títere fascista bajo la dirección de monseñor Jozef Tiso, y el resto del país fue denominado Protectorado del Reich de Bohemia y Moravia. Aunque el régimen nazi evitó al principio adoptar medidas demasiado rigurosas, el SD estaba dispuesto a aplastar cualquier signo de desafección, especialmente a partir de junio de 1941 y de la entrada de la Unión Soviética en la guerra al lado de los Aliados. La resistencia checa —el UVOD o *Ustreduí vedení odboje domácího*— emprendió una campaña de sabotajes contra los depósitos de combustible y los ferrocarriles, lo mismo que los grupos comunistas.

Hitler nombró a Reinhard Heydrich para el cargo de protector de Bohemia y Moravia con el fin de que se encargara de aplastar a la oposición. Heydrich optó inmediatamente por aplicar una política de terror para asegurarse de que la producción de guerra dejara de ser boicoteada. Detuvo a los principales dirigentes e hizo que fueran condenados a muerte. En total fueron fusiladas noventa y dos personas en los primeros días y varios miles más fueron enviadas al campo de concentración de Mauthausen. A largo plazo el plan de Heydrich era germanizar todo el territorio mediante la deportación masiva de la población. Empezó además el envío de los cien mil judíos de la región a campos de concentración, en

los que murieron casi todos.

En Londres, el gobierno checo en el exilio decidió asesinar a Heydrich. El objetivo de esta acción era provocar una conmoción para que las represalias alemanas empujaran a los avergonzados gobiernos aliados a anular los acuerdos de Munich para restablecer las fronteras de 1938. La SOE adiestró a dos jóvenes voluntarios checos y los lanzó a su país en paracaídas a finales de 1941. El 27 de mayo de 1942, después de un largo trabajo de reconocimiento del terreno, los dos hombres se apostaron en el camino por el que debía pasar Heydrich en su Mercedes descapotable y le tendieron una emboscada. Uno de los dos miembros del equipo intentó disparar a Heydrich cuando su coche frenó al tomar una curva cerrada, pero su metralleta se atascó. Su compañero lanzó entonces una bomba improvisada. Heydrich resultó herido a consecuencia de la explosión. Aunque sus heridas no fueran mortales, se infectaron y murió de septicemia el 4 de junio.

Hitler se enfadó muchísimo con Heydrich por haberse arriesgado a moverse por Praga en un coche descubierto, pero la cólera del Führer contra los checos dio lugar a represalias masivas, con asesinatos y deportaciones. Las localidades de Lidice y Ležáky fueron destruidas, con la ejecución de todos sus habitantes varones mayores de dieciséis años. Las mujeres fueron enviadas al campo de

concentración de Ravensbrück. Aunque su caso no fuera tan brutal como otras atrocidades nazis, Lidice se convirtió en símbolo de la opresión alemana en todo el mundo occidental.

29

LA BATALLA DEL ATLÁNTICO Y LOS BOMBARDEOS ESTRATÉGICOS (1942-1943)

El éxito de la Marina Real y de la RAF británicas hundiendo los barcos cargados de suministros y pertrechos destinados al Afrika Korps de Rommel en el otoño de 1941 había inducido a Hitler a ordenar el traslado de submarinos del Atlántico al Mediterráneo y sus accesos. Estos submarinos del Mediterráneo cosecharon algunos éxitos notables con el hundimiento en el mes de noviembre del portaaviones *Ark Rojal* y el del acorazado *Barkam*, ambos de la marina de Su Majestad, pero la contribución de Ultra a la supervivencia del VIII Ejército en el norte de África fue considerable.

El jefe de estado mayor de la marina norteamericana, el almirante Ernest King, era reacio a imponer el uso

sistemático de convoyes a lo largo de la costa este de los Estados Unidos, aunque el país estuviera en esos momentos en guerra con Alemania. El almirante Dönitz ordenó a algunos de sus submarinos *Tipo IX que* se dirigieran a esa zona, en la que debían atacar a los barcos enemigos, especialmente petroleros, en plena noche, cuando su figura se recortara ante las brillantes luces de la costa. Las pérdidas fueron tantas que King, presionado por el general Marshall, se vio obligado a primeros de abril a introducir convoyes provistos de escolta. Los alemanes trasladaron entonces sus ataques al Caribe y al golfo de México.

En febrero de 1942, la Kriegsmarine añadió un cuarto rotor a sus máquinas Enigma. Bletchley Park llamó al nuevo sistema «Shark» (Tiburón) y luchó sin éxito durante meses para descifrarlo. Para empeorar las cosas, los alemanes descifraron por entonces el código del Almirantazgo denominado Cifra Naval 3, con el que se comunicaban detalles de los convoyes a los americanos. Aunque en el mes de agosto los ingleses sospecharon que había sido descifrado, el Almirantazgo siguió inexplicablemente utilizándolo otros diez meses más, con unas consecuencias desastrosas.

En 1942 fueron hundidos mil cien barcos en total, ciento setenta y tres de ellos solo en el mes de junio. Pero a finales de octubre los ingleses se incautaron de una

máquina Enigma con todos sus elementos que encontraron en un submarino a punto de hundirse en el Mediterráneo oriental. De ese modo, a mediados de diciembre los descifradores de Bletchley Park habían logrado ya penetrar los entresijos de «Shark». Las rutas de los convoyes pudieron volver a ser modificadas para esquivar las «manadas de lobos» y los aviones antisubmarinos de Canadá, Islandia y el Reino Unido pudieron ser guiados hasta las zonas de concentración de los U-Boote. Esta circunstancia obligó a las «manadas de lobos» a concentrarse en el «hoyo negro» situado en medio del Atlántico, lejos del radio de acción de su aviación, cuyas bases estaban en la costa.

Para ampliar su radio de acción y el tiempo de permanencia en el mar de sus submarinos, el *Grossadmiral* Dönitz, que había sido ascendido cuando sustituyó a Raeder como comandante en jefe de la Kriegsmarine, introdujo los submarinos «lecheras», que se encargaban de reabastecer de combustible y de armamento a sus «manadas de lobos» en pleno mar. En el mes de diciembre envió incluso varios U-Boote al océano Índico. Durante la Operación Torch, el *U-173* hundió tres navios de la flota invasora frente a las costas de Casablanca, y la noche siguiente el *U-130*, cuyo capitán era Ernst Kals, hundió otros tres.

Por esa misma época, seguía en uso la «Ruta del Infierno» de los convoyes del Ártico. Durante los meses de

verano las noches eran tan cortas que tanto los buques de escolta como los mercantes sufrían constantes ataques lanzados desde las bases de la Luftwaffe en el norte de Noruega. Además de submarinos, la Kriegsmarine colaboraba enviando destructores pesados desde sus atracaderos de los fiordos. En invierno, la superestructura de los barcos quedaba literalmente enterrada en hielo, que debía ser arrancado con hachas. Y los tripulantes de cualquier barco que fuera hundido tenían muy pocas posibilidades de supervivencia si se veían obligados a arrojarse al agua. Morían de hipotermia en tres minutos.

Decidido a mejorar la seguridad de los convoyes destinados a Rusia, Churchill había pretendido invadir y retener el norte de Noruega por medio de la Operación Júpiter. Desde el otoño de 1941 había venido trayendo de cabeza a sus jefes de estado mayor con diversos planes de desembarco en la zona. Una y otra vez estos habían repetido los mismos sensatos argumentos explicándole por qué el plan era impracticable. Carecían de los barcos y los buques de guerra necesarios, y la región estaba demasiado lejos para proporcionar cobertura aérea a la operación. En mayo de 1942 Churchill volvió a la carga. En julio se le ocurrió la idea de que podía ser una tarea apropiada para el Cuerpo Canadiense alegando que estaba acostumbrado a las duras condiciones meteorológicas. El general Andrew McNaughton, jefe supremo de la citada unidad, calculaba

que para llevar a cabo la misión se necesitarían «cinco divisiones, veinte escuadrillas y una gran flota».[1] Churchill pretendió enviar a McNaughton a Moscú para discutir el proyecto con Stalin. Sería necesaria la firme oposición de los canadienses y de los jefes de estado mayor para que el primer ministro abandonara por fin el plan muchos meses después. En Washington, el general Marshall se opuso también totalmente a semejante dispersión de fuerzas.

El 31 de diciembre de 1942, el Convoy JW-51B con destino a Murmansk fue atacado frente a las costas del cabo Norte por el crucero pesado *Admiral Hipper*, el *Lützow* y seis destructores. Cuatro escoltas de la Marina Real arremetieron inmediatamente contra ellos. Aunque uno de los destructores ingleses, el *Achates*, y un dragaminas fueron hundidos, causaron graves daños al *Hipper* y hundieron un destructor alemán. Tras repeler a una fuerza superior, las escoltas, con el buque *Onslow* a la cabeza, lograron conducir al convoy a su destino.

En la conferencia de Casablanca de enero de 1943, las bases y los astilleros de los submarinos fueron considerados objetivo prioritario del Mando de Bombarderos de la RAF. El 13 de febrero, Lorient, una de las principales bases de la costa atlántica francesa, fue objeto de un intensísimo bombardeo. También fue atacada Saint-Nazaire. Pero a pesar de la enorme cantidad de bombas lanzadas, habitualmente mil toneladas cada vez, se

comprobó que los refugios de hormigón armado eran demasiado fuertes. Se consideró que era mucho más eficaz colocar grandes cantidades de minas frente a las costas de Bretaña.

La mejora de los radares instalados en los bombarderos antisubmarinos Liberator y en los Sunderland empezó a surtir efecto enseguida. El golfo de Vizcaya se convirtió en un auténtico campo de tiro para las escuadrillas del Mando Costero de la RAF, que operaban desde el sur de Inglaterra. Pero las manadas de lobos del «hoyo negro» siguieron cobrándose muchas víctimas. En marzo de 1943, con el mar embravecido, el Convoy HX-229, que iba a toda velocidad, adelantó al SC-122. Este último ofrecía a las «manadas de lobos» un blanco de noventa mercantes, protegidos solo por dieciséis buques de escolta. Dönitz había concentrado treinta y ocho submarinos en la zona, que durante la noche del 20 de marzo hundieron veintiuna embarcaciones. Solo la llegada de los Liberator, que despegaron de Islandia a la mañana siguiente, salvó a los barcos que aún quedaban de ambos convoyes.

En aquellos momentos Dönitz contaba con doscientos cuarenta submarinos operativos. El 30 de abril, concentró cincuenta y uno de ellos entre Groenlandia y Terranova para interceptar al Convoy ONS-5. Pero como Bletchley Park había descifrado ya el código «Tiburón», fueron

enviados desde St John's cinco destructores más, respaldados por los Catalina de la Real Fuerza Aérea Canadiense. Gracias a su notable autonomía de vuelo, los Liberator habían reducido las dimensiones del «hoyo negro», y los buques de escolta iban equipados con un nuevo sistema de búsqueda de dirección de alta frecuencia, capaz de situar a los submarinos en la superficie incluso a sesenta y cinco kilómetros de distancia. Los convoyes incluían portaaviones de escolta, destructores y corbetas armadas con un nuevo invento llamado Hedgehog (Erizo), que disparaba cargas de profundidad por la parte delantera, y no solo por debajo de la popa. Durante la primera semana de mayo, los submarinos de Dónitz interceptaron el convoy. Hundieron trece embarcaciones, pero el contraataque de los buques escolta y de la aviación supuso el hundimiento de siete U-Boote. Este revés obligó a Dónitz a retirar el resto.

Durante el mes de mayo, el almirante se vio obligado a admitir que su táctica acumulativa en «manada de lobos» ya no funcionaba. Un grupo de treinta y tres submarinos intentó atacar al Convoy SC-130. No pudieron hundir ni un solo barco y cinco de ellos se perdieron. Uno, el *U-954*, fue hundido por un Liberator del Mando Costero. Toda su tripulación perdió la vida, incluido el hijo de Dónitz, Peter, de veintiún años. En total la Kriegsmarine perdió treinta y tres U-Boote durante ese mes. El 24 de mayo, Dónitz

ordenó replegarse a casi todos sus submarinos del Atlántico Norte y situarse al sur de las Azores. A Churchill se le vino encima su mayor motivo de preocupación. Una vez reducida drásticamente la amenaza de los submarinos, ya podía empezar la concentración de tropas americanas para la invasión de Europa.

Hitler había visto la campaña de los submarinos contra Gran Bretaña simplemente como una venganza por el bloqueo impuesto a Alemania durante la Primera Guerra Mundial. Es indudable que en la campaña de bombardeos estratégicos de Gran Bretaña contra Alemania hubo importantes elementos de venganza por el *Blitz*. Pero hubo también un fuerte componente de venganza por los crímenes nazis cometidos en otros lugares y por las víctimas que no podían devolver el golpe. No obstante, la principal motivación venía de la debilidad de Gran Bretaña y de su incapacidad de responder a las agresiones de otra manera.

El 29 de junio de 1940, justo después de la derrota francesa, Churchill había reconocido que ya no era posible llevar a cabo un bloqueo naval de Alemania. «En tal caso», añadió, «la única arma decisiva que está en nuestras manos sería un demoledor ataque aéreo contra Alemania».[2] La

ofensiva de los bombardeos estratégicos había empezado ya el 15 de mayo, cuando noventa y nueve bombarderos atacaron los depósitos de petróleo del Ruhr. Pero el primer año de ataques del Mando de Bombarderos de la RAF resultó en gran medida ineficaz. A finales de septiembre de 1941 Churchill se sintió horrorizado cuando recibió el Informe Butt, que, basándose en los reconocimientos fotográficos, calculaba que solo un avión de cada cinco lanzaba sus bombas en un radio de cinco millas de su objetivo.[3]

El jefe del estado mayor del aire, el mariscal en jefe del aire Charles Portal, había escrito recientemente un documento para el primer ministro defendiendo la creación de una fuerza de bombarderos pesados de cuatro mil unidades con el fin de minar la moral de los alemanes. Portal, hombre sumamente inteligente, no se amilanó ante el desconcierto de Churchill ni ante su cólera por los datos del Informe Butt. Respondió con el argumento incontestable de que el ejército británico no estaba en condiciones de derrotar a Alemania. Solo de la RAF cabía esperar que fuera capaz de debilitar a los alemanes para el día en que Gran Bretaña volviera al continente europeo. Churchill replicó con un recordatorio de las exageradas alegaciones hechas por la RAF antes de la guerra acerca de los efectos decisivos de los bombardeos. En aquellos momentos, la imagen que se presentó de «destrucción

aérea fue tan exagerada que deprimió a los estadistas responsables de la política de preguerra, y desempeñó un papel definitivo en el abandono de Checoslovaquia en agosto de 1938».[4]

Churchill tal vez replicara que las afirmaciones de la RAF tenían mucho que ver con su rivalidad con el ejército y con la Marina Real. Los bombardeos contra Alemania durante la Primera Guerra Mundial habían supuesto un despilfarro y se habían revelado totalmente ineficaces. El arma recién nacida que era la RAF luchaba por su supervivencia con testimonios absurdamente exagerados de los daños infligidos, especialmente en la moral de la población civil. Desde 1918, la justificación que daba para seguir siendo un arma independiente se basaba en el argumento de que los bombardeos eran una competencia estratégica. Esta pretensión estableció «un modelo de exageración que en último término contribuiría a crear una laguna enorme entre la política retórica de la RAF y sus capacidades reales».[5] Churchill, sin embargo, no estaba dispuesto ni mucho menos a descartar las ventajas que ofrecía el Mando de Bombarderos. Dado el profundo sentido de la historia que poseía, era muy consciente de la estrategia tradicionalmente seguida por Gran Bretaña de evitar la confrontación directa sobre el territorio de Europa hasta que el enemigo hubiera quedado gravemente debilitado por mar y en la periferia. Pero ante todo, estaba

decidido a evitar otro baño de sangre como el de la Primera Guerra Mundial.

Para Churchill, la necesidad más urgente durante los ataques nocturnos de la Luftwaffe contra Gran Bretaña en 1940 y durante la primavera de 1941 había sido tranquilizar a la opinión pública del país, desencantada y cansada, y decirle que Gran Bretaña devolvía los golpes. Y en un momento en el que el ejército de tierra se tambaleaba debido a los desastres de Grecia y Creta y al avance de Rommel en el norte de África, la teoría de la potencia aérea ofensiva de la RAF que le presentaba su primer jefe de estado mayor del aire, lord Trenchard —«bombardearles más fuerte de lo que ellos nos bombardean a nosotros»[6]— era demasiado atractiva para ponerla en cuestión. El hecho de que las fuerzas de bombardeo del propio Trenchard durante la Primera Guerra Mundial sufrieran pérdidas enormes con poca ganancia ni se mencionó. Tampoco se habló en absoluto de lo que implicaba clarísimamente aquella estrategia, a saber que estaba dirigida esencialmente contra la población civil «para conseguir un efecto moral», igual que lo había estado la de la Luftwaffe. En cualquier caso lo cierto era que los bombardeos seguían siendo tan poco precisos que solo podían tomarse en consideración objetivos zonales, como por ejemplo ciudades densamente pobladas.

A diferencia de la Luftwaffe, que había mantenido en

todo momento una cooperación táctica con el ejército alemán, la RAF se había distanciado lo más posible de las otras dos armas en su exagerada guerra de independencia, y rechazaba el concepto de apoyo de proximidad. Los recelos existentes entre las distintas armas se habían intensificado durante los años treinta. Tanto el ejército como la Marina Real habían puesto en entredicho la moralidad y la legalidad de la estrategia de bombardeos propuesta por la RAF. El Almirantazgo había calificado el bombardeo de ciudades como algo «repugnante y anti-inglés».[7] La RAF había protestado airadamente diciendo que su objetivo no era «matar niños».[8] Pero el hecho de que siguiera insistiendo en atacar la moral del enemigo no planteaba desde luego otra alternativa.

Cuando estalló la guerra, el Mando de Bombarderos había quedado muy por detrás del Mando de Cazas en su disposición a llevar a cabo la misión que indicaba su nombre. No solo sus aparatos eran inadecuados, sino que también sus sistemas de navegación, de inteligencia, de reconocimiento fotográfico y de localización de objetivos habían sido descuidados. El Mando de Bombarderos tampoco había sabido prever la eficacia de las defensas aéreas alemanas.

Al comienzo de la guerra, a los mandos de la RAF les habían dicho que «el bombardeo intencionado de poblaciones civiles como tal es ilegal».[9] Se trataba de una

respuesta al llamamiento del presidente Roosevelt a los países combatientes instándoles a no bombardear las ciudades. Las misiones de bombardeo sobre Alemania se limitaron a ataques ineficaces contra barcos y puertos y a lanzar folletos propagandísticos. Incluso tras los ataques de la Luftwaffe contra ciudades como Varsovia y luego Rotterdam, dicha política no cambió hasta que, en vez de atacar los puertos del estuario del Támesis, la Luftwaffe bombardeó Londres por error la noche del 24 de agosto de 1940. La orden de Churchill de tomar cumplida venganza, como ya hemos dicho, dio comienzo al inicio del *Blitz* sobre Londres y a la relajación de las restricciones de los objetivos de la RAF. No obstante, a pesar de todas las afirmaciones hechas por el Mando de Bombarderos durante los años de entreguerras, su contingente de Wellington y de Handley Page Hampden demostró que no era capaz de defenderse de los cazas, de encontrar sus objetivos incluso a plena luz del día e incluso, cuando lo hacía, de infligir daños significativos. La humillación que ello supuso para la RAF fue considerable.

Animándose con la idea excesivamente optimista de la vulnerabilidad económica de Alemania, Churchill siguió adelante con sus planes de incrementar la fuerza del Mando de Bombarderos. Al evaluar las posibilidades de conseguir la victoria solo mediante los bombardeos, no se tuvo en cuenta el fracaso de la ofensiva de la Luftwaffe contra Gran

Bretaña en su intento de destruir las infraestructuras y la moral de la población civil. Se vio, sin embargo, que la producción de petróleo de Alemania y sus fábricas de aviones eran objetivos demasiado pequeños para la eventual realidad de un bombardeo aéreo. De ese modo, al afirmar que los ataques alemanes contra Londres en 1940 habían permitido a Gran Bretaña «quitarse los guantes»,[10] Portal proponía volver a la vieja letanía de la RAF de que debía conseguirse un «efecto moral» mediante el bombardeo de aquellas ciudades que las fuerzas armadas supieran que podían golpear. Churchill le dio su beneplácito y el 16 de diciembre de 1940, un mes después de la catástrofe de Coventry, el Mando de Bombarderos lanzó su primer «ataque de área» deliberado contra Mannheim.

La situación cada vez más desesperada de la batalla del Atlántico obligó al Mando de Bombarderos a concentrarse en los refugios de los submarinos alemanes, los astilleros y las fábricas en las que se producían los aviones Focke-Wulf Condor usados contra los convoyes. Pero en julio de 1941 se intensificaron dentro de la propia RAF los argumentos a favor de los bombardeos de área de las ciudades, defendidos apasionadamente por lord Trenchard. Todo el mundo tenía la convicción equivocada de que la moral de los alemanes era mucho más frágil que la de los ingleses, y de que los alemanes iban a venirse abajo si se llevaba a cabo una campaña nocturna continuada. Poco

después, el Informe Butt convencería a los críticos de que no había más opción que atacar objetivos zonales.

En febrero de 1942, el Mando de Bombarderos recibió del gabinete la aprobación para emprender una estrategia de bombardeos de zona, y el mariscal del aire en jefe sir Arthur Harris asumió el mando. Harris, hombre fuerte como un toro, con un bigote espeso, no tenía la menor duda de que la clave de la victoria era la destrucción de las ciudades alemanas. Esto, en su opinión, evitaría la necesidad de enviar tropas al continente para enfrentarse allí a la Wehrmacht. Hombre poco impuesto en la materia y sin miramientos, que había llevado una vida muy dura en Rhodesia, Harris pensaba que no había motivos para adoptar una actitud de compromiso con unos individuos a los que él consideraba unos señoritos pusilánimes.

Desde que pasara las noches en el tejado del ministerio del aire durante el *Blitz* viendo caer sobre Londres las bombas de la Luftwaffe, Harris había ansiado devolver el golpe, especialmente con cargas de bombas incendiarias tan grandes que superaran las capacidades de los servicios de bomberos del enemigo. El *Blitz* había causado en Londres y en otras ciudades la muerte de cuarenta y un mil civiles y había causado además ciento treinta y siete mil heridos. Harris, por tanto, no estaba dispuesto a aceptar ninguna crítica ni a atender de buen grado otras peticiones que pudieran hacerle generales y

almirantes, que tenía la convicción de que habían intentado socavar la RAF desde que se convirtiera en arma independiente. Consideraba sus propuestas meros intentos «diversionistas» para impedirle llevar a cabo su principal plan.

La primera labor de Harris consistió en mejorar la moral de las tripulaciones de sus aviones. Estas habían sufrido numerosísimas bajas —casi cinco mil hombres y dos mil trescientos treinta y un aparatos en los dos primeros años de la guerra— consiguiendo poco éxito, según el Informe Butt. Durante muchos de los primeros ataques aéreos, murieron más pilotos en sus aviones que alemanes en tierra.

La vida que llevaban no tenía el glamour de las escuadrillas de Spitfire del sudeste de Inglaterra, cuyos pilotos eran festejados durante sus frecuentes viajes a Londres. La mayoría de las bases de los bombarderos estaban en aeródromos situados en las zonas rurales llanas y barridas por el viento de Lincolnshire y Norfolk, y habían sido colocadas allí porque estaban a la misma latitud que Berlín. Las tripulaciones vivían en barracones Nissen, que olían al humo de los cigarrillos y de las estufas de carbón, y parecía que la lluvia estaba siempre tamborileando sobre el tejado. Aparte del tocino y los huevos del desayuno cuando regresaban de una misión, su comida consistía en una monótona rutina de macarrones con queso, verduras

cocidas en exceso, remolacha y carne enlatada, y la mayoría sufría de estreñimiento. Aparte de infinitas tazas de té, que, según se rumoreaba, llevaban diluidas buenas dosis de bromuro para reducir sus deseos sexuales, lo único que bebían era cerveza aguada en unas tabernas lúgubres, a las que se trasladaban en bicicleta o en autobús las noches que llovía. Los más afortunados podían ir acompañados por alguna joven inocente de la WAAF (Women's Auxiliary Air Force, «Cuerpo Auxiliar Femenino de las Fuerzas Aéreas») del aeródromo. Otros abrigaban la esperanza de conocer a alguna chica de la localidad o del ejército de tierra en las salas de baile.[11]

Al igual que en el Mando de Cazas, los pilotos y las tripulaciones eran en su mayoría voluntarios. Una cuarta parte de ellos procedían de países ocupados por los nazis y de los dominios del Imperio Británico: Canadá, Australia, Nueva Zelanda, Rhodesia y Sudáfrica. Los canadienses eran tan numerosos que formaron escuadrillas separadas de RCAF (Royal Canadian Air Forcé), y lo mismo harían después los hombres de otros países, como los polacos y los franceses. Unos ocho mil aviadores del Mando de Bombarderos perdieron la vida en accidentes durante su adiestramiento, casi una séptima parte del total de bajas sufridas.

Cuando salían de misión, vivían en medio de un frío paralizante, muertos de aburrimiento, llenos de miedo e

incomodidad y rodeados del ruido constante de los motores. La muerte podía llegar en cualquier momento, a través del fuego de las defensas antiaéreas o de cualquier caza nocturno. La fortuna, buena o mala, parecía dominar la vida de todos y muchos se volvían obsesivamente supersticiosos, aferrándose cada uno a sus rituales y talismanes particulares, como la pata de conejo o la medalla de san Cristóbal. Fuera cual fuese el objetivo, las misiones empezaban con una rutina similar: la sesión informativa que se iniciaba siempre con las palabras «El objetivo de esta noche es...», las comprobaciones de la radio, el despegue, el vuelo en círculo para reunir a la formación en el cielo, los artilleros disparando ráfagas de prueba sobre el Canal de la Mancha, y luego el ambiente tensándose en la cabina en cuanto llegaba por el intercomunicador el aviso: «Enemigo en la costa por delante». Toda la tripulación miraba al frente cuando el aparato daba un bandazo repentino hacia lo alto en el momento en que soltaba su pesado cargamento de bombas.

Aquella era una guerra de hombres jóvenes. Hasta un piloto de treinta y un años era apodado el «Abuelo». Todos tenían motes y reinaba un gran sentido de la camaradería, pero para asumir la muerte de los amigos hacía falta cierta dosis de cinismo o la sangre fría suficiente para protegerse de los efectos de la sensación de culpabilidad del superviviente. Ver el avión de un compañero ardiendo

producía una mezcla de horror y de alivio al comprobar que le había tocado a otro. Un aparato podía volver tan maltrecho a consecuencia de los disparos recibidos de un caza nocturno, que el personal de tierra, al ver los restos despedazados del artillero de cola en su torreta, «tenía que utilizar la manguera para limpiarlos».[12] La incertidumbre a la espera de que se ordenara la dispersión, sin saber si la operación se ponía en marcha, se retrasaba o incluso si era cancelada a causa del mal tiempo reinante sobre el objetivo, producía una tensión enorme. Los pilotos estaban «tensos como las cuerdas de un violín»,[13] aunque a veces se denominaban a sí mismos meros «conductores de autobús glorificados».[14]

El poder de ofensiva del Mando de Bombarderos empezó a incrementarse solo cuando los bombarderos pesados —primero los Stirling, y luego los cuatrimotores Halifax y Lancaster— comenzaron a sustituir a los Hampden y a los Wellington. La noche del 3 de marzo de 1942 fueron enviados un total de doscientos treinta y cinco bombarderos en el primer ataque masivo contra un objetivo de Francia, la fábrica de Renault en Boulogne-Billancourt, a las afueras de París. Se trataba de un objetivo legítimo, pues en ella se fabricaban vehículos para la Wehrmacht. Se usaron por primera vez balizas marcadoras y como en los alrededores había pocos cañones antiaéreos, los bombarderos pudieron bajar a cuatro mil pies para mejorar

su precisión. La destrucción del complejo industrial fue importante, pero perecieron también trescientos sesenta y siete civiles, sobre todo en los bloques de viviendas de las proximidades.

El 28 de marzo, la RAF bombardeó el puerto de Lübeck, al norte de Alemania, con una mezcla de bombas de alto poder explosivo e incendiarias, tal como habían planeado Portal y Harris. La ciudad vieja fue incendiada por completo. Hitler estaba indignado. «Ahora el terror será contestado con el terror», exclamó el Führer según dice en su diario su *Luftwaffenadjutant*. Hitler estaba tan furioso que exigió que «se trasladaran al oeste aviones del frente oriental»,[15] pero el general Jeschonnek, jefe de estado mayor de la Luftwaffe, logró persuadirle de que podían utilizar las formaciones de bombarderos que tenían en el norte de Francia. Sin embargo, cuando la campaña de bombardeos de los británicos se intensificó, enseguida aumentaron las presiones para que las formaciones de cazas de la Luftwaffe y las baterías de artillería pesada antiaérea fueran retiradas del frente oriental para que se encargaran de defender el Reich. Un mes después del ataque contra Lübeck, el Mando de Bombarderos lanzó una serie de cuatro ataques contra Rostock, a ochenta kilómetros más al este, causando una destrucción aún mayor. Goebbels lo llamó *Terrorangriff*—«ataque de terror»— y a partir de ese momento los pilotos del Mando

de Bombarderos pasaron a llamarse *Terrorflieger* . Harris definía ahora abiertamente el éxito por el número de hectáreas urbanas que sus bombarderos convertían en ruinas.

El 30 de mayo de 1942 por la noche, Harris lanzó su primer bombardeo con mil aviones, esta vez contra Colonia. Originalmente el objetivo había sido Hamburgo y sus astilleros de submarinos, pero el mal tiempo obligó a cambiar de planes. Churchill, que se disponía a dar un golpe de escena, había invitado a cenar en Chequers al embajador norteamericano John Winant y al general «Hap» Arnold, jefe de las Fuerzas Aéreas del Ejército de los Estados Unidos. Cuando sus invitados estaban ya sentados a la mesa, el primer ministro hizo su declaración. Fue una muestra de jactancia desvergonzada, pero irresistible, en aquel año de constantes humillaciones. Winant envió un telegrama a Roosevelt diciendo: «Inglaterra es el lugar para ganar la guerra. Manden aviones y tropas aquí lo antes posible».[16]

La destrucción fue enorme, pero relativamente menor comparada con los patrones de época posterior. Perdieron la vida unas cuatrocientas ochenta personas. Harris, propagandista empedernido del Mando de Bombarderos, había reunido casi todos los aparatos en condiciones de volar, incluso los aviones de entrenamiento, para alcanzar la cifra de los mil bombarderos. Él también quería

impresionar a los americanos y a los soviéticos. «¡Ahora comienza la venganza!», decía el titular del *Daily Express*. Pero Harris sabía que tenía que engañar a la opinión pública e incluso a algunos superiores, especialmente a Churchill, que abrigaba unos sentimientos muy contradictorios, fingiendo que sus objetivos eran de carácter militar, como los depósitos de petróleo y los centros de comunicaciones. Las principales estaciones de ferrocarril le proporcionaban el pretexto para bombardear todo el centro de una población. Harris, no obstante, sabía que la opinión pública lo respaldaba. Solo se oyeron unas cuantas protestas aisladas, como la de George Bell, obispo de Chichester.

Aquel mes de agosto, cuando Churchill voló a Moscú para explicar a Stalin que la invasión del norte de Francia estaba totalmente fuera de discusión, la carta más poderosa que tenía en sus manos era el bombardeo de las ciudades alemanas. Pudo así sostener que la ofensiva del Mando de Bombarderos era una especie de Segundo Frente. La campaña de bombardeos fue la única acción británica a la que Stalin dio su aprobación. Los servicios de inteligencia soviéticos estaban pasando ya información de los interrogatorios de los prisioneros de guerra que indicaban que la moral de las tropas alemanas del frente oriental empezaba a ser socavada por la preocupación por sus familias en Alemania, víctimas de los bombardeos de los ingleses. Stalin nunca perdió su afición a la venganza,

especialmente desde que, según se calcula, habían perecido alrededor de medio millón de civiles soviéticos como consecuencia de los bombardeos de la Luftwaffe. La aviación del Ejército Rojo no había desarrollado todavía un arma estratégica de bombardeo, de modo que se sintió encantado de que los ingleses hicieran el trabajo por ellos.

Ahora era más probable que los aparatos del Mando de Bombarderos dieran con su objetivo, gracias a la mejora de las ayudas a la navegación que utilizaban tecnología de transpondedores para guiarlos a su destino. La introducción de la unidad Pathfinder, capaz de localizar el objetivo con balizas, fue una innovación que al principio chocó con la férrea resistencia de Harris, hasta que sus objeciones fueron rechazadas de plano por Portal y el estado mayor del aire. Al mismo tiempo las defensas antiaéreas alemanas también habían sido reforzadas. En Berlín, Hitler ordenó la construcción de grandes búnkeres de hormigón provistos de baterías de artillería pesada antiaérea en su parte superior.

Las bajas del Mando de Bombarderos fueron aumentando incansablemente al aumentar el ritmo de las salidas con destino a Alemania, especialmente a la cuenca del Ruhr, que por entonces era llamada irónicamente el «Valle de la Felicidad». Los parientes del infortunado que no volvía recibían una notificación oficial y luego una carta de pésame del oficial al mando de la escuadrilla o del

puesto. Algún tiempo después, los efectos personales del difunto eran devueltos a la familia: los gemelos, la ropa, el cepillo del pelo y el neceser con los productos de afeitado, y si el piloto tenía coche, se notificaba cuándo podían pasar a recogerlo.

«Lo peor es ver las defensas antiaéreas», escribía el jefe de ala Guy Gibson, de veinticuatro años, que capitaneó la Escuadrilla 617, los *Dambusters* («Voladores de presas») en el bombardeo llevado a cabo la noche del 16 de mayo de 1943. «Tiene uno que dejar atrás la imaginación, si no, acaba por hacerte daño».[17] Pero peor todavía era sentir su efectividad. «El estallido de una bomba debajo de tu avión hace que este se levante unos quince metros en el aire», observaba el actor Denholm Elliott, que por entonces prestaba servicio como operador de radio en un Halifax. «Desde luego descubre uno la religión de inmediato».[18]

Las bajas olvidadas eran las de los que perdían los nervios antes de concluir su tanda de treinta misiones. LMF (*Lacking in Moral Fibre*, «Falta de Fortaleza Moral») era la expresión usada en la RAF para designar la cobardía o la fatiga de combate. Parece que durante casi toda la guerra la RAF fue más dura que el ejército a la hora de tratar las bajas de carácter psicológico. En total se diagnosticó fatiga de combate a dos mil novecientos ochenta y nueve miembros del personal del Mando de Bombarderos. Poco más de una tercera parte de ellos eran pilotos. Lo más

sorprendente es que los entrenamientos eran, al parecer, una forma más estresante de vuelo que los bombardeos nocturnos.

Durante el verano de 1942, la 8.ª Fuerza Aérea de los Estados Unidos empezó a concentrarse en Inglaterra. En el mes de mayo había llegado el general de división Cari A. Spaatz para dirigir las operaciones de la aviación norteamericana en Europa, y las fuerzas de bombarderos de la 8.ª Fuerza estaban al mando del general de brigada Ira C. Eaker. Para asombro de la RAF, que ya lo habían intentado y habían sufrido las consecuencias, los americanos anunciaron que su campaña de bombardeos iba a tener lugar a plena luz del día.

Las Fuerzas Aéreas del Ejército de los Estados Unidos evitaron utilizar la controvertida teoría de la destrucción de la moral del enemigo. Sus jefes afirmaban que con su mira Norden llevarían a cabo bombardeos de precisión de los «principales nudos» del «tejido industrial» del enemigo. Pero la inteligencia de objetivos era una ciencia inexacta y para conseguir esa precisión eran necesarios una visibilidad perfecta y un objetivo claramente identificable que no estuviera demasiado defendido. Las afirmaciones que hablaban de bombardeos

tan precisos que eran capaces de «darle a un barril de encurtidos» raramente coincidían con la realidad de las bombas diseminadas de cualquier manera sobre el terreno. El zigzagueo de los pilotos para evitar las defensas antiaéreas afectaba a la sensibilidad de los giróscopos de la mira Norden, y esperar que el artillero permaneciera tranquilo cuando introducía todos los datos necesarios suponía demasiado optimismo, aun admitiendo que fuera capaz de ver el objetivo en primer lugar a través del humo, las nubes y la bruma. El patrón de bombardeo de los americanos, no era mejor que el de la RAF.

La Fuerza Aérea estadounidense, tras armar sus B-17 con ametralladoras pesadas en sus torretas, daba por supuesto que volar a gran altura en formaciones cerradas le permitiría protegerse de los ataques de los cazas con campos de tiro entrelazados. Pero dada la inexperiencia de los artilleros, era más probable que estos dieran a otro aparato de su formación que a los Messerschmitt atacantes. Spaatz no había tenido en cuenta que eran necesarios los cazas de escolta, aunque ya a mediados de los años veinte el Servicio Aéreo del Ejército de los Estados Unidos, como entonces se denominaba, había probado los tanques de combustible auxiliares desechables para darles una mayor autonomía de vuelo. Como habían hecho los ingleses con anterioridad, no habían tenido en cuenta las enseñanzas de los combates aéreos de la Guerra Civil

Española y de la guerra de China. Todas esas enseñanzas no tardarían en hacerse patentes en cuanto la 8.ª Fuerza Aérea empezara a realizar misiones de vuelo sobre Alemania.

Al principio, Spaatz decidió prudentemente limitar las actividades de sus tripulaciones menos experimentadas a ataques relativamente fáciles sobre Francia. El 17 de agosto, una decena de Fortalezas Volantes B-17 despegaron en su primera misión capitaneadas por Eaker. Spaatz había manifestado su deseo de participar también en ella, pero como estaba al tanto de los informes de Ultra, su idea fue desechada. El objetivo era la estación de clasificación de Rouen, en el norte de Francia, lo suficientemente cerca de su base como para permitir la cobertura de los cazas Spitfire. No había defensas antiaéreas y los Spitfire de escolta se encargaron de poner en fuga a unos cuantos Messerschmitt durante el viaje de vuelta. Las tripulaciones fueron recibidas como héroes por los periodistas y rodeadas de ruidosas felicitaciones. Pero a Churchill y a Portal les preocupaba la lentitud de la concentración de bombarderos americanos en Gran Bretaña, y su obstinada insistencia en llevar a cabo los bombardeos a la luz del día. La lentitud de la concentración de fuerzas en Inglaterra se debía en gran parte a que muchos aviones y muchos hombres habían sido desplazados al Mediterráneo para prestar ayuda en las operaciones de la 12.ª Fuerza Aérea en el norte de África.

Con el general Arnold al mando, la Fuerza Aérea de los Estados Unidos había crecido con una rapidez asombrosa. En los primeros momentos tuvo la ventaja de que se desarrollaran buenas amistades en los niveles más altos. La RAF, en cambio, sufrió a menudo las consecuencias de agrias disputas internas, debidas en buena medida a la sanguinaria terquedad de Harris y a su desprecio del estado mayor del aire, a cuyos miembros consideraba más estúpidos que a los del Ejército y la Marina Real, a los que tanto odiaba. Harris se burlaba abiertamente de los «petrolitos», como llamaba a los partidarios de bombardear los depósitos de combustible, y de los «mercachifles de panaceas» que exigían atacar otros objetivos estratégicos. Pero el dogma de los bombardeos de precisión a la luz del día de los americanos era casi igual de rígido. Ni siquiera la realidad de los cielos europeos, con sus nubes impenetrables, convencerían a los altos mandos de la Fuerza Aérea estadounidense de que no podrían dar en el blanco fácilmente.

Durante la crisis de la batalla del Atlántico de finales de 1942, tanto el Mando de Bombarderos como la 8.ª Fuerza Aérea se concentraron en los refugios de los submarinos en la costa atlántica de Francia. Pero las construcciones de hormigón resultaban impenetrables para sus bombas, incluso cuando lograban dar en el blanco, cosa que sucedía raras veces debido a las terribles condiciones

atmosféricas reinantes aquel invierno. Las ciudades portuarias próximas, Saint-Nazaire y Lorient, por otra parte, fueron arrasadas. Vistas las cosas retrospectivamente, el único consuelo para los Aliados fue que aquel enorme derroche de hormigón contribuyó en gran medida a ralentizar la construcción del Muro Atlántico de Hitler, una serie de defensas costeras destinadas a prevenir la invasión del norte de Europa.

Durante el bombardeo que llevó a cabo la 8.ª Fuerza sobre los refugios de Saint-Nazaire el 23 de noviembre, la Luftwaffe ensayó nuevas tácticas contra las Fortalezas Volantes. Hasta entonces los pilotos alemanes habían atacado siempre desde atrás, pero en esta ocasión, utilizando treinta nuevos Focke-Wulf 190, atacaron de frente, tocando un ala con otra. Se requería una energía y una habilidad muy grandes por parte del piloto del caza, pero el morro de plexiglass de las Fortalezas, en cuyo interior iba el artillero, era el punto más vulnerable. Para los tripulantes de la parte delantera de los bombarderos, aquello era espantoso.

Al igual que a las tripulaciones de la RAF, también a los americanos les costaba muchísimo aguantar la espera, y luego la cancelación o la supresión de las misiones como consecuencia de las malas condiciones atmosféricas. Solo dos o tres días de cada diez había una visibilidad lo bastante buena como para distinguir el objetivo. Los bombarderos

norteamericanos tenían también sus propias supersticiones y rituales, como por ejemplo ponerse el jersey del revés, llevar monedas de la suerte o volar siempre en el mismo aparato. Detestaban que los trasladaran a un avión de reemplazo.

Los vientos glaciales entumecían a la tripulación, especialmente a los artilleros de la torreta ventral que llevaban las puertas abiertas. Algunos aviadores llevaban botas, guantes y chaquetones provistos de calefacción eléctrica, pero esta pocas veces funcionaba bien. Durante el primer año de operaciones, los hombres sufrieron más lesiones por congelación que heridas de combate. Los artilleros de las torretas, al no poder abandonar durante varias horas la rígida postura que tenían que adoptar y que les hacía padecer calambres mientras sobrevolaban territorio enemigo, tenían que orinarse en los pantalones. Las zonas mojadas enseguida se congelaban. Si una ametralladora se atascaba, los hombres tenían que quitarse violentamente los guantes para liberar la obstrucción y la piel de los dedos se les pegaba a la superficie metálica helada. Y cualquier hombre que resultara malherido por la metralla de las baterías antiaéreas o por el fuego de los cañones lo más probable era que muriese de hipotermia antes de que el avión alcanzado llegara a su base. Si los disparos del enemigo cortaban el suministro de oxígeno, los tripulantes corrían el riesgo de perder el sentido hasta

que el piloto lograra hacer descender el aparato por debajo de los veinte mil pies. Aunque las muertes por anoxia fueran menos de cien, la mayoría de los tripulantes había sufrido este estado en un momento u otro.

A menudo, cuando las nubes eran muy espesas, se producían colisiones en el aire y numerosos aparatos se estrellaban cuando regresaban a la base con mal tiempo. Pero la impresión más fuerte la provocaba ver a otro avión, delante o al lado de uno, desintegrarse en una gigantesca bola de fuego. No es de extrañar que muchos pilotos recurrieran al whisky por las noches para calmar los nervios, con la esperanza de no sufrir las pesadillas recurrentes que cada vez afectaban a más hombres. En sus sueños veían a compañeros mutilados de mala manera, motores ardiendo o fuselajes acribillados por el fuego de los cañones.[19]

Por lo que respecta a la RAF, la fatiga de combate se convirtió en una experiencia habitual o, según decían los propios soldados, muchos se volvían «insensibles al fuego antiaéreo» o sufrían el «canguelo de los Focke-Wulf». A muchos les daban «temblores» y algunos padecían síncopes, ceguera transitoria o incluso catatonia. Eran todas reacciones previsibles ante el estrés, causadas por la indefensión ante un peligro extremo. En algunos casos, estas reacciones llegaban con retraso. Muchos hombres parecían haber superado una experiencia terrible, pero al

cabo de unas semanas se venían abajo. Son pocas las estadísticas acerca de los colapsos psicológicos de las que disponemos o que podamos considerar fiables, pues los mandos preferían ocultar el problema.

El comandante Curtís LeMay, que acababa de llegar con el 305.° Grupo de Bombarderos, quedó espantado al ver que, cuando sobrevolaban su objetivo, los pilotos americanos daban bandazos y zigzagueaban intentando esquivar las defensas antiaéreas y de esa forma erraban por completo el blanco. A juicio del combativo LeMay, al que Stanley Kubrick utilizaría más tarde como modelo para el general Jack D. Ripper en su película *Dr Strangelove*[*] aquello hacía que toda la operación resultara inútil. Por eso ordenó a sus pilotos que volaran directamente y sin dilación a su objetivo. Los reconocimientos aéreos demostraron que en el bombardeo de Saint-Nazaire del 23 de noviembre, el 305.° Grupo dobló el número habitual de blancos acertados a la primera. No obstante, a pesar de la mejora que supuso LeMay, menos del tres por ciento de las bombas caían en un radio de trescientos metros de su objetivo. Las afirmaciones iniciales de la Fuerza Aérea del Ejército de los Estados Unidos que aseguraban que sus hombres venían dispuestos a acertar con sus bombas hasta un «barril de encurtidos» parecían en aquellos momentos excesivamente ambiciosas, por no decir otra cosa. LeMay adoptó entonces un sistema distinto. Puso a sus mejores

navegadores y bombarderos en los aviones de cabeza, quitó las miras Norden de todos los demás y dijo a sus capitanes que lanzaran su carga solo cuando los de cabeza lanzaran la suya. Pero incluso en ese caso la dispersión de los aparatos comportaba que muchas bombas cayeran lejos de su objetivo, por precisos que fueran los aviones de cabeza.

La acción de las baterías antiaéreas alemanas, que ahora disparaban desde «garitas», y la mayor agresividad de los ataques de los cazas enemigos reducían todavía más la precisión de los bombarderos. Una formación cerrada para protegerse de los cazas significaba una mayor concentración de los objetivos para las baterías antiaéreas en tierra. Como dice un historiador de la campaña de bombardeos norteamericanos, «la 8.ª Fuerza Aérea no encontraría nunca la forma de llevar a cabo sus misiones con una precisión y una protección máximas. Esto la condujo a un callejón sin salida que desembocaría irremediablemente en los bombardeos de saturación en alfombra, en los que unos proyectiles daban en el blanco y los demás se dispersaban por toda la zona. Fueron las realidades del combate, y no las teorías formuladas antes de la guerra, las que condujeron inexorablemente a la 8.ª Fuerza hacia los ataques indiscriminados de área preconizados por "Bomber" Harris».[20]

En la conferencia de Casablanca de enero de 1943, el general Arnold dijo al general Eaker que Roosevelt había

acordado que la 8.ª Fuerza Aérea cambiara de táctica y se sumara a los bombardeos nocturnos junto con la RAF. Eaker intentó convencer a Churchill de que los bombardeos a la luz del día eran más eficaces. Aseguró que sus bombarderos abatían al menos dos o tres cazas alemanes por cada aparato que perdían, afirmación que los ingleses sabían que era totalmente incierta. Pero Churchill prefirió no decir nada, porque Portal le había convencido previamente de que no debía pelearse con los americanos en lo tocante a los bombardeos diurnos. La combinación de la aviación estadounidense atacando de día y la RAF haciéndolo por la noche se convirtió en una solución de compromiso virtuosística con bombardeos «las veinticuatro horas del día».

Los Aliados acordaron una directiva de bombardeos que afirmaba que «el objetivo primordial será la destrucción y la alteración progresiva del sistema militar, industrial y económico alemán, y la socavación de la moral del pueblo alemán hasta un punto en que su capacidad de resistencia armada quede debilitada fatalmente».[21] Harris, como es natural, vio en este acuerdo el sello de aprobación a su estrategia. Aunque Portal sería quien dirigiera la «Ofensiva Combinada de Bombarderos», las decisiones clave las tomarían Eaker y Harris, que podían escoger y seleccionar los objetivos.

A pesar del acuerdo alcanzado sobre esta directiva de

bombardeos, llamada Pointblank, la Ofensiva Combinada de Bombarderos fue todo menos combinada, aunque Harris y Eaker se llevaban bien y Harris había hecho todo lo posible por ayudar a la 8.ª Fuerza Aérea a ponerse en funcionamiento. Siguiendo en parte la orden del general Marshall de preparar la invasión de Europa, Eaker debía centrarse en la destrucción de la Luftwaffe, tanto de las fábricas de aviones en tierra como de los cazas en el aire. Harris, por su parte, sencillamente pretendía actuar como de costumbre, es decir machacar las ciudades mientras aceptaba de boquilla la prioridad de atacar los objetivos militares. Le encantaba enseñar sus «libros azules», encuadernados en piel, a las visitas importantes que iban a su cuartel general de High Wycombe. Estaban llenos de mapas y gráficos que describían la importancia de las ciudades que había escogido como objetivo y las zonas destruidas. La cólera y el resentimiento de Harris siguieron aumentando con su convicción de que el Mando de Bombarderos no recibía ni la atención ni el respeto que merecía.

El 16 de enero de 1943, justo cuando la batalla de Stalingrado se acercaba a su siniestro y gélido final, el Mando de Bombarderos llevó a cabo la primera serie de ataques sobre Berlín. Fue también la primera ofensiva en la que la unidad Pathfinder utilizó aviones que lanzaban marcadores de objetivos. Once días después, los aparatos

de la 8.ª Fuerza Aérea atacaron por primera vez objetivos situados en Alemania cuando bombardearon los astilleros en los que se construían submarinos en las costas del norte. Un mes después, regresaron a Wilhelmshaven con ocho periodistas a bordo, entre los cuales iba Walter Cronkite. Al cabo de poco tiempo el director cinematográfico William Wyler y el actor Clark Gable volaron con la 8.ª Fuerza, confiriéndole un glamour que el Mando de Bombarderos de la RAF no podría ni siquiera soñar con igualar. Los deseos de cobertura periodística de Harris quedaron empequeñecidos por el afán de relaciones públicas de Spaatz y Eaker.

El 5 de marzo, el Mando de Bombarderos volvió a atacar el corazón industrial de Alemania, especialmente Essen. La ofensiva del 12 de marzo destruyó el taller de construcción de blindados, lo que retrasó la producción de tanques Tiger y Panther, contribuyendo así al aplazamiento de la gran Ofensiva de Kursk. La 8.ª Fuerza Aérea no tardó en unirse a la que se llamó la batalla del Ruhr, y el total de bajas alemanas ascendería a los veintiún mil muertos.

Göring, humillado por la debilidad de la Luftwaffe frente a los ataques de los Aliados, retiró más grupos de cazas del frente oriental para dedicarlos a la defensa del país. Aunque ese no era uno de los objetivos declarados de los Aliados, su repercusión sobre el resultado de la guerra quizá fuera más grande que los daños infligidos en el

momento. No solo supuso que la aviación del Ejército Rojo alcanzara la superioridad, cuando no la supremacía aérea, sino también que los vuelos de reconocimiento de la Luftwaffe tuvieran que ser reducidos drásticamente. Esta circunstancia permitió a su vez al Ejército Rojo, especialmente al año siguiente, lograr grandes éxitos en las operaciones de decepción o *maskirovka*.

Aunque la moral de los alemanes no se vino abajo, como esperaban los Aliados, Goebbels y otros líderes nazis quedaron profundamente preocupados. La propaganda nazi chocó con el sarcasmo de la población. Una coplilla que se hizo famosa por entonces decía:

Lieber Tommy, fliege weiter,
Wir sind alle Ruhrarbeiter,
Fliege weiter nach Berlín,
Die haben alle «ja» geschrien.

(Querido «Tommy», sigue volando y vete de aquí,
aquí somos todos trabajadores del Ruhr.
Sigue volando y vete a Berlín,
allí todos han gritado: «Sí»)

Se trataba de una alusión al discurso pronunciado por Goebbels tras el desastre de Stalingrado en el Sportpalast de Berlín en febrero de 1943, cuando espoleó a la

audiencia gritando: «¿Queréis una Guerra Total?», y el público respondió desgañitándose que sí.

Aquella primavera de 1943 las pérdidas de la aviación aliada ascendieron a unos niveles terroríficos. Menos de uno de cada cinco tripulantes de los aparatos de la RAF sobrevivió a una ronda de treinta misiones. El 17 de abril la 8.ª Fuerza Aérea perdió en los cielos de Bremen quince bombarderos, abatidos por los cazas alemanes. Eaker, furioso por no haber recibido los refuerzos que le habían prometido, advirtió al general Arnold que le quedaba un máximo de ciento veintitrés bombarderos para una sola misión. La 8.ª Fuerza no estaba sencillamente en condiciones de alcanzar la supremacía aérea necesaria para garantizar el éxito de una invasión a través del Canal de la Mancha.

En Washington, Arnold se encontraba en una situación muy difícil. Todos los teatros de operaciones de la guerra reclamaban más bombarderos. Pero en el mes de mayo envió refuerzos a Gran Bretaña y se inició en East Anglia un vasto programa de construcción de aeródromos. Se necesitaban urgentemente caras nuevas después de que la 8.ª Fuerza Aérea perdiera ciento ochenta y ocho bombarderos y mil novecientos tripulantes durante su primer año de operaciones. Eaker había reconocido finalmente la necesidad de disponer de cazas de escolta con suficiente autonomía de vuelo. Los pesados P-47

Thunderbolt tenían un radio de acción que no iba más allá de la frontera alemana.

El 29 de mayo, la RAF provocó su primera tormenta de fuego en un ataque contra Wuppertal. Una vez que los Pathfinder lanzaron sus balizas marcadoras, la primera oleada de bombarderos soltó sus bombas incendiarias para que los objetivos ya estuvieran ardiendo antes de que las bombas detonantes de la oleada sucesiva volaran los edificios. Las casas en llamas se convirtieron enseguida en un auténtico infierno que absorbía el aire de su alrededor. Muchas personas murieron asfixiadas por el humo o por la falta de oxígeno, y en cierto modo ellas fueron las más afortunadas. El asfalto de las calles se derritió, de modo que los zapatos de la gente se quedaban pegados al suelo. Algunos corrieron hacia el río y se arrojaron al agua para proteger su cuerpo del calor. Cuando se extinguieron los incendios, los cuerpos calcinados habían encogido hasta tal punto, al haberse consumido toda su grasa, que los equipos encargados de sepultar a los muertos podían meter tres cadáveres carbonizados en una tina o siete u ocho en una bañera de zinc. Aquella noche perecieron unas tres mil cuatrocientas personas. Como la Luftwaffe en 1940, la RAF había descubierto que las bombas incendiarias eran un elemento fundamental de la destrucción masiva. Eran además más ligeras que las bombas convencionales y podían ser lanzadas en grandes cantidades.

Harris seguía enfadándose cada vez que se producía alguna interrupción en su despiadada campaña contra objetivos urbanos, pero especialmente cuando le ordenaban mandar a sus bombarderos a atacar las bases de los submarinos. Se intensificaron los bombardeos de ciudades, especialmente aquellas que ya habían sido atacadas. El 10 de junio de 1943, comenzó oficialmente la Ofensiva Combinada de Bombarderos Pointblank. Dos semanas más tarde, apenas un año después de su primera incursión con mil bombarderos, Harris volvió a mandar sus aviones contra Colonia. Las bombas incendiarias y convencionales empezaron a caer durante las primeras horas del día 29 de junio, festividad de san Pedro y san Pablo.[22]

«Todos los habitantes de la casa estaban en el sótano», escribió Albert Beckers. «Sobre nuestras cabezas, durante un tiempo considerable, los motores de los aviones hicieron vibrar el aire. Éramos como conejos atrapados en una madriguera. A mí me preocupaban las tuberías del agua. ¿Qué pasaría si estallaban? ¿Nos ahogaríamos todos? El aire se estremecía con las detonaciones. Metidos en nuestro sótano, no habíamos notado la granizada de las bombas incendiarias, pero por encima de nosotros todo estaba en llamas. Entonces llegó la segunda oleada con las bombas explosivas. No puede usted imaginarse lo que es estar acurrucado en un agujero cuando el aire tiembla, los tímpanos revientan por el ruido de las explosiones, se va la

luz, falta el oxígeno y del techo empieza a caer polvo y argamasa. Tuvimos que meternos por una brecha en el sótano de la casa vecina».[23]

El periodista Heinz Pettenberg describió el pánico reinante en los sótanos de la casa de un amigo cuando trescientas personas buscaron refugio en ellos mientras sobre sus cabezas empezaban los incendios. «Junto con otros dos hombres, Fischer luchó como loco por salvar la casa. Mientras trabajaban, a menudo tenían que bajar para impedir que cundiera el pánico entre el grupo enloquecido que se encontraba en el sótano. La mujer de Fischer tocaba un pito y él bajaba corriendo pistola en mano para controlar el alboroto. Todo el mundo había perdido sus inhibiciones».[24]

«El Waidmarkt ofrecía un espectáculo espantoso», cuenta Beckers. «Una lluvia de chispas llenaba el aire. Fragmentos de madera ardiendo, grandes y pequeños, flotaban en el aire y prendían fuego a la ropa y al pelo. De pie, a mi lado, un niño pequeño que se había separado de sus padres señalaba las chispas. En aquella plaza empezó a hacer un calor insoportable. El fuego levantaba viento y el oxígeno era cada vez más escaso».

Por las calles «los niños corrían de un lado a otro buscando a sus padres», escribió una estudiante de dieciséis años. «Una niña llevaba de la mano a su madre, que se había quedado ciega durante la noche. Junto a un

gran montón de escombros vi a un cura con los dientes apretados, que arañaba desesperadamente la piedra, ladrillo a ladrillo, pues una bomba explosiva había enterrado allí a toda su familia... Caminábamos por los callejones, pequeños y estrechos, como si pasáramos por el interior de un horno, y de los sótanos subía el olor de los cuerpos achicharrándose».[25]

«Por todas partes se oían los gritos de los heridos, las llamadas desesperadas o los golpes de los que habían quedado atrapados bajo tierra», escribía una chica de catorce años del BDM, el equivalente femenino de las Juventudes Hitlerianas. «La gente gritaba los nombres de los desaparecidos y las calles estaban cubiertas con los cadáveres expuestos para su identificación... Los que volvían a sus casas se quedaban perplejos ante las ruinas de lo que habían sido sus hogares. Teníamos que recoger pedazos de cuerpos en cubos de zinc. Era un espectáculo horroroso y nauseabundo... Dos semanas después del bombardeo todavía vomitaba».[26] Los prisioneros de los campos de concentración fueron utilizados para localizar cadáveres debajo de los edificios hundidos.

El Sicherheitsdienst informaba de las reacciones que se habían producido ante el bombardeo de Colonia y los daños sufridos por la catedral. Mientras que muchos clamaban venganza, los nazis estaban alarmados por la reacción que pudieran tener los católicos. «Todo esto

podría haberse evitado si no hubiéramos empezado la guerra», decía uno. «El Señor no habría permitido una cosa así si la razón estuviera de nuestra parte y lucháramos por una causa justa», decía otro.[27] El informe del SD llegaba a decir que algunos expresaban la opinión de que el bombardeo de la catedral de Colonia y otras iglesias de Alemania tenía que ver de alguna forma con la destrucción de las sinagogas del país, y que era un castigo de Dios. Después de utilizar a fondo en su propaganda los estragos sufridos y dedicarles varios noticiarios cinematográficos, Goebbels de repente se lo pensó mejor, temeroso de que pudieran deprimir a la población, en vez de provocar su cólera. El SD opinaba que la gente estaba irritada por todo el énfasis propagandístico en las iglesias y los edificios antiguos destruidos, mientras que las autoridades no decían nada de los sufrimientos de la población, cuando se habían producido cuatro mil trescientos setenta y siete muertos. Miles de personas huyeron de la ciudad y los ecos del terror se propagaron por doquier.

Harris estaba decidido a aumentar la presión, aunque por otra parte dispuso cambiar de destino y no seguir enviando sus fuerzas a la cuenca del Ruhr, que empezaba a estar demasiado bien defendida. Los bombardeos continuaron sin cesar, con una grandísima ofensiva contra Hamburgo a partir del 24 de julio. Por primera vez se lanzaron tiras de papel de aluminio llamadas «Window»,

que eran captadas por los radares alemanes y contribuían a confundir sus sistemas de defensa. El Mando de Bombarderos atacaba de noche y la 8.ª Fuerza Aérea lo hacía dos veces al día. Harris llamó a esta acción Operación Gomorra. La tragedia de la población de Hamburgo fue que el *Gauleiter* Karl Kaufmann ordenó que no saliera nadie de la ciudad sin un permiso especial, decisión que supuso una condena a muerte para miles de personas. La noche del 27 de julio la RAF regresó con setecientos veintidós aviones. Las condiciones para la tormenta ígnea eran ideales. Daba la casualidad de que aquel había sido el mes de julio más seco y más caluroso de los últimos diez años.

La masa de bombas incendiarias que cayeron con mayor densidad de lo habitual sobre la parte este de la ciudad aceleró la proliferación de incendios hasta convertir la zona en una hoguera gigantesca. Se creó así una chimenea o volcán de calor que salió disparado hacia el cielo, atrayendo hacia el suelo unos vientos huracanados que a su vez avivaron aún más las llamas. A casi seis mil metros de altura los tripulantes de los aviones podían percibir el olor a carne quemada. En tierra, las ráfagas de aire caliente arrancaban la ropa de las personas, desnudándolas y prendiendo fuego a sus cabellos. La carne se secaba y quedaba como cecina. Al igual que en Wuppertal, el asfalto hervía y la gente se quedaba pegada al

suelo como insectos en un papel matamoscas. Las casas estallaban y ardían en un instante. El servicio de bomberos se vio enseguida superado. Los civiles que se quedaron en los sótanos se asfixiaron o murieron a consecuencia de la inhalación de humo o envenenados por monóxido de carbono. Según dijeron después las autoridades de Hamburgo, este sector representó entre el setenta y el ochenta por ciento de las cuarenta mil personas que perdieron la vida. Fueron muchos los cuerpos carbonizados que no llegaron a recuperarse nunca.

Los supervivientes huyeron a las zonas rurales e incluso más lejos. Las autoridades locales se mostraron inesperadamente a la altura de las circunstancias. Las noticias de la catástrofe se propagaron de boca en boca por todo el país a medida que los evacuados pasaban por Berlín para ser repartidos luego por el este y por el sur. Muchos se encontraban en un estado de agotamiento nervioso. Se dieron muchos casos de personas enloquecidas por el dolor que recogieron los cadáveres carbonizados de sus hijos y se los llevaron consigo metidos en una maleta.

El shock que supuso la tragedia para todo el Reich ha sido descrito como una versión civil del desastre de Stalingrado. Incluso los jerarcas nazis, como Speer y el *Generalfeldmarschall* Milch, director administrativo de la Luftwaffe, empezaron a pensar que una serie semejante de bombardeos no tardaría en traerles la derrota. Incapaz de

soltar la presa, Harris ordenó otra incursión el 29 de julio, pero las bajas del Mando de Bombarderos fueron mucho mayores, llegando a perder veintiocho aparatos. Un nuevo grupo de cazas alemanes, la *Wilde Sau* o «Puerca Salvaje», había adoptado una nueva táctica, atacando a los bombarderos desde lo alto, incluso cuando estaban sobre el objetivo y su silueta se recortaba sobre las llamas. El 2 de agosto despegó otro contingente del Mando de Bombarderos, pero llegó al objetivo en medio de una fuerte tormenta eléctrica. Fue un error que costó muy caro, pues se perdieron treinta aviones y los daños causados fueron escasos.[28]

A primeros de agosto, el general Eaker, tras los intensivos bombardeos de la «Semana del *Blitz*» y la pérdida de noventa y siete Fortalezas Volantes, dio por concluido el estado de alerta para que sus hombres pudieran descansar antes de emprender otras misiones importantes. Su contingente de B-24 Liberator, mientras tanto, se había trasladado al norte de África, desde donde debían atacar los yacimientos petrolíferos de Ploesti, en Rumania. La Operación Tidal Wave dio comienzo el 1 de agosto. Para no alertar a los defensores, no se llevó a cabo ningún ataque de reconocimiento. Acercándose por el valle del

Danubio, los americanos efectuaron un ataque de bajo nivel, que resultó un gran error. Los alemanes habían preparado un anillo de baterías antiaéreas de 40 y de 20 mm, disponiendo incluso ametralladoras en todos los tejados de los alrededores. La 8.ª Fuerza había mantenido sus radios en silencio durante todo el vuelo, pero los alemanes estaban esperándolos. Habían descifrado los códigos de los americanos y tenían conocimiento de que iba a producirse la incursión.

Las baterías antiaéreas hicieron estragos en la fuerza de bombarderos, que volaba a baja cota entre las espesas nubes de humo negro; a continuación se lanzó sobre ella un abultado contingente de cazas de la Luftwaffe estacionados en las inmediaciones. Cuando regresaron a su base, solo treinta y tres de los ciento setenta y ocho Liberator que participaron en la misión estaban en condiciones de prestar servicio. A pesar de los daños sufridos, los alemanes pusieron a trabajar cantidades ingentes de operarios y al cabo de unas semanas las refinerías producían más petróleo que antes del bombardeo.

Otra misión impuesta por Washington fue obligar a la 8.ª Fuerza a internarse en el corazón de Alemania. El 17 de agosto atacó las fábricas de Messerschmitt de Ratisbona con ciento cuarenta y seis bombarderos capitaneados por Curtis LeMay, y la factoría de rodamientos de Schweinfurt con doscientos treinta. El grupo de LeMay, que despegó a

pesar de la densa niebla reinante, viajó sin parar desde Ratisbona hasta el norte de África, sobrevolando los Alpes, para confundir a los alemanes. Pero las defensas de cazas de la Luftwaffe se habían incrementado mientras tanto hasta las cuatrocientas unidades gracias a las que habían sido retiradas del frente oriental. El grupo de LeMay perdió catorce bombarderos antes incluso de llegar a Ratisbona. Un artillero comentó que al oír por el interfono cómo todo el mundo se ponía a rezar, tuvo la impresión de que «aquello sonaba como una iglesia volante».[29] Pero, una vez lanzadas sus bombas, los aviones supervivientes consiguieron al menos no ser perseguidos más allá de los Alpes.

La fuerza desplazada a Schweinfurt, que no había salido hasta que se hubo despejado la niebla, llegó a su objetivo con varias horas de retraso. Esta desastrosa circunstancia supuso que los cazas alemanes que habían atacado al grupo de LeMay tuvieran tiempo de aterrizar, repostar y rearmarse. Debido una vez más a su limitada autonomía de vuelo, los cazas Thunderbolt que escoltaban a las Fortalezas Volantes destinadas a Schweinfurt tuvieron que dar media vuelta cuando sobrevolaban Bélgica, justo antes de llegar a la frontera alemana. A partir de ese momento se lanzaron contra los bombarderos americanos escuadrillas de Focke-Wulf y Messerschmitt 109 procedentes de todas direcciones. Se calcula que

despegaron unos trescientos aparatos, muchos más que los que habían acosado a los aviones de LeMay. Al cabo de poco tiempo los artilleros de las Fortalezas Volantes tenían los pies cubiertos de vainas vacías de munición mientras giraban sus torretas en una y otra dirección, intentando frenéticamente seguir la trayectoria de los cazas que se colaban en la formación. Fueron tantos los aparatos alcanzados y tantos los hombres que se lanzaron en paracaídas, comentó un piloto, que «aquello parecía una invasión de paracaidistas».[30]

Cuando llegaron a Schweinfurt, los aviones que quedaban no pudieron arrojar sus bombas con precisión. La formación fue presa del caos, bajo el fuego constante de las baterías antiaéreas cuyos proyectiles explotaban a su alrededor envolviéndola en una negra humareda y, por si fuera poco, los alemanes habían camuflado el objetivo con generadores de humo. En cualquier caso sus bombas de mil libras no eran lo bastante potentes como para causar daños considerables, aunque dieran en el blanco. La 8.ª Fuerza Aérea perdió sesenta bombarderos que fueron destruidos por completo, y otros cien quedaron tan deteriorados que fueron declarados en siniestro total. Perecieron también casi seiscientos tripulantes.

A raíz de esta catástrofe Churchill renovó su presión sobre la Fuerza Aérea de los Estados Unidos para que cambiara de táctica y se pasara a los bombardeos

nocturnos. Arnold opuso una férrea resistencia, pero sabía que sus aparatos continuarían siendo vulnerables hasta que no dispusieran de cazas de escolta con suficiente autonomía de vuelo. Los dirigentes de las Fuerzas Aéreas estadounidenses se vieron obligados a reconocer que el concepto que se ocultaba tras las Fortalezas Volantes provistas de armamento pesado, al que se habían aferrado durante demasiado tiempo, era absolutamente erróneo. La amarga lección volvió a repetirse cuando la 8.ª Fuerza Aérea se aventuró a salir una vez más sin la necesaria cobertura de los cazas para atacar Stuttgart. Perdió cuarenta y cinco Fortalezas de las trescientas treinta y ocho que participaron en la misión.

Durante la operación Ratisbona-Schweinfurt, la Luftwaffe perdió cuarenta y siete cazas en la encarnizada batalla aérea, que deberían incluirse en el total de trescientos treinta y cuatro aparatos abatidos en el mes de agosto. Más peligroso todavía resultaba el hecho de que perdiera a muchos pilotos experimentados. Su muerte perjudicaba las defensas de Alemania mucho más que los daños infligidos por el grupo de LeMay a la fábrica Messerschmitt de Ratisbona. El 18 de agosto, tras recibir las furibundas recriminaciones de Hitler por haber permitido la destrucción de Hamburgo y otros ataques, el general Jeschonnek, jefe de estado mayor de la Luftwaffe, se pegó un tiro. A Hitler no le preocupaba lo más mínimo

Jeschonnek. Ahora estaba totalmente volcado en desarrollar las armas de la «Venganza» (*Vergeltungswaffen*), la bomba volante V-1 y el cohete V-2. Su prioridad era causar un terror mayor a sus enemigos.

Tras bombardear la base de investigación de las *Vergeltungswaffen* en Peenemünde, en la costa del Báltico, el Mando de Bombarderos inició la batalla de Berlín. Harris estaba convencido de que si podía hacer en la capital nazi lo que su aviación había hecho en Hamburgo, Alemania se rendiría el 1 de abril de 1944. Para desesperación del jefe de cazas de la Luftwaffe, el general Adolf Galland, y del *Generalfeldmarschall* Milch, Hitler se negó a incrementar la producción de cazas. Su fe en Göring y en la Luftwaffe había quedado muy maltrecha. Confiaba en las grandes torres de hormigón macizo de su artillería antiaérea para defender Berlín. Pero aunque la cortina de fuego de las baterías antiaéreas y los reflectores que cruzaban los cielos de la ciudad aterrorizaban a los aviadores de la RAF que se acercaban a la ciudad, el fuego antiaéreo fue responsable de una proporción de bajas considerablemente menor que la que causaron los cazas nocturnos de la Luftwaffe.

Los tripulantes de la unidad Pathfinder empezaron a

lanzar sobre Berlín las bengalas marcadoras rojas y verdes, que los alemanes llamaban «Árboles de Navidad». Luego los Lancaster y los Halifax efectuaron un bombardeo de saturación en alfombra de un extremo a otro de la ciudad. Por orden de Harris, cada Lancaster llevaba ahora un cargamento de cinco toneladas de bombas. «La bóveda del cielo se extiende sobre Berlín con una hermosura fantasmal de color rojo sangre», escribió Goebbels en su diario después de una de las incursiones más nutridas. «No puedo seguir mirándolo». Pero Goebbels era uno de los poquísimos jerarcas nazis que salían a mezclarse y charlar con las víctimas de los bombardeos.[31]

La vida resultaba bastante más difícil para los berlineses corrientes, que intentaban llegar a trabajar puntuales a través de las calles cortadas por los escombros, con los raíles de los tranvías arrancados y deformados de mala manera, y los trenes de la S-Bahn cancelados debido a los destrozos sufridos por la línea férrea. La población civil estaba pálida y ojerosa por la falta de sueño, cuando salía precipitadamente dispuesta a seguir con su rutina. Las personas que no tenían más remedio que abandonar sus viviendas debido a los bombardeos o bien se trasladaban a casa de amigos, o esperaban que las realojaran las autoridades. Solía procurárseles un albergue en casas confiscadas a familias judías, la mayoría de las cuales en aquellos momentos habían sido «enviadas al este». Como

sucedía en muchas otras ciudades, podían sustituir a precio de saldo la ropa y los enseres domésticos perdidos por otros procedentes de las casas de los judíos. Pocos eran los que se paraban a preguntarse por la suerte que pudieran haber corrido sus anteriores propietarios.

Sin embargo, un número sorprendente de judíos, entre cinco y siete mil, habían pasado a la clandestinidad y eran llamados también los «submarinos». Algunos estaban ocultos en la ciudad o vivían en casa de antinazis compasivos o en casitas de veraneo situadas en pequeñas parcelas. Los que podían pasar fácilmente por arios se habían quitado la estrella amarilla de la ropa, habían conseguido documentación falsa y se habían mezclado con la población en general. Todos temían poder ser detenidos en cualquier momento por una patrulla de la SA en plena calle o por hombres de la Gestapo vestidos de paisano guiados por un *Greifer* o «sayón», que había sido extorsionado para localizar y denunciar a los «submarinos» con la dudosa promesa de que así podría salvar a su familia.

Por la noche, cuando sonaban las sirenas, la población se metía en los refugios antiaéreos, en los sótanos o en las enormes grutas de las torres de la defensa antiaérea. La gente llevaba termos y pequeñas maletitas de cartón con bocadillos, sus objetos de valor y la documentación importante. Con el humor cáustico propio de los berlineses, las sirenas eran llamadas las «trompetas de

Meyer», en alusión a las famosas palabras de jactancia pronunciadas por Göring a comienzos de la guerra, cuando dijo que si la RAF bombardeaba alguna vez Berlín, él se llamaba Meyer. La torre de defensa antiaérea del zoo, el Tiergarten, tenía capacidad para dieciocho mil personas. Ursula von Kardorff la describe en su diario como «un decorado para la escena de la cárcel de *Fidelio*». Las parejas de enamorados se besaban en las escaleras de caracol de hormigón armado como si estuvieran en una «parodia de un baile de disfraces».[32]

En los refugios corrientes, llamados *Luftschutzräume*, el aire olía a rancio, pues todos estaban atestados de gente mal lavada y por si fuera poco estaba el problema omnipresente de la halitosis. La mayoría de la población tenía la dentadura en malas condiciones a causa de la falta de vitaminas. Los refugios estaban iluminados con luces azules, y en las paredes se habían pintado con pintura luminosa flechas y letreros por si fallaba el suministro eléctrico. En los sótanos de los edificios, en los que solía refugiarse la mayoría de la gente, las familias se sentaban en fila, unas enfrente de otras, como en los vagones del U-Bahn. Cuando los edificios empezaban a temblar a consecuencia de las bombas, algunos practicaban extraños rituales de supervivencia, como envolverse la cabeza en una toalla. Pero cuando en el edificio caía una bomba o se declaraba un incendio, y el humo y el polvo

entraban en el sótano, la histeria podía adueñarse fácilmente de las personas que habían buscado refugio en él. En las paredes laterales se habían practicado agujeros, para poder meterse, si era necesario, en los sótanos de las casas vecinas. Los trabajadores extranjeros, que llevaban pintada a la espalda una letra bien grande para poder ser identificados, tenían prohibido meterse en los refugios y mezclarse en unas circunstancias tan íntimas con las mujeres y los niños alemanes.

Tal como había prometido a Churchill, Harris dijo a sus hombres que la batalla de Berlín sería la batalla decisiva de la guerra. Pero su campaña de desgaste, noche tras noche, destrozó los nervios de sus propios hombres tanto o más que los de los berlineses. Sus aviadores volvían una y otra vez a aferrarse al mantra de Harris que decía que su labor iba a acortar la guerra y que por tanto al final iba a salvar muchas más vidas.

La batalla se desarrolló desde agosto de 1943 hasta marzo de 1944; sin embargo ni las diecisiete mil toneladas de bombas de detonación ni las dieciséis mil de bombas incendiarias lograron destruir la capital de Alemania. La ciudad era demasiado extensa para ser vulnerable a una tormenta de fuego, y sus amplios espacios abiertos absorbieron el grueso de las bombas.[33] Harris se había equivocado de mala manera en sus cálculos, y finalmente se vio obligado a dar marcha atrás. Todas las garantías que

había dado a Churchill se habían revelado vanas. El Mando de Bombarderos perdió más de mil aparatos, la mayoría de ellos ante cazas nocturnos. Causó la muerte de nueve mil trescientos noventa civiles, pero para ello tuvo que perder a dos mil seiscientos noventa de sus aviadores.

El intento de minar la moral de los alemanes que había llevado a cabo Harris había fracasado. Pero él siguió negándose a admitir la derrota y desde luego se negó a dar su brazo a torcer. Despreció los intentos que hizo el gobierno de lavar la cara a la campaña de bombardeos diciendo que la RAF atacaba solo objetivos militares y que las muertes de los civiles eran inevitables. El simplemente consideraba a los trabajadores de la industria y sus viviendas objetivos legítimos en un estado militarizado moderno. Rechazaba por completo la idea de que tuvieran que «avergonzarse de los bombardeos de área».[34]

Los americanos, por su parte, adoptaron una actitud tan cautelosa y eufemística como la de los críticos de Harris en el ministerio del aire. Aunque el general Arnold reconociera en privado que en la mayoría de los casos sus hombres bombardeaban «a ciegas» y que en consecuencia atacaban objetivos zonales, se negaba a decirlo públicamente. Después de todas sus afirmaciones de que eran capaces de acertar un «barril de encurtidos», el tipo de bombardeo practicado por los estadounidenses durante el otoño de 1943 no fue mejor que los documentados en el

Informe Butt. «En los períodos de mal tiempo continuado», como dice un especialista en historia de las fuerzas aéreas, «la precisión de los americanos no fue en general mejor —sino a menudo peor— que la del Mando de Bombarderos». Los mandos de la Fuerza Aérea del Ejército de los Estados Unidos se negaron a creer las evidencias cuando se las pusieron delante.[35]

Hitler ordenó llevar a cabo incursiones de represalia contra las ciudades históricas de Inglaterra: Bath, Canterbury, Exeter, Norwich y York. Un agregado de prensa de la Wilhelmstrasse declaró que «la Luftwaffe arremeterá contra todos los edificios que estén marcados con tres estrellas en Baedeker». El nombre de las famosas guías turísticas encuadernadas en rojo se asoció así con estos ataques, que pasaron a denominarse «bombardeos Baedeker».[36] Goebbels se puso furioso ante semejante metedura de pata, pues pretendía que los ingleses quedarán marcados con el baldón de dedicarse a destruir ciudades antiguas.

Independientemente de que Harris sufriera o no un «complejo de Júpiter»,[37] arrojando rayos desde lo alto del cielo con afán de venganza (idea que la opinión pública británica en general compartía), la suya fue una modalidad más de la «guerra total» a la que invitó Goebbels con su famosa pregunta desde el podio del Sportpalast de Berlín en febrero de 1943. La convicción que tenía Harris de que

su estrategia iba a acortar la duración de la guerra y de paso iba a ahorrar vidas humanas era curiosamente similar al slogan que aparecía escrito en el escenario con letras gigantescas detrás de Goebbels cuando pronunció ese discurso y que decía: «Guerra Total — Guerra Corta». La pregunta que hay que formular irremediablemente es si hacer una guerra total desde el aire contra la población civil alemana fue el equivalente moral de lo que hizo la propia Luftwaffe, y resulta demasiado complicado dar una respuesta satisfactoria. En términos estadísticos, sin embargo, la Ofensiva Combinada de Bombarderos resultó al final ligeramente menos mortífera, si se suman todos los civiles de la Europa occidental, de la Europa central, de los Balcanes y de la Unión Soviética que perecieron a manos de la Luftwaffe.

30
EL PACÍFICO, CHINA Y BIRMANIA (marzo-diciembre de 1943)

Tras las agotadoras batallas libradas para asegurar Guadalcanal y el este de Papúa Nueva Guinea, los americanos se dieron cuenta de que eliminar la base japonesa de Rabaul iba a ser una tarea larga y compleja. Las rivalidades por el mando existentes entre MacArthur y la Marina de los Estados Unidos solo servían para complicar aún más las cosas. Pero cuando el almirante William «Bull» Halsey Jr., que había asumido el mando de la flota del sur del Pacífico, visitó a MacArthur en su cuartel general de Brisbane, los dos hombres se entendieron sorprendentemente bien. En abril de 1943 se acordó que las fuerzas de Halsey avanzarían hacia el noroeste desde Guadalcanal, pasando por la larga cadena que formaban las islas Salomón. Al mismo tiempo, las fuerzas de MacArthur limpiarían de japoneses Nueva Guinea y capturarían la península de Huon, situada frente a las costas de Nueva Bretaña, creando así un ataque en pinza contra Rabaul. Dos

islas que se encontraban al sur de Nueva Bretaña, Kiriwina y Woodlark, también serían capturadas para establecer en ellas bases aéreas.

Los japoneses reforzaron Rabaul, Nueva Guinea y las islas Salomón occidentales con cien mil soldados procedentes de Corea, China y otras regiones. Su principal prioridad era ayudar a la 51.ª División encargada de la defensa de la ciudad de Lae, en la península de Huon. El 1 de marzo, el convoy japonés de ocho barcos de transporte de tropas, escoltado por ocho destructores, se adentró en aguas del mar de Bismarck, pasando frente a la costa occidental de Nueva Bretaña. Fue divisado por Fortalezas Volantes B-17 de la Quinta Fuerza Aérea que actuaba en apoyo de MacArthur. La Quinta Fuerza Aérea había experimentado una gran mejora tras la llegada del nuevo comandante, el general George C. Kenney. Entre las reformas llevadas a cabo por Kenney estaba la orden de que los bombarderos medios B-25 dejaran de bombardear a gran altura, unas acciones que se habían revelado totalmente inefectivas contra los barcos. Por el contrario, debían atacar a baja altitud, con sus nuevas ametralladoras colocadas en la parte delantera para disuadir a los artilleros de las baterías antiaéreas de los barcos y luego soltar sus bombas sobre un flanco de la nave.

La batalla del mar de Bismarck empezó con los ataques, volando a baja altitud, de los Beaufighter

australianos, seguidos por unos bombardeos a gran altura que hundieron un barco de transporte y dañaron otros. Los Zero japoneses que proporcionaban cobertura aérea al convoy tuvieron que enfrentarse a los recién llegados P-38 Lightning estadounidenses, que los pusieron fácilmente fuera de combate. Durante los dos días siguientes, el convoy nipón avanzó a duras penas por el estrecho de Vitiaz, rumbo a Nueva Guinea. Al tercer día, los pilotos de Kenney probaron por primera vez una técnica nueva para ellos: el «bombardeo de rebote». Tras otro fulgurante ataque de los Beaufighter para destruir los cañones antiaéreos, los B-25 y los A-20 entraron en escena soltando sus bombas de detonación retardada para que estallaran dentro del barco. El efecto fue devastador. Los siete barcos de transporte que quedaban se fueron a pique junto con cuatro destructores. Como se pensaba que los japoneses nunca se rendían, veloces lanchas torpederas «PT» y cazas disparaban contra los botes salvavidas y los hombres que nadaban en el agua. Perdieron la vida unos tres mil japoneses. Con la técnica del «bombardeo de rebote» los Estados Unidos habían encontrado su solución letal para la guerra en alta mar, y Japón no fue capaz de reforzar ni de abastecer de provisiones a sus guarniciones excepto con submarinos o incursiones nocturnas llevadas a cabo por destructores. En muchos lugares las tropas niponas comenzaron a pasar hambre.

El almirante Yamamoto puso el máximo empeño en reforzar a sus tropas de la región. Fueron enviados otros doscientos aviones a Rabaul y a la isla de Bougainville, de las Salomón occidentales, para doblar el número de aparatos aéreos presentes en la zona. Yamamoto voló a Rabaul para supervisar las operaciones. El 17 de abril, en el que sería el ataque japonés de mayor envergadura después de Pearl Harbor, bombarderos en picado japoneses, escoltados por cazas Zero, se lanzaron sobre Guadalcanal y Tulagi. Y durante los días siguientes, la aviación nipona se dedicó a bombardear Port Moresby y la bahía de Milne, en el extremo oriental de Papúa.

El 14 de abril, los americanos interceptaron un mensaje por radio que indicaba que Yamamoto iba a volar de Rabaul a Bougainville el día 18. El almirante Nimitz pidió y recibió la autorización de Washington para tender una emboscada. Sabía la hora de llegada a Bougainville. En Guadalcanal, en Campo Henderson, se mantenían a la espera dieciocho «diablos de dos colas» P-38 Lightning. Mientras la mayoría de ellos se enfrentaba a los cazas Zero de escolta, los restantes fueron a por los dos bombarderos japoneses, en uno de los cuales viajaba Yamamoto. El teniente Thomas Lanphier partió el ala del avión del almirante, que se precipitó para estrellarse en la isla. El otro bombardero cayó en el mar. El cadáver carbonizado del comandante en jefe de la Armada Imperial de Japón fue

recuperado más tarde en la jungla por un pelotón de soldados japoneses enviado en su búsqueda. El 5 de junio, las cenizas de Yamamoto recibieron funeral de estado en Tokio.

La Operación Cartwheel, esto es, el avance hacia Rabaul, comenzó el 30 de junio. Un regimiento de la 41.ª División a las órdenes de MacArthur desembarcó en Nueva Guinea, cerca de Lae. Algunas lanchas de desembarco encallaron debido al fuerte oleaje, y el rechinante ruido de sus motores, que los pilotos aceleraban para intentar salir de allí, sonaba en la oscuridad como el de unos tanques desembarcando. Las tropas japonesas huyeron a la jungla, e inmediatamente pudo establecerse una cabeza de playa. Ese mismo día, los americanos desembarcaron en las dos islas, Kiriwina y Woodlark, situadas a unos quinientos kilómetros al sur de Rabaul. No encontraron resistencia, y pudieron construirse los aeródromos necesarios para que las escuadrillas de cazas P-38 Lightning estuvieran a una distancia apropiada para atacar la gran base japonesa.

También el 30 de junio los barcos del almirante Halsey desembarcaron a diez mil soldados en Nueva Georgia, una de las islas Salomón situada al noroeste de Guadalcanal. Los estadounidenses ya habían mejorado notablemente sus técnicas de desembarco, utilizando muchos más vehículos anfibios, como el *amtrac* o el *DUKW*. Contaban con un enorme apoyo aéreo de

Guadalcanal, pero la espesa jungla de Nueva Georgia era mucho más difícil de penetrar de lo que habían imaginado los planificadores de la operación. La jungla comenzó a agotar y a desorientar a los soldados que acababan de llegar con la 43.ª División, y cuando caía la noche sus ruidos los asustaban constantemente. Un regimiento tardó tres días en recorrer apenas un kilómetro y medio. Como no habían aprendido aún los trucos del combate en la jungla, fácilmente se sentían hostigados y aterrorizados por las acciones que emprendían pequeños grupos de soldados japoneses desde su base de Munda, en el extremo occidental de la isla. Antes de librar la primera batalla, casi la mitad de la fuerza sucumbió a la fatiga de combate. Halsey tuvo que destituir a varios comandantes y enviar tropas nuevas, aumentando las fuerzas terrestres a cuarenta mil efectivos.

La lentitud del avance había permitido la llegada por la noche de refuerzos japoneses, que vieron aumentadas sus fuerzas a unos diez mil hombres. El primer intento del contraalmirante Walden Ainsworth de interceptar a esos convoyes nocturnos fue al principio un éxito, pues logró hundir el buque insignia japonés *Jintsu*. Pero mientras sus barcos trataban de completar la acción, un destructor fue hundido y tres cruceros acabaron gravemente dañados por unos buques de guerra nipones que utilizaron sus letales torpedos *Tipo 93* (los llamados *Long Lance*), que eran

mucho más efectivos que cualquiera de los que podía haber en el arsenal americano.

Durante aquellas batallas nocturnas, la lancha torpedera *PT 109*, a las órdenes del teniente John F. Kennedy, fue alcanzada por un destructor nipón. Kennedy consiguió conducir a los supervivientes hasta tierra firme, a una isla de las inmediaciones. Gracias a un observador costero australiano pudieron ser rescatados seis días después. El 6 de agosto, en otra emboscada en alta mar, seis destructores americanos localizaron por radar la posición de cuatro destructores japoneses llenos de soldados. Los buques de guerra estadounidenses esperaron a que las embarcaciones enemigas estuvieran a tiro y dispararon veinticuatro torpedos. Solo uno de los barcos nipones consiguió escapar. Los otros tres se fueron a pique con novecientos soldados a bordo.

Las tropas de refuerzo japonesas que pudieron llegar a Nueva Georgia fueron utilizadas en una triple contraofensiva, logrando con una de ellas rodear el cuartel general de la 43.ª División. Solo el magnífico escudo creado por la artillería americana, que supo elegir perfectamente el blanco de sus objetivos, disparando sus bombas alrededor de todo el perímetro defensivo, consiguió repeler el ataque de los japoneses.

El avance hacia Munda resultaba mucho más difícil de lo que habían imaginado los americanos. Los japoneses

habían construido una serie de búnkeres perfectamente camuflados en la jungla. Al final, tras recurrir a una combinación de artillería, morteros, lanzallamas y tanques ligeros, los búnkeres fueron destruidos, y el aeródromo de Munda fue ocupado el 5 de agosto. La batalla de Nueva Georgia fue una experiencia aleccionadora, en la que fue necesario disponer de una superioridad numérica de cuatro a uno, por no hablar del masivo apoyo aéreo y naval, imprescindible para asegurar la isla.

El estado mayor de Halsey, conmocionado por el tiempo y el esfuerzo que había supuesto la operación, revisó su estrategia. Decidió que, en vez de ocupar paso a paso las islas Salomón, podían «saltarse» las que estuvieran fuertemente defendidas, construir aeródromos en las inmediaciones y aislar con la ayuda de las fuerzas navales y aéreas a las guarniciones japonesas que dejaran atrás. Así pues, el siguiente objetivo ya no sería Kolombangara, sino Vella Lavella, una isla con escasas defensas. Este hecho obligó a los japoneses a evacuar Kolombangara, donde hacía poco habían llegado más refuerzos.

En prácticamente todas las islas que iban asegurándose, la principal prioridad era establecer un aeródromo. Los batallones de construcción e ingeniería naval (los *Seabees*, por la pronunciación en lengua inglesa de la sigla CBs, *Construction Battalions*, y cuya traducción literal sería «abejas de mar») dinamitaban la

jungla, allanaban el terreno con la ayuda de máquinas como el bulldozer, colocaban unas chapas metálicas perforadas, llamadas por los americanos «Marston mats» y las cubrían de coral triturado. A veces, si desembarcaban justo a continuación del primer grupo de marines, podían tener preparada una nueva pista de aterrizaje en menos de diez días. Un oficial comentaría refiriéndose a esos hombres extraordinariamente duros e ingeniosos que «olían como cabras, vivían como perros y trabajaban como mulas».[1] Su contribución a la guerra en el Pacífico fue considerable.

En Nueva Guinea, mientras tanto, las tropas americanas y australianas de MacArthur se encargaron de tomar la base japonesa de Lae antes de ocupar la península de Huon. El 503.° Regimiento de Infantería Paracaidista de los Estados Unidos saltó sobre el aeródromo de Dadzab, al oeste de Lae, y al día siguiente los aviones de transporte C-47 comenzaron a desembarcar a los hombres de la 7.ª División Australiana. Con la llegada por el este de la 9.ª División Australiana, la ciudad quedó condenada, cayendo en manos de los Aliados a mediados de septiembre. La península de Huon, sin embargo, sería un objetivo mucho más difícil. Los japoneses, decididos a resistir el mayor tiempo posible para proteger la ciudad de Rabaul, situada al otro lado del estrecho de Vitiaz, no fueron expulsados de la costa hasta octubre, y se tardó otros dos meses en echarlos de las montañas de las inmediaciones.

En noviembre, las fuerzas de Halsey desembarcaron en Bougainville, la última isla importante que quedaba antes de Rabaul. Los manglares, la espesa jungla y la cadena montañosa representaban un obstáculo todavía más difícil de superar que el terreno de Nueva Georgia. Además, la guarnición japonesa de cuarenta mil hombres contaba con el apoyo de cuatro aeródromos. Lo primero que hizo Halsey fue emprender una serie de ataques de diversión contra las islas vecinas, para luego desembarcar dos divisiones en la costa occidental de la isla, en un lugar con escasas defensas, y lanzar una gran ofensiva aérea contra Rabaul, en el curso de la cual fueron destruidos más de un centenar de aviones japoneses. Los nuevos y veloces cazas F4U Corsair empezaban a demostrar su poderío. Los japoneses perdieron a la mayoría de sus pilotos más expertos, y su caza Zero, que se había erigido en el vencedor indiscutible de los combates aéreos en 1941, ya estaba obsoleto. Tras dos días de incursiones, el flamante comandante en jefe de la Flota Combinada, el almirante Koga Mineichi, ordenó que todos sus buques se retiraran de Rabaul y pusieran rumbo a Truk, su base principal en el Pacífico, situada a unos mil trescientos kilómetros al norte.

El general Hyakutake, comandante del XVII Ejército de Bougainville, creyó que el desembarco en la costa occidental de la isla era simplemente otro movimiento de

diversión, por lo que no contraatacó. Este hecho permitió que los americanos tuvieran la oportunidad de establecer un gran perímetro defensivo con óptimas defensas antes de que Hyakutake se diera cuenta de su gravísimo error.

El 15 de diciembre, la vanguardia de MacArthur desembarcó en la costa meridional de Nueva Bretaña. Once días después, la 1.ª División de Infantería de Marina, con energías renovadas tras su prolongado descanso en Melbourne, desembarcó en Cabo Gloucester, promontorio situado al suroeste de la isla. Para MacArthur, ocupar este sector era vital porque permitiría asegurar el flanco de la ruta que quería tomar para invadir Filipinas.

Los marines desembarcaron en una playa de arena volcánica negra el día después de Navidad, no sin antes haber recibido de su comandante las siguientes instrucciones: «No apretéis el gatillo hasta que tengáis carne a la vista. Y cuando lo hagáis, derramad sangre, derramad sangre amarilla».[2] Era la estación de las lluvias, con mucho barro, una humedad sofocante, putrefacción, sanguijuelas y úlceras tropicales, y en la que las misiones de patrulla y las escaramuzas se desarrollaban en medio de una lluvia tan intensa que la visibilidad se veía drásticamente reducida. Una vez asegurado después de duros combates un elemento clave, la Cota 660, desde la que se dominaba el aeródromo, Cabo Gloucester estuvo totalmente controlado por los Aliados. A partir de ese

momento, Rabaul podía ser bombardeada desde diversas direcciones, aunque había perdido su importancia tras la partida de la flota japonesa. Pero las fuerzas de MacArthur aún tenían que terminar de despejar de japoneses la costa septentrional de Nueva Guinea.

Mientras MacArthur estaba cada vez más cerca de cumplir su sueño de gloria en las Filipinas, Nimitz empezaba su avance hacia el norte, en dirección a Japón, isla por isla a través del Pacífico central. Tenía a sus órdenes la Quinta Flota del vicealmirante Spruance, enormemente reforzada tras la llegada de portaaviones rápidos de la clase Essex con un centenar de aviones cada uno, así como de portaaviones ligeros de la clase Independence con cincuenta aparatos aéreos. El gran poderío de esta flota de portaaviones suponía que la invasión de las islas Gilbert, el primer archipiélago que había que ocupar, pudiera llevarse a cabo sin tener que depender de la cobertura aérea proporcionada desde bases terrestres. Esos atolones, en los que solo había poco más que palmeras, parecían unos objetivos idílicos en comparación con las grandes islas del Pacífico sur, con sus espesas junglas, sus manglares y sus cadenas montañosas. Pero los planificadores de las operaciones subestimaron los problemas que representaban tantos arrecifes de coral a su alrededor.

El 20 de noviembre, la 2.ª División de Infantería de

Marina asaltó el atolón Tarawa. Tres acorazados, cuatro cruceros pesados y veinte destructores bombardearon las posiciones y la pista de aterrizaje de los japoneses. Los bombarderos en picado Dauntless también entraron en acción, y los marines que contemplaban las continuas explosiones se sintieron muy animados. Parecía como si toda la isla estuviera saltando por los aires. Pero los búnkeres japoneses, construidos con hormigón y troncos de palmera, se revelarían mucho más resistentes de lo que habían imaginado los comandantes americanos. Los vehículos anfibios y las lanchas de desembarco tardaron más tiempo de lo previsto en alcanzar la costa. Cesaron los bombardeos, y debido a unos problemas de comunicación en el buque insignia estadounidense *Maryland*, se produjo una larga pausa que permitió a los japoneses recuperarse y reforzar el sector amenazado. Pero el error más grave lo cometió el almirante Turner, el obstinado comandante de la fuerza operacional, que se negó a escuchar las advertencias de un oficial británico retirado que había hecho un estudio de las mareas en la isla. Contando con el apoyo del oficial al mando de los marines, había informado a Turner de que en aquella época del año sus lanchas de desembarco no tendrían el metro veinte de calado necesario para no embarrancar.

Los primeros vehículos anfibios lograron superar el arrecife, pero inmediatamente se convirtieron en objetivo

del fuego incesante del enemigo. Bloqueados por un pequeño malecón, recibieron una lluvia de granadas de la infantería japonesa. Un marine jugador de béisbol consiguió coger cinco granadas seguidas y devolvérselas a los nipones, pero la sexta le arrancó una mano. Las lanchas de desembarco que venían detrás quedaron atrapadas en los arrecifes, convirtiéndose en blancos fáciles. Enseguida se puso en marcha entre la playa y el arrecife un caótico servicio de transporte con los vehículos anfibios que no habían sido alcanzados por el enemigo. Los marines que alcanzaban la playa eran recibidos con una lluvia de disparos. Las radios, completamente empapadas de agua de mar, no funcionaban, por lo que no podía establecerse comunicación con los buques.

Al caer la noche habían desembarcado sanos y salvos unos cinco mil hombres, pero a un precio horrible: alrededor de mil quinientas bajas y un gran número de vehículos anfibios carbonizados. Los cadáveres cubrían literalmente la playa, y muchos flotaban entre las olas como restos de un naufragio. Durante la noche soldados de la infantería japonesa se introdujeron en algunos de los vehículos anfibios destruidos, y otros alcanzaron a nado los que estaban encallados en la bahía, para convertirlos en posiciones defensivas desde las que poder atacar a los marines de la playa por la espalda. Un grupo de artilleros se había guarnecido en un barco de carga japonés que había

quedado inutilizado, y luchaban desde allí.

El mismo patrón volvió a repetirse prácticamente de manera idéntica al día siguiente al amanecer, cuando trataron de desembarcar tropas de refuerzo. Pero, por fortuna para los marines, otro batallón que había despejado la costa noroccidental de la isla enseguida recibió el refuerzo de tanques. El encarnizado combate al final empezó a perder intensidad, pero después de que los marines fueran bunker por bunker, sirviéndose de una combinación de cargas explosivas, gasolina y lanzallamas que acabó reduciendo al enemigo a poco más que un montón de esqueletos carbonizados. Algunos japoneses acabaron enterrados vivos en el interior de sus búnkeres cuando un bulldozer blindado cubrió totalmente de arena las rendijas por las que disparaban y respiraban.

La batalla concluyó al finalizar el tercer día de combate con una carga suicida en masa inspirada por la ideología *gyokusai* de «muerte antes que deshonor» para no caer prisionero. Los marines respondieron a sus agresores con brutal regocijo.[3]

Aproximadamente cinco mil soldados japoneses y obreros de la construcción coreanos murieron a lo largo de tres días. Y el precio que hubo que pagar por conquistar una sola de aquellas diminutas islas —más de mil muertos y unos dos mil heridos— conmocionó a los comandantes americanos y a la opinión pública en los Estados Unidos,

horrorizada por las fotografías en las que aparecían tantos cadáveres de marines. Pero las pérdidas impulsaron a los planificadores a introducir numerosas mejoras en futuras operaciones, como, por ejemplo, la utilización de equipos submarinos de demolición y de vehículos anfibios con un blindaje más resistente y la revisión exhaustiva y completa de todas las comunicaciones y todos los informes de los servicios de inteligencia antes de llevar a cabo un desembarco. También volvieron a evaluarse las limitaciones que suponían las bombas y los explosivos detonantes utilizados por la artillería naval. Para búnkeres como los de Tarawa, era necesario disponer de proyectiles perforadores de blindaje.

En la primavera de 1943 Roosevelt y Marshall ya habían consolidado su estrategia para China. Como preferían una ofensiva aérea, seguían rechazando los argumentos de Stilwell, que abogaba por un gran despliegue de las fuerzas terrestres aliadas para derrotar a los japoneses en China. Su principal prioridad era organizar la XIV Fuerza Aérea de Chennault en China continental. La idea era que esta formación estuviera en grado de atacar los barcos japoneses que navegaban por el mar de China Meridional y de realizar incursiones contra las bases de suministros

japonesas para ayudar a la marina estadounidense en el Pacífico. Pero había un fallo en su plan. Era evidente que los éxitos de Chennault acabarían provocando una reacción japonesa, y sin unas fuerzas chinas suficientemente fuertes para defender sus aeródromos, la campaña de la XIV Fuerza Aérea acabaría en fracaso. Los ejércitos de Yunnan de Chiang Kai-shek debían ser reforzados con ese fin, pero solo recibieron unos cuantos pertrechos. El grueso de las primeras cuatro mil setecientas toneladas de suministros estaba destinado a Chennault, y la promesa de Roosevelt de que los aviones de transporte cruzarían la «Joroba» del Himalaya para traer diez mil toneladas al mes era, por decirlo suavemente, muy optimista.

En mayo los japoneses lanzaron su cuarta ofensiva contra Changsha, en la provincia de Hunan, con un desembarco anfibio en la costa del lago Tungting. Otro ataque desde Hupeh, más al sur, indicaba que se trataba de una operación de envolvimiento para capturar una importante región rica en arrozales. Los B-24 Liberator de la XIV Fuerza Aérea de Chennault bombardearon los centros de suministros japoneses y los trenes que llegaban con refuerzos. Los Liberator y sus escoltas de cazas derribaron veinte aviones nipones, levantando la moral de las tropas nacionalistas de tierra.

Aunque las pérdidas de los nacionalistas habían sido muy superiores a las de los japoneses, las fuerzas de

Chiang Kai-shek repelieron el ataque de los nipones, obligándolos a retroceder. En la provincia de Shantung, al sur de Pekín, una división nacionalista china que se encontraba en la zona controlada por los japoneses se vio atacada por formaciones niponas y por unidades comunistas chinas.

El gobierno nacionalista de Chungking había roto relaciones diplomáticas con la Francia de Vichy, y el régimen títere de Wang Jingwei había declarado la guerra tanto a los Estados Unidos como a Gran Bretaña. Las autoridades de Vichy también se vieron obligadas a ceder las concesiones de Francia en China a Wang Jingwei. La numerosa comunidad de rusos blancos de Shanghai, que había colaborado estrechamente con los japoneses, estaba cada vez más deprimida por la victoria de la Unión Soviética en Stalingrado. El odiado régimen soviético parecía más fuerte que nunca, y la guerra, tanto en el Pacífico como en el frente oriental, empezaba a seguir unos derroteros muy distintos a los previstos. La idea de una Shanghai comunista ya no era una posibilidad descabellada. Los japoneses habían dejado prácticamente de hostigar a las fuerzas de Mao Tse-tung en el noroeste, y si llegaba el Ejército Rojo después de derrotar a Alemania, los comunistas chinos se harían con el poder.[4]

El baile de sombras de la diplomacia siguió adelante. Tokio anunció que a Birmania iba a concedérsele la

independencia como parte de la Esfera de Coprosperidad de la Gran Asia Oriental. En consecuencia, su gobierno títere tuvo que declarar la guerra a los Estados Unidos y a Gran Bretaña. Y en un intento más por apoyar su afirmación de que luchaba contra el colonialismo, el gobierno japonés creó un Ejército Nacional Indio, que Subhas Chandra Bose se encargó de organizar y formar con prisioneros de guerra de origen indio reclutados en los campos de internamiento japoneses.

Los enfrentamientos entre Stilwell y Chennault se habían vuelto aún más ásperos a lo largo de aquella primavera. Para consternación de los oficiales aliados, su enemistad había empezado a lastrar el esfuerzo de guerra. Brooke calificaba a Stilwell de «chiflado inútil sin imaginación», y a Chennault de «aviador muy intrépido pero con muy poco seso».[5] Stilwell se había creado un enemigo también en Chiang Kai-shek tras manifestarse a favor del envío de ayuda a los comunistas chinos. Chiang estaba furioso porque los comunistas de Mao Tse-tung se negaban a integrarse en el orden de batalla de los nacionalistas. Stilwell afirmaba que combatían con mayor arrojo a los japoneses, lo que encolerizaba todavía más a Chiang. Los servicios de inteligencia británicos, sin embargo, estaban convencidos de que los comunistas habían llegado secretamente a un acuerdo con los japoneses, en virtud del cual los dos bandos limitaban las

operaciones que pudieran enfrentarlos. Mao quería dosificar el uso de sus tropas y sus pocos pertrechos para estar preparado para la guerra civil que iba a estallar inevitablemente una vez derrotados los japoneses. Y lo mismo quería, por supuesto, Chiang.

En mayo de 1943, para tratar de poner fin a su enfrentamiento, Stilwell y Chennault fueron invitados a entrevistarse con Roosevelt justo antes de que se celebrara la conferencia «Tridente» en Washington. Roosevelt confirmó la prioridad de la ofensiva aérea de Chennault desde China, pero también autorizó que Stilwell prosiguiera su campaña para reconquistar el norte de Birmania. El presidente tenía la virtud de evitar enfrentamientos entre comandantes permitiendo que dos opciones distintas se desarrollaran a la vez, como hizo con MacArthur y la Marina de los Estados Unidos al autorizar la estrategia de «Dos Ejes» en el Pacífico.

En julio se propuso poner en marcha la Operación Bucanero, un desembarco masivo de tropas en la costa de Birmania, con el objetivo de expulsar a los japoneses del golfo de Bengala. Chiang Kai-shek apoyó la idea, pero no se equivocó cuando sospechó que los aliados no estaban preparados para poner en juego un gran contingente de fuerzas terrestres en el sudeste del continente asiático. No es de extrañar que lo que menos le gustara del plan fuera tener que ceder tropas para conquistar Birmania, mientras

los americanos y los británicos concedían tan poca importancia a sus fuerzas en China. En cualquier caso, la falta de barcos impidió que la operación Bucanero se hiciera realidad.

Las relaciones con Chiang Kai-shek no mejoraron precisamente cuando a mediados de agosto se acordó en el curso de la conferencia «Cuadrante» celebrada en Quebec la creación del Mando Aliado del Sudeste Asiático, o SEAC por sus siglas en inglés, con el vicealmirante lord Louis Mountbatten como comandante supremo. Brooke, que no tenía muy buena opinión de la capacidad de Mountbatten, comentaría que iba a necesitar a un jefe de estado mayor sumamente inteligente para ayudarlo en su misión. Y para este puesto fue elegido el teniente general sir Henry Pownall. Sin embargo, Mountbatten también contaría con otro ayudante, «Vinegar Joe» Stilwell, que lo detestaba. Mountbatten, un aristócrata sofisticado y encantador que sabía sacar partido de su parentesco con la familia real británica, poseía un talento especial para las relaciones públicas, pero no dejaba de ser un ruinoso comandante cuyo vertiginoso ascenso no correspondía a sus capacidades.

Chiang Kai-shek recibió con horror la noticia de que sus tropas iban, pues, a servir en Birmania a las órdenes de los británicos. Quiso solicitar que Stilwell, cada vez más problemático, fuera retirado de China, pero luego, en

octubre, cambió de opinión porque se dio cuenta de que, sin él, probablemente los americanos dejarían de apoyar a sus fuerzas en China. Curiosamente, este cambio radical de postura recibió el apoyo de Mountbatten, que temía que la retirada de Stilwell aumentara los temores de la prensa americana de que los británicos pretendían controlar solos el sudeste asiático. Los oficiales estadounidenses ya empezaban a bromear diciendo que SEAC era en realidad la sigla de *«Save England's Asian Colonies»* («Salvemos las colonias asiáticas de Inglaterra»). Stalin se habría divertido mucho si hubiera tenido conocimiento de todos los pormenores de las rivalidades y antipatías personales que mellaban la estrategia aliada.

Antes de la celebración de la conferencia «Cuadrante», Brooke había recibido todavía con más horror la idea de Churchill de que Orde Wingate, que acababa de ser ascendido a general de brigada, fuera nombrado comandante del ejército. Ya en abril, el primer ministro británico no había visto con buenos ojos los planes para Birmania de sus estrategas, comentando que «también podría uno comerse un puerco-espín púa a púa».[6] Y, sin embargo, como era típico en él, ya empezaba a observar con agrado la idea de poner en marcha operaciones no convencionales tras las líneas japonesas enemigas.

Wingate, cristiano fundamentalista y visionario ascético al que el general Slim comparaba con Pedro el

Ermitaño, no era un charlatán. Es harto probable que fuera un maníaco depresivo, y había intentado suicidarse cortándose el cuello. No era fácil relacionarse con él. Trataba a sus hombres con dureza; de hecho, no sentía misericordia ni siquiera con los heridos, pero era igual de severo consigo mismo. Era un tipo barbudo y desaliñado, que llevaba siempre un salacot que parecía demasiado grande para él. Evidentemente, su imagen no correspondía a la de un alto oficial británico de artillería. Se paseaba desnudo, comía cebollas crudas, filtraba el té con sus calcetines y a veces llevaba un despertador colgado de una cuerda alrededor del cuello. Se había ganado la fama de ser todo un maestro de la guerra no convencional, especialmente tras haber organizado en Palestina «escuadrones nocturnos especiales» formados por judíos para responder a las agresiones de los árabes, y por su manera de liderar la Fuerza Gedeón en Etiopía. Churchill siempre había recibido con agrado cualquier idea no convencional, y parecía que Wingate iba a ofrecer una solución para salir de la situación de estancamiento en la que se encontraba el norte de Birmania.

En la India, en 1942, Wingate había sugerido a Wavell enviar a la retaguardia japonesa varias columnas de soldados, apoyadas por lanzamientos paracaidistas, para que se dedicaran a atacar las líneas de suministros y las comunicaciones enemigas. En febrero de 1943, tuvo la

primera oportunidad de probar sus teorías. Con la 77.ª Brigada dividida en dos grupos, subdivididos a su vez en varias columnas, las fuerzas de Wingate cruzaron el río Chindwin. Cada destacamento disponía de una unidad de reconocimiento de los Fusileros de Birmania, y llevaba raciones de comida, munición, ametralladoras y morteros, todo ello transportado por mulas.

En la tercera semana de marzo, la mayoría de las columnas Chindit de Wingate se encontraban al otro lado del Irrawaddy, pero el contacto por radio resultaba cada vez más difícil, al igual que la localización de las provisiones y pertrechos lanzados en paracaídas, pues dos divisiones japonesas las hostigaban constantemente obligándolas a mantenerse en continuo movimiento. Debido a la falta de alimentos, sus hombres empezaron a sacrificar las mulas para comerlas, lo que comportó el abandono de buena parte de su equipamiento. Las columnas de Wingate no tardaron en emprender la retirada sin haber podido cortar la carretera que unía Mandalay y Lashio, perdiendo en el proceso casi un tercio de los tres mil efectivos que habían comenzado la operación. Se aplicó rígidamente la disciplina: algunos hombres fueron castigados con azotes, y se llevaron a cabo incluso unas cuantas ejecuciones. Un gran número de heridos y enfermos tuvo que quedarse atrás. De los que regresaron, todos ellos exhaustos, con fiebre y desnutridos, unos seiscientos tardarían muchos

meses en poder reincorporarse a filas.

Esta larga y penosa aventura probablemente no fuera un éxito, pero supuso un verdadero estímulo para levantar la moral del XIV Ejército de Slim y de la opinión pública británica, debido al gran optimismo que desprendían sus informes. Con ella se aprendieron lecciones importantes, sobre todo la necesidad de despejar debidamente las zonas de lanzamiento y de nivelar las pistas de aterrizaje en la jungla. Cuando los Aliados estuvieran en posición de ofrecer suficientes medios de transporte y cobertura aérea de los cazas, ese tipo de operaciones tendría su recompensa. Pero la primera penetración a gran escala tras las líneas enemigas tuvo una consecuencia mucho más importante. Provocó que los japoneses prepararan una gran ofensiva para la primavera de 1944, ofensiva que daría lugar a las batallas decisivas de la campaña de Birmania.

31

LA BATALLA DE KURSK (abril-agosto de 1943)

Rara vez una gran ofensiva ha resultado tan evidente para el enemigo como la «Operación Ciudadela» de los alemanes que pretendía dejar incomunicada a la avanzadilla soviética instalada en los alrededores de Kursk. Los altos mandos de Stalin calcularon que los alemanes solo podrían permitirse un gran ataque, y la bolsa o saliente de Kursk era a todas luces el sector más vulnerable de sus líneas. Zhukov y Vasilevsky lograron persuadir a su impaciente líder de que la mejor estrategia era prepararse para esa doble acometida, frustrarla con una buena defensa y luego lanzarse ellos mismos a la ofensiva.[1]

La concentración de fuerzas alemanas en abril de 1943 fue observada cuidadosamente por los vuelos de reconocimiento, por los destacamentos de partisanos situados detrás de las líneas y por los agentes soviéticos. Los ingleses les hicieron llegar un aviso basado en una interceptación de Ultra, pero oportunamente disfrazado para ocultar su fuente. El espía soviético John Cairncross suministró muchos más detalles. Pero la incertidumbre de

Moscú se debió a las reiteradas dilaciones de los alemanes. El *Generalfeldmarschall* von Manstein quería que la operación se lanzara a primeros de mayo, en cuanto acabaran las lluvias de primavera, pero Hitler estaba nervioso, cosa poco habitual en él, y los retrasos fueron acumulándose.

El Führer estaba jugándose prácticamente todas sus reservas en aquella gigantesca jugada cuya finalidad era reducir el frente y volver a tomar la iniciativa, convenciendo de paso a aquellos de sus aliados que empezaban a dudar tras la derrota de Stalingrado y la retirada del Cáucaso. «La victoria en Kursk será un faro que ilumine a todo el mundo», proclamaba Hitler en su orden de 15 de abril.[2] Pero cuando se produjo la victoria de los Aliados en Túnez empezó a estudiar angustiosamente el mapa de Sicilia e Italia. «Cuando pienso en ese ataque», dijo a Guderian, «se me revuelve el estómago».[3]

Muchos oficiales de alta graduación tenían sus dudas sobre la ofensiva. Para compensar su inferioridad numérica, el ejército alemán había confiado siempre en la mejor de sus habilidades: llevar a cabo un *Bewegungskrieg* o guerra en movimiento. Pero daba la impresión de que la Ofensiva de Kursk podía acabar convirtiéndose en una batalla de desgaste. Como sucede en una partida de ajedrez en la que uno ha perdido ya varias piezas, los riesgos se multiplican en el momento en que se pierde la iniciativa y

se intenta atacar de nuevo. La reina del ejército alemán, sus fuerzas acorazadas, estaba a punto de verse metida en una pelea más peligrosa para la Wehrmacht que para el Ejército Rojo, que en aquellos momentos gozaba de superioridad numérica y armamentística.

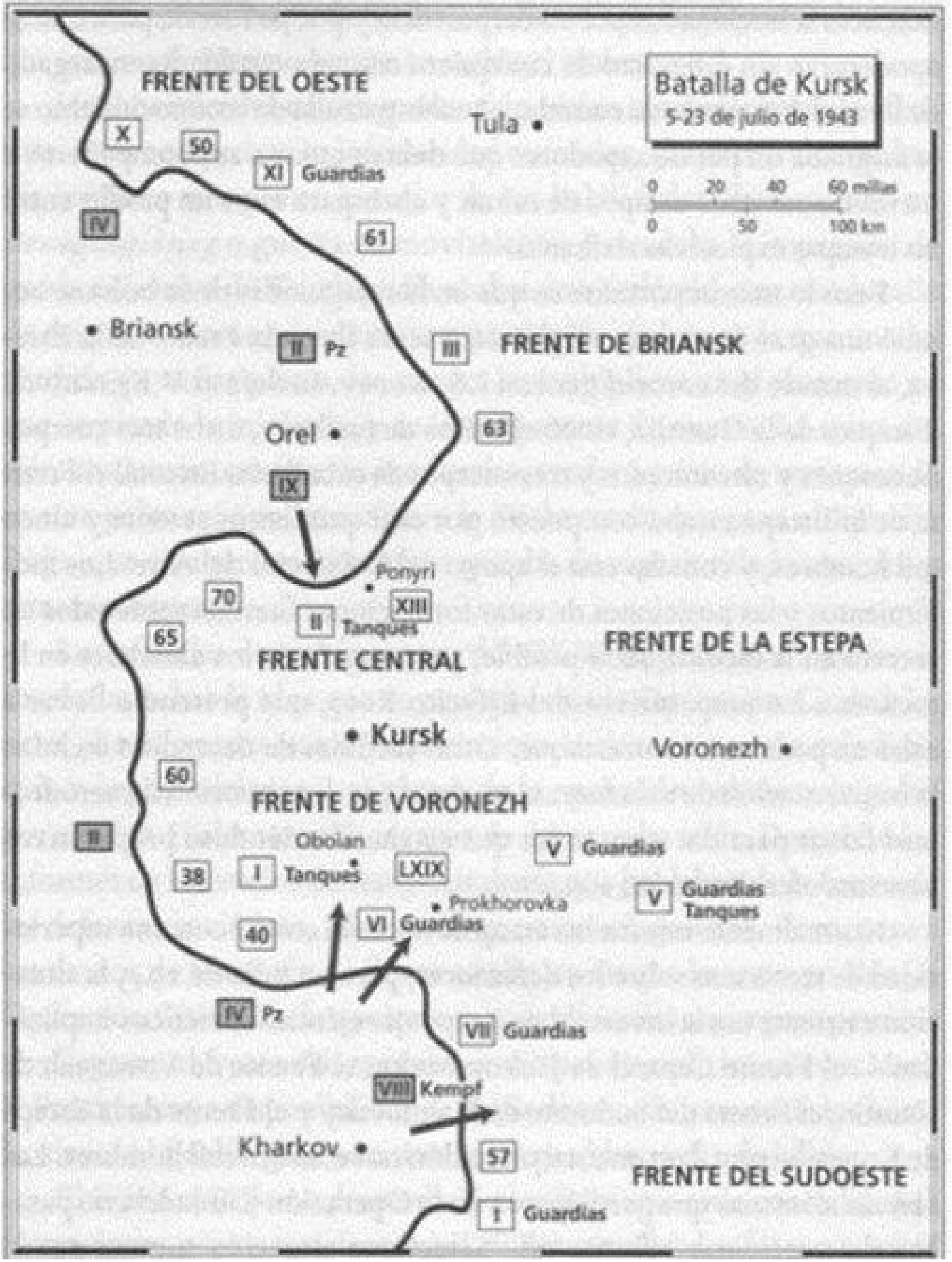
Los oficiales de estado mayor del OKW empezaron a manifestar sus dudas sobre la idea que se ocultaba tras la Operación Ciudadela, pero, absurdamente, eso mismo hizo que Hitler se mostrara más decidido a seguir adelante. Los planes de la operación cobraron impulso por sí solos. Hitler se sentía incapaz de dar marcha atrás. Despreció los informes de los vuelos de reconocimiento que hablaban de la fuerza de las defensas soviéticas, aduciendo que eran exagerados. Pero, pese a los deseos de Manstein de llevar a cabo un ataque lo antes posible, la Operación Ciudadela fue pospuesta todavía varias veces para permitir que llegaran al frente más tanques, como por ejemplo los nuevos Mark V Panther, cuya disponibilidad se había demorado a causa de los bombardeos. Al final la gran ofensiva no empezó hasta el 5 de julio.

El Ejército Rojo no desperdició el respiro que se le concedió. Sus formaciones y unos trescientos mil civiles movilizados fueron puestos a trabajar en la construcción de ocho líneas de defensa, con profundas zanjas para los tanques, búnkeres subterráneos, campos de minas, alambradas de espino y más de nueve mil kilómetros de

trincheras. Al estilo típicamente soviético, a cada soldado se le asignaba la tarea de cavar cinco metros de trinchera cada noche, pues resultaba demasiado peligroso hacerlo de día. En algunos lugares las defensas llegaban casi a los trescientos kilómetros en la retaguardia. Todos los civiles que no participaran en las labores de cavado de las trincheras y que vivieran a veinticinco kilómetros del frente fueron evacuados. Por la noche se mandaban patrullas de reconocimiento para capturar alemanes con vistas a su ulterior interrogatorio. Esos grupos estaban formados por hombres seleccionados por su corpulencia y por su fuerza, para que se apoderaran sin dificultad de cualquier centinela o soldado encargado de llevar las raciones de comida. «A cada patrulla de reconocimiento se le asignaba un par de zapadores que debían guiar a sus compañeros a través de nuestros campos de minas y abrir para ellos un pasillo entre las trampas explosivas alemanas».[4]

Pero lo más importante es que en la retaguardia de la bolsa se reunió una gran fuerza estratégica de reserva llamada Frente de la Estepa, al mando del coronel general I.S. Konev. Incluía al V Ejército de Tanques de la Guardia, cinco ejércitos de fusileros, otros tres cuerpos de tanques y mecanizados y tres cuerpos de caballería. En total el Frente de la Estepa estaba compuesto por casi quinientos setenta y cinco mil hombres, y contaba con el apoyo del V

Ejército del Aire. Los movimientos y las posiciones de estas formaciones fueron mantenidos en secreto en la medida de lo posible, para engañar a los alemanes en lo tocante a los preparativos del Ejército Rojo, que pretendía llevar a cabo un poderoso contraataque. Otras medidas de decepción incluían la concentración de más fuerzas en el sur y la construcción de aeródromos falsos para dar a entender que estaban haciéndose preparativos para una ofensiva en esa zona.


Batalla de Kursk
5-23 de julio de 1943
0 20 40 60 millas
0 50 100 km
FRENTE DEL OESTE
X
50
XI Guardias
IV
61
Tula
Briansk
III Pz
III
FRENTE DE BRIANSK
Orel
63
IX
Ponyri
70
XIII
II Tanques
65
FRENTE CENTRAL
FRENTE DE LA ESTEPA
Kursk
Voronezh
60
FRENTE DE VORONEZH
III
Oboian
V Guardias
38
I Tanques
LXIX
Prokhorovka
V Guardias Tanques
VI Guardias
40
IV Pz
VII Guardias
VIII Kempf
Kharkov
57
FRENTE DEL SUDOESTE
I Guardias

Normalmente una fuerza atacante necesita contar con una superioridad de tres a uno sobre los defensores, pero en julio de 1943 la situación existente era la inversa. Los grupos de ejército soviéticos implicados —el Frente Central de Rokossovsky, el Frente de Voronezh de Vatutin, el Frente del Sudoeste de Malinovsky y el Frente de la Estepa de Konev— sumaban en total un millón novecientos mil hombres. Las fuerzas alemanas que participaron en la Operación Ciudadela no pasaban de setecientas ochenta mil. Semejante situación supone que la apuesta era tremenda.

Los alemanes cifraban todas sus esperanzas en las cuñas de blindados, con la utilización de compañías de tanques Tiger como puntas de lanza para abrir un hueco en las líneas defensivas soviéticas. El II Cuerpo Panzer de la SS, que había reconquistado Kharkov y Belgorod en el mes de marzo, estaba reconstruyéndose. Reforzada principalmente por personal de tierra de la Luftwaffe, la I División Panzer SS *Leibstandarte Adolf Hitler* sometió a las tropas recién llegadas a un programa intensivo de adiestramiento. El *SS Untersturmführer* Michael Wittmann, que se convertiría en el principal héroe de las unidades panzer de toda la guerra, asumió en ese momento el mando de esta primera sección de tanques Tiger.[5] Pero a pesar de la superioridad indiscutible de los Tiger, las divisiones de granaderos acorazados de la Waffen-SS eran

claramente conscientes de la inferioridad de sus pertrechos. La SS *Das Reich* tuvo incluso que equipar a una de sus compañías con tanques T-34 capturados al enemigo.

Las informaciones de Ultra, pasadas por Cairncross al Departamento de Inteligencia Exterior de la Unión Soviética a través de su agente en Londres, habían identificado también los aeródromos de la Luftwaffe en la región.[6] Habían sido concentrados en ella unos dos mil aviones, el grueso de los que se habían quedado en el frente oriental después de que muchas escuadrillas fueran enviadas a Alemania para defender al país de las fuerzas aéreas aliadas. Los regimientos de aviación del Ejército Rojo habían podido así lanzar ataques preventivos a comienzos de mayo, destruyendo, al parecer, más de quinientos aparatos en tierra. La Luftwaffe sufría además falta de combustible, lo que limitaba su capacidad de apoyo a las tropas atacantes.

Los problemas de aprovisionamiento de los alemanes habían ido aumentando con la feroz campaña lanzada por los partisanos en la retaguardia de la Wehrmacht. Algunas zonas, como por ejemplo los bosques situados al sur de Leningrado y grandes áreas de Bielorrusia, eran controladas casi en su totalidad por las fuerzas partisanas, dirigidas en aquellos momentos por Moscú. La violencia de las batidas de los alemanes contra los partisanos se intensificó. El *SS Brigadeführer* Oskar Dirlewanger y su

grupo, formado por delincuentes liberados, incendiaron y exterminaron poblados enteros. Con vistas a la Ofensiva de Kursk, se decidió que los grupos partisanos soviéticos quedaran de reserva y que atacaran las líneas férreas para ralentizar los abastecimientos.

Las continuas dilaciones de la ofensiva alemana animaron a algunos oficiales impacientes, como el coronel general Vatutin, a plantear que no había que esperar más. Antes bien, el Ejército Rojo debía lanzar su propio ataque. Zhukov y Vasilevsky por su parte tuvieron que calmar de nuevo a Stalin y convencerle de que debían ser pacientes. Defendiéndose acabarían con muchos más alemanes que atacando, y además con menos pérdidas. Stalin no estaba del mejor humor, tras enterarse por Churchill a comienzos de junio de que la invasión aliada del norte de Francia había sido pospuesta de momento hasta mayo del año siguiente, 1944.

El dictador soviético estaba también irritado por el escándalo internacional que había suscitado el asesinato masivo de prisioneros de guerra polacos en el bosque de Katyń y en otros lugares. A finales de abril, cuando se enteraron de la existencia de aquella gigantesca fosa común, los alemanes invitaron a una comisión internacional de médicos de los países aliados y ocupados a examinar las pruebas. El gobierno polaco en el exilio en Londres exigió una investigación exhaustiva por parte de la

Cruz Roja Internacional. Stalin insistió airadamente en que las víctimas habían muerto a manos de los alemanes, y que quien dudara de ello estaba «ayudando a Hitler y se convertía en su cómplice». El 26 de abril, Moscú cortó sus relaciones diplomáticas con el gobierno polaco de Londres. La muerte del general Sikorski el 4 de julio se debió a un trágico accidente, cuando la carga del bombardero Liberator a bordo del cual se encontraba se desplazó hacia la parte de atrás en el momento del despegue, pero tras las noticias llegadas acerca de Katyń y las exigencias de que se llevara a cabo una investigación exhaustiva planteadas por Sikorski, es natural que los polacos sospecharan que había sido un sabotaje. [7]

El 15 de mayo, aparentemente en un intento de tranquilizar a los ingleses y especialmente a los Estados Unidos, que le proporcionaban una ayuda muy necesaria a través del programa de Préstamo y Arriendo, Stalin anunció que había abolido la Comintern. Pero este gesto también tenía por objeto distraer la atención del escándalo por los asesinatos de Katyń. En realidad la Comintern, dirigida por Georgi Dimitrov, Dmitri Manuilsky y Palmiro Togliatti, simplemente continuó operando desde la Sección Internacional del Comité Central.

El 4 de julio por la tarde, que había sido un día caluroso y húmedo con estallidos ocasionales de tormentas, las unidades de granaderos acorazados alemanes de la división *Grossdeutschland* y de la 11.ª División Panzer iniciaron finalmente los ataques de tanteo contra las posiciones avanzadas soviéticas en el sector sur de Belgorod. Por la noche, las compañías de ingenieros alemanas del IX Ejército de Model empezaron a cortar las alambradas y a retirar las minas del sector norte. Previamente los rusos habían capturado e interrogado a un soldado alemán. La información obtenida se hizo llegar al general Rokossovsky, comandante en jefe del Frente Central. Se supo así que la Hora H estaba prevista para las 03:00 horas. Rokossovsky dio inmediatamente la orden de efectuar un bombardeo masivo con cañones, morteros pesados y lanzacohetes Katiusha para acosar al IX Ejército de Model. Zhukov llamó por teléfono a Stalin para decirle que finalmente había dado comienzo la batalla.

Las fuerzas de Vatutin, situadas en la parte sur de la avanzadilla, también habían interrogado a un prisionero alemán y poco después iniciaron el fuego preventivo contra el IV Ejército Panzer de Hoth. Tanto el IX como el IV Ejército Panzer se vieron obligados a demorar sus ataques unas dos horas. Se preguntaron incluso si los soviéticos no estarían a punto de lanzar su propia ofensiva. Aunque los alemanes sufrieron relativamente pocas bajas en estos

bombardeos, supieron con certeza que el Ejército Rojo estaba preparado y que los esperaba en sus líneas de avance. Combinado con la fuerte tormenta que se desencadenó, aquel comienzo no resultaba demasiado alentador.

Al romper el alba, la aviación del Ejército Rojo lanzó una serie de ataques preventivos contra los aeródromos alemanes, pero prácticamente no encontraron en ellos ningún aparato. Los aviones de la Luftwaffe habían despegado antes y no tardó en comenzar una tremenda batalla aérea, con ventaja de los pilotos alemanes. A la orden de *Panzer marsch*!, las puntas de lanza acorazadas iniciaron su avance a las 05:00. En el sector sur, las «cuñas» de Hoth estaban formadas por tanques Tiger y gigantescos cañones de asalto montados sobre furgones, con los Panther y los Panzer IV en los flancos y la infantería tras ellos. Pronto se comprobó que los Panther, recién traídos deprisa y corriendo de las líneas de producción en Alemania, eran mecánicamente poco fiables, y que muchos se incendiaban. Pero aunque del total de dos mil setecientos tanques que participaron en la Operación Ciudadela los Tiger eran menos de doscientos, suponían una máquina destructiva formidable.

Parece que la moral de los alemanes estaba bastante alta. «Creo que esta vez los rusos van a llevarse una buena paliza», escribió un *Fahnenjunker* de un batallón de baterías antiaéreas.[8] Y un suboficial de la 19.ª División

Panzer pensaba que las explosiones y los cazas soviéticos abatidos «ofrecerían unas imágenes maravillosas para los noticiarios cinematográficos, solo que probablemente nadie querrá creerlo».[9] Los oficiales habían intentado también mantener alta la moral de sus hombres con otra idea. Stalin estaba cada vez más enfadado con Inglaterra por no abrir el Segundo Frente. «Si no se produjera pronto una cosa así», decía un soldado de la 36.ª División de Infantería, «será él quien no tarde en hacernos proposiciones de paz».[10]

Hoth había atacado el sector sur con tres puntas. Por la izquierda la 3.ª y la 11.ª División Panzer flanqueaban a la División de Granaderos Acorazados *Grossdeutschland*. En el centro, se desplegó el II Cuerpo Panzer SS del *Obergruppenführer* Paul Hausser, junto con las divisiones de granaderos acorazados *Leibstandarte Adolf Hitler, Das Reich* y *Totenkopf*. Y por la derecha, la 6.ª, la 19.ª y la 7.ª División Panzer guiaban al III Cuerpo Panzer. Por detrás de ellas, desde la derecha, el Destacamento de Ejército Kempf atacó al sur de Belgorod, intentando cruzar al norte del río Donets. Por el norte, la ofensiva central de Model contra Ponyri estuvo formada por dos cuerpos acorazados, cada uno encabezado por un batallón de tanques Tiger y formidables cañones autopropulsados Elefant, también llamados Ferdinand.

El terreno abierto ondulado que se abría ante ellos,

con unos pocos bosques y unos cuantos poblados agrícolas, quizá ofreciera un paisaje ideal para los tanques, pero las tripulaciones de los blindados no tardaron en darse cuenta de que resultaba muy difícil localizar los centenares de cañones antitanque que había escondidos. Estaban asociados a las divisiones adelantadas del Ejército Rojo que habían recibido la orden de sacrificarse asumiendo la embestida de las puntas de lanza blindadas de los alemanes en una batalla de desgaste. Delante de muchas posiciones habían sido escondidas bombas de artillería pesada para ser detonadas por control remoto.

Haciendo sonar sus sirenas, los Stuka de alas de gaviota se lanzaron torpemente en picado contra las posiciones soviéticas y los tanques T-34 semienterrados. El as de la aviación Hans Rudel aprovechó para experimentar una invención propia, el «pájaro cañón», con dos piezas de artillería de 37 mm incrustadas debajo de las alas. No tardaron en convertirse en su objetivo otros T-34, camuflados de manera muy poco convincente como almiares. Los miembros de las tripulaciones de los acorazados que sobrevivieron al impacto de las bombas «casca-tanques» tuvieron que salir arrastrándose a duras penas entre la paja ardiendo.[11] Los soldados alemanes quedaron asombrados de su efectividad. «Nuestra Luftwaffe es realmente fantástica», decía en una carta a su familia un *Hauptfeldwebel de* la 167.ª División de

Infantería. «Y ahora que el enemigo está hundido, nuestros blindados pueden avanzar a todo gas».[12]

Los cañones antitanque soviéticos, en cambio, estaban mejor camuflados. Los artilleros experimentados a menudo esperaban a disparar contra un blindado hasta que lo tenían a escasos veinte metros de distancia. En el sector norte, al oeste de Ponyri, por donde se lanzaron los Tiger, Vasily Grossman oyó cómo los obuses antitanque de 45 mm «daban en ellos, pero salían rebotados como si fueran guisantes. Ha habido casos en que los artilleros se han vuelto locos al ver semejante espectáculo», añadía. A su juicio, las cosas no fueron mejor en el sector sur. «Un soldado encargado de fijar la puntería disparó a quemarropa contra un Tiger con un cañón de 45 mm. Los proyectiles salieron rebotados. El artillero perdió la cabeza y se lanzó contra el Tiger».[13]

Aunque la mayoría de los obuses antitanque rebotaban contra el pesado blindaje frontal de los Tiger, sus orugas eran vulnerables a las minas. Con una valentía suicida, los zapadores soviéticos se apostaban en su ruta con las minas antitanque que les habían sobrado para colocarlas a su paso. Los soldados del Ejército Rojo se acercaban también a rastras para lanzar granadas, cargas explosivas y cócteles Molotov.

Temiendo que el enemigo hiciera un avance en toda regla al oeste de Ponyri, Rokossovsky envió algunas

brigadas antitanque, así como de artillería y de morteros. Mandó llamar también a los cazas del XVI Ejército del Aire para que se enfrentaran a los bombarderos y los Messerschmitt alemanes, pero habían quedado muy maltrechos. Los altos mandos nazis quedaron perplejos al comprobar que no habían causado sorpresa alguna, y que los soldados soviéticos no huían ante la acometida de sus blindados. A pesar de las numerosas bajas sufridas, las puntas de lanza alemanas lograron avanzar hasta una profundidad de casi diez kilómetros por un frente de quince. Rokossovsky se dispuso a contraatacar al día siguiente, pero el caos reinante en aquel enorme campo de batalla hizo que resultara difícil la coordinación.

Los combates aéreos fueron igualmente despiadados, con la 6. Luftflotte y el XVI Ejército del Aire ruso poniendo en juego prácticamente todos los aparatos en condiciones de volar que tenían a su alcance. Aviones Focke-Wulf, Stuka y Messerschmitt se enzarzaron con los Shturmovik, los Yak y los Lavochkin. En algunas ocasiones, los pilotos soviéticos, desesperados, sencillamente embestían a los aviones alemanes.

Los combates aéreos sobre el IV Ejército Panzer de Hoth, al sur de la avanzadilla, fueron incluso más

encarnizados. La 4. Luftflotte de la Luftwaffe, que se había librado por los pelos del ataque preventivo de la aviación soviética al amanecer, infligió graves pérdidas a sus atacantes. La campaña de Kursk ha sido presentada desde hace mucho tiempo, utilizándose a veces cifras desproporcionadas, como la batalla de carros más grande de la historia, pero los enfrentamientos aéreos pueden situarse entre los más intensos de toda la Segunda Guerra Mundial.

Al sur, el avance de la División *Grossdeutschland* quedó atascado en un campo de minas convertido traicioneramente en un barrizal por la tormenta que había descargado la noche anterior. Los batallones de zapadores enviados en ayuda de los tanques fueron objeto de un fuego intensísimo, y solo una carga a la desesperada de los granaderos acorazados a pie logró eliminar las defensas soviéticas que protegían el campo de minas. Se tardó todavía varias horas en liberar los blindados atascados y en despejar caminos seguros en medio de la zona de peligro. Para socavar aún más la moral de los alemanes, una brigada de los nuevos tanques Panther que habían acudido a apoyarlos empezó otra vez a sufrir averías mecánicas. El problema no se limitaba a los Panther. «Mi división ya está casi hecha polvo», decía en su carta un suboficial de la 4.ª División Panzer. «Fallos de los semiorugas muchísimos, y los de los panzer no son menos. Tampoco los Tiger son el

príncipe azul».[14]Pero el avance se reanudó.

El tártaro Reshat Zevadinovich Sadredinov formaba parte de una batería antiaérea cuyos cuatro cañones habían sido puestos fuera de combate por los Stuka. El centeno que había a su alrededor, de una altura ya considerable, estaba ardiendo. Los artilleros se habían escondido en búnkeres bajo tierra cuando los tanques alemanes los rebasaron. Al salir de su escondite, los soldados del Ejército Rojo descubrieron que se encontraban muy por detrás de la zona de combate. Sadredinov y sus compañeros cogieron los uniformes de unos alemanes muertos y se los pusieron encima de los suyos. Los centinelas los interceptaron cuando se aproximaban a las líneas soviéticas. Cuando los soldados del Ejército Rojo se dieron cuenta de que eran rusos vestidos con uniformes alemanes gritaron: «¡Hijos de puta! ¡Sois hombres de Vlasov!», y les dieron una buena paliza. Sadredinov y sus compañeros lograron finalmente demostrar su identidad cuando se les permitió contactar con el jefe de estado mayor de su división.[15]

«La Luftwaffe estaba bombardeándonos», cuenta Nikifor Dmitrievich Chevola, al mando de la 27.ª Brigada Antitanque, enviada a luchar contra la división *Grossdeutschland*. «Nos encontrábamos allí, en medio del fuego y del humo, pero mis hombres se pusieron furiosos. Seguían disparando, sin prestar atención a todo aquello».

Los cazas Messerschmitt o «Messer», como los llamaban los soldados del Ejército Rojo, ametrallaban las trincheras de un extremo a otro. Incluso después de ser heridos varias veces, los hombres no se retiraban a los puestos de socorro. «El estruendo era constante, la tierra temblaba, a nuestro alrededor todo ardía. Nosotros chillábamos. Con las comunicaciones por radio, los alemanes intentaban engañarnos. Decían a gritos por la emisora: "¡Soy Nekrasov, soy Nekrasov!" [El coronel I. M. Nekrasov estaba al mando de la 52.ª División de Fusileros de la Guardia, lindante con su sector.] Yo contesté gritando también: "¡Mentira! ¡No lo eres! ¡Vete a la mierda!" Confundían nuestras voces con sus chillidos».[16]

«Fue una batalla cara a cara», decía un soldado encargado de fijar la puntería del cañón llamado Trofim Karpovich Teplenko. «Era como un duelo, cañón antitanque contra tanque. Al sargento Smirnov le arrancaron la cabeza y las piernas. Recogimos la cabeza y también las piernas, las metimos en una pequeña zanja y las cubrimos con tierra». El polvo de la tierra negra y el humo de la cordita volvían la comida de color gris oscuro; eso suponiendo que llegaran las raciones. Y durante los escasos momentos de calma que se producían en el combate, a los hombres les costaba trabajo conciliar el sueño en silencio. «Cuanto más silencio, más tensión se siente», explicaba el teniente coronel Chevola.[17]

Unos diez kilómetros al este, el II Cuerpo Panzer SS, apoyado por una brigada de lanzacohetes Nebelwerfer, había aplastado a la 52.ª División de Fusileros de la Guardia de Nekrasov. Detrás de los tanques de cabeza, equipos de lanzallamas avanzaban despejando los búnkeres y las trincheras. La suya era una misión casi suicida, pues atraían inmediatamente los disparos del enemigo. Cuando salían airosos de ella, sus chorros de llamas dejaban tras de sí un olor insoportable a carne quemada y a petróleo.

Por la izquierda, la división *Leibstandarte* fue la que más avanzó en dirección a Prokhorovka, mientras la *Das Reich* y la *Totenkopf* progresaban por la derecha hacia el nordeste. Pero incluso la *Leibstandarte* fue frenada aquella tarde por otra brigada antitanques que acudió a defender la línea. Treinta kilómetros al sudeste, el Destacamento de Ejército Kempf, que había cruzado el Donets al sudeste de Belgorod, solo logró cosechar algunos éxitos menores. Su objetivo de avanzar para proteger el flanco derecho de Hoth iba a resultar a todas luces difícil.

Los tripulantes de los tanques alemanes, especialmente los cargadores, a menudo sufrieron golpes de calor en aquel día tórrido. Los Tiger habían sido adaptados para dar cabida a ciento veinte obuses de 88 mm en vez de noventa. Los objetivos eran tantísimos que los cargadores, obligados a trabajar con toda rapidez dentro de

los sofocantes límites de la torreta, caían agotados. En algunos casos, hubo que reponer los pertrechos de los tanques dos o tres veces al día, y distribuir los proyectiles en su interior resultaba también muy fatigoso, incluso contando con ayuda. Un corresponsal de guerra alemán que había sido agregado a una compañía de Tiger estuvo a punto de enloquecer debido a los crujidos y chirridos que se oían por los auriculares, al constante tableteo de las ametralladoras y al grave retumbo del armamento más pesado.

Tras apoyarse primordialmente en sus unidades antitanque durante el primer día de combate, Vatutin empezó a servirse del I Ejército de Tanques del teniente general Katukov y dos cuerpos de carros blindados de la guardia para reforzar la segunda gran línea de defensa. Aunque su decisión de utilizar estas reservas acorazadas en labores defensivas, y no en un gran contraataque, sería criticada más tarde, es casi seguro que Vatutin acertó en su elección. Un ataque en masa a campo abierto las habría expuesto al fuego de los Tiger, cuyos cañones de 80 mm podían dejar fuera de combate a los T-34 soviéticos incluso a dos kilómetros de distancia, mucho antes de que estos tuvieran a su alcance a los panzer. Un tripulante de un Tiger

consiguió quitar de en medio a veintidós tanques soviéticos en menos de una hora, hazaña que supuso para el oficial a su mando la concesión inmediata de una Cruz de Caballero.

Durante el 6 de julio, mientras el terreno pantanoso y la fiera resistencia que encontró frenaron el avance de la división *Grossdeutschland* por la izquierda, la *Leibstandarte* penetró más al norte junto con la *Das Reich*, rompiendo la segunda línea de defensa. Pero sus flancos quedaron expuestos y la presión de los rusos por el oeste las obligó a apartarse de su línea de avance hacia el norte. Esta circunstancia las empujó hacia el nordeste, en dirección al empalme ferroviario de Prokhorovka.

Mientras tanto, en el sector norte, las unidades del IX Ejército de Model sufrieron graves pérdidas. Su infantería, incluso los granaderos acorazados, no había sido capaz de seguir el ritmo marcado por las cuñas de blindados. Los soldados de infantería soviéticos, que habían permanecido ocultos, tendieron una emboscada a los gigantescos cañones autopropulsados Elefant, mientras los zapadores continuaban poniendo minas a su paso. Para desesperación de los alemanes, ni siquiera aquellos monstruos causaban en las tropas soviéticas el famoso *Panzerschreck* o pánico ante los blindados.

En la batalla de tanques que se libró en torno a la estación de Ponyri el 7 de julio, «todo estaba en llamas, los vehículos y las personas». Casi todas las viviendas y los poblados en varios kilómetros a la redonda habían sido incendiados y arrasados. Los soldados del Ejército Rojo quedaron horrorizados ante las terribles quemaduras sufridas por los tripulantes de los tanques que veían pasar ante ellos. «Un teniente, herido en la pierna y con una mano arrancada, estaba al mando de la batería atacada por los tanques. Cuando se detuvo la acometida del enemigo, se pegó un tiro pues no quería seguir vivo siendo un tullido».[18] La mutilación era lo que más temían los soldados del Ejército Rojo. Y no es de extrañar, si tenemos en cuenta la forma en que eran tratados sus colegas discapacitados. Los veteranos que habían perdido algún miembro eran llamados cruelmente los «samovares».

Model se dio cuenta de que, aunque sus fuerzas habían conseguido avanzar más de doce kilómetros en un sector al oeste de Ponyri, las líneas de defensa soviéticas eran más profundas de lo que se habían imaginado. Rokossovsky también estaba preocupado. El contraataque de sus tanques, planeado para el amanecer, no había logrado cuajar. Lo más que pudo fue ordenarles que ocuparan posiciones de no visibilidad para reforzar la línea. Y menos mal que así lo hizo, pues Model había decidido lanzar al ataque al grueso de su reserva en un intento desesperado de internarse en la

zona.

Los intensos combates que continuaron por el norte hasta la noche del 8 de julio acabaron por completo con las puntas de lanza acorazadas de Model. A pesar de las terribles pérdidas sufridas por los defensores, la superioridad numérica del Ejército Rojo en materia de tanques y de cañones antitanque era demasiado grande. Sus aviones de ataque a tierra Shturmovik empezaron también a cebarse en los panzer y en los cañones de asalto alemanes. El IX Ejército de Model había perdido cerca de veinte mil hombres y doscientos tanques.[19] Una vez que quedó patente que la embestida del enemigo empezaba a perder melle, Rokossovsky y el general Popov del Frente de Briansk comenzaron los preparativos para efectuar los contraataques contra el saliente de Orel previstos para el 10 de julio. La acción sería llamada Operación Kutuzov, en memoria del gran general ruso de 1812.

En el lado sur del saliente de Kursk, los ejércitos de Vatutin estaban en peligro. La Stavka había supuesto que los alemanes llevaran a cabo su principal acometida contra el flanco norte, pero en realidad esta se había producido al sur, por medio del IV Ejército Panzer de Hoth. Daba la impresión de que la incursión alemana en dirección a

Prokhorovka, dirigida por el II Cuerpo Panzer, iba a verse coronada por el éxito, imponiéndose incluso al I Ejército de Tanques de la Guardia de Katukov, que había acudido a realizar labores defensivas. El 6 de julio por la noche, Vatutin, respaldado por el general Vasilevsky, el representante de la Stavka, pidió a Moscú que le suministrara urgentemente refuerzos.

La situación se consideró tan seria que el Frente de la Estepa de Konev recibió la orden de prepararse para ponerse en marcha, y se decidió que el V Ejército de Tanques de la Guardia del teniente general Pavel Rotmistrov acudiera inmediatamente en apoyo de Vatutin. Por orden personal de Stalin, el II Ejército del Aire debía encargarse de cubrirlo durante su marcha de trescientos kilómetros a plena luz del día, pues las nubes de polvo levantadas por las columnas de tanques atraerían rápidamente a la Luftwaffe.

El V Ejército de Tanques de la Guardia, cuyas columnas avanzaban por la estepa en una línea de treinta kilómetros de ancho, se puso en marcha el 7 de julio a primera hora de la mañana. «A medio día», escribe Rotmistrov, «se levantó una espesísima nube de polvo, que depositó una sólida capa de tierra sobre los matorrales que bordeaban el camino, sobre los campos de grano, sobre los tanques y sobre los camiones. El disco del sol, de color rojo oscuro, era casi invisible. Los tanques, los cañones

autopropulsados, los tractores de artillería, los transportes del personal de blindados y los camiones avanzaban en un torrente interminable. Las caras de los soldados estaban negras de polvo y del humo de los tubos de escape. Hacía un calor insoportable. Los soldados sufrían la tortura de la sed, y la camisa, empapada de sudor, se les pegaba al cuerpo».[20]

La monstruosa batalla a lo largo del lado sur del saliente de Kursk continuó durante el día 7 de julio, con una feroz defensa y la autoinmolación por parte de los soviéticos de las divisiones de fusileros, las brigadas de tanques y las unidades antitanques del VI Ejército de Guardias y del I Ejército de Tanques de la Guardia. Las fuerzas de Hoth veían que, apenas acababan con una división, aparecía otra justo detrás de ella para cortarles el paso. No había tiempo para enterrar a los muertos, cubiertos de moscas. Los hombres de uno y otro bando enloquecían de miedo, víctimas de la tensión y del inhumano fragor de la batalla. Un soldado alemán se puso incluso a bailar el cancán hasta que sus compañeros se lo llevaron. En un momento determinado dio la impresión de que la división *Grossdeutschland* estaba a punto de llevar a cabo un importante avance hacia Oboian, pero luego se encontró con una brigada del VI Cuerpo de Tanques, que se cruzó en su camino justo a tiempo. Las divisiones de la SS *Leibstandarte* y *Das Reich* lograron subir por la carretera

de Prokhorovka por el flanco oriental del VI Ejército de Guardias, pero tuvieron que repeler continuos contraataques *contra sus flancos desguarnecidos*.

Los pilotos de la Luftwaffe quitaron de en medio a grandes cantidades de aviones soviéticos. Un as de la aviación, el piloto de cazas Erich Hartmann, abatió solo ese día siete, y luego se convertiría en el piloto con los porcentajes de éxito más altos de toda la guerra, con trescientos cincuenta y dos derribos. Los aviadores del Ejército Rojo también consiguieron algunos éxitos. En el sector sur destruyeron alrededor de cien cazas y bombarderos. La Luftwaffe, que había cifrado su prioridad en prestar apoyo en tierra a las tropas, no fue capaz de entablar combate con tantos aparatos enemigos como habría querido, y además la escasez de combustible la obligó a racionar el número de sus salidas. Los soviéticos empezaron a alcanzar por primera vez la superioridad aérea en la batalla y poco después empezaron a bombardear los aeródromos alemanes cada noche. No obstante, a pesar de las terribles bajas sufridas, uno de los pilotos de Rudel escribía que estaban en el aire otra vez antes del amanecer. «Con el espíritu inquebrantable del Stuka lanzamos en picado nuestros pájaros contra el enemigo y además arrojamos nuestras bombas portadoras de destrucción».[21]

El 8 de julio, Hausser trasladó la División *Totenkopf* de la SS del flanco derecho de su cuerpo panzer al

izquierdo, para que contribuyera al progreso de su línea de avance abandonando la dirección de Prokhorovka y volviendo a tomar la de Oboian, en la carretera de Kursk. Mientras el cuerpo de tanques volvía a desplegarse, el X Cuerpo de Tanques soviético lanzó un ataque, pero tan descoordinado que fue repelido con graves pérdidas. Y el II Cuerpo de Tanques soviético, que supuestamente debía aplastar el flanco desguarnecido del Cuerpo Panzer de la SS, fue machacado por los aviones «cascatanques» Henschel HS-109, armados con cañones de 30 mm. Las divisiones de Hausser (incluyendo tal vez en su cuenta las piezas cobradas por la Luftwaffe) afirmarían después que aquel día destruyeron ciento veintiún blindados soviéticos.

El 9 de julio el II Cuerpo Panzer de la SS emprendió el ataque contra la última línea de defensa de Vatutin. «Los que llevaban uniforme de camuflaje [de la SS] combatieron extraordinariamente bien», reconocería uno de los defensores soviéticos del VI Ejército de Guardias.[22] Aunque completamente agotados, los tripulantes de los panzer siguieron adelante a fuerza de pastillas de Pervitin (metanfetamina), que amortiguaban la sensación de peligro y al mismo tiempo los mantenían despiertos. Hausser esperaba también contar con apoyo en su flanco derecho, pero el Destacamento de Ejército Kempf seguía luchando contra una decidida resistencia al este de Belgorod, mientras su flanco derecho se veía amenazado por el VII

Ejército de Guardias del general Shumilov.

Un regimiento de granaderos acorazados de la División SS *Totenkopf llegó* al río Psel. Pero el avance del resto del II Cuerpo Panzer de la SS fue frenado por las divisiones soviéticas enviadas para mantener en combate al VI Ejército de Guardias y al I Ejército de Tanques de la Guardia. A última hora de la tarde, los mandos alemanes decidieron cambiar una vez más el eje de avance de Hausser, dirigiéndolo de nuevo a Prokhorovka. Los alemanes esperaban que el Destacamento de Ejército Kempf, que hasta entonces había avanzado con mucha lentitud por la derecha, lo hiciera ahora más deprisa.

El 10 de julio, el día en que los Aliados desembarcaron en Sicilia, el I Ejército de Tanques y lo que quedaba del VI Ejército de Guardias siguieron frenando los ataques sobre el eje de Oboian, aunque con unos costes altísimos. Esta situación hizo que el XLVIII Cuerpo Panzer del general Otto von Knobelsdorff estuviera demasiado ocupado y no pudiera colaborar con Hausser en su avance hacia Prokhorovka. La división *Grossdeutschland* estaba completamente agotada, pero sus granaderos acorazados lograron todavía tomar dos colinas de importancia capital con su regimiento acorazado al mando del conde Hyazinth Strachwitz, llamado el *Panzer-Kavallerist* (el «Soldado de Caballería de los Blindados»), el primero en llegar al Volga al norte de Stalingrado. La ciudad de Oboian era visible con

toda claridad a través de los prismáticos, pero los alemanes tenían la sensación de que no iban a llegar nunca a ella. Para Strachwitz aquella debía de ser una sensación bien conocida ya. En 1914 su patrulla de caballería había tenido París a la vista, hasta que se produjo el contraataque de los franceses en el Marne.

Las divisiones SS de Hausser no lograron avanzar hacia Prokhorovka con tanta rapidez como querían, sobre todo porque muchos regimientos se vieron enzarzados en luchas por todos lados. Pero la *Leibstandarte* consiguió adelantarse con una parte de la división *Das Reich*, a pesar de la tormenta de fuego de artillería con la que se encontró. La división SS *Totenkopf había* logrado cruzar el río Psel cinco kilómetros a la izquierda, pero le cortó el paso la desesperada defensa soviética de una colina situada más allá, lo que la impidió ascender por el valle hacia el nordeste. No obstante, el terreno húmedo ya se había secado. «En estos momentos hace mucho calor aquí», decía un médico en una carta a sus familiares, «y el polvo que cubre los caminos llega hasta las rodillas. Tendríais que verme la cara, con una costra de polvo de un milímetro de espesor».[23] Para los pilotos de los Stuka, el ritmo de las salidas de ataque no aflojaba nunca. «En cinco días he realizado treinta misiones de combate; en total llevo ya doscientas ochenta y cinco», escribía un teniente. Estaban desempeñando un papel decisivo en las grandes batallas de

los tanques, añadía.[24]

El 11 de julio, Vatutin volvió a desplegar su línea de defensa al sudoeste de Prokhorovka, sacando divisiones nuevas del V Ejército de Guardias para bloquear el avance del II Cuerpo Panzer de la SS. Kempf, que estaba muy presionado por Manstein para que llevara a cabo un avance en toda regla, recurrió a los Tiger del 503.° Batallón de Tanques Pesados (*Schwere-Panzer-Abteilung*) y de la 6.ª División Panzer para rebasar las defensas de dos divisiones de fusileros soviéticas. Un *Obergefreiter* de la 6.ª División Panzer decía en una carta que llevaban cinco días sin salir de sus tanques. «Los rusos nos obligan a dar el callo, pues en estos tres meses de tranquilidad han tenido tiempo suficiente para construirse una línea de defensa como no habíamos visto otra hasta ahora».[25] La 19.ª División Panzer se lanzó también hacia el norte al otro lado del Donets, dirigiéndose a Prokhorovka.

Vatutin, consciente de esta amenaza y vigilado de cerca por el mariscal Vasilevsky, que permanecía constantemente en contacto con Stalin, dijo al general Rotmistrov que desplegara su V Ejército de Tanques de la Guardia en cuanto llegara. Pero aquella tarde, en una visita de reconocimiento al frente en compañía de Vasilevsky, Rotmistrov vio a través de los prismáticos que los tanques que habían divisado en la distancia eran alemanes. El II Cuerpo Panzer de la SS, con un movimiento repentino,

había alcanzado ya el punto desde el que Rotmistrov había pensado lanzar al día siguiente su contraataque. Regresó lo más deprisa que pudo en su jeep conseguido gracias al programa de Préstamo y Arriendo para actualizar sus planes.

En compañía de su estado mayor Rotmistrov trabajó toda la noche preparando nuevas órdenes pero, a las cuatro de la mañana del 12 de julio, Vatutin le comunicó que la 6.ª División Panzer se aproximaba al río Donets a la altura de Rzhavets. Eso significaba que el Destacamento de Ejército Kempf había rebasado por el flanco al LXIX Ejército ruso y que podía amenazar la retaguardia de su V Ejército de Tanques de la Guardia.

Efectivamente, un *Kampfgruppe* de la 6.ª División Panzer se había colado ya aprovechando la oscuridad y había llegado a Rzhavets utilizando un T-34 que habían capturado para encabezar su columna. Aunque los ingenieros del Ejército Rojo volaron el puente sobre el Donets, en la confusión quedó intacto un pequeño puente peatonal, de modo que los granaderos acorazados ya habían cruzado el río al amanecer. Un *Kampfgruppe* de la 19.ª División Panzer se apresuró a venir en su ayuda para reforzarlos, pero la Luftwaffe no fue informada del éxito obtenido en Rzhavets y una formación de Heinkel 111 bombardeó la cabeza de puente, hiriendo al *Generalmajor* Walther von Hünersdorff, al mando de la 6.ª División

Panzer, y al coronel Hermann von Oppeln-Bronikowski, el jefe del *Kampfgruppe*.

Para contrarrestar esta amenaza surgida en las cercanías de Rzhavets, Vatutin ordenó durante aquella turbulenta noche a Rotmistrov que desplazara allí a su reserva como fuerza de bloqueo. Al oeste de Prokhorovka, el XLVIII Cuerpo Panzer de Knobelsdorff tenía a todas luces la intención de volver a atacar en dirección a la ciudad de Oboian, así que Vatutin ordenó un golpe preventivo con sus brigadas de blindados del I Ejército de Tanques y con el XXII Cuerpo de Fusileros de la Guardia. Las fuerzas de Hoth estaban agotadas. Cuando empezó la ofensiva tenía novecientos dieciséis panzer, que en aquellos momentos habían quedado reducidos a menos de quinientos. Las abundantes lluvias habían convertido otra vez el espeso polvo del camino en un barro pastoso, que hacía que la marcha resultara para los alemanes más dificultosa que para los soviéticos, provistos de T-34 de oruga ancha.

El 12 de julio, poco después del amanecer, el general Rotmistrov alcanzó el puesto de mando del XXIX Cuerpo de Tanques, en un bunker construido en un huerto en la ladera de una colina desde el que podían contemplarse los campos de trigo de la llanura y la línea férrea al sudeste de Prokhorovka. Ya habían sido repartidas las órdenes de contraataque que había vuelto a escribir, y durante las

primeras horas de la mañana ya habían vuelto a desplegarse la abundantísima artillería y los regimientos de lanzacohetes Katiusha. Detrás de los campos había un bosque en el que se había escondido parte del II Cuerpo Panzer de la SS. El cielo despejado volvió a cubrirse con nubes de tormenta que anunciaban más lluvias.

La batalla comenzó con una serie de ataques con aviones Stuka. No tardaron en aparecer para enfrentarse a ellos los cazas Yakovlev y Lavochkin del II Ejército del Aire. Después llegaron los bombarderos soviéticos, cuyo ataque vino acompañado por el estruendo ensordecedor de la artillería y el silbido paralizante de las baterías lanzacohetes Katiusha, que prendieron fuego a los campos de trigo. Cuando el II Cuerpo Panzer surgió del bosque en el que había permanecido oculto y avanzó a campo abierto, Rotmistrov transmitió a sus tanques la contraseña: *«Stal, Stal, Staf*!» para que se lanzaran a la carga. Se habían escondido en la ladera posterior de una pequeña colina y al oír la contraseña «¡Acero!» se pusieron en marcha a toda velocidad. Rotmistrov les había comunicado en las órdenes que les había hecho llegar por escrito que su única oportunidad contra los Tiger era plantarse cerca de ellos y superarlos numéricamente.

El *Obersturmführer* Rudolf von Ribbentrop, hijo del ministro de asuntos exteriores nazi, describió la escena que pudo contemplar desde la torreta de su Tiger del 1.er

Regimiento Panzer de la SS. «Lo que vi me dejó mudo. Por detrás de la pequeña loma de ciento cincuenta o doscientos metros que tenía ante mí aparecieron quince tanques, y luego treinta, y luego cuarenta. Al final eran demasiados para poder contarlos. Los T-34 avanzaban hacia nosotros a gran velocidad, cargados de infantería montada».[26]

La batalla se parecía a un choque de caballeros medievales con sus armaduras. Ni la artillería ni la aviación podían ayudar a ninguno de los contendientes, tan juntas estaban las fuerzas de unos y de otros. En los dos bandos se deshizo la formación y se perdió el control, con los tanques disparándose a quemarropa. Cuando la munición y el combustible explotaban, la torreta del tanque saltaba por los aires. Los artilleros alemanes concentraron primero su fuego contra un tanque que estaba al mando, pues era el único que tenía radio, y luego apuntaron contra el gran depósito redondo de metal adosado a la trasera de un T-34, que llevaba el combustible de reserva.

«Los teníamos a nuestro alrededor, encima de nosotros y entre nosotros», escribe un *Untersturmführer* del 2.° Regimiento de granaderos acorazados. «Peleábamos hombre contra hombre».[27] Toda la superioridad que tenían los alemanes en materia de comunicaciones, movilidad y artillería se perdió en medio del caos, el ruido y el humo. «El ambiente era asfixiante», comentaría el conductor de un tanque soviético. «Yo respiraba afanosamente, y

mientras tanto el sudor me corría a chorros por la cara». La tensión psicológica era enorme. «Esperábamos que alguien nos matara de un momento a otro». Al cabo de unas horas, los que seguían vivos y continuaban luchando no cabían en sí de asombro.[28] «Los tanques se embestían unos a otros», escribió un soviético que contempló los acontecimientos. «El metal ardía». El área concentrada del campo de batalla estaba llena de vehículos carbonizados, que exhalaban un humo negro y grasiento.[29]

Las esperanzas que abrigaba Hoth de que el Destacamento de Ejército Kempf rebasara por el flanco al V Ejército de Tanques de la Guardia de Rotmistrov se desvanecieron. Había sido bloqueado, pero nada más a diecinueve kilómetros de distancia, por la reserva de Rotmistrov. Daba la sensación de que el único éxito podía venir por su izquierda, donde la división de la SS *Totenkopf* parecía a punto de superar al V Ejército de Guardias al nordeste de Prokhorovka. Sin embargo, los refuerzos soviéticos llegaron a tiempo para tapar el hueco, Y aunque el XLVIII Cuerpo Panzer de Knobelsdorff repelió el ataque preventivo que había preparado Vatutin, este éxito parcial llegó demasiado tarde para conseguir una ventaja definitiva.

Cuando la lluvia empezó de nuevo a caer con fuerza al anochecer, los dos bandos replegaron sus fuerzas para rearmarlas y reabastecerlas de combustible. Los equipos médicos evacuaron a los heridos y los equipos de rescate

recorrieron por la noche todo el campo de batalla, en el que habían quedado aplastados y carbonizados varios centenares de tanques. Hasta el despiadado Zhukov se conmovió al ver aquel espectáculo cuando recorrió el campo de batalla dos días después.

A los soldados de la SS que fueron capturados los mataron de inmediato, pues se sabía que ellos tampoco perdonaban a sus prisioneros. Y tampoco hubo respeto alguno para los caídos. «Los alemanes eran aplastados por los vehículos», comentó un joven oficial soviético. «Había montones de alemanes muertos con portamapas y toda clase de cachivaches encima. Vi cómo los tanques les pasaban por encima».[30]

Hoth no se enteró hasta aquella noche de que el Ejército Rojo acababa de lanzar al norte del saliente de Kursk la Operación Kutuzov con el propósito de reconquistar Orel. El IX Ejército de Model, totalmente agotado, y el II Ejército Panzer se vieron sorprendidos por las dimensiones de la ofensiva. Una vez más, los servicios de inteligencia alemanes habían subestimado la concentración de fuerzas del Ejército Rojo en la retaguardia. El XI Ejército de Guardias del general I. Kh. Bagramyan atacó la retaguardia de Model, y avanzó dieciséis kilómetros en dos

días. Aprovechando este éxito, el IV Ejército de Tanques, el III Ejército de Tanques de la Guardia e incluso parte del agotado XIII Ejército de Rokossovsky pasaron a la ofensiva.

El 13 de julio Hitler, enormemente preocupado por el éxito obtenido por los Aliados en la invasión de Sicilia tres días antes, convocó a los mariscales von Manstein y von Kluge a una conferencia en la Wolfsschanze. Manstein había ordenado al II Cuerpo Panzer de la SS y al Destacamento de Ejército Kempf que reanudaran el ataque, pero Hitler les hizo saber que necesitaba retirar tropas del frente oriental para defender Italia. La Operación Ciudadela fue cancelada de inmediato. El Führer sospechaba que los italianos no estaban preparados para luchar por Sicilia y eso suponía un peligro inminente de invasión para la propia Italia.

Pero Manstein, sabedor de que Hoth estaba de acuerdo, quiso seguir adelante con la batalla, aunque solo fuera para estabilizar el frente. Continuaron produciéndose algunos combates violentísimos. El Destacamento de Ejército Kempf finalmente logró unirse a las fuerzas de Hoth, pero el 17 de julio el OKH dio la orden de que el II Cuerpo Panzer se retirara del frente para ser trasladado de inmediato a Europa occidental. La invasión de Sicilia, aunque no fuera el Segundo Frente que quería Stalin, había surtido efecto. Ese mismo día, el Frente del Sudoeste y el

Frente del Sur lanzaron ataques combinados a lo largo del Donets y del Mius hasta el mar de Azov. Se trataba en parte de una operación de diversión para atraer a las fuerzas alemanas y alejarlas de Kharkov, cuya reconquista era el principal objetivo de los soviéticos.

Por una vez, el deseo de ofensiva general de Stalin fue oportuno. Los alemanes quedaron desconcertados ante la cantidad de formaciones nuevas o reconstruidas que aparecieron ante ellos, y por la capacidad del Ejército Rojo de lanzar nuevos ataques inmediatamente después de la monstruosa batalla del saliente de Kursk. «Esta guerra no ha sido nunca tan terrible ni tan cruel como ahora», escribía el piloto de un Stuka con una autocompasión improcedente, «y no le veo el final por ninguna parte».[31] Para empeorar las cosas, el sabotaje de las líneas férreas por parte de los partisanos soviéticos se intensificó. El 22 de julio, Hitler dio permiso a Model para preparar la retirada de la bolsa de Orel.

Las consecuencias de la victoria de Kursk fueron tan grandes que Stalin decidió efectuar la única visita que hizo al frente en toda la guerra. El 1 de agosto, un tren fuertemente protegido y camuflado lo llevó al cuartel general del Frente del Oeste. Y luego se dirigió al norte, al Frente Kalinin. Pero como no perdió el tiempo en hablar con los oficiales ni con los soldados, solo podemos deducir que la finalidad de la visita fue jactarse de ella ante

Churchill y Roosevelt.

El 3 de agosto, el Frente de la Estepa de Konev y otros ejércitos del Frente de Voronezh lanzaron la Operación Rumyantsev, con casi un millón de hombres, más de doce mil cañones y baterías Katiusha, y aproximadamente dos mil quinientos tanques y cañones autopropulsados. Manstein no esperaba que se produjera una ofensiva de semejante magnitud tan pronto. «Para la infantería alemana, muerta de cansancio, fue como si un enemigo vencido se levantara de la tumba con renovadas fuerzas».[32] Dos días después era reconquistada Belgorod y el Ejército Rojo podía concentrar sus esfuerzos en Kharkov.

El 5 de agosto las fuerzas soviéticas entraron también en Orel, al norte del saliente del mismo nombre, para descubrir que los alemanes acababan de retirarse. Vasily Grossman, que recordaba perfectamente las escenas de pánico presenciadas en la ciudad en 1941, entró en ella esa misma tarde. «El olor a quemado flotaba en el aire», escribió. «Un humo lechoso, azul claro, se elevaba de los fuegos que iban apagándose. Una unidad de altavoces tocaba la "Internacional" en la plaza... En todos los cruces había chicas de mejillas sonrosadas y guardias de tráfico, agitando nerviosamente sus banderitas rojas y verdes».[33]

El 18 de agosto, fue liberada Briansk. Pero aquella misma semana, cuando las fuerzas de Konev avanzaban

hacia Kharkov, los alemanes lanzaron un contraataque. En esta ocasión el Ejército Rojo no fue pillado desprevenido, y repelió el ataque. El 28 de agosto, Kharkov cayó finalmente después de una defensa a la desesperada del Destacamento de Ejército Kempf, rebautizado ahora VIII Ejército. Hitler había ordenado que Kharkov fuera defendida el mayor tiempo posible con el fin de atenuar la desmoralización de los aliados de Alemania. La catastrófica situación de Italia había dejado desconcertado al Führer, y temía el efecto que pudiera tener sobre los rumanos y los húngaros. Resultaba irónico, pues la insistencia de Hitler en la Ofensiva de Kursk se había debido a su afán de impresionar a sus aliados.

El ejército alemán había sufrido un severo correctivo. Varias divisiones habían quedado reducidas al equivalente de un regimiento o menos y se habían perdido unos cincuenta mil hombres. Pero el Ejército Rojo había conseguido su victoria también a un precio altísimo. Debido a la táctica de vapuleo de Zhukov, solo la Ofensiva Belgorod-Kharkov costó más de un cuarto de millón de bajas, una cifra mayor incluso que la de los ciento setenta y siete mil hombres que se perdieron en el saliente de Kursk. La Operación Kutuzov para recuperar el saliente de Orel fue peor incluso, con alrededor de cuatrocientas treinta mil bajas. En total, el Ejército Rojo habría perdido cinco vehículos blindados por cada panzer alemán destruido. Pero

ahora los alemanes no tenían más opción que retirarse a la línea del río Dniéper y empezar a replegar lo que quedaba de sus fuerzas de la cabeza de puente que se había dejado en la península de Taman. El sueño que siempre había abrigado Hitler de asegurarse los pozos de petróleo del Cáucaso había sido destruido para siempre.

El Ejército Rojo había incrementado enormemente su fuerza y su experiencia, pero seguía teniendo defectos profundamente arraigados. Tras la batalla, Vasily Grossman visitó al general Gleb Baklanov, que había estado al mando de la 13.ª División de Fusileros de la Guardia. Baklanov le dijo que «los hombres combaten ahora con inteligencia, sin frenesí. Combaten como si estuvieran trabajando». Pero se burlaba del trabajo del estado mayor del Ejército Rojo a la hora de planificar la ofensiva, y de los oficiales al mando de numerosos regimientos que no comprobaban los detalles antes de lanzar un ataque, o que mentían acerca de la posición de sus unidades. Creía además que el «grito de "¡Adelante! ¡Adelante!" es o fruto de la estupidez, o del miedo a los superiores. Por eso se derrama tanta sangre».[34]

Mucho mayor era el resentimiento reinante en el ejército alemán tras la fatídica pérdida de iniciativa en Kursk y Kharkov. La jerarquía nazi estaba nerviosa e irritada. Envidiosa todavía del sistema soviético de los *politruk*, exigió una vez más que los oficiales del ejército asumieran el papel de comisarios políticos. Pero no pudo

hacer gran cosa para contener las críticas de los mandos militares del frente oriental y de la planificación de la batalla de Kursk. Los retrasos de la operación a instancias de Hitler para esperar que llegaran los Panther habían contribuido indudablemente a aumentar la magnitud del desastre, pero no es seguro, ni mucho menos, que la acción hubiera salido bien si hubiera sido lanzada en mayo y no en julio.

Los altos mandos alemanes del frente señalaron que los soldados querían saber la verdad acerca de la situación general y que a sus oficiales les costaba trabajo responderles con franqueza. «¡El guerrero de 1943 es un hombre distinto del de 1939!», decía el *Generaloberst* Otto Wöhler, comandante en jefe del VIII Ejército tras la caída de Kharkov. «Hace tiempo que se ha dado cuenta de lo terriblemente dura que es la batalla por la existencia de nuestra nación. Odia los clisés y los lavados de cara, y quiere que le den hechos, y que se los den "en su propia lengua". Rechaza instintivamente todo lo que tiene apariencia de propaganda». Manstein, el comandante en jefe del Grupo de Ejércitos Sur, aprobó plenamente este informe.[35]

El OKH intentó entonces echar la culpa al nuevo jefe de estado mayor del VIII Ejército, el *Generalmajor* Dr. Hans Speidel, que era calificado de forma caricaturesca de «hombre intelectual e introspectivo, un investigador

originario de Wurttemberg, siempre deseoso de hacer hincapié en lo negativo y de descartar muchas cosas que son buenas».[36] Wöhler contestó manifestando rotundamente su rechazo, y Keitel prohibió inmediatamente toda ulterior correspondencia sobre la cuestión. Keitel exigió que todos los oficiales demostraran una confianza sin reservas en los mandos. Cualquier otra cosa era simple derrotismo y cualquier medida, por brutal que fuera, estaba justificada con tal de acabar con los que intentaran destruir la voluntad nacional. Aquella guerra no iba a terminar con un tratado de paz. Era cuestión de victoria o muerte. Keitel, individuo pomposo y poco inteligente, tenía razón, aunque solo por una vez, en mostrarse receloso. Speidel estaba convirtiéndose ya en uno de los principales personajes de la oposición militar a Hitler y desempeñaría un papel trascendental en la conspiración de julio del año siguiente.

32
DE SICILIA A ITALIA (mayo-septiembre de 1943)

El 11 de mayo de 1943, el mismo día en el que fuerzas norteamericanas desembarcaron en las islas Aleutianas en el norte del Pacífico, Winston Churchill y sus jefes de estado mayor llegaron a Nueva York a bordo del *Queen Mary*. El general sir Alan Brooke estaba muy preocupado por lo que pudiera pasar en la conferencia «Tridente» que iba a celebrarse al día siguiente en Washington DC. Sospechaba que los americanos estaban abandonando sigilosamente la política de «Alemania primero», pues cada vez enviaban más refuerzos a Extremo Oriente. «Sus corazones están realmente en el Pacífico», había escrito en su diario hacía apenas un mes. «Intentamos conducir dos guerras a la vez, lo cual parece verdaderamente imposible con unos recursos navales tan limitados».[1]

Brooke también tenía que evitar que Churchill volviera a sacar de sopetón uno de sus proyectos favoritos, la invasión de Sumatra para privar de petróleo a los japoneses. El primer ministro tampoco había abandonado la idea de lanzar la Operación Júpiter para ocupar el norte de

Noruega. Intentar contener su irrefrenable entusiasmo, que no guardaba relación alguna con los recursos reales de Gran Bretaña y menos aún con su poderío naval y aéreo, dejaba a Brooke completamente extenuado.

En Washington, la línea divisoria que separaba a los dos aliados en lo tocante a la guerra se hizo inmediatamente visible y quizá más profunda que antes. Muchos altos oficiales americanos pensaban que habían sido «inducidos a seguir el camino del Mediterráneo» por los británicos. El general Marshall, que se había visto obligado a ceder en lo concerniente a la Operación Husky, la invasión de Sicilia, seguía insistiendo obcecadamente en que las fuerzas estadounidenses debían abandonar el teatro de operaciones del Mediterráneo. Tenían que ser trasladadas a Inglaterra hasta que se emprendiera la invasión del norte de Francia a finales de la primavera de 1944. En caso contrario, debían dirigirse a Extremo Oriente. Es muy probable que sus palabras fueran, más que una propuesta seria, una amenaza para forzar a los británicos a comprometerse de manera irrevocable. Pero era exactamente lo que quería el almirante King.

Brooke respondió, con su tono abrupto habitual, que los Aliados occidentales no podían quedarse de brazos cruzados durante diez meses mientras el Ejército Rojo se enfrentaba al grueso de las fuerzas alemanas completamente solo. De esa manera pasaba la patata

caliente a los americanos. O bien Hitler enviaría un poderoso contingente a Italia a expensas del frente oriental y la línea defensiva del Canal de La Mancha, o bien abandonaría prácticamente el país, estableciendo una línea al norte del río Po, a los pies de los Alpes. Además, siguió diciendo, una invasión del continente a través del estrecho de Messina, una vez ocupada Sicilia, supondría la caída de Mussolini y la salida de Italia de la guerra. Recuperar el control del Mediterráneo acortaría el camino para llegar a Extremo Oriente y permitiría ahorrar el transporte por mar de un millón de toneladas en provisiones y pertrechos.

En lo que los británicos demostraron una falta de sinceridad o un exceso de optimismo fue en su aseveración de que la campaña de Italia no exigiría más de nueve divisiones. La idea del «vientre blando de Europa», que Churchill había utilizado por primera vez con Stalin, se había convertido en un mantra. El primer ministro británico incluso empezó a sugerir una invasión de los Balcanes para impedir la ocupación soviética de Europa central, ocurrencia que suscitó no pocos recelos entre los americanos. Veían en ella otro ejemplo del politiqueo británico con vistas al período de posguerra.

El 19 de mayo, en el curso de una reunión no oficial de los jefes de estado mayor de los dos países, se llegó a un compromiso. Alrededor de veinte divisiones se prepararían en Gran Bretaña para invadir Francia en la

primavera de 1944, y la ocupación de Italia procedería según lo previsto. Marshall insistió en que se respetara una condición. Tras la conquista de Sicilia, siete divisiones debían ser trasladadas del Mediterráneo a Gran Bretaña para preparar el ataque a través del Canal.

Después de tantos presentimientos negativos, al final Brooke se sintió satisfecho. Su plan de dispersar las fuerzas alemanas antes de comenzar la invasión a través del Canal de La Mancha había sido aceptado. En cualquier caso, la organización y preparación de las tropas americanas en Gran Bretaña se habían desarrollado con demasiada lentitud para poder hacer realidad la invasión de Francia en 1943, y era evidente que los Aliados carecían por el momento de las lanchas de desembarco y la superioridad aérea necesarias para coronar con éxito semejante empresa.

Churchill y Brooke volaron a Argel, acompañados por el general Marshall, para informar a Eisenhower de las decisiones adoptadas en Washington. Marshall seguía oponiéndose a la invasión de Italia, e insistió en que la decisión final solo podría tomarse una vez concluida con éxito la campaña de Sicilia. Durante el viaje, cada vez que Churchill intentaba llevárselo a su terreno en cuestiones de estrategia, Marshall desviaba la conversación formulándole, como el que no quiere la cosa, una pregunta relacionada con un tema sobre el que Churchill no pudiera evitar explayarse largo y tendido. Pero por mucho que

Marshall no quisiera adquirir ningún compromiso en lo concerniente al plan a seguir después de Sicilia, lo cierto es que Churchill y Brooke habían convencido a Eisenhower de las ventajas de una invasión de Italia, dando por hecho que la resistencia del Eje se vendría abajo.

Stalin, que esperaba que en cualquier momento los alemanes atacaran con violencia el saliente de Kursk, no estaba precisamente satisfecho con el plan de invadir Italia, como hizo constar con absoluta claridad en un mensaje dirigido conjuntamente a Roosevelt y Churchill. El primer ministro británico respondió de manera seca y cortante, aunque en realidad él era el verdadero responsable de aquella situación, pues había dicho a Stalin en febrero que la intención era comenzar la invasión a través del Canal de La Mancha en agosto, una operación que Brooke ya sabía que era imposible llevar a cabo. Había sido un burdo engaño totalmente innecesario que no hizo más que reafirmar a Stalin en su convicción de que los británicos no cumplían sus promesas.

La planificación de la Operación Husky, la invasión de Sicilia, había sido complicada, dando lugar a veces a enconados enfrentamientos. En abril, Eisenhower había considerado la posibilidad de anularla, tras enterarse de que dos divisiones alemanas habían sido desplegadas en la isla. Churchill reaccionó con absoluto desdén. «Se habría encontrado con mucho más de dos simples divisiones

alemanas» si hubiera comenzado la invasión de Francia, señaló en un informe. «Confío en que los jefes de estado mayor no acepten esas doctrinas» propias de individuos «pusilánimes y derrotistas, vengan de quien vengan», añadió.[2]

Montgomery, que había tenido un peso muy importante en las últimas batallas libradas en Túnez, comenzó a creer que los planificadores de Husky habían llevado a cabo su labor con objetivos muy distintos y pensando al revés unos de otros. Los problemas de reabastecimiento los habían inducido a creer que lo mejor era llevar a cabo un gran número de desembarcos. Montgomery rechazaba esta idea, abogando por que el VIII Ejército fuera desembarcado en el suroeste de la isla en una gran concentración de tropas, con el VII Ejército de Patton a su izquierda para apoyarse el uno al otro. Patton sospechaba que Montgomery quería alzarse él solo con la victoria y utilizar a los americanos como poco más que un simple escudo en el flanco.

Esta situación dio lugar a ciertas fricciones entre los Aliados. Patton llegó a pensar que los «Aliados deben combatir en teatros de operaciones distintos, o acabarán odiándose más que al propio enemigo».[3] El jefe de estado mayor británico de Eisenhower, el mariscal del Aire Tedder, compartía el escepticismo de Patton en lo concerniente a Montgomery. «Es un hombrecillo más bien

mediocre», dijo, por lo visto, a Patton, «que ha tenido tanta propaganda que se cree Napoleón, y no lo es».[4] Patton también pensó que Alexander tenía miedo de Montgomery, y que por esta razón no era lo suficientemente firme con él.

En el cuartel colonial francés de Argel había intrigas mucho más complejas que las que se daban en el cuartel general de las fuerzas aliadas. Desde aquel día de enero en que el general Henri Giraud y el general Charles de Gaulle tuvieron que representar la pantomima de darse amigablemente la mano en Casablanca, forzados por Roosevelt y Churchill, los gaullistas habían estado esperando que llegara su momento. El i o de mayo, coincidiendo con el tercer aniversario de la invasión de Francia por parte de los alemanes, el Conseil National de la Résistance de la Francia ocupada reconoció el liderazgo de De Gaulle. Ni Roosevelt ni Churchill podían imaginar la relevancia que tendría este hecho.

El 30 de mayo llegó por fin al aeródromo Maison Blanche de Argel el general De Gaulle, cuyo viaje había sido retrasado durante mucho tiempo por las autoridades militares americanas a instancias de Roosevelt. En medio de un sol cegador, una banda tocó la *Marseillaise*, mientras

los oficiales británicos y americanos intentaban mantenerse alejados de la escena. Tenían una buena razón para no querer aparecer en la fotografía. Un día antes, Giraud había condecorado a Eisenhower con la medalla de Gran Comandante de la Legión de Honor, pero De Gaulle, como luego se enteraría Brooke, estaba «indignado porque Giraud se hubiera atrevido a hacer eso sin consultárselo».[5]


Sicilia e Italia
Julio de 1943-Junio de 1944
Pescara
Ortona
Roma
Frascati
Nettuno
Cassino
Anzio
Terracina
San Pietro
Mignano
Foggia
Gaeta
Caserta
Capua
Nápoles
Pozzuoli
Salerno
Sorrento
Capri
Bari
Brindisi
Tarento
Golfo de Tarento
Mar Adriático
Línea Hitler
Línea Gustav
Línea Bernhardt
Calabria
Mar Tirreno
Golfo de Santa Eufemia
Mar Jónico
Messina
Trapani
Palermo
Termini Imerese
Santo Stefano
Reggio Calabria
Marsala
Corleone
Troina
Etna
Taormina
SICILIA
Agrigento
Assoro
Catania
Punta de Primosole
Licata
Gela
Augusta
Siracusa
Mar Mediterráneo
45
1 Div
51

La llave de acceso al poder era el control de *l'Armée d'Afrique*, que empezaba a rearmarse con equipamientos y armas de los americanos. Inevitablemente, seguía habiendo muchos recelos entre los oficiales tradicionales, o *moustachis*, del antiguo ejército de Vichy, que habían sido leales a Pétain, y los *hadjis*, llamados así porque habían ido en peregrinación a Londres para unirse a De Gaulle. La diferencia de número entre unos y otros era considerable. Los *moustachis* estaban al frente de doscientos treinta mil efectivos, mientras que la Francia Libre de Oriente Medio y la fuerza de Koenig, que se había distinguido en Bir Hakeim, sumaban apenas quince mil hombres. Con sutileza, los gaullistas empezaron a integrar tropas en sus propias formaciones, lo que desató la cólera de los giraudistas. Pero la autoridad moral de De Gaulle y su habilidad especial para moverse en el mundo de la política acabarían encumbrando al famoso general.

El 10 de julio se dio inicio a la Operación Husky con lanzamientos paracaidistas poco antes del amanecer, seguidos por la llegada de ocho divisiones a bordo de dos mil seiscientas embarcaciones, más que en Normandía once meses después. Al caer la noche, los Aliados tenían en tierra ochenta mil hombres, tres mil vehículos,

trescientos tanques y novecientos cañones.

Cogieron a los alemanes por sorpresa. Los Aliados habían engañado a Hitler, induciéndolo a creer que la invasión iba a tener lugar en Cerdeña y en Grecia, con la llamada Operación Mincemeat, que consistió en abandonar en una playa de España el cadáver de un supuesto oficial de la Marina Real británica con unos documentos secretos que detallaban un plan, en realidad, falso. El *Generalfeldmarschall* Kesselring, que seguía estando convencido de que Sicilia y el sur de Italia eran probablemente los verdaderos objetivos aliados, vio como su opinión no era tenida en cuenta. Mussolini había reforzado Cerdeña, confiando en que los aliados iban a desembarcar en esta isla, pues había sufrido numerosos bombardeos. Además, en Turín y en Milán se habían vivido jornadas de huelgas e intensos tumultos, que aumentaron el nerviosismo y la preocupación del régimen fascista.

El mar estaba en calma cuando zarpó la flota invasora, pero enseguida soplaron fuertes vientos que hicieron bambolear los barcos, provocando mareos y náuseas entre las tropas que iban a bordo. Los que viajaban en un buque de desembarco de tanques, o LST por sus siglas en inglés, fueron los que peor lo pasaron, pues no paraban de dar tumbos y bandazos en todas direcciones en aquella cubierta tan plana. Por fortuna, el viento amainó cuando se aproximaban a la costa. El VIII Ejército de Montgomery se

dirigió al extremo suroriental del triángulo siciliano. Sus fuerzas debían avanzar hacia el norte por la costa, en dirección a Messina, para cortar el paso a las divisiones del Eje antes de que pudieran pasar al continente. El VII Ejército de Patton tenía que desembarcar más al oeste, en tres puntos de la costa meridional de la isla, guiados también por submarinos de la Marina Real que actuaban como faros, haciendo señales con luces azules en alta mar. Una vez en las playas, su objetivo no estaba claramente definido, una vaguedad en la planificación que Patton quería aprovechar a toda costa.

El 10 de julio, poco antes de las dos de la madrugada, se dio la orden, «¡Arriad!», y las lanchas de desembarco fueron bajadas de los pescantes al agua. El mar seguía encabritado, y enseguida se produjeron escenas de soldados resbalando al pisar los vómitos de compañeros mareados. Al final, todas las embarcaciones de asalto estuvieron preparadas, y un corresponsal pudo contemplar cómo «una horda de diminutas embarcaciones, como cucarachas, ponía rumbo a la costa a toda velocidad».[6] El desembarco no fue precisamente fácil debido al fuerte oleaje y a los campos de minas que aguardaban en las playas. Con frecuencia las tropas llegaban a un lugar de la costa que no era el previsto, dando lugar a una serie de confusiones comparables a las vividas durante la Operación Torch. Unas pocas horas después llegó el turno de los

vehículos anfibios, que entraron en acción trayendo provisiones, pertrechos, combustible e incluso baterías de artillería.

En el interior de la isla, los lanzamientos de las tropas aerotransportadas habían sido bastante caóticos debido al fuerte viento. Los paracaidistas de la 1.ª División Aerotransportada británica y de la 82.ª División Aerotransportada de los Estados Unidos habían caído desparramados en una zona muy amplia. Muchos se habían roto una pierna, o incluso las dos. La fuerza de planeadores británica, cuyo objetivo era un puente clave situado justo al sur de Siracusa, Ponte Grande, fue la que peor lo pasó. Los pilotos de los remolcadores tenían poca experiencia, y navegaban muy mal. Un planeador acabó en Malta, y otro cerca de Mareth, en el sur de Túnez. Sesenta planeadores fueron soltados demasiado pronto, chocando con las aguas del mar. Pero los treinta hombres que llegaron a su objetivo, consiguieron, a pesar de todo, capturar el puente y retirar las cargas explosivas, colocadas para su demolición. En el curso de la mañana se unieron a ellos otros cincuenta hombres. Juntos resistieron los intensos ataques del enemigo durante casi toda la tarde, hasta que solo quedaron quince completamente ilesos. Aunque tuvieron que rendirse, el puente fue reconquistado muy poco después por los Reales Fusileros Escoceses que avanzaban desde la playa. Toda la operación había supuesto seiscientas bajas.

Prácticamente trescientas de ellas correspondían a hombres ahogados en el mar.

Pero, independientemente de la confusión que pudiera reinar en el bando aliado, lo cierto es que entre los trescientos mil efectivos que componían las fuerzas del Eje había aún más desorden. La tormenta marina los había convencido de que aquella noche no podía tener lugar invasión alguna. El VI Ejército del general Alfredo Guzzoni probablemente tuviera que contar con trescientos mil efectivos, pero debía de ser en teoría, pues solo disponía de dos divisiones alemanas, la 15.ª de Granaderos Acorazados y la División Panzer Hermann Göring. La primera había sido desplegada al oeste de la isla, por lo que estaba demasiado lejos para contraatacar, de modo que Kesselring ordenó a la segunda que avanzara inmediatamente hacia Gela, que había sido tomada por los Rangers del desembarco central de tropas de Patton del primer día. La 1.ª División de Infantería, «el Gran Uno Rojo», había avanzado hacia el interior para ocupar los terrenos elevados y capturar el aeródromo local.

El ataque de la Hermann Göring la mañana del 11 de julio cogió desprevenidos a los batallones de infantería que iban a la cabeza sin apoyo de los tanques. Los Sherman aún no habían sido desembarcados. Por el oeste, la División Livorno italiana también comenzó a avanzar hacia Gela, pero tuvo que detener la marcha inmediatamente debido al

intenso fuego de los morteros que disparaban fósforo blanco, bajo la dirección personal de Patton, y a la acción de la artillería naval de dos cruceros y cuatro destructores anclados frente a la costa. Al norte y al nordeste de la ciudad, los hombres de la Hermann Göring estuvieron a punto de alcanzar las playas. Su comandante llegó a informar incluso al general Guzzoni de que los americanos estaban regresando a sus naves. Pero se produjo, justo a tiempo, el desembarco de un pelotón de tanques Sherman y de varias piezas de artillería. Los «Long Tom» de 155 mm entraron rápidamente en acción, disparando contra sus objetivos en campo abierto.

En un viñedo situado a los pies del cerro Biazza, en el este, parte del 505.° Regimiento de Infantería Paracaidista a las órdenes del coronel James M. Gavin se encontró con unos tanques Tiger pertenecientes a la División Hermann Göring. Gavin no tenía dudas de la agresividad de sus hombres, que, antes de abandonar Argel, habían practicado su puntería con «algunos árabes de aspecto amenazador».[7] Pero para enfrentarse a los Tiger solo disponían de bazookas y de un par de cañones de campaña de 75 mm.

Por fortuna para los paracaidistas, un alférez de marina se ofreció a pedir por radio el apoyo de la artillería naval. Gavin estaba comprensiblemente nervioso, preguntándose cuan certeros serían sus disparos. Solicitó que primero se probara con un solo disparo, que dio en el

blanco. Entonces pidió fuego de concentración. Los alemanes empezaron a replegarse, y a continuación llegaron los primeros carros de combate Sherman de la playa, para júbilo y alborozo de los paracaidistas. Juntos atacaron el cerro y acabaron con la vida de la tripulación de un Tiger que, estúpidamente, se encontraba fuera de su tanque, tanque que los hombres de Gavin capturaron. Miraron en la parte delantera del tanque los impactos de sus bazookas, y comprobaron que apenas habían hecho mella en su duro blindaje frontal. Los carros de combate de la Hermann Göring tuvieron que emprender rápidamente la retirada desde el frente bajo el fuego incesante de la artillería naval americana. Patton, que había elogiado y maldecido a sus hombres en los alrededores de Gela, se sintió plenamente satisfecho. «No cabe duda de que Dios ha velado por mí en el día de hoy», escribiría en su diario.[8]

Por la noche, el humor de Patton volvió a cambiar. El 504.° Regimiento de Infantería Paracaidista debía volar desde Túnez a primera hora para saltar tras las líneas del VII Ejército como tropa de refuerzo. El general americano quiso abortar la operación, pero se encontró con que ya era demasiado tarde. Sospechaba que su orden de no disparar, dada a los artilleros de las baterías antiaéreas en los barcos y en tierra, no había sido difundida apropiadamente. Los artilleros no podían distinguir claramente entre los suyos y el enemigo, especialmente en la oscuridad de la noche, y

tenían los nervios a flor de piel tras los intensos ataques sufridos aquel día a manos de la Luftwaffe. Los comandantes de las tropas de desembarco se quejaban de la falta de cobertura aérea en las playas, pero sus colegas de la aviación seguían negándose a poner en peligro sus cazas en un momento en el que las baterías antiaéreas aliadas abrían fuego contra todo lo que volara.

Los temores de Patton se hicieron realidad. Una ametralladora comenzó a disparar cuando aparecieron en el cielo los C-47, y al momento todo el mundo empezó a abrir fuego, incluso las tripulaciones de los tanques con sus ametralladoras de 12,5 mm montadas en las torretas. Los hombres de Patton simplemente no podían contenerse. Seguían disparando a los paracaidistas que iban descendiendo, incluso cuando llegaban a tierra o caían en el agua. Fue uno de los ejemplos más horribles y absurdos de «fuego amigo» en el bando de los aliados durante la guerra, saldándose con veintitrés aviones destruidos, treinta y siete inutilizados y más de cuatrocientas bajas. Eisenhower, cuando se enteró al final de la noticia, se puso hecho una furia y culpó a Patton.

La posición de Patton, sin embargo, mejoró cuando el general Guzzoni ordenó que la Hermann Göring se dirigiera al este para cortar el paso al VIII Ejército en la carretera situada al norte de Messina. Los británicos habían conquistado Siracusa sin apenas encontrar resistencia. Pero

a lo largo de los siguientes días, mientras avanzaban por la carretera de la costa en dirección a Catania, los combates fueron más encarnizados. Los alemanes estaban en el proceso de reforzar la isla con la 29.ª División de Granaderos Acorazados y la 1.ª División Paracaidista. El cuartel general del XIV Cuerpo Panzer del general Hube había llegado en avión a la isla para dirigir a las tropas de la Wehrmacht. Pero el objetivo principal de Hube, con el acuerdo de Guzzoni, era librar una batalla de resistencia para proteger Messina y el estrecho, de modo que sus fuerzas pudieran ser evacuadas al continente con el fin de evitar otra rendición como la de Túnez.

El 13 de julio, los británicos intentaron otro lanzamiento paracaidista, esta vez para capturar el puente de Primosole, cerca de Catania. Una vez más, los aviones se convirtieron en objetivo de la flota invasora, así como de los cañones antiaéreos de las fuerzas del Eje, provocando el caos. De los mil ochocientos cincuenta y seis efectivos de la 1.ª Brigada Paracaidista, apenas trescientos llegaron al punto de encuentro, situado en las inmediaciones del puente. Al día siguiente, por la mañana, estos hombres ya tenían asegurado su objetivo, después de haber retirado del puente las cargas explosivas que habían sido colocadas por los alemanes para su posible demolición. Una serie de contraataques emprendidos por el recién llegado 4.° Regimiento Paracaidista estuvo a punto de obligarlos a

replegarse, pero, a pesar de perder un tercio de sus fuerzas, los británicos consiguieron resistir.

La 151.ª Brigada, con tres batallones de la Infantería Ligera de Durham, venía en su ayuda, avanzando a marchas forzadas a lo largo de cuarenta kilómetros, cargada con todo su equipamiento y con una temperatura de 35°. En el camino se vieron sorprendidos por los ataques de los cazas alemanes y también de los bombarderos americanos. El 9.° batallón de Durham fue alcanzado de lleno por el fuego de las ametralladoras MG 42 (llamadas «Spandau» por los ingleses) de unos paracaidistas alemanes perfectamente camuflados. Sufrió numerosas bajas. «En el terreno elevado desde el que observábamos al 9.° Batallón atacando frontalmente», escribiría un «durham», «la vista era espeluznante. Las aguas del río Simeto corrían, literalmente, rojas de sangre del 9.° Batallón. A las 09:30 todo había terminado. Habían conseguido impedir que los alemanes volaran el puente».[9]

Otro batallón de Durham logró vadear el río más tarde y sorprender a los alemanes, pero los encarnizados combates siguieron. Los de Durham contarían que los francotiradores alemanes disparaban contra los sanitarios que iban recogiendo a los heridos. Cuando el batallón empezaba a quedarse sin municiones, los vehículos blindados y armados de transporte, los llamados «Bren gun carriers», se encargaban de ir a buscar más y de traérselas.

El hedor de los cadáveres en medio de aquel calor hizo que los tripulantes de esos vehículos llamaran aquel lugar «el callejón maloliente». Pero al final los paracaidistas alemanes tuvieron que replegarse cuando llegó la 4.ª Brigada Acorazada.

Mientras seguían los combates en el puente de Primosole, en el oeste la 51.ª División Highland atacaba Francoforte, un pueblo típico siciliano situado en lo alto de una colina llena de olivares en terrazas, al que solo podía accederse por una polvorienta carretera que recorría en zigzag la empinada ladera dibujando sinuosas curvas. A su izquierda, otro grupo de la división consiguió capturar Vizzini, tras otra breve, pero feroz, acción. Confiados, los escoceses de la División Highland comenzaron un rápido avance. Pero pronto recibirían una desagradable sorpresa en Gerbini, donde los alemanes habían organizado una férrea defensa en el aeródromo local. Los hombres de la Hermann Göring y la división paracaidista alemana utilizaron sus cañones antitanque de 88 mm con una eficacia devastadora. El XIII Cuerpo británico que se encontraba en la llanura de la costa no podía avanzar, y el XXX Cuerpo se vio obligado a combatir de cerro en cerro. Los soldados británicos, que detestaban luchar en las rocosas colinas de Sicilia, empezaron a sentir nostalgia de sus días en el desierto del norte de África.

Montgomery decidió trasladar su XXX Cuerpo al

sector de Patton para que pudiera atacar por la ladera occidental del Etna. Alexander autorizó este movimiento sin consultarlo con Patton, que, comprensiblemente, se puso hecho una furia. El general de división Ornar Bradley, comandante del II Cuerpo, se enfadó todavía más, y dijo a Patton que no debía permitir que los británicos le hicieran una cosa así. Pero Patton, tras la bronca de Eisenhower por el desastre ocurrido con las fuerzas aerotransportadas y por la nula información que recibía del cuartel general del VII Ejército, no quería librar otra batalla con un superior. Bradley no podía creer que Patton llegara a ser tan dócil.

Aunque lo apodaban el «GI General» («general recluta») por su aparente falta de pretensiones y por su aspecto rústico, lo cierto es que Bradley era un individuo implacable y ambicioso. Patton no se daba cuenta de la envidia que le inspiraba. Pero los dos tuvieron que hacer frente a un escándalo en potencia. En la 45.ª División de Infantería de Bradley, una formación de la Guardia Nacional a la que Patton había animado a que se ganara el apelativo de «la división asesina» antes de comenzar la invasión, un sargento y un capitán mataron a sangre fría a más de setenta prisioneros totalmente desarmados. La primera reacción de Patton fue indicar que los soldados fallecidos fueran clasificados como francotiradores o como prisioneros contra los que había sido preciso disparar cuando trataban de huir. Las autoridades militares

decidieron ocultar todo el asunto, aduciendo que, si se enteraban los alemanes, probablemente tomaran represalias contra prisioneros aliados.

Patton consiguió convencer a Alexander de que, en vez de limitarse a proteger el flanco izquierdo de Montgomery, también lo autorizara a capturar el puerto de Agrigento, situado en la costa occidental de la isla, para aliviar su situación en lo tocante a los suministros. Cuando Alexander dio su consentimiento no imaginaba cuáles eran las verdaderas intenciones del general americano. Patton aprovechó la oportunidad que se le brindaba para avanzar por la costa hacia el noroeste, y por las montañas hacia el norte, en dirección a Palermo. Con unos suministros de vehículos y de artillería autopropulsada tan generosos, el ejército de los Estados Unidos podía moverse con mucha más rapidez que el británico, cuyos comandantes, además, parecía que consideraban que los combates en los viñedos de las colinas y en las rocosas montañas bajo un sol cegador constituían una experiencia sumamente ardua y penosa. Los británicos no habían sabido comprender un principio fundamental de Patton, aprendido a raíz del desastre de Kasserine: primero, siempre capturar rápidamente el punto más elevado. La topografía lo era todo.

El 17 de julio, Patton se enteró de que Alexander y Montgomery esperaban que el VII Ejército de los Estados Unidos actuara como escudo en el flanco. No estaba dispuesto a aceptar un papel secundario, y voló a Túnez para entrevistarse con Alexander. Fue acompañado de otro general cuya anglofobia era por todos conocida, Albert C. Wedemeyer, que, como representante del general Marshall, tenía mucho peso. Alexander, avergonzado por haber sido tan condescendiente con las exigencias de Montgomery, permitió inmediatamente a Patton continuar con su avance. Patton ya no sentía el mismo respeto por Alexander, pero en aquellos momentos contaba con la autorización del comandante de su grupo de ejércitos para hacer con sus divisiones lo que deseara.

Al igual que sus soldados, el general Patton quedó asombrado por la pobreza, la suciedad, la degradación y la insalubridad que vio en las ciudades y los pueblos de Sicilia. «La gente de este país», escribiría en su diario, «es la más necesitada que he visto en mi vida y la que está más abandonada de la mano de Dios».[10] Muchos soldados americanos pensaban que las condiciones de vida en Sicilia eran mucho peores que en el norte de África. Los sicilianos pasaban hambre y solían pedir algo que llevarse a la boca a las tropas, llegándose incluso a producir en las ciudades y aldeas escenas de violencia por la comida, a las

que la policía militar ponía fin disparando con sus metralletas Thompson por encima de las cabezas de los que protestaban o incluso directamente al cuerpo.

Aunque bajo el intenso sol había lugares de gran belleza en aquella tierra rocosa, repleta de olivares y limoneros, la vida primitiva de la población, que dependía de burros y de carros para transportar sus mercancías o para trasladarse de un lugar a otro, parecía propia de los tiempos de la Edad Media. Patton comentaba en una carta dirigida a su esposa que «cualquier mujer de esta isla se vende por una lata de alubias, pero hay muy pocos compradores». Estaba totalmente equivocado, pues el aumento de enfermedades venéreas hizo estragos en los dos ejércitos. Un hospital de campaña británico tuvo ciento ochenta y seis casos de ese tipo de dolencias en un solo día.[11]

El 19 de julio, Hitler y Mussolini se reunieron en Feltre, en el norte de Italia. La ampulosidad y la autosuficiencia del Duce se habían evaporado. Hitler no paró de meterle miedo en el cuerpo, y Mussolini no abrió la boca durante aquel discurso de dos horas de duración sobre las deficiencias de Italia. El Führer, tal vez excitado por las anfetaminas que tomaba por aquel entonces, parecía rebosar energía. El Duce, por su parte, era un hombre mermado, tanto física como psicológicamente. Aquel individuo que se había jactado de su estado físico, y que no

pocas veces había alardeado de él mostrando su torso —costumbre que Hitler consideraba indigna—, tenía ahora fuertes dolores estomacales y se mostraba melancólico, lánguido e indeciso. Como le ocurriría más tarde a Hitler con los alemanes, Mussolini pensaba que sus compatriotas no valían para nada y no eran dignos de su liderazgo. Pero, al igual que Hitler, nunca había realizado una visita al frente ni a las víctimas de los bombardeos.

Su incapacidad de confiar en nadie había alejado a Mussolini completamente de la realidad. Pretendía saberlo todo, ser el dictador que todo lo ve, pero nadie de su entorno se atrevía a decirle que la mayoría de los italianos lo odiaba y ya no quería saber nada de su guerra. La compulsión del Duce a decretar múltiples órdenes para todo tipo de asuntos, tanto de ámbito público como privado, también suponía que fuera, en palabras de un secretario del Partido Fascista, «el hombre más desobedecido de la historia».[12] El gobierno iba a la deriva, y su yerno, el conde Ciano, que no se atrevía a contradecirlo abiertamente, ya estaba conjurando para provocar su caída con la esperanza de asumir el poder y negociar una paz con los Aliados occidentales.

Durante la entrevista celebrada en Feltre, llegó la noticia de que los americanos habían bombardeado por primera vez áreas de clasificación de trenes cerca de Roma. Mussolini quedó conmocionado, y más aún cuando

supo que los ataques habían provocado un gran pánico en la capital. Hitler, viendo que el gobierno de Mussolini probablemente estuviera al borde del abismo, no solo había preparado un gran contingente de tropas para ocupar el país, sino que también había enviado tanques a las milicias de los Camisas Negras italianos para que pudieran impedir cualquier intento de golpe de estado de los antifascistas.

El 22 de julio, la 3.ª División del general Lucían K. Truscott entró en la derruida ciudad de Palermo, y el II Cuerpo de Bradley llegó a Termini Imerese, alcanzando así la costa septentrional de la isla. Patton, exultante, se instaló en la grandeza del Palacio Real de Palermo, donde comía las raciones K del ejército americano en platos de porcelana blasonados en el gran salón de celebraciones oficiales y bebía champagne. Los británicos, por su parte, seguían sudando tinta a uno y otro lado del Etna. Un regimiento de la 1.ª División de Canadá logró capturar la localidad de Assoro tras escalar una colina, como casi dos siglos antes hiciera el general Wolfe para conquistar Quebec.

El 24 de julio, el Gran Consejo Fascista se reunió en Roma. Al principio se evitaron todo tipo de críticas, y Mussolini no supo darse cuenta de lo que estaba ocurriendo en realidad. Muy apesadumbrado, parecía completamente apático, casi paralizado. La reunión se prolongó durante toda la noche. Al cabo de unas diez horas,

el conde Diño Grandi, embajador en Londres antes de la guerra, presentó una moción para regresar al régimen de monarquía constitucional y recuperar la institución del parlamento democrático. El hecho de que Mussolini no supiera reaccionar convenció a varios de los presentes de que simplemente quería encontrar una salida que no le perjudicara. La propuesta de Grandi fue aprobada por diecinueve votos contra siete.

Al día siguiente, Mussolini, que había olvidado afeitarse, fue a Villa Savoia para entrevistarse con el rey Vittorio Emanuele III. Actuaba como si no hubiera ocurrido nada importante. Pero cuando empezó a hablar, el rey, un hombre bajito y menudo, lo interrumpió y le dijo que el mariscal Pietro Badoglio iba a asumir el cargo de primer ministro. Cuando Mussolini, estupefacto, se disponía a abandonar los regios salones, fue detenido por unos oficiales del cuerpo de *Carabinieri*, que lo trasladaron en una ambulancia a su cuartel, un edificio fuertemente custodiado. Aquella noche la radio se hizo eco de la noticia, y las calles de la ciudad se llenaron de gentes que gritaban, llenas de júbilo, «*Benito è finito*!». En cuestión de horas, el fascismo se derrumbó en Italia, desapareciendo de la vista como cuando en un teatro se desaloja el escenario para dar paso a la representación de una nueva obra. Ni siquiera las milicias de los Camisas Negras, armadas con tanques alemanes, hicieron nada para impedir la caída del

Duce. En Milán, un gran número de trabajadores corrió precipitadamente a las cárceles para liberar a los antifascistas.

Cuando se enteró de lo ocurrido en Roma, Hitler quiso lanzar una división de paracaidistas en la ciudad para detener a los miembros del nuevo gobierno y a la familia real. Sospechaba que los masones y el Vaticano estaban detrás de la caída de Mussolini. Rommel, Jodl y Kesselring consiguieron convencerlo de que no atacara la capital italiana. Evidentemente, el Führer no confiaba en que Badoglio mantuviera su promesa de seguir en la guerra. Fuerzas alemanas ocuparon el paso del Brennero y una serie de instalaciones clave del norte de Italia con ocho divisiones. Se había preparado una operación llamada «Alarico» para invadir todo el país en el caso de que Italia se rindiera. Hitler pidió a sus servicios de inteligencia que averiguaran el lugar en el que Mussolini había sido encerrado, y que para ello recurrieran a cualquier medio, incluso a los sobornos y a los videntes.

A Patton le hervía la sangre, y estaba firmemente decidido a capturar Messina antes de que pudiera hacerlo Montgomery. Y así lo ordenó a sus hombres, por mucho que un gran número de ellos sucumbiera al intenso calor y

a la deshidratación. La malaria, la disentería, el dengue y las fiebres habían sido la causa de un elevado porcentaje de las bajas sufridas fuera de los combates. Solo la malaria afectaría a unos veintidós mil hombres de los dos ejércitos aliados presentes en Sicilia.

El 25 de julio, Patton voló a Siracusa por petición de Montgomery para hablar sobre el avance a Messina. La falta de instrucciones del cuartel general aliado hacía que fuera indispensable abordar este asunto. Montgomery reconoció tácitamente que estaba bloqueado en el sur de Catania, y sin esperar a Alexander comenzaron a comentar la situación con un mapa extendido sobre la parte frontal del vehículo especial de estado mayor de Montgomery, un Humber. Para sorpresa de Patton, Montgomery accedió a que las fuerzas americanas se saltaran los límites estipulados si ello les permitía llegar antes a Messina. Alexander llegó finalmente acompañado de Bedell Smith. Los importantes acontecimientos que tenían lugar en Roma habían sido la causa de su retraso. El comandante del grupo de ejércitos no ocultó su enfado cuando se enteró de que sus dos generales habían llegado a un acuerdo sin contar con él. Sin embargo, aunque Montgomery hubiera cedido el paso al VII Ejército en Siracusa, Patton estaba firmemente decidido a ganar la carrera de una vez por todas.

Sus hombres, sudorosos y cubiertos de polvo, avanzaron por el rocoso paisaje siciliano de cerro en cerro,

de colina en colina. Como los británicos, tenían que subir por las empinadas laderas sus provisiones y pertrechos cargados en mulas. Las dos divisiones alemanas de granaderos acorazados los obligaron a combatir durante todo el viaje, volando puentes y colocando minas y trampas explosivas en cuanto tenían ocasión. Los soldados americanos estaban furiosos por la costumbre de los alemanes de colocar trampas explosivas en los muertos, por lo que a veces se vengaban en los prisioneros. Los campos apestaban a cadáver en descomposición, y también las ciudades, arrasadas por el fuego de la artillería y los bombardeos que sembraban el terror y la muerte entre la población civil. Los cuerpos sin vida eran amontonados en medio de los escombros, rociados con gasolina y quemados para evitar la propagación de enfermedades.

Durante la primera semana de agosto, los combates en Troina, una localidad situada en una zona montañosa, se saldaron con quinientas bajas de la 1.ª División de Infantería de los Estados Unidos. Patton ya había decidido que su comandante, Terry Allen, estaba agotado, y en cuanto terminó la batalla por Troina lo relevó, junto a su segundo al mando, el general de brigada Teddy Roosevelt Jr. Bradley, que detestaba a Allen por su evidente falta de respeto, se sintió muy satisfecho.

El 3 de agosto, Patton realizó una visita al 15.° Hospital de Evacuación. Se mostró visiblemente

conmovido inspeccionando a los heridos, pero expresó su repugnancia ante las bajas por causas psicológicas. Patton preguntó a un soldado de la 1.ª División, un joven de Indiana que en la vida civil se dedicaba a enmoquetar, y que sufría fatiga de combate, cuál era su problema. «Creo que no puedo soportarlo», contestó el muchacho con una expresión de impotencia. Patton montó en cólera, lo abofeteó con sus guantes y lo arrastró fuera de la tienda de campaña. Propinándole una patada en el trasero, gritó: ¡Me oyes, maldito cobarde, ahora mismo vuelves al frente!». Una semana después Patton volvería a estallar durante su visita al 93.° Hospital de Evacuación. Llegó incluso a apuntar con la pistola a su víctima, amenazando con disparar por haber cometido un acto de cobardía. Un periodista británico, que por casualidad presenció la escena, le oyó decir luego: «¡Eso de la psicosis traumática por culpa de las bombas no existe! ¡Es una invención de los judíos!»[13]

Para acelerar el avance por la costa en el norte de la isla, Patton consiguió que la marina americana le proporcionara las lanchas de desembarco necesarias para introducir un batallón tras las líneas enemigas, a quince kilómetros del frente. Tanto Bradley como Truscott mostraron su firme oposición al plan, y, como temían, el batallón en cuestión fue prácticamente aniquilado después de conquistar una colina clave, Monte Cipolla. Para Patton,

aquella trágica y costosa jugada estaba totalmente justificada. Ignoraba que los alemanes ya habían empezado a evacuar a sus tropas al otro lado del estrecho de Messina en una operación perfectamente organizada. La retirada de los alemanes se aceleró el 11 de agosto. El cuartel general de las Fuerzas Aliadas no supo aplicar las medidas necesarias para impedirlo. Antes bien, Tedder seguía utilizando sus Fortalezas Volantes B-17 para bombardear los enclaves ferroviarios de los alrededores de Roma, y la Marina Real británica y la Armada de los Estados Unidos se negaban a recurrir a sus grandes buques porque la artillería de las fuerzas del Eje estaba posicionada en la costa italiana. Más tarde Eisenhower lamentaría no haber procedido al desembarco de tropas al otro lado del estrecho, pero la realidad fue que unos ciento diez mil soldados del Eje fueron evacuados de Sicilia prácticamente sin sufrir pérdida alguna. Este fallo se debió, en gran medida, a la postura del general Marshall, que no quería emprender una invasión general de toda la Italia peninsular.

A Patton lo que más le importaba era que sus tropas habían llegado a Messina antes que las de Montgomery, y realizó una entrada triunfal en la ciudad en ruinas el día 17 de agosto por la mañana. Pero pudo disfrutar de su triunfo muy poco tiempo. Estaba a punto de desatarse una tormenta por los incidentes que había protagonizado en los dos hospitales, pues, aquella misma mañana en Argel,

Eisenhower se había enterado de lo ocurrido por unos corresponsales de guerra americanos. En los Estados Unidos nadie sabía nada, y el presidente Roosevelt había enviado incluso un mensaje al volcánico Patton felicitándolo efusivamente y diciéndole que Harry Hopkins había propuesto que «al término de la guerra debería nombrarte marqués del Etna».[14]

El hecho de que un oficial golpeara a un subordinado constituía un delito que debía ser juzgado por un tribunal militar, pero Eisenhower, aunque estaba furioso con Patton, no quería perderlo. Así pues, convenció a los periodistas americanos y británicos de que olvidaran aquella historia. Tras rumiar y meditar el asunto durante varios días con sus respectivas noches, Eisenhower ordenó a Patton que pidiera disculpas a los dos soldados, al personal médico que había presenciado los incidentes y que también pidiera públicamente perdón a las tropas. Algunos lo vitorearon, pero los hombres de la 1.ª División de Infantería, resentidos aún por la destitución de Allen y de Teddy Roosevelt, escucharon sus disculpas en absoluto silencio.

La campaña de Sicilia, aunque permitió que muchos soldados del Eje lograran escapar, había demostrado sin lugar a dudas su importancia. Causó muchísimas bajas —doce mil ochocientas en el VIII Ejército y ocho mil ochocientas en el VII Ejército de Patton—, pero sirvió para

animar a los hombres y subirles extraordinariamente la moral, y para mejorar diversas tácticas, tanto en las operaciones anfibias como en los combates posteriores. Los aliados tenían en aquellos momentos prácticamente el control del Mediterráneo, y disponían de un gran número de aeródromos desde los que poder atacar Italia y otros países más alejados. La invasión también había precipitado la caída de Mussolini, y enfurecido a Hitler, que en su Guarida del Lobo comenzaría a ser víctima de su propia ira, del pánico y de un estado de depresión. La destrucción de Hamburgo por la RAF había desconcertado al Führer mucho más de lo que él se atrevería a admitir, y las ofensivas del Ejército Rojo en el frente oriental, tras la batalla de Kursk, pondrían de manifiesto el escaso número de sus tropas.



Arriba: El generalísimo nacionalista y Madame Chiang Kai-shek con el general Stilwell.
Abajo: MacArthur, Roosevelt y Nimitz en Pearl Harbor, 26 de julio de 1944.









Arriba izquierda: Las tropas estadounidenses desembarcan en Bougainville, 6 de abril de 1944.
Izquierda: Accidente en un portaaviones. Un Hellcat se estrella al aterrizar en la cubierta de vuelo.
Arriba: Un prisionero alemán en París, 26 de agosto de 1944.



Arriba: Unas mujeres trasladan a un herido en camilla durante la sublevación de Varsovia.
Derecha: Servicios sanitarios durante los bombardeos de Berlín.







Izquierda: Churchill en Atenas con el arzobispo Damaskinos, diciembre de 1944.

Derecha: Tropas británicas ocupan Atenas.

Abajo: Iwo Jima: la playa Roja, febrero de 1945.





La batalla de Manila: rescate de unas filipinas, febrero de 1945.

En agosto, Churchill, Roosevelt y sus jefes de estado mayor volvieron a reunirse, esta vez en Quebec, para celebrar la conferencia «Cuadrante», organizada por el primer ministro canadiense, William Mackenzie King. Unos días antes, Churchill había hablado del proyecto de la bomba atómica con Roosevelt. Los americanos habían intentado mantener a los británicos al margen de esa investigación, cuyo nombre secreto era *Tube Alloys*, pero Churchill consiguió convencer a Roosevelt de que debía desarrollarse como un proyecto común.

En Quebec se abordó el tema de la inminente rendición de Italia, que parecía confirmarse tras los intentos de negociación del emisario de Badoglio, el general Giuseppe Castellano, a través de enlaces en Madrid y Lisboa. Se abría una perspectiva alentadora. Los aeródromos italianos podían ser utilizados para bombardear Alemania y los yacimientos petrolíferos de Ploesti, como señalaría el general «Hap» Arnold, jefe de las fuerzas aéreas estadounidenses. Pero el entusiasmo británico por emprender una campaña general en Italia para avanzar hacia el norte, hasta la línea del río Po, no era compartido por los americanos, por mucho que Brooke insistiera con ahínco en que con ello conseguiría alejarse a las divisiones alemanas del frente de Normandía.

Roosevelt y Marshall no querían que el avance fuera

más allá de la ciudad de Roma, aunque ello supusiera dejar que sus tropas permanecieran ociosas en Italia. Sospechaban, no exentos de razón, que los británicos utilizarían la campaña italiana para retrasar la invasión de Francia y emplear más recursos en el noreste, esto es, en los Balcanes y en Europa central. Lamentablemente, la insistencia y la pesadez con las que Churchill quería convencerlos de su estrategia —pretendía invadir Rodas y las islas del Dodecaneso para que Turquía entrara en la guerra— no hacían más que confirmar sus temores. Marshall se mantuvo firme en su postura: las siete divisiones destinadas a la invasión de Normandía debían estar fuera de Italia el i de noviembre, como había sido acordado en la conferencia «Tridente».

La invasión de Normandía, llamada ya Operación Overlord, quedó fijada para mayo de 1944. El teniente general sir Frederick Morgan, jefe de estado mayor del que sería el comandante supremo aliado, ya estaba planificando las fases iniciales del proyecto. Con el apoyo del general Arnold, subrayó que era sumamente urgente debilitar en primer lugar a la Luftwaffe. En tres ocasiones, Churchill había prometido precipitadamente al general Brooke el mando supremo, pero en aquellos momentos tendría que enfrentarse a una realidad: Roosevelt iba a insistir en que este cargo debía recaer en un norteamericano, pues eran los Estados Unidos los que iban a aportar la mayoría de los

efectivos. Además, los americanos creían, aunque equivocadamente, que Brooke era contrario a la invasión de Francia.

Brooke tuvo una gran decepción cuando Churchill le comunicó que al final no iba a estar al mando de la Operación Overlord. Nunca se recuperaría totalmente de aquel duro revés. Pero su consternación fue aún mayor cuando se enteró de que, en secreto, Churchill había acordado a cambio que el almirante lord Louis Mountbatten estuviera al frente del SEAC, el nuevo mando aliado en el sudeste asiático. Parecía que el candidato evidente para dirigir la Operación Overlord era el general Marshall, aunque evitara dar un paso adelante en este sentido.

El 3 de septiembre, Churchill abandonó Quebec en tren para dirigirse a Washington. Llegó en el momento preciso de vivir una jornada histórica. El impecable y pulcro general Castellano, jefe de estado mayor de Badoglio, y el jefe de estado mayor de Eisenhower, el general Bedell Smith, habían firmado en secreto el armisticio de Italia tras arduas negociaciones. Los alemanes habían aumentado su presencia en el país, y ahora tenían en él dieciséis divisiones. Como cabe imaginar, los italianos estaban aterrorizados por las posibles represalias de los que hasta entonces habían sido sus aliados.

Aquel día, al amanecer, tropas británicas y canadienses

desembarcaron cerca de Reggio Calabria. Contaban con el apoyo de los buques de guerra y del fuego de la artillería del otro lado del estrecho de Messina, pero aquella hermosa mañana de septiembre los desembarcos no fueron repelidos, y el mar estaba en calma. Los británicos llamaron esa operación «la regata del estrecho de Messina». Enseguida se llevaron a cabo más desembarcos en la punta de la bota italiana y en la base naval de Tarento. El almirante Cunningham decidió arriesgar y enviar a los hombres de la 1.ª División Aerotransportada a Tarento en cruceros de la Marina Real inglesa. La flota italiana puso rumbo a Malta para rendirse, pero la Luftwaffe atacó y, con una de sus nuevas bombas guiadas «Fritz X», hundió el acorazado *Roma*, matando a mil trescientos marineros.

Toda la campaña italiana se caracterizaría por los errores de concepción y las ideas ilusorias. Debido a una serie de mensajes interceptados por Ultra antes de que se iniciara esta empresa, en el cuartel general de las fuerzas aliadas se pensaba que, si los italianos se rendían, los alemanes se replegarían a la línea Pisa-Rimini del norte de Italia. Sin embargo, Hitler ya había decidido que semejante retirada equivaldría a abandonar los Balcanes a espaldas de sus aliados croatas, rumanos y húngaros. Además, los italianos, a pesar de lo que habían asegurado a Bedell Smith, no estaban en realidad preparados para defender Roma de los alemanes. A Dios gracias, el plan de lanzar

sobre Roma a la 82.ª División Aerotransportada, coincidiendo con los principales desembarcos en Salerno, fue abortado en el último momento, cuando los aviones se disponían a despegar. Toda la formación habría sido aniquilada de haberse seguido con esta operación.

El 8 de septiembre, Hitler, que había pasado demasiado tiempo deplorando los acontecimientos que tenían lugar en Italia, voló al cuartel general de Manstein, en el sur de Rusia, para hablar sobre la crisis en el frente oriental. El Ejército Rojo se había abierto paso entre el Grupo de Ejércitos Centro de Kluge y el Grupo de Ejércitos Sur de Manstein. Cuando regreso a su Guarida del Lobo aquella misma noche, el Führer se enteró de que acababan de anunciar la firma del armisticio de Italia y de que había desembarcado en Salerno, a unos cincuenta kilómetros al sudeste de Nápoles, la primera tanda de tropas del V Ejército estadounidense del general Mark Clark. No es difícil imaginar cuál era su estado de ánimo tras recibir la noticia de la «traición» de Badoglio, por mucho que la esperara. Convocó a Goebbels y a otros líderes nazis a una reunión que se celebraría al día siguiente. «El Führer», escribió Goebbels en su diario, «está firmemente decidido a hacer tabla rasa en Italia».[15]

La Operación Axis (la antigua Alarico) fue puesta en marcha con vertiginosa rapidez. Una de las principales prioridades del *Generalfeldmarschall* Kesselring era

capturar la capital italiana. Los paracaidistas alemanes entraron en la ciudad mientras los romanos seguían celebrando lo que creían que era el fin de la guerra para ellos. El rey y el mariscal Badoglio consiguieron escapar por los pelos. Las dieciséis divisiones alemanas desarmaron a los soldados italianos y acabaron con todo aquel que ofreció resistencia. Unos seiscientos cincuenta mil fueron capturados como prisioneros de guerra. En su mayoría, fueron enviados más tarde a trabajar como mano de obra esclava. Himmler no tardó en ordenar al jefe de la policía de seguridad de Roma, el *SS Obersturmführer* Herbert Kappler, que se procediera a la detención de los ocho mil judíos que residían en la capital.

Mientras ocupaban Roma, los alemanes también enviaron fuerzas para impedir un posible desembarco angloamericano en el golfo de Salerno, que parecía el lugar idóneo para comenzar una invasión en esa zona del litoral tirreno. El recientemente creado X Ejército alemán estaba a las órdenes del general Heinrich von Vietinghoff, que inmediatamente envió la 16.ª División Panzer, sucesora de la formación del mismo nombre destruida en Stalingrado, a tomar posiciones en las colinas desde las que se dominaba la gran bahía. El 8 de septiembre, poco antes del anochecer, justo después de que las fuerzas aliadas hubieran celebrado la noticia de la rendición de Italia a bordo de sus naves invasoras, las primeras tropas alemanas ya estaban en sus

posiciones para darles la bienvenida cuando desembarcaran a primera hora del día siguiente.

Las tropas aliadas se vieron sorprendidas por aquella empecinada e inesperada resistencia. Solo cuando los dragaminas despejaron el paso por un canal a la mañana siguiente pudieron los buques de guerra aproximarse suficientemente a la costa para localizar las concentraciones de tanques y las baterías alemanas. En Salerno salió mal casi todo lo que podía salir mal. El general de división Ernest Dawley, comandante del VI Cuerpo de los Estados Unidos, solo contribuyó a crear más caos en tierra. No aseguró su flanco izquierdo con las tropas británicas participantes hasta que Clark lo obligó a hacerlo tres días después, cuando los alemanes ya habían reforzado su posición. Una tras otra, habían llegado al frente de Salerno tres divisiones alemanas, la División Panzer Hermann Göring y la 15.ª y la 29.ª División de Granaderos Acorazados.

Tanto los británicos como los americanos se vieron atrapados en campos de cultivo de tabaco, o en manzanares y melocotonares, o en las dunas de la playa, donde, aparte de unos cuantos matorrales y algas, no había lugares tras los que poder refugiarse. Bajo la atenta mirada de los artilleros alemanes que oteaban desde sus posiciones elevadas, resultaba harto difícil y peligrosa cualquier operación de evacuación durante el día, y para curar a los

heridos el personal sanitario tenía que arreglárselas con la sulfamida y las vendas de primeros auxilios que llevaban en los botiquines.

En el extremo izquierdo, solo los Rangers del teniente coronel William Darby habían tenido el éxito esperado tras avanzar hacia el interior para capturar una serie de enclaves en el paso de Chiunzi. Esta zigzagueante carretera cruzaba la zona montañosa de la península de Sorrento, y por ella se llegaba a Nápoles. Desde sus posiciones, pudieron dirigir a los artilleros de los barcos anclados en el golfo, que, elevando al máximo sus cañones, consiguieron bombardear a las tropas de refuerzo y los convoyes de provisiones alemanes que venían de Nápoles por la carretera de la costa.

Clark, perfectamente consciente de que su fuerza invasora no podía salir de aquella trampa, instó a Dawley a enviar la 36.ª División de Infantería de la Guardia Nacional de Texas para que se encargara de capturar una aldea situada en lo alto de una colina la mañana del 13 de septiembre. La respuesta alemana fue brutal, y los texanos sufrieron importantes pérdidas. Pero lo peor aún estaba por venir. El general von Vietinghoff pensó que los dos cuerpos aliados estaban a punto de reembarcar, de modo que decidió lanzar un ataque con unidades panzer y cañones autopropulsados al sur de Eboli. Los combates fueron tan encarnizados, y el avance alemán parecía tan peligroso, que Clark decidió que

sus hombres se retiraran, y Vietinghoff creyó haber obtenido una verdadera victoria.

El avance hacia el norte del VIII Ejército seguía siendo lento; la vanguardia de esta formación estaba todavía a unos cien kilómetros al suroeste. El retraso se debía, principalmente, a la destrucción de puentes por parte de las tropas alemanas en retirada. El almirante Hewitt, comandante de la fuerza operacional en Salerno, estaba consternado ante la perspectiva de un posible reembarco. A primera hora del 14 de septiembre envió un mensaje al almirante Cunningham en Malta, que inmediatamente envió dos acorazados británicos, el *Warspite* y el *Valiant*, para que colaboraran con su artillería. También ordenó que tres cruceros partieran a toda velocidad rumbo a Trípoli en busca de refuerzos. Pero mientras tanto la situación comenzó a estabilizarse. Una defensa férrea, con cañones de 105 mm abriendo fuego en campo abierto, había interrumpido las cargas de los tanques alemanes, y se había dado respuesta a la solicitud de Clark de lanzar urgentemente en la zona un regimiento de la 82.ª División Aerotransportada.

El 15 de septiembre, por la mañana, llegó el general Alexander a bordo de un destructor. En total acuerdo con el almirante Hewitt, canceló todos los planes de evacuación. La cabeza de puente de Salerno no tardó en quedar asegurada gracias a la ayuda de los bombarderos y a la

precisión de los artilleros de los buques aliados. Los barcos de guerra de la Armada de los Estados Unidos y de la Marina Real británica infligieron importantes daños a los tanques y a la artillería de los alemanes. Por desgracia, durante una incursión nocturna de la Luftwaffe, el *Warspite* abrió fuego con uno de sus cañones de 152 mm contra un avión que volaba a baja altura, alcanzando en cambio al destructor *Petará* de la Marina Real, causándole graves daños.[16]

Los bombarderos del general de división James Doolittle arrasaron de tal modo la localidad de Battipaglia, situada tras las líneas alemanas, que el general Spaatz envió el siguiente mensaje: «Ya no estás tan fino, Jimmy. Un manzano silvestre y un establo siguen en pie».[17] Pero había nacido una nueva doctrina del bombardeo, a la que los americanos denominaron «poner la ciudad en la calle».[18] Esto significaba arrasar una ciudad hasta los cimientos para que no pudieran pasar por ella ni los refuerzos ni las provisiones del enemigo. Esta táctica sería clave en el desarrollo de la campaña de Normandía en el mes de junio del año siguiente.

Fue más o menos por entonces cuando los servicios secretos alemanes averiguaron el paradero de Mussolini.

Tras retenerlo en un principio en la isla de Ponza, y luego en La Maddalena, el mariscal Badoglio lo había trasladado en secreto a una estación de esquí, situada al norte de Roma, en los montes Apeninos, llamada Gran Sasso. Hitler, horrorizado por la humillación a la que se veía sometido su aliado, ordenó un intento de rescate. El 12 de septiembre, el *Hauptsturmführer* Otto Skorzeny, con una fuerza de tropas especiales de la Waffen-SS en ocho planeadores, aterrizó en la montaña. Los *carabinieri* que custodiaban al Duce no opusieron resistencia. Al encontrarse con él, Mussolini abrazó a Skorzeny y dijo que sabía que su amigo Adolf Hitler no iba a abandonarlo. Fue sacado de allí en un avión y trasladado a la Guarida del Lobo. El asistente de la Luftwaffe de Hitler describiría el aspecto que presentaba el dictador italiano, comparándolo con el de «un hombre destrozado». [19] El plan de los alemanes era colocarlo como cabeza visible de la llamada República Social Italiana, creando así la ficción de que el Eje seguía vivo para justificar la ocupación germana de Italia.

El 21 de septiembre, fuerzas de la Francia Libre desembarcaron en la isla de Córcega, que había sido abandonada por los alemanes para reforzar la Italia peninsular. En Salerno había comenzado la retirada de tropas germanas tres días antes. Kesselring le había dicho a Vietinghoff que replegara gradualmente a sus hombres a la línea del río Volturno, al norte de Nápoles. Clark destituyó

por fin al comandante de su cuerpo, el general Dawley, y los británicos, que se encontraban a la izquierda de la cabeza de playa, atacaron y marcharon hacia el norte para capturar la base de la península de Sorrento y preparar el avance hacia Nápoles por la costa. Después de capturar en esa zona una colina, el comandante de la unidad del Regimiento de Infantería de Coldstream que llevó a cabo la misión describiría el espectáculo que se encontró con las siguientes palabras: «Tomamos la posición al amanecer. Con los primeros rayos de luz enterramos a los alemanes muertos. Eran los primeros cadáveres que tocaba: unos muñecos encogidos, de aspecto patético, que yacían rígidos y retorcidos, con ojos vidriosos. Ninguno podía tener más de veinte años, y algunos eran casi unos niños. Con una despreocupación horrenda los arrojábamos al interior de sus trincheras y los cubríamos de tierra».[20]

El 25 de septiembre, el VIII Ejército británico y el V Ejército de Clark se habían unido, creando una línea que cruzaba Italia. Las fuerzas americanas en Salerno habían sufrido alrededor de tres mil quinientas bajas, y los británicos unas cinco mil quinientas. En su avance por la zona adriática, el VIII Ejército capturó la llanura de Foggia con todos sus aeródromos, que serían utilizados para bombardear el sur de Alemania, Austria y los yacimientos petrolíferos de Ploesti. Por el oeste, el V Ejército de Clark dejó atrás el Vesubio, y el 1 de octubre, la Guardia de

Dragones del Rey, en sus vehículos blindados, entró en Nápoles bajo los omnipresentes tendederos de ropa que cruzaban las calles de la ciudad. Pero ninguna sábana colgaba de ellos. Nápoles se había quedado sin agua porque los alemanes habían volado los acueductos, en represalia por la resistencia de los napolitanos a su brutal ocupación. Los nazis habían destruido todo lo que habían podido: antiguas bibliotecas, alcantarillas, centrales eléctricas, fábricas y, sobre todo, el puerto de la ciudad con sus instalaciones. En los edificios importantes de la ciudad habían colocado incluso bombas de relojería para que estallaran durante las semanas siguientes. Los horrores de la guerra en Italia ya empezaban a recordar los del frente oriental.

Al mensaje interceptado en Bletchley Parle, que indicaba que Hitler planeaba evacuar casi toda Italia, no le siguieron los otros mensajes que revelaban que el cuartel general del Führer estaba cambiando de opinión, en gran medida debido a las presiones de Kesselring, que quería defender el país desde el sur de Roma. Los consejos de Rommel, que abogaba por retirarse, fueron desoídos en parte porque Hitler temía las consecuencias que un repliegue de tropas podría tener en sus aliados de los Balcanes, y en parte porque la invasión aliada no iba precisamente viento en popa. Pero la decisión de Hitler de conservar Italia, y su convicción de que los británicos iban

a invadir los Balcanes y el Egeo, conllevaron que un total de treinta y siete divisiones alemanas fueran destinadas a esta región de Europa, mientras la Wehrmacht luchaba por salvar la vida en el frente oriental.

Goebbels y Ribbentrop instaron a Hitler a entablar negociaciones de paz con Stalin, pero el Führer rechazó furiosamente la idea. Nunca iba a negociar desde la debilidad. El general Jodl, del OKW, reconocería la locura de aquella lógica en la que se veían atrapados por culpa del mantra nazi de «la victoria final», de esa letanía, escribiría poco después, de «que ganaremos porque tenemos que ganar, pues de lo contrario la historia del mundo perdería su sentido».[21] Como no había ninguna esperanza de poder negociar desde la fortaleza, era evidente lo que implicaba la postura de Hitler. Alemania seguiría luchando hasta su destrucción total.

33
UCRANIA Y LA CONFERENCIA DE TEHERÁN (septiembre-diciembre de 1943)

Cuando el Ejército Rojo recuperó Kharkov el 23 de agosto de 1943, el ejército alemán tuvo que enfrentarse a una crisis en el sur. La línea defensiva a lo largo del río Mius había sido rota, y el 26 de agosto el Frente Central de Rokossovsky logró abrirse paso en la frontera entre el Grupo de Ejércitos Sur y el Grupo de Ejércitos Centro. El 3 de septiembre, Kluge y Manstein pidieron a Hitler que nombrara un comandante en jefe del frente oriental. El Führer se negó a hacerlo y siguió insistiendo en que la zona industrial de la Cuenca del Don tenía que ser defendida, aunque para entonces era imprescindible efectuar una retirada de la línea del Mius. Hitler prometió una vez más enviar refuerzos, pero para entonces Manstein sabía que ya

no podía confiar en él. Ese mismo día las tropas británicas desembarcaban en el sur de la Italia continental.

Cinco días después, tras recibir un teletipo de Manstein en el que informaba de la magnitud del ataque de los soviéticos, Hitler voló al cuartel general del Grupo de Ejércitos Sur en Zaporozhye. El informe leído por Manstein fue tan duro que el propio Führer se vio obligado a autorizar una retirada al río Dniéper. Aquella fue su última visita el territorio ocupado de la Unión Soviética. A su regreso a la Wolfsschanze al final de aquel fatídico día, se le informó del desembarco de los Aliados en Salerno y de la capitulación inminente del ejército italiano.

Tras recibir la autorización de Hitler, aunque fuera a regañadientes, las fuerzas alemanas tuvieron que replegarse rápidamente al Dniéper para no quedar incomunicadas. Aunque debilitado también por la batalla de Kursk, el Ejército Rojo avanzó a toda velocidad para ocupar una serie de puntas de lanza al otro lado del río antes de que los alemanes tuvieran la oportunidad de establecer una defensa eficaz. Se suponía que aquel río inmenso iba a formar la base de una línea bien defendida que iría desde Smolensk hasta Kiev y desde allí bajaría hasta el mar Negro. Como la mayor parte de los grandes ríos rusos que corren de norte a sur, tenía una margen izquierda extraordinariamente empinada que formaba una especie de muralla natural.

En su retirada por el este de Ucrania los alemanes

intentaron llevar a cabo un despiadado programa de tierra quemada, pero no les dio tiempo a causar una destrucción tan a fondo como hubieran querido. Tras llenarse los bolsillos y los petates con todo lo que pudieron encontrar, los *Landser* casi se echaron a llorar al ver cómo sus propios almacenes de avituallamientos eran pasto de las llamas. Acosados por los cazabombarderos Shturmovik durante el día, se replegaron al otro lado del Dniéper aprovechando la oscuridad de la noche y las nieblas otoñales del amanecer.

Stalin prometió conceder la medalla de Héroe de la Unión Soviética al primer soldado que lograra cruzar el río. Utilizando balsas improvisadas, construidas con tablas y barriles de petróleo, pequeñas barcas e incluso a nado, los soldados del Ejército Rojo aceptaron el reto. De hecho, cuatro soldados armados de simples metralletas se convirtieron en Héroes de la Unión Soviética tras tomar por asalto la orilla izquierda del río el 22 de septiembre. «Hubo casos», escribió Vasily Grossman en su diario, «en los que los soldados transportaron los cañones de campaña de su regimiento sobre puertas de madera, y cruzaron el Dniéper en simples lonas rellenas de heno».[1] La tercera semana de septiembre las fuerzas de Vatutin se apoderaron de algunas cabezas de puente al norte y al sur de Kiev. Poco después algunos soldados ya habían cruzado el río en cuarenta puntos distintos, pero la mayoría eran grupos

demasiado pequeños para seguir lanzando ataques tierra adentro. Uno de esos grupos, cuya barca se hundió, logró llegar a la cabana de unos campesinos. La anciana que vivía en ella los saludó diciendo: «¡Hijos, niños, entrad en mi casa!». Tras ayudarlos a entrar en calor y a secar sus uniformes andrajosos, les ofreció *samogon*, vodka de destilación casera.[2]

En muchos lugares, las bajas soviéticas fueron enormes. Un grupo de seguimiento se encargaba luego de los cadáveres. «Recogíamos a los que habían caído muertos o se habían ahogado», recordaba un miembro de una de esas brigadas, «y los enterrábamos en zanjas, a razón de cincuenta en cada una. Tantos eran los soldados que habían muerto allí. La ribera en poder de los alemanes era muy empinada y estaba bien fortificada, mientras que nuestros muchachos avanzaban a campo abierto».[3]

En un intento de reforzar la cabeza de puente de Velikii Burin, al sudeste de Kiev, tres brigadas aerotransportadas fueron lanzadas en paracaídas sobre la margen izquierda del río. Pero los servicios de inteligencia soviéticos no habían sabido identificar la concentración de alemanes que había en la zona, en total dos divisiones panzer y otras tres de infantería. Muchos paracaidistas

cayeron en posiciones ocupadas por la 19.ª División Panzer y fueron masacrados. La cabeza de puente que mejor suerte tuvo fue la de Litezh, al norte de Kiev. Una división de fusileros del Ejército Rojo logró cruzar el Dniéper por una zona pantanosa que los alemanes habían considerado imposible de vadear. Aprovechando la ocasión, Vatutin asumió un riesgo terrible, pero valió la pena. Reforzó esa cabeza de puente con el V Cuerpo de Tanques de la Guardia. Se perdieron muchos T-34 en los pantanos, pero un número suficiente de ellos logró cruzar conduciendo a toda velocidad.

Al norte, a finales de mes, los rusos consiguieron por fin tomar Smolensk después de duros combates. La Ofensiva de Rzhev, que había iniciado el avance hacia el oeste en aquella parte del frente, dejó tras de sí una devastación total. Al corresponsal australiano Godfrey Blunden lo llevaron a dar una vuelta por los alrededores. «Habían vuelto algunas familias campesinas formadas por ancianos, mujeres y niños, que estaban acampadas en tiendas. En muchos lugares habían puesto a secar la ropa en cuerdas tendidas entre los árboles, como si fuera normal tener un día dedicado a la colada en aquella tierra de nadie profanada. Podemos sacar más de una enseñanza acerca del aguante que pueden tener los seres humanos fijándonos en el modo en que esta gente regresa a sus antiguos hogares, pero no puede uno dejar de preguntarse cómo van a

sobrevivir al próximo invierno». El periodista se quedó de piedra al descubrir que la «pequeña anciana encogida» que había conocido era en realidad «una chica de trece años».[4]

Por su parte, el Frente del Sur del general F. I. Tolbukhin dejó aislado en Crimea al XVII Ejército, que para entonces había evacuado la cabeza de puente de Kuban que tenía en el Cáucaso. El Frente Central de Rokossovsky había logrado introducir una gran cuña directamente al oeste de Kursk, y en el mes de octubre se aproximaba ya a Gomel, en la frontera de Bielorrusia. Para Stalin, y evidentemente también para Vatutin, el verdadero premio era la capital de Ucrania, Kiev. A finales de octubre, Vatutin había logrado infiltrar en la cabeza de puente de Litezh, noche tras noche, a todo el III Ejército de Tanques de la Guardia del general P. S. Rybalko y al XXXVIII Ejército. Un camuflaje excelente, diversas operaciones de decepción en otros lugares y la falta de vuelos de reconocimiento de la Luftwaffe hicieron que a los alemanes les pasara desapercibida esta amenaza. Cuando los dos ejércitos salieron de la cabeza de puente no tuvieron dificultad en rodear Kiev, que cayó el 6 de noviembre, el día antes de la celebración en Moscú del aniversario de la Revolución. Stalin no cabía en sí de gozo. Vatutin no perdió el tiempo y mandó otros ejércitos a tomar Zhitomir y Korosten. A pesar del barro de la *rasputitsa* de otoño, sus ejércitos no tardaron en crear una

cuña de ciento cincuenta kilómetros de profundidad y trescientos de anchura.

A medida que avanzaban, lo único que fueron encontrando fue desolación y campesinos mudos de dolor. «Cuando escuchaban el ruso», recordaba Vasily Grossman, «los ancianos corrían al encuentro de las tropas y lloraban en silencio, incapaces de articular palabra. Las viejas campesinas decían: "Pensamos que nos pondríamos a cantar y a reír cuando viéramos a nuestro ejército, pero es tanta la pena que embarga nuestros corazones, que se nos saltan las lágrimas"». Contaban su repulsión por la forma en que los soldados alemanes andaban desnudos de un lado a otro, incluso delante de las mujeres y las niñas, y por su «glotonería, su capacidad de comerse veinte huevos o un kilo de miel de una sentada». Grossman se encontró a un niño que iba descalzo y cubierto de harapos. Le preguntó dónde estaba su padre. «Lo mataron», respondió. «¿Y tu madre?» «Murió». «¿Tienes hermanos o hermanas?» «Una hermana. Se la llevaron a Alemania». «¿Tienes parientes?» «No, los quemaron a todos en una aldea de partisanos».[5]

Hubo ucranianos, sin embargo, que no acogieron de buen grado la vuelta de la dominación soviética. Muchos habían colaborado con los alemanes, integrándose en sus milicias o incluso sirviendo como soldados o como guardias de los campos de concentración. Y los nacionalistas ucranianos de la UPA (*Ukrainska*

povstanska armiia), que se había levantado contra los alemanes, estaba dispuesta ahora a emprender una campaña de guerrillas contra el Ejército Rojo. Su víctima más famosa sería el propio general Vatutin, al que mataron en una emboscada.

Las peores pesadillas de Grossman se vieron superadas por la realidad de los descubrimientos que llegó a hacer. La toma de Kiev confirmó los informes acerca de la matanza de Babi Yar. Los alemanes habían intentado ocultar el crimen quemando y quitando de en medio los cuerpos, pero eran demasiados. Tras la matanza inicial de septiembre de 1941, el lugar había continuado siendo usado para las ejecuciones de más judíos, gitanos y comunistas. En otoño de 1943 se calculaba que habían sido asesinadas allí casi cien mil personas.

Grossman consideraba horripilantes las estadísticas de aquel gran vacío. Al no tener los nombres de los individuos concretos, intentaba dar un rostro humano a aquel crimen hasta entonces inimaginable. «Fue el asesinato de una experiencia profesional importantísima y antigua», escribía, «transmitida de generación en generación en miles de familias de artesanos y miembros de la *intelligentsia*. Fue el asesinato de tradiciones cotidianas que los abuelos transmitían a sus nietos. Fue el asesinato de los recuerdos, de una canción triste, de la poesía popular, de la vida, feliz o desgraciada. Fue la

destrucción de hogares y cementerios. Fue la muerte de una nación que había vivido codo con codo con los ucranianos durante cientos de años». Grossman contaba también cuál había sido el destino de un médico judío muy querido llamado Feldman, que se había salvado de la ejecución en 1941 cuando una multitud de campesinas ucranianas suplicó al oficial alemán al mando que le perdonara la vida. «Feldman siguió viviendo en Brovary y tratando a los campesinos del lugar. Fue ejecutado este mismo año en primavera. Khristya Chunyak sollozó y finalmente se puso a llorar cuando me contó cómo el anciano fue obligado a cavar su propia tumba. Tuvo que morir solo. En la primavera de 1943 no quedaban más judíos vivos».[6]

Stalin, comprensiblemente orgulloso de los excelentes logros militares obtenidos aquel año por la Unión Soviética, accedió finalmente a celebrar una conferencia de los Tres Grandes con Roosevelt y Churchill. A finales de noviembre de 1943 se reunirían en Teherán, que, como la mayor parte de Irán, seguía ocupada por tropas soviéticas y británicas, encargadas de proteger los pozos de petróleo y la ruta de abastecimiento del Cáucaso por vía terrestre. Stalin había elegido la capital iraní para poder estar en

contacto directo con la Stavka.

En el mes de octubre debía celebrarse primero en Moscú una reunión de los ministros de asuntos exteriores, encargados de preparar la conferencia de Teherán. El trabajo que aguardaba en el Palacio Spiridonovka era enorme. A los británicos les preocupaban muchas cosas, desde la cuestión polaca hasta las relaciones internacionales de posguerra, el trato que debía dispensarse a los estados enemigos, la creación de una Comisión Asesora Europea sobre Alemania, los juicios de los criminales de guerra, y los acuerdos sobre Francia, Yugoslavia e Irán. Cordell Hull, el secretario de estado norteamericano, subrayó el deseo de Roosevelt de crear un organismo sucesor de la desacreditada Sociedad de Naciones. Era esta una cuestión muy sensible para Molotov y Litvinov, el subcomisario de asuntos exteriores, pues la Unión Soviética había sido expulsada de su seno a raíz de su invasión de Finlandia en 1939. El proyecto que tenía Roosevelt de una Organización de las Naciones Unidas, que nacería al término de la guerra, tendría en su núcleo central a los países vencedores para darle así mayor fuerza.

Los representantes soviéticos insistían en que los ingleses y los americanos pusieran encima de la mesa unas propuestas detalladas, que luego pudieran ser tratadas en Teherán. Pero ellos no dejaban traslucir cuál era su postura, y hacían hincapié en un solo punto: «Medidas para acortar

la guerra contra Alemania y sus aliados en Europa».[7] Es decir, pretendían obtener una fecha concreta para la invasión de Francia. Suscitaron también la cuestión de meter a Turquía en la guerra y atraerla hacia el bando aliado, y sugerían que había que presionar a Suecia, que se había declarado neutral, para que permitiera el establecimiento de bases aéreas aliadas en su territorio. Cuando concluyó la reunión, los dos bandos consideraron que en general esta había ido muy bien.

El mayor éxito de la Conferencia de Moscú, según el australiano Godfrey Blunden, llegó en forma de «una cajita de madera con dos oculares». Era «en todos sentidos similar a los estereoscopios que solían verse en las ferias, solo que en vez de chicas bailando lo que se veía era una serie de escalofriantes imágenes estereoscópicas de la Alemania bombardeada». Esta ocurrencia del mariscal en jefe del Aire Harris fascinó e impresionó a los generales del Ejército Rojo con sus imágenes tridimensionales de destrucción urbana.

Blunden se enteró de todo esto de labios del propio Harris cuando fue a visitarlo al cuartel general del Mando de Bombarderos. Harris le enseñó el enorme álbum de fotografías que había mandado encuadernar especialmente en cuero de la misma tonalidad de azul que los uniformes de la RAF para impresionar a sus visitantes. Cada serie de fotografías aéreas, todas a la misma escala, estaba cubierta

con una hoja de papel de calco que mostraba los contornos de las zonas industriales y residenciales. La primera página del libro contenía la destrucción de Coventry. Harris iba luego pasando las páginas una a una y mostrando las ciudades alemanas bombardeadas. En un momento dado, Blunden exclamó ante la magnitud de los daños: «¡Pero ahí cabe por lo menos seis veces Coventry!»

«No, se equivoca», respondió Harris con satisfacción. «Caben diez». Cuando llegó a otra ciudad en la que la extensión de los daños no era tanta, Harris comentó: «Hará falta otro buen bombardeo y se habrá acabado».

«En efecto, estas fotografías», escribe Blunden, «muestran de manera muy gráfica cómo los bombardeos de área practicados al principio por los alemanes se han convertido en un arma de un poder inmenso. Los daños infligidos a Coventry hace diez años —acción que llevó a los alemanes a acuñar el término *coventrieren*, con el sentido de borrar del mapa una ciudad— son ahora casi insignificantes comparados con los destrozos, mucho mayores, causados en las ciudades alemanas».[8]

En aquellos momentos los americanos intentaban también promover la entrada de la China Nacionalista en lo que debía convertirse en la alianza de los «Cuatro Grandes».

Roosevelt, sabiendo las ambiciones de Chiang Kai-shek en este sentido, esperaba que así conseguiría mantener a los nacionalistas en la guerra, a pesar de su decepción por la escasez de los pertrechos suministrados a sus ejércitos. Chiang jugó con los Estados Unidos el mismo juego que había jugado antes con la Unión Soviética: usó sutiles amenazas de una eventual firma de la paz por separado con Japón para conseguir más apoyos. Aunque se trataba de una carta deliberadamente poco poderosa, la jugada de Chiang tuvo bastante efecto, pues las tropas chinas mantenían ocupados, al menos en teoría, a más de un millón de soldados japoneses en el continente. Pero Roosevelt iba más allá y veía un mundo de posguerra en el que la inclusión de China era trascendental para el liderazgo de las Naciones Unidas. Se trataba de una idea que desde luego no aplaudían ni Churchill ni su entorno. Los soviéticos se mostraron incluso más reacios a respaldar la propuesta después de las presiones de Chiang para expulsarlos de la provincia de Sinkiang, pero en la conferencia de Moscú se llegó en principio a un acuerdo.

Chiang había cambiado de postura en un sentido muy importante. Ahora quería el apoyo de los americanos para asegurarse de que la Unión Soviética no se quedara con zonas del norte de China si entraba en la guerra contra Japón. Chiang, que había hecho todo lo posible para convencer a Roosevelt de que empujara a Stalin a declarar

la guerra a los nipones, ahora quería ver la derrota de Japón sin la ayuda de los soviéticos. Temía, y sus temores estaban más que justificados, que la intervención soviética acrecentara el poder y el armamento de los comunistas chinos.

La cuarta semana de noviembre de 1943, Roosevelt y Churchill se encontraron en El Cairo de camino a Teherán. En aquella miniconferencia más o menos improvisada, Roosevelt había acordado en privado con Chiang Kai-shek que este asistiría a las reuniones desde el principio y no al final, como pensaban los ingleses, que se enfadaron bastante. «El generalísimo me recordaba a un cruce de marta y hurón», escribió Brooke. «Una expresión sagaz, de zorro astuto. Evidentemente no tenía ni idea de la guerra en sus aspectos más generales, pero estaba decidido a sacar tajada de las negociaciones». Para mayor consternación de los generales británicos, Madame Chiang Kai-shek, vestida con un vistoso *cheongsam* de seda negra abierto hasta la cadera, intervenía a menudo para corregir la versión que hacía el traductor de lo que había dicho su marido, y luego procedía a dar su interpretación de lo que debería haber dicho.[9] Stalin, todavía resentido por el revés sufrido con lo de Sinkiang, se había negado a enviar un representante a la conferencia alegando que todavía tenía un pacto de no agresión con Japón.

Churchill era perfectamente consciente de que su

«relación especial» con Roosevelt había bajado de categoría. Ello se debía en parte a su propia renuencia a comprometerse con la Operación Overlord, y a su deseo de penetrar en la Europa central para impedir su ocupación por la Unión Soviética. Manifestando su pleno acuerdo con Chiang Kai-shek en que el imperialismo occidental en Asia debía llegar a su fin con la victoria sobre Japón, Roosevelt prometió que Indochina no sería devuelta a Francia, propuesta que, de haberla conocido, habría sacado de quicio a De Gaulle. Durante toda la conferencia, el ambiente distó mucho de ser amistoso y a veces fue abiertamente hostil. Los americanos estaban decididos a no dejarse embaucar por los británicos y especialmente que estos no los arrastraran por sendas que se alejaran de Normandía y fueran a los Balcanes. Los ingleses encontraron a los americanos totalmente sordos a sus argumentos, y empezaron a temer cómo iría a actuar Roosevelt en Teherán, cuando tuviera a Stalin para apoyarle en los asuntos clave.

Roosevelt y Churchill volaron juntos desde El Cairo hasta Teherán para celebrar su entrevista con Stalin, que dio comienzo el 28 de noviembre. Por expreso deseo del dictador soviético, Roosevelt se alojó en un ala de la embajada soviética, situada justo enfrente de la legación británica. Stalin fue a visitarlo vestido con su uniforme de mariscal, con los pantalones remetidos en unas botas

caucasianas provistas de alzas para hacerlo parecer más alto. Los dos estadistas se habían propuesto seducirse uno a otro con un espectáculo de familiaridad campechana, que solo causó efecto en Roosevelt.

El presidente norteamericano intentó congraciarse con el dictador soviético a expensas de Churchill. Planteó la cuestión del colonialismo. «Estoy tratando de esto en ausencia de nuestro camarada Churchill, pues no le gusta hablar del tema. Los Estados Unidos y la Unión Soviética no son potencias coloniales, y por eso nos resulta más fácil hablar de estas cuestiones».[10] Según el intérprete de Stalin en este *tête-à-tête*, el mandatario soviético no tenía ganas de hablar de «un tema tan delicado», pero reconocía que «la India es un punto muy doloroso para Stalin».[11] No obstante, pese a los esfuerzos del presidente norteamericano por crear un clima de confianza mutua, Stalin no podía olvidar su falsa promesa de abrir un Segundo Frente en 1942, simplemente para mantener a la Unión Soviética en la guerra.

Stalin se manifestó con contundencia en lo tocante a Francia a raíz de los disturbios del Líbano, donde las tropas de la Francia Libre habían intentado reafirmar el poder colonial. El dictador soviético consideraba que la mayoría de los franceses eran colaboracionistas e incluso dijo que Francia «debe ser castigada por la ayuda prestada a los alemanes».[12] Indudablemente seguía recordando que la

rendición del ejército francés en 1940 había puesto en manos de la Wehrmacht la mayoría de sus vehículos, que fueron utilizados para la posterior invasión de la Unión Soviética un año más tarde.

Cuando dio comienzo la sesión plenaria a última hora de la tarde, el principal tema de debate fue la Operación Overlord. Con el apoyo tácito de Roosevelt, Stalin sacó a colación el deseo de Churchill de llevar a cabo una operación al norte del Adriático dirigida a la Europa central. Insistió en la primacía de la Operación Overlord, y se mostró de acuerdo con el plan de una invasión simultánea del sur de Francia.

Rechazó firmemente cualquier otra operación considerándola una simple dispersión de fuerzas. El dictador soviético acogió con buen humor el intento de Churchill de justificar su plan alegando que habría supuesto una ayuda para el Ejército Rojo. Según el intérprete soviético, Roosevelt hizo un guiño al mandatario soviético cuando lo vio deshacer unos cuantos cigarrillos Herzegovina Flor para llenar su pipa. Stalin se sentía en condiciones de atormentar tranquilamente a Churchill con este asunto, pues sabía que los americanos estaban en contra de la idea, y en cualquier caso se guardaba todas sus cartas cuando se trataba de decidir la estrategia de los Aliados. Su insistencia en que estos cumplieran su promesa de una gran invasión de Francia en la primavera de 1944

significaba que su avance por el norte de Europa dejaría los Balcanes y la Europa central bajo el control del Ejército Rojo, tal como temía Churchill.

Observando interactuar a los tres líderes, el general Brooke quedó profundamente impresionado por la forma en que Stalin manejó la discusión. El dictador seguía rechazando la campaña de Italia, probablemente porque estaba irritado por el hecho de que sus aliados no hubieran dejado participar a la Unión Soviética en la rendición de Italia. Resultó un grave error por su parte, pues Stalin utilizó después este argumento cuando se pasó a discutir el futuro de los países ocupados por el Ejército Rojo. Stalin, consciente de que las victorias de Stalin-grado y Kursk habían convertido a la Unión Soviética en una superpotencia, ya se había jactado ante su entorno de que «ahora el destino de Europa central está sellado, haremos lo que nos dé la gana con el consentimiento de los Aliados».[13]

Estaba bien informado además sobre la manera de pensar y las reacciones de ingleses y americanos. Antes de la reunión, Stalin había mandado llamar a Sergo, el hijo de Beria, y le había confiado «una misión que es delicada y moralmente censurable». Quería saberlo todo acerca de los americanos y los ingleses, dijo en privado. Todas y cada una de sus palabras serían grabadas mediante micrófonos ocultos en sus habitaciones, y cada mañana Sergo Beria

tenía que informarle de todas las conversaciones. El dictador soviético quedó asombrado por la ingenuidad de los Aliados al hablar con tanta franqueza, cuando sin duda alguna debían de haberse dado cuenta de que eran espiados. Quería conocer el tono de voz usado por cada uno, y no solo sus palabras. ¿Hablaban con convicción o sin entusiasmo? ¿Y cómo reaccionaba Roosevelt?[14]

Stalin quedó encantado cuando Sergo Beria le informó de la auténtica admiración que Roosevelt sentía por él y por su negativa a seguir el consejo del almirante Leahy de adoptar una línea más firme. Pero siempre que Churchill pretendió adularlo durante la conferencia, el dictador soviético reaccionó recordándole algún comentario hostil que había hecho en el pasado. Las grabaciones secretas también le ayudaron a explotar las diferencias entre Churchill y Roosevelt. Al parecer, cuando Churchill reprochó en privado a Roosevelt que estaba ayudando a Stalin a establecer un gobierno comunista en Polonia, el presidente norteamericano le contestó que él también estaba apoyando un gobierno anticomunista, así que ¿qué diferencia había?[15]

Polonia constituía, en efecto, una cuestión fundamental tanto para Churchill como para Stalin, mientras que a Roosevelt parecía preocuparle solo asegurarse el voto de los estadounidenses de origen polaco en las elecciones presidenciales previstas para el año

siguiente. Eso suponía parecer que se mostraba duro con Stalin hasta que se tuvieran los resultados de las votaciones. Considerando que Roosevelt había rechazado anteriormente cualquier idea de modificar las fronteras de Polonia basándose en la Carta del Atlántico, tanto Churchill como él se sentían ahora obligados a tener en cuenta las pretensiones de Stalin sobre la parte oriental del país, que se había anexionado en 1939 llamándolas «Bielorrusia occidental» y «Ucrania occidental». La inminente ocupación de la región por el Ejército Rojo convertiría esa anexión en un hecho consumado. Según los planes de Stalin, Polonia sería compensada con parte del territorio alemán hasta la orilla del río Oder. El presidente estadounidense y el primer ministro británico sabían que nunca serían capaces de obligar a la Unión Soviética a devolver esa presa, pero la forma en que Roosevelt mostró su aquiescencia indujo a Stalin a creer que no tendría ningún problema en imponer un gobierno comunista a los polacos.

Stalin logró sacar a los Aliados una fecha para la invasión de Francia, pero cuando los americanos y los ingleses se vieron obligados a reconocer que todavía no había sido nombrado un comandante en jefe, manifestó su desprecio por semejante falta de seriedad en la planificación. Se mostró de acuerdo, no obstante, en lanzar una gran ofensiva inmediatamente después de los

desembarcos y declaró su intención de unirse a la guerra contra Japón en cuanto Alemania fuera derrotada. Eso era exactamente lo que Roosevelt quería, por mucho que lo temiera Chiang Kai-shek. Una vez concluida la conferencia, Stalin pensó que había «ganado la partida».[16] En privado, Churchill se mostraría de acuerdo con esa valoración. Se sintió a todas luces desmoralizado por el modo en que Roosevelt se había puesto constantemente del lado de Stalin en la creencia de que iba a poder manejarlo. «Ahora ve que no puede fiarse del apoyo del Presidente», escribiría en su diario lord Moran, el médico personal del primer ministro, cuando Churchill manifestó sus temores sobre el futuro. «Y lo que es más importante, se da cuenta de que los rusos también lo han visto».[17]

Tras el momento de humillación que supuso la conferencia de Teherán, Roosevelt tomó la determinación de nombrar al comandante en jefe de la Operación Overlord cuando los delegados aliados y él regresaron a El Cairo. Pidió a Marshall que convocara al general Eisenhower. En cuanto Roosevelt y Eisenhower se instalaron en el coche presidencial, el político se volvió hacia el militar y dijo: «Bueno, Ike, vas a estar al mando de la Operación Overlord».[18] Roosevelt había decidido que no podía prescindir de Marshall como jefe de estado mayor debido a su conocimiento de todos los teatros de operaciones, a su extraordinario talento para la

organización y sobre todo por su habilidad para tratar con el Congreso. Marshall era considerado además la única persona que podía mantener a raya al general MacArthur en el Pacífico. Marshall se sintió decepcionado (aunque no tanto como se había sentido Brooke), pero aceptó la decisión con lealtad. La buena suerte de Eisenhower parecía confirmar el mote que le daba Patton en privado, «Destino Divino», basado en las iniciales de sus dos nombres de pila.

En El Cairo reinaba una euforia irracional entre los jefes de estado mayor aliados. Todos parecían seguros de que la guerra habría acabado en el mes de marzo, o a lo sumo en noviembre de 1944, y no tenían inconveniente en hacer apuestas al respecto. Considerando que aún faltaban seis meses para el lanzamiento de la Operación Overlord, y que el Ejército Rojo estaba todavía a varios centenares de kilómetros de Berlín, semejante actitud denotaba cuando menos un exceso de optimismo.[19] Churchill, por otra parte, se encontraba totalmente agotado tras las durísimas batallas libradas en El Cairo y Teherán. Se vino abajo en Túnez como consecuencia de una neumonía que lo tuvo al borde de la muerte. A su restablecimiento contribuyeron unas cuantas copitas de coñac con motivo de la Navidad y la noticia de que la Marina Real había hundido el crucero de batalla *Scharnhorst* frente a las costas del norte de Noruega. Casi dos mil marineros de la Kriegsmarine

perecieron en las gélidas aguas del Atlántico.

Como había subrayado Stalin en Teherán, las fuerzas de Vatutin se enfrentaban a constantes contraataques del Grupo de Ejércitos Sur de Manstein. Esperando repetir el golpe de fuerza que había dado en Kharkov a primeros de año, Manstein envió dos cuerpos panzer contra los flancos del ejército de Vatutin, rebautizado Primer Frente de Ucrania. Pretendía obligar a los soviéticos a replegarse al Dniéper, reconquistar Kiev y cercar a una gran formación del Ejército Rojo cerca de Korosten.

Hitler, que había envejecido de forma espectacular en los últimos meses y padecía estrés, entró en un estado de negatividad todavía más profundo. Rechazaba cualquier propuesta de retirada. Incluso su favorito, el general Model, describía su situación en el frente oriental como una «lucha marcha atrás».[20] El ejército alemán se estaba contagiando de la sensación de fatalidad. Un oficial de infantería capturado en el frente de Leningrado lo reconoció en su interrogatorio: «Vivimos en medio de la mierda. No hay esperanza».[21] Pero mientras que Hitler echaba la culpa de cualquier revés a sus generales y a su falta de determinación, le inquietaba profundamente la propaganda distribuida en el frente por la organización soviética de prisioneros de guerra alemanes «antifascistas» *Freies Deutschland*. Ello lo indujo a crear el 22 de diciembre el cargo de jefe nacionalsocialista en todas las

unidades, homólogo del comisario u oficial político soviético.

Tres días después, Manstein, que pensaba que había estabilizado el frente, recibió una sorpresa de lo más desagradable. El Ejército Rojo había hecho avanzar al I Ejército de Tanques y al III Ejército de Tanques de la Guardia cerca de Brusilov sin que nadie supiera de dónde habían salido, y el día de Navidad ambas formaciones se lanzaron hacia Zhitomir y Berdichev. Poco después, el Segundo Frente de Ucrania de Konev logró abrirse paso también por el sur y enseguida los dos cuerpos alemanes que continuaban defendiendo la línea del Dniéper al sudeste de Kiev quedaron rodeados en la bolsa de Korsun. Hitler se negó a permitirles emprender la retirada, y de ese modo su destino sería uno de los más crueles que sufriera la Wehrmacht en el frente oriental.

34
LA SHOAH POR MEDIO DEL GAS (1942-1944)

La envergadura del plan de Heydrich, esbozado en la conferencia de Wannsee en enero de 1942, era sobrecogedora. Como confirmaría uno de sus colegas más próximos, Heydrich poseía «una ambición insaciable, inteligencia y una energía ilimitada».[1] La Solución Final fue concebida para acabar con más de once millones de judíos, según los cálculos de Adolf Eichmann. Esta cifra incluía a los que vivían en países neutrales, como Turquía, Portugal e Irlanda, así como a los que residían en Gran Bretaña, el enemigo que Alemania no había sido capaz de derrotar.

El hecho de que todas estas deliberaciones tuvieran lugar pocas semanas después del revés sufrido por la Wehrmacht a las puertas de Moscú y de la entrada en la guerra de los Estados Unidos parece indicar que o bien la confianza de los nazis en la «victoria final» seguía siendo inquebrantable, o bien que se vieron obligados a completar

su «misión histórica»[2] antes de que otros duros reveses hicieran su cumplimiento imposible. Probablemente la respuesta acertada sea una combinación de ambas cosas. Es evidente que la perspectiva de una victoria a finales del verano de 1941 había contribuido a la espectacular radicalización de la política nazi. Y en aquellos momentos, en los que los acontecimientos mundiales habían llegado a un punto crítico, ya no había vuelta atrás. La «Shoa por medio de las balas» fue, pues, la antesala de la «Shoa por medio del gas».

Al igual que el *Hungerplan* («Plan Hambre») y el trato dispensado a los prisioneros de guerra soviéticos, la Solución Final tenía un doble objetivo. Además de la eliminación de enemigos raciales e ideológicos, con ella se pretendía la preservación de suministros de alimentos para los alemanes. Esta última estaba considerada sumamente urgente debido al elevado número de trabajadores extranjeros trasladados al Reich como mano de obra esclava. En sí misma, la Solución Final consistiría en un sistema paralelo de eliminación mediante los trabajos forzados y la ejecución inmediata, de los que se encargarían las *Totenkopfverbände* («Unidades de la Calavera») de la SS. Los únicos judíos que quedarían exentos por el momento iban a ser los ancianos o prominentes, elegidos para el campo de concentración de Theresienstadt —aquella farsa del «gueto ideal»—, los

trabajadores cualificados, cuya especialidad los hacía necesarios, y los de los matrimonios mixtos. La suerte que todos ellos tenían que correr podía decidirse más tarde.

El campo de exterminio de Chelmno (Kulmhof) ya estaba en funcionamiento. Poco después fue inaugurado el de Bełżec y el complejo de Auschwitz-Birkenau. En Chelmno se utilizaban furgones de gas para matar a los judíos procedentes de los pueblos y ciudades de la región. En enero de 1942, unos cuatro mil cuatrocientos gitanos de Austria también fueron trasladados a este campo donde murieron gaseados. Los cadáveres eran enterrados en el bosque por equipos de judíos, previamente seleccionados para este fin, vigilados de cerca por la *Ordnungspolizei*. Chelmno se convertiría en el centro de la ejecución en masa de los judíos que seguían hacinados en el gueto de Łódź, ciudad situada a unos cincuenta y cinco kilómetros al sur.

El campo de Bełżec, entre Lublin y Lwow, estaba considerado un lugar que iba un paso más allá, pues disponía de cámaras de gas construidas para utilizar el monóxido de carbono de los vehículos aparcados en el exterior. Tras una primera prueba con ciento cincuenta judíos efectuada en enero, a mediados de marzo sus instalaciones empezaron a utilizarse para gasear a judíos procedentes principalmente de Galicia. El campo de Majdanek fue erigido a las puertas de la ciudad de Lublin.

Auschwitz, Oswiecim en polaco, había sido un pueblo de Silesia vecino a Cracovia, con un cuartel de caballería del siglo XIX de los tiempos del imperio austrohúngaro. En 1940, el cuartel había sido utilizado como campo de prisioneros polacos por la SS. Recibía el nombre de Auschwitz I. Fue aquí donde se llevaron a cabo en septiembre de 1941 las primeras pruebas del Zyklon B —pastillas de cianuro de hidrógeno utilizadas como pesticidas— con prisioneros de guerra polacos y soviéticos.

A finales de 1941 empezó a construirse en la vecina localidad de Birkenau lo que sería Auschwitz II. Un par de casas de campo fueron transformadas en improvisadas cámaras de gas, que entraron en funcionamiento en marzo de 1942. Las ejecuciones comenzaron a ser considerables a partir de mayo, pero en octubre el comandante de la SS Rudolf Höss ya se dio cuenta de que las instalaciones resultaban totalmente insuficientes y de que los enterramientos en masa contaminaban las aguas subterráneas. Así pues, durante el invierno se procedió a la construcción de un sistema de cámaras de gas y de hornos crematorios completamente nuevo.

Aunque Auschwitz se encontraba en una zona aislada, en la que abundaban los pantanos, los ríos y los bosques de abedules, tenía fácil acceso por tren. Esta fue una de las razones por las que el conglomerado alemán de compañías

químicas IG Farben quiso establecer allí una fábrica para la producción de buna, esto es, caucho sintético. Himmler, que deseaba germanizar la región, apoyó la idea con entusiasmo, poniendo a su disposición los prisioneros del campo como mano de obra esclava. Incluso fue en persona a informar a Höss de la propuesta y para ponerlo en contacto con los representantes de IG Farben. Sorprendido por la gran envergadura del proyecto y el gran número de trabajadores que este requería, Himmler dijo a Höss que su campo tendría que triplicar de tamaño para dar cabida a muchos más prisioneros que los diez mil que podía albergar por aquel entonces. El tesoro de la SS iba a ganar hasta cuatro marcos diarios por cada esclavo proporcionado a IG Farben. A cambio, la SS se encargaría de seleccionar a un grupo de violentos y despiadados *kapos* entre los presos comunes de distintas cárceles para que golpearan a los trabajadores judíos y los hicieran trabajar más.

La construcción de la inmensa Buna-Werke se llevó a cabo en el verano de 1941, mientras las divisiones alemanas que combatían contra la Unión Soviética parecían erigirse con la victoria en el frente oriental. Como aún no disponía de suficiente mano de obra esclava, Himmler dispuso que la Wehrmacht cediera en octubre un grupo inicial de diez mil prisioneros de guerra, todos ellos soldados del Ejército Rojo. El propio Höss escribiría antes

de ser ejecutado por sus crímenes de guerra que esos hombres llegaron en unas condiciones patéticas. «Apenas les habían dado nada que llevarse a la boca durante la marcha. Cuando se hacía un alto en el camino, simplemente los conducían al campo más próximo y allí les decían que se pusieran a "pastar", como ganado, cualquier cosa comible que pudieran encontrar».[3] Trabajando en pleno invierno sin apenas ropa de abrigo, y viéndose reducidos en algunos casos a practicar el canibalismo, todos los prisioneros exhaustos y enfermos «morían como moscas», como escribiría Höss. «Ya no eran seres humanos», cuenta. «Se habían convertido en unos animales que solo buscaban comida».[4] No es de extrañar, pues, que no pudieran erigir más de un par de barracones de los veintiocho previstos.

La estrategia de la SS de matar trabajando resultaba incluso menos productiva que la de los gulags de Beria. La única concesión que hicieron los nazis a su pragmatismo fue la construcción de un nuevo campo —Auschwitz III o Monowitz—, junto a la planta de buna, para que los esclavos de IG Farben no tuvieran que malgastar el tiempo en largos desplazamientos. Pero en ese campo de concentración semiprivatizado, los guardias de la SS y los *kapos* siguieron aplicando la doctrina de la fusta con los trabajadores, como si con ello se pudiera obligarlos a completar una serie de proyectos que estaban más allá de sus posibilidades y de su fortaleza física.

Una vez acabada la guerra, los directores de IG Farben, dueños en parte de la empresa que fabricaba el Zyklon B, declararían no saber nada de las ejecuciones masivas de judíos. Pero lo cierto es que el enorme complejo Buna-Werke de IG Farben estaba dirigido y gestionado por dos mil quinientos empleados alemanes venidos del Reich, que vivían en la ciudad y se relacionaban con los guardias de la SS de Auschwitz-Birkenau. Uno de ellos, justo después de su llegada, preguntó a un guardia de la SS por el hedor sofocante que se olía en toda la zona. El guardia de la SS contestó que era el olor a judío bolchevique «que emanaba por la chimenea de Birkenau».[5]

En mayo de 1942, cuando empezaban a llegar a Auschwitz más judíos que nunca, la SS trasladó a los prisioneros políticos polacos que quedaban a un campo de trabajos forzados de Alemania. El 17 de julio, Himmler llegó para inspeccionar aquel complejo de Auschwitz que no paraba de crecer. En cuanto su automóvil cruzó la puerta de Auschwitz I, los músicos judíos que formaban la orquesta del campo empezaron a tocar la «Marcha triunfal» de la *Aída* de Verdi.

El *Reichsführer-SS* bajó del coche, se detuvo para escuchar la música y a continuación devolvió el saludo a Höss. Juntos, pasaron revista a una guardia de honor compuesta por prisioneros vestidos con uniformes a rayas limpios y nuevos. Himmler, con sus característicos

anteojos y su mentón huidizo, los miró con gélido distanciamiento. Luego Höss lo condujo a la oficina para enseñarle los últimos planos para la construcción de nuevas cámaras de gas y hornos crematorios. Más tarde, acompañado de su séquito, Himmler se dirigió al pequeño apeadero del campo para ver la llegada de un «cargamento» de judíos holandeses, mientras volvía a tocar la orquesta. «La gente se dejaba engañar al principio por aquel orden aparente y por la música que tocaba la orquesta», contaría más tarde al Ejército Rojo un oficial de la Francia Libre deportado a Auschwitz. «Pero enseguida percibían el olor a cadáver, y cuando los prisioneros eran separados según su estado físico, comenzaban a adivinar la suerte que les esperaba».[6]

En primer lugar, los hombres eran separados de las mujeres y los niños, una división de las familias que causaba grandes alborotos, hasta que los perros y las fustas de los guardias ponían orden en aquel revuelo. En particular, Himmler quería asistir al proceso de selección que llevaban a cabo en la «rampa» dos médicos de la SS, señalando a los que les parecían idóneos para el trabajo y a los que debían ser eliminados sin más. Los seleccionados como mano de obra esclava no eran más afortunados que los que eran asesinados inmediatamente. En dos o tres meses iban a acabar también en una cámara de gas, si no morían antes de extenuación debido a los duros trabajos.

Himmler siguió al grupo seleccionado para las cámaras de gas del Bunker n°1, y observó por una ventanilla cómo iban muriendo. También quiso saber si aquello tenía algún efecto en el personal de la SS, pues había vivido con desagrado el estrés psicológico al que se habían visto sometidos los *Einsatzgruppen* el año anterior. Luego observó cómo los judíos de los equipos de trabajo se deshacían de los cadáveres, y dio instrucciones a Höss para que en un futuro se procediera a incinerarlos. Himmler, que se estremecía solo de pensar en el sacrificio masivo de animales en los mataderos, veía simplemente con interés profesional las matanzas de lo que consideraba escoria humana. «No es una cuestión de *Weltanschauung* deshacerse de los piojos», escribiría más tarde a uno de sus subordinados. «Es una cuestión de higiene».[7] Himmler tenía ese aire aséptico de un dentista, aunque le encantaran las fantasías bélicas neogóticas, intentando presentar siempre la SS como una orden de caballeros medievales.

Desde Auschwitz-Birkenau, Himmler y su comitiva recorrieron en automóvil la corta distancia que había hasta Auschwitz-Monowitz para realizar una visita a Buna-Werke. IG Farben fue responsable de la muerte de decenas de miles de prisioneros que trabajaban en su planta, pero el enorme complejo Buna-Werke nunca llegó a producir caucho sintético. La compañía también financió los crueles experimentos llevados a cabo en Auschwitz-Birkenau por

el *Hauptsturmführer* Dr. Josef Mengele con niños, especialmente con gemelos, pero también con adultos. Aparte de extirpar órganos, de esterilizar y de inocular deliberadamente enfermedades a sus víctimas cuidadosamente escogidas, Mengele también hacía ensayos con «prototipos de sueros y fármacos, muchos de los cuales eran proporcionados por la división farmacéutica Bayer de IG Farben».[8]

Mengele no estaba solo. El Dr. Helmuth Vetter, aunque miembro de la SS, también trabajaba para IG Farben en Auschwitz. Realizaba experimentos con mujeres. Cuando IG Farben pidió ciento cincuenta prisioneras para los experimentos de Vetter, Höss exigió el pago de doscientos marcos del Reich por cobaya, pero IG Farben logró rebajar el precio a ciento setenta *Reichsmark*. Todas esas mujeres acabaron muertas, como confirmaría la propia compañía a Höss en una carta. Vetter estaba entusiasmado con su trabajo. «Tengo la oportunidad de probar nuestros nuevos preparados», escribió a un colega. «Me siento como si estuviera en el paraíso».[9] También se realizaron peligrosos ensayos farmacéuticos con prisioneros en los campos de concentración de Mauthausen y Buchenwald. IG Farben tenía un interés especial en descubrir un método efectivo de castración química para utilizarlo en los territorios ocupados de la Unión Soviética.

Himmler también apoyó decididamente los

experimentos de esterilización del profesor Karl Clauberg en Auschwitz. La grotesca perversión de las obligaciones profesionales de un médico bajo el régimen nazi, con la aquiescencia de numerosos genios de la medicina alemana, constituye un ejemplo escalofriante de cómo la perspectiva de alcanzar un poder y un prestigio casi ilimitados realizando estudios secretos puede obnubilar el juicio de individuos de gran inteligencia. Esos médicos trataban de justificar sus experimentos innecesariamente crueles, presentándolos como una labor de investigación en beneficio de toda la humanidad. Es harto significativo que, en una simbiosis consciente o inconsciente con la profesión médica, la Alemania nazi y otras dictaduras de la época recurrieran a menudo a metáforas quirúrgicas, en particular la de la extirpación de tumores cancerosos desarrollados en el seno de la ciudadanía. Vaya como ejemplo del enfermizo sentido del humor y de la tendencia convulsiva a la mentira de los nazis el hecho de que los suministros de Zyklon B fueran entregados invariablemente en camiones marcados con la Cruz Roja.

A pesar del juramento impuesto a los oficiales y a los hombres de la SS de no revelar nada de sus actividades, lo que ocurría estaba condenado a difundirse, a veces de manera sorprendente. A finales del otoño de 1942, el *Obersturmführer* Dr. Kurt Gerstein, un experto en gases de la SS, se enfureció tanto por lo que había visto en el

curso de una ronda de inspección, que aquella noche, en la intimidad de un compartimento en penumbra de un tren que iba de Varsovia a Berlín, contó todo lo que sabía al barón von Otter, un diplomático sueco. Otter transmitió todo lo que Gerstein había dicho al ministerio de asuntos exteriores en Estocolmo, pero el gobierno sueco, temeroso de provocar a los nazis, se limitó a archivar la información. Las noticias que hablaban de los campos de la muerte, sin embargo, no tardaron en llegar a oídos de los aliados por otros canales, principalmente a través del Ejército Nacional Polaco.

El comandante de Auschwitz, Rudolf Höss, difícilmente habría podido ser más distinto de la élite intelectual de la SS, concentrada principalmente en el *Sicherheitsdienst*. Höss era un antiguo soldado de mediana edad absolutamente impasible, que había ascendido en el sistema de los campos de concentración sin cuestionar nunca ni una sola orden. Primo Levi no lo definiría como «un monstruo» ni como «un sádico», sino como «un sinvergüenza, un tipo vulgar, estúpido, arrogante y tedioso».[10] Höss tenía una actitud totalmente servil con sus superiores, sobre todo con el *Reichsführer-SS*, al que veía como un dios comparable casi con el propio Hitler. Es

increíble la falta de imaginación que pone de manifiesto en el relato de sus experiencias cuando se erige en defensor de los valores familiares, hablando de su ejemplar vida hogareña mientras, un día tras otro, se dedicaba a destruir la vida de miles y miles de familias.

Rozando la autocompasión, se lamenta de la baja calidad moral del personal de la SS enviado a Auschwitz, y especialmente de los *kapos* reclutados entre los prisioneros comunes. Recibían el nombre de «verdes» por el color del triángulo que los identificaba. (Los judíos llevaban triángulos amarillos, los prisioneros políticos rojos, los republicanos españoles de Mauthausen azul oscuro y los homosexuales rosa-malva.) Estos *kapos*, en particular las mujeres delincuentes que estaban al frente de un destacamento de castigo que actuaba en el exterior del campo de Budy, eran célebres por su crueldad. «Me parece increíble que unos seres humanos puedan convertirse en semejantes bestias», escribiría Höss. «La manera en la que las "verdes" arremetían contra las judías francesas, destrozándolas, matándolas a hachazos o estrangulándolas, era simplemente escalofriante».[11]

Sin embargo, por mucho que le horrorizara la crueldad de esas *kapos*, lo cierto es que Höss premió a los *kapos* varones poniendo a su disposición un «burdel» en el campo. Era un cobertizo en el que las prisioneras judías se veían obligadas a satisfacer los sádicos caprichos de esos

hombres hasta que eran enviadas a la cámara de gas. En el otro extremo de la balanza, las prisioneras más privilegiadas eran las testigos de Jehová, las llamadas «gusanos de la Biblia», que habían acabado en los campos porque su religión rechazaba cualquier forma de servicio militar. Los oficiales de la SS las utilizaban como criadas en sus casas y en sus comedores. Höss tuvo a una trabajando como niñera de sus hijos pequeños. Confiaban tanto en ellas que los hombres de la SS no se quejaban cuando se negaban a lavar, e incluso tocar, los uniformes militares por los principios pacifistas de su fe.

En los campos, el personal de las *Hundestaffeln*, las unidades caninas, se encargaba de mantener el orden entre las prisioneras. Por lo visto, a ellas les asustaba mucho más que a los varones las fauces y los ladridos de los canes, cuyas correas soltaban de vez en cuando sus cuidadores simplemente por diversión. Es muy probable que fuera la presencia de esos perros lo que disuadía a las mujeres de tomar el camino más fácil para llegar a la muerte como hacían los hombres: «correr hacia la alambrada» con la esperanza de recibir inmediatamente el disparo de uno de los guardias. Las mujeres tenían muchas más probabilidades de que soltaran a los perros para que fueran tras ellas.

Las mujeres podían ser más complicadas, observaría Höss. Uno de los problemas que se daba en los vestuarios

de las cámaras de gas era que «muchas mujeres escondían a sus bebés entre las pilas de ropa».[12] Y por esta razón, las brigadas de trabajo judías debían entrar y comprobar que todo estuviera en orden. A todas las criaturas que encontraban tenían que meterlas dentro de la cámara de gas antes de cerrar las puertas y echar el cerrojo.

A Höss le intrigaba la obediencia demostrada por esos prisioneros judíos, cuya vida lograban conservar durante un tiempo en virtud de una especie de pacto faustiano. En su relato, intentaría presentarlos como cómplices que estaban dispuestos a colaborar. De hecho, las ganas desesperadas de vivir eran más fuertes que cualquier principio moral, una moral que resultaba inimaginable en la escualidez y la degradación de Auschwitz, y eclipsaban incluso la certeza de que, más pronto que tarde, también a ellos les llegaría la hora de morir. Pocos avisaban a los recién llegados del destino que los aguardaba. Los nazis, mediante la ausencia absoluta de humanidad, habían creado las condiciones ideales para aquel darwinismo social exacerbado en el que decían creer.

Esta aniquilación de todos los instintos sociales y de todo tipo de lealtades, en combinación con la pesadilla irreal de su espeluznante misión, estaba condenada a tener un efecto embrutecedor. «Realizaban todas esas tareas con cruel indiferencia», escribiría Höss, «como si todas ellas formaran parte de una jornada corriente de trabajo.

Mientras arrastraban de un lado a otro los cadáveres, comían o fumaban. No dejaban de comer ni siquiera cuando se dedicaban al espantoso trabajo de incinerar los cadáveres que habían estado enterrados durante un tiempo en fosas comunes».[13]

Entre los prisioneros varones, los más privilegiados eran los que trabajaban en el almacén que llamaban «Kanada», un departamento en que se clasificaban las pertenencias, la ropa, los zapatos y los anteojos de los prisioneros, y en el que se preparaban las balas de pelo humano. Pero ellos también sabían que eran simplemente muertos vivientes. En el verano de 1944, unos meses antes de que el campo fuera liberado, el *Sonderkommando* de prisioneros judíos de «Kanada» organizó una revuelta armada para escapar de Auschwitz-Birkenau. Murieron cuatro guardias de la SS, y cuatrocientos cincuenta y cinco prisioneros fueron abatidos a balazos.

Además de los campos construidos en Chelmno, Bełżec y Auschwitz-Birkenau, fueron preparados otros centros de exterminio en Treblinka y Sobibór. Este proyecto recibió el nombre de «Aktion Reinhard», en honor de Reinhard Heydrich, que había muerto víctima de un atentado.

El *Obergruppenführer* Oswald Pohl de la Oficina

Principal de Administración y Economía de la SS (*Wirtschafsverwaltungshauptamt*) asumió la responsabilidad de supervisar y coordinar sus actividades, ardua misión si tenemos en cuenta las rivalidades existentes entre las distintas facciones nazis. Pohl, un burócrata totalmente dedicado a su trabajo, estaba decidido a conseguir que todo el proceso se desarrollara de la forma más eficiente y provechosa posible. Todos los objetos de valor de las víctimas debían ser cuidadosamente recogidos y clasificados, pero la corrupción que había en algunos campos preocupaba y consternaba a Himmler. Había que extraer los dientes de oro antes de proceder al enterramiento o a la incineración de los cadáveres. Las prendas de vestir, el calzado, los anteojos, las maletas y la ropa interior eran catalogados y trasladados al Reich para entregárselos a los necesitados, generalmente gentes que habían perdido todas sus pertenencias en el curso de un bombardeo. El pelo, que se cortaba a las víctimas antes de hacerlas pasar a la cámara de gas, retenía supuestamente el calor mejor que la lana, por lo que se tejía para hacer con él calcetines para las tripulaciones de la Luftwaffe y de los submarinos, aunque al final casi todo se utilizara como relleno de colchones. A su regreso del Atlántico, las tripulaciones de los submarinos solían ser obsequiadas con una caja de relojes. No tardarían en figurarse el origen de tanta generosidad.

Podríamos decir que el éxito de los asesinatos en masa dependía del flujo ininterrumpido de una cinta transportadora, encargada de ir metiendo a las víctimas, desnudas y sin armar revuelo, en la cámara de gas. Pero en lo tocante al funcionamiento de la mano de obra esclava de ese sistema, Pohl no conseguiría nunca resolver el problema fundamental de los campos de concentración. Cuando uno se dedica a acabar con sus esclavos por medio de los malos tratos, es imposible que se consiga de ellos un buen trabajo, como quedaría demostrado una y mil veces.

El trabajo de investigación que llevó a cabo Vasily Grossman en Treblinka en el verano de 1944 ya subrayaba la importancia del flujo continuo. Los interrogadores del Ejército Rojo permitieron que Grossman se sentara con ellos cuando entrevistaron a varios guardias nazis capturados, a unos cuantos polacos del lugar y a cuarenta supervivientes del campo de trabajo Treblinka I. (Treblinka II era el campo de exterminio contiguo.) Grossman se dio cuenta inmediatamente de que ese era el factor clave del sistema nazi: el flujo continuo. Nunca antes en la historia de la humanidad tanta gente había muerto a manos de tan pocos verdugos. Solo en Treblinka, entre julio de 1942 y

agosto de 1943, unos veinticinco hombres de la SS y alrededor de un centenar de vigilantes auxiliares ucranianos acabaron con la vida de unos ochocientos mil judíos y «gitanos», esto es, asesinaron a un número de personas equivalente, como indicaría el propio Grossman, a toda la población «de una pequeña capital europea».

Dos aspectos fundamentales para lograr que la operación se desarrollara sin contratiempos eran mantener el secretismo y cultivar el engaño. «A la gente se le decía que la llevaban a Ucrania para trabajar en la agricultura».[14] Las víctimas no debían saber qué suerte les esperaba hasta el último momento. Para conseguirlo, ni siquiera los guardias que iban en los trenes podían saber la verdad ni entrar en la zona interna de los campos.

En Treblinka, «el apeadero sin salida en el que se detenía el tren trataba de parecer una estación ferroviaria de pasajeros... con su taquilla, su consigna de equipajes y su restaurante. Por todas partes había flechas, unas indicaban "Dirección Byalistok", otras "Dirección Baranovichi". Cuando llegaba un tren, siempre había una banda de música tocando en el edificio de la estación, y todos los músicos iban bien vestidos». Cuando comenzaron a correr rumores sobre lo que sucedía en Treblinka, los nazis cambiaron el nombre de la estación por el de Ober-Maidan.

No se conseguía engañar a todo el mundo. Los más perspicaces e inquisitivos enseguida se daban cuenta de que

había algo que no encajaba, ya fuera algún objeto personal abandonado en la plaza situada detrás de la estación, que no había sido despejada adecuadamente por el personal encargado después de la llegada del último «cargamento», ya fuera por la enorme muralla que se alzaba frente a ellos, ya fuera por aquella vía de tren que moría en el apeadero sin conducir a ninguna otra parte. Los guardias de la SS habían aprendido a aprovechar el optimismo instintivo de la mayoría de la gente, desesperada por creer que las cosas tenían que irles mejor allí que en el gueto o el campo de tránsito del que venían. Sin embargo, hubo casos, aunque pocos, en los que las víctimas, imaginando el trágico destino que las aguardaba, derribaron de un puñetazo o de un empujón a los guardias que abrían las puertas de los vagones de mercancías en los que viajaban. Cuando esto ocurría, las ametralladoras las abatían a tiros mientras corrían en estampida para refugiarse en el bosque.

A su llegada, el nuevo «cargamento» de tres mil o cuatro mil almas recibía la orden de depositar sus maletas en la plaza, circunstancia que les preocupaba porque temían no poder recuperarlas luego en medio de tanta confusión. El *Unteroffizier* de la SS les indicaba a gritos que simplemente llevaran consigo los objetos de valor, la documentación y los productos de higiene necesarios para ducharse. La ansiedad iba aumentando a medida que las familias eran conducidas como un rebaño por los guardias

armados, algunos de ellos con malévolas sonrisas dibujadas en sus rostros, a través de una puerta que se abría en una alambrada de espino de seis metros de altura rodeada de puestos de ametralladoras. Detrás, en la plaza de la estación, quedaban los «judíos de trabajo» de Treblinka que ya habían empezado a clasificar sus pertenencias, separando lo que debía conservarse para ser trasladado a Alemania de lo que había que quemar. Tenían que ser muy cuidadosos si querían llevarse a la boca a escondidas algún pedazo de comida hallado en una maleta. Un guardia ucraniano los sacaría a rastras de la plaza para pegarles una paliza o simplemente un tiro.

En una segunda plaza, cerca del centro del campo, los ancianos y los enfermos eran conducidos a una salida con un letrero que decía «Sanatorio», donde los esperaba un doctor vestido de blanco y con un brazal de la Cruz Roja. A continuación, el *Scharführer* de la SS al mando decía a los demás que se separaran, obligando a las mujeres y a los niños a dirigirse a los barracones de la izquierda para desnudarse. Era entonces cuando se producían las escenas más estremecedoras, con protestas, lamentaciones y llantos, pues, como es lógico, las familias temían verse divididas definitivamente. Pero, sabedores de lo que iba a ocurrir, los guardias de la SS aumentaban la presión, dando órdenes más concisas con un tono más seco y abrupto: «*Achtung!*»... «*Schneller*!». Y a continuación, «¡Los

hombres aquí! ¡Las mujeres y los niños que se desnuden en los barracones situados a la izquierda!».

Cualquier demostración de dolor recibía por respuesta más órdenes a gritos, pero también palabras esperanzadoras que daban a entender que todo aquello era de lo más normal. «Las mujeres y los niños tienen que descalzarse cuando entren en los barracones. Deben colocar las medias dentro de los zapatos, y los niños sus calcetines dentro de las sandalias, las botas o los zapatos. ¡Mantengan el orden!... Cuando vayan a las duchas, lleven consigo su documentación, su dinero, una toalla y jabón. Repito...».

Una vez en los barracones, las mujeres tenían que quitarse toda la ropa. A continuación les rapaban la cabeza, supuestamente como medida de precaución contra los piojos. Desnudas, debían consignar su documentación, su dinero, sus alhajas y sus relojes en una mesa presidida por otro *Unteroffizier* de la SS. Como observaría Grossman, «una persona desnuda pierde inmediatamente la capacidad de ofrecer resistencia, de luchar contra su destino». Hubo, sin embargo, algunas excepciones. Un joven judío del gueto de Varsovia, relacionado con la resistencia, logró ocultar una granada de mano que arrojó contra un grupo de guardias ucranianos y de la SS. Otro escondió un cuchillo, que clavó a un *Wachmann*. Y una muchacha bastante alta sorprendió a otro vigilante, arrebatándole su carabina con la que intentó abrir fuego. Pero fue apresada y asesinada más

tarde, no sin antes ser sometida a las más atroces torturas.

Llegado este punto, pocas dudas podían albergar las víctimas de que iban a una muerte segura. Los guardias de la SS, vestidos de gris, y los *Wachmanner*, vestidos de negro, empezaban a dar órdenes a gritos y de manera insistente para confundir y meter prisa a aquellos desdichados. *«Schneller!... Schneller*!» decían, mientras los conducían como un rebaño por un sendero cubierto de arena y rodeado de abetos que ocultaban las alambradas de espino. Tras ordenarles que levantaran las manos por encima de la cabeza, los obligaban a marchar a golpe de porra, dándoles latigazos o pegándoles con la culata del subfusil. Los alemanes lo denominaban «el camino sin retorno».

Los actos gratuitos de sadismo no hacían más que propiciar el estado de shock de las víctimas, reduciendo las posibilidades de que en el último minuto trataran de rebelarse. Pero los guardias en cuestión también los practicaban para experimentar un placer monstruoso y perverso. Un tal «Zepf», guardia de la SS que destacaba por su gran corpulencia, era capaz de coger a una criatura por las piernas «como si empuñara una porra», y aplastarle la cabeza contra el suelo. Después de ser obligadas a acceder a una tercera plaza, las víctimas se encontraban con una fachada de madera y piedra, parecida a la de un templo, tras la cual se ocultaban las cámaras de gas. Por lo visto, un

grupo de ingenuas gitanas, que aún no imaginaban la suerte que las esperaba, se pusieron a aplaudir maravilladas mientras contemplaban el edificio, lo que, al parecer, provocó grandes carcajadas entre los guardias ucranianos y los hombres de la SS que las vigilaban.

Para obligar a los prisioneros a entrar en las cámaras de gas, los guardias aflojaban las correas de sus perros. Se cuenta que podían oírse a kilómetros de distancia los gritos de las víctimas cuando los animales clavaban sus dientes en ellas. Uno de los guardias capturados por el Ejército Rojo dijo lo siguiente a Grossman: «Podían ver que había llegado la hora de su muerte, y eso que allí estaba lleno de gente. Recibían verdaderas palizas, y los perros desgarraban su carne». Solo volvía a reinar el silencio cuando se cerraban las pesadas puertas de las diez cámaras de gas. Veinticinco minutos después de haber comenzado el proceso de gasificación, las puertas traseras se abrían para que entraran los prisioneros que formaban los equipos de trabajo de Treblinka I a retirar aquellos cadáveres de rostro amarillento. Otro grupo de prisioneros judíos se encargaba de extraer los dientes de oro con la ayuda de unas tenazas. Tal vez conservaran la vida más tiempo que las personas cuyos cadáveres debían manipular, pero lo cierto es que su suerte no era envidiable. «Era un lujo recibir un balazo», comentaría a Grossman uno de los pocos supervivientes.

Amontonadas y hacinadas en las cámaras de gas, las

víctimas tardaban veinte o incluso veinticinco minutos en morir. El jefe de los guardias observaba el proceso por una mirilla, y esperaba hasta que ya no veía más movimiento. Las grandes puertas situadas al otro extremo de la entrada se abrían, y los cadáveres eran sacados a rastras de la cámara de gas. Si alguno mostraba signos de vida, el *Unteroffizier* de la SS lo remataba inmediatamente, pegándole un tiro de gracia con su pistola. A continuación, ordenaba a los equipos «dentales» que se pusieran a trabajar con sus tenazas para extraer los dientes de oro. Por último, otro equipo de trabajo, formado por judíos de Treblinka I cuya condena a muerte se veía temporalmente aplazada, cargaba los cadáveres en carros y carretillas para conducirlos al lugar en el que las excavadoras a vapor habían abierto una nueva fosa común.

Mientras tanto, los ancianos y los enfermos, que habían sido separados y conducidos al «Sanatorio», eran liquidados con un *Kopfschuss* o disparo en la nuca. Los «judíos de trabajo» de Treblinka I se encargaban de arrastrar sus cadáveres hasta las fosas. Pero, como en Auschwitz, la suerte de estos supervivientes temporales no era en absoluto envidiable. También eran víctimas del atroz sadismo de los nazis, que disparaban contra ellos o violaban a las jóvenes judías para después matarlas. Los guardias de la SS obligaban a los prisioneros a cantar un himno especial de Treblinka que había sido compuesto por uno de ellos.

Grossman también conoció en Treblinka I la historia del «tuerto de Odessa de origen alemán, Svidersky, apodado el "Maestro del Martillo". Estaba considerado todo un especialista en la muerte "fría", y fue él quien mató en unos cuantos minutos a quince niños de edades comprendidas entre los ocho y los trece años que habían sido declarados no aptos para el trabajo».[15]

A comienzos de 1943, Himmler visitó Treblinka y ordenó al comandante del campo que desenterrara todos los cadáveres, los quemara, y esparciera sus cenizas a los cuatro vientos. Al parecer, después de la desastrosa campaña de Stalingrado, los altos cargos de la SS se vieron obligados de repente a contemplar las posibles consecuencias que podría tener el descubrimiento de todas aquellas fosas comunes por parte del Ejército Rojo. Los cadáveres en estado de descomposición, en «lotes» de incluso cuatro mil a la vez, eran esparcidos para prenderles fuego en los llamados «asadores», esto es, montones de traviesas que se convertían en hogueras. Era tal el número de cadáveres que la operación se prolongó durante ocho meses.

Los ochocientos «judíos de trabajo» obligados a realizar esa lúgubre tarea organizaron su venganza, pues sabían perfectamente que no se les permitiría seguir viviendo una vez quemados todos los cadáveres. El 2 de agosto de 1943, durante una larga ola de calor,

protagonizaron una sublevación dirigida por Zelo Bloch, un teniente de origen judío del ejército checo. Armados con poco más que unas cuantas layas y hachas, atacaron las torres de vigilancia y el barracón de los guardias, matando a dieciséis hombres entre soldados de la SS y *Wachmänner*. Prendieron fuego a varias instalaciones del campo y derribaron las alambradas. Se produjo la huida en masa de unos setecientos cincuenta prisioneros, pero la SS trajo tropas de refuerzo y hombres con perros rastreadores para peinar los bosques y los pantanos de los alrededores. Los aviones localizadores sobrevolaban constantemente la zona. Unos quinientos cincuenta fugitivos acabaron siendo atrapados y devueltos al campo, donde fueron ejecutados. Otros simplemente fueron abatidos a balazos en el acto cuando fueron descubiertos. Solo setenta de ellos lograron sobrevivir hasta la llegada del Ejército Rojo al año siguiente.

Pero la revuelta marcó el fin de Treblinka. Fue destruido el resto de los edificios, incluidas las cámaras de gas y la falsa estación de tren. Fueron esparcidas las últimas cenizas de las enormes hogueras, y luego, en un grotesco intento de pretender que el campo no había existido nunca, se plantaron altramuces por todo el lugar. Pero como observaría Grossman, al andar por allí «la tierra vomita huesos triturados, dientes, ropa y documentos. No quiere guardar sus secretos».[16]

Treblinka desarrolló un ciclo mucho más intenso de matanzas que Auschwitz-Birkenau. Su número de víctimas, ochocientas mil, alcanzado en apenas trece meses, no distó mucho del millón de individuos asesinados en Auschwitz-Birkenau en treinta y tres meses. Mientras que Treblinka fue el destino principal de los judíos polacos, y de unos pocos del Reich y de Bulgaria, Auschwitz Birkenau recibió víctimas de toda Europa. Además de judíos polacos, llegaron a este campo gentes procedentes de Holanda, Bélgica, Francia, Grecia, Italia, Noruega, Croacia y, más tarde, Hungría. En Bełżec acabaron unas quinientas cincuenta mil personas, principalmente judíos de origen polaco. El campo de Sobibór, en el que perecieron unos doscientos mil individuos, acogió a los judíos de la región de Lublin, pero también de Holanda, Francia y Bielorrusia. Otras ciento cincuenta mil personas, principalmente judíos de origen polaco, murieron en Chelmno, y cincuenta mil judíos polacos y franceses en Majdanek.

El 6 de octubre de 1943, Himmler pronunció un discurso ante un público de *Reichsleiter* y *Gauleiter* en el curso de una conferencia celebrada en Posen. El *Grossadmiral* Dönitz, el *Generalfeldmarschall* Milch y Albert Speer (aunque trató de negarlo durante el resto de

sus días) también asistieron al acto y escucharon sus palabras. Dejando de lado por una vez todos aquellos eufemismos utilizados para hablar de la Solución Final, como, por ejemplo, «evacuación al este» o «tratamiento especial», Himmler se expresó con absoluta franqueza acerca de lo que estaban haciendo. «Se nos planteaba una cuestión: ¿qué hacer con las mujeres y los niños? En este sentido decidí también que había que encontrar una solución clara y definitiva. No me parecía razonable exterminar a los hombres, esto es, matarlos u ordenar que los mataran, y permitir que los niños crecieran para vengarse en nuestros hijos y en nuestros nietos. Había que adoptar una difícil decisión: hacer que ese pueblo desapareciera de la faz de la tierra».[17]

El 25 de enero de 1944, Himmler volvió a dirigirse a unos doscientos generales y almirantes en Posen. Ellos también tenían que ser perfectamente conscientes de los sacrificios que había hecho la SS. La «lucha racial» emprendida por sus «tropas ideológicas», explicó de nuevo Himmler, no «permitirá que crezcan vengadores para enfrentarse a nuestros hijos».[18] En la eliminación total de los judíos no había excepciones.

Himmler habría podido jactarse ante su audiencia de que nunca en la historia de la humanidad tan pocos habían conseguido matar a tantos. Con una mezcla de engaños, dudas y, al final, atroz crueldad, la reducidísima fuerza

opresora había conseguido atrapar a casi tres millones de víctimas, incapaces de creer que pudieran existir campos de exterminio en Europa, la supuesta cuna de la civilización.

35
ITALIA: EL VIENTRE DURO
(octubre de 1943-marzo de 1944)

La invasión aliada de la Italia peninsular en septiembre de 1943 había parecido una buena idea en su momento, con la caída del fascismo y la promesa de nuevos aeródromos. Pero había habido una ausencia característica de claridad de ideas en lo tocante a los objetivos de la campaña y en cómo cumplirlos. Alexander, comandante del XV Grupo de Ejércitos de los aliados en Italia, no supo coordinar las operaciones del V Ejército del general Mark Clark y del VIII Ejército del general Bernard Montgomery. Clark no estaba precisamente muy satisfecho con la lentitud del avance de Montgomery, cuyas tropas debían aliviar a las suyas en Salerno, por mucho que recibiera mensajes de ánimo diciendo «¡Aguanta! ¡Espera! ¡Estamos de camino!».[1] Para empeorar las cosas, en cierto sentido parecía que Montgomery consideraba que había sido el

salvador del V Ejército en Salerno.

Las relaciones entre los Aliados no se vieron precisamente favorecidas por otro hecho: tanto Montgomery, el general británico de baja estatura, enjuto y fuerte, como Clark, el general estadounidense larguirucho y de aspecto desgarbado, estaban obsesionados con su imagen. Clark, que no tardó en aumentar su equipo de relaciones públicas a cincuenta hombres, insistía en que los fotógrafos debían captar su perfil más favorecedor, el izquierdo, que destacaba su nariz verdaderamente imperial. Algunos de sus oficiales lo apodaban «Marco Aurelio Clarko».[2] Y Monty había empezado a repartir fotografías suyas firmadas como si fuera una estrella de cine.

Por encima de ellos, el encantador, pero desconfiado, «Alex» parecía pensar que podía seguir elaborando planes mientras ellos continuaran con su avance, una actitud que sin duda convenía a Churchill, que deseaba que la campaña italiana llegara mucho más allá de lo que pretendían los americanos. A Montgomery, por su parte, no le gustaba hacer nada que no hubiera sido cuidadosamente planificado con antelación. «Todavía no se me había informado de ningún plan para llevar a cabo la guerra en Italia, ¡pero ya estaba bastante acostumbrado a ese tipo de situaciones!», escribiría mordazmente en su diario.[3] Pero, como sabía Alexander por experiencia, en cualquier caso Montgomery solo haría lo que quisiera hacer. Como indica su biógrafo,

Alexander desempeñaba el papel del «esposo comprensivo en un matrimonio difícil».[4] Además, Eisenhower no supo ni meter en cintura a sus subordinados ni establecer una idea clara de lo que se pretendía lograr en Italia.

El verdadero problema, por supuesto, estaba en las más altas instancias y en el desacuerdo fundamental que había caracterizado la estrategia aliada desde 1942. Roosevelt y Marshall tenían la firme determinación de que nada debía aplazar la puesta en marcha de la Operación Overlord. Churchill y Brooke, por su parte, seguían considerando que, por el momento, el Mediterráneo era el teatro de operaciones más trascendental, en el que había que aprovechar la rendición de las tropas italianas. De hecho, tanto el primer ministro británico como su general, que continuaban contemplando con ansiedad cualquier invasión a través del Canal de la Mancha sin supremacía aérea, tenían la ligera esperanza de que una serie de éxitos en el Mediterráneo proporcionara una buena excusa para posponer la Operación Overlord. El único alto oficial americano que estaba de acuerdo con ellos era el general Spaatz, comandante de las fuerzas aéreas estadounidenses en el Mediterráneo. Al igual que Harris, Spaatz creía que simplemente con los bombardeos podía ganarse la guerra en apenas tres meses, y «no consideraba que Overlord fuera necesaria o deseable».[5] Quería seguir con el avance en Italia hasta cruzar el Po, o incluso adentrarse en Austria,

para que sus bombarderos estuvieran lo más cerca posible de Alemania.

Ni que decir tiene que Churchill estuvo acertado con su insistencia en poner en marcha la Operación Torch y la Operación Husky a pesar de la oposición de Marshall. Aunque lo hiciera por otras razones, lo cierto es que su postura evitó un intento de invadir Francia en 1943 que habría acabado en desastre. Pero en aquellos momentos estaba perdiendo toda credibilidad a ojos de los americanos, debido a una nueva obsesión: la reconquista de Rodas y de otras islas del Egeo que habían estado ocupadas por fuerzas italianas. Como era de esperar, el general Marshall sospechaba que esta idea de ir saltando de isla en isla por el Mediterráneo oriental formaba parte de un plan para invadir los Balcanes. Y no es de extrañar que se negara rotundamente a prestar su ayuda o a participar en una empresa semejante.

Incluso el mismísimo Brooke, partidario de la campaña en Italia y de otras operaciones en la región, temía que el primer ministro hubiera perdido totalmente el sentido común debido a lo que denominaba su «locura de Rodas».[6] «Se ha dejado llevar con un entusiasmo enloquecido por la idea de atacar Rodas, ha magnificado su importancia de modo que ya no puede pensar en nada más y ha puesto todo el corazón en la conquista de la isla, incluso a costa de poner en peligro sus relaciones con el

Presidente y con los americanos, y también el futuro de toda la campaña de Italia... Los americanos ya recelan muchísimo de él, y [esta actitud suya] solo servirá para empeorar las cosas».[7]

La idea ilusoria de que los Aliados iban a llegar muy pronto a Roma había arraigado en el pensamiento de los comandantes americanos, y también en el de Churchill. Mark Clark estaba decidido a coronarse conquistador de la ciudad, e incluso Eisenhower creía que la capital italiana caería a finales de octubre. De manera precipitada, por no decir otra cosa, Alexander declaró que pasarían las Navidades en Florencia. Pero ya había claros indicios de que los alemanes iban a seguir combatiendo ferozmente en su retirada, y de que estaban firmemente decididos a vengarse de las tropas y los partisanos italianos que colaboraban activamente con los aliados.

Al este de Nápoles, en una aldea próxima a Acerra, el Escuadrón B del 11.° de Húsares vio cómo los habitantes del lugar se encontraban en el cementerio enterrando a diez hombres fusilados por los alemanes. «Justo después de que se hubieran ido nuestros vehículos blindados», informaría el regimiento, «aparecieron de repente más alemanes que, tras saltar por el muro del cementerio, dispararon con sus subfusiles contra la multitud que permanecía de pie junto a las tumbas».[8] La cólera de Hitler contra los italianos por haber cambiado de bando se había filtrado hasta el último

de los reclutas alemanes.

El V Ejército de Clark, en su avance hacia el noroeste desde Nápoles, encontró su primer gran obstáculo en el río Volturno, a unos treinta kilómetros de la capital de la Campania. A primera hora del 13 de octubre, abrió con toda su artillería una cortina de fuego en el valle. La 56.ª División británica lo pasó mal junto a la costa, pero el tramo principal del río, aunque ancho, era vadeable, y al día siguiente ya pudo asegurarse una gran cabeza de puente. El Volturno no era más que una simple posición de la resistencia alemana, pues Kesselring ya había establecido su principal línea defensiva al sur de Roma. Al igual que Hitler, quería mantener a los aliados lo más al sur posible de la península. Rommel, al frente de las divisiones alemanas del norte de Italia, había quedado al margen de cualquier decisión importante por ser partidario de una retirada.

En la siguiente fase del avance, los ejércitos de los dos aliados no tardaron en descubrir que el terreno montañoso y las condiciones climatológicas no encajaban con «la soleada Italia» que habían imaginado por aquellos carteles publicitarios turísticos de antes de la guerra. El otoño italiano era como la *rasputitsa* rusa, con lluvias constantes y mucho barro. Durante semanas, los uniformes, tanto los típicos de los británicos como los verdes de los americanos, estuvieron empapados de agua. El pie de

trinchera se convirtió rápidamente en un verdadero problema para los que no se ponían unos calcetines secos al menos una vez al día. Las copiosas lluvias de finales de otoño convirtieron los ríos en enfurecidos torrentes, y los caminos en lodazales, en un momento en el que los alemanes habían volado todos los puentes, y sembrado de minas todas las rutas, en su operación de retirada. Los británicos, aunque fueran los inventores del puente portátil Bailey, sentían envidia de las brigadas de ingenieros americanas por su magnífico equipamiento y por los numerosos efectivos que las integraban. Pero ni siquiera el ejército de los Estados Unidos disponía de una cantidad suficiente de puentes para cubrir sus necesidades en una sucesión tan abundante de valles.

Los alemanes llevaron a cabo su retirada colocando en las carreteras barricadas, perfectamente defendidas, y diversas minas controladas por baterías antitanque excelentemente camufladas. El avance de aproximación de los Aliados suponía esperar hasta que el tanque, o el vehículo blindado, que iba a la cabeza pisara una mina y, a continuación, fuera alcanzado e inutilizado por un proyectil perforador «procedente de Dios sabe dónde». Las grandes maniobras de la guerra del desierto habían quedado muy atrás. Las estrechas carreteras de aquellos angostos valles, y los pueblos situados en lo alto de colinas perfectamente defendidos, obligaban a la infantería a tomar la delantera.

Pero a menos de treinta kilómetros al norte del Volturno tuvo que detenerse el avance.

La línea Gustav, o línea de Invierno, elegida por Kesselring se prolongaba a lo largo de ciento cuarenta kilómetros, desde el sur de Ortona, en la costa adriática, hasta el golfo de Gaeta, en la costa del Tirreno. Cruzaba, pues, la parte más estrecha de la bota italiana, lo que facilitaba enormemente su defensa. Contaba con una fortaleza natural, Monte Cassino, que era su principal bastión. Todo el imprudente exceso de optimismo de los comandantes aliados se esfumó cuando las interceptaciones de Ultra confirmaron que Hitler y Kesselring iban a organizar una feroz defensa. Fue en este momento cuando Eisenhower habría tenido que insistir en que se llevara a cabo un replanteamiento de toda la campaña. Con las siete divisiones que debían trasladarse a Inglaterra para preparar la Operación Overlord, los Aliados perdían la superioridad numérica necesaria para lanzar una gran ofensiva. Churchill y Brooke parecían creer que, en cierto sentido, no era justo que los americanos tuvieran que hacer hincapié en que se cumplieran los acuerdos alcanzados en la conferencia «Tridente» del mes de mayo.

Las patrullas de reconocimiento sobre el terreno enseguida

confirmaron lo que indicaban los mapas. Para el V Ejército de Clark la única manera de llegar a Roma era tomando la carretera nacional 6, que atravesaba el desfiladero de Mignano, custodiado a uno y otro lado por grandes montañas. Y por detrás de la formación corría el Rápido, un río que a su vez estaba dominado por Monte Cassino.

A la izquierda, el X Cuerpo británico tenía ante sí una barrera natural, el río Garigliano. El 5 de noviembre, la formación trató de bordear el desfiladero de Mignano capturando Monte Camino. Lo que se encontró fue que este inmenso elemento de la naturaleza, con una falsa cresta tras otra, estaba perfectamente defendido por la 15.ª División de Granaderos Acorazados alemana del primer sector de la línea Gustav. A los hombres de la 201.ª Brigada de la Guardia, incapaces de romper las defensas alemanas, les resultó imposible cavar trincheras en lo que denominaron «la cresta del culo pelado». Bajo la helada lluvia, tuvieron que optar por improvisar parapetos con piedras amontonadas. El fuego de los morteros alemanes situados en lo alto fue más letal que nunca, pues los proyectiles impactaban en las rocas y las partían, provocando que una gran cantidad de apuntadas esquirlas y de fragmentos salieran disparados en todas direcciones. Tras varios días de agobio, el general Clark no tuvo más opción que ordenar que sus hombres se retiraran de la que ya llamaban la montaña de la muerte. Los cadáveres de

varios caídos fueron colocados en posición de ataque, con las armas apuntando al enemigo, antes de proceder al repliegue de las tropas supervivientes.[9]

Al noroeste, en un punto más elevado de los Apeninos centrales, los hombres de la 34.ª y de la 45.ª División de los Estados Unidos, para no pisar las minas, pusieron unas cabras a andar delante de ellos por los senderos de la montaña. Lo triste de la realidad es que ni los británicos ni los americanos habían aprendido realmente las lecciones de lo que era una guerra en las montañas. En este tipo de terrenos, los camiones no podían aproximarse a las posiciones avanzadas. Tanto los alimentos como las municiones debían ser transportados a lomos de mulas, o de hombres, por empinados y serpentinos caminos, monte arriba. En el viaje de vuelta, las reatas de mulas bajarían los cadáveres de los caídos. A los arrieros, en su mayoría carboneros contratados a cambio de un jornal, les espeluznaba aquel siniestro cargamento. Los heridos solo podían ser evacuados de noche por los camilleros, en lo que se convertía, para unos y otros, en un doloroso y duro viaje por la empinada y resbaladiza ladera de la montaña.[10]

La tarde del 2 de diciembre, bajo un cielo cubierto y oscuro, y en medio de otra fuerte tormenta, novecientos cañones de la artillería del V Ejército comenzaron un intenso bombardeo mientras los soldados de infantería, calados hasta los huesos, subían por las laderas de las

montañas: los británicos las de Monte Camino otra vez, y los americanos las de Monte La Difensa, encabezados por la 1.ª Fuerza de Servicios Especiales. Al amanecer del día siguiente, este grupo semirregular había conquistado la cota y se había preparado para los contraataques de los granaderos acorazados alemanes. A lo largo del día siguiente, ambos bandos combatieron encarnizadamente en La Difensa. Los americanos, que cayeron en varias trampas tendidas por el enemigo, no hicieron prisioneros.

Justo al suroeste de los estadounidenses, los británicos habían conquistado por fin Monte Camino, por lo que la posición alemana que cruzaba la carretera 6 podía ser rebasada en parte por un flanco. Clark mandó que la 36.ª División rompiera la línea Bernhardt a las puertas del pueblo de San Pietro. Monte Lungo, en el lado noroccidental del desfiladero de Mignano, debía ser el primer objetivo, pues, de lo contrario, la artillería alemana posicionada en esa localidad podría repeler la principal ofensiva. Una brigada de alpinos italianos, dispuestos a demostrar su valía contra sus antiguos aliados, se unió al asalto, pero fue aniquilada por el fuego constante de las ametralladoras alemanas. Clark recurrió incluso a los tanques, que solo podían avanzar por un terreno tan rocoso a costa de romperse o perder una oruga. Tras varios días de importantes pérdidas, Monte Lungo fue tomado por el oeste, y San Pietro cayó poco después. Los alemanes

simplemente se retiraron a su siguiente línea defensiva.

Los soldados de Clark ofrecían un aspecto lamentable a mediados de diciembre. Iban sin afeitar, con el pelo largo y mojado, y tenían grandes bolsas oscuras bajo los ojos. Sus uniformes estaban impregnados de barro, sus botas caían a pedazos, y su piel tenía un color blanquecino y numerosas arrugas provocadas por el contacto permanente con el agua. Muchos sufrían pie de trinchera. Los habitantes de San Pietro, que se habían refugiado de los combates en cuevas de la zona, también presentaban un estado deplorable. Cuando abandonaron sus cobijos se encontraron con que sus casas estaban en ruinas, y sus huertos y sus viñedos destrozados. Prácticamente todos los árboles de las colinas de las inmediaciones habían sido destruidos por el fuego de la artillería.

Podría decirse que en el lado adriático de los Apeninos el VIII Ejército de Montgomery estaba haciendo otra guerra. La concentración de fuerzas procedió con lentitud hasta que los puertos estuvieron despejados, y el VIII Ejército iba con retraso debido a la escasez de provisiones, sobre todo combustible. El grueso de los cargamentos que llegaban a Barí estaba destinado a acelerar la entrada en acción de la XV Fuerza Aérea del general James Doolittle,

con base en los trece aeródromos de Foggia.

Montgomery reconocía que el objetivo fundamental de la campaña italiana debía ser entretener en la península el mayor número de divisiones alemanas posible, y la utilización de las bases aéreas de Foggia para bombardear a los alemanes en Baviera, Austria y la cuenca del Danubio. El terreno montañoso del sur de la Italia central favorecía las defensas alemanas e impedía prácticamente que los Aliados pudieran utilizar sus fuerzas blindadas, muy superiores en número a las del enemigo. Enseguida fue evidente para los Aliados que aquella guerra iba a ser más despiadada que la del desierto. En el bando alemán había arraigado lo que un corresponsal de guerra denominaría «una ferocidad ordenada».[11] Los alemanes abrieron fuego contra «todos los hombres de una unidad canadiense que, tras haber sido rodeada y aislada, comunicó que se rendía». Y, a sangre fría, «disparan inmediatamente contra cualquier civil que vean en la zona de combate sin tener en cuenta que tal vez su casa está por allí».

Montgomery quería avanzar para rodear el flanco de los alemanes que se enfrentaban al V Ejército de Clark, pero las copiosas lluvias otoñales que cayeron en la segunda semana de noviembre obligaron a posponer su intento de cruzar el río Sangro. La tierra estaba tan enfangada que sus tanques no podían moverse, y las nubes eran tan bajas que sus aviones, los aparatos de la que seguía

siendo la Fuerza Aérea del Desierto, no podían volar y prestarle cobertura. El Sangro estaba tan crecido que sus aguas simplemente se llevaban por delante los pontones. El 27 de noviembre, aunque seguía lloviendo intensamente, la 2.ª División de Nueva Zelanda cruzó el río, «y enseguida comenzó un combate en toda regla por la posesión de los terrenos elevados».[12]

Montgomery convocó a todos los corresponsales de guerra presentes en el frente italiano para informarles de la situación. Habló desde la escalerilla de su caravana, pintada aún con el camuflaje del desierto, oculta en un olivar desde el que se dominaba el valle del Sangro. Calzaba unas botas de ante típicas del desierto y llevaba puestos unos pantalones de pana de color kaki y una guerrera con el cuello desabrochado y una bufanda de seda. Godfrey Blunden, el corresponsal australiano, lo describiría como «un hombre menudo, de poca estatura, con una nariz aguileña y unos ojos azules de mirada penetrante y calculadora, bajo unas cejas canosas. Hablaba con tono preciso y seco y con un ligero ceceo». Su discurso, en el que detallaba sus «grandes principios de una guerra», «se veía interrumpido únicamente por los gorjeos procedentes de una jaula llena de agapornis y canarios que había a un lado de la caravana».[13]

A comienzos de diciembre, Montgomery ordenó que la 1.ª División de Canadá atacara a lo largo de la costa, en

dirección a Ortona. A veinticinco kilómetros tenía Pescara y la carretera 5, que conducía a Roma a través de los Apeninos. El comandante de esa formación, el general de división Christopher Vokes, un tipo pelirrojo alto y robusto, ordenó que sus hombres avanzaran atacando frontalmente a la 90.ª División de Granaderos Acorazados alemana. Tras su éxito inicial, los canadienses toparon con las posiciones enemigas que defendían un barranco situado al sudoeste de Ortona y que los alemanes habían sembrado de minas. Durante nueve días, Vokes cargó contra el enemigo con un batallón tras otro, hasta que sus hombres comenzaron a llamarlo «el Carnicero». Montgomery enviaba mensajes preguntando por qué el avance se desarrollaba con tanta lentitud. La respuesta era muy sencilla: los canadienses no solo se enfrentaban a los granaderos acorazados, sino también a los hombres de la 1.ª División *Fallschirmjäger*, a los que reconocieron por sus cascos redondos de paracaidista.

El 21 de diciembre, los canadienses lograron por fin abrirse paso. Los equipos de demolición alemanes volaron por los aires aquella antigua localidad ante sus ojos, aunque los paracaidistas siguieron resistiendo entre las ruinas una semana más, y colocaron bombas trampa en lo poco que quedó en pie. El corpulento Vokes, llorando de rabia, se derrumbó por las pérdidas que había sufrido su división durante aquel mes: dos mil trescientas bajas, de las cuales

quinientas correspondían a soldados muertos, y numerosos casos de fatiga de combate que dejaron a los hombres paralizados y sin poder pronunciar palabra. Montgomery decidió interrumpir los ataques durante un tiempo.

El sistema de abastecimientos de Montgomery era un caos. El 2 de diciembre, una gran incursión aérea de la Luftwaffe contra el puerto de Bari había cogido totalmente desprevenidos a los Aliados. Fueron hundidos diecisiete buques, incluido uno de los llamados «Barcos de la Libertad», el *John Harvey*, que llevaba en sus bodegas mil trescientas cincuenta toneladas de bombas de gas mostaza. Estas bombas, que llegaban en el más absoluto secretismo, debían tenerse en reserva por si los alemanes recurrían a las armas químicas. El puerto quedó sumido en el más absoluto caos, con los oleoductos inutilizados y en llamas. Otro barco con cinco mil toneladas de municiones se incendió y estalló por los aires. Mientras el *John Harvey* estallaba en llamas, matando a su capitán y a toda la tripulación, cada explosión levantaba enormes columnas de agua hacia el cielo. El gas mostaza alcanzó a los que se arrojaron al mar y a otros muchos que se encontraban en la zona de los muelles. Los corresponsales de guerra vieron cómo los censores suprimían de sus artículos cualquier tipo de alusión al ataque sufrido.

El secretismo que rodeaba al gas mostaza y a la muerte de los hombres del *John Harvey* tendría una

consecuencia más: los médicos encargados de curar tanto a los soldados como a los civiles no conseguían comprender por qué tantos de ellos no podían abrir los ojos y morían en medio de grandes dolores. Tardaron dos días en comenzar a darse cuenta de la verdadera causa de aquellas muertes. Perecieron más de mil soldados y marineros aliados y un número desconocido de italianos. El puerto quedó inutilizado hasta febrero de 1944. Fue una de las incursiones de la Luftwaffe más devastadoras de toda la guerra.

En aquellos momentos, los dos ejércitos de Alexander estaban condenados a llevar a cabo una dura campaña en un territorio difícil. El sur de Italia no era precisamente «un lugar feliz en aquel frío invierno de 1943», comentaría un guardia irlandés. Los más desgraciados y abandonados de la mano de Dios eran los civiles, dispuestos siempre a llevarse a la boca cualquier resto de comida o a coger cualquier colilla que tirara un soldado. La desesperación les llevaba a hacer cualquier cosa por sobrevivir. En Nápoles, una mujer obligada a prostituirse se vendía por veinticinco centavos o por una lata de comida. En Barí, en la costa del Adriático, con «cinco cigarrillos se compraba a una mujer».[14] Se colgaba un cartel vetando la entrada a los burdeles que no pasaban la inspección, pero esto solo servía para alimentar la curiosidad de los soldados por lo prohibido. La policía militar americana, los llamados

«copos de nieve» por sus cascos blancos, disfrutaba irrumpiendo en este tipo de establecimientos para comprobar que no hubiera personal militar en ellos. La propagación de enfermedades venéreas fue mucho mayor que en Sicilia, con más de un soldado contagiado por cada diez. No hubo penicilina disponible para el tratamiento de este tipo de afecciones que no guardaban relación alguna con el combate hasta comienzos de la primavera de 1944. Y su utilización fue autorizada exclusivamente para poder disponer de más hombres en el frente.

Mientras la abundancia de productos americanos que llegaban al puerto de Nápoles estimulaba un enorme mercado negro de objetos y artículos robados, los italianos normales y corrientes pasaban hambre. Los alemanes se habían apropiado de sus reservas de alimentos, que ya se habían visto drásticamente reducidas debido a la nefasta administración fascista. Los únicos productos comestibles que habían dejado los invasores eran las castañas de los bosques de las montañas, pues las consideraban comida para cerdos. Los italianos, viéndose sin trigo, molían las castañas para hacer harina. Uno de los productos que más escaseaba era la sal, lo que imposibilitaba sacrificar un cerdo y curar su carne, siempre y cuando se siguiera teniendo uno de estos animales después del saqueo alemán. Los comandantes y oficiales nazis ignoraron incluso las súplicas del ministro de agricultura de Mussolini. No

quedaba prácticamente ningún hombre para trabajar los campos, pues los alemanes se habían llevado a los soldados italianos para utilizarlos como mano de obra esclava. Inevitablemente, la acusada desnutrición provocó numerosos casos de raquitismo entre los más débiles, los niños. Pero el gran asesino, especialmente en Nápoles, fue el tifus. Sin apenas jabón y agua caliente, los piojos propagaron esta enfermedad con pasmosa rapidez, hasta que los americanos trajeron grandes cantidades de DDT para tratar a toda la población.

Después de Navidad, Churchill, convaleciente en Marrakech de su principio de pulmonía, comenzó a impacientarse porque los frentes italianos no se movían. Contemplaba con entusiasmo la idea inicial del general Mark Clark de rebasar las líneas alemanas con otro desembarco anfibio más cerca de Roma. A Eisenhower nunca le había gustado ese plan, la llamada Operación Shingle, pero tanto él como Montgomery debían abandonar el teatro de operaciones del Mediterráneo para dirigirse a Londres y preparar la Operación Overlord. Churchill tenía el campo despejado y asumió más o menos el mando. El propio Clark ya no estaba tan convencido del posible éxito de la Operación Shingle, pues solo podía disponerse de dos

divisiones. Si el V Ejército no conseguía romper la línea Gustav, aquella fuerza de desembarco podría verse fácilmente atrapada.

La operación de desembarcar y abastecer a dos divisiones exigía una cantidad considerable de naves, aproximadamente noventa buques de desembarco de carros de combate (LST, por sus siglas en inglés) y otras ciento sesenta lanchas de desembarco. Pero la mayoría de estas naves debía dirigirse a Gran Bretaña a mediados de enero de 1944 para prepararse para la Operación Overlord. Churchill, haciendo verdaderos equilibrios con las fechas y los datos disponibles, consiguió convencer a Roosevelt de que la Operación Shingle no iba a suponer ningún retraso en los planes establecidos. Aunque Brooke lo apoyaba, no le gustaba la idea de que el primer ministro jugara a ser comandante en jefe en el Mediterráneo. «¡Winston, sentado en Marrakech, rebosa ahora entusiasmo y trata de ganar la guerra desde allí!», escribía en su diario el recientemente ascendido a mariscal de campo. «Quiera Dios que regrese pronto a la patria para tenerlo bajo control».[15]

Como cuando un rey convoca a los miembros de su corte, desde el hotel Mamounia Churchill mandó llamar a los altos oficiales de todo el Mediterráneo. Ignorando las dudas que le plantearon, se negó a que la fecha prevista, el 22 de enero, fuera pospuesta para realizar los ensayos

pertinentes. Las playas de los alrededores de Anzio, situadas detrás de las líneas alemanas, a unos cien kilómetros de ellas, fueron el lugar elegido para el desembarco. La mayoría de los presentes respaldó el plan, sobre todo porque había que poner fin a aquella situación de estancamiento, aunque eran perfectamente conscientes de lo peligroso de la jugada. Churchill infravaloraba los problemas logísticos y la capacidad de los alemanes de mover a sus tropas para contraatacar el desembarco de los Aliados antes de que estos consiguieran reforzar la cabeza de puente. Así pues, todo dependía de la prisa que se diera el V Ejército en cruzar el río Rápido, capturar una localidad tan bien defendida como Cassino y, lo más difícil, ocupar a continuación la fortaleza de Monte Cassino que dominaba la zona. Desde Monte Cassino no solo se contemplaban todas las inmediaciones, sino que también ofrecía una gran panorámica de la región a los observadores de la artillería alemana.

Una vez más, el X Cuerpo británico avanzaría por la izquierda, cerca de la costa. Inteligentemente, Clark había situado a su derecha al recién llegado Cuerpo Expedicionario Francés, con dos divisiones de tropas norteafricanas curtidas en la batalla. Los *goumiers* sabían pelear en terrenos montañosos. Se desplazaban cargando poco peso, utilizaban cualquier promontorio en el terreno con gran habilidad y eran implacables con sus enemigos, a

los que mataban sigilosamente clavándoles un puñal o la bayoneta. De nuevo, el principal ataque tendría lugar en el centro, esta vez a unos cuantos kilómetros al sur de Cassino, en dirección al valle del Liri. Esto suponía cruzar el Rápido y pasar por sus orillas, infestadas de minas, bajo el fuego enemigo, para luego lanzar un ataque contra las fuertes defensas alemanas situadas en los terrenos elevados.

El plan de Clark carecía de toda imaginación. Varios comandantes de sus divisiones no lo veían con agrado, pero tampoco expresaron abiertamente sus dudas. Sospechaban que la obsesión de Clark por conquistar Roma podía costar la vida de muchos de sus hombres. En cualquier caso, Clark tenía que lanzar un ataque general para que los desembarcos de Anzio pudieran coronarse con éxito. La 36.ª División, que había quedado muy maltrecha en Salerno, debía encabezar el ataque del II Cuerpo contra el pueblo de Sant'Angelo, desde el que se dominaba el Rápido, río defendido por la 15.ª División de Granaderos Acorazados alemana. Al sur de su posición, la 46.ª División británica cruzo el Garigliano la noche del 19 de enero, pero se vio obligada a retirarse con cierto desorden cuando los alemanes contraatacaron rápidamente, y sus zapadores abrieron las compuertas que regulaban el paso del agua río arriba, cerca de la confluencia con el Liri. Un torrente de agua se desató en cascada, llevándose por delante las

embarcaciones de asalto.

La noche del 20 de enero, la 36.ª División comenzó a aproximarse al Rápido en medio de una densa niebla. Reinó el caos cuando algunas compañías se perdieron. Previamente, los zapadores alemanes habían cruzado sigilosamente a la margen derecha para colocar minas a orillas del río, y cuando los futuros atacantes se acercaron, cargados con los pesados botes de goma, pudieron oírse los gritos de los hombres que habían perdido un pie al pisar una de las minas. Esto alertaba a los morteros alemanes que, guiados por los ruidos y los gritos, apuntaban en la dirección correcta y disparaban varias ráfagas seguidas. Las ametralladoras de los nazis, dispuestas en líneas fijas, agujerearon muchos de los botes de asalto que fueron lanzados al agua.

Los batallones que lograron cruzar al otro lado del río se vieron obligados a replegarse, y al día siguiente el comandante de la división recibió la orden de reemprender la acción. Esta segunda vez tuvieron más éxito, aunque quedaron atrapados en pequeñas cabezas de puente, donde fueron bombardeados sin piedad. Al final, tras haber sufrido unas dos mil bajas, se ordenó la retirada de los restos de la división. Fue una batalla inútil y sangrienta, que dio lugar a muchas recriminaciones tanto en su momento como posteriormente. Sin embargo, junto con el ataque británico por la izquierda, había servido para convencer a

Kesselring de que la crisis era inminente. El comandante de las fuerzas alemanas en Italia había ordenado que sus dos divisiones de granaderos acorazados de reserva, la 29.ª y la 90.ª, abandonaran inmediatamente los alrededores de Roma y se dirigieran a reforzar la línea Gustav, a lo largo del Garigliano y el Rápido. Esto supuso que el sector Anzio-Nettuno quedara desprotegido dos días más tarde.

El 20 de enero, la 1.ª División de Infantería británica y la 3.ª División estadounidense, con el apoyo de unidades de asalto especializadas y de tres batallones de Rangers del coronel Darby, empezaron a embarcar en puertos del golfo de Nápoles. Las formaciones que se dirigían en orden hacia las naves, acompañadas por la música de unas bandas, parecían marchar en un desfile de la victoria antes incluso de comenzar la batalla. El 1er Batallón de la Guardia Irlandesa avanzaba al son de «St. Patrick's Day». «Me sorprendió ver a tantos italianos que llenaban las calles para vitorearnos y aplaudirnos mientras marchábamos camino del puerto», escribiría un miembro de esa formación. «Me di cuenta de que muchos guardias tenían a sus novias italianas entre la multitud que nos vitoreaba; muchas de ellas caminaban junto a sus soldados y les daban flores y recuerdos».[16] Las medidas de seguridad eran tan

deficientes que la mayoría de los italianos conocía el destino de los soldados.

El comandante en jefe de todo el VI Cuerpo, y por lo tanto el encargado de dirigir la Operación Shingle, era el general de división John P. Lucas. Lucas destacaba por su amabilidad, y sus finos anteojos redondeados y su bigote blanco le daban ese aire que tienen los tíos ancianos de muchas familias, pero carecía de instinto asesino. Varios altos oficiales no pudieron contenerse de darle ánimos y consejos, la mayoría de ellos contradictorios y poco acertados. El más desastroso fue el del mismísimo general Clark. «No corras riesgos, Johnny», dijo a Lucas. «Yo los corrí en Salerno, y tuve problemas».[17] Clark no indicó claramente ningún objetivo. Sugirió que lo principal era asegurar la cabeza de playa sin poner en peligro a sus hombres.

Para sorpresa general de todos, especialmente después de la impresionante despedida de los italianos, los alemanes no tenían la más mínima idea del plan de desembarcar en Anzio y Nettuno. Los aliados los cogieron completamente desprevenidos. De hecho, cuando los americanos y los británicos llegaron a tierra firme a primera hora del 22 de enero y preguntaron por los alemanes a gentes de la localidad, la única respuesta que recibieron fueron encogimientos de hombros y gestos con la cabeza indicando hacia Roma. Solo detuvieron a unos

pocos. Algunos habían estado buscando provisiones para sus unidades en esa tranquila localidad, que había sido un centro balneario de los oficiales fascistas de Roma.

Aunque los alemanes no habían preparado las defensas militares convencionales, habían llevado a cabo deliberadamente actos de sabotaje medioambiental en la zona. En los años treinta, gastando muchísimo dinero, Mussolini había drenado las Lagunas Pontinas para instalar en la zona a cien mil veteranos de la Primera Guerra Mundial en calidad de colonos. Los mosquitos, una verdadera plaga en la región, fueron prácticamente eliminados. Tras la rendición de Italia, dos científicos de Hitler planearon la venganza contra su antiguo aliado. Interrumpieron el funcionamiento de las bombas de agua para inundar de nuevo buena parte de la región y destruyeron las compuertas de los diques. A continuación, introdujeron en la zona el mosquito portador de la malaria, capaz de sobrevivir en aguas salobres. Las autoridades alemanas también confiscaron las reservas de quinina, para que la enfermedad se difundiera. Los habitantes de la región no solo perdieron sus casas y sus tierras, sino que, al año siguiente, más de cincuenta y cinco mil de ellos contraerían la malaria. Fue un caso palmario de guerra biológica.[18]

Ignorando la amenaza de la malaria, tanto Alexander como Clark visitaron aquel tranquilo enclave en el que

debían tener lugar los desembarcos. No parecían preocupados por la falta de empuje de los mandos superiores, pero en los batallones avanzados empezaba a intensificarse una sensación de desasosiego y consternación. «Todos percibíamos una especie de anticlímax angustiante», escribiría un miembro de la Guardia Irlandesa. «Todos nosotros, desde el primero al último, fuimos exhortados y animados a avanzar con arrojo hacia Roma. Tal vez hubiera sido una empresa dura y atroz, pero habríamos llegado. Contábamos con el factor sorpresa. No había ningún alemán a nuestro alrededor. ¿Qué diablos impedía que la división continuara con el avance?».[19] Entre los británicos había la sospecha infundada de que no se avanzaba porque los *yankees* querían ser los primeros en llegar a Roma. Sin embargo, Lucas ni siquiera ordenaba el avance urgente de la 3.ª División del general Lucian Truscott, a pesar de que era sumamente necesario capturar un grupo de colinas en el norte o cortar la carretera 7, y con ellas las líneas de abastecimiento del X Ejército.

El desembarco aliado provocó el pánico en Roma y en el cuartel general de Kesselring situado en lo alto del valle del Tíber, sobre todo porque el comandante alemán había enviado sus dos divisiones de reserva a combatir a orillas del Garigliano y el Rápido. Poco antes del amanecer, despertaron a Kesselring para comunicarle la noticia, y él

inmediatamente llamó por teléfono a Berlín. Enseguida se puso en marcha un plan de contingencia, la llamada Operación Richard, con el envío de divisiones del norte de Italia y de tropas de refuerzo de otros lugares. El general de caballería Eberhard von Mackensen debía trasladar el cuartel de su XV Ejército, por entonces en Verona. El cuartel general del X Ejército de Vietinghoff recibió la orden de enviar todas las tropas que no estuvieran combatiendo de vuelta a los montes Albanos y a las colinas del Lacio, desde las que se dominaban las Lagunas Pontinas de la llanura de la costa. Sobre todo, Kesselring quería que hubiera el mayor número posible de baterías en aquellas colinas. Pero primero hizo que entrara en acción su «artillería volante», y la Luftwaffe utilizó sus «bombas planeadoras» contra los buques aliados anclados frente a la costa. Una de estas bombas alcanzó al destructor británico *Janus*, partiéndolo en dos. Otra hundió un barco hospital perfectamente iluminado e identificado. Las minas supusieron otro de los grandes peligros a los que tuvo que enfrentarse la flota invasora.

En el lado izquierdo de la cabeza de playa, la 1.ª División británica empezó por fin a avanzar rápidamente el 24 de enero, y al día siguiente ya había tomado la pequeña ciudad de Aprilia. La 3.ª División de Truscott también se puso en marcha y atacó Cisterna, donde la esperaba la División Panzer Hermann Göring. Todo esto ocurrió poco

antes de que los artilleros de Kesselring comenzaran a bombardear intensamente desde las colinas la llanura que se extendía a sus pies. En aquellos momentos quedó patente que la negativa de Lucas a actuar con rapidez para ocupar los terrenos elevados había tenido unas consecuencias nefastas. Con una obstinación casi perversa, había permitido que su gran ventaja, el factor sorpresa, se le escapara de las manos. Pero la culpa también era de Clark y Alexander, que habrían debido presionarlo mucho más para que ordenara el avance de sus fuerzas en las primeras cuarenta y ocho horas. Por otro lado, puede decirse que el VI Cuerpo de Lucas, formado solo por dos divisiones, no era lo suficientemente fuerte para avanzar hacia el interior y proteger sus flancos, y que toda la operación estaba condenada al fracaso.

Cuando Clark volvió a visitar la cabeza de playa el 28 de enero, los alemanes, con su rápida concentración de tropas, habían roto la paridad numérica con las fuerzas aliadas, superándolas al menos en sesenta mil efectivos. Y más refuerzos enemigos iban de camino al sur. Los Aliados se habían equivocado confiando en que su poderío aéreo evitaría el despliegue de aquellas tropas, y ahora el fuego de la artillería alemana era cada vez más intenso. Una italiana de dieciocho años rompió aguas cuando un grupo de civiles y soldados intentaba escapar de las bombas refugiándose en un cementerio. Mientras la madre de la

joven rezaba, encomendándose a todos los santos, un cabo del Real Cuerpo Médico Militar la ayudó a parir un niño perfectamente sano como si aquello fuera uno de sus trabajos cotidianos.

Al día siguiente por la noche, cuando los Rangers de Darby y la 3.ª División de Truscott atacaron, fueron repelidos por unas fuerzas alemanas mucho más numerosas de lo que imaginaban. Un nuevo ataque acabó en desastre para los Rangers, muchos de los cuales perdieron la vida o fueron capturados. Más tarde los alemanes harían desfilar a sus prisioneros por las calles de Roma para los fotógrafos y las cámaras de filmación del Deutsche Wochenschau, el equivalente alemán del nodo español. Hitler, que estaba obsesionado con el significado simbólico de las capitales, tenía la firme determinación de no perder la de su aliado más prominente. Así pues, no le importaba conceder a Kesselring incluso más recursos para la defensa de Italia que los que el comandante había solicitado.

La espectacular intensidad de los bombardeos alemanes hizo que los puestos de socorro en el frente, los centros de primeros auxilios de la retaguardia y los hospitales de evacuación de los Aliados se vieran abrumados por la llegada de tantos heridos. Pequeñas patrullas de asalto alemanas se infiltraban en el perímetro. La batalla se convirtió en «una serie de enfrentamientos breves, pero encarnizados», escribiría un sargento de la

Guardia Irlandesa. «Las construcciones de drenaje, las zanjas y las profundas acequias proporcionaban tantos escondrijos, que tenías en segundos al enemigo encima».[20] Con una nubosidad tan densa, los Aliados ya no podían confiar en recibir apoyo aéreo. Los americanos y los británicos tuvieron que abrir trincheras y afrontar la furia del esperado contraataque de Mackensen, para el cual el *Generaloberst* ya contaba con casi cien mil efectivos tras la llegada de las tropas de refuerzo.

Los desembarcos de Anzio no habían logrado socavar la férrea resistencia del X Ejército en su línea defensiva del Garigliano y el Rápido. El gran promontorio de Monte Cassino, con su monasterio benedictino en la cima, era su principal bastión. Pero al noroeste, a menos de diez kilómetros, una formación francesa de dos divisiones norteafricanas, a las órdenes del general Alphonse Juin, había cruzado el río Secco y capturado Monte Belvedere, situado al otro lado de la línea Gustav. En la batalla más dura librada en la montaña, sufrió ocho mil bajas. Mientras tanto, en el valle del Rápido, seguía implacablemente aquel duelo entre las artillerías de uno y otro bando.

El 30 de enero, la 34.ª División de Infantería de los Estados Unidos, tras haberse visto obligada en un principio

a retirarse, consiguió vadear el Rápido al norte de Cassino. Durante los días siguientes, pudo abrirse paso, avanzando de colina en colina, por detrás del gran promontorio. Pero la batalla por la ciudad de Cassino y por el propio Monte Cassino siguió siendo una combinación de progresos y fracasos, en medio de un clima gélido y copiosas nevadas. La 34.ª División, exhausta y maltrecha tras su audaz avance, tuvo que ser reemplazada poco después por la 4.ª División India.

El teniente general Bernard Freyberg, comandante en jefe del cuerpo neozelandés, asumió el control del sector. Corpulento y temerario, y definido por sus colegas británicos como «un oso con muy poco cerebro», Freyberg solía ver las cosas desde un punto de vista drástico. Llegó a la conclusión de que el magnífico monasterio benedictino de Monte Cassino era inexpugnable, y, por lo tanto, en lugar de intentar salvarlo, como habían indicado Eisenhower y Alexander, los Aliados tenían que destruirlo completamente. A los informes que aseguraban, erróneamente, que los alemanes lo habían convertido en secreto en una verdadera fortaleza militar se les dio validez, y a los que decían que estaba lleno de refugiados no se les escuchó. El general Juin se opuso firmemente a su destrucción, al igual que Clark y el comandante del II Cuerpo de los Estados Unidos. Pero Alexander dio un paso adelante para apoyar decididamente a Freyberg. La presión

que hacía Churchill desde Londres exigiendo resultados era demasiada.

El 4 de febrero, Mackensen lanzó su ataque contra el saliente británico de Anzio. Sus granaderos acorazados avanzaron por los campos de minas precedidos por un enorme rebaño de ovejas. El 1er Batallón de la Guardia Irlandesa y el 6.° de Gordons fueron los que se llevaron la peor parte, cuando aparecieron los tanques Mark IV alemanes que venían detrás. La 1.ª División de Infantería se vio obligada a retirarse, perdiendo mil quinientos hombres, novecientos de los cuales fueron hechos prisioneros. Tres días después, los alemanes lanzaron otro ataque contra Aprilia. Una vez más, el fuego frontal de la artillería y los cañones de los buques aliados anclados frente a la costa impedirían que el enemigo lograra abrirse paso hasta el mar.

Desde su Guarida del Lobo, Hitler, tras echar una ojeada a unos mapas a pequeña escala de la cabeza de playa de Anzio, dio instrucciones precisas a Mackensen, exigiendo que lanzara un ataque masivo para acabar con ella. Quería que los Aliados recibieran una lección clara y contundente para disuadirlos de emprender una posible invasión por el Canal de la Mancha unos meses más tarde.

El 16 de febrero los combates entraron en una fase de más intensidad. La 3.ª División de Granaderos Acorazados y la 26.ª División Panzer volvieron a atacar Aprilia, y la zona que separaba a la 45.ª División americana de la recién llegada 56.ª División británica. Dos días después, Mackensen lanzó también contra los Aliados a todas sus tropas de reserva.

Desde Carroceto, los granaderos acorazados atacaron prácticamente en columnas napoleónicas el mismo eje. Los observadores de la artillería los vieron llegar, y en unos minutos varias baterías de cañones de campaña aliadas habían abierto fuego con unos efectos devastadores. Los americanos apodaron la carretera de aquella aproximación «la pista de bolos».[21] Las bajas aliadas fueron numerosas, pero Mackensen perdió más de cinco mil hombres.

A instancias de Alexander, Clark regresó a la cabeza de playa de Anzio para destituir a Lucas como comandante del VI Cuerpo y reemplazarlo por Truscott. Resulta irónico que esta decisión llegara justo después de que la batalla hubiera comenzado a decantarse a favor de los Aliados. Churchill también tuvo la oportunidad de decir la suya cuando una semana después, en el curso de una reunión de los jefes de estado mayor en Londres, hizo su famoso comentario acerca de Anzio: «Esperábamos desembarcar un gato montés que les arrancara las tripas a los teutones. ¡En cambio, hemos varado una enorme ballena que coletea

en el agua!».[22]

El 29 de febrero, Mackensen, siguiendo órdenes de Kesselring y del cuartel general del Führer, lanzó otro gran ataque. Las baterías aliadas dispararon sesenta y seis proyectiles contra estas fuerzas agresoras. Hitler dedicaba tanto interés a los doce kilómetros de la cabeza de playa de Anzio como al frente oriental. Pero se negaba a admitir que sus tropas no podían ganar si carecían de munición de artillería y de cobertura aérea, en un momento en el que los Aliados eran cada vez más fuertes en la *Materialschlacht*, la «batalla con un uso intenso de material bélico». Kesselring, por otro lado, comprendía que en Italia se había llegado a un punto de inflexión en la guerra. La Wehrmacht no podía seguir consumiendo tropas y armas durante mucho más tiempo, especialmente contra un enemigo con unas reservas armamentísticas aparentemente inagotables. En Anzio, tres cuartas partes de sus bajas habían sido provocadas por el fuego de la artillería.

El 15 de febrero, los Aliados lanzaron todo su potencial destructivo contra Monte Cassino. Un día antes, por la tarde, habían dejado caer sobre el antiguo monasterio un montón de panfletos diciendo a los que se habían refugiado allí que abandonaran lo antes posible el lugar por su propia

seguridad. Pero la confusión y los recelos hicieron que muy pocos marcharan. El abad se negaba a creer que los Aliados fueran capaces de cometer semejante acto. Las Fortalezas Volantes B-17 y diversas escuadrillas de bombarderos medios Mitchell B-25 y Marauder B-26 bombardearon la cima de la montaña en varias pasadas, mientras desde el valle del Rápido el V Ejército contribuía a la acción con el peso de toda su artillería. Murieron varios centenares de refugiados.

Pero a Freyberg le salió el tiro por la culata. No consiguió lanzar su ataque hasta mucho después de que los bombarderos hubieran regresado a sus bases. Y cuando lo hizo, sus fuerzas fueron insuficientes y estuvieron mal coordinadas. El bombardeo aliado dio a los alemanes el derecho y la oportunidad de convertir aquel monasterio parcialmente en ruinas en una verdadera fortaleza. Y cuando los Aliados intentaron culpar de todo lo ocurrido a los alemanes, con la falsa afirmación de que estos habían ocupado el monasterio, sus acusaciones fueron rebatidas rotundamente por el abad benedictino en el curso de una entrevista filmada con el general Fridolin von Senger und Etterlin, comandante en jefe del XIV Cuerpo Panzer.

La ciudad de Cassino, defendida en aquellos momentos por la 1.ª División Paracaidista alemana, se convirtió en el objetivo principal de Freyberg, quien tuvo que aplazar su decisión de atacarla con la 2.ª División de

Nueva Zelanda y la 4.ª División India debido a las intensas lluvias. Necesitaba que el terreno estuviera seco para los tanques, pero toda la zona estaba inundada. Cuando dejó de llover el 15 de marzo, la ciudad sufrió el acoso de los bombarderos y la artillería. Por mucho que se excusaran las tripulaciones de los bombarderos de la XV Fuerza Aérea, lo cierto es que no estuvieron precisamente muy acertados en la navegación y en la localización de los objetivos durante esta misión. Otras cinco localidades fueron atacadas por error; de hecho, la aviación estadounidense consiguió bombardear a prácticamente todas las distintas nacionalidades integradas en su bando, a saber, la División India, el cuartel general del VIII Ejército, tropas polacas recién llegadas y el cuartel general del general francés Juin, causando trescientas cincuenta bajas en las filas aliadas y setenta y cinco entre la población civil.

De acuerdo con la práctica habitual que seguían los alemanes cuando esperaban una gran ofensiva, solo un pequeño contingente de hombres había asumido la defensa de la ciudad de Cassino. El grueso de las tropas paracaidistas había sido retirado a una segunda y una tercera líneas. El avance posterior de las fuerzas de Freyberg se vio obstaculizado por los escombros que bloqueaban las calles y los grandes socavones. Los tanques Sherman no podían pasar, y para empeorar las cosas, empezaba a llover de nuevo, a pesar de las alentadoras predicciones de los partes

meteorológicos.

Los paracaidistas alemanes defendieron con arrojo la ciudad en ruinas. Los neozelandeses, que tenían pendiente con ellos un asunto, a saber, la derrota sufrida en Creta, ni que decir tiene que combatieron con arrojo y determinación, al igual que los hombres de la División India, especialmente los fusileros del 6.° Regimiento Gurkha. Pero, para frustración de Clark, Freyberg iba a su ritmo, demostrando su ineptitud táctica y dando obstinadamente palos de ciego. La batalla se prolongó ocho días, y el cuerpo de Freyberg perdió el doble de hombres que los alemanes. Algunos destacamentos aislados, como el de los Gurkhas que había tomado varias colinas pagando un elevado precio, recibieron la orden de regresar. Toda la formación tuvo que retirarse, maltrecha, resentida y abatida.

En Anzio, mientras tanto, la tendencia a eternizarse que mostraba la guerra en Italia se había visto confirmada al aumentarse en casi cien mil el número de tropas aliadas en el perímetro de la cabeza de playa, conservando así una paridad de efectivos con los alemanes. Pero el más cruento de todos los frentes había quedado sumido en la rutina de las escaramuzas nocturnas entre patrullas de combate. Los

soldados se dedicaban a cultivar hortalizas y a comprar los animales de las familias evacuadas antes de su partida. Aburridos, apostaban en cualquier tipo de competición, desde carreras de escarabajos hasta partidos de béisbol. Floreció ese espíritu comercial del emprendedor americano con la venta de licores caseros destilados en improvisados alambiques. «Los que se dedicaban al contrabando de alcohol del 133.° de Infantería mezclaban cincuenta libras de uvas pasas fermentadas con una pizca de vainilla para preparar "Borracho en París"». Los soldados británicos cazaban ratas y las metían en sacos de arena para lanzarlas luego como cargas explosivas contra las trincheras alemanas. Resultaba muy preocupante el elevado número de autolesiones, consecuencia, al parecer, más del miedo anticipado que de la inmediatez del propio miedo. Los casos de fatiga de combate, como pronto advertirían los psiquiatras, solían aumentar invariablemente en las cabezas de playa y en las cabezas de puente. Su número experimentaba un descenso espectacular solo cuando comenzaba una batalla de movimientos.[23]

El 23 de marzo, cuando los combates por Cassino alcanzaban su máxima intensidad, los partisanos italianos de Roma tendieron una emboscada a un destacamento de policías alemanes que desfilaban por las calles de la ciudad. Hitler, enfurecido, ordenó que se tomaran represalias: la ejecución de diez hombres por cada alemán asesinado.

Kappler, jefe de la SS en Roma, seleccionó a trescientos treinta y cinco rehenes para ejecutarlos al día siguiente en las fosas Ardeatinas, a las afueras de la ciudad. La caza de judíos emprendida por Kappler no había tenido el éxito esperado, pues los alemanes solo consiguieron detener y enviar a Auschwitz a mil doscientos cincuenta y nueve. La mayoría de ellos fueron escondidos por los italianos, y también por la Iglesia Católica, aunque el papa nunca se manifestara claramente en contra de la persecución.

Al otro lado del Adriático, las represalias de los alemanes en Yugoslavia fueron más brutales. Himmler había autorizado el reclutamiento de musulmanes bosnios en la 13.ª División de Montaña de la SS *Handschar* para combatir contra los partisanos de Tito, que eran presentados como los odiados serbios. Llevaban un fez gris con la calavera de la muerte típica de la SS. De hecho, los grupos partisanos estaban formados cada vez más por individuos de todas las nacionalidades yugoslavas, mientras que los chetniks casi exclusivamente serbios del general Mihailovic habían decidido evitar las confrontaciones con los alemanes tras las atroces represalias de octubre de 1941. Las fuerzas comunistas de Tito, por su parte, no tenían escrúpulos a la hora de intensificar el conflicto, y aprovechaban los crímenes cometidos por los alemanes para engrosar sus filas. Cuando los británicos comprobaron que los chetniks no actuaban como esperaban, decidieron

retirar la misión militar enviada en su ayuda por la SOE y aumentar el apoyo a las brigadas de Tito. Se enviaron suministros desde la base de la SOE en Bari, y el 2 de marzo de 1944 empezaron los bombardeos contra objetivos en Yugoslavia con aviones de los aeródromos de Foggia.

Cuando se intensificaron las incursiones de la aviación aliada contra Alemania, Hitler quiso vengarse y sembrar el pánico en Gran Bretaña, pero lo cierto es que, en su inmensa mayoría, los alemanes corrientes ya empezaban a estar hartos y deprimidos de todas aquellas arengas nazis. Querían protección de los bombarderos y escuchar un mensaje que les permitiera abrigar la esperanza de que la guerra ya estaba tocando a su fin. Solo los leales al partido seguían saludando al grito de *«Heil Hitler*!». La caída de Mussolini en Italia hizo que muchos alemanes se crearan falsas expectativas, pero los dos regímenes y su manera de aferrarse al poder eran simplemente polos opuestos. Para garantizar la continuidad en el poder de los nazis, Hitler nombró también a Heinrich Himmler, el *Reichsführer-SS*, ministro del interior. Pero, para consternación de Goebbels, Hitler se había distanciado aún más del pueblo alemán, y seguía negándose a visitar a los civiles que habían

sido bombardeados y a los soldados que habían caído heridos.

Hitler se había encargado, consciente o inconscientemente, de quemar todas las naves. No había más alternativa que la victoria o la destrucción total. Y tras haber prometido la inevitable victoria de los nazis, en aquellos momentos podía amenazar impúdicamente con los horrores de una derrota, sin admitir en ningún momento que hubiera cambiado algo, o que era totalmente responsable de aquella catastrófica situación. Hitler culpó de los últimos reveses sufridos a los franceses traidores del norte de África, a los aún más traidores italianos y a los generales reaccionarios de la Wehrmacht que carecían de espíritu nazi y no obedecían sus órdenes.

Durante algunos breves instantes de lucidez, parecía que el Führer podía visualizar cómo iba a acabar la guerra. Al menos seguía creyendo en su idea darvinista social de que el poder nunca se equivoca. Tras el desastre de Stalingrado, había empezado a aplicar este principio con sus compatriotas. Dijo a Goebbels que «si el pueblo alemán acaba mostrándose débil, solo merecerá que un pueblo más fuerte se encargue de exterminarlo; y nadie podrá sentir compasión por él».[24] Volvería a abordar este tema cuando empezara a vislumbrarse la caída del Reich.

36
LA OFENSIVA SOVIÉTICA DE PRIMAVERA (enero-abril de 1944)

El 4 de enero de 1944, el *Generalfeldmarschall* von Manstein voló a la Wolfsschanze para explicar a Hitler la amenaza a la que se enfrentaba el Grupo de Ejércitos Sur. El IV Ejército Panzer entre Vinnitsa y Berdichev se veía abocado a la destrucción. Ello supondría la creación de un enorme hueco entre sus fuerzas y las del Grupo de Ejércitos Centro. La única solución era obligar a replegarse a las tropas de Crimea y de la curva del Dniéper.

Hitler se negó a considerar la propuesta. Abandonar Crimea suponía el riesgo de perder el apoyo de Rumania y Bulgaria, y tampoco podía utilizar fuerzas del norte pues ello habría animado a los finlandeses a abandonar la guerra. Dijo que había tantas discrepancias en el bando enemigo que su alianza acabaría por hacerse pedazos. Era solo cuestión de esperar. Manstein solicitó entrevistarse a solas con el Führer. Solo el general Kurt Zeitzler, jefe de estado mayor del ejército, se quedó con los dos hombres. Hitler

presentía lo que se avecinaba y no le gustaba.

Manstein insistió en su primera recomendación de que el dictador le entregara la dirección del frente oriental. Pensando en la constante negativa del cuartel general del Führer a permitir una retirada hasta que era demasiado tarde, Manstein comentó que algunos de sus problemas se debían al modo en que se ejercía el mando. «¡Yo tampoco puedo conseguir que los mariscales de campo me obedezcan!», replicó Hitler con una furia glacial. «¿Se imagina usted, acaso, que estarían más dispuestos a obedecerle a usted?» Manstein replicó que sus órdenes no eran desobedecidas. Había dado en el clavo, pero Hitler dio bruscamente por terminada la entrevista. Manstein, demasiado astuto por su propio bien, no había conseguido más que suscitar en Hitler una profunda desconfianza. Sus días como comandante en jefe estaban contados.[1]

En enero de 1944, incluso después de haber perdido cuatro millones doscientos mil hombres, las fuerzas armadas alemanas estaban al máximo de su potencia y tenían movilizados a nueve millones y medio de hombres de uniforme. Apenas dos millones y medio de ellos estaban en el frente oriental, y contaban con unas setecientas mil tropas aliadas de refuerzo, una cifra ligeramente mayor que la de los participantes en la Operación Barbarroja dos años y medio antes.[2] Pero los números inducían a error. El ejército alemán era ahora una organización muy distinta de

la que había iniciado la invasión. Por término medio, perdía el equivalente de un regimiento al día, y muchos de los mejores oficiales de baja graduación y de los suboficiales morían en el combate.[3] Las fuerzas de las distintas nacionalidades se mantenían obligando a los jóvenes polacos, checos, alsacianos y *Volksdeutsch* a ingresar en el ejército y la Waffen-SS. Entre el diez y el veinte por ciento de los hombres que una división tenía que alimentar eran Hiwis o individuos obligados a realizar trabajos forzados. La otra gran diferencia era que el ejército alemán ya no podía contar con el apoyo eficaz de la Luftwaffe, el grueso de la cual había sido retirado para defender el Reich de los bombardeos aliados.

El Ejército Rojo, por su parte, había desplegado seis millones cuatrocientos mil hombres casi exclusivamente en el frente oriental, y gozaba también de una superioridad enorme en materia de tanques, cañones y aviones. Pero también la Unión Soviética padecía una crisis de recursos humanos a raíz de las terribles pérdidas sufridas durante los dos últimos años y de la movilización masiva de personas para trabajar en las industrias de guerra. Muchas divisiones de fusileros contaban solo con dos mil hombres o menos. Pero el Ejército Rojo era sobre todo una organización incomparablemente más profesional y efectiva de lo que había sido durante los desastres de 1941. El asfixiante temor al peso muerto que suponía el NKVD había sido

sustituido por una capacidad mucho mayor de iniciativa y de experimentación.[4] Para la primera mitad de 1944 las prioridades de la Unión Soviética estaban claras: obligar a los alemanes a retirarse de Leningrado, volver a ocupar Bielorrusia y liberar el resto de Ucrania.

Tras el éxito de la operación Zhitomir-Berdichev llevada a cabo por el Primer Frente Ucraniano de Vatutin, que repelió los contraataques de Manstein, el mariscal Zhukov, como representante de la Stavka, se propuso destruir la poderosa cuña que tenían los alemanes en el Dniéper en los alrededores de Korsun. El 24 de enero, el XI y el XLII Cuerpo, que Hitler no había permitido a Manstein retirar, fueron pillados por sorpresa y aislados por el V Ejército de Tanques de la Guardia y el VI Ejército de Tanques, integrados en el II Ejército Ucraniano de Konev. Manstein, decidido a sacar a sus hombres de allí tras el fracaso de la misión de rescate de Stalingrado, reunió cuatro divisiones panzer.

El gran rival de Zhukov, el general Konev, estaba igualmente deseoso de acabar con las cuatro divisiones de infantería y la 5.ª División de granaderos acorazados de la SS *Wiking* antes de que recibieran ayuda. Konev, que según el hijo de Beria tenía unos «ojillos malvados, la cabeza afeitada que hacía que pareciera una calabaza, y una expresión llena de autocomplacencia», era un hombre despiadado, como todo el mundo sabía.[5] Ordenó al II

Ejército del Aire, encargado de prestarle apoyo, que lanzara una lluvia de bombas incendiarias sobre los edificios de madera de las pequeñas ciudades y aldeas de lo que se había convertido en la bolsa de Cherkassy.[6] De ese modo las tropas alemanas, víctimas de la malnutrición, se verían obligadas a salir a la intemperie, con un frío espantoso.

El 17 de febrero las tropas rodeadas hicieron un intento de salir del cerco, combatiendo en medio de una nieve altísima. Konev estaba prevenido y cerró la trampa. Gracias a su oruga ancha, los T-34 se enfrentaron sin dificultad a los montones de nieve. Sus tripulantes persiguieron a los soldados de infantería alemanes exhaustos, aplastándolos bajo sus ruedas. Luego la caballería cargó montada en sus pequeños caballos cosacos, y con sus sables cercenaba los brazos levantados de los que intentaban rendirse. Se dice que solo ese día murieron unos veinte mil alemanes. Stalin quedó tan impresionado por la venganza de Konev que lo ascendió a mariscal. Vatutin habría sido ascendido también si el 29 de febrero no hubiera caído víctima de una emboscada de los nacionalistas ucranianos, a consecuencia de la cual resultó mortalmente herido. Zhukov asumió el mando de su Primer Frente Ucraniano y continuó atacando el flanco norte del Grupo de Ejércitos Sur, mientras el Tercer Frente Ucraniano de Malinovsky y el Cuarto Frente de Tolbukhin aplastaban a las fuerzas alemanas situadas en la curva del

Dniéper o las obligaban a retroceder.

Hitler se había mostrado más reacio aún a contemplar la retirada de Leningrado. Hacía ya tiempo que se había esfumado cualquier esperanza de acabar con «la cuna del bolchevismo», pero temía que un repliegue de sus fuerzas diera a los finlandeses la excusa que andaban buscando para firmar la paz con la Unión Soviética. Sus soldados no podían entender por qué los obligaban a quedarse en aquellos pantanos, especialmente cuando se propagó el rumor de que el Ejército Rojo había realizado grandes avances en el sur.

Esperando que no tardara en producirse un gran ataque, las autoridades militares alemanas obligaron a la población civil del norte de Rusia a replegarse más a la retaguardia para impedir que el Ejército Rojo la reclutara a medida que iba avanzando. «Nuestro coche pasó ante el cuerpo de una mujer tendida en la nieve», escribió Godfrey Blunden cerca de Velikie Luki. «Nuestro chófer ni siquiera se detuvo. Espectáculos de ese estilo eran habituales en la zona de combate rusa. La mujer, que probablemente se había salido de la fila y había caído mientras era conducida a Alemania, había recibido un tiro o tal vez hubiera muerto de frío. ¿Quién sabe quién era? No era más que una rusa

más entre muchos millones».[7]

El 14 de enero de 1944, el Frente de Leningrado, el de Volkhov y el Segundo Frente del Báltico iniciaron una serie de ataques con el fin de romper definitivamente el asedio. Durante los dos meses anteriores, el Frente de Leningrado había estado transportando secretamente en barco cada noche al II Ejército de Choque hasta la cabeza de puente de Oranienbaum, en la costa del Báltico, al oeste de la ciudad. Luego, cuando el golfo de Finlandia se congeló, otros veintidós mil soldados, ciento cuarenta tanques y trescientos ochenta cañones cruzaron la superficie helada y se unieron al saliente.[8]

En medio de una niebla densísima y glacial, el Ejército Rojo y la Flota del Báltico iniciaron un bombardeo excepcionalmente violento con veintiún mil seiscientos cañones y mil quinientos lanzacohetes Katiusha. Tan grandes fueron los temblores provocados por las doscientas veinte mil bombas disparadas en cien minutos que el yeso de los techos de las casas de Leningrado, situada a veinte kilómetros de distancia, se vino abajo. «Las bombas levantaron un verdadero muro de tierra, humo y polvo, lleno de destellos en su interior», escribió un artillero.[9] Al ataque lanzado desde la cabeza de puente de Oranienbaum se unió otro desde las colinas de Pulkovo, en el extremo sudoeste de la ciudad. El *Generaloberst* Georg Küchler, comandante en jefe del

Grupo de Ejércitos Norte, no se había esperado unos ataques tan bien coordinados. Pero los *Kampfgruppen* alemanes los rechazaron con su profesionalidad habitual. Un cañón de 88 mm fue dejando fuera de combate un tanque soviético tras otro desde un fortín bien construido. En su avance la infantería soviética podía oler la carne chamuscada de sus compatriotas que habían quedado dentro de los carros de combate.

En las aldeas no encontraron ni a un solo civil, pues todos habían sido evacuados detrás de las líneas alemanas. El avance continuó en dirección a Pushkin (Tsarskoe Selo) y Peterhof. Los cadáveres de los alemanes, tendidos boca abajo sobre la nieve, habían sido aplastados por las orugas de los T-34. Algunos soldados cantaban mientras marchaban, otros rezaban. «Me di cuenta de que yo mismo intentaba recordar las oraciones que me habían enseñado de niño», anotó un oficial, «pero no era capaz de acordarme de ninguna». Cuando llegaron a Gatchina, encontraron el palacio «cubierto de mierda».[10] Con aquel frío, los alemanes que ocupaban el lugar no se habían molestado en salir al exterior a hacer sus necesidades. El corresponsal británico Alexander Werth, sin embargo, afirma que los soldados del Ejército Rojo se pusieron furiosos al descubrir que parte del palacio de Gatchina había sido convertido en un burdel para oficiales alemanes.[11]

La mañana del 22 de enero, el general Küchler se

trasladó en avión a la Wolfsschanze a pedir permiso a Hitler para retirarse de Pushkin, acción absolutamente sin sentido, pues la retirada era imparable. Al día siguiente, cayó sobre Leningrado la última bomba alemana. El 27 de enero de 1944, después de ochocientos ochenta días, el asedio fue definitivamente roto. Se dispararon en la ciudad salvas de victoria, pero las celebraciones quedaron ensombrecidas ante el recuerdo de todas las personas que habían muerto. El sentimiento dominante entre la mayoría de la población era el complejo de culpabilidad del superviviente.

El deseo de venganza entre las tropas de primera línea era fortísimo. Vasily Churkin describe en su diario cómo, cuando entraron en Vyritsa, «capturamos a cuatro adolescentes rusos vestidos con uniformes alemanes. Fueron fusilados de inmediato, pues tal era el odio que inspiraba todo lo alemán. Pero los chicos eran inocentes. Los alemanes los habían utilizado para conducir los caballos en la retaguardia. Les habían dado aquellos abrigos y los habían obligado a ponérselos».[12]

Hitler destituyó inmediatamente a Küchler y lo sustituyó por el *Generalfeldmarschall* Model, su comandante favorito en momentos de crisis, pero con ello no consiguió detener el avance soviético, que continuó a lo largo de doscientos kilómetros. Las formaciones extranjeras de la Waffen-SS, entre ellas la Legión Valona

belga al mando de Léon Degrelle, fueron expulsadas de Narva. Al sur, la línea central del frente que cruzaba Bielorrusia permaneció estable durante los primeros meses de 1944. Pero la campaña alemana contra los partisanos bielorrusos fue tan violenta como cualquier combate en el frente. El IX Ejército alemán obligó a unos cincuenta mil civiles soviéticos considerados no aptos para el trabajo a trasladarse a tierra de nadie, lo que virtualmente equivalía a una condena a muerte.[13]

En Ucrania occidental, el ejército alemán continuó recibiendo una paliza tras otra, sin tiempo para recuperarse entre una ofensiva y la siguiente. El 4 de marzo, el Primer Frente Ucraniano de Zhukov aplastó la línea de defensa alemana y con dos ejércitos de tanques se dirigió a la frontera de Rumania. Otro ejército de tanques cruzó el Dniéster y se internó en el nordeste de Rumania.

Hitler abandonó la Wolfsschanze, en Prusia oriental, el 22 de febrero, mientras se construían búnkeres de hormigón ahora que su cuartel general se hallaba al alcance de la aviación soviética. Se trasladó al Berghof, que también se encontraba más cerca de sus aliados balcánicos, cada vez menos de fiar. A comienzos de marzo, al enterarse de las propuestas de paz hechas por el almirante Horthy a los

Aliados occidentales, decidió abordar el problema de la «traición» de Hungría. El Führer pretendía anexionarse el país, mantener a Horthy detenido para su seguridad y ocuparse de los judíos húngaros.

El 18 de marzo, Horthy llegó al palacio de Klessheim, acompañado por los personajes más relevantes de su gobierno. Tanto él como su entorno pensaban que habían sido convocados para discutir su petición de retirada de las tropas húngaras del frente oriental, con el fin de defender del Ejército Rojo la frontera de los Cárpatos. Pero Hitler se limitó a presentar al almirante un ultimátum. Aunque ofendido por las tajantes amenazas del Führer, incluso contra su propia familia, Horthy no tuvo más opción. Regresó en tren a Budapest como prisionero virtual en compañía del *Obergruppenführer* Ernst Kaltenbrunner, jefe del RSHA. Al día siguiente se estableció un gobierno títere y las tropas alemanas invadieron el país. Inmediatamente tras ellas entraron los «expertos» de Eichmann, dispuestos a detener indiscriminadamente a los setecientos cincuenta mil judíos de Hungría y a enviarlos a Auschwitz.

El 19 de marzo, mientras las tropas alemanas entraban en Budapest, Hitler celebró también una extraña ceremonia en el Berghof. Había convocado a todos los mariscales de campo de la Wehrmacht para que le juraran lealtad. El decano de todos ellos, el *Generalfeldmarschall* von

Rundstedt empezó leyendo una declaración que habían firmado todos. El Führer, al parecer, se sintió conmovido por aquel acto totalmente artificial, actitud que indujo a los mariscales a temer por su cordura.

Hitler y Goebbels estaban cada vez más inquietos por la propaganda «antifascista» que emanaba de la Liga de Oficiales Alemanes. Este grupo de destacados prisioneros de la Unión Soviética, manipulado por el NKVD, estaba encabezado por el general de artillería Walther von Seydlitz-Kurzbach y otros oficiales de alta graduación capturados en Stalingrado. Seydlitz, convertido ahora en un feroz antinazi, había propuesto en el mes de septiembre al NKVD formar un cuerpo de prisioneros de guerra alemanes integrado por treinta mil individuos, que podían ser conducidos en avión a Alemania con la misión de derrocar a Hitler. Cuando fue informado del plan, Beria sospechó erróneamente que se trataba de un sofisticado y ambicioso intento de evasión en masa.[14]

Los juramentos rituales de lealtad prestados por los mariscales resultarían todavía menos convincentes el 30 de marzo, cuando Manstein, del Grupo de Ejércitos Sur, y Kleist, del Grupo de Ejércitos Centro, fueron convocados de nuevo al Berghof para ser destituidos de sus cargos. Su delito era haber pedido permiso para retirar a sus fuerzas y evitar otra maniobra de envolvimiento.

Apenas una semana después, las fuerzas alemanas y

rumanas atrapadas en Crimea por el Cuarto Frente Ucraniano fueron obligadas a replegarse tras un devastador ataque en el istmo de Perekop. El 10 de abril, las fuerzas alemanas de Odessa tuvieron que salir huyendo por mar. Y apenas un mes después, los últimos veinticinco mil soldados alemanes y rumanos que quedaban en Sebastopol se rindieron. En aquellos momentos la Wehrmacht había sido barrida por completo de la Unión Soviética, desde el mar Negro hasta los Pantanos del Pripet, en los confines de Polonia. Por el sur, el Ejército Rojo había reconquistado casi todo el territorio soviético y había invadido el de otros países. Por el norte, el Frente de Leningrado había llegado a la frontera de Estonia. Para Stalin, el siguiente objetivo estaba clarísimo. Si el plan de la Stavka de aislar a todo el Grupo de Ejércitos Centro en Bielorrusia funcionaba, sería la victoria más grande de toda la guerra, especialmente si se hacía coincidir cronológicamente con la invasión de Normandía por los Aliados.

Por las noches, los Lancaster de la RAF siguieron bombardeando Berlín en el original «Segundo Frente» lanzado por Gran Bretaña, aunque con unos costes elevadísimos en aviones y tripulaciones. Göring ya no se mostraba en público. Hitler estaba desconcertado ante la incapacidad de la Luftwaffe para vengarse de Inglaterra y, sin embargo, no era capaz de destituir al viejo camarada. Pero el plan del mariscal jefe del aire Harris de «hacer

pedazos Berlín de punta a punta» con el fin de ganar la guerra seguía siendo una fantasía de su terca imaginación. La destrucción causada por su batalla de Berlín era inmensa, pero la ciudad no había sido pasto de las llamas.

Los ataques de la fuerza aérea de los Estados Unidos y de la RAF fueron multiplicándose hasta llegar al *crescendo* de la «semana grande» de finales de febrero de 1944. Gracias a su mayor autonomía de vuelo, los cazas de escolta Mustang redujeron de manera espectacular las pérdidas de los americanos cada vez que sus bombarderos pesados atacaban los depósitos de combustible y las fábricas de aviones de Ratisbona, Fürth, Graz, Steyr, Gotha, Schweinfurt, Augsburgo, Aschersleben, Bremen y Rostock. En Washington, los jefes de la fuerza aérea norteamericana habían tardado mucho en reconocer que su doctrina de bombardeos sin escolta a plena luz del día era errónea, pero con los Mustang y su motor Rolls-Royce disponían finalmente del mecanismo que hacía falta para que funcionara. La nueva táctica contribuyó también enormemente al necesario debilitamiento de la Luftwaffe antes del lanzamiento de la Operación Overlord.

A pesar de la campaña de bombardeos de los Aliados, la producción alemana de aviones, trasladada en algunos casos a fábricas instaladas en túneles subterráneos, aumentó. Pero los combates aéreos habían dejado a la Luftwaffe con pocos pilotos experimentados. Los novatos

abandonaban rápidamente las escuelas de aviación debido a la escasez de combustible y eran enviados directamente a engrosar las escuadrillas de primera línea, donde se convertían en presa fácil de los pilotos aliados. Al igual que la Armada Imperial Japonesa, la Luftwaffe no había sabido enviar a sus mejores pilotos a la retaguardia como instructores de vuelo y de combate. Antes bien, había seguido utilizándolos en una serie interminable de salidas hasta que quedaban exhaustos y cometían errores fatales. Cuando llegó la invasión de los Aliados en el mes de junio, la Luftwaffe era ya un arma agotada.

37
EL PACÍFICO, CHINA Y BIRMANIA (1944)

Una vez aseguradas las islas de Tarawa y Makin en noviembre de 1943, y digerida la lección, Nimitz empezó a planificar la conquista de las islas Marshall, situadas más al norte. Su primer objetivo era el atolón de Kwajalein en el centro. Algunos comandantes suyos veían con preocupación el elevado número de bases aéreas japonesas existente en la región, pero Nimitz se mostró inflexible.

En aquellos momentos, en el Pacífico, el equilibrio de poder se había decantado de manera clara a favor de la Marina de los Estados Unidos. El sorprendente programa americano de construcciones navales había superado todos los pronósticos, incluso los del difunto almirante Yamamoto antes de su ataque a Pearl Harbor. Los Estados Unidos también habían demostrado que eran capaces de igualar y superar a los japoneses en tecnología aeronáutica. La Armada Imperial nipona había empezado la guerra con un caza muy superior, el Zero, pero no había sabido

modernizarlo suficientemente. La Marina de los Estados Unidos, por su parte, había desarrollado nuevos modelos de avión, especialmente el Grumman F6F Hellcat, y experimentaba continuamente nuevas técnicas.

El 31 de enero de 1944, la Fuerza Operacional 58 del contraalmirante Marc A. Mitscher, con doce portaaviones rápidos y ocho nuevos acorazados, avanzó hacia las islas Marshall, adelantándose a la flota de invasión. Sus seiscientos cincuenta aviones destruyeron prácticamente todos los aparatos aéreos japoneses en el curso de una serie de ataques preventivos, y los acorazados bombardearon las pistas de los aeródromos. Los americanos habían preparado también un bombardeo naval mucho más largo e intenso, y mejorado notablemente el blindaje de sus vehículos anfibios. En consecuencia, los desembarcos en Kwajalein y sus alrededores, que comenzaron el 1 de febrero, se desarrollaron con muchas menos incidencias, pues fueron trescientos treinta y cuatro hombres los que perdieron la vida, frente a los mil cincuenta y seis que cayeron en Tarawa.

Animado por el éxito de la operación en Kwajalein, el almirante Nimitz decidió seguir adelante y ocupar el atolón de Eniwetok, situado más al oeste, a unos seiscientos cincuenta kilómetros. Optó por recurrir de nuevo a la flota de portaaviones rápidos para eliminar cualquier amenaza aérea nipona. En el caso de Eniwetok, dicha amenaza podía

llegar de la gran base aérea y naval japonesa de Truk, situada más al oeste, en las islas Carolinas, a unos mil doscientos cuarenta kilómetros de distancia. El almirante Mitscher se puso en marcha con nueve portaaviones que, cuando tuvieron el objetivo a su alcance, lanzaron contra él una oleada tras otra de cazas y de bombarderos en picado. En apenas treinta y seis horas, los pilotos de la marina americana destruyeron doscientos aviones enemigos y, junto con la artillería naval, hundieron cuarenta y un barcos japoneses que sumaban más de doscientas mil toneladas. La Flota Combinada nipona ya no podría utilizar su base de Truk nunca más, y Eniwetok y las islas vecinas fueron ocupadas según lo previsto.

El general MacArthur, virrey del sudeste del Pacífico con base en Brisbane, iba reuniendo poco a poco tropas para cumplir su promesa de reconquistar Filipinas. A finales de año, tendría a sus órdenes el VI y el VIII Ejército, la Quinta Fuerza Aérea y la Séptima Flota, la llamada «Armada de MacArthur».

MacArthur sospechaba, con razón, que, aunque la política oficial era dar a su avance hacia las Filipinas la misma prioridad que al de Nimitz en el centro del Pacífico, era inevitable que la Marina de los Estados Unidos se

saliera con la suya. Su estrategia de avanzar hacia Japón tomando isla por isla recibía decididamente el apoyo del jefe del estado mayor de las fuerzas aéreas, «Hap» Arnold. Cuando los nuevos B-29 Superfortaleza, con un radio de bombardeo de mil quinientas millas, entraran en acción, podrían lanzarse directamente contra Japón desde las islas Marianas.

MacArthur no tenía más remedio que seguir con su avance hacia el oeste por la costa septentrional de Nueva Guinea, con la esperanza de que los jefes del estado mayor conjunto le concedieran por fin los recursos necesarios para comenzar su reconquista de las Filipinas. Sin embargo, decidió de repente capturar las islas del Almirantazgo, situadas a doscientos cuarenta kilómetros más al norte, plan que no figuraba en su programa. Los vuelos de reconocimiento indicaban que el aeródromo japonés había sido abandonado. Se trataba de una empresa sumamente arriesgada, sobre todo teniendo en cuenta las reducidas dimensiones de la fuerza invasora, pero le pareció que valía la pena. Los japoneses se vieron obligados a abandonar la defensa de Madang, al norte de Nueva Guinea, y los buques de guerra americanos pudieron utilizar a partir de entonces el gran puerto natural de las islas del Almirantazgo y cortar la línea de abastecimientos japonesa a Nueva Guinea.

Las divisiones del ejército recién llegadas tardaron en adaptarse a los combates en las islas del Pacífico. Los

centinelas que se ponían nerviosos cuando por la noche oían ruidos procedentes de la jungla, así como los que reaccionaban con exceso de celo a las tácticas utilizadas deliberadamente por los japoneses para asustarlos, podían provocar el caos. Unos soldados de la 24.ª División, encargados de la vigilancia del cuartel general del I Cuerpo del teniente general Robert Eichelberger en Hollandia, en el extremo occidental de Nueva Guinea, llegaron incluso a librar una batalla entre ellos, abriendo fuego con sus ametralladoras y lanzando granadas sin que por allí hubiera el más mínimo rastro de japoneses. Eichelberger calificó el incidente de «lamentable exhibición», pero lo cierto es que la disciplina de fuego seguía siendo un concepto desconocido para muchas unidades americanas, a pesar de las numerosas quejas de los altos oficiales por la «promiscuidad con la que se dispara».[1]

Con gran decepción, Chiang Kai-shek se daba cuenta de que las dos estrategias americanas, la de MacArthur y la de la Marina de los Estados Unidos, no hacían más que aislar a su país. Se había enterado después de la conferencia de Teherán de que la Operación Bucanero, esto es, el plan para desembarcar en el golfo de Bengala, había sido anulada porque las lanchas anfibias eran necesarias para la

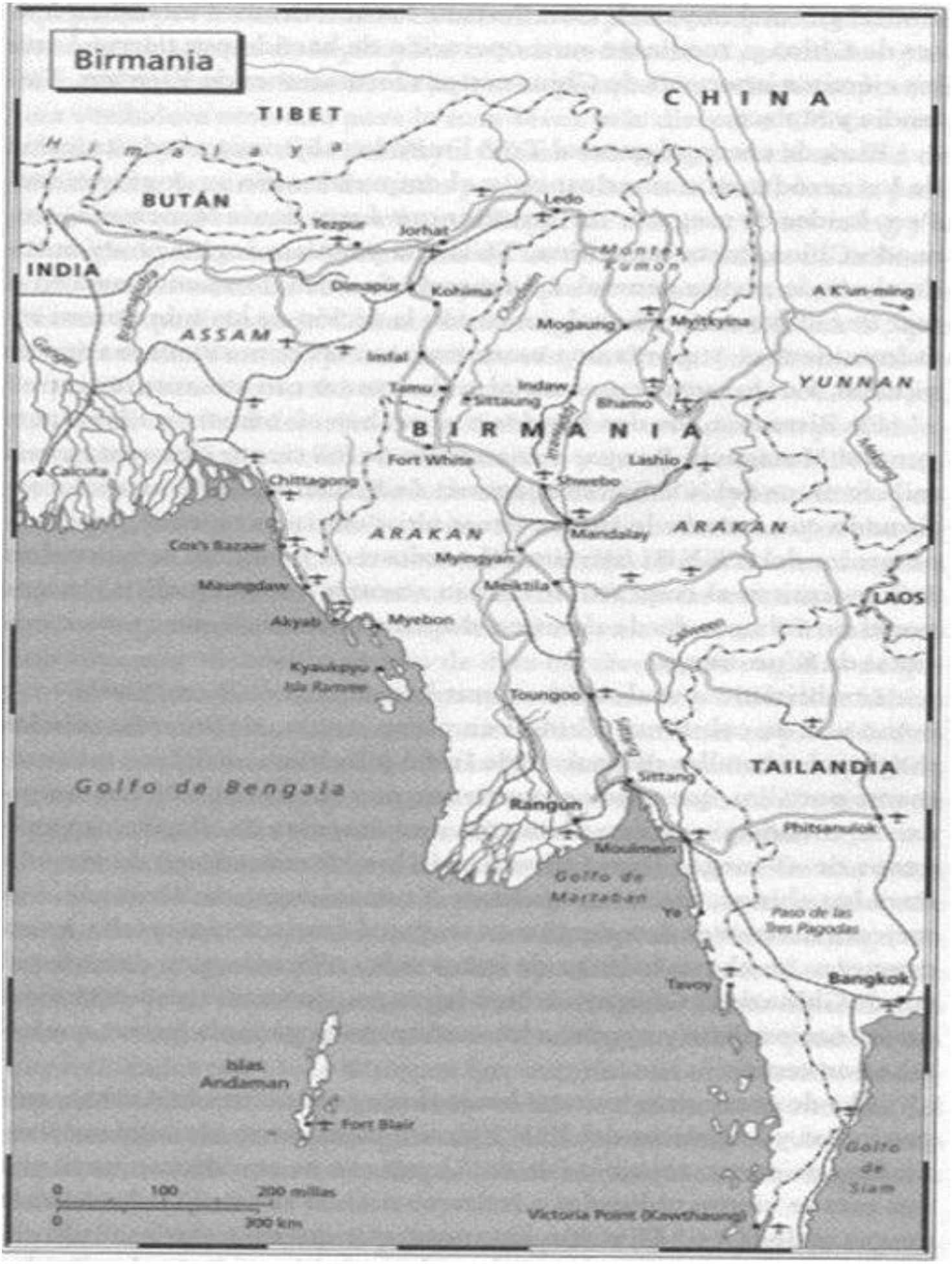
Operación Overlord. Para los jefes del estado mayor conjunto en Washington, China interesaba principalmente para que actuara como un portaaviones imposible de hundir y desde el cual tener a Japón al alcance de sus aviones. E incluso este papel perdería su relevancia cuando fueran ocupadas las islas Marianas y se procediera a la construcción de bases aéreas para los bombarderos B-29 Superfortaleza.

Chiang temía también que, cuando los aliados se concentraran en la invasión de Francia, los japoneses lograran lanzar una gran ofensiva contra sus fuerzas antes de que los Estados Unidos pudieran trasladar tropas de Europa a Extremo Oriente. Así se lo hizo saber a Roosevelt en un mensaje el 1 de enero de 1944. El general Stilwell también había mostrado su preocupación por la posibilidad de que los japoneses volvieran a tratar de destruir las bases estadounidenses de China, después de aquella ofensiva en Chekiang-Kiangsi del año anterior. Pero sus planes de modernizar aún más el ejército chino habían sido descartados. Los nipones se sentían particularmente provocados por las incursiones de la XIV Fuerza Aérea americana contra el aeródromo naval de Hsinchu en Taiwán, a las que siguieron varios bombardeos contra las islas de su propia nación.

Los americanos y los británicos hicieron caso omiso de esas advertencias sobre la probable venganza nipona, en

parte porque el generalísimo ya había lanzado falsas señales de alarma en otras ocasiones, pero sobre todo porque los análisis de la situación presentados por sus servicios de inteligencia estaban muy equivocados. Consideraban a la Armada Imperial incapaz de emprender una campaña de gran envergadura, creyendo incluso que no tardaría en retirar tropas de China para reforzar las Filipinas.

En realidad, el cuartel general imperial ya había dado su aprobación a los planes para lanzar la Ofensiva Ichigō en el sur de China con medio millón de hombres, y la Operación U-gō, concebida para atacar desde el norte de Birmania en dirección a la India con ochenta y cinco mil efectivos. En la primera mitad de 1943, la sección de operaciones del cuartel general imperial había estado trabajando en un «Plan Estratégico de Largo Alcance».[2] Dicho plan reconocía tácitamente que Japón no podría alzarse con la victoria en el Pacífico por culpa de la supremacía naval americana. Así pues, el Imperio del Sol Naciente debía reemprender la guerra en el continente para acabar con las fuerzas nacionalistas chinas.


Birmania
TIBET
CHINA
Himalaya
BUTÁN
INDIA
Tezpur
Jorhat
Ledo
Montes Kumon
Dimapur
Kohima
Ramu
A K'un-ming
Mogaung
Myitkyina
ASSAM
Imfal
Tamu
Sittaung
Indaw
Bhamo
YUNNAN
BIRMANIA
Irrawaddy
Fort White
Lashio
Calcuta
Chittagong
Shwebo
Mandalay
ARAKAN
ARAKAN
Cox's Bazaar
Myingyan
Maungdaw
Meiktila
LAOS
Akyab
Myebon
Kyaukpyu
Isla Ramree
Toungoo
Golfo de Bengala
Sittang
TAILANDIA
Rangún
Phitsanulok
Moulmein
Golfo de Martaban
Ye
Paso de las Tres Pagodas
Tavoy
Bangkok
Islas Andaman
Fort Blair
Golfo de Siam
0 100 200 millas
0 300 km
Victoria Point (Kawthaung)

El emperador Hiro Hito quería una gran victoria, que creía que permitiría a Japón negociar una paz favorable con las potencias occidentales. Por su parte, el general Okamura Yasuji, comandante en jefe de las fuerzas niponas en China, veía en la Ofensiva Ichigō su única posibilidad de destruir a los nacionalistas antes de que los americanos desembarcaran con fuerza en la costa suroccidental de China en 1945. Los dos objetivos principales de la Ofensiva Ichigō, establecidos por el cuartel general imperial, eran destruir los aeródromos estadounidenses de China y, mediante «una operación de barrido por tierra»,[3] unir los ejércitos japoneses de China con sus formaciones de Vietnam, Tailandia y Malaca.

El 24 de enero, el general Tōjō limitó los objetivos a la destrucción de los aeródromos americanos, y el emperador dio su conformidad. Pero la idea de asegurar un corredor que fuera desde Manchuria, cruzando China, hasta Indochina, Tailandia y Malaca seguía obsesionando al estado mayor general. La supremacía aérea norteamericana en el mar de la China Meridional, junto con la acción de los submarinos estadounidenses, suponía una amenaza para las conexiones marítimas niponas. Por lo tanto, era esencial poder contar con una ruta terrestre.[4]

En Birmania, los dos bandos preparaban su ofensiva. El teniente general Mutagachi Renya, comandante de los ciento cincuenta y seis mil efectivos del XV Ejército

japonés de Birmania, había estado obsesionado con invadir la India. Otros altos oficiales nipones, especialmente los del XXXIII Ejército del nordeste de Birmania, se mostraban más escépticos al respecto. Preferían atacar a los nacionalistas chinos por el río Salween desde el oeste y destruir las bases aéreas norteamericanas de K'un-ming.

Los británicos suelen considerar la campaña de Birmania de 1944 como una de columnas Chindit en plena jungla, recordando solo las magistrales batallas defensivas de Imfal y Kohima, dirigidas valientemente por Slim, que supo convertir una derrota en victoria. Los americanos, cuando piensan en Birmania, si se acuerdan de ella, evocan imágenes de «Vinegar Joe» Stilwell y de los Merodeadores de Merrill. Para los chinos, fue la campaña de Yunnan-norte de Birmania. Sus mejores divisiones desempeñaron un papel fundamental en ella, en un momento en el que habrían de haber sido utilizadas para defender el sur de China de la Ofensiva Ichigō japonesa, que sirvió para destruir el poder nacionalista y ayudar a los comunistas a ganar la guerra que estaba por venir.

El 9 de enero, tras avanzar hacia el sur por la costa de Arakan, tropas indias y británicas del XIV Ejército capturaron Maungdaw. Pretendían de nuevo tomar la isla de Akyab con su aeródromo, pero una vez más se vieron obligadas a retirarse cuando se cernió sobre ellas la amenaza de la 55.ª División japonesa, que quería aislarlas.

Stilwell, mientras tanto, avanzaba hacia el nordeste de Birmania con las divisiones chinas de la Fuerza X, que habían sido debidamente preparadas y equipadas por los americanos en la India. Su plan era capturar el centro de comunicaciones de Myitkyina, con su aeródromo. Los Aliados querían acabar con esa base aérea japonesa porque sus aviones suponían una verdadera amenaza para la ruta aérea más directa a China a través de la «Joroba» del Himalaya. Y una vez asegurada la ciudad de Myitkyina, la carretera de Ledo podría unirse a la de Birmania para crear una ruta terrestre por la que llegar de nuevo a K'un-ming y a Chungking. El avance hacia el sur de las divisiones chinas de la Fuerza X también estaba concebido para que estas pudieran unirse a la Fuerza Expedicionaria China, llamada generalmente Fuerza Y, que atacaba desde Yunnan, por el río Salween, en dirección a Birmania.

La Fuerza Y contaba apenas con noventa mil efectivos, esto es, menos de la mitad del número inicialmente previsto. Pero probablemente lo peor fuera su falta de armamento y de equipos. La XIV Fuerza Aérea de Chennault se quedaba con la inmensa mayoría de los pertrechos y provisiones que llegaban en avión cruzando la «Joroba», y como el plan de entregas de siete mil toneladas al mes no se cumplía a rajatabla, las divisiones chinas no recibían suficientes suministros. Stilwell comparaba la tarea que suponía el rearme de estas formaciones con

«intentar abonar un campo de diez hectáreas con cagadas de gorriones».[5] Las relaciones existentes entre Chennault y Stilwell se habían deteriorado aún más. Chennault, tratando de justificar su prioridad en lo tocante a los suministros, aducía que sus aviones habían hundido cuarenta mil toneladas de cargamentos japoneses solo en el verano de 1943, cuando la cifra real solo rondaba las tres mil toneladas.[6]

El mando de Stilwell en el nordeste había sido extendido a la única formación de combate americana presente en el continente asiático. Se trataba del 5307.° Regimiento Provisional, cuyo nombre en código era «Galahad», y que un periodista había apodado «los Merodeadores de Merrill» por su comandante, el general de brigada Frank Merrill. Los jefes del estado mayor combinado en Washington habían quedado tan impresionados por Orde Wingate que autorizaron una versión americana de los Chindits. Miembros de tribus leales de las montañas del nordeste, los llamados Rangers de Kachin, prestaban servicio como exploradores del mismo modo que lo hacían para las tropas imperiales británicas.

Las fuerzas de Stilwell habían obligado a retroceder a la experimentada 18.ª División japonesa en el valle de Hukawng, pero sin conseguir atraparla. Sin embargo, los japoneses aceleraron la retirada cuando el 5 de marzo los

Chindits de Wingate aterrizaron en planeadores mucho más al sur y cortaron la línea ferroviaria que conducía a la base japonesa de Myitkyina. La Operación «Jueves» era la ofensiva más ambiciosa de la guerra en Extremo Oriente. No solo estaba mejor preparada que la primera incursión de los Chindits al otro lado de las líneas japonesas, sino que también contaba con mucho más apoyo.

La 16.ª Brigada, a las órdenes del general Bernard Fergusson, se vería obligada a realizar una marcha «muy tediosa»[7] desde Ledo hasta Indaw. Eran trescientos sesenta kilómetros en línea recta, pero precisamente los tramos en línea recta brillaban por su ausencia en aquellas elevadas colinas y a través de la espesa jungla, desde donde raras veces podía verse el cielo. Para recorrer cincuenta y cinco kilómetros los hombres de Fergusson tardaron siete días. Las lluvias tropicales provocaban crecidas en ríos y torrentes, y los Chindits «pasaron semanas enteras completamente empapados».[8] «Había cuatro mil hombres», observaría Fergusson, «y setecientos animales diseminados a lo largo de ciento cinco kilómetros, marchando en columna de a uno, porque la anchura de los caminos y los senderos no daba para más».[9]

Otras dos brigadas y otros dos batallones aterrizaron en la zona a bordo de planeadores y de aviones de transporte C-47 una vez despejadas las pistas de aterrizaje de la jungla. La operación de limpieza fue llevada a cabo

con la ayuda de los bulldozer transportados en grandes planeadores Waco americanos. Las mulas, los cañones de campaña de 25 libras, los cañones antiaéreos Bofors y todos los demás equipos pesados también llegaron por aire. En un C-47 una mula enloquecida tuvo que ser sacrificada de un disparo durante el vuelo, pero la mayoría de las bajas se produjeron cuando varios planeadores de la primera oleada se estrellaron al aterrizar. Los restos de esos aparatos eran apartados a un lado de las pistas por un bulldozer, y se dejaban allí con los cadáveres descomponiéndose en su interior porque nadie tenía tiempo para enterrarlos. El olor que desprendían no era precisamente muy reconfortante para los hombres que iban llegando.

Una vez preparadas las pistas aéreas, se procedía a asegurar los perímetros de esas bases de la jungla con alambre de espino y posiciones defensivas listas para entrar en acción cuando se produjeran los inevitables contraataques nipones. Un oficial de estado mayor del cuartel general de una brigada comentaría que «fue extraordinario aterrizar por la noche en un Dakota sobre una pequeña pista iluminada en territorio enemigo».[10] Los ataques japoneses se volvieron metódicos y suicidas, pues prácticamente siempre se producían en el mismo lugar y a la misma hora. Movidos por el orgullo, los nipones seguían intentándolo una y otra vez, sin importarles el número de

hombres que cayeran. Desde sus posiciones, las ametralladoras los acribillaban a balazos invariablemente, y sus cadáveres, que quedaban colgados de las alambradas, enseguida se convertían en un hervidero de moscas.

Los Hurricane de la RAF no tardaron en comenzar a operar desde Broadway, la mayor base aérea de la zona. El 24 de marzo un B-25 americano aterrizó en esta misma base llevando a bordo a Wingate. Poco antes de reanudar el viaje, dos corresponsales de guerra estadounidenses le pidieron que los dejara acompañarlo, y Wingate accedió a pesar de las protestas del piloto de que el avión iba sobrecargado. El aparato se estrelló en la jungla. No hubo supervivientes.

En el nordeste, los hombres de la Fuerza Galahad, exhaustos, enfermos y desnutridos, intentaban avanzar hacia Myitkyina en medio de unas condiciones horribles. Las lluvias monzónicas, las sanguijuelas, los piojos y las enfermedades típicas de la jungla, especialmente la malaria, e incluso la malaria cerebral, se cobraban un alto precio, al igual que la septicemia, la neumonía y la meningitis. Aunque los muertos eran sepultados, los chacales no tardaban en desenterrar sus cadáveres. El reabastecimiento de las tropas de Merrill por aire resultaba prácticamente imposible en un terreno caracterizado por sus profundos valles con impenetrables matorrales y elevados pastos, y por los empinados montes Kumon, que

alcanzan los mil ochocientos metros de altura.

Los Chindits estaban igualmente exhaustos y hambrientos, y muchos enfermos, pero esta vez, siempre y cuando se encontraran cerca de una pista aérea, podían ser evacuados por aviones ligeros junto con los heridos, en vez de quedar abandonados a su suerte como en su anterior incursión. Los que sufrían heridas cuya gravedad impedía su traslado recibían un tiro de gracia o «una dosis letal de morfina»[11] para que no fueran capturados aún con vida por los japoneses.

Prácticamente todos tenían un aspecto demacrado, pues su dieta, basada exclusivamente en las raciones K, resultaba pobre en calorías. Tanto era su cansancio y su estrés que al final se produjeron numerosas bajas psicológicas. «Veías cómo iban desmoronándose», comentaría el oficial médico jefe de la 111.ª Brigada. «Algunos morían incluso mientras dormían. Los Gurkhas eran los más resistentes de nuestra brigada. El Gurkha se cría en Nepal en medio de unas condiciones de extrema dureza, y está acostumbrado a las penurias y a la adversidad».[12]

Stilwell no tenía ni idea de lo que los Chindits estaban padeciendo ni de lo que habían conseguido aislando Myitkyina, tanto por el sur como por el oeste. Las comunicaciones entre Stilwell y los británicos eran prácticamente inexistentes, provocando aún más

animadversión entre ellos. Stilwell, anglófobo hasta la médula, parecía, en palabras de un observador, «enzarzado en una nueva Guerra de Independencia» contra Inglaterra.[13]

Mientras las fuerzas de Stilwell trataban de llegar a Myitkyina, en el noroeste se libraban las batallas decisivas de la campaña de Birmania. Las esperanzas depositadas por el general Mutagachi en el XV Ejército eran infinitas. Subhas Chandra Bose lo había convencido de que con el llamado Ejército Nacional Indio, formado con cautivos de guerra reclutados en los campos de prisioneros japoneses, el Raj británico podía ser derrocado fácilmente con una «Marcha contra Delhi». Pero Mutagachi cometería un gravísimo error subestimando los problemas logísticos que su ofensiva con tres divisiones iba a tener que afrontar.

Basó su plan en capturar primero la base británica de Imfal, perfectamente abastecida, para utilizar lo que denominaba «las provisiones de Churchill». Tras derrotar a los hombres de la División India en Imfal, su intención era cortar la línea ferroviaria que unía Bengala y Assam por la que se abastecían las divisiones chinas de Stilwell, para así obligarlas a retirarse a su punto de partida, esto es, a Ledo. A continuación, pretendía destruir los aeródromos de Assam, utilizados para apoyar al XIV Ejército de Slim y

para el envío de provisiones y pertrechos a China a través del Himalaya.

El 8 de marzo, tres días después del aterrizaje de los Chindits detrás de su retaguardia, el XV Ejército de Mutagachi empezó a cruzar el río Chindwin. Slim pidió al cuartel general del IV Cuerpo que los efectivos de su división se replegaran y volvieran a ocupar las posiciones defensivas de la llanura de Imfal. Aunque esta retirada resultara desmoralizante para sus hombres, Slim se daba cuenta de que era necesario extender las líneas de abastecimiento de los japoneses y acortar las suyas. La logística sería el elemento fundamental para librar una batalla en aquel tipo de terreno. Tampoco Mountbatten perdió el tiempo. Ordenó que los aviones de transporte estadounidenses llevaran hasta la zona a la 5.ª División India como refuerzo, y luego pidió permiso para ello a los jefes del estado mayor combinado en Washington.

Lo que el mando británico no supo ver era que un contingente nipón, mucho más numeroso y mejor equipado de lo que imaginaba, amenazaba Kohima, localidad situada a unos ochenta kilómetros al norte de Imfal. Si los enemigos la capturaban, el IV Cuerpo quedaría aislado, y otro centro de suministros, el aeródromo de Dimapur, correría peligro. La 31.ª División japonesa había avanzado rápidamente desde el Chindwin hacia Kohima, en el norte, utilizando principalmente los senderos de la jungla. A los británicos,

que no esperaban que el enemigo pudiera moverse sin transporte motorizado, aquello los cogió por sorpresa. Sin embargo, la 50.ª Brigada Paracaidista India logró cortarle el paso tras librar una magnífica batalla durante una semana en los alrededores de Sangshak.

Kohima era una pequeña localidad de montaña, situada en los montes Naga a mil quinientos metros de altura. Tenía blancas casas coloniales y una capilla cristiana con un tejado rojo de hierro galvanizado ondulado, todo ello rodeado de bosques, en un marco de montañas azules en la distancia. La casa del administrador colonial del distrito en la llamada «Garrison Hill» tenía una cancha de tenis que se convertiría en tierra de nadie en una batalla mortal que estaba por venir.

La batalla librada valientemente por la 50.ª Brigada paracaidista había dado a Slim tiempo suficiente para redistribuir algunas de sus tropas de refuerzo. Pero el 6 de abril, cuando llegaron los japoneses, Kohima solo estaba defendida por el 4.° Regimiento Real «West Kent», un destacamento de Rajputs, los fusileros de Assam locales, una batería de campaña y unos cuantos zapadores. Cuando los nipones rodearon la localidad y cortaron la carretera de Dimamur, esas fuerzas aliadas quedaron aisladas.

La batalla por Garrison Hill y la cancha de tenis fue brutal. Por absurdo que parezca, lo cierto es que los japoneses solían gritar en inglés «¡Rendíos!» antes de

atacar, lo cual constituía un verdadero aviso para los defensores. Las tropas británicas combatieron con más violencia y ferocidad que nunca. Como en Arakan los japoneses habían pasado a cuchillo a los prisioneros heridos, el comandante de la compañía de los «West Kent» dijo a sus hombres que los enemigos «habían renunciado al derecho a ser considerados seres humanos, y empezamos a verlos como gusanos que había que exterminar... Teníamos la espalda contra la pared, y estábamos decididos a vender nuestras vidas lo más caras posible».[14]

Y así lo hicieron, con la ayuda de ametralladoras ligeras Bren, granadas y fusiles, provocando numerosas bajas en las filas enemigas. «La intensidad y la potencia de los ataques amenazaban con superar al batallón», diría el comandante del cuartel general de la compañía. «Alrededor de las defensas se amontonaban los cadáveres de los japoneses».[15] Las bajas de los británicos se debieron principalmente a las acciones de los francotiradores y la artillería ligera. Sus heridos llenaban de extremo a extremo las trincheras. Mientras permanecían allí, muchos eran alcanzados una segunda vez por la metralla. Apenas quedaba agua potable, y había que lanzarla en paracaídas en bidones metálicos. Los japoneses, por su parte, empezaban a agotar sus provisiones de arroz por culpa de Mutagachi, que había creído que iba a poder incautarse fácilmente de las provisiones de los británicos. En cierto sentido, la

desesperación y la temeridad, a veces absurdas, con las que combatían los nipones estaban motivadas por la necesidad de capturar alimentos.

La 2.ª División británica, que avanzaba hacia el sur por la carretera de Dimapur con los tanques del 3.°de Carabineros, empezó a entrar en acción para aliviar a los defensores de Kohima. Cuando llegó por fin a Garrison Hill, el lugar parecía el escenario en el que se había librado una batalla propia de la Primera Guerra Mundial, con árboles derruidos, trincheras destruidas por el fuego de la artillería y hedor a muerte. Sin embargo, aunque su llegada había aliviado a los hombres del West Kent, la batalla por Kohima duraría prácticamente cuatro semanas más. Pero empezaba la estación de los monzones, lo que significaba para los japoneses más problemas aún con sus líneas de abastecimiento. El 13 de mayo los nipones decidieron abandonar los combates, y muchos de ellos fueron aniquilados durante la retirada.

Dos días antes, el 11 de mayo, las divisiones chinas de la Fuerza Y en Yunnan empezaron a cruzar el río Salween para encontrarse con la Fuerza X de Stilwell. La 56.ª División japonesa, encargada de la defensa de la línea del Salween, conocía perfectamente sus planes. Ya había realizado

diversas incursiones al otro lado del río para obligar a los chinos a retroceder al interior de Yunnan, pero la concentración cada vez mayor de tropas nacionalistas, apoyadas por una parte de la XIV Fuerza Aérea de Chennault, indicaba que estaba preparándose una gran ofensiva. Una serie de mensajes interceptados no haría más que confirmarlo. Los japoneses, tras haber capturado un libro con el sistema de codificación utilizado por los chinos, eran capaces de descifrar todas las comunicaciones por radio emitidas desde K'un-ming y desde Chungking. Aunque los japoneses repelieron con cierto éxito a las tropas que intentaban cruzar el río, lo cierto es que las fuerzas chinas eran abrumadoras.[16]

El 17 de mayo, Stilwell organizó un asalto con planeadores y parte de la Fuerza «Galahad» con el que consiguió capturar el aeródromo de Myitkyina. «Esto corroerá a los ingleses», anotó con regocijo en su diario.[17] Pero los japoneses enviaron inmediatamente refuerzos en ayuda de su guarnición de trescientos efectivos que resistía en la ciudad, y en poco tiempo los americanos quedaron rodeados. Los nipones, que tenían almacenadas grandes cantidades de munición, consiguieron que los hombres de Merrill, exhaustos, enfermos y plagados de úlceras tropicales, comenzaran a derrumbarse. La disentería se cebó tanto en algunos, que optaron simplemente por rajar la parte posterior de sus pantalones para no perder tiempo.

Stilwell no sentía compasión ni por sus hombres ni por los Chindits. Pero lo cierto es que en aquellos momentos eran sus divisiones chinas reforzadas las que rodeaban la ciudad, y los japoneses los asediados. Y el 24 de junio, con un ataque simultáneo de tropas chinas y Chindits de la maltrecha 77.ª Brigada del general Michael Calvert se consiguió tomar al oeste una localidad clave, la ciudad de Mogaung. Pero el comandante japonés de Myitkyina no se hizo el harakiri, ni las tropas a su mando que habían logrado sobrevivir huyeron hacia la jungla, cruzando el Irrawaddy, hasta comienzos de agosto. Por fin pudo volver a abrirse la carretera de Ledo a China, y la aviación estadounidense ya no se vio obligada a seguir rutas largas y peligrosas para transportar pertrechos y provisiones a China, que vio cómo se doblaba prácticamente el tonelaje de cada una de las entregas.

Mientras seguía librándose la gran batalla contra el XV Ejército de Mutagachi en los alrededores de Imfal, los regimientos aliados contraatacaron. Pero, al igual que los americanos, quedaron sorprendidos y desconcertados ante el talento que demostraban los japoneses excavando en las colinas para construir búnkeres. Un subalterno recién llegado para unirse al 2.° Regimiento «Border» recibió del

sargento de su pelotón la siguiente explicación: «¡Diablos, esos pequeños bastardos saben excavar! Antes de que nuestros muchachos dejen de escupirse en sus malditas manos, ellos ya están metidos bajo tierra».[18]

El general Slim dio en el blanco cuando predijo que los monzones iban a resultar mucho más perjudiciales para las rutas de abastecimiento japonesas que para las suyas. Su XIV Ejército podía seguir contando con los lanzamientos de provisiones en paracaídas, mientras los hombres de Mutagachi pasaban mucha hambre. El teniente general Tanaka Noburo, que había llegado el 23 de mayo para asumir el mando de la 33.ª División en el sur, escribiría en su diario: «Tanto los oficiales como los soldados presentan un aspecto horrible. Se han dejado crecer el pelo y la barba, y ahora parecen exactamente unos salvajes de las montañas... No tan tenido prácticamente nada que comer; y están desnutridos y pálidos.»[19] En junio su división había perdido el setenta por ciento de sus efectivos. Algunos de sus soldados pasaron días y días sin poder llevarse a la boca nada más que hierbas silvestres y lagartos. Sus oficiales se habían encargado de asegurarse sus propias provisiones. En muchos casos, atacaban simplemente con la vana esperanza de encontrar alguna lata de carne en conserva en las trincheras aliadas.

Los soldados japoneses no eran en absoluto inmunes a la fatiga de combate ni a la psicosis, pero solo un número

muy reducido de ellos fue evacuado por una de estas razones. Los que las sufrían llegaban a suicidarse cuando ya no podían soportar más la situación. Tenían muchas expresiones para referirse al miedo paralizador, como, por ejemplo, «perder las piernas» o «temblores de samurai» en clara alusión a los estremecimientos incontrolados. Solían enfrentarse al miedo adoptando una postura extrema: o de absoluto fatalismo, resignándose a morir, o de absoluta negación, convenciéndose de que eran invulnerables. Antes de partir para unirse al ejército, la mayoría de ellos había recibido de su madre una banda «de los mil puntos» que supuestamente protegía de las balas. Pero a medida que iba haciéndose más evidente la derrota de Japón, el fatalismo se convirtió en una línea de pensamiento prácticamente obligada, pues las normas del servicio militar prohibían a los soldados dejarse capturar, aunque estuvieran muy malheridos.[20]

El general Mutagachi estaba enloqueciendo. Ordenaba un ataque tras otro, pero los comandantes de sus formaciones hacían caso omiso. El 3 de julio se decidió poner fin a la Ofensiva de Imfal. La retirada de los japoneses al otro lado del Chindwin dejó una estela de horror. En su avance, las tropas aliadas encontraron soldados japoneses que habían sido abandonados con las heridas infestadas de gusanos. En la mayoría de los casos se limitaron a acabar con su agonía. El XV Ejército de

Mutagachi había perdido cincuenta y cinco mil hombres. Aproximadamente la mitad había muerto de hambre o de enfermedad. Tanto el general Kawabe Masakusu, comandante en jefe del ejército japonés de la región de Birmania, como Mutagachi fueron relevados del mando. Las bajas de los Aliados durante las batallas de Imfal y Kohima ascendieron a diecisiete mil quinientas ochenta y siete, entre muertos y heridos.

En China, la Ofensiva Ichigō había comenzado en abril. Se trataba de la operación de mayor envergadura emprendida hasta la fecha por el Ejército Imperial, y contó con quinientos diez mil efectivos de los seiscientos veinte mil que formaban el Ejército expedicionario de China. Pero, por una vez, los japoneses no disfrutaron de superioridad aérea. De hecho, a comienzos de 1944, ya habían cambiado las tornas. Los nacionalistas disponían de ciento setenta aviones, y la XIV Fuerza Aérea norteamericana de doscientos treinta, mientras que la Armada Imperial de Japón contaba solo con un centenar, pues el resto había sido retirado para compensar las desastrosas pérdidas sufridas en el Pacífico. Chennault consideraba que tenía aparatos suficientes para defender sus bases, pero el cuartel general imperial en Tokio autorizó doblar las

fuerzas aéreas para las operaciones que iban a poner en marcha.[21]

El objetivo principal de la Ofensiva Ichigō era, como ya había advertido Chiang, eliminar los aeródromos de la XIV Fuerza Aérea. La primera fase del plan, la Ofensiva Kogō, estaba encomendada al I Ejército japonés, que debía emprenderla desde el nordeste, tras haber sido fuertemente reforzado con el Ejército de Kwantung. Los japoneses no atacaron a las fuerzas comunistas de Mao Tse-tung, cuya base era Kenan, al oeste, y que lo único que habían hecho últimamente era acabar con la vida de algunos colaboracionistas. Los japoneses estaban interesados exclusivamente en aplastar a los nacionalistas.

En abril, el I Ejército se lanzó hacia el sur, al otro lado del río Amarillo, para reunirse con parte del XI Ejército que avanzaba hacia el norte desde los alrededores de Wuhan. Con esta operación despejó la línea ferroviaria Pekín-Hankou en el sur, estableciendo el primer tramo del corredor. En la provincia de Honan, las tropas nacionalistas se retiraron en desorden. Los oficiales huyeron, no sin antes ordenar que los bueyes, los carros y los camiones militares fueran utilizados para evacuar a sus familias y todo el botín que habían ido acumulando con el saqueo de ciudades y aldeas. Los campesinos, a los que se les había privado de sus alimentos y de sus patéticas pertenencias, enfurecieron y desarmaron a oficiales y soldados. Mataron

a muchos, llegando incluso a enterrar vivos a algunos de ellos.

Su odio hacia las autoridades locales y el ejército era más que comprensible. La grave sequía de 1942, empeorada por los tributos en especie impuestos por los nacionalistas, y exacerbada por la explotación de la población por parte de cínicos funcionarios y terratenientes, había dado lugar aquel invierno a una horrible hambruna que se prolongaría hasta bien entrada la primavera de 1943. Se calcula que de los treinta millones de habitantes de la provincia, alrededor de tres millones murieron de hambre.

Los peores temores de Chiang Kai-shek se habían cumplido, y sus divisiones mejor equipadas estaban enzarzadas en los combates de la campaña de Birmania-Yunnan por exigencia de los americanos. Después de que Chennault se llevara la mejor parte de los suministros, y de que Stilwell destinara el resto a la Fuerza X y la Fuerza Y, poco quedaba para reequipar a los demás ejércitos nacionalistas. Los que se encontraban en el centro y el sur de China carecían de armas y de municiones, y en muchos casos sus hombres ni siquiera habían cobrado la paga. Cuando Chiang expuso a Roosevelt que necesitaba recibir un préstamo de mil millones de dólares para poder costear los gastos de sus tropas, Washington vio inmediatamente en su solicitud una forma de chantaje para obtener un

dinero que iba a acabar en sus bolsillos, esto es, el precio que los Estados Unidos tenían que pagar si querían que la China nacionalista siguiera en la guerra.[22]

En enero, la negativa de Chiang a enviar la Fuerza Y al frente del Salween por temor a una ofensiva japonesa había llevado a Roosevelt a amenazarlo con cortar completamente los envíos de suministros acordados en el pacto de Préstamo y Arriendo. Y cuando empezó la Ofensiva Ichigō, Roosevelt no quiso que la XIV Fuerza Aérea de Chennault ni los recién llegados B-29 del 20.° Mando de Bombarderos fueran utilizados para apoyar a las tropas nacionalistas, por mucho que los ataques de Chennault hubieran sido uno de los factores decisivos que habían llevado a los japoneses a lanzar su ofensiva. A pesar de su vehemente defensa de los nacionalistas chinos, Roosevelt despreciaría cínicamente cualquier cosa que no supusiera acelerar la victoria de los cuerpos americanos a corto plazo. Convencido de que la ONU, capitaneada por los Estados Unidos y la Unión Soviética, sería capaz de resolver en un futuro cualquier problema en el mundo, cometió un gravísimo error ignorando las posibles consecuencias de los acuerdos de posguerra.

El 1 de junio, cuando el ejército chino de trescientos mil hombres en Honan ya había quedado hecho añicos, los japoneses empezaron a avanzar hacia el sur desde Wuhan en dirección a Changsha. Al sur de Changsha y Heng-yang se

hallaba uno de los principales objetivos japoneses: la base aérea estadounidense de Kweilin. Los servicios de inteligencia nipones conocían por sus agentes todos los particulares relacionados con este enclave. Sus espías habían obtenido muchísima información de las numerosas prostitutas que vendían sus «servicios» al personal de las fuerzas aéreas norteamericanas en la ciudad. El general Hsueh Yueh, el comandante cantones cuyas tropas ya habían defendido con éxito Changsha en tres ocasiones, estaba profundamente decepcionado. Sus ejércitos no habían visto ni una bala de los americanos, pero, aun así, se pretendía que siguieran defendiendo a la XIV Fuerza Aérea. Como escribiría incluso Theodore White, probablemente el más firme opositor de los nacionalistas, «Hsueh defendió la ciudad como había hecho siempre, con las mismas tácticas y con las mismas formaciones, pero estas tenían tres años más, sus armas tres años más de desgaste y sus soldados tres años más de hambre que cuando habían visto la gloria por última vez».[23]

Sin vacilar, Chennault ordenó que sus cazas Mustang y sus bombarderos B-25 llevaran a cabo ataques nocturnos contra las columnas niponas que avanzaban hacia el sur por la carretera de Changsha. Las bases que tenía allí y en Heng-yang corrían peligro. Realizando tres o cuatro misiones al día y alimentándose de café y emparedados, los pilotos de la XIV Fuerza Aérea hicieron lo que pudieron.

Los japoneses decidieron acelerar su avance cuando, el 15 de junio, bombarderos B-29 Superfortaleza con base en Chengtu comenzaron una serie de incursiones contra las islas del archipiélago nipón, incursiones cuya intensidad disminuyó drásticamente cuando empezó a escasear el combustible para los aviones.

El general Hsueh siguió la misma táctica empleada anteriormente en Changsha, cediendo el centro de la línea defensiva, para atacar por los flancos y la retaguardia. Pero sus desnutridos soldados carecían de fuerza para cortar el paso a los japoneses, y las fuertes disputas entre sus comandantes provocaron el desastre. Los nipones capturaron Changsha y toda la artillería de Hsueh sin apenas sufrir pérdidas. El comandante del IV Ejército chino, que logró escapar en un convoy de camiones militares con todas sus pertenencias y el botín que había ido acumulando, fue detenido por orden de Chiang Kai-shek y murió ejecutado. El suroeste de China había quedado sin defensas, y el 26 de junio la base aérea estadounidense de Heng-yang cayó en manos del enemigo.

Los japoneses aumentaron la intensidad de su ofensiva para destruir cuanto antes las bases aéreas norteamericanas de China continental, pero no sabían que muy pronto iban a ver

cómo todos sus esfuerzos habían sido en vano. Con sus quinientos treinta y cinco buques de guerra, la Quinta Flota del almirante Spruance era la más grande del mundo. Se dirigía a las islas Marianas para convertirlas en aeródromos desde los que poder bombardear Japón con los B-29 Superfortaleza. Con la Quinta Flota había zarpado la Fuerza Expedicionaria Conjunta del vicealmirante Turner con ciento veintisiete mil hombres.

Las posiciones japonesas en Saipan, la isla más grande, y principal objetivo, habían sido bombardeadas durante un tiempo por la aviación de los aeródromos. A comienzos de junio, el poderío aéreo japonés en las Marianas se había visto drásticamente reducido. Pero los treinta y dos mil hombres encargados de la defensa de las islas siguieron siendo muchísimos más de lo esperado. Los siete acorazados de la Fuerza Operacional 58 del almirante Mitscher bombardearon durante dos días antes de que llegaran los marines, pero con poca efectividad. Destruyeron objetivos fáciles, como una planta para procesar caña de azúcar, pero no consiguieron alcanzar los búnkeres de los alrededores.

La mañana del 15 de junio, las primeras oleadas de la 2.ª y la 4.ª División de Infantería de Marina comenzaron a desembarcar en Saipan en vehículos anfibios blindados bajo el fuego intenso de la artillería, los morteros y las ametralladoras enemigas. La idea era que los vehículos

cruzaran la playa a toda velocidad, pero pocos lo lograron. Demasiados obstáculos lo impedían, y su blindaje resultaba insuficiente para repeler los proyectiles japoneses. Pero al menos la infantería evitó importantes pérdidas como las sufridas en el pasado cuando tuvo que alcanzar la costa en medio de un gran oleaje. Al caer la noche, había establecido una cabeza de playa con unos veinte mil hombres en aquella isla de veintidós kilómetros de longitud. La infantería japonesa lanzó dos ataques suicidas contra los marines, que, con la ayuda de los proyectiles de iluminación disparados por los destructores estadounidenses, consiguieron repelerlos.

Aquella noche, a unos dos mil cuatrocientos kilómetros más al oeste, un submarino americano, el *Flying Fisk*, avistó parte de la Armada Imperial frente a la costa de Filipinas, en el estrecho de San Bernardino. Emergió a la superficie para transmitir el aviso a la Quinta Flota. La Primera Flota Móvil del vicealmirante Ozawa Jisaburo debía verse reforzada con la llegada de dos acorazados pesados, el *Yamato* y el *Musaski*, con lo cual iba a tener prácticamente los principales buques de guerra japoneses navegando en aguas del Pacífico para librar una batalla decisiva: nueve portaaviones con sus cuatrocientos treinta aparatos aéreos, cinco acorazados, trece cruceros y veintiocho destructores. El almirante Spruance, por su parte, contaba con los quince portaaviones rápidos de la

Fuerza Operacional 58 de Mitscher y sus ochocientos noventa y un aviones, y Ozawa no sabía que casi todos los aparatos aéreos de las bases terrestres japonesas de la región habían sido destruidos. El punto verdaderamente débil de Ozawa era, sin embargo, la falta de experiencia de sus pilotos. Pocos llevaban sirviendo seis meses, y la mayoría apenas había realizado dos meses de prácticas de vuelo.

Spruance ordenó que la fuerza operacional de Mitscher avanzara para interceptar a la flota de Ozawa a unos doscientos noventa kilómetros al oeste de las Marianas, pero luego decidió que retrocediera hacia Saipan por si los japoneses acababan dividiendo sus fuerzas. Los aviones de reconocimiento de Ozawa divisaron la fuerza operacional el 18 de junio, y a primera hora de la mañana del día siguiente el vicealmirante nipón ordenó un primer ataque con sesenta y nueve aparatos aéreos. Los radares de los destructores que encabezaban la fuerza de Mitscher dieron la señal de alarma. Los cazas Hellcat que habían sido enviados contra Guam recibieron la orden de regresar inmediatamente a sus respectivos portaaviones, y para el ataque de Guam se decidió que fueran los bombarderos los encargados de destruir las pistas de los aeródromos, por si los pilotos de Ozawa intentaban aterrizar allí. En aquellos momentos los americanos podían beneficiarse de su gran superioridad numérica: con sus quince portaaviones tenían

suficientes aparatos para mantener en todo momento la cobertura aérea proporcionada por los cazas.

A las 10:36, una escuadrilla de cazas Hellcat divisó a los atacantes que se acercaban, y se lanzó contra ellos en picado. De los sesenta y nueve aparatos enemigos, abatió cuarenta y dos, y de los propios solo perdió uno. Cuando más tarde apareció la segunda oleada de aviones japoneses —un total de ciento veintiocho—, los pilotos de los cazas de la marina americana derribaron otros setenta. Ozawa, incapaz de reconocer una derrota, lanzó contra las fuerzas estadounidenses dos escuadrillas más. En total fueron doscientos cuarenta los aparatos de los portaaviones japoneses derribados, sin contar los cincuenta de la base de Guam. Los buques de guerra americanos sufrieron un par de percances de poca importancia, y los submarinos de la marina estadounidense hundieron dos portaaviones, el *Shokaku* y el buque insignia de Ozawa, el *Taiho*.

Cuando Ozawa vio que la mayoría de sus aviones no regresaba, cometió un gravísimo error pensando que probablemente habían aterrizado en Guam y que no tardarían en volver a sus portaaviones, por lo que decidió que su flota permaneciera en la zona. El almirante Mitscher consiguió la autorización de Spruance para salir en persecución del enemigo al día siguiente. A última hora de la tarde del 20 de junio, uno de los aviones de reconocimiento de Mitscher avistó por fin la flota

japonesa. El enemigo quedaba casi fuera de su alcance, y pronto oscurecería, pero era su última oportunidad. Los portaaviones viraron para ponerse cara al viento. En apenas veinte minutos despegaron doscientos dieciséis aparatos. Los Hellcat acabaron rápidamente con el escudo de cazas de Ozawa, derribando otros sesenta y cinco aparatos, mientras los bombarderos en picado y los aviones torpederos hundían el portaaviones *Hiyo* y dos buques cisterna, causando además graves daños en otros barcos de guerra nipones.

A pesar de la amenaza de los submarinos, Mitscher ordenó que en sus navios se encendieran las luces y los reflectores para guiar a los aviones que regresaban. Un piloto describiría más tarde la escena como «un estreno de Hollywood, el Año Nuevo chino y el 4 de julio todo en uno».[24] Muchos aviones se quedaban sin combustible. En total ochenta aparatos se estrellaron al aterrizar, o cayeron al mar, esto es cuatro veces más que los que fueron derribados por el enemigo durante el ataque. Fue un final triste y caótico, pero lo cierto es que el «tiro al pavo de las Marianas del norte», como les gustaba llamarlo a los aviadores de la marina estadounidense, supuso para los japoneses la pérdida de más de cuatrocientos aparatos aéreos y de tres portaaviones. Podría haberles ido mucho peor si Spruance no hubiera decidido ir a lo seguro, manteniendo la fuerza operacional de Mitscher tan cerca de

Saipan.

La batalla por la isla estuvo marcada por la actuación del teniente general Holland Smith, el impaciente comandante del cuerpo de marines, cuando destituyó al general del ejército estadounidense al mando de la 27.ª División, formación de la Guardia Nacional. Furioso por la lentitud, el exceso de precaución y la falta de coordinación de su ataque, que mantuvo retenidas a sus dos divisiones de infantería de marina, Holland Smith recibió en todo momento el respaldo del almirante Spruance. El problema radicaba en que el Cuerpo de Marines tenía una manera muy distinta y directa de hacer las cosas.

Los japoneses se vieron obligados, sin embargo, a retirarse al extremo septentrional de la isla, y a primera hora del 7 de julio los supervivientes lanzaron el ataque *banzai* más impresionante de la guerra. Más de tres mil soldados y marineros nipones, cargando con bayonetas, espadas y granadas, se lanzaron contra dos batallones de la 27.ª División. Ni los marines ni los soldados podían disparar con la suficiente rapidez a los japoneses que se precipitaban contra ellos. La batalla terminó al cabo de dos días. La fuerza invasora americana sufrió catorce mil bajas, entre muertos y heridos, y los nipones dejaron en la isla treinta mil cadáveres de soldados, además de los de otros siete mil compatriotas civiles, de un total de doce mil residentes, la mayoría de los cuales se suicidó arrojándose

al mar desde los acantilados. Los numerosos llamamientos que hicieron los intérpretes por megafonía, conminándolos a que no se mataran, fueron en gran medida ignorados.

Después de Saipan fueron invadidas las islas de Tinian y Guam. Tinian fue capturada con un inteligente ataque por sorpresa, en el que participaron dos regimientos de marines que desembarcaron inesperadamente mientras se llevaba a cabo un movimiento de diversión en la otra punta de la isla. En Guam, el primer territorio de los Estados Unidos que fue reconquistado, se vivió otra importante contraofensiva japonesa. Pero esta vez los nipones se lanzaron contra una concentración de baterías de artillería, que disparaba en campo abierto. Los aeródromos de Guam estuvieron asegurados antes de finalizar el mes de julio. Y enseguida los batallones de ingenieros y los *Seabees* se pusieron manos a la obra para ampliarlos y permitir el aterrizaje y el despegue de los B-29 Superfortaleza. Las Marianas ofrecían unas bases aéreas más idóneas para el bombardeo de Japón que China continental. Sobre ellas no se cernía la amenaza de las fuerzas terrestres imperiales y, además, los pertrechos, los recambios y el combustible necesario para los aparatos aéreos podían llegar por mar en vez de tener que trasladarlos en avión a través del Himalaya. El cuartel general imperial en Tokio se dio cuenta claramente de que había comenzado el final de la partida.

38
PRIMAVERA DE ESPERANZAS (mayo-junio de 1944)

Después de infinitos retrasos, la planificación pormenorizada de la Operación Overlord había empezado en serio en enero de 1944. Ya había sido realizado un trabajo muy valioso por un grupo encabezado por el teniente general sir Frederick Morgan, cuyo título era Jefe de Estado Mayor del Comandante Supremo de las Fuerzas Aliadas (siglado COSSAC, *Chief of Staff to the Supreme Allied Commander*). Pero como el equipo había estado trabajando sin que hubiera un comandante supremo, la toma de decisiones clave había costado mucho trabajo.

Tanto Eisenhower, el comandante supremo, como Montgomery, el comandante del XXI Grupo de Ejércitos, tuvieron la misma reacción al examinar el borrador del plan de invasión de Normandía elaborado por el COSSAC. Llegaron a la conclusión de que tres divisiones no eran suficientes y de que los Aliados necesitaban más playas. Tenían que ampliar la zona de invasión de modo que

incluyera la base de la península de Cotentin. Eisenhower insistió también en que debía tener un control absoluto de las fuerzas aéreas aliadas. Este punto anunciaba una interferencia con las incursiones aéreas en Alemania que los «barones de los bombarderos», Harris y Spaatz, no acogieron de buen grado.

El teniente general Bedell Smith, jefe de estado mayor de Eisenhower, tenía mucho que discutir con Montgomery. Los retrasos del Día D habían tenido que ver tanto con la escasez de lanchas de desembarco como con la renuencia británica a comprometerse con la invasión. Overlord era en aquellos momentos una realidad inminente, aunque Brooke y Churchill siguieran abrigando en privado sus temores. Los oficiales británicos de mayor rango, que estaban al tanto de los detalles generales, no pudieron resistir a la tentación de observar que no cabía dar mucho crédito al compromiso de los americanos con la política de «Alemania primero», después del traslado masivo que habían efectuado al Pacífico de hombres, barcos, armamento y pertrechos. Era una batalla que la marina estadounidense y MacArthur habían ganado en Washington. Con la connivencia del general «Hap» Arnold, el teatro de operaciones del Pacífico había conseguido acaparar las nuevas Superfortalezas Aéreas B-29 para atacar Tokio, mientras que a la VIII Fuerza Aérea de Ira Eaker no se le había suministrado ninguna para que bombardeara

Alemania.

El otro problema que intentó solucionar Bedell Smith durante el breve regreso de Eisenhower a los Estados Unidos fue la cuestión de la Operación Anvil, esto es la invasión del sur de Francia. Eisenhower pensaba que su país había llevado a cabo una «inversión muy considerable» en reequipar al ejército francés y que había «que conseguir una entrada para él en Francia».[1] Pero la escasez de lanchas de desembarco, en parte debida a la insistencia de Churchill de llevar a cabo el desembarco de Anzio, anunciaba que una invasión simultánea del sur de Francia significaría el debilitamiento de Overlord. Bedell Smith se mostró de acuerdo con los ingleses en que había que descartar la Operación Anvil, o por lo menos posponerla. Eisenhower se ponía hecho una furia ante cualquier insinuación de que «habría que sacrificar Anvil».[2] Pero, a pesar de su obstinación en ese punto, no tuvo más remedio que reconocer que la idea tendría que ser abandonada.

La anhelada invasión de Francia, pese a ser el objetivo común de los Aliados, estaba condenada a crear muchas tensiones con los franceses. Ni Roosevelt ni Churchill tenían una idea muy clara de las condiciones reinantes en Francia, ni de la amplitud del apoyo de De Gaulle, ni de lo que era esencialmente un gobierno provisional en funciones. El Conseil National de la Résistance reconocía su autoridad e incluso los comunistas franceses se sumaban

a él. Pero la profunda desconfianza que sentía Roosevelt hacia De Gaulle no había disminuido, e incluso los ingleses, que simpatizaban más con él, quedaron desconcertados en el mes de marzo por los acontecimientos de Argel. Pierre Pucheu, antiguo ministro del interior de Vichy, que en 1941 había escogido a unos rehenes comunistas para que fueran ejecutados por los alemanes, estaba siendo juzgado y corría el riesgo de ser condenado a muerte. Pucheu se había presentado en Argel con la pretensión de unirse a la lucha contra los alemanes. Venía provisto de lo que parecía un salvoconducto del general Giraud, un documento que acababa por completo con cualquier esperanza que pudieran abrigar todavía los giraudistas.

Los comunistas y sus aliados en Argel exigieron inmediatamente una justicia vengadora. De Gaulle confirmó la condena a muerte de Pucheu tras este primer juicio al que fue sometido el régimen de Vichy. Pensó que no le quedaban muchas más opciones. La «despiadada guerra civil» que se libraba en Francia entre la Milicia de Vichy, fuertemente reforzada, y la resistencia en constante crecimiento planteaba la amenaza de que la liberación viniera acompañada de actos de linchamiento motivados por el deseo de venganza.[3] De Gaulle recelaba que semejante caos diera a los americanos la excusa para imponer en Francia el temido AMGOT: *Allied Military*

Government of Occupied Territory, Gobierno Militar Aliado de Territorio Ocupado.

Los grupos de la Resistencia estaban todos decididos a hacer de la liberación de Francia un asunto francés, y se volvían cada vez más desafiantes a medida que se acercaba la invasión aliada. En las montañas de la Alta Saboya, en el Plateau des Glières, cerca de Annecy, cuatrocientos cincuenta miembros de la Resistencia, entre ellos cincuenta y seis republicanos españoles, pelearon con un heroísmo desesperado contra dos mil miembros de la Garde Mobile, de la Franc-Garde y de la Milicia, así como contra cinco batallones de soldados alemanes.

En Italia, el afán del general Mark Clark por tomar Roma con su V Ejército norteamericano antes de que comenzara Overlord no hizo más que intensificarse. Sin embargo, aunque la supremacía aérea de los aliados impedía que el transporte motorizado y ferroviario circulara de día, el aguante de la Wehrmacht en Italia al mando de Kesselring resultó más duradero de lo que había esperado Hitler.

El sangriento punto muerto al que se había llegado en los Apeninos tuvo un efecto desmoralizador sobre las fuerzas aliadas. Se produjeron unos niveles muy altos de autolesiones y de fatiga de combate. Cerca de treinta mil

hombres habían desertado o se habían ausentado sin permiso de las unidades inglesas presentes en Italia, y las divisiones americanas también sufrieron este tipo de contingencias.

Fueron pocos los casos de fatiga de combate entre los cincuenta y seis mil hombres del II Cuerpo Polaco al mando del general Wladyslaw Anders. Tras el fracaso de los neozelandeses de Freyberg y de las tropas indias en su intento de tomar Monte Cassino en el mes de marzo, la misión fue encomendada a los polacos. Estos dejaron perfectamente claro ante sus colegas británicos que no tenían intención de hacer prisioneros entre los alemanes. Los polacos no solo estaban sedientos de venganza, sino que además sabían que tenían que conseguir una victoria espectacular para ayudar a la causa de la Polonia libre. Stalin era abiertamente hostil a su gobierno en el exilio, especialmente tras el descubrimiento de los oficiales polacos asesinados en Katyń por el NKVD. Su plan consistía en establecer un gobierno comunista títere, con el Ejército Rojo dispuesto una vez más a invadir el país.

El nuevo ataque contra Cassino se incluiría en la Operación Diadema, ofensiva general planificada por Alexander. Participaron en ella cerca de medio millón de hombres de diez países distintos. El V Ejército de Clark, al oeste, en la costa del Tirreno, junto con el Cuerpo francés en las montañas y el VIII Ejército al mando del sustituto de

Montgomery, el teniente general sir Oliver Leese, debía arrollar a las fuerzas de Kesselring en la línea Gustav. Alexander propuso que se efectuaran diversas maniobras de decepción estratégica. Se construyeron búnkeres falsos en lugares bien visibles de los distintos sectores de ataque, mientras que las conversaciones por radio y los simulacros de lanchas de desembarco daban la impresión de que iba a producirse otro ataque anfibio. Las fuerzas de Truscott establecidas en la cabeza de playa recibieron numerosos refuerzos. El plan de Alexander era que el ataque contra la línea Gustav hiciera salir a las reservas alemanas, ocasión que aprovecharía la unidad de Truscott para lanzarse por el nordeste contra Valmontone con el fin de aislar al X Ejército de Vietinghoff.

Clark estaba furioso. Su interés no era atrapar al X Ejército. «La conquista de Roma es el único objetivo importante», dijo a Truscott.[4] Clark, al borde de la paranoia, pensaba, al parecer, que el plan de Alexander era una trampa de los ingleses para quitarle el premio de un triunfo romano y dárselo al VIII Ejército. Da la impresión de que las garantías que le dio Alexander de que se dejaría al V Ejército tomar Roma no hicieron más que aumentar las sospechas de Clark. Las órdenes del grupo de ejércitos estaban perfectamente claras, pero Clark se disponía en secreto a desobedecerlas.

A las 23:00 del 11 de mayo, la artillería aliada —

cañones de 25 libras, obuses de 105 mm, cañones medios de 5,5 pulgadas y cañones Long Tom de 155 mm— abrió fuego con un ruido ensordecedor. Los polacos se lanzaron directamente al ataque, pero, para su consternación, descubrieron que los alemanes habían decidido relevar aquella misma noche a todos sus batallones de primera línea. La fuerza enemiga era, pues, casi el doble de lo que se había calculado, y las bajas de los polacos fueron espantosas. Lo mismo ocurrió con las de la 8.ª División india, a su izquierda, al otro lado del río Rápido, que atacaron la localidad fortificada de Sant'Angelo, donde la 36.ª División norteamericana había sufrido graves pérdidas a primeros de año. Finalmente los ingenieros lograron tender puentes y los gurkhas, con el apoyo de unos tanques, despejaron la población. Pero la cabeza de puente británica era muy pequeña y Monte Cassino todavía dominaba toda la zona.

Cerca de la costa, el II Cuerpo americano encontró una dura oposición al otro lado del río Garigliano. Las divisiones coloniales francesas de Juin, situadas entre los americanos y los ingleses, tuvieron también un recibimiento brutal. Juin decidió cambiar de táctica. Modificó su eje para tomar Monte Majo en un ataque repentino con fuerte apoyo de la artillería. Costó a sus tropas más de dos mil bajas, pero la línea Gustav quedó rota. Sus *goumiers* siguieron adelante, sedientos de sangre

y de botín. «La mayoría de ellos llevaba sandalias, calcetines de lana, guantes con los dediles recortados para apretar bien el gatillo, y chilabas de rayas; llevaban barba, un casco tipo tazón, y una navaja de treinta centímetros al cinto».[5] La navaja la utilizaban para cortar los dedos y las orejas a los alemanes muertos a modo de trofeo. Pero causaron el terror entre la población civil italiana y se contaron casos de violaciones brutales, a los que los oficiales franceses tendieron a restar importancia por considerarlos el precio que suele cobrarse la guerra.

Clark estaba furioso con su formación americana porque no avanzaba tan deprisa como los franceses y despreciaba al VIII Ejército, al que seguía manteniendo a raya en Monte Cassino la 1.ª División Paracaidista alemana. Pero el valor de los polacos y la maniobra gradual de envolvimiento obligaron a los *Fallschirmjäger* a retirarse. El 18 de mayo, la bandera roja y blanca de Polonia ondeaba en las ruinas de la gran abadía benedictina. Había costado cerca de cuatro mil bajas.

La retirada de los alemanes a la línea Hitler, entre diez y veinte kilómetros por detrás de la Gustav, no fue fácil. Las tropas de Juin no les dieron tregua y cuando el VIII Ejército logró avanzar finalmente hasta el cuello de botella del valle del Liri, quedó patente que esta segunda línea de defensa estaba en peligro. Kesserling, ansioso por mantenerla a toda costa, trasladó algunas divisiones del

XIV Ejército de Mackensen, encargado de cortar el paso a la cabeza de playa de Anzio. Ese era el momento que estaba esperando Clark.

El VI Cuerpo de Truscott, reforzado secretamente con siete divisiones, era en aquellos momentos más fuerte que todo el ejército de Mackensen. El 22 de mayo, Clark voló a la cabeza de playa de Anzio para intentar demostrar al mundo que él, y no Alexander, era quien controlaba la operación. A la mañana siguiente, las divisiones de Truscott atacaron hacia el nordeste en dirección a Valmontone, como había ordenado Alexander. Las bajas fueron numerosas, pero al día siguiente, al descubrir que los alemanes se habían replegado, el II Cuerpo, situado en la costa, se unió a la cabeza de playa de Anzio. Clark, acompañado de un grupo de corresponsales de guerra y de fotógrafos montados en jeep, se dio un paseo por la zona para inmortalizar el acontecimiento.

El 25 de mayo, la 1.ª División Acorazada de Truscott estaba a cortísima distancia de Valmontone, y en veinticuatro horas habría podido cortar la línea de retirada del X Ejército. Pero aquella misma tarde recibió órdenes de Clark, que lo obligó a cambiar el eje de su avance hacia el noroeste, en dirección a Roma. Truscott y los oficiales al mando de sus divisiones se incomodaron muchísimo, pero Truscott obedeció lealmente a Clark, que ocultó a Alexander lo que planeaba. La obsesión de Clark era tan

intensa que cabe suponer que estaba un poco desquiciado. Sus posteriores intentos de justificar sus actos serían confusos y contradictorios. En un momento determinado llegó incluso a decir que había advertido a Alexander que si las unidades del VIII Ejército intentaban llegar a Roma antes que las suyas, ordenaría a sus hombres abrir fuego sobre ellas.

Clark no solo estaba decidido a que no se concediera mérito alguno a Alexander, sino que ni siquiera estaba dispuesto a reconocer el papel de Truscott. La Segunda Guerra Mundial conoció muchos ejemplos de egolatría. El deseo de Clark de entrar en Roma como conquistador antes del lanzamiento de la Operación Overlord es uno de los más flagrantes. El mariscal Brooke escribió un día en su diario: «Resulta sorprendente comprobar que hombres mediocres y mezquinos puedan tener que ver con cuestiones de mando».[6] Alexander califica el comportamiento de Clark de «inexplicable», pero inmediatamente se encarga de explicarlo: «Solo puedo suponer que el atractivo inmediato de Roma por su valor publicitario lo indujo a cambiar la dirección de su avance».[7]

Mientras las fuerzas de Alexander libraban la principal batalla de la campaña de Italia, en el noroeste de Europa se

preparaban sucesos aún más importantes. Overlord sería la operación anfibia más grande de la historia, con más de cinco mil barcos, ocho mil aviones y ocho divisiones en la primera oleada. El nerviosismo, el llamado «canguelo del Día D», era considerable. Los oficiales británicos de mayor rango guardaban recuerdos muy dolorosos de Dunkerque y otras evacuaciones, por no hablar de la desastrosa incursión de Dieppe. Pero la planificación de la Operación Neptuno —la fase de Overlord correspondiente al cruce del canal de la Mancha— fue extraordinariamente minuciosa. Al recibir sus órdenes, que ocupaban varios centenares de páginas, la 3.ª División canadiense le cambió el nombre y la llamó «Operación Overboard».

Los alemanes esperaban que se produjera una invasión, pero no sabían ni cuándo ni dónde iba a tener lugar. Los ingleses montaron una compleja serie de planes de diversión y engaño que recibieron el título general de Operación Fortitude. Fortitude Norte daba a entender que un «IV Ejército británico» iba a desembarcar en Noruega, donde Hitler, para desesperación de sus generales, había insistido en retener a más de cuatrocientos mil hombres. Fortitude Sur, utilizando tanques, aviones e incluso lanchas de desembarco de mentirijillas en el sudeste de Inglaterra, convenció a los alemanes de que iba a lanzarse una segunda invasión con un I Grupo de Ejércitos al mando del general George Patton, el líder que mayor temor inspiraba a los

alemanes.

Utilizando agentes dobles y espías capturados, el Sistema Doble X se propuso convencer a los alemanes de que el desembarco de Normandía no era más que un ataque preliminar o una finta, y que la verdadera ofensiva iba a tener lugar al nordeste de Francia, en el Paso de Calais. Los servicios de inteligencia militar alemanes, que habían sobrestimado mucho las fuerzas y los recursos humanos de que disponían los Aliados, se tragaron el anzuelo. Luego, cuando quedó patente la magnitud del engaño y los oficiales antinazis organizaron en el mes de julio la conspiración para matar a Hitler, la Gestapo empezó a sospechar que los oficiales de los servicios de inteligencia se habían dejado engañar, como parte de una conjura traicionera para perder la guerra.

Los responsables de la planificación de Overlord habían previsto que el éxito o el fracaso de la operación se decidirían durante los peligrosos días inmediatamente posteriores a los desembarcos. La concentración de fuerzas de los Aliados quizá no pudiera competir con los refuerzos enviados para repeler a las cabezas de playa. La respuesta a esta amenaza se basaría en una idea desarrollada ya en Italia, esto es, aislar la zona de combate destruyendo todas las comunicaciones con la retaguardia del enemigo: puentes, líneas férreas, estaciones de clasificación de trenes y cruces de carreteras importantes. Se aislaría la

zona de invasión de Normandía asegurándose de que fueran pocas las fuerzas enemigas que cruzaran el Sena por el este y el Loira por el sur. Pero para ocultar el objetivo geográfico de la invasión tendrían que extender los ataques a toda la zona, desde Holanda e incluso desde Dinamarca.

El obstinado mariscal del aire Harris no quedó demasiado impresionado. Estaba convencido de que si sus Lancaster seguían machacando Berlín y otras ciudades alemanas, la invasión de Francia sería innecesaria. Intentó además argumentar que sus bombarderos no podían dar a objetivos de precisión tales como las líneas férreas. El general Spaatz pretendía seguir con su «plan petróleo», atacando refinerías y depósitos de petróleo sintético y bombardeando fábricas de aviones. Pero la moral reinante en la VIII Fuerza Aérea no era demasiado buena. Casi noventa aviadores aterrizaron deliberadamente en Suecia o en Suiza, donde permanecieron recluidos durante el resto de la guerra. Las Fuerzas Aéreas de los Estados Unidos se jactaban de la precisión de sus bombardeos a plena luz del día, pero en realidad su acierto no era mucho mayor que el del Mando de Bombarderos británico en sus operaciones nocturnas. Sus aparatos habían llegado a bombardear ciudades suizas en vez de alemanas.

Finalmente Eisenhower decidió meter en cintura a los barones bombarderos a través de su segundo al mando, el mariscal en jefe del aire Tedder. Pero los odios que se

nutrían en el seno de la RAF eran muy profundos y Tedder tuvo que pedir a Eisenhower que hiciera valer su autoridad con el pleno respaldo de Roosevelt. Harris y Spaatz acabaron por conformarse. Churchill se sobresaltó al descubrir que los planificadores de la operación estaban preparando una destrucción intensiva de las ciudades francesas, pues esa era la única forma de bloquear los cruces de carreteras importantes. La perspectiva del elevado número de bajas civiles y de las ciudades reducidas a escombros ofendería a los franceses. Para impugnar ese aspecto del «Plan de Transporte» apeló a Eisenhower y luego a Roosevelt, que respaldó el argumento de su comandante supremo de que así se habrían salvado las vidas de muchos aliados. Churchill solicitó que se pusiera como cifra tope las cien mil bajas civiles, pero ni siquiera se le admitió esa cantidad teórica. A la hora de la verdad, quince mil civiles franceses perdieron la vida y otros diecinueve mil sufrieron heridas graves en la fase inmediatamente anterior al Día D.

La otra preocupación de Churchill era qué hacer con el general Charles de Gaulle. Los altos mandos británicos y americanos no querían que los secretos de Overlord fueran comunicados a las autoridades francesas de Argel, pues sabían que los alemanes habían descifrado sus códigos, que estaban obsoletos. Eisenhower, sin embargo, insistió en hablar sinceramente con el general Pierre Koenig. En su

calidad de comandante en jefe de todos los grupos de la Resistencia, llamados en aquellos momentos Forces Françaises de l'Intérieur, Koenig les enviaría sus órdenes justo antes de los desembarcos instándoles a sabotear las comunicaciones y los medios de transporte. Y también participarían en la invasión por parte francesa varios buques de guerra, algunos escuadrones aéreos y varias unidades del ejército de tierra.

Roosevelt quiso recordar a sus subordinados que los Aliados no iban a liberar Francia para instalar en el poder al general De Gaulle. A muchos oficiales americanos de alto rango les deprimía la intransigencia de su presidente, y Churchill hizo cuanto pudo para convencerle de que tenían que colaborar con De Gaulle. Pero Roosevelt seguía empeñado en imponer un gobierno militar hasta que se celebraran elecciones e insistió en crear una moneda de ocupación. Se imprimieron unos billetes tan poco convincentes que las tropas los comparaban con «cupones para puros».

Roosevelt acordó con Churchill, aunque a regañadientes, mandar una invitación a De Gaulle para que fuera a Londres, y se enviaron dos aviones York a Argel para trasladar al general francés a la capital inglesa. Al principio De Gaulle se negó a asistir, pues Roosevelt había rechazado cualquier tipo de discusión acerca de un eventual gobierno civil francés. Duff Cooper, el representante de

Churchill en Argel, le advirtió que si no iba a Londres no conseguiría más que hacerle el juego a Roosevelt. El 3 de junio, el Comité Français de Liberation Nationale instalado en Argel adoptó oficialmente el nombre de Gouvernement Provisoire de la République Française, y De Gaulle accedió en el último momento a acompañar a Cooper a Londres.

Al sur de Roma, el sueño de Mark Clark estaba a punto de hacerse realidad. Una división de infantería americana había logrado colarse a través de un hueco abierto en la última línea de defensa alemana y forzó su hundimiento. Kesselring ordenó una retirada inmediata. Hitler permitió que Roma fuera declarada ciudad abierta y no ordenó su destrucción. No lo hizo por piedad ni por respeto a los monumentos antiguos o al arte, sino porque su atención se centraba en aquellos momentos en el Canal de la Mancha y porque pensaba que dentro de poco podría destruir Londres con sus bombas volantes.

En Roma, el 4 de junio Mark Clark convocó a los comandantes a su mando para una sesión informativa en el Capitolio, tras reunir también allí a todos los corresponsales de guerra destacados en Italia. Aquella imagen fotográfica, con un Clark exultante sosteniendo un mapa en las manos y señalando hacia el norte en dirección

a los alemanes en retirada, hizo que los altos mandos de su Cuerpo de Ejército se sonrojaran de vergüenza. Pero el triunfo romano de «Marcus Aurelius Clarkus» sería breve. Poco después del amanecer del 6 de junio, un oficial de estado mayor entró en su suite del Hotel Excelsior de Roma para despertarlo con la noticia de la invasión de Normandía por los Aliados. «¿Qué te parece?», exclamó Clark con amargura. «Ni siquiera nos han dejado que los periódicos dediquen por un día sus titulares a la caída de Roma».[8]

Hitler esperaba con impaciencia la invasión, convencido de que iba a ser aplastada en el Muro Atlántico. Aquella derrota habría supuesto la salida de los ingleses y los americanos de la guerra, y entonces podría concentrar todas las fuerzas alemanas contra el Ejército Rojo. El mariscal Rommel, al cual había puesto al frente de la defensa del norte de Francia, sabía que el Muro Atlántico existía más en el ámbito de la propaganda que en el mundo real. Su superior, el *Generalfeldmarschall* Gerd von Rundstedt, lo consideraba simplemente «un burdo engaño».[9] Tras su experiencia con el potencial aéreo de los Aliados en el norte de África, Rommel sabía que reunir refuerzos y suministros iba a ser dificilísimo. Se había

enzarzado en una discusión con el *General der Panzertruppen* barón Leo Geyr von Schweppenburg, al mando del Grupo Panzer Oeste, y con Guderian, en aquellos momentos general inspector de las fuerzas acorazadas. Los dos últimos pretendían mantener las divisiones blindadas en los bosques al norte de París, dispuestas para un contraataque masivo que devolviera a los Aliados al mar, ya fuera en Normandía o en el Paso de Calais. Pero Rommel sospechaba que serían diezmadas durante la marcha de aproximación por los escuadrones de cazabombarderos Typhoon y P-47 Thunderbolt. Lo que él quería era que los tanques fueran desplegados lo más cerca posible de los puntos del desembarco.

En su afán de mantener el control mediante la política de divide y vencerás, Hitler se negó a poner un mando unificado en Francia. Por consiguiente no existía un comandante supremo con autoridad también sobre la Luftwaffe y sobre la Kriegsmarine. El dictador insistía en que el grueso de las divisiones panzer estuviera directamente bajo el control del OKW y que las unidades de este tipo no pudieran ser movidas sin una orden expresa suya. Rommel se mostró incansable en su afán de mejorar las defensas de playa, especialmente en el sector de Normandía correspondiente al VII Ejército, donde cada vez estaba más convencido de que iba a tener lugar el ataque. Hitler, por otro lado, no cesaba de cambiar de idea, quizá

en parte para poder decir luego que sus predicciones habían sido acertadas. El Paso de Calais, defendido por el XV Ejército, tenía más centros de lanzamiento de las armas V, suponía una travesía más corta del Canal de la Mancha, y estaba mucho más cerca de las bases de los cazas en Kent, encargados de suministrar cobertura aérea.

Los servicios de contrainteligencia alemanes estaban seguros de que la invasión estaba cerca debido a la actividad de la Resistencia y al tráfico radiotelegráfico, pero la Kriegsmarine, después de estudiar los informes meteorológicos, llegó a la conclusión de que no había ni que pensar en una invasión entre el 5 y el 7 de junio debido al mal tiempo. La noche del 5 de junio canceló incluso todas sus patrullas. Al ser informado de las previsiones meteorológicas, Rommel decidió ir a ver a su esposa a Alemania para celebrar su cumpleaños y luego visitar al Führer en el Berghof para convencerle de que le diera más divisiones panzer.

El estado de los cielos fue la preocupación más importante de Eisenhower durante la primera semana de junio. El día 1, su meteorólogo jefe le había avisado repentinamente de que el calor estaba a punto de pasar. Ese mismo día habían empezado ya a salir de Scapa Flow los acorazados de la fuerza de bombardeo naval. Estaba todo dispuesto para que la invasión diera comienzo al amanecer del 5 de junio. El día 4 los informes meteorológicos

seguían siendo tan negativos que Eisenhower tuvo que ordenar un aplazamiento. Pero las previsiones más recientes anunciaron enseguida que el tiempo quizá mejorara la noche del 5. Eisenhower se enfrentaba a un dilema terrible mientras las tormentas y la mala mar seguían azotando el Canal de la Mancha. ¿Podía confiar en la precisión de sus pronósticos? El general Miles Dempsey, al mando del II Ejército británico de invasión, consideró la decisión de «marchar» tomada por Eisenhower el acto más valeroso de la guerra.[10] La tensión se calmó en cuanto Eisenhower se pronunció y Montgomery dio su aquiescencia. Fue la decisión acertada. Otro aplazamiento habría supuesto posponer la invasión dos semanas, en función del siguiente ciclo de mareas. Habría tenido un efecto desastroso sobre la moral y probablemente habría hecho que se perdiera toda posibilidad de sorpresa. Un retraso de dos semanas habría situado además la operación en la senda de la peor tormenta que había conocido el Canal de la Mancha en los últimos cuarenta años. Se supone también que la Operación Overlord tenía que salir bien debido a la supremacía aérea y naval de los Aliados.

A primera hora de la noche del 5 de junio, el servicio

francés de la BBC transmitió una serie de mensajes en clave destinados a poner a la Resistencia en acción. Los paracaidistas de la 82.ª y de la 101.ª División Aerotransportada de los Estados Unidos y de la 6.ª División Aerotransportada británica, cargados con unos equipos pesadísimos, empezaron a montar en los aviones y los planeadores. Al sur de la isla de Wight, fueron reuniéndose los convoyes de la invasión, con buques de todos los tamaños y lanchas de desembarco de todo tipo. Los soldados se agolpaban en las barandillas para contemplar maravillados el canal gris y borrascoso, lleno de barcos de una decena de países moviéndose en todas direcciones, entre ellos trescientos buques de guerra: acorazados, monitores, cruceros, destructores y corbetas.

Más adelante, una patrulla de doscientos setenta y siete dragaminas avanzaba hacia el sur aprovechando la oscuridad cada vez más intensa, en dirección a la costa de Normandía. El almirante Ramsey temía que se produjera un número elevadísimo de bajas entre esas embarcaciones provistas de casco de madera. Los hidroaviones Liberator y Sunderland del Mando Costero continuaron rastreando el mar, desde el sur de Irlanda hasta el golfo de Vizcaya, en busca de submarinos. Para bochorno del almirante Dönitz, ni un solo submarino alemán llegó al canal para atacar a la flota de invasión.

Centenares de aviones de transporte, encargados unos

de llevar a los paracaidistas y otros de remolcar a los planeadores, se desviaron por encima del Canal de la Mancha para no tener que volar sobre la flota de la invasión y arriesgarse al desastre que se produjo durante el desembarco en Sicilia. Aun así, tres C-47 Skytrain fueron abatidos por los buques de guerra aliados después de lanzar sus «haces» de paracaidistas americanos sobre la península de Cotentin.[11]

Los lanzamientos aerotransportados no salieron según lo previsto. El fuego de las defensas antiaéreas contra los transportes a medida que cruzaban el canal en sucesivas oleadas hizo que las formaciones se deshicieran de inmediato. Los sistemas de navegación a menudo fallaron. Solo una minoría de los aparatos llegó a las zonas de lanzamiento adecuadas y muchos paracaidistas tuvieron que recorrer a pie varios kilómetros para encontrar a sus unidades. Otros cayeron sobre posiciones alemanas y fueron abatidos a tiros. Algunos cayeron en ríos o zonas inundadas, ahogándose al hundirse debido al peso de sus equipos o enredados en los paracaídas. Pero la torpe dispersión de los lanzamientos tuvo una consecuencia no prevista, y es que confundió a los alemanes acerca de cuáles eran los verdaderos objetivos de la operación, contribuyendo así a la impresión de que los ataques formaban parte de una diversión masiva sobre Normandía antes de que se produjera el verdadero ataque en el Paso de

Calais. Solo una operación, la toma del puente de Bénouville (llamado posteriormente *Pegasus Bridge*) sobre el río Orne, en el flanco oriental, salió espectacularmente bien. Los pilotos de los planeadores aterrizaron exactamente en la posición debida y el objetivo fue tomado en cuestión de minutos.

Antes del amanecer del 6 de junio, casi todos los aeródromos de Inglaterra empezaron a temblar con el sonido de los motores al arrancar, a medida que bombarderos, cazas y cazabombarderos iban despegando para seguir estrictamente los pasillos marcados para evitar colisiones. Los pilotos y los tripulantes eran originarios de casi todos los países aliados: Gran Bretaña, Estados Unidos, Canadá, Australia, Nueva Zelanda, Sudáfrica, Rhodesia, Polonia, Francia, Checoslovaquia, Bélgica, Noruega, Holanda y Dinamarca. Algunos escuadrones, integrados sobre todo por Halifax y Stirling, habían salido antes en misión de decepción estratégica, lanzando señuelos de radar («window») y paracaidistas de pega que explotaban al caer en tierra.

Los tripulantes de los dragaminas y el almirante Ramsey no daban crédito a su suerte cuando, una vez realizada su tarea, regresaron sin haber disparado ni un solo tiro. La marejada

que había convencido a la Kriegsmarine de que podía permanecer atracada se había convertido en su mejor aliada. Comunicaron por radio mensajes de buena suerte a los destructores que permanecían al acecho más cerca de tierra con el fin de adoptar su posición de bombardeo antes de que rayara el alba. Los cruceros y los acorazados permanecían anclados mar adentro a mucha mayor distancia.

Los ciento treinta mil hombres que atestaban los barcos durmieron poco aquella noche. Unos jugaban, otros intentaban aprender alguna que otra frase en francés; había quienes pensaban en su hogar, quienes escribían la última carta, y quienes leían la Biblia. Poco después de la 01:00 las tropas, especialmente las que iban a bordo de los buques de la marina norteamericana, recibieron generosos desayunos, y a continuación empezaron a ponerse el equipo, que no paraban de ajustarse debido al nerviosismo mientras fumaban compulsivamente. Alrededor de las 04:00 recibieron la orden de reunirse en cubierta. Bajar valiéndose de las redes de carga tendidas sobre la borda a las lanchas de desembarco, que cabeceaban subiendo y bajando en medio de la marejada, constituía una empresa muy peligrosa, especialmente si se tiene en cuenta que muchos iban cargados con armas y municiones.

En cuanto una lancha estaba lista, su piloto viraba para alejarse del costado del buque y, siguiendo la lucecita de

popa de la que llevaba delante, se unía a una fila en forma de círculo. Un soldado de la 1.ª División de Infantería que salió del buque *Samuel Chase* de la marina estadounidense describe cómo «la luz desaparecía y luego volvía a aparecer a medida que subíamos y bajábamos al ritmo del oleaje». Los hombres no tardaron en lamentar la generosidad del desayuno que les habían dado y vomitaban sacando la cabeza por la borda, en los cascos o entre los pies. La cubierta de las lanchas enseguida se puso resbaladiza debido a los vómitos y al agua salada.[12]

Cuando los primeros destellos grisáceos empezaron a iluminar el cielo encapotado, los acorazados abrieron fuego con su principal armamento, los cañones de catorce pulgadas. Enseguida los imitaron los cruceros y los destructores. Contemplando la costa, el teniente general Joseph Reichert, de la 711.ª División de Infantería, observó que «todo el horizonte parecía una masa sólida de llamas».[13] En esos momentos la luz del amanecer era lo bastante clara como para que los alemanes vieran las dimensiones de la flota de invasión. Los teléfonos de campaña empezaron a sonar en todos los puestos de mando. Los teletipos se pusieron a tabletear en el cuartel general del Grupo de Ejércitos B en La Roche-Guyon, a orillas del Sena, y en el de Rundstedt en Saint-Germain, a las afueras de París.

Mientras el bombardeo naval continuaba, las lanchas

de desembarco llenas de lanzacohetes se aproximaban a la costa, pero la mayoría de sus bombas se quedaron cortas y cayeron en el agua. Entonces llegó el momento más temido por los tripulantes de los tanques de doble propulsión DD Sherman, que empezaron a lanzarse por la parte delantera de las lanchas a unas aguas mucho más alborotadas que aquellas en las que habían probado la capacidad de flotación de sus blindados. En muchos casos, la pantalla de lona que rodeaba y protegía la torreta se vino abajo debido a la fuerza de las olas y numerosos tripulantes de los tanques se hundieron atrapados en el interior de sus vehículos.

En la playa Utah, en la base de la península de Cotentin, la 4.ª División de Infantería norteamericana desembarcó con muchas menos bajas de las esperadas, y empezó a avanzar hacia el interior para unirse a los paracaidistas de la 82.ª y de la 101.ª División Aerotransportada. La extensa playa ligeramente en curva llamada Omaha, dominada por promontorios cubiertos de plantas halófitas, se convirtió en un objetivo mucho más mortífero de lo que habían esperado los Aliados. Salieron muchas cosas mal antes incluso de que desembarcaran los primeros soldados de la 1.ª y la 29.ª División de Infantería. El bombardeo naval, a pesar de su intensidad, había sido demasiado breve para ser efectivo, y el bombardeo aéreo fue una pérdida de tiempo. En vez de seguir la línea de la costa, que habría dado a los artilleros una posición mejor a

la que apuntar a pesar de la mala visibilidad reinante, los mandos de la fuerza aérea estadounidense habían insistido en entrar desde el mar para que no les dispararan de costado. Mientras volaban sobre las lanchas de desembarco, los aviadores decidieron esperar un poco más para no dar a sus propios hombres, de modo que sus bombas cayeron en los campos y en las localidades del interior. Todas las defensas de playa, los búnkeres y los fortines quedaron intactos. Ni siquiera se encontraron en la playa cráteres producidos por las explosiones en los que pudiera encontrar refugio la infantería asaltante. En consecuencia la primera oleada de invasores sufrió muchísimas bajas, víctimas del fuego de las ametralladoras y de la artillería ligera del enemigo, que acribillaba a las lanchas de desembarco en cuanto bajaban las rampas. Además muchas de ellas embarrancaron en los bajíos.

«Algunas embarcaciones regresaban después de soltar su carga», escribió un soldado de la 1.ª División, «otras estaban medio inundadas, pero seguían combatiendo. Algunas habían embarrancado, otras habían tocado fondo, acelerando el motor al máximo sin resultado. Algunas daban marcha atrás y volvían a intentarlo... Mirando de reojo vi lanchas que habían volcado y descargaban las tropas en el agua. Vi cómo las olas sacudían a otras gravemente averiadas por las bombas. Otras, ya sin tropas y llenas en parte de agua, como si hubieran sido abandonadas,

eran mecidas por el oleaje. Entre ellas había hombres que luchaban a brazo partido por conseguir la lamentable protección que ofrecían».[14]

Muchos soldados, traumatizados, se quedaban inmóviles al pie de los promontorios hasta que los oficiales lograban obligarlos a levantarse advirtiéndoles que morirían en la playa a menos que avanzaran tierra adentro y acabaran con los alemanes. Los defensores habían sido reforzados con una pequeña parte de la 352.ª División de Infantería, pero no eran ni de lejos tantos hombres como algunas versiones pretenden. Por suerte para los americanos, la principal reserva de la 352.ª División, compuesta por casi tres mil soldados, había sido enviada lejos de allí siguiendo una pista falsa a raíz del lanzamiento de los paracaidistas de pega que explotaban al caer en tierra, y luego había sido barrida por una brigada inglesa que había avanzado en diagonal tierra adentro desde la playa Gold. En cualquier caso, la matanza y el caos que se produjeron en Omaha durante aquella mañana bastaron para que el general Bradley pensara en abandonar la playa por completo. Pero justo a tiempo llegaron noticias de que algunos grupos habían logrado subir a lo alto de las lomas sin sufrir relativamente daños, y de que todavía era posible conquistar Omaha. La actuación conjunta de unos cuantos Sherman que arremetieron contra los búnkeres y de los destructores americanos y británicos que se acercaron

peligrosamente a la costa y dispararon con una precisión impresionante contra las posiciones alemanas, hizo que la balanza se decantara a favor de las fuerzas invasoras.

En la playa Gold, la 50.ª División británica no tardó mucho tiempo en avanzar tierra adentro. Una brigada se detuvo a poca distancia de Bayeux al anochecer y a la mañana siguiente tomó la ciudad sin sufrir bajas. La 3.ª División canadiense lo tuvo bastante peor en el sector Juno, donde los alemanes habían fortificado las localidades costeras y habían construido una red de túneles. En la playa Sword, que se extendía hasta el pequeño puerto de Ouistreham, la 3.ª División británica tuvo algunos problemas debido a la altura poco habitual de la marea que retrasó el desembarco de los tanques. Los campos de minas a uno y otro lado de los caminos y el fuego de la artillería que bloqueó el paso de los soldados con vehículos ardiendo imprimieron al ataque en el interior contra la ciudad de Caen una lentitud mucho mayor de la prevista. Y la tenaz defensa de un gran complejo de búnkeres alemanes no hizo sino empeorar las cosas. Por los flancos, la 6.ª División Aerotransportada logró asegurar la zona que le había sido asignada entre los ríos Orne y Dives, volando los puentes para impedir un contraataque de los panzer desde el este.

El plan de Montgomery consistía en tomar lo antes posible Caen y el territorio circundante para montar en

ellos aeródromos, pero la resistencia alemana con ametralladoras y cañones antitanque escondidos en las granjas y las aldeas normandas resultó más difícil de aplastar de lo que se había pensado. Los servicios de inteligencia aliados tampoco descubrieron que la 21.ª División Panzer estaba ya en la zona de Caen. El plan de Montgomery contenía además una contradicción muy extraña. Por un lado, quería tomar la antigua ciudad de Caen en las primeras veinticuatro horas de combate, objetivo que era a todas luces excesivamente optimista. Pero por otro lado, el día 6 de junio había ordenado la destrucción de la ciudad mediante un ataque masivo de bombarderos pesados, de modo que los escombros que bloqueaban las calles no podían más que estorbar a sus tropas y ayudar a los defensores. En el curso del bombardeo no murió prácticamente ningún alemán, mientras que el susto y los sufrimientos de la población civil fueron terribles.

Los mandos aliados temían que se produjera un gran contraataque de los panzer alemanes, lo que contribuyó a su excesiva cautela. Por fortuna, el hecho de que Hitler no tomara hasta última hora de la tarde del 6 de junio la decisión de hacer intervenir sus formaciones de tanques redundó en beneficio suyo. Y mientras que las fuerzas terrestres habían sobreestimado el efecto de la labor de los bombarderos pesados, habían subestimado el éxito de las escuadrillas de cazabombarderos, que recorrieron el

interior del país para atacar las columnas de blindados alemanes que se dirigían a la zona de invasión. La 1.ª División Panzer de la SS *Leibstandarte Adolf Hitler*, la 12.ª División Panzer de la SS *Hitler Jugend* y sobre todo la División Panzer-Lehr (Acorazada de Instrucción) recibieron una buena paliza de los aviones Typhoon y P-47 Thunderbolt.

La 3.ª División canadiense vio la necesidad de tomar las aldeas y sacar rápidamente sus cañones antitanque para fortalecer la defensa. Pero la 3.ª División de Infantería británica, salvo ciertas excepciones honrosas, fue muy lenta en su avance. El resultado fue que el II Ejército británico, situado en el flanco este, no fue capaz de ganar terreno en el momento en el que podría haberlo hecho con relativamente pocas bajas. Una vez que Rommel lanzara el Panzergruppe West contra los sectores británico y canadiense, como había predicho el general Morgan, las fuerzas de Montgomery tardarían un mes en tomar la ciudad que había sido su primer objetivo. La escasez de espacio en el sector británico de la invasión impidió que la RAF estableciera aeródromos en posiciones avanzadas y contribuyó a ralentizar la concentración de fuerzas. Teniendo en cuenta su incapacidad de tomar Caen o el aeródromo de Carpiquet, resulta sorprendente que Montgomery enviara a Eisenhower el 8 de junio el siguiente comunicado: «Estoy muy satisfecho con la

situación».[15]

Al oeste de Caen y en la península de Cotentin, el I Ejército de Bradley se enfrentó a una oposición menos poderosa, pero a un terreno mucho peor. El mariscal Brooke ya había avisado de las dificultades del *bocage* de Normandía, con sus pequeños campos rodeados de setos altísimos y espesísimos que crecían en terraplenes muy sólidos con estrechos senderos hundidos entre uno y otro. Brooke había estudiado esta topografía en 1940, pero los que no habían visto nunca esos campos tan particulares se imaginaban que serían como los del oeste de Inglaterra, con pequeños setos que un tanque Sherman podía aplastar y atravesar fácilmente. No obstante, el primer problema al que se enfrentaron las tropas americanas fueron los pantanos y las zonas inundadas. Los paracaidistas habían sido lanzados en esa zona, y el resultado había sido fatal para muchos, y una buena parte del cuello de la península de Cotentin que tenían que conquistar estaba anegada de agua.

Una vez asegurada la cabeza de playa de Omaha, el teniente general Leonard «Gee» Gerow ordenó a sus divisiones que avanzaran hacia el interior lo más rápidamente posible. La 1.ª División de Infantería se dirigió

hacia el sur y hacia el este para unirse a los británicos en Port-en-Bessin el 7 de junio. La 29.ª División de Infantería, que había recibido una paliza tremenda, envió su regimiento de reserva hacia el oeste, en dirección a Isigny. Bradley esperaba enlazar con las cabezas de playa de Omaha y Utah a la mayor brevedad posible. Pero las dos divisiones aerotransportadas seguían enzarzadas en feroces combates a lo largo de los ríos Merderet y Douve y en los alrededores de Sainte-Mère-Église, hasta que la 4.ª División de Infantería avanzó por el interior desde la playa Utah con algunos batallones de tanques de apoyo.

Una vez que los alemanes fueron obligados a replegarse del ángulo sudeste de la península de Cotentin, la 101.ª Aerotransportada logró tomar la localidad de Carentan, en buena parte gracias a la confusión reinante en el bando alemán. El 13 de junio, la 17.ª División de Granaderos Acorazados de la SS *Götz von Berlichingen* lanzó un contraataque. Bradley estaba al tanto de su llegada gracias a las interceptaciones de Ultra y rápidamente trasladó de sitio parte de la 2.ª División Acorazada. Los paracaidistas americanos que se encontraban al sur de Carentan efectuaron una retirada con luchas semiguerrilleras en dirección a la pequeña ciudad, hasta que apareció el general de brigada Maurice Rose, dirigiendo a sus Sherman desde un semioruga descubierto. Los SS-Panzergrenadieren salieron huyendo a la

desbandada. Al día siguiente, las dos áreas de invasión se habían unido.

Los alemanes esperaban que se produjera un gran ataque hacia el sur desde Carentan, pero Bradley tenía una prioridad mucho más importante: asegurarse la península de Cotentin, en cuyo extremo superior se encuentra el puerto de Cherburgo. El 14 de junio la 9.ª División recién desembarcada y la 82.ª Aerotransportada atacaron al otro lado del cuello de la península. A instancias del general de división Lawton Collins, al mando del VII Cuerpo, llamado «Lightning Joe», llegaron a la costa del Atlántico en cuatro días. Luego, cruzando la península con tres divisiones, el VII Cuerpo avanzó hacia el norte con un apoyo aéreo muy poderoso y tomó Cherburgo el 26 de junio. Hitler se mostró indignadísimo cuando se enteró de que el *Generalleutnant* Karl-Wilhelm von Schlieben se había rendido.

Después de la suerte que tuvieron con el clima durante la invasión, los Aliados sufrieron muchísimo. En el Canal de la Mancha se desató una tormenta enorme que destruyó el puerto artificial «Mulberry» construido en Omaha y acabó con numerosas barcos y lanchas de desembarco atracados en él. En consecuencia, los americanos sufrirían una desesperante escasez de munición de artillería, frustrando el avance desde el sur durante la operación Cherburgo.

La concentración de fuerzas británicas se vio también interrumpida, al tiempo que se imponía una especie de punto muerto. La resistencia alemana en los alrededores de Caen se había intensificado con la llegada de la división de la SS *Hitler Jugend*. Para empeorar las cosas, los cielos nublados obligaron a las fuerzas aéreas aliadas a permanecer en tierra. La 50.ª División británica, junto con la 8.ª Brigada Acorazada había avanzado hacia el sur desde Bayeux, pero se había encontrado con violentos contraataques de la División Panzer-Lehr en los alrededores de Tilly-sur-Seulles y Lingèvres.

El 10 de junio Montgomery se entrevistó con Bradley en Port-en-Bessin, y desplegando un mapa delante de su estado mayor explicó que no quería machacar directamente Caen. Su intención era rodear la ciudad, atacando con la 51.ª División Highland desde el sector de la 6.ª División Aerotransportada al este del Orne. Al mismo tiempo, la 7.ª División Acorazada se deslizaría hacia el sur por su flanco derecho y se acercaría al límite del sector americano cerca de Caumont, y luego giraría hacia el este en dirección a Villers-Bocage por detrás de la División Panzer-Lehr. Era un plan muy audaz, y en muchos sentidos bueno, si hubiera sido ejecutado con prontitud y con plenitud de fuerzas. A la hora de la verdad, se quedó apenas en una operación de reconocimiento en fuerza, con un apoyo escandalosamente pobre.

El 13 de junio, una punta de lanza, formada solo por un regimiento, llegó a Villers-Bocage, pero sin llevar delante una patrulla de reconocimiento. En consecuencia, los tanques Cromwell de los Sharp-shooters (el 4.⁰Regimiento de la County of London Yeomanry) cayeron víctimas de una terrible emboscada a manos de tanques Tiger conducidos por el as de los blindados alemanes Michael Wittmann, del 101.⁰Batallón de Blindados Pesados de la SS. Este revés, sumado al repentino ataque de la 2.ª División Panzer contra el flanco sur de la 7.ª División Acorazada, el más inseguro, provocó una retirada humillante. La población francesa, que el día anterior había acogido llena de alegría a las Ratas del Desierto, vio cómo su localidad era convertida en un montón de ruinas por los bombarderos de la RAF.

Montgomery había insistido en quedarse en Normandía con tres de sus divisiones del desierto: la 7.ª Acorazada, la 50.ª de Northumbria y la 51.ª Highland. Varios de sus regimientos de veteranos combatirían de manera excelente en Normandía, pero la moral de muchos otros —y en algunos casos la disciplina— dejaría mucho que desear. Llevaban combatiendo demasiado tiempo y no estaban dispuestos a asumir riesgos. Una cautela «astuta» los hacía ir con pies de plomo. En el caso de los regimientos acorazados, el temor a los cañones antitanque camuflados de los alemanes era fácilmente comprensible

teniendo en cuenta que las baterías de 88 mm podían dejarlos fuera de combate a casi dos kilómetros de distancia. Y menos de una tercera parte de los blindados ingleses disponían del excelente cañón de diecisiete libras, que podía quitar de en medio a un Tiger o a un Panther a una distancia razonable. Después del desastre de Villers-Bocage, la seguridad en sí misma de la 7.ª División Acorazada se vio muy afectada. El intento de la 51.ª División Highland de atacar por el este de Caen también fracasó. Montgomery quedó tan horrorizado de la actuación de la 51.ª que destituyó a su general y pensó en enviar de vuelta a Inglaterra a toda la unidad para su readiestramiento. La División Highland tardaría casi hasta el final de la campaña de Normandía en recuperar la reputación de la que gozaba.

En el ejército americano también la actuación en el combate varió mucho, no solo de una división a otra, sino incluso dentro de una misma división. Las bajas por motivos psicológicos podían ser muy altas en las divisiones novatas, y el porcentaje de casos de agotamiento nervioso entre los reemplazos mal entrenados y peor tratados fue desastroso, además de innecesario. No había nada tan desmoralizador como llegar al frente en plena noche a una unidad nueva, sin conocer a nadie y en la mayor parte de las ocasiones con un adiestramiento defectuoso. Los demás soldados rechazaban a los recién llegados

porque venían a sustituir a algún compañero al que acababan de matar y por cuya pérdida aún estaban afligidos.

Cualquier sospecha de que los alemanes fueran conscientes de que tenían la guerra perdida quedaría brutalmente desmentida por la feroz y eficaz defensa que mantuvieron utilizando todos los mortíferos trucos que habían aprendido en el frente oriental. Aparte de las formaciones aliadas de élite, como los paracaidistas y los Rangers, la mayoría de los soldados del bando aliado eran ciudadanos bajo las armas, que solo deseaban que acabara la guerra cuanto antes. No cabía esperar que tuvieran el mismo fervor que aquellos que habían sido adoctrinados desde su más tierna juventud en la mentalidad guerrera de los nazis y que ahora estaban convencidos por la propaganda de Goebbels de que, si no resistían en Normandía, sus familias, sus casas y la Patria serían destruidas para siempre.

La 12.ª División *Hitler Jugend* era la más fanática. Sus oficiales habían dicho a sus hombres antes de la batalla que cualquier soldado de la SS que se rindiera sin haber sufrido heridas que lo dejaran incapacitado por completo sería considerado un traidor. Si eran capturados vivos, los soldados de la *Hitler Jugend* tenían que rechazar las transfusiones de sangre extranjera y debían preferir morir por su Führer. No cabe imaginar que ningún prisionero de guerra británico o americano quisiera morir por el rey

Jorge VI, por Churchill o por el presidente Roosevelt. Naturalmente no todos los soldados alemanes eran unos creyentes tan fanáticos. Muchos integrantes de las divisiones corrientes y molientes lo único que querían era sobrevivir, y volver a ver a su novia y a su familia.

Una vez tomada Cherburgo por los Aliados, empezó en serio la batalla del *bocage* y de los pantanos del sur de la península. Costó mucho trabajo y mucha sangre y el número de bajas fue muy elevado, con las fuerzas de Bradley, que se extendían desde Camont hasta el Atlántico, intentando avanzar hasta llegar a una zona más despejada, en la que las divisiones acorazadas americanas pudieran desplegar plenamente su potencial.

Los generales alemanes afirmaban, quizá con alguna justificación, que la forma de lucha de Bradley prácticamente con ataques de un solo batallón, apoyado por unos cuantos tanques y antitanques, les resultaba fácil. El oficial al mando de la 3.ª División *Fallschirmjäger* llegó a jactarse incluso de que era una forma perfecta de entrenamiento para sus tropas noveles, muchas de las cuales habían sido trasladadas de la Luftwaffe y de las unidades de adiestramiento de vuelo simplemente para hacer cuadrar los números. Utilizando pequeños grupos de combate formados por una mezcla de soldados de infantería, zapadores para plantar minas y trampas explosivas, cañones de asalto autopropulsados y cañones

antitanque bien posicionados, las fuerzas alemanas podían ocasionar muchas más pérdidas a los atacantes americanos que las que sufrían ellas. Su principal problema provenía de la escasez de munición y otros pertrechos, pues la aviación aliada atacaba cualquier medio de transporte que localizara en la retaguardia.

El objetivo de Bradley era la captura de Saint-Lô y asegurar la carretera Périers-Saint-Lô en su punto de partida de cara a la ofensiva principal, mientras Montgomery intentaba de nuevo rodear Caen. Lo que no sabía era que el 17 de junio Rommel y Rundstedt habían pedido permiso a Hitler para retirar sus tropas a una línea más fácil de defender detrás del río Orne y más allá del alcance de la artillería naval aliada. En una breve visita a Francia para imponer su voluntad a sus generales, Hitler se negó a considerar semejante propuesta. Fueron su maníaca obstinación y su constante interferencia en las decisiones de sus mandos las que decidieron no solo el patrón de la campaña de Normandía, sino también la suerte de toda Francia.

En su mundo de ilusiones, el Führer se convenció a sí mismo de que las bombas volantes V-1 que acababa de empezar a lanzar contra Londres obligarían a Inglaterra a postrarse de rodillas, y que los nuevos cazas a reacción no tardarían en destruir las fuerzas aéreas aliadas. Rommel, que sabía que aquello era pura fantasía, le instó a poner fin

inmediatamente a la guerra. Hitler replicó que los Aliados no iban a negociar y por una vez tenía razón. Tras aquella brevísima visita, el Führer regresó al Berghof. Cinco días después, el ejército alemán del frente oriental sufría la mayor derrota de toda la guerra.

39
BAGRATION Y NORMANDÍA (junio-agosto de 1944)

Aunque el OKH y el cuartel general del Führer descartaban la probabilidad de un ataque contra Bielorrusia, los temores en ese sentido eran cada vez mayores en las unidades de primera línea del Grupo de Ejércitos Centro. El 20 de junio de 1944, los ánimos se exaltaron debido al «calor de los días ya de pleno verano con tormentas lejanas» y a un constante crescendo de los ataques partisanos por la retaguardia.[1] Diez días antes, una emisora de interceptación captó un mensaje por radio de los soviéticos que ordenaba el incremento de la actividad por detrás de las líneas del IV Ejército. Por eso los alemanes habían lanzado una gran campaña antipartisana, la Operación Cormorán. Participaba en ella la famosa Brigada Kaminski, cuya singular crueldad contra la población civil parecía casi medieval y cuya flagrante indisciplina constituía una ofensa para los oficiales alemanes tradicionales.

Las órdenes de Moscú a las grandes bandas de

partisanos de los bosques y los pantanos de Bielorrusia eran muy concretas. Primero debían atacar las comunicaciones ferroviarias, y luego, una vez iniciada la ofensiva, tenían que acosar a las fuerzas de la Wehrmacht. Eso suponía adueñarse de puentes, cortar las rutas de aprovisionamiento talando árboles y arrojándolos en medio de los caminos, y organizar ataques para retrasar la llegada de refuerzos al frente.

El 20 de junio al amanecer, la 25.ª División de Granaderos Acorazados fue sometida a un bombardeo de una hora de duración y a un asalto. Por fin todo se tranquilizó de nuevo. Se trataba o bien de un ataque de prueba o bien de un intento de ponerlos nerviosos. El cuartel general del Führer no creía que la ofensiva de verano soviética tuviera como objetivo el Grupo de Ejércitos Centro. Esperaba una ofensiva al norte de Leningrado contra los finlandeses, y otro embate masivo al sur de los Pantanos del Pripet hacia el sur de Polonia y los Balcanes.

Hitler creía que la estrategia de Stalin era golpear a los aliados del Eje —finlandeses, húngaros, rumanos y búlgaros— para obligarlos a salir de la guerra, como había sucedido con los italianos. Sus sospechas parecieron confirmarse cuando primero el Frente de Leningrado y luego el Frente de Carelia se lanzaron al ataque. Stalin, que en aquellos momentos tenía la suficiente seguridad en sí

mismo como para preferir el pragmatismo a la venganza, no pretendía aplastar del todo a Finlandia. Eso habría supuesto tener que trasladar demasiadas fuerzas que eran necesarias en otros lugares. Sencillamente quería meter en cintura a los finlandeses y recuperar el territorio que les había arrebatado en 1940. Como esperaba, aquellas operaciones en el norte hicieron que Hitler apartara su atención de Bielorrusia.

El Ejército Rojo utilizó con éxito diversas medidas de decepción estratégica o *maskirovka*, que daban a entender que estaba produciéndose una gran concentración de fuerzas en Ucrania, cuando de hecho donde estaban trasladándose en secreto unidades de tanques y otros ejércitos era más al norte. Toda esta labor se vio facilitada en grado sumo por la práctica desaparición de la Luftwaffe. La ofensiva de bombardeos estratégicos de los Aliados y últimamente la invasión de Normandía habían reducido el apoyo de la Luftwaffe a los ejércitos alemanes del frente oriental hasta unos niveles desastrosos. La supremacía aérea de los soviéticos impedía la realización de casi todos los vuelos de reconocimiento alemanes, de modo que el cuartel general del Grupo de Ejércitos Centro en Minsk disponía de pocos datos acerca de la enorme concentración de fuerzas que estaba llevándose a cabo. En total la Stavka había reunido unos quince ejércitos, lo que suponía un millón seiscientos setenta mil hombres, con cerca de seis

mil tanques y cañones autopropulsados, y más de treinta mil cañones y morteros pesados, incluidas las baterías Katiusha. Contaban además con el apoyo aéreo de más de siete mil quinientos aviones.

El Grupo de Ejércitos Centro se había convertido en un pariente pobre. Algunos sectores disponían de tan pocos hombres que los centinelas tenían que hacer turnos de seis horas cada noche. Ni ellos ni sus oficiales tenían la menor idea de la frenética labor que estaba llevándose a cabo por detrás de las líneas soviéticas. Los senderos de los bosques estaban siendo ensanchados para dar cabida a los grandes vehículos blindados, se instalaban caminos de troncos en los pantanos, se tendían puentes de pontones, se reforzaba el firme de los vados, y se construían puentes subacuáticos justo por debajo de la superficie de los ríos.

Este gran despliegue de fuerzas retrasó tres días el lanzamiento de la ofensiva. El 22 de junio, el tercer aniversario de la Operación Barbarroja, el Primer Frente del Báltico y el Tercer Frente Bielorruso llevaron a cabo sus batidas de reconocimiento en fuerza. La Operación Bagration, que fue bautizada por el propio Stalin con el nombre del célebre príncipe georgiano, héroe de 1812, dio comienzo en serio al día siguiente.

El plan de la Stavka era rodear primero Vitebsk, por el lado norte del frente del Grupo de Ejércitos Norte, y Brobuisk, por el sur, y luego arremeter en diagonal desde

estos dos puntos para rodear Minsk, situada en el centro. En el flanco norte, el Primer Frente del Báltico del mariscal I. Kh. Bagramyan y el Tercer Frente Bielorruso del joven coronel general I. D. Chernyakhovsky atacaron rápidamente para rodear la bolsa de Vitebsk antes de que los alemanes pudieran reaccionar. Decidieron incluso prescindir de los bombardeos de la artillería, a menos que la medida se considerara imprescindible en algún sector en concreto. Las puntas de lanza de sus tanques contaron con el apoyo de diversas oleadas de cazabombarderos Shturmovik. El III Ejército Panzer fue pillado totalmente desprevenido. Vitebsk se encontraba en medio de una cuña muy vulnerable, cuya parte central era defendida por dos divisiones de campo de la Luftwaffe bastante débiles. El infortunado oficial al mando de la unidad había recibido la orden de defender Vitebsk como una fortaleza, aunque a todas luces carecía de las fuerzas necesarias para realizar su tarea.


Operación Bagration
Junio-Agosto de 1944
Golfo de Finlandia
Línea del frente a 23 de junio
Línea del frente a finales de agosto
Tallinn
Tercer Frente del Báltico
Lago Peipus
Novgorod
Mar Báltico
Golfo de Riga
XVI
Pskov
1 Choque
10 GDS
Yeremenko
Segundo Frente del Báltico
Riga
XVIII
LETONIA
3 Choque
Bagramyan
Primer Frente del Báltico
22
Memel
III Pz
4 Choque
43
6 GDS
11 GDS
Chernyakhovsky
Tercer Frente Bielorruso
Vitebsk
39
Kaunas
Königsberg
Vilnius
Dniéper
5
Smolensk
Orsha
Rastenburg
31
33
Lagos de Masuria
Borisov
Mogilev
49
Minsk
50
II
IV
Zakharov
Segundo Frente Bielorruso
Bialystok
Bobruisk
Baranovichi
Rogachev
3
48
Pantanos de Pripet
Gomel
Varsovia
Brest-Litovsk
28
Rokossovsky
Primer Frente Bielorruso
61
Pripet
70
IX
Lublin
Chernigov
47
8 GDS
69
Korosten
2
1 Pol
Konev
Primer Frente Ucraniano
Kiev
Lwów
IV
Tarnopol
Dniéster
ESLOVAQUIA
Petrov
Cuarto Frente Ucraniano
Vinnitsa
Montes Cárpatos
HUNGRÍA
0 50 100 150 millas
0 50 100 150 200 250 km

En el centro, desde Orsha hasta Mogilev, que había sido el cuartel general del zar durante la Primera Guerra Mundial, el IV Ejército del general de infantería Kurt von Tippelskirch también fue pillado por sorpresa. «Realmente ayer tuvimos un día negro», decía en una carta a su familia un *Unteroffizier* de la 25.ª División de Granaderos Acorazados, «una jornada que no olvidaré fácilmente. Los rusos empezaron con un bombardeo con todas sus fuerzas. Se prolongó durante casi tres horas. Intentaron avanzar con todo su potencial. Su ímpetu era imparable. Realmente tuve que salir corriendo, para no caer en manos de los rusos. Sus tanques avanzaban con la bandera roja».[2] Solo al este de Orsha la 25.ª División de Granaderos Acorazados y la 78.ª Sturm-Division respondieron valerosamente al ataque con cañones de asalto.

Al día siguiente Tippelskirch pidió permiso para replegarse al norte del Dniéper, pero su solicitud fue rechazada por el cuartel general del Führer. Con varias divisiones hechas añicos y sus hombres exhaustos, Tippelskirch decidió desobedecer la absurda orden de resistir, repetida como un papagayo por el servil oficial al mando del grupo de ejércitos, el *Generalfeldmarschall* Ernst Busch, en Minsk. Los oficiales se dieron cuenta de que la única manera de salvar a sus formaciones era falsificar los informes de situación y los artículos del diario de guerra para justificar su retirada.

La 12.ª División de Infantería se replegó justo a tiempo en el frente de Orsha. Cuando un comandante preguntó a un oficial de zapadores por qué se daba tanta prisa en volar un puente una vez que hubo cruzado su batallón, el hombre le pasó sus prismáticos y señaló al otro lado del río. Dándose media vuelta, el comandante divisó una columna de tanques T-34 que los tenían ya al alcance. Orsha y Mogilev, ciudades ambas a orillas del Dniéper, quedaron incomunicadas y fueron conquistadas en tres días. Hubo que dejar atrás a varios centenares de heridos. El general alemán que había recibido la orden de defender Mogilev hasta el final estaba al borde del ataque de nervios.

Por detrás de las líneas soviéticas, el principal problema lo planteaban los enormes atascos de vehículos militares. Rodear un tanque averiado no resultaba fácil debido a los pantanos y los bosques que rodeaban los caminos por uno y otro lado. El caos era a veces tan grande que «el encargado de controlar el tráfico en un cruce podía ser a veces todo un coronel», como recordaría más tarde un oficial del Ejército Rojo. Comentaría también la suerte que tuvieron las fuerzas soviéticas de que no hubiera casi rastro de la Luftwaffe, pues todos aquellos vehículos pegados unos a otros habrían ofrecido un blanco facilísimo.[3]

En el flanco sur, el Primer Frente Bielorruso del mariscal Rokossovsky lanzó su ofensiva con un bombardeo preliminar masivo que dio comienzo a las 04:00. Las

explosiones lanzaron al aire verdaderos surtidores de tierra. El terreno quedó cubierto de cráteres y zanjas en una zona amplísima. Los árboles eran abatidos y los soldados alemanes, adoptando instintivamente la posición fetal dentro de sus búnkeres, se estremecían al sentir vibrar el suelo como si se tratara de un terremoto.

La pinza norte de Rokossovsky logró penetrar entre el IV Ejército de Tippelskirch y el IX, responsable del sector de Brobuisk. El general de infantería Hans Jordán, al mando del IX Ejército, recurrió a su reserva, la 20.ª División Panzer. Pero cuando aquella noche se inició el contraataque, la 20.ª División recibió la orden de replegarse y de trasladarse al sur de Brobuisk. La penetración de la otra pinza, encabezada por el I Cuerpo de Tanques de la Guardia, resultó mucho más peligrosa. Amenazaba con rodear la ciudad y dejar incomunicado de paso el flanco del IX Ejército. La llegada de Rokossovsky por sorpresa, por el límite de los Pantanos del Pripet, tuvo un éxito similar al de los alemanes apareciendo por las Ardenas en 1940.

Hitler seguía negándose a permitir la retirada, de modo que el 26 de junio el *Generalfeldmarschall* Busch voló a Berchtesgaden para entrevistarse con él en el Berghof. Iba acompañado de Jordán, al que Hitler quería interrogar sobre el uso que había hecho de la 20.ª División Panzer. Pero mientras se hallaban ausentes de su cuartel

general, el IX Ejército fue rodeado casi en su totalidad. Al día siguiente, tanto Busch como Jordán fueron destituidos. Hitler recurrió de inmediato al *Generalfeldmarschall* Model. Pero a pesar del desastre sufrido y de la amenaza que se cernía sobre Minsk, el OKW seguía sin tener la más pálida idea de la magnitud de las ambiciones soviéticas.

Model, uno de los pocos generales capaces de enfrentarse a Hitler con éxito, pudo llevar a cabo las retiradas necesarias a la línea del río Beresina, delante de Minsk. Hitler había permitido también a la 5.ª División Panzer tomar posiciones en Borisov, al nordeste de Minsk. Las tropas alemanas llegaron allí el 28 de junio, pero no tardaron en sufrir el acoso de los aviones de ataque a tierra Shturmovik. Reforzada con un batallón de tanques Tiger y algunas unidades de la SS, la división tomó posiciones a uno y otro lado de la carretera Orsha-Borisov-Minsk. Ni los oficiales ni los soldados tenían una idea muy clara de cuál era la situación general, aunque habían oído el rumor de que el Ejército Rojo había cruzado el Beresina en algún punto más al norte.

Durante la noche, los elementos de avance del V Ejército de Tanques de la Guardia chocaron con los granaderos acorazados. Se presentó un batallón de tanques Panther para reforzar la línea alemana, pero al norte las tropas de Chernyakhovsky lograron abrirse paso entre el III Ejército Panzer y el IV Ejército. Comenzó entonces una

retirada caótica bajo el ataque constante de los Shturmovik y el fuego de la artillería soviética. Los chóferes de los transportes alemanes, aterrorizados, conducían a toda velocidad, adelantándose sin miramientos unos a otros, para llegar al último puente sobre el Beresina que quedaba en pie y pasarlo antes de que lo volara el enemigo. El sitio por el que cruzó Napoleón en la terrible retirada de 1812 estaba justo al norte de Borisov.

Vitebsk estaba ya ardiendo cuando las tropas alemanas del LUI Cuerpo se replegaron en un intento vano de salir del cerco para unirse al III Ejército Panzer. Los almacenes y los depósitos de combustible estaban en llamas, y despedían un humo negro. Entre los que murieron y los que fueron hechos prisioneros, se perdieron cerca de treinta mil hombres. El desastre hizo que se tambaleara la confianza de muchos tanto en el Führer como en la dirección de la guerra. «Los rusos han atravesado las líneas esta mañana», decía en una carta a su familia un *Unteroffizier* de la 206.ª División de Infantería. «Una breve pausa me permite escribir otra carta. Según las órdenes recibidas, debemos quitarnos de en medio y no caer en manos del enemigo. Queridos míos, la situación es desesperada. Ya no creo en nadie, tal como parece aquí que están las cosas».[4]

Por el sur, las fuerzas de Rokossovsky habían rodeado a casi todo el IX Ejército y la ciudad de Bobruisk, que fue

tomada con toda rapidez. «Cuando entramos en Bobruisk», escribe Vasily Grossman, que acompañaba a la 120.ª División de Fusileros de la Guardia, a la que había conocido en Stalingrado, «algunos edificios estaban en llamas y otros se encontraban en ruinas. ¡El camino de la venganza conducía a Bobruisk! Con dificultad nuestro coche logra abrirse paso entre los restos retorcidos y carbonizados de los tanques y los cañones autopropulsados alemanes. Los hombres caminan pisando los cadáveres de los alemanes. Cadáveres, cientos y cientos de cadáveres, pavimentan el camino, yacen en las zanjas, bajo los pinos, en medio de los campos verdes de cebada. En algunos lugares, los vehículos tienen que pasar por encima de los cuerpos, tantos son los que yacen en el suelo. Los hombres se pasan el día entero enterrándolos, pero son tantos que el trabajo no puede hacerse en una sola jornada. Hace un calor agotador y todo está en silencio, y la gente camina y conduce tapándose la nariz con el pañuelo. Aquí estaba hirviendo un caldero de muerte: una venganza despiadada y terrible de todos los que no habían entregado las armas y habían escapado hacia el oeste».[5]

Una vez batidos los alemanes, salieron a la luz los civiles. «Nuestra gente, las personas a las que hemos liberado, nos cuentan sus historias y lloran (sobre todo son las personas mayores las que lloran)», decía un joven soldado del Ejército Rojo en una carta a su familia. «Y los

jóvenes están de tan buen humor que ríen todo el tiempo, no hay manera de que cierren la boca. Ríen y hablan sin parar».[6]

Para los alemanes la retirada fue desastrosa. Vehículos de todo tipo tenían que ser abandonados porque se quedaban sin combustible. Antes incluso de que se produjera el ataque, se les había restringido el suministro a unos diez o quince litros al día. La estrategia del general Spaatz, consistente en bombardear las instalaciones petroleras, ayudó indudablemente al Ejército Rojo en el frente oriental y a los Aliados en Normandía. Los heridos alemanes que tuvieron la suerte de ser evacuados sufrieron terriblemente mientras eran trasladados a la retaguardia en carretas tiradas por caballos, debido al traqueteo, el balanceo y los bandazos. Muchos murieron desangrados antes de llegar a los puestos de socorro. Como los primeros auxilios en el frente habían experimentado una reducción tan drástica debido a los médicos perdidos, una herida grave suponía en aquellos momentos casi una muerte segura. Los que podían ser sacados de la primera línea eran llevados a los hospitales militares de Minsk, pero la capital era en aquellos momentos el objetivo de los soviéticos.

Los restos de las formaciones alemanas marchaban hacia el oeste intentando escapar a través de los bosques. Tenían escasez de agua, y muchos soldados se

deshidrataban debido al calor. Todos sufrían una tensión espantosa por miedo a las emboscadas de los partisanos o a ser capturados por el Ejército Rojo. Los bombarderos y la artillería hostigaban a las topas en retirada derribando árboles y provocando la dispersión de las astillas. El encarnizamiento y la ubicuidad de los combates era tal que perdieron la vida en acción ni más ni menos que siete generales alemanes del Grupo de Ejércitos Centro.

Incluso Hitler tuvo que abandonar su manía de designar como fortalezas ciudades completamente inadecuadas. Sus comandantes intentaban en aquellos momentos no tener que defender ninguna ciudad precisamente por esa razón. A finales de junio, el V Ejército de Tanques de la Guardia había logrado abrirse paso con contundencia y había empezado a poner sitio a Minsk desde el norte. El caos reinaba en la ciudad mientras el cuartel general del Grupo de Ejércitos Centro y todo el personal alemán de la retaguardia se precipitaban a la huida. Los hombres que estaban en los hospitales mal heridos quedaron abandonados a su suerte. Minsk fue capturada desde el sur el 3 de julio, y el grueso del IV Ejército alemán se vio atrapado entre la ciudad y el Beresina.

Incluso un *Obergefreiter* de los servicios sanitarios que no tenía acceso a los mapas del estado mayor se daba cuenta con toda claridad de la amarga ironía de su situación. «El adversario ha hecho ahora lo que hicimos

nosotros en el 41: maniobra de envolvimiento sobre maniobra de envolvimiento», decía en una carta.[7] Otro *Obergefreiter* de la Luftwaffe comentaba en una carta a su esposa, residente en Prusia oriental, que ahora se encontraba solo a doscientos kilómetros de ella. «Si el ataque de los rusos sigue la misma dirección, no tardaréis mucho en tenerlos a la puerta de casa».[8]

La venganza llegó en Minsk, y recayó especialmente en los antiguos soldados del Ejército Rojo que habían prestado servicio en la Wehrmacht como Hiwis. Otros protagonizaron actos de venganza de carácter estrictamente personal, fruto de la salvaje represión que sufrió Bielorrusia y que causó la muerte a una cuarta parte de su población. «Un partisano, un hombre bajito», escribe Grossman, «ha matado a dos alemanes con un palo. Había rogado a los guardias de la columna que le entregaran a aquellos individuos. Estaba convencido de que eran los que habían matado a su hija Olya y a sus dos hijos, los dos niños que tenía. Les rompió los huesos y les aplastó el cráneo, y mientras les pegaba, lloraba y gritaba: "¡Aquí tenéis! ¡Esto por Olya! ¡Aquí tenéis! ¡Esto por Kolya!" Cuando estuvieron muertos, apoyó los cadáveres en el tocón de un árbol y siguió golpeándoles».[9]

Los ejércitos mecanizados de Rokossovsky y Chernyakhovsky siguieron adelante, mientras detrás de ellos las divisiones de fusileros aplastaban a las fuerzas

alemanas que habían quedado atrapadas. Los mandos soviéticos conocían en aquellos momentos la ventaja que suponía lanzar una carga rápida sobre el enemigo en fuga. No había que dar tiempo a los alemanes a que se recuperaran y prepararan nuevas líneas de defensa. El V Ejército de Tanques de la Guardia se dirigió a Vilnius, mientras que otras formaciones se encaminaban a Baranovichi. Vilnius cayó el 13 de julio después de encarnizados combates. Su siguiente objetivo fue Kaunas. Justo detrás se encontraba ya el territorio del Reich, Prusia oriental.

La Stavka planeaba ahora un golpe en el golfo de Riga, para atrapar al Grupo de Ejércitos Norte en Estonia y Letonia. Estas formaciones lucharon desesperadamente por mantener abierto un pasillo hacia el oeste, mientras por el este intentaban repeler a ocho ejércitos soviéticos. El 13 de julio, al sur de los Pantanos del Pripet, los ejércitos del Primer Frente Ucraniano del mariscal Konev iniciaron su ofensiva, que luego se llamaría Operación Lwów-Sandomierz. Tras aplastar las líneas alemanas mal defendidas, las formaciones de Konev avanzaron dispuestas a rodear Lwow. En el asalto de la ciudad diez días después contaron con la ayuda de tres mil hombres del Ejército Polaco del Interior, al mando del coronel Wladyslaw Filipkowski. Pero en cuanto fue tomada la ciudad, el NKVD, que ya se había apoderado del cuartel general de la

Gestapo y de sus archivos, arrestó a los oficiales del Ejército del Interior y obligó a los soldados a unirse al I Ejército polaco comunista.[10]

Después de tomar Lwów, el Primer Frente Ucraniano de Konev se encaminó hacia el oeste, directamente al Vístula, aunque la idea de las formaciones soviéticas era acercarse a Prusia oriental —territorio del «viejo Reich»—, eventualidad que causaba muchísimo temor entre los alemanes. Lo único en lo que aún tenían esperanza, como en Normandía, era en las armas V, especialmente la V-2. «Su eficacia será mucho más poderosa que la de la V-1», decía en una carta a la familia un cabo (*Obergefreiter*) de la Luftwaffe.[11] Pero él no era el único que temía que los Aliados se vengaran de estos ataques por medio del gas. Uno o dos aconsejaban incluso a sus familiares que compraran máscaras antigás si era necesario. Otros empezaban a temer que su propio bando «empiece a utilizar el gas (como último recurso)».[12]

Algunas unidades alemanas fueron obligadas a replegarse a una línea defensiva tras otra con la vana esperanza de detener la avalancha. «Los rusos nos atacan sin cesar», decía un *Gefreiter* de una brigada de construcción destinado a infantería. «Llevamos aguantando un bombardeo desde esta mañana a las 05:00. Quieren romper las líneas. Sus aviones de ataque a tierra están perfectamente coordinados con el fuego de la artillería.

Los impactos de unos y otros se suceden. Yo estoy aquí, en nuestro bunkercito y os escribo quizá mi última carta». Casi todos los soldados rezaban en secreto pidiendo poder volver a casa, pero sin creer en realidad que fueran a conseguirlo.[13]

Los acontecimientos se sucedían con tanta rapidez, como observaba otro *Obergefreiter* metido en otro *Kampfgruppe* improvisado, que «ya no cabe hablar de "frente"». Y añadía: «Solo puedo decirte que ya no estamos lejos de Prusia oriental, y quizá entonces venga lo peor».[14] En la propia Prusia oriental, la población civil observaba el ajetreo de las carreteras cada vez con más ansiedad. Una mujer que vivía cerca de la frontera vio pasar por delante de su puerta «columnas de soldados y refugiados procedentes de Tilsit, que han sufrido un bombardeo terrible».[15] Las incursiones aéreas de los soviéticos obligaban a los civiles a buscar refugio en los sótanos de las casas y a reforzar con tablas las ventanas hechas añicos. Los talleres y las fábricas habían dejado prácticamente de funcionar porque eran muy pocas las mujeres que acudían al trabajo. Viajar a más de cien kilómetros de distancia estaba prohibido. El *Gauleiter* de Prusia oriental, Erich Koch, no quería que los civiles huyeran al oeste, pues habría sido un gesto derrotista.

El avance de Konev continuó con rapidez desde Lublin, donde había sido descubierto el campo de concentración de Majdanek justo al oeste de la ciudad.

Grossman se había unido al general Chuikov, cuyo ejército de Stalingrado, convertido ahora en el VIII de Guardias, había tomado la localidad. La principal preocupación de Chuikov era no dejar perder la ocasión de avanzar hacia Berlín, acción que para él era tan importante como para el general Clark tomar Roma. «Es de pura lógica y de sentido común», sostenía Chuikov. «Piénsalo un momento: ¡Los *Stalingradtsy* avanzan hacia Berlín!» Grossman, asqueado de la egolatría de los altos mandos e irritado por el hecho de que hubieran enviado a Konstantin Simonov a cubrir la noticia del campo de Majdanek en vez de dejársela a él, se dirigió al norte, hacia el *lager* de Treblinka, que acababa de ser descubierto.[16]

Simonov estaba en compañía de un numeroso grupo de corresponsales extranjeros enviados a Majdanek por el Departamento Político Principal del Ejército Rojo para atestiguar los crímenes de los nazis. Con el slogan «No dividáis a los muertos», la postura de Stalin estaba bien clara. No debía hacerse mención de los judíos como categoría especial cuando se hablara de sufrimientos. Las víctimas de Majdanek debían ser calificadas solo de ciudadanos soviéticos o polacos. Hans Frank, jefe del Gobierno General nazi, quedó horrorizado cuando aparecieron en la prensa extranjera los detalles de las instalaciones que había en Majdanek para facilitar el exterminio. La rapidez del avance soviético había pillado a

la SS por sorpresa, sin darles oportunidad de destruir los testimonios incriminatorios. A partir de ese momento tanto Frank como otros muchos tuvieron por primera vez la seguridad de que cuando acabara la guerra lo que los aguardaba era la horca.

La SS dispuso de un poco más de tiempo en Treblinka. El 23 de julio, cuando pudo oírse en la distancia la artillería de Konev, el comandante de Treblinka I recibió la orden de liquidar a los últimos supervivientes del campo. Se repartió aguardiente entre los agentes de la SS y los *Wachmänner* ucranianos antes de que empezaran a ejecutar a los prisioneros que quedaban. Max Levit, un carpintero de Varsovia, fue el único superviviente. Tras caer herido por las primeras ráfagas, quedó cubierto por otros cuerpos. Logró luego arrastrarse hasta el bosque, desde donde escuchó las caóticas descargas de los fusiles. «¡Stalin nos vengará!», había gritado un grupo de chicos soviéticos justo antes de ser tiroteados.[17]

Poco antes de que la Operación Bagration aplastara a sus ejércitos en el este, Hitler había trasladado el II Cuerpo Panzer de la SS a Normandía, junto con la 9.ª División Panzer de la SS *Hohenstaufen* y la 10.ª División Panzer de la SS *Frundsberg*. Las interceptaciones de Ultra habían

avisado a los líderes aliados en Normandía de que ambas formaciones estaban de camino. Eisenhower se subía por las paredes de impaciencia, pues la siguiente ofensiva de Montgomery contra Caen después de lo de Villers-Bocage no iba a estar lista hasta el 26 de junio. En realidad no era culpa de Montgomery, pues la gran tormenta que había caído había retrasado la concentración de las fuerzas que necesitaba para la que se llamaría Operación Epsom. Una vez más su intención era atacar al oeste de Caen y girar en torno a la ciudad para rodearla.

El 25 de junio dio comienzo un ataque de diversión más al oeste incluso, con el XXX Cuerpo reanudando su particular enfrentamiento con la División Panzer-Lehr. La 49.ª División, llamada la División Oso Polar debido a su emblema, logró obligar a la Panzer-Lehr a replegarse a las localidades de Tessel y Rauray, donde los combates fueron especialmente feroces. Desde que la 12.ª División Panzer de la SS *Hitler Jugend* había empezado a matar prisioneros, no hubo piedad por parte de nadie. Poco antes de que diera comienzo la lucha en el bosque de Tessel, el sargento Kuhlmann, al mando de un pelotón de morteros de la 1.ª/ 4.ª de Infantería Ligera King's Own Yorkshire, anotó las órdenes en su agenda de campaña. Al final aparece escrito: «NTP por debajo del grado de comandante», esto es: «No tomar prisioneros por debajo del grado de comandante».[18]Otros soldados recuerdan haber recibido la

orden de «no hacer prisioneros», y aseguran que ese era el motivo de que la propaganda alemana empezara a llamar a la 49.ª División «los Carniceros del Oso Polar».[19] Una interceptación de Ultra confirmaba que la Panzer-Lehr había sufrido «graves pérdidas».[20]

Montgomery habló de la Operación Epsom a Eisenhower como de una «confrontación definitiva», cuando a todas luces tenía la intención de librar la batalla con la misma cautela que de costumbre. En la historia oficial de la campaña de Italia escrita posteriormente se dice que Montgomery «tenía el raro don de combinar de modo harto convincente un lenguaje muy audaz y una forma de actuar muy cautelosa». Así fue especialmente en Normandía.[21]

El VIII Cuerpo, que estaba recién llegado, lanzó el principal ataque con la 15.ª División escocesa y la 43.ª División Wessex por delante, mientras que por detrás iba la 11.ª División Acorazada dispuesta a aprovechar una eventual rotura de las líneas. En el bombardeo inicial participaron la artillería de las distintas divisiones y la de todo el Cuerpo en general, así como el armamento principal de los acorazados atracados frente a la costa. La 15.ª División escocesa avanzó rápidamente, pero por la izquierda la 43.ª se vio obligada a repeler un ataque de la 12.ª División Panzer. Al anochecer, los escoceses habían llegado al valle del Odón. Aunque los movimientos eran

lentos porque se formaban peligrosos atascos de vehículos en las estrechas carreteras normandas, el avance continuó. Al día siguiente, el 2.° Batallón de Highlanders de Argyll y Sutherland, haciendo prudentemente caso omiso de la doctrina táctica al uso, cruzó el Odón en pequeños grupos y capturó el puente.

El 28 de junio, el teniente general sir Richard O'Connor, que había escapado de un campo de prisioneros en Italia y se encontraba en aquellos momentos al mando del VIII Cuerpo, quiso avanzar todavía más con la 11.ª División Acorazada y capturar una cabeza de puente sobre el río Orne más allá del Odón. El general sir Miles Dempsey, al mando del II Ejército británico, conocía por Ultra la inminente llegada del II Cuerpo Panzer de la SS, y teniendo allí cerca a Montgomery decidió actuar con prudencia. Tal vez habría sido más audaz si hubiera estado al tanto de los extraordinarios acontecimientos que estaban desarrollándose en el lado alemán.

Hitler acababa de convocar a Rommel en el Berghof, decisión extraordinaria cuando sus fuerzas estaban en pleno combate. Para agravar aún más la confusión, el comandante en jefe del VII Ejército, el *Generaloberst* Friedrich Dollmann, acababa de morir oficialmente de un ataque al corazón, aunque la mayoría de los oficiales alemanes sospechaba que se había suicidado tras la rendición de Cherburgo. Sin consultar a Rommel, Hitler nombró al

Obergruppenführer Paul Hausser, que estaba al mando del II Cuerpo Panzer de la SS, para hacerse cargo del VII Ejército. Hausser, que había recibido la orden de contraatacar y enfrentarse a la ofensiva inglesa con las divisiones acorazadas de la SS *Hohenstaufen* y *Frundsberg*, tuvo que delegar en su segundo y dirigirse precipitadamente a su nuevo cuartel general en Le Mans.

El 29 de junio, la 11.ª División Acorazada, encabezada por su singular oficial al mando, el general Philip «Pip» Roberts, logró llevar sus tanques hasta la Colina 112, la altura más notable entre el Odón y el Orne. Y a continuación procedió a repeler los contraataques de la 1.ª División Panzer de la SS *Leibstandarte Adolf Hitler*, parte de la 21.ª Panzer, y de la 7.ª Brigada de Morteros con sus lanzacohetes Nebelwerfer de varios cañones, que chirriaban como una recua de asnos rebuznando. Los alemanes se dieron cuenta de la importancia de la captura de la Colina 112. Se envió al *Gruppenführer* Wilhelm Bittrich, el sustituto de Hausser, la orden urgente de que atacara por el otro flanco al cabo de una hora, utilizando su II Cuerpo Panzer SS reforzado con un *Kampfgruppe* de la 2.ª División Panzer SS *Das Reich*. De ese modo el II Ejército británico se encontró de pronto convertido en blanco de los ataques de siete divisiones acorazadas, entre ellas cuatro divisiones Panzer SS y parte de una quinta. En ese preciso momento, en Bielorrusia la totalidad del Grupo

de Ejércitos Centro disponía solo de tres divisiones acorazadas, y eso después de ser reforzado. El sarcasmo de Ilya Ehrenburg cuando comenta que los Aliados se enfrentaron en Normandía con las migajas del ejército alemán no puede estar más lejos de la verdad.

Montgomery tuvo que enfrentarse al grueso de las divisiones panzer alemanas por unos motivos muy simples, como ya se le había advertido antes de la invasión. El II Ejército británico, al que se había asignado el sector este, era el que más cerca estaba de París. Si los ingleses y los canadienses rompían las líneas, el VII Ejército alemán, situado más al oeste y las formaciones destacadas en Bretaña quedarían aisladas.

El brío de la resistencia alemana en el sector británico había obligado a Montgomery a replantearse sus ideas acerca de conquistar la zona llana situada al sur de Caen para instalar aeródromos. Intentó hacer de una penosa necesidad virtud diciendo que estaba manteniendo ocupadas a las divisiones panzer para dar a los americanos la oportunidad de avanzar por el oeste. Ni estos ni la Real Fuerza Aérea, desesperados por las zonas de desembarco que les habían tocado en suerte, estaban muy convencidos.

A pesar de las palabras combativas pronunciadas ante Eisenhower, Montgomery había comentado al general George Erskine, de la VII División Acorazada, que a decir verdad no buscaba una «confrontación definitiva». «Cambio

total por lo que a nosotros respecta», anotó en su diario el oficial de inteligencia de Erskine justo antes de que se iniciara Epsom, «pues Montgomery no quiere que ganemos terreno. Satisfecho con el hecho de que el II Ejército haya atraído a todas las divisiones panzer enemigas, ahora quiere que en este frente esté solo Caen y que los americanos se dirijan a los puertos de Bretaña. Así que el ataque del VIII Cuerpo sigue adelante, pero nosotros tenemos un objetivo muy limitado».[22]

El contraataque alemán durante la tarde del 29 de junio fue dirigido principalmente contra la 15.ª División escocesa en el lado oeste de la línea de avance. Los escoceses combatieron bien, pero el verdadero daño que recibió el Cuerpo Panzer de la SS, que acababa de llegar a la zona, se lo infligió la Marina Real. Temiendo que se produjera un contraataque aún mayor en el lado sudeste de la Colina 112, Dempsey dijo a O'Connor que replegara sus tanques. Al día siguiente, Montgomery detuvo la ofensiva porque el VIII Cuerpo había perdido más de cuatro mil hombres. Una vez más el popular militar inglés no había sabido asegurar su éxito con rapidez. Lo trágico fue que los combates de la semana siguiente para reconquistar la Colina 112 causarían más muertes de las que se produjeron durante su defensa.

Tanto Rommel como el general Geyr von Schweppenburg quedaron aterrados al ver el efecto del

fuego de la artillería naval desde una distancia de treinta kilómetros sobre las divisiones *Hokenstaufen* y *Frundsberg*. Los cráteres producidos por las bombas tenían cuatro metros de ancho por dos de profundidad. La necesidad de convencer a Hitler de que tenían que retirar sus fuerzas detrás del río Orne se hizo todavía más perentoria. Geyr estaba aturdido por las pérdidas sufridas en aquella batalla defensiva, cuando lo que él habría preferido era utilizar sus divisiones panzer en un contraataque masivo. Habían sido arrastrados al combate para hacer de «refuerzo de corsé» de las divisiones de infantería, que eran demasiado débiles, y ahora resultaba que no había divisiones de infantería suficientes para poder retirar sus formaciones panzer y permitirles recuperarse un poco. Así, pues, lejos de «llevar la voz cantante» en el campo de batalla como le gustaba decir, Montgomery se había visto en realidad atrapado en una batalla de desgaste por los propios problemas del ejército alemán.

Geyr escribió un informe muy crítico de la estrategia alemana en Normandía, que habría exigido una defensa flexible y la retirada de sus fuerzas detrás del Orne. Sus comentarios sobre la interferencia del OKW, que claramente se referían a Hitler, condujeron a su inmediata destitución. Fue sustituido por el *General der Paniertruppen* Hans Eberbach. La siguiente víctima de alto rango fue el propio mariscal von Rundstedt, que había

avisado a Keitel de que no iba a ser posible parar a los Aliados en Normandía. «Deberíais poner fin a toda la guerra», había comentado. Rundstedt, que también había respaldado el informe de Geyr, fue sustituido por el *Generalfeldmarschall* Hans von Kluge. A Hitler le habría gustado sustituir también a Rommel, pero semejante medida habría causado una impresión desastrosa tanto en Alemania como en el extranjero.

Kluge llegó al cuartel general de Rommel en el castillo de La Roche-Guyon, a orillas del Sena, e hizo algunos comentarios mordaces acerca de la forma de dirigir la lucha hasta ese momento. Rommel estalló y le dijo que primero fuera a ver el frente y comprobara él mismo cuál era la situación. Así lo hizo Kluge durante los días sucesivos y quedó desconcertado ante el panorama que pudo contemplar. Aquello era muy distinto de la imagen que le habían pintado en el cuartel general del Führer, donde le habían dicho que sin duda Rommel era demasiado pesimista en lo concerniente al poderío aéreo de los Aliados.

Un poco más al oeste, el I Ejército americano de Bradley había quedado atascado en los sangrientos combates en los que se había visto envuelto en los pantanos al sur de la

península de Cotentin y el *bocage*, en la zona rural al norte de Saint-Lô. Los constantes ataques con simples batallones contra el II Cuerpo de Paracaidistas alemanes costaron muchas bajas. «A los alemanes no les queda gran cosa», comentó con respeto un oficial de una división americana, «pero, ¡diablos!, saben bien cómo usarlo».[23]

Utilizando las lecciones aprendidas en el frente oriental, los alemanes lograron compensar su inferioridad numérica en materia de hombres, artillería y sobre todo de aviones. Para la primera línea de defensa excavaron pequeños refugios en la base elevada de los impenetrables setos, tarea dura y laboriosa habida cuenta de lo intrincado de las viejas raíces, para construir en ellos nidos de ametralladoras. Un poco más atrás, la línea principal disponía de tropas suficientes para llevar a cabo un contraataque inmediato. Detrás de ellas, habitualmente en terreno en pendiente, solía colocarse un cañón de 88 mm capaz de poner fuera de combate a cualquier Sherman que apareciera en apoyo de los ataques de la infantería. Todas las posiciones y todos los vehículos eran meticulosamente camuflados, lo que significaba que la ayuda que pudieran prestar los cazabombarderos aliados era relativamente escasa. La artillería fue el recurso que más utilizaron Bradley y sus mandos: como cabe imaginar, los civiles franceses consideraron que lo hicieron en exceso.

Los propios alemanes describieron la lucha en el

bocage como una «guerra sucia entre matorrales».[24] Colocaban minas en el fondo de los cráteres abiertos por las bombas delante de sus posiciones para que cualquier soldado americano que se lanzara en su interior buscando refugio perdiera las piernas. A lo largo de los senderos disponían lo que los americanos llamaban minas castradoras o *bouncing Bettys*, que saltaban y explotaban a la altura de la entrepierna. Los tripulantes de sus tanques y los soldados encargados de accionar los cañones de campaña se hicieron expertos en disparar las llamadas salvas de árbol, lo que significaba tirar una bomba que explotara en la cima de un árbol y produjera astillas capaces de herir a cualquier individuo que estuviera escondido debajo.

La táctica americana solía basarse en el «fuego en marcha» a medida que avanzaba la infantería, lo que suponía ir disparando constantemente sobre todo lo que pudieran ser posiciones enemigas. La cantidad de munición utilizada sería, en consecuencia, enorme. Los alemanes tenían que ser más eficaces. Un alemán esperaba pegado a un árbol a que pasaran los soldados de infantería enemigos y entonces disparaba contra uno de ellos por la espalda. Esto hacía que los compañeros del herido se echaran a tierra al descubierto y que los equipos de morteros alemanes lanzaran contra ellos bombas que estallaban en el aire mientras estaban en el suelo con todo el cuerpo expuesto.

A los sanitarios que acudían a socorrer a los heridos les disparaban deliberadamente. A menudo aparecía un solo alemán con las manos en alto como si quisiera rendirse y cuando los americanos se acercaban a él con la intención de hacerlo prisionero, se echaba a un lado y las ametralladoras escondidas acribillaban a los soldados desprevenidos. No es de extrañar que después de varios incidentes de ese estilo fueran pocos los americanos dispuestos a coger prisioneros.

En el ejército alemán la fatiga de combate no estaba reconocida como enfermedad; era considerada cobardía. A los soldados que intentaban eludir el combate autolesionándose se les pegaba un tiro y punto. En comparación, el ejército americano, el canadiense y el británico eran extraordinariamente progresistas. Casi todas las bajas de carácter psico-neurótico se produjeron como consecuencia de la lucha en el *bocage*, y la mayoría de sus víctimas fueron reemplazos, que se habían visto metidos en la pelea mal entrenados y peor preparados para sustituir a un caído en combate. Al final de la campaña unos treinta mil hombres del I Ejército norteamericano fueron computados como bajas por motivos psicológicos. El jefe del servicio de sanidad del ejército estadounidense calculaba que en las fuerzas norteamericanas de primera línea había habido un diez por ciento de bajas por motivos psicológicos.[25]

Los psiquiatras del ejército británico y del ejército estadounidense declararon una vez acabada la contienda que les sorprendió el escaso número de casos de fatiga de combate que encontraron entre los prisioneros de guerra alemanes, aunque sus sufrimientos como consecuencia de los bombardeos aliados habían sido mucho mayores. Llegaban a la conclusión de que la propaganda del régimen nazi desde 1933 había ayudado casi con toda seguridad a preparar psicológicamente a sus soldados. De un modo bastante similar, podríamos decir que la enorme dureza de las condiciones de vida imperantes en la Unión Soviética curtieron a los soldados que sirvieron en el Ejército Rojo. Era impensable que los ejércitos de las democracias occidentales aguantaran esos mismos niveles de dureza.

Aunque Rommel y Kluge suponían que la principal línea de avance en Normandía iba a venir del sector anglocanadiense en el frente de Caen, imaginaban también que se produciría un ataque americano cerca de la costa del Atlántico. Bradley, sin embargo, había fijado en Saint-Lô el extremo oriental de su posición de ataque para la gran ofensiva.

Tras los decepcionantes resultados de la Operación Epsom, Montgomery no hizo mucho por hablar sinceramente con

Eisenhower, que cada vez estaba más exasperado ante la aparente autosuficiencia del inglés. Montgomery no sería nunca capaz de reconocer que alguna de sus campañas no estaba saliendo según su «plan magistral». Sin embargo, era consciente del disgusto que estaba provocando su falta de progreso tanto en el cuartel general de Eisenhower como en Londres. Asimismo estaba perfectamente al corriente de la escasez de recursos humanos que padecía el país. Churchill temía que, si su poderío militar iba reduciéndose, Gran Bretaña tendría muy poco que decir en los acuerdos de posguerra.

En su afán de lograr un avance en toda regla sin perder muchos más hombres, Montgomery estaba dispuesto a contradecir uno de sus lemas favoritos. El otoño anterior en Italia, había afirmado categóricamente en una conferencia informativa ante los corresponsales de guerra que «los bombarderos pesados no pueden participar a fondo en una batalla terrestre contra una primera línea».[26] El 6 de julio, eso fue precisamente lo que procedió a solicitar a la RAF para que le ayudara a tomar Caen. Ansioso de que por fin se produjera algún avance, Eisenhower lo apoyó plenamente y al día siguiente se reunió con el mariscal jefe del aire Harris. Este accedió a enviar aquella misma noche cuatrocientos sesenta y siete bombarderos Lancaster y Halifax contra los barrios del norte de Caen, defendidos por la 12.ª División de la SS

HitlerJugend. Pero el ataque sufrió una lamentable desviación de los objetivos.

Como en Omaha, los marcadores de objetivos esperaron un ratito antes de disparar para asegurarse de no dar a sus propias tropas. La consecuencia de ese retraso fue que la mayoría de las bombas cayeron en el centro de la antigua ciudad normanda. Las bajas de los alemanes fueron pocas comparadas con las que sufrió la población civil francesa, que fue la víctima no reconocida de los combates librados en Normandía. La campaña dio lugar a una terrible paradoja. En su afán por reducir sus propias bajas, es probable que los altos mandos de las democracias occidentales mataran a un número más elevado de civiles debido al uso excesivo de explosivos de alta potencia.

El ataque de los británicos y los canadienses se produjo a la mañana siguiente. Esa demora dio a la división *Hitler Jugend* casi doce horas para recuperarse, y la terrible resistencia que presentó causó muchísimas bajas. Luego los alemanes desaparecieron de repente, tras recibir la orden de replegarse al sur del Orne. Los ingleses tomaron rápidamente el norte y el centro de la ciudad. Pero ni siquiera este éxito parcial de los Aliados resolvió el problema fundamental del II Ejército. Seguía careciendo de espacio para construir suficientes aeródromos avanzados y para desplegar el resto del I Ejército canadiense que seguía esperando en Inglaterra.

Muy a regañadientes, Montgomery aceptó el plan de Dempsey de utilizar las tres divisiones acorazadas —la 7.ª, la 11.ª y la recién llegada División Acorazada de la Guardia — para abrirse paso hacia Falaise desde la cabeza de puente situada al este del Orne. Las dudas de Montgomery tenían que ver sobre todo con sus prejuicios en contra de la caballería y de que las formaciones blindadas anduvieran «pavoneándose por ahí». Como buen militar conservador, su idea no era llevar a cabo una ofensiva cuidadosamente programada, pero no podía permitirse más bajas de infantería, y tenía que hacer algo. Las quejas y las pullas no solo venían de los americanos. La RAF estaba furiosa. Las protestas de que había que echar a Montgomery venían ahora del lugarteniente de Eisenhower, el mariscal jefe del aire Tedder, y del mariscal del aire Coningham, que no había perdonado nunca a *Monty* haber acaparado toda la gloria en el norte de África y haber hablado muy poco de su Fuerza Aérea del Desierto.

La Operación Goodwood, lanzada el 18 de julio, se convirtió en el ejemplo más evidente del don de combinar un «lenguaje muy audaz y una forma de actuar muy cautelosa» de toda la carrera de Montgomery. El militar inglés vendió a Eisenhower con tanta convicción la idea de llevar a cabo un avance definitivo en toda regla que el comandante supremo respondió: «Estoy contemplando semejante perspectiva con el optimismo y el entusiasmo

más enormes. No me sorprendería en absoluto verte obtener una victoria que haga que algunos de los "viejos clásicos" parezcan meras escaramuzas entre pequeños destacamentos».[27] Montgomery había causado esa misma impresión al mariscal Brooke en Londres, pero al día siguiente presentó a Dempsey y a O'Connor un objetivo mucho más modesto, a saber avanzar una tercera parte del camino hacia Falaise y ver cómo se ponían las cosas. Por desgracia, las reuniones informativas con sus oficiales dieron a entender que iba a tratarse de una ofensiva más decisiva que la de El Alamein, y a los corresponsales de prensa se les habló de un avance «al estilo ruso» que situaría al II Ejército casi doscientos kilómetros más adelante. Los periodistas, asombrados, señalaron que casi doscientos kilómetros significaban directamente París.

Todavía ansiosa por conseguir sus aeródromos avanzados, la RAF estaba otra vez dispuesta a suministrar sus aparatos. De ese modo a las 05:30 del 18 de julio dos mil seiscientos bombarderos de la RAF y de las Fuerzas Aéreas de los Estados Unidos lanzaron siete mil quinientas sesenta y siete toneladas de bombas sobre un frente de siete mil metros. Por desgracia, los servicios de inteligencia del II Ejército no supieron detectar que las líneas de la defensa alemana se extendían en cinco líneas sucesivas hasta la cuesta de Bourguébus, que el II Ejército debía tomar si quería avanzar hasta Falaise. Para empeorar

las cosas, la compleja marcha de aproximación de las tres divisiones acorazadas las llevó a través de puentes portátiles Bailey sobre el canal de Caen y el río Orne hasta una cabeza de puente restringida en la que la 51.ª División Highland había puesto un campo de minas muy tupido. Temeroso de alertar al enemigo, O'Connor ordenó que se despejaran unos cuantos pasillos en el último momento que permitieran cruzarlo, pero que no se quitaran todas las minas. Los alemanes, sin embargo, eran conscientes de la inminencia del ataque. Habían visto todos los preparativos desde los edificios altos de una fábrica situada más al este y gracias a los vuelos de reconocimiento. Ultra había captado que la Luftwaffe tenía conocimiento de la operación, pero el II Ejército siguió adelante con su plan.

Las tropas se pusieron en pie en sus tanques para contemplar con una mezcla de admiración y nerviosismo la destrucción causada por los bombarderos, pero los atascos de tráfico que se formaron detrás debido a la estrechez de los pasillos abiertos en el campo de minas hicieron que el ataque se frenara fatídicamente. De hecho, los retrasos fueron tan grandes que O'Connor detuvo a la infantería transportada en camiones para que pudieran pasar primero los tanques. Una vez que logró pasar, la 11.ª División Acorazada avanzó con rapidez, pero entonces se topó con una emboscada de cañones antitanques perfectamente escondidos en edificios de piedra de granjas y aldeas. Estos

eran objetivos de los que solía ocuparse la infantería, pero los tanques estaban solos y sufrieron terribles pérdidas. La división había perdido también al oficial de enlace con la aviación, que había sido uno de los primeros en caer, de modo que no pudo pedir ayuda a los escuadrones de cazas Typhoon que sobrevolaban la zona. Sufrieron el fuego devastador de los cañones de 88 mm situados en la cuesta de Bourguébus y un contraataque de la 1.ª División Panzer SS. La 11.ª División y la División Acorazada de la Guardia perdieron entre las dos aquel día más de doscientos tanques.

El general Eberbach, que contaba con que la ofensiva acorazada británica desbordara por completo a sus fuerzas y rebasara su línea exageradamente amplia, no podía dar crédito a su suerte. Al día siguiente el II Ejército y los canadienses lograron avanzar en varios lugares, ampliando su control al sur de Caen, pero la cuesta de Bourguébus siguió en su totalidad en manos de los alemanes. Al poco rato cayó sobre la zona un torrencial aguacero. Montgomery encontró la excusa para suspender el ataque, pero el daño a su reputación ya estaba hecho.

Los americanos y la RAF se indignaron todavía más debido a sus jactancias prematuras y a su posterior autocomplacencia, cuando era tan poco lo que había conseguido. Por otra parte aquella Operación Goodwood tan poco gloriosa había venido a confirmar la creencia de

Kluge y Eberbach de que en Normandía el principal ataque estaba todavía por venir y de que iba a producirse en la carretera de Falaise. En consecuencia, cuando finalmente el general Bradley lanzó cinco días después la Operación Cobra, al principio Kluge no envió ninguna división panzer a detenerla. Y el 20 de julio, el día en que llegaron las lluvias a Normandía, estalló una bomba en la Wolfsschanze, cerca de Rastenburg.

40
BERLÍN, VARSOVIA Y PARÍS (julio-octubre de 1944)

Una vez comenzada la guerra, solo el ejército alemán tenía la posibilidad de derrocar a Hitler y al régimen nazi. Sus oficiales tenían acceso al Führer y controlaban unas fuerzas capaces que podían garantizar la seguridad de un nuevo gobierno. En 1938 y a comienzos de la guerra, las tentativas de algunos generales de acabar con la dictadura habían fracasado todas por miedo o por un concepto equivocado del sentido del honor y la obediencia.

El primer plan serio para asesinar a Hitler comenzó a fraguarse durante el desastre de Stalingrado en el invierno de 1942. La discusión tuvo lugar en el cuartel general del Grupo de Ejércitos Centro a instancias del *Generalmajor* Henning von Tresckow. El primer intento fue en marzo de 1943, cuando unos explosivos proporcionados por el almirante Canaris fueron colocados en el Cóndor Focke-Wulf de Hitler. El detonador falló, probablemente debido al intenso frío, y la bomba, oculta en lo que pretendía ser

una botella de Cointreau, pudo ser recuperada por los conspiradores. Aquel año fracasaron otros dos intentos, incluido el del capitán Axel von dem Bussche, que estuvo dispuesto a inmolarse en un atentado suicida contra el Führer durante una inspección de los nuevos uniformes.

El coronel conde Claus Schenk von Stauffenberg fue uno de los principales artífices de un nuevo intento, tras ser destinado al cuartel general del Ersatzheer, o Ejército de Reserva, en Bendlerstrasse, al norte del berlinés Tiergarten. La idea era aprovecharse de la llamada Operación Valkiria, un plan de emergencia concebido originalmente en el frente oriental en el invierno de 1941. En julio de 1943, el *Generalmajor* Friedrich Olbricht había comenzado a introducir cambios sutiles en Valkiria, para que la resistencia militar pudiera utilizarlo cuando estuviera preparada para actuar. Este plan de contingencia había sido creado para sofocar cualquier intento de sublevación de la mano de obra esclava que trabajaba en Berlín y sus alrededores. Aquel otoño, Henning von Tresckow y von Stauffenberg añadieron unas órdenes secretas que solo debían ser anunciadas cuando Hitler hubiera muerto. Uno de los aspectos fundamentales era evitar cualquier participación de la SS y asegurar que todas las responsabilidades en lo concerniente al orden interno estuvieran en manos del Ejército de Reserva.

Los conspiradores encontraron numerosos

obstáculos. Hubo que apartar a los oficiales simpatizantes del régimen, enviándolos a otros destinos, y enseguida se hizo evidente que el *Generaloberst* Friedrich Fromm, que fue nombrado comandante en jefe del Ejército de Reserva, no era un hombre en el que se pudiera confiar. Cabe destacar que, por encima de todo, los conspiradores no se hacían falsas ilusiones. Eran perfectamente conscientes de que representaban a una reducida minoría sin apenas apoyo popular. En general, el país los consideraría traidores, y la venganza de los nazis contra ellos y sus familias sería atroz. Sus principios éticos, a menudo fruto de sus arraigadas creencias religiosas, se combinaban con posturas políticas bastante conservadoras: varios de ellos habían apoyado a Hitler antes de que el Führer lanzara la Operación Barbarroja. El tipo de gobierno que querían para su país tenía muchas más cosas en común con la Alemania prusiana del káiser Guillermo que con la democracia moderna. Y los fundamentos en los que pretendían basar su propuesta de paz a los Aliados carecían completamente de realismo, pues deseaban mantener el frente oriental para seguir combatiendo contra la Unión Soviética y conservar algunos territorios ocupados. Sin embargo, aunque todo parecía que estaba contra ellos, sentían firmemente la obligación de erigirse en el bastión moral que pusiera fin a los crímenes del régimen.

Uno de sus problemas prácticos fue que Stauffenberg,

que se había convertido en el verdadero líder de la conspiración, era también el único cuya posición le permitía colocar una bomba. El conde había perdido un ojo y una mano en Túnez, lo cual podía ser una desventaja en el momento de armar la bomba, pero, en su calidad de jefe de estado mayor de Fromm, era el único miembro del reducido grupo de conspiradores que tenía acceso al cuartel general del Führer.

Varios compañeros oficiales habían sido reclutados a menudo por lazos de parentesco y amistad, o porque habían formado parte del 17.° de Caballería, o del 9.° Regimiento de Infantería de Potsdam, la unidad que había sucedido a la Guardia Prusiana. Algunos no habían querido participar, aduciendo que «cambiar de caballo en medio de la carrera»[1] resultaba demasiado peligroso para Alemania a esas alturas de la guerra. Otros se ampararon en su juramento de obediencia. No se dejaron convencer por el argumento de que Hitler, con sus actos criminales, había perdido cualquier derecho a exigir lealtad y acatamiento.

El 9 de julio, un primo de von Stauffenberg, el *Oberstleutnant* Cäsar von Hofacker, había visitado a Rommel en La Roche-Guyon. En el curso de la entrevista, preguntó al mariscal cuánto tiempo podían resistir en Normandía los ejércitos alemanes, y la respuesta fue que aproximadamente unas dos semanas. Esta información tenía una importancia vital para los conspiradores, que

sospechaban que se les iba el tiempo de las manos para poder entablar negociaciones con los americanos y los británicos. Sin embargo, otros detalles de esa conversación siguen siendo objeto de controversia. No se sabe con certeza si Hofacker pidió a Rommel que se uniera a la conspiración para asesinar a Hitler, y mucho menos si Rommel aceptó. Pero parece que el mariscal sí pidió a von Hofacker que redactara una carta dirigida al general Montgomery invitándolo a discutir los términos de una paz.

Como había imaginado von Stauffenberg, los altos oficiales iban a ser los más reticentes. El *Generalfeldmarschall* von Manstein, e incluso Kluge, que tiempo atrás había permitido la creación de un grupo de resistencia —encabezado por Henning von Tresckow— en el cuartel general del Grupo de Ejércitos Centro, se opusieron a la acción. Pero los conspiradores estaban completamente seguros de que Kluge se uniría a ellos una vez muerto el Führer. En Francia, el jefe de estado mayor de Rommel, el *Generalleutnant* Hans Speidel, fue uno de los principales conspiradores, y aunque Rommel se opusiera a la idea de atentar contra la vida de Hitler, todos estaban convencidos de que al final el mariscal se uniría a ellos. Pero el 17 de julio, un Spitfire acribilló a balazos el automóvil en el que viajaba Rommel de regreso a La Roche-Guyon tras realizar una visita al frente, eliminándolo efectivamente de cualquier participación en

la conjura.

El plan de von Stauffenberg se basaba excesivamente en la cadena tradicional de mandos, circunstancia sumamente peligrosa debido a la politización de la Wehrmacht emprendida por los nazis. Resultaba particularmente arriesgado en lo tocante al oficial al mando del batallón de la guardia *Grossdeutschland* en Berlín, Otto Ernst Remer. A von Stauffenberg le advirtieron de que Remer era un nazi leal. Sin embargo, el *Generalleutnant* Paul von Hase, uno de los conspiradores, que era el superior de Remer, estaba convencido de que su subalterno iba a acatar las órdenes. Para respaldar el golpe, los conspiradores contaban con la unidad de entrenamiento panzer de Krampnitz y con otros destacamentos de las afueras de Berlín. Pero no tomaron todas las medidas pertinentes para asegurarse las principales emisoras de radio de la capital y sus alrededores.

La mala suerte había frustrado varios intentos, y un perfeccionismo excesivo había impedido coronar con éxito un atentado en la Guarida del Lobo el 15 de julio. Himmler y Göring no habían estado presentes, por lo que los conspiradores de Berlín dijeron a von Stauffenberg que esperara hasta que las circunstancias brindaran otra oportunidad. Pero como el tiempo se agotaba en Normandía, aquella ocasión sería la última que iban a tener. Todo quedó fijado para el 20 de julio.

Tras tomar un vuelo que lo condujo de Berlín a la Guarida del Lobo, von Stauffenberg se unió a la conferencia convocada por Hitler para analizar el curso de los acontecimientos, que se celebraba en un edificio situado en un pinar. En el momento oportuno, von Stauffenberg se ausentó para dirigirse a los servicios con su maletín y preparar las bombas. La operación llevó su tiempo debido a sus limitaciones físicas, y antes de que pudiera terminar, lo llamaron para que se reincorporara a la reunión. Una vez respondidas las preguntas que le formularon acerca del Ejército de Reserva, comenzó a empujar con el pie el maletín en el que solo había una bomba preparada para estallar, hasta dejarlo colocado bajo la pesada mesa desde la que hablaba Hitler. Mientras todos los asistentes que había alrededor de la mesa se inclinaban para ver los mapas con los que se estaba trabajando, Stauffenberg abandonó la sala discretamente. Su automóvil empezaba a marcharse de allí cuando estalló la bomba.

Von Stauffenberg, convencido de que Hitler había muerto, tomó su vuelo de regreso a Berlín. Las dudas, la confusión y una serie de complicaciones inesperadas en la capital alemana contribuyeron al fracaso del golpe. Es evidente que los conspiradores habían cometido diversos errores en la planificación y ejecución del atentado, pero sin la muerte de Hitler, que había sobrevivido a la explosión, no tenían la más mínima esperanza de coronar

con éxito su empresa.

Mussolini llegó a la Wolfsschanze aquel 20 de julio por la tarde, para realizar una visita que había sido organizada bastante tiempo atrás. Tras recibirlo, Hitler insistió, con un fervor enfermizo, en mostrar al Duce el escenario del que había salido milagrosamente ileso. El Führer no paraba de hablar, haciendo constantemente hincapié en su convicción de que la intervención divina lo había salvado para continuar la guerra. El dictador italiano, por su parte, no veía «con insatisfacción el atentado con bomba perpetrado contra Hitler, pues ponía de manifiesto que la traición no era una exclusiva de Italia».[2]

En el discurso que dirigió a la nación aquella noche, Hitler comparó el atentado con la puñalada trapera sufrida en 1918. En aquellos momentos creía que el sabotaje deliberado de los oficiales del ejército, desde el principio hasta el final, había sido la única razón por la que Alemania no había conseguido derrotar a la Unión Soviética. Surgieron teorías de la conspiración paralelas sobre los reveses que fueron sufriéndose en Normandía, y que se han perpetuado hasta nuestros días en diversas publicaciones alemanas y en las páginas web neonazis. Dichas teorías afirman que Speidel, que estaba al mando del Grupo de Ejércitos B cuando Rommel se ausentó para viajar a Alemania, obstaculizó deliberadamente el despliegue de las divisiones panzer. Y consideran a Speidel el núcleo de «el

cáncer de traición en las fuerzas armadas alemanas en el frente occidental».

Se atribuye a Speidel todo lo que salió mal el 6 de junio. Se le acusa de haber enviado aquella mañana a la 21.ª División Panzer a una caza absurda e inútil por la margen izquierda del río Orne, cuando, en realidad, fue el comandante local quien ordenó que la formación atacara a las tropas aerotransportadas británicas en dicho sector. También se le acusa de haber entorpecido el avance de la 12.ª División Panzer de la SS *Hitler Jugend*, de la 2.ª División Panzer y de la 116.ª División Panzer hacia la zona de invasión. Esas teorías aducen que todo ello formó parte de su plan de retener la 2.ª y la 116.ª División Panzer para que ayudaran a los conspiradores del 20 de julio a tomar París un mes y medio más tarde.

Speidel fue, sin lugar a dudas, uno de los principales conspiradores, pero pretender que fue el gran y único responsable de sabotear todas las defensas de Normandía el 6 de junio es completamente absurdo y ridículo. Después del 20 de julio, Speidel logró escapar de la maquina exterminadora de la Gestapo de puro milagro, lo que probablemente explique en parte todas las posteriores acusaciones de infamia que lanzaron los nazis contra él. En los años cincuenta se convertiría en uno de los principales altos oficiales del nuevo ejército alemán, o Bundeswehr, y más tarde en comandante en jefe de las fuerzas terrestres

de la OTAN en Europa central. Los nazis y los neonazis consideraron estos nombramientos una recompensa por haber dado una puñalada trapera a Hitler y ayudado a los aliados en Normandía. En toda esta leyenda de maquinaciones generalizadas de la Segunda Guerra Mundial, los traidores ya no eran judíos ni comunistas, como en 1918, sino aristócratas y oficiales del estado mayor general.

La Gestapo y la SS, enloquecidas por hacer justicia y vengarse del ejército y, sobre todo, de su estado mayor, empezaron a detener a todos los involucrados y a sus familiares. En un momento en el que las tropas alemanas se retiraban de todos los frentes, y Hitler responsabilizaba a los «traidores» del estado mayor de los errores que él mismo había cometido en el frente oriental, hasta los mariscales de campo perdieron espectacularmente su autoridad. Para los nazis, supuso toda una victoria en el frente nacional. Su principal prioridad no era «optimizar el esfuerzo de guerra, sino cambiar la estructura de poder del Reich, en detrimento de las élites tradicionales».[3] En total fueron detenidos más de cinco mil sospechosos de oponerse al régimen y sus parientes.[4]

Como temían los conspiradores, la mayoría de los alemanes quedó conmocionada por el atentado contra la vida de Hitler en un momento tan crítico de la guerra. En Normandía, por lo visto, los soldados se mostraron más

leales, o más cautos, en las cartas que escribieron a los suyos, pero en el frente oriental varios de ellos, especialmente los del Grupo de Ejércitos Centro, se expresaron con mucha más claridad sobre la necesidad de que se produjera un cambio. «Los generales que han organizado el atentado contra la vida del Führer», escribiría un *Gefreiter* el 26 de julio, «son perfectamente conscientes de que es necesario un cambio de régimen porque para nosotros, los alemanes, la guerra no ofrece esperanzas. De modo que sería todo un alivio para Europa entera si esos tres señores, Hitler, Göring y Goebbels, se marcharan. Con ello se pondría fin al conflicto, pues el hombre necesita que llegue la paz. Cualquier otra cosa es una burda mentira... No merece la pena vivir si esa pandilla de criminales sigue en el poder».[5] Otros también mostraron opiniones tan críticas sobre el régimen que es evidente que habrían sido detenidos si sus cartas hubieran pasado por el control de la censura.

El 23 de julio, las autoridades nazis obligaron al ejército a adoptar el «saludo alemán», o hitleriano, en lugar del saludo tradicional militar. La imposición fue recibida con desdén y sarcasmo por muchos de los que no eran devotos partidarios del nazismo. «¡Con el saludo alemán ganaremos la guerra!», escribiría un médico militar con evidente retintín.[6] Inevitablemente, las opiniones se polarizaban entre los que seguían teniendo verdadera fe en

la victoria y los que habían comprendido perfectamente el sentido de las graves advertencias. El 28 de julio, el boletín del OKW anunció por fin la evacuación de cuatro grandes ciudades del este, incluidas Lublin y Brest-Litovsk. «Ni que decir tiene que no pinta bien la cosa», escribiría un *Unteroffizier*[7] de la 12.ª División Panzer en una carta dirigida a su esposa, «pero esto no es razón para desanimarnos. Anteayer, el Dr. Goebbels habló, en un importante discurso, de nuevos progresos (nuevas armas, nuevas medidas de Himmler en lo tocante al Ejército de Reserva, total compromiso con la guerra), que tendrán efectos positivos incluso para una situación tan compleja y tensa como la del este. ¡Todos estamos convencidos de ello!».

La noticia del nombramiento de Himmler como jefe del Ejército de Reserva y de nuevos reclutamientos no impresionó a todos los soldados del frente. «¡Pronto llamarán a filas a los recién nacidos», escribiría el 26 de julio un artillero en una carta dirigida a los suyos. «Aquí en el frente apenas ves otra cosa que mocosos y viejos».[8]

También había quien no se atrevía a afrontar la realidad de la derrota. Pensaban únicamente que la situación desesperada debía animarlos a hacer un esfuerzo aún mayor por proteger a sus familias en la patria. «Amada mía», escribía un *Obergefreiter* a su esposa, haciéndose eco de la propaganda nazi, «no tengas miedo, no permitiremos a

los rusos entrar en nuestra patria. Antes pelearemos hasta el último hombre, pues no vamos a tolerar que esas hordas lleguen a Alemania. ¿Qué no les harían a nuestras mujeres y a nuestros hijos? No, no puede ser, sería una gran vergüenza para nosotros. Para eso está el lema: "¡Intensificación de la lucha hasta la victoria final!"».[9]

Mientras en el Reich reinaba el nerviosismo nazi tras el atentado fallido, los alemanes empezaban a derrumbarse en el frente occidental de la misma manera que lo habían hecho en el oriental. El 25 de julio, el general Bradley lanzó la Operación Cobra al norte de la carretera de Saint-Lô-Périers. El día anterior había habido que posponerla después de que los bombarderos americanos soltaran sus cargas sobre sus propias tropas avanzadas. Este grave incidente repercutiría curiosamente en beneficio de los Aliados. El *Generalfeldmarschall* von Kluge pensó que sin duda se trataba de una trampa para distraer su atención de otra ofensiva lanzada por Montgomery en la carretera de Falaise. Luego, cuando por fin se puso en marcha la operación, los fuertes vientos procedentes del sur cubrieron de una densa polvareda a las tropas americanas que esperaban para atacar, y los bombarderos tomaron aquella espesa nube como objetivo, provocando aún más

bajas entre los suyos. No obstante, Bradley ordenó seguir con el avance.

La ofensiva parecía comenzar mal, por lo que el general de división Collins decidió que sus tropas blindadas entraran en acción antes de lo previsto. Las defensas alemanas se derrumbaron. Los comandos de combate de las divisiones acorazadas prosiguieron el avance con tanques Sherman y soldados de infantería en vehículos semioruga, al igual que los ingenieros con sus bulldozers. Al final fueron los alemanes las víctimas de aquel círculo vicioso de derrotas. Las comunicaciones se interrumpieron en el curso de la rápida retirada, los comandantes no tenían ni idea de lo que estaba ocurriendo, los vehículos se quedaron sin combustible, y los soldados no recibían ni pertrechos ni municiones. Su retirada se vio obstaculizada por las ráfagas de las ametralladoras de los cazas, mientras los cazabombarderos P-47 Thunderbolt realizaban vuelos rasantes, disparando contra las columnas blindadas, dispuestas a repeler cualquier intento de emboscada. Cuando Kluge se dio cuenta por fin de que ese era el principal avance aliado, trasladó la 2.ª y la 116.ª División Panzer al oeste, pero su llegada y sus contraataques se produjeron demasiado tarde.

En Londres, el gabinete de guerra estaba preocupado por los efectos que pudieran tener los ataques alemanes con las armas V-1. El 24 de julio, se enteró de que las bajas

sufridas se elevaban a «más de treinta mil, de las cuales unas cuatro mil eran muertos».[10] Durante los días sucesivos los ministros también discutirían de la amenaza de los cohetes V-2, que sabían que pronto estarían disponibles.

El 30 de julio, Montgomery lanzó una operación que había sido planificada precipitadamente, la llamada «Operación Bluecoat», para proteger el flanco izquierdo de Bradley. Al día siguiente, las columnas blindadas americanas habían llegado a Avranches y cruzado el río Sélune. Estaban fuera de Normandía, y no había fuerzas alemanas que les plantaran cara. Un día después, el 1 de agosto, entró en acción el III Ejército de Patton. El general americano había recibido la orden de capturar los puertos de la costa de Bretaña, pero sabía perfectamente que en la otra dirección tenía el camino libre hacia el Sena.

Mientras el mando alemán del frente occidental imploraba el envío de más refuerzos, el traslado a Normandía del II Cuerpo Panzer de la SS había servido para convencer a los comandantes del frente oriental de que estaban siendo tratados injustamente. «Las repercusiones del conflicto fueron recíprocas en el este y en el oeste», reconocería Jodl durante un interrogatorio una vez acabada la guerra.

«Quedó patente todo el rigor de la guerra en dos frentes».[11] Para muchos soldados del frente oriental el esfuerzo exigido comenzaba a resultar insostenible.

Las crisis nerviosas se convirtieron en un tema mucho más recurrente en las cartas que dirigían a los suyos. Hablaban de ellas sin pudor, con claridad. «Psicológicamente», escribía un soldado de artillería pesada, «me cuesta mucho trabajo soportar que, después de haber estado charlando amigablemente con un compañero, al cabo de media hora te lo encuentres convertido en poco más que un montón de trozos de carne, como si nunca hubiera existido, o que unos camaradas, que yacen malheridos ante tus ojos, en medio de un charco de su propia sangre, te imploren con ojos suplicantes que les ayudes, pues en la mayoría de los casos ya no pueden articular palabra, o el dolor les anula la capacidad de hablar. Es terrible... Esta guerra es una guerra de nervios nefasta».[12]

A finales de julio, el I Ejército de Tanques de la Guardia y el XIII Ejército consiguieron que algunas tropas cruzaran el Vístula al sur de Sandomierz y capturaran varias cabezas de puente que acabarían uniéndose a pesar de los contraataques lanzados a la desesperada por los alemanes. El OKH era perfectamente consciente de lo que significaba que el Ejército Rojo se hubiera hecho fuerte al oeste del Vístula. Otra embestida llevaría al enemigo directamente al

río Oder, a unos ochenta kilómetros de Berlín.

«Acabamos de recibir nuestro varapalo anual del verano», comentaría cínicamente el teniente de un destacamento antiaéreo. «Con un golpe sorpresa, los rusos han avanzado desde Lublin hacia Deblin. Aparte de unas baterías antiaéreas y unas cuantas unidades desperdigadas, no había nada que se interpusiera en su camino. Una vez volados los puentes, tomamos una nueva posición atrincherada en la otra margen [izquierda] del Vístula». Tampoco él podía creer que el ejército alemán pudiera verse sorprendido y acabara derrotado de aquella manera. «Estamos indignados con esos cerdos, que son los culpables de la crisis del frente oriental».[13]

Otras baterías antiaéreas, en cambio, estaban orgullosas de sus logros en el combate. «¡Alrededor nuestro quedaron inutilizados al menos cuarenta y seis tanques!», alardearía un *Obergefreiter* de la 11.ª División de Infantería. «Solos conseguimos derribar diez aviones de ataque a tierra [Shturmovik] en cinco días».[14] Efectivamente, el Ejército Rojo sufrió gravísimas pérdidas durante la Operación Bagration: un total de setecientas setenta mil ochocientas ochenta y ocho bajas, de las que ciento ochenta mil fueron «irrecuperables».[15] Es probable que las sufridas por el Grupo de Ejércitos Centro no fueran tan elevadas, pues ascendieron a trescientas noventa y nueve mil ciento dos, entre heridos, desaparecidos y

muertos, pero lo cierto es que se trataba de unas bajas «irremplazables», al igual que lo serían los cañones y los tanques abandonados por las tropas alemanas en su retirada a lo largo de más de quinientos kilómetros. En total, solo durante aquellos tres meses murieron en el frente oriental quinientos ochenta y nueve mil cuatrocientos veinticinco hombres de la Wehrmacht.[16]

El 28 de julio, más al norte, el II Ejército de Tanques lanzó un ataque contra la División Panzer Hermann Göring y la 73.ª División de Infantería a apenas cuarenta kilómetros de Varsovia. Los combates fueron haciéndose más encarnizados a medida que los rusos se acercaban a la capital. Los soldados soviéticos, que ignoraban los acontecimientos recientes y el trato que había recibido Polonia por parte de Stalin, no sabían cómo actuar en el país. «Los polacos son raros», escribiría uno de ellos en una carta dirigida a los suyos. «¿Cómo nos reciben? Pues es muy difícil describirlo. En primer lugar, nos tienen muchísimo miedo (no menos del que tienen a los alemanes). Sus costumbres son completamente distintas de las rusas. Aunque resulta evidente que no querían a los alemanes, a nosotros no nos reciben con entusiasmo... Ni que decir tiene que a menudo se sienten desconcertados ante la rudeza y la falta de honestidad de los rusos».[17]

Aunque se había visto muy reducida, la población civil de Varsovia rondaba el millón de habitantes. El 27 de julio, el gobernador alemán ordenó que al día siguiente se presentaran cien mil varones para llevar a cabo trabajos de fortificación. El llamamiento no obtuvo respuesta.

Dos días más tarde, Jan Nowak-Jeziorański, representante del gobierno en el exilio, llegó procedente de Londres. Se entrevistó con el vice-primer ministro en Varsovia, Jan Stanislaw Jankowski, y fue informado de una inminente sublevación. Advirtió que las potencias occidentales no iban a poder prestar su ayuda, y preguntó si cabía la posibilidad de posponer la revuelta. Jankowski contestó que era muy poco probable, pues los jóvenes, que habían sido adiestrados y armados, ansiaban entrar en acción. Querían la libertad, y no tener que deber esa libertad a nadie.[18]

Al mismo tiempo, Jankowski se daba cuenta de que si ellos no lanzaban un llamamiento al combate, lo haría el Ejército del Pueblo comunista. En Varsovia los comunistas apenas contaban con cuatrocientos seguidores, pero si ocupaban el edificio del ayuntamiento e izaban en él la bandera roja cuando los soviéticos entraran en la ciudad, se erigirían en líderes de Polonia. Y si el Ejército Nacional no hacía nada, los rusos podrían acusarlo de colaboracionista y de empuñar las armas contra el Ejército Rojo. El Ejército

Nacional estaba condenado hiciera lo que hiciera.

Aquel día Radio Moscú anunció que «la hora de la acción ya ha llegado» y lanzó un llamamiento a los ciudadanos de Varsovia, instándolos a sublevarse «y a unirse a la lucha contra los alemanes».[19] Sin embargo, ni el Ejército Nacional ni los soviéticos hicieron nada por ponerse en contacto. Como en Monte Cassino, los polacos estaban decididos a demostrar al mundo su derecho a vivir como una nación libre, aunque esta nación estuviera condenada por su situación geográfica entre Alemania y la Unión Soviética.

En aquellos momentos ya eran conscientes de que no podían contar con sus aliados británicos y americanos para frenar las ambiciones soviéticas. La brutal *Realpolitik* de la Segunda Guerra Mundial había hecho de la colaboración americana y británica con Stalin un factor esencial, pues el Ejército Rojo era el que había acabado con la columna vertebral de la Wehrmacht pagando un elevadísimo precio. Este hecho se había puesto claramente de manifiesto después de que ingleses y estadounidenses guardaran el más absoluto silencio cuando los soviéticos trataron de culpar a los alemanes de la matanza de Katyń. Stalin calificó a los cuatrocientos mil integrantes del Ejército Nacional de Polonia, o Ejército Polaco del Interior, esto es, la «Armia Krajova», de «bandidos», e intentó vincularlos con las fuerzas guerrilleras ucranianas de la

«UPA», que habían tendido una emboscada y asesinado al general Vatutin. Y enseguida trató de convencer a los Aliados de que habían matado a doscientos soldados del Ejército Rojo. Pero lo cierto es que, a sus ojos, cualquier organización independiente polaca era por definición antisoviética, y que el «gobierno amigo de la URSS» que Stalin reclamaba solo podía ser uno que se mostrara totalmente servil con el Kremlin.

El general Tadeusz «Bór» Komorowski, comandante en jefe del Ejército Nacional, dio la orden de que comenzara la revuelta, fijando la «hora W» a las 17:00 del 1 de agosto. Al parecer, creía que la llegada del Ejército Rojo a la ciudad era inminente. Pero sería demasiado fácil echarle a él las culpas en aquella atmósfera de gran expectación. Casi todos los veinticinco mil integrantes del Ejército Nacional en Varsovia, número que se doblaría con la llegada de voluntarios y de más hombres de fuera de la ciudad, estaban impacientes por empezar. Ya habían tenido noticia de la persecución a la que el NKVD había sometido a sus camaradas en zonas ocupadas por el Ejército Rojo, y eran perfectamente conscientes de lo poco que podían confiar en el líder soviético. Sabían que «si Stalin estaba dispuesto a utilizar la matanza que él mismo había cometido [esto es, la de los oficiales polacos en 1940] como justificación para romper sus relaciones con el gobierno polaco ¿cómo podía esperarse que negociara de

buena fe sobre cualquier otro asunto?».[20]

La principal prioridad del Ejército Nacional era atacar los cuarteles alemanes para conseguir armas. No era una empresa fácil, especialmente a la luz del día, pues los alemanes esperaban que se produjera algún tipo de revuelta. La Ciudad Vieja y el centro cayeron rápidamente en manos de los insurgentes polacos, pero el sector oriental de Varsovia a orillas del Vístula, donde casi todas las tropas alemanas estaban concentradas para defender la capital del ataque soviético, quedó fuera de su control. Varios miembros del Ejército Nacional conseguirían más tarde tomar el gran edificio PAST con su colosal torre neonormanda, tras rociar sus accesos de gasolina y prenderles fuego. La guarnición se rindió, y los polacos capturaron a ciento quince soldados alemanes con todas sus armas.

Los hombres del Ejército Nacional llevaban brazales con los colores blanco y rojo que los identificaba como combatientes. Muy pronto muchos comenzaron a utilizar cascos alemanes capturados, que pintaban con una banda blanca y roja. Los comunistas polacos y los judíos que habían permanecido ocultos tras la sublevación del gueto también se unieron a la lucha. El 5 de agosto, el Ejército Nacional atacó el campo de concentración que se alzaba en el emplazamiento del gueto, matando a los guardias de la SS y liberando a los últimos trescientos cuarenta y ocho

prisioneros judíos.[21]

La movilización masiva voluntaria se basaba en una infraestructura planificada, en la que médicos y enfermeras se encargaban de dirigir los centros de evacuación y los hospitales de campaña. Los sacerdotes prestaban servicio como capellanes militares. Los obreros del sector de la metalurgia trabajaban en el blindaje de vehículos y en la fabricación de armas, como, por ejemplo, lanzallamas o un modelo propio de metralleta, la Błyskawica, basado en el subfusil Sten. En otros talleres clandestinos se preparaban granadas que improvisaban con latas y explosivos caseros o, con frecuencia, con el contenido de los obuses y las bombas alemanas que no habían estallado. De la comida se encargaban antiguos restaurantes que actuaban como cocinas de campaña. Los departamentos de propaganda imprimían panfletos y dos boletines de noticias, el *Biuletyn Informacyjny* y la *Rieczpospolita Polska*. También se encargaban de la producción de los carteles que se pegaban en las paredes de toda la ciudad y decían «¡Una bala — Un alemán!».[22] Y la revuelta contaba con su propia emisora de radio, que seguiría transmitiendo su programación, a pesar de los esfuerzos de los alemanes por destruirla, hasta el final, el 2 de octubre.

Las muchachas prestaban servicios como camilleras; y los muchachos que eran demasiado jóvenes para combatir hacían de mensajeros, a veces de la muerte. Pudo verse

cómo un niño de nueve años se subía a un tanque alemán para arrojar granadas en su interior. Alemanes y polacos, sin poder dar crédito a lo que veían, quedaron estupefactos ante la escena. «Cuando bajó de un salto», recordaría un testigo presencial, «fue corriendo hacia la puerta [de un edificio de apartamentos] y echó a llorar».[23] El arrojo y la capacidad de sacrificio de los más jóvenes cortaban la respiración a cualquiera.

El 4 de agosto, Stalin accedió a regañadientes a entrevistarse con una delegación del gobierno polaco en el exilio. El primer ministro Stanislaw Mikołajczyk no supo llevar bien las conversaciones, pero este hecho sin duda no alteró apenas el resultado. Stalin simplemente insistió en que debían entablar negociaciones con el «Comité Polaco de Liberación Nacional», una organización títere de los soviéticos. Ya había dado instrucciones para que este futuro gobierno de sumisos se trasladara a territorio polaco en el tren de equipajes y provisiones del Ejército Rojo. Sus miembros se instalaron en Lublin, y en Occidente comenzaron a llamarlos «los polacos de Lublin» para diferenciarlos de «los polacos de Londres».

Como es de imaginar, el comité de Lublin reconocía las fronteras impuestas por Stalin siguiendo la línea Molotov-Ribbentrop, inspirada en la línea Curzon, llamada así por el ministro de exteriores británico que la había propuesto en 1919. Los «polacos de Lublin» estaban

perfectamente controlados por Nikolai Bulganin y el comisario de Seguridad del Estado Ivan Serov, el jefe del NKVD que en 1939 se había encargado de supervisar las deportaciones en masa y las ejecuciones de ciudadanos polacos. Bulganin y Serov también vigilaban atentamente a aquel mariscal medio polaco, Rokossovsky, que comandaba el ier Frente Bielorruso en territorio polaco. Según parece, Stalin actuó con los polacos de acuerdo con la siguiente máxima: «el enemigo de mi enemigo sigue siendo mi enemigo».

Tras haberse despreocupado casi por completo de los polacos de Londres, Churchill se sintió profundamente emocionado por la valentía demostrada por el Ejército Nacional e hizo cuanto pudo por ayudarlo. El 4 de agosto, envió un mensaje a Moscú para decir a Stalin que la RAF iba a lanzar en paracaídas armamento y provisiones para los insurgentes. Las tripulaciones de los bombarderos de las bases de Italia, formadas en su mayoría por hombres de origen polaco y sudafricano, empezaron aquel mismo día su compleja y difícil misión.

El 9 de agosto, Stalin, probablemente para guardar las apariencias, prometió a Mikołajczyk que la Unión Soviética iba a ayudar a los insurgentes, aunque su revuelta hubiera sido prematura. Afirmó que el contraataque de los alemanes había impedido que sus tropas llegaran a la ciudad. En parte, era cierto, pero la verdadera razón de

aquella retirada temporal era que los grandes avances impulsados por la Operación Bagration habían dejado a las formaciones de la vanguardia del Ejército Rojo completamente exhaustas, sin apenas combustible y con la necesidad urgente de reparar muchos de sus vehículos. En cualquier caso, Stalin pronto demostraría que no tenía la más mínima intención de prestar verdadera ayuda ni de colaborar con el transporte aéreo de pertrechos o tropas. Ningún avión aliado recibió la autorización pertinente para poder aterrizar en territorio ocupado por los soviéticos, aunque a una escuadrilla de bombarderos americanos se le diera permiso para repostar. Los aviones soviéticos lanzaron algunas armas para los insurgentes, pero sin paracaídas, por lo que se estrellaron contra el suelo. Simplemente con un par de actuaciones que demostraran su colaboración, Stalin pretendía evitar posteriores críticas y reproches.

Los alemanes hicieron llegar a Varsovia sus formaciones antipartisanas más salvajes, en las que se glorificaba el sadismo y la crueldad. Entre ellas se encontraban la famosa Brigada Kaminski, que formaba parte del 15.° Cuerpo de Caballería Cosaca, y la *Sturmbrigade* de la SS Dirlewanger, que mandaba el *Brigadeführer* de la SS Oskar Dirlewanger, quien se paseaba con un monito sobre un hombro mientras dirigía las matanzas. Al frente de este *Korpsgruppe* estaba el

Obergruppenführer de la SS Erich von dem Bach-Zelewski, uno de los principales secuaces de Himmler supervisor de la matanza de judíos en Bielorrusia, que había hecho notar al *Reichsführer* de la SS el estrés psicológico de los carniceros. En Varsovia, parecía que sus hombres disfrutaban con lo que hacían. A los heridos hallados en los hospitales de campaña polacos los quemaban vivos con lanzallamas, mientras que los niños eran asesinados por diversión. Las enfermeras del Ejército Nacional eran azotadas, violadas y, finalmente, asesinadas. Himmler llamó a la aniquilación de Varsovia y de toda su población tanto física como ideológicamente. En aquellos momentos parecía considerar a los polacos tan peligrosos como los judíos. Solo en la Ciudad Vieja, fueron asesinadas unas treinta mil personas no combatientes.

En Francia, durante la primera semana de agosto los canadienses, los británicos y la 1.ª División Acorazada polaca lucharon con muchas dificultades en la carretera de Falaise. El III Ejército de Patton había tomado Rennes y se había adentrado en Bretaña. El 6 de agosto, Hitler obligó al *Generalfeldmarschall von* Kluge a lanzar sus divisiones panzer a un funesto contraataque en Mortain, con la esperanza de avanzar hacia Avranches, en la costa, y dejar

así aislado a Patton. Gracias a la determinación de los norteamericanos y a las agallas mostradas en la defensa de Mortain, el plan se reveló estratégicamente absurdo y aceleró en gran medida la desintegración del ejército alemán en Normandía. Hitler precipitó a Kluge a otro desastre incluso mayor, ordenándole que volviera a lanzar el ataque, pero para entonces las puntas de lanza acorazadas de Patton habían dado media vuelta hacia el este, en dirección al Sena y habían penetrado a fondo en la retaguardia alemana, amenazando la base de aprovisionamiento de Kluge. El VII Ejército y el V Ejército Panzer corrían el riesgo de verse rodeados por completo en la bolsa de Falaise.

El 15 de agosto, mientras la bolsa de Falaise empezaba a reducir sus dimensiones, la Operación Anvil (rebautizada Operación Dragoon) se traducía en el desembarco de ciento quince mil soldados aliados en la Costa Azul, entre Marsella y Niza. Estas fuerzas habían sido trasladadas en su mayor parte del frente de Italia. El mariscal Alexander, descontento por haber tenido que deshacerse de siete divisiones para enviarlas a esta invasión, calificó la Operación Dragoon de maniobra «estratégicamente inútil». Al igual que Churchill, tenía sus ojos puestos en los Balcanes y en Viena. Pero los ingleses se equivocaban al oponerse a Dragoon. Los desembarcos en el sur de Francia permitieron la rápida retirada de los

alemanes y redujeron los daños y los sufrimientos infligidos a Francia.[24]

La vía de escape de la bolsa de Falaise no se cerró eficazmente por varias razones, pero sobre todo porque Bradley, al mando ahora del XII Grupo de Ejércitos, y Montgomery, al frente del XXI, no cooperaron adecuadamente uno con otro o no supieron establecer sus prioridades. Tras mostrarse de acuerdo en llevar a cabo una «maniobra de envolvimiento breve» en Falaise y convencido de que el I Ejército canadiense lograría pasar rápidamente, Montgomery no había concentrado fuerzas suficientes para ello. Tenía sus ojos puestos en el Sena y fue en esa dirección en la que trasladó a la mayor parte de las fuerzas que tenía a mano. Pensaba que siempre podría llevar a cabo una «maniobra de envolvimiento larga», atrapando a los alemanes delante del río. El resultado fue que el cuello de la bolsa de Falaise siguió abierto parcialmente. La 1.ª División Acorazada polaca fue dejada escandalosamente sin apoyos para hacer frente a lo que quedaba de las divisiones panzer de la SS y otras formaciones que intentaban salir de la bolsa.

La otra unidad que intentó cerrarles la vía de escape fue la 2.ª División Acorazada francesa (*2ème División Blindée*), al mando del general Philippe Leclerc. Leclerc había protestado airadamente ante sus mandos americanos cuando su formación había sido retirada del III Ejército de

Patton. Tanto Leclerc como De Gaulle querían que su división, equipada por los americanos, fuera la primera en entrar en París, tal como les había prometido Eisenhower. El general Gerow, al mando del cuerpo correspondiente, no simpatizaba en absoluto con los intereses políticos franceses. No sabía, sin embargo, que los soldados franceses habían estado robando gasolina en secreto en cada ocasión que se les había presentado para crear una reserva que les permitiera lanzarse sobre París sin autorización.

La liberación de la capital no ocupaba ni mucho menos uno de los primeros lugares en la lista de prioridades de Eisenhower. Habría supuesto una enorme dispersión de esfuerzos y de pertrechos, justo en el momento en el que pretendía tener a los alemanes huyendo hacia las fronteras del Reich. Las divisiones de Patton habían dividido la retaguardia alemana en secciones, según el tipo de campaña de caballería blindada para la que él estaba hecho. Cuando visitó la 7.ª División Acorazada a las afueras de Chartres, preguntó a su comandante cuándo pensaba tomar la ciudad. Este respondió que todavía había alemanes combatiendo en ella, así que iba a tardar algún tiempo. Patton lo interrumpió bruscamente: «No hay ningún alemán. Son las tres en punto. Quiero Chartres a las cinco o habrá un nuevo comandante».[25]

El 19 de agosto, la víspera de la salida de todas las

tropas encerradas en la bolsa de Falaise, el general De Gaulle llegó al cuartel general de Eisenhower procedente de Argel. «Debemos marchar sobre París», dijo al comandante supremo. «Tiene que haber una fuerza organizada en la capital que se encargue del orden público».[26] No es de extrañar que De Gaulle temiera que los comunistas de los Francs-Tireurs et Partisans provocaran una sublevación e intentaran establecer un gobierno revolucionario. El, mientras tanto, había estado infiltrando sus propios agentes en el París ocupado con el fin de crear un esquema de administración y de ocupar los ministerios.

Al día siguiente, en Rennes, De Gaulle se enteró de que había dado comienzo una insurrección en la capital. Envió inmediatamente al general Juin con una carta a Eisenhower insistiendo en que se mandara directamente allí al general Leclerc. La policía de París se había puesto en huelga cinco días antes, en protesta por la orden de desarmarlos dictada por los alemanes. En Londres, el general Koenig envió a Jacques Chaban-Delmas a convencer a la Resistencia de que no se sublevara todavía. Pero los comunistas, capitaneados por el coronel Henri Rol-Tanguy, líder regional de las Forces Françaises de l'Intérieur (FFI), querían liberar París por su cuenta. El 19 de agosto, agentes de la policía de París, armados con pistolas, pero vestidos de paisano, ocuparon la Prefectura

de Policía e izaron la bandera tricolor.

El *Generalleutnant* Dietrich von Choltitz, gobernador militar alemán de París, se sintió obligado a mandar a sus tropas contra ellos, desencadenándose un choque poco concluyente. Hitler había ordenado a Choltitz que defendiera la ciudad hasta el final y que la destruyera, pero otros militares le convencieron de que aquello no habría tenido sentido alguno desde el punto de vista militar. El 20 de agosto, un grupo gaullista tomó el Hôtel de Ville como primer paso de su estrategia de apoderarse de todos los edificios gubernamentales. Los comunistas, convencidos por su propia propaganda de que el poder estaba en las calles, no se dieron cuenta de que iban a ser superados tácticamente.

El entusiasmo patriótico, con banderas tricolores improvisadas colgando de las ventanas y cánticos espontáneos de la «Marsellesa», contribuyó a exaltar la animación febril de la gente. Se montaron barricadas en las calles para impedir la libertad de movimientos de los alemanes, los camiones de la Wehrmacht sufrieron emboscadas y algunos soldados aislados fueron desarmados o incluso asesinados. El cónsul general de Suecia negoció una tregua. Choltitz accedió a reconocer a las FFI como tropas regulares y a permitirles quedarse con los edificios que en aquellos momentos ocupaban. En contrapartida, la Resistencia renunciaría a atacar las

instalaciones y el cuartel general de los alemanes. Los comunistas denunciaron el acuerdo alegando que no habían estado debidamente representados. Chaban-Delmas solo consiguió convencerlos de que esperaran un día antes de reanudar sus ataques.

Mientras lo que quedaba de las fuerzas alemanas de Normandía empezaba a huir al otro lado del Sena, el I Ejército canadiense y el II Ejército británico se unieron a la 1.ª Brigada de Infantería belga, a una brigada acorazada checa y a la Brigada Real de los Países Bajos (*Princesa Irene*). El XXI Grupo de Ejércitos de Montgomery, formado por fuerzas de al menos siete países, empezaba a parecerse al sueño de las Naciones Unidas de Roosevelt.

El 22 de agosto, mientras las FFI respondían a la orden de Rol-Tanguy que decía: *Tous aux barricades*!, Eisenhower y Bradley se convencieron de que al final no iban a tener más remedio que ir a París. Eisenhower sabía que tendría que vender semejante decisión al general Marshall y a Roosevelt como una medida puramente militar. El presidente se pondría hecho una furia si pensaba que las fuerzas americanas iban a instalar a De Gaulle en el poder. De Gaulle, por otra parte, intentó ignorar el hecho de que los Estados Unidos tuvieran algo que ver con la liberación de París.

Bradley voló en un Piper Cub para dar a Leclerc la buena noticia de que podía avanzar hacia París. La reacción

de sus soldados fue de alegría salvaje. Ignoraron las órdenes del general Gerow de que la marcha se emprendiera a la mañana siguiente y la 2ème División Blindée partió esa misma noche. El 24 de agosto, después de librar algunos duros combates en los suburbios de las afueras, Leclerc envió a la ciudad una pequeña columna a través de calles secundarias. Poco después llegaban a la plaza del Hôtel de Ville, todavía de noche. Algunos hombres en bicicleta se encargaron de difundir la noticia por la ciudad y la gran campana de Notre Dame empezó a repicar. El general von Choltitz y sus oficiales comprendieron inmediatamente lo que significaba.

A la mañana siguiente, la 2ème División Blindée y la 4.ª División de Infantería de los Estados Unidos entraron en la ciudad en medio de alborotados festejos, con los que se mezclaron algunos combates esporádicos. En realidad fueron apenas unas cuantas escaramuzas en torno a los edificios de los alemanes: lo suficiente para que Choltitz fingiera una mínima resistencia antes de firmar la rendición. Cuando De Gaulle vio el documento de capitulación, se irritó muchísimo al comprobar que Rol-Tanguy había conseguido estampar su firma por encima de la de Leclerc, pero la estrategia gaullista se había impuesto. Con los hombres que había escogido instalados en los ministerios, el Gouvernement Provisoire de la République Française se había hecho más o menos con el control.

Tanto los comunistas como Roosevelt se encontraron con un hecho consumado.

Mientras París se salvaba, Varsovia era destruida. Los vítores, las banderas tricolores, las botellas pasando de mano en mano y los generosos besos a los liberadores pertenecían a otro mundo. Los asesinatos salvajes y gratuitos perpetrados por los auxiliares de la SS siguieron adelante, mientras el Ejército Nacional luchaba desesperadamente a pesar de tenerlo todo en su contra. «En la Varsovia en lucha», escribiría un poeta polaco, «nadie llora».[27] Los polacos peleaban desde los sótanos y las alcantarillas mientras a su alrededor la artillería alemana y los Stuka machacaban la ciudad. Atacando sector tras sector, las tropas alemanas reconquistaron la Ciudad Vieja. Los puntos de referencia más conocidos fueron destruidos uno tras otro, especialmente las iglesias. No había agua con la que apagar los incendios y los hospitales de campaña tenían pocos medios con los que tratar a los que padecían quemaduras graves. Los pacientes morían simplemente en medio de terribles dolores.

La disciplina siguió siendo notablemente buena entre los insurgentes, dándose pocos casos de ebriedad. El Ejército Nacional había recibido la orden de acabar con

todo el alcohol. Algunos insurgentes utilizaban lo que había quedado para lavarse los pies debido a la escasez de agua. La vida y la defensa dependían de los paquetes lanzados en paracaídas, muchos de los cuales caían detrás de las líneas alemanas cuando la zona controlada por el Ejército Nacional fue reduciéndose. Los bombarderos aliados no llegaban cada día con sus preciosos cargamentos, sino solo cuando el programa especial en polaco de la BBC anunciaba su llegada radiando una vieja melodía popular: «Bailemos otra vez una mazurca».[28]

Los insurgentes carecían de armas capaces de atravesar los blindajes, aparte de unos cuantos PIAT lanzados en paracaídas, pero pudieron destruir algunos tanques y vehículos acorazados con bombas de petróleo y granadas de fabricación casera. Las barricadas y sus defensores humanos fueron aplastadas bajo las orugas de los blindados. El polvo de los edificios pulverizados se mezclaba inextricablemente con el humo de las vigas ardiendo. Pero otros que no andaban demasiado lejos sufrieron todavía más.

Cuando se inició en Varsovia la sublevación del Ejército Nacional, en el gueto de Łódź había todavía sesenta y siete mil judíos. Tras el asombroso avance de los soviéticos en el curso de la Operación Bagration, creyeron que había llegado por fin el momento de su liberación. Pero con el Ejército Rojo detenido todavía al otro lado del

Vístula, Himmler decidió que no podía perder tiempo. Casi todos fueron enviados a una muerte segura en Auschwitz.

La primera petición de que el Mando de Bombarderos de la RAF atacara Auschwitz había sido formulada en enero de 1941 por el conde Stefan Zamoyski del estado mayor general polaco. Portal se negó, aduciendo que las técnicas de bombardeo británicas simplemente carecían de la precisión necesaria para destruir las líneas ferroviarias. A finales de junio de 1944, una vez confirmada la existencia de cámaras de gas en Auschwitz, llegaron a Washington y a Londres más peticiones, implorando que se bombardearan las líneas férreas que conducían a los campos de exterminio.

En aquellos momentos, Auschwitz-Birkenau era el último gran campo de la muerte que seguía en funcionamiento. La matanza en cadena de judíos húngaros estaba alcanzando cotas insospechadas, con sus cuatrocientas treinta mil víctimas en apenas unos pocos meses. En agosto fueron asesinados allí los últimos judíos del gueto de Łódź, más tarde los de Eslovaquia y luego los supuestamente privilegiados judíos de Theresienstadt. Fue el último gran intento de Himmler de aplicar la Solución Final antes de proceder a la evacuación y destrucción de los campos.

Harris seguía obsesionado con su idea de que lo mejor para todo el mundo, incluidos los prisioneros, era abreviar

la guerra con su estrategia de bombardeos contra Alemania. Aducía, además, que, en cualquier caso, se trataba de operaciones que podían realizarse a la luz del día, y por lo tanto una misión perfecta para las fuerzas aéreas estadounidenses. Los americanos también se negaron, pero curiosamente, a partir del 20 de agosto, la aviación aliada de las bases aéreas de Foggia comenzó a bombardear la planta Monowitz de Auschwitz III porque producía metanol, y por esta razón figuraba en el plan de Spaatz como objetivo de los bombardeos estratégicos aliados contra los recursos petrolíferos de las fuerzas del Eje. Las incursiones aéreas pusieron fin a cualquier esperanza que pudiera abrigar IG Farben de seguir produciendo buna y combustible sintético en Auschwitz. Y, a raíz de la Operación Bagration, el Ejército Rojo ya se encontraba en aquellos momentos demasiado cerca para que la fábrica pudiera continuar tranquilamente con su actividad. Los empleados de la compañía fueron evacuados al oeste.[29]

A las puertas de Varsovia, el Ejército Rojo apenas se movía. Era evidente que Stalin quería que la sublevación fracasara. Cuantos más hombres que pudieran erigirse en líderes de Polonia mataran los alemanes, mejor para él. Al final, el 2 de octubre, después de sesenta y tres días, el general Komorowski se rindió. A espaldas de Himmler, Bach-Zelewski concedió a los supervivientes el privilegio de ser tratados como verdaderos combatientes. Esperaba

poder reclutarlos para luchar contra el Ejército Rojo, pero ninguno quiso. A pesar de las promesas de Bach de que Varsovia no sufriría más destrucciones, Himmler enseguida ordenó la demolición total de la ciudad con fuego y explosivos. Solo se salvaría el campo de concentración ubicado en el gueto para encerrar en él a los prisioneros del Ejército Nacional. Miraran hacia donde miraran, los polacos no se hacían ilusiones, atrapados como estaban entre dos sistemas despiadados y totalitarios que se nutrían el uno del otro. Como escribiría otro poeta del Ejército Nacional, «te esperamos a ti, plaga roja, para que nos salves de la muerte negra».[30]

41

LA OFENSIVA ICHIGŌ Y LEYTE (julio-octubre de 1944)

El 26 de julio de 1944, mientras los americanos empezaban a dejar atrás Normandía, el Ejército Rojo llegaba al Vístula y los marines de los Estados Unidos completaban la conquista de las islas Marianas, el crucero norteamericano *Baltimore* entraba en Pearl Harbor enarbolando la bandera presidencial. Un grupo de almirantes vestidos con almidonados uniformes blancos aguardaba en el muelle.

El almirante Nimitz subió a bordo para informar al presidente Roosevelt de que el avión del general Douglas MacArthur acababa de aterrizar procedente de Brisbane. Media hora más tarde, Mac Arthur, que había retrasado su llegada para hacer una entrada triunfal, se dirigió al puerto en un gran automóvil descapotado escoltado por motoristas. No paraba de saludar a la multitud, y también subió a bordo del buque como una estrella de cine el día del estreno de su última gran película.

MacArthur probablemente fuera un ególatra obsesionado con su propia leyenda, por lo demás sumamente inflada. Nunca había ocultado su desprecio por el presidente, al que consideraba prácticamente un comunista. No entendía por qué tenía que reconocer la autoridad del general George C. Marshall, y se sentía sumamente dolido por el hecho de que el almirante Nimitz no hubiera sido puesto bajo sus órdenes. Sin embargo, en aquellos momentos sabía perfectamente lo que necesitaba para defender su poder y su prestigio, aunque ello supusiera tragarse el orgullo y mostrarse agradable y complaciente con Franklin Delano Roosevelt.

MacArthur veía la conferencia estimulante desde el punto de vista político, pues en ella Roosevelt iba a ejercer de comandante en jefe antes de que tuvieran lugar en noviembre las elecciones presidenciales. Afortunadamente, su conquista de Papúa Nueva Guinea había ido mucho mejor de lo esperado, y sus fuerzas estaban ya sólidamente atrincheradas en Hollandia, en el extremo occidental. Había llegado el momento de presionar para que le fuera permitido emprender su misión personal, la reconquista de Filipinas, las islas a las que había prometido regresar. «Allí me están esperando», fue su grandilocuente declaración a los medios escritos. El hecho de que fuera el único, entre los comandantes supremos y los jefes de estado mayor, que abogaba por una liberación total de las Filipinas no lo

desanimaba lo más mínimo. Algunos sospechaban que tenía remordimientos de conciencia por haber abandonado a su suerte Corregidor y Bataán, aunque fuera por orden presidencial. Pero lo cierto es que las Filipinas representaban una parte muy importante de su vida, por no hablar de la riqueza que había acumulado allí tras recibir un regalo de quinientos mil dólares de su amigo, el presidente filipino Manuel Quezón.

La idea de liberar Luzón era vista con buenos ojos por varios colegas suyos que consideraban que esta isla, la principal del archipiélago, constituía el trampolín perfecto para dar un salto a Formosa, pues tenían en mente la propuesta de utilizar China como base principal para bombardear Japón. Otros, sobre todo el almirante King, sostenían que había que dejar atrás Luzón y dirigirse directamente a Formosa.

MacArthur, utilizando toda su capacidad de persuasión, consiguió allanar el terreno para convencer a Roosevelt de que debían liberar Filipinas, aunque solo fuera por una cuestión de honor. Consciente de que una negativa podía ser mal vista por la prensa y la opinión pública americana de cara a las elecciones presidenciales de noviembre, Roosevelt se dejó convencer. Algunos indican que llegaron a un acuerdo en privado: las Filipinas a cambio de que MacArthur no atacara a Roosevelt en los Estados Unidos. Por su parte, Marshall y el jefe de las

fuerzas aéreas, «Hap» Arnold, sabían que el anhelado proyecto de MacArthur no iba a acelerar en absoluto el fin de la guerra en el Pacífico. Con las Marianas bien afianzadas, disponían ya de bases aéreas para atacar el archipiélago japonés. Los detalles sobre la marcha de la muerte de Bataán que habían salido a la luz hacía poco habían provocado un aluvión de llamamientos insistiendo en la necesidad de bombardear Japón cuanto antes.

Al final, después de que el almirante «Bull» Halsey hubiera llevado a cabo una serie de incursiones contra Filipinas con su Tercera Flota y los portaaviones rápidos de Mitscher, los jefes del estado mayor combinado acordaron en el curso de la conferencia «Octógono» celebrada en Quebec que MacArthur podía seguir adelante con su plan. Debía empezar por la isla de Leyte, en el noroeste de Filipinas, en octubre. Todas las operaciones preliminares fueron canceladas, con una excepción, la captura de Peleliu, en las islas Palaos, a unos ochocientos kilómetros al este de Leyte. Se descartó emprender la invasión de Formosa por varias razones, siendo una de ellas la desastrosa situación que se vivía en China continental debido a la Ofensiva Ichigō lanzada por los japoneses.

Los dramáticos acontecimientos que tenían lugar en París y

en Varsovia resultaban difíciles de visualizar para los que combatían una guerra fundamentalmente naval en las antípodas de Europa, del mismo modo que las palmeras, los manglares y las aguas azul cobalto del Pacífico eran inimaginables para los que estaban librando una batalla a muerte en el Viejo Continente.

El hecho de verse obligados a combatir en las islas contra unos japoneses que se negaban a rendirse llevó a los comandantes americanos a contemplar la posibilidad de utilizar el gas para vaciar los búnkeres enemigos y despejar sus túneles y galerías, pero Roosevelt lo prohibió. En general, la Marina de los Estados Unidos adoptó la costumbre de decidir qué archipiélagos y atolones había que dejar atrás en su avance por el Pacífico, y cuáles no. Consciente de la situación desesperada que vivían las tropas japonesas aisladas en islas lejanas y solitarias, simplemente las ignoraba esperando que murieran de hambre.

El bloqueo que impusieron los submarinos americanos fue devastador. Japón acababa de crear un sistema de convoyes, y carecía de suficientes naves de transporte. Esto se debía principalmente al hecho de que la Armada Imperial había preferido concentrar sus recursos en la construcción de grandes buques de guerra. Las tropas niponas que habían sido abandonadas a su suerte por el cuartel general imperial en Tokio no estaban autorizadas a

presentar la rendición. Simplemente se les indicaba que aprendieran a ser «autosuficientes», lo que significaba que no esperaran recibir provisiones ni que llegaran tropas de relevo. Se ha calculado que seis de cada diez de los casi un millón setecientos cuarenta mil soldados japoneses que perdieron la vida en la guerra sucumbieron a enfermedades como la malaria o murieron de hambre.[1] Independientemente de la envergadura de los crímenes de guerra que hubieran cometido contra pueblos extranjeros, los jefes del estado mayor japonés habrían debido ser juzgados y condenados por sus compatriotas por los crímenes cometidos contra sus propios soldados, aunque fuera algo impensable en una sociedad tan conformista como la japonesa de la época.

Los soldados nipones se apropiaban de los alimentos de la población local siempre que tenían ocasión, pero en las zonas rurales la gente aprendió a esconder astutamente sus víveres para poder sobrevivir. En los pueblos y en las ciudades, sin embargo, se pasaban muchas más penurias, como también las pasaban su mano de obra esclava y sus prisioneros de guerra aliados. Los oficiales y los soldados japoneses recurrieron a la práctica del canibalismo, y no solo con cadáveres enemigos. La carne humana estaba considerada un alimento necesario, y organizaban «cacerías» para obtenerla. En Nueva Guinea mataron, despedazaron y devoraron a nativos y a esclavos, así como a

varios prisioneros de guerra australianos y americanos, a los que llamaban «cerdos blancos» para diferenciarlos de los «cerdos negros» asiáticos.[2] Cocinaban y comían las partes carnosas, los sesos y el hígado de sus víctimas. Aunque sus comandantes les dijeran que no podían comerse a sus propios muertos, esta prohibición no solía detenerlos. A veces elegían a un camarada, especialmente entre los que se negaban a ingerir carne humana, o capturaban a un soldado de otra unidad. Los reclutas japoneses que más tarde fueron atrapados en Filipinas reconocerían que «no era de las guerrillas de quien teníamos miedo, sino de nuestros propios compañeros».[3]

Las requisas de los japoneses en las zonas rurales ya habían dado paso a una grave hambruna en diversas regiones del sudeste asiático, las Indias Orientales Neerlandesas y las Filipinas. Sus métodos depredadores habían hecho estragos en la agricultura, pues apenas dejaban semillas para sembrarlas en la siguiente estación. El cultivo de la tierra en Birmania, que había sido un gran cuenco de arroz para la región, apenas daba para subsistir a finales de la guerra. En Indochina, las autoridades francesas del régimen de Vichy, con el beneplácito de los supervisores japoneses, fijaron precios y establecieron cuotas. Pero luego el ejército imperial iba de aldea en aldea para llevárselo todo antes de que llegaran los funcionarios galos.

En el norte de Indochina, la situación era todavía más

precaria, pues los campesinos habían sido obligados a plantar yute, y como todos los barcos de transporte habían sido capturados por los japoneses, no podían recibir arroz del sur. La hambruna de la que fue víctima la población rural de Tonkín entre 1944 y 1945 acabó con la vida de más de dos millones de campesinos. Los japoneses nunca tuvieron la intención de ayudar a la región, sobre todo porque estaba convirtiéndose en un gran foco de partidarios de la Liga por la Independencia de Vietnam, «Viet Minh», dirigida por el comunista Ho Chi Minh. Los seguidores de esta organización recibían ayuda y armas —hecho bastante irónico considerando lo que ocurriría al cabo de unas pocas décadas— de la Departamento de Servicios Estratégicos estadounidense (OSS por sus siglas en inglés). Roosevelt, tras obtener el visto bueno de Stalin en la conferencia de Teherán, había decidido impedir que Francia recuperara su colonia, pero su idea murió con él poco antes de que finalizara la guerra en Europa.

El régimen japonés, dominado por los militares, había confiado en que Alemania ganara la guerra en Europa y a los americanos les faltaran las agallas necesarias para librar verdaderas batallas. Con una falta sorprendente de imaginación, los líderes nipones creían que podrían negociar unas condiciones de paz que les fueran favorables, a pesar de la furia americana por lo ocurrido en Pearl Harbor. Estos fatales errores de cálculo se vieron

propiciados por la inflexibilidad de la jerarquía militar imperial. Mientras que los comandantes japoneses rechazaban cualquier tipo de innovación, las fuerzas americanas, con su movilización de hombres inteligentes y dinámicos procedentes de distintas clases sociales y de todos los ámbitos profesionales, aprendían muy rápido tanto desde el punto de vista tecnológico como táctico. Sobre todo, los Estados Unidos supieron estimular una industria militar que, además de producir un arsenal extraordinario, permitió que a finales de 1944 dispusieran de casi un centenar de portaaviones en alta mar.

Algunos historiadores sostienen que, debido a que las pérdidas de buques mercantes sufridas por Japón fueron catastróficas, su gran ejército de China continental jamás habría podido ser desplegado para enfrentarse a fuerzas aliadas en otros rincones del mundo, por lo que la cuestión de si las tropas de Chiang Kai-shek lo mantuvieron o no entretenido resulta irrelevante. En realidad, algunas fuerzas terrestres y buena parte de la aviación naval sí fueron desplegadas, pero esta línea de pensamiento sigue considerando que todo el apoyo prestado a China fue una pérdida de recursos y de tiempo. Esta tesis obvia el hecho de que, sin la resistencia de los ejércitos chinos en la primera fase de la guerra, y su convicción de que debían permanecer en el conflicto, las tropas japonesas habrían tenido una presencia más contundente y peligrosa en otros

lugares del mundo.

La Ofensiva Ichigō, que los japoneses habían comenzado en abril de 1944, pareció en un principio confirmar las opiniones más pesimistas sobre la capacidad de combate de los nacionalistas chinos. Incluso los oficiales de Chiang se desesperaron. «Recibimos la orden de retirarnos», escribiría un capitán. «Una gran masa de hombres, caballos y carros retrocedía. Era una escena desoladora. De repente vi a Huang Chi-hsiang, nuestro general, pasar a galope con su caballo, vestido con un pijama y calzando una sola bota. Me impresionó aquella falta de dignidad. Si los generales huían despavoridos, ¿por qué un soldado corriente debía quedarse y seguir luchando? Los japoneses enviaban tanques y más tanques, y nosotros no teníamos nada para detenerlos».[4]

Todas las contradicciones de la política estadounidense, que pretendía sacar el máximo rendimiento de China con el mínimo apoyo, se pusieron de manifiesto a la vez con una intensidad realmente contraproducente. Tras haberse concentrado exclusivamente en Birmania para abrir su carretera y en el rearme y en el entrenamiento de las divisiones nacionalistas desplegadas en la región, Stilwell había hecho bien poco por los ejércitos de Chiang Kai-shek que debían enfrentarse a los japoneses en la propia China. Como sabían perfectamente los americanos, esas tropas estaban

desnutridas y demasiado débiles para luchar, por mucho que les entregaran las armas adecuadas. De modo que era sumamente injusto culparlas de no haber sabido defender las bases aéreas estadounidenses, sobre todo después de que las incursiones de la aviación americana contra el archipiélago nipón y otros objetivos hubieran provocado una rápida respuesta de los japoneses. Y Roosevelt no quería que los B-29 fueran utilizados para ayudar a las tropas chinas sobre el terreno. La única excepción se produjo en noviembre y en diciembre, cuando las Superfortalezas arrasaron los depósitos de provisiones japoneses de Hankou.

Hubo ocasiones en las que los chinos combatieron bien. En Heng-yang, el X Ejército quedó rodeado y, con la ayuda de los cazas y los bombarderos de Chennault, logró resistir a los japoneses durante más de seis semanas. Un periodista americano describiría en los siguientes términos a las tropas que pretendían reforzar el X Ejército: «De cada tres hombres, solo uno llevaba fusil... No se veía ni un vehículo motorizado, ni un camión en toda la columna. Tampoco piezas de artillería. De vez en cuando veías algún animal de carga que llevaba parte del equipamiento... Los hombres caminaban lentamente, con esa amargura característica del soldado chino que no espera nada más que ir al encuentro de una tragedia... sus cañones eran anticuados, y sus uniformes, de color amarillo y marrón,

andrajos. Cada uno de ellos llevaba dos granadas atadas al cinturón, y alrededor del cuello una larga media azul, gruesa como una mortadela, llena de granos de arroz, su único alimento. Sus sandalias de paja dejaban ver unos pies destrozados e hinchados».[5]Estas eran las tropas aliadas, patéticamente pertrechadas, a las que Washington culpaba de no haber conseguido repeler la mayor ofensiva terrestre lanzada por Japón en Extremo Oriente durante la guerra.

La caída de Heng-yang el 8 de agosto dejaba libre el camino hacia las otras bases aéreas que tenían los americanos en Kweilin y Liuchow. No solo las relaciones entre los estadounidenses y el generalísimo estaban al borde de la ruptura, sino que, además, Chennault acusaba a Stilwell de haber hecho oídos sordos a todas las voces que advertían de la inminencia de la Ofensiva Ichigō, y Stilwell acusaba a Chennault de haberla provocado y de haberse quedado con la mayoría de los suministros enviados a través del Himalaya, sin dejar prácticamente nada para las fuerzas terrestres chinas. Ni que decir tiene que en aquellos momentos todas las anteriores afirmaciones de Chennault, en el sentido de que su XIV Fuerza Aérea era capaz de detener sola el avance japonés, parecían vanas y ridículas. Stilwell quería que Chennault fuera destituido inmediatamente, pero Marshall se negó. Marshall y el general Arnold también se negaron a la pretensión de Chennault de recibir todos los suministros enviados al

mando de bombarderos B-29 Superfortaleza.

La administración de Roosevelt y la prensa americana, que en 1941 habían idealizado a Chiang Kai-shek y la resistencia del régimen nacionalista a los japoneses, se volvieron contra ellos de una manera vergonzosamente exagerada. Una falta de comprensión de los problemas fundamentales y de los fallos cometidos dio lugar a otra contradicción en la política de los Estados Unidos. Stilwell, el Departamento de Estado y la Oficina de Servicios Estratégicos, exasperados con Chiang Kai-shek y los nacionalistas, empezaron a idealizar a Mao Tse-tung y a los comunistas.

En julio, Roosevelt ya le había dicho a Chiang que nombrara a Stilwell comandante en jefe de todas las fuerzas chinas, incluidas las comunistas. El generalísimo no tenía la más mínima intención de hacer algo semejante, especialmente si los americanos contemplaban la posibilidad de armar a los comunistas, pero no podía hacer otra cosa que intentar ganar tiempo. Una negativa rotunda suponía fácilmente perder toda la ayuda militar y económica. La Ofensiva Ichigō, devastadora para los ejércitos nacionalistas, había redundado en cambio en beneficio de los comunistas, pues la mayoría de las fuerzas japonesas participantes había llegado del norte de China y Manchuria. Los comunistas habían sacado tajada de las derrotas nacionalistas, trasladando fuerzas hacia el sur, a

las regiones que los ejércitos de Chiang Kai-shek se habían visto obligados a abandonar.

Los americanos, en un intento vano de conseguir que ambas partes colaboraran, solicitaron autorización para enviar a un grupo de observadores al cuartel general de Mao en Yenan. La llamada «Misión Dixie» llegó en julio, y sus integrantes quedaron gratamente impresionados, como pretendía Mao. Como las severas limitaciones impuestas no les habían permitido ni ver todo lo que había que ver ni hablar libremente con quien quisieran, no tenían ni idea de la firme determinación de Mao de acabar completamente con los nacionalistas ni de las brutales purgas para «erradicar a los traidores existentes [en el Partido Comunista Chino] e imponer la ideología maoísta a todos los miembros del partido».[6] Las detenciones masivas instauraron un reinado de terror en el que se denunciaba a los sospechosos en medio de consignas del partido y de abucheos. Se obtenían las confesiones por medio de torturas físicas y psicológicas y verdaderos lavados de cerebro. El régimen de Mao, con su utilización obsesiva del control de pensamiento y de la «autocrítica», resultaría aún más totalitario que el propio estalinismo. Mao no utilizaba una policía secreta. Los ciudadanos corrientes se veían obligados a participar en la caza de brujas, en la tortura y en la ejecución de supuestos traidores. Y el culto a la personalidad de Mao superó al de Stalin.[7]

Los cuadros y los comandantes militares comunistas sentían verdadero pavor de cometer un error. En aquellos momentos, en los que la guerra empezaba a ser mucho más que unas simples acciones guerrilleras, temían ser acusados de contravenir la ideología maoísta, que, tras la desastrosa batalla de los Cien Regimientos, había condenado siempre la guerra convencional. Por mucho que siguiera aumentando el tamaño de su ejército, Mao era todavía reacio a poner en peligro unas fuerzas que quería preservar para enfrentarse más tarde a los nacionalistas. A finales de 1944, los comunistas chinos contaban con novecientos mil hombres en sus formaciones regulares, y con dos millones y medio aproximadamente en sus milicias campesinas locales.

La situación en China acabó siendo tan desesperada durante la Ofensiva Ichigō, que Chiang quiso traer de vuelta las divisiones de la Fuerza Y —que se encontraban en el frente del Salween— para intentar frenar el avance japonés. Como era un momento crucial para el éxito de la campaña de Birmania, Roosevelt, Marshall y Stilwell pusieron el grito en el cielo, sin querer reconocer que cada uno de ellos era en parte responsable de aquella llamada desesperada de los nacionalistas. Marshall redactó un comunicado muy severo, parecido a un ultimátum, exigiendo al generalísimo que nombrara inmediatamente a Stilwell comandante en jefe y reforzara el frente del

Salween.

Cuando Stilwell leyó el comunicado a su llegada se llenó de regocijo. Puede decirse que irrumpió precipitadamente en la sala en la que el generalísimo mantenía una entrevista con el general de división Patrick J. Hurley, el nuevo representante de Roosevelt, e interrumpió la reunión. Más tarde contaría victorioso en su diario cómo «le restregué aquella pimienta por las narices al Cacahuete, y luego me dejé caer en un sillón dando un profundo respiro. La patada le dio a ese cabroncete en toda la boca del estómago». Hurley, por su parte, quedó abatido por el tono del comunicado y por el grave descrédito que todo aquello iba a suponer. Chiang Kai-shek reprimió su cólera. Simplemente musitó: «Comprendo», y puso fin a la entrevista.[8]

Más tarde el generalísimo envió un mensaje a Roosevelt a través de Hurley insistiendo en que Stilwell abandonara China. Chiang decía estar totalmente dispuesto a aceptar que un general americano se pusiera al frente de las fuerzas chinas, siempre y cuando no se tratara de Stilwell. Roosevelt ya no consideraba que China fuera esencial para derrotar a Japón, especialmente después de que Stalin se hubiera comprometido a invadir Manchuria en cuanto acabara la guerra con Alemania. De modo que se limitó a valorar en qué medida podría afectar aquel lío a su candidatura a las elecciones presidenciales de noviembre.

La prensa americana había empezado a mostrar su oposición al régimen nacionalista, al que describía como dictatorial, incompetente, corrupto y enchufista. Los periódicos lo acusaban de no querer luchar contra los japoneses y de absoluta indiferencia hacia el pueblo chino, especialmente durante la terrible hambruna vivida en Honan el año anterior. El *New York Times* afirmaba que con su apoyo a los nacionalistas, los Estados Unidos se convertían en colaboradores de «un régimen autocrático, despiadado y reaccionario».[9] Escritores muy influyentes, como Theodore White, vilipendiaban a Chiang Kai-shek y lo consideraban mucho peor que cualquier comunista. En aquella época de liberalismo propio del New Deal, muchos funcionarios del Departamento de Estado coincidían con este parecer.[10]

En los Estados Unidos, los sondeos de opinión durante la campaña presidencial revelaban que Roosevelt estaba perdiendo a pasos agigantados la ligera ventaja que tenía sobre su adversario, Thomas Dewey. Así pues, Roosevelt, temeroso de las funestas consecuencias que podría tener en su campaña un derrumbamiento de los chinos nacionalistas, decidió que Stilwell regresara a Washington, haciendo ver que el general había hecho todo lo posible para instruir a Chiang Kai-shek y que ya no podía hacer nada más. La verdad de los hechos, esto es, que los chinos habían sido abandonados a su suerte ante la

inminencia de la Ofensiva Ichigō, fue completamente ocultada, como también se ocultaron las continuas disputas de Stilwell con Chiang, con Chennault y con Mountbatten.

El general Marshall, que había sido quien había nombrado a Stilwell, y que eludía en buena medida su parte de responsabilidad en aquella desastrosa situación, redactó una contestación para la petición de Chiang. «Habrá que explicar exhaustivamente y con claridad las razones de la marcha de Stilwell», escribiría Marshall en el esbozo de la respuesta que Roosevelt debía enviar al líder nacionalista. «Una decisión semejante sorprenderá y confundirá al pueblo americano, y lamento el daño que inevitablemente producirá en el sentimiento de solidaridad del pueblo americano hacia China».[11]

En su mensaje a Chiang Kai-shek, Roosevelt no utilizó al final la amenaza, más o menos velada, de Marshall de difundir los detalles que se ocultaban detrás de la marcha de Stilwell, pero sin duda se aseguró de que la prensa americana fuera informada debidamente. En cualquier caso, antes de partir, Stilwell se encargaría de dar su versión de los hechos a los periodistas desplazados a Chunqking. Y también se encargaría de que en los Estados Unidos los simpatizantes de la causa nacionalista condenaran a Chiang, calificándolo de dictador militar non grato y acusándolo de no querer atacar a los japoneses para acumular el mayor número posible de armas americanas con el único fin de

combatir a los comunistas. Pero nadie sospechaba que en realidad era Mao el que deliberadamente se reservaba sus fuerzas para emprender una guerra civil y pactaba en secreto con los japoneses.

El general de división Albert C. Wedemeyer, que había prestado sus servicios como jefe de estado mayor de Mountbatten, sustituyó a Stilwell en octubre, justo cuando los japoneses reemprendían su ofensiva. La precaria situación de los refugiados era un reflejo exacto de la que vivían las maltrechas tropas. Los ejércitos de Chiang, sumamente desmoralizados y hambrientos, volvieron a derrumbarse en medio del caos, permitiendo que los japoneses capturaran más bases aéreas, todas las cuales fueron demolidas por los americanos justo antes de su llegada. En aquellos momentos, los estadounidenses ya se habían habituado a la rutina de volar cada uno de sus cobertizos, cada uno de sus hangares y cada uno de sus almacenes antes de colocar bombas de cuatrocientos sesenta kilos (mil libras) en las pistas para abrir en ellas tantos boquetes que quedaran completamente inutilizables.

Lo desesperado de la situación hizo que Wedemeyer autorizara el regreso de las divisiones de la Fuerza Y y lograra que fueran trasladadas inmediatamente a la zona todas las formaciones de las fuerzas aéreas que actuaban en la campaña de Birmania. Pero el avance japonés estaba llegando a su final de una manera natural. La Operación

Ichigō había conseguido sus objetivos, y el invierno se acercaba. Trece aeródromos norteamericanos habían quedado inoperativos, los nipones habían infligido más de trescientas mil bajas en las filas nacionalistas y sus ejércitos de China se habían unido a sus camaradas de Indochina.[12]

Para el general Slim supuso un duro golpe quedarse sin apoyo aéreo en el momento en que su XIV Ejército se disponía a cruzar un río tan importante y caudaloso como el Irrawaddy. Varios oficiales británicos sospecharon que el anglófobo general Wedemeyer no tenía en realidad ningún interés en ayudarlos, sobre todo teniendo en cuenta que ya habían contribuido en todo lo necesario para asegurar la carretera de Birmania a China.

Mientras MacArthur seguía exultante por el beneplácito recibido de Roosevelt para emprender su invasión de Luzón, lo cual representaba una victoria sobre el almirante King, iban desarrollándose los preparativos para los primeros desembarcos en Leyte. Pero el almirante Nimitz se había negado a cancelar el asalto a la isla de Peleliu, donde se encontraba el principal aeródromo japonés de las islas Palaos. Los comandantes suponían que la 1.ª División de Infantería de Marina tardaría solo entre tres y cuatro

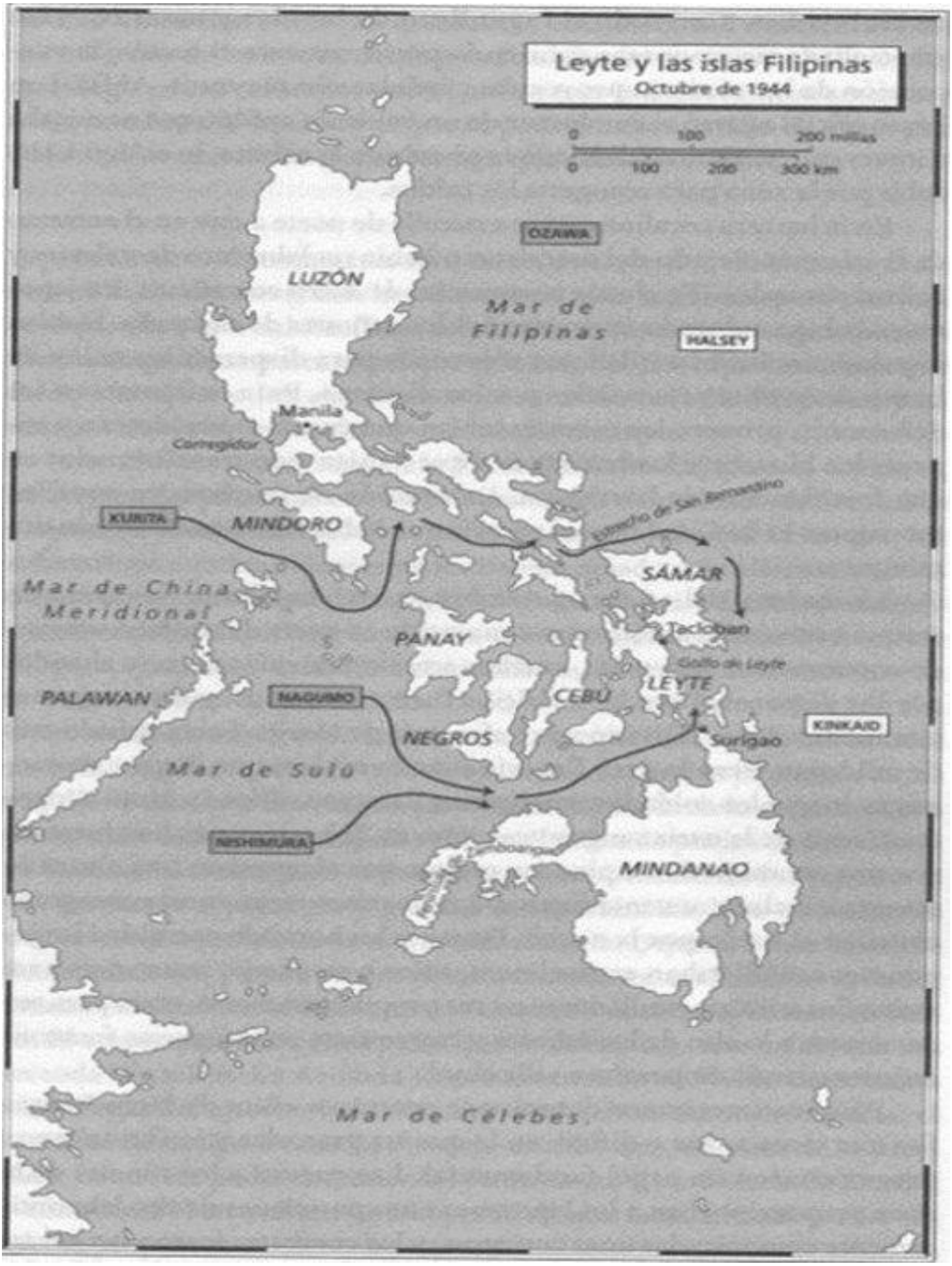
días en tomar Peleliu.

El 15 de septiembre comenzó el asalto anfibio, con el habitual bombardeo de los grandes cañones de los acorazados y los bombarderos en picado de los portaaviones. Los portones de proa de los LST se abrieron, y empezaron a salir varios centenares de vehículos anfibios llenos de marines. Peleliu, con apenas ocho kilómetros de longitud y menos de tres de anchura, parecía en el mapa como una cabeza de cocodrilo con las mandíbulas ligeramente abiertas. Su costa noroccidental la formaba una larga barrera de colinas y crestas de coral, la suroriental era una zona de manglares, y en el centro llano de la isla se encontraba el aeródromo. Los atolones de coral que la rodeaban imposibilitaban el uso de lanchas de desembarco. Solo los vehículos anfibios podían superarlos.

Para los marines que habían combatido en la mayoría de las islas, Peleliu sería la peor. El calor era agobiante, llegándose a veces a los 46°. El agua de sus cantimploras parecía recién hervida, pero la bebían igual. La sed y la deshidratación se convirtieron en graves problemas. La escasez de agua en la isla era tal que a bordo de los barcos de la flota hubo que llenar de agua viejos barriles de petróleo aún sucios para llevarlos a tierra. Su contenido, que sabía a una mezcla de óxido y gasolina, repugnaba a todos los hombres, pero era lo único que había. Muchos soldados sufrieron golpes de calor ya en las primeras

veinticuatro horas.

Los marines llegaron a las inmediaciones del aeródromo, y enseguida empezaron a oír el ruido de unos tanques. Al principio creyeron que eran los suyos, pero cuando se dieron cuenta de que una docena de carros blindados japoneses habían aparecido de la nada, cundió rápidamente el pánico. Disponían de pocas armas perforadoras de blindaje, pero al final unos cuantos Sherman y los cazabombarderos redujeron enseguida los obsoletos vehículos acorazados enemigos a un montón de chatarra humeante.


Leyte y las islas Filipinas
Octubre de 1944
0 100 200 millas
0 100 200 300 km
OZAWA
LUZÓN
Mar de Filipinas
HALSEY
Manila
Corregidor
KURITA
MINDORO
Estrecho de San Bernardino
SAMAR
Mar de China Meridional
Tacloban
PANAY
Golfo de Leyte
LEYTE
PALAWAN
NAGUMO
CEBÚ
KINKAID
NEGROS
Surigao
Mar de Sulú
NISHIMURA
MINDANAO
Mar de Célebes

Los marines esperaban que los japoneses no tardaran en «recurrir a su grito de *banzai*», o lo que es lo mismo, a lanzarse contra ellos en una carga suicida como habían hecho en otras islas, pues era su manera de poner rápidamente fin a una situación desesperada. Pero el enemigo había decidido cambiar de táctica. Atrincherarse entre el sólido coral resultaba imposible. Y lo peor de todo, los afilados fragmentos que las explosiones de las bombas lanzaban despedidos en todas direcciones aumentaban enormemente sus letales efectos. El único cobijo que encontraron los americanos fueron los cráteres abiertos por el estallido de las bombas. Con todo el lugar lleno de heridos y muertos, y las ametralladoras japonesas cubriendo perfectamente el sector, la evacuación de las víctimas provocaba pérdidas aún mayores. Al final un joven oficial agarró al conductor de un vehículo anfibio que se negaba a intervenir y, apuntándole con la pistola en la cabeza, le obligó a circular por la zona para recoger a los caídos.

En la barrera coralina que se extendía de norte a este en el extremo de la isla más alejado del aeródromo había un laberinto de galerías y cuevas naturales. Tras unas portezuelas de acero correderas, los japoneses habían colocado en su interior los cañones de campaña. Habían instalado incluso ventiladores eléctricos para dispersar las nubes de humo de cordita provocadas por los disparos. Para

enfrentarse a los defensores, primero los marines tenían que cruzar el aeródromo y superar los blocaos y los barracones que habían sido transformados en una fortificación de hormigón. En opinión de muchos, en aquellos momentos lo de Guadalcanal parecía que había sido una excursión dominguera.

La mañana del 16 de septiembre, cuatro batallones lanzaron un ataque a través del aeródromo convertido en tierra de nadie. Avanzando encorvados a toda prisa, muchos americanos caían al suelo abatidos por los disparos. Pero los edificios fueron tomados, y sus ocupantes eliminados. La 1.ª División de Infantería de Marina había sufrido más de mil bajas. Pero lo peor llegaría cuando tuviera que limpiar de enemigos lo que los soldados americanos llamaron «Bloody Nose Ridge» (o «Cresta de la nariz sangrante»), esto es, la barrera coralina formada por una sucesión de empinadas crestas que alcanzaban una altura de sesenta e incluso noventa metros. Los marines raras veces conseguían conciliar el sueño por la noche. Durante las horas de oscuridad los japoneses se infiltraban en sus líneas, solos o en pareja, unas veces para acuchillar a los ametralladores en sus propias trincheras, otras para encaramarse a lo alto de los árboles y convertirse en peligrosos francotiradores cuando empezaba a salir el sol.

Para los americanos despejar de enemigos «Bloody Nose Ridge» fue una tarea ardua y difícil, en la que las

granadas y los lanzallamas desempeñaron un papel fundamental. Las cuevas y los túneles de la zona proporcionaban a los japoneses unas posiciones de tiro laberínticamente comunicadas unas con otras, y los combates fueron tan encarnizados que la mayor parte de la isla no quedó despejada hasta finales de octubre. Por entonces, las bajas de la 1.ª División de Infantería de Marina ascendían a seis mil quinientas veintiséis, mil doscientas cincuenta y dos de las cuales correspondían a muertos. Y la 81.ª División, que llegó como refuerzo, perdió otros tres mil doscientos setenta y ocho hombres. Y lo cierto es que se podría haber pasado de largo por Peleliu. Fue uno de los pocos errores que cometió Nimitz.

A punto estuvo de cometerse otro error, esta vez por el almirante Halsey, en la batalla naval más importante de toda la guerra, pero por fortuna para la Flota del Pacífico, un almirante japonés no supo aprovechar la magnífica oportunidad que se le brindó. Los nipones sabían que tarde o temprano los americanos intentarían invadir Filipinas, y su idea era convertir la acción en una batalla decisiva.

Los últimos acorazados de la Flota Combinada japonesa tenían su base cerca del principal centro de suministro de petróleo de las Indias Orientales

Neerlandesas. Tras hundir tantísimos buques cisterna, los submarinos estadounidenses no les habían dejado otra alternativa. Los portaaviones que le quedaban a la Armada Imperial debían permanecer cerca del archipiélago nipón. En Okinawa, el almirante Fukudome Shigeru, que había vivido una contundente incursión de los aviones de la Tercera Flota de los Estados Unidos en el mes de octubre, estaba horrorizado por el elevado número de bajas que habían sufrido sus mal preparados pilotos cuando más de quinientos aparatos japoneses cayeron derribados por la aviación americana. Describiría la escena «como un montón de huevos arrojados contra el muro de piedra de la indómita formación enemiga».[13] Sin embargo, la obsesión de los japoneses por mantener el prestigio y guardar las apariencias, hizo que trataran de presentar aquel desastre como una victoria. Dijeron haber hundido dos acorazados y once portaaviones, cuando en realidad los Aliados únicamente sufrieron daños en dos cruceros durante el enfrentamiento. El emperador Hiro Hito pidió que se llevaran a cabo celebraciones en toda la nación. La Armada Imperial también se olvidó de contar a sus colegas del ejército la realidad de los hechos. En consecuencia, el mariscal de campo Terauchi Hisaichi decidió que, en vista de lo sucedido, la marina podía defender la isla de Leyte y también la de Luzón, y convenció al cuartel general imperial de que cambiara sus planes según su propuesta.

El general MacArthur, convencido de que el destino iba a depararle su gran momento de gloria, embarcó en el crucero *Nashville* para unirse a los barcos que transportaban las tropas de invasión del VI Ejército. El convoy iba escoltado por la Séptima Flota del vicealmirante Thomas C. Kinkaid, formada por dieciocho portaaviones y seis viejos acorazados. Como era de esperar, a la Séptima Flota se la llamaría la «Armada de MacArthur». Todos estos buques debían aproximarse a Leyte por el sur. La Tercera Flota de Halsey, con dieciséis portaaviones rápidos, seis acorazados y otros ochenta y un navios, entre cruceros y destructores, vigilaría las rutas que accedían a la isla por el nordeste. En total, la Marina de los Estados Unidos había echado a la mar doscientos veinticinco buques de guerra para la invasión de Leyte.

Ni Halsey ni Kinkaid esperaban que los japoneses presentaran batalla en aquel momento. La lógica parecía indicar que los japoneses se replegarían para concentrar sus fuerzas y afrontar una invasión en la propia Luzón. Este había sido, de hecho, el plan nipón, pero si se producía un desembarco en Filipinas, los japoneses corrían el peligro de ver cortado su acceso a los yacimientos petrolíferos de Java y Sumatra. El cuartel general imperial simplemente no podía obviar semejante amenaza. Halsey estaba tan confiado que envió uno de sus grupos de portaaviones a la gran base naval que los americanos acababan de instalar en

la laguna del atolón Ulithi, en las islas Carolinas, para su puesta a punto.

A primera hora del 20 de octubre, la flota invasora y sus naves escolta entraron en el estrecho que daba acceso al golfo de Leyte. El desembarco de cuatro divisiones comenzó esa misma mañana y se desarrolló según lo previsto. El general MacArthur bajó a tierra con el nuevo presidente de Filipinas a primera hora de la tarde. MacArthur, que se había asegurado de contar con la presencia de periodistas, cámaras de rodaje y fotógrafos, hizo las siguientes declaraciones al llegar a la playa: «¡Pueblo de Filipinas, he regresado! Con la ayuda de Dios Todopoderoso, nuestras fuerzas vuelven a estar en suelo filipino». Aquella campaña casi presidencial que MacArthur había llevado a cabo durante el último año había incluido el reparto de folletos, cajas de cerillas, paquetes de cigarrillos e insignias propagandísticas, todo ello decorado con un retrato del general MacArthur, las banderas de los Estados Unidos y Filipinas y el siguiente slogan: *I shall return* («Regresaré»). De su distribución se había encargado la gran red de la resistencia presente en el archipiélago, y la mayoría de los filipinos sabía el significado de aquellas tres palabras inglesas cuando empezaron los desembarcos.

Los combates en Leyte no tardaron en aumentar de intensidad. Como había ocurrido en otros lugares, las

unidades de vanguardia toparon con posiciones atrincheradas y nidos de ametralladoras perfectamente camuflados. Una vez más las consecuencias fueron devastadoras. El 302.° Batallón de Ingenieros acudió en ayuda de la 77.ª División. En un bulldozer blindado, su capitán, J. Carruth, se lanzó contra el enemigo, enterrando, o dejando al descubierto, sus trincheras y sus nidos de ametralladoras, llegando a veces incluso a colgarse de un lado del vehículo para disparar con su subfusil Thompson contra cualquier soldado japonés que pudiera quedar expuesto.

El 23 de octubre, mientras MacArthur era homenajeado en otra ceremonia celebrada en la ciudad provincial de Tacloban, la flota invasora anclada frente a la costa daba la señal de alarma: «¡Todos a sus puestos! ¡Zafarrancho de combate!». Dos submarinos estadounidenses habían divisado los buques de la Flota Combinada japonesa dirigiéndose hacia allí.

El almirante Toyoda Soemu, comandante en jefe de la Flota Combinada, disponía de un gran número de acorazados y de cruceros pesados. A sus fuerzas se habían unido incluso dos acorazados de la clase Yamato, los más grandes del mundo, con sesenta y ocho mil toneladas de peso, y armados con cañones de 46 cm. Como se había quedado prácticamente sin pilotos y sin aparatos aéreos tras los desastrosos enfrentamientos ocurridos en aguas de

Formosa, Toyoda había decidido utilizar sus dos portaaviones como anzuelo para atraer la flota americana y alejarla de Leyte, tras lo cual pensaba atacar los barcos de transporte estadounidenses y sus naves escolta.

El plan de Toyoda era, probablemente, demasiado complicado para que pudiera ser culminado con el éxito. El almirante japonés dividió sus fuerzas en cuatro: el grupo de portaaviones enviado al norte para servir de cebo; dos escuadras que supuestamente debían reunirse en el estrecho de Surigao, aunque al final no llegaron a encontrarse debido a los problemas existentes entre sus comandantes, que se detestaban el uno al otro; y por último el grueso de la flota, la Primera Fuerza de Ataque, comandada por el vicealmirante Kurita Takeo, y en la que se encontraban los grandes acorazados *Yamato* y *Musashi*. Toyoda pretendía cruzar el archipiélago filipino para llegar al estrecho de San Bernardino al norte de Leyte. Esta fue la fuerza que, procedente de Brunei, en la costa septentrional de Borneo, fue divisada por los dos submarinos norteamericanos.

Tras enviar el mensaje de alarma, los submarinos atacaron inmediatamente a la flota enemiga con torpedos, hundiendo el buque insignia de Kurita, el crucero pesado *Atago*, provocando graves daños en otro crucero, el *Takao*, y echando a pique un tercero, el *Maya*. Abatido y desconcertado, Kurita Takeo, vestido aún con su uniforme

azul y sus guantes blancos, abandonó el *Atago* poco antes de que este desapareciera engullido por las aguas, y trasladó su bandera al *Yamato*.

El 24 de octubre, el almirante Halsey, presa de un gran entusiasmo, se preparó para la acción. Ordenó que los portaaviones de Mitscher atacaran la fuerza de Kurita, pero inmediatamente los radares advirtieron que un escuadrón de aproximadamente doscientos aviones se aproximaba en su dirección procedentes de los aeródromos japoneses. Los cazas Hellcat despegaron rápidamente y destruyeron setenta aparatos enemigos. Un solo piloto americano consiguió derribar nueve de ellos en este enfrentamiento. Sin embargo, un bombardero japonés logró pasar entre los Hellcat. Una de sus bombas alcanzó la cubierta de vuelo del portaaviones *Princeton*, y estalló un gran incendio. Las llamas comenzaron a propagarse, provocando la explosión de los torpedos y el combustible almacenados en el interior del buque.

A las 10:30, los bombarderos en picado Corsair, con su característica ala de gaviota invertida, y los aviones torpederos Avenger atacaron la gigantesca escuadra del almirante Kurita, en la que se encontraban los grandes acorazados *Yamato* y *Musashi*. Los Avenger lanzaron sus torpedos contra el *Musashi*, cuya proa era un poco más vulnerable, obligándolo a aminorar su velocidad. Sus acciones fueron imitadas por otros pilotos americanos.

Diecisiete bombas y diecinueve torpedos alcanzaron de lleno al *Musashi*, condenándolo a una muerte segura. Un corneta tocó el himno nacional japonés mientras el acorazado empezaba a escorarse, y un corpulento nadador se ató al cuerpo la bandera de combate antes de saltar por la borda. Poco después el enorme acorazado, cuyas dimensiones superaban las del *Bismarck*, zozobró y se hundió, llevándose consigo a más de mil hombres de su tripulación. El *Yamato* y otros dos acorazados también sufrieron daños que los obligaron a aminorar la marcha. Otros nueve buques, entre cruceros y destructores, fueron hundidos o quedaron gravemente averiados.

El almirante Kurita, reacio a adentrarse en el estrecho de San Bernardino a plena luz del día, y sin saber qué hacer a continuación, optó por dar media vuelta. Cuando Halsey fue informado de ello por sus pilotos, que en un exceso de optimismo habían comunicado unas pérdidas del enemigo muy superiores a las reales, creyó que los japoneses huían. Aquella tarde, había enviado un mensaje anunciando que iba a separar de su Tercera Flota cuatro acorazados, cinco cruceros y catorce destructores para crear la Fuerza Operacional 34. Cuando el almirante Kinkaid en Leyte, el almirante Nimitz en Pearl Harbor y el almirante King en Washington fueron informados de esta decisión, los tres la aprobaron, dando por hecho que La Fuerza Operacional 34 se quedaría en la zona para vigilar y proteger el estrecho de

San Bernardino. Pero a las 17:30 un mensaje informó a Halsey de que la fuerza de portaaviones japonesa había sido por fin divisada a unas trescientas millas al norte del estrecho. En su informe, el piloto había exagerado, por lo visto sin querer, el número de acorazados que iban en la escuadra comandada por el vicealmirante Ozawa Jisaburo, indicando que eran cuatro. Como ignoraba que Ozawa había estado navegando en rectángulo para facilitar su localización, el impetuoso Halsey picó el anzuelo.

Kinkaid y MacArthur confiaban en que la Tercera Flota colaborara protegiendo el desarrollo de la invasión. Halsey, sin embargo, quería actuar en consonancia con el espíritu de la orden de Nimitz de que, si se presentaba la oportunidad de destruir una parte importante de la armada enemiga, tenía que aprovecharla y considerarla su principal prioridad. Además, tenía muy presente las críticas vertidas sobre el almirante Raymond Spruance cuando este decidió no salir en persecución de los portaaviones japoneses que huyeron de las Marianas. Así pues, Halsey decidió lanzarse a la caza del enemigo y zarpó con toda la Tercera Flota, sin dejar atrás la Fuerza Operacional 34 para que protegiera el estrecho de San Bernardino. Halsey se había dejado engañar por los buques señuelo, a pesar de las advertencias de sus propios comandantes de la fuerza operacional.

Cuando cayó la noche, el almirante Kinkaid desplegó los acorazados de la Séptima Flota en la entrada del

estrecho de Surigao. Sabía por los vuelos de reconocimiento y por diversos mensajes interceptados que en poco tiempo iba a tener encima las otras dos escuadras de Toyoda. Seguía pensando que la Fuerza Operacional 34 controlaba totalmente el acceso a Leyte por San Bernardino. Cinco de sus seis viejos acorazados eran víctimas resucitadas del ataque a Pearl Harbor. Los demás buques de su flota de emboscada eran destructores. Se ordenó el ataque de las lanchas torpederas en primera línea, pero sus proyectiles, lanzados poco antes de la medianoche, fallaron el blanco.

La escuadra de combate japonesa, formada por cuatro destructores, dos acorazados y un crucero, marchó directamente hacia aquella trampa nocturna. Ocultos en la oscuridad, los destructores americanos y australianos la rebasaron a toda velocidad disparando sus torpedos. Luego, en una maniobra obsoleta pero sumamente efectiva, los seis viejos acorazados formaron una línea a través del estrecho. El radar que dirigía su armamento principal garantizó la precisión de sus impresionantes andanadas. Solo un destructor japonés logró escapar. Todos los demás buques nipones, incluidos los acorazados *Fuso* y *Yamashiro*, se fueron a pique al instante o poco más tarde. Únicamente uno de los destructores de Kinkaid sufrió daños importantes. El comandante de la segunda escuadra japonesa, que no había podido unirse a su odiado rival,

decidió no correr la misma suerte.

El almirante Kinkaid estaba comprensiblemente satisfecho del desarrollo de los acontecimientos de aquella noche. Pero antes de regresar —ya era el 25 de octubre, alrededor de las cuatro de la mañana—, preguntó a su jefe de estado mayor si había alguna cosa más que tal vez pudieran hacer. Este respondió que quizá deberían reconfirmar con Halsey que la Fuerza Operacional 34 seguía vigilando el estrecho de San Bernardino al norte de Leyte. Kinkaid estuvo de acuerdo, y se envió un mensaje. Debido a la acumulación de trabajo de los descodificadores, Halsey no lo recibió hasta al cabo de tres horas. Su contestación fue: «Negativo. FO34 conmigo persiguiendo fuerza portaaviones enemiga». La respuesta era realmente alarmante, aunque más tarde, a las 07:20, Kinkaid recibió un comunicado de uno de los portaaviones pequeños de escolta que se encontraba en aguas de Leyte. Estaban siendo atacados. Los acorazados del almirante Kurita, incluido el *Yamato*, habían regresado y cruzado el estrecho de San Bernardino sin que nadie ni nada se lo impidiera. Toda la flota invasora de MacArthur corría un gravísimo peligro.

Las llamadas de ayuda a Halsey y a la Tercera Flota no tuvieron la respuesta esperada. Lejos de reconocer su gran equivocación, Halsey seguía estando decidido a continuar con la persecución. Los portaaviones de Mitscher habían

lanzado sus aviones contra las fuerzas de Ozawa, hundiendo dos portaaviones y un destructor. Todo lo que Halsey estaba dispuesto a conceder en aquella crisis era volver a llamar a la fuerza operacional de portaaviones que se dirigía al atolón Ulithi para repostar. Incluso Nimitz, que nunca interfería en las órdenes dadas por un comandante subordinado una vez comenzada la batalla, envió un mensaje a las 09:45 preguntando por el paradero de la Fuerza Operacional 34. «Bull» Halsey se puso hecho una furia, y cada hora que pasaba aumentaba su obstinación.

Kinkaid, mientras tanto, había enviado algunos de sus acorazados al norte en ayuda de los portaaviones y los destructores escolta que se enfrentaban a la poderosa escuadra de Kurita. No llegaron lo suficientemente rápido para entrar en acción, y lo que es más sorprendente, ni falta que hizo. En un alarde de gran pericia y valentía, los pilotos antisubmarino de los portaaviones escolta, que no llevaban ni torpedos ni bombas, hicieron una simulación de ataque tras otra con el fin de distraer los acorazados de Kurita. En un momento determinado el *Yamato* viró en la dirección equivocada para evitar lo que creyó que era un torpedo, y cuando volvió a virar para unirse a los otros buques, una gran distancia ya lo separaba de ellos.

Constantemente, los destructores estadounidenses aparecían y desaparecían en medio de una cortina de humo, disparando sus torpedos. También una tormenta vino en

ayuda de los americanos. En un portaaviones escolta, el *Gambier Bay*, estalló un incendio, y se perdieron tres destructores, pero puede decirse que los daños sufridos por la fuerza operacional fueron extraordinariamente pequeños en vista de las circunstancias. De repente, para sorpresa, regocijo y alivio de los demás destructores y portaaviones escolta americanos, los buques de Kurita empezaron a virar para poner rumbo al norte. Kurita, que todavía no sabía que Halsey estaba persiguiendo a Ozawa según lo previsto, temió verse atrapado por la retaguardia por la Tercera Flota. Sus operadores de radio habían interceptado un mensaje sin codificar de Kinkaid solicitando poder regresar. A media mañana, Kurita decidió retirarse por el estrecho de San Bernardino.

Halsey, que ya había hundido los cuatro portaaviones de Ozawa, entró por fin en razón. Envió sus acorazados rápidos de vuelta al sur, pero llegaron tarde para cortar el paso a los buques de Kurita e impedirles la huida. Halsey justificaría su acción acogiéndose a la orden dada por Nimitz de intentar la destrucción de la flota enemiga, pero seguiría empeñado en no reconocer que en realidad había ido a la caza de la flota equivocada. La prensa llamaría su cacería la «Battle of Bull's Run»,* Nimitz no tomó ninguna medida contra el temerario y vehemente almirante. En cualquier caso, la batalla del golfo de Leyte, como admitirían los propios japoneses, había sido una victoria

decisiva. La Armada Imperial había perdido los cuatro portaaviones, el magnífico *Musashi*, otros dos acorazados, nueve cruceros y doce destructores.

Aquella mañana del 25 de octubre, justo al final de la batalla, los japoneses recurrieron a una nueva arma: los ataques suicidas de los pilotos de la Primera Flota Aérea de Luzón. Eran los llamados kamikaze, o «viento divino», en recuerdo del tifón que en el siglo xvi destruyó la flota invasora del emperador Kublai Kan. Esta «nueva arma» tenía una clara ventaja para la marina japonesa. La mayoría de los jóvenes pilotos que le quedaban no estaban capacitados para el combate aéreo, de modo que lo único que debían saber era dirigir su avión como una bomba volante contra un objetivo, esto es, un barco, especialmente la cubierta de vuelo de un portaaviones. Los americanos perdieron un portaaviones escolta, y sufrieron graves daños en otros tres, pero la sorpresa y la conmoción que supusieron los ataques kamikaze resultarían sumamente contraproducentes para Japón. La mentalidad que encarnaban fue uno de los factores que sin duda más contribuyó para que los americanos adoptaran la decisión de utilizar armas atómicas contra el país apenas un año después, en vez de optar por emprender una invasión convencional de sus islas.

42
ESPERANZAS DEFRAUDADAS (septiembre-diciembre de 1944)

Durante los últimos días de agosto de 1944, el colapso de los ejércitos alemanes en Normandía y la liberación de París produjeron en Occidente un sentimiento de euforia y la sensación de que la guerra habría acabado «para Navidad». Esta impresión se intensificó con el precipitado avance de los ejércitos aliados hacia el Rin. El 3 de septiembre, la División Acorazada de la Guardia entró en Bruselas, siendo objeto de una acogida tan entusiasta como la vivida en el París liberado una semana antes. El III Ejército de Patton estaba ya cerca de Metz.

Al día siguiente de la caída de Bruselas, Amberes cayó en manos de la 11.ª División Acorazada, que había avanzado quinientos cincuenta kilómetros en seis días. A su derecha, el VII Cuerpo norteamericano atrapó cerca de Mons a un gran contingente de alemanes que se retiraban de

Normandía y del Paso de Calais. Dos mil murieron y treinta mil fueron hechos prisioneros. Entre ellos debían de estar las tropas que, como reacción a los ataques de la resistencia belga, habían quemado unas casas cerca de Mons y habían matado en represalia a sesenta civiles. Otras atrocidades y actos de pillaje, perpetrados principalmente por unidades de las Waffen-SS, se produjeron en diferentes puntos de Bélgica durante los días sucesivos en el curso de la retirada de los alemanes.[1]

A continuación dio la impresión de que el I Ejército norteamericano iba a poder tomar la primera ciudad alemana, Aquisgrán. La velocidad de los acontecimientos parecía imparable y hacía pensar que la resistencia alemana iba a venirse abajo. Los Aliados no tuvieron en cuenta que el Muro Occidental, lo que ellos llamaban la línea Sigfrido, se convertiría en un obstáculo casi insalvable. Hitler volvió a nombrar al mariscal von Rundstedt comandante en jefe del oeste, pero fue el mariscal Model quien, en palabras del general Ornar Bradley, «fortaleció de nuevo milagrosamente al ejército alemán» y contuvo el pánico.[2] Göring proporcionó seis regimientos de *Fallschirmjäger*, a los que se añadieron otros diez mil miembros de la Luftwaffe, incluido personal de tierra y hasta aprendices de piloto cuyos vuelos de adiestramiento habían sido interrumpidos debido a la escasez de combustible. Estas formaciones constituirían la base del I Ejército de

Paracaidistas del *Generaloberst* Kurt Student, desplegado al sur de Holanda.

Fue aquel también el momento en el que la soberbia de los Aliados chocó con la realidad de la escasez de carburantes, que todavía tenían que ser transportados desde Cherburgo en camiones del «Red Ball Express». El avance dependía en su totalidad del tonelaje suministrado y de que se alcanzara el equilibrio entre los envíos de combustible y de munición. El I Ejército canadiense todavía no había podido reconquistar los puertos del canal de la Mancha, que eran defendidos con gran determinación en cumplimiento de las órdenes de Hitler. Así, pues, la única solución era Amberes. Pero, aunque el II Ejército británico había tomado la ciudad y el puerto prácticamente sin que sufrieran grandes destrozos, Montgomery no había asegurado ni el territorio comprendido entre el estuario del Escalda y el mar del Norte ni sus islas. Había hecho caso omiso a las advertencias del almirante Ramsay, según el cual las minas y las baterías de costa que tenían los alemanes en las islas, especialmente en Walcheren, harían que este sector resultara con toda probabilidad innavegable y que por lo tanto el puerto de Amberes, pese a su importancia vital, no pudiera utilizarse.

La culpa había sido también de Eisenhower y del SHAEF (*Supreme Headquarters Allied Expeditionary Forces*, «Cuartel General Supremo de las Fuerzas

Expedicionarias Aliadas») por no haber insistido a Montgomery en que despejara el estuario antes de intentar la marcha sobre el Rin. Los alemanes tuvieron así tiempo de reforzar las guarniciones de las islas. En consecuencia, los canadienses necesitarían más tarde librar largas y complejas batallas, incluido algún que otro desembarco anfibio, para corregir este error. Sufrieron doce mil ochocientas setenta y tres bajas en una operación que habría podido llevarse a cabo con muy poco coste si se hubiera emprendido inmediatamente después de la captura de Amberes. El paso del Escalda no quedaría expedito hasta el 9 de noviembre y hasta el 26 de ese mismo mes no llegarían a Amberes los primeros barcos. Esta demora iba a suponer un grave golpe a la concentración de fuerzas de los Aliados antes de la llegada del invierno.

Montgomery seguía furioso por la decisión de Eisenhower de avanzar a lo largo de un frente amplio hacia el Rin y hacia Alemania. Esa había sido siempre la doctrina standard de los americanos, basada en una irresistible superioridad de fuerzas, así que al militar inglés no habría tenido por qué extrañarle. Pero Montgomery creía además que Eisenhower no era un general de campaña, y que él habría debido ocupar su puesto. Montgomery deseaba que su XXI Grupo de Ejércitos y el XII Grupo de Ejércitos de Bradley avanzaran juntos por el norte de las Ardenas y rodearan el Ruhr. Pero en su reunión del 23 de agosto,

Eisenhower había hecho hincapié en que quería que el III Ejército de Patton se uniera al VII Ejército de los Estados Unidos y al I Ejército francés, proveniente del sur de Francia.

Eisenhower, irritado todavía con Montgomery por la falta de franqueza de sus comunicaciones en Normandía, no cambió el plan que tenía establecido. El único compromiso al que se avino fue asignar al XXI Grupo de Ejércitos una cantidad de recursos mayor y mantener al III Ejército de Patton en el Mosela. La reacción de Patton fue la previsible. «Monty hace lo que le da la gana y Ike dice. "Sí, señor"», escribió en su diario.[3] Patton no era el único que se sintió irritado por el ascenso de Montgomery a mariscal, homenaje al que Churchill había dado su aprobación para calmar a la prensa británica cuando Eisenhower asumió la dirección de las operaciones el 1 de septiembre. Patton siguió adelante y cruzó el Mosela, pero la ciudad fortaleza de Metz resultó un hueso más duro de roer de lo que se había figurado.

Aunque Eisenhower había asumido el mando de la campaña, lamentablemente hubo muy poco control o al menos las comunicaciones durante aquellos días cruciales dejaron mucho que desear. El comandante supremo se había lesionado una rodilla y se hallaba atrapado en el cuartel general del SHAEF, situado todavía en Granville, en la costa atlántica de Normandía. A Montgomery le

exasperaba no recibir respuesta inmediata a sus comunicados por radio, de modo que el día en que Eisenhower voló a Bruselas, el inglés no se encontraba de humor para actuar con tacto cuando se reunió con el comandante supremo lesionado en su avión aparcado junto a la pista de aterrizaje. Blandiendo las copias de los comunicados que se habían intercambiado, le echó un sermón explicando lo que pensaba de la estrategia propuesta. Eisenhower esperó a que parara para tomar aliento e inclinándose hacia delante, le dio una palmadita en las rodillas y dijo tranquilamente: «¡Calma, Monty! No puedes hablarme así. Soy tu jefe». Cuando vio que lo ponían en su lugar, Montgomery murmuró: «Lo siento, Ike».[4]

Montgomery estaba decidido a ser el primero en cruzar el Rin e iniciar así el camino hacia la primera gran ofensiva en Alemania, que él mismo debía comandar. Su obcecación daría lugar a uno de los desastres más famosos de los Aliados durante la guerra. Bradley quedó estupefacto ante el osado plan expuesto por Montgomery de dar un salto hacia adelante con una serie de lanzamientos en paracaídas y cruzar el bajo Rin a la altura de Arnhem. El proyecto le sorprendió —como sorprendió a otros—por considerarlo inapropiado. «Si Montgomery, tan piadoso y abstemio como es, hubiera entrado haciendo eses en el SHAEF con una cogorza», escribiría más tarde, «no me

habría sorprendido tanto como me sorprendió la temeraria aventura que propuso».[5] Pero Montgomery tenía una justificación que Bradley no admitía. Los cohetes V-2, disparados desde el norte de Holanda, habían empezado a caer sobre Londres, y el gabinete de guerra quería saber si podía hacerse algo al respecto.

El 17 de septiembre dio comienzo la Operación Market Garden. Se trataba de una ofensiva aerotransportada a cargo de formaciones paracaidistas británicas, norteamericanas y polacas para capturar una serie de puentes sobre dos canales, sobre los ríos Mosa y Waal y finalmente sobre el Rin. Las advertencias de que en el área de Arnhem habían sido identificadas algunas divisiones panzer SS fueron ignoradas. Víctima de la mala suerte y el mal tiempo, la operación aerotransportada fracasó sobre todo porque las zonas de lanzamiento de los paracaidistas estaban demasiado lejos de los objetivos, las comunicaciones por radio fallaron estrepitosamente y los alemanes reaccionaron con mucha más rapidez de lo esperado. Ello se debió a la diligente actuación del enérgico Model, pero también al hecho de que la 9.ª y la 10.ª División Panzer de la SS estaban cerquísima de Arnhem.

El plan de Montgomery dependía de que el XXX Cuerpo de Horrocks avanzara con toda rapidez por una sola carretera para auxiliar a las fuerzas aerotransportadas, pero

la resistencia de los alemanes en los puntos clave impidió mantener el impulso. A pesar del valor verdaderamente heroico de todas las formaciones aerotransportadas, especialmente la 82.ª División de los Estados Unidos que cruzó el río Waal bajo el fuego enemigo a plena luz del día, el XXX Cuerpo no logró enlazar nunca con la 1.ª División de los británicos. El 27 de septiembre, los paracaidistas que defendían la cabeza de puente de Arnhem, casi sin agua, sin comida y sobre todo escasos de municiones, se vieron obligados a rendirse. Los maltrechos restos de la 1.ª División Aerotransportada británica tuvieron que ser evacuados cruzando el bajo Rin por la noche. Los alemanes hicieron casi seis mil prisioneros, la mitad de ellos heridos. El total de las pérdidas aliadas fue de casi quince mil hombres.

En el frente oriental, el Ejército Rojo había aumentado las enormes ganancias obtenidas a raíz de la Operación Bagration con otra ofensiva más al sur, iniciada el 20 de agosto. El general Guderian, el nuevo jefe de estado mayor del ejército, nombrado por Hitler después del atentado de julio, se había llevado cinco divisiones panzer y seis divisiones de infantería del Grupo de Ejércitos Ucrania Sur en un intento de reforzar al Grupo de Ejércitos Centro. El

Generaloberst Ferdinand Schorner se quedó con una sola división panzer y otra división de granaderos acorazados para respaldar a sus formaciones de infantería alemanas y a las unidades rumanas. Fueron desplegadas desde el mar Negro hasta el río Dniéster y el este de los Cárpatos.

La Stavka dio las instrucciones pertinentes a los mariscales Malinovsky y Tolbukhin. El Segundo y el Tercer Frente Ucraniano, que estaban a su mando, debían obligar a Rumania a salir de la guerra y apoderarse de las explotaciones petrolíferas de Ploesti. Las formaciones rumanas empezaron a desintegrarse y a desertar desde el primer día. El VI Ejército alemán, un intento de Hitler de resucitar al que había perdido en Stalingrado, fue igualmente rodeado y destruido. El Grupo de Ejércitos Ucrania Sur perdió más de trescientos cincuenta mil hombres, que fueron muertos o capturados. Rumania abandonó a Alemania para firmar la paz con la Unión Soviética, y Bulgaria siguió su ejemplo dos semanas después. El colapso se produjo con más rapidez de lo que los alemanes y los soviéticos habían esperado.

Para Alemania, el golpe más demoledor fue la pérdida de los yacimientos petrolíferos de Ploesti. Además, todas sus fuerzas de ocupación de los Balcanes, especialmente las de Yugoslavia y Grecia, corrían el riesgo en aquellos momentos de quedar incomunicadas. Y con los ejércitos soviéticos cruzando los Cárpatos, Eslovaquia y los últimos

suministros de petróleo de Hitler en las proximidades del lago Balatón, en Hungría, quedaban al alcance del Ejército Rojo.

El 2 de septiembre, el mismo día en que los rusos se aseguraban Bucarest y los yacimientos petrolíferos de Ploesti, Finlandia firmaba también la paz con la Unión Soviética, tal como esperaba Stalin. El dictador seguía intentando aislar en la costa del Báltico al Grupo de Ejércitos Norte, ahora al mando del brutal Schorner, nazi convencido que disfrutaba ahorcando a los desertores y derrotistas. El contraataque alemán ordenado por Guderian había logrado romper el pasillo soviético hacia el golfo de Riga, aunque a unos costes altísimos. Schorner dirigió una retirada en combate a través de Riga con el XVI y el XVIII Ejército. Pero un golpe de mano soviético por el oeste, en dirección a Memel, dejó al Grupo de Ejércitos Norte completamente aislado en la península de Curlandia.

«Mental y moralmente estamos al límite de nuestras fuerzas», escribía un soldado al cargo de una batería antiaérea que guardaba el cuartel general del XVI Ejército. «Solo puedo llorar a los numerosos, numerosísimos camaradas que han caído sin saber por qué estaban luchando».[6] Algunas tropas del Grupo de Ejércitos Norte fueron evacuadas por mar, pero un cuarto de millón de hombres permanecerían sitiados allí, incapaces de defender el Reich porque Hitler se había negado a rendir lo que en

aquellos momentos era un territorio inútil.

En ese momento de acontecimientos trascendentales, Churchill, acompañado por el mariscal Brooke, el almirante Cunningham, ahora jefe del estado mayor de la marina, y el mariscal jefe del aire Portal, cruzó el Atlántico en el *Queen Mary*. El 13 de septiembre comenzó una nueva conferencia de los Aliados en Quebec. Brooke estaba desesperado con Churchill. Lo consideraba un hombre enfermo, pues todavía no se había recuperado del todo de la neumonía. El primer ministro no podía soltar así como así ideas inoportunas que no harían más que irritar a los americanos. Seguía queriendo efectuar desembarcos en Sumatra para recuperar los yacimientos petrolíferos que habían caído en manos de los japoneses, y conquistar Singapur. Había perdido cualquier interés por la campaña de Birmania.

Churchill quería también que se llevaran a cabo desembarcos en el extremo norte del Adriático, en la península de Istria, para conquistar Trieste, y favorecer así su proyecto favorito de llegar a Viena antes que el Ejército Rojo. Según ese sueño, Churchill, como Alexander y el general Mark Clark, sostenía que la campaña de Italia debía continuar mucho más allá de la línea Gótica entre Pisa y

Rimini. Cuando sus jefes de estado mayor replicaban que el teatro de operaciones de Italia tenía en aquellos momentos una importancia secundaria, el primer ministro creía que estaban compinchándose en secreto contra él. No podía admitir la idea de que, aunque las fuerzas de Alexander se adentraran en el valle del Po, era virtualmente imposible llevar a cabo un avance por el nordeste, atravesando los Alpes por el Pasillo de Ljubljana en dirección a Viena contra la defensa inquebrantable de los alemanes en las montañas.

Al final, la Conferencia «Octógono» de Quebec no salió tan mal como temía Brooke. Sorprendentemente, el propio Brooke cambió completamente de postura y pasó a apoyar la estrategia de Viena defendida por Churchill, aunque luego se sintiera abochornado por aquella obnubilación de su entendimiento. Quizá resultara aún más sorprendente que el general Marshall ofreciera lanchas de desembarco para llevar a término el plan de Istria, aunque los americanos no quisieran tener nada que ver con una campaña al sur de la Europa central.

Las tensiones aumentaron, sin embargo, cuando el almirante King manifestó que no quería que la Marina Real, en aquellos momentos infrautilizada en aguas occidentales, asumiera un papel importante en el Pacífico. Sospechaba, no sin razón, que Churchill era favorable a desempeñar un papel destacado en Oriente Próximo para que Gran Bretaña

pudiera restablecer sus posesiones coloniales. Pero King actuó con tanta agresividad en una reunión de los jefes del estado mayor conjunto —llegó incluso a llamar a la Marina Real una «carga»—que perdió el apoyo del general Marshall y del almirante Leahy.[7]

El 15 de septiembre, Roosevelt y Churchill, en una de las decisiones más irreflexivas de la guerra, acordaron apoyar el plan del Secretario del Tesoro, Henry Morgenthau, de dividir Alemania y convertirla en «un país de carácter fundamentalmente agrícola y ganadero».[8] De hecho Churchill había mostrado su rechazo al plan la primera vez que había oído hablar de él, pero cuando se planteó la cuestión de la concesión de un programa de Préstamo y Arriendo por valor de seis mil millones y medio de dólares, prometió darle su apoyo.

Anthony Edén se oponía firmemente al Plan Morgenthau. Brooke también estaba horrorizado. Preveía que un mundo occidental democrático necesitaría a Alemania como muralla defensiva frente a una futura amenaza soviética. Por fortuna, Roosevelt entró luego en razón, aunque solo después de los feroces ataques de la prensa americana. El daño, sin embargo, ya había sido hecho. Habían puesto en manos de Goebbels un regalo propagandístico que contribuiría a convencer al pueblo alemán de que no podían esperar piedad alguna de los Aliados occidentales, ni más ni menos que de la Unión

Soviética. Cuando después del correspondiente pasteleo las autoridades de ocupación aliadas publicaron una declaración del general Eisenhower en la que se hacía saber: «Venimos como conquistadores, pero no como opresores», la población civil alemana se quedó «boquiabierta» de asombro al leerla.[9]

En Quebec se habló muy poco acerca de las relaciones con la Unión Soviética, adonde no tardaría en trasladarse Churchill para asistir a la segunda conferencia de Moscú, y también se habló sorprendentemente poco acerca de Polonia y la sublevación de Varsovia, que aún persistía. Roosevelt y Churchill estaban muy lejos uno de otro en sus respectivas ideas acerca de Stalin y su régimen. A Roosevelt no le preocupaba la amenaza que pudiera representar la Unión Soviética una vez acabada la contienda. Estaba seguro de que lograría hechizar a Stalin, y dijo que en cualquier caso la URSS estaba formada por tantas nacionalidades distintas que se desintegraría en cuanto fuera derrotado el enemigo común. Churchill, por su parte, aunque exageradamente incoherente en muchos aspectos, seguía pensando que la ocupación de la Europa central y meridional por el Ejército Rojo era la principal amenaza para la paz durante la etapa de posguerra. Viendo

que en aquellos momentos había muy pocas probabilidades de prevenirla mediante un avance hacia el nordeste desde Italia, intentó una de las acciones más escandalosas y torpes de la historia de la diplomacia fundada en la *Realpolitik*.

La noche del 9 de octubre, el primer ministro y el líder soviético se reunieron en el despacho de Stalin en el Kremlin sin que estuviera presente nadie más aparte de sus intérpretes. Churchill abrió la discusión proponiendo empezar por «la cuestión más espinosa: Polonia».[10] El intento del primer ministro de quedar bien con el tirano no tuvo nada de sutil ni de atractivo. Parece que Stalin empezó a divertirse enseguida, previendo lo que iba a venir a continuación. Churchill dijo entonces que la frontera oriental de la Polonia de posguerra estaba «acordada», aunque el gobierno polaco en el exilio todavía no había sido consultado acerca de la decisión tomada a sus espaldas en Teherán. Ello se debía a que Roosevelt no había querido asustar a sus votantes polacos antes de las elecciones presidenciales. Cuando el primer ministro Mikołajczyk lo descubrió durante otra reunión a la que Churchill insistió que acudiera, quedó estupefacto y decepcionado en lo más íntimo. Rechazó todos los argumentos e incluso las amenazas de Churchill, que habló de obligarlo a aceptar la línea Curzon para la frontera oriental de su país. Al poco tiempo presentó su dimisión. Stalin hizo caso omiso de las

protestas del gobierno polaco en el exilio. Por lo que a él a respectaba, su gobierno títere de los «polacos de Lublin» era en aquellos momentos el verdadero gobierno, respaldado por el I Ejército polaco del general Zygmunt Berling, aunque muchos de los oficiales del Ejército Rojo que había en él consideraban una farsa pretender que eran polacos. Lo fundamental era que, a diferencia de los cuerpos de ejército del general Anders, estaban en territorio polaco. La posesión suponía el noventa por ciento de la legalidad, como Stalin sabía muy bien. Y también Churchill, que procedió a jugar una baza y muy mal por cierto.

Cuando pasó a hablarse de los Balcanes, Churchill elaboró lo que él llamaba su documento «golfo», conocido más tarde como «acuerdo de los porcentajes». Se trataba de una lista de países con una propuesta de división de las influencias entre la Unión Soviética y los Aliados occidentales:

Rumania: Rusia 90 %; el resto 10 %

Grecia: Gran Bretaña (de acuerdo con los Estados Unidos) 90 %; Rusia 10 %.

Yugoslavia: 50 % — 50 %.

Hungría: 50 % — 50 %

Bulgaria: Rusia 75 %; el resto 25 %.

Stalin se quedó mirando el papel durante un rato, y luego aumentó la proporción soviética en Bulgaria al 90 %, y con su famoso lápiz azul puso una marca de visto en el extremo superior izquierdo. Se lo pasó a Churchill. Este comentó de forma un tanto tímida que «tal vez parezca que somos unos cínicos por despachar tan a la ligera unas cuestiones como estas, tan trascendentales para millones de personas». ¿No deberían mejor quemar aquel papel?

«No. Guárdeselo», replicó Stalin como el que no quiere la cosa. Churchill lo dobló y se lo metió en el bolsillo.[11]

El primer ministro invitó a Stalin a cenar en la embajada británica y, para verdadera sorpresa de los funcionarios del Kremlin, el dictador aceptó. Era la primera vez que el *Vozhd* visitaba una embajada extranjera. Durante la cena ni Europa Central ni los Balcanes estuvieron lejos de los pensamientos de nadie. Mientras degustaban uno de los platos, los asistentes oyeron el estruendo de las salvas de artillería disparadas para celebrar la toma de Szeged en Hungría. En el discurso pronunciado después de la cena, Churchill insistió en el tema de Polonia: «Gran Bretaña entró en guerra para salvaguardar la libertad y la independencia de Polonia», dijo. «El pueblo británico tiene un concepto de responsabilidad política respecto al pueblo polaco y sus valores espirituales. También es un factor importante que Polonia es un país

católico. No podemos permitir que los desarrollos internos compliquen nuestras relaciones con el Vaticano».

«¿Y cuántas divisiones tiene el papa?», preguntó Stalin interrumpiéndole.[12] Esta simple intervención, hoy día famosa, venía a demostrar que si Stalin tenía una cosa, se la quedaba. La ocupación del Ejército Rojo daría lugar automáticamente a la imposición de un gobierno «amigo de la Unión Soviética». Sorprendentemente, Churchill, a pesar de su antibolchevismo visceral, siguió pensando que el viaje había sido un gran éxito y que Stalin lo respetaba como persona y tal vez incluso lo encontraba de su agrado. Su capacidad de engañarse a sí mismo era a veces comparable a la de Roosevelt.

Sin embargo, Churchill había obtenido al menos el beneplácito de Stalin para intervenir en Grecia con el fin de salvarla de la «oleada de bolchevismo», como luego afirmaría.[13] El III Cuerpo del teniente general Ronald Scobie fue puesto en estado de alerta para impedir cualquier intento del EAM-ELAS, dominado por los comunistas, de hacerse con el poder en cuanto se retiraran los alemanes. Churchill, que estaba excesivamente bien dispuesto hacia la familia real griega, pretendía que en Atenas hubiera un gobierno amigo de Gran Bretaña.

Aunque el mariscal Brooke había discutido la situación militar con el general Aleksei Antonov y otros de la Stavka, el asunto de la derrota de la Wehrmacht apenas se planteó entre los líderes ni en Quebec ni en Moscú. El Reich estaba siendo atacado por un lado y por otro. Se ordenó la creación de un Muro Oriental que complementara al Muro Occidental. En Prusia oriental la mayoría de la población adulta, tanto hombres como mujeres, fue reclutada por el *Gauleiter* Erich Koch y sus agentes del partido nazi y obligada a cavar trincheras. El ejército no fue consultado y casi todas aquellas obras de excavación resultaron inútiles.

El 5 de octubre, el Ejército Rojo lanzó el ataque contra Memel. Se tardó dos días en dar la orden de evacuación de la población civil, y aun entonces fue revocada. A Koch no le gustaba la idea de evacuar a los civiles y Hitler le daba la razón, pues transmitía un mensaje derrotista al resto de los habitantes del Reich. Se desencadenó el pánico y como consecuencia numerosas mujeres y niños quedaron encerrados en Memel. Muchos se ahogaron en el río Niemen, intentando huir de la ciudad cuando era pasto de las llamas y víctima del pillaje.

El 16 de octubre la Stavka envió al Tercer Frente Bielorruso del general Chernyakhovsky a atacar Prusia oriental, entre Ebenrode y Goldap. Guderian envió al frente amenazado algunos refuerzos blindados para repeler al Ejército Rojo. Tras la retirada soviética se descubrió una

atrocidad espantosa. Varias mujeres y niñas de la aldea de Nemmersdorf habían sido violadas y asesinadas y los cuerpos de algunas víctimas fueron encontrados supuestamente crucificados y clavados en las puertas de los graneros. Goebbels envió inmediatamente fotógrafos a la zona. Rebosando de santa indignación, no desaprovecharía la ocasión de mostrar al pueblo alemán por qué debía luchar hasta el final. A corto plazo, parece que sus esfuerzos fueron contraproducentes. Pero cuando tres meses después empezó la verdadera invasión de Prusia oriental, las terribles imágenes publicadas en la prensa nazi volvieron a brotar en las mentes de todos.

Incluso antes de conocer los acontecimientos de Nemmersdorf, muchas mujeres estaban asustadas temiendo lo que se avecinaba. A pesar de las manifestaciones de ignorancia hechas una vez acabada la guerra, una gran parte de la población civil conocía bastante bien los horrores cometidos en el frente oriental por su propio bando. Y a medida que el Ejército Rojo avanzaba hacia el Reich, muchos se imaginaban que su venganza iba a ser terrible. «Para que lo sepas, si los rusos vienen realmente hasta aquí», decía en una carta una madre joven en el mes de septiembre, «no voy a esperar, sino que prefiero matarme a mí y matar a los niños».[14]

El anuncio efectuado por Himmler el 18 de octubre de un reclutamiento masivo para la creación de una milicia

popular llamada *Volkssturm* inspiró en algunos la determinación de resistir, pero para la mayoría supuso una idea descorazonadora. Su armamento sería patético: una gran variedad de fusiles viejos capturados a distintos ejércitos al comienzo de la guerra, y lanzagranadas antitanque Panzerfaust que se disparaban apoyándolos directamente en el hombro. Y como todos los hombres en edad militar disponibles ya habían sido llamados a las armas, el Volkssturm se llenaría de viejos y de niños. No tardaría en conocerse con el sobrenombre de *Eintopf* o «Puchero», pues consistía en una mezcla de «carne añeja y verduras frescas». Como el gobierno no proporcionaba uniformes de ninguna clase, excepto un brazalete, muchos dudaban que fueran tratados como combatientes leales, especialmente después del comportamiento que había tenido la Wehrmacht con los partisanos en el frente oriental. Goebbels organizaría más tarde en Berlín un gigantesco desfile para las cámaras de los noticiarios cinematográficos, en el transcurso del cual los llamados a las armas tenían que prestar el juramento de fidelidad a Hitler. A la vista de aquel espectáculo, los veteranos del frente oriental no sabían si reír o llorar.

Hitler, convencido de que el III Ejército de Patton representaba la mayor amenaza, ordenó que el grueso de sus divisiones blindadas fuera desplegado en el Sarre. Al mando del *Generaloberst* Hasso von Manteuffel,

constituyeron un nuevo V Ejército Panzer, título que no podía resultar muy alentador, pues los dos que habían llevado anteriormente este nombre habían sido destruidos. Conjeturando que los americanos se concentrarían primero en Aquisgrán, Rundstedt envió hacia allí todas las divisiones de infantería que pudo reunir.

El I Ejército norteamericano al mando del teniente general Courtney Hodges había avanzado sobre Aquisgrán, con la clara conciencia de que por fin estaban en territorio alemán. A pocos centenares de metros de la frontera capturó un castillo gótico del siglo xix «al estilo de Bismarck», con ornamentos de hierro forjado y grandes muebles. Pertenecía al sobrino del antiguo comandante en jefe de Hitler, el *Generalfeldmarschall* von Brauchitsch. El corresponsal australiano Godfrey Blunden describió esa primera batalla en suelo alemán por el oeste. «Se libró a la luz de un sol resplandeciente, bajo un cielo azul sin nubes, en el que los aviones de reconocimiento Piper Cub volaban como cometas. Se libró en un paisaje hermosísimo, a través de campos verdes con setos limpios, colinas pobladas de amables bosquecillos y pequeñas aldeas con campanarios apuntados».[15]

Pero una vez que Model hubo guarnecido el Muro Occidental, la resistencia alemana fue feroz. Los Aliados lamentaron que la crisis de abastecimientos de comienzos de septiembre los hubiera detenido antes de llegar a él. Un

oficial de estado mayor del cuartel general del I Ejército comentó: «En aquel momento habría podido traspasarlo dando un paseo con mi perro y mi hija».[16] Ahora encontraban defensas de campaña excavadas por civiles obligados a realizar trabajos forzosos, casas de campo convertidas en fortines y búnkeres de hormigón con puertas de hierro. Hubo que recurrir a los Sherman para que se ocuparan de ellos utilizando munición perforadora de blindajes. En cuanto un pelotón de soldados de infantería americanos despejaba un bunker utilizando granadas y a veces incluso lanzallamas, llamaba a un equipo de ingenieros que abrían las puertas utilizando sopletes de acetileno para impedir que otros alemanes los ocuparan.

El 12 de octubre Hodges presentó un ultimátum exigiendo la rendición incondicional, de lo contrario la ciudad de Aquisgrán sería arrasada por los bombarderos y la artillería. Los refugiados habían dicho a los oficiales que entre cinco mil y diez mil civiles se habían negado a abandonar la ciudad, a pesar de las órdenes del partido nazi. Hitler había decretado que la capital de Carlomagno y del Sacro Imperio Romano Germánico fuera defendida hasta el final. El I Ejército de Hodges rodeó la ciudad y las tropas sitiadoras tuvieron que enfrentarse a feroces contraataques de los alemanes, situación que produjo no pocos equívocos y comparaciones bastante confusas con Stalingrado. Los contraataques alemanes fueron aplastados con relativa

facilidad por las concentraciones de artillería norteamericanas. Muchos de sus cañones lanzaban bombas alemanas capturadas en Francia.

Los defensores alemanes estaban formados por una mezcla de soldados de infantería, granaderos acorazados, hombres de la Luftwaffe, de la SS, de infantería de marina y voluntarios de las Juventudes Hitlerianas. Los daños que sufrieron los edificios fueron considerables, y el ayuntamiento (*Rathaus*) quedó totalmente destruido. Los escombros y los cristales rotos en medio de las calles, las ventanas vacías y los cables del teléfono colgando, daban a Aquisgrán la «odiosa apariencia de una ciudad derrotada».[17] Afortunadamente, la artillería americana y los pilotos de los cazabombarderos P-47 Thunderbolt consiguieron no dar a la grandiosa catedral, tal como se les había ordenado.

La lucha casa por casa continuó despiadadamente durante todo el mes de octubre. Los americanos empezaban por volar el piso más alto de un edificio y penetraban en el edificio colindante utilizando sus bazookas. Era demasiado peligroso intentar bajar a la calle. La 30.ª División sufrió un índice tan elevado de bajas que un soldado de reemplazo que llegó al comienzo de los combates se vio convertido en sargento al mando de un pelotón tres semanas más tarde.

Aquisgrán era una ciudad próspera, cuya población pertenecía en su mayoría a la clase media. Los soldados americanos se encontraron de pronto registrando pisos

decorados con mobiliario de madera maciza, retratos de Hindenburg y del Káiser, pipas de espuma de mar, jarras de cerveza ornamentales y fotografías de asociaciones estudiantiles adoptando poses de duelistas. Pero los soldados alemanes plantaban trampas bomba en los edificios con cuerdas unidas a cargas explosivas que los americanos llamaban «pañales de niño». «No lo entiendo», decía indignado un soldado raso americano. «Saben que lo más probable es que los maten. ¿Cómo cono no se dan por vencidos?»[18] Los soldados arrojaban una granada prácticamente en cada habitación antes de entrar en ella, pues los defensores alemanes se escondían dispuestos a responder a los disparos. Varios de ellos, después de pegar un tiro a un americano por la espalda, se levantaban con los brazos en alto con la intención de rendirse, como si se tratara de un juego de niños. No es de extrañar que muchos prisioneros fueran tratados de mala manera.

En cierta ocasión cuatro niños alemanes, el más pequeño de ocho años, empezaron a disparar con unos fusiles abandonados a unos artilleros que manejaban un cañón de campaña. Salió una patrulla a investigar el origen de los disparos. «El jefe de la patrulla americana estaba tan furioso por la acción de los muchachos que abofeteó al mayor de ellos y luego comunicó que el chico había adoptado la posición de firmes y había recibido la bofetada como si fuera un soldado».[19]

Las autoridades militares norteamericanas lograron evacuar a la población civil alemana que había permanecido en los sótanos y en los refugios antiaéreos mientras continuaban los combates. Se dieron cuenta de que, después de toda la propaganda nazi, muchas personas miraban con nerviosismo a los conductores negros de los camiones que las llevaban a un campo de internamiento. Los civiles eran investigados para localizar a los militantes del partido nazi, pero se trataba de una tarea casi imposible. La mayoría se lamentaba de la forma en que habían sido tratados por las tropas nazis que defendían la ciudad, por haberse negado a abandonarla como se les había ordenado. Algunos eran desertores que se las habían arreglado para conseguir ropas de paisano. Un jeep sufrió una emboscada a las afueras de Aquisgrán, episodio que incrementó el temor provocado por los rumores que empezaban a circular acerca de una resistencia guerrillera nazi cuyo nombre clave era Werwolf.

Las autoridades militares estadounidenses tuvieron también que afrontar de repente la dura tarea de ver lo que hacían con cerca de tres mil polacos y rusos condenados a trabajar como mano de obra esclava, entre los cuales había «mujeres de grandes caras pálidas, vestidas con viejas faldas hechas jirones y pañuelos atados alrededor de la cabeza, que llevaban hatillos de ropa».[20] Algunos hombres ya habían empezado a agredir y a amenazar con navajas a

simples ciudadanos para conseguir comida y saquear su casa. Tenían mucho de lo que vengarse, pero la policía militar detuvo a unos setecientos u ochocientos infractores y los mantuvo retenidos en una prisión militar. No era más que un anticipo de las complicaciones que estaban por venir con los ocho millones de desplazados que se calcula que había en Alemania.

El régimen nazi no tenía la menor intención de permitir que reinara la indisciplina de ninguna manera. Ya desde el atentado fallido de julio, que acrecentó en gran medida el poder de Martin Bormann, secretario general del partido nacionalsocialista, de Goebbels y de Himmler, se impuso cada vez más a la Wehrmacht la ideología nazi. Ello imposibilitó que en adelante se produjera cualquier otro intento de quitar de en medio a Hitler. Más allá de los símbolos, como por ejemplo la sustitución del saludo militar por el «saludo alemán», lo cierto es que aumentó el número de NSFO (*Nationalsozialistische Führungsoffiziere*, «Oficiales Dirigentes Nacionalsocialistas»). Los soldados y oficiales que eran encontrados detrás de la línea del frente sin autorización lo más probable era que fuesen fusilados, y los oficiales de estado mayor eran registrados por guardias de la SS cuando

entraban en el cuartel general del Führer.

También empezó un incremento de la represión entre los soviéticos. Para compensar las enormes pérdidas sufridas, el Ejército Rojo tuvo que efectuar reclutamientos forzosos de ucranianos, bielorrusos, polacos y hombres de las tres Repúblicas Bálticas, que una vez más quedaron bajo el control de la Unión Soviética. «Los lituanos nos odian todavía más que los polacos», decía un soldado del Ejército Rojo en una carta a su familia el 11 de octubre, «y nosotros les pagamos con la misma moneda».[21] Aquellos soldados recién llamados a filas eran irremediablemente los que más probabilidades tenían de desertar. «El Destacamento Especial [SMERSh] me tenía vigilado por ser hijo de un purgado», explicaría más tarde un sargento. «En mi unidad teníamos muchísimos asiáticos, que a menudo escapaban a la retaguardia o se pasaban a los alemanes. Una vez hizo defección un grupo entero. Después de aquello nos dijeron a los rusos que vigiláramos a los uzbecos. Yo entonces era sargento y el oficial político me dijo: "Pagarás con tu vida si alguno de tu sección deserta". Podrían haberme fusilado perfectamente. Una vez se fugó un bielorruso. Lo cogieron y lo devolvieron a la unidad. El hombre del Destacamento Especial le dijo: "Si luchas como es debido taparemos este episodio". Pero volvió a fugarse y volvieron a cogerlo. Fue ahorcado. No lo fusilaron, sino que lo ahorcaron como desertor. Nos pusieron en fila en una vereda del bosque.

Apareció un camión con una horca montada en él. El hombre de la Checa [NKVD] leyó en voz alta la orden: "Sea ejecutado por traición a la Patria". El hombre fue ahorcado y luego el de la Checa le pegó además un tiro».[22]

Los alemanes que se retiraban de Bielorrusia tras el colapso del Grupo de Ejércitos Centro se hacían pocas ilusiones respecto a la suerte que pudieran correr los civiles que se habían portado de forma amistosa con ellos. Un *Obergefreiter* de los servicios sanitarios que logró escapar a tiempo de no quedar atrapado en el cerco se preguntaba: «¿Qué habrá sido de la pobre gente que ha tenido que quedarse atrás, y me refiero a la población local?»[23] Los soldados alemanes sabían muy bien que el NKVD y el SMERSh llegarían detrás de las tropas combatientes para interrogar a los civiles y enterarse de quién había colaborado con el enemigo.

Durante el avance de los soviéticos hacia Rumania, un oficial anotó que su compañía estaba formada casi en su totalidad por campesinos ucranianos de las regiones que habían estado bajo la «ocupación temporal» del enemigo. «La mayor parte de ellos no tiene ningún deseo de combatir y hay que obligarlos a hacerlo. Recuerdo que iba andando por la trinchera. Todo el mundo estaba cavando excepto un soldado que se suponía que debía estar disponiendo la posición de fuego de la Maxim. Estaba ahí de pie sin hacer nada. Le pregunté qué pasaba. Se hincó de

rodillas delante de mí y empezó a gimotear: "¡Ten piedad de mí! ¡Tengo tres hijos! ¡Quiero vivir!" ¿Qué podía decir yo? Todos comprendíamos que un soldado de infantería en el frente solo tenía dos posibilidades: o el hospital o la tumba». Este oficial, como casi todo el mundo en el Ejército Rojo, estaba convencido de que el hecho de que una compañía saliera airosa de su tarea dependía totalmente de que contara con un núcleo de soldados rusos o siberianos. «Antes de un ataque yo seleccionaba siempre a un par de hombres de entre los soldados rusos de fiar, y cuando la compañía se disponía a atacar esos soldados se quedaban en la trinchera y hacían salir a la fuerza a todos los que intentaban esconderse o no avanzar».[24]

En la retaguardia se llevaron a cabo actos de venganza a escala masiva contra las minorías étnicas que habían acogido de buen grado a los alemanes en 1941 y 1942. En diciembre de 1943, Beria había deportado a Uzbekistán a doscientos mil tártaros de Crimea. Unos veinte mil de estos musulmanes habían prestado servicio con un uniforme alemán, de modo que el noventa por ciento restante tuvo que sufrir su misma suerte, aunque muchos habían combatido bien en el Ejército Rojo. Fueron capturados el 18 de mayo y no les dieron tiempo de prepararse. Unos siete mil murieron durante el viaje y muchísimos más murieron de hambre en el destierro. También fueron detenidos indiscriminadamente unos

trescientos noventa mil chechenos, que fueron conducidos a su destino en camiones Studebaker del programa de Préstamo y Arriendo destinados al Ejército Rojo. Se dice que unos setenta y ocho mil murieron durante el viaje. Stalin empezó por su propia gente, antes de lanzarse sobre sus enemigos y sobre los polacos, que, al menos en teoría, eran sus aliados.

El dictador soviético y sus generales no estaban cómodos con las cualidades de las nuevas hornadas como combatientes, pues la resistencia de los alemanes estaba volviéndose cada vez más recia. En las luchas por el dominio de la cordillera de los Cárpatos para defender el este de Hungría y Eslovaquia, las tropas del último aliado que le quedaba a Hitler sorprendieron a los veteranos soviéticos, especialmente después del rápido hundimiento del ejército rumano. «Los húngaros supusieron realmente un gran problema para nosotros en Transilvania», comentaría un oficial del Ejército Rojo. «Luchaban con gran valentía hasta la última bala y hasta el último hombre. No se rendían nunca».[25]

Malinovsky, cuyo Segundo Frente Ucraniano había sido reforzado, intentó llevar a cabo una gran maniobra de envolvimiento en el este de Hungría. Durante la llamada Operación Debrecen, una ofensiva sumamente audaz que dio comienzo el día 6 de octubre se vio frustrada por el contraataque lanzado tres semanas más tarde por el III

Cuerpo Panzer y el XVII Cuerpo. A instancias de la Stavka, Malinovsky lanzó otro ataque por el sur cerca de Szeged en dirección a Budapest, rompiendo las líneas del III Ejército húngaro. Pero las numerosas fuerzas de Malinovsky fueron frenadas cerca de la capital por otro contraataque con tres divisiones panzer y la División de Granaderos Acorazados *Feldherrnhalle*. Iba quedando cada vez más claro que la batalla de Budapest sería una de las más feroces de la guerra.

Tras la defección de Rumania y Bulgaria, el almirante Horthy, el regente de Hungría, estableció contacto con la Unión Soviética en secreto. Molotov exigió que Hungría declarase la guerra inmediatamente a Alemania. El 11 de octubre, el representante de Horthy firmó un pacto en Moscú. Cuatro días después, Horthy informaba al legado alemán en Budapest y proclamaba el armisticio en una transmisión radiofónica. Los alemanes, enterados ya de los pasos que había dado Horthy, reaccionaron con rapidez. Cumpliendo órdenes de Hitler, Otto Skorzeny, jefe del comando de la SS que había rescatado a Mussolini, se había preparado ya para detener a Horthy en su residencia, la Ciudadela, con vistas al Danubio. Los alemanes lo sustituyeron por Ferenc Szálasi, el líder salvajemente antisemita del Movimiento de la Cruz Flechada, de inspiración nazi.

La Operación Panzerfaust, como fue llamada, sería

supervisada por el *Obergruppenfükrer* Erich von dem Bach-Zelewski, que acababa de terminar su sanguinaria misión en Varsovia. Skorzeny convenció a Bach-Zelewski de que no repitiera la misma táctica de mano dura que en la capital polaca y que evitara aplastar la Ciudadela para someterla. En efecto, el 15 de octubre por la mañana, justo antes de que Horthy anunciara el armisticio por la radio, los comandos de la SS de Skorzeny secuestraron al hijo de Horthy en una emboscada callejera tras un tiroteo con sus guardaespaldas. Miklós Horthy fue maniatado, trasladado en avión a Viena y desde allí llevado al campo de concentración de Mauthausen, en el que ya se encontraban destacados personajes como Francisco Largo Caballero, el ex jefe del gobierno de la República española.

Se hizo saber escuetamente a Horthy que, si persistía en su «traición», su hijo sería ejecutado. A pesar de estar a punto de sufrir un ataque de nervios al oír la amenaza, el almirante continuó transmitiendo su declaración de armisticio. Las tropas de asalto de la Cruz Flechada tomaron el edificio inmediatamente después y publicaron un desmentido, insistiendo en la determinación de Hungría de seguir luchando. Ferenc Szálasi tomó el poder esa misma tarde. A Horthy no le dieron opción. Fue trasladado a Alemania y mantenido bajo arresto domiciliario.[26]

Horthy había puesto fin en verano a las deportaciones de judíos de Eichmann. Para entonces ya habían sido

asesinados cuatrocientos treinta y siete mil cuatrocientos dos, la mayor parte de ellos en Auschwitz. Pero aunque Himmler detuviera el programa de exterminio masivo ante la cercanía del Ejército Rojo, los judíos que aún quedaban fueron detenidos indiscriminadamente para trabajar como mano de obra esclava y obligados a trasladarse a pie a Alemania debido a la falta de material rodante. Atormentados y golpeados sin piedad por los guardias de la SS y la Cruz Flechada, muchos millares murieron por el camino. Aunque Szálasi interrumpió aquellas marchas de la muerte en el mes de noviembre, más de sesenta mil judíos siguieron encerrados en un minúsculo gueto en Budapest. La mayoría de los seguidores de Szálasi estaban decididos a emprender las medidas necesarias para dar su propia «solución final a la cuestión judía». El padre Alfréd Kun, famoso activista de la Cruz Flechada, que luego admitiría haber cometido quinientos asesinatos, solía dar la siguiente orden: «En nombre de Cristo, ¡fuego!»[27]

Los milicianos de la Cruz Flechada, algunos de entre catorce y dieciséis años, sacaban a grupos de judíos del gueto, los obligaban a quedarse en paños menores y a marchar descalzos por las calles heladas de Budapest hasta los diques del Danubio para ejecutarlos allí. En muchos casos, sus disparos eran tan torpes que algunas víctimas lograban saltar al río helado y escapar a nado. En una ocasión un oficial alemán interrumpió una de esas matanzas

y envió a los judíos a su casa, pero probablemente no fuera más que un indulto temporal.

Algunos suboficiales de la gendarmería húngara se unieron a los cuatro mil milicianos de la Cruz Flechada para torturar y asesinar a los judíos, y otros los ayudaron. Hubo también unos pocos miembros de la propia Cruz Flechada que ayudaron a los judíos a escapar, lo que demuestra que nunca se puede generalizar. Los esfuerzos de uno de ellos, el Dr. Ara Jerezian, recibieron después el reconocimiento de Yad Vashem, la institución creada en Israel en memoria de las víctimas del Holocausto.

La operación más grande de salvamento de judíos fue la que organizó el sueco Raoul Wallenberg, que a pesar de no tener más que un cargo semioficial en Hungría, expidió decenas de miles de documentos que afirmaban que el portador del mismo estaba bajo la protección del gobierno sueco. Después, durante el asedio de la ciudad, la Cruz Flechada asaltó la embajada sueca y asesinó a varios miembros de su personal para vengarse de sus actividades. Además de los suecos, el diplomático suizo Cari Lutz, el portugués Carlos Branquinho, la Cruz Roja Internacional y el nuncio papal expidieron sus propios documentos de protección para ayudar a los judíos húngaros a escapar.

Las embajadas de El Salvador y Nicaragua proporcionaron varios centenares de documentos de ciudadanía, pero la treta más extraordinaria es la que llevó a

cabo la embajada española. El encargado de negocios español, Ángel Sanz-Briz, sabía que el régimen de Szálasi estaba desesperado por obtener el reconocimiento de su gobierno. Él se encargó de fomentar esa ilusión en las autoridades húngaras, mientras se enfrentaba a la Cruz Flechada con más determinación incluso que la embajada sueca. Sanz-Briz se vio obligado a abandonar el país, pero dejó el puesto a un nuevo «encargado de negocios», Jorge Perlasca, que en realidad era un antifascista italiano. Perlasca reunió a cinco mil judíos en pisos francos bajo la protección de España, mientras que en Madrid el gobierno de Franco desconocía lo que estaba haciéndose en su nombre. Un fraude todavía más osado fue el que llevó a cabo Miksa Domonkos, miembro del Consejo Judío, que se dedicó a falsificar salvoconductos en nombre de un superintendente de la gendarmería húngara. Todos estos intentos de salvar vidas inocentes se harían más urgentes a medida que el Ejército Rojo se acercaba a Budapest y las actividades de la Cruz Flechada se volvían más mortíferas.[28]

El 18 de octubre, mientras el I Ejército capturaba Aquisgrán, Eisenhower presidía una conferencia en el cuartel general del XXI Grupo de Ejércitos, en Bruselas,

para discutir las opciones estratégicas. La elección de la sede no podía ser más intencionada, pues Montgomery había provocado las iras de sus colegas americanos al no asistir a la anterior, que se había celebrado el 22 de septiembre en el cuartel general del SHAEF en Versalles. Había enviado en su lugar al teniente general Freddy de Guingand, su jefe de estado mayor y «simpático pacificador», como lo describía Bradley. En aquella ocasión Monty no podría dejar de asistir.

Una opción era aguantar el invierno a la espera de que vinieran de los Estados Unidos más divisiones y se reuniera una buena reserva de suministros, que llegarían a través del puerto de Amberes una vez reabierto. La otra era lanzar una gran ofensiva en el mes de noviembre utilizando los recursos disponibles. La inacción en el oeste era impensable simplemente por lo que hubiera podido decir Stalin de las pocas ganas de luchar que tenían los Aliados. La propuesta presentada una vez más por Montgomery de llevar a cabo un gran ataque al norte del Ruhr fue desechada de nuevo. Eisenhower, respaldado por Bradley, quería emprender una doble ofensiva, con el I y el IX Ejército por el norte, y el III Ejército de Patton atacando en el Sarre. A Montgomery le dijeron que girara hacia el sur de Nimega, entre el Rin y el Mosa. Esta concentración de fuerzas al norte y al sur de las Ardenas dejaría un sector con muy pocas defensas en el centro. Para proteger esa parte del

frente, Bradley recurrió al VIII Cuerpo del general Troy Middleton, que se había quedado en Bretaña para rematar la faena.

Aquisgrán no quedó despejada hasta finales de la tercera semana de octubre. El 30 de este mismo mes, Colonia recibió virtualmente el tiro de gracia de los bombarderos de Harris con otra incursión durísima. La destrucción de la Reichsbahn supuso que no hubiera trenes suficientes para evacuar a los que seguían viviendo entre las ruinas. La ciudad conoció entonces el único ejemplo de resistencia civil armada contra los nazis, cuando los trabajadores comunistas y extranjeros quitaron las armas a unos policías que habían quedado aislados. Con actos de guerrilla urbana, arremetieron contra la policía e incluso llegaron a matar al jefe local de la Gestapo, hasta que fueron eliminados por completo víctimas de una feroz represalia.[29]

Los bombardeos aliados se intensificaron. La RAF y la Fuerza Aérea de los Estados Unidos ya no tenían mucho que temer de la Luftwaffe, aunque a Spaatz le preocupaba que aparecieran de repente los nuevos cazas a reacción Me 262 y derribaran a sus bombarderos. Aproximadamente el sesenta por ciento de todas las bombas lanzadas sobre Alemania cayó durante los últimos nueve meses de la guerra.[30] El ministro de armamento de Hitler, Albert Speer, reconocería que los daños infligidos a la infraestructura

económica de Alemania «solo llegaron a ser irrecuperables durante el otoño de 1944, en gran medida como consecuencia de la destrucción sistemática de la red de comunicaciones y transportes a través de la despiadada campaña de bombardeos iniciada por los Aliados en el mes de octubre».[31] Y a pesar del escepticismo de Harris, el plan de Spaatz de atacar las refinerías de petróleo y las fábricas de benceno tuvo unas consecuencias muy notables sobre las operaciones de la Wehrmacht, y especialmente de la Luftwaffe. Solo la producción de armas siguió adelante, en gran parte debido a la energía y el talento de Speer.

En realidad la decisión de Harris de seguir efectuando bombardeos zonales sobre la cuenca del Ruhr consiguió también dejar fuera de juego tantas fábricas de benceno que en el mes de noviembre ya no quedaba ninguna operativa. La diferencia entre la estrategia de la RAF y la de la VIII Fuerza Aérea norteamericana tenía más que ver con la forma que con sus efectos. Aunque la Fuerza Aérea de los Estados Unidos definía siempre sus operaciones como bombardeos de precisión, la realidad era muy distinta. Cuando se decía que el objetivo era una «estación de clasificación», en realidad era un eufemismo para bombardear toda la ciudad situada en sus inmediaciones. Debido en gran medida a la mala visibilidad reinante durante los meses de invierno, más del setenta por ciento de las bombas de la VIII Fuerza Aérea fueron lanzadas «a

ciegas», casi exactamente la misma proporción que la del Mando de Bombarderos. Harris simplemente no tenía remilgos en machacar ciudades enteras y despreciaba a todo aquel que ponía reparos en ese sentido. En lo que se demostró que estaba totalmente equivocado fue en su constante pretensión de que los bombardeos por sí solos podían poner fin a la guerra.

Desde los días funestos de 1942, Gran Bretaña había hecho una inversión tan grande desde el punto de vista financiero e industrial y también por lo que respecta al sacrificio de vidas humanas, en crear el Mando de Bombarderos, que este llegó a desarrollar una fuerza casi imparable. Y siguió adelante con sus actividades aunque al final de la guerra muchos de sus ataques tuvieran muy poca lógica militar, por no hablar de justificación moral. El obsesivo Harris había convertido en una cuestión de honor permitir que cualquier ciudad alemana, independientemente de sus dimensiones, quedara en pie cuando acabara la guerra. El 27 de noviembre, fue bombardeada Friburgo, en los confines de la Selva Negra, dejando tres mil muertos y todo el centro medieval de la ciudad en ruinas. Se trataba de un centro de comunicaciones situado detrás del frente y por lo tanto un objetivo legítimo según la directiva Pointblank original, pero no es ni mucho menos seguro que acortara la guerra un solo día, una sola hora o un solo minuto.

Como el uso intensivo de la artillería, los bombardeos ponían de manifiesto una paradoja de las democracias sumamente desconcertante. Debido a la fortísima presión de la prensa y de la opinión pública en sus propios países, los mandos militares se veían obligados a minimizar sus pérdidas. Y por lo tanto recurrieron a la utilización máxima de explosivos de alta potencia, que irremediablemente causaban la muerte de más civiles. Muchos alemanes clamaban al cielo pidiendo venganza. Las V-1 no habían conseguido poner de rodillas a Inglaterra, tampoco parecía que las V-2 fueran a cambiar el curso de la guerra, así que empezaron a correr rumores acerca de la V-3. «La oración por nuestro Führer y por nuestro pueblo es también un arma», decía en una carta una mujer. «Dios nuestro Señor no puede abandonar a nuestro Führer».[32]

El 8 de noviembre el general Patton se negó a seguir esperando que mejorara el tiempo y empezó la ofensiva del III Ejército en el Sarre sin apoyo aéreo. «A las 05:15 los preparativos de la artillería me despertaron», escribió ese día en su diario. «Los disparos de más de cuatrocientos cañones sonaban como portazos en una casa vacía». Su XX Cuerpo lanzó un gran ataque contra la ciudad fortaleza de Metz. El cielo se despejó y aparecieron los

cazabombarderos, pero las lluvias torrenciales habían hecho que el río Mosela creciera hasta alcanzar niveles nunca vistos. Patton contó a Bradley cómo una de sus compañías de ingenieros había tardado dos días de frustración y de duro trabajo en colocar un puente de barcazas que cruzara el tempestuoso río. Uno de los primeros vehículos en cruzar, un cazacarros, tropezó con un cable que luego se rompió. El puente se desenganchó y se fue corriente abajo. «Toda la maldita compañía se quedó hundida en el barro», contó Patton, «chillando como niños pequeños».[33]

El tiempo era igual de malo más al norte para el I y el IX Ejército. El IX Mando Aéreo Táctico del general Elwood «Pete» Quesada había estado atacando los puentes del Rin para impedir el paso de los refuerzos. El 5 de noviembre, un piloto de caza se quedó sorprendido al ver cómo un puente estallaba y se hundía en el Rin cuando alcanzó sin darse cuenta a las cargas de demolición que habían colocado los zapadores alemanes por si el enemigo rompía sus líneas.

El tiempo continuaba siendo espantoso, y no dejó de llover durante trece días seguidos. El 14 de noviembre Bradley cruzó las Ardenas, cuyos caminos se habían cubierto con la primera fina capa de nieve. Se dirigió al cuartel general del I Ejército, instalado en el balneario de Spa, en Bélgica, que había sido el cuartel general de los

alemanes durante la Primera Guerra Mundial. Ahora el estado mayor de Hodges se reunía en torno a mesas de campaña en el casino, debajo de enormes lámparas de araña, mientras las bombas volantes V-1 y los cohetes V-2 cruzaban el cielo sobre sus cabezas en dirección a Londres y a Amberes.

En las primeras horas del 16 de noviembre, el informe meteorológico prometía buen tiempo justo a partir de la hora a la que Hodges había decidido atacar fuera como fuese. Poco después del amanecer, apareció el sol por primera vez en varias semanas. Todo el mundo se quedó mirándolo con incredulidad. Poco después de medio día, las Fortalezas Aéreas y los Liberator de la VIII Fuerza Aérea y los Lancaster del Mando de Bombarderos aparecieron en los cielos dispuestos a machacar el Muro Occidental. Bradley, nervioso tras el desastre del comienzo de la Operación Cobra, se había encargado de que se tomaran todas las precauciones para impedir que los bombarderos se lanzaran contra las tropas de tierra que se disponían a atacar. Pero aunque esta vez no hubo bajas norteamericanas, la infantería y los blindados no tardaron en descubrir al avanzar que los alemanes habían plantado sus «jardines del diablo» a todo lo largo y ancho de la zona.

El I Ejército tenía que avanzar desde Aquisgrán hasta el río Roer a través del bosque de Hürtgen. Tenía que capturar las presas situadas al sur de Duren, que los

alemanes podían utilizar para frustrar cualquier intento posterior de cruzar el Roer. Confiando en que los bombardeos de la aviación y la artillería les abrieran el paso, Bradley y Hodges subestimaron los horrores que les aguardaban. Serían peores que los del *bocage* normando.

El bosque de Hürtgen, al sudeste de Aquisgrán, era una concentración oscura y siniestra de pinos que alcanzaban los treinta metros de altura, situada en una empinada ladera. Los soldados perdían constantemente la orientación en sus terribles profundidades. Veían la zona como «una evocadora región fantasmal en la que podía imaginarse que cualquier bruja tuviera su escondrijo».[34] Iba a ser una batalla de infantería, pero los batallones, regimientos y divisiones obligadas a librarla no estaban adiestradas ni preparadas para lo que les esperaba. Los barrancos y la densidad del arbolado hacían que no hubiera espacio para los tanques y los cazacarros, que estaban acostumbrados a que les prestaran apoyo, y tampoco facilitaban las cosas a la artillería y a los cazabombarderos. Por otra parte, para la 275.ª División de Infantería alemana, experta en el camuflaje, los búnkeres subterráneos, las minas y las trampas explosivas, aquel era un terreno ideal para defender.

Los altos niveles de las pérdidas sufridas por la infantería desde el Día D significaban que una proporción cada vez mayor de los pelotones de primera línea estaban

formados en gran parte por novatos mal entrenados. Bradley estaba furioso no solo por su mala calidad, sino también por los pocos que se enviaban al teatro de operaciones de Europa. Se enteró de que el general MacArthur se había asegurado la parte del león para su campaña de las Filipinas. Parecía que en Washington ya no se respetaba ni siquiera de boquilla el principio de «Alemania primero». El Departamento de Guerra había recortado de ochenta mil a sesenta y siete mil los reemplazos asignados cada mes a Eisenhower.[35] El sistema de reemplazos del Ejército de los Estados Unidos había sido poco imaginativo hasta la crueldad, y el del ejército británico no era mucho mejor. Tras las graves pérdidas sufridas, cualquier individuo del personal de retaguardia que sobrara podía encontrarse de repente en un cuartel de reemplazos —un *repple depple*, como eran llamados familiarmente estos establecimientos, cuyo nombre original era *replacement depot*—, junto con un montón de adolescentes novatos recién llegados de los Estados Unidos. Se habían hecho grandes esfuerzos para mejorar la organización, de modo que los nuevos reclutas no fueran lanzados al combate de la noche a la mañana sin saber dónde estaban ni contra quién luchaban. No obstante, seguían lamentablemente mal preparados para lo que les aguardaba. Solo si un *repple* (esto es un reemplazo) sobrevivía a su primera batalla y empezaba a formar un

callo con el que cubrir su miedo, tenía posibilidades de sobrevivir a la siguiente.

La táctica alemana era de una simplicidad muy cruel. Su finalidad era producir el máximo de bajas posibles. Los soldados alemanes parecían poseer un genio diabólico para preparar toda clase de trampas explosivas, como las minas Teller unidas a un lazo de cuerda, o las famosas minas antipersona Schu, capaces de arrancarle a uno un pie en cuanto el que la pisaba relajaba la presión. Todos los cortafuegos y los senderos del bosque habían sido minados y bloqueados con árboles caídos. Estas barricadas estaban plagadas de trampas explosivas y señalizadas por las baterías de morteros y de artillería pesada.

Los ataques fracasaron uno tras otro. «Se perdían patrullas y pelotones enteros», decía un informe de la desdichada 28.ª División, «los proyectiles de los morteros, al caer sobre los equipos de asalto que transportaban cargas explosivas, hacían que estas estallasen y que los hombres saltaran por los aires; el infalible tableteo de las ametralladoras barría los árboles cada vez que alguien se movía. Uno de los hombres, un reemplazo, sollozando histéricamente, intentó cavar un hoyo en el suelo con sus manos. A última hora de la tarde este batallón tuvo que volver deprisa y corriendo a su punto de partida».[36]

Para empeorar las cosas, prácticamente no paró de llover. Constantemente caían gotas de los árboles, el

terreno estaba saturado y las trincheras llenas de agua. Como no habían llegado los cargamentos de impermeables y pocos se acordaban de las lecciones sobre la guerra de trincheras de hacía un cuarto de siglo, se produjeron muchas bajas por pie de trinchera o «pie de inmersión» entre los soldados americanos. Muchos otros contrajeron disentería. Lo más alarmante fue que se produjo un aumento espectacular de huidas de hombres que eran presa del pánico, acentuado tal vez por el ambiente malévolo del bosque, incrementándose asimismo los casos de autolesiones, de ataques de nervios, de suicidios y de deserciones. En toda la guerra, el soldado Eddie Slovik, de la 28.ª División destinada al bosque Hürtgen, fue el único americano ejecutado por un pelotón de fusilamiento. La Wehrmacht no podía creerse lo blandos que eran los Aliados. En el ejército alemán los desertores no solo eran fusilados automáticamente, sino que, en virtud de un decreto de Himmler, también podían ser ejecutadas sus familias.

Cuando no conseguían que sus hombres se lanzaran al ataque, los oficiales eran relevados. En la 8.ª División casi todos los oficiales de un batallón fueron destituidos, y sus reemplazos corrieron la misma suerte. En aquella terrible batalla en medio del barro, una división tras otra tuvo que replegarse. Los hombres, víctimas del agotamiento físico y psicológico, volvían con ojos inexpresivos, sin parpadear,

con la llamada «mirada de dos mil años».[37] En el bosque de Hürtgen los americanos sufrieron en total treinta y tres mil bajas, más de uno de cada cuatro de los soldados que participaron en la batalla.[38]

Hodges fue severamente criticado por su falta de imaginación al intentar librar a las primeras de cambio una batalla con tanta desventaja, circunstancia que por fuerza tenía que acentuar las debilidades de los americanos y los puntos fuertes de los alemanes. Pero el bosque era el único camino para llegar a la localidad de Schmidt y a las presas y embalses del Roer, que era preciso asegurar antes de poder cruzar el río. Incluso en el terreno más despejado al norte de Aquisgrán, las unidades alemanas defendieron cada población fortificada hasta que quedó totalmente destruida. Cuando un oficial de los servicios de inteligencia americanos preguntó a un joven teniente alemán que había sido capturado si no lamentaba perpetrar tantos destrozos en su propio país, el hombre se limitó a encogerse de hombros. «Probablemente ya no sea nuestro después de la guerra», contestó. «¿Por qué no destrozarlo?»[39] Y todavía más al norte, el II Ejército británico procedente de Nimega se enfrentó en el espeso bosque de Reichswald a unas condiciones muy similares a las que encontraron los hombres de Hodges en el de Hürtgen. La 53.ª División galesa sufrió cinco mil bajas en nueve días.[40]

Por el sur, las fuerzas aliadas tuvieron mucho más

éxito. El 19 de noviembre, el I Ejército francés del general De Lattre de Tassigny entró por el claro de Belfort y llegó al alto Rin. Tres días después, en el sector norte correspondiente al VI Grupo de Ejércitos del general Jacob L. Devers, el XV Cuerpo del general Wade H. Haislip penetró en el paso de Saverne y el 23 de noviembre la 2ème División Blindée del general Leclerc entraba en Estrasburgo, cumpliendo así la promesa que había hecho en el desierto del norte de África.

Al día siguiente, el general De Gaulle, sumamente satisfecho, emprendió un largo y enrevesado viaje para entrevistarse con Stalin en Moscú. Iba acompañado de su jefe de gabinete, Gastón Palewski, el ministro de asuntos exteriores, Georges Bidault, y el general Juin.

El viaje tuvo una duración bochornosamente larga porque el obsoleto avión bimotor del gobierno se averiaba con una frecuencia desoladora. Finalmente llegaron a Bakú, donde dejaron su avión y embarcaron en un tren proporcionado por el gobierno soviético. Fueron instalados en los anticuados vagones del Gran Duque Nicolás, el comandante en jefe zarista de la Primera Guerra Mundial. El viaje a través de la estepa nevada fue tan lento que De Gaulle comentó secamente que esperaba que no hubiera

otra revolución en su ausencia.

De Gaulle estaba ansioso por establecer buenas relaciones con Stalin, en parte con la esperanza de que mantuviera al partido comunista francés bajo control. No se vería defraudado. Stalin no quería de momento que en Francia se llevaran a cabo aventuras revolucionarias de ningún tipo. Una sublevación comunista podría llevar a Roosevelt a cortar el envío de materiales del Programa de Préstamo y Arriendo a la Unión Soviética o, lo que era su peor pesadilla, a utilizarla como excusa para hacer algún trato con Alemania. Stalin sabía cuánto desconfiaba Roosevelt de los franceses. El otro objetivo de De Gaulle era asegurarse de que, con el apoyo de Stalin, Francia estuviera representada en la conferencia de paz y no fuera excluida de ella por parte de los americanos.

A su llegada a Moscú, la delegación francesa tuvo que soportar uno de los siniestros banquetes de Stalin en el Kremlin, en el que el dictador obligaba a sus mariscales y ministros a correr alrededor de la mesa para chocar sus copas con él. Luego proponía brindis en los que los amenazaba con ejecutarlos en una brutal exhibición de humor negro. De Gaulle hizo de él un retrato memorable al describirlo como «un comunista vestido de mariscal, un dictador enroscado en sus tretas, un conquistador con cara de buen hombre».[41] El objetivo de Stalin durante las conversaciones con los franceses era conseguir el

reconocimiento de su gobierno títere de los polacos de Lublin. Esperaba claramente abrir una brecha entre los Aliados occidentales. Con la mayor cortesía y firmeza De Gaulle insistió en su negativa. En un momento determinado, Stalin se volvió hacia Gastón Palewski y dijo con una sonrisa de maliciosa satisfacción: «No se deja nunca de ser polaco, señor Palewski».[42]

Stalin estaba dispuesto a ser generoso, según él, aunque despreciaba a Francia por la forma en que se había venido abajo en 1940, y que tanto había alterado sus planes. (Para lanzar una pulla más a De Gaulle, hizo que Ilya Ehrenburg le regalara una copia de su novela sobre la caída de París.) Pero, aunque consciente del resentimiento que abrigaba De Gaulle hacia Roosevelt, Stalin presentía que Francia podía constituir en el futuro una carta muy útil que valía la pena cultivar dentro de la alianza occidental. Stalin no confiaba ni en los ingleses ni en los americanos. Su mayor temor era que rearmaran en el futuro a Alemania. Stalin sabía que lo que en realidad quería De Gaulle era no ya la derrota total de Alemania, sino su desmembramiento. En eso estaban de acuerdo, aunque Stalin no apoyara las pretensiones de De Gaulle sobre Renania en el pacto de posguerra.

La visita salió muy bien, a pesar de que Bidault se emborrachó en el banquete. A las cuatro de la madrugada se firmó finalmente un pacto franco-soviético, justo antes de

que la delegación francesa se marchara. Se alcanzó una fórmula de compromiso en lo tocante al gobierno títere de Stalin en Polonia, pero al menos De Gaulle se fue sabiendo que no iba a tener problemas con los comunistas franceses. Su líder, Maurice Thorez, que había llegado a Francia durante su ausencia, no había ordenado a sus correligionarios lanzarse a las barricadas ni organizar más huelgas. Había pedido sangre, sudor, aumento de la productividad y unidad nacional para derrotar a Alemania. Los comunistas de la Resistencia quedaron estupefactos, pero al día siguiente los periódicos del partido confirmaban sus palabras. El Kremlin había hablado con claridad. De Gaulle y sus compañeros de viaje llegaron finalmente a París el 17 de diciembre para enfrentarse a una crisis totalmente inesperada. Los ejércitos alemanes habían entrado en las Ardenas y se pensaba que se dirigían a París.

43

LAS ARDENAS Y ATENAS (noviembre de 1944-enero de 1945)

En noviembre de 1944, las tropas del general de división Troy H. Middleton pertenecientes al VIII Cuerpo estaban aburridas en el frente de las Ardenas. El general Bradley oyó decir que un guardabosques se quejaba de que «los soldados, en su afán de comer cerdo a la barbacoa, se dedicaban a cazar jabalíes con metralletas Thompson desde aviones Cub en vuelo rasante». También utilizaban granadas en los ríos trucheros para romper la monotonía de las raciones K.[1]

Desde la caótica retirada al Muro Occidental en el mes de septiembre, Hitler ansiaba repetir su gran triunfo de 1940. Para conseguir su objetivo de reconquistar Amberes contaba una vez más con la auto-complacencia de los Aliados, el efecto de choque y la rapidez a la hora de aprovechar las ventajas. Esta versión resumida del plan *Sichelschnitt* («Golpe de Hoz») de Manstein debía dejar incomunicados al I Ejército canadiense, al II Ejército

británico, al IX del teniente general William H. Simpson y casi todo el I de Hodges. Hitler soñaba incluso con otro Dunkerque. Sus generales estaban espantados ante tales fantasías. Guderian deseaba reforzar el frente oriental antes de que comenzara la ofensiva de invierno soviética. Pero la estrategia de Hitler, más o menos como las esperanzas depositadas por Hiro Hito en la Ofensiva Ichigō, consistía en lograr una victoria aplastante que dejara fuera de combate al menos a un país, y luego quizá entablar negociaciones desde una posición de fuerza.

El 20 de noviembre por la tarde, Hitler montó en su *Sonderzug* en el apeadero camuflado bajo el dosel del bosque y abandonó la Wolfsschanze para siempre. No se encontraba bien y además tenía que someterse a una operación de garganta, lo que le proporcionaba la excusa para abandonar el frente de Prusia oriental, ahora amenazado. Había sufrido una profunda depresión, consciente, al parecer, del desastre al que se enfrentaba Alemania. Goebbels había intentado convencerle de que transmitiera un mensaje radiofónico a la nación, pues empezaban a correr rumores de que estaba gravemente enfermo o loco e incluso de que había muerto. El Führer se negó rotundamente.

Lo único que lo animaba era la perspectiva de poder vengarse, y la ofensiva de las Ardenas suscitó en él enormes expectativas. Con la ayuda del estado mayor del

OKW, Hitler había preparado las órdenes hasta el último detalle. La operación, cuyo nombre clave original era «Alerta en el Rin», para dar a entender que se trataba de una maniobra defensiva, se llamaba en realidad «Niebla de Otoño». Los ejércitos atacantes debían llegar al Mosa en cuarenta y ocho horas y tomar Amberes en el plazo de catorce días. Hitler dijo a sus altos mandos que actuando de ese modo cercarían al I Ejército canadiense y de paso obligarían a Canadá a salir de la guerra, lo que a su vez persuadiría a los Estados Unidos de que debían buscar la paz.

El mariscal von Rundstedt, que estaba perfectamente dispuesto para lanzar una ofensiva limitada que le permitiera aplastar a la avanzadilla de Aquisgrán, sabía que el objetivo de Amberes era completamente irreal. Aunque siguiera haciendo un tiempo lo suficientemente malo para obligar a las fuerzas aéreas enemigas a permanecer en tierra, y aunque lograran apoderarse de los depósitos de combustible de los Aliados, los alemanes carecían sencillamente de fuerza para mantener en pie el pasillo. Era como la obsesión de Hitler con el contraataque sobre Avranches de primeros de agosto, que el Führer había obligado a lanzar al mariscal von Kluge. Un golpe espectacular e inesperado no servía de nada a menos que pudiera sostenerse. Rundstedt se sentiría después profundamente ofendido cuando se enterara de que los

Aliados habían llamado a la operación «Ofensiva Rundstedt», como si el plan hubiera sido suyo.

El 3 de noviembre, cuando Jodl expuso el proyecto a los mandos implicados, todos quedaron desconcertados: el comandante en jefe del oeste, Rundstedt; el comandante en jefe del Grupo de Ejércitos B, Model; el *Obergruppenführer* Sepp Dietrich, al mando del VI Ejército Panzer SS; y el *Generaloberst* Hasso von Manteuffel, al mando del V Ejército Panzer. No obstante, cuando finalmente se celebrara la sesión informativa la víspera de la batalla seis semanas después, muchos de los oficiales y soldados jóvenes estaban convencidos o habían logrado convencerse a sí mismos, de que, junto con las V-2 lanzadas contra Inglaterra, aquella ofensiva iba a convertirse en el punto de inflexión que todos esperaban desde hacía tanto tiempo.

El 28 de noviembre, mientras continuaban los combates al norte de la frontera de Alemania primero bajo la lluvia y luego bajo la cellisca, Eisenhower visitó a Montgomery en su cuartel general de Bélgica. Casi antes de que el comandante supremo se sentara en la caravana que utilizaba como sala de mapas, Montgomery empezó a intimidarle hablando del poco éxito obtenido en las batallas que estaban librándose en ese momento. Esperando una vez más aprovechar la aparente incapacidad de Eisenhower de decirle claramente que no, Montgomery pensó que había

obtenido su consentimiento para convertirse en comandante en jefe de todas las fuerzas aliadas al norte de las Ardenas. Pero Bradley, que no tenía la menor intención de permitir que parte de su grupo de ejércitos sirviera a las órdenes de Montgomery, logró que Eisenhower volviera a cambiar de opinión poco después. El 7 de diciembre, Eisenhower, Bradley y Montgomery se reunieron en Maastricht. Montgomery se enteró de que su ofensiva reforzada por el norte ya no era posible. Evidentemente Bradley tuvo que hacer un gran esfuerzo para ocultar una sonrisa de satisfacción.

Mientras Eisenhower y los comandantes de su grupo de ejércitos volvían a discutir sobre si debían concentrar su próximo ataque al norte o al sur de las Ardenas, los servicios de inteligencia aliados se percataron de repente de que habían perdido la pista del VI Ejército Panzer. Había sido localizado cerca de Colonia y se suponía que, junto con el V Ejército Panzer de Manteuffel, se disponía a efectuar un contraataque contra el I Ejército norteamericano en cuanto cruzara el Roer. En Maastricht, Eisenhower y Bradley suscitaron la cuestión del sector de las Ardenas, cubierto solo por el VIII Ejército de Middleton, pero Bradley no mostró ninguna preocupación. Explicó que lo había dejado en situación de mayor debilidad para poder reforzar la ofensiva por el norte y por el sur. Ninguno de los generales presentes en la

conferencia de Maastricht esperaba que se produjera una contraofensiva a gran escala. Los alemanes andaban desesperadamente escasos de combustible para los blindados e incluso en el caso de que pudieran romper las líneas, ¿adónde iban a ir? En los servicios de inteligencia habían corrido rumores de que tenían puestas sus miras en Amberes, pero ningún oficial de alto rango hizo caso de ellos. Montgomery planeaba regresar a Inglaterra para Navidades.

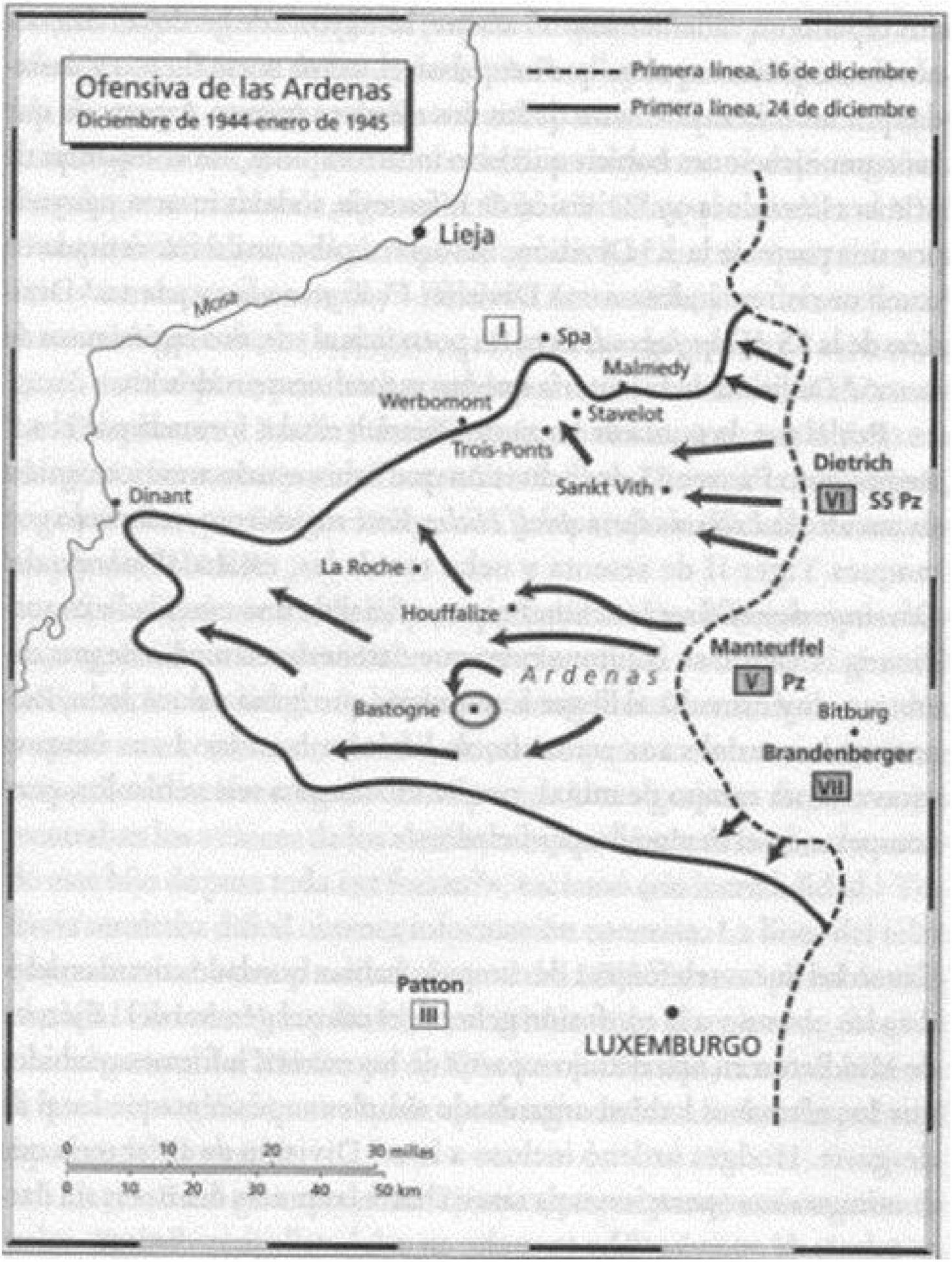
El 15 de diciembre, Hitler y su entorno se trasladaron en su tren personal al Adlerhorst (Nido del Águila), donde el cuartel general del Führer se había establecido en Ziegenberg, cerca de Bad Nauheim. El cuartel general de Rundstedt se encontraba ya en el castillo de Ziegenberg, situado en las inmediaciones. Para espanto de los generales, también vino la cancillería del partido nazi de Martin Bormann, quien se quejaba de que las instalaciones eran insuficientes para todos sus mecanógrafos.[2] Daba la impresión de que la burocracia nazi, tanto en Berlín como a nivel local, no hacía más que crecer a medida que se acercaba el desastre, sin duda para que pareciera que el partido seguía teniendo el control de los acontecimientos. Se publicaban instrucciones, directivas y regulaciones en

cascada sobre todos los temas imaginables justo cuando los transportes y de paso por tanto también el sistema postal se hundían bajo el peso de los bombardeos aliados.

La ofensiva había sido retrasada más de dos semanas porque no estaban listas ni las formaciones panzer ni las de infantería. Hitler había querido reunir treinta divisiones para la operación. Al final la fuerza atacante estaría integrada por veinte y cinco permanecerían en la reserva. En el lado norte de la ofensiva principal el VI Ejército Panzer SS de Dietrich debía dirigirse a Amberes, con el XV Ejército protegiendo su flanco derecho. Por el sur, el V Ejército Panzer debía dirigirse en primer lugar a Bruselas, con el VII Ejército guardando su flanco izquierdo.

Los poquísimos oficiales americanos de alto rango que manifestaron su preocupación por una posible ofensiva alemana en las Ardenas fueron objeto de burla por parte de sus compañeros. Los vuelos de reconocimiento habían detectado un aumento de las actividades alemanas al otro lado del Rin, pero se atribuyó al contraataque que se esperaba que se produjera cuando cruzaran el Roer en dirección al norte. El cuartel general del XII Ejército estaba convencido de que los alemanes habían quedado tan debilitados que ya no constituían amenaza alguna. Cuando Middleton dijo a Bradley que su VIII Cuerpo era muy débil para los ciento treinta y cinco kilómetros de extensión que tenía el sector de las Ardenas que se le había asignado, el

comandante de su grupo de ejércitos replicó: «No te preocupes, Troy. No van a pasar por ahí». Middleton tenía cuatro divisiones de infantería, la 99.ª y la 106.ª, que todavía no se habían estrenado en el combate, y la 28.ª y la 4.ª que habían quedado muy debilitadas y agotadas tras las luchas en el bosque de Hürtgen. Tenía además en reserva a la 9.ª División Acorazada y al 14.° Grupo de Caballería como unidad de reconocimiento.


Ofensiva de las Ardenas
Diciembre de 1944-enero de 1945
Primera línea, 16 de diciembre
Primera línea, 24 de diciembre
Lieja
Mosa
I
Spa
Malmedy
Werbomont
Stavelot
Trois-Ponts
Dietrich
VI SS Pz
Sankt Vith
Dinant
La Roche
Houffalize
Manteuffel
V Pz
Ardenas
Bastogne
Bitburg
Brandenberger
VII
Patton
III
LUXEMBURGO
0 10 20 30 millas
0 10 20 30 40 50 km

A las 05:30 del 16 de diciembre, la artillería alemana abrió fuego. El efecto de los mil novecientos cañones disparando al mismo tiempo a lo largo del frente resultó sumamente desorientador. Los reclutas, desconcertados, salieron como pudieron de sus sacos de dormir, agarraron sus armas y permanecieron agazapados en el fondo de sus trincheras hasta que terminó el bombardeo. Pero cuando acabó vieron una luz fantasmal. Aquel falso amanecer era en realidad un «rayo de luna artificial», producido por los reflectores alemanes situados detrás de sus líneas, cuyos haces de luz traspasaban las nubes. La infantería alemana, avanzando con sus uniformes de camuflaje para la nieve a través de aquella niebla glacial y de los altísimos árboles de los bosques de las Ardenas parecían fantasmas. Aunque algunos grupos avanzados aislados repelieron valientemente el ataque, la mayoría de las dos divisiones norteamericanas novatas que ocupaban el sector norte fueron aplastadas por las cabezas de lanza de los dos ejércitos panzer. A pesar de que las comunicaciones habían quedado interrumpidas, las compañías de primera línea de la 99.ª División de Infantería, todavía intacta, apoyada por una parte de la 2.ª División, llevaron a cabo una tenaz retirada en combate enfrentándose a una División *Volksgrenadier* y a la 12.ª División de la SS *HitlerJugend*. Pero un poco más al sur, dos regimientos de la 106.ª División de Infantería quedaron totalmente rodeados.

Por el sur, la punta de lanza de Dietrich estaba formada por el 1.er Regimiento Panzer SS de la división que había estado anteriormente a su mando, la *Leibstandarte Adolf Hitler*. Este regimiento, reforzado con tanques Tiger II de sesenta y ocho toneladas, estaba al mando del *Obersturmbannführer* Joachim Peiper, oficial de una crueldad extraordinaria. Cuando su columna tuvo que detenerse en medio de una carretera muy estrecha al llegar a un puente que había sido volado, Peiper, en vista del caos reinante, se limitó a mandar a sus tanques atravesar un campo de minas, perdiendo cinco o seis vehículos, pero recuperando el tiempo desperdiciado.

Como las líneas telefónicas de campaña habían quedado cortadas debido a los obuses y a la confusión general, el cuartel general del I Ejército de Middleton en Spa dedujo a partir de los escasos informes recibidos que los alemanes habían organizado simplemente un ataque local de desgaste. Hodges ordenó incluso a la 2.ª División de Infantería que continuara sus operaciones de tanteo hacia las presas del Roer, sin darse cuenta de que ya estaba envuelto en una batalla muy distinta.

En el cuartel general del SHAEF en Versalles, el general Eisenhower permaneció sin que nadie lo molestara

disfrutando de un día encantador. Se enteró de que por fin iba a recibir su quinta estrella. Debía de resultar mortificante que Montgomery, subordinado suyo, ya la hubiera recibido a comienzos de septiembre. Luego puso al día su correspondencia y asistió a la boda de su ordenanza, que se casaba con una conductora del Women's Army Corps de su cuartel general. Esperaba a Bradley para la cena, con quien tenía intención de compartir un envío de ostras frescas.

Cuando llegó Bradley, fueron a una sala de conferencias a discutir la cuestión de los reemplazos. Fueron interrumpidos por un oficial de estado mayor que les trajo la noticia de que se había producido una ofensiva en el sector de las Ardenas. A Bradley le pareció que solo debía de ser una maniobra de distracción para entorpecer el inminente ataque de Patton, pero el instinto de Eisenhower no se dejó engañar. Pensó que se trataba de algo serio. Dijo a Bradley que enviara al VIII Cuerpo de Middleton algún tipo de ayuda. Las fuerzas que tenían en reserva eran por el norte la 7.ª División Acorazada, y por el sur la 10.ª Acorazada que estaba con Patton. Como era de esperar, a este no le gustó nada el plan, pero ambas unidades recibieron la orden de avanzar. Eisenhower y Bradley decidieron irse a cenar, pero este último era alérgico a las ostras y tomó huevos revueltos. Durante la sobremesa, jugaron cinco partidas de bridge con una pareja de oficiales

de estado mayor del SHAEF.

Al día siguiente Bradley, que empezaba a temer haberse equivocado, regresó a toda velocidad en su coche oficial a su cuartel general táctico en Luxemburgo. Subió las escaleras literalmente de dos en dos y entró en el centro de mando, donde se puso a escrutar el enorme mapa de situación colgado de la pared. Unas grandes flechas rojas mostraban los avances de los alemanes. «¿De dónde demonios ha sacado este hijo de puta toda esa fuerza?», exclamó con incredulidad.[3] Todavía resultaba difícil obtener información concreta. La línea del télex que comunicaba con el cuartel general del I Ejército en Spa había sido cortada. Cuando Harry Butcher, el asistente de Eisenhower, llegó al cuartel general del XII Grupo de Ejércitos en Verdún, notó un ambiente que le recordó el que se había apoderado de los Aliados después del desastre de Kasserine.

En el cuartel general del III Ejército, por su parte, tenían ganas de pelea. Patton medio esperaba ya una contraofensiva en las Ardenas. «Estupendo», dijo. «Deberíamos dejarles pasar y permitirles la entrada directamente hasta París. Luego les cortaríamos las alas de cuajo».[4] Más al norte, en el cuartel general del IX Ejército seguía reinando la confusión sobre lo que pretendían los alemanes. Un ataque inusualmente violento de la Luftwaffe sobre sus efectivos les hizo pensar que se trataba de «una

maniobra de diversión para efectuar una contraofensiva mayor en la zona del I Ejército». Los oficiales de estado mayor decían que «todo depende de las tropas que tenga a su disposición von Rundstedt».[5] En el cuartel general del I Ejército, Hodges o bien se encontraba realmente enfermo, como dicen algunas versiones, o bien había sufrido un ataque de nervios debido al agotamiento. Había sido Hodges el que no había querido hacer caso de las advertencias del jefe de sus servicios de inteligencia. En cualquier caso, al día siguiente ya se había calmado.

El 17 de diciembre, Eisenhower y su estado mayor estudiaron en el SHAEF toda la información disponible, intentando adivinar las intenciones de los alemanes y encontrar la manera de reaccionar. Supusieron que los alemanes simplemente pretendían dividir el XII y el XXI Grupo de Ejércitos. Las únicas reservas que les quedaban eran la 82.ª y la 101.ª División Aerotransportada, que descansaban cerca de Reims después de la Operación Market Garden. Después de un cuidadoso estudio sobre el mapa, se decidieron por Bastogne. Se avisó a otras tres divisiones, que todavía se encontraban en Inglaterra, de que se prepararan para cruzar al continente de inmediato. La 82.ª Aerotransportada, en cualquier caso, fue trasladada

más cerca de Spa, a Werbomont.

La idea errónea de que la ofensiva alemana se dirigía a la capital francesa siguió difundiéndose, junto con otros rumores alarmistas. Un elemento fundamental del plan alemán consistía en el lanzamiento en paracaídas del *6°* Regimiento *Fallschirmjäger* del coronel barón Friedrich von der Heydte, que debía apoderarse de un puente sobre el Mosa y acelerar así el avance. Su vuelo de aproximación se vio frustrado principalmente por el fuego de las baterías antiaéreas, de modo que la mayoría de los hombres de Heydte cayeron desperdigados por casi todas partes menos en la zona de lanzamiento que buscaban. Heydte se encontró con unas fuerzas tan escasas que lo único que pudieron hacer fue esconderse cerca del puente y observar los acontecimientos mientras aguardaban la llegada de las puntas de lanza blindadas. La enorme dispersión de los lanzamientos, sin embargo, contribuyó indudablemente a aumentar la confusión de los Aliados.

Los alemanes habían desarrollado también un plan de decepción estratégica. El jefe de comando de la SS Otto Skorzeny había recibido personalmente instrucciones de Hitler para que se colara entre líneas con un pequeño contingente de voluntarios que supieran hablar inglés, vestidos con uniformes americanos y montados en vehículos del ejército estadounidense previamente capturados. Debían apoderarse de otro puente sobre el

Mosa y en general causar en la retaguardia la mayor confusión posible. El grueso del grupo de Skorzeny quedó rezagado debido a los enormes atascos de tráfico y no consiguió nunca atravesar las líneas, pero algunos grupos más pequeños sí que lo lograron. El 18 de diciembre, tres de ellos fueron detenidos en un jeep en un control de carreteras. No conocían el santo y seña. Los soldados los registraron y descubrieron que llevaban uniformes alemanes debajo de los americanos color verde oliva. Pero aunque su misión fracasó y ellos fueron posteriormente ejecutados, lograron provocar un caos mayor diciendo a sus interrogadores que se dirigían a Versalles varios grupos de asesinos con el cometido de matar a Eisenhower.

Este se vio confinado en su cuartel general bajo la vigilancia constante de guardaespaldas armados con metralletas. Corrieron rumores de que había también piquetes que iban detrás de Bradley y de Montgomery. La policía militar detenía en los controles de carretera a cualquier soldado u oficial, independientemente de su rango, y le hacía preguntas sobre geografía de los Estados Unidos, sobre baseball y sobre toda una serie de cuestiones que supuestamente solo los americanos podían conocer. En París se ordenó el toque de queda y el SHAEF impuso un bloqueo informativo de cuarenta y ocho horas, que no hizo más que avivar las especulaciones.

La gente estaba convencida de que los alemanes

estaban a punto de reconquistar la ciudad. En la cárcel de Fresnes, los colaboracionistas franceses empezaron a hostigar a sus guardianes diciendo que los alemanes no iban a tardar en liberarlos. Los guardias por su parte respondían que ellos mismos y la Resistencia se encargarían de matarlos a todos antes de que el enemigo llegara a las puertas de París. El ambiente de histeria llegó hasta Bretaña, donde se ordenó al personal de la retaguardia que se preparara para su evacuación. El capitán M. R. D. Foot, del SAS, que estaba recuperándose en un hospital de Rennes de las graves heridas recibidas, preguntó a una enfermera inglesa a qué se debía tanta agitación. «Estamos recogiéndolo todo», le respondió la mujer. «¿Y qué pasará con los heridos que no podemos ser trasladados?», dijo Foot. «Estoy segura de que las monjas de aquí al lado se encargarán de ustedes», contestó la enfermera.[6]

Empezaron a propalarse otras historias acerca de episodios más concretos. El 17 de diciembre, el segundo día de la ofensiva, las tropas SS del regimiento de la División *Leibstandarte* de Peiper mataron a sangre fría a sesenta y nueve prisioneros de guerra, y luego en el curso de la llamada matanza de Malmedy fusilaron en la nieve a otros ochenta y seis. Dos hombres lograron escapar y llegar a las líneas americanas. La sed de venganza se intensificó a medida que la historia fue corriendo de boca en boca, y en consecuencia muchos prisioneros alemanes

también fueron fusilados. A pesar de la inquietud reinante, empezaron a verse indicios prematuros de que no todo iba saliendo como querían los alemanes. Algunos soldados novatos de la 99.ª División de Infantería y los veteranos de la 2.ª lograron cortar el paso a la 12.ª División de la SS *Hitler Jugend*, para a continuación retirarse ordenadamente a la posición defensiva natural de las colinas de Elsenborn. El VI Ejército Panzer de Dietrich no logró hacer los progresos esperados, aunque por lo menos capturó un depósito de combustible de menor importancia. Por suerte para los Aliados, sus fuerzas nunca llegaron al gran almacén situado en las cercanías de Stavelot que contenía casi veinte millones de litros.

Las condiciones climáticas seguían siendo perfectas desde el punto de vista de los alemanes, con nubes bajas que obligaban a las fuerzas aéreas aliadas a permanecer en tierra. Al sur, al V Ejército Panzer de Manteuffel estaban saliéndole mejor las cosas que al Ejército Panzer de la SS de Dietrich. Tras aplastar a la infortunada 28.ª División de Infantería, iba ya camino de Bastogne. En el flanco sur la 4.ª División de Infantería norteamericana, bastante experta ya, resistía valientemente al VII Ejército.

Eisenhower convocó una conferencia el 19 de diciembre en Verdón. La crisis de las Ardenas se reveló su mejor momento como comandante supremo. A pesar de las críticas recibidas en un primer momento por su tendencia a

las soluciones de compromiso y por plegarse con demasiada facilidad a las opiniones de los generales con los que hablaba, demostró tener una gran claridad de juicio y una autoridad fuerte. Su mensaje fue que aquella situación suponía una excelente ocasión de infligir el máximo daño al enemigo a campo abierto, sin que fuera preciso hacerlo salir de sus campos de minas y de sus posiciones defensivas. Su cometido era impedir que las puntas de lanza alemanas cruzaran el Mosa. Había que contener al enemigo hasta que cambiara el tiempo y las fuerzas aéreas aliadas pudieran lanzarse contra él. Para conseguirlo, primero tenían que reforzar sus flancos y hacer frente a la línea de avance. Sólo entonces podrían empezar a contraatacar.

Patton, que había sido bien informado por el jefe de sus servicios de inteligencia, ya había dicho a su estado mayor que elaborara planes de contingencia para un gran desplazamiento de su eje del Sarre con el fin de atacar el flanco sur de la línea de avance alemana. Le encantaba la idea de abandonar las «aldeas encharcadas y llenas de estiércol» de Lorena.[7] La ofensiva alemana le recordaba el gran ataque de Ludendorff de marzo de 1918, la *Kaiserschlacht*. Parece que Patton se sintió bastante relajado cuando Eisenhower recurrió a él en aquel momento de crisis. «¿Cuándo puedes atacar?», le preguntó el comandante supremo.

«El 22 de diciembre, con tres divisiones», respondió.

«La 4.ª Acorazada, la 26.ª y la 80.ª». Para Patton fue un momento estupendo. Todos los mandos y jefes de estado mayor del grupo de ejércitos y del ejército presentes se quedaron mirándolo llenos de asombro. La acción requería que el grueso de su ejército diera un giro de noventa grados y suponía toda una pesadilla de modificación de líneas de aprovisionamiento cruzadas. «Creó una gran conmoción», anotó Patton con satisfacción en su diario. Pero Eisenhower objetó que tres divisiones no eran suficientes. Patton contestó con la inimitable seguridad en sí mismo que lo caracterizaba que podía derrotar a los alemanes solo con tres, y que si seguía esperando un minuto más perdería la ventaja del factor sorpresa. Eisenhower le dio su aprobación.[8]

A la mañana siguiente, 20 de diciembre, Bradley se enfadó muchísimo, como era de prever, al enterarse de que Eisenhower había decidido dar a Montgomery el mando del IX y del I Ejército estadounidense. El motivo era que Montgomery podía estar constantemente en contacto con ellos, mientras que el cuartel general del XII Ejército en Luxemburgo se hallaba atrapado al sur de la «bolsa» (*bulge*), como se llamaba en aquellos momentos a la cuña creada por el avance alemán. Eisenhower había sido convencido de ello por su jefe de estado mayor, Bedell Smith, en parte debido al caos reinante en el I Ejército y a la sospecha de que Hodges probablemente había sufrido un

colapso nervioso. Bradley, que había sido pillado a contrapié por la ofensiva, temía que aquella decisión pudiera ser vista como un voto de no confianza en su actuación. Ante todo, detestaba la idea de que aquello pudiera animar a Montgomery en sus exigencias de obtener el mando de las fuerzas aliadas de campaña. Durante la tensa y desagradable conferencia telefónica que mantuvieron, Bradley amenazó incluso con presentar su dimisión. A pesar de su larga amistad, Eisenhower se mantuvo firme. «Mira, Brad, esas son mis órdenes», dijo poniendo fin a la conversación.[9]

Patton, por su parte, se encontraba en su elemento, reorganizando sus tropas, desplazando los batallones de cazacarros para reforzar sus fuerzas blindadas y preparando el ataque. La 101.ª División Aerotransportada había llegado a Bastogne justo antes de que lo hiciera el V Ejército Panzer de Manteuffel. De hecho cuando llegaron los camiones el armamento de pequeño calibre ya había abierto fuego en el perímetro débil. Aunque con dificultad, los paracaidistas fueron avanzando inexorablemente y se cruzaron con los soldados americanos en retirada, a los cuales suministraron municiones. Al ver las pocas que les quedaban, un oficial de la 10.ª División Acorazada se desplazó a un depósito de pertrechos y volvió con un camión lleno de balas y de granadas, y fue echándoselas a los paracaidistas a medida que avanzaban. Cuando se

intensificó el ruido de los disparos, empezaron a abrir pequeñas zanjas y trincheras en el terreno cubierto por la nieve.

Como casi todas las tropas americanas que participaron en la batalla de las Ardenas, los soldados de la 101.ª Aerotransportada sencillamente no estaban equipados para la guerra de invierno. Debido a los problemas de abastecimiento de los tres meses anteriores, se había dado prioridad absoluta al combustible y a la munición. La mayor parte de los hombres seguían llevando el uniforme de verano y sufrían terriblemente el frío glacial reinante, especialmente durante las largas horas nocturnas, cuando la temperatura bajaba en picado. No podían encender fuegos, pues inmediatamente atraían los bombardeos de la artillería y los morteros alemanes. Los casos de pie de trinchera aumentaron de manera alarmante y fueron responsables de una gran cantidad de bajas. Agazapados en sus zanjas y acosados por el fuego enemigo, pisando de día el barro pastoso que se helaba y se endurecía al caer la noche, los hombres no tenían prácticamente ocasión de quitarse las botas y ponerse calcetines secos. Tampoco tenían la más remota posibilidad de lavarse ni afeitarse. Muchos padecían disentería y, aislados como estaban en pequeñas trincheras, lo único que tenían a mano era su casco o alguna lata de raciones K. No tardó en desarrollarse ante su vista otro horror. Los jabalíes que habitaban en los bosques

devoraban el vientre de los cadáveres insepultos. Los que habían disfrutado de las caóticas cacerías organizadas antes de la batalla probablemente tuvieran ideas de lo más inquietante. La mayoría de los soldados se habían vuelto indiferentes a la visión de los cadáveres, pero el personal del servicio de registro funerario encargado de despejar posteriormente el terreno no tendría más remedio que contemplarlos.

Aunque Patton seguía apoyando la idea de permitir a los alemanes avanzar más para acabar mejor con ellos, aceptó la decisión de Bradley, según el cual había que defender a toda costa Bastogne, cruce de caminos de importancia vital. La 101.ª División Aerotransportada contaba con el apoyo de dos comandos de combate blindados, dos compañías de cazacarros y un batallón de artillería que disponía de pocos proyectiles. Todo dependía de que las nubes se despejaran pronto para que los C-47 pudieran lanzar en paracaídas munición y pertrechos dentro de la bolsa.

Montgomery tampoco había estado ocioso. En cuanto reconoció la amenaza que tenía a sus espaldas, hizo dar la vuelta al XXX Cuerpo de Horrocks para que ocupara una posición de bloqueo en la orilla noroeste del Mosa y asegurara los puentes. Esta maniobra coincidía perfectamente con el plan que tenía Eisenhower de preparar la demolición de los puentes del Mosa e impedir

que los alemanes se apoderaran de ellos.

En cuanto se enteró por Eisenhower de que iba a hacerse cargo del I Ejército estadounidense, Montgomery se trasladó a Spa. Llegó al cuartel general de Hodges, según el testimonio de uno de sus propios oficiales de estado mayor, «como Cristo cuando llegó a echar a los mercaderes del Templo».[10] Parece que al principio Hodges quedó en estado de shock, incapaz de tomar ninguna decisión. Al final se supo que hacía dos días que Bradley y él no estaban en contacto, lo que demostraba que Eisenhower había hecho bien en llamar a Montgomery.

Lo que Patton llamaba su «expedición para sacar las castañas del fuego» a los demás estaría en condiciones de comenzar el 22 de diciembre, tal como había asegurado a Eisenhower. «Deberíamos entrar a fondo en las tripas del enemigo y cortarle las líneas de aprovisionamiento», decía en una carta a su esposa. «El destino hizo que me vinieran a buscar precipitadamente cuando las cosas se pusieron feas. Tal vez Dios me guardara para llevar a cabo este esfuerzo».[11]

Pero a los americanos ya estaban poniéndoseles de cara las cosas debido a su determinación y valentía. En el sector norte de la ofensiva, el V Cuerpo, al mando del viejo amigo de Eisenhower «Gee» Gerow, defendía las colinas de Elsenborn con una mezcla heterogénea de unidades de infantería, cazacarros, ingenieros y sobre todo artillería.

Lograron repeler el ataque de la 12.ª División Panzer SS *Hitler Jugend* durante la noche del 20 de diciembre y la mañana siguiente. En total se encontraron setecientos ochenta y dos cadáveres alemanes delante de sus posiciones.[12]

Montgomery no supo reconocer el extraordinario aguante y la valentía de las unidades americanas que defendían los flancos de la ofensiva. Por el contrario, fijó su atención en el lío que encontró en el I Ejército y en su propio papel a la hora de poner las cosas en orden en él. El mariscal Brooke se desesperaba pensando cómo se comportaría Montgomery cuando recibiera el mando que deseaba, y este hizo realidad sus peores miedos.

En una reunión con Bradley el día de Navidad, Montgomery dijo que las cosas habían ido de mal en peor desde la invasión de Normandía porque no habían querido seguir sus consejos. Bradley contuvo su ira y escuchó sin replicar. Con su engreimiento a prueba de bombas, Montgomery dedujo, como había hecho en Normandía, que el silencio significaba que su interlocutor estaba de acuerdo con todo lo que decía.

Bradley había ido a ver a Montgomery con la intención de convencerlo de que lanzara su contraataque lo antes posible. Pero en este caso es casi seguro que Montgomery tenía razón en retrasarlo. La rápida reacción de Patton había pillado por sorpresa a los alemanes, pero al

atacar solo con tres divisiones, en vez de hacerlo con seis, como quería Eisenhower, lo que hizo fue prolongar la batalla de Bastogne, en vez de acabarla. Con su habitual estilo resolutivo, Montgomery quería cerrar la bolsa y luego aplastarla. No daba una fecha concreta, porque necesitaba estar seguro de que hiciera buen tiempo para que las fuerzas aéreas aliadas pudieran atacar.

El tiempo había empeorado todavía más, limitando en gran medida las operaciones aéreas. Aparte de una incursión sobre Tréveris en la que participó el Mando de Bombarderos de Harris, no había podido hacerse gran cosa, y no sería por falta de voluntad o de cooperación. Coningham, el militar neozelandés que estaba en aquellos momentos al mando de la Segunda Fuerza Aérea Táctica de la RAF, se llevaba estupendamente con Quesada. El cielo empezó a aclarar el 23 de diciembre. Dos días después llegaron unas «Navidades luminosas y frías, con un tiempo ideal para matar alemanes», como escribió Patton en su diario.[13] Las fuerzas aéreas no desperdiciaron la ocasión. Los P-47 Thunderbolt y los Typhoon de la RAF llevaron a cabo una campaña coordinada de ataques a tierra, mientras que los cazas se encargaron de las novecientas salidas que hizo la Luftwaffe el primer día. La supremacía aliada se impuso rápidamente. Al cabo de una semana, la Luftwaffe no podría hacer más que doscientas salidas.

El IX Mando Aéreo Táctico de Quesada era muy

admirado por las fuerzas de tierra estadounidenses por su gallardía, pero se había ganado muy mala fama por sus errores de navegación y de localización de objetivos. En el mes de octubre, cuando le encargaron que atacara unas posiciones concretas del Muro Occidental en Alemania, ni uno solo de sus aviones encontró el objetivo. Uno incluso arrasó la localidad minera belga de Genk, causando ochenta bajas entre la población civil. Cuando llegó a Malmedy, la 30.ª División se convirtió en otra de sus víctimas. Era la decimotercera vez desde el desembarco de Normandía que había sido atacada por su propia aviación, y los soldados empezaron incluso a llamar al IX Mando «la Luftwaffe americana».[14] Este chiste venía a subrayar el chascarrillo que corría entre el ejército alemán desde su desastrosa experiencia en Normandía: «Si es un avión británico, nosotros nos agazapamos; si es americano, todo el mundo se agazapa; y si es de la Luftwaffe, nadie se agazapa».

El 1 de enero de 1945, la Luftwaffe, obedeciendo órdenes de Göring, hizo un esfuerzo máximo y ochocientos cazas provenientes de toda Alemania se lanzaron al ataque de los aeródromos aliados. Para asegurar el efecto sorpresa, debían llegar en vuelo rasante, de modo que no pudieran detectarlos los radares aliados. Pero las precauciones de extremo secretismo impuestas a la Operación Bodenplatte hicieron que muchos pilotos no recibieran las informaciones necesarias y que tampoco

fueran avisadas las baterías antiaéreas alemanas. Se calcula que casi cien aviones fueron abatidos por sus propias defensas antiaéreas. En total los Aliados perdieron unos ciento cincuenta aparatos, mientras que la Luftwaffe perdió cerca de trescientos, y además doscientos catorce pilotos fueron muertos o hechos prisioneros. Aquella fue la última humillación de la Luftwaffe. En adelante el poderío aéreo de los Aliados no tendría rival.[15]

Una vez fracasada la maniobra de envolvimiento de Bastogne el 27 de diciembre de 1944, Montgomery recibió toda clase de presiones para que el 3 de enero lanzara por fin su contraataque. Pero el nuevo mariscal de campo seguía obsesionado con las cuestiones de mando. Brooke tenía buenos motivos para sentirse incómodo, pues Monty empezó otra vez a dar lecciones a Eisenhower utilizando el mismo tono que había empleado con Bradley. «Tengo la impresión», escribió Brooke en su diario, «de que, con su habitual falta de tacto, Monty ha estado restregando por las narices a Ike las consecuencias de no haber escuchado sus consejos. Tantos "ya te lo decía yo" no contribuyen a crear las necesarias relaciones amistosas entre ambos».[16]Una vez más Eisenhower se abstuvo de mostrarse duro con él, cosa que indujo al inglés a

escribirle una carta desastrosa, en la cual sentaba cátedra de estrategia e insistía en que también tenía que concedérsele el mando del XII Grupo de Ejércitos de Bradley.

El general Marshall también se había sentido provocado por la forma en que la prensa británica se dedicaba a corear las palabras de Montgomery, exigiendo un mando prácticamente independiente. Así, pues, escribió a Eisenhower instándole a no tener miramientos. Esto, junto con la carta del propio Montgomery, indujo a Eisenhower a redactar un comunicado a los jefes del estado mayor conjunto que básicamente decía que o Montgomery era sustituido, preferiblemente por Alexander, o él presentaba la dimisión. El jefe de estado mayor de Montgomery, De Guingand, se enteró del ultimátum. Convenció a Eisenhower de que esperara veinticuatro horas y se presentó directamente ante Montgomery con una carta de disculpas ya escrita en la que el mariscal inglés pedía a Eisenhower que rompiera su anterior carta. Finalmente habían metido en cintura a Montgomery, pero solo de momento.

Al sur, el uso que hizo Eisenhower del III Ejército de Patton tuvo varios efectos colaterales. Devers tuvo que hacerse cargo de parte del frente de Patton, y eso suponía retirar algunas tropas del sur y abandonar Estrasburgo para ordenar las líneas. De Gaulle, que no había sido consultado, puso el grito en el cielo cuando se enteró. La idea de

entregar Estrasburgo justo un mes después de su liberación amenazaba la propia estabilidad de su gobierno. Las implicaciones políticas eran mucho más significativas de lo que suponía Eisenhower.

El 3 de enero, a instancias de Churchill, se celebró una conferencia en el cuartel general de Eisenhower en Versalles con asistencia de De Gaulle, Churchill y Brooke. Eisenhower reconoció que en último término había que defender Estrasburgo, y De Gaulle, entusiasmado, redactó inmediatamente un comunicado. Su jefe de gabinete, Gastón Palewski, lo llevó inmediatamente a la embajada inglesa para enseñárselo en primer lugar a Duff Cooper, el embajador británico. Esta jactanciosa declaración «sugería que De Gaulle había convocado una conferencia de carácter militar a la que habían permitido asistir al primer ministro [inglés] y a Eisenhower».[17] Duff Cooper logró convencer a Palewski de que rebajara el tono de su comunicado.

Bastogne habría podido recibir ayuda y suministros por vía aérea, pero una vez que los alemanes reconocieron que ni siquiera podían llegar al Mosa, se convirtió en el blanco de sus ataques. Hitler, mientras tanto, había decidido lanzar otra ofensiva en Alsacia cuyo nombre clave era Viento del Norte. Se trataba simplemente de una operación de

diversión y no consiguió gran cosa.

El contraataque de Montgomery fue lanzado por fin el 3 de enero. Los combates fueron muy duros, y la nieve no facilitó las cosas. Cuatro días después, la batalla del ego de Montgomery volvió a estallar con ocasión de la conferencia de prensa que convocó. Churchill le había dado permiso para celebrarla, porque Montgomery le había prometido que contribuiría a afianzar la unidad de los Aliados. El efecto fue justamente el contrario. Aunque alabó las cualidades combativas del soldado americano y subrayó su propia lealtad a Eisenhower, dio a entender que había dirigido la batalla casi sin ayuda de nadie y que la contribución de los británicos había sido trascendental. Churchill y Brooke quedaron horrorizados e inmediatamente «analizaron todos los males causados por la conferencia de prensa de Monty». El primer ministro hizo una declaración ante el parlamento haciendo hincapié en que había sido una batalla americana y asegurando que la contribución británica había sido mínima. Pero el daño a las relaciones entre los Aliados ya estaba hecho.

La alianza angloamericana también se resintió durante este periodo debido a los acontecimientos que tenían lugar en el sureste de Europa y a la decisión de Churchill de impedir

que Grecia cayera en manos de los comunistas. El derrumbamiento del poder alemán en la región, acelerado por el avance del Ejército Rojo por Hungría y Rumania en octubre, dejaba al país al borde de la guerra civil. Grecia era un ejemplo más de que la Segunda Guerra Mundial podía acabar sembrando la simiente de una tercera guerra mundial.

El terrible sufrimiento provocado por la ocupación, dominada por el hambre y una gravísima crisis económica, había dado lugar a una drástica radicalización de un pueblo que hasta la guerra había mantenido una tendencia claramente conservadora desde el punto de vista social. Fue este giro radical e instintivo hacia la izquierda, a menudo sin una clara inclinación ideológica, lo que dio lugar a un apoyo generalizado al EAM-ELAS. Aunque dirigido por comunistas, el EAM se caracterizaba por sus numerosas contradicciones políticas que reflejaban muchos y diversos puntos de vista, especialmente en lo tocante a la idea de socialismo y libertad. Las reformas agrarias y la emancipación de la mujer constituían dos de las cuestiones objeto de acalorados debates. La única base general de consenso era que el sistema político tradicional, y especialmente la monarquía, no constituía en aquellos momentos un factor relevante de los problemas de Grecia. Incluso los líderes comunistas estaban divididos e indecisos en este sentido, pues no sabían si seguir un

camino democrático para acceder al poder o imponerlo por la fuerza de las armas.

Varios meses antes del «acuerdo de los porcentajes» de Churchill, Stalin había enviado una misión militar a Grecia. Debía advertir al Partido Comunista de Grecia, el KKE, que tenía que «afrontar las realidades geopolíticas y cooperar con los británicos».[18] Este hecho basta para explicar por sí solo por qué Stalin debió ocultar sus ganas de echarse a reír cuando vio el documento «golfo» de Churchill en su despacho del Kremlin.

A pesar de las advertencias de Stalin, el sentimiento antibritánico era muy profundo en las filas del EAM-ELAS debido al apoyo prestado por Churchill al rey Jorge II, el cual tenía la firme intención de regresar a Grecia en cuanto los alemanes abandonaran el país. Los oficiales británicos de la SOE habían logrado a comienzos de año negociar el fin de las disputas existentes entre el EAM-ELAS y el EDES, la liga griega no comunista. Más tarde, en abril de 1944, el EAM anunció la celebración de unas «elecciones revolucionarias», en un intento de ganarse una especie de legitimidad gubernamental. Ni que decir tiene que en esas elecciones se tomaron todas las medidas necesarias para que solo pudieran ganar candidatos del EAM. George Papandreou rechazó la propuesta del EAN de actuar como cabeza visible de las mismas, pues no quería convertirse en cómplice de un movimiento manipulado en la sombra por

los comunistas. Así pues, prefirió ponerse al frente del gobierno griego en el exilio, en aquellos momentos con sede en El Cairo. Sin embargo, otros políticos de centroizquierda se dejaron engatusar.

El EAM-ELAS intensificó sus represalias contra todo aquel que manifestara su desacuerdo, tachándolo de traidor y de enemigo del pueblo. Muchos fueron ejecutados. El gobierno colaboracionista de Atenas, con el apoyo y el beneplácito de los alemanes, había reclutado los llamados Batallones de Seguridad para atacar al EAM-ELAS. Su terror fue contestado con contraterror. En Atenas, las guerrillas urbanas del ELAS por un lado, y los Batallones de Seguridad y la Gendarmería por otro, se enzarzaron en una guerra sucia que estalló en marzo. Muchos de los combatientes del ELAS capturados fueron enviados a Alemania como mano de obra esclava. Los miembros de los Batallones de Seguridad intentaron rehabilitarse cuando la marcha de los alemanes parecía ya un hecho inminente. Cada vez con más frecuencia, permitían que los prisioneros pudieran escapar. También se enviaron mensajes a El Cairo asegurando al gobierno griego en el exilio y a los británicos que los Batallones de Seguridad no iban a oponerse a la liberación del país, sino que colaborarían para alcanzarla.

A comienzos de septiembre empezó a sondearse la posibilidad de un acuerdo de paz con los miembros del

EAM-ELAS, que rechazaron las propuestas a pesar de que la mayoría de la gente ansiaba el final de la violencia. Las batallas callejeras se reanudaron. Las fuerzas alemanas presentes en Grecia temían verse aisladas por el avance del Ejército Rojo por el norte del país, y las tropas no alemanas reclutadas por la Wehrmacht empezaron a desertar. La retirada comenzó en los primeros días de octubre, y muchos colaboracionistas huyeron también hacia el norte para evitar caer en manos de los *andartes*, las guerrillas griegas. El EAM-ELAS intentó mantener el orden donde pudo, aunque solo fuera para justificar su papel de gobierno en potencia; no obstante, las condiciones variaron mucho de un lugar a otro. El 12 de octubre, los últimos alemanes abandonaron Atenas tras arriar la bandera con la cruz gamada que ondeaba en la Acrópolis. La gente se echó a la calle llena de júbilo, y en una multitudinaria manifestación convocada por el EAM-ELAS se lanzaron proclamas exigiendo la *Laokratia*, esto es, el «Gobierno del Pueblo».

Las tropas británicas del III Cuerpo del teniente general Ronald Scobie fueron recibidas efusivamente cuando llegaron poco después. Pero la política británica en lo concerniente a Grecia estaba condicionada en parte por las simpatías monárquicas de Churchill, por el desconocimiento de lo que había sido realmente la ocupación y de las consecuencias políticas de ella

derivadas, y, principalmente, por el afán del primer ministro de mantener alejada a Grecia de la esfera de influencia soviética. George Papandreou, que presidía un gobierno de unidad nacional que al principio incluía a algunos miembros del EAM, también nombró para su administración a conocidos derechistas con conexiones con los Batallones de Seguridad. Churchill no quería comprometerse en ningún sentido, sobre todo después del acuerdo alcanzado con Stalin. Así pues, dio a Scobie, que no era precisamente el oficial con más aptitudes políticas, instrucciones estrictas de reaccionar con firmeza ante cualquier ataque o agresión contra tropas británicas. El 2 de diciembre, los miembros del EAM integrados en el gobierno presentaron su dimisión como protesta por la orden de desarmar a los *andartes*. El gobierno pretendía crear una Guardia Nacional, que iba a estar formada principalmente por los hombres de los odiados Batallones de Seguridad. En una manifestación convocada por el EAM al día siguiente en la plaza Sintagma, la policía abrió fuego contra los asistentes, bien movida por el nerviosismo, bien en respuesta a una serie de disparos. La izquierda aseguró que había sido una provocación deliberada para forzar el estallido de un gran enfrentamiento. Las comisarías de policía de la ciudad fueron asaltadas. Las tropas británicas no sufrieron daños, pero Scobie envió a sus hombres para controlar la ciudad. Los pistoleros del ELAS abrieron

fuego. La intensidad de los combates fue en aumento, y la situación se escapaba de las manos. Los Beaufighter y los Spitfire de la RAF recibieron la orden de atacar las posiciones del ELAS. Fue un gran error de cálculo, con catastróficas consecuencias. Los hombres del ELAS empezaron a llevar a cabo ejecuciones en masa de las familias «reaccionarias» de la ciudad y a capturar «rehenes» tanto en Atenas como en Salónica.

Harold Macmillan, que seguía siendo ministro residente en el Mediterráneo, y sir Rex Leeper, el embajador británico, convencieron a Churchill de que había que impedir el regreso del rey hasta la celebración de un plebiscito. A regañadientes, el primer ministro accedió a la idea de establecer una regencia en la persona del arzobispo Damaskinos. El rey Jorge de los griegos montó en cólera, oponiéndose tanto a la regencia como a la elección de Damaskinos. La prensa americana empezó a expresar su repulsa por la política británica en términos durísimos. Creyendo ingenuamente que los miembros de la resistencia que luchaban contra los alemanes tenían que ser verdaderos amantes de la libertad, no supo ver ni la sangrienta represión de Tito en Yugoslavia ni la brutalidad de Stalin contra el Ejército Nacional Polaco. Los periodistas americanos empezaron a atacar a Churchill, al que tacharon de imperialista que ignoraba los principios de la Carta del Atlántico sobre la autodeterminación. En vez de los cinco

mil soldados británicos considerados en un principio necesarios para la restauración del orden en Grecia, hubo que recurrir a unos ochenta mil para desarmar a las fuerzas de los *andartes*. El almirante King intentó vetar el uso de lanchas de desembarco para trasladar a más hombres desde Italia hasta Grecia.

Churchill también fue objeto de severas críticas en la Cámara de los Comunes, pero su creencia apasionada de que solo él podía salvar a Grecia del comunismo lo llevó a tomar un avión rumbo a Atenas el día de Nochebuena. La ciudad era zona de combate, por lo que decidió alojarse a bordo del crucero británico *Ajax*, anclado frente a Fáliro. El arzobispo Damaskinos, un majestuoso prelado de elevada estatura, subió a bordo vestido con los imponentes hábitos del clero ortodoxo griego propios de su rango. Churchill, que había tenido muchas dudas acerca de la personalidad de Damaskinos, se sintió cautivado por él en cuanto lo conoció. Al día siguiente, el primer ministro, Anthony Edén, Macmillan y su séquito fueron conducidos en vehículos blindados hasta la embajada británica. El edificio, como observaría un historiador, «parecía el fortín asediado de una avanzadilla durante el motín de la India», en la que la esposa del embajador «dirigía las actividades domésticas con un coraje y una energía propios de un drama imperial de época victoriana».[19]

La conferencia para tratar de acordar el alto el fuego

comenzó aquella misma tarde en el ministerio de exteriores griego. Con Damaskinos presidiendo la reunión, alrededor de la mesa se sentaron los delegados de las diversas facciones griegas, así como los representantes americanos, franceses y soviéticos. Churchill abordó al coronel ruso Gregori Popov para intercambiar unas palabras y alardear de que había tenido unas conversaciones sumamente fructíferas con su «jefe», el generalísimo Stalin, apenas unas semanas antes. A Popov no le quedó más remedio que mostrarse debidamente impresionado.

La asamblea tuvo que esperar la llegada de los representantes del ELAS, cuya tardanza se debió a su negativa a dejar sus armas antes de entrar en la sala. Al final, la única persona armada de la reunión fue el primer ministro, que llevaba una pistola pequeña en un bolsillo. Churchill estrechó la mano de los «tres bandidos harapientos», como los describiría más tarde. Comenzó la reunión declarando que tocaba a los griegos decidir si Grecia tenía que ser una república o una monarquía, tras lo cual, él y todos los extranjeros se levantaron y abandonaron la sala para que Damaskinos pudiera proceder.

Al día siguiente, Churchill supo que las conversaciones se habían caracterizado por su tono duro y áspero, a veces incluso demasiado. El antiguo dictador, el general Nikolaos Plastiras, llegó a gritar a uno de los delegados comunistas, «¡Siéntate, asesino!».[20] Damaskinos

anunció la dimisión de Papandreou como primer ministro y su sustitución por el general Plastiras, que luego también tuvo que renunciar al cargo cuando salió a la luz que se había ofrecido a presidir un gobierno colaboracionista durante la ocupación.

Los combates se prolongaron en Atenas hasta el nuevo año, cuando los *andartes* se retiraron de la ciudad, incapaces de superar el gran contingente de tropas británicas. No puede calificarse precisamente de victoria gloriosa el hecho de que se estableciera un gobierno que distaba mucho de cualquier modelo liberal. La Guerra Civil Griega, con todas sus crueldades y atrocidades por ambas partes, seguiría adelante de una manera u otra hasta 1949. Pero la obstinada intervención de Churchill sirvió al menos para evitar que el país corriera la misma suerte de sus vecinos del norte que tendrían que sufrir durante más de cuatro décadas la tiranía comunista.

Tras las líneas aliadas, también Bélgica vivió episodios tumultuosos. La alegría de la liberación en septiembre de 1944 fue transformándose durante el otoño en resentimiento, amargura y odio. El gobierno en el exilio, presidido por Hubert Pierlot, regresó a Bélgica y se vio incapaz de solucionar los problemas del país. Medio millón de belgas habían sido trasladados a Alemania para trabajar como esclavos, por lo que había una grave escasez de mano de obra. La producción de carbón era una décima

parte de la habitual antes de la guerra, lo que significaba que hubiera constantemente cortes de electricidad a lo largo del día. La red ferroviaria no funcionaba, debido en parte a los bombardeos aliados, pero también a los actos de sabotaje llevados a cabo por los alemanes durante su repentina retirada.[21]

La cuestión que más exacerbaba los ánimos era la detención y el castigo de los colaboracionistas y los traidores. Los noventa mil miembros de la resistencia belga estaban furiosos por la incapacidad de los ministros, que habían pasado la guerra en el exilio, a la hora de entender las duras realidades de la ocupación y su ira contra los que se habían aprovechado de ella. Las autoridades militares aliadas calcularon que alrededor de cuatrocientas mil personas habían colaborado, pero solo sesenta mil fueron detenidas. Muchas de ellas fueron puestas en libertad antes de que acabara el año, y las que fueron procesadas recibieron condenas sumamente suaves.

Eisenhower intentó restaurar la paz. El 2 de octubre emitió una orden en la que, si bien se hacía constar su arrojo y valentía, se exigía a los miembros de la resistencia que entregaran sus armas. El sector comunista de la organización, el Front de l'Indépendence, tenía la firme determinación de desafiar al gobierno. Pierlot advirtió al Cuartel General Supremo de la Fuerza Expedicionaria Aliada (SHAEF, por sus siglas en inglés) de que tenía

constancia de que los comunistas tramaban una sublevación, y los británicos armaron inmediatamente a la policía belga. En noviembre, se procedió al despliegue de tropas inglesas en Bruselas para proteger edificios clave de la ciudad cuando los comunistas decidieron organizar una gran manifestación, en la que participaron huelguistas y numerosos individuos traídos de otros lugares.

Las desgracias de la población civil belga distaban mucho de llegar a su fin. Los ataques con las bombas voladoras V-1 y los cohetes V-2 contra Lieja y, sobre todo, Amberes, se saldaron con un gran número de muertos y heridos. Aquel otoño, en las principales zonas de combate, muchas familias se habían visto obligadas a abandonar sus hogares, pero en diciembre, durante la ofensiva de las Ardenas, muy pocos tuvieron tiempo de escapar debido a la rapidez con la que los alemanes atacaron.[22]

El *Kampfgruppe* mandado por Peiper, de la 1.ª División Panzer, *Leibstandarte*, no se limitó a asesinar a prisioneros americanos, sino que se vengó despiadadamente de los belgas, que con tanta alegría la habían visto marcharse apenas tres meses antes. Al día siguiente de la matanza llevada a cabo en las inmediaciones de Malmedy, por la mañana, los hombres de Peiper entraron en Stavelot y dispararon contra nueve civiles matándolos. Pero luego vieron que una fuerza americana les bloqueaba el paso por el norte, y que parte de la 30.ª

División estadounidense había volado el puente que se encontraba en su retaguardia.

Los soldados de la Waffen-SS de Peiper, al ver que no podían avanzar hacia el Mosa como tenían planeado, decidieron dirigir toda su ira contra las familias que fueron encontrando. Durante los siguientes días, unas ciento treinta personas, entre hombres, mujeres e incluso niños, fueron ejecutadas en grupos familiares o en el curso de una gran matanza. En total alrededor de tres mil civiles perdieron la vida durante los combates en las Ardenas, muchos, por supuesto, debido a los bombardeos aliados. Además de los treinta y siete soldados americanos muertos en Malmedy porque la IX Fuerza Aérea había bombardeado un objetivo equivocado, doscientos dos civiles belgas perdieron la vida. Los que se vieron atrapados en St. Vith, Houffalize, Sainlez, La Roche y otras ciudades y pueblos convertidos en escenario de batallas decisivas intentaron refugiarse en los sótanos de las casas, pero muchas se derrumbaron aplastándolos. Otra gente murió quemada por las bombas de fósforo y la explosión de los obuses. En Bastogne, el número de muertos por los bombardeos alemanes no pasó de veinte. Al menos su pueblo no fue uno de los objetivos de la aviación aliada.

Los soldados alemanes saqueaban cuanto querían sin el menor escrúpulo, pero las tropas aliadas no fueron mucho mejores. A veces había alguna justificación, como

cuando los soldados quedaban rodeados sin raciones de comida, o cuando requisaban mantas para no pasar frío o sábanas para utilizarlas como camuflaje en la nieve. Pero lo más habitual es que fueran cínicos actos de oportunismo propios de la guerra. Mucho más graves fueron los daños que sufrieron las casas y las comunidades. La localidad de St. Vith fue completamente arrasada, y sus supervivientes, como los de otros muchos pueblos, se quedaron sin nada.

La ofensiva de las Ardenas supuso una gran derrota para los alemanes, que perdieron la mitad de sus tanques y cañones, y sufrieron cuantiosas bajas: doce mil seiscientos cincuenta y dos muertos, treinta y ocho mil seiscientos heridos y treinta mil desaparecidos, la mayoría de los cuales fueron hechos prisioneros. En aquella batalla de desgaste las bajas americanas también fueron numerosas: diez mil doscientos setenta y seis muertos, cuarenta y siete mil cuatrocientos noventa y tres heridos y veintitrés mil doscientos dieciocho desaparecidos.

Los belgas sufrieron grandes penalidades, pero la mayoría de los holandeses lo pasó mucho peor. Incluso los que se encontraban tras las líneas aliadas estaban muertos de hambre, como comprobarían los soldados canadienses, británicos y estadounidenses al ver el gran número de gente

que mendigaba u ofrecía sus servicios sexuales a cambio de un poco de comida. A empeorar la situación contribuyó la inundación de los campos de cultivo debido a la destrucción deliberada de los diques como medida defensiva.

Al norte del río Mosa, Holanda seguiría en manos de los alemanes hasta el final de la guerra y sufriría una hambruna exacerbada por sus invasores. Cuando los ferroviarios comenzaron una huelga para ayudar a los Aliados durante la Operación Market Garden, Arthur Seyss-Inquart, el austríaco que presidía el Reichskommissariat Niederlande, interrumpió las importaciones de productos alimenticios como represalia. La población se vio obligada a comer bulbos de tulipanes y las remolachas que habían desechado los alemanes. Los niños sufrían raquitismo, y la malnutrición exponía a cualquiera a contraer enfermedades, especialmente el tifus y la difteria. Seyss-Inquart se había hecho famoso por su brutalidad en Polonia, antes de llegar a Holanda poco después de que el país fuera ocupado en mayo de 1940. Después de Grecia, Holanda fue el estado europeo donde se llevó a cabo un saqueo más exhaustivo. Ya en octubre de 1944 era evidente que estaba produciéndose una gran tragedia impulsada por la mano del hombre.[23]

El gobierno holandés en el exilio solicitó a Churchill que permitiera que Suecia enviara alimentos a su país, pero

el primer ministro se opuso rotundamente. Creía que los alemanes simplemente se incautarían de ellos. Tanto Eisenhower como los jefes de estado mayor británicos consideraron que había que correr ese riesgo, y durante el invierno los suecos entregaron veinte mil toneladas de alimentos que llegaron en barco a Ámsterdam. Este esfuerzo supuso que mucha gente que tal vez hubiera muerto pudiera seguir viviendo. Sin embargo, lo cierto es que fue un simple parche para tratar de atajar aquel grave problema. Los jefes de estado mayor británicos, por mucha compasión que sintieran, no estaban preparados para dejar de minar las costas de Alemania y permitir que los buques pudieran navegar libremente por el canal de Kiel.

La reina Guillermina, desesperada por ayudar a su hambriento pueblo, trató de presionar a Roosevelt y a Churchill. Solicitó que, para evitar un desastre colosal en vidas humanas, los Aliados cambiaran su estrategia, invadiendo el norte de Holanda en lugar de concentrar sus esfuerzos en la cuenca del Ruhr. Pero ante aquel gran contingente de fuerzas alemanas dispuestas a luchar hasta el final, y que probablemente estaban igualmente dispuestas a inundar el país aún más, se decidió que ese cambio de estrategia solo iba a servir para retrasar la derrota de Alemania.

Finalmente, en abril de 1945, Churchill comenzó a preocuparse seriamente por los informes que hablaban de

la radicalización del pueblo holandés bajo la influencia de los comunistas, que exigían ayudas y la liberación total del país. Los alemanes serían avisados de que cualquier intento de obstaculizar en el norte de Holanda la llegada o la distribución de los alimentos enviados por barco, o lanzados en paracaídas, sería considerado un crimen de guerra. Roosevelt accedió a presentar este ultimátum justo dos días antes de fallecer. Pero, cuando llegaron las ayudas, ya habían perecido de hambre al menos veintidós mil civiles holandeses. Es muy probable que el número de víctimas fuera superior, sobre todo si pudieran contabilizarse los que murieron tras contraer alguna enfermedad por falta de defensas.

Aquel invierno de grandes nevadas, gélidas temperaturas y trincheras inundadas de agua también fue terrible para las tropas aliadas, aunque no pasaran hambre. El frío y el pie de trinchera fueron la causa de un número de bajas prácticamente igual a las sufridas en actos de combate. Para el I Ejército Canadiense, tras llevar a cabo la desagradable misión de despejar el estuario del Escalda, aquel invierno a orillas del Mosa resultó igualmente agotador y mortal, con los alemanes defendiendo diques cuya altura alcanzaba los tres e incluso los cuatro metros. «Para los canadienses la única manera de acercarse para atacar era cruzando los campos inundados entre los diques, "tan llanos e insulsos como la cerveza local", como diría un

artillero aficionado a los juegos de palabras. No había ni un rincón en el que poder protegerse».[24]

Las unidades canadienses carecían peligrosamente del número de efectivos necesario porque el gobierno de Mackenzie King no se atrevía a enviar soldados al extranjero para combatir contra su voluntad. El equivalente a cinco divisiones seguía en Canadá vigilando a prisioneros de guerra alemanes y haciendo poco más. Esta circunstancia provocaba, por supuesto, mucho resentimiento entre los voluntarios canadienses que tuvieron que soportar aquel invierno de barro y hielo, el más húmedo desde 1864. Los uniformes, las cartucheras y los morrales nunca acababan de secarse, siempre estaban completamente empapados, y las botas simplemente se pudrían. Se vivía en unas condiciones que no podían ser más repugnantes: los ejércitos acantonados ensuciaban su propio nido y los campos que tenían a sus espaldas.

Los británicos también tenían baja la moral, en parte por el agotamiento de aquella larga guerra, por cierto cinismo y por su deseo de no morir cuando parecía que el conflicto estaba a punto de concluir. La deserción se había convertido en un grave problema, pues alrededor de veinte mil hombres se habían ausentado de sus unidades. Convencer a los soldados de que tenían que atacar resultaba cada vez más duro, especialmente en un momento en el que el I Ejército Paracaidista de Student combatía con tanta

profesionalidad y arrojo. Los altos oficiales eran perfectamente conscientes de los problemas que tenían con sus hombres; unos problemas que, aunque no fueran tan serios como los de las formaciones canadienses, seguían siendo bastante graves. Los americanos veían con recelo la reticencia de los británicos a asumir bajas, y los británicos, al igual que los alemanes, criticaban a los americanos porque se negaban a emprender un ataque sin recurrir primero a la utilización masiva de bombas. Pero la infantería británica también era reacia a avanzar sin la cobertura que proporcionaba el fuego intenso de la artillería. En realidad, todos los Aliados, tanto en occidente como en oriente, habían ido desarrollando a medida que avanzaba la guerra una «dependencia psicológica de la artillería y la aviación».[25]

44

DEL VÍSTULA AL ODER (enero-febrero de 1945)

Durante los primeros años de la guerra, en Francia en 1940 o en la Unión Soviética en 1941, muchos soldados alemanes escribían a casa diciendo: «Dad gracias a Dios de que la guerra no esté asolando nuestro país».[1] En enero de 1945, había quedado suficientemente claro que las agresiones infligidas por la Wehrmacht a otros países estaban a punto de abatirse sobre el suyo. El mensaje radiofónico de Hitler con motivo del Año Nuevo no animó a muchos. No se hizo en él alusión alguna a las Ardenas, indicio de que la gran ofensiva había fracasado. Y fue también poco lo que se dijo acerca de las *Wunderwaffen*, el tópico de todos los intentos nazis de mantener viva la esperanza frente a la realidad. El discurso de Hitler fue tan anodino que muchos alemanes pensaron que había sido grabado de antemano o incluso que era falso. A falta de noticias fidedignas, los rumores acerca del desastre se intensificaron.

Aunque Guderian, el jefe de estado mayor del ejército, intentó advertir a Hitler de que el frente oriental a

lo largo del Vístula y de Prusia oriental estaba a punto de explosionar, el Führer no quiso escucharlo. Desoyó los cálculos de la fuerza de los soviéticos elaborados por los servicios de inteligencia, que por una vez eran bastante exactos. Desde el Báltico hasta el Adriático, el Ejército Rojo tenía desplegados seis millones setecientos mil hombres, más del doble de las fuerzas utilizadas por el Eje en la Operación Barbarroja.

La preocupación más inmediata de Hitler era el frente de Budapest y del lago Balaton. A pesar de la amenaza procedente del este, todas las conferencias de situación celebradas en su cuartel general empezaban tratando el caso de Hungría. El Tercer Frente Ucraniano de Tolbukhin, fuertemente presionado por Stalin, lanzó una oleada de hombres tras otra contra las defensas del sur de Budapest. El dictador soviético estaba decidido a que la propuesta hecha por Churchill en el mes de octubre de compartir la influencia en Hungría al cincuenta por ciento resultara superflua por la fuerza de las armas.

Un oficial húngaro describe cómo un grupo de soldados soviéticos murieron enredados en una alambrada. Uno de ellos seguía vivo. «El joven tiene la cabeza afeitada y los típicos pómulos mongoles; está tumbado boca arriba. Sólo mueve sus labios. Le faltan los brazos y las piernas. Los muñones están cubiertos de una espesa capa de barro mezclado con sangre y materia orgánica en

descomposición. Me agacho a su lado. "Budapest, Budapest...", susurra en los estertores de la muerte. Una sola idea ronda por mi cabeza: quizá esté teniendo una visión de "Budapest" como una ciudad de ricos despojos y mujeres hermosas. Luego, sorprendiéndome a mí mismo, saco mi pistola, la cargo, la aprieto contra la sien del moribundo, y disparo».[2] Pero a pesar de las incontables bajas infligidas al enemigo, los alemanes y los húngaros sabían que no iban a poder detener la avalancha que se les venía encima.

Szálasi, el dictador de la Cruz Flechada que había sustituido al almirante Horthy, había intentado emprender la retirada y declarar Budapest ciudad abierta, pero Hitler, que nunca quería abandonar la capital de un país, había insistido en defender la ciudad hasta el final. La principal preocupación de Szálasi, sin embargo, no era tanto salvar la ciudad como evitar que lo apuñalara por la espalda una población desleal. El comandante alemán de la plaza, el *Generaloberst* Hans Friessner, que compartía sus preocupaciones, llamó a un experto en la lucha contra la subversión, el *Obergruppenführer* de la SS Karl Pfeffer-Wildenbruch. El estado mayor húngaro no fue consultado, a pesar de los acuerdos alcanzados previamente, y fue tratado de un modo ofensivamente arrogante.


Del Vístula al Óder
12-31 de enero de 1945
SUECIA
Mar Báltico
GRUPO DE EJERCITOS NORTE
Curlandia
SEGUNDO FRENTE DEL BÁLTICO
PRIMER FRENTE DEL BÁLTICO
Memel
Tilsit
Pillau
Königsberg
Hela
Insterburg
Heiligenberg
TERCER FRENTE BIELORRUSO
Danzig
Koslin
Elbing
Kolberg
Marienburg
GRUPO DE EJÉRCITOS DEL VÍSTULA
Rastenburg
Allenstein
Stettin
Graudenz
Stargard
Bromberg
Schwedt
Schneidemühl
Thorn
Landsberg
SEGUNDO FRENTE BIELORRUSO
2ETG y SECh
Vístula
Berlín
Küstrin
Schwerin
Poznań
Varsovia
Frankfurt del Óder
Meseritz
Warta
Sochaczew
PRIMER FRENTE BIELORRUSO
1ETG y 8EG
Guben
Łódź
Magnuszew
Glogau
Pilica
4ETG
Puławy
Steinau
Radom
Görlitz
Breslau
3ETG
Kielce
Lublin
Oppeln
Sandomierz
GRUPO DE EJÉRCITOS CENTRO
Baranów
Katowice
PRIMER FRENTE UCRANIANO
Ratibor
Cracovia
Auschwitz
0 20 40 60 80 100 millas
0 50 100 150 km
Cabezas de puente del Ejército Rojo
Territorio soviético ocupado

El enviado especial de Hitler, Edmund Veesenmayer, insistió en la orden dada por el Führer de que había que defender Budapest hasta el último ladrillo. No importaba, dijo, si Budapest «era destruida diez veces, si de ese modo podía defenderse Viena».[3] Friessner, sin embargo, quiso retirarse de Pest, la parte llana de la ciudad situada en la margen derecha del Danubio, para defender Buda y su fortaleza, en lo alto de las colinas de la margen izquierda del río. Hitler de nuevo se negó rotundamente. Y sustituyó a Friessner por el *General der Paniertruppen* Hermann Balck.

Muchos habitantes de Budapest ignoraban que la ciudad se hallaba en tan gran peligro. Radio Budapest llevaba toda la semana transmitiendo canciones navideñas como si no pasara nada. Los árboles de Navidad habían sido decorados con las cintas de papel de plata («Windows») lanzadas por los bombarderos enemigos para perturbar el funcionamiento de los radares, mientras que los teatros y los cines seguían con su programación habitual. El 26 de diciembre de 1944, Budapest quedó rodeada. Las fuerzas del Tercer Frente Ucraniano también habían llegado más allá del lago Balaton por el sudoeste y a la ciudad de Esztergom por el noroeste. En total quedaron atrapados en Buda, en la margen izquierda del Danubio, y en Pest, en la derecha, setenta y nueve mil soldados alemanes y húngaros. Las formaciones alemanas estaban constituidas por la 8.ª

División de Caballería de la SS *Florian Geyer* y la 22.ª *Maria Theresia*, la división de granaderos acorazados *Feldkerrnhalle*, la 13.ª División Panzer y los restos de muchas otras, y hasta por una unidad de castigo, el 500.° Strafbataillon.

Hitler había reaccionado ante la crisis el mismo día de Navidad. Las instalaciones petrolíferas húngaras constituían su última fuente de combustible. De ese modo, para desesperación de Guderian, ordenó que el IV Cuerpo Panzer SS, con las divisiones *Totenkopf* y *Wiking*, se trasladara desde el norte de Varsovia a Hungría para romper el cerco.

En Pest se desató el caos en cuanto empezaron los combates en los barrios de las afueras. Miles de civiles intentaron abandonar la ciudad antes de que fuera demasiado tarde y muchos cayeron víctimas del fuego cruzado. Para los cincuenta mil judíos que todavía quedaban en Budapest, la llegada del Ejército Rojo prometía la liberación, pero fueron muy pocos los que sobrevivieron, aunque Adolf Eichmann abandonara la ciudad en un avión el 23 de diciembre. No se había tomado ninguna medida para ayudar a la población civil. Pronto empezaría a haber gente rondando las cocinas de campaña del ejército. No había agua, ni gas ni electricidad. El corte del suministro de agua provocó una falta de higiene muy peligrosa cuando las cloacas se atascaron.

Los estudiantes e incluso los escolares húngaros se enrolaron voluntariamente en unidades improvisadas, como el Batallón Universitario de Asalto, aunque en algunos casos fueron reclutados a la fuerza. Pero, aparte de unos cuantos lanzagranadas Panzerfaust, disponían de pocas armas. Casi todos odiaban a la Cruz Flechada fascista, muchos de cuyos miembros habían huido, pero tampoco podían soportar la idea de que su ciudad cayera en manos de los bolcheviques. Al mismo tiempo, eran cada vez más los oficiales y los soldados del ejército regular húngaro que hacían defección y se pasaban al bando soviético. Muchos eran incorporados a las compañías del Ejército Rojo y en cualquier caso un batallón entero combatió al lado de los soviéticos. Para identificarlos como aliados, se les entregaba un brazalete y una cinta de gorra hecha con tiras de seda roja arrancadas de los paracaídas encontrados en los contenedores de municiones alemanas.

Aunque muchos miembros de la Cruz Flechada habían huido antes de que la ciudad fuera rodeada, permanecieron en ella dos mil integrantes de sus fuerzas paramilitares más fanáticas. Parece que estos voluntarios pasaron más tiempo matando a los judíos que aún quedaban en la ciudad que luchando contra el enemigo. Curiosamente, el *Obergruppenführer* de la SS Pfeffer-Wildenbruch prohibió a los soldados alemanes participar en las matanzas, aunque otros oficiales alemanes de alto rango

vieron con buenos ojos el hecho de que los húngaros se encargaran de esa tarea con tan brutal entusiasmo. Un número cada vez mayor de judíos medio muertos de hambre recurrió al suicidio. En la primera semana de enero de 1945, la Cruz Flechada detuvo a muchos que se encontraban bajo la protección de Suecia so pretexto de que, como el gobierno de Estocolmo no reconocía al régimen de Szálasi, este tampoco admitía los documentos expedidos en su nombre. La Cruz Flechada arrestó a esos judíos, les dio una paliza brutal y luego se los llevó en grupos a los muelles del Danubio para ejecutarlos.

El 14 de enero, el padre Kun condujo a una banda de Cruces Flechadas hasta el hospital judío de Buda. Mataron a los pacientes, a las enfermeras y a todo el que encontraron en el establecimiento, hasta un total de ciento setenta personas. Llevaron a cabo otros asesinatos masivos, matando incluso a los oficiales húngaros que se oponían a ellos. Al parecer, algunos hombres del padre Kun violaron en grupo a varias monjas.

Cuando se enteró del plan que tenían las bandas de la Cruz Flechada de atacar el gueto de Pest, Raoul Wallenberg envió un mensaje al *Generalmajor* Gerhard Schmidhuber, el comandante alemán de la plaza, diciendo que lo consideraría responsable si no impedía la matanza. Schmidhuber mandó tropas de la Wehrmacht al gueto para adelantarse a los milicianos de la Cruz Flechada. Unos días

después, el gueto fue ocupado por el Ejército Rojo.

El 30 de diciembre, en vista de que los intentos soviéticos de conseguir la rendición de la ciudad fueron rechazados, dio comienzo en serio la ofensiva de Malinovsky contra Budapest con una cortina de fuego de artillería y un bombardeo intensísimo que duró tres días. En los sótanos de las casas, atestados de civiles, la humedad y el vaho hacían que el agua goteara de los techos y corriera por las paredes. Pfeffer-Wildenbruch rechazó las invitaciones a evacuar a la población en autobuses. Durante las dos semanas siguientes debido a su aplastante superioridad numérica, las tropas soviéticas obligaron a los defensores alemanes y húngaros, que tenían una grave escasez de munición, a replegarse hacia el Danubio. El cuartel general del IX Cuerpo de Montaña de la SS en el castillo de Buda envió mensajes cada vez más urgentes reclamando pertrechos, pero los cajones de suministros que les lanzaban en paracaídas caían a menudo fuera de sus líneas. A pesar de las amenazas de ejecución en el acto, los civiles se apoderaban a menudo de los que contenían víveres.

Viendo que Pest iba a ser ocupada en cuestión de días, Malinovsky envió al VII Cuerpo de Ejército rumano al frente del norte de Hungría. Quería que la conquista de

Budapest fuera una victoria exclusivamente soviética. El 17 de enero, lanzó la acometida final contra la orilla del Danubio. Muy pronto buena parte de la zona oeste de Pest que bordeaba el río estaba en llamas, y el calor que salía de los edificios ardiendo era tal que causaba quemaduras a los que intentaban escapar corriendo por las calles. La mayoría de las unidades húngaras eran reacias a replegarse al otro lado del Danubio para morir defendiendo Buda, de modo que cada vez serían más los soldados que empezaron a esconderse en los pocos lugares que todavía no eran pasto del fuego para rendirse al Ejército Rojo. Hasta los oficiales desobedecían las órdenes.

Los aviones Shturmovik soviéticos ametrallaron a las fuerzas que se retiraban a la desbandada a través de lo que aún quedaba del puente de la Cadena y del Puente Erzsébet. «Los puentes fueron objeto todo el tiempo de un fuego intensísimo», señalaba un soldado de caballería de la SS, «pero, a pesar de todo, la gente seguía avanzando en tropel. Una multitud embarullada de coches y camiones, carretas rústicas cubiertas con lonas, caballos espantados, refugiados civiles, mujeres chillando, madres con niños llorando y muchos, muchísimos heridos, se precipitó hacia Buda».[4] Perecieron muchos de los civiles que aún seguían en los puentes cuando fueron volados ante la proximidad de las tropas soviéticas. Lo mismo le ocurrió a un miembro de la resistencia húngara cuando intentaba retirar las cargas de

demolición colocadas en el Puente Erzsébet.

A finales de diciembre, el IV Cuerpo Panzer de la SS estaba listo para desplegarse en el frente del Danubio. Su ataque repentino el día de Año Nuevo causó estragos en el IV Ejército de la Guardia y a punto estuvo de romper sus líneas. Una semana después lanzó otro ataque por el sur el III Cuerpo Panzer. La ofensiva se reanudó el 18 de enero con el IV Cuerpo Panzer de la SS, que se había retirado al norte de Budapest para unirse al III Cuerpo Panzer. Los tanques alemanes experimentaron por primera vez con dispositivos de visión infrarroja. Pero de nuevo, tras un sorprendente éxito inicial, el ataque de los panzer fue bloqueado cuando Malinovsky se trajo rápidamente a seis de sus cuerpos del Segundo Frente Ucraniano para hacerles frente.

La defensa del sector de Buda, mucho más pequeño, cubierto de nieve ennegrecida por el fuego proveniente del otro lado del río, resultaba más fácil. Los ataques soviéticos por su escarpada pendiente fueron rechazados por las ametralladoras alemanas MG-42 concentradas en los puntos clave, causando numerosas bajas. Junto a las unidades regulares, como la 8.ª División de Caballería de la SS y lo que quedaba de la *Feldherrnhalle*, había formaciones voluntarias locales, como el Batallón Vannay y el Batallón Universitario de Asalto, que conocían el terreno mejor que nadie. Los muelles del Danubio, debajo

de la colina del Castillo, estaban defendidos por los supervivientes de la 1.ª División Acorazada húngara, que no esperaban que los soviéticos atacaran sobre la fina capa de hielo agujereada aquí y allá por los impactos de las bombas. Pero las heladas más intensas que se produjeron a los pocos días hicieron que se pudiera pasar por ella, o al menos eso hicieron los pequeños grupos de desertores húngaros que huían de Buda al otro lado del río para rendirse a los soviéticos instalados en Pest.

A finales de enero los ataques soviéticos se intensificaron, con el uso de los lanzallamas de los tanques y de los pelotones de asalto. Las bajas de los alemanes y de los húngaros aumentaron de forma espectacular, y los heridos se hacinaban en hospitales improvisados cuyas condiciones eran espantosas. Algunos eran dejados incluso en los pasillos de los puestos de mando. Un soldado joven que pasaba por uno de ellos a entregar un informe notó que una mano le agarraba el abrigo. Bajó la mirada. «Era una chica de unos dieciocho o veinte años con los cabellos rubios y una cara bonita. Susurrando me suplicó: "Coge tu pistola y pégame un tiro". Me la quedé mirando fijamente y entonces me di cuenta horrorizado... le faltaban las dos piernas».[5]

Incluso tras el fracaso de los intentos de socorro, Hitler continuó prohibiendo que se hablara de fuga. Había que seguir defendiendo Budapest hasta el final. El Grupo de

Ejércitos Sur, como Manstein tras el fracaso de la operación de socorro sobre Stalingrado, sabía que Budapest estaba perdida. Hasta el 5 de febrero, los planeadores alemanes pilotados por voluntarios adolescentes del NSFK (Nationalsozialistisches Fliegerkorps, «Cuerpo de Aviadores Nacionalsocialistas»), estuvieron aterrizando en el parque Vérmezo, para suministrar municiones, combustible y unos cuantos víveres. Pero con eso no bastaba. Los tanques soviéticos no tardarían en aplastar bajo sus orugas los cañones de artillería que casi se habían quedado sin municiones. Contando todos los refugiados, había unas trescientas mil personas hacinadas en el último bastión de la colina del Castillo. Ya se habían comido todos los animales de las unidades de caballería y el hambre hacía estragos en todo el mundo. Lo mismo ocurría con los piojos. Y por si fuera poco, el primer brote de tifus provocó una profunda alarma. El 2 de febrero, tras la intervención del nuncio papal rogando que se pusiera fin a tanto sufrimiento, el *Obergruppenführer* Pfeffer-Wildenbruch llamó al cuartel general del Führer pidiendo permiso para abandonar la plaza. Volvieron a denegárselo, y dos días más tarde se lo denegaron de nuevo.

Las tropas soviéticas, guiadas por desertores húngaros y miembros de la resistencia, emprendieron el desalojo de algunas de las guarniciones asediadas y la colina del

Castillo. El 11 de febrero, empezaron a verse banderas blancas. En algunos lugares las tropas húngaras desarmaron a los alemanes que querían seguir luchando. Al atardecer pareció que la resistencia había cesado por completo. Pero Pfeffer-Wildenbruch había decidido fugarse desafiando las órdenes de Hitler. Con los restos de la 13.ª División Panzer y de la 8.ª División de Caballería de la SS *Florian Geyer* en la primera oleada y de la *Feldherrnhalle y* la 22.ª División de Caballería de la SS en la segunda, aquella misma noche intentaría evadirse hacia el noroeste con los vehículos que aún quedaban. Envió un mensaje por radio al Grupo de Ejércitos Sur pidiendo un ataque en dirección a sus posiciones. Pero los mandos del Ejército Rojo esperaban que se produjera una intentona de ese estilo y habían conjeturado la ruta que seguramente iba a seguir. La acción se convirtió en una terrible matanza de militares y civiles. En medio del caos reinante varios millares de individuos lograron escapar a las colinas situadas al norte de la ciudad, pero la mayoría fueron capturados. Las tropas soviéticas solían pegar un tiro a los alemanes y perdonaban la vida a los húngaros. Unos veintiocho mil soldados participaron en la evasión de Buda. Sólo setecientos de ellos lograron llegar a las líneas alemanas.

El 12 de febrero se apoderó de la ciudad un silencio mortal, interrumpido de vez en cuando por algún que otro disparo o algún tiroteo aislado. El escritor Sándor Márai

salió a dar una vuelta por Buda y quedó sobrecogido por lo que vio. «Algunas calles había que adivinarlas», escribió en su diario. «Este era el edificio de la esquina donde estaba el Flórián Café, esta es la calle en la que viví una vez (ni rastro del edificio), este montón de escombros en la esquina de la calle Statisztika y el bulevar Margit era hace unos pocos días un bloque de cinco plantas con muchas viviendas y un café».[6]

Después de la batalla, los soldados del Ejército Rojo mataron de un tiro a los soldados alemanes heridos —a algunos los sacaron a rastras para que los aplastaran los tanques—, así como a todos los miembros de la SS y a los Hiwis que integraban las tropas auxiliares, catalogados erróneamente como *vlasovitsi*. A todo aquel que llevara uniforme alemán y no respondiera en esta lengua, lo más probable era que también le pegaran un tiro. Casi todos los hombres, incluso los comunistas que habían luchado con la resistencia contra la Cruz Flechada, fueron capturados para realizar trabajos forzados. Al príncipe Pál Esterházy le impusieron la labor de enterrar los caballos muertos que hubiera en Pest.

El NKVD y el SMERSh desplegaron toda la paranoia estalinista, sospechando de todo el que tuviera contactos con el extranjero y tratándolo como si fuera un espía, incluso de los sionistas. Raoul Wallenberg fue detenido el 19 de enero junto con el especialista en patología forense

Ferenc Orsós, que había sido uno de los observadores internacionales llevados a Polonia por los alemanes cuando desenterraron los cadáveres de los oficiales polacos en el bosque de Katyń. Se supone que Wallenberg había visto también el informe de Katyń y que se sospechaba de él que mantenía estrechos contactos con los servicios de inteligencia ingleses, americanos y de otros países.[7] Fue detenido por el SMERSh y ejecutado en julio de 1947.[8]

El pillaje alcanzó unas dimensiones épicas, a título individual y estatal. Fueron incautadas colecciones de arte, entre ellas las más prestigiosas, propiedad de judíos. Fueron saqueadas incluso las embajadas de países neutrales, cuyas cajas fuertes fueron voladas. Muchos civiles eran parados en plena calle a punta de pistola y tenían que soportar que les robaran el reloj, la cartera o la documentación. Los pocos judíos que habían sobrevivido fueron atracados, lo mismo que los gentiles. Algunos soldados se paseaban con su botín en cochecitos de niño.

Aunque las tropas soviéticas se mostraron más generosas con los soldados húngaros que con los alemanes, no tuvieron piedad alguna de las mujeres cuando Malinovsky les dio permiso para recorrer la capital y celebrar la victoria. «En muchos lugares violan a las mujeres», escribió en su diario un chico de quince años. «Las mujeres se esconden en todas partes».[9] Las enfermeras de los hospitales improvisados eran violadas y

luego apuñaladas. Las primeras víctimas fueron las estudiantes de la universidad. Según algunos relatos, las chicas más atractivas eran retenidas incluso durante dos semanas y obligadas a trabajar de prostitutas. El obispo József Grösz oyó decir que «el setenta por ciento de las mujeres, desde niñas de doce años hasta embarazadas de nueve meses, [fueron] violadas». Otros informes más fiables sitúan esa proporción en un diez por ciento.[10]

Los comunistas húngaros hicieron un llamamiento al Ejército Rojo describiendo el «odio desenfrenado, loco», que habían sufrido incluso sus propias camaradas. «Muchas madres fueron violadas por soldados borrachos delante de sus propios hijos y maridos. Padres y madres veían cómo se llevaban a rastras a sus hijas, incluso niñas de doce años, para ser violadas por diez o quince soldados y a menudo contagiadas de enfermedades venéreas... Varios camaradas perdieron la vida intentando proteger a sus esposas y a sus hijas».[11] El propio Mátyás Rákosi, secretario general del partido comunista húngaro, apeló a las autoridades soviéticas, aunque sin éxito. Pero no todos los soldados del Ejército Rojo eran violadores. Algunos trataron a las familias y especialmente a los niños con mucha amabilidad.

Casi todas las ciudades sufrieron esos mismos desmanes, aunque no en la misma medida que Budapest. En el IX Ejército de la Guardia, los soldados se quejaron de que su línea de avance no ofrecía «ni mujeres ni botín»,

anotó un oficial de morteros, que decía de sus hombres que eran «unos tíos increíblemente valientes, pero también unos golfos de tomo y lomo». «No tardó en encontrarse una solución», escribió. «Se mandaba por turnos a una cuarta parte de los soldados a Mor, donde se adueñaban de las casas y de las mujeres de la localidad que no habían logrado escapar ni esconderse. Se les concedía una hora. Y a continuación venía el grupo siguiente. Usaban a las mujeres desde los catorce hasta los cincuenta años. Llevaban a cabo un auténtico pogromo en cada casa, tirándolo todo al suelo, rompiéndolo y aplastándolo todo, buscando dinero o relojes de pulsera. Si por casualidad encontraban vino, se lo bebían. En Mor había muchas bodegas, pero cuando entramos en la ciudad estaban todas vacías: las barricas habían sido reventadas y el vino derramado por el suelo. Fue allí donde nos encontramos a dos soldados que se habían ahogado en vino».[12]

La juerga se dio también en ambientes más enrarecidos. El mariscal Alexander, que se había trasladado en avión a Belgrado para mantener conversaciones con Tito, viajó luego a Budapest para entrevistarse con el mariscal Tolbukhin, al mando del Tercer Frente Ucraniano. El robusto y anciano Tolbukhin lo agasajó con un generoso banquete, y se encargó incluso de que una enfermera del Ejército Rojo durmiera en su habitación. Según Alexander, sin embargo, «no pensé que fuera el caso y la mujer pasó la

noche fuera de mi dormitorio». Poco antes de la cena, cuando Alexander y Tolbukhin estaban solos, el viejo mariscal se quedó mirando las condecoraciones de su colega inglés. Entre ellas localizó la cruz de la orden zarista de Santa Ana, con sus espadas cruzadas, que Alexander había recibido cuando prestó servicio como oficial de enlace en el frente oriental durante la Primera Guerra Mundial. «Esta la tengo yo también», dijo Tolbukhin lanzando un suspiro mientras la acariciaba, «pero no se me permite llevarla».[13]

Tolbukhin estaba notablemente relajado, teniendo en cuenta que el VI Ejército Panzer SS acababa de llegar a Hungría, trasladado hasta este país desde las Ardenas. No había llegado a tiempo de ayudar a los defensores de Budapest, pero Hitler le ordenó entrar en acción el 13 de febrero de 194 5, en la Operación Frühlingserwachen o «Despertar de la Primavera». Nunca había tenido la intención de salvar a la guarnición, sino solo de reforzarla y defender las instalaciones petrolíferas de las inmediaciones del lago Balaton. El contraataque fue un fracaso. Cuando Hitler se enteró de que las divisiones de la Waffen-SS se habían retirado sin que nadie se lo ordenara, se irritó tanto que mandó a Himmler que fuera él mismo a Hungría a quitarles el brazalete que ostentaba el título de todas esas unidades, incluida la división *Leibstandarte Adolf Hitler*. Fue un castigo muy humillante. «Esta misión

suya en Hungría», observó Guderian con un extraño sentimiento de alegría del mal ajeno, «no le hizo ganar el aprecio de los hombres de su Waffen-SS».[14]

Himmler había sido uno de los integrantes del entorno del Führer que habían desoído los avisos de Guderian en el sentido de que los rusos iban a lanzar una gran ofensiva en Polonia, considerándolos «una enorme argucia». La predicción del jefe del estado mayor se verificó la segunda semana del mes de enero. Stalin fingió ante los Aliados que había adelantado la fecha para ayudar a los americanos a salir de los problemas con los que se habían encontrado en las Ardenas, pero no era verdad. Los combates habían dado un giro decisivo a favor de los Aliados aproximadamente por Navidad. Stalin tenía unos motivos mucho más prácticos. El Ejército Rojo necesitaba que el terreno helado estuviera duro, de modo que pudieran pasar sus formaciones de tanques, y los meteorólogos soviéticos habían avisado a la Stavka de que iba a haber «abundantes lluvias y nieve húmeda» a finales de enero.[15] Stalin tenía además otro motivo más siniestro para adelantar la fecha. Quería quedarse con el control absoluto de Polonia antes de que los Aliados se reunieran en Yalta a comienzos de febrero, apenas tres semanas después.

A lo largo del Vístula, dispuestos a descargar el golpe, se encontraban el Primer Frente Bielorruso, ahora al mando del mariscal Zhukov, y el Primer Frente Ucraniano,

al mando del mariscal Konev. Rokossovsky se había irritado mucho cuando fue sustituido por Zhukov, pero Stalin no quería que Rokossovsky, que era polaco, tuviera la gloria de tomar Berlín. Le encomendó, por el contrario, el mando del Segundo Frente Bielorruso, con el cual debía atacar Prusia oriental desde el sur, mientras que el Tercer Frente Bielorruso del general Chernyakhovsky debía invadir la región desde el flanco este.

El 12 de enero, la numerosísima artillería de Konev, con trescientos cañones por kilómetro, inició un bombardeo aplastante. Su III y IV Ejército de Tanques de la Guardia, con T-34 y blindados pesados Stalin, abandonaron la cabeza de puente de Sandomierz y avanzaron hacia el oeste en dirección al Oder, primero hacia Cracovia y luego hacia Breslau, a orillas del Oder. Stalin había dejado bien claro a Konev que quería conquistar Silesia sin que ni su industria ni sus minas sufrieran una destrucción demasiado grave. El 13 de enero Chernyakhovsky lanzó su ataque sobre Prusia oriental. Rokossovsky hizo lo mismo al día siguiente, avanzando desde las cabezas de puente situadas al norte del río Narew. El ataque de Zhukov empezó también el 14 de enero.

Una vez sobrepasada la línea del frente de los alemanes, la principal barrera que tenían delante las fuerzas de Zhukov era el río Pilica. Todos los altos mandos sabían que la rapidez era fundamental para no dar a los alemanes

posibilidad de recuperarse. Un coronel al mando de una brigada de tanques de la guardia se negó a seguir esperando a que apareciera el equipamiento necesario para tender puentes. Sospechaba que en aquel lugar el río no era muy profundo y ordenó sencillamente a sus tanques que rompieran el hielo a cañonazos y cruzaran el lecho del río, experiencia verdaderamente terrorífica para los conductores. A la derecha de Zhukov, el XLVII Ejército rodeó las ruinas de Varsovia mientras que el I Ejército polaco entraba en los suburbios de la capital.

Hitler se puso fuera de sí cuando se enteró de que la débil guarnición alemana se había rendido. Vio en aquel acto una prueba más de traición dentro del estado mayor, y tres oficiales fueron conducidos al cuartel general de la Gestapo. Incluso Guderian fue sometido al interrogatorio de Kaltenbrunner. Hitler abandonó el cuartel general del Führer en Ziegenberg y regresó a Berlín para ponerse al frente de sus ejércitos, con los resultados desastrosos que eran de prever. No permitiría nunca a ningún general que se retirara, y la rapidez del avance de los soviéticos y el colapso de las comunicaciones alemanas hicieron que cualquier información en la que pudiera basar sus decisiones dejara de ser precisa. Cuando sus órdenes llegaban al frente, llevaban por término medio un retraso de veinticuatro horas.

Hitler intervenía además cuando quería, sin informar a

Guderian. El Führer decidió trasladar al Cuerpo *Grossdeutschland* desde Prusia oriental para reforzar el frente del Vístula, pero el tiempo que se necesitó para desplegarlo supuso que esta poderosa formación permaneciera fuera de combate durante varios días de vital importancia. Para mayor frustración de Guderian, Hitler seguía negándose a dejar salir a las divisiones atrapadas en la península de Curlandia para reforzar el Reich. Lo mismo sucedía con las tropas del contingente innecesariamente numeroso acantonado en Noruega. Lo peor de todo, desde el punto de vista de Guderian, fue la decisión de Hitler de trasladar al frente de Hungría al VI Ejército Panzer de la SS.

Chernyakhovsky descubrió que las defensas alemanas de la línea Insterburg en Prusia oriental eran mucho más fuertes de lo esperado. De ese modo, en una jugada muy astuta, retiró al XI Ejército de la Guardia, lo hizo girar por detrás de los otros tres ejércitos, y lo envió al flanco norte que no estaba tan bien defendido. Combinado con un ataque del XLIII Ejército al otro lado del río Niemen, cerca de Tilsit, este avance sembró el pánico en la retaguardia alemana.

Los ejércitos de Rokossovsky procedentes del sur se dirigieron a la desembocadura del Vístula para dejar incomunicada por completo toda Prusia oriental. El 20 de enero, la Stavka ordenó de repente a Rokossovsky que

atacara también por el noroeste y ayudara a Chernyakhovsky. Menos de dos días después su III Cuerpo de Caballería de la Guardia, por el flanco derecho, entró en la ciudad de Allenstein y al día siguiente las tropas blindadas que iban en cabeza del V Ejército de Tanques de la Guardia del coronel general Vasily Volsky rebasó Elbing y llegó a la costa del Frisches Haff, la gran laguna helada separada del Báltico por una lengua de arena. Prusia oriental había quedado incomunicada casi por completo. Al oeste del estuario del Vístula se encontraba el campo de concentración de Stutthof. Los guardianes del campo, aterrorizados por la cercanía del Ejército Rojo, mataron a tres mil mujeres judías fusilándolas u obligándolas a caminar sobre la fina capa de hielo para que se hundieran en el agua helada.

Erich Koch, el *Gauleiter* de Prusia oriental, siguió negándose a autorizar la evacuación de los civiles. La gente oyó en la distancia el fragor de la artillería cuando dio comienzo la ofensiva soviética, pero los jerarcas locales del partido nazi denegaron las peticiones de permiso para marcharse. En la mayoría de los casos, todos esos jerarcas se esfumaron, abandonando a su suerte a la población civil. Los soldados alemanes en retirada avisaban a los habitantes de las granjas y las aldeas, exhortándolos a marchar tan deprisa como pudieran. Algunas personas, especialmente las de más edad, incapaces de soportar la idea de abandonar

sus hogares, decidieron quedarse. Como casi todos los varones habían sido obligados a alistarse en el Volkssturm, las mujeres tenían que enganchar las carretas, en el mejor de los casos con la ayuda de algún prisionero de guerra francés obligado a trabajar para ellas, y cargarlas con mantas y comida para ellas y para sus hijos. Las «expediciones», como eran llamados estos desplazamientos, empezaron a cruzar los campos cubiertos de nieve a unas temperaturas terribles de hasta veinte grados bajo cero.

Los refugiados de la capital, Königsberg, pensaban que se habían salvado escapando por tren, pero cuando llegaron a Allenstein fueron obligados a salir de los vagones por los soldados del III Ejército de Caballería de la Guardia, encantados de encontrar aquella rica fuente de botín y de mujeres. La mayoría de los que intentaron huir por carretera fueron alcanzados por las tropas soviéticas. Algunos simplemente fueron aplastados en sus carretas por las orugas de los tanques rusos. Otros corrieron una suerte aún peor.

Leonid Rabichev, un teniente radiotelegrafista del XXXI Ejército, describe algunas escenas que se produjeron más allá de Goldap. «Todas las carreteras estaban llenas de ancianos, mujeres y niños, grandes familias avanzando lentamente hacia el oeste en carros, en automóviles o a pie. Nuestras tropas de tanques, de infantería, de artillería, y de

transmisiones los alcanzaron y despejaron el camino para poder pasar echando a la cuneta o a uno y otro lado del camino sus caballos, carretas y en general todas sus pertenencias. Luego miles de ellos obligaron a los ancianos y a los niños a echarse a un lado. Olvidando su honor y lo que era su deber y olvidándose también de las unidades alemanas en retirada, se abalanzaron sobre las mujeres y las niñas».

«Las mujeres, las madres y sus hijas están tumbadas a derecha e izquierda de la carretera, y delante de ellas hay una pandilla de hombres riendo con los pantalones bajados. A las que ya están cubiertas de sangre y han perdido el conocimiento se las llevan a rastras a un lado. A los niños que han intentado ayudarlas les han pegado un tiro. Se oyen risas, bramidos y burlas, gritos y gemidos. Y los mandos de los soldados —comandantes y tenientes coroneles— están ahí, de pie en medio de la carretera. Algunos ríen, pero otros dirigen las operaciones de modo que todos sus soldados sin excepción puedan tomar parte en ellas. No es un rito de iniciación, y no tiene nada que ver con la venganza contra los malditos ocupantes, es simplemente una diabólica manifestación de sexo en grupo. Pone de manifiesto una absoluta falta de control y la lógica brutal de una multitud enloquecida. Yo estaba aturdido en la cabina de nuestro camión de tonelada y media de capacidad, mientras que mi chófer, Demidov, estaba en una de las

colas. Pensé en la Cartago de Flaubert. El coronel, que se había limitado a dirigir las operaciones, no pudo resistir la tentación y se puso en una de las colas, mientras que el comandante mataba a tiros a los testigos, niños y ancianos que estaban histéricos».

Por fin dijeron a los soldados que acabaran de una vez y volvieran rápidamente a sus vehículos, pues otra unidad había quedado bloqueada detrás de ellos. Luego, cuando alcanzaron otra columna de refugiados, Rabichev vio cómo se repetían escenas similares. «Hasta donde alcanza la vista hay cadáveres de mujeres, ancianos y niños, entre montones de ropa y de carretas volcadas... Está oscureciendo. Nos ordenan encontrar un lugar en el que pasar la noche en alguna de las localidades alemanas situadas fuera de la carretera. Me llevo a mi pelotón a una aldea a dos kilómetros de la carretera. En todas las habitaciones hay cadáveres de niños, ancianos y mujeres que han sido violadas y tiroteadas. Estamos tan cansados que no prestamos atención a nada. Estamos tan cansados que nos tumbamos en medio de los cadáveres y nos dormimos».[16]



Tropas soviéticas en una ciudad alemana en llamas.

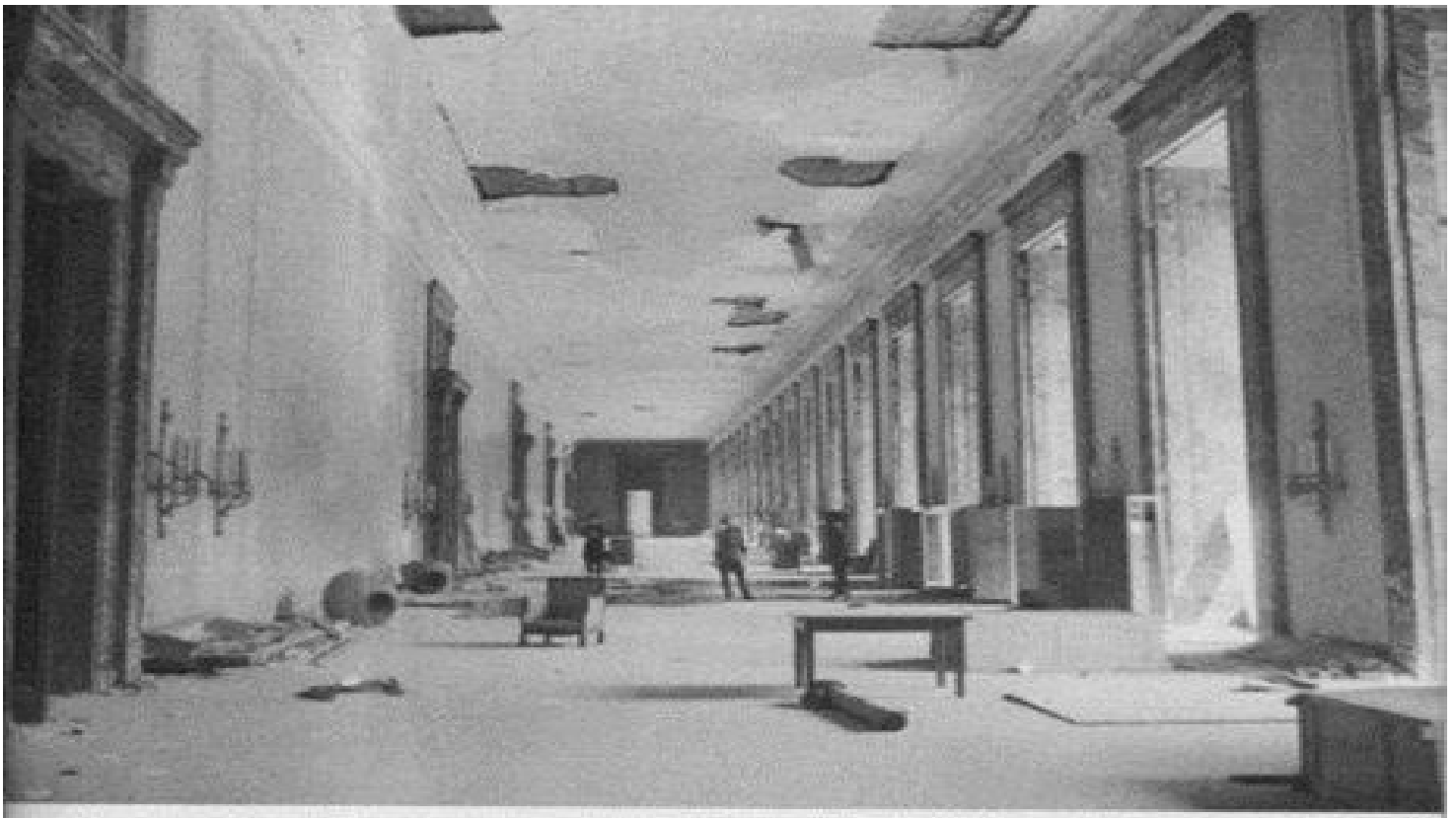


Arriba: Un grupo de civiles alemanes espera para entrar en un búnker antiaéreo en Berlín.
Arriba derecha: Una controladora de tráfico soviética en la carretera de Berlín.
Derecha: Un grupo de civiles recoge escombros en Dresde, febrero de 1945.



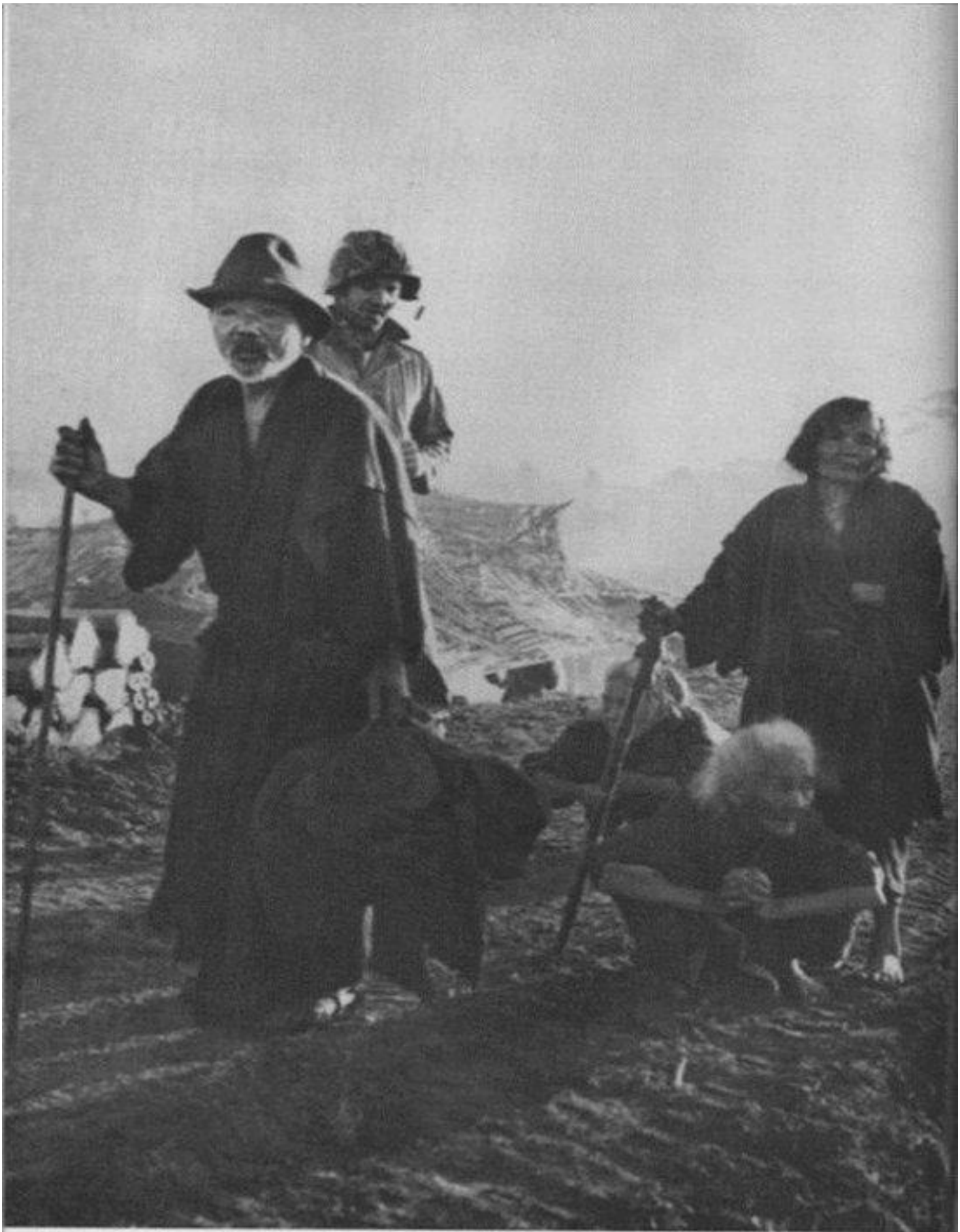






Arriba izquierda: Un avión de transporte C-46 aterriza en Kunming.
Abajo izquierda: Un grupo de pilotos japoneses kamikaze posa para una fotografía conmemorativa.
Arriba: Desoladora imagen de la *Marmorgalerie* o «Galería de Mármol» de la Cancillería del Reich.
Abajo: Heridos alemanes en Berlín, 2 de mayo de 1945.





Nativos de Okinawa sin hogar.



«Los soldados rusos violaban a todas las mujeres alemanas entre los ocho y los ochenta años», observaba la corresponsal de guerra soviética Natalya Gesse, íntima amiga de Sakharov. «Era un ejército de violadores. No solo porque estaban locos de lujuria, sino porque aquello era también una especie de venganza».[17]

Atribuir esta conducta despiadada simplemente a la lujuria o a la sed de venganza constituye una generalización excesiva. Para empezar, hubo muchos oficiales y soldados que no tomaron parte en las violaciones y que se sintieron horrorizados ante las acciones de sus camaradas. Algunos comunistas fervientes se quedaron pasmados al ver aquel desorden, y el carácter controlado de la sociedad soviética hacía que costara trabajo imaginar tanta indisciplina. Pero la dureza extrema de la vida en el frente había creado una comunidad diferente y muchos hombres se habían vuelto sorprendentemente descarados en su odio a las granjas colectivas y a la opresión que había venido dominando sus vidas. Los soldados estaban amargados por el sacrificio absurdo que suponían tantos ataques inútiles, así como por el trato degradante que tenían que soportar. Los hombres eran obligados a salir a tierra de nadie para desnudar a los camaradas muertos, recoger sus uniformes e incluso su ropa interior para vestir a los nuevos reclutas. De ese modo, aunque existía un fuerte deseo de venganza de los

alemanes que habían violado a la patria y habían matado a sus familias, había también un poderoso elemento del mismo efecto dominó de la teoría de la opresión que había condicionado a los soldados japoneses. La tentación de aliviar las humillaciones y los sufrimientos que habían tenido que soportar en el pasado era irresistible, y se materializaba en la vulnerabilidad de las mujeres de los enemigos.

Con Stalin, las ideas del amor y la sexualidad habían sido reprimidas de forma despiadada en un entorno político que pretendía «desindividualizar al individuo». La educación sexual había sido prohibida. El intento por parte del estado soviético de suprimir la libido de su pueblo había creado lo que un escritor ruso denominaba una especie de «erotismo cuartelero», mucho más violento y primitivo que «la pornografía extranjera más sórdida».[18] Y este hecho, unido al efecto manifiestamente deshumanizador de las matanzas sufridas en el frente oriental y de la propaganda de venganza indiscriminada fomentada en los artículos y arengas de los comisarios políticos, produjo un potencial explosivo cuando las fuerzas soviéticas invadieron Prusia oriental.

Nadie estaba más deshumanizado que los *shtrafniki*, los muertos vivientes de los batallones de castigo. Muchos eran criminales reincidentes venidos del Gulag. (Por orden de Beria, a los condenados por delitos políticos no se les

permitiría nunca combatir.) Hasta en sus oficiales haría mella la absoluta crueldad de sus vidas. «Un delincuente es siempre un delincuente, lo mismo por delante que por detrás», escribía un oficial médico de una compañía *shtraf*. «Por delante, en el papel de un *shtrafnik* se manifiesta siempre su naturaleza criminal. Así que nuestra compañía se lo pasaba bien. Una joven alemana vino corriendo hasta mí en Halsberg y me dijo gritando en alemán: "¡He sido violada por catorce hombres!" Yo seguí caminando mientras pensaba: "Es una lástima que hayan sido catorce y no veintiocho. Es una lástima que no te hayan pegado un tiro, perra alemana"... Los oficiales de la compañía *shtraf* cerramos los ojos ante todas las cosas, no tenemos compasión de los alemanes y dejamos que los *shtrafniki* hagan a los civiles lo que quieran».[19]

El pillaje se mezclaba con la destrucción sin sentido. Los soldados quemaban las casas y luego se daban cuenta de que no tenían dónde refugiarse del frío. Rabichev describe el saqueo de Goldap. «Todo el contenido de las tiendas fue arrojado a las aceras a través de los escaparates rotos. Miles de pares de zapatos, platos y aparatos de radio, y toda clase de artículos del hogar y farmacéuticos o alimenticios mezclados de cualquier manera. Por las ventanas de las casas lanzaban a la calle prendas de vestir, cojines, edredones, cuadros, gramófonos e instrumentos musicales. La calzada quedó bloqueada por este tipo de

cosas. Justo en ese momento abrieron fuego la artillería y los morteros alemanes. Varias divisiones alemanas de reserva echaron de la ciudad a nuestras tropas desmoralizadas en un santiamén. Pero el cuartel general del Frente había comunicado que ya había sido conquistada la primera ciudad alemana. No había otra opción. Era preciso reconquistar la ciudad otra vez».[20]

Aleksandr Solzhenitsyn, por entonces un joven oficial de artillería destinado en Prusia oriental, describe varias escenas de saqueo calificándolo de «mercado tumultuoso», con soldados probándose las bragas de talla descomunal de las mujeres prusianas.[21] «Los alemanes lo abandonaban todo», escribía un soldado del Ejército Rojo a propósito del saqueo de Gumbinnen. «Y nuestra gente, como si fuera una inmensa horda de hunos, invadía las casas. Todo está ardiendo, las plumas de las almohadas y los edredones vuelan a mi alrededor. Todo el mundo, empezando por el soldado raso y acabando por el coronel, se lleva algún botín. Pisos bellamente amueblados, casas lujosas, todo acababa destrozado en unas cuantas horas y convertido en simples basureros en los que pueden verse cortinas hechas jirones cubiertas de mermelada que sale de los frascos rotos... Esta ciudad ha sido crucificada». Tres días después decía en otra carta: «Los soldados se han convertido en animales voraces. En los campos yacen cientos de reses matadas a tiros, en los caminos se ven cerdos y pollos con

las cabezas cortadas. Las casas han sido saqueadas e incendiadas. Lo que no se pueden llevar, lo rompen y lo destruyen. Los alemanes hacen bien en huir de nosotros como de la peste».[22]

En el pabellón de caza de Rominten, que había pertenecido a la familia real de Prusia y del que luego se había incautado Göring, la infantería soviética destrozó todos los espejos. Sobre un desnudo de Afrodita pintado por Rubens un soldado había garabateado con pintura negra *kkuy*, que en ruso significa «joder».

Fundamentalmente toda esa furia incoherente venía del hecho de encontrarse, incluso en las casas de los granjeros, con un nivel de vida inimaginable en la Unión Soviética. A casi todo el mundo le asaltaba la misma triste idea: ¿Por qué nos han invadido y saqueado nuestro país si son mucho más ricos que nosotros? La censura, alarmada por las cartas enviadas por los soldados a sus familias describiendo lo que se habían encontrado, se las pasaba al NKVD. Las autoridades soviéticas se pusieron muy nerviosas al ver cómo se propagaba la idea de que toda la propaganda acerca del «paraíso de los trabajadores» del que gozaban, en contraposición con las terribles condiciones reinantes en los países capitalistas, era mentira. Eran perfectamente conscientes del modo en que la revolución decembrista de 1825 había venido determinada por los mejores niveles de vida que los ejércitos rusos habían visto

en Europa occidental en 1814.

El Primer Frente Bielorruso de Zhukov continuó sin parar con su tarea, avanzando de día y de noche. Los conductores de los tanques a menudo se quedaban dormidos al volante de puro agotamiento, pero lo emocionante de su tarea los hacía seguir adelante. Las tropas alemanas en retirada eran ametralladas y si daban alcance a algún coche oficial con algún militar de alta graduación en su interior lo aplastaban sin más bajo sus orugas.

El 18 de enero, el VIII Ejército de la Guardia del general Chuikov atacó Łódź cinco días antes de lo previsto. Los miembros del Ejército del Interior salieron a ayudarlos en el combate. A Chuikov no le gustó tener que llevarse a parte de su ejército de Stalingrado a atacar la ciudad fortaleza de Poznari. Sus habilidades para la lucha calle por calle valían de poco allí. Hizo falta un mes de bombardeos con artillería pesada y de asaltos con cargas Satchel y lanzallamas para que los supervivientes se rindieran.

En el flanco sur de la línea de avance desde el Vístula, las tropas de Konev entraron en Cracovia. Afortunadamente la ciudad antigua fue abandonada sin lucha. El 27 de enero por la tarde, al salir de un bosque aislado por la nieve, una patrulla de reconocimiento de la 107.ª División de

Fusileros descubrió el símbolo más terrible de la historia moderna.

Apenas una semana antes, cincuenta y ocho mil internos considerados capaces de caminar fueron obligados a salir de Auschwitz y marchar hacia el oeste ante el avance del Ejército Rojo. Los que sobrevivieran de aquella marcha de la muerte, experiencia probablemente peor que todos los horrores que habían sufrido hasta entonces, serían descargados en otros campos de concentración, en los que los estragos de la miseria, el hambre y las enfermedades aumentaron de forma espectacular durante los últimos tres meses de la guerra. El Dr. Mengele recogió todas las notas de sus experimentos y se fue a Berlín. Los ejecutivos de IG Farben destruyeron sus archivos de Auschwitz III. Las cámaras de gas y los hornos crematorios de Birkenau fueron volados. Se dio la orden de liquidar a todos los prisioneros demasiado enfermos para ser trasladados, pero por alguna razón los hombres de la SS mataron solo a un par de centenares de los ocho mil que habían quedado. Se concentraron más en intentar acabar con las pruebas, pero habían quedado demasiadas, incluidos trescientos sesenta y ocho mil ochocientos veinte trajes de hombre, ochocientos treinta y seis mil doscientos cincuenta y cinco abrigos y vestidos de mujer, por no hablar de las siete toneladas de cabello humano.[23]

El LX Ejército ordenó a todo su personal médico

trasladarse inmediatamente a Auschwitz para ocuparse de los supervivientes, y los oficiales soviéticos empezaron a interrogar a algunos internos. Adam Kuriłowicz, antiguo presidente del sindicato de ferroviarios polacos, que había sido enviado al campo de concentración en junio de 1941, contó cómo los primeros ensayos con la cámara de gas se habían llevado a cabo con ochenta soldados del Ejército Rojo y seiscientos prisioneros polacos. Un profesor húngaro les habló de los «experimentos médicos». Toda la información fue remitida a G. F. Aleksandrov, el director de propaganda del Ejército Rojo, pero aparte de un pequeño artículo en un periódico de esta organización, no se dijo nada al resto del mundo hasta el mismísimo fin de la guerra. Probablemente se debiera a que la línea oficial del partido insistía en que los judíos no representaban ninguna categoría especial. Sólo había que poner de relieve el sufrimiento del pueblo soviético.[24]

Aumentaron las «expediciones» procedentes de Silesia y de Prusia oriental, y pronto empezarían también en Pomerania. Los funcionarios nazis calculaban que el 29 de enero «alrededor de cuatro millones de personas de las zonas evacuadas» se dirigían al centro del Reich. Parece que esta cifra es demasiado pequeña, pues de la noche a la

mañana subió a los siete millones y el 19 de febrero eran ya ocho millones trescientas cincuenta mil. Los desmanes del Ejército Rojo dieron lugar al movimiento de población más concentrado de la historia. A Stalin le iba de perlas la limpieza étnica, pues encajaba con sus planes de desplazar la frontera polaca hacia el oeste, a la altura del Oder.[25]

Varios cientos de miles de civiles seguían atrapados en Königsberg y en la península de Samland, así como en el interior de la bolsa en la que había quedado encerrado el IV Ejército en Heiligenbeil, a orillas del Frisches Haff. La Kriegsmarine hizo denodados esfuerzos por rescatar al mayor número posible de ellos en el pequeño puerto de Pillau, y también empezaron a llevarse a cabo evacuaciones desde los puertos de Pomerania oriental. Los submarinos soviéticos, sin embargo, torpedearon muchos barcos grandes, incluido el transatlántico *Wilhelm Gustloff*, que se hundió la noche del 30 de enero. Nadie sabe cuántas personas iban a bordo, pero se calcula que el número de muertos estaría entre los cinco mil trescientos y los siete mil cuatrocientos.

A pesar de los riesgos del mar, muchas mujeres agotadas y hambrientas cargadas con niños en brazos seguían esperando la llegada de los barcos, a menudo en vano. En Königsberg las raciones eran tan escasas —menos de ciento ochenta gramos de pan al día—, que muchos salían andando por la nieve para ponerse a merced del

Ejército Rojo, aunque este no tuviera piedad de ellos. En la ciudad, la ejecución de los desertores se convirtió en un auténtico frenesí. Los cadáveres de ochenta soldados alemanes fueron expuestos en la estación del norte con un cartel que rezaba: «Eran unos cobardes, pero murieron de todas maneras».[26]

La rapidez del avance hacia el Oder hizo que fueran rebasados miles de soldados alemanes, que trataban de abrirse paso hacia el oeste solos o en grupo. Las divisiones de fusileros del NKVD, encargadas de la seguridad en la retaguardia, se vieron de pronto enzarzadas en auténticas batallas campales. Cuando las tropas de Konev avanzaron sobre Breslau, dio comienzo una auténtica fuga de civiles aterrorizados, muchos de los cuales asaltaban en masa los trenes, mientras que otros huían a pie caminando penosamente sobre la nieve espesa. Muchos, si no todos los que emprendieron el camino a pie, murieron de frío. Algunos consiguieron salvarse aferrándose al cadáver helado de un niño o una criatura de pañales. El sitio de Breslau, que duró hasta el final de la guerra, fue organizado por el fanático *Gauleiter* Karl Hanke, que gobernó mediante el terror, ejecutando soldados y obligando a los civiles, niños incluidos, a despejar una pista de aterrizaje bajo el fuego de la artillería soviética.

Los ejércitos de Zhukov habían arrasado el Warthegau, la zona occidental de Polonia incorporada al

Reich. Los alemanes en fuga eran atracados por los polacos, decididos a vengar las calamidades sufridas en 1939 y 1940. El rápido avance del I y del II Ejército de Tanques de la Guardia hacia el Oder contó en su flanco derecho con la protección de otros cuatro ejércitos diseminados por el sur de Pomerania. Su mayor problema no era la resistencia alemana, sino las dificultades de los servicios de aprovisionamiento, que a duras penas podían seguir su ritmo debido al mal estado de los caminos en invierno y a la falta de una línea férrea que funcionara. De no ser por los camiones americanos suministrados a través del Programa de Préstamo y Arriendo, el Ejército Rojo no habría llegado nunca a Berlín antes que los americanos.

«Nuestros tanques lo han planchado y machacado todo», decía un soldado en una carta. «Sus orugas aplastaban carretas, automóviles, caballos y cualquier otra cosa que encontraran por los caminos. El slogan: "¡Adelante! ¡Hacia el oeste!" ha sido reemplazado por este otro: "¡Adelante! ¡Hacia Berlín!"»[27] Por el camino fue saqueada la ciudad de Schwerin. «Todo está ardiendo», escribió Vasily Grossman en su cuaderno de notas. «Una anciana salta por la ventana de un edificio en llamas». Los incendios iluminaban la escena mientras los soldados se entregaban al pillaje. El corresponsal soviético se fijó también en «el horror en los ojos de las mujeres y las niñas. A las alemanas les están pasando cosas terribles...

Las chicas soviéticas que han sido liberadas de los campos también sufren mucho».[28]

Un informe muy detallado del Primer Frente Ucraniano revelaría posteriormente que las mujeres jóvenes y las niñas sacadas de la Unión Soviética para trabajar como mano de obra esclava habían sido víctimas también de violaciones en grupo. Después de desear tanto la liberación, quedaban destrozadas al ver los abusos de que eran objeto a manos de unos hombres a los que habían considerado camaradas y hermanos suyos. «Todo esto», concluía el general Tsygankov, «ofrece un terreno abonado para el desarrollo de comportamientos negativos y poco saludables entre los ciudadanos soviéticos liberados; provoca el descontento y la desconfianza antes de su regreso a la madre patria». Pero sus recomendaciones no hablaban de reforzar la disciplina del Ejército Rojo. Aconsejaba, por el contrario, que la sección política y el Komsomol se concentraran en «mejorar la labor política y cultural con los ciudadanos soviéticos repatriados» para impedir que volvieran a casa con ideas negativas acerca del Ejército Rojo.[29]

Hubo también algunos pocos momentos de pura alegría. Vasily Churkin, que había progresado mucho desde Leningrado y aquellos días terribles sobre el hielo del lago Ladoga, estaba ahora con el Primer Frente Bielorruso de Zhukov. «Hemos llegado muy cerca de Berlín», escribió en

su diario a finales de enero, «solo nos quedan ciento treinta y cinco kilómetros. La resistencia alemana es débil. En los cielos solo se ve nuestra aviación. Pasamos por un campo de concentración. Los barracones en los que estaban encerradas nuestras mujeres están vallados con varias filas de alambre de espino. Una multitud enorme de prisioneras sale en libertad por la gran puerta de entrada. Vienen corriendo hacia nosotros, gritando y llorando. No podían creerse que estuviera sucediéndoles una cosa así, no habían sabido nada hasta el último minuto. El espectáculo era impresionante. Pero lo que más me emocionó fue un soldado que encontró allí a su hermana. Cómo la chica echó a correr hacia él cuando lo reconoció. Cómo se abrazaban y lloraban delante de todo el mundo. Era como un cuento de hadas».[30]

El 30 de enero, duodécimo aniversario del régimen nazi, fue también el día en el que la radio transmitió el último mensaje de Hitler al pueblo alemán. El pánico se apoderó de Berlín. Las puntas de lanza blindadas de Zhukov estaban muy cerca del río Oder, apenas a sesenta kilómetros de la capital. Aquella noche, la 89.ª División de Fusileros de la Guardia se apoderó de una pequeña cabeza de puente al otro lado del río helado, al norte de Küstrin. A la mañana siguiente, a primera hora, también cruzaron el río las tropas del V Ejército de Choque y tomaron la localidad de Kienitz. Se formó una tercera cabeza de puente al sur de

Küstrin. El desconcierto en Berlín era incluso mayor, pues el ministerio de propaganda había intentado fingir que los combates estaban todavía en las inmediaciones de Varsovia. Para el régimen el prestigio nazi seguía siendo más importante que todo el sufrimiento humano, incluso el de su propio pueblo. En aquel mes de enero de 1945, las pérdidas de la Wehrmacht ascendieron a cuatrocientos cincuenta y un mil setecientos cuarenta y dos hombres muertos, más o menos el equivalente al total de americanos que perdieron la vida en toda la Segunda Guerra Mundial.

Se formaron unidades improvisadas con los destacamentos locales del Volkssturm, algunos voluntarios caucasianos (que más tarde serían detenidos cuando se negaran a disparar contra sus compatriotas), las Juventudes Hitlerianas y un batallón de instrucción de adolescentes destinados a la División de Granaderos Acorazados *Feldherrnhalle*, atrapada en Budapest. El regimiento de guardias de la división *Grossdeutschland*, que había aplastado la conspiración de julio del año anterior, fue enviado en autobuses a las colinas de Seelow. Este pequeño macizo, asomado a la llanura de aluvión del Oder, constituiría la última línea de defensa antes de la batalla de Berlín

El día 3 de febrero por la mañana, la VIII Fuerza Aérea de los Estados Unidos lanzó su incursión más violenta sobre Berlín, causando la muerte de tres mil personas. La

Cancillería del Reich y la Cancillería del Partido de Bormann fueron alcanzadas de lleno, y el cuartel general de la Gestapo, sito en la Prinz-Albrecht-Strasse, y el Tribunal del Pueblo (Volksgerichthof) sufrieron graves daños. Roland Freisler, el presidente del tribunal, que había cubierto de sonoros insultos a los conspiradores de julio, murió aplastado en los sótanos del edificio.

Zhukov, mientras tanto, se enfrentaba al dilema que suele planteárseles a los generales de éxito después de un avance rápido. ¿Debía intentar el Ejército Rojo asaltar Berlín, cuando el enemigo estaba completamente confundido y carecía de defensas, o por el contrario debía consolidar su posición, permitiendo a sus hombres agotados descansar, reabastecerse y revisar sus tanques? El debate entre los generales fue muy vivo, con Chuikov, del VIII Ejército de la Guardia, defendiendo a capa y espada que debían atacar de inmediato. La cuestión fue zanjada el 6 de febrero por Stalin, que llamó por teléfono desde Yalta, en la península de Crimea. Antes de atacar Berlín debían unirse a Rokossovsky y despejar «el balcón del Báltico» de Pomerania, en su flanco norte, donde Himmler, para desesperación de Guderian y otros oficiales de alto rango, se había puesto personalmente al mando del Grupo de Ejércitos del Vístula.

45

LAS FILIPINAS, IWO JIMA, OKINAWA Y LAS INCURSIONES CONTRA TOKIO (noviembre de 1944-junio de 1945)

Poco después del desembarco triunfal de MacArthur en Leyte en octubre de 1944, su VI Ejército tuvo que enfrentarse a una serie de combates mucho más duros de lo esperado. Los japoneses reforzaron la isla y consiguieron rápidamente disfrutar de superioridad aérea. Los portaaviones de Halsey se habían marchado, y, después de las copiosas lluvias monzónicas, el terreno estaba demasiado enfangado para proceder a la construcción de unos aeródromos. Aunque los japoneses habían querido reservar sus fuerzas para la defensa de Luzón, la isla principal del archipiélago filipino, el cuartel general

imperial insistió en que debían ser trasladados más refuerzos para la defensa de Leyte. También se ordenó el envío de aviones desde aeródromos tan alejados como los de Manchuria, pero cuando estos aparatos llegaron, los americanos ya disponían de cinco pistas operativas, y los portaaviones de Halsey habían regresado.

Los combates en Leyte se prolongaron hasta bien entrado diciembre, en parte debido a la precaución excesiva del teniente general Walter Krueger, que comandaba el VI Ejército. Los enfrentamientos más encarnizados tuvieron lugar en lo que se denominaba «Breakneck Ridge», cerca de Carigara, al norte de la isla, una cota defendida por los japoneses con uñas y dientes. Krueger, sin embargo, se vio favorecido por el desastroso contraataque lanzado por los nipones contra las pistas de aterrizaje. Pero a finales de diciembre los americanos afirmarían que, según sus cálculos, habían matado a unos sesenta mil soldados enemigos. Diez mil tropas de refuerzo japonesas perecieron ahogadas después de que los barcos que las transportaban fueran hundidos cuando se aproximaban a la isla. Alrededor de tres mil quinientos americanos cayeron en combate, y otros doce mil fueron heridos. MacArthur, con su falta de modestia habitual, declaró que aquella acción probablemente pasara «a los anales militares del Ejército de Japón como una de las mayores derrotas sufridas jamás».

La obcecación del cuartel general imperial en seguir enviando refuerzos a Leyte, vaciando de tropas Luzón, hizo que la invasión de la isla principal del archipiélago, planeada en aquellos momentos para el 9 de enero de 1945, fuera considerablemente más fácil. Pero primero había que tomar la isla de Mindoro, situada al sur de Luzón, para poder construir en ella los aeródromos necesarios. Los desembarcos y las operaciones terrestres se desarrollaron con éxito, aunque la fuerza operacional de la invasión sufriera las consecuencias de los ataques kamikaze.

El general Yamashita, comandante de Luzón, se había opuesto en vano a la estrategia de defender Leyte con tantísimos recursos, y ya sabía que no tenía ninguna esperanza de conseguir derrotar a las fuerzas que venían en su dirección. Iba a retirarse con ciento cincuenta y dos mil hombres, el grueso de sus tropas, a las colinas situadas en la mitad septentrional del centro de la isla. Un contingente más reducido de treinta mil efectivos se encargaría de defender las bases aéreas de Campo Clark, y desde las colinas de Manila otro de ochenta mil efectivos privaría a la capital de sus suministros de agua.

MacArthur tenía la intención de invadir la isla desde el golfo de Lingayan, en el noroeste, con otro desembarco al sur de la capital. Era bastante semejante al plan de ocupación desarrollado por los japoneses tres años antes. Durante la primera semana de enero, su flota de buques

escolta sufrió los ataques de los kamikaze, que aparecían sobrevolando la isla a baja altura. Un portaaviones escolta y un destructor fueron hundidos. Otro portaaviones, cinco cruceros, los acorazados *California* y *New México* y varias naves más sufrieron graves daños. Muchos aviones enemigos cayeron derribados por el fuego de las baterías antiaéreas y de los cazas de los buques escolta, pero fue imposible acabar con todos ellos. Las naves con las tropas de desembarco se libraron por los pelos del ataque, y la invasión se llevó a cabo el 9 de enero sin encontrar prácticamente oposición. Las guerrillas filipinas habían informado al mando americano de que no había japoneses en la zona, por lo que no era necesario despejar el sector con ataques preventivos, pero el contraalmirante Jesse B. Oldendorf se sintió en la obligación de acatar a rajatabla las órdenes recibidas. Las casas y las granjas de la región sufrieron un bombardeo devastador que no causó daño alguno al enemigo.

Aunque por la izquierda el I Cuerpo encontró una férrea resistencia en las colinas, por la derecha el XIV Cuerpo comenzó un rápido avance hacia el sur, con dirección a Manila, a través de un terreno mucho más llano. El general Krueger sospechaba que MacArthur lo presionaba tanto para que no se detuviera simplemente por su afán de estar de vuelta en Manila para el día de su cumpleaños, el 26 de enero. Y es probable que estuviera

equivocado. MacArthur quería liberar lo antes posible a los prisioneros internados en campos de concentración y tratar de ocupar el puerto de Manila antes de que los japoneses lo destruyeran. Un destacamento de Rangers americanos, ayudados por las guerrillas filipinas, consiguieron liberar a cuatrocientos ochenta y seis prisioneros de guerra estadounidenses que habían participado en la famosa marcha de la muerte de Bataán tras emprender con éxito una incursión contra un campo de reclusos cerca de Cabantuan, a unos noventa y cinco kilómetros al norte de Manila. MacArthur estaba cada vez más impaciente por la lentitud con la que iban desarrollándose las cosas, una lentitud provocada más por los riachuelos, los arrozales y los viveros de peces de la zona que por cualquier forma de resistencia nipona. Así pues, decidió que la 1.ª División de Caballería pasara a la acción y se adelantara para rescatar a otros prisioneros aliados encerrados en la Universidad de Santo Tomás.[1]

El 29 de enero, al norte de la península de Bataán, tuvo lugar otro desembarco con cuarenta mil efectivos del XII Cuerpo, que inmediatamente encontraron una sólida línea defensiva japonesa. El asalto aerotransportado de la 11.ª División al sur de Manila obtuvo, al parecer, resultados más rápidos que el avance por la llanura. El 4 de febrero, los hombres de dicha formación llegaron a la línea defensiva de los japoneses en el sur de Manila, aunque aún no sabían

que la noche anterior otros ya les habían ganado la carrera hacia la capital. El avance espectacular por el norte de una columna de la 1.ª División de Caballería, que logró cruzar un puente después de que un teniente de marina cortara la mecha ya prendida de las cargas de demolición, había permitido que sus hombres alcanzaran los distritos del norte de Manila. Aquella misma tarde, a última hora, sus tanques abatieron los muros del recinto de la Universidad de Santo Tomás en el que permanecían recluidos unos cuatro mil civiles aliados.

Filipinas, un archipiélago formado por unas siete mil islas, había constituido un terreno perfecto para las guerrillas de la resistencia, y más que ningún otro pueblo de Extremo Oriente, sus habitantes habían empezado a prepararse para la liberación poco después de que los japoneses ocuparan el país. Debido en parte a su confianza en los americanos, que les habían prometido la independencia sin restricciones para 1946, y al odio que sentían hacia los arrogantes y crueles nipones, que torturaban y ejecutaban a la población en decapitaciones públicas, se habían formado grupos guerrilleros en prácticamente todas las islas. Unos pocos estaban dirigidos por oficiales estadounidenses que se habían quedado aislados en la región en 1942. Muchos soldados filipinos habían escondido sus armas cuando el país tuvo que rendirse. Cuando el cuartel general de MacArthur en

Brisbane tuvo la confirmación de la envergadura del movimiento de resistencia, los submarinos se encargaron de llevar a la zona más armamento, equipos de radio y suministros médicos, así como los objetos y artículos de propaganda de MacArthur.

En las grandes regiones en las que raras veces se aventuraban los soldados japoneses a adentrarse, los grupos locales se encargaron de organizar la vida y el trabajo de la población civil, llegando incluso a emitir una moneda propia, que la gente prefería a la divisa instaurada por la ocupación japonesa. Desde sus puntos de observación, los heroicos *coastwatchers* transmitían por radio información relativa a los buques japoneses, que los submarinos estadounidenses sabían utilizar con efectos devastadores. El peligro principal eran las unidades japonesas de detección de radio. Prácticamente no había riesgos de denuncias por parte de la población local, que ayudaba a trasladar los pesados y voluminosos equipos si se preveía una batida de soldados japoneses. En Filipinas apenas hubo colaboracionistas. La mayoría de los que se vieron obligados a cooperar en Manila trabajando para la administración japonesa pasó a la resistencia toda la información secreta que pudo.

Tras el desembarco de las fuerzas de MacArthur, los actos de represalia de los japoneses fueron brutales, especialmente durante los combates por la capital.

Yamashita no pretendía defender Manila, y el comandante militar local había planeado retirarse siguiendo las instrucciones recibidas, pero no tenía control alguno sobre la marina. Haciendo caso omiso a Yamashita, el contraalmirante Iwabachi Sanji ordenó a sus hombres que siguieran resistiendo en la ciudad. Las unidades del ejército que quedaban se vieron obligadas a unirse a ellos, formándose así un contingente de unos diecinueve mil efectivos. Cuando estas tropas comenzaron a retirarse hacia el centro, a la antigua ciudadela española de Intramuros y la zona portuaria, destruyeron puentes y edificios. Estallaron violentos incendios en los barrios más pobres, donde las casas eran de madera y bambú. En el centro, sin embargo, la mayoría de los edificios eran de hormigón, por lo que pudieron ser convertidos en verdaderos baluartes.

MacArthur, que pretendía organizar un desfile de la victoria, quedó profundamente consternado por la batalla que estalló en la ciudad, con más de setecientos mil civiles atrapados en la zona de combate. La 1.ª División de Caballería, la 37.ª División de Infantería y la 11.ª División Aerotransportada fueron las formaciones que participaron en aquellos combates que se desarrollaron casa por casa. Como en Aquisgrán, los americanos enseguida se dieron cuenta de la necesidad de atacar cada edificio desde la parte superior e irse abriendo paso de piso en piso, empleando

granadas, metralletas y lanzallamas. Los ingenieros americanos utilizaron sus bulldozers blindados para despejar las calles de barricadas y escombros. Los soldados japoneses, tanto de las fuerzas navales como de las terrestres, sabiendo que iban a morir, hicieron una verdadera matanza de filipinos y violaron cruelmente a muchas mujeres antes de acabar con ellas. A pesar de la oposición de MacArthur a recurrir a la aviación para no causar más bajas entre la población civil, unos cien mil habitantes de Manila, esto es, más de uno de cada ocho, murieron en aquella batalla que se prolongó hasta el 3 de marzo.

Para las tropas del general Krueger lo más urgente era acabar con las fuerzas enemigas que resistían al este de Manila y controlaban los suministros de agua de la ciudad. Una vez más, los japoneses habían construido cuevas y túneles en las colinas, y una vez más, los americanos tuvieron que despejar la zona con granadas cargadas de fósforo y lanzallamas. Volaban las entradas de los túneles y, a continuación, vertían gasolina y colocaban explosivos para quemar, sofocar o enterrar a los que habían quedado dentro. Los cazas pesados P-38 Lightning lanzaban napalm, que resultaba mucho más eficaz que las bombas convencionales. Todo este proceso contó, además, con la ayuda de un regimiento de guerrilleros que consiguió llegar a la presa principal con un ataque sorpresa. Los japoneses

no tuvieron tiempo de accionar las cargas explosivas que habían colocado. Los supervivientes huyeron por las montañas a finales de mayo.

Mientras seguían los combates en Manila, MacArthur lanzó una ofensiva con el VIII Ejército del teniente general Eichelberger para reconquistar las islas centrales y meridionales del archipiélago filipino, pues estaba convencido de que los japoneses no podían enviar refuerzos a la zona. Consideraba que se trataba de una operación más urgente que acabar con la fuerza principal de Yamashita en las colinas del norte de Luzón, pues esta podía ser acorralada y bombardeada a placer. Se sucedieron varios asaltos anfibios, todos ellos apoyados por la aviación. Eichelberger afirmaría haber dirigido catorce grandes desembarcos y otros veinticuatro menores en apenas cuarenta y cuatro días. En muchos casos, sus tropas pudieron comprobar que las guerrillas filipinas ya les habían hecho el trabajo, eliminando aquellas guarniciones más pequeñas.

El 28 de febrero fue invadida Palawan, la isla alargada del oeste del archipiélago situada entre Mindoro y el norte de Borneo. Los americanos descubrieron en ella los cadáveres quemados de ciento cincuenta compatriotas, unos prisioneros de guerra a los que sus guardias, tras rociarlos de gasolina, habían prendido fuego en diciembre. El 10 de marzo invadieron Mindanao, donde un ingeniero

americano, el coronel Wendell W. Fertig, se puso al frente de una gran fuerza guerrillera y aseguró una pista aérea. Los aviones de transporte militar C-47, con dos compañías de la 24.ª División de Infantería, aterrizaron allí antes de emprender el ataque. Los cazas Corsair de la Marina llegaron luego para utilizar la pista como base avanzada. En Mindanao, la estrecha colaboración de la infantería americana, las guerrillas filipinas y la aviación de la Marina obligó a los japoneses que quedaban en la península de Zamboanga, esto es, el sector occidental de la isla, a refugiarse en las colinas. Pero la operación para ocupar el vasto sector oriental no comenzó hasta el 17 de abril.

Una vez más, las fuerzas guerrilleras de Fertig lograron asegurar un aeródromo, y las tropas americanas comenzaron el avance hacia el interior, algunas por una maltrecha carretera, mientras que en barcas y barcazas un regimiento, escoltado por cazasubmarinos, remontaba el ancho río Mindanao, cogiendo por sorpresa a los soldados de las guarniciones japonesas. Sabían que estaban en una carrera contra los monzones. Ralentizados por la jungla y los grandes desfiladeros, en los que los japoneses habían volado prácticamente todos los puentes y minado los accesos, los combates duraron mucho más tiempo que el imaginado. No concluyeron hasta el 10 de junio, un mes después de que terminara la guerra en Europa. El general Yamashita resistió en las cordilleras del norte de Luzón,

prolongando los enfrentamientos hasta la extenuación. No se rindió hasta el 2 de septiembre de 1945, el día de la capitulación oficial.

En China, la Ofensiva Ichigō había terminado en diciembre de 1944. Las fuerzas japonesas habían tratado de llegar a Chungking y a K'un-ming, pero sus líneas de abastecimiento eran demasiado largas. El sucesor de Stilwell, el general Wedemeyer, había hecho venir del norte de Birmania las dos divisiones de la Fuerza X entrenadas por los americanos para que formaran una línea defensiva. Sin embargo, no hizo falta, pues los japoneses ya habían empezado a retirarse. Las dos formaciones regresaron a Birmania, y a finales de enero consiguieron reunirse con la Fuerza Y a orillas del Salween. Las últimas tropas japonesas se retiraron a las montañas, y la carretera de Birmania quedó abierta de nuevo. El primer convoy de camiones llegó a K'un-ming el 4 de febrero.

Mientras tanto, el avance de Slim se había visto momentáneamente interrumpido en el río Irrawaddy, después de que el teniente general Kimura Hoyotaro trasladara los restos de su Ejército de la Región de Birmania tras aquella formidable barrera defensiva. Slim montó un gran espectáculo organizando la travesía del río

con el XXXIII Cuerpo, después de haber retirado en secreto de su flanco el IV Cuerpo. Dejó atrás un cuartel general ficticio que no paraba de transmitir mensajes, mientras sus divisiones avanzaban hacia el sur manteniendo en estricto silencio los aparatos de radio. Luego, sin encontrar oposición del enemigo, cruzaron el río por un lugar mucho más alejado para amenazar la retaguardia de Kimura. Los japoneses tuvieron que retirarse rápidamente, y Mandalay fue capturada el 20 de marzo por las tropas aliadas, no sin antes librar una cruenta batalla.

Sin pérdida de tiempo, Slim avanzó hacia el sur por el valle del Irrawaddy hacia Rangún, en una carrera contrarreloj para llegar antes de que comenzaran las lluvias. Mountbatten, mientras tanto, preparaba la Operación Drácula, un asalto por mar y por aire que debía efectuarse a comienzos de mayo con el XV Cuerpo británico llegado de Arakan. Las lluvias monzónicas se adelantaron dos semanas, deteniendo a los hombres de Slim a apenas sesenta y cinco kilómetros de su objetivo. El 3 de mayo Rangún fue ocupada por el XV Cuerpo, ayudado por el Ejército Independiente Birmano, que se había pasado al bando aliado. Las fuerzas de Kimura no tuvieron más remedio que refugiarse en Tailandia. Los restos del XXVIII Ejército japonés, aislados en Arakan tras las líneas aliadas, intentaron abrirse paso hacia el este cruzando el río Sittang. Pero los británicos conocían sus planes. Cuando los

japoneses llegaron a orillas del río, sufrieron una emboscada y fueron aniquilados por la 17.ª División India. De un total de diecisiete mil hombres, solo seis mil lograron escapar.

Por lo que respectaba al mando japonés, la Ofensiva Ichigō había conseguido sus objetivos. Las tropas japonesas habían causado medio millón de bajas a los ejércitos nacionalistas y los habían obligado a retirarse de ocho provincias, con una población total de más de cien millones de personas. Sin embargo, también había supuesto una victoria para los comunistas. Los nacionalistas no solo habían perdido regiones agrícolas que les permitía abastecerse de alimentos, sino también una vasta extensión de territorio en la que poder reclutar hombres para sus ejércitos. Por mucho que los chinos odiaran a los japoneses, es indudable que este hecho fue vivido con alivio por la población local. Como observaría el general Wedemeyer, «el reclutamiento forzoso es para los campesinos chinos algo tan habitual como el hambre y las inundaciones, con la única diferencia de que tiene lugar con mayor regularidad».[2]

Después de que la Ofensiva Ichigō acabara con los trece aeródromos estadounidenses, dos nuevas bases

aéreas norteamericanas fueron construidas en Lahekou (a unos trescientos kilómetros al noroeste de Hankou) y Zhijiang (a unos doscientos cincuenta kilómetros al oeste de Heng-yang). En abril de 1945, los japoneses avanzaron con sesenta mil efectivos del XII Ejército y destruyeron el aeródromo de Lahekou, pero el ataque emprendido por el XX Ejército contra la base de Zhijiang no tuvo el mismo éxito. Cinco divisiones nacionalistas chinas perfectamente equipadas, según el plan de modernización del general Wedemeyer, con otras quince formaciones parcialmente modernizadas, fueron enviadas a defender Zhijiang. El 25 de abril, con el apoyo de doscientos aviones, aplastaron a los cincuenta mil hombres del contingente nipón en el que sería el último gran enfrentamiento de la guerra chino-japonesa. Quedó demostrado que con el entrenamiento apropiado, los equipos adecuados y, sobre todo, la alimentación pertinente, las divisiones nacionalistas podían combatir con eficacia a las japonesas.

Las fuerzas japonesas de China y Manchuria ya habían empezado a reducirse gradualmente debido a los traslados de hombres a las Filipinas. Poco después, el cuartel general imperial se vio obligado a recurrir a las tropas del Ejército Expedicionario de China para defender Okinawa. La 62.ª División, que participó en la Ofensiva Ichigō, ya había sido trasladada a esta isla para encargarse de la defensa de la ciudad de Shuri.

Los japoneses también habían logrado otro de sus principales objetivos: conseguir que sus fuerzas de China pudieran unirse a las de Indochina. En enero de 1945, cuando sus divisiones de China cruzaron la frontera, los altos oficiales nipones de Indochina quedaron consternados y sorprendidos por su lamentable estado. Los efectivos de la 37.ª División iban con el pelo largo y sin afeitar, sus uniformes estaban hechos jirones y pocos conservaban los distintivos de su rango.[3] Fueron incorporados al recién creado XXXVIII Ejército para combatir en el norte de Tonkín contra las guerrillas de Ho Chi Minh. Los hombres de Ho Chi Minh habían prestado un gran servicio a los Aliados, proporcionándoles información secreta y facilitándoles la recuperación de las tripulaciones de los aviones abatidos, como habían hecho otros grupos en Tailandia con la ayuda de las radios y las armas lanzadas en paracaídas por la SOE y la OSS con aviones de las bases aéreas de la India.

El 12 de enero, la Tercera Flota de Halsey llegó a aguas de Indochina para atacar dos acorazados-portaaviones japoneses, el *Hyuga* y el *Ise*, en la bahía de Camranh. Esta aventura por el mar de China Meridional era el canto del cisne de Halsey antes de ceder el mando al almirante Spruance. Los dos barcos de guerra nipones habían zarpado en realidad rumbo a Singapur después de que los submarinos americanos hubieran hundido sus buques

cisterna, pero la aviación de los trece portaaviones de la flota de Halsey hundieron un crucero ligero, once naves de guerra pequeñas, trece cargueros y diez buques cisterna, así como el crucero francés *Lamotte-Picquet*, que había sido desarmado por los japoneses. Además, aprovechando que se encontraban en la zona, los pilotos de la marina estadounidense atacaron los aeródromos de los alrededores de Saigón, destruyendo numerosos aviones japoneses aparcados junto a las pistas y en los hangares, así como varios depósitos de combustible.

El 9 de marzo, los japoneses decidieron tomar el control completo de la región, apartando a la administración de Vichy del almirante Decoux y desarmando a las fuerzas francesas, aunque algunas de ellas resistieron, especialmente en el norte. Los agentes gaullistas y los de la OSS habían estado trabajándose a los oficiales franceses, los cuales estaban dispuestos a cambiar de bando. Los japoneses lanzaron la llamada Ofensiva Meigō contra las tropas coloniales galas que resistían en varios fortines, como el de Liangshan, donde había una guarnición de siete mil hombres.

Los comandantes nipones de Indochina trataron de enviar el medio millón de toneladas de arroz guardado en sus almacenes de vuelta a Japón y a otros centros militares, pero el bloqueo americano y la falta de barcos de transporte hicieron imposible la misión. Una parte de ese

arroz se pudrió, pero el resto fue capturado en noviembre de 1945 por las tropas nacionalistas de Chiang Kai-shek que habían sido enviadas a la región para desarmar a los soldados japoneses, las cuales lo trasladaron a China. Para muchos indochinos, el hambre que caracterizó ese período supuso una experiencia mucho más dura que la guerra de la independencia contra Francia y la guerra de Vietnam juntas.[4]

La primera información relacionada con el bombardeo de objetivos en Japón la pasaron a la OSS, a través de la resistencia tailandesa, los diplomáticos tailandeses destinados en Tokio. En diciembre de 1944 ya estaban operativas las bases aéreas de Guam, Tinian y Saipan. Utilizando las mayores ventajas que ofrecían las Marianas en comparación con los aeródromos de China, todas las operaciones de los B-29 Superfortaleza fueron concentrándose poco a poco en esas islas a las órdenes del general de división Curtis E. LeMay. Sin embargo, aumentaron las pérdidas de bombarderos, en parte debido a la acción de los cazas nipones que despegaban de islas de la zona para interceptarlos, sobre todo de Iwo Jima. Los pilotos de los cazas de la Armada Imperial dispersos en Kyushu jugaban al bridge mientras esperaban la orden de

despegar para atacar a las Superfortalezas que se dirigían a Tokio. Su pasión por este juego era un curioso legado de los tiempos en los que la Armada Imperial trataba de imitar todas las costumbres de la Marina Real británica.[5]

El mando americano decidió invadir Iwo Jima y su aeródromo, desde el cual operaban los cazas japoneses contra los bombarderos y las bases de las Marianas. Una vez capturado, podrían convertirlo en una pista de aterrizaje de emergencia para aviones averiados o dañados por el enemigo.

El 9 de marzo, el mismo día en el que los japoneses acabaron con la administración francesa de Indochina, el XXI Mando de Bombarderos de LeMay lanzó su primer ataque incendiario importante contra Tokio. Aproximadamente un mes antes, los B-29 habían hecho su segundo experimento utilizando bombas de napalm. El distrito industrial de Kobe había quedado prácticamente arrasado. Después de la devastadora incursión de los B-29 contra Hankou a comienzos del invierno, LeMay era perfectamente consciente del poder destructivo de los ataques con bombas incendiarias.

Trescientas treinta y cuatro Superfortalezas arrasaron con bombas la ciudad de Tokio sin miramientos, esto es, tanto las zonas residenciales como las industriales de la capital. Más de doscientos cincuenta mil edificios fueron pasto de las llamas debido a los fuertes vientos. Las casas

de madera y papel se quemaron en segundos. En total murieron unas ochenta y tres mil personas, y otras cuarenta y una mil sufrieron heridas de consideración, un precio mucho más elevado que el que pagaría Japón cinco meses después, cuando fue lanzada la segunda bomba atómica sobre la ciudad de Nagasaki.

El general MacArthur se opuso al bombardeo zonal de Tokio, pero los corazones americanos se habían endurecido por la campaña kamikaze contra los buques estadounidenses. LeMay, sin embargo, no respondió a MacArthur, y su única concesión fue el lanzamiento de panfletos advirtiendo a los civiles japoneses de la conveniencia de evacuar todos los pueblos y ciudades en los que hubiera plantas industriales. Tenía la firme determinación de seguir con los bombardeos hasta que no quedara en pie ningún centro industrial importante en Japón. Absurdamente, las Fuerzas Aéreas de los Estados Unidos continuaban afirmando que esos ataques zonales nocturnos con bombas incendiarias constituían verdaderos «bombardeos de precisión».[6] La navegación entre las islas del archipiélago también tuvo prácticamente que interrumpirse debido al lanzamiento de minas en aguas del mar Interior y sus alrededores.

Las tripulaciones de los bombarderos habían vivido con angustia y preocupación las importantes pérdidas sufridas a comienzos de la campaña. Empezaron a calcular

sus posibilidades de sobrevivir a una ronda de treinta y cinco misiones, y nació así un mantra personal: *«Stay Alive in '45'»*[7] («Mantente vivo en el [19]45»). Pero la destrucción de las fábricas aeronáuticas y de cazas japoneses, la mayoría de los cuales eran utilizados para lanzar ataques kamikaze contra los buques de la marina americana, les hizo ver rápidamente que podían sobrevolar el espacio aéreo japonés con relativa seguridad.

Iwo Jima, aunque apenas tenía siete kilómetros de longitud, fue calificada por los vuelos de reconocimiento como un objetivo difícil. LeMay tuvo que insistir al almirante Spruance en que era absolutamente necesario tomar la isla para poder preparar la ofensiva de sus bombarderos contra Japón. La gran isla de Okinawa sería invadida seis semanas después.

Los defensores de Iwo Jima estaban a las órdenes del teniente general Kuribayashi Tadamichi, un soldado de caballería sumamente sofisticado e inteligente. No se hacía ilusiones con el resultado final de la batalla, pero había preparado sus posiciones para resistir el mayor tiempo posible. Una vez más, esto supuso la construcción de una red de cuevas y túneles, así como de búnkeres de hormigón, en el que se mezclaba cemento con roca

volcánica. A pesar de las reducidas dimensiones de la isla, los túneles sumaban veinticinco kilómetros de longitud. Una vez evacuada su poca población civil, llegaron tropas de refuerzo, aumentando sus defensas a unos veintiún mil efectivos, entre soldados y marineros. Sus hombres juraron matar al menos a diez americanos antes de morir.

La fuerza aérea bombardeó Iwo Jima desde las Marianas durante setenta y seis días. Luego, a primera hora de la mañana del 16 de febrero, los japoneses vieron desde sus búnkeres y sus cuevas que aquella noche había llegado la flota invasora. La fuerza operacional naval, compuesta por ocho acorazados, doce portaaviones escolta, diecinueve cruceros y cuarenta y cuatro destructores, anclada frente a la costa empezó a bombardear la isla zona por zona. Pero en lugar de los diez días que habían solicitado los comandantes navales, el almirante Spruance había reducido la operación de hostigamiento y debilitamiento del enemigo a tres. Si consideramos las toneladas de bombas que cayeron sobre la isla, podemos afirmar que los daños que sufrieron sus defensores fueron mínimos. Las únicas excepciones se produjeron cuando las baterías japonesas abrieron fuego prematuramente contra algunas lanchas de desembarco lanzacohetes, que su comandante pensó que formaban parte de la primera oleada invasora. En cuanto descubrieron sus posiciones, los cañones pesados de los acorazados apuntaron en su

dirección. Pero cuando empezó el asalto anfibio el 19 de febrero, la inmensa mayoría de las piezas de artillería de Kuribayashi seguía intacta.

La 4.ª y la 5.ª División de Infantería de Marina desembarcaron en la primera oleada invasora en la costa suroriental de la isla, y tras ellas llegó la 3.ª División de Infantería de Marina. Las playas de fina arena volcánica eran tan empinadas que los marines, con cascos de camuflaje y cargados con su pesado equipamiento, tuvieron prácticamente que escalar por ellas con grandes dificultades. La artillería japonesa intensificó sus disparos. Sus enormes morteros de 320 mm lanzaban las bombas hacia la zona de desembarco. Los heridos que eran conducidos de vuelta a la playa perecían a menudo antes de poder ser evacuados a uno de los barcos. Muchos cuerpos acabaron macabramente mutilados y desfigurados.

Parte de la 5.ª División se dirigió hacia la izquierda para atacar el monte Suribachi, un volcán inactivo situado en el extremo meridional de la isla. Un soldado llevaba preparada una bandera para izarla en su cumbre. El mejor regimiento de la 4.ª División fue hacia la derecha para neutralizar las defensas japonesas instaladas en una cantera perfectamente fortificada. Contaba con la ayuda de los tanques Sherman que habían logrado superar la empinada cuesta de arena de la playa, pero el fuego atroz de la artillería nipona no cesó prácticamente en todo el día. Un

batallón de setecientos hombres se quedó apenas con ciento cincuenta efectivos en pie.

Al caer la noche, habían desembarcado alrededor de treinta mil marines, a pesar del fuego intenso de los morteros y los cañones enemigos. Cavaron trincheras para repeler un contraataque, pero hasta esas operaciones resultaron sumamente difíciles en aquel terreno volcánico tan blando. Un marine, sin duda de origen rural, comparó aquel trabajo con abrir un agujero en un barril de trigo. Pero no se produjo contraataque alguno. Kuribayashi los había prohibido expresamente, así como las cargas *banzai* en campo abierto. Iban a poder matar a más americanos desde sus posiciones defensivas.

El bombardeo había inutilizado al menos la mayor parte de los cañones situados a los pies del Suribachi, pero otras posiciones seguían intactas, como descubriría el 28.° Regimiento cuando comenzara a escalar el monte. «Sobre nuestras cabezas caían montones de rocas que dejaban caer los japos», comentaría un marine, «y se producían desprendimientos de tierras provocados por las bombas de nuestra propia artillería naval. Cada puesto atrincherado constituía un problema en aquella intrincada fortaleza que había que arrasar. Los muros de muchos de ellos estaban formados primero por unos bloques de hormigón de más de sesenta centímetros de grosor unidos por barras de hierro. Luego venían entre trescientos y trescientos setenta

centímetros de piedras y rocas, apiladas con escombros y las sucias cenizas de Iwo».[8]

Suribachi alojaba una guarnición de mil doscientos hombres en sus túneles y búnkeres. Resistentes al fuego de la artillería y de los bazookas, dichos búnkeres solo podían ser atacados con cierto éxito desde muy cerca. Los marines comenzaron a utilizar cargas explosivas, que lanzaban al grito de «*Fire in the hole*!» (literalmente, «¡Fuego en el agujero!»), y a arrojar granadas de fósforo. También recurrían frecuentemente a los lanzallamas, pero su empleo suponía una misión aterradora para el hombre que manipulaba esta arma, pues se convertía en el primer objetivo de los ametralladores japoneses que intentaban incendiar el tanque que llevaba a la espalda. Los nipones sabían que si eran alcanzados por el fuego que salía por las fauces de aquel dragón iban a acabar como «un pollo frito». Llegado un punto, los marines oyeron unas voces japonesas, y se dieron cuenta de que el ruido venía de abajo, de una fisura abierta en la roca. Subieron barriles de combustible por la montaña, luego vertieron la gasolina y le prendieron fuego.

Después de tres días de interminables combates, un reducido grupo de hombres del 28.° Regimiento alcanzó la cima del volcán y clavó en ella una estaca metálica en la que ondeaba la bandera de los Estados Unidos. Fue un momento muy emotivo. La escena fue vivida con júbilo y

lágrimas de alivio tanto en tierra como en el mar. Los buques anclados frente a la costa hicieron sonar sus sirenas. El secretario de la marina, James V. Forrestal, que estaba viendo toda la operación, se volvió hacia el general de división Holland Smith y dijo: «La colocación de esa bandera en el Suribachi significa un Cuerpo de Marines durante los siguientes quinientos años». Llevaron a la cima otra bandera más grande y una larga barra de andamio a modo de mástil que seis hombres se encargaron de colocar: la fotografía que tomaron se convirtió en el icono de la guerra en el Pacífico. Suribachi había costado la vida de ochocientos marines, pero no era la principal posición defensiva de la isla.

El cuartel general de Kuribayashi estaba perfectamente soterrado en el extremo septentrional de Iwo Jima, en la complejísima red de túneles y cavernas que había sido excavada. Cuando, tras lograr cruzar las líneas americanas, aparecieron los pocos supervivientes del Suribachi, los mandos japoneses de la isla montaron en cólera. Aunque su comandante moribundo les había ordenado que abandonaran las armas y comunicaran la noticia de la pérdida del Suribachi, aquellos hombres fueron recibidos con horror y desprecio por no haber combatido hasta el final. Su oficial, un teniente de la marina, fue abofeteado, vejado, tachado de cobarde, y a punto estuvo de morir decapitado. Ya estaba de rodillas con

la cabeza inclinada cuando alguien detuvo la espada que empuñaba el capitán Inouye Samaji.

Al quinto día, los marines habían asegurado los dos aeródromos del centro de la isla, pero luego, con las tres divisiones codo con codo, tuvieron que avanzar para tomar el complejo defensivo del norte de la isla, que estaba oculto bajo la tierra volcánica en aquel paisaje estéril e infernal. Los francotiradores japoneses se ocultaban en fisuras. Las ametralladoras pasaban de la entrada de una cueva a la entrada de otra cueva, y los americanos comenzaban a sufrir cada vez más bajas. Los marines estaban enfadados porque no se les permitía utilizar gas venenoso para atacar aquel laberinto de túneles. Algunos se derrumbaron víctimas de la fatiga de combate, pero fueron muchos los que demostraron un arrojo y una valentía increíbles, sin dejar de luchar por heridos que estuvieran. Fueron concedidas no menos de veintisiete Medallas de Honor por los combates en Iwo Jima. Apenas se hicieron prisioneros: incluso los japoneses heridos de gravedad perecieron brutalmente, pues solían ocultar una granada con la que poner fin a su vida y a la de cualquier marine que intentara ayudarlos. Algunos americanos se dedicaron a decapitar cadáveres enemigos, cuyas cabezas hervían a continuación para vender los cráneos cuando regresaran a los Estados Unidos.

El avance de un barranco a otro y de una colina a otra,

a los que pusieron nombres como «Picadora de Carne», «Valle de la Muerte» o «Colina Sangrienta», fue lento y un verdadero horror. Los soldados japoneses se vestían con los uniformes de los marines muertos para infiltrarse por la noche en las líneas americanas y provocar el caos en la retaguardia. La noche del 8 de marzo, a pesar de las órdenes de Kuribayashi prohibiendo las cargas *banzai*, el capitán Inouye encabezó uno de estos ataques cuando él y los mil hombres de su formación se vieron rodeados cerca del cabo Tachiwa, en el extremo oriental de la isla. Se lanzaron contra un batallón del 23.° Regimiento, provocando más de trescientas cincuenta bajas durante una batalla inmersa en el caos, pero a la mañana siguiente los marines supervivientes pudieron verificar que en sus posiciones y alrededor de ellas yacían setecientos ochenta y cuatro cadáveres enemigos.

Cuando acabó la batalla de Iwo Jima el 25 de marzo, seis mil ochocientos veintiún marines habían perdido la vida, o estaban agonizando, y otros diecinueve mil doscientos diecisiete habían sido gravemente heridos. Aparte de cincuenta y cuatro soldados japoneses hechos prisioneros, dos de los cuales se suicidaron, los veintiún mil efectivos que habían compuesto la fuerza de Kuribayashi estaban muertos. Después de caer mortalmente herido durante la batalla final, Kuribayashi fue enterrado por sus hombres en la profundidad de las

cavernas.

A mediados de marzo, la Fuerza Operacional 58 del almirante Mitscher, con sus dieciséis portaaviones, volvió a adentrarse en aguas japonesas para bombardear los aeródromos de Kyushu y la isla principal del archipiélago, Honshu. Se trataba de un ataque preventivo antes de dar inicio a la invasión de Okinawa. Además de destruir los aviones aparcados en las bases, sus pilotos consiguieron causar daños de diversa consideración en el gran acorazado *Yamato* y en cuatro portaaviones. Pero el ataque sorpresa de un bombardero nipón, que no estaba pilotado por un kamikaze, provocó daños devastadores en el portaaviones estadounidense *Franklin*. Aunque recibió permiso para abandonar el buque, el capitán y los supervivientes consiguieron controlar al final los incendios que habían estallado debajo de la cubierta. La fuerza operacional de Mitscher no tardaría en experimentar ataques mucho peores cuando tuviera que estacionarse frente a las costas de Okinawa para proteger los desembarcos. Allí sus buques se convertirían en objetivos de oleadas y oleadas de pilotos kamikaze.

Durante los últimos días de marzo, las fuerzas americanas ocuparon dos grupos de islas pequeñas al oeste

del extremo meridional de Okinawa, unas islas que resultarían mucho más útiles de lo que habían imaginado. Descubrieron y destruyeron una base de embarcaciones suicidas, preparadas con cargas explosivas para arremeter contra los buques de guerra estadounidenses. Las islas más cercanas también ofrecieron unas buenas posiciones para que las baterías Long Tom de 155 mm pudieran proteger debidamente a las tropas cuando ya estuvieran en la playa.

Okinawa, con una población de cuatrocientos cincuenta mil habitantes, era la isla principal de las Ryuku. Los japoneses se habían anexionado este pequeño archipiélago en 1879, que pasó así a formar parte de su territorio nacional. Los habitantes de Okinawa, cuyas tradiciones y cultura eran muy distintas de las japonesas, no tenían aquel espíritu militarista de la raza superior. Los reclutas de la isla sufrieron más que ningún otro la agresividad y la violencia en el Ejército Imperial.

Con sus cien kilómetros de longitud, Okinawa se encontraba a unos quinientos cincuenta kilómetros al suroeste de Japón. Tenía varias ciudades importantes, como, por ejemplo, la antigua ciudadela de Shuri, del siglo xv, en el sur, así como una serie de montañas rocosas que, formando una cadena, cruzaban el centro de la isla, y buena parte de sus tierras era de cultivo, con cañaverales y arrozales. El XXXII Ejército del general Ushijima Mitsuru, con un número de efectivos superior a los cien mil, era

mucho más poderoso que lo que habían calculado los servicios de inteligencia americanos, aunque veinte mil de ellos pertenecieran a las milicias locales, de las que los soldados japoneses se burlaban por su acento típico de Okinawa. Ushijima se había quedado sin su mejor división, la 9.ª, que había sido trasladada a Filipinas por orden del Cuartel Imperial general. Sin embargo, disponía curiosamente de muchísimas piezas de artillería y de morteros pesados.

Ushijima, desde su cuartel general en la ciudadela de Shuri, planeaba defender hasta el final el sector más poblado de la isla, el sur. En la zona montañosa del norte, en la que los americanos esperaban encontrar mayor resistencia, había posicionado solamente una pequeña fuerza a las órdenes del coronel Udo Takehido. Ushijima no tenía la más mínima intención de defender la costa. Al igual que Kuribayashi en Iwo Jima, iba a esperar a que los americanos vinieran hacia él.

El 1 de abril, Domingo de Pascua, tras seis días de bombardeos por parte de los acorazados y los cruceros, la gran flota invasora del almirante Turner estaba lista para poner en movimiento sus vehículos anfibios y sus lanchas de desembarco. Después de todo el horror vivido en Iwo Jima, los desembarcos suponían una mezcla aliviadora de anticlímax y euforia. La 2.ª División de Infantería de Marina emprendió un falso ataque en el extremo

suroriental de la isla para luego regresar inmediatamente a Saipan. De los sesenta mil hombres que componían las cuatro divisiones desembarcadas en la costa occidental, dos de infantería de marina y otras dos del ejército de tierra, solo veintiocho perdieron la vida el primer día. Sin encontrar apenas oposición, se dirigieron hacia el interior para asegurar dos aeródromos.

La 1.ª y la 6.ª División de Infantería de Marina avanzaron hacia el noreste a través del istmo de Ishikawa para llegar a la zona principal de la isla, donde Ushijima apenas había posicionado fuerzas defensivas. Después del alivio que había supuesto desembarcar sin encontrar oposición, sus hombres empezaron a sentirse tensos. «¿Dónde diablos están los japos?», se preguntaban los marines.[9] Se cruzaron con una multitud de nativos aterrorizados y desconcertados, a los que mandaron hacia la retaguardia donde se habían montado los campos de internamiento. Dieron caramelos y algunas raciones de comida a los niños, que no se mostraban temerosos como sus padres y abuelos. La 7.ª y la 9.ª División del ejército de tierra giraron hacia el sur, sin saber que estaban dirigiéndose hacia las principales líneas defensivas de Ushijima que cruzaban la isla a la altura de Shuri.

Sólo el 5 de abril, cuando las dos divisiones del ejército de tierra llegaron a las colinas de piedra caliza, con sus cavernas naturales y sus cuevas excavadas por la mano

del hombre, comprendieron que les aguardaba una dura batalla. Como en otros lugares, las cuevas habían sido conectadas unas con otras por medio de túneles y galerías, y las colinas estaban salpicadas de bóvedas funerarias de piedra, tradicionales de Okinawa, que se convertían en perfectos nidos de ametralladoras. Las baterías de artillería de Ushijima estaban colocadas en la retaguardia, con oficiales de observación en posiciones avanzadas en las colinas preparados para dirigir sus disparos. La táctica fundamental del comandante nipón consistía en separar a los soldados de la infantería americana de sus tanques, los cuales iban a ser atacados por unos equipos de hombres ocultos que saltarían de su escondite y correrían hacia los Sherman con cócteles Molotov y cargas explosivas. Las tripulaciones de los carros blindados serían abatidas cuando abandonaran sus vehículos en llamas.

Mientras las dos divisiones del ejército de tierra temblaban solo de pensar lo que les esperaba, la flota del almirante Turner anclada frente a la costa empezó a sufrir todo el peso de los ataques de los pilotos kamikaze que habían despegado de Kyushu y de Formosa. El 6 y el 7 de abril, trescientos cincuenta y cinco aviones japoneses emprendieron el vuelo. Cada uno de estos aviones iba

acompañado por otro aparato pilotado por un aviador con más experiencia que lo escoltaba. Los kamikaze, en su inmensa mayoría, apenas habían completado su entrenamiento de vuelo, y por esta razón se les animaba a presentarse voluntarios. De este modo, los veteranos podían regresar para escoltar a otro grupo. Aunque la orden era que sus objetivos fueran los portaaviones, casi todos se lanzaban contra el primer buque que veían. En consecuencia, los destructores, que se habían colocado en semicírculo en primera línea para detectar con sus radares la llegada del enemigo, fueron los que sufrieron los peores ataques al principio. Con su ligero blindaje y solo unas pocas baterías antiaéreas, llevaban todas las de perder.

Junto con los ataques aéreos, la misión suicida más evidente fue la que emprendió el gigantesco acorazado *Yamato*, acompañado por un crucero ligero y ocho destructores. Siguiendo las órdenes dadas por el comandante en jefe de la Flota Combinada, estos buques habían zarpado del mar Interior para cruzar el estrecho que separa Kyushu de Honshu. Tenían que atacar a la flota americana anclada en aguas de Okinawa, varar sus naves y utilizarlas como baterías fijas para apoyar a las tropas del general Ushijima. Muchos altos oficiales de la marina quedaron horrorizados por la manera en la que iba a sacrificarse un buque tan importante como el *Yamato*, en cuyos depósitos solo se había cargado el combustible

necesario para aquel viaje de ida sin regreso.

El 7 de abril, el almirante Mitscher fue avisado de la inminente llegada del *Yamato* por los submarinos estadounidenses. Ordenó que sus aviones despegaran, aunque sabía que el almirante Spruance deseaba que sus acorazados tuvieran el honor de hundir el famoso buque enemigo. Al final, Spruance cedió ese honor a los pilotos de la marina. La escuadra suicida japonesa fue seguida de cerca por los aviones de reconocimiento americanos, que se encargaron de guiar a los bombarderos en picado Helldiver y a los aviones torpederos Avenger hacia el objetivo.

La primera oleada alcanzó al enemigo con dos bombas y un torpedo. Apenas una hora después, la segunda oleada alcanzó al *Yamato* con cinco torpedos. Otras diez bombas dieron en el blanco cuando el gran acorazado comenzó a perder velocidad y a quedarse varado en medio del agua. El crucero *Yahagi* también fue alcanzado. Entonces el *Yamato* empezó a zozobrar y estalló por los aires. El *Yahagi* también se fue a pique junto con cuatro destructores. La gran expedición fue uno de los gestos más inútiles de la guerra moderna, y costó la vida de varios millares de marineros.

La segunda serie de ataques kamikaze contra la flota invasora empezó el 11 de abril, y esta vez los pilotos sí se dirigieron contra los portaaviones. El *Enterprise* fue

alcanzado por dos de ellos, aunque se mantuvo a flote a pesar de los graves daños. El *Essex* también fue alcanzado, pero siguió operativo. Al día siguiente el acorazado *Tennessee* fue alcanzado, y un destructor hundido. Mientras nadaba en el agua intentando ponerse a salvo, la tripulación del destructor fue acribillada a balazos por otros cazas. Una tercera serie de ataques comenzó el 15 de abril, cuando la tensión y el cansancio ya hacían mella en las tripulaciones de los buques. También fue atacado un barco hospital claramente identificado. El *Enterprise* volvió a sufrir ataques, así como el *Bunker Hill*, entre otros portaaviones.

Los kamikaze también se lanzaron contra los buques de la Flota del Pacífico de la Marina Real británica, cuya presencia en lo que consideraba su teatro de operaciones había aceptado a regañadientes el almirante King. La Fuerza Operacional 57, como la había designado Spruance, se dedicó a bombardear los aeródromos de la isla de Sakishimagunto cerca de Formosa. Las cubiertas de vuelo de los portaaviones británicos consistían en unos ocho centímetros de plancha blindada. Cuando un kamikaze Zeke se estrelló contra la cubierta de vuelo del buque inglés *Indefatigable* y estalló, simplemente dejó una abolladura. El oficial de enlace de la Marina de los Estados Unidos que viajaba a bordo comentaría: «Cuando un kamikaze se estrella contra un portaaviones americano, el buque tiene

que pasarse seis meses en Pearl Harbor para ser reparado. En un portaaviones Limey basta ordenar "¡Barrenderos, a por las escobas!"».[10]

La Marina de los Estados Unidos pagó un elevado precio. Cuando acabó la campaña de Okinawa, el suicidio de mil cuatrocientos sesenta y cinco pilotos había hundido veintinueve buques, averiado otros ciento veinte, matado a tres mil cuarenta y ocho marineros, y herido a otros seis mil treinta y cinco.

Al norte de Suri, la 7.ª División de Infantería de Marina tardó siete días para avanzar unos seis kilómetros. La 96.ª necesitó tres para tomar el terreno elevado que llamaron Cactus Ridge. Después consiguió ocupar otra cresta, Kakazu Ridge, en un ataque sorpresa poco antes del amanecer, pero se vio obligada a retirarse cuando la artillería japonesa, que se había preparado para alcanzar la zona, concentró todo su fuego en esa dirección. Tras nueve días de combates, las dos divisiones se veían bloqueadas, y habían perdido un total de dos mil quinientos efectivos.

El general Simón Bolivar Buckner, comandante del X Ejército, recibió al menos noticias reconfortantes de los marines que avanzaban hacia el norte. Estaban a punto de alcanzar el extremo septentrional de la isla marchando a

través de los bosques de pinos, que olían a gloria después de haber tenido que soportar aquel hedor infernal a podrido durante los combates en la jungla. La fuerza del coronel Udo se había escondido. El 29.° Regimiento de Infantería de Marina encontró a unos nativos que hablaban inglés y estaban dispuestos a colaborar. Fue así como supo dónde se ocultaba la base de Udo. El oficial japonés había elegido un promontorio llamado Yae-dake, situado en las profundidades del bosque a orillas de un río. El 14 de abril, el 29.° y el 4.° Regimiento atacaron desde lados opuestos. Tras una batalla de dos días, y después de haber sufrido numerosas bajas, consiguieron tomar el Yae-dake. Descubrieron que el coronel Udo había logrado pasar inadvertido entre sus hombres con un puñado de efectivos para seguir los combates desde otro punto del bosque.

El 19 de abril, el impaciente general Buckner ordenó un intenso bombardeo de las líneas japonesas y de la ciudadela de Shuri, con toda la artillería, la fuerza aérea de los portaaviones y los grandes cañones de la flota, como preparación para lanzar un ataque con tres divisiones. El asalto a las colinas que cruzaban la isla fracasó. El 23 de abril, el almirante Nimitz voló a Okinawa. Estaba profundamente consternado por las pérdidas sufridas por sus barcos anclados frente a la costa y quería completar con la mayor rapidez posible la conquista de Okinawa. Se sugirió a Buckner emprender otro desembarco anfibio al

sur de la isla con la 2.ª División de Infantería de Marina. El general rechazó rotundamente esa propuesta. Temía que los marines pudieran verse atrapados en una cabeza de playa, donde, además, iba a resultar muy difícil proporcionarles los pertrechos y suministros necesarios. Nimitz no quiso entrar en discusiones, pero dejó bien claro que la conquista de la isla debía concluirse inmediatamente, pues, en caso contrario, estaba dispuesto a reemplazar a Buckner.

Aquella noche los japoneses se retiraron de su primera línea defensiva, aprovechando la protección de una densa niebla y la cobertura que proporcionó su propia artillería. Pero la siguiente línea defensiva en la escarpa de Urasoe-Mura, con sus promontorios, no auguraba nada bueno. Los reemplazos que entraban por primera vez en acción a menudo quedaban petrificados cuando veían por primera vez a un soldado japonés. Algunos incluso pedían a gritos que alguien disparara, pues se olvidaban de utilizar sus propias armas. El 307.° Regimiento de la 77.ª División repelió un contraataque japonés recurriendo prácticamente al uso exclusivo de granadas. Sus hombres «arrojaban las granadas con la misma velocidad con la que tiraban de las anillas», comentaría el jefe de una unidad.[11] Para que no faltaran, se creó una cadena humana que iba pasando cajas nuevas de proyectiles a primera línea.

A finales de aquel mes, Buckner ordenó que las dos divisiones de Infantería de Marina que estaban en el norte

de la isla avanzaran hacia el sur. Luego, el 3 de mayo, Ushijima cometió un gravísimo error. Dejándose convencer por su vehemente jefe de estado mayor, el teniente general Cho Isamu, decidió lanzar una contraofensiva. Cho, un oficial extremadamente militarista, responsable también de haber dado las órdenes que provocaron las matanzas y las violaciones de Nanjing de 1937, abogaba por emprender un ataque combinado con desembarcos anfibios tras las líneas americanas. Los barcos cargados de soldados fueron localizados por las lanchas patrulleras de la Marina de los Estados Unidos. Se produjo una verdadera carnicería tanto en alta mar como en las playas. El ataque por tierra acabó también en desastre. Ushijima, mortificado, pidió disculpas al único oficial del estado mayor que se había opuesto rotundamente a aquel plan de locos.

El 8 de mayo, cuando la noticia de la rendición de Alemania llegó a oídos de las compañías de fusileros de la 1.ª División de Infantería de Marina, la reacción general fue exclamar, «¿Y qué?».[12] Por lo que hacía a aquellos hombres se trataba de otra guerra en otro planeta. Estaban extenuados y sucios, y a su alrededor todo apestaba. La concentración de tropas en Okinawa era anómalamente densa. El frente de un batallón apenas llegaba a los quinientos cincuenta metros de longitud. «Por supuesto, el hedor a excrementos era espantoso», escribiría William

Manchester, un sargento de marines que estuvo en Okinawa. «Podían oler la línea del frente mucho antes de verla; era una inmensa cloaca».[13]

El 10 de mayo, Buckner ordenó una ofensiva general con cinco divisiones contra la línea Shuri. Fue una batalla encarnizada. Sólo una combinación de tanques Sherman con carros lanzallamas pudo acabar con algunas posiciones defensivas instaladas en aquellas cuevas. La conquista de una pequeña cota, la llamada Sugar Loaf, supuso para los marines diez días de intensos combates y dos mil seiscientas sesenta y dos bajas. Incluso entre los marines más curtidos hubo casos de crisis nerviosa, debido principalmente a la precisión de la artillería y los morteros japoneses. Todos sufrían martilladores dolores de cabeza provocados por el ruido de los cañones y las explosiones. Cuando caía la noche, los japoneses trataban de infiltrarse en sus líneas, por lo que continuamente se disparaban al cielo proyectiles de iluminación o bengalas para alumbrar con una luz verde y mortecina aquella zona de pesadilla. Los centinelas tenían que observar la disposición exacta de los cadáveres que yacían en su sector porque los soldados japoneses que por la noche se acercaban a rastras hacia sus posiciones solían hacerse el muerto entre aquellos cuerpos para pasar inadvertidos.

El 21 de mayo, justo cuando los americanos consiguieron llegar a una zona en la que podían utilizar sus

tanques, comenzaron las lluvias, atascando a los vehículos e impidiendo el despegue de los aviones. Todos y todo quedaron cubiertos de barro y agua enfangada. Para los soldados de infantería y los marines que transportaban las municiones resbalando y cayendo en el lodo, su labor se convirtió en una pesadilla agotadora. Pero la vida en las trincheras, llenas de agua y rodeadas de cadáveres en descomposición que yacían entre los cráteres abiertos por las bombas, era aún peor. En los cuerpos de los caídos, al aire libre o parcialmente enterrados, serpenteaban los gusanos.

Amparados por las intensas lluvias, los hombres de Ushijima empezaron a retirarse a las últimas posiciones defensivas en el extremo meridional de Okinawa. Ushijima sabía que la línea Shuri no iba a aguantar, y si los americanos lanzaban los tanques, sus tropas corrían el peligro de quedar rodeadas. Dejó atrás una fuerte retaguardia, pero al final un batallón del 5.° Regimiento de Infantería de Marina ocupó la ciudadela de Shuri. Como en esta unidad solo se encontró una bandera confederada, para vergüenza y consternación de algunos oficiales tuvo que ser izada la bandera de «Estrellas y Barras» hasta que pudiera ser sustituida por la de «Barras y Estrellas».

El 26 de mayo amaneció claro y sereno, y los aparatos aéreos de los portaaviones localizaron vehículos que se dirigían desde Shuri hacia el sur. Los nativos, aterrorizados

por la propaganda japonesa que contaba monstruosidades sobre los americanos, insistieron en huir con las tropas, por mucho que Ushijima les hubiera ordenado que buscaran cobijo en otra dirección. Los comandantes americanos se vieron obligados a abrir fuego contra la columna, y el crucero *New Orleans* empezó a bombardear la carretera con sus cañones de 203 mm. Unos quince mil civiles perecieron junto con los soldados en retirada.

Tras el repliegue de tropas, la fuerza de Ushijima quedó reducida a menos de treinta mil efectivos, pero seguirían librándose encarnizadas batallas, aunque el final estaba ya cerca. El 18 de junio, el propio general Buckner murió tras ser alcanzado por la metralla de una bomba cuando observaba el desarrollo de un ataque lanzado por la 2.ª División de Infantería de Marina. Al cabo de cuatro días, el general Ushijima y el teniente general Cho, cercados ya en el interior de su bunker de mando, comenzaron los preparativos para suicidarse siguiendo el rito que combinaba el harakiri y la decapitación simultánea por la espada de sus respectivos ayudantes. El recuento de los cadáveres de sus soldados arrojó un total de ciento siete mil quinientos treinta y nueve, pero muchos otros habían sido enterrados con anterioridad o habían quedados sellados en el interior de las cuevas destruidas.

Las bajas sufridas por las formaciones de la marina y del ejército de tierra se repartían del siguiente modo: siete

mil seiscientos trece muertos, treinta y un mil ochocientos siete heridos y veintiséis mil doscientos once «lesionados por otras causas», lesiones que en su mayoría hacían referencia a crisis nerviosas. Se calculó que murieron unos cuarenta y dos mil habitantes de Okinawa, pero es muy probable que la cifra real fuera muy superior. Aparte de los que cayeron por el fuego de la artillería naval, muchos acabaron enterrados vivos en las cuevas que fueron alcanzadas por los disparos de las baterías de uno y otro bando. En cualquier caso, la conquista de Okinawa planteaba una cuestión muy grave: ¿Cuántos civiles iban a morir cuando comenzara la invasión de Japón que ya estaba planificándose? Es probable que la captura de Okinawa no acelerara el final de la guerra. Su objetivo era poder disponer de una base desde la que emprender la invasión del archipiélago nipón, pero es evidente que la naturaleza suicida de su defensa hizo que Washington se replanteara su estrategia y reconsiderara los siguientes pasos a seguir.

46

YALTA, DRESDE, KÖNIGSBERG (febrero-abril de 1945)

A finales de enero de 1945, mientras los combates en Budapest llegaban a su punto culminante y los ejércitos soviéticos alcanzaban el río Oder, los tres líderes aliados se disponían a reunirse en Yalta para decidir el destino del mundo de posguerra. Stalin, que tenía miedo a volar, insistió en celebrar la conferencia en Yalta, en Crimea, hasta donde podía viajar en ferrocarril en su vagón zarista de color verde.

Roosevelt había sido nombrado presidente por cuarta vez el día 20 de enero. En su breve discurso inaugural, hizo alusión a la paz, que no llegaría a conocer. Tres días después, en medio de unas precauciones de seguridad desconocidas hasta entonces, embarcó en secreto en el crucero pesado *Quincy*, de la Marina de los Estados Unidos. Once días después el *Quincy* y sus buques escolta llegaban a Malta, donde Churchill lo esperaba con ansiedad. Pero Roosevelt, con su típica cortina de humo de encanto y

hospitalidad, se las arregló para no hablar de lo que iban a decir en Yalta. De nuevo no quería que Stalin pensara que estaban «conchabándose» contra él Evidentemente quería tener las manos libres y no llevar una estrategia acordada. La delegación británica estaba cada vez más incómoda. Stalin sabía exactamente lo que quería, y respecto a los otros haría que se enfrentaran entre sí. Roosevelt quería ante todo asegurarse el apoyo de la Unión Soviética para la creación de una Organización de las Naciones Unidas, mientras que la principal prioridad de los ingleses era obtener garantías de que Polonia sería auténticamente libre e independiente.

Las dos delegaciones volaron por la noche desde Malta hasta el mar Negro y aterrizaron en Saki el 3 de febrero. El largo trayecto en coche por los montes de Crimea y a lo largo de la costa les permitió pasar por muchas zonas devastadas por la guerra. Las delegaciones fueron alojadas en palacios de veraneo zaristas. Roosevelt y los americanos se quedaron en el Palacio Livadia, donde iban a tener lugar las reuniones.

Para Stalin, la principal finalidad de la conferencia de Yalta era forzar la aceptación del control soviético de la Europa central y los Balcanes. Estaba tan seguro de su posición que se sintió en condiciones de atormentar a Churchill en una reunión preliminar, proponiendo una ofensiva a través del Pasillo de Ljubljana. Estaba

perfectamente al tanto de que el proyecto preferido de Churchill, que era adelantarse al Ejército Rojo, había encontrado la oposición constante de los americanos. Y ahora que los ejércitos soviéticos estaban al noroeste de Budapest, era demasiado tarde para los ingleses. En cualquier caso, los americanos habían estado insistiendo en el traslado de más divisiones de Italia al frente occidental. Churchill debió de sentirse profundamente molesto al ver que Stalin hurgaba en la herida con falsa sinceridad.

Roosevelt, todavía con la esperanza de dar la impresión de que los Aliados occidentales no estaban conchabados, se negó a ver a Churchill antes de que se empezara a trabajar en serio. Esta precaución fue vana, pues la delegación soviética había dado por supuesto que Churchill y él ya habían discutido previamente su estrategia en Malta. Justo antes de la sesión inaugural, Stalin visitó a Roosevelt, que inmediatamente intentó ganar su confianza socavando la posición de Churchill. Habló de sus desacuerdos en materia de estrategia e incluso aludió en tono aprobatorio al brindis de Stalin en Teherán proponiendo la matanza de cincuenta mil oficiales alemanes, comentario que había hecho que Churchill abandonara asqueado la sala.

Comentando que los ingleses también querían «su trozo de pastel y zampárselo», se refirió en tono de queja al hecho de que los británicos ocuparan el norte de Alemania,

que él quería que fuera para los Estados Unidos, pero no había hablado de ello hasta que había sido demasiado tarde. Estaba dispuesto, sin embargo, a apoyar la pretensión de Churchill de que incluso los franceses tuvieran su zona de ocupación en el sudoeste, pero también esto lo dijo en tono despectivo, lanzando indirectas contra los británicos y contra De Gaulle.

Cuando dio comienzo la primera sesión en el salón de baile del Palacio Livadia a última hora de la tarde del 4 de febrero, Stalin invitó a Roosevelt a inaugurar el acto. Durante los días sucesivos, analizaron la situación militar y la estrategia, el posible desmembramiento de Alemania, las zonas de ocupación y también las indemnizaciones, tema del máximo interés para Stalin. Churchill quedó estupefacto cuando Roosevelt declaró que el pueblo americano no iba a dejarle mantener sus tropas en Europa mucho más tiempo. Especialmente los mandos militares norteamericanos tenían ganas de lavarse las manos de una vez en Europa y acabar la guerra con Japón. Pero Churchill vio acertadamente que aquello había sido una metedura de pata terrible de cara a las negociaciones. Stalin se sintió inmensamente reconfortado. Posteriormente comentaría a Beria que «la debilidad de las democracias radicaba en el hecho de que el pueblo no delegaba unos derechos permanentes como los que poseía el gobierno soviético».[1]

El 6 de febrero, el gran sueño que acariciaba

Roosevelt de una Organización de las Naciones Unidas fue tema de largas y tortuosas discusiones. Cuando se trató de la composición del consejo de seguridad y de los requisitos exigibles a los distintos países para ser miembros de la asamblea general, Stalin sospechó que los americanos y los ingleses le habían tendido una trampa. No había olvidado el voto de la Sociedad de Naciones que había condenado la invasión de Finlandia por la Unión Soviética en el invierno de 1939.

Stalin estuvo hábil y sereno. Habló con una autoridad tranquila y jugó una baza ganadora con tanta astucia como en la conferencia de Teherán catorce meses antes, que había establecido la estrategia para darle el dominio de media Europa. Tenía además la ventaja de conocer por los espías británicos de Beria las posiciones negociadoras de los Aliados occidentales. Los otros dos integrantes del grupo de los Tres Grandes no podían ni esperar estar a su altura. Roosevelt, de aspecto envejecido y frágil, con la boca abierta y los labios caídos la mayor parte del tiempo, a veces parecía que ni siquiera seguía lo que se decía. Churchill, siempre a punto de dejarse llevar por su retórica emocional, en vez de centrarse en los hechos puros y duros, era evidente que no entendía los aspectos clave de ciertas discusiones fundamentales. Ese era el caso en particular en la cuestión de Polonia, tan cercana a su corazón. Parece que no captó las señales sutiles, pero muy

claras que lanzó Stalin sobre este tema.

Para Churchill, la prueba fundamental de las buenas intenciones de la Unión Soviética sería cómo iba a tratar a Polonia. Pero Stalin no veía razón alguna para llegar a un compromiso. El Ejército Rojo y el NKVD tenían en aquellos momentos un control absoluto de todo el país. «Sobre Polonia Iosef Vissarionovich no se ha movido ni un centímetro», dijo Beria a su hijo Sergo en Yalta. (Sergo Beria se había encargado de poner micrófonos ocultos en todas las habitaciones e incluso de colocar micrófonos direccionales para captar las conversaciones de Roosevelt en el exterior.)[2]

Churchill había tenido la sensación de estar solo. «Los americanos desconocen por completo el problema polaco», había dicho a Edén y a lord Moran, su médico. «En Malta les hablé de la independencia de Polonia y me encontré con la siguiente respuesta: "Pero sin duda eso no es algo que esté en juego"».[3] De hecho, Edward Stettinius, el secretario de estado, se había mostrado de acuerdo con Edén, pero Roosevelt quería ante todo evitar cualquier brecha con Stalin a propósito de Polonia, especialmente si contribuía a dificultar el acuerdo sobre las Naciones Unidas.

El 6 de febrero, durante las conversaciones sobre Polonia, Roosevelt intentó actuar como si fuera el mediador neutral entre los ingleses y los rusos. La frontera

oriental a lo largo de la línea Curzon había sido más o menos acordada entre los Tres Grandes, pero, para sorpresa de Churchill, Roosevelt pidió a Stalin que permitiera a los polacos quedarse con la ciudad de Lwow como gesto de generosidad. Stalin no tenía la menor intención de hacer nada parecido. En su opinión, pertenecía a Ucrania y, aunque los polacos constituían la mayoría absoluta de la población de la ciudad, ya había dado comienzo la limpieza étnica. Tenía la intención de trasladarlos a todos a las zonas del este de Alemania con las que se proponía compensar a Polonia. Finalmente los ciudadanos de Lwow serían trasladados en masa a Breslau, que pasaría a llamarse Wroclaw.

Stalin estaba mucho más interesado por las propuestas occidentales de un gobierno polaco de coalición formado por líderes de todos los grandes partidos para supervisar unas elecciones libres. Por lo que a él le concernía, ya existía un gobierno provisional: los polacos de Lublin que ahora se habían trasladado a Varsovia. «Dejaremos entrar a uno o dos emigrados, a efectos decorativos», dijo a Beria, «pero nada más».[4] Él ya había reconocido su propio gobierno títere a primeros de enero, a pesar de las protestas de Gran Bretaña y de los Estados Unidos. Los franceses reconocieron el gobierno títere de Stalin, a pesar de la actitud mantenida anteriormente por De Gaulle en el mes de diciembre. Los checos también lo reconocieron

debido a las presiones.

Stalin se puso muy nervioso durante estas discusiones. Después de una breve pausa, de repente se levantó y se puso a hablar. Reconoció que los rusos habían «cometido muchos pecados contra los polacos en el pasado», pero afirmó que Polonia era trascendental para la seguridad soviética. La Unión Soviética había sido invadida dos veces a través de Polonia a lo largo de este siglo y solo por esa razón era preciso que Polonia fuera «poderosa, libre e independiente». Ni Churchill ni Roosevelt podían entender plenamente el shock que había sido la invasión alemana en 1941 ni la determinación de Stalin de establecer un cordón de seguridad de estados satélites para que los rusos no pudieran volver a ser sorprendidos nunca más. Cabría afirmar que los orígenes de la Guerra Fría se sitúan en esa experiencia traumática.

La idea que tenía Stalin de una Polonia «libre» e «independiente» era, por supuesto, muy diferente de la definición británica o americana de estos términos, pues insistía en que debía ser «amiga». Rechazaba cualquier participación en su gobierno de representantes del gobierno en el exilio, acusándolo de fomentar los disturbios detrás de las líneas soviéticas. Afirmó que los integrantes del Ejército del Interior habían matado a doscientos doce oficiales y soldados del Ejército Rojo, pero naturalmente no hizo la menor alusión a la espantosa

represión llevada a cabo por el NKVD contra los polacos no comunistas. El Ejército del Interior, según su argumento, se dedicaba, por tanto, a ayudar a los alemanes.

Al día siguiente quedó claro que cualesquiera compromisos a los que pudiera llegarse sobre Polonia y las Naciones Unidas iban a estar necesariamente ligados. Stalin aplazó la cuestión del gobierno polaco y entusiasmó a los americanos mostrándose de acuerdo con su sistema de votación en las Naciones Unidas. No quería que la Unión Soviética se viera superada masivamente en votos en la Asamblea General. Hizo, por tanto, que Molotov arguyera de nuevo que, partiendo de la base de que los británicos contaban con varios votos, si se tenía en cuenta que lo más probable era que los Dominios se pusieran del lado de la madre patria, tendrían que ser admitidos también al menos algunos estados miembros de la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas, especialmente Ucrania y Bielorrusia.

Roosevelt no cayó en la trampa. Nadie las consideraba en modo alguno independientes de Moscú y además semejante pretensión minaba el principio de un país, un voto. Para mayor sorpresa e irritación suya, Churchill se puso de parte de Stalin. Pero a la mañana siguiente Roosevelt dio su beneplácito, con la esperanza de que Stalin se comprometiera a declarar la guerra a Japón. La concesión de Stalin en lo tocante a las Naciones Unidas,

sin embargo, no había sido más que un intento de convencer a Roosevelt de que debía suavizar su postura respecto a Polonia. Aquel juego tridimensional empezaba a volverse complicado. Y se complicó todavía más debido a las discrepancias existentes dentro de la delegación americana.

Cuando la conferencia volvió sobre el tema de Polonia, Stalin alegó que la propuesta de Roosevelt de traer a Yalta delegados de los gobiernos rivales era irrealizable. No conocía sus direcciones y no hubiera habido tiempo suficiente. Por otro lado pareció que ofrecía concesiones prometedoras hablando de la inclusión de polacos no comunistas en el gobierno provisional y de la posterior celebración de elecciones generales. Rechazó las sugerencias norteamericanas de un consejo presidencial encargado de supervisar las elecciones. Tanto Molotov como Stalin se mostraron firmes en la idea de que el gobierno provisional de Varsovia no sería sustituido, pero podía ser ampliado.

Churchill dio una respuesta enérgica explicando por qué Occidente iba a sentir una profunda desconfianza, si es que no la consideraba un escándalo, ante la idea de un gobierno que no gozaba de un apoyo generalizado en Polonia. Stalin replicó a Churchill con una serie de inequívocos mensajes de advertencia. Él había respetado el acuerdo sobre Grecia. No había protestado cuando las

tropas británicas habían eliminado a los partisanos comunistas de Atenas. Y comparó la cuestión de la seguridad de la retaguardia en Polonia con la situación reinante en Francia, donde de hecho había metido en cintura al partido comunista francés. En cualquier caso, dijo, el gobierno de De Gaulle no era más democrático en su composición que el gobierno provisional comunista de Varsovia.

Sostuvo que la liberación de Polonia por los soviéticos y su gobierno provisional habían sido bien acogidos en general. Esta mentira tan descarada puede que no resultara convincente, pero el mensaje era bien claro. Polonia era su Francia y su Grecia, pero más todavía. Como bien sabía, Grecia era el talón de Aquiles del primer ministro británico y el dardo del dictador soviético iba muy bien dirigido. Churchill se vio obligado a reconocer su gratitud por la neutralidad de Stalin en los asuntos de Grecia. Roosevelt, temeroso de perder terreno en el asunto de las Naciones Unidas, insistió en que la cuestión polaca debía ser aparcada de momento y discutida por el comité de ministros de asuntos exteriores.

El presidente norteamericano aceptó el precio de Stalin por entrar en guerra contra Japón. En Extremo Oriente, la Unión Soviética quería el sur de la isla de Sakhalin y las islas Kuriles, que Rusia había perdido tras su desastrosa guerra contra Japón en 1905. Roosevelt aceptó

también el control de Mongolia por los soviéticos, siempre y cuando se mantuviera en secreto, pues no había discutido la cuestión con Chiang Kai-shek. Todo esto no estaba en el espíritu de la Carta del Atlántico, como tampoco lo estaba el compromiso americano sobre Polonia, anunciado por Stettinius el 9 de febrero.

Roosevelt no quiso poner en peligro los acuerdos alcanzados acerca de sus prioridades más importantes, las Naciones Unidas y el hecho de que la Unión Soviética entrara en guerra con Japón. Había renunciado a toda esperanza de obligar a Stalin a aceptar un gobierno democrático en Polonia. Ahora todo lo que deseaba era un acuerdo sobre un «Gobierno Provisional de Unidad Nacional» y unas «elecciones libres y sin trabas» que pudiera vender al pueblo americano cuando volviera a su país. Este planteamiento aceptaba tácitamente la exigencia soviética de que su gobierno provisional formara la base del nuevo y, en consecuencia, arrojaba al gobierno en el exilio de Londres a las tinieblas exteriores. Molotov, fingiendo que solo planteaba unos cuantos cambios insignificantes, quiso incluir expresiones tales como «[gobierno] plenamente representativo», y en vez de permitir que se requiriera la participación de «partidos democráticos», quiso cambiar la fórmula y que se dijera «partidos antifascistas y no fascistas». Como el estado soviético y el NKVD ya habían definido al Ejército del

Interior y a sus partidarios como «objetivamente fascistas», no era ni mucho menos una nimiedad pedante.

Roosevelt rechazó las inquietudes de Churchill por considerar que no eran más que la interpretación de ciertas palabras, pero es indudable que el truco estaba en los detalles, como se comprobaría después. El primer ministro no se dejaría engañar. Consciente de que no iba a poder ganar en lo tocante a la composición del gobierno provisional, se concentró en la cuestión de las elecciones libres y exigió la presencia de observadores diplomáticos. Stalin replicó con el mayor descaro que semejante cosa sería un insulto para los polacos. Roosevelt se sintió obligado a apoyar a Churchill, pero a la mañana siguiente, sin avisar a los ingleses, los americanos retiraron de repente su insistencia en la supervisión de las elecciones. Churchill y Edén quedaron como si estuvieran en la inopia. Todo lo que pudieron conseguir fue que los embajadores tuvieran libertad de movimientos para informar sobre los acontecimientos de Polonia.

El almirante Leahy indicó a Roosevelt que las palabras incluidas en el acuerdo eran «tan elásticas que los rusos pueden estirarlas desde Yalta hasta Washington sin llegar nunca a saltárselas técnicamente».[5] Roosevelt respondió que no podía hacer nada más. Stalin no cedía en lo concerniente a Polonia, se dijera lo que se dijera. Sus tropas y su policía de seguridad controlaban el país. Por lo

que parecía el bien común de la paz mundial, Roosevelt no estaba preparado para hacer frente al dictador soviético. Stalin, inquieto al observar el frágil estado del acomodaticio presidente norteamericano, dijo a Beria que le suministrara información detallada acerca de todos aquellos hombres de su entorno que pudieran desempeñar un papel importante después de su muerte. Quería tener todos los detalles posibles acerca del vicepresidente Harry Truman. Temía que la administración que lo sucediera fuera mucho menos maleable. De hecho, cuando Roosevelt murió dos meses después, Stalin se mostró convencido de que había sido asesinado. Según Beria, estaba furioso porque el Primer Directorio del NKGB no había podido suministrarle ninguna información al respecto.[6]

Uno de los últimos temas en ser abordados en Yalta fue la cuestión de la repatriación de los prisioneros de guerra. Dado que algunos campamentos habían sido ocupados ya por el Ejército Rojo, las democracias querían que sus hombres volvieran a sus casas y devolver a su país al gran número de prisioneros de guerra soviéticos y a los que llevaban uniforme de la Wehrmacht. Ni los británicos ni los americanos habían pensado a fondo en las implicaciones de este acuerdo. Las autoridades soviéticas engañaron a sus aliados insistiendo en que sus ciudadanos habían sido obligados a ingresar en las filas alemanas contra su voluntad. Debían ser separados de los prisioneros

alemanes, había que tratarlos bien y no clasificarlos como prisioneros de guerra. Acusaron incluso a los Aliados de pegar palizas a los mismos prisioneros a los que ellos pretendían asesinar o enviar al Gulag en cuanto les echaran la mano encima.

Los ingleses y los americanos sospechaban que Stalin quería vengarse de todos esos ciudadanos soviéticos, cerca de un millón, que habían prestado servicio con uniforme de la Wehrmacht, o se habían visto forzados por el hambre a convertirse en Hiwis. Sin embargo, no preveían que incluso los que habían sido hechos prisioneros por los alemanes iban a ser considerados traidores. Cuando los Aliados descubrieron la verdad sobre el asesinato de los prisioneros soviéticos que regresaron a su país, prefirieron permanecer callados para no retrasar el regreso de sus propios prisioneros de guerra. Y viendo que era imposible investigar las acusaciones para identificar a los verdaderos delincuentes, les pareció más sencillo enviarlos a todos de vuelta a su país, a la fuerza si era necesario.

Las cuestiones militares que habían inaugurado la conferencia fueron las últimas en las que se llegó a un acuerdo. Los americanos querían que Eisenhower tuviera derecho a trabajar en colaboración directa con la Stavka para poder coordinar los planes. Aunque era un plan perfectamente sensato, pronto se comprobó que iba a resultar todo menos sencillo. El general Marshall y sus

colegas no habían entendido que los mandos militares soviéticos no se atrevían a hacer nada que comportara mantener contacto con un extranjero sin tener primero permiso de Stalin. Marshall había dado por supuesto también que un verdadero intercambio de información redundaría en beneficio de ambas partes, pero una vez más tanto él como todos los americanos que no tenían una experiencia directa de las prácticas soviéticas, se equivocaron al no entender la convicción que tenían los rusos de que los países capitalistas estaban intentando siempre engañarlos, de modo que ellos tenían que engañarlos primero. Eisenhower fue totalmente franco acerca de sus intenciones y de su calendario, de hecho demasiado franco e ingenuo en opinión de Churchill. Los soviéticos, por su parte, engañaron deliberadamente a Eisenhower tanto en lo concerniente a sus planes como a su calendario por lo que respecta a la Operación Berlín.

Marshall consideraba materia urgente la clarificación de la «línea de bombardeo», esto es la frontera entre la zona de operaciones de los occidentales y la de los soviéticos. La aviación estadounidense ya había atacado por error a algunas tropas rusas, pensando que eran alemanas. Marshall quedó anonadado al ver que el general Aleksei Antonov, jefe del estado mayor general, no podía discutir nada sin consultar primero a Moscú.

De Gaulle no agradeció ni poco ni mucho a Churchill

que consiguiera persuadir a Roosevelt y a Stalin de que permitieran a Francia ingresar en la Comisión Aliada de Control con sus propias zonas de ocupación. El líder francés estaba enfurruñado por no haber sido invitado a Yalta y por la negativa de ceder a Francia Renania. Su estado de ánimo no mejoró cuando Roosevelt, en su viaje de vuelta a los Estados Unidos, lo invitó a Argel para informarle de lo que se había decidido en Yalta. Hipersensible como era, De Gaulle no agradeció el hecho de recibir una invitación de un americano para que lo visitara en territorio francés, de modo que la rechazó de inmediato. Luego corrió el rumor de que Roosevelt lo había llamado «prima donna», cosa que contribuyó a inflamar todavía más la situación.

El «espíritu de Yalta», una ilusión sobre la que se pusieron de acuerdo los delegados americanos e ingleses, los convenció de que, aunque los acuerdos alcanzados distaban mucho de ser sólidos, la disposición a la cooperación y al compromiso en general mostrada por Stalin sugería que la paz podría mantenerse en el mundo de posguerra. No tardarían mucho en modificar esas ideas tan optimistas.

Cuando se trató en Yalta la cuestión de la línea de

bombardeos, el general Antonov pidió que se atacaran los centros de comunicaciones situados detrás de las líneas alemanas en el frente oriental. Su finalidad era impedir el traslado de tropas alemanas del frente occidental al oriental para resistir al Ejército Rojo. Se ha sostenido que «el resultado directo de ese acuerdo fue la destrucción de Dresde por los bombardeos aliados».[7] Pero Antonov nunca habló de Dresde.

Antes incluso de la conferencia de Yalta, Churchill había mostrado su deseo de impresionar a los rusos con el poder destructivo del Mando de Bombarderos, en un momento en el que los ejércitos de Gran Bretaña estaban muy debilitados por la escasez de hombres. Serviría también para recordarles que la campaña de bombardeos estratégicos había sido el inicio del Segundo Frente, cosa de la que había intentado persuadir a Stalin en varias ocasiones al comienzo de la guerra.[8]

Harris también tenía ganas de atacar Dresde sencillamente porque era una de las pocas grandes ciudades que todavía no había sido arrasada. La VIII Fuerza Aérea había atacado sus estaciones de clasificación en el mes de octubre, pero él todavía no podía incluirla en su libro azul. El hecho de que esta joya del barroco a orillas del Elba fuera uno de los grandes tesoros arquitectónicos y artísticos de Europa no le preocupó ni un momento. El no haber conseguido la caída de Alemania con sus

bombarderos pesados, como había asegurado que iba a conseguir, no hizo más que espolearlo todavía más. El i de febrero, Portal, Spaatz y Tedder acordaron una nueva directiva que situaba «Berlín, Leipzig y Dresde en la lista de objetivos prioritarios solo por detrás del petróleo».[9]

Harris no creía en el plan de las instalaciones petrolíferas, como había dejado suficientemente claro a Portal, jefe del estado mayor del aire, en la correspondencia mantenida con él durante el invierno. Una directiva de los jefes de estado mayor conjunto de 1 de noviembre de 1944 lo había obligado a concentrarse en primer lugar en objetivos relacionados con el petróleo y en segundo lugar en las comunicaciones. Aunque las interceptaciones de Ultra demostraban que la insistencia de Spaatz en los objetivos relacionados con el petróleo estaba resultando más eficaz, Harris no quería que nadie lo apartara de la meta personal que perseguía. «¿Vamos ahora a abandonar esta enorme tarea... justo cuanto se acerca a su final?», preguntó.[10] Harris tuvo que reaccionar obligatoriamente a las presiones de Portal, pero utilizó el problema de la mala visibilidad durante el invierno, por lo demás totalmente cierto, para continuar con su sistema de bombardear ciudades. En el mes de enero, en vista de que la disputa continuaba, se ofreció incluso a presentar su dimisión, pero Portal pensó que no podía destituirlo. Aunque se demostró que prácticamente todas y cada una de

sus ideas fijas estaban equivocadas, Harris tenía demasiados partidarios en la prensa popular y entre el público en general.

Para la mayor parte de las tripulaciones de la RAF, «Dresde fue solo un objetivo más, aunque estaba muy, muy lejos».[11] Les dijeron que era para perturbar el esfuerzo de guerra de los alemanes y para ayudar al Ejército Rojo. En sus reuniones informativas no les dijeron que el objetivo era causar una marea de refugiados que estorbara el tráfico de la Wehrmacht, táctica por la cual los británicos habían criticado a la Luftwaffe en 1940.

Los bombarderos americanos debían ser los primeros en lanzarse al ataque el 13 de febrero, pero debido al mal tiempo su misión fue aplazada veinticuatro horas. En consecuencia, la ofensiva contra Dresde comenzó la noche del 13 de febrero, con setecientas noventa y seis salidas de Lancaster de la RAF en dos oleadas. La primera, que lanzó la mezcla habitual de bombas de alto poder explosivo e incendiarias, provocó los primeros incendios, especialmente en la parte más inflamable de la ciudad antigua. La segunda oleada, más numerosa, pudo ver en el horizonte una luz brillantísima cuando aún estaba a ciento cincuenta kilómetros de su objetivo. Los incendios empezaron a mezclarse para dar lugar a un verdadero infierno de llamas, que no tardó en provocar vientos huracanados a nivel del suelo como si fuera una fragua

titánica.

Cuando llegaron las Fortalezas Volantes norteamericanas al día siguiente, que casualmente era Miércoles de Ceniza, el humo procedente de la ciudad alcanzaba los casi cinco mil metros de altura. En tierra, las condiciones eran tan espantosas como en las otras ciudades arrasadas por las tormentas de fuego —Hamburgo, Heilbronn, Darmstadt—, con cuerpos carbonizados y encogidos, la mayor parte de ellos muertos por inhalación de monóxido de carbono, el plomo fundido que caía de los tejados y el asfalto derretido de las calles que atrapaba a la gente como el papel matamoscas. Las importantes conexiones ferroviarias y el tráfico militar de Dresde constituían un objetivo legítimo, pero una vez más se impuso el deseo obsesivo de destrucción total que tenía Harris. Pocos días después le tocó el turno a Pforzheim. Aquí la tormenta de fuego hizo que la puntuación de Harris subiera hasta alcanzar la cifra de sesenta y tres ciudades destruidas. La hermosa localidad de Würzburg, que tenía una significación militar menor todavía, fue incendiada y arrasada a mediados de marzo. Al final de su vida, Harris sostendría todavía que su estrategia salvó la vida a un número incontable de soldados aliados.

Tras la destrucción de Dresde se plantearon muchas preguntas, en Gran Bretaña y en los Estados Unidos. Hubo quienes dijeron que las fuerzas aéreas aliadas habían

adoptado una política de «bombardeos de terror». Churchill, que había instado a llevar a cabo el bombardeo de Dresde y de otros centros de comunicaciones en Alemania oriental, empezó a acobardarse al comprobar la «furia» de la campaña de bombardeos estratégicos. Envió una notificación a los jefes de estado mayor británicos afirmando que «la destrucción de Dresde sigue planteando una cuestión muy grave en contra de la forma que tienen los Aliados de llevar a cabo sus bombardeos». Portal consideró aquel documento profundamente hipócrita y exigió su retirada.[12]

A pesar de sus discrepancias con Harris, Portal estaba dispuesto a defender el sacrificio del Mando de Bombarderos. En total habían muerto cincuenta y cinco mil quinientos setenta y tres aviadores de los ciento veinticinco mil que habían prestado servicio en él. La VIII Fuerza Aérea estadounidense sufrió la pérdida de veintiséis mil hombres, más que el total del cuerpo de los marines norteamericanos.[13] Se calcula que unos trescientos cincuenta aviadores aliados fueron linchados o asesinados cuando cayeron abatidos. Los cálculos de las víctimas civiles alemanas que perdieron la vida varían, pero rondan el medio millón de personas. La Luftwaffe mató a muchas más, entre las cuales hay que incluir el medio millón de civiles muertos solo en la Unión Soviética, pero eso no es ninguna excusa que justifique la convicción absolutamente

errónea de Harris de que el Mando de Bombarderos podía vencer la guerra por sí solo simplemente arrasando las ciudades.

Parece que Goebbels se puso a temblar de cólera cuando se enteró de la destrucción de Dresde. Dijo que había perecido un cuarto de millón de personas y exigió que fueran ejecutados tantos prisioneros de guerra aliados como civiles habían muerto. (Recientemente una comisión de historiadores de Alemania ha reducido esa cifra a «alrededor de dieciocho mil personas y definitivamente menos de veinticinco mil».)[14] La idea de fusilar a los prisioneros de guerra aliados interesó a Hitler. Semejante infracción de la Convención de Ginebra habría obligado a sus tropas a combatir hasta el final. Pero otras voces más serenas, como las de Keitel, Jodl, Dönitz y Ribbentrop, le hicieron cambiar de idea.

Las promesas de un futuro glorioso para Alemania durante los primeros años de la guerra habían sido sustituidas ahora por la propaganda del terror de *Kraft durch Furcht*, esto es «Fuerza a través del Miedo».[15] Implícita y explícitamente, Goebbels evocó las consecuencias de la derrota, con la aniquilación de Alemania y una conquista de los soviéticos acompañada de

violaciones y deportaciones para realizar trabajos forzados. El lema «Victoria o Siberia» resultó una idea maniquea muy poderosa.[16] «La miseria que sobrevendría si se perdiera la guerra sería inimaginable», decía en una carta un joven oficial.[17] Pero aunque el régimen nazi se oponía totalmente a las negociaciones, permitió, e incluso tácitamente fomentó, que su población creyera en algún tipo de trato con las potencias aliadas para que siguieran teniendo esperanzas aunque hubieran perdido la fe en la «victoria final». Ahora que la mayoría de la población había perdido toda confianza en los medios de comunicación oficiales, todo se basaba en el intercambio de rumores y murmuraciones que se oían en los refugios antiaéreos y en los sótanos.

Las historias más aterradoras eran las que contaban los refugiados que habían logrado escapar de Prusia oriental, Pomerania y Silesia. Cerca de trescientas mil personas, entre militares y civiles, seguían atrapadas en Königsberg y la península de Samland. Su única esperanza era la Kriegsmarine. La población civil de Pomerania también quedó incomunicada poco tiempo después. Zhukov redistribuyó varios de sus ejércitos cuando Stalin le dijo por teléfono desde Yalta que se ocupara del «balcón del Báltico», en su flanco norte.

El 16 de febrero estas fuerzas recibieron la orden de atacar por el sur en la zona de Stargard en una operación

que los oficiales de estado mayor bautizaron con el nombre clave de *Husarenritt* («Cabalgata de Húsares»), pero la SS de Himmler insistió en llamarla *Sonnenwende* («Solsticio»). Habían sido asignados a la ofensiva más de mil doscientos tanques, pero muchos no llegaron nunca a la línea de salida. Un deshielo prematuro, que convirtió el terreno en un barrizal profundo, sumado a la escasez de combustible y de municiones, convirtió la Operación Sonnenwende en un desastre. Tuvo que ser abandonada al cabo de dos días. Zhukov, que ya había reorganizado sus fuerzas, ordenó al I y al II Ejército de Tanques de la Guardia y al III Ejército de Choque que subieran hacia el este de Stettin, en la costa. Este movimiento se produciría después del avance de Rokossovsky al oeste del Vístula hacia Danzig con cuatro ejércitos. Las brigadas de tanques que abrían la marcha lograron atravesar y aplastar las defensas enemigas. En localidades supuestamente situadas muy por detrás de las líneas, la población civil alemana se quedó estupefacta de horror al ver los tanques T-34 bajar por la calle mayor, aplastando bajo sus orugas cualquier obstáculo que hallaran. Una población del litoral fue conquistada por un destacamento de caballería que entró a la carga. Las unidades de la Wehrmacht que habían quedado aisladas como consecuencia de este avance intentaron abrirse paso hacia el oeste, escabullándose sigilosamente en grupos a través de los bosques silenciosos y cubiertos de nieve. Los

mil y pico hombres que quedaban de la división francesa de la SS *Charlemagne* lograron escapar de Belgrado de esta forma.

Una vez más, el partido nazi se había negado a dejar marcharse a tiempo a la población civil. Caravanas expedicionarias organizadas precipitadamente se pusieron en marcha a través de la nieve en carros provistos de toldos improvisados para protegerse del viento glacial. La ruta de la retirada alemana estuvo marcada por las «avenidas de las horcas», en las que la SS y la Feldgendarmerie habían colgado a los desertores, con letreros atados al cuello que proclamaban su culpabilidad. Tanto si los refugiados se dirigían al este, hacia Danzig y Gotenhafen (Gdynia), como si tomaban la ruta del oeste hacia Stettin, los refugiados tenían ante sí al Ejército Rojo y se veían obligados a dar media vuelta. Las familias terratenientes sabían que iban a ser las primeras en ser fusiladas cuando llegaran los rusos. Varias de ellas decidieron suicidarse.

Danzig, rodeada enseguida por el Ejército Rojo, se convirtió en un infierno de llamas y humo negro. Su población había aumentado hasta el millón y medio de habitantes con todos los refugiados, mientras que los heridos eran descargados en los muelles a la espera de su evacuación. Utilizando cualquier tipo de embarcación disponible, la Kriegsmarine los transbordaba al puerto de Hela, al norte de la península, donde otros barcos se los

llevaban a puertos situados al oeste del estuario del Oder o a Copenhague. Sólo los cañones pesados del *Prinz Eugen* y del viejo acorazado *Schlesien* impidieron a las tropas soviéticas entrar en la ciudad hasta el 22 de marzo. Los marineros alemanes siguieron rescatando civiles, a pesar de las bombas que disparaban los tanques desde la costa.

Cuando las tropas rusas lograron entrar en la ciudad, el saqueo de Gdynia fue terrible. Hasta las autoridades militares soviéticas quedaron desconcertadas. «El número de sucesos extraordinarios es cada vez mayor, así como los fenómenos inmorales y los delitos militares», informaba el departamento político utilizando sus tortuosos eufemismos habituales. «Entre nuestras tropas se producen fenómenos vergonzosos y políticamente perniciosos, cuando bajo el lema de venganza algunos oficiales y soldados cometen ultrajes o saqueos en vez de cumplir honrada y generosamente con su deber hacia la Patria». Los civiles alemanes que se quedaron en Danzig sufrieron luego la misma suerte.[18]

La venganza era inevitable, no cabe duda, especialmente cuando los rusos descubrieron tantos indicios de atrocidades. El campo de concentración de Stutthof, donde murieron de fiebre tifoidea dieciséis mil prisioneros en seis semanas, fue destruido en un intento de ocultar pruebas. Los soldados alemanes y el Volkssturm participaron en la ejecución de los prisioneros del Ejército

Rojo, polacos y judíos encerrados en él que aún seguían vivos. Pero más horrible fue el descubrimiento hecho en el Instituto de Medicina Anatómica de Danzig, donde el profesor Spanner y su ayudante el profesor Volman llevaban haciendo desde 1934 experimentos con cadáveres del campo de Stutthof, para convertirlos en cuero y jabón.[19]

«El registro de los locales del Instituto de Anatomía», afirmaba el informe oficial soviético, «reveló la presencia de ciento cuarenta y ocho cuerpos humanos almacenados para la producción de jabón... Las personas ejecutadas, cuyos cadáveres eran utilizados para fabricar jabón eran de diferentes nacionalidades, pero sobre todo polacos, rusos y uzbecos». El trabajo de Spanner había contado con la aprobación de las instancias más altas, pues su instituto había sido «visitado por el ministro de educación Rust y el ministro de sanidad Konti. El *Gauleiter* de Danzig, Albert Förster, visitó el instituto en 1944, cuando se dedicaba a la fabricación de jabón». Resulta sorprendente que las autoridades nazis no destruyeran unas pruebas tan espeluznantes antes de la llegada del Ejército Rojo. Más sorprendente todavía resulta el hecho de que Spanner y sus socios no se sentaran nunca en el banquillo, pues el procesamiento de cadáveres no era un delito legal.[20]

El saqueo se convirtió en un juego y en un motivo de orgullo, especialmente en las compañías de castigo. «El *shtrafroty* situado junto a nosotros», recordaría un oficial

joven, «estaba al mando de un judío, Lyovka Korsunskii, que tenía los modales típicos de los de Odessa. Vino a visitarnos durante una pausa en un hermoso carro que había capturado tirado por unos potros magníficos. Se quitó un enorme reloj de pulsera suizo que llevaba en el brazo izquierdo y se lo tiró a no sé quién, luego se quitó otro que llevaba en el derecho y se lo tiró a otro. Los relojes eran un objeto constante de deseo y a menudo servían de recompensa. Nuestros soldados, que no hablaban ni una palabra de alemán, enseguida aprendieron a decir: *Wieviel ist die Uhr*?, y el inocente alemán se sacaba el reloj del bolsillo y el reloj pasaba inmediatamente al bolsillo del guerrero vencedor».[21]

Prusia oriental siguió siendo el principal foco de los actos de venganza. «Sólo he estado en la guerra un año», decía otro oficial joven en una carta a su familia, «así que ¿cómo se sentirán los que llevan cuatro años en el frente? Sus corazones parecen ahora de piedra. Si alguna vez les dices: "¡Soldado, no deberías liquidar a este *Hans!* Que construya de nuevo lo que ha destruido", te mira desde debajo de las cejas y dice: "Se llevaron a mi mujer y a mi hija". Y dispara su pistola. Tiene razón».[22]

La lengua de arena a orillas del Báltico que bordeaba el Frisches Haff era la única ruta que había quedado abierta para escapar de Prusia oriental. Miles de civiles habían huido hasta ella cruzando el hielo, aunque muchos cayeron

al agua en los puntos en los que se había reblandecido a causa de las bombas y del deshielo. «Cuando llegamos a la orilla del Frisches Haff», escribe Rabichev, «toda la playa estaba sembrada de cascos alemanes, metralletas, granadas sin usar, latas de comida y paquetes de cigarrillos. Junto a la orilla había algunas barracas. Esas barracas estaban llenas de alemanes heridos, tumbados en camas o en el suelo. Nos miraban en silencio. No había miedo ni odio en sus rostros, solo una indiferencia entumecida, aunque sabían que cada uno de nosotros solo tenía que echar mano a la metralleta y acribillarlos».[23]

Las tropas de la bolsa de Heiligenbeil, de espaldas al mar, habían cerrado el paso a las fuerzas soviéticas que las rodeaban gracias solo a los cañones del acorazado de bolsillo *Admiral Scheer* y del *Lützow*. El 13 de marzo, sin embargo, el Ejército Rojo atacó con todas sus fuerzas.

Las tropas de otra pequeña bolsa rodeada en el puerto de Rosenberg no obtuvieron permiso de Hitler para ser evacuadas por mar. Fueron exterminadas en el curso de un ataque el 28 de marzo. «El puerto de Rosenberg parecía una *kasha* de metal, de basura y de carne», escribió un teniente del Ejército Rojo a su madre. «El suelo está cubierto de cadáveres de alemanes. Lo que ha pasado aquí deja pequeños los sucesos de la carretera de Minsk en 1944. Anda uno pisando cadáveres, se sienta uno a descansar sobre cadáveres, pone uno la comida encima de cadáveres.

A lo largo de unos diez kilómetros hay dos cadáveres de alemanes por metro cuadrado... Los prisioneros de guerra son conducidos en batallones, con su oficial al mando al frente. No entiendo por qué nos molestamos en cogerlos prisioneros. Tenemos ya muchísimos y aquí hay otros cincuenta mil. Caminan sin guardias, como si fueran ovejas».[24]

La península de Samland, al oeste de Königsberg estaba defendida por una mezcla de tropas del ejército y del Volkssturm que intentaban proteger las evacuaciones por mar desde el puerto de Pillau. Un oficial de la 5 51División Volksgrenadier describe cómo su labor era amenizada por los altavoces de los rusos, que emitían música entremezclada con mensajes en alemán instándoles a deponer las armas. «Pero ni que decir tenía, pues en nuestra imaginación podíamos ver a las mujeres de Krattlau y de Ännchenthal, que habían sido violadas y asesinadas, y sabíamos que detrás de nosotros miles de mujeres y niños tenían todavía que tomar la decisión de dejarse evacuar».[25]

En la propia Königsberg, los miembros de la Feldgendarmerie, los llamados «Perros de la Cadena» por la chapa de metal que llevaban atada alrededor del cuello, registraban los sótanos y las casas en ruinas en busca de hombres que intentaban zafarse de servir en el Volkssturm. Muchos civiles deseaban desesperadamente que la ciudad se rindiera para poner fin a sus sufrimientos, pero el

general Otto Lasch había recibido de Hitler órdenes estrictas de luchar hasta el final. El *Gauleiter* Koch, tras huir en un primer momento y conseguir la evacuación de su familia a un lugar seguro, regresaba de vez en cuando en un avión Storch a comprobar que sus órdenes se cumplieran.

Königsberg contaba con unas defensas fuertes, pues tenía bastiones y un foso, todo ello combinado con nuevos búnkeres y murallas. A finales de marzo, el mariscal Vasilevsky, que había asumido el mando del Tercer Frente Bielorruso cuando Chernyakhovsky murió por efecto de una bomba, ordenó un asalto en masa. Fue una operación caótica, con la artillería y la aviación soviéticas matando e hiriendo a sus propias tropas por error. Las bajas del Ejército Rojo fueron horrorosas, de modo que cuando sus tropas lograron finalmente entrar en la ciudad fortaleza no tuvieron piedad, ni siquiera con los civiles de las casas que tenían colgadas sábanas blancas en las ventanas en señal de rendición. Al cabo de poco tiempo las mujeres suplicaban ya a sus agresores que las mataran. En todas direcciones se oían gritos desgarradores procedentes de las ruinas. Miles de civiles y militares se suicidaron.

El general Lasch se rindió finalmente el 10 de abril, e inmediatamente fue condenado a muerte *in absentia* por orden de Hitler. La Gestapo detuvo a su familia en virtud de la ley nazi de *Sippenhaft* o represalia. Un grupo de la SS y de la policía siguió combatiendo en el castillo, pero no

tardaron en perecer también en medio de las llamas, que casi con toda seguridad destruyeron los preciosos paneles de la Sala de Ámbar, robados durante el asedio de Leningrado y llevados a Königsberg.

Se calcula que al comienzo del asedio había ciento veinte mil civiles. El NKVD computó al final sesenta mil quinientos veintiséis. Al carecer de uniforme, algunos integrantes del Volkssturm fueron fusilados en el acto como «partisanos». Todos los demás, incluidas muchas mujeres, fueron deportados a pie para realizar trabajos forzados en la propia región o en la Unión Soviética. La campaña de Prusia oriental había acabado por fin. El Segundo Frente Bielorruso de Rokossovsky perdió ciento cincuenta y nueve mil cuatrocientos noventa hombres entre muertos y heridos, mientras que el Tercer Frente Bielorruso sufrió cuatrocientas veintiuna mil setecientas sesenta y tres bajas. Sin embargo, a pesar de todos estos sacrificios, la guerra no estaba todavía ganada. El ejército alemán acorralado seguía siendo una bestia muy peligrosa. Siguió luchando, movido por el miedo al castigo por los crímenes de guerra perpetrados en la Unión Soviética o por temor a los bolcheviques o al trabajo en régimen de esclavitud en Siberia. El número de desertores era cada vez mayor, pero la amenaza de las «cortes marciales volantes» que dictaban sentencias sumarias, y de la SS y la Feldgendarmerie que ahorcaban a todo el que atrapaban

surtió indudablemente efecto. Como comentaba un oficial de alto rango del Ejército Rojo: «La moral está baja, pero la disciplina es fuerte».[26]

47

LOS AMERICANOS EN EL ELBA (febrero-abril de 1945)

Los comandantes americanos habían criticado siempre a Montgomery por su excesiva precaución, pero el propio Eisenhower adoptó una postura excesivamente cauta después de que se produjera el ataque sorpresa en las Ardenas. El contraataque había sido deliberadamente lento, lo que permitió a Model retirar el grueso de sus fuerzas. En un determinado momento, Eisenhower no esperaba poder cruzar el Rin hasta mayo, pues pensaba que hasta ese mes iba a estar muy crecido. Sobreestimó en demasía la capacidad de combate de los ejércitos alemanes contra los que tenía que luchar, los cuales sufrían realmente escasez de combustible y municiones. Los niveles de producción masiva de armamento alcanzados por Speer en 1944 simplemente no habían sido igualados por las fábricas de municiones.

«¡Parece que los alemanes no quieran darse cuenta!», exclamaban en tono quejoso muchos soldados

americanos.[1] ¿Por qué seguían combatiendo cuando era evidente que ya habían perdido la guerra? Esta misma pregunta la formuló el general Patton en noviembre a un coronel alemán que había sido capturado. «Es el miedo a Rusia lo que nos obliga a enviar a la batalla a todos los hombres capaces de empuñar un arma», contestó.[2] Algunos historiadores sostienen que los alemanes lucharon hasta el final debido a la insistencia de los Aliados en una rendición incondicional, pero no fue esta la razón principal. Roosevelt y Churchill estaban convencidos de que el pueblo alemán, que tantos delirios de grandeza había tenido después de su derrota de 1918, debía ser obligado esta vez a reconocer que habían sido totalmente vencidos. El Plan Morgenthau, por otro lado, había sido un error garrafal.

Probablemente una respuesta más exacta sea que los dirigentes nazis eran perfectamente conscientes de que iban a ser ejecutados por crímenes de guerra. Hitler no abrigaba falsas esperanzas. Cualquier forma de rendición era algo abominable para él, y en su entorno se sabía que la guerra no iba a acabar mientras el Führer siguiera vivo. Lo que más temía Hitler no era ser ejecutado, sino ser capturado y conducido a Moscú en una jaula. Su plan siempre había consistido en implicar a las autoridades militares y civiles en los crímenes del régimen nazi, para que no pudieran desligarse de él cuando ya no quedara la más mínima esperanza.

A comienzos de febrero de 1945, el I Ejército de los Estados Unidos empezó su ofensiva al sur del bosque de Hürtgen en medio de un intenso frío. El 9 de febrero, las tropas de Hodges tomaron por fin la presa del Roer, cerca de Schmidt. Ese mismo día el I Ejército francés, con el apoyo de divisiones blindadas estadounidenses, acabó con la bolsa de Colmar. La ofensiva de Bradley, encabezada por el XVIII Cuerpo Aerotransportado del general de división Matthew B. Ridgway, salió bien, gracias a las grandes cualidades para el combate de sus paracaidistas. Pero cruzar el río Sauer, cuyas aguas bajaban con violencia debido a una crecida repentina por el rápido deshielo, costó tres días y muchas vidas. Pero en el Muro del Oeste, o línea Sigfrido, se abrió una brecha, y muchas tropas alemanas del sector central del frente no tardarían en presentar la rendición.

Para consternación de Bradley, Eisenhower detuvo entonces el avance del VII Cuerpo de Collins hacia Colonia. La decisión fue tomada para permitir que Montgomery pudiera recibir los suministros necesarios para la Operación Veritable, un ataque por el sureste de Nimega, a través del Reichswald, entre el Rin y el Mosa. Allí los alemanes lucharon con todas las divisiones que pudieron reunir en lo que acabó siendo una batalla miserable en medio de la lluvia y la cellisca. No había espacio para llevar a cabo maniobras entre los ríos, y de las

defensas alemanas en el Reichswald se encargaron los paracaidistas de Student que actuaron con firmeza y arrojo. La tierra estaba aún encharcada, y los tanques se hundían en el fango viscoso y tampoco podían operar con eficacia en las espesuras del bosque. Los británicos pudieron comprobar en primera persona lo que habían tenido que vivir los americanos en Hürtgen. No recibieron ayuda cuando llegaron a la antigua ciudad de Cléveris. Los bombarderos de Harris habían arrasado la localidad, utilizando por una vez explosivos en lugar de bombas incendiarias, lo que dificultó su conquista porque los alemanes pudieron resistir entre las ruinas.

La concentración de alemanes para repeler la ofensiva británica permitió que el IX Ejército de Simpson pudiera por fin cruzar el Roer el 19 de febrero, pero las tierras inundadas a uno y otro lado del río hicieron que la operación resultara bastante difícil y complicada. La población civil alemana solo podía elevar plegarias a Dios para que sus propias tropas se retiraran antes de que sus pueblos y ciudades sufrieran todavía más daños. También fue testigo de cómo un número cada vez mayor de jóvenes soldados trataba de desertar. El 1 de marzo, el III Ejército de Patton tomó Tréveris. El general americano, temiendo verse superado, ordenó con su expresivo lenguaje a los comandantes de sus divisiones que no perdieran tiempo y siguieran avanzando.

Cuando el II Ejército británico llegó al Rin por Wesel el 10 de marzo, Montgomery empezó los preparativos para emprender su espectacular travesía, un prototipo de plan propio de las mejores academias militares, con la participación de más de cincuenta y nueve mil ingenieros. El asalto incluiría el XXI Grupo de Ejércitos, el IX Ejército de Simpson y dos divisiones aerotransportadas que iban a ser lanzadas en la margen derecha del río. Los paracaidistas y los soldados de infantería que aterrizaron en planeadores sufrieron muchas más bajas que los hombres que participaron en el ataque anfibio. Los americanos hicieron comentarios punzantes e incisivos acerca de aquella gran concentración de fuerzas y el tiempo que se perdió en organizaría.

Antes de haber empezado, Montgomery ya había perdido crédito y autoridad. El 7 de marzo, al sur de Bonn, la 9.ª División Acorazada había tomado el puente de Remagen, que había sido parcialmente destruido con cargas de demolición. En un alarde de temeridad, la división aprovechó la oportunidad y se plantó al otro lado del río antes de que los alemanes pudieran reaccionar. Al enterarse de la noticia, Hitler ordenó que los oficiales al mando de aquella zona fueran ejecutados inmediatamente. Destituyó a Rundstedt por tercera vez y lo sustituyó por Kesselring. También ordenó el envío masivo de tropas de refuerzo para acabar con aquella cabeza de puente. Esta decisión dejó

desprotegidos otros sectores, y el III Ejército de Patton, que había despejado rápidamente la región del Palatinado Renano en la margen izquierda del Rin, cruzó el río por el sur de Coblenza.

El general de división I. A. Susloparov, el oficial de enlace del Ejército Rojo en el Cuartel General Supremo de la Fuerza Expedicionaria Aliada, informó inmediatamente a Moscú del ataque sorpresa lanzado en Remagen. A la mañana siguiente de recibirlo, Stalin ordenó a Zhukov que tomara un avión y regresara a Moscú, aunque el mariscal estuviera ocupado dirigiendo sus ejércitos en Pomerania. Después de aterrizar, fue conducido directamente a la dacha de Stalin, donde el líder soviético estaba recuperándose de una crisis de agotamiento. El *Vozhd lo* llevó hasta el jardín, donde pasearon y conversaron. Zhukov le hizo un resumen de la situación en Pomerania y le habló de las cabezas de puente en el Oder. Luego, Stalin sacó a relucir el tema de la conferencia de Yalta, y dijo que Roosevelt había sido muy amable con él. Solo cuando Zhukov estaba a punto de marchar, después de haber tomado ya el té, Stalin reveló la razón por la que lo había hecho venir. «Ve a la Stavka», ordenó, «y échale una ojeada a los planes de la Operación Berlín con Antonov. Volveremos a encontrarnos aquí mañana a la una de la tarde».[3]

Antonov y Zhukov, conscientes de lo imperiosa que

era la petición de Stalin, estuvieron trabajando casi toda la noche. Sabían que debían tener «en cuenta la acción de nuestros aliados», como admitiría más tarde Zhukov.[4]En cuanto Stalin tuvo conocimiento de que los americanos habían cruzado el Rin, fue plenamente consciente de que había empezado la carrera a Berlín. Zhukov y Antonov hicieron muy bien de trabajar toda la noche, pues Stalin decidió adelantar la reunión y, aunque seguía enfermo, vino expresamente a Moscú para celebrarla.

Stalin tenía dos razones de peso para querer llegar a Berlín antes que los Aliados. «La guarida de la bestia fascista» era el símbolo más emblemático de la victoria, sobre todo teniendo en cuenta las grandes penurias y las desgracias que había sufrido la Unión Soviética, y Stalin no estaba dispuesto a permitir que en la ciudad ondeara una bandera que no fuera la suya. Berlín también había sido el centro de las investigaciones atómicas de la Alemania nazi, especialmente el Instituto de Física Káiser Guillermo del distrito de Dahlem. Gracias a sus espías, el *Vozhd* estaba al corriente del Proyecto Manhattan de los americanos y de sus progresos hacia la creación de una bomba atómica. El programa de investigación nuclear soviético, la Operación Borodino, tenía la máxima prioridad, pero los rusos no disponían de suficiente uranio, y esperaban conseguirlo en Berlín. Los servicios secretos soviéticos, aunque conocían todos los detalles del Proyecto Manhattan, no sabían que

prácticamente todo el uranio y la mayoría de los científicos que querían habían sido evacuados de Berlín a Haigerloch, una localidad de la Selva Negra.

En la reunión del 9 de marzo, Stalin dio su aprobación al boceto del plan de la Operación Berlín preparado por Zhukov y Antonov. La Stavka trabajó afanosamente para preparar todos los detalles. El problema principal era el tiempo que necesitaba el Segundo Frente Bielorruso de Rokossovsky para terminar de despejar Pomerania. A continuación tendría que redesplegarse a lo largo del bajo Oder hasta Stettin, para que pudiera atacar al mismo tiempo que el Primer Frente Bielorruso de Zhukov que avanzaba hacia Berlín y el Primer Frente Ucraniano de Konev que se encontraba más al sur, junto al río Neisse.

Lo que más temía Stalin era que los alemanes abrieran el frente occidental a los británicos y americanos, y trasladaran tropas al este para frenar el avance del Ejército Rojo. Su paranoia lo llevó a pensar que los Aliados occidentales tal vez estuvieran dispuestos a llegar a un acuerdo secreto con Alemania. Las conversaciones en Berna entre americanos y el *Obergruppenführer* Karl Wolff de la SS, en las que se barajó una posible rendición en el norte de Italia, habían despertado sus peores temores. El 27 de marzo, justo antes de que la Stavka terminara la planificación, la agencia Reuters daba una noticia del XXI Grupo de Ejércitos: en su avance, las tropas británicas y

americanas apenas encontraban resistencia alemana.

Las relaciones angloamericanas volvieron a atravesar un momento difícil por aquel entonces porque Montgomery había dado por hecho que iba a asumir la misión de liderar el avance a Berlín. Pero el 30 de marzo Eisenhower dio sus órdenes. El XXI Grupo de Ejércitos se dirigiría a Hamburgo y Dinamarca. Montgomery perdía el IX Ejército de Simpson, que se encargaría de efectuar un movimiento en pinza en el norte, junto al Ruhr, en la zona defendida por las tropas del *Generalfeldmarschall* Model, mientras el I Ejército de los Estados Unidos las rodearía por el sur. Los ejércitos de Bradley se dirigirían entonces hacia Leipzig y Dresde. El avance principal se realizaría por el centro y el sur de Alemania. Eisenhower insistía en que Berlín no era «ni el objetivo más lógico ni el más deseable para las fuerzas de los Aliados de Occidente».[5] Estaba convencido de lo que indicaban algunos informes de los servicios de inteligencia en los que se barajaba la posibilidad de que Hitler luchara hasta el final desde una «fortaleza alpina» del sur.

Montgomery no era el único que estaba furioso. Churchill y los jefes de estado mayor británicos habían recibido con horror ese cambio de planes que alejaba de

Berlín y que no había sido consultado con ellos por el comandante supremo. El primer ministro se había entrevistado con Eisenhower hacía apenas una semana a orillas del Rin para observar la gran operación emprendida por Montgomery en Wesel, y el comandante supremo ni siquiera había comentado la posibilidad de semejante cambio. Para empeorar las cosas, Eisenhower ya había informado de todos los detalles a Stalin sin comunicárselo siquiera a su ayudante británico, el mariscal Tedder. Ese mensaje, el SCAF-252, se convirtió en fuente de numerosos problemas. Eisenhower garantizó a Stalin que no tenía la más mínima intención de marchar hacia Berlín. Quería lanzar su principal avance más al sur.

A Churchill le preocupaba que Marshall y Eisenhower pudieran llegar a ser demasiado condescendientes para apaciguar a Stalin cuando, en realidad, el espíritu de Yalta ya se había avinagrado. En Rumanía, Vyshinsky había instalado un gobierno títere a finales de febrero, haciendo oídos sordos a las protestas de la Comisión de Control Aliada en el sentido de que semejante acto contravenía de manera flagrante los principios de la Declaración sobre la Europa liberada acordada en Yalta, en virtud de la cual los gobiernos representantes de los partidos democráticos convocarían unas elecciones libres. Mientras tanto, cada vez llegaban más informes que denunciaban las detenciones y ejecuciones, por parte del NKVD, de miembros del

Ejército Nacional de Polonia acusados de colaborar con los nazis. Unos noventa y un mil polacos fueron detenidos y deportados a la Unión Soviética.

El 17 de marzo, en lo que constituía otra flagrante contravención de los acuerdos de Yalta, Molotov se negó rotundamente a permitir que representantes occidentales visitaran Polonia para comprobar lo que ocurría. Adujo que semejante petición constituía un insulto para el gobierno provisional comunista de Varsovia, que los americanos y los británicos se negaban a reconocer hasta la convocatoria de unas elecciones. Molotov era consciente de la postura de americanos y británicos, que pretendían el establecimiento de un nuevo gobierno polaco. Esta información la había proporcionado Donald Maclean, un espía británico en Washington, y tal vez también Alger Hiss, del Departamento de Estado.

En opinión de los soviéticos, la definición de «fascista» incluía a todo aquel que no siguiera las directrices del Partido Comunista. El 28 de marzo, dieciséis representantes del Ejército Nacional de Polonia y su sección política fueron invitados a entrevistarse con las autoridades soviéticas. Aunque su integridad fue garantizada con la entrega de los pertinentes salvoconductos, lo cierto es que fueron detenidos inmediatamente por el NKVD y conducidos a Moscú. Más tarde fueron procesados, y en 1946 su líder, el general

Leopold Okulicki, murió asesinado en una prisión. Churchill trató de meter a Roosevelt en un «conflicto», pero el presidente americano, aunque sorprendido por la mala fe de Stalin, quiso «minimizar el problema general soviético en la medida de lo posible».[6]

La indignación británica se debía principalmente a la obstinada negativa de Eisenhower a reconocer que en su estrategia había implicaciones políticas. El general americano creía que su misión era poner fin a la guerra en Europa lo antes posible, y no compartía las preocupaciones de los británicos por la cuestión de Stalin y Polonia. Los altos oficiales británicos hablaban de la deferencia mostrada por Eisenhower hacia la persona de Stalin comparándola con la manera con la que las prostitutas de Londres abordaban a los soldados americanos diciéndoles «Pruébalo, Joe».[7] Tal vez Eisenhower fuera un ingenuo desde el punto de vista político, pero lo cierto es que fue Churchill quien demostró una verdadera falta de comprensión de la realidad geopolítica en aquellos momentos. Al menos en un sentido, las decisiones de Yalta y el porcentaje de su participación en los acuerdos adoptados resultaban irrelevantes. A partir de la conferencia de Teherán de 1943, en la que Stalin, con el respaldo de Roosevelt, definió la estrategia aliada en el oeste, Europa quedó condenada a ser dividida en beneficio del líder soviético. Los Aliados occidentales estaban

dándose cuenta de que podían liberar media Europa solo a expensas de volver a esclavizar la otra media.

Stalin seguía sospechando que la franqueza con la que Eisenhower exponía las intenciones aliadas no era más que una estratagema. El 31 de marzo, recibió al embajador de los Estados Unidos, Averell Harriman, y a su homólogo británico, sir Archibald Clark Kerr, en el Kremlin. Hablaron del plan general que Eisenhower exponía en su mensaje, el SCAF-252, y de su intención de ignorar Berlín. Stalin dijo que personalmente le parecía bien, pero primero debía consultarlo con su estado mayor.[8]

Al día siguiente, 1 de abril, por la mañana, los mariscales Zhukov y Konev fueron convocados al despacho de Stalin. «¿Sois conscientes de la situación que está perfilándose?», preguntó el *Vozhd*. Como no estaban muy seguros de la respuesta que Stalin esperaba de ellos, optaron por responder con extrema precaución.

«Léeles el telegrama», dijo al general S. M. Shtemenko, jefe de operaciones de la Stavka. El comunicado afirmaba que Montgomery se dirigiría a Berlín, y que el III Ejército de Patton dejaría de avanzar hacia Leipzig y Dresde para atacar Berlín por el sur. Es muy probable que Stalin tratara de presionar a los dos

comandantes del frente con un documento falso, que apenas guardaba relación con el mensaje SCAF-252.

«Bueno», dijo Stalin mirando a los ojos a sus dos mariscales. «Entonces, ¿quién tomará Berlín, nosotros o los Aliados?»

«Somos nosotros los que debemos tomar Berlín», contestó inmediatamente Konev. «Y lo tomaremos antes que los Aliados.»[9]

Era evidente que Konev pretendía adelantarse a Zhukov y ser el primero en atrapar la presa, y Stalin, que disfrutaba creando rivalidades entre sus camaradas, estuvo de acuerdo con él. Solo introdujo una modificación en el plan del general Antonov: eliminó parte de los límites existentes entre los dos frentes para brindar a Konev la oportunidad de avanzar hacia Berlín desde el sur. La Stavka empezó a preparar la venganza. En la operación participarían dos millones y medio de hombres, cuarenta y un mil seiscientos cañones y morteros, seis mil doscientos cincuenta tanques y cañones autopropulsados y siete mil quinientos aviones. Todo tenía que estar a punto en apenas dos semanas, el 16 de abril.

Cuando terminó la entrevista, Stalin pasó a contestar al mensaje de Eisenhower. Dijo al general que su plan «coincidía completamente» con el del Ejército Rojo y que «Berlín ha perdido su anterior importancia estratégica». La Unión Soviética iba a desplegar exclusivamente fuerzas

secundarias contra la capital, y desarrollaría su esfuerzo principal en el sur para unirse en el avance a las fuerzas americanas, probablemente en la segunda quincena de mayo. «Sin embargo, este plan puede sufrir alteraciones, dependiendo de las circunstancias».[10] En lugar de comienzos de abril habría debido ser el 28 de diciembre, porque aquello era la mayor tomadura de pelo, de la historia moderna.

En la reunión mantenida con Harriman y Clark Kerr, Stalin se había mostrado «muy asombrado» por el gran número de prisioneros que estaban haciendo los Aliados en el oeste. Solo el III Ejército de Patton había capturado unos trescientos mil. Pero, como era de esperar, estas cifras no hacían más que alimentar sus sospechas de que los alemanes preferían no presentar batalla a británicos y americanos para poder concentrar sus fuerzas contra el frente oriental. Ilya Ehrenburg reflejaba esta idea en un artículo de *Krasnaya Zvezda*. «Las tripulaciones de los tanques americanos disfrutan de sus excursiones en las pintorescas montañas Harz», escribía. Los alemanes estaban rindiéndose «con fanática obstinación».[11] Pero lo que más enfadó a Averell Harriman fue su comentario de que los americanos estaban «conquistando con cámaras»,[12]

dando a entender que actuaban como meros turistas.

Incluso los partidarios más leales del Führer comenzaban a comprobar cómo su fe en la «victoria final» se tambaleaba. «En los últimos días nos hemos visto superados por los acontecimientos», escribía el 2 de abril en su diario un oficial del ejército adscrito al estado mayor de un cuerpo de la SS. «Dusseldorf, perdida. Colonia, perdida. La desastrosa cabeza de puente en Remagen... En el sureste los bolcheviques han llegado a Wiener Neustadt. Un revés tras otro. Estamos llegando al final. ¿Acaso nuestros líderes atisban una posible salida? ¿Sigue teniendo sentido en estos momentos la muerte de nuestros soldados, la destrucción de nuestras ciudades y pueblos?»[13] No obstante, era de la opinión de que había que continuar combatiendo hasta que no se ordenara lo contrario.

El corresponsal de guerra Godfrey Blunden comentaba que los alemanes seguían tendiendo emboscadas: mataban a algunos americanos y luego levantaban los brazos gritando *Kamerad*! y esperaban recibir un trato digno. Estaba sorprendido por los contrastes que veía durante el avance. «Hemos pasado por pueblos perfectamente conservados, y al cabo de unos pocos kilómetros entrado en ciudades en ruinas».[14] Prácticamente por todas partes eran recibidos con fundas de almohadas y sábanas colgadas de ventanas y balcones como símbolo de rendición. La destrucción sembrada por

la Ofensiva Combinada de Bombarderos conmocionaba a todo aquel que podía comprobar la realidad sobre el terreno. Stephen Spender escribiría más tarde a propósito de Colonia: «Uno pasa por calles y calles con casas cuyas ventanas parecen vacías y negras, como bocas abiertas de un cadáver quemado».[15] En Wuppertal, los carriles del tranvía estaban «retorcidos como tallos de apio». «Las carreteras siguen atestadas de trabajadores sometidos a la esclavitud que se dirigen lo más rápido que pueden hacia el oeste», comentaría Blunden. «Hoy he visto a uno de ellos con una bandera tricolor que asomaba por el morral que llevaba a las espaldas». También vio a un grupo de esclavos liberados asaltando una cervecería, y luego bailando en la calle y rompiendo ventanas.

Faltaba poco para que salieran a la luz con toda su crudeza las atrocidades cometidas por el régimen nazi. El 4 de abril, tropas americanas entraron en el campo de concentración de Ohrdruf, una sección de Buchenwald, donde encontraron figuras esqueléticas, con la mirada ausente, fantasmagóricas, rodeadas de cadáveres sin enterrar. Eisenhower quedó tan horrorizado que ordenó que los soldados visitaran el campo, y trajo corresponsales de guerra para que fueran testigos de aquellas escenas. Algunos guardias habían intentado disfrazarse para pasar desapercibidos, pero los prisioneros los identificaron. Las tropas aliadas los ejecutaron de inmediato. Otros guardias

ya habían muerto a manos de algunos prisioneros, aunque muchos ya no tenían casi fuerzas. El 11 de abril los soldados americanos descubrieron la fábrica subterránea de Mittelbau-Dora. Cuatro días después tropas británicas entraban en Belsen. El hedor que dominaba en todo el lugar y las escenas dantescas que vieron en él llegaron a hacerlos sentirse físicamente mal. Unos treinta mil prisioneros se hallaban en una especie de limbo entre la vida y la muerte, rodeados de más de diez mil cadáveres en estado de putrefacción. Belsen había visto aumentar exageradamente su población con la llegada de los supervivientes de las marchas de la muerte. Más de nueve mil habían muerto de hambre y de tifus en las últimas dos semanas, y unos treinta y siete mil en las últimas seis. De los que aún seguían vivos otros catorce mil acabaron perdiendo la vida a pesar de los esfuerzos del cuerpo médico británico. El oficial de mayor rango presente ordenó que un numeroso destacamento de tropas se dirigiera a los pueblos de las inmediaciones de Bergen y trajera a todos sus habitantes a punta de bayoneta. Cuando se les obligó a trasladar los cadáveres a las fosas comunes, estos civiles alemanes quedaron espeluznados y declararon que no sabían nada de todo aquello, lo que enfureció aún más a los oficiales británicos, que no creyeron sus palabras.

El traslado sin sentido de decenas de miles de prisioneros de los campos de concentración siguió

adelante de manera absolutamente absurda y cruel. Unos cincuenta y siete mil hombres y mujeres de Ravensbrück y Sachsenhausen siguieron siendo conducidos hacia el oeste. En total se calcula que entre doscientos mil y trescientos cincuenta mil prisioneros murieron en el curso de las marchas de la muerte. Los soldados alemanes no tenían compasión de ellos. Blunden se enteró de la matanza de Gardelegen, donde los guardias de la SS entregaron miles de prisioneros de Dora-Mittelbau a un grupo formado por personal de la Luftwaffe y miembros de las Juventudes Hitlerianas y de la SA local, que encerraron a los desdichados en un granero y le prendieron fuego. A todo aquel que intentaba escapar, lo abatían a balazos.[16] La rapidez del avance aliado por el oeste hizo que grupos de la SS, ayudados a menudo por el Volkssturm, llevaran a cabo otras muchas matanzas de prisioneros.

A medida que iban avanzando y liberando campos de concentración, las fuerzas aliadas tendrían que ocuparse también de los hombres de su bando que habían caído prisioneros del enemigo. Durante el mes de abril hubo que alimentar y repatriar a unos doscientos cincuenta mil. Eisenhower solicitó que los bombarderos de la RAF y de las Fuerzas Aéreas de los Estados Unidos fueran destinados a esta misión, puesto que su trabajo de destrucción estaba prácticamente concluido.

La operación de socorro más importante que hubo que

organizar fue la destinada a ayudar a los holandeses que se morían de hambre. Cuando el *Reichskommissar* Arthur Seyss-Inquart amenazó con inundar buena parte del país, el SHAEF de Eisenhower anunció que tanto él como el *Generaloberst* Blaskowitz, comandante en jefe de Holanda, serían considerados criminales de guerra si cometían semejante atrocidad. Más tarde, después de unas complicadas negociaciones a través de la resistencia holandesa, las autoridades alemanas accedieron a no obstaculizar los lanzamientos de productos alimenticios en paracaídas en las zonas más afectadas, incluidas las ciudades de La Haya y Rotterdam. En el curso de la Operación Maná, los bombarderos de la RAF realizaron tres mil salidas y lanzaron más de seis mil toneladas de alimentos. Para una infinidad de gente a las puertas de la muerte aquella ayuda supuso la salvación.

Tras rodear en el Ruhr al Grupo de Ejércitos B del *Generalfeldmarschall* Model durante la primera semana de abril, varias divisiones del IX Ejército de Simpson comenzaron a avanzar rápidamente hacia el río Elba. Eisenhower, preocupado por la reacción de los británicos ante su cambio de estrategia, no sabía si debía lanzarse sobre Berlín o no. Simpson había recibido la orden de

aprovechar cualquier oportunidad que se le brindara para establecer una cabeza de puente en el Elba y de prepararse para proseguir el avance o hacia Berlín o hacia el nordeste. A su derecha, el I Ejército se encaminaba a Leipzig y Dresde, mientras que el III Ejército de Patton ya había llegado al macizo del Harz y se dirigía a Checoslovaquia. En el sur de Alemania, el VII Ejército del teniente general Alexander M. Patch y el I Ejército francés de Lattre de Tassigny avanzaban por la Selva Negra.

El 8 de abril, Eisenhower visitó al general Alexander Bolling, al mando de la 84.ª División de Infantería, que acababa de tomar la ciudad de Hannover.

«Alex, ¿hacia dónde irás ahora?», preguntó Eisenhower.

«Seguiremos avanzando, mi general. Tenemos el camino despejado para llegar a Berlín, y nada podrá detenernos».

«Continuad con el avance», dijo Eisenhower. Y, poniéndole la mano en el hombro, añadió: «Os deseo toda la suerte del mundo. Y no permitáis que nada ni nadie os detenga».

Bolling interpretó sus palabras como la confirmación de que Berlín era su objetivo.[17]

El 11 de abril, tropas americanas llegaron a Magdeburgo por la autopista de Hannover, y al día siguiente, al sur de Dessau, cruzaron el Elba. Durante las

cuarenta y ocho horas posteriores fueron capturadas más cabezas de puente al otro lado del río. La 84.ª División de Bolling repelió el contraataque de unas unidades mal pertrechadas del XII Ejército del general Walther Wenck. Ya disponía de numerosos puentes en el Elba y estaba preparado para lanzarse contra la 2.ª División Acorazada. Durante la noche del 14 de abril sus vehículos cruzaron el río dispuestos a seguir adelante hasta Berlín. Tanto Simpson como Bolling suponían que apenas iban a encontrar oposición. Y no se equivocaban. Casi todas las formaciones de la SS habían sido desplegadas más al este para frenar en la medida de lo posible al Ejército Rojo, pues sabían que este estaba a punto de iniciar el asalto a la capital. La mayoría de las tropas del ejército alemán solo aspiraban en aquellos momentos a poder rendirse a los americanos antes de que llegaran los soviéticos.

Eisenhower tuvo de repente otra intuición y habló con Bradley, el cual pensaba que la captura de Berlín podría costar unas cien mil bajas, cálculo bastante exagerado, como posteriormente admitiría. Ambos acordaron que era inaceptable pagar un número demasiado elevado de bajas por un objetivo prestigioso del que tendrían que retirarse una vez finalizada la contienda. La Comisión Asesora Europea ya había establecido los límites de la zona de ocupación soviética a lo largo del Elba, así como la partición de la ciudad de Berlín. Roosevelt había fallecido

el 12 de abril a consecuencia de una hemorragia cerebral y probablemente esta circunstancia pesara en la opinión de Eisenhower.

El 15 de abril, a primera hora de la mañana, Simpson fue convocado al cuartel general del XII Grupo de Ejércitos, cerca de Wiesbaden. Bradley ya estaba esperándolo en el aeródromo cuando su avión aterrizó. Sin mayor preámbulo, le espetó que el IX Ejército debía detenerse en el Elba. No iba a haber avance alguno sobre Berlín.

«¿De dónde diablos has sacado semejante idea?», preguntó Simpson.

«De Ike», respondió Bradley.[18]

Simpson, perplejo y decepcionado, regresó a su cuartel general preguntándose cómo iba a comunicar aquella orden a sus oficiales y a sus hombres, especialmente después de haber recibido la noticia de la muerte de Roosevelt apenas tres días antes.

Eisenhower había tomado la decisión correcta, aunque lo hiciera por una razón equivocada. Stalin no habría permitido nunca que los Aliados fueran los primeros en llegar a Berlín. En cuanto los pilotos de la aviación del Ejército Rojo hubieran observado su avance, es muy probable que Stalin hubiera dado la orden de atacarlos. Después seguramente habría dicho que la culpa era de los Aliados por intentar engañarlo con su compromiso de

realizar su avance más al sur. Eisenhower quería evitar a toda costa cualquier posible enfrentamiento con el Ejército Rojo. Y, con el firme apoyo de Marshall, rechazó la idea de Churchill de que americanos y británicos «deben estrechar la mano de los rusos lo más al este que sea posible».[19] Sabían que el primer ministro inglés quería presionar a Stalin con la esperanza de conseguir un trato más favorable para Polonia, pero negaban estar influidos por lo que consideraban la política de posguerra de Europa.

Goebbels estalló de júbilo cuando tuvo conocimiento de la muerte de Roosevelt. Telefoneó inmediatamente a Hitler, que estaba sumido en la tristeza en su bunker de la Cancillería del Reich. «*Mein Führer*, le felicito!», exclamó. «Roosevelt ha muerto. ¡Está escrito en las estrellas que la segunda quincena de abril supondrá un punto de inflexión para nosotros! ¡Este viernes, 13 de abril, se producirá ese punto de inflexión!»[20] Unos días Goebbels había tratado de elevar la moral de Hitler leyéndole extractos de la *Historia de Federico II de Prusia* de Carlyle, incluido el pasaje en el que Federico, pensando en el suicidio en el momento más crítico de la Guerra de los Siete Años, recibe de pronto la noticia de la muerte de la zarina Isabel. «Se había producido el milagro de la Casa de

Brandenburgo». Al día siguiente, por la noche, bombarderos aliados redujeron a escombros buena parte de la Potsdam de Federico el Grande.

El 8 de abril, a medida que sus enemigos estrechaban el cerco, Hitler y las máximas autoridades nazis habían desencadenado una matanza frenética para impedir una nueva «puñalada por la espalda». Fueron asesinados algunos destacados prisioneros, especialmente los encarcelados a raíz de la conspiración de julio así como otros sospechosos de traición, entre ellos el almirante Canaris, Dietrich Bonhoeffer y el carpintero Georg Elser, que había atentado contra la vida de Hitler en noviembre de 1939. «Cortes marciales itinerantes» dictaban penas de muerte contra los desertores y contra cualquiera que emprendiera la retirada sin haber recibido la orden correspondiente. A los soldados les mandaron disparar contra aquellos oficiales que optaran por retirarse, independientemente de su graduación. El 19 de marzo, Hitler, que ya había manifestado a sus más estrechos colaboradores su intención de «arrastrar a todo un mundo» tras de sí, había firmado la llamada «Orden Nerón» para destruir puentes, fábricas e instalaciones diversas. Si el pueblo alemán era incapaz de alzarse con la victoria, no merecía, en su opinión, sobrevivir. Albert Speer, con el apoyo de algunos industriales y generales, consiguió evitar parte de esa destrucción argumentando que era de derrotistas arrasar

unas instalaciones que podían ser recuperadas con un contraataque.

Hitler empezó a dudar de la lealtad del enigmático Speer, y también de su más fiel paladín, Heinrich Himmler, que trataba de «vender» judíos a los Aliados o utilizarlos como moneda de cambio. La dirección del partido nazi se había desintegrado y corrían rumores de que los *Gauleiter* escapaban con sus familias a lugares seguros, ordenando a todos los demás combatir hasta la muerte. Aquellos matones fanfarrones pusieron de manifiesto lo cobardes e hipócritas que eran en realidad. En aquellos momentos el grito de *Heil Hitler*! y el saludo nazi ya solo los utilizaban los fanáticos irreductibles o los que se sentían atemorizados ante su presencia. Prácticamente nadie creía ya «en las frases y las promesas vacías del Führer», como advertía un informe del Sicherheitsdienst de la SS.[21] La gente estaba furiosa por la negativa del gobierno a reconocer la realidad de la derrota y a evitar más pérdidas sin sentido de vidas humanas. Solo los muy desesperados creían la fantasía de Hitler de que la ruptura de los Aliados iba a salvar a Alemania.

El imperio nazi había quedado reducido a una estrecha franja de territorio que iba desde Noruega hasta el norte de Italia. Fuera de eso apenas quedaban algunas bolsas aisladas de resistencia. Las sucesivas peticiones de Guderian, solicitando la repatriación de fuerzas, en particular la gran

guarnición de Noruega y lo que quedaba del Grupo de Ejércitos Norte, atrapado en la península de Curlandia, habían sido rechazadas furiosamente por el Führer. Los constantes desafíos de Hitler a la lógica militar no hacían más que amargar y desesperar a los altos mandos de las fuerzas alemanas. El propio Guderian había sido destituido el 28 de marzo, tras un intento fallido de acudir en socorro de Küstrin. El duro enfrentamiento que tuvo lugar en el bunker del Führer impresionó y dejó confundidos a todos los que lo presenciaron. «Hitler se ponía cada vez más pálido», comentaría el ayudante del jefe de estado mayor, «y Guderian enrojecía cada vez más».[22]

Guderian fue sustituido por el general Hans Krebs, el oficial al que Stalin diera unas palmaditas en la espalda en el andén de la estación de Moscú poco antes de que diera comienzo la Operación Barbarroja. Krebs, un individuo de corta estatura, oportunista y astuto, carecía de experiencia de mando, circunstancia muy conveniente para Hitler, que solo pretendía disponer de un subordinado eficiente que acatara su voluntad sin rechistar. En Zossen, los oficiales de estado mayor del cuartel general del OKH no sabían qué pensar. Se encontraban ya en un estado que oscilaba «entre la agitación nerviosa y el trance», diría uno de ellos, debido a la sensación de «tener que cumplir con tu deber mientras veían que ese deber carecía completamente de sentido».[23]

El 9 de abril, en Italia, el XV Grupo de Ejércitos, al mando ahora del general Mark Clark, lanzó una ofensiva al otro lado de la línea Gótica en dirección al río Po. El V Ejército de los Estados Unidos y el VIII Ejército británico se habían convertido en un conglomerado de nacionalidades aún mayor, con la 1.ª División canadiense, que había tomado Rimini en septiembre, la 8.ª División india, la 2.ª División de Nueva Zelanda, la 6.ª División Acorazada sudafricana, el II Cuerpo polaco, dos formaciones italianas, una brigada de montaña griega, fuerzas brasileñas y una brigada judía. El V Ejército de los Estados Unidos, comandado por Lucien Truscott, consiguió por fin tomar Bolonia con la ayuda del cuerpo polaco, y el VIII Ejército logró conquistar Ferrara y llegar también al Po.[24]

Churchill esperaba un avance rápido. Le preocupaba que el tratado soviético-yugoslavo, que fue ratificado dos días después, amparara las pretensiones de Tito sobre Trieste e Istria en el extremo septentrional del Adriático, e hizo caso omiso a las peticiones de más ayuda formuladas por Tito. Como los yugoslavos habían entrado en la esfera de influencia soviética, debían pedir esa ayuda a Moscú. Además, temía que el poderío soviético en la región animara a los comunistas italianos, cuyos partisanos ya constituían una importante fuerza en el norte del país.

El 11 de abril el Ejército Rojo llegó al centro de Viena. Antes incluso de que diera comienzo la batalla de Berlín, se había emprendido la carrera para gozar de la posición más ventajosa posible en la Europa de posguerra. Churchill exhortó a Eisenhower a permitir el avance hacia Praga del III Ejército de Patton, pero el comandante supremo insistió en que primero debía consultarlo con la Stavka. El rechazo de esta fue inmediato y perentorio. A Churchill también empezaba a preocuparle Dinamarca. Una vez cruzada la desembocadura del Oder cerca de Stettin, el Segundo Frente Bielorruso de Rokossovsky podía avanzar rápidamente a través de Mecklenburgo.

El 14 de abril, Hitler dictó una «Orden del Día» a sus tropas del Frente del Oder y el Neisse. Una vez más amenazaba con «tratar como traidor al pueblo alemán» a todo aquel que no cumpliera con su deber. Con inconexas alusiones a la derrota de los turcos ante las puertas de Viena en 168 3, afirmaba que «esta vez los bolcheviques correrán la antigua suerte de los asiáticos».[25] (No decía, sin embargo, que la ciudad había sido salvada en realidad por la caballería polaca.) Hitler también parecía ignorar el hecho de que Viena acababa de caer en manos del Ejército Rojo. Goebbels, por su parte, acuñó una nueva consigna: «Berlín sigue siendo alemana, y Viena volverá a ser alemana». Los paralelismos históricos y la propaganda moderna ya habían dejado de tener efecto en la mayoría de los alemanes.

Los berlineses, presintiendo lo que se les venía encima, empezaron a prepararse para el ataque. A las mujeres se les ofreció la posibilidad de realizar prácticas de tiro. Los miembros del Volkssturm, algunos de los cuales se protegían la cabeza con cascos franceses capturados en 1940, fueron puestos a trabajar en la construcción de barricadas en unas calles que ya estaban cubiertas de escombros y de vidrios rotos. Se colocaron vagones de tranvías y de trenes mercancía, llenos de piedras y cascotes, a modo de parapetos. Se arrancaron los adoquines del pavimento para poder cavar trincheras en las que debían instalarse hombres y niños armados con Panzerfaust. Las amas de casa hicieron acopio de tantas provisiones como podían e hirvieron agua que conservarían en tinajas para poder beber cuando las tuberías se secaran. Los adolescentes del Reichsarbeitsdienst, el servicio de trabajo de carácter paramilitar, fueron reclutados en masa por el ejército. Muchos de ellos se vieron obligados a presenciar ejecuciones: «¡Para que os acostumbréis a la muerte!», les dijo un oficial.[26] Madres y novias iban a verlos partir. Estos reclutas, escoltados por suboficiales, trataban de mantener alta la moral recurriendo a un siniestro sentido del humor cuando partían al frente del Oder en los trenes de la red local de la S-Bahn. «¡Nos vemos en la fosa común!», decían algunos al despedirse.[27]

48
LA OPERACIÓN BERLÍN (abril-mayo de 1945)

La noche del 14 de abril, las tropas alemanas atrincheradas en las colinas de Seelow, al oeste del río Oder, oyeron un rumor de motores de tanque. La música y los siniestros mensajes propagandísticos soviéticos lanzados a todo volumen por los altavoces no lograron camuflar el ruido del I Ejército de Tanques de la Guardia cruzando el río para tomar una cabeza de puente. Sus ecos se extendían a sus pies por toda la llanura del Oderbruch, donde la bruma del río cubría los prados empapados de humedad. En total había nueve ejércitos del Primer Frente Bielorruso de Zhukov listos para atacar entre el Canal Hohenzollern por el norte y Frankfurt del Óder por el sur.

El VIII Ejército de la Guardia del general Chuikov había ampliado la cabeza de puente el día anterior con un ataque que obligó a retroceder a la 20.ª División de Granaderos Acorazados. Hitler se irritó tanto al enterarse de la noticia que ordenó que se retiraran todas las medallas a los integrantes de la división hasta que volvieran a ganárselas. Chuikov también estaba disgustado, pero por

una razón bien distinta. El 15 de abril por la noche se enteró de que el mariscal Zhukov iba a hacerse cargo de su puesto de mando en la Reitwein Spur porque tenía la mejor vista sobre la llanura del Óder y las colinas de Seelow. Las relaciones entre los dos militares se habían deteriorado todavía más desde que Chuikov le criticara duramente por no atacar inmediatamente Berlín a comienzos del mes de febrero.

A más de ochenta kilómetros al sur del flanco izquierdo de Zhukov, el Primer Frente Ucraniano de Konev bordeaba el Neisse con siete ejércitos. Su departamento político había elaborado un enérgico mensaje de venganza: «No habrá piedad. Han sembrado viento y van a recoger tempestades».[1]

La noticia del cambio de línea del partido introducido el día anterior en Moscú todavía no había llegado al frente. Stalin había comprendido por fin que la retórica y la realidad de la venganza no hacían más que intensificar la resistencia alemana. Ese era también el motivo de que el grueso del ejército germano estuviera tan deseoso de rendirse a los ejércitos aliados del oeste. En su opinión, esta circunstancia agudizaba muchísimo el riesgo de que los americanos tomaran Berlín antes que el Ejército Rojo.

El 14 de abril Georgi Aleksandrov, jefe del servicio soviético de propaganda, publicó un importante artículo en *Pravda*, dictado casi con toda seguridad por el propio

Stalin. En él se atacaban los llamamientos a la venganza de Ilya Ehrenburg y su descripción de Alemania como «únicamente una banda gigantesca». El escrito de Aleksandrov, titulado «El camarada Ehrenburg simplifica demasiado las cosas», decía que mientras que algunos oficiales alemanes «luchan en defensa de ese régimen caníbal, otros lanzan bombas contra Hitler y su pandilla [los integrantes de la conspiración de julio], o persuaden a los alemanes de que deben deponer las armas [el general von Seydlitz y la Liga de Oficiales Alemanes]. La Gestapo persigue a los oponentes del régimen, y los llamamientos a la población para que los denuncie demuestran que no todos los alemanes son iguales». Citaba también el siguiente comentario de Stalin: «Los Hitlers vienen y van, pero Alemania y los alemanes perduran».[2] Ehrenburg quedó desolado al ver que se le sacrificaba de esa manera, pero la mayoría de los oficiales y los soldados no se fijó mucho en el cambio de política adoptado. La imagen propagandística de los alemanes como animales depredadores había calado demasiado hondo.

Las autoridades soviéticas, viendo incluso la inminencia de la victoria, no confiaban en sus propias tropas. Se dijo a los oficiales que denunciaran a los «hombres moral y políticamente inestables» que pudieran desertar y avisar al enemigo del ataque, para que el SMERSh pudiera detenerlos.[3] Y el general Serov, el jefe

del NKVD que había supervisado la represión en el este de Polonia en 1939, se sintió alarmado ante las «actitudes poco saludables desarrolladas entre los oficiales y los soldados del I Ejército polaco».[4] Se habían puesto muy nerviosos al ver la rapidez del avance de los ejércitos británicos y americanos por el oeste, después de escuchar clandestinamente la BBC. Estaban convencidos de que las fuerzas del general Anders se aproximaban a Berlín. «En cuanto nuestras tropas se encuentren con las de Anders», dijo un oficial de artillería, según la acusación de un delator del SMERSh, «ya puedes despedirte del gobierno provisional [controlado por los rusos]. El gobierno de Londres volverá a hacerse con el poder y Polonia será una vez más lo que era antes de 1939. Inglaterra y Estados Unidos ayudarán a Polonia a quitarse a los rusos de encima». Las tropas de Serov detuvieron a cerca de dos mil hombres justo antes de que diera comienzo la ofensiva.

Los oficiales alemanes estaban todavía más preocupados por la desafección reinante entre sus filas. Quedaban horrorizados al ver que los soldados jóvenes respondían a los mensajes de los altavoces soviéticos que les decían que se rindieran, preguntando si serían enviados a Siberia en caso de deponer las armas. Los oficiales del IV Ejército Panzer, que debía enfrentarse a las tropas de Konev en el Neisse, confiscaron todos los pañuelos blancos para impedir que fueran usados como signo de

rendición. Los hombres que eran pillados escondiéndose o intentando desertar eran obligados a salir a tierra de nadie y se les ordenaba cavar trincheras en ella. Muchos mandos no tenían más remedio que decir mentiras desesperadas. Aseguraban que estaban a punto de llegar miles de tanques para prestarles apoyo, que iban a usarse nuevas armas milagrosas contra el enemigo, e incluso que los Aliados occidentales iban a unirse a ellos en la lucha contra los bolcheviques. A los oficiales de menor rango les dijeron que no tuvieran remordimientos y fusilaran a cualquiera de sus hombres que vacilara y que si sus hombres escapaban, más les valía pegarse un tiro.

Un *Oberleutnant* de la Luftwaffe al mando de una compañía improvisada de técnicos todavía en proceso de aprendizaje se encontraba en una trinchera junto a un suboficial. «Dime», murmuró el joven dirigiéndose al *Kompanietruppfükrer*, «¿tú también tienes frío?» «No tenemos frío, *Herr Oberleutnant*», respondió el subordinado, «tenemos miedo».[5]

La víspera de la batalla, los soldados del Ejército Rojo se afeitaron y se dedicaron a escribir cartas. Los zapadores estaban ya trabajando en la oscuridad retirando minas antes de que diera comienzo el avance. Chuikov tuvo que

controlar su genio cuando de pronto vio una caravana de coches oficiales en los que venían el mariscal Zhukov y su séquito, acercarse a su puesto de mando en la Reitwein Spur con los faros encendidos.

A las 05:00 horas de Moscú del 16 de abril, o sea dos horas antes en Berlín, el «dios de la guerra» de Zhukov abrió fuego con ocho mil novecientos ochenta y tres cañones, morteros pesados y lanzacohetes Katiusha. Fue la cortina de fuego más intensa de toda la guerra, siendo disparados solo el primer día un millón doscientos treinta y seis mil proyectiles. La intensidad del bombardeo fue tal que las paredes de las casas temblaron a sesenta kilómetros al este de Berlín. Percatándose de que había comenzado la gran ofensiva, las amas de casa se asomaron a las puertas de sus viviendas y empezaron a hablar con las vecinas en voz baja, lanzando miradas de ansiedad hacia el este. Las mujeres y las niñas se preguntaban si llegarían los americanos a tiempo de salvarlas del Ejército Rojo.

Zhukov estaba encantado con su idea de utilizar ciento cuarenta y tres reflectores para deslumbrar al enemigo. Pero el bombardeo y los reflectores resultaron inútiles para sus hombres. Cuando la infantería cargaba al grito de *Na Berlín*!, los reflectores recortaban su silueta y el terreno que tenían por delante estaba tan agujereado por las bombas que su avance fue muy lento. Sorprendentemente, la artillería se había concentrado en la primera línea de

defensa, pese a que el Ejército Rojo estaba al tanto de la táctica usada por los alemanes de retirar todas sus fuerzas, menos una pequeña tropa encargada de darles cobertura, siempre que se esperaba un gran ataque.

Zhukov, que habitualmente reconocía el terreno con sumo cuidado antes de lanzar un ataque, en esta ocasión no lo había hecho. Se había fiado de las fotografías suministradas por los vuelos de reconocimiento, pero las imágenes no revelaban el fortísimo elemento defensivo que representaban las colinas de Seelow. Al principio, el VIII Ejército de la Guardia de Chuikov, por la izquierda, y el V Ejército de choque del coronel general Nikolai Berzarin, por la derecha, avanzaron sin contratiempos. El I Ejército de Tanques de la Guardia debía pasar luego entre ellos una vez que hubieran asegurado la cima. Al amanecer, entraron en acción los aviones Shturmovik de ataque a tierra, lanzándose como exhalaciones entre los surtidores de tierra levantados por la artillería para bombardear y ametrallar las defensas y vehículos alemanes. Su mayor éxito consistió en alcanzar el depósito de municiones del IX Ejército alemán, que saltó por los aires con una explosión tremenda.

Los alemanes de la primera línea que sobrevivieron quedaron traumatizados y subieron a la carrera la empinada pendiente de las colinas de Seelow gritando: *Der Iwan kommt*! Un poco más atrás, los aldeanos de la zona y sus

familias también emprendieron la huida. «Los refugiados corren precipitadamente como criaturas infernales», decía en una carta un soldado joven, «mujeres, niños y ancianos sorprendidos mientras dormían, algunos a medio vestir. En sus caras se lee la desesperación y un miedo cerval. Los niños se agarran llorando a las manos de sus madres y contemplan la destrucción del mundo con ojos asombrados».[6]

En el puesto de mando de la Reitwein Spur Zhukov iba poniéndose cada vez más nervioso a medida que avanzaba la mañana. A través de sus potentes gemelos podía ver que el avance se había frenado, si no detenido por completo. Consciente de que Stalin daría el objetivo de Berlín a Konev si no lograba romper las líneas enemigas, empezó a lanzar maldiciones y juramentos contra Chuikov, cuyas tropas ni siquiera habían llegado al límite de la llanura de aluvión. Zhukov amenazó con degradar a todos los mandos y mandarlos a una compañía *shtraf*. De repente decidió cambiar todo su plan de ataque.

En un intento de acelerar el avance, envió al I Ejército de Tanques de la Guardia del coronel general Katukov por delante de la infantería. Chuikov quedó horrorizado. Ya podía imaginarse el caos. A las 15:00, Zhukov puso una conferencia a Stalin, en Moscú, y le explicó la situación. «Así que has subestimado al enemigo en el eje de Berlín», oyó decir al dictador soviético. «Y yo que pensaba que

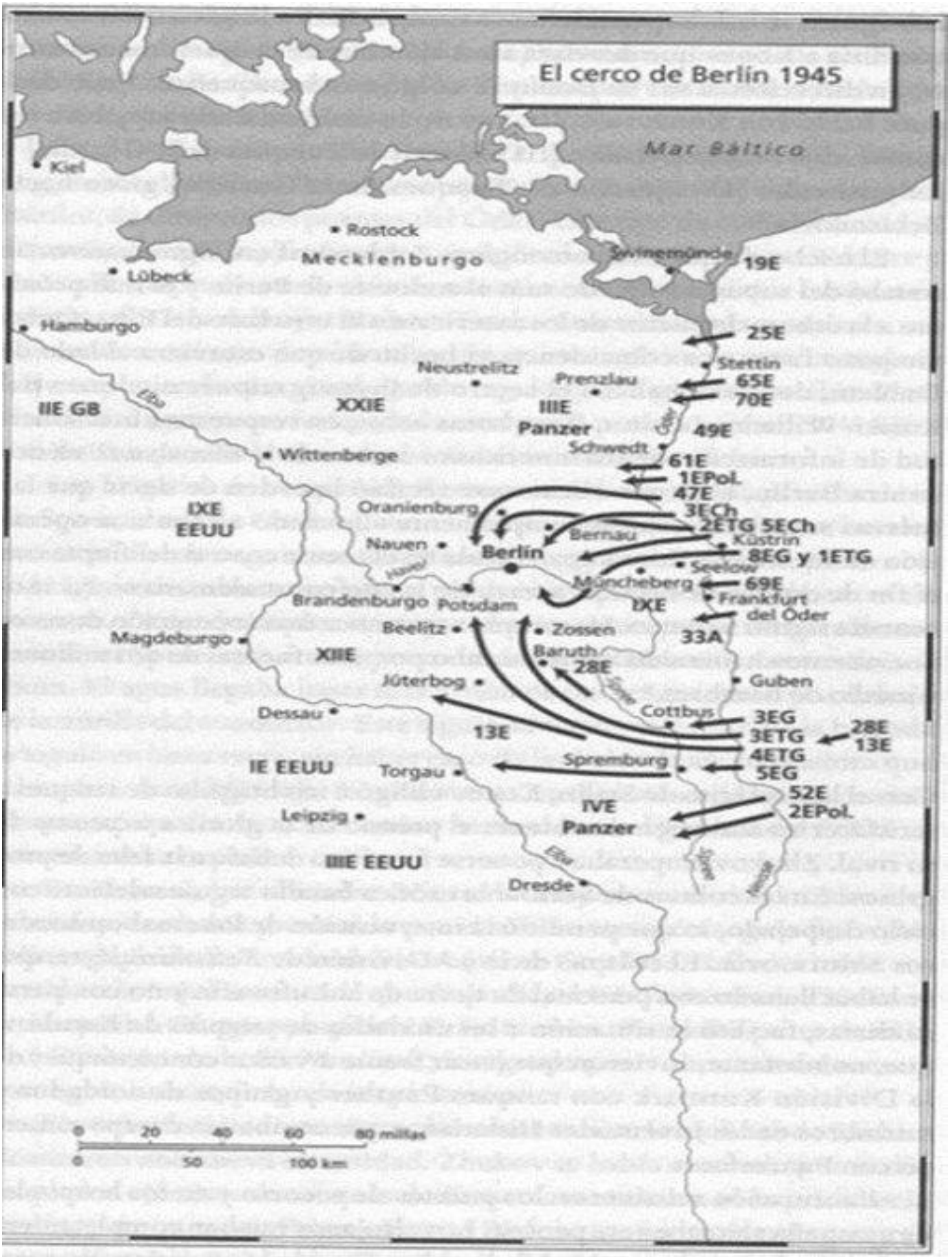
estabas ya en las inmediaciones de Berlín y ahora resulta que estás todavía en las colinas de Seelow. Las cosas han empezado mejor con Konev». Stalin no hizo ningún comentario acerca de la propuesta de Zhukov de cambiar de planes.[7]

El cambio de planes desembocó exactamente en el tipo de confusión que temía Chuikov. Ya se habían producido embotellamientos enormes, y el I Ejército de Tanques de la Guardia se vio atrapado detrás de los vehículos de los otros dos ejércitos, a la espera de poder avanzar. Aquello se convirtió en una pesadilla para los encargados de controlar el tráfico, que intentaban desenredar el embrollo. E incluso cuando los tanques lograban salir del atasco y empezaban a avanzar, eran volados por los cañones de 88 mm situados debajo de Neuhardenberg. Rodeados de humo, se encontraron de pronto en medio de una emboscada tendida por la infantería alemana provista de Panzerfaust y por un pelotón de cañones de asalto. Las cosas no mejoraron cuando finalmente empezaron a escalar las colinas de Seelow. Las empinadas laderas estaban llenas de barro chamuscado por efecto de los obuses y resultaron impracticables para los tanques pesados Stalin y para los T-34. Por la izquierda, la brigada de cabeza de Katukov fue víctima de una emboscada con tanques Tiger del 502.° Batallón de Tanques Pesados de la SS. Solo tuvo cierto éxito en el centro, donde la 9.ª

División de *Fallschirmjäger* se vino abajo. Al anochecer, los ejércitos de Zhukov todavía no habían conseguido tomar la cima de las colinas de Seelow.

En el bunker del Führer, debajo de la Cancillería del Reich, se hacían constantes llamadas telefónicas al cuartel general del OKW, en Zossen, pidiendo noticias. Pero la propia Zossen, situada al sur de Berlín, era vulnerable si las fuerzas del mariscal Konev lograban rebasar las líneas.

Al Primer Frente Ucraniano, tal como Stalin había dicho a Zhukov, estaban saliéndole mejor las cosas, a pesar de no contar con cabezas de puente al otro lado del Neisse. La artillería y la aviación de apoyo de Konev obligaron a los alemanes a permanecer en el fondo de sus trincheras mientras los primeros batallones cruzaban a toda prisa el río en lanchas de asalto. Se creó una extensa cortina de humo gracias a la acción del II Ejército del Aire, ayudado por la ligera brisa que soplaba en la dirección correcta. Al IV Ejército Panzer le resultó imposible identificar dónde estaba concentrado el ataque. Se establecieron cabezas de puente y los tanques no tardaron en ser transportados en transbordadores mientras los zapadores se encargaban de construir puentes de barcazas.


El cerco de Berlín 1945
Mar Báltico
Kiel
Rostock
Mecklenburgo
Lübeck
Swinemünde
19E
Hamburgo
25E
Stettin
Neustrelitz
Prenzlau
65E
70E
IIE GB
XXIE
IIIE
Panzer
Oder
49E
Schwedt
Wittenberge
61E
1EPoL
47E
IXE
EEUU
Oranienburg
3ECh
2ETG 5ECh
Nauen
Berlín
Bernau
Küstrin
8EG y 1ETG
Havel
Seelow
Müncheberg
69E
Brandenburgo
Potsdam
IXE
Frankfurt
del Oder
Beelitz
Zossen
33A
Magdeburgo
XIIE
Baruth
28E
Jüterbog
Guben
Spree
Dessau
Cottbus
3EG
28E
13E
3ETG
13E
4ETG
IE EEUU
Torgau
Spremburg
5EG
52E
IVE
Panzer
2EPoL
Leipzig
IIIE EEUU
Elba
Neisse
Dresde
0 20 40 60 80 millas
0 50 100 km

Konev no padeció el desastroso cambio de planes de Zhukov. Él ya había planeado que el III y el IV Ejército de Tanques de la Guardia encabezaran la ofensiva. Poco después de medio día, ya estaban listos los primeros puentes y sus tanques cruzaban el río. Mientras los alemanes seguían desconcertados por el bombardeo y confundidos por la cortina de humo, Konev envió sus primeras brigadas de tanques directamente por en medio de las líneas alemanas con órdenes de no detenerse. La infantería debía despejar la zona detrás de ellos.

La noche del 16 de abril fue muy humillante para Zhukov. Tuvo que llamar de nuevo a Stalin por el radioteléfono y admitir que sus tropas todavía no habían conquistado las colinas de Seelow. Stalin contestó que era culpa suya por haber cambiado el plan de ataque. Luego preguntó a Zhukov si al día siguiente habría tomado ya las colinas. Zhukov le aseguró que sí. Sostenía que era más fácil acabar con las fuerzas alemanas a campo abierto que en la propia Berlín, así que a la larga no se habría perdido tanto tiempo. Stalin le advirtió entonces que diría a Konev que desviara a sus ejércitos de tanques hacia el norte, en dirección al sur de Berlín. Y colgó con brusquedad. Poco después habló con Konev: «A Zhukov no le están saliendo muy bien las cosas», dijo. «Que Rybalko [III Ejército de Tanques de la Guardia] y Lelyushenko [IV Ejército de Tanques de la Guardia] giren hacia Zehlendorf».[8]

El hecho de que Stalin escogiera Zehlendorf era significativo. Se trataba del suburbio situado más al sudoeste de Berlín y el más próximo a la cabeza de puente de los americanos al otro lado del Elba. Quizá tampoco fuera una coincidencia el hecho de que estuviera al lado de Dahlem, donde se hallaba el centro de investigaciones nucleares del Kaiser-Wilhelm-Institut. Tres horas antes, en respuesta a una solicitud de información de los americanos acerca de la ofensiva soviética contra Berlín, el general Antonov recibió la orden de decir que las fuerzas soviéticas estaban simplemente «llevando a cabo una operación de reconocimiento a gran escala en el sector central del frente con el fin de descubrir detalles acerca de las defensas alemanas». La inocentada siguió su curso. Hasta entonces nunca una «operación de reconocimiento» había sido llevada a cabo por unas fuerzas de dos millones y medio de hombres.[9]

Con el beneplácito de Stalin, Konev obligó a sus brigadas de tanques a satisfacer su ambición de obtener el premio de la gloria a expensas de su rival. Zhukov empezaba a ponerse frenético debido a la falta de progresos. En las colinas de Seelow la caótica batalla seguía adelante con cielo despejado, lo que permitió la intervención de los

cazabombarderos Shturmovik. El colapso de la 9.ª División de *Fallschirmjäger*, que se había llenado con personal de tierra de la Luftwaffe y no con paracaidistas, facilitó la situación a las unidades de tanques de Katukov, que, no obstante, tuvieron que hacer frente a varios contraataques de la División Kurmark con tanques Panther y grupos de soldados y miembros de las Juventudes Hitlerianas que combatían cuerpo a cuerpo con Panzerfaust.

La situación reinante en los puestos de socorro y en los hospitales de campaña alemanes era penosa. Los cirujanos estaban completamente abrumados por la cantidad de heridos. En el lado soviético, las cosas no iban mucho mejor. Los soldados heridos el primer día todavía no habían sido recogidos ni visitados, como luego pondrían de manifiesto los informes. Su número aumentó estrepitosamente cuando la artillería del V Ejército de Choque empezó a disparar por error contra las brigadas de tanques de Katukov.

La aviación alemana del Escuadrón Leónidas, con base en Jüterbog, imitó a los pilotos kamikaze japoneses con intentos, en su mayoría inútiles, de destruir los puentes del Oder. Este tipo de ataque suicida se denominaba *Selbstopfereinsatz*, o «misión de autosacrificio». Treinta y cinco pilotos perdieron la vida de esta manera. El oficial que estaba a su mando, el *Generalmajor* Robert Fuchs comunicó sus nombres «al Führer con ocasión de su

inminente quincuagésimo sexto cumpleaños», suponiendo que era el tipo de regalo que le gustaría recibir. Pero este absurdo proyecto fue anulado enseguida por el avance del IV Ejército de Tanques de la Guardia hacia la base del escuadrón.

Las brigadas de tanques de Konev marcharon a toda prisa hacia el río Spree, al sur de Cottbus, con el fin de cruzarlo antes de que los alemanes pudieran organizar su defensa. El general Rybalko, junto con su brigada de cabeza, no quiso perder tiempo poniendo puentes de barcazas. Ordenó simplemente que el primer tanque se metiera de cabeza en el Spree, que en ese punto tenía unos cincuenta metros de anchura. El agua llegaba hasta más arriba de las orugas, pero por debajo de la mirilla del conductor. Este siguió adelante, y el resto de la brigada lo siguió en línea recta, sin hacer caso de las balas de ametralladora que rebotaban en su blindaje. Los alemanes no disponían de cañones antitanque en aquella zona. El camino hacia el cuartel general del OKH en Zossen estaba expedito.

En Zossen, los oficiales de estado mayor no tenían ni idea del avance que se había producido por el sur. Su atención seguía fija en las colinas de Seelow, donde el *Generaloberst* Gotthard Heinrici había recurrido a la única reserva de que disponía, el III *Germanisches* SS-Panzerkorps del *Obergruppenführer* Félix Steiner.

Formaba parte de él la 11.ª División de la SS *Nordland*, integrada por voluntarios daneses, noruegos, suecos, finlandeses y estonios.

El 18 de abril por la mañana, los combates en las colinas de Seelow alcanzaron una nueva intensidad. Zhukov se había enterado por Stalin de que los ejércitos de tanques de Konev avanzaban a toda prisa hacia Berlín, y de que si su Primer Frente Bielorruso no hacía más progresos, ordenaría a Rokossovsky, situado al norte, que también dirigiera su Segundo Frente Bielorruso a Berlín. Se trataba de una amenaza vana, pues las fuerzas de Rokossovsky llevaban tanto retraso que no cruzaron el Oder hasta el 20 de abril, pero Zhukov estaba tan desesperado que ordenó un ataque tras otro. Finalmente el avance se produjo a última hora de la mañana. Una de las brigadas de tanques de Katukov se lanzó hacia la Reichstrasse 1, la principal carretera que desde Berlín iba a la capital ahora destruida de Prusia oriental, Königsberg. El IX Ejército del *Generaloberst* Theodor Busse había quedado partido en dos y no tardaría en producirse su desintegración. El coste había sido altísimo. El Primer Frente Bielorruso había perdido más de treinta mil hombres, frente a los doce mil soldados alemanes que habían resultado muertos. Zhukov no mostró muchos remordimientos. Lo único que le interesaba era el objetivo final.

Aquel día, Konev no encontró más quebradero de

cabeza que un ataque lanzado contra el LII Ejército, en su flanco sur, por las fuerzas del *Generalfeldmarschall* Schörner. Fue una operación precipitada y mal preparada que fue repelida sin dificultad. Sus dos ejércitos de tanques lograron avanzar entre treinta y cinco y cuarenta y cinco kilómetros. Se habría animado más de haber sabido el caos causado en Berlín cuando los líderes nazis interfirieron en las actividades de los que intentaban organizar la defensa de la ciudad.

Goebbels, comisario de defensa del Reich de Berlín, intentó actuar como un alto mando militar. Ordenó que todas las unidades del Volkssturm de la ciudad salieran para crear una nueva línea de defensa. El comandante de la guarnición de Berlín quedó horrorizado y protestó. No sabía que eso era exactamente lo que querían en secreto Albert Speer y el general Heinrici, para evitar la destrucción de la ciudad. El general Helmuth Weidling, al mando del LVI Cuerpo Panzer, se distrajo con las visitas de Ribbentrop y Artur Axmann, el jefe de las Juventudes Hitlerianas, que se ofreció a enviar más adolescentes al frente armados con Panzerfaust. Weidling intentó convencerle de que desistiera del «sacrificio de niños por una causa ya perdida».[10]

La proximidad del Ejército Rojo intensificó los instintos criminales del régimen nazi. Ese día fueron decapitados otros treinta presos políticos en la cárcel de

Plötzensee. En el centro de la ciudad las patrullas de la SS no detenían a los sospechosos de deserción, sino que directamente los colgaban de las farolas de las calles con un letrero atado al cuello en el que se daba noticia de su cobardía. Semejantes acusaciones por parte de la SS eran puramente hipócritas, por no decir algo peor. Mientras sus patrullas ejecutaban a los desertores del ejército e incluso a algunos miembros de las Juventudes Hitlerianas, Heinrich Himmler y los oficiales de mayor rango de la Waffen-SS planeaban en secreto retirar sus unidades y replegarlas a Dinamarca.

El 19 de abril, el IX Ejército, definitivamente dividido en tres, se replegó. Las mujeres y las niñas de la zona, aterrorizadas de pensar en lo que las aguardaba, suplicaron a los soldados que se las llevaran con ellos. El I Ejército de Tanques de la Guardia, respaldado por el VIII Ejército de la Guardia de Chuikov, llegó a Münchberg en su avance por la Reichsstrasse 1. Mientras estos se dirigían a los suburbios del este y del sudeste de Berlín, los otros ejércitos de Zhukov empezaron a avanzar hacia la parte norte de la ciudad. Stalin insistía en llevar a cabo un cerco completo para asegurarse de que los americanos no intentaran de ninguna manera seguir adelante, ni siquiera a última hora. Las tropas americanas entraron en Leipzig ese mismo día y también tomaron Nuremberg después de duros combates, pero las divisiones de Simpson situadas en el Elba

siguieron donde estaban, tal como había ordenado Eisenhower.

El 20 de abril, día del cumpleaños de Hitler, siguiendo la tradición del *Führerwetter*, fue una bonita jornada primaveral. Las fuerzas aéreas aliadas marcaron la efeméride con su propio saludo. Göring pasó la mañana supervisando la evacuación de los cuadros y demás tesoros que había requisado de su ostentosa casa de campo de Karinhall, al norte de Berlín. Una vez que sus bienes estuvieron cargados en un convoy de camiones de la Luftwaffe, apretó el botón que detonaba los explosivos colocados en el interior del edificio. La casa se vino abajo levantando una espesa nube de polvo. Dio media vuelta y se dirigió a su coche, para ser conducido a la Cancillería del Reich, donde, junto con los demás jerarcas nazis, pensaba felicitar al Führer en el que todos sabían que iba a ser su último cumpleaños.

Hitler parecía por lo menos veinte años más viejo de lo que en realidad era. Estaba encorvado y pálido y le temblaba el brazo izquierdo. Aquella mañana Goebbels había hecho un llamamiento por la radio a todos los alemanes para que confiaran ciegamente en él. Sin embargo, hasta sus colegas más fervientes sabían con

certeza que el Führer no estaba en condiciones de pensar racionalmente. Himmler, tras brindar con champaña a medianoche por la salud de su líder, como era su costumbre, intentó ponerse en contacto con los americanos en secreto. Creía que Eisenhower reconocería que lo necesitaba para mantener Alemania en orden.

Entre los líderes que se reunieron en la grandiosidad medio derruida de la Cancillería del Reich estaban el almirante Dönitz, Ribbentrop, Speer, Kaltenbrunner y el mariscal Keitel. Enseguida quedó claro que el único que tenía intención de quedarse en Berlín con su Führer era Goebbels. Dönitz, al que se había confiado el mando supremo de la Alemania septentrional, se marchaba con el beneplácito de Hitler. Los demás simplemente buscaron excusas para salir de Berlín antes de que quedara completamente rodeada y de que sus aeródromos cayeran en manos del Ejército Rojo. Hitler estaba decepcionado de sus paladines supuestamente leales, especialmente de Göring, que aseguraba que iba a organizar la resistencia en Baviera. Algunos insistieron al Führer en que debía irse al sur, pero él se negó. Aquel día marcó lo que se llamaría «la huida de los Faisanes Dorados», en el que los altos cargos del partido nazi se despojaron de sus uniformes pardos, rojos y dorados para escapar de Berlín con sus familias mientras las rutas que se dirigían al sur seguían abiertas.

En la ciudad, las amas de casa hacían cola para obtener

el último reparto de las «raciones de crisis». Podían oír con claridad el ruido de los cañones en la distancia. Aquella misma tarde la artillería pesada del III Ejército de Choque abrió fuego contra los suburbios del norte de Berlín. Zhukov ordenó a Katukov que mandara brigadas de tanques a la ciudad costara lo que costara. Sabía que el III Ejército de Tanques de la Guardia de Konev se dirigía hacia la parte sur de la capital. Pero lo que no sabía era que su rival se había encontrado con unas fuerzas superiores a las que se esperaba. Gran parte del IX Ejército de Busse había emprendido la huida por el Spreewald, justo por donde él tenía que pasar.

La retirada de los alemanes desde el frente del Oder hacia la capital se vio entorpecida en buena parte por los miles de civiles que intentaban huir aterrorizados ante el avance del enemigo. «Los labradores estaban junto a las vallas de sus huertos al lado de la carretera y contemplaban la huida con expresión solemne», escribiría un soldado joven. «Sus esposas, entre lágrimas, nos ofrecen café, que nos tragamos con avidez. Marchamos y corremos, sin tregua y sin descanso». Muchos soldados alemanes se dedicaron a saquear las casas que veían por el camino, y algunos buscaron el olvido emborrachándose si encontraban con qué. Cuando se despertaban, descubrían que habían sido hechos prisioneros.[11]

En los pinares situados al este de la ciudad, la División

de la SS *Nordland* efectuó algunas operaciones de demora bastante costosas, pero eran muy pocas las formaciones en condiciones de ofrecer una resistencia eficaz. Corrieron rumores de que la aviación americana había arrojado octavillas exhortando a los alemanes a aguantar hasta que llegaran en su ayuda, pero muy pocos los creyeron. Patrullas de la Feldgendarmerie y de la SS vigilaban los cruces de caminos, no contra el enemigo, sino para detener a los rezagados y formar con ellos destacamentos improvisados. Todo aquel que hubiera arrojado las armas, el petate y el casco era detenido y fusilado. Se envió a Strausberg un batallón de la policía a ejecutar a los que se retiraban sin haber recibido la orden de hacerlo, pero la mayoría de los agentes se escabulleron para esconderse antes de llegar a su destino.

El 21 de abril la última incursión aérea de los Aliados sobre Berlín terminó por la mañana. Un silencio antinatural se cernió sobre la ciudad, pero pocas horas después se oyó una serie de explosiones que producían un sonido distinto, señal de que la artillería soviética tenía ya a su alcance el centro de la capital. Hitler, que habitualmente dormía hasta tarde, se despertó. Salió de su dormitorio del bunker para preguntar qué estaba pasando. La explicación claramente lo dejó perplejo. El oficial al mando de la artillería de Zhukov, el coronel general Vasily Kazakov, había mandado por delante a sus baterías de cañones pesados de 152 mm y

de obuses de 203 mm. Las amas de casa que hacían cola para recibir las raciones de comida fueron las principales víctimas, pero pocas de ellas estaban dispuestas a perder el sitio cuando era bien sabido que aquella era la última oportunidad que tenían de acaparar comida. La intensidad del bombardeo obligó a la mayoría de ellas a volver a sus sótanos o a sus refugios antiaéreos.

Aunque el cerco en torno a Berlín estaba casi cerrado, la paranoia de Stalin seguía infectando a los interrogadores del 7.° Departamento del NKVD. A todos los oficiales alemanes de alta graduación que eran capturados les preguntaban qué sabían de los planes de los americanos de unirse a la Wehrmacht para expulsar a las fuerzas soviéticas de Berlín. Stalin intimidó a Zhukov para que completara rápidamente el envolvimiento, utilizando una amenaza totalmente inventada. «Debido a la lentitud de nuestro avance», le dijo, «los Aliados se acercan a Berlín y no tardarán en tomarla».[12] Zhukov estaba también muy interesado en bloquear el avance de Konev hacia la capital. Presionó al I Ejército de Tanques de la Guardia de Katukov y al VIII Ejército de la Guardia de Chuikov para que continuaran el cerco en dirección al sudoeste.

Una de las puntas de lanza de tanques de Konev fue avistada cuando se acercaba a Zossen. El general Krebs fue informado de que el destacamento de defensa de carros blindados de su estado mayor había sido destruido en un

combate desigual contra los T-34. Llamó por teléfono a la Cancillería del Reich, pero Hitler se negó a permitirles que abandonaran su puesto. Krebs y sus oficiales de estado mayor empezaban ya a preguntarse cómo serían los campos de prisioneros soviéticos, pero se salvaron solo porque los tanques rusos se quedaron sin combustible a pocos kilómetros de su objetivo. Una nueva llamada a Berlín consiguió finalmente el permiso para evacuar el cuartel general, y se marcharon en un convoy de camiones.

Mientras los berlineses aguardaban la llegada del Ejército Rojo, la gente se disponía a entrar en contacto con sus conquistadores de formas muy distintas, unas frívolas y otras trágicas. En el hotel Adlon, el personal y los huéspedes escuchaban el ruido de las bombas. «En el comedor», escribió un periodista noruego, «los pocos huéspedes que había en el hotel estaban abrumados al ver la disposición de los camareros a servirles vino en un torrente continuo».[13] No querían dejar ni una gota para los rusos. Algunos padres, cuando salían para integrarse en sus unidades del Volkssturm, no podían más que pensar en la suerte que les aguardaba a sus familias. «Ya ha pasado todo, pequeña», dijo uno a su hija entregándole una pistola. «Prométeme que cuando lleguen los rusos te pegarás un

tiro».[14] A continuación le dio un beso y se fue. Otros mataron a sus mujeres y a sus hijos y luego se suicidaron.[15]

La ciudad fue dividida en ocho sectores, y las dos últimas líneas de defensa estaban formadas por el canal Landwehr al sur del distrito centro y por el río Spree al norte. Para reforzar la guarnición y llegar a los ochenta mil hombres, solo estaba el LVI Cuerpo Panzer de Weidling, integrado en el IX Ejército. El CI Cuerpo se había retirado al norte de la ciudad. El resto, incluido el XII Cuerpo Panzer de la SS y el V Cuerpo de Montaña de la SS, seguían abriéndose paso hacia los bosques del sur de Berlín luchando con las fuerzas de Konev. Este había forzado el avance del III y el IV Ejército de Tanques de la Guardia y había mandado a sus ejércitos de infantería a encargarse de las fuerzas de Busse. Aunque estas tropas alemanas eran una masa desorganizada, en la que se mezclaban muchos refugiados no militares, no cabe duda de que estaban dispuestas a combatir a la desesperada para llegar al Elba y librarse así de los campos de trabajo soviéticos.

Ignorante por completo de la situación y refugiándose en la fantasía, Hitler ordenó que el IX Ejército defendiera sus posiciones en el frente del Oder. Acusaba a la Luftwaffe de que no hacía nada, y amenazó a su jefe de estado mayor, el general de aviación Karl Koller, con mandarlo ejecutar. Recordando que Heinrici disponía de una reserva, el III *Germanisches* SS-Panzerkorps, Hitler

hizo que le pusieran con el *Obergruppenführer* Steiner. Le dijo que lanzara un gran contraataque contra el flanco norte del Primer Frente Bielorruso. «Ya verá usted, los rusos sufrirán la mayor derrota de su historia a las puertas de Berlín. Está expresamente prohibido replegarse hacia el oeste. Los oficiales que no cumplan incondicionalmente esta orden deben ser arrestados y fusilados de inmediato. Usted, Steiner, es responsable con su vida de la ejecución de esta orden».[16] Steiner se quedó mudo de incredulidad. Al *Germanisches* Panzerkorps, que había sido despojado de casi todas sus tropas para que reforzaran el IX Ejército, no le quedaban más que unos pocos batallones. Tras recuperarse del shock, Steiner volvió a llamar por teléfono para recordar al general Krebs cuál era la verdadera situación, pero Krebs repitió la orden y dijo que no podía pasarle con el Führer porque estaba ocupado.

La negativa de Hitler a hacer frente a la realidad resulta tanto más sorprendente por cuanto ya sabía que el grupo de ejércitos de Model en la bolsa del Ruhr se había rendido con sus trescientos veinticinco mil hombres. Model se retiró a un bosque y se pegó un tiro, como se suponía que debía hacer un mariscal nazi. En la Alemania septentrional la 7.ª División Acorazada británica estaba ya cerca de Hamburgo, mientras que la 11.ª División Acorazada avanzaba rápidamente hacia Lübeck, a orillas del Báltico. Este movimiento respondía a la orden secreta dada

por Churchill al mariscal Montgomery tres días antes, para impedir que el Ejército Rojo se apoderara de Dinamarca. El I Ejército francés, por su parte, entró en Stuttgart, donde muchas de sus tropas norteafricanas se dedicaron a saquear y violar a la población civil.

El 22 de abril Himmler celebró en Lübeck una reunión secreta con el conde Folke Bernadotte, de la Cruz Roja Sueca. Le pidió que tanteara a los americanos y a los ingleses acerca de una rendición en el oeste. Como prueba de buena fe, prometió enviar a siete mil prisioneras del campo de Ravensbrück a Suecia, pero como casi todas ellas habían sido obligadas a marchar a pie hacia occidente, resultaba muy poco convincente. En cuanto Churchill se enteró de la propuesta de Himmler, informó al Kremlin para evitar otra trifulca con Stalin tras las negociaciones frustradas sobre Italia con el *Obergruppenführer de* la SS Wolff.

Hitler estaba histérico de impaciencia por recibir noticias del ataque de Steiner. Pero cuando finalmente se enteró de que el «Destacamento de Ejército de Steiner», como se empeñó en llamarlo, no había conseguido avanzar, empezaron a aumentar sus sospechas de traición en el seno de la SS. Durante la conferencia de situación de mediodía

no paró de gritar y de chillar de rabia, y finalmente cayó derrumbado en una silla y lloró. Por primera vez dijo abiertamente que la guerra estaba perdida. Su entorno intentó convencerlo de que se fuera a Baviera, pero él insistió en que se quedaría en Berlín y se pegaría un tiro. Estaba demasiado débil para luchar. Goebbels vino a calmarlo, pero no hizo nada por animarlo a marcharse. El ministro de propaganda había decidido quedarse con él hasta el último momento con el fin de crear una leyenda nazi para el futuro. Pensando en términos cinematográficos, al igual que su Führer, Goebbels consideraba que su muerte en la caída de Berlín resultaría más dramática que en el aislamiento del Berghof.

Hitler reapareció, reforzado tras su charla con Goebbels. Aprovechó la sugerencia de Jodl, que dijo que el XII Ejército de Wenck, enfrentado a los americanos en el Elba, debía trasladarse a Berlín a lanzar un contraataque. Era un plan absurdo. El XII Ejército era demasiado débil y el cerco de Berlín estaba virtualmente completo. El *Oberstleutnant* Ulrich de Maizière, oficial del estado mayor general que fue testigo de las tormentas emocionales desencadenadas aquel día en el cuartel general del Führer, estaba convencido de que «la enfermedad mental de Hitler consistía en una autoidentificación hipertrófica con el pueblo alemán».[17] Hitler pensaba en aquellos momentos que la población de Berlín debía

compartir su suicidio. Magda Goebbels, que creía que Alemania sin Hitler era un mundo en el que no valía la pena vivir, trajo aquella noche a sus seis hijos al bunker. Los oficiales de estado mayor se la quedaron mirando horrorizados, presintiendo inmediatamente el fin que les tenía reservado.

Al anochecer el III Ejército de Tanques de la Guardia de Rybalko había llegado al canal de Teltow, al sur de Berlín. Entraron en escena los cañones pesados, pues el plan consistía en lanzar el ataque al día siguiente. El 7 .°Departamento del NKVD, responsable de los interrogatorios de los prisioneros y de la propaganda, había lanzado panfletos por toda la ciudad dirigidos a las mujeres de Berlín, instándolas a convencer a los oficiales de que se rindieran. Reflejaban el cambio introducido en la línea del partido, pero no la realidad que se vivía sobre el terreno. «Como la pandilla fascista teme el castigo», decían, «espera prolongar la guerra. Pero vosotras, mujeres, no tenéis nada que temer. Nadie os tocará». Las emisoras de radio transmitían mensajes similares.[18]

El 23 de abril, el mariscal Keitel llegó al cuartel general de Wenck. Se dirigió a los oficiales allí reunidos como si estuviera en un mitin del partido nazi, blandiendo su bastón de mariscal cuando les ordenó avanzar hacia Berlín para salvar al Führer. Wenck, sin embargo, ya tenía otros planes muy distintos. Tenía intención de atacar hacia

el este, sí, pero no en dirección a Berlín. Quería abrir un corredor que permitiera al IX Ejército de Busse escapar de los bosques hacia el Elba.

El general Weidling, del LVI Cuerpo Panzer llamó por teléfono al bunker del Führer esa misma mañana para informarle de que su unidad se había replegado ya hacia Berlín. El general Krebs le dijo que había sido condenado a muerte por cobardía. Mostrando un valor considerable, Weidling insistió en presentarse de inmediato para enfrentarse a sus acusadores. No había retirado su cuartel general al oeste de Berlín, como se había informado. Hitler quedó tan impresionado por el enérgico rechazo que hizo Weidling de los cargos que se le imputaban que lo situó inmediatamente al mando de toda la guarnición y las defensas de Berlín. Como observó un oficial de alto rango, fue una «tragicomedia» típica del régimen nazi. Para Weidling, aquel nombramiento era una copa envenenada.[19]

Weidling desplegó de nuevo sus fuerzas, quedándose de reserva solo con la 20.ª División Panzergrenadier. No había mucho tiempo. Aquella misma tarde el VIII Ejército de la Guardia y el I Ejército de Tanques de la Guardia, actuando en cooperación, penetraron en la parte sudeste de Berlín. No tardaron en verse envueltos en violentos combates contra la División de la SS *Nordland* en el aeródromo de Tempelhof y sus alrededores, en medio de los cazas Focke-Wulf destrozados y quemados. El V

Ejército de Choque avanzó desde el este, el III Ejército de Choque entró en los suburbios del norte, el XLVII Ejército se lanzó contra Spandau, al noroeste de la ciudad, con su gran fortaleza de ladrillo, y el III Ejército de Tanques de la Guardia y el XXVIII Ejército de Konev iniciaron su asalto al otro lado del canal de Teltow. La numerosísima artillería del general Katukov siguió bombardeando todo el tiempo la ciudad —al término de la batalla había disparado un millón ochocientas mil bombas—, mientras que las fuerzas aéreas de apoyo pasaban insistentemente sobre la ciudad, bombardeando y ametrallando a voluntad.

Albert Speer regresó a Berlín aquella noche en un avión ligero para ver a Hitler por última vez. El Führer habló a Speer de su intención de suicidarse junto con Eva Braun. Poco tiempo después Martin Bormann entró con un telegrama de Göring desde Baviera. Göring había oído contar una versión falseada de la situación reinante en Berlín y de la explosión emocional de Hitler el día anterior. Proponía asumir «el mando total del Reich». Bormann sugirió a Hitler que aquello era traición, y en contestación se le envió un mensaje en el que se despojaba al mariscal del Reich de todos sus cargos y honores. Bormann envió otro mensaje a Baviera diciendo a la SS que lo pusiera bajo arresto domiciliario.

En muchos casos los oficiales de la SS se mostraron más dispuestos a rendirse que los oficiales del ejército.

Ese día Fritz Hockenjos, el oficial del ejército al mando del cuerpo de la SS que se encontraba rodeado en la Selva Negra por las tropas francesas, anotó en su diario una conversación mantenida con su general al mando. «¿Cree usted realmente que seguir luchando tiene algún sentido?», le preguntó el general de la SS. «Sí. Como militar lo creo», contestó Hockenjos. «A mí también la situación me parece desesperada, pero mientras no llegue la orden de poner fin al combate, creo que la autoridad suprema ve que todavía hay alguna salida».[20]

La mañana del 24 de abril, dio comienzo el ataque de Konev con artillería pesada en el canal de Teltow. Zhukov quedó desconcertado cuando se enteró por el I Ejército de Tanques de la Guardia de que las brigadas de tanques de Rybalko ya habían llegado a Berlín. Menos feliz todavía se sintió cuando se enteró de que esa mañana habían cruzado el canal y que sus tanques lo harían utilizando puentes de barcazas poco después del mediodía. Pero también Konev vivió un momento desagradable cuando, tras ver cómo cruzaban el canal, se enteró de que las divisiones de Wenck marchaban hacia el este por su retaguardia para unirse a los restos del IX Ejército.

Muchos berlineses que aún disponían de baterías para

sus radios, quedaron intrigados al oír la declaración de Goebbels anunciando que el XII Ejército de Wenck avanzaba hacia Berlín. Otros temieron que aquello no hiciera más que prolongar los combates. Los ánimos de Hitler se levantaron de nuevo ante aquella perspectiva. Ordenó que el IX Ejército de Busse se uniera al «Ejército Wenck» en su avance sobre Berlín. Nunca se le pasó por la imaginación la idea de que ni Wenck ni Busse tenían la menor intención de seguir aquella orden. Dönitz prometió también enviar en avión marineros de los puertos del norte para ayudar en la defensa. Iban a llegar en aviones de transporte Junker 52 que aterrizarían en el Eje Este-Oeste, la avenida que cruzaba el Tiergarten, al oeste de la Puerta de Brandenburgo. Los refuerzos más sorprendentes que llegaron a Berlín aquella noche fueron noventa voluntarios de lo que quedaba de una formación francesa, la División de la SS *Charlemagne*, que lograron abrirse paso en unos camiones a través de las fuerzas soviéticas hasta el norte de Berlín.

Hacinados en sus sótanos, en los refugios antiaéreos y en las grandes torres de hormigón de las defensas antiaéreas, lo único que deseaban los berlineses era que terminara la batalla. El aire era casi irrespirable y la aglomeración de gente era tan grande que nadie podía llegar a los lavabos ni conseguir agua para beber. De los grifos no salía ni una gota. El agua solo podía conseguirse en las

fuentes accionadas con una bomba manual que había en las calles, eso sí bajo una lluvia de bombas. El paisaje urbano en ruinas era llamado el *Reichsscheiterhaufen*, la «pira funeraria del Reich». Pero cuando las tropas soviéticas llegaron combatiendo al centro de la ciudad, los sótanos se convirtieron también en un lugar peligroso debido a las luchas casa por casa. Los soldados del Ejército Rojo a veces lanzaban granadas en su interior cuando encontraban resistencia cerca de ellos.

El Volkssturm, las Juventudes Hitlerianas y pequeños grupos de combate de las Waffen-SS luchaban desde las barricadas, desde las ventanas y los tejados de las casas utilizando sus Panzerfaust contra los tanques soviéticos. Al principio los blindados habían avanzado directamente por el centro de las calles, luego habían cambiado de táctica para pegarse a los laterales, pulverizando las posibles posiciones con disparos de ametralladora. Al norte de la ciudad, el III Ejército de Choque utilizó sus cañones antiaéreos contra los tejados, pues sus tanques no podían levantar lo suficiente su armamento principal. Y para hacer frente a los explosivos de carga hueca de los Panzerfaust, los tripulantes de los tanques sujetaban con una correa muelles de metal como los utilizados en los colchones en el frontal y en los laterales de sus vehículos para detonar el proyectil antes de tiempo. Las barricadas fueron destruidas con cañones de artillería pesada, levantados y disparados

horizontalmente con mira abierta. Las bajas de los soviéticos causadas por su propia artillería o, como sucedió más a menudo, por otros ejércitos soviéticos, aumentaron a medida que fueron avanzando hacia el centro. Con el humo y las nubes de polvo que cubrían la ciudad, a los pilotos de los Shrurmovik les costaba mucho trabajo ver a quién atacaban. Chuikov desplazó a una parte de su VIII Ejército de la Guardia hacia el oeste para cortar el paso de su rival, el III Ejército de Tanques de la Guardia. Esta acción provocó muchas bajas entre sus propios hombres, víctimas de los cañones pesados y los lanzacohetes Katiusha de Konev.

Ese día, el Comité de Liberación Nacional de Italia llamó a la población a levantarse contra las fuerzas alemanas que aún quedaban al norte del país. La resistencia atacó las columnas de los alemanes en retirada y al día siguiente se hizo con el control de Milán.

El 25 de abril, las tropas americanas de la 69.ª División de Infantería y los soldados rusos de la 58.ª División de Fusileros de la Guardia se encontraron en Torgau, a orillas del Elba. La noticia de que el Reich nazi había quedado dividido en dos se proclamó por todo el mundo. Stalin instó a los oficiales al mando de sus frentes que hicieran

avanzar a sus tropas hacia el Elba allí donde pudieran, aunque finalmente estaba tranquilo pues sabía que los americanos no iban a marchar sobre Berlín. El general Serov del NKVD se presentó con tres regimientos de guardias fronterizos para impedir que los oficiales alemanes salieran furtivamente de la ciudad. Algunas tropas escogidas de Beria estaban listas para seguir al III Ejército de Tanques de la Guardia a Dahlem, para defender el centro de investigaciones nucleares.

John Rabe, el diarista alemán que registró los acontecimientos ocurridos durante las violaciones de Nanjing, se encontraba ahora en Siemensstadt, al noroeste de Berlín. Los soldados rusos «son muy amables... de momento», anotó. «No nos molestan, incluso nos ofrecen su comida, pero se vuelven locos por el alcohol, sea de la clase que sea, y cuando han tomado demasiado son imprevisibles». Pronto empezó a imponerse la pauta de llevarse los relojes y luego a las mujeres. Rabe no tardaría en contar cómo sus vecinos se suicidaban después de matar a sus hijos y que «a una chica de diecisiete años la violaron cinco veces y luego le pegaron un tiro». «Las mujeres reunidas en un refugio antiaéreo del Quell Weg fueron violadas en presencia de sus maridos».[21]

En Berlín se produjo menos violencia y sadismo que durante la feroz venganza contra Prusia oriental. Los soldados soviéticos se tomaban su tiempo en escoger a sus

víctimas, utilizando linternas en los sótanos y los refugios para examinar primero sus caras. Las madres intentaban esconder a sus hijas en los desvanes, a pesar del riesgo de los bombardeos, pero los vecinos delataban a veces los escondites para distraer la atención de los soldados de sí mismos o de sus propias hijas. Ni siquiera las judías estaban seguras. Los soldados del Ejército Rojo no tenían demasiada idea de la persecución racial de los nazis, que había sido ocultada por la propaganda soviética. Su reacción consistía simplemente en repetir la consigna *Frau ist Frau*.[22] Las mujeres y las chicas jóvenes judías retenidas aún en el campo de internamiento provisional de la Schulstrasse, en Wedding, fueron violadas cuando desaparecieron los guardianes de la SS.

Los dos hospitales más importantes de Berlín, la Charité y el Kaiserin Auguste Viktoria, cifran el número de mujeres violadas entre noventa y cinco mil y ciento treinta mil. La mayoría sufrieron agresiones repetidas veces. Un médico calculaba que unas diez mil murieron, o como consecuencia de la violación en grupo o porque posteriormente se suicidaron. Muchas chicas fueron instadas a quitarse la vida por sus propios padres, para borrar con la muerte su «deshonra». En total se cree que fueron violadas en territorio alemán unos dos millones de mujeres y niñas. Prusia oriental con mucho conoció la peor violencia, como confirman los numerosos informes

enviados a Beria por los mandos del NKVD.[23]

En Berlín hasta las esposas y las hijas de los comunistas, que se presentaron a cooperar voluntariamente en las cantinas y lavanderías del Ejército Rojo, corrieron la misma suerte. Algunos miembros del partido comunista alemán, el KPD, que salieron a vitorear a sus liberadores, quedaron en muchos casos perplejos cuando vieron que eran arrestados por «espías». El NKVD consideraba una traición que no hubieran ayudado a la Madre Patria soviética. «¿Por qué no estabais con los partisanos?», era la pregunta del millón, formulada de antemano por las autoridades de Moscú.

El 27 de abril el VIII Ejército de la Guardia y el I de Tanques de la Guardia rompieron las líneas defensivas del canal de Landwehr, el último gran obstáculo antes del distrito gubernamental. Al sur de Berlín, los ochenta mil hombres de Busse seguían intentando abrirse paso por la autopista Berlín-Dresde, guarnecida por varias divisiones del contingente de Konev como línea de bloqueo. Talaron algunos pinos altísimos para cortar los senderos del bosque que conducían hacia el oeste. Pero muchas unidades de Busse, encabezadas en algunos casos por uno de los pocos tanques Tiger de la SS que todavía tenían combustible,

lograron encontrar huecos en el cordón de seguridad montado por el Ejército Rojo. Todos los demás vehículos que no habían sido abandonados iban cargados de heridos, que lanzaban gritos de dolor cada vez que eran zarandeados al pasar por algún bache. Si alguno se caía, simplemente era atropellado por el vehículo que venía detrás. Prácticamente nadie se detenía a prestar ayuda.

El grupo de vanguardia en dirección al oeste fue localizado por un avión de la Lufrwaffe, que comunicó lo que había visto al bunker del Führer. Hitler no podía creer que Busse hubiera desobedecido sus órdenes. Envió varios comunicados por radio diciéndole que su deber era salvar a Berlín, no al IX Ejército. Uno de ellos decía: «El Führer en Berlín espera que los ejércitos cumplan con su deber. La historia y el pueblo alemán despreciarán a todo aquel que en estas circunstancias no haga lo más que pueda para salvar la situación y al Führer».[24] Pero las órdenes de Hitler eran ahora desdeñadas por todos sus comandantes. Sin comunicárselo al cuartel general del Führer, el general Heinrici dijo al *Generaloberst* Hasso von Manteuffel que se retirara hacia el norte a través de Mecklenburgo, pues el Segundo Frente Bielorruso de Rokossovsky avanzaba por el bajo Oder. Cuando Keitel descubrió su desobediencia, ordenó a Heinrici que informara al nuevo cuartel general del OKW situado en el noroeste de Berlín, pero los oficiales de estado mayor de Heinrici le convencieron de

que debía salvarse desapareciendo hasta que acabara la guerra. En la capital propiamente dicha cada vez eran más las casas que ponían sábanas o fundas de almohadas blancas en señal de rendición, a pesar del peligro de las patrullas de la SS, que tenían orden de ejecutar a cualquier hombre que encontraran en esos edificios.

El 28 de abril las tropas americanas entraron en el campo de concentración de Dachau, al norte de Munich. Unos treinta guardianes de la SS intentaron ofrecer resistencia desde las torres de vigilancia, pero no tardaron en ser abatidos. Murieron más de quinientos guardianes de la SS, unos a manos de los prisioneros, pero la mayoría a manos de las tropas americanas, indignadas por lo que vieron en el interior del campo. En sus inmediaciones encontraron varios vagones de ganado llenos de esqueletos humanos. Un teniente mandó ametrallar a trescientos cuarenta y seis hombres de la SS contra un paredón. De los treinta mil prisioneros supervivientes, dos mil cuatrocientos sesenta y seis se hallaban en tan mal estado que murieron a lo largo de las semanas siguientes, a pesar de la atención médica recibida.

Las sospechas de traición en el seno de la SS que abrigaba Hitler se vieron confirmadas cuando la radio sueca anunció desde Estocolmo que Heinrich Himmler había intentado negociar con los Aliados. La noche antes, Hitler había notado la ausencia del *Obergruppenführer* Hermann

Fegelein, que era el representante de Himmler en el cuartel general del Führer, además de estar casado con la hermana de Eva Braun. Se enviaron a varios oficiales en su busca. Encontraron a Fegelein borracho en su apartamento en compañía de su amante. Tenían las maletas preparadas para una fuga inminente. Fegelein fue conducido bajo estrecha vigilancia a la Cancillería del Reich. Eva Braun se negó a interceder por su cuñado desleal.

Hitler se sintió aún más amargado por la defección de *der treue Heinrich* que por el intento de Göring de asumir el mando. Y cuando Steiner se negó a atacar, no vio más que traiciones a su alrededor. Llamó por teléfono a Dönitz a Flensburg, en la costa del Báltico. El almirante interrogó a Himmler, que negó la información. Pero Reuters propagó luego la noticia. Hitler, pálido de ira, ordenó al *Gruppenführer* Müller, el jefe de la Gestapo, que interrogara a Fegelein. Tras conocer que estaba al tanto de la propuesta de Himmler al conde Bernadotte, Fegelein, despojado de todas sus medallas y de los distintivos de su rango, fue conducido al patio y ejecutado por miembros de la escolta del Führer. Hitler aseguró que la traición de Himmler había significado para él el golpe definitivo. Según Speer, fue decisión de Hitler castigar a las divisiones de las Waffen-SS despojándolas del brazalete que había empujado a Himmler por la senda de la traición.

Pocas horas después de la ejecución del marido de su

hermana, Eva Braun se casó con Adolf Hitler. Goebbels y Bormann actuaron como testigos. Fue una tarea tremenda para el aterrorizado funcionario del registro civil, que fue obligado a abandonar el destacamento del Volkssturm al que pertenecía. Según la legislación nazi, tuvo que preguntar a Hitler y a Braun si eran de ascendencia aria pura y si estaban libres de enfermedades hereditarias.

A primera hora del 29 de abril, Hitler dejó a su esposa para dictar sus últimas voluntades y testamento. Adoptando de nuevo el tono de reproche desencantado habitual en él, afirmó que nunca había deseado la guerra. Los intereses del judaismo internacional le habían obligado a recurrir a ella. Nombró a Dönitz presidente del Reich en su lugar, Goebbels debía ser el canciller del Reich. El *Gauleiter* Karl Hanke, que en esos momentos se encontraba en Breslau dirigiendo su feroz defensa hasta que logró escabullirse en un avión ligero, debía sustituir a Himmler como *Reichsführer* de la SS. Una vez concluida su deprimente tarea, la secretaria de Hitler, Traudl Junge, se dio cuenta de que nadie había dado de comer a los hijos de Goebbels. Subió a buscar algo de comida a la Cancillería del Reich, donde se encontró que estaba desarrollándose una extraña orgía entre unos oficiales de la SS y unas chicas a las que habían atraído con la promesa de darles comida y alcohol.

El entorno de Hitler esperaba ansiosamente que se

suicidara. Tras la ejecución de Fegelein, no podían pensar en escapar hasta que el Führer estuviera muerto. El ruido de los combates se intensificó, encargándose los restos de la división *Nordland y* de la unidad de la SS francesa de defender el extremo sur de la Wilhelmstrasse. Las ruinas de la Anhalter Bahnhof y del cuartel general de la Gestapo en la Prinz-Albrecht-Strasse habían sido ocupadas por grupos de combate soviéticos. Los voluntarios franceses de la SS se habían mostrado particularmente hábiles hostigando a los tanques rusos y dejándolos fuera de combate con los Panzerfaust. El Tiergarten parecía ahora un campo de batalla de la Primera Guerra Mundial, lleno de árboles caídos y de cráteres de bombas.

Dos divisiones del III Ejército de Choque habían cruzado el Spree desde Moabit para ocupar el ministerio del interior, que los rusos llamaban «la casa de Himmler». El 30 de abril al amanecer lanzaron su ataque contra el Reichstag, que Stalin había escogido como símbolo de la conquista de Berlín. Al primer soldado que izara en él la bandera soviética le habían prometido la medalla de Héroe de la Unión Soviética. El Reichstag estaba defendido por una combinación de miembros de la SS, de las Juventudes Hitlerianas y algunos marineros que habían llegado en los aviones de transporte Junker obligados a realizar un aterrizaje de emergencia. El mayor peligro para los atacantes estaba a sus espaldas. La gigantesca torre de

defensa antiaérea Zoo, instalada en el Tiergarten, podía disparar contra ellos cuando cruzaran la enorme explanada de la Königsplatz, donde Speer había proyectado construir la Volkshalle, pieza central de la nueva capital, Germania.

Aquella mañana en el bunker del Führer Hitler probó uno de los frasquitos de cianuro en su adorada perrita alsaciana Blondi. Satisfecho de su efecto, empezó a hacer sus preparativos. Acababa de enterarse de la muerte de Mussolini junto con su amante, Clara Petacci. Sus cadáveres, acribillados a balazos, habían sido colgados de la marquesina de una estación de servicio en Milán. Los detalles se los habían mecanografiado en una de las máquinas especiales con caracteres de tamaño más grande de lo habitual, para que pudiera leerlos sin gafas. (El folio se conserva en un archivo ruso.) Aproximadamente a las tres de la tarde, el Führer se despidió de su entorno. La solemnidad del momento se vio mermada por el ruido de la francachela que estaba celebrándose en la Cancillería del Reich, y entonces Magda Goebbels se puso histérica ante la idea de que iba a perder a su ídolo.

Por fin Hitler se retiró a su salita en compañía de su esposa, que se había mostrado alegre durante el almuerzo, aunque sabía exactamente lo que estaba a punto de suceder. Nadie oyó el disparo, pero poco después de las 15:15 entró Linge, su criado, seguido de algunos otros. Hitler se había pegado un tiro en la cabeza, mientras que Eva Hitler se

había tomado el cianuro. Sus cadáveres fueron envueltos en unas mantas grises de la Wehrmacht y llevados al jardín de la Cancillería del Reich, donde fueron quemados con gasolina siguiendo las instrucciones del propio Hitler. Goebbels, Bormann y el general Krebs dieron la orden de firmes e hicieron el saludo nazi.

Esa misma noche, mientras las tropas soviéticas intentaban abrirse paso hacia el Reichstag para izar la bandera de la victoria a la hora en que se iniciaban las celebraciones del Primero de Mayo en Moscú, el general Weidling planeó una fuga hacia el oeste con todas las tropas que pudiera reunir. Pero un oficial de la SS logró llegar hasta él en medio de los bombardeos para llevarlo a la Cancillería del Reich. Goebbels contó a Weidling la noticia de la muerte de Hitler y añadió que el general Krebs actuaría como emisario para negociar un pacto con el comandante supremo ruso.

Aunque supuestamente era un apóstol leal de la resistencia total, Krebs había estado desempolvando cada mañana su ruso en la soledad de su cuarto de baño mientras se afeitaba. En cuanto se alcanzó un alto el fuego en el sector del VIII Ejército de la Guardia, fue conducido a su cuartel general. Chuikov llamó por teléfono a Zhukov, que inmediatamente envió a su jefe de estado mayor, el general Vasily Sokolovsky. Zhukov no quería que su crítico más severo pudiera afirmar que había sido él quien había

protagonizado la rendición de Berlín. Llamó entonces a Stalin, insistiendo en que lo despertaran, para decirle que Hitler había muerto. «Ha recibido su merecido», comentó el dictador. «Lástima que no hemos podido cogerlo vivo. ¿Dónde está su cadáver?» Stalin dijo a Zhukov que no tenía permiso para entablar ningún tipo de negociaciones. Solo debía aceptarse la rendición incondicional. Krebs solicitó una tregua. Intentó argüir que solo el nuevo gobierno del *Grossadmiral* Dönitz podía ofrecer la rendición incondicional. Sokolovsky dejó marchar a Krebs con el mensaje de que si Goebbels y Bormann no habían aceptado una rendición incondicional a las 10:15, esa misma mañana del 1 de mayo, «volarían Berlín y la convertirían en un montón de ruinas». No se recibió ninguna respuesta, de modo que se desencadenó un «huracán de fuego» en el centro de la ciudad.[25]

Los defensores más tenaces del distrito gubernamental fueron los destacamentos extranjeros de las Waffen-SS, escandinavos y franceses. Unos zapadores de la división *Nordland* volaron el túnel de la S-Bahn debajo del canal de Landwehr con explosivos metidos en una carga hueca. Veinticinco kilómetros de túneles de S-Bahn y U-Bahn fueron inundados. Se calcula que el número de los ahogados fue de entre cincuenta y quince mil, pero no es muy probable que la cifra real superara los cincuenta. Muchos de los cadáveres que se encontraron flotando en

las aguas bajo tierra ya estaban muertos, pues los hospitales de campaña instalados en los túneles amontonaban allí los cuerpos de los fallecidos.

Al sur de Berlín, unos veinticinco mil hombres de lo que quedaba del IX Ejército de Busse salieron de los bosques en las inmediaciones de Beelitz, agotados y hambrientos. Varios millares de civiles habían emprendido la huida con ellos. Las divisiones de Wenck, que habían abierto un corredor para que pudieran escapar ellos y la guarnición de Potsdam, habían reunido todos los vehículos que habían podido encontrar para conducirlos hasta el Elba y librarlos de ser enviados a un campo de prisioneros soviético.

Aquella tarde, el *Brigadeführer* Wilhelm Mohnke, al mando de la defensa del distrito gubernamental, dio la orden de retirada al último tanque Tiger que le quedaba a los hombres de la SS de la *Nordland*. Aunque Goebbels seguía negándose a considerar la rendición incondicional, Martin Bormann y Mohnke ya habían logrado introducir en la Cancillería del Reich ropas de paisano para intentar la evasión esa misma noche. Esperaban que los soldados que mantenían a raya a las tropas soviéticas en torno al distrito gubernamental siguieran combatiendo mientras ellos escapaban. Al anochecer, los que querían salir de la Cancillería esperaron impacientes a que Magda Goebbels matara a sus seis hijos con un veneno y luego se suicidara

con su marido.

A las 21:30 la emisora de Hamburgo Deutschlandsender tocó música fúnebre antes de que Dönitz se dirigiera a la nación para anunciar la muerte de Hitler, combatiendo «al frente de sus tropas».[26] Una vez muertos sus hijos, Joseph y Magda Goebbels subieron por fin a los jardines de la Cancillería. Ella sujetaba en sus manos la insignia de oro del partido nazi de Hitler, que el propio Führer le había regalado. Marido y mujer rompieron al mismo tiempo las ampollas de cianuro. Uno de los edecanes del ministro de propaganda disparó luego un tiro a cada uno para asegurarse de que habían muerto, roció sus cadáveres con gasolina y les prendió fuego.

Este retraso hizo que los fugitivos no salieran hasta las once de la noche, dos horas más tarde de lo planeado. En dos grupos, siguieron rutas diferentes para cruzar el Spree y dirigirse al norte. Las tropas de la *Nordland con* el tanque Tiger y otros vehículos blindados intentaron abrirles paso lanzando una carga en el puente de Weidendammer. El Ejército Rojo, que esperaba que se produjera un intento de fuga y había reforzado el sector, mató a la mayoría de los fugitivos en una caótica batalla nocturna. Algunos lograron cruzar en medio de la confusión, entre otros Bormann y Artur Axmann, el jefe de las Juventudes Hitlerianas. Bormann, que quedó aislado, se encontró, al parecer, con un grupo de soldados rusos y se tomó un veneno.

Como la rendición de Weidling no estaba previsto que tuviera efecto hasta la medianoche, otro grupo más numeroso formado fundamentalmente por lo que quedaba de la 18.ª División de Granaderos Acorazados y de la División Panzer *Müncheberg*, intentó la fuga por el oeste. Se desencadenó una feroz batalla en torno al Charlottenbrücke sobre el río Havel en Spandau. Los vehículos blindados intentaron una vez más hacer de arietes contra las tropas del XLVII Ejército ruso. Se produjo una caótica matanza con sucesivas oleadas de civiles y de soldados precipitándose al puente bajo la cobertura del fuego de las baterías antiaéreas autopropulsadas. Es imposible decir cuántos murieron, pero solo consiguió llegar al Elba un puñado. Zhukov ordenó examinar todos los cadáveres y todos los vehículos para ver si había entre ellos algún líder nazi, pero la mayoría de los cuerpos estaban calcinados y era imposible su reconocimiento.

El 2 de mayo se apoderó de la ciudad ennegrecida y humeante una extraña calma. Solo rompían el silencio las detonaciones aisladas de los soldados de la SS que se pegaban un tiro y ocasionales ráfagas de metralleta de las tropas soviéticas. En la Cancillería del Reich, el general Krebs y el edecán jefe de Hitler, el general Wilhelm Burgdorf se habían suicidado disparándose en la cabeza después de ingerir una gran cantidad de coñac. Las tropas del V Ejército de Choque ocuparon el edificio y colgaron

de él una gran bandera roja, para hacer juego con la que finalmente había sido izada en lo alto del Reichstag.

Para los civiles que salían cautelosamente de los sótanos y los refugios antiaéreos, el campo de batalla urbano de cadáveres en medio de las calles cubiertas de escombros supuso un verdadero shock. Por todas partes se veían tanques soviéticos incendiados, dejados fuera de combate casi a quemarropa por las unidades extranjeras de la SS y las Juventudes Hitlerianas. Las mujeres cubrían las caras de los muertos con hojas de periódico o con prendas de ropa. La mayoría eran casi solo unos niños. Los ancianos del Volkssturm se habían rendido a la primera oportunidad que se les había presentado. Las tropas soviéticas siguieron cogiendo prisioneros al grito de *Davai! Davai*! Todo aquel que vistiera uniforme, de soldado, de policía o de bombero, era obligado a desfilar en columnas y a salir de la ciudad. Muchos lloraban cuando sus mujeres salían a despedirlos, y a darles ropa y comida. Temían que los mandaran a algún campo de trabajo en Siberia.

La Operación Berlín, que se prolongó desde el 16 de abril hasta el 2 de mayo, costó a los frentes de Zhukov, Konev y Rokossovsky trescientas cincuenta y dos mil cuatrocientas veinticinco bajas, casi un tercio de las cuales fueron muertos. El Primer Frente Bielorruso sufrió las peores pérdidas debido a la desesperación de Zhukov en las

colinas de Seelow.

Stalin, ansioso por conocer todos los detalles de la muerte de Hitler y asegurarse de que efectivamente había desaparecido, ordenó a un grupo del destacamento del SMERSh del III Ejército de Choque que lo investigara. El bunker de la Cancillería del Reich fue clausurado mientras los hombres hacían su trabajo. Negaron la entrada incluso al mariscal Zhukov, con la excusa de que los zapadores todavía no habían acabado de comprobar el emplazamiento de las minas y las trampas explosivas. También empezó sus trabajos un equipo de interrogadores encargados de entrevistar a todos y cada uno de los prisioneros que habían sido testigos de los acontecimientos allí sucedidos, y los cadáveres de Joseph y Magda Goebbels fueron trasladados fuera de Berlín para someterlos a un examen forense. Al no poder encontrar el cadáver de Hitler, las presiones de Moscú se intensificaron. Los investigadores del SMERSh no lo encontraron hasta el 5 de mayo, enterrado en el cráter de una bomba junto al de Eva Braun. Fue sacado de la ciudad con el mayor sigilo. No se permitió que se enterara del descubrimiento ningún oficial del Ejército Rojo, ni siquiera Zhukov.

49

CIUDADES DE LOS MUERTOS (mayo-agosto de 1945)

«Soy incapaz de encontrar palabras hermosas», decía un soldado soviético en una carta a su familia desde Berlín. «Todos están borrachos. ¡Banderas, banderas, banderas! Banderas en Unter den Linden, en el Reichstag. Banderas blancas. Todo el mundo cuelga una bandera blanca. Viven entre ruinas. Berlín ha sido crucificada».[1] Los conquistadores soviéticos parecían creer en el viejo dicho ruso: «Los vencedores no son juzgados».[2]

Numerosos alemanes intentaban simplemente sobrevivir y no pensar en los acontecimientos que los habían conducido a un estado de humillación mucho más grande que la derrota de 1918. «La gente vivía con su destino», comentaba un berlinés.[3] La mayoría de los fieles a Hitler se convencieron a sí mismos de que la conducta de las tropas rusas demostraba que habían tenido razón en intentar destruir la Unión Soviética. Otros empezaban a abrigar terribles dudas.

Fritz Hockenjos, el oficial de estado mayor del ejército que acompañaba al cuerpo de la SS en la Selva Negra, reflexionaba sobre la responsabilidad de la derrota de Alemania en su diario. «No había que echar la culpa a la gente por haber perdido la guerra. Soldados, obreros y agricultores han hecho esfuerzos y han soportado cargas sobrehumanas y han creído, obedecido, trabajado y luchado hasta el final. ¿Eran culpables los ministros y los jerarcas del partido, las autoridades económicas y los mariscales? ¿No dijeron al Führer la verdad e hicieron su juego a sus espaldas? ¿O acaso Adolf Hitler no era el hombre que parecía ser ante el pueblo? ¿Es posible que la perspicacia y la estrechez de miras, la sencillez y el disparate, la lealtad y la falsedad, la fe y el engaño vivieran en un mismo corazón? ¿Era Adolf Hitler el gran caudillo inspirado que no podía ser medido según los patrones habituales, o era un impostor, un criminal, un diletante incompetente, un loco? ¿Era un instrumento de Dios o un instrumento del diablo? Y los hombres de julio del 44, ¿no eran entonces al final unos traidores? Preguntas, preguntas. No he encontrado respuestas ni tranquilidad».[4]

Aunque el anuncio de la muerte de Hitler no puso fin inmediatamente a los combates, aceleró desde luego el proceso de colapso final. El 2 de mayo, las fuerzas del general von Vietinghoff en el norte de Italia y en el sur de Austria se rindieron. Las tropas británicas se apresuraron a

asegurar Trieste, en el extremo septentrional del Adriático. Los partisanos de Tito ya habían llegado a la ciudad, pero en un número insuficiente para marcar la diferencia.

Los habitantes de Praga, creyendo que el III Ejército de Patton estaba a punto de llegar, se sublevaron contra los alemanes. Los checos contaron con la ayuda de más de veinte mil hombres de la ROA de Vlasov, que se volvieron contra sus aliados alemanes, pero no con la de los americanos, como esperaban. El general Marshall había rechazado finalmente otro de los llamamientos de Churchill para avanzar hacia la capital checa.

Con el Ejército Rojo demasiado lejos para intervenir, la respuesta del *Generalfeldmarschall* Schörner fue casi tan salvaje como la represión que siguió a la sublevación de Varsovia. El hecho de que cambiaran de bando no significó nada para que Vlasov y sus tropas se libraran de la venganza soviética. Vlasov fue denunciado por uno de sus propios oficiales cuando intentaba escapar escondido debajo de una manta en la parte trasera de un automóvil. Stalin fue informado inmediatamente de la captura del «general Vlasov, traidor a la Madre Patria» por el Primer Frente Ucraniano de Konev.[5] El jefe de la ROA fue trasladado en un avión a Moscú donde posteriormente fue ejecutado.

El 5 de mayo, al término de las negociaciones con los oficiales de mayor rango del IX Ejército de Simpson, los heridos de las fuerzas de Busse recibieron permiso para

cruzar el Elba. Simpson se negó a dejar pasar a los civiles, debido a que, en virtud del pacto acordado con la Unión Soviética, debían permanecer en las zonas en las que vivían. Muchos soldados que no estaban heridos y algunas mujeres jóvenes, camuflados con gabanes y cascos de la Wehrmacht, empezaron a cruzar el puente medio en ruinas del ferrocarril. Las tropas norteamericanas se encargaron de filtrar la marea de fugitivos para impedir el paso a los civiles y detener a los miembros de la SS. Algunos extranjeros de la SS, especialmente los holandeses de la División *Nederland*, fingían o bien ser alemanes o bien ser trabajadores forzosos que intentaban volver a casa. También intentaban escapar los Hiwis, aterrorizados ante la posibilidad de ser capturados por el NKVD. Una vez que la cabeza de puente defendida por las débiles divisiones de Wenck estuvo al alcance de la artillería soviética, los americanos se replegaron para no sufrir bajas, y empezó una estampida de gente que quería llegar a la orilla occidental. Muchos soldados y civiles se apoderaron de barcas o ataron troncos y latas de combustible para improvisar balsas. Algunos intentaron agarrar a los caballos que estaban sin jinete y obligarlos a meterse en el río para cruzarlo a su grupa. Muchos de los que trataron de pasar a nado se ahogaron debido a la fuerza de la corriente. Otros, que no se atrevieron a meterse en el agua o que pensaron que ya no les quedaba nada por vivir, simplemente se

suicidaron.

El general Bradley se reunió con el mariscal Konev para suministrarle un mapa que mostraba la posición de todas las divisiones americanas. A cambio no recibió ninguna información acerca de los despliegues de tropas soviéticas, solo una advertencia inequívoca de que los americanos no debían entrometerse en Checoslovaquia. En Austria los rusos habían establecido un gobierno provisional sin consultar a nadie. De Moscú no venía señal amistosa alguna. Molotov, que se encontraba en San Francisco para asistir a la conferencia fundacional de las Naciones Unidas, dejó de piedra a Stettinius cuando afirmó que los dieciséis representantes de Polonia, detenidos por el NKVD a pesar de sus salvoconductos, habían sido acusados del asesinato de doscientos miembros del Ejército Rojo.

El 4 de mayo por la tarde, Stalin se puso hecho una furia cuando se enteró de que el *Generaladmiral* Hans-Georg von Friedeburg y el *General der Infanterie* Eberhard Kinzel se habían presentado en el cuartel general de Montgomery en la Lüneburg Heide para entregar las fuerzas alemanas en Holanda, Dinamarca y el noroeste de Alemania. Montgomery envió a los delegados alemanes a Reims para firmar una rendición incondicional en toda regla en el cuartel general del SHAEF. El procedimiento resultó increíblemente complicado. El SHAEF no había

recibido instrucciones políticas claras acerca de los términos de la rendición ni de la participación de los franceses. Los alemanes, por su parte, esperaban negociar una rendición únicamente con las potencias occidentales.

No queriendo malquistarse con Stalin, el SHAEF incluyó en las negociaciones al general Susloparov, el oficial de enlace soviético de mayor graduación en la zona occidental. El jefe de estado mayor de Eisenhower, el general Bedell Smith, llevó el proceso con habilidad. El 6 de mayo amenazó al general Jodl, que había venido a presidir la delegación alemana, diciendo que si no firmaba una rendición universal antes de medianoche, las fuerzas aliadas sellarían el frente, lo que supondría que todos serían capturados por el Ejército Rojo. La delegación alemana sostuvo que necesitaba cuarenta y ocho horas después de estampar su firma para distribuir la orden de rendición, debido a la interrupción de las comunicaciones con los cuarteles generales subsidiarios. En realidad se trataba de una excusa para conseguir un poco de tiempo extra para traer más tropas a la zona occidental. Eisenhower se mostró de acuerdo con el aplazamiento. El «Acta de Rendición Militar» fue firmada por Jodl y Friedeburg a primera hora del 7 de mayo, para que entrara en vigor un minuto después de la medianoche del 9 de mayo.

Stalin no podía permitir que la ceremonia final tuviera lugar en la zona occidental, así que insistió en que los

alemanes firmaran otra rendición en Berlín un minuto después de la medianoche del 9 de mayo, justo en el momento en el que la capitulación pactada en Reims debía entrar en vigor. Los rumores acerca del gran acontecimiento se filtraron tanto en los Estados Unidos como en Gran Bretaña. Churchill puso un telegrama a Stalin explicándole que, como la multitud empezaba ya a congregarse en Londres para festejar el fin de la guerra, las celebraciones del Día de la Victoria en Europa tendrían lugar en Gran Bretaña el 8 de mayo, lo mismo que en los Estados Unidos. Stalin contestó enojado que las tropas soviéticas seguían combatiendo. Las fuerzas alemanas todavía ofrecían resistencia en Prusia oriental, en la península de Curlandia, en Checoslovaquia y en muchos otros lugares. En Yugoslavia, tardaron una semana más en rendirse. Las celebraciones de la victoria, escribió Stalin, no podían empezar en la Unión Soviética hasta el 9 de mayo.

Las tropas británicas esperaban ser trasladadas en avión a través del mar del Norte a Noruega para ayudar a las autoridades de este país a supervisar la rendición de los cuatrocientos mil soldados alemanes que seguía habiendo en su territorio, el contingente más numeroso de la Wehrmacht que quedaba intacto. Ya en los confines del norte, un ejército expedicionario noruego había vuelto a ocupar Finnmark, con apoyo de tropas soviéticas. Aunque

el *Reichskommissar* Josef Terboven tenía el proyecto de convertir Noruega en el último bastión del Tercer Reich, Dönitz le mandó volver a Alemania y dijo al *Generaloberst* Franz Böhme que asumiera plenos poderes. La noche del 7 de mayo, Böhme dio por la radio la noticia de la rendición. En Oslo un gobierno incipiente lanzó un llamamiento a unos cuarenta mil miembros de la resistencia noruega pidiéndoles que garantizaran la seguridad. Terboven se suicidó poco después haciendo explotar una bomba pegada a su cuerpo.

Justo antes de la medianoche del 8 de mayo comenzó en Berlín la ceremonia de rendición en el cuartel general de Zhukov en Karlshorst. El mariscal soviético estaba flanqueado por el mariscal del aire Tedder, el general Spaatz y el general Lattre de Tassigny. Se hizo entrar al *Generalfeldmarschall* Keitel, al almirante von Friedeburg y al *Generaloberst* Hans-Jürgen Stumpff de la Luftwaffe. En cuanto estos estamparon su firma, fueron obligados a salir. Y entonces empezó la fiesta. Por toda la ciudad se dispararon salvas, mientras los oficiales y los soldados del Ejército Rojo, que habían guardado vodka y casi toda variedad de alcohol imaginable para la ocasión, disparaban la munición que les quedaba. Las salvas de la victoria mataron a muchas personas. Las mujeres de Berlín, conscientes de lo que podía provocar la ingestión de tanta bebida, temblaban de miedo.

Stalin, temeroso de la inmensa popularidad de Zhukov tanto en la Unión Soviética como en el extranjero, empezó a atormentarlo con amenazas veladas. Le echó la culpa de no haber encontrado a Hitler, cuando el SMERSh ya había confirmado la identidad de su cadáver. Habían encontrado al auxiliar del dentista de Hitler y le habían obligado a examinar su mandíbula. Zhukov no se enteró de que el cadáver había sido localizado hasta veinte años después. Stalin utilizó también el misterio deliberado para dar a entender que Hitler había huido a Baviera, zona que había sido ocupada por los americanos. Aquellas insinuaciones formaban parte de su campaña para hacer creer que los estadounidenses habían firmado un pacto secreto con los nazis.

El deseo de cambio político reinante en las filas del Ejército Rojo había intensificado las sospechas de las autoridades soviéticas. Tanto los oficiales como los soldados rasos manifestaban descaradamente sus críticas al sistema comunista. Las autoridades rusas temían también las influencias extranjeras, sobre todo desde que sus soldados habían visto las condiciones de vida mucho mejores que había en Alemania. El SMERSh hablaba una vez más de la amenaza de actitud «decembrista», en alusión

a los jóvenes oficiales que regresaron a Rusia de París tras la derrota de Napoleón, reconociendo que su país seguía estando políticamente muy atrasado. «Se hace precisa una lucha sin cuartel contra esas actitudes», concluía el informe del SMERSh.[6] Las detenciones por «manifestaciones antisoviéticas sistemáticas e intenciones terroristas» aumentaron de forma espectacular.[7] Aquel año de la victoria, en el que los combates duraron apenas cuatro meses, fueron detenidos ciento treinta y cinco mil cincuenta y seis oficiales y soldados del Ejército Rojo y doscientos setenta y tres oficiales de alta graduación «por crímenes contrarrevolucionarios».[8] En la Unión Soviética, los delatores actuaban afanosamente y las detenciones del NKVD en la madrugada se convirtieron de nuevo en una práctica habitual.

La población del Gulag y de los batallones de trabajos forzados se incrementó hasta alcanzar sus niveles más altos. Entre los nuevos convictos había civiles y un número estimado de tres millones de soldados del Ejército Rojo, condenados por haber colaborado con el enemigo como Hiwis o simplemente por haberse rendido. Muchísimos otros, incluidos once generales, fueron ejecutados al término de brutales interrogatorios en los centros de investigación dirigidos por el SMERSh. Abandonados en 1941 por unos superiores incompetentes o aterrorizados, los soldados soviéticos habían padecido el hambre y los

horrores indescriptibles de los campos de concentración alemanes. Ahora se veían tratados como «traidores a la Patria» por no haberse suicidado. Los que sobrevivieron a esta segunda ronda de castigos siguieron marcados para el resto de su vida y limitados a los trabajos más humillantes. Hasta 1998, bastante después de la caída del comunismo, los formularios oficiales seguían exigiendo detalles sobre todos los miembros de la familia a cualquiera que presentara una solicitud y que hubiera sido prisionero de guerra. Las sangrientas revueltas que tuvieron lugar en los campos del Gulag durante los años de posguerra fueron casi todas ellas capitaneadas por antiguos oficiales y soldados del Ejército Rojo.

El caos que habían desencadenado los nazis en todo el continente europeo se vio reflejado en los cientos de miles de personas desplazadas. «Hoy día por las calles de Alemania», decía Godfrey Blunden, «está toda la historia de Europa, o mejor dicho del mundo».[9] Millones de personas obligadas a realizar trabajos forzados procedentes de Francia, Italia, los Países Bajos, Europa central, los Balcanes, y sobre todo de la Unión Soviética, empezaron a regresar a pie a sus hogares. «Una viajera anciana», anotó Vasily Grossman, «se marcha a pie de Berlín con un

pañuelo a la cabeza. Tiene pinta ni más ni menos que de ir en peregrinación: una peregrinación en medio de la vastedad de Rusia. Lleva un paraguas en bandolera colgando de los hombros. Por detrás de su oreja asoma una cacerola de aluminio enorme atada al mango del paraguas».[10]

Blunden se cruzó con un grupo de prisioneros de guerra americanos jóvenes, medio muertos de hambre, «con las costillas de xilófono», mejillas hundidas, cuellos flacos y «brazos larguiruchos». Se habían puesto «un poco histéricos» al oír a otras personas hablar inglés. «Algunos prisioneros americanos con los que me encontré esta mañana han sido los que más lástima me han dado de los que he visto. Llegaron a Europa justo el mes de diciembre pasado, los mandaron inmediatamente al frente y ese mismo mes se les vino encima lo más recio de la contraofensiva alemana en las Ardenas. Desde el momento mismo de su captura fueron trasladados casi constantemente de un sitio a otro. Contaban historias de compañeros muertos a porrazos por los guardias alemanes solo por salirse de la fila para coger remolachas azucareras de los campos. Daban todavía más lástima porque eran solo unos niños sacados de sus casas en un país hermoso sin saber nada de Europa, no unos tíos curtidos como los australianos, ni astutos como los franceses ni irreductiblemente tenaces como los ingleses. Sencillamente no sabían de qué iba todo esto».[11]

Entre los desplazados había muchos prisioneros totalmente deshumanizados por el trato brutal que habían recibido y deseosos de vengarse de los alemanes. Vagando al azar, saqueando y violando, sembraban el caos y el miedo. Los capitanes de la policía militar ordenaban que la justicia había que aplicarla en el acto. «Los identificados como saqueadores y violadores eran fusilados sin más», anotó un soldado inglés. Pero los civiles alemanes que se presentaban ante las autoridades de ocupación para quejarse de los robos de comida perpetrados por los condenados a trabajar como mano de obra esclava no suscitaban precisamente muchas simpatías. Solo una minoría había mostrado compasión hacia aquellos desdichados cuando los nazis ostentaban el poder.[12]

Para Churchill, durante el período inmediatamente posterior al término de la guerra, el problema de Polonia siguió pesando más que ningún otro. La no asistencia del primer ministro al funeral de Roosevelt sorprendió y desconcertó a la gente a uno y otro lado del Atlántico. No cabe duda alguna de que, por mucho que luego se jactara de la amistad que los había unido, la actitud de contemporización mostrada por Roosevelt hacia Stalin lo había decepcionado profundamente. Churchill se animó en

un primer momento, pues le pareció que el nuevo presidente, Harry Truman, adoptaba una línea mucho más firme frente al dictador soviético, especialmente como consecuencia de los consejos de Averell Harriman.

La brusca declaración hecha por Roosevelt en Yalta en el sentido de que tenía intención de retirar de Europa todas las fuerzas americanas en cuanto fuera posible había alarmado a Churchill. Gran Bretaña sola era demasiado débil para enfrentarse a la fuerza del Ejército Rojo y a la amenaza de los comunistas de los distintos países que intentarían aprovecharse de una Europa asolada. Quedó horrorizado por los informes acerca de la venganza y la represión soviética detrás de lo que él ya llamaba el «telón de acero»: por desgracia, el término había sido acuñado por Goebbels.

Al cabo de una semana de la rendición de Alemania, Churchill convocó a sus jefes de estado mayor. Los desconcertó al preguntarles si iba a ser posible obligar al Ejército Rojo a retirarse con el fin de asegurar «un trato justo para Polonia». Esa ofensiva, dijo, debía tener lugar el 1 de julio, antes de que la fuerza militar de los Aliados en el frente occidental se viera mermada por la desmovilización o el traslado de unidades a Extremo Oriente.

Aunque la elaboración del plan de contingencias para la «Operación Impensable» se desarrolló con el máximo

secreto, uno de los topos de Beria en Whitehall pasó los detalles a Moscú.[13] La información más explosiva era la orden dada a Montgomery de reunir todo el armamento entregado por los alemanes, por si se reconstruían unidades de la Wehrmacht para participar en esta empresa disparatada. Como no es de extrañar, los soviéticos pensaron que todas sus peores sospechas se veían confirmadas.

Los encargados de la planificación estudiaron la situación con todo detalle, aunque forzosamente esta tenía que basarse en la especulación. Interpretaron totalmente al revés la reacción de las tropas inglesas, pensando que habrían estado dispuestas a obedecer semejante orden. Era bastante poco probable que lo hicieran. La inmensa mayoría de las tropas británicas deseaban volver a casa. Y después de todo lo que habían oído decir del gigantesco sacrificio de los soviéticos, que les había ahorrado tantas bajas a ellos, habrían acogido la propuesta de volverse contra sus aliados con incredulidad y enfado. El personal encargado de la planificación daba por hecho de forma también harto improbable que los americanos se mostrarían dispuestos a unirse a ellos.

Afortunadamente la principal conclusión de su informe era bastante clara. Se trataba de un proyecto muy «arriesgado», y aunque el Ejército Rojo fuera obligado a retirarse después de un éxito inicial, el conflicto resultaría

largo y costoso. «La idea es por supuesto una pura fantasía y las oportunidades de éxito prácticamente nulas», escribió el mariscal Brooke en su diario. «No cabe duda de que de ahora en adelante Rusia es todopoderosa en Europa». «El resultado de este estudio», añadió más tarde, «ponía de manifiesto que a lo máximo que podíamos aspirar era a obligar a los rusos a replegarse más o menos a la misma línea a la que habían llegado los alemanes. ¿Y luego qué? ¿Debíamos seguir movilizados indefinidamente para obligarlos a permanecer allí?»[14] La Segunda Guerra Mundial en Europa había empezado en Europa por Polonia y la idea de una tercera guerra mundial con arreglo al mismo guión mostraba una simetría aterradora.

El 31 de mayo, Brooke, Portal y Cunningham «analizaron de nuevo la "guerra impensable" contra Rusia... y quedaron más convencidos que nunca de que era "impensable"».[15] Se mostraron unánimemente de acuerdo cuando presentaron el informe a Churchill. Truman tampoco fue muy receptivo a la idea de obligar al Ejército Rojo a replegarse como moneda de cambio. Ni siquiera estaba dispuesto a mantener tropas americanas en las zonas de Alemania y Checoslovaquia que debían ser entregadas a los soviéticos en virtud de los acuerdos de la Comisión Asesora Europea. Truman había dado repentinamente un paso atrás y había adoptado una actitud más acomodaticia ante la Unión Soviética tras escuchar a Joseph Davies,

antiguo embajador norteamericano en Moscú y ardiente admirador de Stalin. Davies había asistido a las farsas judiciales de los años treinta y no había visto nada sospechoso en las grotescas confesiones arrancadas a golpes a los acusados.

El primer ministro tuvo que aceptar la derrota, pero pronto volvió a la carga ante sus jefes de estado mayor pidiéndoles que estudiaran un plan para la defensa de las islas Británicas en caso de una ocupación soviética de los Países Bajos y de Francia. Por entonces estaba agotado haciendo campaña para las elecciones generales y cada vez se mostraba más irracional. Llegó incluso a avisar de la posible creación de una Gestapo bajo un futuro gobierno laborista. Las votaciones tuvieron lugar el 5 de julio, pero como había que recoger los votos de los miembros de las fuerzas armadas repartidos por todo el mundo, los resultados no se conocerían hasta tres semanas después. Del mismo modo que le ocurrió con la cuestión de Polonia, Churchill se enfadó muchísimo debido a la precipitada decisión de De Gaulle de enviar tropas a Siria, donde la reinstauración del régimen colonial francés encontraba resistencia. En aquellos momentos De Gaulle había llegado al paroxismo de su anglofobia y de su antiamericanismo, para mayor desesperación de Georges Bidault, su ministro de asuntos exteriores. De Gaulle seguía resentido por no haber sido invitado por los Tres

Grandes a la conferencia de Yalta, y sabía que iba a ser ignorado también en la inminente reunión que iban a tener en Potsdam.

Por consejo de Joseph Davies, pero también de Harriman, Truman decidió que solo una actitud más amistosa hacia Stalin podía resolver las cosas. Harry Hopkins, en quien los soviéticos confiaban más que la mayoría de los occidentales, fue enviado a Moscú para organizar «una nueva Yalta».[16] Aunque gravemente enfermo, Hopkins aceptó el encargo y, tras varias reuniones con Stalin a finales de mayo y principios de junio, las discrepancias acerca de la constitución del gobierno polaco se solventaron en los términos dictados por Stalin.

La cuestión de Polonia se convertiría en adelante en el embarazoso problema de deshacerse silenciosamente de un valeroso aliado, tácitamente sacrificado en el altar de la *Realpolitik*. «Dentro de unos días», anotó en su diario Brooke el 2 de julio, «reconoceremos oficialmente al gobierno de Varsovia y liquidaremos al de Londres. Las fuerzas polacas plantean un enigma muy serio que el Foreign Office no ha hecho gran cosa por resolver a pesar de las reiteradas peticiones de un dictamen que llevamos haciendo desde el mes de mayo». Al día siguiente se preguntaba «cómo lo tomarán las fuerzas polacas».[17] Recientemente había hablado con el general Anders, antes

de que volviera con el Cuerpo Polaco a Italia. Anders hizo saber con toda claridad a Brooke que quería volver a combatir en Polonia en cuanto se le presentara la ocasión.

El 5 de julio los Estados Unidos y Gran Bretaña reconocieron al gobierno títere, que había aceptado incluir a varios no comunistas. Los dieciséis polacos detenidos por el NKVD, sin embargo, tendrían que enfrentarse a un juicio bajo la escandalosa acusación de haber asesinado a doscientos miembros del Ejército Rojo. Y en un gesto vergonzoso para contentar a Stalin, el gobierno inglés decidió excluir del desfile de la victoria al contingente polaco.

El 16 de julio, el día antes de que diera comienzo la conferencia de Potsdam, Truman y Churchill se reunieron por primera vez. Truman se mostró cordial, pero reservado, pues Davies le había advertido que Churchill trataría de enredarle de nuevo en una guerra con la Unión Soviética. Stalin llegó a Berlín ese mismo día en un tren especial procedente de Moscú. Beria destinó a más de diecinueve mil soldados del NKVD a vigilar su ruta, y asignó siete regimientos del NKVD y novecientos guardaespaldas a su seguridad en Potsdam. Se tomaron medidas especiales de vigilancia en la línea férrea a su paso por Polonia. Stalin,

acompañado por Zhukov, fue en automóvil desde la estación hasta su alojamiento en la antigua casa del general Ludendorff. Todo había sido preparado esmeradamente por Beria, recientemente ascendido a mariscal.[18]

Ese mismo día a última hora Truman recibió el siguiente telegrama: «Los niños nacidos satisfactoriamente». El ensayo de la bomba atómica en el desierto, en las proximidades de Los Álamos, había tenido lugar a las 05:30. Cuando se lo dijeron, Churchill se mostró exultante tras verse obligado a reconocer que la Operación Impensable estaba fuera de lugar. El mariscal Brooke quedó «completamente abrumado por las perspectivas del primer ministro» y la forma en que «se mostraba absolutamente entusiasmado» por el descubrimiento.[19] A juicio de Churchill, «ya no hacía falta que los rusos entraran en la guerra japonesa, el nuevo explosivo por sí solo bastaba para zanjar la cuestión». Ni siquiera parece que se percatara del hecho de que, después de todas las peticiones de entrar en la guerra que habían hecho a Stalin los americanos, ahora no podían despacharlo sin más, habiéndole prometido como le habían prometido ganancias tan sustanciosas en Extremo Oriente.

Brooke pasó entonces a relatar lo que el primer ministro tenía en el fondo de su corazón, parafraseando sus propias palabras. «Además ahora teníamos en nuestras manos algo que reequilibraría la balanza con los rusos. El

secreto de ese explosivo y la capacidad de usarlo alterarían por completo el equilibrio diplomático que se había ido al garete desde la derrota de Alemania. Ahora teníamos un nuevo valor que enderezaba nuestra posición (obligándolo a bajar la cabeza y a fruncir el ceño). Ahora podíamos decirle: Si insistes en hacer esto o lo de más allá, podemos borrar de un plumazo Moscú, y luego Stalingrado, y luego Kiev, y luego Kuibishev, y Kharkov, y Sebastopol, etc., etc.»

Desde luego Churchill debía de estar muy belicoso, debido a la amarga frustración que suscitaba en él la impotencia de Gran Bretaña para cambiar las cosas, y animado al mismo tiempo por las implicaciones que acarreaba el nuevo invento. A medida que fue avanzando la conferencia, el deseo de Stalin de extender el poderío soviético en muchas direcciones se puso sobradamente de manifiesto. Mostró interés por las colonias de Italia en África, y propuso que los Aliados echaran a Franco. Los peores temores de Churchill se habrían exacerbado aún más si hubiera escuchado una conversación que tuvo lugar entre Averell Harriman y Stalin durante una pausa: «Debe de resultarle muy agradable», dijo Harriman en tono coloquial, «estar ahora en Berlín después de todo lo que ha sufrido su país». El dictador soviético se lo quedó mirando y contestó: «Pues el zar Alejandro fue hasta París».[20]

No se trataba solo de un chiste. Mucho antes de que a

Churchill se le ocurriera la fantasía de la Operación Impensable, una sesión del Politburó había decidido en 1944 ordenar a la Stavka elaborar planes para la invasión de Francia e Italia, como luego contaría el general Shtemenko al hijo de Beria. La ofensiva del Ejército Rojo debía combinarse con la toma del poder por los partidos comunistas de ambos países. Además, según contó Shtemenko, «se preveía un desembarco en Noruega, así como la toma de los estrechos [entre Dinamarca y Escandinavia]. Se asignaron unos presupuestos considerables para la realización de estos planes. Se esperaba que los americanos abandonaran una Europa sumida en el caos, mientras que Gran Bretaña y Francia se verían paralizadas por sus problemas coloniales. La Unión Soviética poseía cuatrocientas divisiones experimentadas, dispuestas a lanzarse como tigres. Se calculaba que toda la operación no llevaría más de un mes... Todos estos planes fueron abortados cuando Stalin se enteró [por Beria] de que los americanos tenían la bomba atómica y habían empezado a producirla en masa». Al parecer, el dictador dijo a Beria «que si Roosevelt siguiera vivo, lo habríamos conseguido». Parece que este fue el motivo de que Stalin creyera que Roosevelt había sido asesinado en secreto.[21]

Churchill no encontró mucho apoyo en Truman. El nuevo presidente había sido hechizado y atemorizado por el manipulador dictador soviético, que lo despreciaba. El

mayor momento de intimidad del primer ministro con Truman se produjo cuando discutieron cómo debía contar el presidente a Stalin lo de la bomba atómica. Pero Stalin ya había discutido dos veces con Beria cómo debía reaccionar cuando le dieran la noticia. El 17 de julio Beria le había proporcionado los detalles del éxito de las pruebas, obtenidos a través de sus espías en el Proyecto Manhattan. De ese modo, cuando Truman le habló de la bomba en tono confidencial, puede decirse que Stalin no reaccionó. Mandó inmediatamente llamar a Molotov y a Beria y «con una risita» les contó la escena. «Churchill estaba de pie junto a la puerta, clavándome los ojos como si fueran dos reflectores, mientras que Truman, con ese aire hipócrita suyo, me contó lo que había sucedido como el que no quiere la cosa». Su buen humor aumentó más todavía al escuchar las grabaciones de los micrófonos colocados por el NKVD. Las cintas revelaron que, cuando Churchill preguntó a Truman cómo se había tomado la noticia el líder soviético, el presidente respondió que «Stalin, al parecer, no había entendido nada».[22]

El 26 de julio, la sesión plenaria de Potsdam fue suspendida. El día anterior, Churchill había regresado a Londres con Anthony Edén y Clement Attlee para proclamar los resultados de las elecciones generales. Justo cuando se fue, Churchill se vio en la extraña situación de ser tranquilizado por Stalin, quien le dijo que por fuerza iba

a derrotar a los socialistas.

El primer ministro había recibido ya algunos avisos de que las cosas probablemente no iban a ser así, sobre todo debido a los votos de las fuerzas armadas, cuyos hombres querían romper con el pasado, tanto con los duros años treinta como con la propia guerra. Unas semanas antes, en el curso de una cena en Londres, cuando Churchill había hablado de la campaña electoral, el general Slim, recientemente llegado de Birmania, le había dicho: «Bueno, señor primer ministro, una cosa sé de cierto. Mi ejército no va a votarle a usted».[23]

Para la mayoría de los soldados y de los suboficiales, la jerarquía militar se parecía demasiado al sistema de clases. Un capitán del ejército, que había preguntado a uno de los sargentos a su mando cómo pensaba votar, recibió la siguiente respuesta: «Socialista, señor, porque estoy harto de recibir órdenes de esos malditos oficiales».[24] Una vez recontados los votos, quedó de manifiesto que las fuerzas armadas habían votado abrumadoramente a favor del partido laborista y del cambio. El mayor error de Churchill fue no haber mostrado ningún interés por la reforma social ni durante la guerra ni durante la campaña electoral.

A pesar de lo poco que le gustaba Churchill, Stalin quedó auténticamente impresionado por los resultados cuando llegó a Potsdam la noticia de su aplastante derrota. Sencillamente no le cabía en la cabeza cómo un hombre de

su talla podía perder unas elecciones. En su opinión, la democracia parlamentaria era a todas luces una forma peligrosamente inestable de gobernar un país. Era perfectamente consciente de que, bajo cualquier otro régimen que no fuera el suyo, él mismo habría sido destituido de su cargo después del modo catastrófico en que había manejado la invasión alemana.

Clement Attlee, el nuevo primer ministro, y Ernest Bevin, que había sustituido a Edén al frente del Foreign Office, ocupaban ahora los asientos reservados a Gran Bretaña en la conferencia. Pero apenas podrían ejercer ninguna influencia en las discusiones, y no precisamente por culpa suya. James F. Byrnes, el nuevo secretario de estado norteamericano, aceptó reconocer la frontera occidental de Polonia, situada en la línea Óder-Neisse, y ellos se limitaron a hacer lo mismo. Stalin consiguió en Potsdam todo lo que quería, aunque se vio obligado a cancelar la invasión de Europa occidental por miedo a la bomba atómica.

El regreso de los prisioneros de guerra acordado en Yalta no tardó en revelarse un problema terrible para los Aliados. Tanto al Cuerpo de Contrainteligencia americano como a la Seguridad de Campaña británica les costaba mucho trabajo

identificar a los criminales de guerra e incluso las nacionalidades de los hombres a los que interrogaban, pues muchos de los oriundos de Europa del este y de la Unión Soviética decían que eran alemanes para poder quedarse en la zona occidental.

En la provincia de Carintia, al sudeste de Austria, era donde se había congregado la mayor mezcla de nacionalidades y etnias. Cuando las unidades del V Cuerpo británico llegaron al hermoso valle del Drau, se encontraron con decenas de millares de personas acampadas en él. Había croatas, eslovenos, chetnik serbios, y casi todo el Cuerpo de Cosacos. Los de origen yugoslavo intentaban escapar de la venganza de Tito después de alcanzar la victoria en la salvaje guerra civil. Los cosacos, al mando de oficiales alemanes, habían desempeñado un papel importantísimo en la sangrienta campaña contra los partisanos.

Parece que Tito podía compararse a Stalin por su afán de acumular territorios. Abrigaba la esperanza de apoderarse de Istria, Trieste e incluso parte de Carintia. Algunos de sus partisanos llegaron a Klagenfurt, la capital de esta provincia, justo antes que los ingleses. Se dedicaron a sembrar el terror en las zonas rurales y a amenazar a la multitud de soldados refugiados que había en la región. Los oficiales británicos, que carecían de órdenes precisas, se dieron cuenta de que estaban ante una situación

verdaderamente caótica, con la amenaza de que siguieran pasando a Austria más fuerzas de Tito. Se les encomendó entonces la desagradable tarea de poner a los ciudadanos soviéticos en manos del Ejército Rojo, al otro lado de la frontera del este.

Los cosacos eran famosos por las atrocidades que habían cometido. Incluso Goebbels había quedado impresionado por los informes recibidos acerca de su actuación en Yugoslavia y en el norte de Italia. Pero además tenían consigo a sus mujeres y a sus hijos, y entre ellos había algunos rusos blancos que llevaban viviendo en Occidente desde la victoria de los bolcheviques en 1921. Los dos más célebres eran el atamán cosaco, general Pyotr Krasnov, oficial probablemente tan honrado como cabría esperar en una guerra civil, y el general Andrei Shkouro, psicópata y cruel. Cuando se vio la imposibilidad de separar las manzanas podridas de las sanas, los oficiales de estado mayor del cuartel general del V Cuerpo ordenaron que había que entregarlos a todos al Ejército Rojo. Los cosacos sabían demasiado bien cómo iba a ser la venganza de Stalin, de modo que los soldados británicos tuvieron que obligarlos a subir a los transportes armados con los mangos de madera de picos y palas. Aunque admiraban al Ejército Rojo, la mayoría de los hombres que participaron en estas repatriaciones forzosas quedaron horrorizados por lo que tuvieron que hacer, y a punto estuvo de producirse

un motín.

Al mismo tiempo, las tropas británicas se mostraron claramente reacias a enfrentarse a las fuerzas cada vez más agresivas de Tito. Nadie quería morir ahora que la guerra había llegado a su fin. El cuartel general del V Cuerpo, presionado para que resolviera aquella situación tan peligrosa lo antes posible, ordenó que los yugoslavos fueran obligados a cruzar la frontera. Una vez más, entre ellos se mezclaban los que eran culpables de crímenes de guerra, especialmente ustachas croatas, y los que eran menos culpables. Tanto los oficiales como los soldados ingleses se sintieron asqueados al tener que recurrir al engaño para obligar a los chetnik, antiguos aliados suyos que habían sido abandonados en favor de Tito, a pasar otra vez a Yugoslavia. Parece que la mayoría de ellos fueron asesinados casi de inmediato. La caída de Alemania desencadenó la peor oleada de matanzas llevadas a cabo durante la guerra civil por los partisanos de Tito. En 2009, la Comisión Eslovena de Tumbas Ocultas localizó más de seiscientas fosas comunes, que, según sus cálculos, contenían los cadáveres de más de cien mil víctimas.[25]

La venganza y la limpieza étnica fueron igualmente brutales en el norte y en el centro de Europa. Para muchos

alemanes, los rumores que circulaban acerca de la entrega a Polonia de todos los territorios del país situados al este del Oder —Prusia oriental, Silesia y Pomerania— eran los que causaban más pavor. Una vez acabados los combates, casi un millón de refugiados se pusieron en camino hacia los hogares que habían abandonado para descubrir que iban a tener que abandonarlos otra vez.

Tal como pretendía Stalin, la limpieza étnica se llevó a cabo en concomitancia con actos de venganza. Las tropas del I y el II Ejército polaco obligaron a los alemanes a dejar sus hogares para cruzar al otro lado del Oder. Los primeros en marchar fueron los que habitaban en lo que había sido territorio polaco antes de 1944. Algunos llevaban viviendo allí varias generaciones, otros eran Volksdeutsch, beneficiarios de la propia limpieza étnica llevada a cabo por los nazis en 1940. Hacinados en vagones de ganado, fueron conducidos al oeste y despojados por el camino de las pocas pertenencias que llevaban. Una suerte similar corrieron los que se quedaron en Pomerania y Silesia o decidieron regresar a estas regiones, que en aquellos momentos se encontraban dentro de las nuevas fronteras de Polonia. En Prusia oriental quedaron solo ciento noventa y tres mil alemanes de una población de dos millones doscientos mil.

Durante la expulsión del territorio polaco, alrededor de doscientos mil alemanes fueron retenidos en campos de

trabajo y se calcula que unos treinta mil perdieron la vida. A otros deberíamos incluirlos entre los seiscientos mil alemanes enviados a la Unión Soviética en calidad de mano de obra esclava. Los checos también expulsaron de su territorio a unos tres millones de alemanes, la mayoría originarios de los Sudetes. A lo largo de este proceso treinta mil fueron asesinados y cinco mil quinientos cincuenta y ocho se suicidaron. Para encontrar cobijo en Alemania, muchas mujeres tuvieron que hacer el viaje a pie cargadas con sus hijos, llegando a recorrer algunas cientos de kilómetros.[26]

Cuesta trabajo imaginar cómo una guerra tan increíblemente brutal habría podido acabar sin una venganza igualmente brutal. La violencia masiva, como señala el poeta polaco Czeslaw Miłosz, destruyó la idea de comunidad humana y cualquier sentido de justicia natural. «El asesinato se convirtió en algo corriente durante la guerra», escribe Miłosz, «e incluso era considerado legítimo si se llevaba a cabo en nombre de la resistencia. También el robo se convirtió en algo corriente, lo mismo que la falsedad y el engaño. La gente aprendió a dormir en medio de ruidos que en otro momento habrían hecho levantarse de la cama a todo el vecindario: el tableteo de las ametralladoras, los gritos de hombres agonizando, las maldiciones de los agentes de policía que sacaban de sus casas a los vecinos a rastras». Por todos estos motivos,

dice Miłosz, «el hombre del este no puede tomarse a los americanos [o a otros occidentales] en serio».[27] Como no habían vivido esas experiencias, no podían entender lo que significaban ni imaginar cómo habían podido suceder.

«Si somos americanos», decía Anne Applebaum, «pensamos que "la guerra" fue algo que empezó con Pearl Harbor en 1941 y terminó con la bomba atómica en 1945. Si somos británicos, recordamos el *Blitz* de 1940 y la liberación de Belsen. Si somos franceses, nos acordamos de Vichy y de la Resistencia. Si somos holandeses, pensamos en Anne Frank. Incluso si somos alemanes, solo conocemos una parte de la historia».[28]

50

LAS BOMBAS ATÓMICAS Y EL SOMETIMIENTO DE JAPÓN (mayo-septiembre de 1945)

En mayo de 1945, mientras Alemania se rendía, las fuerzas japonesas en China recibían de Tokio la orden de empezar a replegarse a la costa oriental. Los ejércitos nacionalistas de Chiang Kai-shek todavía no se habían recuperado del varapalo que había supuesto la Ofensiva Ichigō, y sus comandantes estaban profundamente resentidos con los americanos, que habían hecho oídos sordos a sus advertencias.

El sustituto de Stilwell, el general Albert Wedemeyer, inició un programa de rearme y adiestramiento de treinta y nueve divisiones. Obligó a Chiang Kai-shek a concentrar sus mejores formaciones en el sur, junto a la frontera de Indochina. Los americanos pretendían impedir así la huida de las fuerzas japonesas del Sudeste Asiático. Chiang deseaba recuperar las regiones agrícolas del norte para

alimentar a sus hombres y a la población de las zonas nacionalistas, pero Wedemeyer amenazó con retirar todas las ayudas americanas si se negaba a seguir sus instrucciones. Chiang sabía que los comunistas ya habían avanzado hacia el sur para ocupar el vacío que había dejado la retirada japonesa. La intervención de Wedemeyer contribuiría a la derrota de los nacionalistas en la guerra civil que estaba a punto de estallar, pero Washington pensaba por aquel entonces que los japoneses continuarían resistiendo hasta 1946.

El representante de Roosevelt en China, el imprevisible Patrick J. Hurley, había logrado que nacionalistas y comunistas comenzaran a entablar negociaciones en noviembre de 1944, negociaciones que se interrumpieron al año siguiente, en el mes de febrero, debido en gran medida a la renuencia de Chiang Kai-shek a compartir el poder, y al rechazo de los comunistas a aceptar una posición de subordinación de su ejército. En aquellos momentos, en los que el Kuomintang estaba dividido, con liberales por un lado y reaccionarios por otro, Chiang prometió la introducción de una serie de importantes reformas, pero los únicos cambios que se produjeron fueron los llevados a cabo para satisfacer a los americanos. El gran reformador del pasado apoyaba ahora a la vieja guardia, y la corrupción seguía campando por sus respetos. Los que se quejaban abiertamente corrían el

peligro de atraer la atención de la brutal policía secreta.

La capital de Chiang, Chungking, mostraba con toda claridad el abismo que separaba a la minoría adinerada de la mayoría empobrecida, la cual sufría las consecuencias de una inflación galopante. Los soldados americanos se hacían notar por su manera de aprovechar lo que la ciudad les brindaba. «Un tugurio que se encontraba apenas a un kilómetro de distancia del cuartel general del Ejército de los Estados Unidos ofrecía whisky adulterado y putas sin adulterar», escribiría Theodore White.[1] «Chicas todoterreno» solían pasear por las calles con personal del ejército americano, para escándalo de sus compatriotas. En las zonas rurales, el reclutamiento forzoso de soldados, previo pago de una recompensa a las mafias locales, no hacía más que alimentar el resentimiento de la clase campesina. Solo se libraban del servicio militar los que podían permitirse pagar una gran suma de dinero, y el impuesto del grano hacía que los agricultores optaran por no vender sus cosechas. Los comunistas del cuartel general de Yenan también habían impuesto una tasa sobre el grano, y la idea de que la vida campesina era idílica bajo su administración difícilmente habría podido estar más lejos de la realidad. El comercio del opio, que llenaba las arcas de la guerra de Mao, había dado lugar a unos niveles de inflación semejantes a los de las regiones nacionalistas, y todo aquel que protestaba o criticaba al presidente Mao era

considerado enemigo del pueblo.[2]

Ya habían estallado enfrentamientos entre nacionalistas y comunistas en la provincia de Honan, así como en Shanghai y sus alrededores. A pesar de la gran concentración de tropas japonesas en esas zonas, los chinos de uno y otro bando se habían enzarzado en una guerra subterránea porque consideraban que el control de la capital financiera y su gran puerto iba a ser crucial cuando los invasores se fueran.

Aunque la derrota de su país era inminente, los cerca de un millón de soldados japoneses presentes en las regiones que todavía estaban en su poder siguieron cometiendo atrocidades contra la población china, especialmente contra las mujeres. Al igual que en otros territorios invadidos, como, por ejemplo, Nueva Guinea o Filipinas, la escasez de alimentos hizo que las tropas niponas vieran en la población local y en los prisioneros una fuente de proteínas. El recluta Enomoto Masayo confesaría más tarde haber violado, asesinado y descuartizado a una joven china. «Yo ya trataba de escoger lugares en los que abundara la carne», añadiría. Luego compartió la carne con sus camaradas. La describió como «rica y tierna. Creo que era más sabrosa que la de cerdo». Ni siquiera su oficial al mando lo reprendió cuando el caníbal le reveló el origen de su banquete.[3]

Se cometieron otras atrocidades con las cuales los

Aliados ya estaban familiarizados. En 1938 había sido establecido en las afueras de Harbin, en Manchukuo, el centro de guerra biológica denominado «Unidad 731», bajo los auspicios del Ejército de Kwantung. Este enorme complejo, dirigido por el general Ishii Shirō, llegó a emplear en su centro de investigación a más de tres mil científicos y médicos de diversas universidades y escuelas de medicina de Japón, y a más de veinte mil personas en sus establecimientos subsidiarios. En él se prepararon armas para propagar la peste negra, el tifus, el ántrax y el cólera, que fueron probadas en más de tres mil prisioneros chinos. También se llevaron a cabo experimentos sobre los efectos del ántrax, el gas mostaza y la congelación en sus víctimas, a las que llamaban despectivamente *maruta* o «leños». Estos cobayas humanos, unos seiscientos cada año, habían sido detenidos por la Kempeitai en Manchuria y destinados a la citada unidad.[4]

En 1939, durante los combates de Nomonhan contra las fuerzas del mariscal Zhukov, la Unidad había vertido gérmenes patógenos causantes del tifus en los ríos de la zona, pero los efectos no fueron registrados. En 1940 y 1941, la aviación nipona lanzó por todo el centro de China cascarillas de algodón y arroz, contaminadas con la bacteria de la peste bubónica. En marzo de 1942, el Ejército Imperial planeó la utilización de plagas de pulgas contra los americanos y los filipinos que defendían la península de

Bataán, pero se rindieron antes de que tales armas estuvieran listas. Y ese mismo año, unos meses después, se propagaron agentes patógenos del tifus, la peste y el cólera en la provincia de Chekiang como represalia por la primera incursión de bombarderos americanos contra Japón. Al parecer, murieron en la región unos mil setecientos soldados japoneses junto con centenares de chinos.

Un batallón especializado en guerra biológica fue enviado a Saipan antes de que tuvieran lugar los desembarcos americanos, pero la mayoría de sus integrantes fueron evacuados ante la inminente llegada del enemigo solo para acabar muriendo ahogados cuando un submarino estadounidense hundió el barco en el que viajaban. Según la documentación capturada por los marines en Kwajalein, también se proyectó el bombardeo de Australia y la India con armas biológicas, pero estos ataques nunca se materializaron. Los japoneses quisieron incluso contaminar la isla filipina de Luzón con la bacteria del cólera antes de que llegaran los americanos, pero tampoco este plan fue llevado a cabo.

En sus bases de Truk y Rabaul, la Armada Imperial japonesa había realizado experimentos con prisioneros de guerra aliados, en su mayoría pilotos americanos, a los que inyectaba sangre de individuos contagiados de malaria. Algunos murieron como consecuencia de otros experimentos con inyecciones letales. Incluso en abril de

1945, alrededor de un centenar de prisioneros de guerra australianos —algunos enfermos y otros sanos— fueron utilizados como cobayas en experimentos con inyecciones de sustancias desconocidas. En Manchuria, mil cuatrocientos ochenta y cinco prisioneros de guerra, entre americanos, australianos, británicos y neozelandeses, retenidos en Mukden, fueron utilizados en diversos experimentos con agentes patógenos.

Tal vez el aspecto más sorprendente de toda esta historia de la Unidad 731 sea el hecho de que MacArthur accediera, tras la rendición de Japón, a conceder inmunidad a todos los que participaron en sus programas, incluido el general Ishii. Este pacto permitió a los americanos obtener toda la documentación acerca de sus experimentos. Incluso después de haberse enterado de que en el curso de sus ensayos habían perecido también prisioneros de guerra aliados, MacArthur ordenó el cese de todas las investigaciones criminales. Las peticiones de los soviéticos exigiendo que Ishii y su estado mayor fueran juzgados por el Tribunal de Crímenes de Guerra de Tokio fueron rechazadas de plano.[5]

Solo fueron procesados unos cuantos médicos que habían anestesiado y luego diseccionado a los miembros de algunas tripulaciones americanas, pero no guardaban relación alguna con la Unidad 731. Otros médicos militares japoneses realizaron vivisecciones en centenares

de prisioneros chinos totalmente conscientes en numerosos hospitales, pero nunca se presentó contra ellos una acusación formal. Los doctores del Cuerpo Médico japonés mostraron muy poco respeto por la vida humana, pues cumplieron de buen grado la orden de acabar con sus propios «soldados incapacitados, con bastantes posibilidades de recuperación... alegando que son inútiles para el emperador».[6] También enseñaron a los soldados japoneses a suicidarse antes de caer en manos del enemigo.

Cuando los japoneses dejaron de oponer resistencia en Okinawa, los comandantes del Pacífico comenzaron a reexaminar la siguiente fase, esto es la invasión del archipiélago nipón. Los ataques kamikaze y la negativa de los japoneses a presentar la rendición, así como el conocimiento de su disposición para la guerra biológica, hacían que su misión tuviera que ser aleccionadora a la vez que decisiva. El plan ya había sido acordado por los jefes del estado mayor conjunto en 1944. Según sus cálculos, la Operación Olympic para conquistar en el mes de noviembre la isla de Kyushu, situada en el sur del archipiélago, iba a costar unas cien mil bajas, y la Operación Coronet para invadir en marzo de 1946 la isla principal, Honshu, alrededor de doscientas cincuenta mil.

El almirante King y el general Arnold preferían bombardear y aislar Japón, utilizando el hambre para forzar su rendición. MacArthur y el Ejército de los Estados Unidos no estaban de acuerdo, pues consideraban que podían pasar años antes de conseguir el objetivo, y que todo aquello provocaría muchísimos sufrimientos totalmente innecesarios. Además, iba a suponer que murieran de hambre la mayoría de los prisioneros de guerra aliados y los trabajadores forzosos. Y como los bombardeos de Alemania no habían conseguido obtener la victoria, el ejército logró que la marina volviera a contemplar la idea de emprender una invasión.

El Ejército Imperial estaba decidido a combatir hasta el final, en parte debido a un temor irracional de que se produjera una sublevación comunista, y en parte debido al orgullo *bushido,* Sus líderes consideraban inviable una rendición porque en las *Instrucciones para* el Servicio Militar del general Tōjō se declaraba: «No sobrevivas en la vergüenza como prisionero. Muere, para asegurarte que tras de ti no has dejado rastros de ignominia».[7] Los políticos civiles del «partido de la paz» que querían negociar con los Aliados habrían podido ser detenidos, o incluso asesinados, de no haber sido por la incertidumbre del propio emperador, que no sabía qué decisión debía adoptar. El antiguo primer ministro, el príncipe Konoe Fuminaro, comentaría más tarde que «el ejército había

excavado cuevas en las montañas, y su idea de seguir combatiendo consistía en resistir desde cada agujero, desde cada roca de las montañas».[8] El ejército nipón también pretendía que la población civil muriera con él. Se formó un Cuerpo Patriótico de Lucha Ciudadana, muchos de cuyos miembros estarían armados con nada más que simples lanzas de bambú. Otros se atarían al cuerpo cargas explosivas que harían detonar cuando se arrojaran contra los tanques. Incluso las muchachas fueron presionadas para inmolarse voluntariamente en aras de la patria.

Las autoridades militares japonesas rechazaban la idea de una rendición incondicional porque pensaban también que los conquistadores pretendían derrocar al emperador. Aunque una abrumadora mayoría de los americanos quería precisamente eso, el Departamento de Estado y los jefes del estado mayor conjunto habían llegado a la conclusión de que lo mejor era conservarlo en el trono en un régimen de monarquía constitucional y suavizar los términos de la paz. La Declaración de Potsdam sobre Japón, publicada el 26 de julio, ni siquiera citaba al emperador para evitar una reacción política violenta en los Estados Unidos. El gobierno nipón ya había intentado acercarse al gobierno soviético, con la esperanza de que este actuara como mediador, ignorando que Stalin ya había acordado redesplegar sus ejércitos en Extremo Oriente para invadir Manchuria.

El éxito de la prueba de la primera bomba atómica en julio parecía ofrecer a los Estados Unidos una manera de conmocionar a los japoneses y obligarlos a rendirse, y evitar así los grandes horrores que iba a comportar una invasión. Tras numerosos análisis y muchos debates, Tokio y la antigua capital imperial, Kioto, fueron tachadas de la lista de posibles objetivos. Hiroshima, que no había sufrido tanta destrucción como otras ciudades durante las incursiones de los bombarderos de LeMay, fue elegida «primer objetivo», y Nagasaki «siguiente objetivo» si los japoneses no daban muestras de aceptar la rendición.

La mañana del 6 de agosto, tres B-29 Superfortaleza aparecieron en el cielo de Hiroshima. Dos de ellos disponían de cámaras y equipos científicos para registrar los efectos. El tercero, el *Enola Gay*, abrió las portezuelas del compartimento de bombas a las 08:15, y apenas un minuto después prácticamente toda la ciudad de Hiroshima se desintegró en medio de una explosión de luz cegadora. Alrededor de cien mil personas murieron al instante, y miles y miles perecieron más tarde debido a la radiación, la gravedad de sus quemaduras y la conmoción. El estado mayor del presidente Truman en Washington emitió un comunicado advirtiendo a los japoneses que si no

presentaban inmediatamente la rendición, «podían esperar del cielo una lluvia de ruina y desgracias jamás vista en la tierra hasta ahora».[9]

Al cabo de dos días, fuerzas del Ejército Rojo cruzaban la frontera de Manchuria. Stalin no tenía la más mínima intención de quedarse sin el botín que se le había prometido en forma de territorio. El 9 de agosto, después de que Tokio siguiera sin pronunciarse, fue lanzada sobre Nagasaki una segunda bomba, que acabó con la vida de unas treinta y cinco mil personas. El emperador, profundamente conmovido por la suerte atroz de aquellos súbditos, pidió que le proporcionaran toda la información posible. Parece bastante claro que sin las bombas atómicas no habría reunido el valor y la tranquilidad que más tarde demostraría para poner fin a la guerra.

Los ataques contra Tokio y la decisión de lanzar las bombas atómicas estuvieron impulsados por la urgencia que sentían los americanos de «acabar con este asunto». Pero la posibilidad de una fuerte resistencia kamikaze, tal vez incluso con armas biológicas, amenazaba con desencadenar una batalla mucho más encarnizada que la de Okinawa. Si en los combates en esta isla había perecido aproximadamente una cuarta parte de su población, una lucha de envergadura similar en el archipiélago nipón habría dado lugar a un número de bajas civiles muy superior a las producidas por las dos bombas atómicas. Otras

consideraciones, sobre todo la tentación de demostrar el poderío de los Estados Unidos a una Unión Soviética que en aquellos momentos imponía despiadadamente su voluntad en Europa central, desempeñaron un papel importante, aunque no decisivo, en todo el asunto.

Si bien es cierto que varios civiles que formaban parte del gobierno japonés quisieron entablar negociaciones, el principio del que partían, a saber, que se permitiera a Japón conservar Corea y Manchuria, jamás habría sido aceptado por los Aliados. Incluso esta facción partidaria de la paz se negaba a aceptar cualquier idea de culpabilidad de Japón en el estallido de la guerra, y no estaba dispuesta a admitir que se iniciaran procesos internacionales por unos crímenes cometidos por el Ejército Imperial que se remontaban a la primera invasión de territorio chino en 1931.

Pocas horas antes de que cayera la segunda bomba atómica sobre Nagasaki, el Consejo Supremo para la Dirección de la Guerra había celebrado una reunión para estudiar la posibilidad de aceptar la Declaración de Potsdam. Los representantes del cuartel general imperial siguieron oponiéndose rotundamente a semejante idea. El 9 de agosto, a última hora de la tarde, justo después de que cayera la segunda bomba atómica sobre Nagasaki, el emperador volvió a convocar a los miembros del Consejo Supremo. Dijo que debían aceptar los términos, siempre y cuando se garantizaran la dinastía y su carácter sucesorio.

Esta condición fue transmitida a Washington al día siguiente. Hubo sentimientos contradictorios en las discusiones que se desarrollaron en la Casa Blanca. Algunos participantes, incluido James Byrnes, sostuvieron que no había que hacer concesión alguna. Stimson, el secretario de guerra, adujo de manera más convincente que solo la autoridad del emperador podía persuadir a las fuerzas armadas japonesas de que debían rendirse. Esto ahorraría a los americanos un sinfín más de batallas, y dejaría a los ejércitos soviéticos menos tiempo para hacer de las suyas en la región.

La respuesta americana, que volvía a hacer hincapié en que se permitiría a los japoneses elegir la forma de gobierno que desearan, llegó a Tokio a través de la embajada imperial en Suiza. Las autoridades militares siguieron negándose a reconocer la derrota. Las discusiones se prolongaron varios días, mientras los bombarderos americanos continuaban su campaña, si bien no fueron utilizadas más bombas atómicas por orden de Truman. Por fin el 15 de agosto el emperador dio un paso adelante y anunció que había decidido que debían aceptar la Declaración de Potsdam. Los ministros y las autoridades militares estallaron en sollozos. También dijo que estaba dispuesto a grabar un mensaje radiofónico dirigido a la nación, hecho absolutamente sin precedentes.

Aquella noche, unos oficiales del ejército intentaron

dar un golpe de estado para evitar la transmisión del comunicado del emperador. Tras persuadir con engaños al 2.° Regimiento de la Guardia Imperial de que se uniera a ellos, entraron en el palacio imperial para destruir el mensaje grabado por el emperador anunciando la capitulación de Japón. El soberano y el marqués Kido, chambelán de la corte, lograron ocultarse. Los rebeldes no encontraron nada y cuando llegaron tropas leales, el comandante Hatanaka Kenji, principal cabecilla de la conjura, supo que no le quedaba más alternativa que el suicidio. Diversos líderes militares tomaron la misma determinación.

El 15 de agosto, a mediodía, las emisoras de radio niponas retransmitieron el mensaje previamente grabado por el emperador, instando a sus fuerzas a rendirse porque la situación de la guerra había evolucionado «no precisamente a favor de los intereses de Japón». Oficiales y soldados escucharon sus palabras por la radio mientras las lágrimas corrían por sus mejillas. Muchos de ellos se habían arrodillado para reverenciar la voz del divino Mikado, una voz que no habían oído nunca. Algunos pilotos despegaron con sus aparatos en una misión final de *gyokusai* o «autoaniquilación gloriosa». La mayoría fueron interceptados y derribados por cazas americanos. La imagen que tenía de sí misma la raza Yamato guardaba numerosas similitudes con la del *Herrenvolk* nazi. En una

actitud que recordaba la del ejército alemán después de la Primera Guerra Mundial, muchos soldados japoneses seguirían convencidos de que «Japón perdió la guerra, pero nosotros nunca perdimos una batalla».[10]

El 30 de agosto fuerzas de los Estados Unidos desembarcaron en Yokohama para empezar la ocupación de Japón. Durante los diez días siguientes se notificaron mil trescientos treinta y seis casos de violación en Yokohama y la región limítrofe de Kanagawa.[11] Al parecer, también las tropas australianas perpetraron muchas violaciones. Era algo que ya esperaban las autoridades japonesas. El 21 de agosto, nueve días antes de la llegada de las fuerzas aliadas, el gobierno nipón había convocado un consejo de ministros para crear una Asociación de Recreo y Entretenimiento que proporcionara mujeres de solaz a sus conquistadores. Las autoridades locales y los jefes de policía recibieron la orden de organizar a escala nacional una red de burdeles militares en los que prestaran sus servicios las prostitutas ya existentes, pero también geishas y otras muchachas. Con ello se pretendía reducir el número de violaciones. El primer centro fue abierto en un suburbio de Tokio el 27 de agosto, y a continuación fueron inaugurados centenares de locales parecidos. Uno de los burdeles estaba gestionado por la amante del general Ishii Shirō, el jefe de la Unidad 731. A finales de año habían sido reclutadas de manera más o menos forzosa alrededor de veinte mil jóvenes para

satisfacer a sus conquistadores.

La rendición oficial de Japón no tuvo lugar hasta el 2 de septiembre. El general MacArthur, acompañado del almirante Nimitz, la recibió en una mesa colocada en la cubierta del acorazado estadounidense *Missouri* anclado en la bahía de Tokio, frente a las costas de Yokohama. Al acto asistieron dos figuras sumamente demacradas que acababan de ser liberadas de su cautiverio: el general Percival, que había presentado la rendición de los británicos en Singapur, y el general Wainwright, el comandante americano de Corregidor.

Aunque los combates habían terminado en todo el Pacífico y en el Sudeste Asiático el 15 de agosto, la guerra continuó en Manchuria hasta el día antes de la ceremonia en la bahía de Tokio. El 9 de agosto, tres frentes soviéticos, integrados por un millón seiscientos sesenta y nueve mil quinientos hombres, al mando del mariscal Vasilevsky, invadieron el norte de China y Manchuria. Un cuerpo de caballería mongola situado en el extremo de su flanco derecho cruzó el desierto de Gobi y la cordillera del Gran Khingan. El momento y la rapidez de la ofensiva del Ejército Rojo pillaron a los japoneses por sorpresa. Aunque contaban con un millón de hombres, sus fuerzas cayeron enseguida.

Muchos murieron luchando hasta el final y otros muchos se suicidaron, pero seiscientos setenta y cuatro mil fueron hechos prisioneros.

Su destino en los campos de trabajo de Siberia y Magadan fue muy duro. Solo sobrevivió la mitad de ellos. Las familias de colonos japoneses, abandonadas por el ejército, también sufrieron muchas penalidades. Algunas madres, cargadas con sus hijos a las espaldas, intentaron esconderse en las montañas. De los doscientos veinte mil colonos, perdieron la vida unos ochenta mil. Algunos perecieron a manos de los chinos y alrededor de sesenta y siete mil murieron de hambre o se suicidaron. Solo ciento cuarenta mil lograron regresar a Japón. Su experiencia fue similar en muchos sentidos a la de los colonos alemanes establecidos en Polonia.[12]

Los soldados del Ejército Rojo violaron a las japonesas a su antojo en lo que había sido el reino títere de Manchukuo. Un numeroso grupo de mujeres, a las que un oficial japonés había dicho que la guerra estaba perdida, recibió el consejo de permanecer juntas. Casi mil de ellas se hacinaron en los hangares del aeródromo de Beian. «A partir de ese momento se desató el infierno», comentaría una niña huérfana llamada Yoshida Reiko. «Llegaron los rusos y dijeron a nuestros dirigentes que tenían que proporcionar mujeres a las tropas rusas como despojos de guerra... Cada día venían soldados rusos y se llevaban a diez

chicas. Las mujeres volvían a la mañana siguiente. Algunas se suicidaron... Los soldados rusos nos decían que si no se iba con ellos ninguna mujer, quemarían el hangar y lo arrasarían con todas nosotras dentro. Así que algunas mujeres, en su mayoría solteras, se levantaban y se iban con ellos. En aquella época yo no entendía lo que les pasaba a esas mujeres, pero recuerdo con toda claridad que las mujeres con hijos rezaban por las que se iban, dando gracias por su sacrificio».[13] No solo las civiles, también las enfermeras militares japonesas padecieron muchos abusos. Las setenta y cinco enfermeras del hospital militar de Sun Wu se convirtieron en la versión soviética de las mujeres de solaz.

Apoderarse de las islas Kuriles y de las Sakhalin del Sur supuso para las tropas del Ejército Rojo una labor mucho más difícil. Lamentablemente mal preparadas para llevar a cabo desembarcos anfibios, sufrieron muchas pérdidas, tanto en la fase de aproximación como en tierra. Stalin tenía el plan de ocupar también el norte de la isla de Hokkaido, pero Truman rechazó tajantemente su propuesta.

La invasión soviética de Manchuria y del norte de China fue acogida con alegría por los seguidores de Mao Tse-tung. No obstante, cuando una columna del Ejército Rojo avanzó hacia Chahar y fue recibida con vítores por las guerrillas del VIII Ejército de Ruta, los rusos pensaron que eran bandidos debido a las ropas andrajosas y las primitivas

armas que llevaban, y las desarmaron.[14] No tardaron en cambiar las cosas. Aunque Stalin reconocía oficialmente al gobierno de Chiang Kai-shek, las tropas soviéticas permitieron a los comunistas chinos quedarse con los montones de fusiles y ametralladoras arrebatados a los japoneses. Como temía Chiang Kai-shek, las fuerzas de Mao no tardaron en convertirse en un ejército formidablemente armado.

El general Wedemeyer, con órdenes de Washington de ayudar a los nacionalistas a restablecer el control, les suministró aviones de transporte norteamericanos para trasladar a algunas unidades a las ciudades del centro y el este de China. Chiang estaba especialmente interesado en volver a fijar su capital en Nanjing. Sabía que estaba disputando una carrera con los comunistas para apoderarse de tanto territorio como pudiera. Pero a la hora de ganarse a la población en general, los peores enemigos de los nacionalistas eran ellos mismos. Sus comandantes no estaban interesados en las zonas rurales circundantes. Trataron a las ciudades previamente ocupadas por los japoneses como territorio conquistado, saqueando todo lo que quisieron. Y la moneda nacionalista, que fue introducida de nuevo, provocó una inflación incontrolable.

Los comunistas fueron mucho más inteligentes. Sabían que el poder radicaba en las zonas rurales, pues los que controlaran el suministro de productos alimenticios en

la guerra civil que se avecinaba acabarían controlándolo todo. El trato un poquito mejor que dispensaron a los campesinos les permitió movilizar a las masas y ponerlas de su parte, lo que no era nada difícil, pues el apoyo a los nacionalistas ya había disminuido antes de que se produjera la derrota de Japón. Los jóvenes, en especial los estudiantes, se unieron al partido comunista en tropel.

Al tiempo que se dedicaban a dar caza a los «enemigos del pueblo», los comunistas ocultaron con suma habilidad el carácter totalitario del régimen que pretendían imponer ante los extranjeros que visitaron su capital, Yenan. La periodista Agnes Smedley, admiradora, compañera de viaje y a veces agente de la Comintern, se mostró «profunda e irrevocablemente convencida» de que los suyos «son los principios que guiarán y salvarán a China, que darán los mayores impulsos a todas las naciones sometidas de Asia, y crearán una nueva sociedad humana. Esta convicción de mi mente y de mi corazón me da la mayor paz que he conocido».[15]

Smedley, Theodore White y otros influyentes escritores americanos no podían aceptar ni por un momento que Mao llegara a convertirse en un tirano mucho peor que Chiang Kai-shek. El culto a la personalidad, el Gran Salto Hacia Adelante que acabó matando a más personas que las que murieron durante toda la Segunda Guerra Mundial, la locura cruel de la Revolución Cultural y

los setenta millones de víctimas de un régimen que en muchos aspectos fue peor que el estalinismo, estaban completamente fuera de su imaginación.

Debido a la supremacía naval y aérea de la Marina de los Estados Unidos, las fuerzas japonesas que continuaban atrapadas en Cantón, Hong Kong, Shanghai, Wuhan, Pekín, Tientsin y otras ciudades menores del este de China eran muy numerosas. Los ingleses no tenían intención de abandonar sus pretensiones sobre su colonia ni de entregarla a los nacionalistas chinos, como habían dado a entender anteriormente. Los americanos habían intentado presionar a Churchill, pero como habían prometido a Stalin el sur de Sakhalin, las islas Kuriles y partes de Manchuria, que habían sido territorio chino, el primer ministro no veía motivo alguno para alcanzar un compromiso. Sin embargo, con las tropas norteamericanas en la China continental y la marina estadounidense controlando el mar de la China Meridional, Londres sabía que tendría que actuar con rapidez. Wedemeyer, que sentía muy poca simpatía por los ingleses, no había querido dar permiso a ningún tipo de actividad de la SOE en la zona. Los nacionalistas habían infiltrado un grupo en Hong Kong para intentar apoderarse de la colonia cuando se retiraran los japoneses, y también desarrollaba sus actividades en la zona la Columna del Río del Este de los comunistas. Careciendo de tropas sobre el terreno, los británicos sabían que no podrían recuperar

nunca su colonia.[16]

A primeros de agosto, quedó patente que solo la Marina Real podía darles una oportunidad, y así nació la Operación Ethelred. La 11.ª Escuadra de Portaaviones del contraalmirante Cecil Harcourt, a la sazón en Sydney, recibió la orden de dirigirse a toda velocidad a Hong Kong el día 15 de agosto, en cuanto se anunció la rendición de los japoneses. La flota británica del Pacífico estaba a las órdenes de los estadounidenses, así que Attlee, el nuevo primer ministro, no tuvo más remedio que pedir permiso al presidente Truman, cosa que hizo tres días después. Ese mismo día, el secretario del Foreign Office, Ernest Bevin, envió un telegrama a Chiang Kai-shek explicándole que como los ingleses se habían visto obligados a entregar Hong Kong a los japoneses, seguramente comprendería como militar que el honor exigía que fueran ellos quienes aceptaran la capitulación de Japón.

Chiang no se dejó enredar y apeló a los Estados Unidos. Truman no tenía el mismo celo anticolonialista de Roosevelt y consideraba a los ingleses unos aliados más importantes que los chinos. El general MacArthur también apoyó las pretensiones británicas. Wedemeyer mantuvo firmemente su oposición, pero todavía no había desplegado sus divisiones chinas. A pesar del desaire de Truman, Chiang envió a su I y a su XIII Ejército a la provincia de Kwantung, si bien se guardó muy mucho de enfrentarse a

los ingleses y a los americanos, cuya ayuda necesitaría en la guerra civil que se avecinaba. Las guerrillas de la Columna del Río del Este se lanzaron a desarmar a las fuerzas japonesas en Cantón y en los Nuevos Territorios de Hong Kong, pero tampoco ellos tenían intención de combatir contra una fuerza británica. Simplemente querían asegurarse de que los nacionalistas no tomaban la ciudad.

La escuadra de Harcourt entró en el puerto Victoria el 30 de agosto. Una vez en tierra, la Real Infantería de Marina y los chaquetas azules desfilaron con gallardía, pues previamente habían recibido la orden de «quedar bien» con el fin de recuperar todo el prestigio que Gran Bretaña había perdido hacía tres años y medio. Un gobierno provisional, con un gobernador elegido entre los funcionarios que estaban prisioneros en la plaza, ya había empezado a dar algunos pasos para crear una administración incipiente. Todo ello se llevó a cabo con el consentimiento de los oficiales japoneses, que preferían con mucho rendirse a los ingleses antes que hacerlo a las fuerzas nacionalistas o a las comunistas.

La guerra civil soterrada que libraban en Shanghai los comunistas y los nacionalistas cesó temporalmente el 19 de septiembre, cuando llegó parte de la Séptima Flota del almirante Kincaid. Cargada con las provisiones y pertrechos almacenados para la invasión de Japón, fue acogida con los brazos abiertos por la población

hambrienta. Los prisioneros aliados desconocían el vocabulario de guerra. «¿Qué es un jeep?», preguntó un civil que había estado cautivo en Shanghai.[17]

Los prisioneros de guerra aliados habían sido la prioridad indiscutible de los envíos de ayuda inmediatamente después de la rendición de Japón. En algunos casos, los auxilios llegaron rápidamente, pero otros prisioneros tuvieron que aguardar varias semanas. Muchos fueron asesinados por sus guardianes después de la rendición. En la cárcel de Changi, a las afueras de Singapur, los prisioneros se mostraron desdeñosos cuando los guardias nipones empezaron de pronto a saludarlos y a ofrecerles agua. La aviación aliada lanzó provisiones de víveres sobre los campos de prisioneros ya identificados. Siempre que fue posible también se lanzaron en paracaídas equipos médicos encargados de prestar cuidados a los cautivos, que los recibieron con lágrimas de alivio, pues no podían creer que su desgracia había acabado. La mayoría de ellos no eran más que esqueletos ambulantes, y muchos estaban tan débiles como consecuencia del beriberi y otras enfermedades que ni siquiera podían tenerse en pie.

De los ciento treinta y dos mil ciento treinta y cuatro prisioneros de guerra en manos de los japoneses, perecieron treinta y cinco mil setecientos cincuenta y seis, lo que supone un índice de mortalidad del veintisiete por ciento. Los condenados a trabajar como mano de obra

esclava para los japoneses que no lograron sobrevivir como consecuencia del trato recibido fueron muchos más. Las mujeres de solaz, pertenecientes a distintas nacionalidades, que habían sido víctimas de los abusos de los japoneses, sufrieron graves lesiones psicológicas que durarían el resto de sus vidas. Un número desconocido de ellas se suicidó, pues pensaron que no podrían regresar nunca a sus hogares después de las humillaciones que se les habían venido encima.

Fueron muchos los prisioneros de los japoneses que corrieron una suerte particularmente terrible y cruel. El general MacArthur asignó a las fuerzas australianas la dolorosa tarea de eliminar las bolsas de japoneses que quedaban en Nueva Guinea y Borneo. Los informes reunidos posteriormente por las autoridades estadounidenses y la Sección de Crímenes de Guerra australiana pusieron de manifiesto que «la práctica generalizada del canibalismo entre los soldados japoneses en la guerra de Asia y el Pacífico fue algo más que una serie de meros incidentes casuales perpetrados por algunos individuos o por pequeños grupos aislados sometidos a circunstancias extremas. Los testimonios indican que el canibalismo fue una estrategia militar sistemática y organizada».[18]

La costumbre de tratar a los prisioneros como «ganado humano» no se había producido como

consecuencia de la relajación de la disciplina. Normalmente era dirigida por los oficiales. Aparte de la población local, entre las víctimas del canibalismo hubo soldados papúes, prisioneros de guerra australianos, americanos e indios que se habían negado a unirse al Ejército Nacional Indio. Al final de la guerra, sus captores japoneses habían mantenido vivos a los indios para sacrificarlos y comérselos uno cada vez. Ni siquiera la inhumanidad del Plan Hambre de los nazis en el este descendió nunca hasta semejantes niveles. Como el asunto resultaba tan terrible para las familias de los soldados muertos en la Guerra del Pacífico, los Aliados eliminaron toda la información sobre este tema y el canibalismo nunca figuró como delito en el Tribunal de Crímenes de Guerra de Tokio en 1946.

La guerra en el Sudeste de Asia y en el Pacífico había causado una destrucción indescriptible. China se hallaba en ruinas y su agricultura había quedado destrozada, y ahora su población, exhausta, se enfrentaba a una guerra civil que duraría hasta 1949. Murieron más de veinte millones de sus ciudadanos. Los historiadores chinos han elevado recientemente esos cálculos hasta los cincuenta millones. Entre cincuenta y noventa millones de refugiados habían

salido huyendo de los japoneses, y ahora no les quedaban hogares ni familiares a los que volver. Esos niveles aterradores de miseria casi eclipsaban los de Europa, que se hallaba desgarrada además por las tensiones políticas.

Desde agosto de 1945, las autoridades soviéticas empezaron a devolver a su país a los soldados rasos italianos. Los grupos comunistas se reunieron ante los trenes que los traían de vuelta ondeando banderas rojas. Para su sorpresa, vieron que los prisioneros liberados gritaban desde sus vagones: *Abbasso il* comunismo!. En la estación se desencadenaron duras peleas. La prensa comunista trató de «fascistas» a todos los que criticaban las condiciones reinantes en los campos rusos, o decían que la Unión Soviética no era el paraíso de los trabajadores. El líder del partido comunista italiano (PCI), Palmiro Togliatti, suplicó a sus amos soviéticos que retrasaran el regreso de los oficiales italianos hasta después de las elecciones y el referéndum del 2 de junio de 1946. Los primeros no llegaron a Italia hasta el mes de julio.

En Polonia la represión soviética continuó cebándose en los no comunistas. Un claro indicio de las prioridades del NKVD nos lo revela el hecho de que al general Nikolai Selivanovsky se le asignaron quince regimientos de tropas de seguridad para Polonia, mientras que a Serov en Alemania solo le dieron diez. Beria ordenó a Selivanovsky

«combinar las obligaciones de representante del NKVD de la URSS y de consejero soviético del Ministerio de Seguridad Pública de Polonia».[19] La definición sumamente personal que daba Stalin de «una Polonia libre e independiente», tal como había prometido en Yalta, no solo venía determinada por su odio a los polacos, sino que, impresionado todavía por lo cerca de la derrota que había estado la Unión Soviética en 1941, el dictador soviético quería una serie de estados comunistas satélites que hicieran de parapeto. Solo lo había salvado el sacrificio de nueve millones de soldados, por no hablar del de los dieciocho millones de civiles.

Durante la Segunda Guerra Mundial, los individuos que más sufrieron en Europa fueron los que se vieron atrapados entre los dos grandes pilares del totalitarismo, y «murieron como consecuencia de la *interacción* de los dos sistemas».[20] Desde 1933 catorce millones de personas perdieron la vida en Ucrania, Bielorrusia, Polonia, las Repúblicas Bálticas y los Balcanes. La inmensa mayoría de los cinco millones cuatrocientos mil judíos asesinados por los nazis en la supuesta victoria de Hitler procedía de esas regiones.

La Segunda Guerra Mundial, con sus ramificaciones

globales, fue el mayor desastre de la historia provocado por la mano del hombre. Las estadísticas que tratan de recoger el número de muertos —sesenta o setenta millones— escapan a nuestra comprensión. La magnitud de las cifras resulta peligrosamente apabullante, como supo comprender instintivamente Vasily Grossman. En su opinión, el deber de los supervivientes era tratar de identificar a los millones de fantasmas que llenaban las fosas comunes como individuos, y no como gente anónima diluida en categorías caricaturizadas, porque ese tipo de deshumanización era precisamente el que buscaban sus ejecutores.

Además de los muertos, hubo infinidad de personas que quedaron lisiadas tanto psicológica como físicamente. En la Unión Soviética, los «samovares» mutilados fueron hechos desaparecer de las calles. Ese destino, junto con la consiguiente pérdida de la virilidad, era al que los soldados del Ejército Rojo temían más que a la muerte. Los tullidos eran un embarazoso recordatorio de que existía un purgatorio entre los héroes muertos y los supervivientes heroicos que desfilaban cada año luciendo sus medallas.

Tras recibir el manto de «guerra justa», la Segunda Guerra Mundial ha pesado sobre las generaciones siguientes mucho más que cualquier otro conflicto de nuestra historia. Provoca una mezcla de sentimientos encontrados porque nunca podría estar a la altura de esta

imagen, sobre todo teniendo en cuenta que la mitad de Europa tuvo que ser entregada a las fauces de Stalin para salvar a la otra mitad. Y aunque acabara en una derrota abrumadora de los nazis y los japoneses, es evidente que la victoria no consiguió la paz mundial. En primer lugar, estaban las guerras civiles latentes que amenazaban Europa y Asia y que estallaron en 1945. Luego vino la Guerra Fría, con el trato dispensado por Stalin a Polonia y Europa central. Junto con la Guerra Fría se produjeron los conflictos anticolonialistas en el Sudeste asiático y en África. Y no podemos olvidar que la serie de enfrentamientos en Oriente Medio empezó con la inmigración masiva de judíos a Palestina después de la liberación de los campos de concentración.

Algunos lamentan que la Segunda Guerra Mundial siga ejerciendo una influencia avasalladora casi siete décadas después de su conclusión, como demuestra el número desproporcionado de libros, películas y series de televisión, mientras que los museos siguen alimentando toda una industria del recuerdo. Este fenómeno no debería sorprendernos, aunque solo sea porque la naturaleza del mal parece despertar una fascinación infinita. La elección moral es el elemento fundamental del drama humano, porque se encuentra en el mismísimo corazón de la propia humanidad.

Ningún otro período de la historia constituye una

fuente tan copiosa para el estudio de los dilemas, de la tragedia del individuo y de la tragedia de las masas, de la corrupción de la política del poder, de la hipocresía ideológica, de la egolatría de los mandos militares, de la traición, de la perversidad, del autosacrificio, del sadismo sin límites y de la compasión imprevisible. En resumen, la Segunda Guerra Mundial supone un reto a la generalización y a la categorización de los seres humanos que con tanta vehemencia rechazaba Grossman.

Existe, sin embargo, un peligro muy real de que la Segunda Guerra Mundial se convierta en un punto de referencia inmediato, tanto de la historia moderna como de todos los conflictos actuales. En una crisis, los periodistas y los políticos a un tiempo buscan instintivamente paralelismos con la Segunda Guerra Mundial, ya sea para dramatizar la gravedad de la situación, ya sea para intentar emular a Roosevelt o a Churchill. Comparar el 11-S con Pearl Harbor, o poner a Nasser y a Saddam Hussein a la misma altura que Hitler, no supone solo establecer un paralelismo histórico inexacto. Las comparaciones de este tipo son peligrosamente engañosas y corren el riesgo de producir la reacción estratégica equivocada. Los líderes de las democracias pueden acabar prisioneros de su propia retórica, igual que los dictadores.

Cuando profundizamos en la enormidad de la Segunda Guerra Mundial y sus víctimas, tratamos de absorber todas

esas estadísticas de tragedia nacional y étnica. Ello hace que pasemos por alto la manera en la que la Segunda Guerra Mundial vino a cambiar la vida de todo el mundo de una forma imposible de predecir. Probablemente fueran muy pocos los que compartieran la extraordinaria experiencia de Yang Kyoungjong, el joven coreano que se vio obligado a servir en el Ejército Imperial, el Ejército Rojo y la Wehrmacht. Otras historias nos sorprenden de distinta manera y por distintas razones.

Un breve párrafo de un informe de la policía de seguridad francesa, la DST, de junio de 1945, señalaba que había sido encontrada en París la esposa de un agricultor alemán. La mujer en cuestión se había colado en un tren que traía de vuelta a su país a unos franceses deportados a los campos de concentración de Alemania. Daba a entender que había tenido una aventura ilícita con un prisionero de guerra francés asignado a su granja de Alemania mientras su marido se encontraba en el frente oriental. Se había enamorado tanto de aquel enemigo de su patria que lo había seguido hasta París, donde había sido detenida por la policía. Esos eran todos los detalles que se daban.

Estas breves líneas suscitan muchas preguntas. ¿Habría sido en vano aquel viaje suyo tan dificultoso, aunque no hubiera sido detenida por la policía? ¿Le habría dado su amante una dirección equivocada porque ya estaba casado? Y en cuanto a él, ¿habría vuelto a su casa, como

pocos pudieron hacer, para descubrir que su esposa había tenido en su ausencia un hijo con un soldado alemán? Se trata, naturalmente, de una tragedia menor en comparación con cualquier cosa de lo que sucedió más al este. Pero no deja de ser un patético recordatorio de que las consecuencias de las decisiones de líderes como Hitler o Stalin supusieron la destrucción de cualquier seguridad en el entramado tradicional de la vida humana.

AGRADECIMIENTOS

El presente libro ha sido fruto de una génesis muy simple y que no ha tenido nada de heroica. Siempre me ha incomodado el hecho de que se me consulte como experto generalista de la Segunda Guerra Mundial, pues soy plenamente consciente de las lagunas que tienen mis conocimientos, especialmente en lo tocante a algunos aspectos con los que no estoy tan familiarizado. Estas páginas constituyen en parte una expiación, pero sobre todo un intento de comprender cómo encaja un rompecabezas tan complejo con las consecuencias directas e indirectas de las acciones y las decisiones, desarrolladas y tomadas en unos teatros de operaciones tan distintos unos de otros.

Los últimos veinte años han sido testigos de una sorprendente producción de excelentes investigaciones y estudios sobre este tema tan extenso por parte de muchos de mis colegas y amigos. Este libro, por supuesto, ha contraído una inmensa deuda con el trabajo y el buen criterio de todos ellos. Gracias, pues, a Anne Applebaum, Rick Atkinson, Omer Bartov, Chris Bellamy, Patrick Bishop, Christopher Browning, Michael Burleigh, Alex Danchev, Norman Davies, Tami Davis Biddle, Cario D'Este, Richard Evans, M. R. D. Foot, Martin Gilbert, David Glantz, Christian Goeschel, Max Hastings, William I. Hitchcock,

Michael Howard, John Keegan, Ian Kershaw, John Lukacs, Ben Macintyre, Mark Mazower, Catherine Merridale, Don Miller, Richard Overy, Laurence Rees, Anna Reid, Andrew Roberts, Simon Sebag Montefiore, Ben Shephard, Timothy Snyder, Adam Tooze, Hans van de Ven, Nikolaus Wachsmann, Adam Zamoyski y Niklas Zetterling.

Estoy profundamente agradecido a mi editor francés, Ronald Blunden, por haberme prestado los documentos y despachos de su padre, el corresponsal de guerra australiano Godfrey Blunden, que cubrió los combates en Stalingrado y en otros lugares del frente oriental, y que luego fue corresponsal de guerra en Italia durante el avance hacia Alemania. Pero también ha habido otros que me han proporcionado materias, sugerencias y consejos. Vaya, pues, mi agradecimiento al profesor Omer Bartov, al Dr. Philip Boobbyer, al Dr. Tom Buchanan, a John Corsellis, a Sebastian Cox del Departamento de Historia de la RAF, al profesor Tami Davis Biddle del US Army War College, a James Holland, a Ben Macintyre, a Javier Marías, a Michael Montgomery por su información acerca del hundimiento del buque australiano *Sydney,* a Jens Antón Poulsson de la resistencia noruega, al Dr. Piotr Sliwowski, jefe del Departamento de Historia del Museo de la Sublevación de Varsovia, al profesor Rana Mitter, a Gilles de Margerie, al profesor Hew Strachan, a Noro Tamaki, al profesor Martti Turtola de la Universidad Nacional de

Defensa de Finlandia de Helsinki, al profesor Hans van de Ven, a Stuart Wheeler, a Keith Miles y Joze Dezman por los documentos aportados acerca de las matanzas de Tito en Eslovenia, a Stephane Grimaldi y a Stephane Simmonet del Memorial de Caen.

Estoy profundamente agradecido al profesor sir Michael Howard, que amablemente leyó todo el manuscrito y me proporcionó sus valiosos comentarios y consejos; a Jon Halliday y a Jung Chang, que repasaron los capítulos relacionados con la guerra chino-japonesa y corrigieron numerosos errores; y a Angélica von Hase, que repasó todas mis traducciones del alemán. Una vez más, tengo que agradecerle a ella y a la Dra. Lyubov Vinogradova todo el trabajo de investigación que han efectuado por mí en Alemania y en Rusia. Ni que decir tiene que cualquier equivocación que puedan contener estas páginas son única y exclusivamente responsabilidad mía.

Como siempre, tengo muchísimo que agradecer a mi viejo amigo y agente literario Andrew Nurnberg, y especialmente a Alan Samson, mi editor de Weidenfeld & Nicolson, que me animó a emprender este proyecto desde el principio y me proporcionó sus excelentes consejos a lo largo del camino; también a Bea Hemming, la editora que pacientemente me ha guiado en este proceso, haciéndomelo realmente fácil; y a Peter James, cuya reputación como el mejor corrector de textos de Londres

ha quedado sobradamente acreditada. Y, una vez más, quiero expresar mi eterna gratitud a Artemis Cooper, mi esposa que no ha dudado en interrumpir su trabajo para repasar una y otra vez todo el manuscrito y mejorarlo notablemente, y a nuestro hijo Adam, que me ha ayudado con la bibliografía y los documentos.

NOTAS

La bibliografía puede ser consultada en www.antonybeevor.com.

ABREVIATURAS UTILIZADAS EN LA ANOTACIÓN

AMPSB: Arkhiv Muzeya Panorami Stalingradskoy Bitvi (Archivo del Museo Panorámico de la batalla de Stalingrado), Volgogrado.

AN: Archives Nationales, París.

BA-B: Bundesarchiv, Berlín-Lichterfelde.

BA-MA: Bundesarchiv-Militärarchiv, Freiburg im Breisgau.

BfZ-SS: Bibliothek für Zeitgeschichte, Sammlung Sterz, Stuttgart.

CCA: Churchill College Archives, Cambridge.

DCD: Diarios de Duff Cooper (colección privada inédita, Londres).

DGFP: Documents on German Foreign Policy, 1918-1945, Serie D, Washington DC, 1951-1954.

Domarus: Max Domarus (ed.), *Hitler: Reden und Proklamationen, 1932-1945, 2* vols., Wiesbaden, 1973.

ETHINT: European Theater Historical Interrogations,

1945, USAMHI.

FMS: Foreign Military Studies, USAMHI.

FRNH: Final Report by Sir Nevile Henderson, 20 September 1939, Londres, 1939.

FRUS: Departamento de Estado, *The Foreign Relations of the United States*, 23 vols., Washington DC, 1955-2003.

GARF: Gosudarstvennyi Arkhiv Rossiiskoy Federatsii (Archivo Estatal de la Federación Rusa), Moscú.

GBP: Godfrey Blunden Papers (colección privada, París).

GSWW: Militargeschichtliches Forschungsamt (Instituto de Investigación de Historia Militar), *Germany and the Second World War* , 10 vols., Oxford, 1990-2012. (*Das Deutsche Reich und der Zweite Weltkrieg*, 13 vols., Stuttgart, 1978-2008).

IMT: International Military Tribunal (Tribunal Militar Internacional), *Trial of the Major German War Criminals* , Proceedings of the International Military Tribunal at Nuremberg (Actas del Tribunal Militar Internacional de Nuremberg), Londres, 1946.

IWM: Imperial War Museum, archivos de audio, Londres.

JJG: Journal of Joan Gibbons, diario inédito de la secretaria de sir Nevile Henderson (colección privada). KTB Kriegstagebuch.

KTB OKW: Kriegstagebuch des Oberkommandos der Wehrmacht (Wehrmachtführungsstab),1939-1945 , Frankfurt am Main, 1965.

MP: George C. Marshall Papers, Lexington, Va.

MPW: Muzeum Powstania Warszawskiego (Museo de la Sublevación de Varsovia), Varsovia.

NA II: National Archives II, College Park, Maryland.

NHHC: Naval History and Heritage Command, Washington DC.

OCMH-FPP: Office of the Chief of Military History, Forest Pogue Papers, USAMHI.

PDDE: The Papers of Dwight David Eisenhower, vol. III: *The War Years*, ed. por Alfred D. Chandler, Baltimore, Md, 1970.

PP: Papers of Lord Portal, Christ Church Library, Oxford.

RGALI: Rossiiskii Gosudarstvennyi Arkhiv Literaturi i Iskusstva (Archivo Estatal de Rusia de la Literatura y las Artes), Moscú.

RGASPI: Rossiiskii Gosudarstvennyi Arkhiv Sotsialno-Politicheskoi Istorii (Archivo Estatal de Rusia de Historia Sociopolítica), Moscú.

RGVA : Rossiiskii Gosudarstvennyi Voennyi Arkhiv (Archivo Estatal Militar de Rusia), Moscú.

RGVA-SA: «Archivo Especial» de documentación alemana capturada del RGVA.

SHD-DAT: Service Historique de la Défense, Département de l'Armée de Terre, Vincennes.

SOAG: Sir Charles Webster y Noble Frankland, *The Strategic Air Offensive against Germany, 1939-1945*, 4 vols., Londres, 1961.

SWWEC: Second World War Experience Centre, Walton, W. Yorks.

TBJG: Die Tagebücher von Joseph Goebbels, ed. por Elke Fröhlich, Munich, 29 vols., Munich, 1992-2005.

TNA: The National Archives, Kew.

TsAFSB: Tsentralnyi Arkhiv Federalnoi Sluzhby Bezopasnosti (Archivo Central del FSB, antigua KGB), Moscú.

TsAMO: Tsentralnyi Arkhiv Ministerstva Oborony (Archivo Central del Ministerio de Defensa), Podolsk.

TsKhIDK: Tsentr Khraneniya i Izucheniya Dokumentalnykh Kolletsii (Centro para la Conservación y el Estudio de Colecciones de Documentos Históricos), Moscú.

USACMH: US Army Cerner of Military History, Washington DC.

USAMHI: US Army Military History Institute, US Army War College, Carlisle, Pa.

VCD: Vasily Churkin, Diario de, *Voennaya literatura: dnevniki i pisma*, hrtp://militera.lib.ru/db/churkin.

VIZh: Voenno-Istoricheskii Zhurnal.

VOV: Vehkaya otechestvennaya voina, 1941-1945, Moscú, 1984.

INTRODUCCIÓN

1. Para la expresión «la catástrofe original», atribuida a George Kennan, véase Stephen Burgdorff y Klaus Wiegrefe (eds.), *Der Erste Weltkrieg. Die Urkatastrophe des 20.Jahrhunderts*, Munich, 2004, pp. 23-35, citado en Ian Kershaw, *Fateful Choices*, Londres, 2007, p. 3 (hay trad. cast.: *Decisiones trascendentales*, Península, Barcelona, 2008).

2. Véase Ernst Nolte, *Der europäische Bürgerkrieg 1917-1945*, Frankfurt am Main, 1988.

3. Michael Howard, «A Thirty Years War? The Two World Wars in Historical Perspective», en *Liberation or Catastrophe? Reflections on the History of the Twentieth Century*, Londres, 2007, pp. 35 y 67; Gerhard Weinberg, *A World at Arms — A Global History of World War II*, Cambridge, 2005, p. 2 (hay trad. cast.: *Un mundo en armas*, Grijalbo, Barcelona, 1995, 2 vols.).

4.Véanse Michael Burleigh, *The Third Reich*, Londres, 2000, pp. 149-215 (hay trad. cast.: *El tercer Reich*, Taurus, Madrid, 2002); Richard Evans, *The Coming of the Third Reich*, Londres, 2005 (hay trad. cast.: *La*

llegada del Tercer Reich, Península, Barcelona, 2005); e Ian Kershaw, *Hitler 1889-1936 — Hubris*, Londres, 1998 (hay trad. cast.: *Hitler 1889-1936*, Península, Barcelona, 2002).

5. Sebastian Haffner, *Defying Hitler*, p. 72.

6.TBJG, I, III, p. 351. El mejor análisis de los estudios llevados a cabo sobre los orígenes del Holocausto y las disputas históricas a las que este ha dado lugar lo encontramos en dos obras de Ian Kershaw, *The Nazi Dictatorship*, Londres, 2000, pp. 93-133, y *Hitler, the Germans and the Final Solution*, New Haven, 2008.

7. Adolf Hitler, *Mein Kampfp*. 1.

8.Véase Adam Tooze, *The Wages of Destruction*, Londres, 2006, p. 264.

9.*Ibidem*, p. 274.

10.Sebastian Haffner, *The Meaning of Hitler*, p. 18.

11. *Ibidem, p*. 19.

12. 23 de agosto de 1939, FRNH, p. 10.

13. Discurso de Hitler de 30 de enero de 1939, Domaras, II, p. 1058, citado en Ian Kershaw, *Hitler, 1936-1945, Nemesis*, Londres, 1998, pp. 152-153.

14.CCA, Duff Cooper Papers, DUFC 8/1 /14, citado en Richard Overy, *1939: Countdown to War*, p. 29.

1. EL ESTALLIDO DE LA GUERRA (junio-agosto de 1939)

1. Orto Preston Chaney, *Zhukov*, Oklahoma, 1971, pp. 62-65 (hay trad. cast.: *Zhukov*, Altaya, Barcelona, 2008).

2. Ella Zhukova, «Interesy ottsa», citado en I. G. Alexandrov, *Marshal Zhukov: Polkovodets i chelovek*, Moscú, 1988, vol. 1, p. 38.

3. En palabras de Dimitri Volkogonov, en Harold Shukman (ed.), *Stalin's Generals*, Londres, 1993, p. 313.

4. Citado en Robert Edwards, *White Death, Russia 's War on Finland 1939-1940*, Londres, 2006, p. 96.

5. Para el desarrollo y el curso del conflicto ruso-japonés, véanse Alvin D. Coox, *Nomonhan: Japan against Russia, 1939*, 2 vols., Stanford (CA), 1985; y Katsu H. Young, «The Nomonhan Incident: Imperial Japan and the Soviet Union», en *Monumenta Nipponica*, vol. 22, n° 1/2(1967), pp. 82-102.

6. Véase Mark R. Peattie, «The Dragon's Seed», en Pettie, Drea y van de Ven, *The Battle for China: Essays on the Military History of the Sino-Japanese War of 1937-1945*, Stanford, 2011,p. 55.

7. Para la operación de decepción de Zhukov, véase Chaney, *Zhukov*, pp. 69-70.

8. Para el relato pormenorizado de esta batalla, véanse Edward J. Drea, *Nomonhan: Japanese-Soviet Tactical Combat, 1939*, Fort Leavenworth, 1981; Alvin D. Coox, *Nomonhan: Japan against Russia*, 2 vols., Stanford,

1985; y *Georguii Zhukov Marshal Zhukov: Kakim my yego pomnin*, Moscú, 1988.

9. Citado en Chaney, p. 73.

10. Para el número de bajas, véase G. F. Krivosheev, *Grif sekrenosti sniat: Poteri vooruzhennykh sil SSSR v voinakh, boevykh deistviiahk, Ivoennykh konflihakh*, Moscú, 1993, pp. 77-85.

11. GSWW, vol. I, p. 685.

12. Citado en David Dilks (ed.), *The Diaries of Sir Alexander Cadogan*, Londres, 1971, p. 175.

13. Citado en Terry Charman, *Outbreak 1939*, Londres, 2009, p. 46.

14. Didier, *Nazi-Soviet Relación, 1939-1941*, Nueva York, 1948, p. 38.

15. Citado en Simón Sebag-Montefiore, *Stalin: The Court of the Red Tsar*, Londres, 2003, p. 269 (hay trad. cast.: *La corte del zar rojo*, Crítica, Barcelona, 2004).

16. JJG, jueves, 17 de agosto.

17. Véase GSWW, vol. II,p. 153.

18. Albert Speer, citado en Gitta Sereny, *Albert Speer: His Battle with Truth*, Londres, 1995, p. 207 (hay trad. cast.: *Albert Speer: Su batalla contra la verdad*, Ediciones B, Barcelona, 2006).

19. JJG, 21 de agosto de 1939.

20.Véase FRNH, p. 9.

21. FRNH, p. 10.

22.JJG, 25 de agosto de 1939.

23.Véase FRNH, p. 17.

24.Citado en Richard Overy, *1939: Countdown to War*, Londres, 2009, p. 68 (hay trad. cast.: *Al borde del abismo*, Tusquets, Barcelona, 2010).

2. «LA DESTRUCCIÓN TOTAL DE POLONIA» (septiembre-diciembre de 1939)

1. Adolf Hitler, 22 de agosto de 1939, DGFP D, VII, N° 193.

2. BA-MA, RH39/618, citado en Jochen Böhler, *Auftakt zum Vemichtungskrieg: Die Wehrmacht in Polen 1939*, Frankfurt am Main, 2006, p. 52.

3. Overy, *1939*, pp. 69-70.

4. GARF 9401/2/96 y RGVA 32904/1 /19.

5. GSWW, vol. II, p. 90.

6. SHD-DAT, citado en Claude Quétel,*L'impardonnable défaite*, París, 2010, p. 196.

7. BA-MA RH37/1381; RH26-208/5, Böhler, *Auftakt zum Vemichtungskrieg*, p. 40.

8. NAII RG 242, T-79, R. 131, 595.

9. GSWW, vol. II, p. 82.

10. Hitler al Reichstag, 1 de septiembre de 1939, Domarus, II, 1307.

11. Anatole de Monzie, *Ci-devant*, París, 1941, citado

en Claude Quétel, *L 'impardonnable défaite*, París, 2010, p. 204.

12. Georges Bonnet, *Dans la tourmente: 1938-1948*, París 1971, citado en Quétel, p. 195.

13. Paul Schmidt, *Hitler's Interpreter*, Nueva York, 1950, pp. 157-158.

14. Citado en Harold Nicolson, *Friday Momings, 1941-1944*, Londres, 1944, p. 218.

15. Mass Observation, citado en Daniel Swift, *Bomber County*, Londres, 2010, p. 118.

16. Para la transformación que experimentó Londres en aquellos días, véase Molly Panter-Downes, *London War Notes, 1939— 1945*, Londres, I971,pp. 3-6.

17. Para la pérdida del *Athenia*, véase Overy, *1939*, pp. 107-108.

18. General Paul de Villelume, *Journal d'une défaite*, «août 1939-juin 1940», París, 1976, citado en Quétel, p. 211.

19. GSWW, vol. II, p. 138; Richard Evans, *The Third Reich at War*, Londres, 2008, p. 8 (hay trad. cast.: *El Tercer Reich en la guerra*, Península, Barcelona, 2011).

20.Carta de 17 de septiembre de 1939, BfZ-SS 28774, citado en Böhler, p. 43; véanse asimismo BA-MA, RH37/5024, BA-MA, RH53-18/152 y BA-MA RH37/5024.

21. Citado en Klaus Latzel, *Deutsche Soldaten* —

nationaLsonalistischer Krieg? Kriegserlebnis — Kriegserfahrung 1939-1945, Paderborn, 1998, p. 153.

22.BA-MA, RH41/1012.

23.BA-MA, RH37/6891,p. 11.

24.BA-MA,RH28-1/255.

25.BA-MA,RH 53-18 /17.

26.BA-MA, RH26-4/3, citado en Böhler, p. 109.

27.Böhler, pp. 241-242.

28.Evans, *op. cit.*, pp. 14-15.

29.TBJG, Parte 1, vol. 7, p. 92.

30.Panter-Downes, p. 19.

31. Para los polacos en Rumania, véase Adam Zamoyski, *The Forgotten Few*, Londres, 1995,pp. 35-43.

32.K. S. Karol, «A Polish Cadet in Inaction», en *Between Two Worlds* , Nueva York, 1987, citado en Jon E. Lewis, *Eyewitness World War II* , Filadelfia, 2008, pp. 36-37.

33. V. N. Zemskov, «Pridunitelnye Migratsii iz Pribaltiki v 1940-1950-kh godakh», *Otechestvennyi Arkhiv*, n° 1, 1993, p. 4, citado en Geoffrey Roberts, *Stalin's Wars*, New Haven, 2006, p. 45.

34.Para las bajas de los polacos y los alemanes, véase GSWW, vol. II, p. 124; para las bajas de los soviéticos, véase Krivosheev, *Soviet Casualties and Combat Losses*, p. 59.

35.Joseph W. Grigg, «Poland: Inside Fallen Warsaw»,

United Press, 1939.

36.Franz Halder, *Kriegstagebuch*, vol. I, p. 107.

37.12 de octubre de 1939, BA-MA, RH41/1177, citado en Böhler, p. 7.

38.GSWW, vol. 9/1, p. 811.

39.Halder, *Kriegstagebuch*, vol. I, p. 79, citado en Evans, *op. cit.*, p. 16.

40.Para la Orden 0048 5 y la política antipolaca soviética, véase Timothy Snyder, *Bloodlands*, Londres, 2010, pp. 89-104 (hay trad. cast.: *Tierras de sangre*, Galaxia-Círculo de Lectores, Barcelona, 2012).

41. Leonid Naumov, *Stalin i NKVD*, Moscú, 2007, pp. 299-300, citado en Snyder, p. 96.

42.Wesley Adamczyk, *When God Looked the Other Way, An Odissey of War, Exile and Redemption* , Chicago, 2006, pp. 26-27, citado en Matthew Kelly, *Finding Poland*, Londres, 2010, p. 62.

43.Citado en Timothy Snyder, *Bloodlands*, p. 86.

44.Kelly, *Finding Poland*, p. 63.

45.Véanse los distintos relatos que aparecen en Association of the Families of the Borderland Settlers, *Stalin 's Ethnic Cleansing in Eastem Poland. Tales of the Deported, 1940-1946*, Londres, 2000.

3. DE LA «EXTRAÑA GUERRA» A LA «BLITZKRIEG»

(septiembre de 1939-marzo de 1940)

1. Mollie Panter-Downes, *London War Notes, 1939 — ¡945*, Londres, 1971, p. 21.

2. Charman, *Outbreak 1939*, pp. 322-323.

3. SWWEC, *Everyone 's War*, n° 20, invierno de 2009, p. 60.

4. Citado en Tooze, *op. cit.*, p. 330.

5. GSWW, vol. 2, p. 12.

6. Virginia Cowles, *Sunday Times*, 4 de febrero de 1940.

7. Geoffrey Cox, *Countdown to War*, Londres, 1988, pp. 176-177.

8. Mollie Panter-Downes, *op. cit.*, p. 25.

9. Para el programa de eutanasia nazi, véanse Gerhard L. Weinberg, *A World at Arms*, pp. 96-97, y Richard Evans, *The Third Reich at War*, Londres, 2008, pp. 75-105.

10. Para las bajas soviéticas, véase Krivosheev, *op. cit.*, p. 58.

11. Véase *Pravda*, 29 de marzo de 1935.

12. Gordon Waterfield, *What Happened to France*, Londres, 1940, p. 16.

13. Georges Sadoul, 12 de diciembre de 1939, *Joumal de guerre*, París, 1972.

14.Jean Paul Sartre, *Les Carnets de la drôle de guerre (2 septembre 1939 — 20 juillet 1940)*, París,

1983, p. 142.

15. Édouard Ruby, *Sedan, Terre d'épreuve*, París, 1948, citado en Horne, p. 163.

16.Citado en Quétel, p. 2 5 3.

17. Cox, p. 142.

18.*Ibidem*,*p*. 138.

19.Para el gobierno de Polonia en el exilio y el ejército clandestino polaco en los territorios ocupados, véase GSWW, vol. II, pp. 141-142.

4. EL DRAGÓN Y EL SOL NACIENTE (1937- 1940)

1. Agnes Smedley, *China Fights Back*, p. 30.

2. *Ibidem*,*p*. 28.

3. Theodore H. White y Annalee Jacoby, *Thunder out of China*, Nueva York, 1946, p. XIII.

4. Agnes Smedley, *op. cit.*, p. 31.

5. Citado en Stephen Mackinnon, «The Defense of the Central Yangtze», en Peattie, Drea y van de Ven, *op. cit., p*. 184.

6. Citado en Edward J. Drea, «The Japanese Army on th Eve of War», en Peattie, Drea y van de Ven, *op. cit.*, p. 107.

7. Para el incidente del puente de Marco Polo, véase Yang Tianshi, «Chiang Kai-shek and the Battles of Shanghai and Nanjing», en Peattie, Drea y van de Ven, *op. cit.*, p. 143.

8. Agnes Smedley, *China Fights Back*, p. 132.

9. Citado en van de Ven, *War and Nationalism in China*, p. 197.

10. Para el ataque frustrado contra el Izuma, véase Diana Lary, *The Chinese People at War*, Cambridge, 2010, pp. 22-23.

11. Para la batalla de Shanghai, véase Yang Tianshi, «Chiang Kai-shek and the Batdes of Shanghai and Nanjing», en Peattie, Drea y van de Ven, *op. cit., p*. 145-154.

12. Véase Hattori Satoshi, «Japanese Operations from Jury to December 1937», en Peattie, Drea y van de Ven, *op. cit*., p. 176.

13. *Ibidem, p*. 179.

14. Rosen al Ministerio de Asuntos Exteriores de Alemania, 20 de enero de 1938, citado en Rabe, *The Good German of Nanking*, Nueva York, 1998, p. 145. A fecha de hoy, el diario de Rabe, director local de Siemens y encargado de la organización de la zona internacional de seguridad, constituye el relato más fiable de las atrocidades cometidas en Nanjing.

15. Para la preparación de los reclutas japoneses, véase Kawano Hitoshi, «Japanese Combat Morale», en Peattie, Drea y van de Ven, *op. cit*., pp. 332-334.

16. Kondo Hajime, en Laurence Rees, *Their Darkest Hour*, Londres, 2007, p. 61 (hay trad. cast.: *Auschwitz: los Nazis y la «solución final»*, Crítica, Barcelona, 2007).

17. Caso 15, Sanko, p. 41.

18. Diario del cabo Nakamura encontrado junto a su cadáver por el Nuevo Cuarto Ejército, citado en Agnes Smedley, *Battle Hymn of China*, Londres, 1944, p. 186.

19. Véase Kawano Hitoshi, «Japanese Combat Morale», en Peattie, Drea y van de Ven, op.cit.,2011,p. 341.

20.Rabe, *The Good German of Nanking*, 22 de enero de 1938, p. 148.

21. Rabe, p. 172.

22.Agnes Smedley, *China Fights Back*, Londres, 1938, pp. 227 y 230.

23.Véase Diana Lary, *The Chinese People at War*, Cambridge, 2010, p. 25.

24.Véase Kawano Hitoshi, «Japanese Combat Morale», en Peattie, Drea y van de Ven, *op.cit.,p*. 351.

25.Para el tema de las «mujeres de solaz» y las violaciones, véase Yuki Tanaka, *Hidden Horrors: Japanese War Crimes in World War II* , Oxford, 1996, pp. 94-97.

26.Agnes Smedley, *Battle Hymn of China*, Londres, 1944, p. 206.

27.Para los episodios de Wuhan y Taierzhuang, véase Tobe Ryóichi, «The Japanese Eleventh Army in Central China, 1938-1941», en Peattie, Drea y van de Ven, op. cit.,pp. 208-209.

28.Citado en Lary, *The Chinese People at War*, p. 61.

29.Para los pilotos del Ejército Rojo en China, véanse John W. Garver, *Chinese-Soviet Relations 1937-1945*, pp. 40-41, y Hagiwara Mitsuru, «Japanese Air Campaigns in China», en Peattie, Drea y van de Ven, *op. cit.*, pp. 245-246.

30.Agnes Smedley, *China Fights Back*, p. 156.

31. Diario del cabo Nakamura encontrado junto a su cadáver por el Nuevo Cuarto Ejército, citado en Agnes Smedley, *Battle Hymn of China*, Londres, r 944, pp. 185-186.

32.Para los enfrentamientos de los nacionalistas y los comunistas en China en 1939, véase Garver, *Chinese-Soviet Relations*, pp. 81-82.

33. VandeVen, *War and Nationalism in China*, p. 237.

5. NORUEGA Y DINAMARCA (enero-mayo de 1940)

1. Göring al *Generalmajor* Thomas, 30 de enero de 1940, citado en Tooze, *The Wages of Destruction*, p. 357.

2. Para la crisis del aprovisionamiento de municiones, véase Tooze, *The Wages of Destruction*, pp. 328-357.

3. Para este episodio del hundimiento de dos destructores alemanes por parte de la Luftwaffe, véase GSWW, vol. II, pp. 170-171.

4. GSWW,vol.II,p.212.

5. Para la entrevista de Manstein y Hitler, véase Karl-Heinz Frieser, *The Blitzkrieg Legend, pp*. 79-81.

6. Alistair Horne, *To Lose a Battle, p*. 155.

7. GSWW, vol. II, p. 280.

6. LA OFENSIVA EN EL OESTE (mayo de 1940)

1. Geoffrey Cox, *Countdown to War*, pp. 194-195.

2. Para una descripción de París durante aquellos primeros días de mayo, véase Alistair Horne, *To Lose a Battle*, Londres, 1969, pp. 171-172.

3. Nicolaus von Below, *Als Hitlers Adjutant, 1937-1945*, Maguncia, 1980, p. 228.

4. Véase Horne, *op. cit., p*. 169.

5. Para Huntziger, véase Horne, p. 165; en cuanto a Corap, véase Julián Jackson, *The Fall of France*, Oxford, 2003, p. 3 5.

6. Véase Frieser, p. 87.

7. Véase Adam Zamoyski, *The Forgotten Few*, p. 51.

8. Para el número de aparatos destruidos, véase James Holland, *The Battle of Britain*, Londres, 2010, pp. 67-68.

9. Véase Robin McNish, */ron División, The History of the jrJ División*, Londres, 2000, P. 77.

10. GSWW, vol. II, p. 283.

11. Cox, *op. cit.*, p. 203.

12. *Ibidem*, p. 213.

13. Citado en Horne, p. 209.

14. Hans von Luck, *Panzer Commander*, Londres, 1989, p. 38 (hay trad. cast.: *Panzer Comander: las memorias del coronel Hans von Luck*, Tempus, Barcelona, 2008).

15. André Beaufre, *The Fall of France*, Londres, 1967,p. 183.

16. Véase Lev Kopelev, *Ease My Sorrows*, Nueva York, 1983, pp. 198-199.

17. Alexander Stahlberg, *Bounden Duty*, Londres, 1990, p. 132.

18. Riedel, 20 de mayo de 1940, BfZ-S.

19. Para la escasez de municiones del ejército alemán y su necesidad de más tiempo, véase Frieser, pp. 21-23.

20.Citado en Horne, p. 3 31.

21. Roland de Margerie, *Journal 1939-1940*, París, 2010, pp. 180-181.

22.TNAPREM 3/468/201.

23.*Ibidem.*

24.Roland de Margerie, *Journal 1939-1940*, París, 2010, p. 181.

25, Ibidem.

26.*Ibidem*, p. 192.

27.Lord Alanbrooke, mariscal de campo, *War Diaries, 1939-1945*, Londres, 2001, p. 67.

7. LA CAÍDA DE FRANCIA (mayo-junio de 1940)

1. Para la trifulca entre Kleist y Guderian en Saint Quentin, véase GSWW, vol. II, p. 287.

2. Véase Roland de Margerie, *Journal 1939-1940*, París, 2010, p. 12.

3. Charles de Gaulle, *Me'moires deguerre*, vol. I, *L'Appel*, París, 1954, p. 30 (hay trad. cast.: *Memorias de guerra*, La Esfera de los libros, Madrid, 2005).

4. *Ibidem.*

5. Véase Roland de Margerie, *Journal 1939-1940*, París, 2010, p. 201.

6. Citado en Martin Gilbert, *Finest Hour: Winston S. Churchill 1940-1941*, Londres, 1983,p. 358.

7. Para la misión de Cripps en Moscú, véase Gabriel Gorodetsky, *Gran Delusion*, New Haven, 1999, pp. 19-22.

8. Mass Observation, *Rumours 19 and 20 May.*

9. Para la contraofensiva de Arras, véase Hugh Sebag-Montefiore, *Dunkirk*, Londres, 2007, pp. 142-155-

10.Sold. Hans B., 7.kl.Kw.Kol.f.Betr.St./Inf.Div.Kol.269, BfZ-SS.

11. Gefr. Ludwig D., Rgts.Stab/Art.Rgt.69, martes, 21 de mayo de 1940, BfZ-SS.

12. Gefr. Konrad F., 5-Kp./Inf.Rgt.43, I.Inf.Div., miércoles, 22 de mayo de 1940, BfZ-SS.

13. Véase Christophe Dutróne, *Ils se sont battus,*

mai-juin 1940, París, 2010, p. 150.

14. TNA WO 106/1693 y 1750, citado en Hugh Sebag-Montefiore, *op. cit.*, p. 228.

15. Citado en Paul Addison y Jeremy Crang (eds.), *Listening to Britain*, Londres, 2010, 22 de mayo de 1940, p. 19.

16. *Ibidem*, p. 39.

17. *Ibidem*, p. 31.

18. Alanbrooke, p. 67.

19. Para las pérdidas del *Panzergruppe von Kleist*, véanse BA-MA W 6965 ª y BA-MA WVIF5.366, citado en GSWW II, p. 290.

20.Véase Frieser, p. 29.

21. TNA WO 106/1750, citado en Hugh Sebag-Montefiore, p. 250.

22.J. Paul-Boncour, *Entre deux guerres*, vol. III, París, 1946, citado en Quétel, *op. cit.*, p. 303.

23.Citado en GSWW, vol. III, p. 62.

24.Citado en John Lukacs, *Five Days in London, May 1940*, New Haven, 1999 (hay trad. cast.: *Cinco días en Londres: mayo de 1940*, Turner, Madrid, 2001).

25. Riedel, 26 de mayo de 1940, BfZ-SS.

26.Véase TNA CAB 66-67 («British Strategy in a Certain Eventuality»).

27.Véase Roland de Margerie, *op. cit.*, p. 239.

28.TNA CAB 65/13.

29.TNA WO 106/1750.

30.Para la contraofensiva de la Iª División blindada británica, véase Hugh Sebag-Montefiore, *Dunkirk*, pp. 272-273.

31. Leca, citado en Roland de Margerie, *Journal 1939-1940*, París, 2010, p. 253.

32.Véase TNA CAB 65/13.

33. Teniente P. D. Elliman, ier Regimiento de Artillería Pesada Antiaérea (ist HAA Regiment), citado en Hugh Sebag-Montefiore, p. 387.

34.Para las tensiones existentes entre los británicos y los franceses en el curso de la Operación Dinamo, véase Hugh Sebag-Montefiore, pp. 404-411.

35.Para las cifras relativas al número de evacuados durante la Operación Dinamo, véanse GSWW, vol. II, pp. 293 y 295, y Hugh Sebag-Montefiore, pp. 540-541,628-629.

36.SHD-DAT 1 K543 1.

37.Addison y Crang, *Listening to Britain*, p. 71.

38.*Ibidem*,p. 53.

39.Véase GSWW, vol. III, p. 247.

40.Cox, *op. cit.*, p. 236.

41. Edward Spears, *Assignment to Catastrophe*, Londres, 1954, vol. II, p. 138.

42.Citado en Quétel, p. 330 .

43.Citado en Paul Baudouin, *Private Diaries: March*

1940—January 1941, Londres, 1948, en Julian Jackson, *The Fall of France*, p. 135.

44.Spears, *Assignment to Catastrophe*, vol. II, p. 171.

45.Para la rendición de París, véase Charles Glass, *Americans in París, Life and Death underNazi Occupation 1940-1944*, Londres, 2009, pp. 11-22.

46.Philippe Pétain, *Actes et e'crits*, París, 1974, p. 365.

47.Véase Alanbrooke, *op. cit.*, p. 80.

48.*Ibidem*, p. 81.

49.Sold. Paul Lehmann, Inf. Div. 62, 28 de junio de 1940, BfZ-SS.

50.Para esta segunda evacuación y para el hundimiento del *Lancastria*, véase Hugh Sebag-Montefiore, *op. cit.*, pp. 486-495.

8. LA OPERACIÓN LEÓN MARINO Y LA BATALLA DE INGLATERRA (junio-noviembre de 1940)

1. TBJG, Parte 1, vol. 8,p. 186.

2. BA-MA RM 7/255, citado en GSWW, vol. III, p. 131.

3. Citado en Quétel, *op. cit.*, p. 384.

4. Domarus, vol. II, p. 1533, citado en Ian Kershaw, *Hitler 1936-1945, Nemesis*, p. 299.

5. Citado en Colin Smith, *England's Last War*

Against France, p. 299.

6. TNA ADM 399/192.

7. TNA ADM 199/391.

8. *The New York Times*, 7 de julio de 1940.

9. Para la entrada triunfal de Hitler en Berlín, véanse Ian Kershaw, *op. cit.*, pp. 300-301, y Roger Moorhouse, *Berlín at War*, Londres, 2010, pp. 61-63.

10. Para el «Estudio Norte-Oeste», finalizado el 13 de diciembre de 1940, véase BA-MA RM 7/894, citado en GSWW, vol. 9/1, n. 11, p. 525.

11. Para la «Lista especial de sospechosos», o *Sonderfahndungsliste*, véase Walter Schellenberg, *Invasión 1940, The Nazi Invasión Plan for Britain, Londres*, 2000, p. 148.

12. Citado en Domarus (ed.), vol. II, p. 1558.

13. Sold. Paul Lehmann, Inf. Div. 62, 28 de junio de 1940, BfZ-SS.

14. Citado en Hastings, *Finest Years*, p. 67.

15. Para saber más sobre los aviadores polacos en Gran Bretaña, véase Adam Zamoyski, *The Forgotten Few: The Polish Air Force in the Second World War*, Londres, 1995.

16. Citado en Franz Halder, *Kriegstagebuch, Tagliche Aufzeichnungen des Chefs des Generalstabes des Heeres 1939-1942*, vol. II, *Von dergeplanten Landung in Englandbis zum Beginn des Ostfeldzuges*,

Stuttgart, 1963, p. 49.

17. BA-MA RH 191/50, citado en GSWW, vol. 9/1, p. 529.

18. Speer, *Erinnerungen*, p. 188, citado en Kershaw, *Nemesis*, p. 305.

19. BA-MA RL 2/v. 3021, citado en GSWW, vol. II, p. 378.

20.Bishop, *FighterBoys*, p. 239.

21. Para saber más sobre cómo vivieron aquellos días los escuadrones de cazas, véanse Bishop, *Fighter Boys*; James Holland, *The Battle of Britain*, Londres, 2010; y Larry Forrester, *Fly for Your Life*, Londres, 1956.

22.Citado en Zamoyski, *op. cit.*, p. 84.

23.Citado en Patrick Bishop, *Fighter Boys*, p. 204.

24.Para el comportamiento de los pilotos polacos ante los paracaidistas alemanes, véase Zamoyiski, p. 71.

25. Para las pérdidas sufridas durante los meses de agosto y septiembre, véase GSWW, vol. II, p. 388.

26.Para las pérdidas sufridas en el mes de octubre, véase *op. cit.*, p. 403.

27.Véase V. N. Pavlov, «Avtobiograficheskie Zametki», en *Novaya inoveishaya historiya*, Moscú, 2000, p. 105.

28.Citado en Panter-Downes, *London War Notes*, pp. 97-98.

29.*Ibidem.*

30.Peter Quennell, *The Wanton Chase*, Londres, 1980, p. 15.

31. Ernst von Weizsacker, *Die Weizsäcker-Papiere 1933-1950*, Berlín, 1974.p.225.

9. REPERCUSIONES (junio de 1940-febrero de 1941)

1. Para la caída de Yichang, véase Tobe Ryöichi, «The Japanese Eleventh Army in Central China, 1938-1941», en Peattie, Drea y van de Ven, *The Battle for China,pp*. 207-229.

2. Agnes Smedley, *Battle Hymn of China*, pp. 343-344.

3. *Ibidem,p*. 348.

4. Véase Ian Kershaw, *Fateful Cholees*, p. 99.

5. Garver, *Chínese-Soviet Relations*, pp. 140-141.

6. GSWW, vol. III, p. 2.

7. Para la situación de las fuerzas militares italianas en 1940, véase GSWW, vol. iii, p. 68.

8. *Die Weizsäcker-Papiere, 1933-19S0*, Berlín, 1974, p. 206.

9. Citado en Javier Tusell, *Franco, España y la Il Guerra Mundial: Entre el Eje y la Neutralidad*, Madrid, 1995, p. 159.

10. Para la entrevista de Franco y Hitler en Hendaya, véanse Stanley G. Payne, *Franco and Hitler*, New Haven,

2008, pp. 90-94 (hay trad. cast.: *Franco y Hitler*, La Esfera de los libros, Madrid, 2008); y Javier Tusell, *Franco, España y la II Guerra Mundial: Entre el Eje y la Neutralidad*, Madrid, 1995, pp. 83-201.

11. Citado en Tusell, p. 144.

12. Citado en *Halder Diaries*, vol. I, p. 670.

13. 15 de noviembre de 1940, OKW KTB, vol. I, p. 177.

14. GSWW, vol. III, p. 194.

15. *The Times*, 2 de julio de 1940.

16. Citado en Dudley Clarke, *The Eleventh at War*, Londres, 1952, p. 95, y en Michael Carver, *Out of Step*, Londres, 1989, pp. 54-55.

17. Citado en Ciano, *Ciano's Diplomatic Papers*, Londres, 1948, p. 273 (hay trad. cast.: *Diarios*, Crítica, Barcelona, 2004).

18. 12 de octubre de 1940, Ciano, p. 297.

19. Citado en Mark Mazower, *Inside Hitler's Greece, The Experience of Occupation, 1941-1944*, New Haven, 1993.

20.Para los griegos residentes en Egipto, véase Artemis Cooper, *Cairo in the War*, Londres, 1989, p. 59.

21. Para las bajas de Italia en Grecia y Albania, véase GSWW, vol. III, p. 448.

22.Citado en Winston S. Churchill, *The Second World War*, vol. II, p. 480 (hay trad. cast.: *La segunda*

Guerra mundial, La Esfera de los Libros, Madrid, 2005, 2 vols.).

10. LA GUERRA DE LOS BALCANES DE HITLER (marzo-mayo de 1941)

1. 10 de diciembre de 1940, KTB OKW, vol. I, p. 222.

2. Citado en Francis de Guingand, *Generals at War*, Londres, 1946, p. 33.

3. Citado en Paul Schmidt, *Hitler's Interpreter*, p. 223.

4. Véase Domarus, *Reden*, vol. II, pp. 1726 ss.

5. Para el número de muertos entre la población civil durante los bombardeos de Belgrado, véase GSWW, vol. III, p. 498.

6. GefreiterG., Art.Rgt. 119, 11. Pz.Div., BfZ-SS 13/517A.

7. Richthofen KTB, BA-MA N67172/7/9, p. 53.

8. Richthofen KTB, iode abril de 1941, BA-MA N671/2/7/9,p. 59.

9. Richthofen KTB, 9 de abril de 1941, BA-MA N671/2/7/9, p.58.

10. Comandante G. de Winton, citado en Antony Beevor, *Crete: The Battle and the Resistance*, Londres, 1990, p. 36 (hay trad. cast.: *La batalla de Creta*, Crítica, Barcelona, 2004).

11. OL 2042, TNA, DEFE 3/891.

12. *Gefreiter* G., Art.Rgt. 119, 11.Pz.Div., 17 de abril de 1941,BfZ-SS 13 517A.

13. Sold. Erich N., 8.Kp./SS-Rgt. (mot.) DF, SS-Div. Reich, 10 de mayo de 1941, BfZ-SS 11 707 E.

14. Antony Beevor, *Crete*, p. 38.

15. Véase Mark Mazower, *Inside Hitler 's Greece. The Experience of Occupation, 1941-44*, New Haven, 1993, p. XIII.

16. Richthofen KTB, 10.4.41, BA-MA N671/2/7/9, p. 60.

17. Citado en GSWW, vol. 9/1, p. 5 36.

18. Capitán Friedrich M., 73.Inf.Div., BfZ-SS, 20 305.

19. Para el debate acerca del aplazamiento de la Operación Barbarroja, véanse Martin van Creveld, *Hitler's Strategy 1940-1941: — The Balkan Clue*, Londres, 1973; Congreso de Salónica, mayo de 1991; GSWW, vol. III, p. 525; Müller-Hillebrand, «Improvisierung», 78, MGFA P-030; Andreas Hillgruber, *Hitlers Strategie*, pp. 504 ss.; y Andrew L. Zapantis, *Greek-Soviet Relations, 1917-1941*, Nueva York, 1983, pp. 498 ss.

20.OL 2167, TNA DEFE 3/891.

21. TNA PREM 3/109.

22.Freyberg a Wavell, citado en Churchill, *The Grand Alliance*, p. 241.

23.Freyberg, citado en John Connell, *Wavell: Scholar*

and Soldier, Londres, 1964, p. 454.

24. Citado en Ian Stewart, *The Struggle for Crete*, Oxford, 195 5, p. 108. 2 5. Citado en *The Grand Alliance*, p. 241.

26.Woodhouse, citado en C. Hadjipaterasy M. Fafalios, *Crete 1941*, Atenas, 1989,p. 13.

27.General de brigada Ray Sandover, conversación con el autor, 12 de octubre de

1990.

28.Diario de guerra de la División de Nueva Zelanda, citado en Stewart, *op. cit.*, p. 278.

29.Destino del «Convoy de Embarcaciones Ligeras», «Einsatz Kreta», BA-MA RL 33/98.

30.Richthofen KTB, 28.5.41, BA-MA, 671/2/7/9,p. 115.

31. Para las pérdidas alemanas, véase BA-MA ZA 3/19 y BA-MA RL2 III/95.

11. ÁFRICA Y EL ATLÁNTICO (febrero-junio de 1941)

1. Para la antipatía de Hitler hacia el *Generalleutnant* von Funck, cf. *Gen. der Artillerie* Walter Warlimont, ETHINT 1.

2. Adalbert von Taysen, *Tobruk 1941: Der Kampfin Nordafrika*, Friburgo, 1976, citado en Martin Kitchen,

Rommel's Desert War, Cambridge, 2009, p. 54.

3. Kitchen, *op. cit.*, p. 17.

4. Halder, *Kriegstagebuch*, II, 23 de abril de 1941, p. 381, citado en Kitchen, *Rommel's Desert War*, p. 100.

5. Halder, *Kriegstagebuch*, 2 3 de abril de 1941, vol. II, p. 88 5.

6. Halder, *Diaries*, vol. I, p. 412.

7. Richthofen, *KTB*, 19.5.41, BA-MA 671/2/7/9,p. 100.

8. Gefr. WolfgangH., 15. Pz. Div., 21.fi.41, BfZ-SS 17338.

9. Andrew Roberts, *Masters and Commanders*, Londres, 2008, pp. 24-34.

10.Churchill a FDR, citada en Winston Churchill, *The Second World War*, vol. II, p. 498.

11. *Op. cit.,p*. 503.

12. Max Hastings, *Finest Years*, pp. 171-174.

13. DGFP D, vol. XII, n° 146,10 de marzo de 1941, pp. 258-259.

14.GSWW, vol. II, p. 343.

15. GSWW, vol. II,p. 353.

12. BARBARROJA (abril-septiembre de 1941)

1. John W. Garver, *Chinese-Soviet Relations*, pp. 112-118.

2. Valentin Berezhkov, *At Stalin's Side*, Nueva York, 1994,p.205.

3. Carta de Krebs de 15.4.41, BA-MA MSg 1/1207.

4. Para Backe y su *Hungerplan*, véanse Lizzie Collingham, *The Taste of War*, Londres, 2011,pp. 32-38; y Tooze, *The Wages of Destruction,pp*. 173-175,pp. 476-480.

5. Para el documento de 15 de mayo, el mejor estudio es el de Chris Bellamy, *Absolute War*, Londres, 2007, pp. 99-121 (hay trad. cast.: *Guerra absoluta*, Ediciones B, Barcelona, 2011); véanse asimismo Pleshakov, *Stalin 's Folly*, Londres, 2005, pp. 75-84 (hay trad. cast.: *La locura de Stalin*, Paidós, Barcelona, 2007); y Bianka Pietrow-Ennker (ed.), *Präventivkrieg? Der Deutsche Angriff auf die Sowjetunion*, Frankfurt am Main, 2000. Y para los partidarios de la teoría de la conspiración, véanse Viktor Suvorov, *Icebreaker: Who started the Second World War*?, Londres, 1990; y Heinz Magenheimer, *Hitler's War*, Londres, 2002, pp. 51-64.

6. *Pravda*, 22 de junio de 1989.

7. Christopher Andrew y Oleg Gordievsky, *KGB, The Inside Story of its Foreign Operations from Lenin to Gorbachev*, Londres, 1990 (hay trad. cast.: *KGB*, Actualidad y Libros, Barcelona, 1991).

8. Halder, *Kriegstagebuch*, vol. II, pp. 336-337.

9. KTB OKW, vol. I, p. 417.

10. Sold. Paul B., Flak-Sonderger Wrkst. Zug 13, 22.6.41, BfZ-SS L 46 281.

11. Sold. Kurt U., I.San.Kp. 91, 6.Geb.Div., 21.6.41, BfZ-SS.

12. Fw. Herbert E., 2. Kp./Nachr. Abt.SS, SS-Div.Reich, BfZ-SS.

13. Maslennikov, RGVA 38652/1/58.

14. KTB OKW, vol. I, p. 417.

15. Erich von Manstein, *Lost Victories*, Londres, 1982, p. 187 (hay trad. cast.: *Victorias frustradas*, Inédita, Barcelona, 2006).

16. Paul Schmidt, *Hitler's Interpreter*, p. 233.

17. Citado en Richard Lourie, *Sakharov: ABiography*, Hanover, NH, 2002, p. 52.

18. RGALI 1710/3/43.

19. Sold. Rudolf. B., Stab/Nachsch.Btl.553, 27.7.41, BfZ-SS.

20.Anne Applebaum, *Gulag: A History of the Soviet Camps*, Londres, 2003, pp. 377-378 (hay trad. cast.: *Gulag*, Debate, Barcelona, 2004); para los prisioneros polacos, cf. Snyder, *Bloodlands*, p. 194.

21. Citado en Richard Overy, *Russia 's War*, Londres, 1999,p.78.

22.Aleksandr Tvardovsky, *Dnevnikiipisma, 1941-1945*, Moscú, 2005, p. 32.

23.Papeles de Vasily Grossman, RGALI 1710/3/43.

24.RGVA 32904/I/81,p. 28, citado en *AnnaKeid, Leningrad: The Epic Siege of World War II, 1941-1944*, Nueva York, 2011, p. 43.

25.TsAMO 35/107559/5 p. 364.

26.Ilya Zbarsky, *Lenin s Embalmers*, Londres, 1998, pp. 118-121.

27.Halder, *Kriegstagebuch*, vol. III: *Der Russlandfeldzug bis zum Marsch auf Stalingrad*, p.38.

28.Papeles de Grossman, RGALI 1710/3/43.

29.Halder, *Kriegstagebuch*, vol. III, p. 506.

30.RGALI 1710/3/43.

31. Papeles de Grossman, RGALI 1710/3/49.

32. RGASPI 558/11/49, p. 1, citado en Reid, *Leningrad*, pp. 65-66.

33. David M. Glantz, *The Battle for Leningrad, 1941-1944*, Lawrence, Kan., 2002, p. 46.

34.Vasily Chekrizov, citado en Reid, *Leningrad*, p. 116.

35. RGASPI 558/11/492, p. 27, citado *ibidem*, p. 106.

36.RGASPI 83/1/18, p. 18.

37. VCD,21.8.41.

38.20.9.41,RGALI 1817/2/185.

39.Gefr. Hans B., 269.Inf.Div., BfZ-SS.

40.VCD, 4.9.41.

13. «RASSENKRIEG» (junio-septiembre de 1941)

1. O'Gefr. Hanns W., 387.Inf.Div., 31.5.42, BfZ-SS 45 842.

2. Snyder, *Bloodlands*, p. 53.

3. Papeles de Grossman, RGALI 1710/3/49.

4. Sold. Josef Z., 3.Kp/Ldsschtz. Btl. 619,12.9.41, BfZ-SS 20 355 D.

5. *Ibidem.*

6. Testimonio de Paul Roser, IMT VI, p. 291, citado en Peter Padfield, *Himmler, Reichsführer-SS*, Londres, 2001, p. 431 (hay trad. cast.: *Himmler*, La Esfera de los Libros, Madrid, 2006).

7. 2 de septiembre de 1941; cf. Bellamy, *Absolute War*, pp. 267-268.

8. Papeles de Grossman, RGALI 1710/3/43.

9. Vasily Grossman, *The Road*, Londres, 2009, p. 60.

10. Christopher Browning, «Nazi Reserdement policy and the Search for a Solution to the Jewish Question, 1939-1941», en *The Path to Genocide: Essays on Launching the Final Solution*, Cambridge, 1992, pp. 16-17, citado en Mark Mazower, *Dark Continent: Europe's Twentieth Century*, Londres, 1998, p. 170 (hay trad. *cast.: La Europa negra*, Ediciones B, Barcelona, 2001).

11. Citado en Kersahw, *The Nazi Dictatorship*, p. 112.

12. Christopher R. Browning, *The Origins of the*

Final Solution, Londres, 2004, pp. 81-89.

13. Citado *ibidem*, p. 266.

14. *Ibidem*, pp. 224-243.

15. *Selbstreinigungsbestrebungen, ibidem*, p. 228.

16. *Ibidem*, p. 219.

17. Raúl Hilberg, *The destruction of the European Jews*, Nueva York, 1985, p. 146 (hay trad. cast.: *La destrucción de los judíos europeos*, Akal, Madrid, 2005).

18. TsA FSB 14/4/326, pp. 264-267.

19. Gefr. Hans R., Entrevista «Die Deutschen im Zweiten Weltkrieg», SWF TV, 1985, citado en Roben Kershaw, *War without Garlands* , Londres, 2009, pp. 285-286.

20.RGALI 1710/3/49.

21. TNA WO 208/4363.

22.Gefr. Ludwig B., Nachsch.Btl.563, 27.7.42, BfZ-SS 28 743.

23.Papeles de Grossman, RGALI 1710/1/123.

24.Ida S. Belozovskaya, GARF 8114/1/965, pp. 68-75.

25.Hannes Heer (ed.), *Vemichtungskrieg. Verbrechen der Wehrmacht 1941 bis 1944* , Hamburgo, 1996.

26.IdaS. Belozovskaya, G ARF 8114/1 /965, pp. 68-75.

27.Henry Friedlander, *The Origins of Nazi Genocide:*

From Euthanasia to the Final Solution, Chapel Hill, 1995, p. 43. Friedlander es la principal fuente para toda la sección acerca del programa de eutanasia.

28.Citado en Hilberg, *The Destruction of the European Jews*, p. 137.

14. LA «GRAN ALIANZA» (junio-diciembre de 1941)

1. Para el discurso de Churchill de 22 de junio de 1941, y el posterior comentario del primer ministro a su secretario, John Colville, véase Valentín M. Berezkhov, *History in the Making*, Moscú, 1983, p. 123.

2. TNA HW 1 /6, C/6863, citado en David Stafford, *Roosevelt and Churchill*, Londres, 2000, p. 65

3. Véase Kenneth S. Davis, *FDR: The War President* , Nueva York, 2000, p. 212.

4. Berezhkov, *History in the Making*, p. 126.

5. Citado en Berezhkov, *History in the Making*, p. 141.

6. GSWW,vol.III,p.7i2.

7. Wolf Heckmann, *Rommel's War in Africa*, Nueva York, I98i,p. 157.

8. Teniente André F., 15.P.Div., 28.5.41, BfZ-SS 37007.

9. Geoffrey Cox, *A Tale of Two Battles*, Londres, 1987, p. 134.

10.BA-MA RM 7/29.

11. Ilya Ehrenburg, *The War: 1941-1945*, Nueva York, 1964,p. 19.

15. LA BATALLA DE Moscú (septiembre-diciembre de 1941)

1. Citado en Lourie, *Sakharov*, p. 5 3.

2. Yuri Vladimirov, *Voina soldata-zenitchika, 1941-1942*, Moscú, 2009, p. 118.

3. Papeles de Grossman, RGALI 1710/3/49.

4. Vladimir Voitsekhovich en Artem Drabkin (ed.), *Svyashchennaya voina. Ya pomnyu*, Moscú, 2010, p. 12.

5. John Erickson, *The Road to Stalingrad*, Londres, 1975, p. 217.

6. Comandante Hans Sch., Stab/PiVBd.652, BfZ-SS 33 691.

7. Papeles de Grossman, RGALI 1710/3/49.

8. *Ibidem.*

9. *Ibidem.*

10.Vladimir Ogryzko, citado en Laurence Rees, *World War II behind Closed Doors: Stalin, the Nazis and the West*, Londres, 2009, p. 112 (hay trad. cast.: *A puerta cerrada: historia oculta de la segunda guerra mundial*, Crítica, Barcelona, 2009).

11. Vladimir Voitsekhovitch en Drabkin (ed.),

Svyashchennaya voina, p. 15.

12.Citado en Dmitri Volkogonov, *Stalin: Triumphand Tragedy,Londres*, 1991,p.422.

13. Yefim Abelevich Golbraikh, en Drabkin (ed.), *Svyashchennaya voina*, p. 79.

14.Citada en Lowrie, *Sakharov*, p. 5 5.

15.*Ibidem.*

16.Ehrenburg, *Men, Years-Life*, vol. v, p. 17.

17.Alexander Werth, *Russia at War*, Londres, 1964, p. 246 (hay trad. cast.: *Rusia en la guerra*, Grijalbo, Barcelona, 1967).

18.Ibidem.

19. Citado en Volkogonov, *Stalin: Triumph and Tragedy*, p. 456.

20.Vladimirov, *Voina soldata-zenitchika,p*. 119.

21. Bellamy, *Absolute War*, p. 317.

22.Vladimir Viktorovich Voitsekhovich, en Drabkin (ed.), *Svyashchennaya voina*, 2010.

23.Richthofen KTB, 10.4.41, BA-MA N67172/7/9, p. 59.

24.Citado en Charles Messenger, *The Last Prussian: A Biography of FieldMarshal Gerd vonRundstedt, 1875-1953*,Londres, I991,p.61.

25.*Reid,Leningrad*, pp. 168-169.

26.VCD, 28.10.41.

27.*Ibidem*, 20.11.41.

28.*Ibidem*, 8.12.41.

29.*Ibidem*, 8-9.12.41.

30.Gefr. Hans Joachim C, 6.Kp/infant.Regt.67, 23.Inf.Div., 4.12.41, BfZ-SS.

31. Obergefreiter Herbert B., Nachschukp.31, 6.12.41, BfZ-SS. («Ich weiss nicht, was da los ist. Man hat einfach ein ungutes Gefühl, dass dieses riesige Russland eben doch über unsere Kráfte geht»).

32.Oberschütze Helmut G., 8.12.41, BfZ-SS.

33. Ehrenburg, *Men, Years — Life*, vol. v, p. 3 5.

34.Oberschütze Helmut G., BfZ-SS, N:Gil.

35.Oberschütze Helmut G., BfZ-SS.

36.Ehrenburg,*Men, Years —Life*, vol. v, p. 18.

16. PEARL HARBOR (septiembre de 1941-abril de 1942)

1. Robert E. Sherwood, *The White House Papers of Harry L. Hopkins*, Nueva York, 1948, vol. 1, p. 430.

2. D. K. R. Crosswell, *Beetle: The Life of General Walter Bedell Smith*, Lexington, KY, 2010, pp. 227-228.

3. Véase Kershaw, *Fateful Choices*, p. 7.

4. Joseph C. Grew, *Ten Years in Japan* , Nueva York, 1944, p. 468, citado en Kershaw, *Fateful Choices*, p. 366.

5. Arthur Zich, *The Risíng Sun*, Alexandria, VA, 1977, p. 19.

6. Nobutaka Ike (*ed.), Japan 's Decision for War: Records of the 1941 Policy Conferences*, Stanford (California), 1967, pp. 208-239, citado en Kershaw, *Fateful Choices*, p. 365.

7. Fuchida Mitsuo, «Pearl Harbor: The View from the Japanese Cockpit», en Stanley M. Ulanoff (ed.), *Bombs Away*!, Nueva York, 1971, citado en Jon E. Lewis, *Eyewitness World War II*, pp. 260-261.

8. Véase *Philippine Islands*, USACMH, Washington, 1992, pp. 4-9.

9. Carlos P. Romula, USMC, citado en Lewis, *Eyewitness World War II*, p. 268.

10. Citado en Peter Thompson, *The Battle for Singapore*, Londres, 200 5, p. 16.

11. O. D. Gallagher, «The Loss of the *Repulse* and the *Prince of Wales», Daily Express*, 12 de diciembre de 1941.

12. Citado en Philip Snow, *The Fall of Hong Kong: Britain, China and the Japanese Occupation*, New Haven y Londres, 2003, p. 41.

13. Para la invasión de Hong Kong por parte del XXIII Ejército de Japón, véase *ibidem*, PP— 53-57-

14. *Ibidem*, pp. 66-67.

15. *Ibidem*, p. 67.

16.*Ibidem,pp*. 81-82. Véase también el testimonio de ConnieSully, en Rees, *Their Darkest Hour, pp*. 129-135.

17. Alanbrooke, *War Diaries*, 12.2.42, p. 229.

18.Quiero expresar mi agradecimiento a Michael Montgomery, hijo del oficial de navegación del *Sydney*, por haberme puesto al corriente de todos los detalles relacionados con la investigación judicial de 2008-2009, presidida por el juez Terence Colé.

19.Theodore White (ed.), *The Stilwell Papers*, Nueva York, 1948, p. 60.

17. CHINA Y LAS FILIPINAS (noviembre de 1941-abril de 1942)

1. Para el episodio relacionado con el Nuevo Cuarto Ejército, véase Chang y Halliday, *Mao, pp*. 278-285.

2. Citado en Kawano Hitoshi, «Japanese Combat Morale», en Peattie, Drea y van de Ven, *The Battle for China, p*. 331.

3. Para el viaje de Ernest Hemingway y Martha Gellhorn a China, véase Caroline Moorehead, *Martha Gellhorn: A Life*, Londres, 2003, p. 213 (hay trad. cast.: *Martha Gelhom*$_1$ Circe, Barcelona, 2004).

4. Véase A. S. Panyushkin, *Zapiski Posla: Kitay 1939-1944*, Moscú, 1981, p. 278, citado en Chang y Halliday, *Mao*, p. 3.

5. Edward L. Dreyer, *China at War, 1901-1949*, Londres, 1995, p. 253.

6. Véase Chalmers A. Johnson, *Peasant Nationalism and Communist Power: The Emergente of Revolutionary China, 1937— 194S*, Stanford, 1962, p. 58.

7. Citado en Garver, *Chinese-Soviet Relations*, p. 239.

8. Para la presencia de asesores militares soviéticos en China, véase *ibidem, p*. 40, y Zhang Baijia, «China's Quest for Foreign Military Aid», en Peattie, Drea y van de Ven, *The Battle for China, pp*. 288-293.

9. Véase Edna Tow, «The Great Bombing of Chongqing and the Anti-Japanese War, 1937-1945», en Peattie, Drea y van de Ven, *The Battle for China, pp*. 256-282.

10. Smedley, *Battle Hymn of China*, p. 158.

11. Tobe Ryöichi, «The Japanese Eleventh Army in Central China, 1938-1941», en Peattie, Drea y van de Ven, *The Battle for China, p*. 227.

12. Van de Ven, *War and Nationalism in China, p*. 13.

13. Para los problemas de los nacionalistas en el abastecimiento y el reclutamiento de sus tropas y de los campesinos de su zona, véase *ibidem*, pp. 25 3-283.

14.Para el hambre en la China nacionalista, véase Collingham, *The Taste of War, pp*. 250-255.

15. Citado en van de Ven, *War and Nationalism in China*, p. 10.

16.Para el llamado Plan de Guerra «Naranja» (*War Plan Orange*), véase *Philippine Islands*, USACMH, 1992.

17. *Philippine Islands*, USACMH, 1992.

18. GUERRA EN TODO EL MUNDO (diciembre de 1941-enero de 1942)

1. Citado en Berezhkov, *History in the Making*, pp. 15 9-160.

2. *TBJG*, Segunda Parte, vol. II, p. 453.

3. Ernst von Weizsäcker, *Erinnerungen*, Munich, 1950, p. 280, citado por Kershaw, *Fateful Choices*, p. 422.

4. Gefr. Bisch, 2.Kp./Pz.Rgt-3, 2.Pz.Div., 21.12.41, BfZ-SS.

5. Kershaw, *Fateful Choices*, p. 3 84.

6. Lady Soames, expediente Brendon, citado en Cario D'Este, *Warlord: A Life of Churchill at War, 1874-1945* , Londres, 2008, p. 622.

7. Hastings, *Finest Years*, pp. 217-239.

8. Anthony Edén, *The Eden Memoirs: The Reckoning*, Londres, 1965, p. 319 (hay trad. cast.: *Memorias*, Noguer, Barcelona, 1960-1965, 3 vols.).

9. Citado en John Ellis, *Brute Force: Allied Strategy and Tacues in the Second World War* , Nueva York, 1990, p. 525.

10.Robert Dallek, *Franklin D. Roosevelt and*

American Foreign Policy, 1932-1945, Nueva York, 1979, p. 338.

11. Warren F. Kiraball (ed.); *Churchill and Roosevelt: The Complete Correspondence*, 3 vols., Princeton, 1984, vol. I: *Alliance Emerging*, p. 421.

12. Georgii Zhukov, *Vospominaniya i Razmyshleniya*, 2 vols., Moscú, 2002, vol. II, p. 51.

13. P. Gerasimov, VIZh, n° 7,1967, citado en Rodric Braithwaite, *Moscow 1941: A City andits People at War*, Londres, 2007, pp. 327-328 (hay trad. cast.: *Moscú, 1941*, Crítica, Barcelona, 2006).

14.Volkogonov, *Stalin: Triumph and Tragedy*, pp. 443-444.

15. Leonid Rabichev, *Voina vsyo spishet, vospominaniya ofitserasvyansta, 31 —i armii, 1941-1945*, Moscú, 2009, p. 75.

16. M. Gorinov (ed.), *Moskva Prifrontovaya, 1941-1942: Arkhivnye Dokumenty iMaterialy*, Moscú, 2001, p. 415, citado en Braithwaite,*Moscow 1941,p*. 323.

17. Krivosheev, *Soviet Casualties and Combat Losses*, pp. 122-123.

18. Braithwaite,*Moscow 1941,0*. 333-339.

19. Bellamy, *Absolute War*, pp. 366-370.

20.Citado en Reid, *Leningrad, p*. 278.

21. Alexander Werth, *Leningrad*, Londres, 1944, p. 89.

22.*Ibidem*, p. 22.

23.Bellamy, *Absolute War*, pp. 377-384; Reid, *Leningrad*; Werth, *Leningrad*; David Glantz, *The Siege of Leningrad, 1941— 1944*, Londres, 2004.

24.Yelena Skrjabina, *Siege and Survival: The Odyssey of a Leningrader*, Carbondale, 111., 1971,p. 28.

25.Bellamy, *Absolute War, pp*. 379-380; A. R. Dzheniskevich, «Banditizm (osobayaka-tegoriya) v blokirovannom Leningrade», *Istoriya Peterburga*, n° 1, 2001, pp. 47-51.

26.Vasily Yershov, documento mecanografiado sin título, Archivo Bakhmeteff, Universidad de Columbia, citado en Reid, *Leningrad, p*. 320.

27.Citado en Werth, *Leningrad*, p. 97.

28.Sold. K. B., 23.1.42, BfZ-SS.

29.Hans-Hermann H., 13.3.42, BfZ-SS N91.2.

30.*Ibidem.*

31. *Ibidem.*

32.*Ibidem.*

19. LA CONFERENCIA DE WANNSEE Y EL ARCHIPIÉLAGO SS (julio de 1941-enero de 1943)

1. Hilberg, *The Destruction of the European Jews, p*. 163.

2. *Ibidem,p*. 163.

3. *TBJG*, II Parte, vol. II, pp. 498-499, citado en Kershaw, *The Nazi Dictatorship*, p. 124.

4. *TBJG*, II Parte, vol. II, 13.12.41, pp. 498-499.

5. Véase Echart Conze, Norbert Frei, Peter Hayes y Moshe Zimmermann, *Das Amt und die Vergangenheit. Deutsche Diplomaten im Dritten Reich und in der Bundesrepublik*, Munich, 2010; para el Martin Luther original (es decir, nuestro Martín Lutero) y los judíos, véase Hilberg, *The Destruction of the European Jews*, pp. 13-15.

6. Hilberg, *The Destruction of the European Jews*, p. 270.

7. *Ibidem*, p. 99.

8. Cf. Charles Patterson, *Eterna/ Treblinka*, Nueva York, 2002, pp. 71-79; para la inspiración de Ford en los mataderos, véanse Henry Ford, *MyLife and Work*, Nueva York, 1922, p. 81; David L. Lewis, *The Public Image of Henry Ford: An American Folk Hero and His Company*, Detroit, 1976, p. 13 5; y Albert Lee, *Henry Ford and the Jews*, NuevaYork, 1980.

9. IMT 29:145.

10.Ian Kershaw, *Popular Opinión and Political Dissent in the Third Reich: Bavaria, 1933-1945*, Nueva York, 1983, p. 277.

11. Franz Blaha, «Holocaust: Medical Experiments at Dachau», IMT; NAII RG 238, Caja 16.

12. GARF 9401/2/96. Spanner no fue procesado nunca, pues no había leyes contra los experimentos con cadáveres.

13. Papeles de Grossman, RGALI 1710/1 /12 3.

14.Zahlm.d.R. Heinrich K., H.K.P.610 Brest/bug, 18.7.42, BfZ-SS 37 634.

15. Hilberg, *The Destruction of the European Jews,p*. 145.

16.*Ibidem*, pp. 204-211.

17. Citado en Peter Padfield, *Himmler*, p. 449.

18.RGALI 1710/3/21.

20. LA OCUPACIÓN JAPONESA Y LA BATALLA DE MIDWAY (febrero de 1942-junio de 1942)

1. Para un estudio detallado de la ocupación de Hong Kong, véase Snow, *The Fall of Hong Kong,pp*. 77-148.

2. Para un estudio pormenorizado de la ocupación japonesa de Shanghai, véase Bernard Wasserstein, *Secret War in Shanghai*, Londres, 1998, pp. 216-239.

3. Citado en Peter Thompson, *The Battle for Singapore*, Londres, 2005, p. 380.

4. Citado en Tanaka, *Hidden Horrors*, p. 93.

5. Véase Max Hastings, *Nemesis: The Battle for Japan, 1344-1945*, Londres, 2007, p. 13 (hay trad. cast.: *Nemesis*, Crítica, Barcelona, 2008).

6. Para Indochina, véase Ralph B. Smith, «The Japanese Period in Indochina and the Coup of 9 March 1945», *Journal Of Southeast Asian Studies*, vol. 9, n° 2, septiembre de 1978, pp. 268-301.

7. Para la matanza de Batanga, véase Ronald H. Spector, *Eagle against the Sun: The American Warwith Japan*, Londres, 2001, p. 397.

8. Para la cuestión de los Estados Unidos, la China nacionalista y el Imperio Británico, véase Snow, *The Fall of Hong Kong*, pp. 142-148.

9. Citado en Snow, *The Fall of Hong Kong*, p. 185.

10.Juez H. L. Braund, supervisor de alimentos para las Regiones Orientales, citado en Lizzie Collingham, *The Taste of War*, p. 143.

11. *World War II Quarterly*, 5.2, p. 64.

12. Almirante Nagumo Chuichi, citado en un mensaje del Departamento de Inteligencia Naval, junio de 1947, NHHC, OPNAV P32-1002.

13. *Ibidem.*

14. Para las distintas opiniones al respecto, véanse Jeffrey G. Barlow, en *World War II Quarterly* , 5.1, pp. 66-69; Dallas Woodbury Isom, *Midway Inquest: Why the Japanese Lost the Battle of Midway*, Bloomington, Indiana, 2007, p. 269; Jonathan Parshall y Anthony Tully, *Shattered Sword: The Untold Story ofthe Battle of Midway*, Dulles, Va, 2005, p. 171;y JohnB. Lundstrom,

Black Shoe Carrier Admiral: Frank Jack Fletcher at Coral Sea, Midway and Guadalcanal, Annapolis, 2006, pp. 254-25 5.

15. Almirante Nagumo Chuichi, citado en un mensaje del Departamento de Inteligencia Naval, junio de 1947, NHHC, OPNAV P32-1002.

16. *Ibidem.*

17. Del comandante en jefe de la Flota del Pacífico al comandante en jefe de la Flota Naval de los Estados Unidos, 28 de junio de 1942, NHHC, batalla de Midway: 4-7 junio 1942, F-2042.

21. DERROTA EN EL DESIERTO (marzo de 1942-septiembre de 1942)

1. Uffz. Hans-Hermann H., 8.4.42, BfZ-SS N91.2.

2. Citado en James Holland, *Together We Stand: North Africa, ¡942-1943 — Turning the Tide in the West*, Londres, 2005, p. 80.

3. Para la defensa de Bir Hakeim véase Kitchen, *Rommel's Desert War*, pp. 22 5-226.

4. Citado en Charles de Gaulle, *Mémoires deguerre*, vol. I, p. 323.

5. Citado en Below, *Ais Hitlers Adjutant*, p. 311.

6. Citado en Charles de Gaulle, *Mémoires de guerre*, vol. I, p. 325.

7. Uffz. Hans-Hermann H., 30.6.42, BfZ-SS N91.2.

8. Churchill, *The Second World War*, vol. IV: *The Hinge ofFate*, p. 344.

9. Para la situación en El Cairo y Alejandría durante la «espantada», véase Cooper, *Cairo in the War*, pp. 190-201.

10. Véase *Global War Studies*, vol. 7, n° 2, 2010, p. 79.

11. Victor Gregg, *Rifleman: A Front Line Life*, Londres, 2011, p. 127.

12. Citado en Roberts, *Masters and Commanders*, p. 233.

22. OPERACIÓN AZUL: SE RELANZA BARBARROJA (mayo-agosto de 1942)

1. Sold. Fritz S., 1.5.42, 25.Inf.Div.(mot.), BfZ-SS 26.312.

2. Sold. Ferdinand S., 88.Inf.Div., BfZ-SS 05831 E.

3. David M. Glantz y Jonathan House, *When Titans Clashed*, Lawrence, Kan., 1995, p. 105.

4. Diario capturado por el enemigo, TsAFSB 14/4/328, pp. 367-371.

5. Orden de 31.1.42, TsAMO 206/294/48, p. 346.

6. Diario capturado por el enemigo, TsAFSB 14/4/328, pp. 367-371.

7. Montefiore, *Stalin: The Court of the Red Tsar*, p.

365.

8. TsAFSB 14/4/328, pp. 367-371.

9. Vladimirov, *Voina soldata-tenitchika, p*. 234.

10. Yevgeny Fyodorovich Okishev, en Drabkin (ed.), *Svyashchennaya voina*, p. 210.

11. Montefiore, *Stalin: The Court of the Red Tsar, p*. 366-367.

12.Sold. Heinrich R., 20.5.42, 389.Inf.Div., BfZ-SS 43 260.

13. Vladimirov, *Voina soldata-zenitchika,p*. 300.

14.*Ibidem.*

15.O'Gefr. Karl H., Aufkl.Stffl.4 (F) 122, 7.6.42, BfZ-SS L 28 420.

16.O'Gefr. Kurt P., Radf.Rgt.4,15.6.42, BfZ-SS 29 962.

17.Yu. S. Nauraov, *Trudnaya sudba zashchitnikov Sevastopolya (1941-1942)*, Nizhni Novgorod, 2009, p. 15.

18.Uffz. Arnold N., 377.Inf.Div., 8-7-42, BfZ-SS 41 967.

19.Weisung N° 41, citada en *Below, Als Hitlers Adjutant,p*. 309.

20.Clemens Podewils, *Don und Volga*, Munich, 1952, p. 47.

21.Helmuth Groscurth, *Tagebücher eines Abwehroffizieres*, Stuttgart, 1970, p. 527.

22.O'Gefr. Fritz W., Ldsschutz.Btl.389,9.7.42, BfZ-

SS 05 951.

23.Friedrich Paulus, *Ich stehe hier auf Befehl*, Frankfurt am Main, 1960, p. 157.

24.TsAMO 48/486/28, p. 8.

25.GARF9401/1ª/128,p. 121.

26.Yefim Abelevich Golbraikh, en Drabkin (ed.), *Svyashchennaya voina*, pp. 114-115.

27.Podewils, *Don und Volga*, p. 107.

28.Richthofen, KTB, 23.8.42, BA-MA N671/2/7/9,p. 140.

29.Con el *Generalleutnant* (fuera de servicio) barón Bernd Freiherr Freytag von Loringhoven, 23.10.95.

30.Berezhkov, *History in the Making*, p. 193.

31. Alanbrooke, *War Diaries*, p. 301.

32.Ehrenburg, *Men, Years-Life*, vol. v, p. 78.

33.Bellamy, *Absolute War*, pp. 389-390.

34. Boris Antonov, carta en «Ot party do obeliska», *Nasha voina*, Moscú, 2005, p. 256.

35. Below, *Als Hitlers Adjutant*, p. 313.

36.ADAP Serie E, vol. III, pp. 304-307, citado en Kitchen, *Rommel's Desert War*, p. 286.

37.Sold. Heinrich R., 389.Inf.Div., 28.8.42, BfZ-SS 43 260.

38.Gefr. Eduard R., 16.Pz.Div., 25.8.42, BfZ-SS 28 148.

39.Richthofen, KTB, 23.8.42, BA-MA 671/2/7/9,p.

140.

40.TsAMO FSB 14/4/326, pp. 269-270.

41.TsAFSB 14/4/777,pp. 32-34.

23. LA CONTRAOFENSIVA EN EL PACÍFICO (julio de 1942-enero de 1943)

1. 30 de marzo de 1942, Documentos de Ernest J. King, citado en Spector, *Eagle Against the Sun*, p. 143.

2. Robert Leckie, *Helmet for my Pillow*, Londres, 2010, p. 82 (hay trad. cast.: *Mi casco por almohada*, Marlow, Madrid, 2010).

3. *Ibidem*, p. 89.

4. Véase Spector, *Eagle against the Sun*, p. 205.

5. *Ibidem*, pp. 216-217.

6.*Ibidem.*

7. Teniente coronel Frank Owen, citado en William Fowler, *We Gave our Today: Burma, 1941-1945*, Londres, 2009, p. 82.

8.*Ibidem*, p. 85.

9. Informe para los jefes del estado mayor conjunto, MP, II, pp. 475-476.

10. Citado en van de Ven, *War and Nationalism in China*, p. 36.

24. STALINGRADO (agosto-septiembre de 1942)

1. Citado en Volkogonov, *Stalin: Triumph and Tragedy*, p. 461.

2. RGALI 1710/3/50.

3. *KTB OKW*, vol. II/I, p. 669.

4. TsA FSB 114/4/326, pp. 167-168.

5. TsAFSB 114/4/943,pp. 38-39.

6. Domarus, vol. II, p. 1908. Para la crisis Jodl-List en el cuartel general del Führer, véase también Kershaw, *Hitler, 1936-1945: Nemesis, pp*. 532-533.

7. Walter Warlimont, *Im Hauptquartier der deutschen Wehrmacht, 1939-1945*, Frankfurt am Main, 1962, p. 269 (hay trad. cast.: *En el cuartel general de Hitler*, Caralt, Barcelona, 1968).

8. Sergo Beria, *Beria, My Father: Inside Stalin's Kremlin*, Londres, 2001, p. 85.

9. Vasily Chuikov, *The Beginnings of the Road: The Battle for Stalingrad*, Londres, 1963, p. 84.

10. *Ibidem, p*. 89.

11. Diario del subcomisario político Sokolov, 92º Regimiento de Reserva, 11.9.42, TsA FSB 40/31/577, p. 42.

12. *Gefreiter*, 389.Inf.Div., BfZ-SS.

13. Selivanovsky, jefe del Departamento Especial del Frente de Stalingrado, TsA FSB 14/4/326, pp. 220-223.

14. Diario de Anurin, 7.9.42 (colección particular,

Moscú).

15. 1.4.43, TsA FSB 3/10/136,PP-45-73.

16. TsAMO 48/486/24, p. 162.

17. Dobronin a Shcherbakov, 8.10.42, TsAMO 48/48/6/24, p. 74.

18. *Ibidem, p*. 77.

19. Dobronin a Shcherbakov, 11.11.4a, TsAMO 48/486/25, pp. 138-139.

20.Amza Amzaevich Mamutov, *http://www.iremember.ru/pekhotintsi/mamutov-amza-amzaevich/stranitsa-3.html*

21. *Stalinskoe Znamya*, 8.9.42, TsAMO 230/586/1, p. 79.

22.Koscheev a Shcherbakov, 17.11.42, TsAMO 48/486/25,p. 216.

23.Anón., 29.Inf.Div.(mot.), 15.9.1942, BfZ-SS.

24.Dobronin a Shcherbakov, 4.10.42, TsAMO 48/486/24, pp. 48.

25.Amza Amzaevich Mamutov, *http://www.iremember.ru/pekhotintsi/mamutov-amza-amzaevich/stranitsa-3 .html*

26.Belousov, Departamento Especial del Frente de Stalingrado, 21.9.42, TsA FSB 14/4/326, pp. 229-230.

27.Ilya Shatunovsky, «I ostanetsya dobryi sled», en *Vsem smertyam nazlo*, Moscú, 2000.

28.Segundo Departamento Especial del NKVD a Beria

y Abakumov, 4.9.92, TsA FSB 14/4/913,pp. 27-31.

29.TsA FSB 41/ 51/814, p. 7.

30.Papeles de Grossman, RGALI 1710/3/50.

31. Uffz. Alois Heimesser, 297ª División de Infantería, 14.11.42, TsA FSB 40/22/11, pp. 62-65.

32.Vladimir Vladimirovich Gormin, *Novgorodskaya Pravda*, 21.4.95.

33. *Ibidem.*

34.4.11.42, TsAMO 48/486/25^. 47.

35.TsAMO48/486/25,pp. 176-177.

36.Koshcheev a Shcherbakov, 14.11.42, TsAMO 48/486/25, p. 179.

37— TsAMO 62/335/7,48/453 /13» 206/294/12,206/294/47,206/294/48,226/335/7.

38.Dobronin a Shcherbakov, 8.10.42, TsAMO 48/486/24, p. 81.

39.Interrogatorio, 4.3.43, TsAMO 226/335/7, p. 364.

40.Garver, *Chinese-Soviet Relations*, pp. 169-177.

41. Vladimir Vladimirovich Gormin, *Novgorodskaya Pravda*, 21.4.95.

42.TsAMO 48/486/24, p. 200.

43.Koshcheev a Shcherbakov, 6.11.42, TsAMO 48/486/25,p. 69.

44.TsAFSB 40/22/12, pp. 96-100.

45.Gefr. Gelman, citado en el Proyecto de la Universidad de Volgogrado, AMPSB.

46.Gefr. H. S., 389.Inf.Div., 5.11.42, BfZ-SS.

47.Citado en el expediente Grossman, RGALI 1710/1/100.

48.Domarus, vol. II, pp. 1937-1938.

49.Papeles de Grossman, RGALI 618/2/108.

50.TsA FSB 14/4/326, p. 307.

51. Zhukov, *Kakim myyegopomnim*, p. 140.

52.TsAMO 48/453/13,p. 4.

53.Interrogatorio de un teniente de caballería rumano, 26.9.42, TsAMO 206/294/47, p. 561.

54.TsAMO48/453/13,p. 4-7.

55.TsA FSB 14/4/326, pp. 264-267.

56.Profesor O. A. Rzheshevsky en el Seminario sobre Stalingrado, Londres, 9.5.2000.

57.S. I. Isaev, «Vekhi frontovogo puti», *VIZh*, n° 10, octubre de 1991, pp. 22-25.

58.David Glantz, *General Zhukov 's Greatest Defeat: The Red Army 's Epic Disaster in Operation Mars, 1942*, Londres, 2000.

59.General del ejército M. A. Gareev, sesión del Comité Nacional de Historiadores Rusos de 18.12.99. Deseo expresar mi agradecimiento al profesor Oleg Rzheshevsky, presidente de la Asociación Rusa de Historiadores de la Segunda Guerra Mundial por enviarme su Boletín Informativo N° 5, 2000, con el registro literal de las intervenciones.

60.Pavel Sudoplatov, *Special Tasks: The Memoirs of an Unwanted Witness — A Soviet Spymaster*, Londres, 1994, p. 159 (hay trad. cast.: *Operaciones especiales*, Plaza & Janes, Barcelona, 1994).

61. Ehrenburg, *Men, Years —Life*, vol. V, pp. 80-81.

62.Véase Glantz, *Zhukov's Greatest Defeat*, pp. 304, 318-319 y 379.

63.BA-MA RW 4/V.264, p. 157.

64.Koshcheev a Shcherbakov, 21.11.42, TsAMO 48/486/25, p. 264.

65.BA-MA RH 20-6/241.

66.Carta de 21.9.42, TsA FSB 40/22/142, p. 152.

25. EL ALAMEIN Y LA OPERACIÓN TORCH (octubre-noviembre de 1942)

1. Citado en Below, *Ais Hitlers Adjutant*, p. 322.

2. Citado en Kitchen, *Rommel's Desert War*, p. 316.

3. BA-MARH/i9/VIII/34a.

4. Para este viaje de Hider a Munich, véase Kershaw, *Hitler, 1936— 2945: Nemesis*, p. 5 39.

5. *TBJG*, parte II, vol. vi, p. 259.

6. Para la campaña de Madagascar, véase Smith, *England's Last War against France*, pp. 281-355.

7. Édouard Herriot, *Épisodes 1.040-1944*, París, 1950, p. 75.

8. Citado en Jean Lacouture, *De Gaulle: The Rebel, 1890-1944*, Nueva York, 1990, p. 397 (hay trad. cast.: *De Gaulle*, Salvat, Barcelona, 1988).

9. Citado en Rick Atkinson, *An Army at Dawn: The War in North Africa, 1942-1943*, Nueva York, 2003, p. 123 (hay trad. cast.: *Un ejército al amanecer: la guerra en el norte de Africa*, Crítica, Barcelona, 2004).

10. Diario de Guy Liddell, 6 de enero de 1943, TNA KV 4/191.

11. Citado en Rick Atkinson, *An Army at Dawn*, p. 160.

26. EL SUR DE RUSIA Y TÚNEZ (noviembre de 1942-febrero de 1943)

1. BA-MA RH 20-6/241.

2. GBP.

3. BA-MA N6oi/V.4,p. 3.

4. Manfred Kehrig, *Stalingrad: Analyse und Dokumentation einer Schlacht*, Stuttgart, 1974, p.562.

5. Para un estudio de la cantidad de tropas rodeadas y sus distintas fuentes, véanse Antony Beevor, *Stalingrad*, Londres, 1998, pp. 439-440 (hay trad. cast.: *Stalingrado*, Crítica, Barcelona, 2004); Rüdiger Overmans, «Das andere Gesicht des Krieges. Leben und Sterben der 6. Armee», en Jürgen Förster (ed.), *Stalingrad: Ereignis, Wirkung,*

Symbol, Munich, 1992, p. 442; BA-MA RH20-6/239, p. 226; y Peter Hild, «Partnergruppe zur Aufklarung von Vermisstenschicksalen deutscher und russischer Soldaten des 2. Weltkrieges», en A. E. Epifanov (ed.), *Die Tragodie der deutschen Kriegsgefangenen in Stalingrad*, Osnabrück, 1996, p. 29.

6. 12.12.42, TsA FSB 40/22/11, pp. 77-80.

7. Interrogatorio de la sección del NKVD del Frente del Don, 12.12.42, Sold. Karl Wilniker, 376ª División de Infantería, TsA FSB 14/5/173, p. 223.

8. Sold.K.P., 14.12.42, BfZ-SS.

9. Capellán de división Dr. Hans Mühle, 305. Infanterie División, 18.1.1943, BA-MA N241/42.

10.H. Paschke, 25.1.43, GBP.

11. Hugo Miller, 25.1.43, GBP.

12. Citado en Atkinson, *An Army at Dawn*, p. 197.

13. La sección acerca de la participación de la SOE en el asesinato de Darían y las reacciones del OSS se basa en las conversaciones mantenidas con el difunto Sir Douglas Dodds-Parker, sir Brookes Richards, Evangeline Bruce y Lloyd Cutler.

14.Conversación con Susan-Mary Alsop.

15. BA-MA N395/12.

16.Capellán de división Dr. Hans Mühle, 305. Infanterie División, 18.1.1943, BA-MA N2.41/42.

17. BA-MA RH20-6/236.

18.TsA FSB 40/28/38, pp. 69-72.

19.TsA FSB 40/28/38, pp. 52-53.

20.Capellán de división Dr. Hans Mühle, 305. Infanterie División, 18.1.1943, BA-MA N241/42.

21. TsAFSB 14/4/1330,p. 17.

22.Abakumov a Vishinsky acerca de las atrocidades infligidas por los soldados alemanes a los prisioneros de guerra soviéticos, 2.9.43, TsA FSB 14/5/1, pp. 228-235.

23.Yevgeny Fyodorovich Okishev en Drabkin (ed.), *Svyashchennaya voina*, p. 222.

24. BA-MA RH19VI/12, p. 324.

25.BA-MA RW4/V.264.

26.Relato personal de Zakhary Rayzman. Deseo expresar mi agradecimiento a su nieto, Val Rayzman, por confiármelo.

27.BA-MA RL 5/793.

28.*GS WW, vol. IX/I,p*. 589.

29.*Deutsche Wochenschau*, febrero de 1943.

30.*Ibidem.*

31. Ursula von Kardorff, *Berliner Aufzeichnungen, 1942 bis 194S*, Munich, 1997, pp. 67-68.

27. CASABLANCA, KHARKHOV Y TÚNEZ (diciembre de 1942-mayo de 1943)

1. Keith Douglas, *Alamein to Zem-Zem*, Londres,

1992, p. 73.

2. *Ibidem*, p. 80.

3. Citado en Atkinson, *An Army at Dawn*, p. 289.

4. Diario, 16 de enero de 1943, citado en Martin Blumenson (ed.), *The Patton Papers*, vol. II: *1940-1345*, Boston, 1974, p. 155.

5. Alanbrooke, *War Diaries, p*. 361.

6. Diario, 12 de abril de 1943, citado en Martin Blumenson (ed.), *The Patton Papers*, vol. II: *1940-1945*, p. 218.

7. Macmillan a Richard Crossman en Nigel Fisher, *Harold Macmillan*, Nueva York, 1967,pp. 100-101.

8. Eisenhower a Paul Hodgson, 4 de diciembre de 1942, EP 687, citado en Crosswell, *Beetle— TheLife of General Walter Bedell Smith*, Lexington, KY, 2010, p. 360.

9. Irina Dunaevskaya, 15-16 de enero de 1943, en *Zvezda*, n° 5, 2010, p. 64.

10.Dmitri Kabanov, *Pamyatpisem ilichelovek iz tridzatchetverki*, Moscú, 2006, p. 36.

11. VCD, 22 de febrero de 1943.

12. Para la División Azul, véanse Stanley Payne, *Franco and Hitler*, New Haven, 2008, pp. 146-154; X. Moreno Julia, *La División Azul: Sangre española en Rusia, 1941-1945*, Barcelona, 2004; y Jorge M. Reverte, *La División Azul: Rusia 1941-1944*, Barcelona, 2011.

13. Nikolai Ayrkhayev, *FarEastem Affairs*, n° 4, 1990, p. 124.

14.Ivan Ivanovich Korolkov, 10 de febrero de 1943, en *Pisma s ognennogo ruberha (1941-1945)*, San Petersburgo, 1992, pp. 30-34.

15. Guy Sajer, *The Forgotten Soldier*, Londres, 1993, p. 149 (hay trad. cast.: *El soldado olvidado*, Inédita, Barcelona, 2006).

16.Véase Glantz y House, *When Titans Clashed, p*. 151.

17. Véase Reina Pennington, «Women and the Batde of Stalingrad», en L jubica Erickson y Mark Erickson (eds.), *Russia: War, Peace and Diplomacy*, Londres, 2005.

18.Ehrenburg, *Men, Years—Life*, vol. v, pp. 81-82.

19.Yevgeny Fyodorovich Okishev, citado en Drabkin (ed.), *Svyashchennaya voina, p*. 172.

20.Papeles de Grossman, RGALI 1710/3/50.

21. Gefr. Karl B., 28.12.42, 334.Inf.Div., BfZ-SS 48 037A.

22.Gefr. Siegfried K., 15.PZ.DÍV., 16.2.43, BfZ-SS 09 348.

23.Citado en John Ellis, *The Sharp End: The Fighting Man in World War II*, Londres, 1993, p. 265.

24.Véase Atkinson, *An Army at Dawn, p*. 3 89.

25.Véase Blumenson (ed.), *The Patton Papers*, vol. II,

p. 163.

26.Citado en Atkinson, *An Army at Dawn*, p. 402.

27.John Kenneally, *The Honourandthe Shame*, Londres, 1991, pp. 83-85.

28. EUROPA TRAS LAS ALAMBRADAS (1942-1943)

1. Mark Mazower, *Hitler's Empire: Nazi Rule in Occupied Europe*, Londres, 2008, p. 459 (hay trad. cast.: *El imperio de Hitler*, Crítica, Barcelona, 2008).

2. *Ibidem*, p. 152.

3. *GSWW,vol.II,p*. 322.

4. Citado en Terry Charman, «Hugh Dalton, Poland and SOE, 1940-42», en Mark Seaman (ed.), *Special Operations Executive: A New Instrument of War*, Londres, 2006, p. 62.

5. Citado en J. G. Beevor, *SOE: Recollections andReflections, 1940-1945*, Londres, 1981,p. 64.

6. Teniente Peter G., 714.Inf.Div., 24.6.41, BfZ-SS 41 768 B.

7. Browning, *The Origins of the Final Solution*, p. 3 39.

8. *Ibidem*, p. 423.

9. *GSWW,vol.II,p*. 323.

10. Collingham, *The Taste of War,p*. 172.

11. Conversación con sir Brookes Richards, 1993.

12. Diario de Guy Liddell, 14.1.43, TNA KV 4/191.

13. Conversación con el general Pierre de Bénouville, enero de 1993.

14. Thomas Polak, *Stalin 's Falcons: The Aces of the Red Star*, Londres, 1999, p. 3 5 5.

15. Mazower, *Hitler's Empire, pp*. 476-477.

16. La mejor explicación se encuentra en M. R. D. Foot, *SOEin theLow Countries*, Londres, 2001.

17. Collingham, *The Taste of War, p*. 175.

18. Jens-Anton Poulsson, *The Heavy Water Raid*, Oslo, 2009.

29. LA BATALLA DEL ATLÁNTICO Y LOS BOMBARDEOS ESTRATÉGICOS (1942-1943)

1. Alanbrooke, *War Diaries, p*. 285.

2. John Colville, *The Fringes of Power, p*. 145.

3. Véase *SOAG*, vol. iv, pp. 205-213.

4. PP, carpeta 2C, citado en Tami Davis Biddle, *Rhetoric and Reality in Air Warfare: The Evolution of British and American Ideas about Strategic Bombing, 1914— 1945*, Princeton, 2002, p. 2.

5. *Ibidem, p*. 69.

6. Trenchard citado *ibidem*, p. 71.

7. Memorándum del Almirantazgo de abril de 1932, citado en Uri Bialer, *The Shadow of the Bomber*, Londres,

1980, p. 24.

8. P. B. Joubert de la Ferté, «The Aim of the Royal Air Force», mayo de 1933, TNA AIR 2/675.

9. TNA AIR 14/249.

10.Citadoen Biddle, *Rhetoric and Reality in Air Warfare, p*. 188.

11. Para la vida de los pilotos de los bombarderos, véanse Patrick Bishop, *Bomber Boys*, Londres, 2008, y Daniel Swift, *Bomber County*, Londres, 2010, p. 56.

12.Citado en Swift, *Bomber County*, p. 56.

13. *Ibidem*, p. 70.

14. Bishop, *Bomber Boys*, p. 48.

15. Below, *Als Hitlers Adjutant*, p. 308.

16.Donald L. Miller, *The Eighth Air Force: The American Bomber Crews in Britain*, Nueva York, 2006, pp.58-59.

17. Citado en Swift, *Bomber County*, p. 9 5.

18.Citado en Bishop, *Bomber Boys,y*. 103.

19.Miller, *Eighth Air Force*, pp. 89-136.

20.*Ibidem*, p. 109.

21. Directiva de Casablanca, citada en Biddle, *Rhetoric and Reality in Air Warfare*, p. 215.

22.Para las versiones alemanas de estos sucesos, véanse Jörg Echternkamp (ed.), *Die Deutsche Kriegsgesellschaft, 1939 bis 194S*, Munich, 2004; Rosa María Ellscheid, *Erinnerungen von 1896-1983*, Colonia,

1988; Jörg Friedrich, *Der Brand. Deutschland im Bombenkrieg, 1940-1945*, Munich, 2002; Olaf Groehler, *Bombenkrieg gegen Deutschland*, Berlín, 1990; Hans-Willi Hermans, *Kbln im Bombenkrieg, 1942-1945*, Wartberg, 2004; Heinz Pettenberg, *Starke Verbande im Anflug aut Kbln, Eine Kriegschronik in Tagebuchnotizen 1939-1945*, Colonia, 1981; Martin Rüther, *Kbln im Zweiten Weltkrieg. Alltag und Erfahrungen zwischen 1939 und 1945*, Colonia, 2005; Martin Rüther, *ji.Mai 1942. Der Tausend-Bomber-Angriff*, Colonia, 199 2; D r P. Simón, *Kbln im Luftkrieg. Ein Tatsachenbericht über Fliegeralarme und Flieger-angriffe*, Colonia, 1954; y Anja vom Stein, *Uruer Kbln, Erinnerungen 1910-1960. Erzahlte Geschichte*, Colonia, 1999.

23.Hermans, *Kbln im Bombenkrieg*, p. 30.

24.Pettenberg, *Starke Verbande im Anflug nach Kbln*, pp. 162-168.

25.Lina S. en Rüther, *Kbln im Zweiten Weltkrieg*, p. 167.

26.*Ibidem*, p. 243.

27.Heinz Boberach (ed.), *Meldungen aus dem Reich, Die geheimen Lageberichte des Sicherheitsdienstes der SS, 1938-1945*, Herrsching, 1984.

28.Para todo lo concerniente a la tormenta ígnea de Hamburgo, véanse Friedrich, *Der Brand*, pp. 112-118, 191-196; Bishop, *Bomber Boys*, pp. 125-129; Miller,

Eighth Air Forcé, pp. 180-184; y Keith Lowe, *The Devastation of Hamburg, 1943*, Londres, 2007.

29.Citado en Miller, *Eighth Air Force*, p. 198.

30.*Ibidem*, p. 199.

31. *TBJG*, Segunda Parte, vol. x, 27.11.43, p. 136.

32.Ursula Kardorff,*BerlinerAufzeichnungen*, p. 153.

33.Friedrich, *Der Brand*, pp. 119-121,483-487; Bishop, *Bomber Boys*, pp. 206-214,293-294; Moorhouse, *Berlín at War*, 318-335.

34.Harris a sir Arthur Street, subsecretario de estado del ministerio del aire, 25.10.43, TNA AIR 14/843, citado en Biddle, *Rhetoric and Reality in Air Warfare*, p. 22.

35.Biddle, *Rhetoric and Reality in Air Warfare* , p. 229.

36.Swift, *Bomber County*, p. 143.

37.Citado en Friedrich, *Der Brand*, p. 101.

30. EL PACÍFICO, CHINA Y BIRMANIA (marzo-diciembre de 1943)

1. Citado en Rafael Steinberg, *Island Fighting*, Nueva York, 1978, p. 194 (hay trad. cast.: *La lucha en las islas*, Folio, Barcelona, 2008).

2. Citado en Leckie, *Helmetfor my Pillow*, p. 214.

3. Véase Kawano Hitoshi, «Japanese Combat Morale», en Peattie, Drea y van de Ven, *The Battle for China*, p.

328.

4. Para los rusos blancos en Shanghai, véase Bernard Wassenstein, *Secret War in Shanghai*, p. 239.

5. *Ibidem* Alanbrooke, *War Diaries*, p. 479.

6. *Ibidem*, p. 394.

31. LA BATALLA DE KURSK (abril-agosto de 1943)

1. Para el mejor estudio de la operación de Kursk, véase David M. Glantz y Jonathan M.House, *The Battle of Kursk*, Lawrence, Kan., 1999; y véase también Bellamy, *Aboslute War.*

2. Citado en Bellamy, *Aboslute War*, p. 577.

3. General Heinz Guderian, *Panzer Leader*, Nueva York, 1952, p. 247.

4. Mikhail Petrovich Chebykin, *http://www.iremember.ru/pekhotintsi/chebikin-mikhail-petrovich.*

5. Patrick Agte, *Michael Wittmann and the Waffen SS Tiger Commanders of the Leibstandarte in World War II*, Mechanicsburg, Pa, 2006, vol. I, p. 60.

6. Christopher Andrew y Vasily Mitrokhin, *The Mitrokhin Archive: The KGB in Europe and the West*, Londres, 2000, pp. 13 5,156,159.

7. Conversación con Víctor Cazalet.

8. Fhj.Uffz. Werner K., 2.Bttr./le Flak-Abt.74, BfZ-SS

L 20 909.

9. Uffz. Herbert Peter S., 19.Pz.Div., 7.7.43, BfZ-SS 13 925.

10. Sold. Karl K., 36.Inf.Div., 7.7.43, BfZ-SS 08 818C.

11. Agte, *Michael Wittmann*, p. 100.

12. H'Fw. Willy P., 167. Inf.Div., BfZ-SS 19 279 D.

13. RGALI 1710/3/51.

14. Uffz. Ludwig D., Stabs-Bttr./Art.Rgt. 103,4.PZ.DÍV., 12.7.43, BfZ-SS 44 705.

15. Reshat Zevadinovich Sadredinov, 4ª batería del 1362º Regimiento de Artillería Antiaérea, 25ª División Antiaérea, en Drabkin (ed.), *Svyashchennaya voina*, p. 137.

16. RGALI 1710/3/51.

17. RGALI 1710/3/51.

18. RGALI 1710/3/51.

19. Glantz y House, *The Battle of Kursk*, p. 121.

20.Pavel Rotmistrov, «Tanks against tanks», en John Erickson (ed.), *Main Front: Soviet Leaders Look Back on World War II*, Londres, 1987, pp. 106-109.

21.Teniente Paul D., III.Gru./St.G.2, «Immelmann», 18.7.43, BfZ-SS L 16641.

22.Amza Amzaevich Mamutov, *http://www.iremember.ru/pekhotintsi/mamutov-amza-amzaevich/stranitsa-3 .html*

23.San. Sold. Helmut P., 198.Inf.Div., 10.7.43, BfZ-SS 29 740.

24.Teniente Paul D., III.Gru./St.G.2, «Immelmann», 10.7.43, BfZ-SS L 16 641.

25.O'Gefr. Roben B., 6.Pz.Div., 10.7.43, BfZ-SS 24 924.

26.Citado en Frank Kurowski, *Panzer Aces*, Winnipeg, 1992, p. 279.

27.Rudolf Lehmann, *The Leibstandarte*, vol. III, Winnipeg, 1993, p. 234, citado en Glanzt y House, *The Battle of Kursk*, p. 185.

28.Anatoly Volkov, citado en Lloyd Clark, «The Battle of Kursk 1943», en *The Wishstream*, 2010, p. 140.

29.Amza Amzaevich Mamutov, *http://www.iremember.ru/pekhotintsi/mamutov-amza-amzaevich/stranitsa-3.html*

30.*Ibidem.*

31. Teniente Paul D., III.Gru./St.G.2 «Immelmann», 18.7.43, BfZ-SS L 16641.

32.Glantz y House, *The Battle of Kursk*, pp. 246-247.

33. RGALI 1710/3/50.

34.RGALI 1710/3/50.

35.BA-MA RH 13/50, citado en *GSWW*, vol. ix/I, p. 597.

36.*Ibidem*, p. 598.

32. DE SICILIA A ITALIA (mayo-septiembre de 1943)

1. Alanbrooke, *War Diaries*, 15 de abril de 1943, p. 393.

2. Citado en Max Hastings, *Finest Years*, p. 375.

3. Blumenson (ed.), *The Patton Papers*, vol. II, 28 de abril de 1943, p. 234.

4.*Ibidem*, p. 237.

5. Alanbrooke, *War Diaries*, p. 414.

6.Jack Belden, *Still Time to Die*, Nueva York, 1943, p. 269.

7. Citado en Rick Atkinson, *The Day of Battle: The War in Sicily and Italy, 1943-1944* , Nueva York, 2007, p. 40 (hay trad. cast.: *El día de la batalla: la guerra en Sicilia y en Italia, 1943-1944*, Crítica, Barcelona, 2008).

8.Blumenson (ed.), *The Patton Papers*, vol. II, p. 280.

9.Joe Kelley, SWWEC.

10.Blumenson (ed.), *The Patton Papers*, vol. II, p. 291.

11. Jim Williams, SWWEC.

12. Citado en Denis Mack Smith, *Mussolini*, Londres, 1981, p. 327 (hay trad. cast.: *Mussolini*, FCE, Madrid, 2001).

13. Para las visitas de Patton a los hospitales de evacuación, véase Rick Atkinson, *The Day of Battle*, pp. 147-148.

14.Blumenson (ed.), *The Patton Papers*, vol. II, pp. 313-314.

15. *TBJG*, parte II, vol. IX, p. 460.

16.Reg Crang, SWWEC, *Everyone 's War*, n° 20, invierno de 2009.

17. GBP, diciembre de 1943.

18.*Ibidem.*

19.Citado en Below, *Ais Hitlers Adjutant*, p. 347.

20.Michael Howard, *Captain Professor: A Life in War and Peace*, Londres, 2006, p.73.

21. Nachlass Jodl, 7 de noviembre de 1943, BA-MA, N 69/17.

33. UCRANIA Y LA CONFERENCIA DE TEHERÁN (septiembre-diciembre de 1943)

1. RGALI 619/1/953.

2. Reshat Zevadinovich Sadredinov, en Drabkin (ed.), *Svyashchennaya voina*, p. 196.

3. Mikhail Petrovich Chebykin, *http://www.iremember.ru/pekhotintsi/chebikin-mikhail-petrovich.*

4. GBP.

5. RGALI 1710/1/100.

6. RGALI 1710/1/101.

7. *Moskovskaya Konferentsiya Ministrov*

Inostrannykh Del SSSR, SShA i Velikobritanii, Moscú, 1984, citado en Roberts, *Stalin's Wars*, p. 177.

8. GBP.

9. Alanbrooke, *War Diaries*, 23.11.43, p. 477.

10. Berezhkov, *At Stalin 's Side*, p. 239.

11. Berezhkov, *History in the Making*, p. 259.

12. Citado en Roberts, *Stalin 's Wars*, p. 181.

13. Beria, *Beria, my Father*, p. 92.

14. *Ibidem*, p. 93.

15. *Ibidem*, p. 94.

16. *Ibidem*, p. 9 5.

17. Charles Moran, *Winston Churchill: The Struggle for Survival, 1940-1945*, Londres, 1966, 28 y 29 de noviembre de 1943.

18. Dwight D. Eisenhower, *Crusade in Europe*, Londres, 1948, p. 227 (hay trad. cast.: *Cruzada en Europa*, Inédita, Barcelona, 2007).

19. Alanbrooke, *War Diaries*, 7.12.43, p. 492.

20.27.1.44, *GSWW*, vol. IX/I, p. 614.

21. Werth, *Leningrad*, p. 81.

34. LA SHOAH POR MEDIO DEL GAS (1942-1944)

1. SS *Brigadeführer* Dr. Werner Best, citado en Padfield, *Himmler*, p. 361.

2. Browning, *The Origins of the Final Solution*, p.

415.

3. Rudolf Höss, *Commandant of Auschwitz*, Londres, 2000, p. 121.

4. *Ibidem*, p. 124.

5. Hermann Müller, citado en Diarmuid Jeffreys, *Hell's Cartel: IG Farben and the Making of Hitler's War Machine*, Nueva York, 2008, p. 322.

6. Informe de Shikin, subjefe del Departamento Político Principal del Ejército Rojo, 9 de febrero de 1945, RGASPI 17/125/323, pp. 1-4.

7. 24 de abril de 1943, IMT 1919 PS.

8. Citado en Diarmuid Jeffreys, *Hell's Cartel*, p. 327.

9. *Ibidem*, p. 328

10.Prólogo de Primo Levi a Hóss, *Commandant of Auschwitz*, p. 19.

11. Höss, *Commandant of Auschwitz*, p. 13 5.

12.*Ibidem*, p. 149.

13. *Ibidem*, p. 152.

14.RGALI 1710/1/123.

15.*Ibidem.*

16.*Ibidem.*

17.Citado en Kershaw, *Hitler, 1936-1945: Nemesis*, p. 605.

18.BA-B NS 19/4014, citado en *GSWW*, vol. IX/I, pp. 628-629.

35. ITALIA: EL VIENTRE DURO (octubre de 1943-marzo de 1944)

1. Nigel Hamilton, *Monty: Master of the Battlefield, 1942-1944*, Londres, 1985,p.405.

2. Citado en Atkinson, *The Day of Battle*, p. 237.

3. Nigel Hamilton, *Monty: Master ofthe Battlefield, 1942-1944,0*. 409.

4. Nigel Nicolson, *Alex: The Life of FieldMarshal Earl Alexander of Tunis*, Londres, 1973, p. 163.

5. Citado en Harry C. Butcher, *Three Years with Eisenhower*, Londres, 1946, 23 de noviembre de 1943, p. 384.

6. Alanbrooke, *War Diaries* , 7 de octubre de 1943, p. 458.

7. *Ibidem*, p. 459.

8. Clarke, *The Eleventh at War*, p. 319.

9. Véase Atkinson, *The Day of Battle*, p. 260.

10.*Ibidem.*

11. GBP, noviembre de 1943.

12. Hamilton, *Monty:Master of the Battlefteld*, p. 439.

13. GBP.

14.Kenneally, *The Honour and the Shame*, p. 142.

15. Alanbrooke, *War Diaries* , 6 de enero de 1944, p. 510.

16.Kenneally, *The Honour and the Shame*, p. 152.

17. Citado en Atkinson, *The Day of Battle*, p. 3 5 5.

18.Véase Richard Evans, *The Third Reich at War*, pp. 477-478.

19.Kenneally, *The Honour and the Shame*, p. 158.

20.*Ibidem*, p. 165.

21. Atkinson, *The Day of Battle*, p. 426.

22.Alanbrooke, *War Diaries*, 29 de febrero de 1944, p. 527.

23.Véase Atkinson, *The Day of Battle*, pp. 488-489.

24.TBJG, parte II, vol. VII, 8 de febrero de 1943, p. 296.

36. LA OFENSIVA SOVIÉTICA DE PRIMAVERA (enero-abril de 1944)

1. Erich von Manstein,*Lost Victories*, Londres, 1982,pp. 500-505.

2. *GSWW,vol.IX/I, p.671*

3. *Ibidem*, p. 805.

4. Glant y House, *When Titans Clashed*, pp. 179-181.

5. Beria, *Beria, my Father*, p. 130.

6. Véase John Erickson, *The Road to Berlín*, Londres, 1983, pp. 177-179.

7. GBP, diciembre de 1943.

8. Operación Leningrado-Novgorod. Bellamy,

Absolute War, pp. 404-408.

9. Pavel Zolotov, *Zapiski minomyotchika, 1942-1945*, Moscú, 2009, p. 107.

10.*Ibidem*, pp. 112,119.

11. Werth,*Leningrad,p*. 188.

12. VCD, 8.2.44.

13. *GSWW*, vol. IX/I, pp. 689-690.

14.TsKhIDK 45ip/3/7.

37. EL PACÍFICO, CHINA Y BIRMANIA (1944)

1. Eichelberg, citado en Ellis, *The Sharp End*, p. 19.

2. Hará Takeshi, «The Ichigo Offensive», en Peattie, Drea y van de Ven, *The Battle for China*, pp. 393-394.

3. *Ibidem,p. 397.*

4. Para el asunto relacionado con Chiang Kai-shek y su advertencia sobre una posible ofensiva japonesa, véase van de Ven, *War and Nationalism in China*, p. 46.

5. Citado en Theodore H. White, *In Search of History*, Nueva York, 1978, p. 142.

6. Véase Spector, *Eagle against the Sun*, p. 3 50.

7. General de brigada Bernard Fergusson, IMW 2586, citado en Julián Thompson, *Forgotten Voices of Burma*, Londres, 2009, p. 158.

8. *Ibidem.*

9. *Ibidem.*

10. Teniente Richard Rhodes-James, 111th Brigade, IWM 19593.

11. Comandante Desmond Whyte, RAMC, 111th Brigade, IWM 12570.

12. *Ibidem.*

13. Citado en Louis Allen, *Burma: The Longest War*, Londres, 1984, pp. 320-321.

14. Comandante John Winstanley, B Company, 4th Battalion, Queen's Own Royal West Kent Regiment, IWM 179 5 5.

15. Comandante Harry Smith, Headquarters Company, 4th West Kents, IWM 19090.

16. Para la 56ª División japonesa en el río Salween, véase Asano Toyomi, «Japanese Operations in Yunnan and North Burma», en Peattie, Drea y van de Ven, *The Battle for China* pp. 365-366, 369-371.

17. Spector, *Eagle against the Sun*, p. 359.

18. Teniente K. Cooper, citado en Ellis, *The Sharp End*, p. 84.

19. Citado en Fowler, *We Gave our Today*, p. 147.

20.Para la fatiga de combate en el Ejército Imperial de Japón, véase Kawano, «Japanese Combat Morale», en Peattie, Drea y van de Ven, *The Battle for China*, p. 349.

11. Véase Hagiwara Mitsuru, «Japanese Air Campaigns in China», en Peattie, Drea y van de Ven, *The Battle for China*, pp. 250-251.

22.Véase Dreyer, *China at War*, pp. 284-285.

23. White y Jacoby, *Thunder out of China*, p. 183.

24.Samuel Eliot Morison, *History of the United States Naval Operations in World War II* , vol. VIII: *New Guinea and the Marianas*, Annapolis, Md, 2011, p. 302.

38. PRIMAVERA DE ESPERANZAS (mayo-junio de 1944)

1. Butcher, *Three Years with Eisenhower*, 18.1.44,p.403.

2. Bedell Smith a Eisenhower, 5.1.44, COSSAC File, W. Bedell Smith Papers, citado en Crosswell, *Beetle*, p. 557.

3. Citado en Lacouture, *De Gaulle: The Rebel*, p. 508.

4. Citado en Atkinson, *The Day of Battle*, p. 516.

5. *Ibidem*, p. 528.

6. Alanbrooke, *War Diaries*, p. 561.

7. Mariscal Alexander, conde de Túnez, *The Alexander Memoirs, 1940-1945*, Londres, 1962, p. 127.

8. Vernon A. Walters, *SilentMissions*, Nueva York, 1978, p. 97 (hay trad. cast.: *Misiones discretas*, Planeta, Barcelona, 1981), citado en Atkinson, *The Day of Battle*, p. 575.

9. *General der Infanterie* Blumentritt, informe del 6.8.45, NA II407/427/24231.

10.Conversación con Clive Duncan, a quien estoy infinitamente agradecido por este detalle, que me suministró en una carta de 7.9.11.

11. Bill Goff, HMS *Scylla*, SWWEC, *Everyone 's War*, n° 20, invierno de 2009.

12. Harley A. Reynolds, «The First Wave», *American Valor Quarterly*, primavera/verano de 2009, pp. 15-22.

13. FMSB-403.

14. Reynolds, «The First Wave», *American Valor Quarterly*, primavera/verano de 2009, pp. 15-22.

15. Hamilton, *Monty: Master of the Battlefield*, p. 621.

39. BAGRATION Y NORMANDÍA (junio-agosto de 1944)

1. Teniente Rudolf F., 6.Inf.Div., 23.6.44, BfZ-SS 27 662 A.

2. Uffz. Julfried K., Pz.Aufkl.Abt. 125, 25.Pz.Gren.Div., 24.6.44, BfZ-SS 45 402.

3. Teniente Degan, citado en Paul Adair, *Hitler's Greatest Defeat*, Londres, 1994, p. 106.

4.Uffz. Alfons F., 206.Inf.Div., 18.6.44, BfZ-SS 56601 C.

5. Papeles de Grossman, RGALI 1710/3/50.

6.Cartas de Vladimir Tsoglin a su madre, en I. Altman

(ed.), *Sokhrani moi pisma*, Moscú, 2007, pp. 260-275.

7. O'Gefr. Otto H., Herres-Betr.Kp. 6,13.7.44, BfZ-SS 24 740.

8.O'Gefr. Otto L., Fl.H.Kdtr.(E) 209/XVII, 10.7.44, BfZ-SS 5 5 922.

9.Papeles de Grossman, RGALI 1710/3/47.

10. Rees, *World War II behind Closed Doors*, p. 274.

11. O'Gefr. Otto L., Fl.H.Kdtr.(E) 209/XVII, 10.7.44, BfZ-SS L 5 5 922.

12. BA-MA H 34/1.

13. Gefr. Heinrich R., Bau-Pi.Btl.735, 26-7-44, BfZ-SS 03 707 D.

14. O'Gefr. Karl B., Rgts.Gru.332, 28.7.44, BA-MA H 34/1.

15. Erika S., Ragnit, 28.7.44, BA-MA H 34/1.

16. P. I. Troyanovsky, *Na vosmifrontakh*, Moscú, 1982, p. 183.

17. RGALI 1710/1/123.

18. Deseo expresar mi agradecimiento al señor S. W. Kuhlmann por enviarme una fotocopia de la agenda de campaña de su padre con esta orden, 5.2.11.

19. G. Steer, 1/4U1 KOYLI, SWWEC 2002.1644.

20.27.6.44, TNA KV 9826.

21. C. J. C. Molony, *TheMediterranean andMiddle East*, Londres, 1984, vol. vi, p. 511, citado en Atkinson,

The Day of Battle, p. 300.

22.Miles Hildyard, diario inédito, 22.6.44 (colección particular).

23.Citado en Martin Blumenson, *The Duel for France 1944*, Nueva York, 2000, p. 23.

24.Peter Lieb, *Konventioneller Krieg oder Weltanschauungskrieg? Kriegführung und Partisanenbekámpfung in Frankreich 1943/44*, Munich, 2007, p. 176.

25.Albert J. Glass, «Lessons Learned», en Albert J. Glass (ed.), *Neuropsychiatry in World War II*, Washington DC, Office ofthe Surgeon General, 1973, vol. II, 1015-1023.

26.Montgomery citado en GBP.

27.14.7.44, PDDE, p. 2004.

40. BERLÍN, VARSOVIA Y PARÍS (julio-octubre de 1944)

1. GSWW, vol. 9/I,p. 855.

2. Smith,*Mussolini,p*. 358.

3. GSWW, vol. 9/I,p. 829.

4. GSWW, vol. 9/I, p. 912.

5. Gefr. Heinrich R., Bau-Pi.Btl.735,5-7-44, Bfz-SS 03 707 D.

6. Dr. K, Feldlaz.8, 8.Jag.Div., BA-MA RH 13 v.53.

7. Uffz. Werner F., 12.Pz.Div., 28.7.44, BfZ-SS 23 151E.

8. E. H., 26.7.44, BA-MA H 34/1.

9. O'Gefr. M., Division.Vers.Rgt. 195, 27.7.44, BA-MA H 34/1.

10. Citado en Roberts, *Masters and Commanders*, p. 504.

11. Keitel y Jodl, FMS A-915.

12. Gefr. Karl B., schw.Art.Abt.460, 20.7.44, BfZ-SS 25 345 D .

13. Teniente Hans R., ie.Flak-Abt.783(v.), 30.7.44, BfZ-SS L49 812.

14. O'Gefr. Fried-Hasso B., 11.Inf.Div., 30.7.44, BfZ-SS 34 427.

15. Véase Krivosheev, *Soviet Casualties and Combat Losses*, pp. 144-146.

16. Rüdiger Overraans, *Deutsche militärische Verluste im Zweiten Weltkriege*, Munich, 1999, pp. 238 y 279, citado en *GSWW*, vol. 9/1, pp. 66 y 805.

17. Cartas de Efraim Genkin a su familia, 18 de agosto de 1944, en Altman (ed.), *Sokhrani moipisma*, Moscú, 2007, pp 276-282.

18. Para la entrevista de Jan Stanislaw Jankowski con Jan Nowak-Jeziorañski, véase Wladyslaw Bartoszewski, *Abandoned Heroes of the Warsaw Uprising*, Cracovia, 2008, p.17.

19. MPW.

20.Timothy Snyder, *Bloodlands*, p. 298.

21. 5 de agosto de 1944, Snyder, *Bloodlands*, p. 302.

22.Dorota Niemczyk (ed.), *Brok Eugeniusr Lokajski, 1908-1944*, Varsovia, 2007; y en MPW.

23.Citado en Bartoszewski, *Abandoned Héroes ofthe Warsaw Uprising*, p. 50.

24.Alexander, *The Alexander Memoirs*, p. 136.

25.Cita del general de división Kenner, oficial médico jefe SHAEF, OCMH-FPP.

26.Entrevista con el general De Gaulle, OCMH-FPP.

27.Jan Lissowski, en Dorota Niemczyk (ed.), *Brok Eugeniusz Lokajski, 1908-1944*, Varsovia, 2007.

28.Román Loth, en Dorota Niemczyk (ed.), *op. cit.*

29.Véase Jeffreys, *Hell's Cartel*, pp. 288-289.

30.Citado en Snyder, *Bloodlands*, p. 308.

41. LA OFENSIVA ICHIGō Y LEYTE (julio-octubre de 1944)

1. Véase Akira Fujiwara, *Uejinishita eireitachi*, Tokio, 2001, pp. 135-138, citado en Collingham, *The Taste of War*, pp. 10 y 303.

2. Ogawa Shóji, *Kyokugen no Naka no Ningen: Shino Shima Nyüginia*, Tokio, 1983, p. 167.

3. Nogi Harumichi, *Kaigun Tokubetsu Keisatsutai:*

Anbon Shima Bomber Command Kyü Senpan no Shuki, Tokio, 1975, p. 207, citado en Tanaka, *Hidden Horrors*, p. 114.

4. Al Ying Yunping, citado en Max Hastings, *Nemesis*, p. 12.

5. Citado en White y Jacoby, *Thunder out of China*, p. 187.

6. Citado en Yang Kuisong, «Nationalist and Communist Gerrilla Warfare», en Peattie, Drea y van de Ven, *The Battle for China*, p. 324.

7. Véase Chang y Halliday, *Mao*, pp. 288-305.

8. Para la entrevista que celebraban en aquellos momentos Chiang Kai-shek y Hurley, véanse Romanus y Sunderland, *Stilwell's CommandProblems*, pp. 379-384; Tuchman, *Stilwell*, pp. 493-494; y Spector, *Eagle against the Sun*, pp. 368-369.

9. Citado en Barbara W. Tuchman, *Stilwell and the American Experience in China, 1911-1945*, Nueva York, 1971, p. 646.

10.Véanse van de Ven, *War and Nationalism in China*, p. 3; y White y Jacoby, *Thunder out of China*, Nueva York, 1946.

11. Citado en van de Ven, *War and Nationalism in China*, p. 60.

12. Para las consecuencias de la Ofensiva Ichigó, véase Asano Toyomi, «Japanese Operations in Yunnan and

North Burma», en Peattie, Drea y van de Ven, *The Battle for China*, p. 361.

13. Fukudome, citado en Spector, *Eagle against the Sun*, p. 424.

42. ESPERANZAS DEFRAUDADAS (septiembre-diciembre de 1944)

1. William I. Hitchcock, *Liberation: The Bitter Road to Freedom: Europe, 1944-1945* , Londres, 2008, pp. 61-63.

2. Bradley, *ASoldier's Story*, Nueva York, 1965.

3. Blumenson (ed.), *The Patton Papers*, vol. II, p. 548.

4. Informe del general de división M. A. P. Graham, citado en Wilmot, *The Struggle for Europe*,*p*. 560.

5. Ornar N. Bradley, *A Soldier's Story*, Nueva York, 1961, p. 409.

6. Sold. W. W., Flak-Rgt.291, A.O.K.16, BA-MA RH 13 v. 53.

7. Citado en Roberts, *Masters and Commanders*, p. 523.

8. Citado en Martin Gilbert, *The Second World War* , Londres, 1989, p. 592 (hay trad. cast.: *La segunda guerra mundial*, La Esfera de los Libros, Madrid, 2005-2006, 2 vols.).

9. GBP, 2.4.45.

10.TNA PREM 3/434/2, pp. 4-5, citado en Rees, *World WarIIbehind ClosedDoors*, p. 309.

11. Berezhkov, *At Stalin 's Side*, p. 304.

12. *Ibidem*,*pp*. 309-310.

13. Citado en Roberts, *Masters and Commanders*, p. 527.

14.Citado en Dedef Vogel, «Der Deutsche Kriegsalltag im Spiegel von Feldpostbriefen», en Detlef Vogel y Wolfram Wette (eds.), *Andere Helme — Andere Menschen? Heimater-fahrung und Frontalltag im Zweiten Weltkrieg*, Essen, 1995, pp. 48-49.

15. GBP, 4.10.44.

16.*Ibidem.*

17. *Ibidem.*

18.*Ibidem.*

19.GBP, 20.10.44.

20.*Ibidem.*

21. Efraim Genkin en Altman (ed.), *Sokhrani moipisma*, pp. 276-282.

22.Mikhail Petrovich Chebikin, *http://www.iremember.ru/pekhotintsi/chebikin-mikhail-petrovich/.*

23.San. O'Gefr. Hans W., 2.Kriegslaz./Kriegslaz.Abt.529 (R), 30.7.44, BfZ-SS 24 231.

24.*http://iremember.ru/pekhotintsi/avrotinskiyefim-mironovich.html.*

25.Efirn Mironovich Avrotinskii, *http://iremember.ru/pekhotintsi/avrotinskiyefim-mironovich.html.*

26.Kershaw,*Hitler, 1936-1945:Nemesis ,pp. 734-737.*

27— Krisztián Ungváry, *Battle for Budapest: 100 Days in World War* II, Londres, 2010, p.

28.*Ibidem*, pp. 236-252.

29.Ian Kershaw, *The End: Hitler 's Germany, 1944-45*, Londres, 2011, p. 149.

30.*Ibidem*, p. 79.

31. *Ibidem*, p. 134.

32.Citado en Detlef Vogel, «Der Deutsche Kriegsalltag im Spiegel von Feldpostbriefen», en Detlef Vogel y Wolfram Wette (eds.), p. 47.

33. Blumenson (ed.), *The Patton Papers*, vol. II, p. 571.

34.Russell F. Weigly, *Eisenhower'sLieutenants*, Bloomington, Ind., 1990, p. 365.

35.Bradley, *A Soldier's Story*, p. 438.

36.Citado en Paul Fussell, *The Boys' Crusade*, Nueva York, 2003, p. 87.

37.Ellis, *The Sharp End*, p. 252.

38.Véase Fussell, *The Boys' Crusade*, p. 83.

39.Bradley, *A Soldier's Story*, p. 433.

40.Ellis, *The Sharp End*, p. 169.

41. De Gaulle, *Mémoires deguerre*, vol. III: *Le Salut, 1944-1946,0*. 61.

42.HervéAlphand,*L'Etonnementd'être:Journal, 1939-1973, París*, 1977,p. 180.

43. LAS ARDENAS Y ATENAS (noviembre de 1944-enero de 1945)

1. Bradley, *A Soldier's Story, p*. 428.

2. Kershaw, *The End, p*. 145.

3. Chester B. Hansen, diario, 17.12.44, Hansen Papers, USAMHI.

4. Butcher, *Three Years with Eisenhower*, p. 613.

5. GBP 17/12/44.

6. Conversación con M. R. D. Foot, 2.12.09.

7. Blumenson (ed.), *The Patton Papers*, vol. II, 9.12.44, p. 5 89.

8. *Ibidem*, pp. 5 99-600.

9. Citado en Crosswell, *Beetle*, p. 816.

10. Citado en Hamilton, *Montgomery: Master of the Battlefield, p*. 213.

11. Carta de 21.12.44, Blumenson (ed.), *The Patton Papers*, vol. II, p. 603.

12.Harold R. Winton, *Corps Commanders of the*

Bulge, Lawrence, Kan., 2007, p. 135.

13. Blumenson (ed.), *The Patton Papers*, vol. II, 2 5.11.44, p. 606.

14. Ellis, *The Sharp End*, p. 72.

15. Winton, *Corps Commanders of the Bulge, pp*. 213-215.

16. Alanbrooke, *War Diaries*, 23-30.12.44,p. 638.

17. DCD, 4.1.45.

18. Mark Mazower, *Inside Hitler's Greece*, New Haven, 1993, p. 268; el desarrollo de los acontecimientos en Grecia que se describen en estas páginas están basados principalmente en el excelente relato de Mazower.

19. Max Hastings, *Finest Years, p*. 536.

20.*Ibidem, p*. 537.

21. Para las penalidades que sufrieron los belgas a finales de otoño y en el invierno de 1944, véase William I. Hitchcock, *Liberation, The Bitter Road to Freedom, Europe 1944-1945*, Londres, 2009, pp. 64-69.

22.Para la población civil belga durante la ofensiva de las Ardenas, véase Hitchcock, *op. cit.*, pp. 81 −90.

23.Para la situación de Holanda en esos años, véanse William I. Hitchcock, *op. cit., pp*. 98-122; y Collingham, *The Taste of War, pp*. 175-179.

24.Citado en Ellis, *The Sharp End, p*. 363.

25.Max Hastings, *Armageddon: The Battle for Germany, 1944-i94¡*, Londres, 2007 (hay trad. cast:

Armagedón, Crítica, Barcelona, 2008), p. 171.

44. DEL VÍSTULA AL ÓDER (enero-febrero de 1945)

1. BA-MA MSg 2/5275 v. 1.6.40.

2. Gyorgy Thuróczy, *Kropotovnem tréfál*, Debrecen, 1993, p. 103.

3. Citado en Ungváry, *Battle for Budapest*, Londres, 2010, p. 32. La versión que ofrece Ungváry del asedio de la ciudad es la mejor y la más fiable.

4. Hans Bayer, *Kavalleriedivisionen der Waffen-SS*, Heidelberg, 1980, p. 437.

5. Dénes Vass, citado en Ungváry, *Battle for Budapest, p*. 141.

6. Sándor Márai, «Budai seta», en *Budapest*, diciembre de 1945, p. 96, citado *ibidem, p*.234.

7. Ungváry, *Battle for Budapest, p*. 281.

8. Beria, *Beria, my Father, pp*. 111,336.

9. Diario de László Deseó, citado en Ungváry, *Battle for Budapest*, p. 234; véase asimismo Rees, *World WarIIbehind ClosedDoors, pp*. 322-329.

10.Citado en Ungváry, *Battle for Budapest*, p. 285.

11. *Ibidem, p*. 287.

12. Zolotov, *Zapiski minomyotchika, pp*. 187-188.

13. Alexander, *The Alexander Memoirs*, pp. 132-133.

14.Guderian, *Panzer Leader*, p. 420.

15. RGVA 38680/1/3, p. 40.

16.Rabichev, *Voina vsyospishet, vospominaniyaofitsera-svyazista,pp*. 193-195.

17. Natalya Gesse en Richard Lourie (ed.), *Russia Speaks: An Oral History from the Re-volution to the Present*, Nueva York, 1991, pp. 254-255.

18.Yuri Polakov citado en Igor Kon, *Sex and Russian Society*, Bloomington, Ind., 1993, p. 26.

19.Nikolai Abramovich Vinokur, *http://www.iremember.ru/mediki/vinokur-niholay-abramovich*.

20.Rabichev, *Voina vsyo spishet, vospominaniya ofitsera-svyazista, p*. 143.

21. Aleksandr Solzhenitsyn, *Prussian Nights*, Nueva York, 1983,p.67.

22.Cartas de Efraim Genkin a su familia, 22.1.45, en Altman (ed.), *Sokhranimoipisma*, p. 321.

23.Hilberg, *The Destruction of the European Jews,p*. 254.

24.Informe de Shikin: 9.2.45, RGASPI 17/125/323, pp. 1-4.

25.BA-BR55/616, p. 158.

26.Tkachenko, del SMERSh, a Beria, GARF 9401/2/93, p. 324.

27.VCD, 23.1.45.

28.Papeles de Grossman, RGALI 1710/3/51, p. 231.

29.RGASPI 17/125/314,pp. 40-45.
30.VCD, 31.1.45.

45. LAS FILIPINAS, IWO JIMA, OKINAWA Y LAS INCURSIONES CONTRA TOKIO (noviembre de 1944-junio de 1945)

1. Para el avance hacia Manila véase Spector, *Eagle against the Sun*, pp. 520-523.

2. Citado en Charles F. Romanus y Riley Sunderland, *The United States Army in World War II: The China-Burma-India Theater*, vol. III, Washington DC, 1959, p. 369.

3. Véase Kawano Hitoshi, «Japanese Combat Morale», en Peattie, Drea y van de Ven, *The Battle for China*, p. 328.

4. Para Indochina en 1944 y 1945, véanse Gary R. Hess, «Franklin Roosevelt and In-dochina», *Journal of American History,vol*. 59, n° 2, septiembre de 1972; Ralph B. Smith, «The Japanese Period in Indochina and the Coup of 9 March, 1945», *Journal of Southeast Asia Studies*, vol. 9, n° 2, septiembre de 1978; y Collingham, *The Taste of War*, pp. 240-242.

5. Toshio Hijikata, citado en Max Hastings, *Nemesis*, pp. XXIII-XXIV.

6. Citado en David Biddle, *Rhetoric and Reality in*

Air Wafare, p. 268.

7. Swift, *Bomber County*, p. 99.

8. Ellis, *The Sharp End*, p. 82.

9. E. B. Sledge, *With The OldBreed*, Londres, 2010, p. 195.

10. Keith Wheeler, *The Road to Tokyo*, Alexandria, VA, 1979, p. 187.

11. Ellis, *The Sharp End*, p. 83.

12. Sledge, *With the OídBreed*, p. 226.

13. William Manchester, *Goodbye Darkness: A Memoir of the Pacific War*, Nueva York, i98o,p. 359.

46. YALTA, DRESDE, KÓNIGSBERG (febrero-abril de 1945)

1. Beria, *Beria, my Father*, p. 105.

2. *Ibidem*, p. 106.

3. Lord Moran, *Churchill at War, 1940-45* , Londres, 2002, p. 268, citado en S. M. Plokhy, *Yalta: The Price of Peace*, Nueva York, 2010, p. 153.

4. Beria, *Beria, my Father*, p. 106.

5. William D. Leahy, *I Was There*, Stratford, NH, 1979, pp. 315-316, citado en Plokhy, *Yalta*, p. 251.

6. Beria, *Beria, my Father*, p. 113.

7. Plokhy, *Yalta*, p. 208.

8. Para Dresde, véanse Frederick Taylor, *Dresden*,

Londres, 2004; sir Charles Webster y Noble Frankland, *The Strategic Air Offensive against Germany, 1939-1945*,4 vols., Londres, 1961, vol. III; Biddle, *Rhetoric and Reality in Air Wafare* , pp. 232-261; Miller, *Eighth Air Forcé*, pp. 427-441; Friedrich, *Der Brand*, pp. 358-363.

9. Biddle, *Rhetoric and Reality in Air Warfare* , p. 254.

10.*SOAG*, vol. III, p. 112.

11. Bishop, *Bomber Boys*, p. 342.

12.*SOAG*, vol. III, p. 112.

13. Miller, *The Eighth Air Force,p*. 7.

14.Frederick Taylor en *Der Spiegel*, 10.2.08.

15.*GSWW,vol.IX/I,p*. 23.

16.TNA PREM 3 193/2, citado *ibidem.*

17.Citado en Vogel, «Der Deutsche Kriegsalltag im Spiegel von Feldpostbriefen», en Vogel y Wette, *Andere Helme — Andere Menschen?, p*. 45.

18.Informe de 12.4.45, TsAMO 372/6570/88, pp. 17-20.

19. RGVA 3 2904/1 /19.

20.Shvernik a Molotov, GARF 9401/2/96, pp.255-261.

21. Yefim Abelevich Golbraikh en Drabkin (ed.), *Svyashchennaya voina*, p. 107.

22.Vladimir Tsoglin a su madre, 14.2.45, en Altman (ed.), *Sokhrani moi pisma*, pp. 260.

23.Rabichev, *Voina vsyo spishet, vospominaniya ofitsera-svyazista*, p. 166.

24.Vladimir Tsoglin en Altman (ed.), *Sokhrani moi pisma*, pp. 260-275.

25.Karl-Heinz Schulze, «Der Verlorene Haufen», BA-MA MSg2 242.

26.RGALI 1710/3/47, p. 25.

47. Los AMERICANOS EN EL ELBA (febrero-abril de 1945)

1. GBP 2/4/45.

2. Blumeson (ed.), *The Patton Papers*, vol. II, 22 de noviembre de 1944, p. 580.

3. Georgii Zhukov, *Vospominaniya i razmyshleniya*, Moscú, 2002, iv, p. 216.

4. *Ibidem.*

5. Eisenhower, *Crusade inEurope*, p. 433.

6. TNA PREM 3/356/6.

7. David Clay Large, «Funeral in Berlin: The Cold War Turns Hot», citado en Roben Cowley (ed.), *What If*?, Nueva York, 1999, p. 3 5 5.

8. Para la entrevista de Stalin con Harriman y Clark-Ken, véase NA II RG334/Entry 309/Box 2.

9. I. S. Konev, *Year of Victory*, Moscú, 1984, p. 79; Zhukov, *op. cit.*, iv, p. 226.

10.VOV III, p. 269.

11. *Krasnaya Zvezda*, 11 de abril de 1945.

12. NA II 740.0011 EW/4-1345.

13. Fritz Hockenjos, BA-MA MSg2 4038, p. 16.

14.GBP 16/4/45.

15. Stephen Spender, *European Witness*, Londres, 1946, citado en Swift, *Bomber County*, p. 164.

16.GBP, 16.4.45.

17. Bolling, citado en Cornelius Ryan, *The Last Battle*, Nueva York, 199 5, p. 229.

18.Citado en Ryan, *The Last Battle*,*p*. 261.

19.NAII 7400011 EW/4-2345.

20.Hugh Trevor-Roper, *The Last Days of Hitler*, Londres, 199 5, pp. 89-90 (hay trad. cast.: *Los últimos días de Hitler*, Alba, Barcelona, 2000).

21. Informe de 28 de marzo de 1945, citado en Evans, *The Third Reich at War*, p. 714.

22.Conversación con el *Generalleutnant* de la defensa aérea barón Bernd Freytag von Loringhoven, 4.10.99.

23.*Generalinspekteur* de la defensa aérea Ulrich de Maiziére, conversación de 9.10.99.

24.Churchill Papers 20/215, citado en Martin Gilben, *Road to Victory: Winston S. Churchill, 1941-1945*, Londres, 1986, pp. 1288-1289.

25.BA-MA RHi9/XV/9b, p. 34.

26.Helmut Altner, *Berlin Dance of Death*, Staplehurst, Kent, 2002, p. 41.

27.*Ibidem,p*. 17.

48. LA OPERACIÓN BERLÍN (abril-mayo de 1945)

1. TsAMO 233/2374/92, p. 240.

2. *Pravda*, 14.4.45.

3. TsAMO 233/2374/93^. 454.

4. Serova Beria 19.4.45, GARF 940i/2/95,pp. 31-35,91.

5. Conversación con el general del aire Wust, 10.10.99.

6. Altner, *Berlin Dance of Death*, p. 54.

7. Zhukov, *Vospominania i Razmyshlenia* , vol. III, p. 245.

8. TsAMO TsGV/70500/2, pp. 145-149.

9. NA II RG 334/Entry 309/Box 2.

10. BA-MA MSg2/1096, p. 6.

11. Altner, *Berlin Dance of Death*, p. 69.

12. TsAMO 233/2374/92, pp. 359-360.

13.*Theo F'mdahl, Letzter Akt: Berlin, 1939-1945*, Hamburgo, 1946, p. 146.

14. Moorhouse, *Berlin at War*, p. 360.

15. Para los suicidios en Alemania al final de la guerra, véase Christian Goeschel, *Suicide in Nazi*

Germany, Oxford, 2009.

16. Citado en Gilbert, *The Second World War*, p. 670.

17. Conversación con el *Generalinspekteur* del aire Ulrich de Maiziére, 9.10.99.

18. TsAMO 233/2374/93,p. 414.

19. BA-MA MSgI/97o, p. 22.

20.Fritz Hockenjos, BA-MA MSg2 4038, p. 24.

21. Rabe, *The Good German of Nanking*, pp. 218-220.

22.Conversación con Magda Wieland, 11.7.00.

23.Dr. Gerhard Reichling, en Helke Sander y Barbara *Johr, Befreier und Befreite. Krieg, Vergewaltigungen, Kinder*, Munich, 1992, pp. 54,59.

24.NA II RG 338 R-79,pp. 37-38.

25.Zhukov, *Vospominania i Razmyshlenia*, vol. IV, pp. 269-270.

26.Trevor-Roper, *The Last Days of Hitler*, p. 188.

49. CIUDADES DE LOS MUERTOS (mayo-agosto de 1945)

1. Efraim Genkin en Altman (ed.), *Sokhrani moi pisma*, p. 282.

2. Ehrenburg, *Men, Years — Life*, vol. v, p. 37.

3. Conversación con Lothar Loewe, 9.10.2001

4. Fritz Hockenjos, BA-MA MSg 2 4038, p. 25.

5. GLAVPURKKA, RGASPI 17/125/310.

6. TsAMO 372/6570/78, pp. 30-32.

7. RGVA 38686/1/26, p. 36.

8. GARF9401/1ª/165,pp. 181-183.

9. GBP, 19/4/45.

10.RGALI 1710/3/51.

11. GPB, 19/4/45.

12.Kenneally, *The Honour and the Shame, pp*. 205-206.

13. TNA CAB 120/691; véase asimismo Hastings, *Finest Years,pp*. 571-577.

14.Alanbrooke, *War Diaries*, 24.5.45, PP— 693-694.

15.*Ibidem*, p. 695.

16. Plokhy, *Yalta, p*. 383.

17. Alanbrooke, *War Diaries*, 2.7.45, 3-7-45» p.701.

18. Para la seguridad de Stalin en Potsdam, véase Montefiore, *Stalin: The Court of the Red Tsar*, pp. 439-440.

19. Alanbrooke, *War Diaries*, p. 709.

20.Berezhkov, *History in the Making*, p. 168.

21. Beria, *Beria, my Father*, pp. 112-113.

22.*Ibidem*, p. 118.

23.Citado en Hastings, *Finest Years*, p. 578.

24.Anécdota contada por el difunto A. H. Brodhurst al autor.

25.Para las matanzas llevadas a cabo en Eslovenia por

los partidarios de Tito he contado con la ayuda inestimable de Keith Miles y de Joze Dezman, que me proporcionaron numerosa documentación sobre este asunto; véanse asimismo las ponencias presentadas en el simposio de Teinach, Austria, 30.6.95.

26.Snyder, *Bloodlands*, p. 320.

27.Czeslaw Milosz, *The Captive Mind*, Londres, 2001, pp. 26-29.

28.Anne Applebaum, *New York Review of Books*, 11.11.10.

50. LAS BOMBAS ATÓMICAS Y EL SOMETIMIENTO DE JAPÓN (mayo-septiembre de 1945)

1. White y Jacoby, *Thunder out of China*, p. 267.

2. Para el comercio del opio en las regiones comunistas y la inflación, véase Chang y Halliday, *Mao*, pp. 337-341.

3. Enomoto Masayo, citado en Rees, *Their Darkest Hour*, p. 74; para los actos de canibalismo cometidos por las tropas japonesas, véase Tanaka, *Hidden Horrors*, pp. 111-134.

4. Véase Tanaka, *Hidden Horrors*, pp. 135-165.

5. Para los experimentos con las tripulaciones de los bombarderos, véanse NA II RG 153/Entry 143/Boxes 1062-1073 y 1362-1363; y Tanaka, *Hidden Horrors*, p.

160.

6. Sección de Traductores e Intérpretes Aliados de la Región del Suroeste del Pacífico, citado en Tanaka, *Hidden Horrors*, p. 160.

7. Citado en Hastings, *Nemesis*, p. 57.

8. Citado en Robert P. Newman, *Truman and the Hiroshima Cult*, East Lansing, Mich.,1995,p.43.

9. Spector, *Eagle against the Sun*, p. 555.

10. Declaraciones de soldados de la 37.ª División, citadas en Kawano Hitoshi, «Japanese Combat Morale», en Peattie, Drea y van de Ven, *The Battle for China*, p. 328.

11. Citado en Tanaka, *Hidden Horrors*, p. 103.

12. Para los colonos japoneses en Manchuria, véase Collingham, *The Taste of War*, p. 62.

13. Citado en Tanaka, *Hidden Horrors*, p. 102.

14. Yang Kuisong, «Nationalist and Communist Guerrilla Warfare in North China», en Peattie, Drea y van de Ven, *The Battle for China*, p. 32.

15.Smedley, *China Fights Back*, p. 116

16. Parala carrera por Hong Kong, véase Snow, *The Fall of Hong Kong*,*pp*. 231-262.

17. Wasserstein, *Secret Warin Shanghai*, p. 266.

18. Tanaka, *Hidden Horrors*, p. 126.

19. Beria a Stalin, 22.6.45, GARF 9401 */2/97*, pp. 8-10.

20.Snyder, *Bloodlands*, p. 381.

— oOo —

notes

Notas a pie de página

*Nombre de unos aviones ligeros de enlace británicos poco aptos para el combate aéreo (N. de los t.)

*Con este nombre se conocía a William Joyce, locutor británico de la emisora de propaganda de guerra alemana Germany Calling. (N. de los t.)

*Entidad femenina de la cultura popular gaélica que, según la tradición, se aparecía a las familias para anunciar la muerte de uno de sus miembros dando gemidos y alaridos. (N. de los t.)

*Traducida en España como «¿Teléfono rojo? Volamos hacia Moscú». (N. de los t.)

*Esto es, literalmente la «batalla del Encierro del Toro», en alusión a su apodo, «Bull» («Toro»), y a dos célebres batallas de la Guerra Civil Americana, la 1.a y la 2.a batalla de Bull Run. (N. de los t.)

Table of Contents

LA SEGUNDA GUERRA MUNDIAL
INTRODUCCIÓN
1 EL ESTALLIDO DE LA GUERRA (junio-agosto de 1939)
2 «LA DESTRUCCIÓN TOTAL DE POLONIA»1 (septiembre-diciembre de 1939)
3 DE LA «EXTRAÑA GUERRA» A LA «BLITZKRIEG» (septiembre de 1939-marzo de 1940)
4 EL DRAGÓN Y EL SOL NACIENTE (1937-1940)
5 NORUEGA Y DINAMARCA (enero-mayo de 1940)
6 LA OFENSIVA EN EL OESTE (mayo de 1940)
7 LA CAÍDA DE FRANCIA (mayo-junio de 1940)
8 LA OPERACIÓN LEÓN MARINO Y LA BATALLA DE INGLATERRA (junio-noviembre de 1940)
9 REPERCUSIONES (junio de 1940-febrero de 1941)
10 LA GUERRA DE LOS BALCANES DE HITLER (marzo-mayo de 1941)
11 ÁFRICA Y EL ATLÁNTICO (febrero-junio de 1941)
12 BARBARROJA (abril-septiembre de 1941)
13 «RASSENKRIEG» (junio-septiembre de 1941)
14 LA «GRAN ALIANZA» (junio-diciembre de 1941)
15 LA BATALLA DE MOSCÚ (septiembre-diciembre de 1941)
16 PEARL HARBOR (septiembre de 1941-abril de 1942)

17 CHINA Y LAS FILIPINAS (noviembre de 1941-abril de 1942)
18 GUERRA EN TODO EL MUNDO (diciembre de 1941-enero de 1942)
19 LA CONFERENCIA DE WANNSEE Y EL ARCHIPIÉLAGO SS (julio de 1941-enero de 1943)
20 LA OCUPACIÓN JAPONESA Y LA BATALLA DE MIDWAY (febrero-junio de 1942)
21 DERROTA EN EL DESIERTO (marzo-septiembre de 1942)
22 OPERACIÓN AZUL: SE RELANZA BARBARROJA (mayo-agosto de 1942)
23 LA CONTRAOFENSIVA EN EL PACÍFICO (julio de 1942-enero de 1943)
24 STALINGRADO (agosto-septiembre de 1942)
25 EL ALAMEIN Y LA OPERACIÓN TORCH (octubre-noviembre de 1942)
26 EL SUR DE RUSIA Y TÚNEZ (noviembre de 1942-febrero de 1943)
27 CASABLANCA, KHARKOV Y TÚNEZ (diciembre de 1942-mayo de 1943)
28 EUROPA TRAS LAS ALAMBRADAS (1942-1943)
29 LA BATALLA DEL ATLÁNTICO Y LOS BOMBARDEOS ESTRATÉGICOS (1942-1943)
30 EL PACÍFICO, CHINA Y BIRMANIA (marzo-diciembre de 1943)

31 LA BATALLA DE KURSK (abril-agosto de 1943)
32 DE SICILIA A ITALIA (mayo-septiembre de 1943)
33 UCRANIA Y LA CONFERENCIA DE TEHERÁN (septiembre-diciembre de 1943)
34 LA SHOAH POR MEDIO DEL GAS (1942-1944)
35 ITALIA: EL VIENTRE DURO (octubre de 1943-marzo de 1944)
36 LA OFENSIVA SOVIÉTICA DE PRIMAVERA (enero-abril de 1944)
37 EL PACÍFICO, CHINA Y BIRMANIA (1944)
38 PRIMAVERA DE ESPERANZAS (mayo-junio de 1944)
39 BAGRATION Y NORMANDÍA (junio-agosto de 1944)
40 BERLÍN, VARSOVIA Y PARÍS (julio-octubre de 1944)
41 LA OFENSIVA ICHIGŌ Y LEYTE (julio-octubre de 1944)
42 ESPERANZAS DEFRAUDADAS (septiembre-diciembre de 1944)
43 LAS ARDENAS Y ATENAS (noviembre de 1944-enero de 1945)
44 DEL VÍSTULA AL ODER (enero-febrero de 1945)
45 LAS FILIPINAS, IWO JIMA, OKINAWA Y LAS INCURSIONES CONTRA TOKIO (noviembre de 1944-junio de 1945)
46 YALTA, DRESDE, KÖNIGSBERG (febrero-abril de 1945)
47 LOS AMERICANOS EN EL ELBA (febrero-abril de

1945)
48 LA OPERACIÓN BERLÍN (abril-mayo de 1945)
49 CIUDADES DE LOS MUERTOS (mayo-agosto de 1945)
50 LAS BOMBAS ATÓMICAS Y EL SOMETIMIENTO DE JAPÓN (mayo-septiembre de 1945)
AGRADECIMIENTOS
NOTAS
Notas a pie de página